Jorge Guillén

Cartas a Teresa

(1948-1984)

Prólogo de Guadalupe Arbona Abascal

Edición de Rosa Fernández Urtasun,
Margarita Garbisu Buesa y María Pilar Saiz Cerreda



Galaxia Gutenberg

Jorge Guillén (Valladolid, 1893-Málaga,1984), poeta de la Generación del 27, inicia su trayectoria docente y literaria en París, donde es lector en la Sorbona entre 1917 y 1923. Allí contrae matrimonio con Germaine Cahen y nacen sus hijos, Teresa y Claudio. Su obra maestra, *Cántico*, una celebración de la realidad en cuatro ediciones que marca un hito en la lírica hispana, germina en este periodo. Pero la Guerra Civil da un vuelco a su destino: el exilio lo lleva a Estados Unidos y la vida en el extranjero, como profesor en Wellesley, se ve interrumpida por la prematura muerte de Germaine en 1947. A partir de entonces, la correspondencia con su hija Teresa, casada con el hispanista Stephen Gilman, se convierte en el reflejo de un camino de superación y amor. En la madurez, Guillén se asienta en Florencia y Málaga con Irene Mochi-Sismondi, su segunda mujer, mientras su pluma, más reflexiva, da vida a sus poemarios *Clamor*, *Homenaje*, *Y otros poemas* y *Final*, cerrando un ciclo vital y literario de asombrosa plenitud.

Cartas a Teresa recoge la correspondencia, hasta ahora inédita, sostenida entre Jorge Guillén y su hija Teresa entre 1948 y 1984. En 1947 fallece Germaine Cahen, la primera esposa del poeta, y desde ese momento, Teresa, la hija mayor del matrimonio, se erige como el soporte de la familia y de su padre; dada la distancia entre ellos, las cartas funcionan como principal canal en esta relación.

El epistolario reúne centenares de misivas que se convierten en un valioso testimonio de la vida de Guillén tanto en el exilio (desde 1938 reside en Estados Unidos primero y en Italia, después) como en la etapa de regreso a España, entre 1977 y 1984, año de su fallecimiento. Las cartas nos acercan a su memoria familiar, a sus quehaceres cotidianos (preocupaciones, viajes, reuniones, gastos), a los trabajos ordinarios a los que obliga el oficio de escritor (composición de poemas, tratos con editores, correcciones de pruebas) o a las relaciones académicas y sociales que fue estableciendo a lo largo de su trayectoria profesional. Pero estas cartas son también un valioso testimonio de la figura de Teresa Guillén (Teresa Gilman, de casada), en su faceta no solo familiar sino también cultural e intelectual.



Esta obra ha recibido una
ayuda a la edición del Ministerio de Cultura

Este libro ha recibido una subvención del Ministerio de Ciencia
e Innovación a través del proyecto de investigación «Cartas a Teresa.
Digitalización, contextualización y análisis de redes de las cartas
de Jorge Guillén a su hija (1948-1984)», PID2019-105015RB-I00.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2026

© Herederos de Jorge y Teresa Guillén, 2026
© de la introducción: Guadalupe Arbona Abascal, 2026
© de la edición, selección de textos y las notas: Margarita Garbisu Buesa,
María del Pilar Saiz-Cerreda, Rosa Fernández Urtasun, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada:
Jorge y Teresa Guillén. Albufeira, Portugal, verano de 1962

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-12-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice de contenido

PRÓLOGO
- Cartas a Teresa: un epistolario que acorta distancias, por Guadalupe Arbona Abascal

INTRODUCCIÓN
- De padre a hija, de Jorge a Teresa, por Margarita Garbisu Buesa
- Guillén en su epistolario, por María del Pilar Saiz-Cerreda
- Las cartas de Teresa, por Rosa Fernández Urtasun
- Bibliografía citada
- Criterios de edición y base de datos

CARTAS A TERESA (1948-1984) de Jorge Guillén

Fotografías

Prólogo

CARTAS A TERESA:
UN EPISTOLARIO QUE ACORTA DISTANCIAS

Guadalupe Arbona Abascal

El 17 de octubre de 2014, Teresa Guillén me contó que su marido, el hispanista Stephen Gilman, le decía: «Te gustan las cartas y las memorias porque te interesa mucho la vida». Estábamos sentadas en un banco de Brattle Street, delante de la *post office* de Cambridge. Gilman acertaba al señalar el interés de Teresa por la vida, y eso incrementaba su gusto literario. Teresa sostuvo la vida que se hacía literatura en las cartas. Logró, siendo emisaria y destinataria de epístolas, hacer de la vida una forma de reunión y, con ellas, acortó distancias. Así respondió con creces a algo que anhelaban tanto ella como su padre. «Yo no sé más que convivir, y vivir solamente es de una insuficiencia que me duele cada día», dice el padre a la hija el 12 de marzo de 1951. ¿Logró el padre paliar la insuficiencia del mero vivir con la convivencia? Desde luego, entre los dos consiguieron mermar las ausencias. De eso es testimonio este epistolario. La constancia y el cuidado exquisito por convivir, es decir, salvaguardar la ligazón entre ellos, los mantuvieron a lo largo de toda su vida, por eso las cartas que se ofrecen son algo más que reliquias, son signos evidentes de una convivencia estrecha y de su necesidad para hacer más alegre el vivir. Tan fue así que la experiencia de la virtud de la palabra para saltar sobre lo insalvable corporalmente –tierras y mares– duró en el tiempo (desde 1948 hasta la muerte del escritor en 1984). A ellas se añaden otras voces y escrituras, cuya presencia se hace patente: la de Claudio Guillén, hermano de Teresa, la de Irene Mochi-Sismondi, la de Stephen Gilman y sus hijos

habidos con Teresa: Antonio, Isabel y Anita; otras referidas o comentadas del vasto mundo de relaciones que mantienen padre e hija. La fuerza de la escritura, aupada por la vida, no quedó relegada al ámbito familiar. Teresa, de la que se conservan cartas en la Biblioteca de Wellesley con letra de niña, no solo las escribió, también había reflexionado sobre el valor de las misivas, como testimonia su trabajo de tesis titulada *L'Esthétique de Flaubert dans sa correspondance comparée à l'esthétique de Baudelaire dans ses ouvrages critiques*. Sabedora de su valor, no cejará en mantener la tarea epistolar con su padre. Tarea que, además, tendrá su onda expansiva en esa capacidad de los dos, en feliz combinación, de crear una riquísima red intelectual de amistad, cultura y arte. Teresa y Jorge extienden su convivencia a los universos que les rodean: el mundo norteamericano, el hispanoamericano, el europeo. Exploran y mantienen una manera de entender la cultura –la música, la arquitectura, la poesía, el cine, la pintura– que no se enfrenta a la vida, sino que la sostiene, alienta y nutre. Son un ejemplo de concordia vital y literaria buscada y disfrutada. Y este libro es un monumento a esa concordia.

La iniciativa de custodiar estas cartas fue de Teresa Guillén Cahen. No debió de ser fácil su conservación y reunión. Cambiaron muchas veces de lugar de residencia. Jorge Guillén viajó y realizó estancias desde 1948 en varios territorios norteamericanos (Massachusetts, California, Puerto Rico), en Francia, en Italia y en España; Teresa Guillén vivió en Ohio, Massachusetts, un periodo en México, además de largas estancias en Europa (Francia, Alemania, Italia y España). Las dos familias acumulaban cartas y libros, a veces baúles enteros. Esquivando pérdidas, olvidos o descuidos, Teresa guardó las cartas como un tesoro. Es en 2011, en concreto el 12 de octubre de ese año, en una recepción del consulado de España en Boston –yo disfrutaba de un año sabático y de una estancia en Harvard– cuando por iniciativa de Ángel Sáenz de Badillos, director del Real Colegio de la Complutense en Harvard, conocí a Teresa Guillén. Ese mismo día me propuso que le ayudase a transcribir las cartas de su padre. Así empecé ese mes a pasar las mañanas de los viernes en el número 987 de Memorial Drive –Cambridge–, en la casa de Teresa, frente al río Charles. Recuerdo

las primeras mañanas del invierno bostoniano en las que caían blandamente los copos de nieve o los primeros de primavera, en las que se llenaba de narcisos amarillos en las orillas y de canoas sobre el agua. Las dos sentadas de cara a la ventana para transcribir las cartas del poeta del 27. Teresa me dictaba y me iba haciendo comentarios de las personas, lugares, lecturas, viajes, e incluso pasaba a hablarme de las tristezas, las preocupaciones y las alegrías de su padre. Ella siempre coincidía consigo misma: admiración rendida por su padre y voluntad de rodearse de personas a las que escuchar, de las que aprender buscando siempre el deleite y el provecho de la conversación. Así fueron pasando los días y lo que comenzó siendo una colaboración –«this is a job», me decía Teresa– se fue convirtiendo en una amistad. Las sesiones mañaneras se fueron extendiendo a comidas con ella y largos ratos de conversación. Fui entendiendo mejor el papel de Teresa: «Hija: no me cansaré nunca de darte las gracias. Necesitaría otro volumen como *Cántico* para ti sola» (4/11/1948), dice el poeta de ella.

El epistolario comienza unos meses después de la muerte de Germaine y es, naturalmente, la continuación del magnífico epistolario *Cartas a Germaine*, que contiene las misivas del poeta a su mujer de 1919 a 1935 (edición de Margarita Ramírez, esposa de Claudio Guillén, 2010). El dolor contenido de Jorge los primeros años parece hallar consuelo en las cartas. Así, Teresa, la destinataria, se convierte en confidente y amparo de sus cuitas: «Y para mi hija, el alma y la vida y la nostalgia de vuestro Jorge», dice el 23 de febrero de 1951. Andando los meses y trabajando con Teresa codo con codo, surge en mí la pregunta sobre el fin de esas transcripciones y se lo comento: «Teresa, ¿qué quieres hacer con estas cartas?». Ella me contesta que quería depositarlas en la Biblioteca de Wellesley, la Margaret Clapp Library, es decir, la biblioteca de la universidad en la que su padre había dado clase durante veinte años. En ese momento, participo en alguna velada y cena en casa de Teresa con otros profesores que conocen el epistolario. Christopher Maurer, profesor de la Boston University, Luis Fernández Cifuentes y Brad Epps, profesores de Harvard; todos ellos insisten en que las cartas en las que trabajamos merecen una edición. Coincido con Andrés Soria Olmedo, editor del epistolario fundamental

entre Pedro Salinas y Jorge Guillén, y vuelve a instar a su publicación. También Ángel Sáenz de Badillos y Francisco Márquez Villanueva confirman el valor de este epistolario. Y por fin llegó el día en que Teresa me confiesa: yo no quiero que estas cartas sean las «reliquias» de los investigadores porque son las cartas de un padre a una hija, lo mismo que las cartas de mi padre a mi madre eran cartas de amor; y me dice: «Tienes mi permiso para publicar las cartas de mi padre». Además, los originales –me dijo– deben custodiarse en la biblioteca para quien las quiera consultar y estudiar. A lo que le contesté con una frase de Guillén: «Yo solo vivo literariamente – viviré y sobreviviré en mis palabras» (3/2/1959). Teresa sonrió.

Fue en el otoño de 2014 cuando Teresa me invitó a acompañarla a depositar las cartas en la Margaret Clapp Library. Fuimos cuatro mujeres: Teresa Guillén, María Teresa Márquez, la mujer de Márquez Villanueva, Rosalie Gimeno, la mujer de Joaquín Gimeno Casalduero, y yo. Las tres sabían mucho de exilios o destierros no deseados y eran conscientes de ser parte importante de una obra crítica y literaria que nacía del dolor, al mismo tiempo que de la pasión por su lengua, la española, su cultura y sus literaturas. Me sentí muy honrada ese día en el que compartí jornada con mujeres que encarnaban dolientemente una parte de nuestra historia. A lo largo de los años 2015 y 2016 fui recibiendo los originales de las cartas y empecé a organizarlas. Por fin, y tras una serie de idas y venidas, y con el apoyo de Antonio Gilman y Margarita Ramírez, decido llamar a Rosa Fernández Urtasun y con ella reunir un equipo de investigadores conocedores de la obra de Guillén para comenzar el estudio de las cartas y concluir con una edición de las mismas. Inicialmente las clasificamos en tres periodos y geografías: EE. UU., Italia y regreso a España. Guillén, como es bien sabido, era un gran viajero (de hecho, lo testimonia de manera alegre y poética cuando dice, en carta del 9 de diciembre de 1948: «¡Viajemos alma, viajemos! Pero, ¿qué viaje comparable a ese de Columbus? Steve - Teresa - Antó - Isabelita. ¡Do-re-mi-fa-sol-la-sí! Escala verdaderamente musical y delicia asegurada y…!»). Fue viajero y, a la vez

polo de referencia de lo que Claudio Guillén llamó el «archipiélago del exilio» (2002).

El equipo del proyecto fue trabajando algunos aspectos clave del epistolario a través de diversos artículos cuya referencia puede encontrarse en la bibliografía y en la web https://guillen.linhd.uned.es. Aquí simplemente señalaré sus líneas de orientación generales. En la base de todo nuestro trabajo ha estado la fundamentación teórica y de reflexión sobre el género epistolar que ha llevado a cabo María del Pilar Saiz-Cerreda. Sobre esa base se ha trabajado en las cartas las distintas etapas de la vida de Guillén. En este epistolario se describe con detalle el primer viaje del poeta a España en 1949 desde su salida en 1938 (aspecto que trabaja Arbona). Este primer regreso tiene como contexto la vuelta de Jorge Guillén a Wellesley en 1948, es decir, tras la muerte de Germaine; un periodo que le hará sentir más agudamente el destierro, con los sentimientos de desarraigo, soledad, nostalgia, etc. (Garbisu y Martínez). Además Teresa, casada ya con Stephen Gilman, está en Columbus, lejos de Wellesley. Con todo, Claudio Guillén escribe, refiriéndose a su padre, sobre lo que llama la «tierra feliz del desterrado», porque reconoce que en su padre nunca cupo la «actitud quejumbrosa o afligida» y añade: «El marco del exilio era crítico ante todo por su relación con el estado deplorable de España durante el franquismo. Para el poeta, sin embargo, para el hombre mismo, el entorno, el mundo inagotable que le rodeaba, no sería hasta el final sino una invitación constante a la profundización mediante la palabra en el ejercicio de la sensibilidad y de la inteligencia». Y, desde luego, este destierro no hubiera sido esa «tierra feliz» sin Teresa.

Durante el periodo americano disfruta de reconocimientos generosos por parte de la sociedad norteamericana: la propuesta de las *Norton Lectures* en la Universidad de Harvard, en 1954, y la concesión de la medalla del Mérito de la American Academy of Arts and Letters, al año siguiente. Estos premios forman una unidad junto a esos dos polos de hispanismo que sostuvo con su presencia y su saber Guillén; a saber, Middlebury y la Nueva York de Columbia y, dentro de ella, la casa de doña Gloria en Riverside Drive (Mora Fandos y Arbona). Más adelante, el

descubrimiento de Italia, desde Florencia a Roma y de Turín a Sicilia, constituye un renacer del poeta Jorge Guillén. Es un periodo en el que conoce a Irene Mochi-Sismondi, su segunda mujer, y además entra en relación con el rico mundo cultural italiano, que no solo lo acoge y valora sino que premia, traduce y edita su poesía (Ladrón de Guevara). Del retorno definitivo a España se han ocupado las profesoras Ana María Gómez Elegido y Rosa Fernández Urtasun, excelente coordinadora del conjunto, quien, además de haber estudiado el papel de mediadora de Teresa, se ha centrado en el retorno a España y en la relevancia de que Guillén recibiera el primer premio Cervantes de la literatura española en 1976. De esta ocasión cuenta Teresa que al recibir la noticia por teléfono del galardón, su padre no dudó en decir que lo aceptaba y, al colgar, le dijo a su hija: «Es hora de volver, algo está cambiando en España». El trabajo de estos años de todo el equipo de investigación se concluyó con un Congreso internacional, titulado «Cartas de poetas y redes intelectuales. El epistolario de Jorge Guillén a su hija Teresa» en mayo de 2023. Fue durante esos días cuando, unánimemente, se reconocía el papel de mediadora cultural de Teresa.

Para concluir cito una carta del 16 de enero de 1948. El poeta aprovecha para reflexionar sobre los pilares que han soportado los rigores de su vida de destierro. La misiva refiere la contestación que le ha dado a Madelaine Berl en París cuando le comenta lo bien que ha educado a sus hijos. Cosa que hace pensar al poeta y de resultas escribe a su hija Teresa sobre el secreto de su existencia: «Pues no ha sido según una particular pedagogía; no hicimos más que vivir juntos, muy juntos y así expresar nuestro ser, lo que de veras somos. ¿Y cómo hemos vivido? Muy sencillo: en amor y *en verdad*. Me importa subrayar el segundo término. Con vuestra madre hemos vivido siempre, siempre, día por día. (¿Y cómo no llorar al recordarlo?) Al nivel supremo que es el nivel de la verdad. [...] Sí, ese es uno de los aspectos de mi balance: la verdad. No hay duda alguna: es el vivir supremo (¡Qué suerte la mía!)».

Teresa no solo fue el apoyo para Guillén, ella actualizó esa vida «en amor y en verdad». Antonio Gilman llama a la hospitalidad de su madre su «salón», a cuyas *soirées* acudían Premios Nobel –Odysseas Elytis, Eugenio Montale, Octavio Paz, Czesław Miłosz–, escritores latinoamericanos –Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa–, además de profesores y amantes de la cultura y el arte. La suerte de Guillén llega hasta nosotros y en eso mucho le debemos a Teresa, mediadora curiosa, generosa, acortadora de distancias. Por eso cabe preguntarse, seis años después de su muerte, con qué carta se rebajará esta última distancia. Tal vez se pueda empezar por estas que presentamos y que tan bien describen ese «vivir supremo».

Introducción

DE PADRE A HIJA, DE JORGE A TERESA

Margarita Garbisu Buesa

«¿Unas memorias? No, nunca me ha atraído esa forma de contar mis recuerdos. No soy tan importante como para estar en primera persona. Además, todo está en mi poesía» (Díaz de Castro 1987, 64-65), afirmaba Jorge Guillén en cierta ocasión. El poeta, en efecto, nunca escribió sus memorias, pero sí escribió, además de su creación lírica, cientos de cartas que nos ayudan a trazar su vida y su trayectoria literaria. Posiblemente Guillén sea uno de los autores españoles de los que más correspondencia nos ha llegado, lo que no deja de tener sentido ya que era muy cumplidor con sus remitentes y la respuesta a las misivas recibidas se encontraba entre sus obligaciones diarias. Muchas de las cartas guillenianas han sido ya publicadas y, de entre los volúmenes epistolares resultantes, diría que tres de ellos –sin minusvalorar la aportación a la historia literaria de los demás– adquieren un especial peso al convertirse en los mejores sustitutos de esas memorias nunca escritas. El primero, el que recoge las cartas cruzadas entre Jorge Guillén y Pedro Salinas desde 1923 hasta 1951. Son cartas en las que los dos autores charlan sobre el trabajo, la familia, los amigos, la política, España y su situación (especialmente a partir del exilio de ambos en América: Guillén, desde 1938; Salinas desde 1936), y en las que expresan sus sentimientos, felices, serenos o amargos. El segundo es la correspondencia entre Guillén y el hispanista italiano Oreste Macrì desde 1953 hasta 1983, que, por su continuidad cronológica con la anterior –si bien no tan honda como aquella– supone una inestimable aportación al conocimiento de la andadura vital y profesional del escritor. A ellos hay que

añadir un tercer volumen, el más hermoso, el más poético, el más íntimo también: las cartas que Guillén remite a la francesa Germaine Cahen, su primera mujer, entre 1919 y 1935, durante las temporadas de separación de la pareja. Si las anteriores son cartas de un Guillén amigo, estas son cartas de un Guillén novio, esposo y padre: de Teresa en 1922; de Claudio, dos años después.

Estas cartas finalizan en vísperas de una guerra civil. En 1935, los Guillén-Cahen viven en Sevilla (el poeta es catedrático en su universidad), pero en 1936, ante el estallido de la contienda, la familia se disgrega: en el verano de ese mismo año el matrimonio envía a sus hijos a Francia con la familia materna; a ellos les sigue Germaine en marzo del 37 y Jorge, en julio del 38, para desde allí trasladarse al continente americano: Vermont primero, Montreal después y desde 1940 Wellesley (Massachusetts), cuando Guillén se convierte en profesor del Wellesley College. Los primeros tiempos estadounidenses son más o menos tranquilos (la familia se encuentra allí bien), pero la calma dura poco, pues el 23 de octubre de 1947, tras nueve años de exilio, Germaine fallece.

Jorge se siente derrotado; y solo, muy solo. Para entonces sus hijos se han alejado del nido familiar: en ese momento Teresa tiene veinticuatro años, está casada con el hispanista Stephen Gilman y, por el trabajo de él, la pareja vive en Nueva Jersey primero (hasta 1948) y en Ohio después (hasta 1955); por su parte, Claudio, aunque reside en Wellesley, está realizando un posgrado en la Universidad de Harvard, estudios que enlaza con el doctorado también en Harvard, y con un lectorado en Colonia (Alemania) entre 1950 y 1952.[1] La distancia es un hecho y, por ello, desde la muerte de Germaine, Teresa se convierte, además de en soporte del poeta, en punto de encuentro de la familia. De este modo se establece entre padre e hija una relación epistolar que, si bien venía de atrás, adquiere a partir de entonces un nuevo sentido: esta correspondencia arranca un 16 de enero de 1948 y se extiende, cientos de cartas después, hasta el 18 de febrero de 1983, un año antes del fallecimiento de Guillén. Estas cartas –que publicamos solo en sentido de ida (las escritas por el padre) por deseo expreso de Teresa– se convierten en una continuación de las cartas a Germaine a la vez que en la

mejor biografía del poeta en la plenitud de su vida: porque en 1948 Guillén tiene cincuenta y cinco años, muchas vivencias por delante y cuatro nuevos poemarios por publicar, además de la última edición de *Cántico*.

Desde 1948 su vida está marcada por diferentes etapas, vinculadas cada una de ellas con los distintos lugares en los que principalmente reside: entre 1948 y 1957, en Wellesley; entre 1958 y 1976, en Florencia; entre 1977 y 1984, en Málaga. Guillén escribe con asiduidad a su hija desde estas tres ciudades (y tres países), pero también desde otros lugares a los que se desplaza como profesor visitante o como viajero: México D. F., Berkeley, Nueva York, París, Colonia, Bogotá, Puerto Rico, Pittsburgh, Niza, Santiago de Compostela, Lisboa, San Diego… son algunos de estos destinos; por no mencionar los barcos –el *Queen Mary*, el *Constitution*, el *Liberté*, el *Independence*, el *Cristoforo Colombo*…– lugares en tierra de nadie, desde los cuales remite igualmente sus misivas. En estas cartas entre padre e hija hay espacio para todo, desde los quehaceres cotidianos y la situación mundial, hasta la música y el cine; pero, sin duda, son dos los pilares en los que esta correspondencia se sustenta: la familia (también los amigos) y la poesía (Saiz-Cerreda 2024).

Las cartas de los primeros años, las enmarcadas en Wellesley entre 1948 y 1957, comienzan precisamente con un nacimiento: el de Isabel, la segunda hija del matrimonio Gilman, el 29 de agosto del mismo 1948: «¿Cómo están esa hija y esa madre?», pregunta Guillén un 6 de septiembre de ese año; «¿y Antó?», añade. Antó es Antonio Gilman, el mayor de los hermanos, el entonces, con cuatro añitos, príncipe destronado. La preocupación del poeta por los suyos es constante: el crecimiento de unos nietos a los que no ve cuanto quisiera, el quehacer frenético de Teresa, las carreras académicas de Stephen y Claudio… A ello se añade la preocupación por su propia docencia, que, en verdad, no le importa demasiado: el 18 de octubre de 1950 comunica a su hija que quiere jubilarse anticipadamente («El tiempo va pasando, ¡y yo todavía en Wellesley!»), porque necesita tiempo para su obra, «mucho más tiempo, para *Clamor*», que es lo que realmente le importa. Guillén no se retira (la economía no se lo permite), aunque *Clamor* avanza lentamente y su composición se

convierte en una letanía que asoma reincidente en la correspondencia de este periodo.

En estas cartas también se percibe con fuerza el dolor de la pérdida: de la pérdida de Germaine –sentimiento eternamente presente en las misivas–, de la pérdida de otros seres queridos, de la pérdida de la patria. A este respecto, queda constancia del primer viaje que Guillén realiza a España en el verano de 1949, viaje que provoca en él sentimientos encontrados, de soledad, de tristeza y de cierto desdén hacia un país inculto y rezagado: «Ya estoy del lado de acá. […] Me he alojado en un hotel de medio pelo, y enseguida he encontrado la España castiza. Entre las mesas, en alta voz, conversación sobre toros. […] La misma labia, los mismos temas de siempre. Y todo sumergido en el olor a aceite», le escribe a Teresa desde Irún (28/6/1949) (Arbona Abascal 2022, 2-7).[2] En este primer viaje Guillén visita a su padre y otros familiares de Valladolid, pero no recala en Sevilla; sí lo hace, en cambio, en un nuevo viaje de dos años después, en el que la nostalgia le invade: «¡Cuántos recuerdos por todas partes, y cómo se aviva aquí nuestro recuerdo, el de los niños que fuisteis y el de vuestra madre, a quien me encuentro en todos sitios! Sevilla, preciosa, íntima, delicada, pequeñita» (18/11/1951). Durante este espacio de tiempo dos fallecimientos oscurecen más si cabe la ya empañada alma del poeta: en la primavera de 1950 muere su padre, a quien, sin embargo, en el verano del año previo ha encontrado «muy bien, y de buen humor» (11/7/1949); y el 4 de diciembre de 1951, Salinas: «Lo de Pedro ha sido atroz. ¡Qué rapidez: ocho meses apenas! Imaginaos mi estado de espíritu. Se me va el primer amigo […], el compañero más próximo a mis trabajos, aquel hombre maravilloso», escribe cuatro días después del suceso, todavía desde España.

Pero la vida sigue y con ella, la crónica familiar, los amigos y la escritura, que le aportan ciertas satisfacciones. Se congratula, por ejemplo, de algunos éxitos de *Cántico* en España («Otra noticia, y esta agradable: he recibido el libro de Ricardo Gullón y José Manuel Blecua: *La poesía de Jorge Guillén.* Excelente» [5/3/1949]), así como de dos inesperados reconocimientos en Estados Unidos: en carta del 4 de diciembre de 1954 explica a Teresa que el Comité de las Norton Lectures de Harvard le

propone como candidato para impartir «las seis conferencias del curso próximo» y que, por iniciativa de Archibald MacLeish, se va a sugerir su nombre para la *Award of Merit Medal* otorgada por las American Academy of Arts and Letters. Guillén rechaza la oferta de las conferencias (se las propondrán de nuevo para el curso 1957-1958, y entonces dirá que sí), pero acepta, honrado, el premio: «Y yo concluyo ¡qué generosos son los americanos!» (10/2/1955).[3]

Asimismo, se congratula de sus encuentros esporádicos con la colonia de españoles emigrados en Nueva York en sus desplazamientos a la gran manzana: los García Lorca (Francisco y Laura), Joaquín Casalduero, Ángel del Río… Y se congratula, sobre todo, de la llegada de los últimos miembros a la familia: Anita, la tercera Gilman, que destrona a Isabel el 9 de abril de 1957 o Elfriede Jäger (Elfie), que se casa con Claudio en diciembre de 1958. Pero el padre y abuelo no puede disfrutar en persona de estos últimos acontecimientos: ni del primer crecimiento de la nieta: «¡Ese bebé! Siento infinito perderme todos estos meses, los de Anita», se lamenta en marzo del 59; ni de la boda del hijo: «¡Cuánto os envidio! Habéis asistido a la boda de Claudie y Elfie», se lamenta también unos meses antes. El motivo de estas ausencias se debe a que desde 1958 Guillén es ya un profesor jubilado que ha decidido pasar largas temporadas en el Viejo Continente, si no en España (adonde decididamente no quiere volver mientras la situación política no cambie), sí en Italia y, dentro de ella, en la bella Florencia ¿Por qué este país y esta ciudad? Porque allí Guillén encuentra su sitio: su sitio poético y personal.

Desde el punto de vista poético, son muchos los alicientes que le vinculan a la ciudad toscana: en 1954, ha conocido en Florencia al crítico Oreste Macrì, el que se va a convertir en uno de los mejores estudiosos de su obra; tres años después, en diciembre de 1957, le conceden el premio Città di Firenze, un nuevo reconocimiento fuera de España. Más allá de estos hechos puntuales, en su día a día se reúne en las tertulias del café Paszkowski de la Piazza della Repubblica con Leone Traverso, Piero Bigongiari, Mario Luzi y otros tantos escritores e intelectuales, como Giuseppe Ungaretti, que de cuando en cuando recalan por allí. Y desde el

punto de vista personal –y esto es lo verdaderamente importante– en Florencia Guillén conoce a Irene Mochi-Sismondi.

El 6 de noviembre de 1958 escribe a su hija: «Esta noche voy a un concierto elegantísimo; me ha dado su abono una señora –encantadora– de la pensión que está enferma»; esa «señora encantadora» es Irene y esa pensión, la Pensione Crocini, en la que ambos se alojan y en la que se conocen. En cartas sucesivas Guillén introduce alusiones sueltas a su presencia, vagas primero, más claras después. Así, dice el 12 de mayo de 1959: «Anoche asistí con Irene Crisafulli al concierto del Palazzo Vecchio»; cuatro días más tarde: «He simpatizado mucho en estos últimos tiempos […] con varias amigas, entre [ellas] Irene Crisafulli, señora muy inteligente, muy fina, muy culta –y muy señora–»; el 3 de junio: «Veo y veré con frecuencia a Irene Crisafulli…». Irene Crisafulli (es el apellido de su primer matrimonio)[4] en breve pasa a convertirse en, simplemente, «Irene»: «Me esperaba Irene» (2/7/1959); «Irene se fue a Forte dei Marmi a ver a una amiga» (11/7/1959); «Irene está en Roma» (14/7/1959)... Y así, carta tras carta, hasta que el 16 de septiembre de 1959 el poeta escribe: «¿Irene? Conmovida hasta las *lágrimas* por tu actitud, por tu comprensión, por… El *etcétera* es infinito. En carta a Claudie he aludido a esta «*cara amica*». Y me ha contestado ya, y acorde al estilo de mis hijos, que son estupendos». Irene, sin duda, se ha convertido en un miembro más de la familia.

Las epístolas de este segundo bloque –el más amplio de todos, pues se extiende desde 1958 a 1976– aunque tienen a Florencia como base, no siempre están allí fechadas. El poeta no vive de continuo en la ciudad italiana, en la que nunca adquiere una vivienda (se aloja siempre en pensiones); el poeta, acompañado casi siempre por Irene, viaja sin cesar por Italia. Hay cartas remitidas desde Roma, Catania, Lido di Camaiore, Recanati, Urbino, Milán, Palermo, Génova… (Dolfi 2004, 2007). Guillén ama Italia e Italia ama a Guillén: le celebran, le publican, le reseñan. Cuando en 1963 cumple setenta años, se suceden las felicitaciones y los homenajes, como el que le organiza la editora Vallechi el 7 de marzo. En una carta fechada el 18 de enero de ese año, el mismo día de su cumpleaños, Guillén da fe de todo ello:

> Primero, el artículo de Macrì en *La Nazione*. Artículo muy feliz, escrito con un fervor sincerísimo. […] Y también un artículo de Paoli. Excelente. […] Elisa me ha regalado un *coupe-papier* muy bonito. Han llegado flores, bombones, varios telegramas. […]Aquí, todo el mundo lee *La Nazione*. Y el artículo de Macrì ha impresionado mucho a los de casa. […] ¿Vanni? Vino de Milán a celebrar el *magno acontecimiento*.

Vanni es Vanni Scheiwiller, el editor de All'Insegna del Pesce de Oro, en cuya firma publica *Federico in persona* o *Suite Italienne* en los primeros años de la década de los sesenta (Ladrón de Guevara 2024). La editorial de Scheiwiller también publicará *Homenaje*, el tercer gran poemario al que Guillén está dando forma mientras culmina el anterior. En una carta del 8 de enero de 1963, el poeta declara que ha terminado definitivamente *Clamor* y avanza en la composición del nuevo volumen:

> Por otra parte, *Clamor* está acabado y casi copiado. En esta semana saldrá para Buenos Aires *A la altura de las circunstancias*. No sé si conseguiré realizar mi deseo: que se publique en este año. (Como autor en lengua española y en el destierro, me siento pequeñísimo). Las fechas de *Clamor* serían, pues: 1949-1963. Es decir, quince años. (*Cántico* fueron treinta). Y ya estoy de nuevo con *Homenaje.*

Su deseo se cumple, pues *A la altura de las circunstancias*, la tercera parte de *Clamor*, ve la luz en la editorial Sudamericana de Buenos Aires en 1963; las dos partes previas, *Maremágnum* y *Que van a dar en la mar*, habían salido en esta misma editorial en 1957 y 1960, ante la imposibilidad de hacerlo en España: Guillén, aunque esporádicamente lo visita, es poeta *non grato* en su país, especialmente desde la publicación de *Maremágnum*. Y si en las cartas del periodo americano latía constantemente la creación de *Clamor*, en estas cartas italianas es la redacción de *Homenaje*, con su trabajo de traducción (pues la obra recoge versiones de otros poetas) y su posterior y lento, muy lento, proceso de edición, la que aparece recurrente en la comunicación con Teresa: «Estoy haciendo algunas traducciones. (Para *Homenaje*)» (16/2/1963); «*Homenaje* no deja de avanzar» (2/9/1964); «Sigo terminando *Homenaje*» (10/11/1964); «Corrijo lo hecho y añado nuevos poemas y poemillas a *Homenaje*» (14/12/1964); «Quiero terminar

Homenaje y organizar el volumen final» (24/2/1965); «Sigo acreciendo *Homenaje*» (6/7/1965); «¡Yo sigo terminando *Homenaje*!» (14/7/1965); «Corrijo la copia de *Homenaje*» (28/1/1966); «Carta de Vanni, primeras "muestras" del posible *Homenaje*» (30/3/1966); «Dentro de pocos días tendré en París *todas* las pruebas de *Homenaje*» (29/9/1966); «Examinamos las pruebas de *Homenaje*» (21/11/1966); «Estoy ya corrigiendo las segundas pruebas de *Homenaje*» (8/12/1966); «¿Se encontrará *Homenaje* ya impreso a fines de marzo? Hoy han salido las terceras pruebas, las últimas que a mí me conciernen» (9/2/1967). No, *Homenaje* no se encuentra impreso a fines de marzo, ya que el libro no empieza a distribuirse hasta el mes de octubre. A pesar de la demora, un año después, en 1968, All'Insegna del Pesce de Oro publica *Aire nuestro*, recopilatorio en un único volumen de los tres poemarios de Guillén que, además, ha sido un regalo de sus hijos por su setenta cumpleaños: «Vuestra *idea de libro* me conmueve, me llega al corazón, me hace llorar. […] Acepto, gustosísimo, vuestro ofrecimiento», escribe a Teresa en la carta del 18 de enero de 1963.

Pero afirmaba que en estos años la pareja viaja sin cesar, además de por Italia, por el resto de Europa y América. Cuando acuden a Estados Unidos, se hospedan en Cambridge, en un apartamento en Gray Gardens West del mismo bloque que los Gilman, que estos han habilitado para el matrimonio y generosamente les han cedido; asimismo, pasan temporadas, más o menos largas, con Claudio y Elfie, en Princeton o en La Jolla (San Diego). Y a este respecto, otro tema muy presente en la correspondencia, previamente sugerido, es el referente a las carreras de Claudio como comparatista y Stephen como hispanista, alrededor de lo cual surgen nombres de excelsos profesores: Américo Castro, Vicente Llorens, Renato Poggioli, Amado Alonso o René Wellek, entre otros. Pero Guillén también cuenta con agenda propia porque, aun profesor jubilado en Wellesley, imparte cursos y conferencias aquí y allá, invitado por diversas universidades. Ya se han mencionado las Eliot Norton de Harvard en 1957-1958, pero en los sesenta la actividad docente se intensifica: en el primer trimestre de 1966 es Mellon Professor of Spanish en la Universidad de Pittsburgh («Me repetiré. Estamos contentos. El "conjunto Mellon" es agradable», afirma el 13 de

enero de ese año), y ya antes en 1962 y 1964 ha enseñado durante los primeros meses del año en Río Piedras, en la Universidad de Puerto Rico, invitado por el rector Jaime Benítez. Entre una estancia docente y otra, la pareja no permanece en América, sino que recorre Europa, antes de recalar en su querida Italia: La Haya, Bruselas, París y Lisboa entre mayo y septiembre del 62, Santiago de Compostela y Valladolid, entre agosto y septiembre de 1964. Los Guillén-Mochi, en suma, no paran, pero de entre todo el periplo de viajes de estos años, tres de ellos, realizados por motivos diversos, merecen cierto detenimiento.

El primero es el que les lleva en agosto de 1961 a Bogotá, ciudad en la que permanecen hasta finales de noviembre de ese año. Acuden a la capital colombiana porque Guillén ha sido invitado como profesor visitante por la Universidad de los Andes. Estando allí, el poeta recibe la grata noticia de la concesión del Grand-Prix International de Poésie de la Biennale de Knokke-le-Zoute –un nuevo reconocimiento, fuera de su país–[5] y, lo más importante, Jorge e Irene se casan. El tema de la boda llevaba tiempo preocupando a la pareja: Irene tenía que conseguir la anulación de su primer matrimonio, noticia que finalmente han recibido en abril de ese año:

> Después de escrita mi última carta llegó la buena nueva. Su Santidad acaba de conceder a Irene la «dispensa». ¡Por fin! Irene, la pobre, estuvo nerviosísima telefoneando a unos y a otros... Ahora tiene que pasar el asunto a la magistratura del Estado. Total: que el «fausto acontecimiento» podrá celebrarse antes de julio –probablemente– «en la más rigurosa intimidad». (18/4/1961)

El «fausto acontecimiento» no se celebra antes de julio, pero sí en octubre y en Bogotá: una ceremonia civil y religiosa, de la que queda constancia en una entre irónica y emocionada carta del mismo día de la boda, el 11 de octubre, que dice:

> Pues señor... Ya lo sabéis por el telegrama que, a estas horas –tres de la tarde– habréis ya recibido. En cuanto recibimos los papeles de Irene, nos pusimos en movimiento para llegar a la ansiada solución: el casamiento civil. Pero esa solución se presentó tan

difícil aquí, en esta sub-España, que no hubo más remedio que aceptar la forma hispano-colombiana. ¡Tiranía de la Iglesia! Ha sido un sacrificio. Por fortuna, caímos en buenas manos. Y la ceremonia ha sido mínima. Todo, claro, en el mayor secreto –para no escandalizar a estas gentes–.

Iglesia: Nuestra Señora de las Aguas. Una iglesita del XVII, preciosa. Testigos: el matrimonio Zubiría y el matrimonio Piñeros Corpas. […] El párroco: muy sencillo, muy comprensivo, *intelectual*. Ni siquiera misa. Solo unos pocos minutos, ante el sacerdote; ni siquiera arrodillados. Lo mínimo. ¡Y ya está!

Irene y Jorge ya son matrimonio y, como tal, acuden a La Jolla en enero de 1968, el segundo de los viajes que quería reseñar; allí permanecen, acogidos por Claudio y Elfie, hasta el mes de abril. Esta estancia en principio no contaría con una especial relevancia si no fuera por lo que significa para la recepción y crítica de la obra guilleniana. Porque, de la misma manera que en el setenta aniversario del autor, los homenajes se sucedieron en Italia, cuando en 1968 cumple setenta y cinco años, es Estados Unidos quien celebra la efeméride con la organización de diversos actos, entre otros, el primer congreso internacional en torno a su obra y persona (la *Jorge Guillén Conference at the University of Oklahoma. A Tribute to the Spanish Poet honoring his seventy-fifth birthday and the publication of* Aire nuestro), que tiene lugar entre el 9 y el 11 de febrero en Norman, sede de la Universidad de Oklahoma. Surge de la iniciativa del poeta y crítico estonio Ivar Ivask, amigo de Guillén desde 1952 y, como él, exiliado en Estados Unidos. En el congreso participan algunos de los mejores estudiosos hasta la fecha –estadounidenses, españoles y de otras nacionalidades– de la obra de Guillén: Joaquín Casalduero, Ricardo Gullón, Concha Zardoya, Joaquín González Muela, Biruté Ciplijauskaité o Andrew P. Debicki. Guillén e Irene llegan a Norman el segundo día del congreso, participan en una cena conmemorativa, después de la cual el poeta lee algunas composiciones de *Aire nuestro* y desde allí se desplazan a La Jolla, en donde permanecen hasta el mes de abril. Por consiguiente, la importancia de este viaje radica, no tanto en la estancia californiana, sino en esos días en Norman; porque el congreso es un éxito y, en cierto modo, un

punto de inflexión en el estudio de la creación literaria guilleniana. El 16 de febrero Irene escribe a Teresa: «¿Qué deciros del homenaje? Todo muy bien organizado, "festoso", verdadera reunión de amigos, de admiradores, ovación de muchos minutos al final de la lectura». Y añade: «Casalduero decía que de ahora en adelante para quien quiera escribir una tesis sobre J[orge] G[uillén] será imposible prescindir de la *Conference* de Norman, OK». Estas palabras de Casalduero adquieren pleno sentido cuando un año después, en 1969, se publica *Luminous Reality. The Poetry of Jorge Guillén,* volumen coordinado por el propio Ivask y Juan Marichal, que recopila las conferencias del congreso y otras aportaciones inéditas y que se convierte en lugar de partida en la investigación académica posterior sobre la lírica de Guillén (Garbisu Buesa 2023).

Por último, el tercer viaje anunciado resulta también significativo, pero por causas no demasiado felices: es el realizado por el matrimonio a principios de 1970, cuando Guillén es invitado de nuevo a Río Piedras como profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico. En el mes de marzo, el poeta sufre una caída, con rotura de cadera, que le obliga a mantener reposo y realizar rehabilitación. Se recupera en La Jolla, en casa de Claudio y Elfie, en donde permanece, con Irene, entre abril y septiembre de 1970. Escribe el poeta el 20 de abril:

> El jardín está en este momento –luz de las tres y media– precioso. Resaltan sobre todo las rosas amarillas. Y... estoy escribiendo tranquilo –entre mis tareas de antes y después–. Soy un alumno aplicado. La terapista vino esta mañana. Se flexibiliza mi mano con progreso evidente; pero apenas tengo fuerza a causa del pulso –de la muñeca–, el punto más sensible.

Como consecuencia del deterioro que el accidente le provoca, Guillén abandona definitivamente la docencia (aunque sigue impartiendo algunas conferencias) y el matrimonio reduce –que no cesa– su ajetreada vida viajera. Por consiguiente, desde entonces los Guillén-Mochi solo se mueven en terreno conocido: Estados Unidos (Cambridge y La Jolla), Italia (Roma y Florencia), España (Málaga), Francia (Niza y París).

En Niza Guillén suscribe el contrato de un nuevo poemario: «Firmé el contrato de *Y otros poemas* con Muchnik Editores, asociados a Seix Barral. Seix Barral es quien distribuirá el libro». Libro que «ya está "componiéndose" –no imprimiéndose– en Barcelona», escribe el 28 de abril de 1973. *Y otros poemas*, aunque se «compone» en Barcelona, se publica en Buenos Aires (Muchnik es un sello argentino) ya que todavía no es posible la edición de obra guilleniana en España. Pero las cosas pueden cambiar; estamos en 1973, a dos años de la muerte de Franco y aunque Guillén sigue sin plantearse volver a España, cada vez pasa más temporadas en el país, ya que en 1966 ha adquirido un pequeño apartamento en el Paseo Marítimo de Málaga,[6] que se convierte en lugar de hospedaje en sus viajes a la península.

Y, de hecho, es en Málaga donde se instalan en 1977 cuando, a raíz de la concesión del Premio Cervantes de 1976, el primero de la historia, el matrimonio decide, tras casi cuarenta años de exilio del poeta, asentarse definitivamente en España. Entonces Guillén tiene ochenta y cuatro años y, a pesar de la edad, no deja de charlar con Teresa con asiduidad. Comienza así el tercer bloque de la correspondencia entre padre e hija, que da fe directa de los últimos años del poeta. Las cartas siguen girando fundamentalmente en torno a la familia y la poesía, si bien a estos dos pilares del epistolario se unen ahora la salud (la de Guillén, una preocupación constante, pero con ochenta y cuatro, más constante que nunca) y España. En sus cartas Guillén va mostrando los paulatinos cambios del país (el referéndum, la Constitución, los posibles comicios), así como el latente desasosiego que en él se vive: «La tensión política sigue: los terroristas vascos, la preparación de las elecciones. Valladolid, muy reaccionaria. Esta costa es más plural, más abierta. Extranjeros, turismo. Yo, a pesar de todo, sigo trabajando en *Final*», explica el 23 de enero de 1979, cinco días después de su 86 cumpleaños. Y sí, Guillén sigue escribiendo; y como en las anteriores, en las misivas de entre finales de 1978 y mediados de 1981, da cumplida cuenta de los avances del último volumen de *Aire nuestro*: «El libro, *Final*, está ya componiéndose en manos de Barral», afirma el 16 de mayo del 81. El poemario ve la luz ese mismo año en

Barcelona; esto es, Guillén ha podido por fin publicar su obra en España (recuérdese que, desde el segundo *Cántico*, el de 1936, no lo había hecho), ya que no solo ha dejado de ser poeta *non grato* en su país, sino que se ha convertido en poeta consagrado. Le llegan reconocimientos constantes, los que hasta hace poco solo le han dispensado en Italia, Estados Unidos, Latinoamérica o Bélgica. Pero más vale tarde que nunca y, además de otorgarle el Cervantes (del que en la correspondencia apenas hay alusiones), en 1978 le nombran «académico de honor» por la RAE y doctor *honoris causa* por la Universidad de Valladolid; y en 1979, hijo adoptivo de Málaga (Fernández Urtasun 2023). En este sentido, los años primeros en España (entre 1977 y 1980) son frenéticos; todos quieren el testimonio de don Jorge: la prensa («Al llegar a Madrid, surgió un primer enviado, luego, otro, de *Informaciones*. Breve y fácil, la entrevista» [8/1/1977]), la radio («Vino de la Radio Nacional de Madrid un periodista muy amable, *rara avis*, para una entrevista. El martes próximo *otro* para otra –de la Radio Nacional de Barcelona» [7/11/1979]) y la televisión («Vino la televisión de Madrid para hacerme una entrevista. Vinieron, pues, de Madrid, nueve personas. ¡Qué despilfarro, qué merienda de negros!» [29/2/1980]).

Y los reconocimientos continúan en la década de los ochenta: en noviembre de 1982 es nombrado hijo predilecto de Valladolid por iniciativa de Antonio Piedra, quien tiene también en mente crear un centro dedicado a la persona y obra del poeta. Guillén se siente honrado, pero profundamente abrumado:

> Por otra parte, además de otras visitas, vino Antonio Piedra, que está poseído por una actividad inagotable preparando todo el gran jaleo de Valladolid. […] Todo está ya preparadísimo. Se trata, entre otras cosas, de crear un «Centro de Estudios Jorge Guillén». […] Teresa: tú irás a Valladolid. Claudie… […] ¡Dios mío, cuántas pompas y vanidades! (17/10/1982)

Guillén no acude al acto de Valladolid –acuden sus hijos en su nombre– pues los años dificultan el desplazamiento, pero, aun en su ausencia, las crónicas del momento hablan de ovación emocionada de minutos o de

asistencia masiva de amigos, de artistas y hasta de políticos de signo diverso. En 1987 nace el citado «Centro [de Creación y] Estudios Jorge Guillén», que se convierte en la antesala de la Fundación Jorge Guillén, inaugurada en 1992. Un año después llega el homenaje definitivo al poeta con la organización del *I Simposium internacional: Jorge Guillén, el hombre y la obra,* organizado por la recién creada fundación y celebrado en el paraninfo de la Universidad de Valladolid entre el 18 y el 21 de octubre de 1993. Asisten Irene, Claudio y Teresa y los mejores guillenistas (españoles, americanos y europeos; jóvenes y consagrados) hablan de Guillén y de su *Aire nuestro* (algunos ya lo habían hecho en Norman veinticinco años atrás: de aquellos polvos, estos lodos). En 1993 el poeta ya no está; ha fallecido nueve años antes, el 6 de febrero de 1984; pero posiblemente tampoco habría asistido a este homenaje porque no le gustaban las pompas y las vanidades; lo que a Guillén le gustaba era su familia, sus amigos y sus poemas.

La última carta que remite a Teresa lleva por fecha el 18 de febrero de 1983: Guillén acaba de cumplir noventa y un años y la estirpe ha crecido con nuevas generaciones. Para todos ellos son sus palabras postreras:

> Os cuento cosas por aquí y por allá. Sería el cuento de nunca acabar. Pienso en todos vosotros. Pienso en mis hijos y nietos, y biznietos. Mi tribu de familia no me podría salir mejor. ¡Qué orgulloso, qué profundamente satisfecho estoy de *los míos*! Me gustaría seguir charlando…

No, Guillén nunca escribió sus memorias, pues –parafraseándole– no se consideraba tan importante como para estar en primera persona; además, todo estaba en su poesía. Parte de ese «todo» está también en sus cartas, en las remitidas a amigos, editores, críticos y poetas, pero, fundamentalmente, en las remitidas a su familia: a Germaine primero y a Teresa después, una charla de más de tres décadas entre padre e hija.

GUILLÉN EN SU EPISTOLARIO

María del Pilar Saiz-Cerreda

El 19 de agosto de 1949, le escribe Jorge Guillén a Teresa: «Y ahora voy a charlar un rato con mi hija», si bien no será la única vez que se refiera a la actividad epistolar en términos parecidos. El 24 de octubre de 1959 también hace una reveladora declaración de principios cuando manifiesta categóricamente: «¡Te lo cuento todo!». Es decir, que lo que Guillén está poniendo de relieve es que los intercambios epistolares entre él y su hija se convierten en auténticas conversaciones, donde trata de mostrarse con sinceridad en un intento de transmitir la totalidad de una existencia, la suya. Estos dos pequeños aspectos, que pueden pasar desapercibidos, están muy lejos de ser anecdóticos. Todo lo contrario, son la prueba fehaciente de que entre Jorge Guillén y su hija Teresa, se ha establecido un singular pacto epistolar que va a caracterizar toda su correspondencia y va a abrir un amplísimo horizonte de lectura.

Este pacto, no es sino «un contrato de identidad sellado por el nombre propio» (Lejeune 1994, 72) y, además, está en movimiento, pues también va dirigido a un destinatario, a Teresa, que lo debe suscribir con la respuesta. Ante todo, y sobre todo, se trata de un contrato de identidad, ahí está una de las claves interpretativas de la lectura de estas cartas. Porque de eso se trata, de una identidad que se va contando al escribir, que se va configurando y mostrando en la discontinuidad y la fragmentariedad propias de la escritura de cartas. En eso radica la función del pacto: en garantizar un mínimo de unidad, la unidad de un ser que se manifiesta en el devenir del decurso temporal de la existencia que se va escribiendo y mostrando parcial e intermitentemente. Por tanto, la identidad en juego es una identidad narrativa, propia del «hombre-relato» (Lejeune 2005, 38), del Guillén que se cuenta en cada carta dirigida a su hija y a los suyos y que va dibujando un *ethos* propio, una personalidad rica, que se puede inferir de la lectura continuada de este epistolario, gracias a la presencia de rasgos permanentes en el cambio.

No se puede pasar por alto que, en la cuestión de la identidad, Guillén se juega mucho. Para él no es un asunto menor o secundario, sino de primer orden, como plantea en uno de sus poemas: «Sin embargo me digo: ¿Quién seré? / ¿La identidad persiste en esos cruces / Del vivir? / Yo me siento responsable. / Doy la cara, la firma. ¿Soy mi nombre? / Vivo siendo en un ser itinerante» (Guillén 2008, 1239). La itinerancia del ser, el ser en el camino de la vida, remite a la eterna pregunta de ¿quién soy? Y esa es la gran cuestión subyacente en este epistolario.

Para descubrir quién es el Jorge Guillén de las cartas, el que se infiere de la lectura de las cartas, el que realiza ese pacto que después suscribirá también su hija, hay que centrarse en primer lugar en el propio nombre. Evidentemente en una carta, el lugar por excelencia en el que aparece el nombre del autor, dejando de lado el remite en el sobre, es el final, donde aparece la firma. Pero la firma no se presenta aislada, sino que forma un todo con las fórmulas de despedida y las posdatas, con las que Guillén va dejando huellas y pistas reveladoras de una personalidad muy rica en matices. Ya desde el inicio del epistolario encontramos la carta del 25 de enero de 1949 dirigida a sus hijos, en la que se despide de una manera que se puede considerar bastante habitual en el conjunto del epistolario: «Adiós. Os abraza a todos; y besa a casi todos / vuestro / Jorge». Es evidente que existe una concentración de sus sentimientos, sin duda acompañada de un sentido del humor muy guilleniano. Si a esto se añade el uso del posesivo antes de su nombre, se puede concluir que se pone de relieve la constatación de un vínculo y una pertenencia: vínculo y pertenencia a su familia y a cada uno de sus miembros personalmente. Una fórmula muy parecida se encuentra en la carta del 7 de diciembre de 1952 dirigida a su hija, su yerno y sus nietos: «¡Qué ganas de veros! Abrazos a los cuatro. Besos a los tres. Besitos a los dos. / Vuestro, / Jorge». De nuevo se hace palpable la intensificación de los afectos a través de la escritura y su fino sentido del humor, en esta ocasión, a través de la diferenciación gradual en la plasmación del cariño, ya que las muestras de afecto no son iguales para su hija, para su yerno o para sus nietos. Los finales de las cartas en el epistolario de Jorge Guillén son sumamente valiosos por la cantidad de

matices y detalles que presentan, al tiempo que ofrecen información de primer orden a la pregunta sobre quién es él. En la despedida de la carta del 16 de agosto de 1951 escribe: «Muchos besos, muchos abrazos. Os quiere a los cuatro, te quiere a ti, hija, hija, hija, vuestro / Jorge». En efecto, lo que Guillén está poniendo de relieve es el motivo por el que escribe cartas y que reenvía a la situación que desencadena todo el proceso epistolar: la ausencia de los corresponsales. Se acaba la ilusión de la presencia, razón por la cual Guillén se esfuerza por abolir la ausencia, contrarrestarla y exorcizarla a fuerza de cariño y sentimientos de ternura y amor, como muestra la repetición de «hija».

Ahora bien, aunque este tipo de despedidas y firma suele ser muy frecuente, no es raro tampoco encontrarse con otras formas o fórmulas, como la despedida de la carta del 28 de junio de 1953; de nuevo, dirigida a su hija, su yerno y sus nietos: «Os quiere, os necesita, os abraza el Abué –o sea, el *papy* de la *mamy*, –o sea, el "Poeta Cerrado" / Jorge». En esta ocasión se centra más en sus destinatarios más pequeños y adopta un lenguaje y un registro adaptado a ellos, sus nietos. Pero al mismo tiempo, se produce un desdoblamiento del nombre. Ya no es solo «Jorge», sino que, además, es el «Abué» (también, el «papy») y es el «Poeta» («Cerrado», en alusión al artículo de JRJ que cita en la línea anterior de la carta y que se titula «Poesía cerrada y poesía abierta»). Son estos dos aspectos los que interesa destacar. Por una parte, quiere manifestarse con el nombre por el que le conocen sus nietos pequeños, a quienes se dirige. No se trata de una sustitución sino de un aspecto más específico de su existencia vital –es abuelo–. Ese apelativo tiene la forma del diminutivo infantil, que, dicho sea de paso, mantendrá durante todo el resto de su vida, y acentúa el carácter y el vínculo emocional. Guillén ciertamente es abuelo, pero antes de nada es padre, y quiere que sus nietos no pierdan de vista este aspecto, tan importante y tan ligado al anterior. Por otra parte, es el «Poeta» y no puede dejar de serlo, ni siquiera en una carta, porque es una dimensión característica de su existencia. Y es que, como bien apunta Carlos Marzal, en Jorge Guillén ser y existir son sinónimos (2003, 120). Dicho de otro modo, aplicándolo a las cartas, a través de estas fórmulas de despedida, a

través de la firma, va dejando muestras de que en él convergen y se imbrican, formando una unidad, lo que es y quien es; su vida personal: es padre y abuelo; y su actividad vital, profesional: la poesía. Hay que contemplar un último detalle, la presencia de las mayúsculas en «Abué» y «Poeta», porque apuntala esta idea. Se trata de una forma más de reforzar su personalidad identitaria.

Poco a poco, se va viendo cómo ciertos rasgos propios de su personalidad, de su identidad narrativa, se van poniendo de relieve. Es padre, es abuelo y es poeta, todo en uno, sin que pueda haber solución de continuidad y sin que pueda haber compartimentos estancos. Estas pistas sobre su identidad vuelven a ser evidentes en otra de las partes importantes de toda carta, como son las fórmulas de saludo, algo tan habitual y característico de su estructura básica desde hace siglos y a lo que no se suele conceder especial relevancia. Sin embargo, aporta pistas sugerentes relativas a la identidad del autor de la carta en una correspondencia de este tipo. Si en la parte final se presenta Guillén como padre, esta dimensión identitaria de su personalidad es fundamental aquí. No en vano predomina una fórmula por encima de las demás: «Teresa, hija». No solo llama a su hija por su nombre, sino que, en aposición, coloca lo que define a su hija con respecto a él, el aspecto relacional paterno-filial. De esta forma va a marcar el tono con el que estas cartas van a estar escritas y va a marcar la perspectiva desde la que Guillén escribe, mostrando y poniendo de relieve, de esta forma, ese rasgo identitario tan grato para él: ser padre.

Queda claro que el pacto actúa y que va a estar vigente en todas y cada una de las cartas que se van a ir intercambiando padre e hija. Pero el pacto no es algo que solo se haga evidente en estas partes finales e iniciales. Como todo pacto, lleva implícitas ciertas cláusulas que van a quedar establecidas y aceptadas por los dos corresponsales de manera tácita. No es que necesiten enunciarlas para fijarlas en la escritura como un recordatorio constante, sino que van implícitas, asumidas y puestas por obra en la propia actividad epistolar cotidiana. Se pueden entresacar dos, en especial, ya que llaman la atención por el énfasis que Guillén pone en ellas. La primera de estas cláusulas es la que afecta a lo que se podría llamar el flujo epistolar y

tienen que ver con la frecuencia con la que se escriben. Precisamente es esto lo que va a hacer que las cartas adquieran una nueva dimensión, porque la frecuencia en la escritura, envío y recepción de cartas las convierte en auténticas charlas entre padre e hija, de manera que se puede decir que la correspondencia es el espacio en que ambos se encuentran para mantener una conversación. Es un lugar de reunión donde los dos pueden hablar. Más aún, siendo cláusulas de un contrato de identidad, los rastros identitarios también se van a ir deslizando a través de ellas, de tal manera que la respuesta a la pregunta de quién es Jorge Guillén se va a ir enriqueciendo aún más.

Es verdad que la asimilación de la correspondencia a una conversación o a un diálogo procede de los tiempos antiguos y se ha convertido en un auténtico lugar común del género epistolar. Pero en cada correspondencia ese diálogo adquiere matizaciones y tintes propios, como ocurre en este caso. Ya en los primeros momentos de la correspondencia entre Jorge Guillén y Teresa, en la carta del 5 de noviembre de 1949, escribe lo siguiente: «Me temo que estas líneas no lleguen antes del lunes. No tengo nada urgente que deciros. Pero no me gusta que Teresa no encuentre con la frecuencia debida la voz que espera de Wellesley». Aunque no aparecen explícitamente los términos de esa periodicidad, Guillén está realizando una verdadera declaración de intenciones: es el padre y debe «hablar» con su hija. De alguna manera, la carta pretende ser un diálogo un tanto retardado y, por consiguiente, las cartas no se pueden demorar sin razón. Aunque el contenido va a tener también su peso específico en este pacto, ahora Guillén pone el acento en el hecho material de enviar la carta y que llegue a su destinataria lo antes posible. En realidad, Guillén es muy consciente de que la carta nunca puede sustituir a la conversación en presencia, y así lo expresa repetidamente, ante las constantes manifestaciones de los deseos de reencuentro con los suyos, para poder, por fin, hablar sin mediación. Coincide, como tantas veces, con su gran amigo Pedro Salinas. Este, en su «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», incluida en su obra *El defensor*, explica con total claridad que la carta «aporta otra suerte de relación: un entenderse sin oírse, un quererse sin tactos, un

mirarse sin presencia» (Salinas 1981, 228). Sin embargo, aun conociendo los límites de las cartas, en lo que a materia de diálogo se refiere, Guillén no puede sino replicar a su amigo, tras acusar recibo de *El defensor*: «Pero ¡cuántas veces la carta viene a ocupar el sitio vacante de la conversación!» (Salinas, Guillén 1992, 480).

A falta de presencia, conviene hacer todo lo posible para simular un espacio y un tiempo en que padre e hija parezcan coincidir y así, «mirarse», «quererse» y «entenderse». Hay una profundidad insondable en todo ello y no es mera cuestión de sentimiento de melancolía o de nostalgia derivado de la soledad propiciada por la ausencia. Para Guillén la carta es absolutamente necesaria, tal como manifiesta el 2 de noviembre de 1966: «Repito lo que te dije en mi carta última de París: te he escrito no sé cuántas veces durante estas últimas semanas. Lo hago *porque necesito escribirte…*». Al resaltar estas palabras está indicando gráficamente la trascendencia y radicalidad de la aseveración, para que Teresa no la pase por alto y comprenda las razones no solo de su quehacer epistolar, sino de su insistencia por conseguir que los intercambios epistolares sean constantes, regulares. No le interesa entonces el lapso exacto de tiempo que tiene que transcurrir entre carta y carta, como tampoco la cantidad de cartas que hay que escribir, pues queda indefinida, pero sí pone de manifiesto la importancia de esa frecuencia, que se ha convertido en un asunto vital para él. Si bien puede llegar a adquirir tintes dramáticos el tono con el que plantea esta cuestión de la frecuencia, es cierto igualmente que otras veces lo va a hacer derrochando un extraordinario sentido del humor, como se refleja en la carta del 17 de diciembre de 1966: «¿Llegaremos todos a escribir tantas cartas como Voltaire? Casi». La comparación está muy bien traída, ya que Voltaire fue muy prolífico en el terreno epistolar dejando una extensísima correspondencia de más de quince mil cartas. Guillén lanza el reto y aunque parezca exagerado, está dejando clara la idea subyacente: que no se puede bajar el ritmo en lo que a actividad epistolar se refiere.

Sin embargo, en los últimos años de su vida, sí hace alusión a la periodicidad concreta de tiempo de esta frecuencia epistolar, como se ve en la carta del 7 de noviembre de 1979: «Escribo cada ocho días».

Contrariamente a lo que podría creerse debido a su edad, no hay disminución en el flujo epistolar, que sigue tan intenso y constante como desde el inicio. La carta es un asunto vital para él, tan vital como la respiración: «Por fin llegó una carta tuya, y respiré a gusto» (7/8/1960); tan vital como el alimento: «Estaba hambriento de vuestras noticias. Hoy ha llegado la carta de Teresa» (29/9/1966). La carta es vida, es estar en la vida, es insuflar vida; con la carta da vida y recibe vida. Si la carta entonces es una metáfora de la vida, cuando no hay carta, la consecuencia es evidente: la vida se apaga, entra en agonía y puede morir. Por esto, escribir y recibir cartas con un ritmo regular y constante, con la cadencia deseada, es primordial. En definitiva, el flujo de la vida debe correr en los dos sentidos: de Guillén hacia sus hijos y de los hijos hacia Guillén.

Además, la carta, en tanto vida, tiene otro poder: el de la presencia. La carta es, en este sentido, personificación de los corresponsales, de forma que contrarresta la soledad y ahuyenta la ausencia. Así se lo hace ver a su hija: «Sigue escribiéndome Teresa; *acompáñame*» (16/10/1958). La utilización del imperativo y el énfasis al resaltar el verbo, una vez más, no dejan lugar a dudas. La carta adquiere vida, es mucho más que un mero sustituto de la presencia. El poder de la escritura, el recurso a la personificación, confieren a la carta una entidad nueva: Teresa se personifica en la carta, toma vida y haciéndolo, le devuelve la vida a su padre.

Ahora bien, como la carta enviada y recibida es sinónimo de vida, hay que evitar todo aquello que suponga un obstáculo para la transmisión de la vida. Cuando surgen las restricciones y limitaciones, es preciso justificarlas, en primera instancia, para después dar con la solución y restablecer los cauces de vida. En caso contrario, aparecen muestras de preocupación e incluso de angustia, desencadenando una crisis vital. Esos obstáculos, restricciones y limitaciones pueden ser de distinta índole. Pero, por encima de los demás, el obstáculo principal será el del silencio que se produce cuando no se recibe la carta deseada o cuando la llegada de la carta se demora. De ahí que sea un clamor incesante la exclamación: «Teresa, escríbeme», «Hija, escríbeme», o con variantes como «¡Escríbeme, por

favor!», «escríbeme» o «escribe», muy recurrentes durante todo el epistolario. La fuerza del imperativo habla por sí sola. Pero si además viene acompañada por el vocativo y reforzado por los pronombres personales, la petición interpela directamente a la hija para conseguir el efecto buscado. Conviene señalar un detalle importante. En el uso del vocativo, Guillén se dirige a su hija por el nombre o por el tipo de relación que lo une a ella, y en este caso, en especial, el hecho de destacar la relación paterno-filial es una forma más de reforzar la petición, apelando a un lazo que los une por siempre, manifestando implícitamente la intensidad de un amor y un cariño incondicionales. Ante esto, la reacción del destinatario, de Teresa, es inmediata, como demuestran tantas expresiones en las que Guillén agradece a su hija la carta recibida. De hecho, las fórmulas de agradecimiento reiteradas actúan como un poderoso aliciente que predispone al destinatario a seguir manteniendo la correspondencia. En este epistolario resulta más que evidente.

A pesar de ello, en ocasiones las dificultades para escribir se revelan imposibles de evitar y es entonces cuando surgen los reproches: «Haz el favor, rica, de escribirme, aunque sea brevemente, pero con frecuencia. ¡Si la carta deseada no llena más de media hora!» (29/4/1950). Bien es cierto que el reproche queda suavizado por la ternura de sus palabras, porque se trata de animar a su hija a escribir, no de provocar desánimo. A Guillén le bastan unas pocas palabras, que apenas significan tiempo de escribir, para ayudarle a sentir la presencia de su hija.

Guillén se mantendrá siempre fiel a esta constancia y regularidad epistolares, pero surgen otros obstáculos en el momento de escribir que impiden que pueda hacerlo con la extensión debida para hacer llegar a su hija su presencia. Por consiguiente, una nueva justificación es requerida. Los motivos por los que la carta sea más corta de lo que él considera necesario son variados. En unos casos, es la falta de tiempo: «Queridos: Me angustia hoy particularmente la falta de tiempo. No puedo escribiros la carta gustosa que me habría complacido redactar ahora» (17/2/1961). En otras ocasiones, la urgencia por echar la carta al correo con el fin de que salga el mismo día: «[…] dejo para otra carta el relato de mi visita a Nueva

York […]. Quiero que salga esta carta esta noche» (6/1/1954). La extensión de las cartas se ve afectada no solo por los inconvenientes del tiempo, sino también por la falta de papel: «Os escribiré *prontísimo*. Se me acaba el papel» (7/11/1964). En casos así, además de una justificación, se hace necesario el anuncio de una promesa, la del envío de una nueva carta, para compensar la interrupción de esa «charla». De esta forma la conversación entre padre e hija queda asegurada. Y esto es lo que le permite seguir viviendo. Como él mismo expresa en *El argumento de la obra*, «no es que se acepte el don de vivir. Sobre todo se practica la voluntad de vivir» (Guillén 1969, 89), porque hay que esforzarse por mantener la vida con cada carta escrita.

Existe, en segundo lugar, otra cláusula que ambos se comprometen a respetar, ya que la frecuencia, regularidad y constancia de la actividad epistolar, aun siendo sumamente importantes, no parecen suficientes. En una carta del 3 de febrero de 1959 dirigida a su hija, Guillén afirma con contundencia: «Yo solo vivo –literariamente– viviré y sobreviviré *en* mis palabras». La palabra es vida, como ya había ido manifestando en la insistencia con que pedía las cartas a su hija. En ellas, él da vida y recibe vida. Esta asociación entre palabras y vida, entre vida y escritura, no es ajena al pensamiento de muchos intelectuales y críticos, como Georges Gusdorf, cuando escribe: «En su nativa espontaneidad, palabra y escritura son realmente los medios por los que el espíritu viene al mundo» (1991, 112); esto es, son los instrumentos a través de los cuales llega la vida. Ahora bien, transmitir la vida implica mucho más que respetar unas cláusulas de frecuencia, regularidad y constancia del flujo epistolar en las dos direcciones. Mostrar la equivalencia entre palabras y vida conduce también a considerar que las palabras son el cauce por el que se transmite la vida y que esas palabras no son vacías; por el contrario, son palabras cargadas de un profundo contenido relacionado con el autor de las mismas. Así lo expresaba Marc Fumaroli, cuando definía las palabras como «los rasgos del propio yo que van a imprimirse más profundamente en el alma del amigo» (1994, 177). Las palabras llevan implícitas, por tanto, los rasgos del yo, de tal manera que las huellas de identidad que se han ido diseminando en cada

carta, a través de la forma, de la estructura, del nombre, de las fórmulas de despedida o de saludo, dejando entrever aspectos de la personalidad de Guillén, adquieren ahora mayor entidad. Van a alcanzar una plenitud y un significado más profundo que va a dar coherencia a todo lo anterior, mostrando una mayor unidad en la identidad narrativa de Guillén.

Ciertamente, esta segunda cláusula que Guillén va a establecer como parte del pacto apunta al contenido de su yo epistolar. Lo va a hacer desde el inicio de la correspondencia con su hija, tras el fallecimiento de su esposa Germaine, en la carta del 16 de enero de 1948, cuando, haciendo balance de lo que ha sido su vida hasta entonces, escribe:

> ¿Y cómo hemos vivido? Muy sencillo: en amor y en *verdad*. Me importa subrayar el segundo término. Con vuestra madre hemos vivido siempre, siempre, día por día […] al nivel supremo que es el nivel de la verdad. […] (la verdad es en definitiva un régimen riguroso). […] Sí, ese es uno de los aspectos de mi balance: *la verdad*. Mi madre vivió así. No hay duda alguna: es el vivir supremo (¡Qué suerte la mía!).

Guillén establece la base de lo que tiene que seguir siendo la relación entre ellos y esta tiene que estar regida y fundada en «la verdad». Amor, vida y verdad forman la tríada que da sentido a su existencia, pero dentro de la tríada, él concede un protagonismo especial a la verdad, que no en vano queda resaltada en el propio texto. Sin verdad es imposible el amor, y sin verdad ni amor, la vida deja de ser tal, hasta el punto de que no es posible la existencia. Por eso su compromiso con la verdad seguirá siendo su prioridad. De esta manera, Guillén está formulando los términos del «pacto de verdad» o «pacto de sinceridad» (Saiz-Cerreda 2007), como una concreción del pacto epistolar. Se trata de la verdad de lo vivido, la «verdad íntima» (Saiz-Cerreda 2007, 153) contemplada, asumida y vivida desde el interior de su ser.

Pero no hay que olvidar que la verdad en Guillén es «afirmación de la realidad» (Guillén 1969, 86); más aún, «realidad plenamente asumida» (Guillén 1969, 8), realidad vivida en plenitud, ante la que no puede pasar de largo ni mostrar indiferencia. Oreste Macrì la definía como una simbiosis de

«realidad-verdad dentro del Ser que aspira a estar (a *ex-sistere* con la voluntad activa a la raíz de lo humano, de lo divino y de lo natural unidos)» (Dolfi 2004, CXI). A esta verdad íntima de Guillén solamente se puede llegar en la medida en que toma una trascendental y definitiva decisión epistolar: contarlo todo. En ese preciso instante deja clara esta nueva cláusula del pacto. Así pues, vivir en verdad y expresar esa verdad con sinceridad se convierten en un binomio indisociable, y lo irá recordando a lo largo de los años: «Os lo he contado todo», así se lo transmite a los suyos en la carta del 7 de mayo de 1961, tras un exhaustivo relato de todo lo sucedido en los últimos días, a modo de conclusión, como una constatación de su forma de proceder. En términos similares vuelve a expresarse en la carta del 20 de octubre de 1979, poniendo de relieve que no quiere reservarse nada para él: «Me parece que ya os lo he contado todo».

Ciertamente, la idea de totalidad se hace presente, y conocer la verdad íntima de Guillén supone prestar atención a aquellos aspectos más recurrentes en las cartas. Serán estos los que irán desvelando en la continuidad de lo discontinuo epistolar los rasgos de su identidad narrativa. O más bien, habría que precisar, serán estos aspectos recurrentes los que corroborarán, profundizarán, reforzarán o ampliarán ese *ethos* narrativo que ya se ha ido deslizando en cada carta, dando unidad a lo que se ha mostrado fragmentariamente.

En este sentido, la lectura del epistolario permite extraer dos bloques temáticos relevantes.

El primero de ellos es el que tiene como objeto la familia misma de Guillén y el gran campo de las amistades, con todo lo que esto conlleva. El segundo es el que se centra en lo relativo a la poesía. Entre los dos se condensan todas las ocupaciones y preocupaciones de Guillén; sus gozos y sus alegrías, pero también sus penas y sufrimientos. En resumen, con un estilo sencillo y directo, «los latidos de la vida» (Díez de Revenga 1993, 133), toda su existencia, se va a ir desgranando por el epistolario.

Esos latidos de vida de Guillén van marcando una cadencia y un ritmo en las cartas, como estribillos que se repiten en la melodía que constituye su existencia y que se graban en la cabeza y el corazón de su hija. Más aún, la

repetición constante de estos estribillos permite considerarlos como los pilares sobre los que asienta toda su vida. Uno de esos pilares fundamentales es la familia: su hija Teresa, evidente y especialmente, pero también su yerno, el marido de Teresa, Steve; y sus nietos, hijos de Teresa y Steve; también Claudio, su otro hijo y hermano de Teresa, muy presente en este epistolario. Y ampliando el núcleo familiar, están, por supuesto, los amigos. Resultan claras sus prioridades: «Bueno, a mí lo que más me importa de todo: mi mujer, mis hijos, mis nietos y sus consecuencias. Y también, excelentes amigos» (10/2/1980). Para que quede grabado a fuego, sobre todo en los años finales, como si quisiera dejar una especie de testamento vital, retomando un verso de su poema «Segunda carta urgente» (*Y otros poemas*), afirma con contundencia y lucidez: «Ya conocéis el verso: "Hijos, Teresa, Claudio, me son siempre esenciales"» (08/1981). La importancia que tienen sus hijos para él, el misterio insondable del vínculo que le une a ellos es tal, que solo puede expresarlo con la fuerza, la potencia, la profundidad y la sublimidad del verso. Por tanto, si sus hijos son esenciales para él, es porque es padre y la relación paternofilial constituye un eje central de su existencia. Son los hijos –y por extensión, el resto de la familia– los que confieren plenitud a su ser. Su existencia así se enriquece y se llena de luz. Con ellos su vida se colma de felicidad, de dicha y de gozo. Esa plenitud de ser irradia su vida y la enciende en un amor que se convierte en un poderoso motor que lo empuja a vivir la cotidianeidad de la existencia en su más alto grado. Por esta razón, la lejanía de los suyos le produce hondos sentimientos de nostalgia e incluso de dolor. Solo la carta en estos casos puede suplir la separación actuando como medicina reparadora que lo mitiga.

Por otro lado, esa plenitud de ser que implica su paternidad confiere unidad a su vida, más aún cuando esa unidad del interior de su ser se proyecta en una unidad externa. Es «la Arcadia feliz» a la que se referirá en distintas ocasiones. De la unidad familiar solo puede provenir la felicidad, a pesar de que en momentos surjan problemas, dificultades, malentendidos, incluso sufrimientos. Para Guillén todos los miembros de la familia son eslabones de una misma cadena y lo que le ocurra a cualquiera de ellos

tiene repercusión en el resto. Por eso, mantener la unidad se convierte en tarea de construcción diaria y las cartas lo van reflejando de múltiples maneras. Así, vemos a un Guillén preocupado por la salud de su hija, por la de su yerno o de sus nietos; y es que, como buen padre y abuelo, se inquieta por ellos. O en sentido contrario, dando noticias de su salud, para tranquilizar a su hija. Tampoco escatima esfuerzos a la hora de darle a ella algunos consejos o a pedirlos. Construir la unidad familiar implica que se es familia y se hace familia en los aspectos más cotidianos y triviales de la existencia. Por eso, ante la separación es importante ir dando noticias de su quehacer cotidiano, de sus viajes y de sus encuentros; como también lo es interesarse por todo lo que constituye el entramado de la vida de Teresa y los suyos. Guillén no dejará en sus cartas de preguntar una y otra vez a Teresa por los viajes que realizan, por los nietos, por las visitas que reciben y por lo que se erige en la razón última de toda esa preocupación, y que es la pregunta esencial: «¿Me quieres?» (5/08/1951). Porque de eso se trata, de amar y ser amado. Solo el amor es vínculo para la unidad. De hecho, el amor incondicional por su hija lo va a ir plasmando en todo el epistolario. Sus muestras de afecto son constantes. Ya sea expresando agradecimiento profundo por las cartas recibidas de su hija, por los favores recibidos de ella, por el quehacer incansable de Teresa enviando noticias y fotografías de la familia, por tantos y tantos motivos que van descubriendo las cartas; ya sea mostrando respeto y veneración a su hija; ya sea elogiándola una y otra vez, el orgullo de Guillén como padre no hace sino crecer con el tiempo, hasta tal punto que con el transcurrir de los años ha ido proyectando una imagen, en cierto sentido idealizada, de su hija. Una imagen que, lejos de ser inasible, entra a formar parte de la propia personalidad de Guillén, ya que le obliga a comportarse como mejor padre, a no escatimar esfuerzos en esa tarea que conforma su existencia y su ser. En sentido inverso, esa imagen proyectada será el espejo en el que también Teresa se mire y se convierta en un proyecto vital para ella, con el fin de llegar a ser mejor hija. Así es como ellos consideran que van a estar «a la altura de las circunstancias» de una vida vivida en plenitud.

Ahora bien, junto a la familia, no pueden faltar los amigos, otro de los estribillos que se repiten, y que vienen a ser como la extensión de la misma. En este epistolario, la presencia de los amigos es constante por las referencias continuas a ellos. El elenco es muy extenso y diversificado: amigos que provienen del mundo de la poesía y de la literatura en general, del mundo académico, del mundo de la cultura, intelectuales, artistas, diplomáticos, amigos del vecindario, amigos de la infancia y de la juventud, y un largo etcétera. Todos y cada uno de ellos son importantes y, al igual que con su familia, el amor ha sido el motor que le ha llevado a ir creando vínculos fuertes y poderosos, creando una unidad que se va fortaleciendo con el tiempo, que se refleja en una fidelidad que le hace exclamar de emoción: «¡Qué fieles estos ya viejos amigos!» (31/12/1952). Ya se lo decía solemnemente Jorge Guillén a Pedro Salinas, en una carta fechada el 30 de marzo de 1941: «Pues eso es lo que a mí, de veras, me conmueve y me importa: la "razón de amistad", que yo pongo metafísica y poéticamente junto a la "razón de amor"» (Salinas, Guillén 1992, 258). Guillén cultivará esas amistades hasta el final de sus días y no dejará de conmoverse antes las constantes pruebas de amistad y de reconocimiento de sus amigos: «Los amigos no pueden portarse mejor conmigo en todas partes» (8/12/1951). Con ellos comparte y vive los gozos, alegrías, anhelos, deseos, penas, zozobras y sufrimientos que acarrea la vida. Y cuando llega la muerte, la pérdida del amigo, el gozo de vivir de Guillén se oscurece y en sus cartas se refleja tristeza y desolación. Sin embargo, a pesar del dolor, la actitud vitalista de Guillén hace que su deseo de vivir se imponga: *«Y más vivir me interesa»* (18/12/1981).

Teresa –y con ella su familia– no es ajena a esas amistades. Todo lo contrario. En ausencia de su padre, es ella la que las asume, las mantiene y las cuida. Su protagonismo irá creciendo en este aspecto, hasta el punto de que continúa la tradición de su padre de recibir frecuentemente en su casa a los amigos de este, que se convertirán también, en amigos de la hija, algo que le llena de orgullo a Jorge Guillén.

Junto a la familia y los amigos, el otro pilar fundamental sobre el que Guillén construye su vida es la poesía. Ahora bien, no pueden existir por

separado, porque él es poeta y no puede ver el mundo y contemplarlo en toda su amplitud si no es a través de su mirada de poeta. La poesía es su forma de vivir, su manera de interactuar en el mundo y de relacionarse con él, y lo que le mantiene en la existencia. Poesía y vida se fusionan: no hay barreras entre una y otra. Su ser como poeta es tan intrínseco que, en ocasiones, ni siquiera necesita explicarlo. Se reconoce como «el viejo Bardo», dejando claro que su vida y su poesía son una misma cosa. En sus cartas, lo cotidiano se convierte en sublime: los momentos familiares, las alegrías sencillas, los días de trabajo.

Además de una mirada poética sobre el mundo y su realidad, Guillén va transmitiendo información continua sobre su proceso creativo. Comparte con su familia los avances en sus obras, desde las primeras versiones de *Cántico* hasta los interminables ajustes y nuevas ideas para su proyecto monumental, *Aire nuestro*. La poesía no solo es su trabajo, es su forma de vivir, su respiración diaria. En sus cartas, la poesía aparece como una constante, entrelazada con la celebración de sus éxitos editoriales, premios y homenajes, como el Grand Prix International de Poésie o el Premio Cervantes, aunque él nunca deja que el reconocimiento lo abrume. Para él, lo esencial es el acto de crear, no las fiestas y boatos que los rodean.

Y como la poesía es la vida, la razón de la vida, y conforma su ser esencial, con el paso del tiempo, Guillén, consciente de su legado, desea que su poesía perdure tras su muerte. En sus últimos años, se muestra esperanzado con la idea de que su obra sea estudiada y comprendida por futuras generaciones. Quiere dejar un rastro perdurable, un deseo que solo un hombre que ha vivido con tanta intensidad puede tener. No hay duda de que, al expresar este deseo, se mantiene fiel y da cumplimiento a algo que siempre ha sostenido: que él vive y sobrevive en sus palabras.

Guillén es mucho más que un nombre en una carta, es mucho más que lo que queda en unos trazos caligráficos emborronados en unos papeles, y es mucho más que una colección de hojas escritas a vuelapluma. Jorge Guillén es un nombre lleno de sentido, los trazos caligráficos, huellas de vida, y la colección de hojas, plenitud de vida iluminando la existencia. Gracias al pacto epistolar, se va perfilando y revelando la identidad

narrativa de Guillén, su *ethos* particular que nos lo muestra sin ambages y en estado puro, como padre (abuelo y bisabuelo, posteriormente); un padre que vive con intensidad, emoción y pasión su propia vida y la vida de los suyos. Pero también como poeta, sin posible separación, porque es poeta y padre, padre y poeta a la vez, que vive profundamente y se extasía ante la vida, con todo lo que conlleva en alegrías, tristezas, preocupaciones, gozos, luces y sombras. Pero esto solo lo puede vivir con una dimensión poética, a través de su mirada poética, sublimando cada momento vital en la escritura epistolar, en simbiosis total con su obra en curso. Aquí radica su esencia, aquí radican sus cualidades esenciales. En suma, en estas cartas de Guillén a Teresa, contemplamos «Obra y vida al fin consumadas» (Piedra 1989, 56).

LAS CARTAS DE TERESA

Rosa Fernández Urtasun

Teresa Gilman Guillén guardó cuidadosamente las cartas que su padre le iba enviando a lo largo de los años. Había aprendido de él el valor de los epistolarios y la emoción de releer recuerdos atesorados con el paso del tiempo:

> ¡Ay, rica! ¿Sabes cuál es mi ocupación favorita? La lectura de nuestra correspondencia. (También tengo cartas de mamá). Es una pena, y es una alegría. Esos testimonios de tantos años me causan una profunda satisfacción. Nada más simple que mi vida: cuatro o cinco líneas rectas. (Ahora estoy releyendo muchas anécdotas vuestras, de ti y de Claudie. ¡Estupendas!). (31/01/1950)

Las guardaba como algo íntimo, como lo que eran: las cartas de un padre a su hija. Y probablemente durante mucho tiempo no pensó en la posibilidad de su publicación. Sin embargo, tras el fallecimiento de Jorge Guillén (el 6 de febrero de 1984), su hijo Claudio y su esposa, Margarita Ramírez, ya consideraron la idea de publicar las cartas que el poeta había escrito a su primera mujer, Germaine Cahen. Con todo, no dieron inicio al

proyecto hasta el fallecimiento en 2004 de su segunda esposa, Irene Mochi-Sismondi. La iniciativa culminó en 2010 con una preciosa edición, que es un tesoro de la historia de la literatura española.

En esta publicación solo se incluyeron las cartas de Jorge, ya que al parecer Germaine había destruido las suyas antes de morir para evitar que se publicaran. Quizá tenía esta referencia Teresa en la cabeza cuando, por esas mismas fechas, comenzó a transcribir las cartas que ella había recibido de su padre (y no las que ella le había escrito a él). Al dar, años más tarde, su consentimiento para la publicación del epistolario, como explica Guadalupe Arbona en el prólogo de esta edición, dejó claro que solo debía ser transcrita esa voz paterna. No consideraba que la otra parte del epistolario, la suya propia, pudiera formar parte del patrimonio universal. Su intención era solo añadir una nueva dimensión al legado literario de Jorge Guillén. De hecho, nada hizo sospechar que las cartas que ella había escrito hubieran sido conservadas. Pero sí: al fallecer su padre, Teresa donó a la Margaret Clapp Library de Wellesley College aquellas cartas suyas que Jorge Guillén conservaba en la casa de Boston. Las cartas que el poeta recibió de su hija durante los últimos años de su vida, ya residiendo en España, fueron donadas a la Biblioteca Nacional.

El proyecto de estudio y edición del presente epistolario se llevó a cabo siguiendo los deseos y las indicaciones de Teresa. Sin embargo, a medida que avanzábamos en el trabajo, la figura de la hija cobraba un protagonismo inesperado. Ante nosotros aparecía no solo «la otra parte de la correspondencia», sino una mujer inteligente, acogedora, fuerte, con un gran carácter que fue, sin duda, el apoyo constante de su padre y de su marido, y que, con el tiempo, alcanzó un protagonismo propio en el mundo del hispanismo americano, muy especialmente en Boston, donde se convirtió en una figura clave como mediadora cultural (Fernández Urtasun, 2025).

Por esta razón, a pesar de que la figura y la voz de Teresa se transparentan tras la de Guillén a lo largo del epistolario (Saiz-Cerreda 2024), no queremos cerrar esta introducción sin hacer explícita su palabra a través de algunas de las cartas que conforman esa otra parte de la

correspondencia. En ellas se reflejan sus preocupaciones, sus alegrías y su manera personal de dirigirse a su padre, permitiéndonos conocer más de cerca su carácter y sensibilidad.

Resulta conveniente contextualizar esta pequeña muestra con un breve repaso biográfico del momento en el que comienza este epistolario. Para Teresa su madre lo había sido prácticamente todo durante su infancia. Hay que recordar que nació en París en 1922 y allí vivió hasta 1931, fecha en que su padre consiguió un destino definitivo en Sevilla. Jorge Guillén había trabajado en La Sorbona hasta 1924, pero al acabar este contrato tuvo que desplazarse a otras universidades: primero a Murcia y después a Oxford. A veces pasaban meses desde su traslado hasta que la familia volvía a reunirse. En esas temporadas, Guillén viajaba a París siempre que podía y trataba de suplir su ausencia con cartas constantes a Germaine. La felicidad que supuso la mudanza a Sevilla, que ya consideraban definitiva, se rompió demasiado pronto: primero, en 1936, con el estallido de la guerra civil y, tras la nueva estabilidad relativa del exilio, en octubre 1947, con la muerte de Germaine Cahen. Para Guillén, a punto de cumplir cincuenta y cinco años, este golpe supuso un vacío irrecuperable. Para Teresa también fue un fortísimo impacto: perdía a su principal referencia y apoyo. Sin embargo, su momento vital era muy diferente: se había casado felizmente cinco años antes con Stephen Gilman y tenía un niño pequeño, Antonio (Antó), de tres años. Con él viajó de manera urgente a Europa para asistir al funeral de su madre y pasar unas semanas con su padre en París. Al regresar a Estados Unidos, comienza el epistolario entre padre e hija en esta nueva situación, el que aquí se publica. La primera carta de Jorge Guillén es de enero de 1948. Una de las primeras cartas que Teresa le escribe, estando todavía él en España, es la que transcribo a continuación:

4.4.48

Querido Don papá:

No te conté en la carta que te escribí ayer, que por fin lo de Harvard se ha resuelto, y mal.

Cuando Steve se enteró de que nos aumentaban aquí […] 500 dólares, se lo escribió a Amado [Alonso] para decírselo, y así le ha dado una salida amistosa pero negativa y llena de esperanzas. No te puedes figurar cómo lo sentimos, pero riquín, tenemos que comer, y estos días nos está costando trabajo, y 500 dólares no se pueden despreciar. Steve se las arregla de año a año *to keep up with inflation* [mantenerse al ritmo de la inflación]. Me quedaré por lo menos todo octubre contigo, puesto que Antó será demasiado pequeño para viajar y Steve llega al extremo de proponer que me quede en Boston permanentemente y que él viniese los *weekends* [fines de semana]. Eso sé que le parecería muy mal a *maman*. La pobrecita me decía en el invierno 43-44: *surtout ne sacrifies pas ton mari à ton père* [sobre todo, no sacrifiques a tu marido por tu padre], y poco me figuraba yo que se presentaría la ocasión de hacerlo. Pero no te apures, papaín, que te arreglaremos un *modus vivendi* confortable, a pesar de todo. Dios mío, qué de tiempo tendrás para terminar *Cántico*… […]

Antoñito hoy se ha quedado en cama porque tiene un catarro fuerte, y es de un bueno maravilloso. Una personica mayor que habla de microbios, enfermedades, y todo lo que existe en el mundo. Lo entiende y lo sabe todo, siempre contento y cantando. Ahora canturrea «Trois belles princesses». ¡Y qué bien se acuerda de todo lo de París, de *maman*! ¿Durará, tú crees?

Si salimos de nuestro pantano económico, por lo menos el invierno que viene pasaremos casi todos los *weekends* juntos, ¿verdad, riquín? Y a ver si consigues que a Steve le nombren *associate* dentro de un par de años. H[omero] Serís le va a publicar la tesis y Steve está tan contento con su trabajo sobre el Cid, que va a ser bastante grande, que cree que de veras querrá Amado llevárselo allí.

Cuídate, papá, y cuida a Margot [Léon]. Dile que la queremos más que a nadie en el mundo, y es verdad. Cómo me gustaría que se viniese con nosotros ahora para una temporada larga.

Muchos besos a todos,

TERESA

Podemos observar ya desde aquí algunos rasgos característicos de las cartas de Teresa. A diferencia de su padre, no suele indicar el lugar desde el que escribe y anota las fechas de manera escueta, utilizando únicamente números. En este caso estaba escribiendo desde Princeton (en cuya universidad Stephen Gilman era profesor desde 1946). El saludo cariñoso que encabeza la mayoría de sus cartas es «Querido papaín», aunque

también emplea variantes simpáticas, como este «Querido Don papá». En las despedidas, la variedad es mucho mayor.

Aunque su lengua materna era el francés, el idioma en el que Teresa y su padre siempre se comunicaron fue el español. Esta voluntad de Jorge Guillén se trasladó también a su hijo Claudio («Claudie») y a sus nietos. En sus cartas, Guillén muchas veces le pide a Teresa explícitamente que se esfuerce en enseñar español a sus hijos, y él mismo procura colaborar en este aprendizaje comenzando a establecer una correspondencia directa con sus nietos, incluso antes de que aprendan a leer y escribir. Quería de este modo preservar firmemente la identidad española de su familia. Esta identidad también se refleja en algunos modismos propios de su entorno familiar, que se mantendrían inalterados a lo largo del tiempo. Así ocurre con el adjetivo «rico», a menudo utilizado con el diminutivo afectivo «riquín» (similar al «papaín» que encabeza la carta).

Como es lógico, en esta correspondencia también el francés está muy presente, ya que era la lengua en la que ambos hablaban con Germaine. Al referirse a ella o a su familia, es frecuente encontrar expresiones en este idioma. Por otra parte, al residir en Estados Unidos, era natural que también se deslizaran palabras en inglés, especialmente cuando se trataban temas relacionados con la vida social.

El contenido de las cartas mantiene una cierta regularidad, subrayada por la frecuencia casi semanal con la que se escribían. No se trata de una correspondencia centrada en hechos extraordinarios, sino en el transcurrir silencioso de la vida cotidiana. Teresa comparte sus alegrías y preocupaciones familiares al mismo tiempo que procura hacerse cargo de las necesidades que pueda tener su padre y hace lo posible por anticiparse a ellas, mostrando una natural inquietud por atender adecuadamente ambas responsabilidades.

En los primeros años de su vida matrimonial –que, cabe recordar, coinciden con la precariedad del periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial–, las preocupaciones de los Gilman son las de cualquier pareja joven: la búsqueda de estabilidad profesional y económica, y el cuidado de los niños. En cuanto al ámbito profesional, Stephen Gilman

y Jorge Guillén comparten un espacio común: ambos son profesores de Español en universidades estadounidenses, lo que los sitúa dentro de un mismo círculo académico, con referentes comunes, como el de Amado Alonso citado aquí. Al pertenecer Guillén a una generación anterior, tiene contacto con figuras ya consolidadas en ese ámbito, que sirven de referencia a Steve en sus primeros pasos en la esfera profesional.

La atención a los niños es quizás lo que más tiempo ocupa a Teresa durante estos primeros años. En el momento en que escribe esta carta solo tiene a Antó, pero en agosto de ese mismo año nacería Isabel. Sabe la madre que al abuelo le encanta recibir noticias de sus nietos y se enternece con ellas, por lo que le relata sus pequeños avances, las enfermedades habituales, sus ilusiones… Al mismo tiempo, no vacila en compartir también sus carencias cuando es necesario. Por ejemplo, en una carta inmediatamente posterior a la citada, Teresa describe: «Estos últimos días, el pequeñín ha estado feo –si eso es posible–. Tiene varicela, tomada de la niña de abajo, y se porta muy bien durante el día, cuando es un pequeño ser razonable –y bastante mal por la noche cuando es un bebé–. Pero está ya casi curado» (16/4/1948). Sin embargo, es notable la admiración con la que los Guillén hablan siempre de su familia nuclear. Son frecuentes las expresiones superlativas: «Es de un bueno maravilloso», «habla de […] todo lo que existe en el mundo. Lo entiende y lo sabe todo, siempre contento y cantando»… Estas palabras no responden únicamente al entusiasmo de una madre primeriza, ya que ese tono se mantendrá a lo largo de toda su vida. La lectura del epistolario de su padre muestra con claridad que esta admiración gozosa hacia los miembros de la propia familia es una característica que Teresa había aprendido de él.

Padre e hija comparten, además, otros rasgos de carácter, como la sencillez castellana que se traduce en una forma directa y franca de expresarse. La carta de Teresa aquí transcrita comienza de manera contundente: «lo de Harvard se ha resuelto, y mal». La explicación que ofrece Teresa sobre la decisión tomada resulta muy razonable para el lector, y el rechazo a la oferta parece más bien una postergación (de hecho, en 1955 la propuesta se renovó y esta vez Gilman sí pudo aceptarla y

trasladarse con su familia a esta prestigiosa universidad). Sin embargo, aunque sabe que ha obrado de manera sensata, a Teresa le duele lo que se pierde con esta decisión: tanto una gran oportunidad para el prestigio profesional de su marido como la posibilidad de vivir cerca de su padre y atenderle mejor. Esta mezcla de emociones se traduce en una expresión de cierta dureza, que se entiende enseguida como una muestra de su afecto y preocupación.

También se descubre una admirable seguridad y convicción en las apreciaciones que hace Teresa tanto de los eventos culturales a los que acude como de sus numerosas lecturas. Tiene un criterio propio claro y firme, y al mismo tiempo abierto: en las cartas es frecuente que busque contrastar con su padre sus opiniones. En una carta escrita diez días después de la que acabo de transcribir, Teresa cuenta a su padre que «don Américo [Castro] está desde hace unas semanas muy cariñoso, como para consolarme de tener que quedarnos en Princeton. Nos llevó un día entero a NY». A continuación, le cuenta algunas visitas a conocidos y después describe todo lo que vieron:

> Nos llevó Américo a la Frick Collection, y después de volver a verlo todo –sorpresa agradabilísima– concierto gratis de Wanda Landowska. ¿Te acuerdas cuando la oímos en Sevilla? Ese colmo de cultura que América crea artificialmente y tan bien: museo-casa bonita-concierto. Me acordé mucho de mamá. Luego vimos la película *Volpone* con Jouvet y Harry Baur, que está bastante bien. Y luego, cuando dejamos a Américo, para no perder nada, nos metimos una vez más en el cine y vimos una cosa maravillosa de Cocteau, *La Belle et la Bête*, cuento de hadas para mayores verdaderamente perfecto. (16/4/1948)

En 1948 Teresa tenía veintiséis años, y resulta admirable que, más allá de disfrutar del concierto, tuviera la lucidez de analizar el evento de manera distanciada y comprender cómo Estados Unidos suplía la falta de tradición con un acertado aprovechamiento de recursos culturales. También resultan entrañables tanto su afán por exprimir todas las oportunidades como su entusiasmo, en este caso despertado por la obra de Cocteau.

En otras ocasiones sus conclusiones no son tan positivas, como se ve en estas opiniones que cruza con su padre unos meses más tarde:

> El miércoles pasado fui con los Pradalitos [Gabriel y Georgette Pradal] a ver *Medea* en la traducción de R.[obinson] Jeffers. Steve ya lo había visto. Me interesó mucho, aunque la actriz está hecha una energúmena durante dos horas –¡vaya obrita!
>
> Estoy indignada con la reputación que tiene Baroja en España, me da vergüenza. Como le tocaba a Steve, leí mi segunda novela, que me cayó tan gorda como la primera. El estilo es cualquiera, los caracteres sin interés y apenas esbozados, la atmósfera igual –solo un noventayochismo dialogado de la manera más pelma–. Justifica su reputación a los que dicen que España no tiene más que a Cervantes. ¿Pero quién lo ha hinchado tanto? ¿A ti qué te parece? (28/1/1949)

De nuevo llama la atención en estas palabras la convicción de Teresa, quizá alentada por la radicalidad juvenil, y la confianza con la que expresa sus opiniones. Este tipo de expresión categórica se equilibra, y al mismo tiempo se enriquece, gracias al tono afectuoso y entrañable y a la constante preocupación por quienes le rodean que impregnan todas sus cartas. Así se ve en la siguiente misiva, escrita por esas mismas fechas:

> 4.1.49
>
> Querido papaín,
>
> ¡Qué bruto ese doctorzuelo de Logroño! De manera que no llegasteis a preguntarle nada. A su modo seguramente es encantador –no te cobra nada y te cura– pero quién se lo va a agradecer…
>
> Nos sentimos provincianísimos cuando nos dais noticias de NY, qué lejos resulta ya. Me da mucha pena lo del pobre don Fernando [de los Ríos], ya hace más de un año que dura esa semivida.
>
> Y seguimos con nuestra rutina apacible. Ayer hizo un día de primavera, comieron aquí los Nadrick con las dos niñitas que hablan alemán y luego fuimos todos a casa del Uncle Harry [Rogers] y estuvimos sentados fuera toda la tarde. Por lo visto los discos que hiciste son muy buenos, y Harry va a hacerte una edición para ti que podrás oír en el fonógrafo de Claudie.
>
> Cuando vuelvas de España tendrás que hacer lo que hemos hecho nosotros: por 85 dólares (saldo) nos hemos comprado una radio-phono con un sonido muy bueno, y que

te haría más leves ciertas horas del día –y además ¿verdad que para nosotros con música es siempre oírlo con mamá?–.

No sabemos nada de Bryn Mawr, con tal de que se haga –sería ideal, cuanto más lo pensamos más nos gusta–. ¿Qué noticias trae de España doña Justina [Ruiz de Conde]? ¿No me querrás mandar la carta del abuelo? Te prometo que te la devuelvo enseguida. Le escribiré en cuanto sepamos algo de BM para comunicarle nuestros proyectos.

Mi niña lloriquea y seguramente se acuerda de *gd maman* Jane. Cierro esta carta vacía.

Muchos besos a los tres,[7]

TERESA

El contexto de esta carta es un viaje de Jorge Guillén a Nueva York para visitar a Fernando de los Ríos, quien padecía un avanzado cáncer de estómago que lo llevaría a fallecer en mayo de 1949. Aprovecha también para ir a la consulta del doctor Castroviejo, un prestigioso oftalmólogo originario de Logroño establecido desde hacía años en la ciudad. En el entorno de la postguerra, los exiliados compartían un fuerte sentido de comunidad y se consideraban una gran familia unida. El apoyo entre compatriotas constituía una ayuda inestimable, como demuestra el doctor Castroviejo al atender en su consulta a Jorge Guillén sin cobrarle.

La salud de su padre fue siempre una de las mayores preocupaciones de Teresa. A la natural inquietud por su bienestar físico se sumaba la gestión de los elevados costos de la atención médica en Estados Unidos. Desde las primeras líneas de la carta se hace evidente el carácter protector y cariñoso, pero al mismo tiempo fuerte y combativo de Teresa, quien no duda en referirse a Castroviejo como el «doctorzuelo de Logroño», reprochándole una supuesta falta de delicadeza hacia su padre.

Ese mismo afán de cuidado hacia Jorge Guillén lleva a Teresa a sugerirle la compra de una radio que le permita sentirse acompañado por la música. A su vez, la alusión implícita a la soledad conduce naturalmente al recuerdo de Germaine, siempre presente en las cartas, especialmente esos primeros años tras su fallecimiento. El afán de Teresa por fortalecer los

lazos familiares es evidente en su insistencia en recibir la carta del abuelo, en las menciones a «*grand maman* Jane» (la madre de Germaine) y en la alusión a «Uncle Harry», hermano menor de Martha Rogers, la madre de Stephen Gilman.

La referencia a los vecinos Nadrick puede servir como botón de muestra para señalar la convicción de Teresa, heredada de su padre, de la importancia fundamental de las relaciones humanas como eje central de una vida plena. Esta perspectiva los llevó a ambos a tejer una densa y rica red de vínculos, que abarcaba tanto el ámbito familiar y amistoso como el profesional. Ambas esferas se entremezclaban en muchos momentos, como sucede en el caso de Justina Ruiz de Conde, que dirigió durante muchos años el Departamento de Español de Wellesley College, donde trabajaba Jorge Guillén. Lo mismo sucede con el entorno profesional de Stephen Gilman, ya que los departamentos de Español eran lugar natural de trabajo de muchos intelectuales exiliados. En ese contexto, Teresa desarrolló su sociabilidad natural poniéndola al servicio de su padre y su marido, y también poniéndose a disposición de esa comunidad del hispanismo americano que con tanto talento ayudó a crear. Aunque le suponía cansancio, acoger a las personas con su elegancia de buena anfitriona era para ella un gran placer. Así confiesa en otra carta: «Estos últimos días hemos tenido un poquitín más de vida social. La gente de siempre, pero con convite a cenar –lo que más me gusta en el mundo, y eso que yo lo hago» (16/4/1948).

En esta última carta, Teresa alude de nuevo a una oferta de trabajo para Stephen Gilman, en este caso de Bryn Mawr College, que tampoco llegó a concretarse. Sin embargo, Steve sí aceptó para el curso 1948-49 la propuesta que le presentó la Ohio State University (Columbus). Allí también se dejó ver muy pronto la hospitalidad de Teresa. Esto se confirma en la siguiente carta, que comienza con una alusión a los inicios de la carrera profesional de su hermano Claudio. En ese curso, «Claudie» comenzaba la redacción de su tesis doctoral (que presentó en Harvard en 1953) y, como es habitual, también colaboraba con la docencia. Sin

embargo, su buena preparación hizo que no solo realizara tareas de ayudante, sino que el departamento le confiara una asignatura entera:

10.11.49

Riquines,

Antó estaba esperando tu contestación con impaciencia y tu S. D. [*special delivery*] ayer le ha calmado. Se guardó la carta en el bolsillo con el comentario «*how sweet*» [qué encanto]. Pobre Claudie, reemplazando a Juan [Marichal]. ¿Se da cuenta A[mado] A[lonso] de eso? ¿A qué estudiante de Lit. Comp. [Literatura Comparada] se le pide reemplazar de pronto a un asst. prof. [*assistant professor*] de Español? Todo el mundo está acostumbrado al milagro que es Claudie (para hablar en términos chilenos).

Yo no me acostumbro al milagro de Isabel Gilman. Cada día más bonita, más pícara, más lista. Jugamos todo el día –a *cache-cache*, a dormir a la muñeca, a ver libros que son todos de perros–. A poner la radio y a bailar. Anoche comí en el Cercle Français con los Pradalitos [Gabriel y Georgette Pradal] y Steve se quedó con los niños, divertidísimo con todas las hazañas de esta muñeca. Es mucho más buena que antes –duerme bien sin que la arrullemos –duerme tres horas por la tarde –en fin. Me maravilla «más, más, más».

El domingo lo pasamos bien en Wooster, Ohio, con los Peytons [Myron A. Peyton]. Él era un antiguo instructor de Princeton y devoto del Kalifa. El martes por la noche he dado el *party* del año. Invité a cenar a los Anibal [Claude E.] con los Doolittle [James y Pauline]. Anibal es bastante entretenido cuando se le pone a hablar sobre las cosas que le gustan: las tablas. Estaba entusiasmado con la interpretación bailada del *Llanto* por un tal José Limón –bailarín culto– ¡que baila también *Othello* y cosas de ese estilo!

Hace de nuevo bueno y me paseo con mis soles por estas tristes calles en busca de algún na-na, sea perro o sea ardilla, para entusiasmar a mi niña. Steve sigue escurriéndose los sesos para sacarle el jugo de un semestre al romanticismo español. No tiene tiempo ni para leer el *New Yorker*.

¿Cómo os organizáis? ¿Cenáis alguna vez en casita? ¿La señora os prepara cosas? Contádmelo todo. Voy a escribir a *grand maman* Jane. Cada vez que miro a mi niña me acuerdo de *maman*. ¿Pero es posible que no exista para ella? Con tal de que sea un poco como *maman*…

Besos para los dos

TERESA

¿Cómo van a llamar al nuevo Tubi? Siento que no fuese niña, tendrán que comprar un tercer niño.

Claudio Guillén sustituye en ese curso a Juan Marichal, uno de los profesores más emblemáticos de Español en Harvard durante esos años. Marichal era yerno de Pedro Salinas, estaba casado con su hija Solita, y era por tanto muy cercano a la familia Guillén.[8] Claudio siguió también carrera académica en el ámbito de la literatura, y por tanto en el mismo círculo profesional que el resto de su familia, aunque se especializó en Literatura Comparada. Así pues, Teresa se veía cada vez más involucrada en ese mundo que conocía bien y al que tanto contribuyó en su vertiente más humana. En este caso le habla a su padre de «los Peytons», en un modismo habitual en este epistolario. Myron A. Peyton era, como Gilman, discípulo de Américo Castro, a quien Teresa llama informalmente «el Kalifa». También le explica que ha preparado una fiesta en la que están, entre otros, Claude E. Anibal (profesor de Español) y James Doolittle (profesor de Francés).

Por supuesto, sus hijos siguen teniendo un lugar principal dentro de la correspondencia. Ahora es Isabel, la pequeña, la protagonista. Teresa lamenta que su madre no la haya llegado a conocer, pero la vida y la alegría se imponen, y a ese propósito recoge un verso del poema «Hija pequeña», de *Cántico*, que había escrito Jorge Guillén pensando en ella:

No, no vale ese llanto.
La Creación a dar su poesía empieza.
¡Tú creces! Y con tanto
Paraíso en tu estrépito que la naturaleza
Sola es jardín: tu encanto.

Gracia tan inmediata
De manantial, de luz con arranque de aurora,
De alborada invasora,
De ramo con rocío –¡tú creces!– no enamora.
Más, más, más: arrebata

Las cartas se mantienen en este tenor durante años. Dos ejemplos de las dos décadas siguientes lo muestran:

23.3.53

Querido papaín,

Nos tienes mistificados, llegan sobres tuyos a diario –sin carta y con sellos–, y no sabemos ya lo que te propones. El pobre Antó te ha empezado ya dos cartas y las dos con tantas faltas de español que terminó llorando. Le tengo que dar clase, ¿cómo lo va a adivinar, si no se lo enseña nadie?

Aquí nos tienes, más atareados que nunca. Esta semana pasada ha sido increíble. Han estado aquí [José] Durand [Florez] el Inca, los King [Edmund y Billie], [Rodolfo] Usigli, los Bleznick [Donald W. y Rozlyn], los Borgerhoff [Elbert Benton Op y Nini], hemos ido a casa de unos señores Apstein [Theodore] y Frohock [W. M.] de Columbia, y hoy llegan los Pradalitos [Gabriel y Georgette] a pasar dos o tres días, y qué de cosas más, que se me olvidan.

Todo el mundo pregunta por ti, y anoche en treinta segundos te escribió esto que incluyo [Rodolfo] Usigli después de unas seis copas.

Hace bueno, compramos una rueda al coche. Steve trabaja menos y os esperamos con impaciencia. Hoy escribe Juan [Marichal] que 1º Solita [Salinas de Marichal] tiene úlcera, lo cual es catastrófico, y 2º, que quiere planear la estrategia del nombramiento de Steve en Harvard. ¡¡Buen estratega es Juan!! Sí, esas cosas hay que dejarlas venir o no venir solas, y no se puede hacer nada.

Me preguntaba Edmund [King] si te interesaría el E. Ford Professorship de Princeton... Este mundo académico me carga. Son mucho más divertidos los chismes de los poetas mexicanos...

Guapín, escribe. Cuando vengas tráete dos trajes para calmar a tu nieta y un cambio para la cama, *please*.

Os queremos. Muchos besitos,

TERESA

En ninguna carta faltan noticias de los nietos, que aquí reflejan cómo Teresa ha asumido la responsabilidad de transmitir a sus hijos la herencia familiar española. No son esas las únicas «clases» que les impartía. El contrato de Gilman en la Ohio State University le permitía pasar semestres en el extranjero, lo cual conllevaba interrupciones en la escolarización de los niños. Del mismo modo que Germaine se había encargado de su educación hasta los diez años, Teresa asumió entonces esta tarea con Antó e Isabel, lo que sin duda suponía responsabilidades y atenciones añadidas que dan cuenta del cansancio que refleja en esta carta («este mundo académico me carga»). También le pesaba no haber conseguido todavía la ilusión puesta en Harvard.

Con todo, el trato personal con los amigos y conocidos seguía siendo un placer y una responsabilidad que asumía con generosidad. Sabía que así ayudaba a construir vínculos entre los españoles residentes o de paso por Estados Unidos, entre los hispanistas de este país, y en general, entre personas del mundo intelectual que compartían intereses comunes. En distintas ocasiones su padre elogió esta magnanimidad de su hija («Tu cena, Teresa, de 23 personas nos ha dejado estupefactos. ¡Qué organización y qué generosidad!» [10/06/1979]). Además, en el transcurso de la lectura de las cartas se va viendo cómo de manera natural muchas visitas que empiezan siendo formales se van convirtiendo en relaciones personales, y varios de estos conocidos se acaban convirtiendo en entrañables amigos.

Jorge Guillén no aceptó la E. Ford Professorship de Princeton pero sí fue en distintas ocasiones a Columbus (Ohio) y a visitar a los Gilman en sus viajes a México. Y no sabemos si Marichal tuvo que ver con ello o no, pero en 1955 ofrecieron a Stephen Gilman un puesto en Harvard University y la familia se mudó a Arlington al año siguiente. Allí nacería en 1957 la tercera hija de los Gilman, Anita. Ese mismo año Jorge Guillén se jubiló, dejó de vivir en los pisos que Wellesley College ponía a disposición de su profesorado y se trasladó a casa de la familia Gilman. Como es lógico, a partir de ese momento la correspondencia entre padre e hija se reduce a las épocas en las que se separan por viajes de uno u otra. Serán muy frecuentes los de Jorge Guillén a Italia, donde su poesía es recibida con particular

entusiasmo. Además, allí conoce en 1958 a Irene Mochi-Sismondi, con quien acabará casándose en 1961. A ambos se dirige la siguiente carta de Teresa, enviada desde la casa de veraneo que tenía la familia en Cape Cod:

26.9.66

Querido Papaín

Veo la fecha y me da vergüenza no haberos escrito desde Ámsterdam, y además no haberte escrito en estos días en particular. ¿Será posible, Papaín, que hayan pasado ya diecinueve años? ¿que seamos tan viejos, que nos hayan pasado tantas cosas solos?

Por de pronto, estos 12 días de América han pasado volando y sin que pase nada de particular. Llegamos, encontramos la casa, el jardín, todo perfectamente cuidado y salimos pitando al día siguiente para el Cape. Steve se ha quedado allí toda la semana, hasta el viernes, y yo he vuelto una vez para integrar a Isabel en Radcliffe, a Anita en su escuelita, y volver de miércoles a viernes al Cape. De manera que apenas hemos visto a nadie, ni siquiera hablado con nadie por teléfono.

Anna Weintraub, aunque peor de verdad, aparentemente mejor que cuando nos fuimos. Más ella, menos cambiada. Pero el cáncer prolifera por todos lados y no puede ser más que un *sursis* [*aplazamiento*]. Estuvimos en Wellfleet con los Levin [Harry y Elena], muy cariñosos y tímidos a la vez. También hemos pasado un momento a ver a los Lida [Raimundo y Denah], que se han mudado a Harvard Street a un apartamento nuevo, mucho más bonito que el anterior. Y visitas breves de Joan [Alonso], de Rysia [Irena Lombroso], de Nina [Holton]... Estuve en un *meeting* del International Institute for Girls in Spain adonde vi a Edith [Helman], Isabel Conant, Solita [Salinas de Marichal], Justina [Ruiz de Conde]... Se habló de la compra que va a hacer esta organización de la biblioteca de Melchor [Fernández Almagro]. Y ayer pasó horas con nosotras Claudie, que me angustió un poco; lo vi preocupado. No sirve para ser el líder de la familia, el que abre y cierra cosas. Aunque lo haga bien, como todo lo que hace, le perturba.

Isabel ha pasado una semana desgraciada sin cuarto en Radcliffe y eso se acaba de resolver ayer. Ayer se mudó ya y nos quedamos definitivamente solos. Tomará el gran curso de Juan [Marichal] de Literatura española, uno de Filosofía, otro de Arte, otro de Composición (obligatorio) y otro de Ciencias (obligatorio también) con Gerry Holton. Le irá muy bien, pero sufre, protesta, se deprime y nos viene a ver tres veces al día... Sin Anita nos moriríamos de pena. ¡Qué casa tan grande, tan vacía, tan silenciosa! Cuando se va a la cama, Anita nos pide que hagamos ruido, que pongamos música.

Irene, se me ocurre mirando cuentas viejas que no te di las señas del *chauffage* [técnico de la calefacción] que hizo el año pasado la limpieza, sino del que reparó algo. La limpieza la hicieron a mediados del invierno, creo. ¿Por qué no le escribes desde Málaga para que venga cuando llegues, que ya hará frío? […] Y espero, Papaín, que ya te encontrarás del todo bien, por dentro y por fuera también, pobrecito.

Para los dos muchos besos, abrazos,

TERESA

Un nuevo aniversario del fallecimiento de Germaine es el impulso para no retrasar más una carta para la que Teresa no encontraba tiempo. Los Gilman acaban de llegar a Estados Unidos provenientes de Europa, donde han visitado a la familia de España y París. Tras pasar unos días en Holanda, llegan a su casa de Cambridge (adonde se habían mudado en 1960). De allí se marcha Teresa al Cape. Mientras tanto, Jorge e Irene están en Málaga, donde habían comprado un pequeño piso en el que pasarían largas temporadas, especialmente para huir de los fríos inviernos de Boston. Por supuesto, en la carta de Teresa el primer tema son los hijos: para 1966 Antonio Gilman ya había terminado sus estudios en Clásicas en Harvard y se había independizado, Isabel comenzaba su primer curso en Radcliffe College y la pequeña Anita, de nueve años, se sentía sola. Con los abuelos en Málaga y los hermanos fuera, es lógico que se le hiciera silenciosa la casa. También a Teresa se le hace a veces dura esta situación.

El «apenas hemos visto a nadie, ni siquiera hablado con nadie por teléfono» queda, para cualquier lector, desmentido en los siguientes párrafos, en los que se nombra a muchos amigos y conocidos. Es tal la naturalidad con la que habla de todas estas queridas amistades, a las que no puede dejar de saludar tras haber pasado una larga temporada fuera, que quizá ni ella misma es consciente del número de gente con la que se había relacionado esos días. Dentro de ellos forman un cercano círculo el grupo de judíos exiliados, a los que se sentían muy vinculados por la familia de su madre, también judía. Es el caso de Anna, la mujer de Wiktor Weintraub, historiador polaco, Harry Levin, y el argentino Raimundo Lida, expertos en modernismo de Harvard; los Holton, Nina (escultora de origen austriaco) y

Gerry (físico, también profesor de Harvard). Por otro lado, nombra también en la carta a Joan, la esposa de Amado Alonso, y a Rysia, la mujer de Cesare Lombroso, neurólogo, nieto del famoso médico y criminólogo del que heredó el nombre. Otra larga lista de conocidas citadas aquí procede de la reunión del International Institute for Girls,[9] donde Teresa se encuentra con Edith Helman, hispanista de la Simmons University (Boston), Isabel Conant, mujer del zoólogo Roger Conant, fotógrafa e ilustradora de sus libros, Solita Salinas de Marichal y Justina Ruiz de Conde. Teresa da a su padre una detallada enumeración de todos sus conocidos porque sabe que también para él estas relaciones sociales son las redes en torno a las cuales ha construido su vida. Ahora que se encuentra lejos de ellos, espera con afán sus noticias.

La carta acaba con indicaciones prácticas sobre el piso de París, en el que Jorge e Irene iban a pasar el mes de octubre, antes de partir en viaje hacia Italia. Según avanzan los años sesenta, las estancias en Málaga se van alargando cada vez más, y se multiplican los viajes por Europa para ver a la familia Cahen y visitar a los numerosos amigos y familiares italianos. Jorge se siente cada vez más cómodo en Europa y, tras el reconocimiento que supone para el poeta el Premio Cervantes, el matrimonio decide quedarse de manera definitiva a vivir en España (Fernández Urtasun 2023). La hija apoya a ambos en su decisión y se encarga de seguir custodiando parte de la biblioteca y archivo de su padre, ya que resulta muy difícil trasladar todo lo que había acumulado a lo largo de los años hasta el pequeño piso de Málaga. Como es natural, con la distancia las cartas cruzadas vuelven a hacerse más numerosas. Teresa es quien le permite a su padre mantener el contacto con su vida de casi cuarenta años en Estados Unidos; consciente de ello, sigue muy pendiente de todos los encargos que le hace desde España y le mantiene al día de todas las noticias de sus hijos y amigos.

Por otro lado, en esa época ya se han independizado sus hijos y Teresa tiene más tiempo libre para dedicarse a sus aficiones. Vuelven entonces a acumularse en sus cartas las referencias a libros y eventos culturales, como puede verse en los siguientes ejemplos:

> Leí todos los novelones que me habían regalado durante las Navidades. El lunes asistiré al seminario de [Paul] Bénichou sobre Mallarmé. Cuando la clase es *explication de texte* [comentario de texto] Paul es genial. Todo queda lo más claro posible. También esta semana escuché una conferencia de John Coolidge sobre el arquitecto de fin de siglo Richardson. Y vimos *Padre padrone*. Buena película. (21/2/1978)

> Semana de muchas conferencias. Oí dos veces a Vargas Llosa, una en inglés. Muy serio, muy bien –con algo de inca en la frente y en el porte–. Claudie le conoció, yo no me acerqué, había demasiada gente. También fui a Wellesley con Luisa [Osorio] a oír a Manolo Durán sobre Cervantes –ligero –bien dicho. Quiere desesperadamente que vayas a leer a Yale, le dije que me extrañaría que te animases. […] Pasado mañana nos vamos Luisa y yo con Claudie al *simposium* de novela española a Yale. (17/4/1979)

En efecto, su inquietud intelectual no disminuyó con el tiempo. Teresa ve con naturalidad el hecho de viajar desde Boston a New Haven para asistir a un congreso en Yale. Además, por lo general, al relatarle a su padre todos estos eventos, los enjuicia y valora, lo que reafirma lo valioso de su criterio y la autenticidad de su interés.

En una carta del año siguiente, Teresa vuelve a mencionar un congreso en el que participa su hermano Claudio junto a muchos otros estudiosos, y lo hace como quien se mueve en ese mundo como miembro de pleno derecho. Si bien no había seguido una carrera académica formal, en la práctica se había convertido ya en una conocedora extraordinaria de todo lo relacionado con el hispanismo americano. En su carta, siguiendo la tónica habitual, cita a todas las personas a las que escucha y se detiene en las «novedades». Por supuesto, ejerce nuevamente su papel de anfitriona, tanto en el congreso, como en el fin de semana en el Cape o en el departamento… Y disfruta viendo cómo sus hijos se desenvuelven con total comodidad en estas cenas de carácter amistoso y social:

> 20.10.80
>
> Queridos,

Hace casi 15 días que no os escribo, lo veo por este recorte que os mando. La vida ha sido verdaderamente *hectic* [frenética] estos últimos días. Me alegré del Premio N.[obel] [Czesław Miłosz] –un hombre modesto, que tendrá tiempo de disfrutar ese dinero. Ivar I.[vask] estará feliz –y volverá a Suecia, me imagino...

La ocupación principal de esta semana ha sido el *symposium* sobre Quevedo organizado con dinero del Gobierno español y dado por Fernando Perpiñá. Hemos oído once conferencias (¡yo solo ocho!), todas muy interesantes y de alto nivel. La mejor, me lo dice todo el mundo, la de tu niño bonito, Papaín. Se dio una paliza inventando algo durante 15 días de trabajo intenso y le salió algo precioso –y muy bien escrito–. Me parece que Claudie cada día escribe mejor. Y, claro, no digamos de cómo lo dice... Estaban [Elias L.] Rivers, [Gonzalo] Sobejano, [Antonio] Vilanova de Barcelona, [Arnold] Rothe de Heidelberg (por lo visto se acaba de morir [Fritz] Schalk)... Y para nosotros las novedades fueron Alberto Blecua y Maurice Molho. A Alberto y a su mujer, Rosa María [Falgueras], los vimos brevemente entre última conferencia del viernes y concierto –cenaron en casa con Claudie–, encantadores.

La otra novedad fue Molho –profesor de Sylvia Bénichou y ahora colega en La Sorbona–. Le buscaste, Papaín, hace muchos años, en París, hacia el 50, porque había escrito algo interesante sobre ti en *Proel*. Sefardita de Istanbul, que salió a Barcelona con sus padres durante la ocupación en Francia, es políglota y muy divertido –un poco, no, un mucho, contrahecho, el pobre–. Dio una *explication de texte* [comentario de texto] del soneto «A una nariz», freudiana además, que chocó y entusiasmó al auditorio. Se habló mucho de Raimundo [Lida], claro, y a todo asistió Denah [Lida], que casi nunca va a lo que no es pura obligación. Denah está, sigue, quiere seguir inconsolable. Pobre Denah.

El fin de semana pasado nos llevamos a los nietos al Cape. Hizo divino, está haciendo un tiempo maravilloso y las hojas de GGW [Grey Gardens West] nunca han tenido tanto color. Pues se juntaron en el Cape Luisa y Miguelito [Gusils], [Jaime] Alazraki y Claudia K.[aiser]-Lenoir, los Lombroso [Cesare y Rysia], los Arias. Cenamos todos juntos en casa, «pasta» hecha por Cesare, etc. Y lo pasamos muy bien. Los niños felices. Son riquísimos. Ayer noche, domingo, invité al Departamento y circularon entre la gente como verdaderas personitas. Están todos muy contentos en Cambridge.

Me alegro de que funcione la joven Mary, viva Pepita. Dices, Irene, que tienes muchos candidatos al Paseo Marítimo; eso te cansa demasiado, tenéis que retener tu generosidad y hospitalidad, *sois raisonable* [sé razonable], por favor.

Steve irá a Talavera de la Reina a fin de mes, viaje relámpago que le ofrece la Alcaldía ¡porque vuelven a enterrar a Rojas! Mientras tanto yo iré a Washington (por fin, desde el 45) a ver a mi amiga Diana, que está muy enferma.

Buenas noticias de Ani y de Elfie [Jäger], que acaba de volver de un viajecito por México con su hermana.

Perdonad mi retraso.

Muchos besos,

TERESA

La carta cierra haciendo referencia a un viaje de su marido a Talavera de la Reina, lugar al que había viajado con frecuencia en esos últimos años por sus estudios sobre Fernando de Rojas, y al bienestar de su padre e Irene en España. Le tranquiliza que hayan conseguido ayuda en casa gracias a Pepita, que era quien tradicionalmente asistía a los Guillén cuando visitaban Málaga. Y le pide a Irene que ralenticen su vida social, que se había intensificado considerablemente tras la recepción del Premio Cervantes. Sin duda el reconocimiento era motivo de gran orgullo, pero las entrevistas, discursos y viajes que supuso representaron un gran esfuerzo tanto para Jorge, con sus ya ochenta y siete años, como para Irene. En esta atención constante hacia los suyos, Teresa no olvida a Elfie, quien recientemente se había separado de su hermano Claudio, pero a quien la familia seguía queriendo y tratando con mucho cariño.

Por usar una expresión muy guilleniana, Teresa siguió siendo fiel a sí misma hasta el final. El tono de su voz, sus expresiones, su carácter, los temas, las preocupaciones… se mantuvieron en una fiel continuidad a lo largo de los años. La muestra de las cartas aquí transcritas, necesariamente escasa, permite percibir la identidad en el paso del tiempo. Sin embargo, no quiero cerrarla sin dejar constancia de la última carta fechada que se conserva de la correspondencia de Teresa con su padre que es, hasta el final, una muestra de su curiosidad intelectual, sus visitas, su mediación cultural, su entusiasmo por la familia y su constante preocupación por su padre:

23.3.83

Riquines,

Ya hace una semana que murió José Luis [Sert]. Os traeré las esquelas. Hubo una misa cantada y todo en St. Paul. ¿Qué va a ser de Moncha [Sert]? Me temo que no se haga lo que esperaba José Luis, ya que la sobrina todavía anda por Cambridge.

Me da muchísima pena la espalda de Irene, y más que no llegue yo de ningún modo para poder aliviarla. Vuelvo de California el 5, y el 19 saldré de nuevo. Llegaré pues el 20 a las 11.30 a.m. si no hay retraso por Iberia, directamente de Boston. Y me estaré hasta el 10 de mayo.

Por favor, Irene, reserva enseguida en el parador o donde sea varios días para estarte en la cama o como quieras. Papá y yo lo pasaremos muy bien, ya verás, y trataremos de no echarte de menos.

Por aquí lo de siempre. Cenamos con los Wolff [Kurt H. y Carla], que habían recibido tu carta, Papaín. Con los Hadley [Rollin y Shelagh], que viven adonde vivía Isabella Gardner, arriba del todo del museo. Con los Brooks [Peter Chardon y Esther]… Ayer estuve a ver las famosas marionetas japonesas Bunraku, con June Yip. Y hoy han llegado sus padres, que se hospedarán aquí, ya que nosotros nos vamos pasado mañana. ¿Te acuerdas de Wai-Lim Yip?

Hoy cenamos con Claudie en el Faculty Club, invitados por Lit. Comp. [Departamento de Literatura Comparada]. Qué bien lo del H.[arry] Levin Chair –propio y perfecto–. También asistí a un coloquio en Tufts con [Juan Luis] Cebrián, [Juan Antonio] Yáñez, Barbara Solomon y muchos españoles del gobierno más, ya os contaré. Estuvieron, además, Anita y Davis. Monísimos –felices–. Se fueron al Cape. Todavía colea el invierno. Dentro de dos días ya estaremos con los *ravissants* [sus nietos Nils y Lars]. Os llamaré desde allí.

Muchos besos,

TERESA

Se me olvida contaros que ha estado en Boston Berta Salkind y la hemos visto dos veces. Inolvidable, original.

El viaje al que hace alusión Teresa se produjo en abril del 83. Todavía volvería a viajar a España al año siguiente, cuando su padre se puso grave, y pudo estar con él cuando falleció en Málaga el 6 febrero de 1984. Solo

dos años después murió también Stephen Gilman. En 2010, el Gobierno de España reconoció la valiosa labor de Teresa Gilman Guillén como mediadora cultural del hispanismo otorgándole la Cruz de Dama de la Orden de Isabel la Católica. Teresa pudo ver el comienzo del proyecto que culmina con la edición de las cartas de su padre antes de su fallecimiento el 11 de enero de 2019.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ARBONA ABASCAL, Guadalupe, «Cartas a Teresa: el primer viaje de Jorge Guillén a España», *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 910, 2022, pp. 2-7.

DÍAZ DE CASTRO, Francisco J., «Guillén por Guillén. (El poeta y su poesía)», en *Jorge Guillén. Premio de literatura en lengua castellana Miguel de Cervantes 1976,* Barcelona, Anthropos/Ministerio de Cultura, 1987, pp. 47-67.

DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier, *Jorge Guillén: el poeta y nuestro mundo*, Barcelona, Anthropos, 1993.

DOLFI, Laura, «Estudio preliminar. Jorge Guillén e Italia», en Jorge Guillén y Oreste Macrí, *Cartas inéditas (1953-1983)*, Laura Dolfi ed., Valencia, Pretextos, 2004, pp. XV-CXLI.

DOLFI, Laura, «Jorge Guillén: viajes a Italia (1960-1963)», *Anuario de Estudios Filológicos*, 30, 2007, pp. 65-80.

FERNÁNDEZ URTASUN, Rosa, «Escribir y ser leído. El camino de Jorge Guillén hacia el reconocimiento», *Études Romanes de Brno*, 44-1, 2023, pp. 263-280.

FERNÁNDEZ URTASUN, Rosa, «Teresa Gilman Guillén, mediadora cultural del hispanismo norteamericano», *Bulletin of Spanish Studies,* 102-3, 2025.

FUMAROLI, Marc, *La diplomatie de l'esprit*. París, Hermann, 1994.

GARBISU BUESA, Margarita, «Claudio Guillén ante la obra lírica de su padre», *Revista de Literatura*, 86-171, 2024, e10.

GARBISU BUESA, Margarita, «Ivar Ivask y la poesía de Jorge Guillén: entre Estados Unidos y España», *Castilla. Estudios de Literatura*, 14, 2023, pp. 267-294.

GARCÍA-RAMOS HERRERA, I., «Jorge Guillén y "Antó": las cartas de un abuelo a su nieto», *Cauces. Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*, 46-1 2024, pp. 277-292.

GUILLÉN, Claudio, «Tierra feliz del desterrado», en *Wellesley, recuerdo ileso,* Elena Gascón Vera y Carlos Ramos eds., Lleida, Milenio, 2002, pp. 87-95.

GUILLÉN, Jorge y Oreste Macrí, *Cartas inéditas (1953-1983)*, Laura Dolfi ed., Valencia, Pretextos, 2004.

GUILLÉN, Jorge, *Aire nuestro: Homenaje. Y otros poemas. Final*, Barcelona, Tusquets, 2008.

GUILLÉN, Jorge, *Cartas a Germaine (1919-1935)*, Margarita Ramírez ed., Barcelona, Galaxia, 2010.

GUILLÉN, Jorge, *El argumento de la obra*. Barcelona, Ocnos/Llibres de Sinera, 1969.

GUILLÉN, Jorge, *Language and Poetry. The Charles Eliot Norton Lectures 1957-1958*, Cambridge, Harvard University Press, 1961.

GUSDORF, Georges, *Lignes de vie 2. Auto-bio-graphie*, París, Odile Jacob, 1991.

LADRÓN DE GUEVARA, Pedro Luis, «Jorge Guillén e il rapporto con Firenze attraverso le lettere alla figlia: i primi tempi», *Nuova Antologia*, 630-2305, 2023, pp. 317-326.

LADRÓN DE GUEVARA, Pedro Luis, «Jorge Guillén y el mundo editorial y crítico italiano: cartas a su hija Teresa», *Cuadernos de Filología Italiana*, 31, 2024, pp. 289-309.

LADRÓN DE GUEVARA, Pedro Luis, «Renato Poggioli diffusore in Italia della cultura spagnola in esilio: il rapporto speciale con Jorge Guillén anche attraverso le lettere alla figlia Teresa», en *Homo universalis. Renato Poggioli studioso di letterature, traduttore, intellettuale militante*, Cristiano Diddi y Bianca Sulpasso eds., Roma, Lithos, 2024, pp. 281-299.

LADRÓN DE GUEVARA, Pedro Luis, «Visitas de Jorge Guillén a Génova, Milán, Venecia y otras ciudades italianas contadas a su hija Teresa», en *Italia y España: una pasión intelectual,* Manuel Heras García ed., Salamanca, Universidad de Salamanca, 2024, pp. 975-987.

LEJEUNE, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.

LEJEUNE, Philippe, *Signes de vie. Le pacte autobiographique 2*, París, Seuil, 2005.

MARTÍNEZ-ILLÁN, Antonio, «El destierro y la pérdida en las cartas de Jorge Guillén a su hija Teresa», *Itinerarios*, 40, 2024, pp. 157-176.

MARZAL, Carlos, «El "caso" *Cántico* y el imperio de lo real», en *Nuestros Premios Cervantes: Jorge Guillén*, Francisco Díaz de Castro ed., Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003, pp. 108-125.

MORA FANDOS, José Manuel y Guadalupe Arbona Abascal, «El hispanismo norteamericano de Jorge Guillén en las Cartas a Teresa: una comunicación confidencial», *Castilla. Estudios de Literatura,* 14, 2023, pp. 495-524.

PIEDRA, Antonio, «Introducción», en Jorge Guillén, *Final*, Madrid, Castalia, 1989, pp. 7-56.

SAIZ-CERREDA, María del Pilar, «Dimensión conversacional de las cartas de Jorge Guillén a su hija Teresa», *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 76, 2024, pp. 73-107.

SAIZ-CERREDA, María del Pilar, «Fundamentos teóricos de la carta íntima familiar», en *Cartas íntimas de Antoine de Saint-Exupéry. Entre la soledad y el amor*, Pamplona, EUNSA, 2007, pp. 31-164.

SAIZ-CERREDA, María del Pilar, «Pacto epistolar en las cartas de Jorge Guillén a Teresa: la revelación de una identidad narrativa», *Revista de Literatura*, 86 (171), 2024, e08.

SALINAS, Pedro y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Andrés Soria Olmedo ed., Barcelona, Tusquets, 1992.

SALINAS, Pedro, «Defensa de la Carta misiva y de la correspondencia epistolar», *Ensayos completos II*, Madrid, Taurus, 1948.

CRITERIOS DE EDICIÓN Y BASE DE DATOS

Los originales manuscritos de las cartas que aquí se transcriben se conservan en los archivos de la Biblioteca del Wellesley College (Box 19. 3P-Guillen). Por deseo expreso de Teresa Gilman Guillén, reproducimos solamente las misivas del padre a la hija, no así las respuestas de esta última. Tampoco transcribimos las cartas de Jorge Guillén a otros destinatarios cercanos a Teresa (Stephen Gilman, Antonio, Isabel y Anita Gilman, etc.) halladas en la correspondencia, ni los documentos adjuntos (poemas, artículos, notas…), ni los textos añadidos de terceras personas (por ejemplo, de Irene Mochi- Sismondi, que son frecuentes) en las cartas de Jorge Guillén.

Las cartas se exponen siguiendo un orden cronológico. Se mantiene su estructura y número de párrafos originales, pero se regulariza su lugar y fecha de escritura en el ángulo superior derecho. Se desarrolla la fecha completa y si en esta se ha hallado algún añadido del autor, se mantiene.

Se ha tratado de garantizar una máxima facilidad de lectura, respetando la escritura de Guillén, aunque evitando tropiezos; para ello, se han corregido las erratas evidentes y se ha regularizado la acentuación según las normas vigentes. También se han actualizado algunos usos ortográficos, como el de las mayúsculas, con excepción de aquellas empleadas con fin expresivo, que se han mantenido. Se han respetado prácticamente en su totalidad los signos de puntuación (Guillén se valía con mucha frecuencia de los guiones, que se han conservado), también los laísmos y leísmos y algunas variaciones en la reproducción de términos (septiembre/setiembre o Benedicte/Benedikte). Se han preservado igualmente los subrayados, pues muestran el énfasis de una palabra o frase; en la transcripción, se reproducen en cursiva.

Con excepción de las formas estandarizadas como «Sr.», «D.», «etc.», «Mr.», «Mrs.» y otras similares, las abreviaturas comunes se desarrollan. El mismo criterio se sigue en los nombres propios abreviados y en las firmas (salvo en aquellos casos ya generalizados, como J.R.J.). Toda aportación añadida al texto original se ofrece, según la convención, entre corchetes: las palabras o frases ilegibles en el original se señalan con puntos suspensivos: [...]; una palabra de transcripción probable, pero no segura, con una interrogación: [?]; una forma original o peculiar del autor, con [sic]. Las expresiones en otros idiomas (siempre son palabras o frases sueltas), no se traducen; se reproducen en su lengua original y en cursiva.

Dado el gran número de cartas y la ingente cantidad de nombres de escritores, académicos, amigos, familiares, etc. que estas recogen, se evita la inclusión de aclaraciones en nota a pie de página, ya que engrosaría en exceso las páginas de este volumen. Sin embargo, se ha preparado un material que se pone a disposición de quien quiera utilizarlo en la página web del proyecto *Cartas a Teresa. Correspondencia de Jorge Guillén*: https://guillen.linhd.uned.es/. En la pestaña del Epistolario de dicha página puede encontrarse una base de datos que recoge el nombre completo y las referencias de prácticamente todas las personas mencionadas en las cartas. Además, en esa página está volcada una primera versión del epistolario (la versión que aquí presentamos está ampliamente corregida) que, si bien no es accesible en su totalidad, puede consultarse mediante un buscador. Asimismo, se ofrece una herramienta de redes que permite visualizar relaciones entre datos como profesiones de las personas citadas, áreas de especialización, sus lugares de procedencia, etc.

---

1. Stephen Gilman trabaja en la Universidad de Princeton entre 1946 y 1948; ese año pasa a la Ohio State University (OSU) y a partir del otoño de 1955, a la Universidad de Harvard. Claudio Guillén, tras su estancia en Alemania, se doctora en Literatura Comparada en Harvard en 1953 y comienza a partir de entonces su carrera académica: en Princeton, entre 1954 y 1964, en La Jolla (San Diego, California), entre 1965 y 1976, y en Harvard, entre 1978 y 1982 (con una estancia entre las dos últimas en la Universidad de Málaga); a partir de 1982 recala en Barcelona, en la Universidad

Autónoma de Barcelona y en la Universitat Pompeu Fabra, si bien continúa vinculado a Harvard hasta 1987.

2. A Guillén se le permite entrar y salir del país. Sus vistas a España durante el exilio son siempre de carácter privado.

3. Las conferencias de la cátedra Charles Eliot Norton serán recogidas en 1961 en el volumen *Language and Poetry*. Sobre los reconocimientos americanos a Guillén, ver Mora Fandos y Arbona Abascal 2023.

4. En esta época Irene, aunque separada, está legalmente casada con Vezio Crisafulli, uno de los secretarios del Partido Comunista italiano. Su matrimonio se anuló definitivamente en 1961 y a partir de ese momento volvió a usar sus apellidos Mochi-Sismondi.

5. «Ya el lunes, la radio de París dijo que se me había otorgado el premio internacional de poesía en Bélgica: 100.000 francos belgas. ¡Estupendo!», escribe Guillén el 15 de septiembre.

6. «Ayer quedó cerrado el trato del piso. […] La situación es para nosotros la mejor posible. Paseo Marítimo: esa lengua de tierra entre el mar y el puerto, barrio nuevo y agradable», escribe el 1 de julio de 1966.

7. En el plural de la despedida Teresa acoge a la abuela francesa, que quiso acompañar a su yerno al volver a Estados Unidos para atenderle en los primeros meses de su viudez, y a Claudio, que vivió con su padre hasta 1954.

8. A ellos se refieren en la postdata cuando hablan del nuevo «Tubi», apodo familiar que los Guillén daban a los Marichal. El niño que acababa de nacer se llamaría Miguel.

9. Institución fundada por Alice Gordon Gulick. En sus orígenes fue una misión protestante centrada en la educación de la mujer en España, y más tarde evolucionó como centro educativo ligado a la Institución Libre de Enseñanza. Desde el origen se centró en el diálogo entre los Estados Unidos y España con programas de lengua y cultura norteamericanas, la organización de encuentros y coloquios, y el desarrollo de una biblioteca, a la que aquí se hace alusión. Su junta directiva, a día de hoy, sigue estando en Boston.

CARTAS A TERESA

(1948-1984)

de Jorge Guillén

París, viernes 16 de enero de 1948

Queridos hijos:

Sí, a todos vosotros me dirijo, aunque solo me conteste Teresa. En su carta recibida anoche me dice –¡qué *élan*, Dios mío!– a propósito del silencio de la familia española, y especialmente del abuelito: «¿quieres que le escriba catastróficamente?». ¡Magnífico adverbio hiperbólico, que *sí* expresa las intenciones que animan a su poeta creador! Confieso que *ya* principio a impacientarme. Ya les he advertido que los esperaré hasta marzo. (Esta tarde iré a U.S. Line). Pero ¿y si no viniesen antes? A ese tipo de inercia un año no es mucho más que un mes. Escribe, Teresa, pero *tiernamente.*

Hacedme todos los encargos que os plazca. Retengo, pues, los ya hechos en la carta de anoche para Margot. Otro encargo de Teresa –no lo he echado en saco roto– se refiere a la situación de María de Oñate. Voy a redactar enseguida la carta al presidente –y con el mayor interés–. La conducta del que podría llamar, en elegante paráfrasis, «colaborador de Augusto» no me ha sorprendido, pero me ha indignado. Por cierto, esto me ha llevado a pensar en mis vacaciones. Vacaciones no solo respecto al trabajo sino a la maldad. ¡Qué descanso el de estos meses! No veo a nadie de quien deba o pueda desconfiar. Solo trato a amigos en cuanto amigos *(fuera de toda acción común)*, y a esta familia verdaderamente ejemplar. Lo repito una vez más y lo repetiré más veces: no podéis imaginaros cómo me cuidan Grand'Maman y Renée. ¡Las dos, por supuesto! Las dos se desviven

por darme gusto, tenerme contento y procurarme la mejor alimentación y la mayor comodidad. ¡Y qué madre es Renée con sus hijos! Hace unos días cenaron en casa unos compañeros de trabajo de François con sus mujeres. ¡Qué esfuerzos hizo, durante toda la *soirée*, Renée para que todo marchase bien –y no pensando más que en dar gusto a François–! Yo creo, Teresa, que debieras escribir por fin una carta a *tante* Renée, dirigiéndote a ella directamente. Y a Margot. (No hay que prolongar demasiado las escenas con los que llegan a ser fantasmas de nuestra imaginación). Eso es lo que te diría tu madre –en forma más sencilla y enérgica–. Por cierto, se me ocurren ahora ciertas consideraciones sobre nuestra común vida pasada en que antes no había pensado. Claro: es la perspectiva final, la definitiva, y también es el método comparativo. M. Berl me ha hablado de cómo os habíamos educado. Pues no ha sido según una particular pedagogía; no hicimos más que vivir juntos, muy juntos y así expresar nuestro ser, lo que de veras somos. ¿Y cómo hemos vivido? Muy sencillo: en amor y en *verdad*. Me importa subrayar el segundo término. Con vuestra madre hemos vivido siempre, siempre, día por día (¿y cómo no llorar al recordarlo?), al nivel supremo que es el nivel de la verdad. Eso es lo que significaba aquella crítica, dura a veces (la verdad es, en definitiva, un régimen riguroso), pero que expresaba la integridad de aquel espíritu –y su fuerza–. ¿Habilidades? Nunca. La habilidad es la fuerza de los débiles; de ahí las tentativas laterales e indirectas y las acciones por carambola: para tocar una bola hay que poner en movimiento otras dos interpuestas. Sí, ese es uno de los aspectos de mi balance: *la verdad*. Mi madre vivió así. No hay duda alguna: es el vivir supremo (¡qué suerte la mía!).

He comenzado a escribiros con la intención de contaros mis últimas andanzas. Pero se me ha ido la pluma a otros asuntos más nuestros para contestar a la carta de Teresa. También surge en ella, en la carta, la cuestión Harvard. Siento yo también infinitamente que ese asunto no se resuelva en estos meses. Pero la batalla (*si bataille il y a*) no está perdida. ¡Terminaremos viviendo en Cambridge! De modo que Antó hace progresos en inglés. Ocurrirá pronto lo que siempre me imaginé: que Antó enseñará inglés al abuelo en sus próximos paseos por… América. Contadme,

contadme muchas cosas de Antó. Teresa no me dice cómo marchan los trabajos de Steve («trabajos» en su doble sentido: como estudios o escritos y como «trabajos de Persiles»). Ayer compré el número de *Realidad* dedicado a Cervantes. Devoré el gran artículo de nuestro maestro don Américo. (Anoche estuve con Bataillon y me habló con gran admiración de Américo y de ese artículo). También compré el nuevo libro de Juan Ramón: *La estación total*. Hay media docena de poemas buenos, entre los mejores de J.R.J. Pero el conjunto es flojo. ¡Y qué narcisismo –hasta un grado satánico–!

Una última recomendación: necesito que Claudie me diga, si ya no lo ha hecho (como supongo), si envió o no envió aquellos cien dólares. Necesito saberlo inmediatamente para proceder *en consecuencia*. Teresa: echa una mano…

Una última pregunta de Teresa sobre Grand'Maman. Grand'Maman piensa ir a Princeton primero (para evitar los demasiados recuerdos de Wellesley) en *esta primavera*. Yo, en mayo. Grand'Maman, poco después.

Adiós. Termino deprisa –por falta de este maldito tiempo– que es quien nos va matando gota a gota. Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

París, viernes 23 de enero de 1948

Queridos hijos:

¡Tres meses ya! Como esta tarde no estaré libre y no podré acompañar a Grand'Maman –me espera a las cuatro en la Gare St. Lazare para ir a Arnière M. Asselineau, el que estaba en Harvard–, he comenzado el día yendo a Montparnasse. Al bajar de casa encontré en la portería la carta de Teresa –¡suerte, buena suerte!–; y en lugar de leer un librillo de un *surréaliste* famoso –Antonin Artaud–, mezcla penosa de loco, farsante y buen literato, autor de unas *Lettres de Rodez*, escritas en el manicomio de esa ciudad (para la curiosidad de este París, todo se convierte en

espectáculo), en lugar de leer esas brillantes insensateces, leí y releí en el metro –ida y vuelta– la carta de mi hija («tu hija», como decía Antó). Llegué al cementerio, y encontré fácilmente la tumba –¡ya he aprendido el camino!– y allí estuve unos minutos, entre aquellos nombres bíblicos, frente a las casas de no sé qué avenida, sin decir las posibles oraciones, sin más posible acción que la del recuerdo. Me conmovió en aquel momento el cruce en mi memoria de vuestra madre y de la carta de Teresa. Aquí, en estas líneas, en esa hija, es donde está quien nos falta, mucho más, muchísimo más que en aquel cementerio. Pero ¡qué pobreza la nuestra, la mía, qué pobres para siempre! Y vuestra madre no sabrá lo que dice Antó, y no sabrá nada de la futura nieta. En este punto, yo, prudente, espero confirmación, y no quiero dejarme arrebatar por un… espejismo. No sé cómo disponerme a eso: a ser todavía más abuelo. ¿Será posible (tener más nietos, no hay duda) ser *más abuelo*? Antó me mantiene en mi plenitud. *I don't believe it.* Luego ¿ya habla inglés? Increíble para mí, si Antó no fuese la perpetua maravilla.

Teresa me habla de cuentas y cálculos económicos. En realidad, este mes no me ha quedado disponible más que 68,44 dólares, según el balance de Claudie. Naturalmente, apruebo todos esos gastos, y sobre todo me alegro de que se haya aliviado así la cuestión de enero en Princeton. Ahora bien, hay que tener en cuenta que debo a Madame Le Baïl, la amiga de Margot, 100 dólares; ella no los necesita enseguida, pero yo se los he de reservar. Gasto poco, es verdad; ahora sabéis cuál ha sido mi fuente. Como necesito nueva inspiración, –y se me está acabando el soplo que me ha insuflado Jeannette Le Baïl–, he acudido –independientemente de la familia, para mayor soltura– a Maurice Dreyfus. No sé cuánto me quedará disponible este mes de febrero. Ruego, pues, a Claudie cuál es el balance de mi cuenta –aproximadamente– el día 2 de febrero. Digo «el día 2», porque le ruego que, con fecha 1 de febrero envíe un cheque de cien dólares a «Guaranty Trust Company of New York, 140 Broadway, New York 15». Cheque acompañado de una carta diciendo que lo envía J. Dreyfus & Cía Ltda. Managua, Nicaragua. En cuanto sepa cuál es el resto disponible

dispondré de él y enseguida, porque la situación actual es favorable y podría empeorar.

En fin… «Que un hombre de mi linaje… Descienda a…».

Teresa: envía esta carta inmediatamente a Claudie y procura que se cumplan enseguida mis dos encargos: «operación» y «estado» de mi cuenta el 2 de febrero, es decir, *después de retiradas las cantidades que vosotros necesitáis*. ¡Ah! Y enviad los botes de leche a los Berl.

(Me han llamado para comer. ¡Un momento!).

Sigo. Durante la comida hemos hablado mucho de vosotros, de la última carta de Teresa (excepto de esa posibilidad de Antoñita). Y Claudie, a todo esto, estará reanimándose y pasando apuros en plena juventud heroica. Espero con ansiedad no precisamente los resultados, sino lo que él me cuente de todo el proceso de estas últimas semanas. A mí me ataca –una vez más– la angustia del tiempo. No tengo tiempo para nada. Se me van los días en ver a los amigos y a las nuevas relaciones que van engranándose. El martes almorcé en casa de Madame Texenay; casa muy ricachona, almuerzo literario (mientras el marido, gran industrial, trabaja) con los Supervielle, Jouhandeau, etc., etc. (La invitación fue de los Supervielle). ¡Y yo, a la derecha de la señora de la casa! –«Pero ¿soy el más viejo?» –le dije. *Non. Vous êtes le noble étranger.* Y el martes próximo se repetirá la escena en casa de otra señora; me lo acaba de pedir Madame Supervielle. Esta combinación de *modernité*, dinero y letras es muy de París. Agradable, sí, pero… Resultado: no tengo tiempo para nada. Sigo trabajando casi todas las mañanas (estoy ahora atareado con la «Noche del caballero», poema del que ya tiene noticia Claudie), pero voy a tener que consagrar todas mis horas domésticas a la correspondencia que tengo sin contestar. (Todavía me llega alguna carta de pésame).

Celebro que Teresa escriba a *tante* Renée; bien se lo merece la pobre. De espectáculos casi nada. Vi *Paisà*, la nueva película de Rossellini; la otra noche llevé a Grand'Maman a ver *The Best Years of Our Lives*. Esta noche seré invitado por R. Cogniat a la segunda representación de *La dama del alba*, *La dame de l'aube,* de Casona. Los mejores años de nuestra vida, de la vida mía, ya sé yo, definitivamente cuáles son: los tengo a la espalda:

París, Murcia, Sevilla, Wellesley… Siempre volvemos a los mismo: no hay remedio.

Besos, abrazos. ¡Escribid! Vuestro,

JORGE

París, lunes 26 de enero de 1948

Queridos hijos:

Me separan de vosotros si Dios y o Valladolid no se oponen, ocho semanas. Siete aquí, una semana de viaje, en suma, un soplo, un relámpago. Comienzo a sentirme en la zona intermedia del viajero. Pronto os acompañaré en Libby House, me pasearé con Antó, charlaré con Claudie de biblioteca en cafetería: el mejor programa para mí –en este epílogo de vida que es la vida mía–. Llegó la carta de Claudie con las informaciones sobre Harvard. Lo importante es haber trabajado y aprendido. Me sorprende mucho que Levin incurra en ese disparate de la adivinanza: lo peor del *American way of life* universitario. Todo se nos vuelve periodismo y radio: *information, please.* Cuéntame, querido Claudie, el fin de la película y háblame de los conocidos nuestros de Harvard. ¿Y «don Amado»? ¿Y Poggioli? (Pregúntale cuándo aparecerán nuestros poemas en la edición de Parma). Y no te apures contemplando la mezquindad de esas vidas de profesores tan escasos de todo. ¡Cada uno es y será cada uno! Todo se andará, sí, aunque sin la compañía indispensable. He leído no sé cuántas veces lo que Claudie me dice de vuestra madre. ¡Totalmente de acuerdo! *Nosotros* cuatro (es decir, cinco, seis, sabe Dios cuántos) *siempre*. Me conmueven, me hacen llorar, claro, esas palabras –tan enteramente verdaderas–. Claudie termina: «Se lo debo todo: no solo la vida, la salud, sino también lo poco que tengo, por dentro, de decente, de bueno y de fecundo». De acuerdo, salvo en lo de «poco» –aunque esa frase no sea del todo exacta en su forma literal–. Yo solo sé lo que Claudie, que nunca se ha sentido huérfano de padre, quiere decir y significar. Seguiremos,

seguiremos hablando de nuestro tema capital (todos los días que nos quedan por vivir juntos).

Visitas, conferencias, viajes en el metro, ojeadas a París, lecturas, escrituras: así van desarrollándose las semanas. Cogniat me invitó a ver *La dame de l'aube*. No está mal, pero me dejó, nos dejó fríos. (Y yo no sé apenas nada de este simpático y discreto Casona… otra laguna). Para un hombre en mi situación resulta particularmente artificiosa esa manera de simbolizar la Muerte, dama torva, de negras vestiduras. ¡Señor, lo terrible no es eso, la Muerte que no existe, sino el muerto, los muertos sin abstracción que valga! Voy dos tardes cada semana al Colegio de Francia. (Dentro de un rato, a las cuatro y media, *me toca* el curso de Baruzi sobre la contemplación platónica). Pero ¡cuántas horas me llevan las gentes! Ayer tarde fui de nuevo a ver a Berl. Y anoche estuve, como todos los domingos, en mi «célula» como dicen en esta casa. ¿Demasiada insistencia? ¡Ca! Voy así, domingo a domingo, adquiriendo un conocimiento directo de ese círculo, o mejor, de ese ambiente, de ese estado de espíritu con tanta variedad y profusión de pormenores y aspectos que constituyen una verdadera «experiencia». Cada noche desfilan nuevos correligionarios. ¡Cuánto aprendí anoche sobre ese último grado del *dogmatismo fanático*! Sobre este punto os contaré muchas cosas (¡Y qué cura de toda posible tentación dogmática!). Se acaba el papel, son las cuatro. (Esto parece de pronto el cuento de don Lope de Sosa).

Besos a Antó. ¡Escribid, escribid! Teresa, no se te olvide el envío a los Berl.

Abrazos de

JORGE

París, martes 17 de febrero de 1948

Queridos hijos:

Ayer os escribí y hoy vuelvo a escribiros acerca del visado para Grand'Maman, porque ayer por la tarde estuve en el Consulado y me dijeron que era preferible (y mucho más fácil) solicitar un visado de inmigración que otro temporal (como el que tuvo Grand'Maman el año 46). De este modo se pueden hacer cuantos viajes se desee con tal de salir provisto del *re-entry permit*. Eso es lo que vuestra madre quería conseguir para la suya. Resulta que la *quota* está abierta durante el mes de febrero; *hay que presentar la petición de visado antes del 1º de marzo*. Se necesitan ante todo dos afidávits: uno, el mío, renovación del que firmamos vuestra madre y yo; otro, de otra persona. ¡Y quién podría ser sino Steve! Ya he escrito a Claudie y a Justina rogándoles que me envíen los certificados (*To whom it may concern*) análogos a los que ya figuran en el anterior afidávit. Ahora me dirijo a vosotros, Teresa y Steve, para que preparéis, si no tenéis inconveniente en ello, la otra parte de la documentación requerida.

1º. Adjunto copia del texto que firmamos vuestra madre y yo. He sustituido el sujeto plural *we* por el *I* singular. Con ese texto a la vista podrá Steve redactar el suyo de un modo análogo. Si tenéis ocasión de consultarlo con algún «experto», acaso podría introducirse algún oportuno comentario y alguna variación. (Por ejemplo, en el párrafo-página 4: *The reasons why I am willing to undertake the obligation*, tal vez habría de insistir en que Mrs. Gilman es la nieta de Madame Cahen y la necesita).

En el primer afidávit decíamos… «*we plan to do this by taking into our own household*». Como ahora se trata de dos afidávits, firmados separadamente, de dos casas y dos ciudades, me parece que este propósito de alojamiento no corresponde a nuestra situación actual.

2º. Hay que legalizar el anterior documento ante un *notary public*.

3º. Y acompañarlo con varios certificados justificativos (universidad, banco, compañía de seguros, acaso otras respetables instituciones).

4º. Una vez todo listo, enviádmelo *enseguida, lo antes posible*.

Nada más. ¡Y ya es bastante! Grand'Maman tiene su pasaje, como sabéis, para el *De Grasse* del 13 de mayo.

¡Muchísimas gracias! ¡Cuánto os lo agradecería vuestra madre! ¡Qué bien la veo ocupándose de todas estas cosas, ayudando a Grand'Maman con

toda su alma y su inteligencia!

Abrazos a todos. Besos a Teresa y a Antó. Vuestro,

JORGE

París, viernes 5 de marzo de 1948

Querido Claudie:
Queridos hijos:

Han llegado los documentos que pedimos a Steve. El afidávit y los pliegos adjuntos, incluso una carta de Ritter and Company: todo está muy bien. Muchas gracias, Steve. También hemos recibido los documentos que pedí a Justina. Únicamente nos falta –enojosa «casualidad»– el documento de la compañía de seguros que tuve la idea de solicitar por conducto de Claudie. ¿Quién es el responsable del retraso? Ni el hecho «histórico» ni su aspecto «moral» me interesan. Lo que me importa es tener esa pieza, necesaria para que yo pueda establecer mi afidávit. Con el mío, el de Steve y los papeles ya vencidos de Grand'Maman debemos ir lo antes posible al Consulado americano para *comenzar* las diligencias requeridas para el visado. Nos han dicho que lo normal es que la obtención del «visado de inmigración» exija cinco o seis meses. Es, pues, urgentísimo tener preparada nuestra documentación. ¿Qué has hecho, Claudie?

Siento molestarte y yo procuraré en adelante no causarte ni esta molestia ni ninguna otra. Te pedí también que escribieras al banco de Wellesley. Se me está acabando el dinero y necesito con urgencia cambiar los 100 dólares que deben ser objeto del *virement* o «transferencia». Tiemblo ante la idea de que esta operación no esté ya en marcha. El banco de Wellesley debe virar o transferir 100 dólares de mi cuenta al Central Hannover Bank and Trust Company, 70 Broadway, New York, para que este banco ponga esa cantidad a mi disposición en la Banque Jordaan, 3 rue St. Georges, París. Pero ¿para qué te repito el encargo? Si no estuviera hecho, avísamelo enseguida; tendríamos que apelar a otro procedimiento más

rápido. Claudie: por Dios, escribe. No hagas como los de Valladolid, que ni vienen ni me explican sus planes.

Esta carta no tiene más que un interés práctico. Pero envíasela a Teresa. Estoy sin noticias vuestras hace bastantes días.

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

París, domingo mañana, 7 de marzo de 1948

Queridos hijos:

El viernes pasado escribí a Claudie una carta urgente de carácter práctico. Hoy domingo, voy a pasar un rato con vosotros antes de volver a casa de Renée con Margot para comer. (Por la noche iré a cenar con Luisa. André sale hoy para Buenos Aires; volverá pronto).

Vuestras cartas, llegadas ayer, me emocionaron con una intensidad especial. Os lo explicaré poco a poco. Imaginaos si yo también tendré ganas de veros. Tengo ganas, tengo necesidad de estar con vosotros cuatro. Y sí, me hago la ilusión de que es verdad lo que dice Teresa: que «la presencia suya (la de vuestra madre) aumentará aún más cuando tú vengas y forma parte de esta impaciencia que todos tenemos». ¡Y pensar que ahora hay gentes que me conocen y creen *verme*, y no han conocido a vuestra madre! Claro, ni me conocen ni siquiera me ven. Y de ello estoy seguro, porque así es ahora y será en el porvenir. ¡Cuánto echo de menos la presencia física de vuestra madre leyendo lo que Claudie me dice de esa muchacha de Santo Domingo! Y no es que me preocupe *mi* responsabilidad, *mi* papel. Lo que me emociona es el hecho en sí mismo, su gravedad: esa carta, misteriosa, incógnita, incognoscible de antemano, esa carta es la principal en el juego de nuestra vida. ¡Dios mío! (Y me falta la respiración). También me impresiona particularmente la carta de Claudie a Grand'Maman. No diré nada del *fait accompli*. Ahora bien, yo ruego que no se vuelva a hablar directamente de ese asunto Lajeunesse, ni siquiera aludirlo. A lo hecho

pecho, y no seré yo quien lo desmienta. Pero *basta*. Ya os explicaré de palabra por qué el adverbio «bastante» debe cerrar –por ahora, al menos– la expresión de ese disentimiento.

Renée se encuentra cansadísima, agotadísima, llevando una vida de trabajos y agobios y sacrificios incesantes. Su salud es muy floja. Realmente atraviesa una crisis que ojalá no se convierta en un *nervous break-down*. No necesito insistir en todo lo que hace para cuidarme, para que engorde, para que me sienta a gusto en su casa. Grand'Maman desea con toda su alma llegar a América lo antes posible, sobre todo, antes del acontecimiento de agosto; y la contrarían muchísimo las probables dilaciones en la obtención del visado. De ahí la impaciencia con que espera cada día –con que esperamos– el documento que he tenido la idea –tal vez desafortunada para Claudie y para nosotros– de pedir a Claudie. Grand'Maman ya ha sido convocada por el Consulado para la presentación de los papeles requeridos. Y hay que presentarlos todos. Y todos los tenemos, excepto la carta de mi compañía de seguros –necesaria para establecer mi modesto afidávit–.

Claudie me escribe una carta interesantísima, pero ni me envía ese papel ni me dice nada de ello. Tampoco se refiere a mi encargo bancario. Y estoy en las últimas; ya hace varias semanas que intenté iniciar la operación: la transferencia de una cantidad –100 dólares– de un banco a otro, corresponsal del Banco de París, que me cambiará ese dinero. Yo, naturalmente, entre el nivel de esas cosas y el séptimo cielo, prefiero el séptimo cielo. Pero esta vez tengo –¡ay!– que insistir en el otro nivel. Por eso, por esta urgencia –urgencia doble– dirijo la carta a Cambridge. Yo suelo recomendar a Teresa que sea ella quien reexpida mis cartas. Pero ¿también tú, Teresa, vas a adoptar el ritmo español, la intermitencia de Valladolid?

(Sigo sin recibir la menor explicación de su plan: ni el abuelito ni José ni Jesús me escriben. ¡Hombre, hombre! Ya es demasiado abuso de confianza…).

Me da pena, Teresa, que arrastres un presente que te canse y te deprima con su porvenir. ¡Ánimo! Y puesto que el médico te encuentra muy bien, no

hay más que tener paciencia y con la gran esperanza que habría tenido tu madre. Esperanza, confianza, alegría. ¡Sí, hablará italiano también esa niña! (¡Qué deseos se me exasperan de ver a Antó! Decidle que le quiero mucho, mucho, mucho…).

Yo también quiero leer *The Republic of Silence*. Acabo de leer *Humanisme et terreur* de Merleau Ponty, interesantísimo. (Quisiera conocer al autor, amigo de Arnavon. Por cierto, cené el viernes con ellos. *Amabilísimos los dos*. Monique acaba de salir de una *jaunisse*, una ictericia, y va a marcharse a Marsella).

Ha vuelto de Roma Mathilde Pomès, enferma todavía. La veré con frecuencia mientras siga sin salir de casa. Anoche asistí a la representación de la prensa de *Occupe-toi d'Amélie*, un *vaudeville* repuesto y recreado por J. L. Barrault, invitado por Madeleine Ozeray. En la platea, ella y su marido y Madame Giraudoux y servidor. Había gente conocida, Aragon, Éluard, Cocteau… Me reconoció una señora que añadió: «*Je suis la fille de Valéry*». Distinguida, simpática (pero está mucho mejor la hija de Jorge Guillén... *Suis-je bête!*).

Me espera Margot. Tengo que contestar como es debido al resto de la carta de Claudie. Le abonaré a *Critique* o *Les Temps Modernes*; y Cassou ha aceptado publicar algunos de los poemas de Pierre Schneider en *Europe*; le he escrito ayer pidiendo a Cassou precisiones, escribiré muy pronto al joven sabio de Harvard.

Por Dios, Claudie –y perdona mi insistencia– ocúpate de esas dos cosas urgentísimas. Y remite enseguida esta carta a Steve y Teresa.

Abrazos a los cuatro. Y muchos besos a Antó.

JORGE

París, 3 de abril de 1948

Hijos:

Emilio y Carmen siguen aquí y estoy de veras encantado con ellos, con los dos –porque Carmen es una delicia, y Emilio es exactamente Emilio–. ¡Qué ajetreo estos días! Paseos, restoranes, desfile de modelos en la casa de modas, comidas caseras. *Le Maître de Santiago*, de Montherlant (no me gustó nada), ¡hasta «Casino de París»! (Anoche con Renée, en un concierto de Debussy, en la ópera). ¡Cuánto le gustaba a mi madre este teatro! Las entradas regaladas por los Cogniats. Y el Louvre, el Museé d'Art Moderne, el Carnavalet, etc., etc. (Renée me llevó el lunes de Pascua a ver le Château des Champs, muy cerca de París, con un jardín muy a la francesa, precioso). Esta tarde hemos estado en Versailles. Todo esto está muy bien. Pero ¿y lo otro? Desde Valladolid Emilio me decía que si ahora yo fuese a España, la gente diría allá que yo no había ido antes por culpa de mi mujer. («Ese argumento», añadía Emilio, «cuando yo hablé con tu padre, y se lo expuse, le impresionó mucho»).

Ahora me doy cuenta de que vuestra madre y yo diferíamos algunas veces en opiniones, en crítica, pero jamás en acciones, en conducta; *siempre* estábamos de acuerdo sobre lo que íbamos a hacer o no hacer, es decir, la parte de la vida verdaderamente *engagée*. Pues bien, he recibido ayer carta de José: que el abuelito está acatarrado, que hay dificultades para los pasaportes, *que no saben si vendrán…* Imaginaos el efecto. Acabo de escribir una cartita, que así reza: «¡Qué informalidad, querida familia, qué informalidad! La carta de ayer ha sido recibida especialmente por mi sistema nervioso. Sí, confieso mi disgusto, mi desazón, mi malestar. ¿A estas alturas, en vez de anunciarme vuestra venida, me repetís la misma faena de la vacilación con final de retroceso? ¿De modo que, después de haber aplazado mi regreso en enero y en marzo, después de haberme entregado ingenuamente a la gran ilusión de veros, fundada en vuestras reiteradas promesas, tendré que marcharme con la profundísima pena de no haberos abrazado? Si el padre tiene ya sus documentos en regla, ¿por qué no viene? ¿Vais a obligarme, queridos hermanos, a que yo represente por vuestra culpa el papel de mal hijo? Me marcharé sin remordimientos, pero con una pena muy grande. Los hijos me esperan y me necesitan. Mi barco sale el 23 de este mes de abril, dentro de veinte días. ¿Será posible que,

antes del 23, el padre no coja el tren, no realice nuestro común anhelo? De todos modos, Emilio –mi mejor amigo de España– os llevará noticias mías…» (*I quote*). Todavía como veis, me queda una esperancilla; mejor serían cuatro días que nada. Teresa, leída y releída tu carta. Pero ¿cómo es posible que ese niño prodigio emplee la palabra «futuro»? Y esa es la terrible y oscurísima incógnita: ¡el mundo futuro de Antó! Tomo nota de tus encargos.

Abrazos a todos. Muchos besos a Antó. ¡Qué ganas de veros! Vuestro,

JORGE

En el tren de París a Cherbourg, 23 de abril de 1948

Hijos:

¡Por fin! Ya estoy camino de América, es decir, camino de vosotros (¡cómo se mueve este tren, parece ya el barco!).

Día 23, seis meses ya… Vuestra madre sigue estando con nosotros, en nosotros. Siempre.

¡Qué cariñosos todos en la estación! Todos, también Margot y Marie Thérèse. ¡No han podido portarse mejor conmigo! Yo no puedo decir «mi mujer»… «pero su familia…». No hay pero. Ella y su familia un solo todo. Vosotros y ella: nosotros siempre.

Una advertencia. Ya habréis debido de subsanar mi error. Llegaré el 29, es decir el jueves, hacia la una de la tarde.

(Voy a intentar escribir una carta para contestar al telegrama tan afectuoso de Valladolid. Hasta el jueves. Besos, abrazos. ¡Que venga Antó a esperarme!).

Vuestro,

JORGE

Baltimore, lunes, 6 de septiembre 1948

Queridos hijos:

Pedro acaba de repetirme «escribe lo menos posible». ¡Seré breve!

El tiempo pasa en continua, inagotable, deliciosísima conversación. He tenido con Ferrater Mora (me acordé de Claudie) uno de los diálogos más interesantes de mi vida. Apenas salimos de casa. Hay lectores, visitas… y el sueño, reparador, es excelente. Saldré el miércoles por la mañana para Filadelfia. Al día siguiente, jueves 9 de septiembre, tomaré el tren que me dejará en Boston a las siete de la tarde. Como no hay trenes a esa hora, tomaré el autobús a las ocho. Y recordando que mi maleta no es muy ligera, ¿me permitís que ruegue a Steve que tenga la bondad de venir a buscarme a Wellesley Hills a las ocho y media? Si hubiese cambio en el plan o en la realización, os avisaría. ¿Cómo están esa hija y esa madre? ¿Y Antó?

Me acuerdo mucho de todos. Besos, abrazos y para Antó, un *arrivederci*, hasta Wellesley (¿Hills?).

JORGE

Wellesley, 4 de noviembre de 1948

Querida Teresa:

Te escribo en medio de un silencio… lamentable. Así está la casa ahora. ¡Todo en orden! Ni un ruido –salvo el de la nevera en este momento– ni un juguete por el suelo. *Todo* marcha perfectamente; cada día pago a la cocinera, y Grand'Maman termina, por la noche, de preparar la comida. Anoche cenamos –¡y bastante bien!– en Tower Court. Esta noche voy a oír a Norma Farber. Parece que *todo* sigue igual. Pero…

Antó: me acuerdo mucho de ti. Voy al cuarto de baño y no encuentro los barquitos de tu flota. Me pongo a escribir en esta mesa del comedor, frente a la ventana y no encuentro ningún juguete tuyo. Paso por el campus y no tengo compañero alguno. Me despierto por la mañana ¿y a quién voy a

contar una historia o un cuento? Desayuno; y solo. ¡Siempre solo! Di a tu mamá que me cuente lo que tú haces y dices. ¡Antó, Antó, Antó! Siempre me acuerdo de Antó. ¡Antó por aquí, Antó por allá y siempre Antó! ¿Sabes por qué? Porque te quiero mucho, mucho, mucho.

A Isabelita no me dirijo directamente porque todavía no me entiende. ¡Pronto me entenderá! Si encontráis por ahí un alma caritativa de fotógrafo, pedidle la limosna de una foto y acordaos de los pobrecitos de Wellesley.

Claudie ha telefoneado esta mañana. Vendrá el sábado. Grand'Maman tan suave y tan *sweet* como de costumbre. «¡Costumbre discreta!» ¿Y esa casa, y Mr. Gilman Junior? Esta misma tarde voy a contestar a don Américo. Hija: no me cansaré nunca de darte las gracias. Necesitaría otro volumen como *Cántico* para ti sola. ¡Cómo me acuerdo, hija, de vosotros!

Abrazos y besos de vuestro

JORGE

En correo ordinario te reexpido correo ordinario.

Wellesley, 11 de noviembre de 1948

Teresa, hija:

Sí, escríbeme frecuentemente cartas como la recibida ayer, contándome muchas cosas y diciéndome cosas tiernas. Me alegro infinito de que hayas encontrado tu casa mejor de lo que pensabas, de que no «te caiga gordo» ese Columbus tan lejano. ¡Y tanto tiempo vais a estar sin Antó! Aquí todo el mundo me pregunta por él. (Por ejemplo, anoche en La Atalaya; el otro día, la señora de enfrente me dijo que echaba mucho de menos a mi nieto). ¡Por Dios, fotos, necesitamos fotos de Isabelita! ¿Qué más? Voy a escribir a Peyre; me referiré también a su paso por Columbus.

Aquí, en esta tu casa, todo marcha bien y apaciblemente. He ordenado *un poco* mis papeles con el pretexto y la necesidad de buscar el *bill* del Hospital de Nueva York. La compañía de seguros –ya sabes cuál– va a

pagarme probablemente unos cien dólares; ahora me piden ese *bill* y como no lo encuentro, acabo de escribir a St Clare's Hospital. (Por cierto, en mi carné de cheques veo varios relativos a St. Clare's; no sé exactamente la cantidad global que pagué: 170,17 - 63,10 - 400. ¿Cuál fue la suma exacta? No se te olvide contestarme).

El tiempo agradable –con lluvias de otoño…–. Y John Peters. Acaba de marcharse. También ha llamado Ruth W. Vamos a ir esta tarde a ver a los Catalán a su casa. ¿Grand'Maman? *Un amour*; no puede darse nada más *sweet*. (Ella me encarga que te diga que no han venido los de los muebles: ¿cuál es su nombre y su dirección? Escríbeles tú).

Adiós. Todo, bien. Pero… Pensamos siempre en lo mismo, ¿verdad? (Claudie vendrá mañana). A todos, padres e hijos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 18 de noviembre de 1948

Teresa, hija:

Tus cartas nos saben siempre a poco, y eso que nos escribes con frecuencia. Decididamente, a mí me ha tocado –en esta lotería de la existencia– la mejor hija del mundo. ¡No, no protestes! Mi afirmación es objetiva: ¡nada más! De modo que Antó ha vuelto a su casa. Claro que la vida sin Antó no se comprende –como debiera decir la canción–. Cuéntame cosas de él y de los progresos incesantes de Isabelita. (En mi primera carta a Columbus había un párrafo para Antó. *Léeselo*, si no has extraviado esta carta).

Noticias. Ante todo, mañana, viernes, a las diez y media, vendrán por tus muebles y máquinas. ¡Respira! Nosotros llevamos estos días una vida bastante ajetreada. Hemos estado en un concierto en Cambridge para dar gusto a Isabel Pope. Iremos al segundo el domingo próximo, después de cenar en casa de Carmen de Z.G. y nos acompañará Claudie, que realizará el sacrificio de no escuchar aquella noche a Duke Ellington. Ayer vimos en

el colegio (billetes regalados) al pianista húngaro Dohnányi; no nos entusiasmó. Esta noche asistiremos (gratuitamente) al concierto que dará en Jordan Hall nuestro amigo Barnett. El domingo pasado comimos con los A. Alonso en Pinemanor. Mañana cenaremos allí con Miss Stuard. (Hay más regocijos a la vista). Hemos tenido en Wellesley a los Catalán. Jimena nos dio su conferencia sobre el Romancero. Lo más interesante ha sido el paso del «joven poeta» francés Pierre Emmanuel; está él más maduro que su poesía. Muy bien, personalmente. Y luego, la combinación de la perspectiva, más o menos casi semejante con el fundamento católico, es muy fecunda para interpretar el drama humano y para cantarlo en poesía.

Yo, por mi parte, sigo trabajando en lo mío. Sí, las elecciones me han regocijado y encantado, a pesar de Truman. Eso significa algo así como: *No exageremos*. Este pueblo no es tan reaccionario como parecía. Solución de sensatez y sentido político superior al de la prensa y la radio.

Hija: escribe mucho, quiero decir, con frecuencia. Grand'Maman deliciosa: *un amour.* Saludos a los varones y besos a las mujeres de la casa. Vuestro,

JORGE

Me han enviado el *bill* duplicado del hospital: ellos suman solo 598 dólares. Voy a cobrar probablemente cerca de 100 dólares de esta compañía de seguros. También he recibido carta de Cardona; le recuerdo bien. Tengo mucha correspondencia atrasada. Di al Sr. Pradal que le escribiré… antes de las vacaciones de Navidad. Ahora, después de escribir a Pedro, iré a la agencia de viajes.

Wellesley, miércoles 24 de noviembre de 1948

Queridos hijos:

Debo carta no solo a Teresa sino a Steve: ¡día fasto, piedra blanca! Y mi alegría.

Terminé de copiar –hace un momento– el último de los poemas que tenía en borrador («en fárfara» diría un cartujo). Voy, pues, acercándome –en efecto– al final de mi mamotreto. Con Grand'Maman en casa, y sumergido en tanto silencio –solo puntuado por el dichoso teléfono– trabajo a gusto. Y el colegio me deja el margen casi diario que yo necesito. ¿Qué más podría darme otro colegio o universidad? Estoy dispuesto –le decía a Pedro en carta reciente– a *comprar tiempo*, aunque me cueste muy caro.

Grand'Maman os habrá contado cuántas distracciones nos disipan. Conciertos, película española, alguna comida… Dentro de una hora llegará Steiner; cenará en casa. Mañana comemos Claudie y nosotros con los Alonso. El sábado habrá gran reunión en casa de Poggioli…

Y ayer me trajeron a domicilio el cheque de la Commercial Casualty Insurance Company. *121 dólares* (con 40 centavos). ¡Nada menos! Esta vez, el *American way of life* me ha conmovido. (Es, en realidad, un regalo de Miss Decker).

De México recibí contestación, amable y favorable. Vamos a ver si nos entendemos para que yo pase allí una parte del año 50.

Celebro que Antó lo haya pasado tan felizmente a las orillas del otro lago. Me alegro mucho de que haya florecido un ensayo sobre *Doña Perfecta*. ¿Podré conocerlo estas Navidades? Y ya inmensas las ganas que tengo de ver a Isabelita y a Antó. ¡Lástima que Antó no me pueda –entre tanto– contar algunas cosas, de esas que nosotros nos decimos en nuestras conversaciones!

Abrazos y besos para todos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 1º de diciembre de 1948

Queridos hijos:

En *este* mes nos veremos. Ya empiezo a sentir la inminencia de las vacaciones, y esta continuidad dentro del mismo mes –de Wellesley a

Columbus– pone alegría en la espera paciente. ¿De modo que Antó no olvida a su abuelo y expresa tan patéticamente –empleando el verbo «morir»– su intención de no abandonarme?

Ayer ya ha caído la primera nieve; y hemos pensado fatalmente en Antó con su traje de invierno, encantado por la estación que a mí –¡ay!– me divierte ya muy poco. Antó, Isabelita y sus autores: ¡qué bien vamos a pasarlo en Columbus! Hemos decidido ya que saldremos el jueves 16 por la mañana; estaremos en Nueva York todo el viernes (ese día veré al doctor), y saldremos de Pennsylvania Station el sábado a las ocho de la mañana para llegar, Dios mediante, a las once de la noche a Columbus. (Del otro viaje –a Europa– todavía no he recibido noticias; yo quisiera ir en el barco griego a Lisboa, en el que saldrá de Nueva York el 16 de junio. No sé si lo conseguiré).

También yo he recibido carta –y delirante– de la Divina Carmen –ahora más Divina que nunca. Y he recibido una nueva carta de don Américo, suavísimo, amabilísimo (a tono, en último término, con la carta mía). Pedro –por cierto– está esperando que Steve le escriba. Y otra cosa: me habla Teresa de apuros económicos. Por de pronto, y sin perjuicio de firmar otro cheque en cuanto Teresa me lo indique, adjunto un chequecillo de 50 dólares, que me deduciréis de mi deuda.

Claudie, como siempre, un encanto –rodeado de obras maestras y de grandes profesores– entre Jane y John Peters, los Eternos –de estos meses. ¿Grand'Maman? Siempre en la cima de lo *sweet*. En este instante la veo por la ventana, ante mi mesa, volver con un pequeño paquete. Y me recuerda a mamá. Me escribiste el 23; tú sí que eres lo mejor de este mundo para mí.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 9 de diciembre de 1948

Queridos hijos, querido Antó:

(A Isabelita sería inoportuno dirigirle ya una carta). Dentro de ocho días comenzarán las maravillosas vacaciones –para mí maravillosamente *columbarias*–. Pensábamos salir ese jueves; pero ayer me han contestado que Castroviejo estará entonces en un congreso en Buenos Aires. De modo que iré a mi doctor en enero, a la vuelta. Pedro me dijo que él podría alargarse hasta Nueva York el viernes 17 después de sus clases en Bryn Mawr. Acabo de escribirle para tratar de realizar ese *meeting*.

En principio, pues, quedamos en que llegamos a *Columbus el sábado 18, a las once de la noche*. (En Nueva York nos alojaremos en *Paramount Hotel*, 235 West 46 Street of N.Y.).

Ayer estuvimos comparando y sopesando precios, ventajas y desventajas. Sería más elegante y más cómodo –sobre todo más elegante y más *moderno*– tomar el avión. Pero Grand'Maman y yo *–petits bourgeois* con acento comunista– preferimos el *coach* de una considerable economía, sobre todo para mí ante la *cuesta de enero* (acento español «de clase media»). Por otra parte, ya he dado el depósito para retener mi pasaje en el *Nea Hellas*, barco griego que saldrá de Nueva York el 16 de junio. Iremos, pues, juntos hasta Lisboa, Justina, Marina y Sofía. También hemos hecho los depósitos correspondientes a dos pasajes el *De Grasse*, del 7 de julio, destinados a Grand'Maman y Claudie. ¡Viajemos alma, viajemos! Pero ¿qué viaje comparable a ese de Columbus? Steve - Teresa - Antó - Isabelita. ¡Do-re-mi-fa-sol-la-si! ¡Escala verdaderamente musical y delicia asegurada y…!

Volvamos a la prosa. Lo de México marcha bien; las fechas serían de septiembre a diciembre de 1950. (En relación con *Cántico* me convienen más que las fechas anteriores). ¿Nos veremos en México? Nos veremos en Columbus. Decid a Antó que tengo unas ganas infinitas de pasearme con él, de ver libros con él, de charlar mucho con él. Ya me contará sus impresiones de la escuela. Anoche vimos *Troilo y Cresida* en Harvard; nos invitó a Mlle. Bruel y a mí *Claude* (como lo dice Antó imitando a su papá). *Claude*, un encanto. Grand'Maman, otro encanto. ¡Vosotros también! Yo, en-can-ta-do a pesar de que por otra parte…

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 14 de diciembre de 1948, martes

Queridos todos:

Pedro acaba de escribirme que no puede ir a Nueva York el viernes. Por lo tanto, resolvemos que no hay razón para demorar el viaje ni un solo día. Saldremos, pues, de aquí el jueves, y en Nueva York tomaremos *The Metropolitan* a las 8.01 *de la mañana, el viernes 17*, que deberá llegar a Columbus a las 10.55 de la noche.

Nada más. Ahora voy a ponerte un telegrama para mayor seguridad.

Imagínate nuestra alegría. A esto es a lo que yo llamo viajar. ¡A Columbus! Tengo unas ganas infinitas de veros.

Besos a Isabelita, un gran abrazo a Antó y otro a su padre. Para Teresa –*ma petite fille*– besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 6 de enero de 1949

Queridos Teresa y Steve:

Interrumpo la conversación con Claudie –digo «interrumpo» porque es una conversación única que jamás se acaba– y paso a charlar con vosotros –y Antó–.

El viaje resultó pesado: el trayecto de Pittsburgh y Harrison [?] fue desagradable. Material viejo, y un traqueteo que me recordó el tren de la costa entre San Sebastián y Gijón. En Nueva York tuvimos un primer día espléndido. Dejé a Grand'Maman en el tren a la una, después de hacer varias compras, y por la tarde –tras una visita al librero Yeguer– fui a casa

de los Casaldueros. (Piso muy confortable y exquisitamente amueblado y ordenado). Estaban los Arroyos y López Rey. La conversación fue alegre y cordial. Cené en casa de don Fernando. Luego, con motivo de unas películas presentadas por los Catalán, vinieron varios españoles amigos. Me preguntaron mucho por vosotros, por Antó: la niña mayor, Gloria, es preciosa, con un dejillo andaluz que a mí –como diría Antó– me encanta. (Don Fernando, al lado, ni vivo ni muerto, pero separado de los vivos. Doña Gloria sí que es una santa). Allí estaban todos los García Lorca, los Ángel del Río, Pilar de Madariaga, la hermana de Castroviejo, los Texidor, etc.: ¡gran casa española! Al día siguiente, vi al doctor. Muy poco amable, como de costumbre. El diagnóstico fue: *unchanged*. Sigo igual, es decir bien. Eso murmuró; yo le pregunté, y me dijo: –Está igual y no me haga repetirlo... O sea: no he perdido ni ganado. Conclusión: «Vuelva usted dentro de seis meses». Y nada más. En Boston tuve la sorpresa de que Claudie estaba esperándome. En casa me encontré con un correo considerable. Lo mejor de todo, las cartas del abuelito. Cariñosísimo y perfectamente normal. Una de las cartas –extensa– es para Claudie, pidiéndole que le conteste.

Me he pasado la mañana haciendo cheques. ¡Ay, qué pena en este modo tan correcto de cumplir con su obligación, es decir, de «llenar» una ausencia!

Noticia de Nueva York: a Américo le han operado hace tres o cuatro días, y se encuentra o se encontraba en «mi» hospital: St. Clare's. Cosa pequeña: el tabique de la nariz. Pero hubo un incidente –el típico incidente– en la entrada. Don Américo se enfadó mucho con la monja que le preguntó: –¿Religión? Y nuestro bravo guerrillero se negó a contestar. –Entonces, «sin religión» replicó la monjita. –¿Cómo, sin religión? ¿Usted qué sabe? Etc., etc. ¡Genio y figura…! (Escribidle a Princeton; ya debe de estar allí).

Bueno ¿y esas criaturas? Contadme cómo le va a Antó en su primera escuela. Todos me preguntan por él y por su hermana –esa Isabelita a quien recuerdo como a quien es ya: una personita muy rosada y sonrosada, pero *persona*–. Grand'Maman está contentísima por la despedida con que le obsequió Isabelita. ¿Ha habido novedades en lo de Bryn Mawr? Rica: ¡qué bien lo hemos pasado en vuestra casa, cómo nos has cuidado! Cuanto más

discuto contigo –o tras discutir–, mejor me entiendo contigo: y conste que tenías razón en aquello. ¡Si precisamente eso es lo que me importa: ser digno de la idea que mi hija tiene de mí, pobre pecador –el más feliz de los padres habidos y por haber–! Muchas gracias a todos, a los cuatro. Muchas gracias al magnánimo Steve.

Os abraza vuestro

JORGE

Wellesley, sábado 8 de enero de 1949

Queridos hijos:

Como debéis estar un poco «intrigados» por la carta de Gillet, os la envío. (Devolvédmela). Todos esperamos con ansiedad el desenlace de la historia.

(Escribo hoy al señor Ruibal, que me ha pedido informes sobre un candidato «instructor»).

Ayer fue día fausto. Me llegó *España en su historia*. (Y *El español en Puerto Rico*, de don Tomás Navarro). Lo mejor fue la carta de Teresa. Antó «pica» siempre, responde siempre a todas las solicitaciones con una inteligencia y una vitalidad extraordinarias. ¡Que se entere de todo eso la señora maestra!

Hija: me dices siempre sobre tu madre lo que más me conmueve. ¡Ay, Pensión Guillén! Sí, esforcémonos en conseguir la «prórroga» posible…

(Grand'Maman trabaja en la cocina. Vendrá a comer Claudie. Acaba de llamar al teléfono… John Ryters [?]...).

Abrazos a todos. Besos a Isabelita y a Antó. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 23 de enero de 1949

Teresa, hija:

No terminará este apacible domingo sin ponerme a realizar mi proyecto. ¡Quisiera pasar de las cuartillas a las cartas; me esperan varias cartas urgentes! Y claro: empiezo por ti, por nosotros. Gracias por tu felicitación. ¡Ay, triste balance! Me refiero a la *edad* en abstracto, y a mi soledad en concreto. Pero… ¡Esas fotografías! La primera que mandaste –Isabel y Antó sobre las almohadas– la hemos contemplado muchas veces. Yo, más de veinte veces. Grand'Maman, más de cincuenta. ¡Qué preciosas criaturas! Ponte orgullosa. ¡Y qué bien cuidas a esa niña, qué maravilla de constante limpieza! Querido Antó: Quisiera oír tu voz, y para eso te ruego que *dictes* a tu mamá una cartita contándome cosas de tu escuela. ¿Qué haces, qué aprendes, cómo juegas, tienes amigos? ¡Supongo que estarás muy contento de aprender y jugar y hasta de… *luchar*!

Claudie está en Nueva York –porque *ici, c'est la province!*–. En Alemán le suspendieron: resultado que ha acogido con gran ligereza. Supongo que, por fin, se examinará en junio. (El niño regresará, creo, el martes). ¿Grand'Maman? Cuidándome maravillosamente. La única distracción que se permite es ir por las tardes a comprar en el Star Market. (Debacle doméstica espantosa. Mañana nos traerán una nueva nevera. 194 dólares, que pagaré el primero de febrero y el primero de marzo). De mí, poco tengo que contarte. He llegado a pesar 172 libras. Ahora evito lo que me puede engordar. Me están ensanchando los trajes. ¡Situación ridícula para un hombre de mi prosapia castellana, quijotesca! Y sin embargo a pesar de la dulzura de todos, ¡qué insatisfacción, qué manquedad, qué *falta de base*! De veras, sí, y sin remedio. Pienso en tu madre y en ti, y así me aferro y me consuelo. El abuelito me ha escrito una carta de su puño y letra; está muy bien de cabeza y de pulso. Anoche me contó Amado (Boston, Sinfónica, invitado yo por Godoy) que a Dámaso y Eulalia los esperó a su llegada a Madrid la policía. Registro completo; gran miedo. «Llevaban documentos muy importantes...» ¿Eh? Pero que allí hay más democracia que aquí… ¡Ja,

ja! Pedro me dice que una decana de Bryn Mawr le contará el 1 de febrero lo que haya sobre el nombramiento de Steve.

Adiós. ¡Qué pronto se ha terminado el papel! Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

25 de enero de 1949

Queridos hijos:

Me he pasado estas últimas horas libres –ayer y hoy– ordenando mis cartas del año último. Y cuando ya no me queda otro remedio que ponerme a contestar a dos buenos montoncitos de correspondencia atrasada, me llega con una oportunidad admirable este paquete de papel con un membrete impreso: la dirección de esta casa. Papel precioso, y, sobre todo, papel con una implícita dedicatoria que me ha llegado al alma. ¡Gracias, muchísimas gracias una vez más! Inauguro, pues, el papel escribiendo en esta primera hoja y acordándome de vosotros cuatro con todo cariño. Sois todos muy… «ricos». Pero permitidme, varones Gilman, que aplique este calificativo especialmente a Isabelita y a Teresa. ¡Hija, hija, hija! Necesitaría encontrar nuevas palabras que equivaliesen –superándolas– a las que terminan: «Más, más, más: arrebata» (Como veis, ya empiezo a esperar la visita de primavera).

¿Y mi disco? (Por cierto, «entre nos»: me pidió informes sobre un candidato a un puesto en esa universidad el Sr. Ruibal, y me preguntaba por los antecedentes *políticos* de esa persona, importantísimo refugiado español. Y yo le dije: «…pregunta *lamentablemente* sintomática, etc.». Ahora siento haber escrito «lamentablemente». Es más bien estilo de don Américo. Quería decir «sintomática de nuestra crisis actual»).

En carta aparte os envío la carta última del abuelito. Teresa: devuélvemela.

Adiós. Os abraza a todos, y besa a casi todos vuestro

JORGE

Wellesley, 2 de febrero de 1949

Queridos hijos:

Estoy «pastoreando», vigilando a mis estudiantes («206»), en un aula clara, ante una tarde fría, luminosa y serena. Yo no me encuentro tan bien como hace un mes, en Columbus. Allí es donde me he sentido mejor desde hace mucho tiempo. Sobre todo me sentía *insouciant*. Aquí todo marcha bien, por supuesto; y yo no he perdido más que una libra… Pero estoy un poquito más nervioso. ¡Dios mío, estos nervios, y cuánto me atemoriza el viaje a España desde este punto de vista!, y la vista se me resiente un poquito. Nada: imponderables... ¡Y las dos cuentas diarias, mañana y tarde, del Star Market! Poco a poco voy llegando al estado de espíritu –quiero decir, a las preocupaciones económicas– de mamá. Total: que he empezado ayer, 1º de febrero, a llevar las cuentas de los gastos con todo cuidado, único modo de ser claro en una situación que no tiene cabeza rectora. ¡Ay, Teresa, qué libre me sentía con tu madre, y cuánta libertad he perdido con ella! En suma: me encuentro entre la soledad, que es el problema, y la compañía, que no es la solución. Interrumpí las inyecciones; y volveré a ver a Ehrentheil esta semana. La casa –¡*mi* casa!– no puede funcionar mejor. Grand'Maman trabaja demasiado; eso sí, vive en un perpetuo idilio con Claudie. Claudie, un encanto como siempre. Claro que se examinará en junio, como todos sabíamos, menos él. No conseguí, en reciente coloquio, que me confesara que ese ha sido su propósito. Pero ¿se puede engañar uno a sí mismo hasta ese punto? Sí, es posible. Claro que nuestro estilo claro –el de tu madre y el tuyo, Teresa– es antípoda de esa amable confusión. ¿Qué más? Cenaron en casa –¡gran solemnidad culinaria!– Mademoiselle Bruel y el joven Anglés, con el que he simpatizado mucho. Anoche cené con Pierre Schneider, que estuvo muy suave y respetuoso. Es un muchacho que parece valer de veras. Quiere volver a Francia y dedicarse a la literatura, renunciando a la universidad, a la ciencia, a América, al inglés, al dinero. (Mucho más lógico que el joven Strauss, de Columbus, en cuanto escritor de lengua francesa).

(El día está precioso. Este *campus* está siempre muy bien. Las muchachitas escriben correcta y silenciosamente. ¡Suavísimo Wellesley!).

Me he encontrado en el correo de hoy con una carta de Madame Le Baïl. ¡Dichosa historia!: «*Le mystère du double retour des chèques est éclairci: il y a deux frères Kallin… Voici donc l'adresse exacte du monsieur (auquel il faut spécifier que ce que vous lui envoyez est pour le Compte de Mr. Tausky): R. F. Kaillir 285 Riverside Drive New York 25 N.Y.*».

¿Quieres hacer el favor, Teresa, de enviar, por fin y definitivamente, esos dólares al tal sujeto?

Tengo ante mí vuestras últimas cartas. La de Antó me ha gustado mucho; le contestaré aparte otro día, muy pronto. Sí, es mejor que no me envíes los discos; guárdalos. Lo que yo quisiera ahora es hacer otro dedicado a Antó, y pronunciando su nombre completo: ANTONIO GILMAN. Y yo haré para ti, hija, los discos que se te antojen –naturalmente–. ¿Medea? ¡Qué «guayaya»! (Se nos está olvidando lo del «guayaya». ¡Qué lástima!). ¡Mi pésame al Sr. Rockwood!

Acabo de recibir carta, muy amable, del Sr. Ruibal. Te refieres, Teresa, a Pío Baroja. A mí se me ha pasado ya hasta la crisis anti-barojiana (favorecida por tu madre), crisis que culminó en un curso de Santander. Sin embargo, Baroja es un escritor curioso, a veces, un tipo pintoresco, como los que a él le interesan. Y entre muchas novelas flojas, hay alguna que se sostiene. (Por ejemplo las de *La lucha por la vida*). Claro que Baroja no es mi tipo de escritor ni mi tipo de hombre. Y en cuanto a las objeciones… De acuerdo contigo. (Me remito a mis apuntes de clase).

Adiós. No he dicho nada de Isabelita, pero ¡cuánto nos acordamos de ella! Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 7 de febrero de 1949

Queridos hijos:

Esta mañana ha llegado –por *special delivery*– la carta de Pedro, urgente ya que se trata de vosotros, de Bryn Mawr. Haced el favor de devolvérmela enseguida. (¡Es una pieza más para la colección póstuma!). Como siempre, Pedro –el mejor amigo, no hay duda alguna– no puede ser más activo ni cariñoso.

Yo, por mi parte, nada tengo que añadir. Yo sé que Steve ha de resolver por sí mismo y en conciencia, con su conciencia: lo único que importa.

Claudie –¡asombraos!– está escribiendo a Julio, a don Julio Guillén. Se puso a escribir esta mañana en cuanto llegó la carta del abuelito, a él dirigida. ¡Por fin! (…¡Ya está escribiendo el sobre!).

He vuelto a ver a Ehrentheil. No, no he perdido peso. He ganado una libra más: 173. ¡Los temores de Grand'Maman se han disipado! (Pero lo que hay que cuidar sobre todo es mi retina. ¡Nada de amor a contracorriente, a contracorriente de mi corriente propia!).

Le debo carta a Antó. Mi próxima carta será para él. Las fotos, preciosas. Las hemos devorado con los ojos. ¡Y para mí ninguna! Así va el mundo…

Besos a Isabelita y a Antó. Vuestro,

JORGE

Adjunto asimismo la carta del abuelito. ¡Carta admirable! Claro, Claudie no ha podido resistirse a esa invitación. ¡Qué suerte la mía en este planeta, Dios mío!

Wellesley, 15 de febrero de 1949

Queridos hijos:

Os escribo entre Grand'Maman –que está sentada en su labor de costura– (un «jersey») y Haydn, que suena en la radio. (¡Menos mal! ¡Qué terrible, qué mediocre radio!).

Teresa –¡gracias!– me ha devuelto enseguida las cartas que os envié. Pero ¿habéis leído alguna carta más cariñosa, más irresistiblemente tierna como esa de mi señor padre? Claudie se rindió a la fuerza: le escribió en el acto. (¡Yo llevé la carta al correo!). Es una pena lo de Pachina. ¡Cuánto pienso, y cuánto me remueve ya, lo del viaje a España! (Estuve con el cónsul, amabilísimo; me firmó ya el pasaporte). En cuanto a la carta de Pedro y su motivo... Yo creo que Steve reacciona y razona muy bien. (Por él me preguntaba Blecua en reciente carta). En ella me anuncia que ya está impreso *el libro*: 320 páginas –debidas a él, José Manuel Blecua, y a Ricardo Gullón–. ¡Gullón sobre Guillén! Bueno, ¡y van tres! (Por cierto Claudie proyecta –¡en serio!– y es lo más gracioso, una edición comentada de *Cántico*). Pues yo –inspiración de este instante– comentaré también. Y digo que el verso «Más, más, más: arrebato», *aplicado a mi hija*, lo sostengo hoy y siempre.

Y paso insensiblemente a la hija de la hija. ¡Qué fotos, Dios mío! Maravillosas. Gracias por esa última –por ahora última–. Acabo de contestar a la carta de Antó. Carta estupenda. Pero ¿y aquello de la cuerda para atar o ahorcar? Increíble.

Te adjunto, Teresa una segunda carta de Madame Le Baïl. ¡Pobre señora! Supongo que estarás en condiciones de enviar ese cheque. Si no, avísame. Esto me hace pensar en Margot. Ya ha cobrado la traducción del *Juan de Mairena* (Gallimard le ha pagado, si no recuerdo mal, 59.000 francos). Ahora voy a ver si traduce *El defensor* (en parte) de Pedro.

(En este momento no es más que Strauss, Richard. ¡*Salomé*, putrefacción número uno!).

Una noticia triste. Y digo «triste», aunque nos toque solo a través del colegio. Pero yo voy teniendo apego a este Wellesley. Miss Manwaring ha muerto, de repente –un ataque al corazón– leyendo el *New York Times* en la cama. Esta tarde se celebró el servicio religioso en la capilla del colegio. Habló nuestro *Procter*. Me resultó escaso todo ello. He sentido, me ha apenado este final de Miss Manwaring, amable conmigo: aquella lectura de mis versos, aquella cesta de frutas que nos mandó una Navidad, después de una operación de tu madre…

Y luego, estas cosas de la muerte –es decir de los muertos– me remueven cada día más. Me duele siempre en el mismo sitio. (La ausencia no lo es del todo: es mi único consuelo dentro de mí –aparte del consuelo que *sois* vosotros–).

¡Vosotros! A Claudie le dejé el viernes en Cambridge –en donde estuvo a oír una conferencia del profesor francés Hytier y a comer con él–. Y «nada he sabido de él» desde entonces. ¡No! Llamó esta tarde, cuando estaba yo fuera. (Porque es imposible para nosotros comunicar con Claudie. ¡Esos niños!).

Besos. Abrazos. Escribid. Vuestro,

JORGE

Muchos recuerdos al abuelo Harry. ¡Cuánto deploro lo de su hija! Salinas, las noticias de don Américo. ¿Qué dice de Francia? La carta de Madame Le Baïl va con la de Antó.

Wellesley, domingo cinco y pico de la tarde.
27 de febrero de 1949

Queridos hijos:

¿Quién podría sospechar ante el cuadro que tengo a mi vista, «aquí y ahora», que estamos en la época más criminal de toda la historia? Suena la cuarta sinfonía de Schumann; Grand'Maman lee tranquilamente; Claudie –el divino Claudie– se recrea y se ríe leyendo *El defensor* de Pedro. Yo pienso en vosotros –mi gran antología suprema–, en vuestro próximo viaje a Wellesley, en este acorde –¡qué manía!– entre este comienzo prematuro de primavera y la llegada de esas criaturas mayores y menores. La casa empieza ya a sentir la alegría de recibiros. Ayer, por mediación de Anita –la eficacísima Anita– un matrimonio joven del colegio –Mitchell– nos trajo la cama de Isabelita.

Habrá pronto un «parque». ¡Hacednos encargos! ¿Qué más queréis?

Claudie, un encanto. Grand'Maman, un Schumann permanente, la más armoniosa bondad a domicilio. (Esta sinfonía, en efecto, la han tocado juntas tu madre y Grand'Maman. –En Murcia –añade Grand'Maman).

En cuanto a las *noticias privadas*, el primer lugar debe ser para lo de Bryn Mawr. Yo ni entro ni salgo, naturalmente. Solo diré que vuestra reacción me parece muy justa y muy sensata. En esas condiciones de contrato y de trabajo, nada sensacional ofrece Bryn Mawr. Celebro que el papel no me permita apenas comentar las *noticias públicas*, anticomunismo a todas las horas del día, planes militares y amenaza creciente de *agresión*. ¡Monstruoso! Claudie y yo estamos de acuerdo; todos nosotros –en la intimidad, *sotto voce*, *entre nous* (¡parece un curso de Literatura Comparada!)– estamos y estaremos de acuerdo: víctimas en potencia, perfectamente unánimes en la desaprobación.

Supongo que el catarro de Isabelita habrá desaparecido. La carta de Antó, riquísima. Le contestaré. Claudie ya ha entregado, revisados y copiados, unos *papers* para lo de la beca. El resultado será dentro de un mes. (–¡Diles que no tengan esperanza!).

Gracias por el envío del cheque al señor de Nueva York.

Abrazos y besos de vuestro

JORGE

Wellesley, 5 de marzo de 1949

Queridos hijos:

Agradezco mucho a Steve que me haya escrito. Claro que no tenía que darme ninguna explicación. Es una deferencia, pues, a la que soy sensible. Pues bien, creo que ha hecho bien. Pedro ha vuelto a escribirme encargándome que le impulsara a aceptar el puesto de Bryn Mawr. En primer lugar, no es ese mi papel; además, estoy de acuerdo contigo, con vosotros. Lo de ser *chairman*, ¿qué tiene que ver con tus propósitos y tus verdaderos intereses? Claudie está de acuerdo también. ¡Feliz familia! Y

Grand'Maman, por supuesto. En fin, ¡volveré a Columbus en un tren de noche!

Estos últimos días hemos sabido de dos amigos que han muerto. Ya estaréis enterados del fallecimiento de Coti. A mí la noticia me removió, además, los peores recuerdos. ¡Horrible! Y anteayer recibí carta de Portugal, y escrita por Japp. Es inconcebible pensar que de repente, el día 25 expiró Cristóbal Hall, mientras dormía, sin enterarse de nada; le encontraron con la boca y los ojos cerrados –«en gran tranquilidad», me dice Japp–. Imagínate, Teresa, cuánto, qué de veras lo habré sentido. ¡Y cuánto lo habría sentido tu madre!

Ya he escrito a Trinita, ahora en Londres, recién operada: era la preocupación de Hall en su última carta. (Carta en la que me expresaba su alegría ante el anuncio de mi visita). También he escrito a Emilio, a Sinforiano, a Paco Cossío, a los amigos que *comulgábamos* en el gran afecto y la gran admiración por aquel hombre excepcional, una de las personalidades verdaderamente superiores que he conocido en toda mi vida. A los amigos les propongo que escribamos un librito –no puesto a la venta– *in memoriam* dedicado a Hall. Se me muere con él, Teresa lo sabe, algo de lo mejor de mis años mejores.

Rica: tenemos unas ganas inmensas de que vengáis. Los invitados de hoy eran Miss Melchor y Miss Johns. Otra noticia, y esta agradable: he recibido el libro de Ricardo Gullón y José Manuel Blecua: *La poesía de Jorge Guillén*. Excelente, sobre todo lo de Blecua. ¡Y escrito con tanto fervor! Otra cosa que tu madre no verá. Pero lo veréis vosotros. La carta de Isabelita nos ha impresionado. ¿Ya estará repuesta de su indisposición?

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 13 de marzo de 1949

Queridos hijos:

Me pongo a escribiros con profunda alegría, porque, si me descuido, esta carta ya no os alcanzaría en Columbus. ¡Vais a venir, vais a llegar! Me siento enternecido, alegre, nostálgico –la tristeza en el fondo–, pero… Dentro de pocos días, guiados por el mayor en edad y gobierno, Isabelita –¿cómo será ya, cómo juega ya?–, Antó –¿hasta qué punto es ya Antó?– y, lo mejor de todo, mi hija –sin adjetivos–. ¡Mi hija! Todos os esperamos: Claudie, Grand'Maman y yo, este –como decía de sí mismo Cervantes– «poetón ya viejo»…

(Hoy he puesto en limpio, en primera versión, el último poema nuevo de *Cántico*. Ya estoy con ganas de echarme a correr a campo travieso, y empezar a escribir otras cosas. ¡Este verano!).

Hoy, 13 de marzo. Ochenta y dos años de mi señor padre, tan señor y tan padre. Le envié ayer un telegrama en que firmábamos todos, es decir, Columbus y Wellesley. He vivido, estoy viviendo mucho esta fecha, cada año más crítica –naturalmente–. Pero todas las fechas lo son. ¡El pobre Hall! Me hablas muy bien de su vida y de su muerte, Teresa. ¡De acuerdo!

Notición: Juan Marichal ha venido a Cambridge –¡y no a Wellesley!–, y Amado me dijo anoche que ya está decidido su nombramiento como *assistant professor* en Harvard. (Solo esperan –para que sea oficial– la inminente presentación de la tesis). Esto no tiene nada que ver con el otro nombramiento, que corresponderá a la vacante de Rivera, próximo jubilado. Y ahora veo claro que la otra vez, cuando Steve fue invitado a Harvard, todos –todos acordes– nos equivocamos. ¡Qué se va a hacer! ¡Adelante! La carta de Antó y sus dibujos me han encantado. Ya no tendré tiempo de contestarle más que de viva voz. ¡Y qué bien está en la fotografía del periódico! Don Américo me ha dicho en reciente carta –¡nos escribimos con bastante frecuencia!– que Isabelita es «una maravilla».

¡Venid! ¡Llegad! Grand'Maman te encarga, Teresa, que te traigas la manta que nos dejamos en Columbus.

Recuerdos a los Lapesa. Adiós. ¡Hasta luego! Abrazos, besos. ¡Qué ganas de veros! Vuestro,

JORGE

Wellesley, 12 de mayo de 1949
(¿Te acuerdas, Teresa? Hace un año y un día,
el 11 de mayo, que me operaron.
¡Cómo me cuidaste!).

Queridos hijos:

Esta mañana reaparece Grand'Maman, fresca como una rosa. El tren llegó antes de la hora que se me había anunciado; vinimos en el autobús y a Grand'Maman le pareció que la casa estaba limpia y en orden. (Pero ¿esto es una casa?). De modo que esas pobres criaturas han estado malitas de verdad, sobre todo Isabelita … ¡Qué ganas tengo de verlos ya! Antó –ya lo sé– es un niño muy rico. Muy pronto le escribiré. Respecto a lo de Baltimore, ¿qué voy a deciros? Yo debo abstenerme (¡Seguiré el ejemplo de las grandes potencias en la cuestión de España!).

El caso es que no hay profesor más solicitado que mi ilustre yerno. (Voy a buscar lo de *La Celestina*; no tengo el texto a mano). Pasado mañana, por cierto, en una reunión del MLA de New England, en Boston, leeré y comentaré algunos poemas de J. G. El curso termina con un acrecentamiento de realidad y las vacaciones se nos echan encima con sus complicaciones trasatlánticas. Vengo de la agencia de viajes; la cosa parece que se nos arregla. Claudie saldrá, pues, el 10 y Grand'Maman y yo el 20. Y nos volveremos –todos *¡Dios mediante!*– el 10 de septiembre en el *Samaria* de la Cunard Line. El viaje de ida y vuelta nos costaría, en esa forma, 340 dólares. (Claro que iré a Portugal desde Valladolid. Trinita me escribió que recibió tu «carta maravillosa» y que te contestará desde Portugal). Anoche oímos una conferencia solemne de Borges sobre Goethe. Ahora voy al gran té que hacen en su honor los Lapiana. ¡Escribe, Teresa! ¡Escribe, Antó!

Abrazos a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 17 de mayo de 1949

Queridos hijos:

Acabo de escribir a mi señor padre que en carta reciente me preguntaba por Stephen Gilman. Y yo le digo que Steve es el niño bonito del hispanismo americano. ¡Cómo se le disputan las empresas! En lo de Baltimore, yo –naturalmente– no entro ni salgo, como «bello-padre» que soy. Si se hiciera, ¡qué alegría! Anoche me telefonearon preguntándome si a Steve le interesaría venir a Tufts College, como *associate professor*. (Tendría que dar alguna clase de francés: algunas de las clases serían de Lengua). Sería desde el curso 50-51. Las gentes no pueden ser más amables, y con la mejor intención quieren traerme cerca a mis hijos. Yo escuché *con benevolencia*, di vuestra dirección de Columbus y prometí escribiros. ¡Lástima que la cosa resulte demasiado modesta! En fin, ¡llueven proposiciones, llueven, llueven!

Ayer llegó el cheque vía Panamá: 500 dólares. 100 son de Leónides. Rafael ha escrito a Claudie una carta encantadora haciéndole encargos –de medicina y de música–. No deja de ser un consuelo que en medio de tantas desventuras, haya españolitos como Rafael: esos que hacen mucho más de lo que se les pide. Lo que no llega es lo del *income tax*. Todavía no sabemos si nuestro plan –con Youth Argosy– se realizará. (Pero lo sabremos esta semana). Leí y comenté algunos poemas en Boston ante cuatro gatos –eso sí, gatitos y gatazas amables–. (Claudie no tuvo tiempo de venir a la lectura; ¡su ausencia me dolió!). Es la primera vez que «actúo» sin la compañía de tu madre. El *acto* salió bien, pero me entristeció un poco.

Grand'Maman –*un amour*– me ha hablado repetidas veces de la visita que harás hoy al médico. Esa preciosísima Isabel estará ya completamente como ella merece estar: resplandeciente de salud. Escribiré a Antó. Decidle que me acuerdo mucho de él, de nuestros paseos. Ya buscaré lo de *La Celestina*. No me es fácil encontrarlo. Pero lo encontraré.

Adiós. Con sentimiento de nostalgia. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 24 de mayo de 1949

Queridos hijos:

Claudie ha sufrido su primer examen –el de Inglés– esta mañana. Es decir, de 9 a 12 ha escrito sobre tres de los nueve temas de Literatura inglesa (en grupos de tres), presentados por Levin. Y Claudie está contento. ¡Pues claro! 1º. La sátira inglesa. 2º. Green (no sé si es así) y no sé qué de la novela. 3º. Cuál es el poeta metafísico (del XVIII) que se parece más a Góngora. El pobrecico está cansado, ha trabajado mucho. Pero ha empezado con buen pie. El jueves será el examen de francés –con Morize–. (El otro día, en la reunión del MLA, me habló de Claudie con entusiasmo). Por fortuna, el hueso ha quedado para el final. ¡El hueso, de postre! Es decir, don Estimado.

¿Os dije que ya hemos pagado los billetes de nuestros viajes? En el mismo avión –el del 20– iremos Grand'Maman, Amado y su hijo Billy (?), Fichter (el de Providence) y yo. Lo del *income tax* del año pasado está en manos de la señora especialista del colegio, y creo que conseguirá que me lo paguen. También ha descubierto que en realidad (Claudie se había equivocado, –¡pobrecito, no le censuro!–) me deben 66 dólares. Haremos una reclamación, después, que se cobrará dentro de unos dos años. Todo esto se lo digo a Teresa, porque esta hija tan rica se preocupa por todo lo de su señor padre. Bueno, pero ¿cuándo terminarán de sufrir esas criaturas? Nos duele pensar en las molestias de esa princesita, y de ese noble garzón. Contestaré muy pronto a la carta –muy buena– de Antó. Esta noche –¡Teresa, te escucho!– cenaré con Claudie en Cambridge. Contadme con detalles «lo que pasó» con Pedro en Columbus.

Adiós. Dentro de una hora tomaré el autobús. Besos a esas criaturas. Os abraza vuestro

JORGE

Wellesley, 28 de mayo de 1949

Queridos hijos:

Si se cumplen mis planes, dentro de un mes estaré llegando a Valladolid. Hoy por hoy aquí me tenéis confinado en casa por un fuerte catarro, que cogí ayer. (Llovió mucho; me mojé «en acto de servicio», porque en el colegio tuve clase y exámenes generales). No iré a casa de Isabel Pope mañana domingo, donde habría visto a Amado, que me habría hablado o no hablado del examen de Claudie. Examen que se celebró ayer. Todavía no sé nada concreto sobre la tal prueba, que tanto nos preocupaba a todos. Fui a Cambridge el martes y el jueves después de los otros exámenes, que se desarrollaron felizmente. El jueves estuve mal, pensando en el examen de español. Telefoneé a casa en cuanto pude el viernes, preguntando si había telefoneado Claudie, el cual había dicho a Grand'Maman que, si no tan bien como lo francés y lo inglés, lo español –con muchas preguntas– había marchado correctamente. El niño prometió telefonearme, dejé yo de utilizar el teléfono para que no hubiese dificultad en llamar. Y no hubo llamada. Grand'Maman preparó –o hizo preparar– este mediodía una comida con buen postre. Tampoco acudió a la espera el ya casi doctor. Y eso es, en definitiva, lo que importa: Claudio Guillén, doctor bilingüe de Harvard.

Ya tengo el *re-entry permit*; ya voy reuniendo otros papeles necesarios. Pero la desgana es más fuerte que yo. Desgana de casi todo, menos de pensar en esos hijos y esos nietos…No dices nada de la conferencia de Pedro. ¡Feliz él, que sigue jugando!

Besos a la ya restablecida Isabel, y a ese compañerito de mis soledades. Vuestro,

JORGE

Wellesley, Mass., 4 de junio de 1949

Queridos hijos:

Por fin, ya sabemos a qué atenernos sobre los exámenes de Claudie. ¡Estamos contentísimos! Y con una alegría que me hace llorar, porque tu madre no puede compartir nuestra profunda satisfacción. Claudie me dijo, refiriéndose a su esfuerzo: «Es el estilo de casa». ¡De «casa»! ¿Dónde está aquella casa? ¿Dónde están aquellos días? (Esos días a los que tú aludes en tu última carta…). Pero, tal vez, los llevamos dentro, y la casa está en nosotros, en el estilo de la frase de Claudie.

Resumamos. 1º Inglés. Levin le ha dicho que el examen de Claudie era el mejor que había visto desde que es jefe del departamento. ¿Eh, qué os parece? ¡Qué aventura –para mí también–! ¡Pensar que ese joven casi doctor de Harvard es el hijo de un pobre señor de Valladolid! 2º Francés. Morize le ha dicho a Claudie: «muy bien, pero tengo que hacer reservas». Porque no está –¿del todo?– de acuerdo sobre lo que Claudie escribió –probablemente– acerca del clasicismo –el dichoso clasicismo– y las influencias extranjeras en Francia. Lo de siempre: no hay ortodoxia más estrecha que la de la historia literaria francesa. 3º Español. Amado –serio y con su habitual sobriedad– me dijo que la contestación a la primera pregunta le había puesto un A+ (aunque esta nota no sea oficial). Se trataba de «La poesía lírica de Garcilaso a Quevedo». Y claro que en este punto me satisface la perfecta continuidad de padre a hijo. Quedaba por desollar el rabo de la tesis. Hablé con Claudie, luego con Amado y llegamos a un acuerdo: a que Amado ajuste el tema: «*Spain and the Birth of the Picaresque Novel in England and France*». Ayer envió un telegrama anunciando el resultado que tanta satisfacción me produce. Antó tiene que darse cuenta de que su tío Claudie es todo *un tío*...

Rica: tu carta me causó tristeza. *Je ne veux pas que ma petite fille ait du chagrin* –pienso con tu madre–. ¿Y esa preciosidad de Isabel?

Saludos a los señores Gilman. Abrazos, besos (Enviad la dirección exacta. ¡Ah! *¿A qué banco podría enviarte el dinero de este verano?* Voy a cobrarlo el día 8 de este mes. *Contestad enseguida a esta pregunta*). Vuestro,

JORGE

En vista de tu carta, he abierto el sobre para hacer otro con la nueva dirección. *¿Cuál es la dirección telegráfica: Gull Lake o Richland?*

Wellesley, Mass., 13 de junio de 1949

Queridos hijos:

Tu carta, Teresa, nos permite formarnos una idea exacta de vuestra vida a orillas de ese lago apacible. ¿Demasiado apacible? Haced provisión de sol, de calma, de intermedio rústico, de verano distinguido: ¡verano lacustre! Nosotros, Grand'Maman y yo, no hacemos más que vivir nuestro viaje. Grand'Maman ha comprado media América, y la organización del transporte de tantas cosas le da mucho trabajo. En pleno calor de agosto no deja de trabajar. Yo ya he reunido los papeles oficiales. Como este 8 de junio cobré –costumbre del colegio– el *summer salary*, he pagado facturas, he comprado regalos –sobre todo para Valladolid– y he dispuesto fondos para ser gastados en Europa. Tengo una impresión rara: que *me sobra* dinero. ¡No, no es eso, no es posible semejante escándalo! Total, que voy a enviarte los tres cheques –en blanco– que corresponderán al pago de la luz eléctrica, del gas y del teléfono de este mes. He pedido que te envíen a ti las notas de julio; haz el favor, pues, de poner las cantidades correspondientes y remitir tres cheques a sus destinatarios. (La casa está ya pagada). También he dado la dirección de Gull Lake para que te reexpidan mi correspondencia. (Los paquetes, recibidos en el colegio, allí se quedarán. Los otros te llegarán a Gull Lake). Otra cosa: Amado me «sugirió» que dejase este piso a los Marichal, para que, desde aquí, pudieran buscar alojamiento en Cambridge. Yo prometí escribir a Juan, no lo hice, Amado se me adelantó (intención bien intencionada, pero excesiva), escribí por fin y Juan me ha contestado encantadísimo. Me dice que vendrán en agosto. Como tú, según me contaba Antó, piensas estar aquí –en uso de tu perfectísimo derecho, tú primero siempre– te pondrás de acuerdo con Solita para ver cómo os acomodáis en esta casi-casa. (Ya sé que no te gusta. ¡Qué vamos a hacer! Posiblemente no tendré otra mejor: eso es lo más triste…).

Además, acude, en el momento que tú juzgues oportuno, a Mrs. Boyl, aunque yo no haya regresado. ¡Ah! Para acabar –¡por ahora!– con estas indicaciones prácticas: guárdame los impresos y paquetes, abre mis cartas, léelas si quieres, y reexpídeme a General Mola 12 las cartas que consideres dignas de ser reexpedidas. Ten en cuenta si el firmante es o no es «persona grata» en el Estado español; y no me envíes aquellas cartas cuya firma o cuyo texto no armonicen con aquella situación. Todas estas minucias son cargantes: perdona tantas molestias. Pero esas intervenciones «administrativas» me darán la impresión –verdadera– de estar en contacto con mi hija, de sentir su ayuda. ¡Y eso me es agradable!

Y, sin más transición, pasaría a la parte sentimental. Pero no. ¡Cuidado con mis lacrimales, no con mis retinas! Estos días –ya de viaje– me siento tiernísimo. El regreso a España, mi padre, –esa niña que no conozco, la niña con los años de mi ausencia–, aquellas personas y aquellas cosas, y sin tu madre… Sí, todo eso me remueve. Pero nada me enternece tanto como pensar en mis dos hijos, en ese Claudie adorable –con pasta humana, tan noble–, en ti, «que va a parecerte desierto el continente sin nosotros». Y toda esa casa, y esas criaturas van a quedar tan lejos…

Claudie se marchó emocionado –¡tan sensible, el pobrecico!–, ya emocionado por su retorno a Europa, a España. Hoy hemos recibido el telegrama de *«bien arrivé»*. (Y el 15 pasará la frontera).

Aquí, muchísimo calor. Vi en el *Commencement* –hoy– a Mrs. Riper [?] Junior casi delgada. Su marido será profesor en Williams.

El abuelito me escribe que irá a recibir a Claudie –supongo que a mí también– una señorita de la policía de Irún. ¡Genial! Dice que mi carta sobre exámenes de Claudie ha corrido de mano en mano… Claudie llevó el gramófono para Rafael. ¡Ah!, ¿te enteraste de la muerte del pobrecito Fernando? Te escribiré antes de salir el jueves para Nueva York.

Abrazos y besos a esas criaturas. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 18 de junio de 1949, sábado, una de la tarde

Queridos hijos:

Esta mañana, Teresa, antes de salir en el automóvil de los McMillan para Boston, llegó tu carta. ¿Cómo? ¿Es posible que hayan pasado diez días sin escribirte? No me dices nada de la carta –certificada– que te envié con los cheques en blanco y las instrucciones sobre el correo. Esa carta no se puede perder. Por cierto, ya he dado tu dirección en el colegio y en el *post-office* y se me ha olvidado poner Junior después de tu nombre. ¡Eso no creará dificultades, supongo!

El viaje ha sido tranquilo. Vino a despedirnos con una caja de bombones Godoy el Bueno. Y aquí estamos en el Hotel Paramount; y como Grand'Maman quiere descansar, aprovecho estos minutos para escribiros. Hemos encontrado un telegrama de Paquito; están todos en el campo; no podré verlos. Los Casalduero, ausentes durante el *weekend*, tampoco serán visibles hasta el lunes. De modo que estamos libres y solos. Aunque es posible que mañana me llame Amado –que debió llegar esta mañana, con *Billy (?)*.

Rica, me apena, me pone sentimental alejarme tanto de ti, de todos vosotros, por supuesto, pero sobre todo de mi hija. Y esto de tener tanta agua y tanta tierra interpuestos entre nosotros no me gusta nada. Procuraré *ser bueno*, escribirte a menudo, para sentirme cerca de vosotros. Tú ahí, tan *châtelaine* solitaria; Claudie, ya en Valladolid. Tú serás quien recibirá el cable que nos envió a su llegada. Por teléfono solo entendí: «alegre, feliz». Es decir, que deben de estar todos contentísimos en torno al joven héroe, contento también. (Cópiame el telegrama). No me mandes más que las cartas «importantes»; (las otras *guárdalas de modo que no se te pierdan*).

He estado muy ocupadillo estos últimos días; entre otras cosas, quiero contestar muchas cartas atrasadas, acusar recibo de algunos libros. En definitiva, de octubre a junio, he puesto al día mi correspondencia. Claro que hace semanas que tengo parado *Cántico*; por cierto, el manuscrito completo, tal como está hoy, lo dejé en el Departamento de Español. Quedan copiadas a máquina la 1ª, la 2ª, la 3ª y la 5ª partes, y está en

cuartillas manuscritas, la 4ª (¡Esto no son disposiciones, son comentarios! Pero, en fin, no todo ha de ser papeles burocráticos y medidas prácticas…).

María (Mi Vidita) me ha escrito una carta cariñosísima; todos, orgullosos con los éxitos de Claudie. Y me habla de tu madre. ¡Qué fieles sois algunas mujeres! Me recuerdas el viaje de hace dos años. Horrible, rica, horrible. A mí me desespera, me desgarra que vaya a hacer todo este viaje y a realizar una parte de nuestro programa –la visita a España– sin tu madre. En cuanto a lo que me cuentas sobre tu vida ahí… No me atrevo a hacer comentarios. La comedia ha terminado para esa señora; y aparece con toda su vulgaridad. No, tú no eres *«unpopular»*. Eres… infinitamente superior. Esa es tu «falta». Otro día escribiré a Antó, antes de volar.

Hasta muy pronto. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Lo de Maubeuge no creo que sea una mala operación ni una mala acción. *Claro que yo no entiendo*. Por otra parte, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué otra actitud sería posible sino la de la conformidad? Tú haz lo que quieras.

J.

Lunes 20 de junio de 1949

Queridos hijos:

Tengo que llamar por teléfono a vuestra «asociación» Youth Argosy, según las instrucciones recibidas; y ya son ocho las veces que he llamado; siempre está ocupado el teléfono. Mientras tanto, os contaré nuestras modestas aventuras. Anteanoche, estuvimos en el cine y vimos la última película de Fred Astaire. Ayer domingo no vimos a nadie, intentamos ir a los museos por la mañana –cuando todos están cerrados–; y ya por la tarde y por la noche fuimos al cine. Total: que he visto cuatro películas, tantas como en un año en Wellesley. La cuarta fue *Hamlet*. En efecto, *formidable*. La mejor película dramática que he visto en mi vida. (Los cómicos –o

tragicómicos– son los de Chaplin. En suma: actores ingleses). Laurence Olivier, como director y como actor, me entusiasmó. ¡Y Shakespeare, también! ¡Qué tensión, qué autenticidad de solemne atmósfera trágica se mantiene gracias a la acción, a las palabras –y al decorado–! Lo que Olivier ha desarrollado con gran imaginación es Elsinor, ese castillo, esa piedra, ese granito, ese mar, esos cielos. Sobre todo, el fondo granítico –el gris mojado, marino y medieval del castillo–. ¡Admirable!

Pasemos al lunes, es decir, a nuestra humilde comedia cotidiana. Vi a Castroviejo. ¡Gran sorpresa –lírica–! ¡Ha estado –también sin intención– amable! *¡Ama-ble!* Me examinó rápidamente; me encontró bien la vista y el estado general. Pero me dijo que también podría perjudicarme el exceso de peso –el exceso de grasas–. Que tengo que «moderar» los «hidrocarburos»: arroz, pastas, patatas, etc. Y me dijo que vuelva a verle dentro de un año. ¡Todo ello, con una amabilidad sonriente, natural! ¡Si ya decía yo que tanta grosería –la de otras veces– era una afectación que su *yo* le exigía! Luego hemos arreglado todo lo de los baúles de Grand'Maman, encantada porque lo hizo ella misma en francés (en una casa francesa).

Esta tarde veré a los Casalduero. Por la mañana hablé por teléfono con Amado. Y ahora voy a intentar llamar de nuevo a Youth Argosy. ¡Vamos a ver!

10 y media

… Y, por fin, fui a la oficina de los Jóvenes Argonautas, *downtown.*

Calor atroz, autobús lentísimo, paseo, luego, espera en la oficina. ¡Cómo me impaciento y me canso! Tendré que vigilarme, sí, rica: ¡ojo con la retina! (Parece de Pedro, ¿verdad?). Resultado: que saldremos mañana, pero a las nueve, de Park Avenue; y volaremos a mediodía. La combinación es mucho más agradable así. Vi a los Casalduero: me preguntaron por vosotros, por Antó. Ahora he llamado por teléfono a don Tomás Navarro, que está redactando su *Métrica*.

¡Ay, rica, cuánto me apura alejarme tanto de ti, allá en el Middle West, en el aburrimiento del Lago! Deploro la distancia, deploro mi soledad y me

declaro «en soledad», es decir «saudoso». Paciencia, paciencia y no *dans l'azur*, como decía Valéry. Paciencia entre esas dos preciosas criaturas y junto a nuestro joven e ilustre hispanista (dicho sea con la mayor ternura).

Adiós. Te escribiré mucho. Muchos besos. Abrazos al varón. Vuestro,

JORGE

Los Marichal, encantadísimos, y agradecidísimos. Te incluyo estos 40 dólares, en *money order*: legado de Grand'Maman «para que te compres *une robe du soir*». (Te comprarás lo que quieras…). ¡Y pensar que voy a tomar el avión y hacer todas esas cosas sin tu madre! No hay posible consuelo.

París, 26 de junio de 1949

Queridos hijos:

La jornada ha sido tan agradable como fatigosa. Voy a acostarme; saldré mañana temprano para Irún. Pero no quiero dejar de enviaros dos letras. En carta aparte contaré a Antó las peripecias de nuestro viaje, mejor dicho, del anteviaje: no tomamos el avión en Long Island, fuimos en autobús a Bradley Field, Conn., dormimos en catres de lona, juntos en varias habitaciones, esperamos todo el día siguiente, y a las doce de la noche del miércoles, por fin, entramos en el avión. (Y a todo esto, Grand'Maman, admirable de buen humor, paciencia, energía). Vuelo estupendo: ¡qué sensación de estabilidad! Llegamos el viernes, hacia las siete de la mañana, hora de París. Aquella misma mañana estuve con Renée en el cementerio. Vi a Ricardo Gullón, el coautor con Blecua, y a la noche a los Cassou. Jean, muy anticomunista. (También Raymond Cogniat). Les da miedo todo el desarrollo policiaco que han visto en los países satélites de la URSS. ¡Ya era hora!

Sábado. Me levanté muy tarde para compensar las horas de conversación y de cansancio (¡Mi retina!). Fui a casa de Olga Levaillant y

de los Wurmser, más comunistas que nunca (y muy cariñosos). Cené en casa de Carmen y Philippe –felicísimos: un encanto de pareja–. Claro que todos me preguntan por mi hija, mi ilustre yerno, mis nietos.

Domingo. Comí con los Baïl. Luego, la recepción en casa de Renée. Muchísima gente, gran *buffet*, todo muy bien organizado. A las cuatro horas de conversación ininterrumpida, me retiré a descansar, *crevé*. Ella, Monique, es monina: está mejor la fotografía. Y claro que todo el mundo me habla de Claudie como de un joven dios, de un prodigio de criatura: *l'astre*. Los Berl se deshicieron en elogios de mi hijo y de mi hija. ¡Así! *O mis obras completas o nada*. Y luego, mientras las muchachadas bailaban, me despedí de Grand'Maman llorando. Y aquí estoy. Tranquilo, con la esperanza alegre de ver a los míos en Valladolid, pero triste, y en esta situación imposible: todo, todo –menos tu madre–. ¡Ay, hija, ay, Dios mío!

Besos a esas dos preciosidades, abrazos a vosotros.

JORGE

Irún, 28 de junio de 1949

Queridos hijos:

Ya estoy del lado de acá. A mi llegada, ayer, me recibió la señorita que conocéis. Saldré esta tarde a las seis y media para llegar a Valladolid a una hora intempestiva: las tres. Me he alojado en un hotel de medio pelo, y enseguida he encontrado la España castiza. Entre las mesas, en alta voz, conversación sobre toros. «Que si Paquito Muñoz...» –No, no es un torero de escándalo (es decir, muy bueno) –¡Cómo! ¡De escándalo y medio! Etc., etc.

La misma labia, los mismos temas de siempre. Y todo sumergido en el olor a aceite. ¡Este será mi problema: el culinario! Paseé un rato por la noche. «Churrería madrileña». Lotería nacional (¡Jugaré!). «Gloria Colina Robledo, profesora en partos» como decía aquel capítulo que fue el enigma de mi infancia en mi calle natal. Y al volver a la «fonda», ¡oh dulzura!, puse

una silla en el balcón y gocé de la noche y de la calle. En el espejo, queda reflejada la calle. (Perspectivas dulcísimas que no permite América). No he dormido mal. He invitado a comer a la señorita de la estación; pero no puede aceptar, porque acaba de reñir con su novio y la situación sería violenta.

¿Y la actualidad? Aún no la he visto. Solo, hasta ahora, la Eternidad. ¡Eternidad de toros y de aceites!

O mejor:

¡Eternidad de toro oliendo a aceite!

Estoy tranquilo, contento. Y solo. Pero solo.

Abrazos. (No hay tinta).

JORGE

Valladolid, jueves 30 de junio de 1949

Queridos hijos:

Os escribí desde París y desde Irún. Continúo mi relato. Llegué a Valladolid el martes, o mejor, ya el miércoles, a las tres de la madrugada, y en la estación me esperaban el abuelito, Leónides y Claudie. (Aquí todos le llaman Claudio. ¡No, señor! Nosotros seguimos llamándole como le llamaba su madre. «¡Pues claro!», acaba de decir Claudie). ¡Qué cariñosos, todos! Esta es mi primera impresión: la del bloque familiar. ¡Bloque, tribu, y qué junta! El abuelito está bien, de un humor delicioso. ¡Pensar que la vida no le ha dejado amargura ni rencor! De tres a cuatro de la mañana hubo conversación general. ¡Qué rica, Mais! Ayer se me pasó el día en conversaciones. (También descansé). Vinieron a comer Ninis, José y su mujer. Vino el tío Enrique. Los cambios físicos son «impresionantes» en los primeros momentos. Luego se van reabsorbiendo las diferencias en la figura antigua y recordada. Esperanza, Pachina ya no –siempre me equivoco– se encuentra bien, casi bien, y hace vida normal. María, hasta ahora, perfectamente. ¡Y tan cariñosa! Todos se deshacen en elogios de mis hijos.

¡Pues sí señor, todo eso es verdad! Cuando el abuelito presenta a Claudie a la gente dice: «Esto es un nieto». ¡Cuánto hemos hablado de Antó y de Isabelita! Hoy, jueves, me levanté con sueño y cansado, y no fui a Valladolid. Y volví a descansar en la cama. Ahora mi única preocupación es la cocina: el aceite. *That is the question!* Ya empiezan a hacerme platos con mantequilla. Este problema ha anulado todos los demás. Y esta tarde, iremos al teatro: mi interés es volver al Calderón, el teatro de mi infancia. Mientras tanto, el calor, y sobre todo, la luz, me tienen recluido en casa. Y las moscas. ¡Qué de moscas! Estoy esperando carta tuya, Teresa. ¡Cuánto me acuerdo de ti, de vosotros, de mamá! (Voy a escribir a Grand'Maman).

Besos, abrazos, a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Valladolid, lunes 11 de julio de 1949

Teresa, hija:

Me reexpidió Grand'Maman una carta tuya, y he recibido otra directamente. Total: me siento *lonely*, saudoso. Quisiera oír vuestras voces mucho más frecuentemente… Esas criaturas estarán hermosísimas. Aguanto, pues, con paciencia esa situación. (¡Lamentable!). ¡Ay, con qué gana vamos a reunirnos en Wellesley a mediados de septiembre!

Aquí estoy nadando en pleno cariño familiar –y en bastante calor–. Ya te lo conté: el calor –terrible– de una excursión me hizo cambiar de plan. ¡Y con cuánta razón! Claudie salió el jueves para Madrid. Claro, todavía –ya lunes– no ha escrito. (Emilio me escribe que Aleixandre, recientemente elegido académico –¡qué anárquica incongruencia!– le ha convidado a comer). Y el jueves comencé a padecer una gastroenteritis que Leónides ha detenido. Todavía no he logrado mi normalidad digestiva. Ahora estoy, por una parte, preparando el viaje a Lisboa –laborioso– y por otra, esperando a sentirme del todo bien. Ya las visitas de los primeros días han cesado. He

comenzado a trabajar diariamente. ¡Santa costumbre! Temas de meditación no faltan. ¡Ay, Dios mío!

El abuelito se encuentra muy bien, y de buen humor. Con María –sin novedad– charlo mucho. El éxito de Claudie es absoluto y continuo. De tu madre me acuerdo constantemente, ¡aquí también!

Recuerdos a Steve. Y besos a Antó e Isabel. Vuestro,

JORGE

Lisboa, domingo 24 de julio de 1949

Teresa, hija:

Pasé todo el miércoles 20 en un tren, lento y pesado. Saldré el miércoles, 27, en el Sudexpreso; mañana es 25 e iremos al cementerio, porque Cristóbal murió el 25 de febrero. Estoy muy contento de haber venido. Trinita, encantadora, me lo agradece de veras. Todo el día se lo dedicamos a Cristóbal; a sus cuadros, acuarelas, dibujos, cartas, artículos, fotografías. ¡Cómo se siente la *presencia* de aquel hombre extraordinario en esta casa! Los niños admirablemente educados, *son* hermanos. No es que se les considere *como* hermanos: ya lo *son*. Todo *elaboración* de Cristóbal. Culinariamente me voy defendiendo: peso 77 kilos. Esta noche tenemos la inevitable *party* –¡también aquí!– en casa de una americana rica. De la patria, ¿qué voy a decirte? Por desgracia, estoy completamente de acuerdo conmigo mismo, como con otros. ¡Qué desastre y qué pena!

Abrazos. Besos. ¿Hasta cuándo en Gull Lake? Vuestro,

JORGE

Valladolid, 2 de agosto de 1949

Pero, hija, por Dios, ¿cómo es posible que haya pasado quince días sin escribirte? ¡Ahora empiezo a creer en las cartas perdidas de Renée! Te

escribí antes de salir para Portugal, anunciándote mi viaje, y te escribí desde Cascais. No sé ya cómo resumirte las noticias de estas semanas. Claudie sigue en pleno éxito. Estuvo en Madrid y Sevilla; el piano Pleyel ya debe de estar en Madrid; estamos ocupándonos del modo de trasladar los muebles a Valladolid. Jesús está ahora con nosotros, igual a sí mismo, siempre joven. ¡Qué inteligente es Mais! ¡Vaya carácter! A mí me parecía un poco *garçon*, pero Claudie no puede estar más tierno y femenino. *Encore une!* María, maternal, cariñosísima conmigo, interesándose más que nadie por mi literatura. A propósito: han venido a verme –en el automóvil de Oliver, desde La Granja– los dos matrimonios Eusebio Oliver y Dámaso. Comieron en la finca; leí bastantes poemas a petición del público. Dámaso, como siempre, divertido, muy simpático. Otro caso de gran personalidad española –como Federico y Pedro–. Ayer vino Viñas; o mejor, otros Viñas; esta es otra harina. El propósito de su visita era persuadirme a que me quedara aquí (!). También hubo merendola Orbaneja-Rubio. Comí en casa de José Antonio también. Encantadora, su mujer; encantador, él. Pero nadie como Emilio: ¡qué inteligencia y qué incontaminada! Insiste tanto en que vaya a Asturias que, a pesar de mis deseos de no viajar temeroso de la recaída (en cuanto como por ahí, en un restorán cualquiera), iré –con Claudie– a esa Isla Feliz de los Emilios. Sinforiano me ha hecho un buen dibujo; dice que lo convertirá en un óleo. Nadie ha sentido –aquí– la muerte de Hall tanto como Sinforiano, tan fino como de costumbre. ¡Ay, si no fuese por estos amigos, ya de toda la vida! Tendré también que ir a Burgos –a donde acudirá Melchor–. Joaquín Romero me ha anunciado –por teléfono– su visita. Otra cosa: están haciéndome un traje en la mejor sastrería, la de Miranda. (Por cierto, ayer, por casualidad, compré para mi hija y para Grand'Maman –Renée– dos mantelerías a un matrimonio extremeño que vino a la finca; tú los conoces…).

Como ves, te doy –sin la menor «composición»– pormenores precisos sobre nuestra vida y nuestras gentes. Una pregunta: ¿qué cosas sacaste de Sevilla? Aquí me hablan de cuadros. ¿Dónde están?

Me encantó la carta de Antó. Le he escrito desde Portugal. Haces bien en seguir en Gull Lake: ¡paciencia y paz, una paz como creación de almas

superiores! Nos embarcaremos el 10; desembarcaremos en Quebec; yo creo que estaremos en Wellesley hacia el 20. Rica: me acuerdo mucho de ti, de vosotros.

Muchos recuerdos a Steve. Besos a esas preciosidades. Adiós. Hasta muy pronto. Vuestro,

JORGE

La Isla, 19 de agosto de 1949, viernes, mañana

Hija, Teresa:

Ayer te escribí, y hoy por la mañana se me ha presentado –cosa rarísima– un hueco libre. He paseado un poco, vamos a comer a un pueblo cercano (a casa de un antiguo amigo), y ahora voy a charlar un rato con mi hija. ¡No, no quiero que esté quejosa de mí! En tu última carta me decías que Steve va a pedir una beca F. Me parece muy bien. Y aún mejor que Steve tenga el propósito de escribir un libro sobre don Benito. ¡Estupendo! Sí, estupendo por dos razones: 1º, porque el tema es capital y muy bueno; 2º, porque Steve podrá hacer un libro muy bueno también. Interesándose tanto por la novela, es natural, es fatal que le soliciten Cervantes y Galdós. Ahora bien, ese proyecto –la petición de beca– tendrá una repercusión en mis modestos planes personales. Porque el año 50 se me presenta, por ahora, de un modo poco placentero. Vosotros vendréis a Europa a fines de mayo. Yo tengo –por ahora– el compromiso de ir a México en septiembre, para continuar allí hasta diciembre. Y yo me pregunto: ¿voy a pasar un año sin veros? *Vous avez beau vous appeler Gilman, vous êtes tous –tout de même un peu Guillén, même Steve!* ¿De modo que no *vería crecer* a Isabelita durante el segundo año de su existencia? Conclusión: mi plan dependerá del vuestro. No quiero de ningún modo –entendedme bien– influir en vuestros planes sino todo lo contrario; soy yo quien se acomodará a los vuestros, si las circunstancias me lo permiten. Si vosotros vinierais a

México, yo cumpliría mi compromiso mexicano. Pero ¿cómo saberlo con anticipación, si la beca no se concederá hasta la próxima *primavera*?

Otro dato: ¿hasta cuándo estaréis en España? ¿Nos podríamos ver aquí el verano próximo? ¿O en América? Si no fuerais a México, estaría tentado de pedir un aplazamiento del curso, y dejarlo para el año siguiente, el 51 (lo cual podría tal vez convenir a los planes del Departamento de Wellesley). En suma, tendremos que hablar de todas estas cosas en septiembre. Mi deseo principal está bien claro: no pasar de marzo del 50 a enero del 51 sin veros a vosotros ni a esas criaturas. Fíjate en esas dos fechas: ¡sería espantoso! Yo haré todo lo posible por evitar *eso*. ¡Eso!

Besos a Antó y a Isabelita. Abrazos al probablemente futuro becario. Y para ti… lo de siempre. «Más, más, más: arrebato». Vuestro,

JORGE

París, viernes 2 de septiembre de 1949
(¡Veinticinco años de Claudie!)

Teresa, hija:

Tengo muchas cosas que contarte. La explicación *completa* vendrá de la palabra y muy pronto. (Esto es lo mejor de *todo*: la esperanza de estar con vosotros en nuestra casa de Wellesley). Me limitaré a esbozar algunos temas.

Los últimos días castellanos los dediqué a la triste, melancólica tarea de despedirme y de preparar el viaje. Me llevo casi todo un baúl de papeles; veréis muchos retratos –lo más «precioso» para mí–. El sábado estuvimos, gracias al coche de Leónides, en San Rafael. (Don Ramón me había escrito *dos* cartas –¡no salgo de mi asombro!– invitándome a pasar dos días en su casa). Comí con la familia, toda ella empapada de romances y de épica. Don Ramón está magnífico de salud y en pleno trabajo (ochenta y un años). Una sola diferencia observé: ahora es mucho más afectuoso. Por quien más y más cariñosamente se interesó fue por Pedro. Tras la comida vino

Claudie, que ya le había visitado otro día. Todos me dieron la inevitable carga: por qué no volvemos a España Pedro y yo. Este tema ha reaparecido varias veces en varias conversaciones. Ninguna más intolerable que la de Viñas, que vino a la finca y habló otra vez con José y otra vez con Leónides y el abuelito sobre mi «regreso». La familia solo ha aludido a la cuestión muy lateralmente, aunque ese es –naturalmente– su deseo. Pero en las horas finales nadie me dijo nada sobre ello. Horas sencillas y dolorosas, a causa de la edad del abuelito. Aunque la despedida fue lo menos patética posible, porque ocurrió delante de casa, ante el coche de José Antonio Rubio, todos lloramos. Y claro que cuando dije –inevitablemente– que volvería el año próximo, no tuve más remedio que pensarlo. Volver el verano que viene me costará mucho; pero no me siento capaz de la crueldad de dejar al padre sin mi visita. Y os veré, además, a vosotros. El padre ha perdido un poco durante estos dos meses: ahora está más indiferente a la conversación, más retraído y sombrío y soñoliento. ¡Qué familia, qué bloque de unidad y confianza es la familia española! (Como esta nuestra de París). Salí, pues, con José Antonio, encantados, en su maravilloso «haiga». Nos detuvimos en Palencia; charlé un buen rato con Fernando de Unamuno; y no solo don Miguel sino todo aquel hogar de Salamanca surgió evocado en la conversación. (¡Es grato conocer a los hijos de estos hombres de calidad!). Comimos en casa de Antonio Guillén, simpático y muy amable. Y a las siete estábamos en Vitoria. Iba a ver a Melchor (Fernández Almagro). ¡Gran Melchor! Muy superior a sus escritos y, ¡ay!, muy diferente. Él es con Emilio, y después, José Antonio, quien mejor me ha hablado de la situación española con un implacable enjuiciamiento histórico. Defiende a Melchor ante Pedro, que solo le juzga por algunos artículos, pecados de insinceridad impuestos por el Régimen, pero exteriores a la inteligencia y al alma incontaminada de Melchor. (Diré, imitando a Rubén Darío: «Pido exégetas españoles»).

Y aquí viene el desagradable incidente. Viñas, el siniestro Viñas, coincidió con nosotros en Vitoria. (Había venido el mismo día con unos universitarios de Valladolid). Y nos encontró a Melchor y a mí, poco antes de la salida de mi tren para la frontera. Me dijo una impertinencia sobre lo

de siempre (que la actitud de Ortega, residente en Madrid, tenía mucho más valor, desde el punto de vista liberal, que el estar en Boston), y salté. Me puse «fuera de mí», grité: la mayor cólera de mi vida. Aquello ha equivalido –casi– a un rompimiento con el que ya será mi enemigo público número uno. Enseguida no pensé más que en mi retina.

Renuncié a ver a Inés Salvador en Biarritz para evitar el cansancio. Pasé la frontera con toda facilidad. Descansé –¡con los ojos cerrados!– en Hendaya y en el tren. Tren que tomé el miércoles por la noche. A las nueve de la mañana estaba en Austerlitz con Claudie y Maurice. He descansado intensamente. Me encuentro bien. Y dejo todo el capítulo francés para la próxima carta inminente.

Abrazos a los cuatro. Voy a escribir a Antó. Vuestro,

JORGE

París, 9 de septiembre de 1949

Queridos hijos:

Supongo a Steve con su tribu, y por eso me dirijo a los dos jefes. Siento de veras que Steve, ya restablecido, tenga vacaciones tan cortas y que su estancia en Wellesley con nosotros dure lo que el relámpago. ¡Gozaremos de su iluminación con tanta mayor intensidad!

He visto las últimas fotografías vuestras. Antó ha crecido y la niña es una preciosidad, absolutamente coincidente con las preciosidades que *fueron* Antó y su madre. ¡Qué alegría, qué energía, qué gracia, qué esplendor de criatura! (No hay otro camino: ¡otra vez *Cántico*!). Va a ser maravilloso –para mí– estar dentro de unos días con vosotros en vuestra «casa» –por decirlo así–. ¡Cuánto voy a charlar con Antó, a piropear a Isabelita! Estoy cansadísimo de ir de aquí para allá. Tengo unas ganas infinitas de quedarme quieto, y de no tomar ni el autobús para Wellesley Hills. Y, sin embargo, ya estoy pensando en el barco de vuelta –*¿L'Île de France*, el *Queen Mary*? Nuestro plan de regreso esta vez es el siguiente:

mañana 10, a las ocho de la mañana, saldremos para Le Havre, y nuestra llegada a Quebec –en ese inmenso *caravansérail* que debe ser el *Samaria*– está anunciada para el domingo 18 *au soir*. Supongo que dormiremos en Quebec, y que el lunes, 19, saldremos por la mañana para Boston donde llegaremos aquella noche. Os telegrafiaremos la hora de la llegada.

Teresa: ¿tienes ya en tu mano a Mrs. Boyl? Habrá que pagar la factura de agosto de la electricidad, porque, si hay retraso, cortan la luz. Supongo que habrás avisado en el correo (ya lo hice yo) que no sigan reexpidiendo mi correspondencia. ¡Muchas gracias por todo!

Y vengamos a París. Por fortuna, varios amigos estaban ausentes. Es fatigoso *faire le tour* de las amistades y la parentela durante *cada* estancia en París. Comimos con los Berl y con *tante* Louise. En casa de Margot cenamos y anoche tuvimos una reunión magna: Cogniat, Pillement, Octavio Paz, etc., etc. El *clou* era Jean Cassou, recién llegado de Yugoslavia, es decir, favorable a Tito y en ruptura sensacional con sus amigos comunistas. (Los *Wurmser* están en Hungría. ¡La que se va a armar!).

En casa se reunieron los dos amigos de la infancia –porque volví a encontrarme en la calle con A. V. como si tal cosa– y Amado, muy atento con Grand'Maman y con todos. También he visto a Canito; la conversación fue *fructuosa*. (Ya os lo explicaré). Y París, delicioso, aunque para mí fatigosísimo. Hemos visto diariamente a Molly y su marido, muy cariñosos. Claudie se ha divertido a conciencia: Montmartre, «el alba son las manos sucias…» etc., etc. (Manuel Machado).

Vengamos a la familia y a lo más importante. Claro que estuvimos Claudie y yo en Montparnasse. ¡Qué tierno estuvo! Me conmovió. Tú estabas con nosotros. Y para mí –no sé si más en París–, por todas partes, tu madre. En fin… Renée, cansadísima, muy agotada, deberá, según oí decir al médico enérgicamente, consagrarse al reposo durante tres meses por lo menos, so pena de caer enferma ella también. Y digo «también» porque Grand'Maman lo está, aunque –por fortuna extraordinaria– ya está dominando la situación con una salud y un ánimo sin par. Yo no sabía nada por lo de siempre: Renée no quería preocuparme. Ya le he dicho que la verdad es lo único que conviene a mi retina.

Ocurre que Grand'Maman está siguiendo un tratamiento nuevo de inyecciones. Y que el médico está contentísimo, porque el resultado no puede ser más satisfactorio. Nadie podría creer que Grand'Maman está enferma; tiene muy buena cara, se mueve y trabaja con una animación superior a todo elogio. He hablado con el médico, que parece serio y muy humano; a todos nos infunde grandes esperanzas. En las circunstancias de Grand'Maman, a su edad y con ese fondo de salud que conserva, y gracias a este tratamiento no conocido en tiempos de tu madre, hay seguridad de que Grand'Maman podrá vivir muchos años, aunque padezca esa enfermedad que tanto nos ha hecho sufrir. Te aseguro, Teresa –y yo sigo la escuela de mamá, no la de Renée–, que todos estamos persuadidos de que Grand'Maman tiene mucha cuerda. Ella apenas habla de su estado; y cuando tú, después de nuestra llegada a Wellesley, le escribas, podrás hacerlo con sencillez, o –como se diría en inglés– sin énfasis. *Et voilà!* Todos están muy cariñosos con nosotros, porque llega la hora de la despedida. *Y ya Grand'Maman está pensando en su regreso a América*. (Por cierto, de París llevo nuevos vestidos preciosos para Isabelita y cosas para Antó).

¡Qué ganas de verte, de veros! Abrazos a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 29 de octubre de 1949

Queridos hijos:

Grand'Maman ha debido escribiros a vosotros también. Ahí tenéis la carta última aquí recibida. Carta encantadora: de tanto ánimo, tanta bondad y tanta cortesía. (Haz el favor de devolverme esa carta, Teresa). En suma, Grand'Maman va ganando la partida, pero…

En esta casa, todo parece que marcha. Mrs. Cotter resulta excelente: seria, trabajadora y *muy ordenada*. Hasta tal punto que yo me he sentido contagiado y la casa está ahora en un orden que me maravilla. Hoy la he

pagado. Le reduje la suma y le di 15 dólares. Entre tanto, hemos comido el niño y yo varias veces en Steven's. Y esto, a la larga, es bastante caro. Ya iremos acoplando nuestras necesidades a mi presupuesto. Y no sé cómo voy a pagarme el viaje a Europa. De todos modos, voy a mandar, mañana o pasado, el oportuno cheque a María de Oñate. Y luego, Dios dirá…

Pero no hablemos de dinero, que es palabra que ofende a mi señor… Claudie va y viene; me dice que no tiene por qué «sacrificar un año» como le aconseja Teresa, que él está en Harvard con un sueldo tan escaso para vivir la vida de Harvard, etc. ¡Allá él! Conste que ya trabaja en su tesis: ahora se aplica al Lazarillo. En cuanto a mí… El pobre Mr. Guillén es un pobre señor, que da sus clases, prepara con cuidado su seminario doméstico, y no deja que la jornada se acabe sin alguna coplita. Tengo bastantes cartas que escribir. (Leo algunas mías de hace veintinueve años. ¡Cuántas ingenuidades! Pero también ¡cuánta verdad! Todas aquellas grandes palabras han resultado verdaderas: lo fueron y lo son. Y esto sí que me complace profundamente).

La carta de Antó me ha gustado mucho. Le contestaré otro día. Siento, Teresa, que no te encuentres a gusto en esa casa; pronto tendrás otra mejor. Me acuerdo mucho de Isabelita; la veo andar paso a paso, buscar libros, arrojar papeles… Me encanta que a Antó le guste ir a la escuela. En estos días estoy preparando –de nuevo– mi Arcipreste y lamento la ausencia de Steve. (¡Al próximo seminario asistirá Juan!).

Hija: muy saudoso os abraza vuestro

JORGE

Wellesley, viernes 5 de noviembre de 1949

Queridos hijos:

Nuestras cartas se cruzaron la última vez. Me temo que estas líneas no lleguen antes del lunes. No tengo nada urgente que deciros. Pero no me

gusta que Teresa no encuentre con la frecuencia debida la voz que espera de Wellesley.

Todo sigue pacíficamente en este pacífico rincón. El martes pasado, mi «seminario» se vio honrado por don Juan Marichal. Estamos a vueltas con el Arcipreste. ¡Cuánta falta me haría Steve! El niño va y viene. (Esta semana hubo de nuevo catarro). Los dos estuvimos en casa de los Amado el domingo; allí cenamos. Amado está muy contento del último número de la revista suya; en efecto, está muy bien. Y a propósito de revistas: *Escorial* ha reaparecido, y con una nota muy cariñosa de Gerardo Diego sobre *Cántico* y el libro de Guillén-Blecua.

Pasemos a lo doméstico. La señora –no tan buena cocinera como Mrs. Boyl, pero muy suficiente– parece seria. La casa está en perfecto orden. El resultado es demasiado bueno. Hacia el 20 de octubre, me pesé: 170 libras. Y ahora –¿no habrá confusión?– la misma báscula me atribuye *177*. ¿Comeré demasiado, estaré demasiado tranquilo? (Los domingos almorzamos –esto no puede repetirse demasiado– en casa de los Condes. También nos han obsequiado los Moles). Otra cosa: acabo de enviar el oportuno cheque a María de Oñate. ¡Uf, la última deuda! Y esta mañana, al entregar el cheque de la casa en el colegio, me enteré de que no había pagado los meses del verano. ¡Lo hubiese jurado! Acabo de recibir las últimas colecciones de cheques. Nada, no hay tal cheque, por lo visto, imaginario. ¿Habré pagado directamente? Esta falta de memoria y este exceso de imaginación me cuestionan. ¡En fin! Lo de siempre. No me gusta, Teresa, que te disguste hasta ese extremo la cosa. ¡No es para tanto! La de tu padre es una buena preparación a la Insuficiencia, mejor, la mínima Realidad. ¡Cómo me acuerdo de esas criaturas! ¡Antó, Isabelita! Nombres mágicos, criaturas divinas.

Adiós. Os abraza vuestro

JORGE

Wellesley, 15 de noviembre de 1949

Queridos hijos:

Os envío la carta, llegada hoy, de Grand'Maman. La madre sigue mejorando, pero la hija –era fatal– ya está en la cama. ¡Esos pobres Lajeunesse! Otra noticia debo comunicaros. He recibido la esquela de defunción del padre de Arnavon: Mr. Jacques Arnavon (42, rue Cortambert). El sobre viene dirigido a «Mr. Guillén *et ses enfants*». ¡Pobre señor, tan buen representante del Antiguo Régimen! Tengo un recuerdo agradable de él, de su cortesía. De Valladolid no sé nada hace tiempo. ¡Lo de siempre! Acaba de regresar Ben Helman; lo veré pronto y me traerá noticias de allá.

El domingo estuve con los Amado en Providence. Cenamos en casa de Fichter, gran fotógrafo, y siempre gran persona. (A Amado le conté lo de Claudie: sus «intervenciones» universitarias). El pobre Claudie trabaja mucho, está muy ocupado, pero apenas tiene tiempo para la tesis. Me contestan de Buenos Aires; nos arreglaremos, pero no podré escoger ni el papel ni el formato. Solo la tipografía, y no sé entre qué límites. El libro podría salir hacia septiembre. Ahora está terminándome de copiar los últimos textos Godoy. (En Wellesley hay momentos en que uno se cansa de la colaboración femenina…). Por cierto, he hecho un poema –una especie de poema– titulado «San Juan Persio». ¡Fue la solución más fácil! Otra cosa: pagué ya la casa y terminaré el mes sin préstamo. De todos modos, gracias. ¡Ay, esa hija! Contadme de Isabelita, ese MILAGRO…

He interrumpido esta carta: martes, Mr. Vigée (esta noche lee sus poemas, en el French Center). Hemos hablado de Columbus, de Anibal. Miguel –ya os lo dije– se llama el nuevo Marichal. Pedro me escribe, furioso, porque no le han dejado ver a la madre ni al niño en el *hospital* (¡«*The uncertain*», dice él!).

Adiós. Hay reunión de la tertulia esta noche. Voy a cenar en Steven's. Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 22 de noviembre de 1949

Queridos hijos:

Tenía la impresión de haberos escrito dos cartas en días no muy separados. Pero a Teresa le parece poco siempre, y esa dulce exigencia me encanta y yo trataré de escribir más a menudo. Y es que mi hija es la criatura más rica del universo, más rica que Isabel, y ya es decir. ¡Qué ganas de ver a esa niña, Dios mío, y de veros a todos! A Claudie le veo poco estos días. (Ha cruzado por Cambridge la señorita Ruth del Catano). Y a propósito, el martes pasado hubo «debate» en el Club de Literatura Comparada. Asistieron varias personas importantes, entre ellas don Amado, que se lanzó a hablar en inglés acerca del poema de Federico. (Ahora me doy cuenta de que a esto ya me referí en mi última carta). Poema «presentado» por Claudie: diez minutos modestos. A Harold le pareció bien la intervención del ex-«niño en Sevilla». Yo telefoneé a Amado; me habló de todos los parlantes en aquella noche, menos de Claudie. Insistí yo sobre el romance de Federico. Y nada. Le dije que Claudie iba a telefonearle para darle un dato sobre la pronunciación en una traducción francesa del Lazarillo. ¡Y nada! Para completar la «experiencia», llamé a Poggioli, que me dijo enseguida: «*Il suo figlio ha parlato molto bene*». Era tal vez pura cortesía; así se evitaba el ominoso, imposible silencio. ¿Conclusión? Como ese amigo se porta, al mismo tiempo, tan cariñosamente con todos nosotros (con Antó, Steve, Teresa, *Cántico*, conmigo), no siento hostilidad sino pena –y malestar que me duele–. Pero ¿no comprenderá que a mí me importa Claudie y me importas tú mucho más que *Cántico* y que todo lo demás? *Assez!* Cenamos en casa de los Vigée el sábado. Íbamos con ciertos «prejuicios». Pues bien, estuvieron amabilísimos; la conversación, interesante, los chicos, excelentes, y la cena, de domingo. Por cierto, a la salida, Claudie se puso a hablarme de mamá –partiendo de la música de Ravel que habíamos oído– como no suele hacerlo. Total: que ya firmo esas dos obras, estos dos hijos, y a ver quién es el filólogo que se atreve a competir… Voy a escribir a Antó.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 27 de noviembre de 1949

Queridos hijos:

Os contaré brevemente los regocijos de estos días de fiesta o semifiesta. Comí el jueves de *Thanksgiving* en casa de los Melchor –tan amables– con otros profesores –no franceses– del colegio. Acepté pensando en mamá y en Grand'Maman. El viernes vinieron a comer a casa Clavería y Marichal. Clavería, tan afectuoso y divertido (y no maledicente). El sábado vino Steiner. (Segunda comida, que resultó más modesta). Le leí, a petición suya, el poema «San Juan Persio», y lo aprobó. (No, no resulta irónico). (He tenido carta de él, de Léger; magnífico, demasiado amable, muy diplomático…). Y por la noche, en casa de Justina, vi a Ben Helman, que me trajo una cartera, regalo de Grand'Maman. También he visto a Ángeles Gasset, prima de Ortega, muy simpática y francesita. Y a Marina Romero, que nos hizo ver sus últimas películas de España. Hoy hemos estado en Mount Holyoke con los Amado y Clavería. Comimos con Concha de Albornoz, Clarita Janés y Luis Cernuda. El divino está más hombre, más humano, más serio, aunque diga aún sus arbitrariedades. (Nueva York no existe, Antonio Machado –en no sé qué ocasión– mugía). Y, a fuerza de soliloquio exquisito, ha venido a parar a la misma actitud de los más reaccionarios españoles de hoy. (Se lo dije, hubo discusión; ¡los otros varones eran tan conservadores y callados!). Que los del 98, los «intelectuales» tienen la culpa de la guerra civil, etc. Con todo, lo encontré bien, muy solo, aburrido y sin encaje en donde vive, uno más a rastras con su sino desgraciado de español. He vuelto a casa. Claudie estaba con una muchacha entre músicas y bailes. Ahora, solo, os escribo estas líneas antes de escribir a Grand'Maman.

¡Buenas noches! Pienso en los cuatro; abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 7 de diciembre de 1949

Queridos hijos:

Las últimas cartas de Teresa están llenas de cosas, de vida social, de conferencias y conversaciones. *A la bonne heure!* «No es tan feo Columbus como lo pintan». (¿Conocéis el refrán?). Seznec es un admirable «halagador». ¡Lástima que no se le vea nunca! Bueno, vengamos a nuestros proyectos de vacaciones. Sí, ¡las va-ca-ciones! He aquí mi plan. Saldré el miércoles 14, después de la última clase, para Filadelfia, adonde llegaré a las nueve de la noche. A las cinco de la tarde siguiente pienso llegar a Baltimore. Me sería difícil marcharme el domingo. O tendría que pasarme la noche en el tren, del domingo al lunes. Total: que saldré de Baltimore el lunes, 19, por la mañana a las nueve –en tren por supuesto–, para llegar a Columbus aquella noche a las once. Y el lunes 2 de enero de 1950 regresaré a Wellesley. Ya tenemos los billetes Claudie y yo. Claudie saldrá más tarde (sus clases terminan el 22), y se detendrá en Nueva York: parada sentimental…

(Por cierto hoy, por fin, he conseguido el suspirado pasaje trasatlántico: en el *Italia*, que saldrá el 23 de junio, Nueva York, y me dejará en Lisboa el 1º de julio. Precio en *turista*: 245 dólares, de los cuales acabo de pagar 62. ¡Qué caro! ¡Esto sí que es vivir con el alma –con la cuenta del banco– en un hilo!). Las noticias de París son todavía tristes. ¡Qué mala suerte, la de Renée, y no solo la nuestra! Ya lo sabes: calcula que una carta tuya –por lo menos– me la enviarás a Baltimore. Claudie trabaja. Muy *sweet*. ¡Y Antó, que no me escribe!

Que el profesor Gilman me cite y me lea es, *indeed*, la cima de la cima de mi delicia. ¡Qué ganas de veros! ¿Y esa Isabel?

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 8 de enero de 1950

Queridos hijos:

Os contaré la pequeña historia de estos días en que padezco esta situación tan deficiente de no estar con vosotros. El viaje fue bastante bueno. Excelente el vagón desde Cleveland, entre estudiantes y estudiantas. (¡Hice no sé cuántas coplas!). Me apeé en Newton y volví en tren a Wellesley; llegué a eso de las once. Casa muy limpia y aseada –¡no tanto como la del sucesor de Mr. Gilman Senior!–. Por la tarde vino Mrs. Cotter a hacerme la cama y a traerme vituallas para el desayuno. (Digo estas cosas a Teresa para indicarle que nuestra *lady* va resultando buena. No vendrá, sin embargo, hasta mañana). Y empieza la dulce noria de Wellesley a dar vueltas de nuevo. Ayer, un *department meeting* que se reanudará el lunes. Vimos Claudie y yo en Boston la película española de *Don Quijote*. Bastante buena. Enfática, a la manera tradicional, la declamación de don Quijote; natural y digno, Sancho. Paisajes y cosas de evidente autenticidad. (Pero Maritornes, guapa. Sansón Carrasco, gallardo mancebo). En fin, algo es algo. Parece ser que hay otra buena película: *Locura de amor*. (Es decir, doña Juana la loca). ¡Dios lo quiera! Ayer volví a Boston para ver a Godoy; ha terminado *casi* de copiar las últimas páginas del mamotreto. Estos días le daré la última mano y saldrá muy pronto para Buenos Aires. ¿Qué más? Dentro de una hora comeremos en casa de Justina; vendrá Ben.

Y ahora algunas noticias. Recibí carta de Erasmo Buceta –como sabéis profesor en Berkeley–. Me propone –idea suya, que le permitiría desarrollar su sabático en un curso completo– que le sustituya de febrero a junio de 1951. Su *chairman* está conforme. Yo vi enseguida al mío: y a Justina le pareció bien la idea. ¡A mí también! Con estas condiciones: a) Que vosotros vengáis a México y, en ese caso, yo iría de México a California

directamente. b) Que no os vea en México y entonces yo pasaría en Columbus enero y parte de febrero antes de trasladarme a Berkeley. Porque lo que está completamente excluido es que pase yo un año sin veros. Es imposible –a no ser por fallecimiento–. Hemos quedado en que no diré nada en el colegio hasta recibir la invitación formal de California. (Los *antiguos* del departamento se ofenderán un poquito). Me gustaría pasar unos meses en California. ¡Veremos!

(También he recibido una invitación de Chacón para dar tres conferencias en Cuba, en la Universidad Católica. El proyecto no es realizable –y no me conviene–. Caería entre franquistas y sería más o menos atacado por los otros).

Otra beca: *Sheldon Fellowship*, para pasar un año en Europa. Levin –el gran Harry– le ha hablado de ella a Claudie; dice que le recomendará. (No puede hacer más). Claudie terminaría la tesis en ese viaje: Francia, España o Italia. Levin –¡Levin!– volvió a hablarle de sus exámenes del doctorado. Y le ha encargado una conferencia sobre *El Quijote* en su clase para todos los estudiantes reunidos. ¿Eh, qué tal? (Importa poco, *aunque duela,* la otra parte del claroscuro, Claudie estuvo con Amado; le explicó cómo va preparando su tesis y cómo trabaja en el curso de *Humanities*. El maestro no dijo ni pío ¡!).

He escrito ya a Grand'Maman (carta ordinaria), a Renée (carta secreta) y a Margot, dos cartas. Muy pronto saldrá la carta para el médico. Me acuerdo mucho, mucho de vosotros, de Antó tan compañerito de este pobre abuelo, y de Isabel, que es tan gran persona que ya no me atrevo a llamarla Isabelita.

Besos y abrazos para todos de vuestro

JORGE

Wellesley, 13 de enero de 1950

Queridos hijos:

Ahí va el cheque a cuenta de Grand'Maman (de Grand'Maman también tuvimos carta. Ella, mejor, pero no Renée. Parece deprimida y muy apurada también por la cuestión económica).

He estado repasando el manuscrito ya terminado de copiar por Godoy: espero que en la semana próxima saldrá el ya mamotreto para Buenos Aires. Y ahora me voy a Cambridge. Solita me llamó –dulcísima– por teléfono y nos invitó a cenar esta noche. (Me preguntó por ti, Teresa, y sintió que vinieras más tarde de lo que ella creía). Don Juan Marichal será nuestro conferenciante de este año en el departamento. (¡Mi candidato –don Pedro Salinas– fue derrotado! Claro que enseguida me pasé al enemigo).

Rica: nos acordamos, me acuerdo mucho, mucho de esa casa, de ese grupito familiar. Pero, ¿es posible que Isabel nos recuerde? Espero que Antó me escriba alguna vez. ¡Claro que seríamos felices si mamá estuviera con nosotros! Aunque, ahora, bien sufriría la pobre.

El «niño» me hizo un resumen de una de sus conferencias sobre Milton –cenando en Steven's– y me dejó turulato. ¡Es mucho niño! ¡Quién pudiera ser alumno suyo!

Mrs. Cotter no viene casi ningún día, porque tiene al marido enfermo. (Claudie ha actuado algún día en su lugar). Yo fregué los platos durante una hora y quedé rendido y sudando. ¡La cazuela de los macarrones!

Me acuerdo de tu madre y de ti. He recibido una carta «versallesca» de Mr. Rockwood. Amado le ha dicho que habiéndole ofrecido la casa de Rockwood y la de Gilman, decidía Antó.

Adiós. Abrazos a los hombres. Besos a las reinas.

JORGE

Wellesley, 31 de enero de 1950

Queridos hijos:

Está cayendo una gran nevada, después de unos días de increíble casi-primavera y tengo que ir: 1º, a casa del óptico; 2º, a Boston, donde me

reuniré con Claudie para esperar a Cernuda, comer con él y dejarle en el tren esta misma tarde. (Fui ayer a ver al óptico ¡para decirte que ya había cumplido tu encargo! Y me dio cita para hoy). Mañana iré a Cambridge para almorzar con Steiner. Y el jueves pasado estuve también en Cambridge. Comí en casa de Poggioli con H. Levin, los Sweeney y Seznec. Con mi pobre inglés me defendí bastante bien; hablé mucho con Levin. No te puedes figurar, hermana del Astro, cómo me hablan todos esos insignes cráneos de Claudie. Le estiman mucho de veras. ¡Qué cosas me dijo Seznec –de Claudie y de Steve– aquella noche –y dos días antes– en el restaurant de los McMillan, adonde había yo invitado a Isabel Pope, ya en camino de Francia! Por cierto, con el padre de la criatura también se portaron todos muy bien. ¡Yo, a la derecha de la señora de la casa, yo, el más viejo! *Old Castilian poet!*

Claudie prepara su conferencia sobre «El estilo del *Quijote*». Estudia, va, viene, ama; le veo de vez en cuando. *Il est très mignon!* En la casa todo marcha bastante bien, demasiado bien. La cuenta del Star Market aumenta sin cesar, y mi dinero se me va en comer. Y como me encuentro bien, voy a suprimir a la cocinera. Es cuestión de números. Trataré de conservar a Mrs. Cotter para la limpieza de tres veces a la semana.

Así estaremos más en la verdad de la situación. Toda apariencia de normalidad no es más que un engaño. ¡Ay, rica! ¿Sabes cuál es mi ocupación favorita? La lectura de *nuestra* correspondencia. (También tengo cartas de mamá). Es una pena, y es una alegría. Esos testimonios de tantos años me causan una profunda satisfacción. Nada más simple que mi vida: cuatro o cinco líneas rectas. (Ahora estoy releyendo muchas anécdotas vuestras, de ti y de Claudie. ¡Estupendas!). Me consuelo pensando que he sido un hombre de veras feliz; que se lo pregunten a mi poesía y se verá lo que responde. ¡Qué capital de horas dignas de ser vividas queda en *Cántico*! (¿Os dije que mandé el manuscrito a Buenos Aires?).

Pasemos a París. Ahí está la carta de Margot. Es la misma voz de Renée. Su informe no es un mero informe. ¿Crees que vale la pena, que sería útil, que serviría para algo escribir al médico?

La última carta de Grand'Maman es tranquilizadora. Ella, mucho mejor; y Renée mejora bastante.

Voy a salir ¡La prisa de siempre!

(Sí, escribiré a Fifí. ¡Las señas de su madre!). Las fotografías son un prodigio. ¡Maravillosas! No me canso de mirarlas; se las enseño a todo el mundo.

Abrazos, besos a Isabel, Antó y a vosotros. Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 2 de febrero de 1950

Queridos hijos:

Os devuelvo la carta de Maurice. De acuerdo con vuestra impresión. Absolutamente, la misma voz de Renée. Yo sigo sin entender eso del contagio. ¡Es la teoría de ese médico! Sería, por lo tanto, superfluo escribirle. (Todos forman un solo bloque). En definitiva, muy desgraciados. Sería vano y resultaría injusto añadir las recriminaciones Guillén (en cierto sentido) a las recriminaciones Lajeunesse (en otro sentido). Yo, por mi parte, cada día tengo menos ganas de ir a Europa este año. ¡La ilustre Europa, enemiga de mis pobres retinas fatigadas! (No tengo que cambiar de gafas). Vuestro plan de París, no me parece mal orientado. Acabo de telegrafiar a Justina, quien me ha confirmado lo que me había dicho ya, y ella te ha explicado en carta que ya habrás recibido. (La continuación de la casa de Nueva York, etc.).

Las dos últimas jornadas han sido moviditas. Anteayer llegó Cernuda de Boston. Vinimos a casa; se acomodó en el comedor. Se marchó ayer tarde. Luego fui a ver a Steiner a Boston. Cernuda se marchó encantado. Creo que, *por fin*, después de no sé cuántos años, se ha deshelado, ha perdido ese recelo reticente que siempre me mostraba. Exquisito, elegante, (¡qué perfume por el pasillo ayer mañana, qué bata azul con motas blancas!), muy bien educado, firme en su fragilidad; y un infeliz, un angélico, en definitiva.

Hasta nos leyó poemas. Estuvo, en suma, muy bien. (Ante el retrato de los niños que recibí ayer –no las fotos de Pradal, *please*!–, retrocedió con un movimiento de involuntario pudor…) Celebro que la intervención de Steve haya sido como era de esperar: la más afortunada. ¡Pues no faltaría más! (Se me olvidó contaros que he leído y comentado un poema, «Noche de caballeros», en el club de Godoy. ¡No pude evitarlo! Ayer vi, después de dejar a Steiner tan simpático, *Shoeshine*. Me gustó mucho. Claudie, en Cambridge, abrumado por sus exámenes. Yo empiezo mañana.

¡Esas fotografías! *Adoro* a esas criaturas.

Besos, abrazos.

JORGE

Wellesley, 14 de febrero de 1950

Queridos hijos:

Ya empezamos a entrar todos en la zona de nuestro viaje. Nieva; la casa goza de un silencio tan maravilloso como el de la casa del Caballero del Verde Gabán. Y gozo ya del contraste entre esta inmovilidad –¡cuánta soltería, Dios mío!– y la algazara que aquí *reinará* dentro de… ¿cuántos días? ¿16, 17, 18? Y en ese sentido estoy ya profundamente contento. ¡Cuántas complicaciones para vosotros supone el viajecito! ¡Y yo, pobre de mí –«simple gorrión de chopo» como escribía a don Américo– incapaz de ayudar a los hijos! Ay, hija, más te hubieran valido menos cantos y más cuentas… Amado sale mañana para Columbus, *le veinard!* Le hablaré esta noche para que me oiga la voz y pueda deciros que el fuerte catarro que me impidió ir a Arlington el domingo está ya «de capa caída», como decía mi madre. Me ha cuidado Claudie, y bien. Pero me acordé de mi hija… ¿Isabel me cuidará? Tengo las fotos últimas encima del piano, y las contemplo varias veces cada día. (*¿Cuándo me enviáis las obras maestras de Pradal?).* Mis nietos son preciosos –como lo fueron mis hijos, como lo son aún–. Claudie duerme y duerme, hasta las once, hasta las doce, hasta la una (dicho

sea imitando la voz de Antó). Le hice unas dulces observaciones, me las refutó una por una sin la menor concesión. Pero, más tarde, sonriendo, me dijo: –¡Me compraré un despertador!

El pobre está preparando concienzudamente su conferencia sobre «El estilo del *Quijote*», tema impuesto por Levin. Cené el viernes por segunda vez en casa de los Marichal. Solita, dulcísima, tiernísima, estilo de hija; cada día tengo que quererla más. Juan, siempre en su sitio. Ayer empezó el segundo semestre aquí. Tengo menos clases. Ahora estoy escribiendo muchas cartas: las de los últimos meses. Acabo de escribir una carta larga a Pedro, tratando de animarle. Parece de veras deprimido. (No tiene más que compararse con este servidor). Mejores noticias de Francia: Grand'Maman, mucho mejor, ¡increíble! Y Renée mejora también. ¡Ah! Que Steve, por favor, se ocupe de los asuntos de la fotografía de Garay, a quien vais a ver pronto. ¡Antó no me escribe!

Abrazos, besos de vuestro

JORGE

Wellesley, 23 de febrero de 1950

Queridos hijos:

¿Será posible que esta sea la última carta de esta serie? Ya estoy viviendo vuestra llegada. Una aclaración: ¿vendrá también Steve? (No sé cuándo termina el trimestre en esa universidad). ¿Vendréis, pues, el martes 28? Amado llegó al anochecido. Pero Teresa me decía que la hora de llegada era hacia las dos y media. Iremos –o por lo menos, iré yo– a esperaros. Ese martes es el día de la conferencia de Claudie. ¡Y cómo ha estado todos estos días preparándola! Con el «cuidado» mío multiplicado por 20. Así se hacen las cosas bien, exigiéndose a sí mismo mucho más de lo «reglamentario». ¡Lástima –lástima a todas horas– que mamá no le haya visto preparar su *Quijote*! Claro que la preparación viene de lejos. En una carta de mamá releo que un día estabais discutiendo tú, Teresa, y Claudie,

acaloradamente ante un *Quijote* ilustrado sobre si era o no era el Ama un personaje dibujado. ¡Entonces Claudie tenía tres años y medio! Se me había olvidado todo eso; pues voy a imitarme. Y haré lo mismo con Antó –si su papá lo autoriza–. ¡Qué orgulloso estoy de ese niño! Lo que Amado me ha contado de Antó es estupendo. Me dijo que la cena en tu casa fue muy buena. (Amado, muy simpático y muy contento. Cené con él el domingo. Me esperó en un puente, cogió frío; tiene congestión pulmonar. Me llamó ayer desde la cama; voy a llamarle ahora). Bueno, ¿y esa preciosidad de niña? Venga, venga ese trueno –con todos sus arrebatadores encantos–. (Nos ocuparemos de los pañales).

Será necesario también –¡no protestes!– que venga Mrs. Cotter durante vuestra estancia en esta casa humildísima. Sería demasiado trabajo para ti. ¡Qué malas noticias las de Valladolid! Voy a escribir ahora a Grand'Maman. 23, día 23. ¡Ya 28 meses! Todos los días leo nuestra *antigua* correspondencia. ¡Ojalá no se acabase nunca! Así me las arreglo para seguir conviviendo con tu madre. Hace bastante frío; continúa nevando. Esta última temporada la he dedicado a escribir cartas. Ya van más de ciento. Claudie *très mignon;* ¡qué bien hemos estado juntos en esta casa silenciosa! Venid, venid. Se os espera con una inmensa alegría. ¡Gracias por adelantado!

Besos del «abué» para Isabel, del abuelo, para Antó. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 24 de febrero de 1950

Queridos hijos:

Se me olvidó deciros ayer –y me lo recordó el interesado por teléfono– que Amado se dejó olvidadas sus chanclas en vuestra casa (en no sé qué armario). Y os ruega que se las traigáis.

Adjunto dos cartas. (Una de ellas reexpedida de Lilly House. *¡Todavía!).* Por cierto, acabo de escribir a Molly. Esa carta se ha cruzado

con la mía.

En este momento me llega una de Poggioli agradeciéndome en términos de gran entusiasmo los textos de Federico que le he enviado. No temas, Teresa: dos cartas y tres postales. A Cernuda le parecieron preciosas y poéticas todas las cartas.

Bueno, ¿hasta el martes? ¡Qué fastidio: todavía hay nieve!

Adiós. ¡Buen viaje! Besos a los dos niños y saludos –agradecidos– a sus autores. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 28 de marzo de 1950

Queridos hijos:

Os he seguido con el pensamiento durante vuestro viaje. Ahora ya estáis en París, en vuestro hotel –enviadme la exacta dirección–, en la rue Geoffroy-Saint Hilaire. ¡Contádmelo todo! ¿Y esas preciosas criaturas? ¿Se acuerdan del abué?

Aquí lo único importante –para mí– ha sido la llegada de un telegrama de José, cursado el viernes, y que dice: «Abuelito no responde tratamiento. Agravado». ¡Nada menos! No tengo que ponderaros la inquietud en que desde entonces vivo. Pasé el domingo temiendo que llegara el cable fatal. Y no llegó. (Ya me imaginé que os telegrafiaría yo al barco). Ayer lunes, hoy, martes –y son cerca de las cuatro– no se han recibido nuevas noticias de Valladolid. *Por lo tanto* –con una lógica no rigurosa–, vuelvo a recobrar la esperanza. ¿Habrá reaccionado el abuelito –una vez más–? (Pienso en aquel viaje a Valladolid en el 35. Pero las condiciones y circunstancias son muy diferentes ahora…). Estoy inquieto –pero con esperanza–. Escribidme. (Claudie ha pasado el fin de semana en Nueva York. Ahora me ha telefoneado).

Besos. Abrazos. Recuerdos –los más afectuosos– para Grand'Maman y los Lajeunesse. ¡Escribe, Teresa! Vuestro,

JORGE

Wellesley, Martes Santo, 5 de abril de 1950

Queridos hijos:

Confieso que estaba ya muy impaciente de recibir la carta de Teresa. Llegó, por fin, ayer y no pude contestarla enseguida porque mis jornadas en Wellesley ahora son muy cortas. Después de comer –y ayer a las doce– me voy a Cambridge y vuelvo por el último tren. Están en Cambridge Pedro y Margarita desde el viernes pasado y nuestras conversaciones –¡conversaciones por las tiendas, en que el hilo se pierde continuamente!– son como de costumbre, muy sabrosas y divertidas. A Margarita la encuentro bien. ¡Qué feliz con su nieto último! (¡Ay, Dios mío!). Pedro no ceja en sus vituperios, ni en sus quejas. Acaba de terminar una novela y se la va a publicar enseguida la Sudamericana de Buenos Aires. Conclusión: que se declara «fracasado» y «sin editor». Resumen: ¡un hombre maravilloso! A todo esto, Claudie está con Harold y compañía pasando unos días en el Canadá. Del Canadá vendrá a pasar este fin de semana Antonio Gómez Orbaneja –el hermano pequeño de Emilio–. Terminaré con las cosillas de por aquí antes de pasar a lo importante: a Europa, es decir, a vosotros. Lo que me dijo Amado ha ocurrido. Rogers, el sargento Rogers, ha conseguido que no se le dé la beca a Claudie. Ninguna oposición personal; simplemente porque no es americano. Pero eso no se tiene en cuenta en la *policy* oficial; por eso le presentó Levin a Claudie. Levin es el verdadero derrotado y está *arrabiato* –nos dijo Poggioli–. Así que triunfa, una vez más, el peor Rogers, o sea –dicho en lenguaje de Wellesley: la eterna Miss Coe–. Quien se ha molestado verdaderamente he sido yo. Claudie, moderado y elegante, expresaba –sin embargo– su deseo de irse de

Harvard. Han querido, a modo de compensación, nombrarle «tutor» de Eliot House. Y no lo ha aceptado.

Vengamos a lo nuestro. Celebro que esas criaturas se porten como era de esperar, como legítimos *Gilmanes*. ¿Repite Isabel la sagrada abreviatura: *abué*? Ya contesté a la magnífica carta de Antó. Tú, Teresa, debes de estar cansadísima. Arréglatelas para descansar. Pase lo que pase. ¿Y Steve? Me alegraría que fuese a ver a Bataillon. Yo creo que no tendréis necesidad de adelantar vuestra salida de París, porque las cartas de José y Leónides me han confirmado en mis esperanzas. El abuelito no tiene ninguna enfermedad, su organismo funciona bastante bien. Y ha reaccionado –dentro de su debilidad general–. Yo espero todavía que podré alcanzarle este verano.

Lo que me cuentas de la rue de Geoffroy-Saint Hilaire me entristece. ¿De modo que aquello es un centro de milagrerías, una especie de Lourdes –entre la mezquita y el Jardín de Plantas–? Me doy cuenta ahora de mi aversión al milagro. Atmósfera de fe, clandestinidad de iniciados, pero curandería eficaz… A esta distancia no puede llegar –por supuesto– el contagio de esa fe. Hay algo repulsivo en todo ello, es decir, en esa clase de creencia, no en el tratamiento práctico, que es lo esencial.

(*Unas preguntas*: el doctor ¿está enamorado? ¿En qué habitación duerme? Claro, que estas preguntas no tienen relación (en serio)). Espero con ansiedad más explicaciones.

Adiós. No me dices cuál es exactamente vuestra dirección. Dádmela s.v.p. Besos del *abué*. Besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, miércoles 12 de abril de 1950

Pero por Dios, hija, ¡qué poco me escribes!

Espero cada día, a la hora del correo, tu carta y no llega. ¡Una media horita para tu anciano padre, por el amor de Dios! Acabo de salir de una

recepción en honor de De Messières (que deja definitivamente el colegio), recepción también referida a Balzac (libros, revistas, etc.) Y antes de cenar con Claudie –que ayer regresó del alegre Canadá– te escribo estas líneas. Me acaba de decir Mrs. Mackee –o sea, la agencia de viajes en Waltham que me ha encontrado mi pasaje a Portugal– que hay barcos franceses que van de Francia a Veracruz, México. Pero aquí no dan el billete de vuelta si no se toma el de ida. Podría, sin embargo, conseguirse ese pasaje a Francia. Haz, pues, el favor, hija, de ir a la Transal. Y ver si puedes hacer algo. Yo tengo que estar en México antes del 18 de septiembre; en ese día tendré mi primera clase. El viaje de España a México se presenta muy difícil. Te agradeceré, rica, que lo hagas pronto.

Han pasado una semana aquí, es decir, en Cambridge, Pedro y Margarita. Fui todos los días a verles. Los transportes y la intensa conversación me cansaron mucho. Pero ya he descansado. Pedro, maravilloso. Pero ¡cuánto se queja, y qué perpetuo vituperio de América! Hubo una *party* en casa de Poggioli. Otra *party* con Berrien, otro día, con Morley, etc. Levin me dijo que la conferencia de Claudie había sido *splendid*; y de ahí, de ese nivel no bajó para hablar de tu hermanito. Mañana ceno en casa de Levin para que nos veamos con MacLeish, quien «*is particularly anxious to meet you*», me escribe Levin. ¡Dios mío, qué emoción! Mañana iré al Consulado para tener un nuevo pasaporte y pedir el *re-entry permit*.

Espero con ansiedad noticias de esas familias. Pienso tiernamente en esas criaturas, en Antó, en Isabel –¿se acuerda del «abué»?

Abrazos para Steve. También estuvieron los Clavería. Amables los Amados. ¡Escribe! ¡Una limosnita de carta! Besos, abrazos para todos.

JORGE

Wellesley, 19 de abril de 1950

Hija, Teresa:

¡Y ya en Valladolid! Procura descansar un poco del ajetreo de París. ¡Cuéntame más cosas! De modo que el punto de vista de Durán Reynals –que es el de Leónides– ¿se ha esfumado en esa *Cour des Miracles*? Dime qué piensa Leónides de todo ello. ¿Hubo o no hubo contagio? De Renée apenas me has hablado: ¿cómo respira? Cuéntame también del *Quai d'Anjou*. Etc. Etc. Y ahí, ¿cómo está el abuelito? ¿Cómo están Esperanza y los demás? ¿Hiciste algo respecto a mi viaje? Mrs. Mackee, la señora de Waltham, me ha descubierto un barco –de la Horn Line– que saldrá de Cannes el 31 de agosto, pasa por La Habana y New Orleans y llega hasta Veracruz. A mí me convendría quedarme en La Habana el 13 y tomar el avión para México, donde tengo que estar el 18, día primero de clase. Lo de la beca Guggenheim es maravilloso. ¡Y pensar que todo se te ha ocurrido a ti, y todo para ayudar a vivir a tu pobre padre! Gracias, hija; gracias también a Steve, que tan activamente contribuye a realizar esta buena obra. A Claudie es a quien todavía no tenemos colocado. Le ha dolido mucho esa solución negativa, y yo quisiera que no se quedase arrinconado en Harvard el año que viene. ¡Veremos! Cené en casa de Levin. ¡Qué emoción! No salí mal de la *soirée*; no me cogió el toro… Hablé mucho con MacLeish, muy impresionado por Claudie en aquella reunión del Club de Literatura Comparada. («¡Qué voz!» «¡Y qué tipo!» etc.) Levin me dijo –¡gran descubrimiento!– que todo era culpa de Rogers, con quien estuve frío el otro día, antes de una conferencia de Seznec. Levin dijo, entre otras cosas, que Claudie sería un *first-rate scholar.* (Eso entendí, aunque, cuando hablan de mis hijos, me aturullo del todo).

¡Cuéntame, escribe! Y descansa (también ha ganado una Guggenheim Isabel Pope, que debe estar en Madrid (*American Embassy*)).

Besos a Isabel, abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 29 de abril de 1950

Hija, Teresa:

Nunca te diré bastante con qué interés espero tus cartas, que siempre tardan en llegar demasiado para mi impaciencia. Las noticias que me das son tristes y comprendo tu nerviosidad. ¡Qué mala suerte, verdad, durante esta tu primera juventud, siempre ensombrecida por enfermedades y desgracias! Os acompaño con el pensamiento, veo a esa preciosidad de Isabel decir «Dodo, abué», sigo las conversaciones de Antó, sobre el cual he tenido una carta de Carmen Figueroa, dedicada exclusivamente a hablarme de Antó… Me da muchísima pena –y me cuesta mucho trabajo– imaginarme a mi padre en tal estado de frustración. ¿Se aclara el diagnóstico del tumor? ¿Habéis apelado al Dr. Romans? Haz el favor, rica, de escribirme, aunque sea brevemente, pero con frecuencia. ¡Si la carta deseada no llena más de media hora! ¡Cuéntamelo todo!

¿Qué podría contarte yo? Ya tengo el cheque de la Guggenheim (me siento casi «azorado»). Hoy me ha telefoneado Amado para hablarme y «consultarme» (!) sobre si Steve debe escribir el libro sobre Galdós. ¡Pues claro que sí! Mañana comeré en Arlington. Esta noche, Ben Helman me invita a cenar y a oír el último concierto de la Sinfónica de Boston. (Edith ya está en París). Juan Marichal dio su conferencia en Wellesley. (¡No vino Solita!). Yo le presenté, y mis palabras encajaron exactamente con la conferencia, que yo no conocía. Nos une «la esperanza española». (¡Ya sé las restricciones y objeciones que pueden hacer oliendo ese aceite!). Juan estuvo muy bien; es muy fino y muy noble. Ayer han llegado las pruebas de la traducción del poema «San Juan Persio». Suena muy bien en francés. No sé quién lo habrá traducido. Grand'Maman nos ha mandado –otro envío de París– el *re-entry permit* para que se lo prorroguen. *¿Con qué objeto?* Lo que me cuentas de Renée… Bueno, mejor es no hablar. Claudie no ha vuelto aún de Cambridge. Está nervioso; le ha *dolido* lo de la beca. Está muy lanzado a su tesis. La primavera va llegando muy lentamente. Hace fresco.

Adiós. Muchos recuerdos a todos los Guillenes y todos los Gilman: me inclino reverentemente ante el afortunado becario.

Para Antó e Isabel muchos besos. Y un gran abrazo al abuelito, de quien me acuerdo constantemente. Besos de tu padre,

JORGE

Wellesley, miércoles 3 de mayo de 1950

Teresa, hija:

Esta mañana he recibido las siguientes líneas de Pedro. (Como siempre, nadie más atento, más delicado que él entre mis amigos. Ya lo sabía el padre: que «Perico Salinas» –como él decía– era un amigo incomparable).

«…Siempre recuerdo a tu padre franco, animoso, jovial. Todo, su cara, sus ademanes, era de una persona entregada a la vida sin reservas. A veces he pensado si no hay en *CÁNTICO* una forma muy distinta, de otro nivel, de ese amor a la vida de tu padre, de esa capacidad de vivir, trasmutada en tu persona en esencia poética y no en actos. Le recuerdo en la calle Almagro, en Valladolid, mejor que en parte alguna, en el centro de la casa, con lo que a mí me parece que tenía para todos vosotros, de padre protector, de *asegurador* de sus hijos, en algún apuro. Viviendo muy en lo de hoy le notaba yo esas cualidades que ya a los padres de ahora nos es difícil ejercer: autoridad, energía y bondad. Todo ello reconocido, con posibilidad de uso.

Sabía yo, además, que, en su caso, como en el de mi madre, era para ti un gran alivio saber que contabas con su ayuda para vivir menos preocupado del agobio material. Todo lo que se siente en los padres… de superioridad, de mayoría, de defensa, de amparo, de seguro, te lo hizo sentir él en muchas ocasiones». Etc., etc. (Pedro me habla luego de su niñez sin su padre, a quien apenas conoció. Y establece las diferencias entre nuestras situaciones).

Esas palabras no pueden ser más justas. Yo lo he dicho mil veces: que la sustancia de *Cántico* se la debo a mi padre, y que yo no he vivido y no vivo

más que de una chispa de su vitalidad. Y en cuanto a su fuerza de amparo… No quiero mezclar demasiado literatura con nuestra humilde vida verdadera. Pero eso ya está dicho hasta en el poema «Luz natal» que os leí aquí. Por eso escribía ayer a los de casa sobre «el íntimo desamparo» en que me sumía, aunque sea ya abuelo, la desaparición de mi padre. Ya no podré contar con él, mi supremo punto de apoyo. ¡Me acuerdo del 36 y de Pamplona! Pero así fue toda mi vida. Hasta en los días del hospital en Nueva York. Jamás me negó nada que le pidiese. ¡Y qué fortaleza moral! Por eso he podido creer en lo que creo y afrontar los días con cierta firmeza…

Claudie me repite que él se siente muy nieto de su abuelo –y tanto como el que más–. ¡Naturalmente!

Escribidme. ¿Qué dicen las criaturas? (Tuve un telegrama de París).

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, viernes 5 de mayo de 1950

Teresa, hija:

Llegó ayer una carta tuya del 27 de abril, con noticias (por desgracia) ya muy retrasadas. Me dolería mucho que se hubiesen perdido las cartas que escribí hacia el 20 o 21. Una de ellas es para Antó –con la debida felicitación solemne en su sexto cumpleaños–. Sin embargo, te quejas de que te escribo poco. Esa queja me agrada siempre. Todo te parece poco –en punto a correspondencia– ¡y qué bien así!

También tu hermano se queja –según me ha dicho Solita hace un momento por teléfono– de que no me interesa su tesis. ¡Bien, magnífico! 1º. Eso significa que, en efecto, está –por fin– en plena excitación de trabajo doctoral. 2º. Que el niño es *homme de lettre*s, al cual nunca le parece suficiente la atención que los demás prestan a sus obras. Yo, por mi parte, escucho a Claudie *todo el día*. De ahora en adelante, procuraré hacerlo con

más aplicación y más fervor… (Todo esto va dicho –¿te enteras?– con la natural ironía). El que se queja sin cesar es Pedro. Y cada día se acerba más el tono de sus lamentaciones. ¡Feliz él!

Y tú dices –¡con cuánta oportunidad!–: «La vida es horrible y tienes que escribir *Clamor*». De acuerdo en lo segundo. En lo primero también, si quieres decir: la vida es horrible cuando deja de ser vida, cuando se nos precipita a la muerte o se nos mezcla de muerte. Y no de la propia muerte, que es lo de menos, sino de la que nos lleva a los seres queridos. Hoy he tenido carta de Grand'Maman, cariñosa, tierna, como siempre. Me dice que ha muerto Monsieur Berl. La noticia me ha apenado. ¡Qué buenos recuerdos nos deja! Y todo ello enlazado a tu madre. (Incluyo una carta para Jesús. No la mandé antes porque no tenía su dirección en Madrid. ¿Quieres hacer el favor de reexpedirla?). (Madeleine vive en Av. Kléber, 37). Todo el día pienso en mi padre, en vosotros. Es penoso esto de estar tan lejos. Escribiré mañana a José, de quien también he tenido carta.

Besos para las criaturas. Abrazos para Steve. Vuestro,

JORGE

Wellesley, lunes 8 de mayo de 1950

Teresa, hija

Llegó anteayer tu carta del martes 2, y hasta este momento –son las dos y cuarto y a las tres vienen los alumnos, es día de «seminario»– no he podido escribirte. Vino Vicente Gaos el sábado; fuimos a comer Claudie y yo aquella noche con los Vigée, en definitiva, muy amables; y ayer lo pasamos en el campo. (*Acaba* de empezar la primavera –aunque todavía fresca y ventosa–). Claudie ha vuelto a Cambridge, y después de las clases, he comido en Steven's como de costumbre. El correo ha sido abundante. (Una carta, larga y cariñosa *–je n'en reviens pas!–* de Octavio, nuestro querido gran poeta joven, con palabras muy entusiastas sobre Steve y su

esposa). También de ti me habla José muy afectuosamente. Necesito de más tiempo para contestar a sus muy sentidas palabras; lo haré esta noche.

De modo que estuviste en una reunión de mis hermanos, representando a tu padre. ¡Pues claro! ¿Y quién mejor? (Tú o Claudie. Pero tú eres la mayor). Me enorgullece que tú, esa hija como no hay dos en el mundo, estés ahí en mi lugar. (Entre paréntesis: de acuerdo contigo –y con mamá y con Claudie–. Pero ¿ya se habla de esas cosas materiales?). Haz el favor –fíjate bien–: 1º de decirme si llegó mi carta a Antó; 2º de enviarme los recortes de periódicos, esquelas y todo lo impreso que se refiera a mi padre; 3º de indicarme vuestra dirección en Marbella.

La carta de José me ha conmovido. ¡Qué sencilla, qué verdadera y qué cariñosa! Él no me cuenta nada; no sé más que lo que tú me refieres, y todo me parece escaso. Un telegrama me hizo creer que mi padre había fallecido el lunes. No pude imaginarme que el entierro se celebraría aquel lunes. Esa prontitud –casi precipitada– en tales casos es costumbre muy española. ¡Qué pena, Dios mío, y qué lejos me coge toda esa vida en la que tanto me importa participar! Pienso mucho en Antó –y en Isabel–.

Un abrazo para Steve. Afectos para todos. Muchos besos de tu padre,

JORGE

Wellesley, 18 de mayo de 1950

Queridos hijos:

No sé nada de vosotros hace una eternidad. Estoy como siempre ansioso de noticias vuestras. Llegaron vuestras cartas de Valladolid y declaro que me conmovieron. Muchas gracias, Steve, por tus palabras tan cariñosas. Lo que contáis de mis hermanos me enternece. Ese interés *literario* de Jesús, ¿cómo podría yo adivinarlo? Ya he escrito a José, el más expresivo de todos. Mañana o pasado escribiré a María para explicarles cómo debo renunciar este verano al viaje –que solo no podía demorarse a causa del estado del abuelito–. Pero vuestras últimas cartas tuvieron un efecto: mi

plan de no aplazar mi viaje más que hasta el año próximo, y de pasar en España cerca de seis meses. Para lo cual, tendría que pedir un *leave* de un semestre más. Todavía no lo tengo hablado con nadie. Y de ello *no conviene hablar todavía*. Pero lo conseguiré, naturalmente. Sí, me duele mucho no ver a mis hermanos dentro de mes y medio. En fin, una pena más.

¿Y esas criaturas, esas maravillosas criaturas? ¿Recibió Antó mi primera carta a Marbella? María me ha enviado la dirección. Por eso os escribo hoy.

Adiós. Voy al *¡Academic Council!* ¡Escribidme *largo y tendido*! Besos y abrazos de vuestro

JORGE

Claudie bien, en Cambridge.

Wellesley, martes *23* de mayo de 1950

Queridos hijos:

Ayer tuve la primera carta de Marbella –por cierto, con una dirección que no es la que me dio María, («Huerto de Márquez») y a donde dirigí mi carta precedente–. No me dices, Teresa, si habéis recibido mis cartas; por ejemplo, las dos que he escrito a Antó. Nadie me ha enviado los periódicos que se han referido a mi padre. En fin, sigamos.

No tengo noticias de París. A mí no me ha escrito Renée y este silencio me extraña. (Sin embargo, hoy le he escrito yo). ¿Estará enfadada conmigo a través de tu conversación? No me has dicho –y no es cuestión que haya perdido «actualidad»– qué es lo que Leónides piensa de aquel problema del contagio. *Où en sommes-nous?* En cambio, quien me ha escrito es Rachel Le Breton. ¡Qué afectuosa siempre esa pareja de hermanos, tan ridiculizados por los Lajeunesse! En ellos hay una perfecta armonía de alma y *good manners*; por eso me ha escrito Rachel. De España he recibido algunas cartas de pésame, pocas hasta hoy. (De Emilio, nada. Va a

despedirte a la estación, claro. Pero no me dirige ni dos líneas ahora. ¡Qué desidia vergonzosa!).

Sigamos hablando de correspondencia. Escribí a Curtius pidiéndole un puesto de lector para Claudie. Me ha escrito varias veces amabilísimo, verdaderamente interesado en que se realice *nuestro* proyecto: que Claudie pase en Alemania el curso próximo, sin aceptar la decisión de Rogers, que le prohíbe ir a Europa porque el niño es europeo. Ya está Claudie en correspondencia con el profesor de Colonia; esta noche le escribirá, de acuerdo conmigo, para aclarar los dos puntos que hasta ahora quedan vagos: el sueldo y si hay que dar clases en alemán.

El curso termina; la primavera ha tardado mucho en llegar. Yo estoy traduciendo, por fin, unos sonetos –siete– de «Jean Noir», es decir, de Juan. Hago alguna coplilla, arreglo mis papeles –¡toda mi correspondencia, escribir más cartas!– y me acuerdo mucho de vosotros. Tu carta de ayer me quitó un peso de encima. Por fin os encontráis a gusto, gozar de «la armonía de la naturaleza», de los encantos de Andalucía, del clima del sur, a los pies del Me-di-te-rrá-neo. ¡Os envidio! Y ya tantos días sin ver a Isabel ni a Antó, sin veros a vosotros… *Ahora tienes tiempo* de escribirme. Escribe, por favor. No me dejes solo, sin vuestras noticias tanto tiempo.

Besos, abrazos.

JORGE

Wellesley, lunes 29 de mayo de 1950

Queridos hijos:

Al ir a cenar a Steven's con Claudie fui leyendo tu carta, de este 22 de mayo, tan rica como tú. ¡Cuánto, cuánto nos alegramos de que os encontréis –por fin– tan a gusto, tan felices en ese rincón que sí debe de ser precioso! Dices tú, pobrecica: «Descanso, por fin, después de estos últimos años…». ¡Años, es verdad! Y me preguntas por nuestra vida. Oigo –¡por primera vez después de años!– el tecleo de la máquina; está Claudie copiándome el

currículum que voy a mandar a México. Allí tendré dos cursos: uno en el Colegio –sobre «La poesía española en el siglo XVI»– y otro en México City College sobre «La poesía española de 1900 a 1950». Y están fijados también los tres cursos de California: «La literatura española de 1550 a 1680», «El teatro del siglo XVII» y «La poesía desde fin de la guerra hasta hoy». Más asuntos serios: hoy sale, firmado, para Buenos Aires el contrato con la Editorial Sudamericana. El proceso ha sido laborioso. En lo referente a las condiciones materiales del libro no me han hecho concesión alguna. En fin, habrá *Cántico* –espero– a finales de este 1950. Aquí, el curso termina en paz y en gracia de Dios. Esta tarde tenemos reunión para tratar del homenaje a Huntington. Se espera con «ansiedad» la contribución que sin duda hará Steve. Por cierto, ¿os lo dije ya? Amado se volcó –por teléfono, hace días– elogiando el estudio de Steve sobre *Doña Perfecta*. Verdad es que esas páginas son magistrales. (Estoy releyéndolas con *atención y devoción*). Lástima que el maestro sea a veces tan injusto, por ejemplo, con Vicente Gaos y un ensayo suyo sobre Antonio Machado. También ha considerado desdeñosamente el proyecto de estancia de Claudie en Alemania. Claudie y yo esperamos que se realizará. –Suena el teléfono: Claudie acaba de decir a su casero que podrá disponer de su cuarto en Cambridge desde el 1º de junio. Y a propósito de Steve. Me escribía recientemente don Américo (nuestro idilio epistolar no se interrumpe): «Lo de volver Steve aquí tiene sus dificultades (1)… Aunque para ellos y para Vd. tal vez va a ser mejor, si cuaja lo que hemos estado planeando Del Río y yo: New York University. Steve quiere mandar a sus hijos al colegio francés y Vd. estaría a cuatro horas de ellos solamente. A ver si se compone el asunto. Se van a jubilar unos señores y parece que habrá vacante. Ojalá». ¡Gran América! A esto opone Amado –que no deja de pensar en llevarse a Steve a Harvard (¡cómo se lo disputan!)– que en New York University ya hay dos *full-professor* españoles: Casalduero y Ángel del Río. (Con este hablaré aquí dentro de unos días).

Otra carta –muy cariñosa– de Melchor menciona a Steve también: «Hoy he tenido el gusto de recibir la visita de tu yerno. Me ha resultado muy simpático, inteligente, bueno, informadísimo de nuestra literatura. Y me

siento impaciente por volver a ver a tu chica. Espero verla a su paso para Andalucía». He tenido carta de Dámaso escrita en Roma. Y hoy no quiero sacar a relucir otra carta que dejaré para otro día. Renée me ha escrito; todo aquello parece catastrófico. ¡Qué malestar me causa esa situación! En definitiva, son muy desgraciados.

Ya os dije en mi carta anterior mis planes de viaje. Pero ¿cómo pudisteis pensar que podría ir este año para allá? Para representarme en el papeleo testamentario, si es para estas inmediatas semanas, nadie mejor que tú, Teresa. Y si se necesitase otra persona, nadie mejor que Emilio. Y ya me falta espacio para deciros *lo que realmente me pasa*: que pienso en vosotros, en esas criaturas con una intensidad creciente. ¡Esa Isabel, tan gordita! Y Antó, Antó, Antó, tan buen lector de la *Chanson de Roland* –con quien ya me urge pasear y charlar–. Le escribiré en cuanto reciba su carta.

Besos, abrazos de vuestro

JORGE

(Hoy, también, carta muy afectuosa de Carmen. Dice que no ha recibido noticias tuyas).

(1) Justamente Amado me ha dicho que están ahora hablando de llevar a Anderson Imbert –su discípulo– como *associate professor* a Princeton.

Wellesley, lunes 5 de junio de 1950

Queridos hijos:

Prefiero escribir deprisa hoy que no escribiros hasta el miércoles. (Mañana picnic con mis alumnos). Voy a salir para Boston (*re-entry permit*, flores a Miss Bourland, a quien no he vuelto a dar señales de vida después de un almuerzo con ella), y Cambridge: comeré con Ginoux McMillan en su *restaurant*, posaré ante Carlos Marichal y cenaré con los Marichal en su casa. Anoche estuvimos en el Peter Bent Brigham Hospital: el sábado

hicieron a Amado una pequeña operación y ahora –son las nueve de la mañana– estará sufriendo una operación en los intestinos –me parece–; él, muy preocupado y abatido, temiéndose lo peor; todavía no saben lo que tiene. ¡Pobre Amado, con su costumbre de salud tan ajena a esos infortunios! (Dentro de los hospitales, ¡cuántos recuerdos para nosotros!).

Recibí, por fin, después de un silencio de casi un mes, carta de Grand'Maman, tan dulce y aludiendo suave y resignadamente, quitándoles importancia, a las dos preocupaciones: la de la salud y la del dinero. Claro que Grand'Maman no me dice la gravedad de la situación; «*je ne me plaindrai jamais de rien*». ¡Admirable! En definitiva: *tout va mieux*. No es verdad, a juzgar por la carta anterior de Renée. Por una parte, dice que «*nous n'avons plus le sou*»; venden sus «*vases d'Empire*», quiere vender sus Constantin Guys. O sea, la ruina, por ella tan prevista y no evitada. También me habla Renée de nuevos ganglios debajo del brazo de Grand'Maman. (Edith acaba de regresar; dice que Grand'Maman tenía un aspecto magnífico). Pero «*quelle hantise*» añado yo. Renée me pide que le envíe un poco de mi sangre para que la analicen. Pero, ¿se ha vuelto loca? Quiere que todos sean analizados. *La maison hantée!* Vosotros os habéis resistido… Teresa, *«n'a pas encore bien compris la situation»*.

¡Qué pena, Dios mío y cuántas desgracias se acumulan en todo eso! ¿Qué podría yo hacer por ellos, Teresa? ¿Enviarles algunos paquetes de alimentos? Acaso pudiera encontrar aquí en Nueva York compradores de los C. Guys. Y a todo esto espero todos los días la carta de Antó que no llega. ¡Cuánto os necesito, cómo me acuerdo de todos vosotros! Gr. Maman me ha enviado tus fotos de ella con Isabel. ¡Qué preciosidad de niña! ¡Y qué carta más rica has escrito a Claudie! Claudie, un amor. Como mis hijos nadie.

Abrazos de

JORGE

Wellesley, viernes 9 de junio de 1950

Queridos hijos:

Es tarde –han dado las nueve– pero mañana –¡todavía!– será un día ocupado. Llegó esta tarde tu carta del 6. Siempre te las arreglas, hija, para decir las cosas más tiernas y más verdaderamente sentidas. Y me las repito y se las leo en voz alta a Claudie –«que me acompaña en el sentimiento»–. ¿Cómo no vas a acordarte de mamá queriendo a Isabel? Contadme cosas de los niños. Antó no me ha escrito la carta que espero todos los días. ¡Querido Antó: escríbele al abuelo! ¿Y Steve no hace algunas fotos de sus hijos? Como no voy a veros hasta mediados de octubre, la necesidad de la fotografía es cada día más apremiante. ¡Fotos: una limosnita por Dios!

Tengo que contaros una historia muy triste. Amado ha sido operado el lunes. Pero ahora caigo en la cuenta de que ya os hablé de ello en mi carta anterior. Todavía no se ha dicho la verdad a la gente. No lo repitáis, pues, vosotros. El tumor, por desgracia, es canceroso. ¡Qué desesperación! Esta tarde, por primera vez, he visitado a Amado. Está muy bien, con una cara magnífica de hombre guapo. Le encontré solo. Y me habló con gravedad: «Si a ti se te ha muerto la mujer de esto mismo, ¿cómo nos vamos a engañar?». Es lo primero que me dijo. Yo no creí que le descubrirían tan pronto el carácter de la enfermedad. Luego llegaron varias personas. (Era el primer día de visitas). Y se animó mucho, ¡pobre Amado! Me habló de las obras inmediatas que ha de terminar: sobre la pronunciación, sobre Federico… Y ahí se ve la verdad de una vocación. ¡Señor, si no se trata de un *job* sino la propia vida! Leí a Amado el párrafo de tu carta sobre vuestros posibles traslados universitarios. Y con esa absoluta seriedad que Amado pone en esas cosas, me dijo que pensaba –ahora o en septiembre, según se lo permitan las circunstancias– plantear al *Dean* Buck el problema de Steve: que se nombre un *associated professor* en vez de un *assistant professor*, que es lo previsto. «Es el mejor hispanista de este país. Y ya ha hecho estudios sobre temas medievales, clásicos y modernos». ¡Es verdad! Me encantó oírle ese resumen y dicho tan en serio.

¡Ay, si vinierais a Harvard! Entonces sí que se me agrietarían estas ideas o tentaciones que rumio estos días en torno a este hecho… que estoy dulcemente, dulcísimamente cansado de Wellesley. ¿Y si me fuese con la música a otra parte? Pero lo primero, lo esencial y casi lo único sois vosotros y Claudie. Y eso es lo que me detiene en estas imaginarias fugas a no sé dónde.

Me preguntas el porqué de mi deseo de ir a España el año próximo. No había tenido valor para decir a mis hermanos, que tan cariñosamente me esperan: «no voy». Por eso dije, *y por lo tanto, pensé*: «siento tener que aplazar mi viaje hasta el año próximo». Y ya no hay que pensar en ningún *retour d'enfant prodigue*. Ni es «retorno», ni soy a estas alturas «hijo pródigo». Edith Helman ha regresado. ¡Con cuánto amor habla de España, a pesar de todo! Sostiene la tesis, ahí aprendida, de que Pedro y yo debemos publicar en nuestros lares, dentro de ciertos círculos. Eso es discutible aún; pero la visita, el contacto con esos jóvenes, y la relación con los parientes y los amigos, todo eso –privado y oral– ya no es problema. ¡Qué lástima! Se acaba el papel. Haré lo del banco. Te prometo escribir inmediatamente a Julián Calvo. Tendremos nuestro piso en México, descuida. Claudie espera con gran impaciencia la carta próxima de Colonia para decidir lo del viaje a Europa.

He visto *Clavileño*. Traedme ese número (sigo en la primera carilla).

Señas de Trinita: «38 Largo Croft de Moura, Cascais, Portugal». Mrs. Cotter no puede venir estos días, pero seguiremos con ella hasta el fin. ¡Hace un calor atroz!

Adiós. Besos, abrazos. ¡Y la carta de Antó! Vuestro,

JORGE

Wellesley, 14 de junio de 1950

Queridos hijos:

Estoy escribiendo cartas –¡siempre arrastrando esta cadena!– y después de haberme dirigido a Mr. Arnavon en mi estilo más cordialmente solemne, paso a descansar un momentito con vosotros. Porque tengo que deciros que Claudie ha recibido, por fin, tras una espera que le ha tenido muy impaciente, la carta definitiva de Colonia. Será, pues, lector de español desde el 1º de noviembre. Sueldo suficiente: 400 marcos mensuales. (Con 300 se puede vivir). Cursos: alguno de lengua, otro sobre la novela picaresca, otro en torno a un libro de Ortega. Claudie está muy contento y yo también. Siguiendo la tradición española de este siglo, Claudie irá a Alemania como fui yo, como fueron tantos jóvenes españoles de los que Juan Marichal llama «Edad de Oro Liberal». Plan de Claudie: salir a principios de septiembre para pasar unas tres semanas con Grand'Maman, veros a vosotros en París y llegar a Colonia unas tres o cuatro semanas antes del comienzo de curso. Ahora bien, la Agencia de Waltham le proponía ayer un barco holandés, muy barato (que yo pagaré, eso corre de mi cuenta), 140 dólares, pero que le dejaría en Francia el 31 de agosto. (Problema: ¡tres meses en Europa antes de cobrar el primer sueldo, el 1º de diciembre!). ¿Cuáles serían, pues, vuestros planes, en relación con Claudie? En suma: mi carta a Curtius ha sido eficaz. Curtius me ha escrito varias veces en los términos más amables y cordiales.

Amado se encuentra en el mejor estado posible después de su operación. Voy a verle todos los días. Ayer me encargó que dijera a Steve que «está profundamente disgustado porque Steve no quiere hacer el libro sobre Galdós. Ahora es cuando debe escribirlo. Que deje *La Celestina* para más tarde». Eso dijo el maestro. Yo no soy más que el suegro, cumplo con mi deber de callarme y portarme bien. Esta tarde voy al Consulado de Boston para hacer «el poder»: me representará Jesús Gabriel. ¡No he recibido la carta de Antó!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Después de cerrada esta carta, recibo una de Grand'Maman. Os la reexpido inmediatamente. ¡Pobre Monique, cuánto ha sufrido! ¡Una niña Lajeunesse! ¡Y la muerte del pobre Pierre Leroy! ¡Y la venta de las colecciones! ¡Qué horizonte, Dios mío!

Nueva York, jueves 22 de junio de 1950

Queridos hijos:

Vine el martes, me acogió en su casita de este *village* Clariana. Mañana regresaré a nuestra Wellesley. Ayer vi a Castroviejo. Me encontró igual, es decir, bien, después de un examen rapidísimo. No me dejó preguntarle *nada.* ¡Como siempre! Comí luego con los De Messières, amabilísimos. Gran instalación diplomática y cultural. Visité a los Lorcas-de los Ríos. Encantadores; todos, franceses y españoles, me preguntan por vosotros. Cené con los Onís; se reanudó la relación interrumpida durante más de cuatro años. Onís me hizo elogios de Steve y expresó el deseo de conocerle a su paso por Nueva York. La conversación giró exclusivamente sobre Hispanoamérica. Volví a casa muy cansado. Hoy he tomado más precauciones para evitar la orgía de conversación. Fui con Ángel del Río y Florit a esperar a Blecua, *encantador,* a LaGuardia. ¡24 horas de Madrid a Nueva York! Comimos juntos; luego, después de cierto respiro, hemos circulado un poco y me he despedido de él, de Blecua, hasta Middlebury. Traía un *Correo Literario* de España, nueva revista, en la que se contaba que Marichalar visitó recientemente a Santayana en Roma y le encontró traduciendo al inglés… ¡poemas de *Cántico*! Increíble, esta vez sí voy a escribirle. Ahora estoy en el cuartito de Clariana. Será una *soirée* plácida. Y mañana, a casita, donde me espera el niño –y donde encontraré, con el correo, alguna carta de Marbella–. Contadme cosas de esas criaturas. Recibí la carta de Antó. Ya le contestaré desde Wellesley.

Adiós. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 30 de junio de 1950

Queridos hijos:

No he vuelto a escribir después de mi carta de Nueva York, porque no sabía adónde dirigir la carta. ¿Os habéis detenido algún tiempo en Madrid? ¿A quién habéis visto? Me imagino a Antó, ya tan serio, como turista, en esos trenes de Dios. ¿Y cómo se porta Isabelita? Mi próxima carta será para Antó –respondiendo a la última suya–; va también una postal para Isabelita, con un poemilla –muy ligero– a ella dedicado. ¿Qué hace, qué escribe Steve? Lo que me dices, hija, sobre tus ganas de no volver a América lo comprendo; no me gusta que se niegue este continente, pero me complace muchísimo que afirmes tu lado europeo. Tu hermanito está ya preparando su viaje a Europa. Y no tengo tiempo de decirte hoy a quién está escribiendo ahora el joven doctorando. A propósito de doctores, ¿has visto a José Antonio? Dime cuál es su dirección de Valladolid. (Pregúntale qué le pareció aquello). Me dice Curtius, en carta recibida hoy: *«… et j'aurai le grand plaisir de voir votre fils en octobre. Qu'il m'avertisse dès qu'il sera arrivé. Pendant le semestre d'hiver, qui sera le dernier de mon enseignement, j'aurai mon «seminar» le mardi de 18 à 20 heures. Si Claudio veut y assister, il sera le bienvenu ».* Y después: *«J'ai lu avec le plus grand plaisir vos pages sur Fray Luis. Votre introduction est l'aune d'un poète doublé d'un critique. J'y ai trouvé des accents où je croyais reconnaître l'auteur de Cántico».* Como veis, el gran Curtius se vuelca. ¡Dios nos tenga de su mano! A nosotros, a todos, a Corea. ¿Habéis leído el *Correo Literario* de Madrid del 15 de junio? Lee con atención mis cartas. Otro día te explicaré el paréntesis. Amado sigue bien. ¿Y Dámaso?

Besos a esas criaturas. Abrazos a todos. ¡Escribidme! Vuestro,

JORGE

Arlington, jueves 20 de julio de 1950

Queridos hijos:

Os escribo –con pluma ajena– desde casa de Amado. Cené aquí anoche, he dormido también en esta casa; a las doce se unirá Claudie a la expedición, y saldremos todos –los Alonsos y nosotros– para Middlebury, adonde llegaremos esta noche. Amado se encuentra bien. Natural, tranquilo, afectuoso. (¿Y yo, más cercano, desde su enfermedad? Eso me parece). Cenamos con Berrien y el cubano Portuondo (simpático, listo).

Yo me he pasado la semana rehaciendo mi conferencia –que daré el lunes 24–. ¡Claudie me anima! Sí, me anima a seguir por ese camino del ensayo. Y yo cada día tengo más miedo a ese camino. Como «coplero» –para emplear la justa expresión de Teresa– no diré que he perdido la vergüenza –¡no, no! –; pero así me siento en situación más habitual.

Recibí, Teresa, tu carta de Valladolid, escrita despacio. ¡Qué rica es mi hija, y cómo he saboreado esas cosas tan cariñosas que se le ocurren! No sé si os dije que recibí el texto –nada más– de la traducción de Santayana: «Estatua ecuestre», que, según me escribe Marichalar, vio entre otras poesías de varios autores, en una revista italiana –traedme todas esas revistas literarias que hojeáis–.

Si dije «no lees bien mis cartas» –no me acuerdo– debió ser como preparación retórica a lo de José Antonio: inocente *astuce* que te explicaré dentro de un mes. (¡Y sigue el jueguecillo!). ¡Que me escriba Antó! (No me atrevo a solicitar tal honor de su padre). Cuéntame cosas de esos niños –y de la familia y los amigos (Sinforiano, José Antonio, Emilio, etc.)–. Escribid a Wellesley. El 30 estaremos de regreso, Dios mediante. Respecto a lo de Corea, ¿qué deciros? No me inquieta la situación de Steve, por ahora. Me parece una felicidad increíble que vayamos a reunirnos en México. Julián Calvo me escribe que todavía es pronto para tomar un piso. Volveré a la carga. Ya empiezan a preocuparme aquellos cursos –los mexicanos–. En cuanto a las «coplas», os las mandaré si Claudie quiere copiarlas. Escribe, Teresa. ¡Con qué ilusión espero leer y releer tus cartas!

Besos y abrazos de vuestro

JORGE

Middlebury, martes 24 de julio de 1950

Queridos hijos:

Hoy ha llegado la carta de Steve, y antes tuvimos aquí la de Teresa. Siento que Castilla no sea tan «gentil» como quisiéramos; siento que Antó no se encuentre del todo a gusto. Es verdad: ¡tanto viaje, tantas *experiences*! De modo que de Isabel es el Imperio. ¡Bien! El libro de Steve será estupendo. ¡Lo aseguro ya! Y a propósito: me decía Pedro esta mañana que Amado le había dicho lo que ya me había anunciado a mí. Dentro de unos días hablará Amado al *Dean* Buck, y le planteará *en serio* el problema, a saber: que Harvard necesita a Steve, el mejor hispanista etc., etc. (También quisiera llevar a Pedro a Yale: se lo decía a Pedro delante de mí, como si yo no existiera… ¡Las cosas, claras!).

Llegamos el jueves, 20. Viaje suavísimo, conducidos por Joan. Todo el mundo está archicariñoso con nosotros. He vivido hasta ayer en casa de Solita y Juan. Hoy estamos Claudie y yo en Hepburn. *Asistimos* a las comidas, horrendas. Todo el mundo habla de ese tema, el gastronómico. Hubo comida en casa de doña Gloria: viven en aquella fraternidad donde estuvimos nosotros al fin de un verano –¿el 41?–. ¡Cuántos recuerdos de mamá por estas alturas! Pedro y yo somos las cabeceras de una mesa: las señoritas nos hacen fotos a los dos. María de Oñate está aquí, y otros muchos amigos. Anoche di mi conferencia. El público la escuchó muy bien: Claudie os contará. ¡Tengo tanta gente «adicta» aquí! A Pedro le gustó mucho. Me escucharon hasta Guilloton y Coindreau. Ahora, a las cuatro, los veré en un té de la Escuela Francesa. Con Paquito he comenzado a trabajar sobre la carta de Federico. Quien está teniendo un éxito redondo es Blecua, persona encantadora. A Catherine, retirada, la veo en su casa, todos los días; Tana, la niña, es preciosa. Fuimos los de la Escuela a llevar flores a la

tumba de Juanito; y allí recité la elegía, breve, pero sentida, a Juanito. Anoche comencé mencionándole. ¡Qué contenta habría estado anoche después de la conferencia, si mamá hubiese estado aquí! Lo esencial me falta en todas partes… A Claudie apenas le veo. (¡Solicitadísimo!). Pero siempre *très mignon*.

Recuerdos, afectos a todos los Guillenes y Lozanos. Adiós. Estaremos aquí hasta este domingo. Besos y abrazos de vuestro

JORGE

Wellesley, 3 de agosto de 1950

Queridos hijos:

Como no sé, en definitiva, dónde estáis estos días, no os he escrito –a pesar de las ganas de hablar con vosotros, cada vez más apremiantes–. También ha retrasado la correspondencia el deseo de no comunicaros mis preocupaciones y desazones. En estas dos semanas últimas ha cambiado mucho la situación internacional. La atmósfera, aquí, se oscurece sin cesar. Yo lo noto con mis pulmones: cada día es para mí más irrespirable este ambiente. Yo me he resistido a *creer* en la guerra hasta ahora con todas mis energías. Pero ya no puedo más; me rindo. La guerra se nos echa encima –¿en el 51, en el 52?–. ¡Y esta convicción es lo que me trabaja y desazona de continuo! 1º Habrá guerra mundial. 2º Será guerra atómica. 3º Y es guerra cercana. Pensemos con un poco de imaginación en lo que todo esto traerá y significará. (Este país padece una total carencia de imaginación). Pero ¿para qué poner aquí, en el papel, las reflexiones tan negras que no dejamos de hacernos Claudie y yo? Los jóvenes son los más amenazados: mis sobrinos españoles y franceses, Claudie, Steve. En resumen, concluyo: lo que más me importa son mis hijos. La suerte de Claudie no va ligada a los Estados Unidos. Pero sí la vuestra. Mi preocupación –mi pobre preocupación de *homme traqué*– es *cómo* voy a arreglármelas *para* estar en contacto con vosotros y *para* llevar a cabo mi plan. Es lo mismo de 1936-1938 en

España. Abandoné entonces mi país por incompatibilidad venal con el nuevo régimen. Ahora me ocurre lo mismo, pero en situación mucho más azorada.

Mi vida no ha sido jamás una vida en falso. Me siento en discrepancia radical con este país en esta guerra. No se trata de un puritanismo de lujo sino de la vida más elemental: respiración, conversación, inevitables relaciones con el prójimo. La inmensa negación del hombre –que es lo que se prepara– me ahoga ya. En el 38 tuve que marcharme de Sevilla –tan preciosa–, dejando patria, familia, cátedra y con la oposición de todos. Lo único que a este país me une sois vosotros. Espero que mi vida de padre no anulará el resto de mi vida como persona. ¿Cómo? Esto es lo que me atormenta. ¿Por qué, si no, me quedaría en el dulce Wellesley, donde mis lazos son infinitamente más ligeros que los que me ataban a Sevilla? Además, y este es el segundo aspecto –el exterior– de la historia: la menor discrepancia será considerada aquí, si hay guerra, como acto de comunista en favor del enemigo. Ya la oposición a Franco, para algunos senadores, es síntoma de comunismo. La manifestación en favor de la paz, disuelta ayer, en Nueva York, por 1.000 policías, es presentada por el *N. Y. Times* como «*communist peace offensive*». Os incluyo una hoja de *Time*, con una foto, acompañada de noticia sin comentario: un obrero, en el suelo, maltratado, a la salida de la fábrica. No, no es un judío en Berlín o Viena. Es un comunista de Los Ángeles, víctima de la *Crusade against Communism*. Consecuencia: será, pues, prudente irse con su discrepancia a otra parte. Por último: hay que considerar también la amenazadora, la dulce cruzada estalinista. Pero… ¿Y tú, Teresa, rica, y esas criaturas, y Steve? Tu madre y yo habríamos pensado, ante todo, en los hijos. Y a la vez, estoy absolutamente seguro, sentiría tu madre como yo siento ahora una absoluta repugnancia a vivir totalmente en falso, en mentira, desde el centro mismo del mayor crimen de la historia humana. Todo esto no es más que materia de soliloquio y de conversación con Claudie. (Claudie, cuyo viaje a Alemania me inquieta. No ahora. Lo que me preocupa es el regreso a América –ya veríamos a cuál– el año que viene). Quiero decir: no temas ninguna decisión irreparable. Pero estas palabras son lo contrario de vanas

palabrerías –como en el 36, el 37, el 38–. Tengo que hablar con vosotros. Y yo nada haré sin estar de acuerdo contigo –*rien* –exactamente como con tu madre.

Dejemos la pesadilla. (¿Y qué me decís de los 100 millones a Franco? ¿También los españoles tendrán que morir por los automóviles de Ford?). Dejemos la pesadilla. La temporada de Middlebury fue perfecta. ¡Qué atmósfera de armonía, qué islote de amistad! Yo actué una segunda vez: leí poemas de *Cántico* impreso. Claudie os lo contará todo ¡en carta empezada a escribir en Middlebury! Volvimos el domingo con Ruth Whittredge en su coche –que nos habían engalanado con flores–. En el momento de arrancar nos arrojaron arroz entre «aclamaciones». ¡El mundo está bien hecho! –a veces–. Pedro, sufriendo más que nadie de la situación actual y futura: pero resignado y pasivo. –Claudie, con éxito general. –¿Y vosotros? ¿y esos hijos? ¿Antó, ya bien? ¿Isabelita, más preciosa? *Contadme de Valladolid y París.* Se me quedan mil cosas en el tintero.

Abrazos, besos, de vuestro

JORGE

Wellesley, domingo 6 de agosto de 1950

Queridos hijos:

Me desazonó el otro día escribiros una carta que no podía ser alegre ni serena. Nuestra vida diaria va tejiéndose con momentos tranquilos y con otros que no lo son. Hoy hace bueno, y –como acabo de contar a Grand'Maman– hemos pasado dos horas deliciosas –*Claudie y* yo– con Thornton Wilder, uno de los hombres más exquisitos, más encantadores que he topado en mi vida. ¡Qué gran América se siente a través del espíritu y la vitalidad de este hombre! ¿Por qué el demonio de no sé qué Poder quiere destruir *our town* y destruirnos? De todos modos, y aunque no hubiese guerra –¡y todo nos conduce a esa hora!–, siento que este Wellesley –hoy tan hermoso– se me está acabando a mí. ¿Qué podría yo hacer aquí, si me

quedo solo, Claudie sabe Dios dónde, y vosotros en el profundo *Middle West*? Pues lo mejor sería –¡quién lo duda!– que me fuese a vivir con vosotros o muy cerca de vosotros. Siempre encontraré un puesto de *instructor* cerca de donde Steve enseñe… Pero ¿cómo lanzarse a preparar por su propia cuenta un porvenir tan supeditado a las decisiones de los demás? En suma: que vivir lejos de ti, rica, no me interesa, y que tengo más necesidad que nunca de charlar con vosotros, de poner en orden la vida contigo, con vosotros… Ahí tienes las «coplas» de la parte final de *Clamor*: la llamada «Final». (Hay unas cien en *Maremágnum*). Se entiende que cada serie aparecerá –si hay tiempo para llevar a cabo estas finituras– aislada, entre otros poemas. Son tres series «generales» –tiempo, pasado y futuro, memoria, vejez, muerte– y tres series sobre tu madre. En realidad, vosotros y Claudie debierais ser los únicos lectores. (Tengo otras elegías; ya os las mandaré). Me conmueve pensar que vas a leer esas cosas, que son infinitamente más que literatura…

No sé dónde os encontráis hoy. ¿En París ya? Me desazona no poder «localizaros». Un favor: telefonea al Musée de l'Art Moderne y pregunta por Jean Cassou. No me ha acusado aún recibo de mis traducciones. ¿Dónde veranea?

Abrazos y besos. Y escribe más, hija. Para Antó e Isabelita, muchos besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 12 de agosto de 1950

Queridos hijos:

Supongo que ya habréis recibido las varias cartas, me parece que son tres –dirigidas a las rue Geoffroy-St. Hilaire y a Provins–. Yo me imagino que estáis en Francia, pero no sé bien cómo. ¡Escribid!

Estoy ocupándome activamente de mi visado mexicano. Ya ha intervenido Alfonso Reyes; espero que todo se arreglará para que pueda

tomar el avión el 11 o el 12 de septiembre. ¡Cuántas cosas me quedan por hacer aquí en esta casa! (¿Te parece, Teresa, que deje toda «la plata» al inquilino que ocupará este piso desde el 15 de septiembre? Debería hacerte muchas preguntas de este género. Una casa solo con hombres es una calamidad…). Y esto me hace pensar en nuestro «apartamento» de México. Me dice Julián Calvo –entre «muchos recuerdos» para vosotros– que cuatro «recámaras» ya implican una casa completa, no un piso. ¿Cuántas habitaciones necesitaríamos? ¿Por qué cuatro? (Cuatro, además del cuarto para la criada). ¿Para qué fecha de octubre quieres el piso –o la casa–? Contéstame enseguida a estas preguntas.

Cuéntame cosas de los niños, sobre todo de los niños. Pero no te olvides de los adultos ni de las adultas. (¿Por qué no asistió al reciente Congreso celebrado en París el Dr. Romans? Los periódicos hablaron de la intervención de Durán Reynals).

Abrazos, besos, recuerdos… Vuestro,

JORGE

Wellesley, *23* de agosto de 1950

Queridos hijos:

Oigo teclear en la máquina de escribir a Blecua, que está en casa desde el domingo –*cedido* «a regañadientes» por D. Amado–. ¡Qué hombre encantador! Buenísimo, y muy fino –y muy simpático–. Ha tenido un gran éxito en Middlebury. ¡Qué ejemplo consolador! Sin salir de España y puro, incontaminado. Comimos ayer en Cambridge, invitados por Edith Helman, con los Alonsos. En el mismo restorán –The Window Shop– comí un día con Seznec (ahora camino de Francia) y otro día con Steiner. Seznec me dijo «*le plus grand bien*» de Steve, de su magnífico porvenir. Seznec le protegerá desde Oxford y me habló de cuánto le quieren en Columbus a Steve, y de que le habían gustado mucho las cartas que había escrito desde España. También se refirió con grandes elogios a Claudie. Pero, qué amargo

en todo lo demás. ¡Con qué dureza niega a casi todo el mundo! Amado me ha contado que visitó hace pocos días al *Dean* Buck, proponiéndole como necesidad ineludible el nombramiento de Steve en Harvard. El *Dean* contestó que hasta 1956 no toca nombrar profesor de Español, pero que podría adelantarse su nombramiento. Con Steve no puede portarse mejor Amado. (La relación con Claudie es la misma: no hay ninguna. Le ha hablado despectivamente del viaje a Alemania).

Bueno, basta de noticias. Tu carta, recibida ayer, rica, no puede ser más rica –para ti, para vosotros están escritas esas coplas–. Ahora no hago más que preparar mi viaje; envié, por fin, a México las bibliografías que me habían pedido. Lo del visado ya está «preparado»; no me falta más que presentarme en el Consulado de Nueva York, y allí me lo darán. Hoy, día 23… El 29, Isabelita tendrá dos años. ¡Felicidades a esa preciosísima nieta! Díselo –de parte del abuelo–. No, no estoy desazonado ni con malestar más que latente. La situación no se agrava ni mejora. Y se va uno acostumbrando a la incertidumbre de estas cosas públicas.

Besos a Antó. Besos a Isabelita. ¡Fotos por favor! Vuestro,

JORGE

Wellesley, 5 de septiembre de 1950

Queridos hijos:

Ayer mañana se marchó Claudie. Fui a despedirle a South Station. Iba contento, como es natural, contento hasta con una maletita que le ha regalado Justina. Yo lo veía con ella como si fuese Antó. ¿Y qué es Claudie para mí sino un Antó crecido? Y me quedé solo, solo por primera vez en América –es decir, sin mamá, sin vosotros, sin Claudie–. ¡Y me entró una congoja! Es que esa criatura –igual que tú– me acompaña tanto, me ayuda tanto a vivir… La casa está ahora terriblemente vacía, más vacía que nunca. Os lo aseguro: la vida sin vosotros no me interesa. Por eso, la perspectiva de volver a Wellesley para vivir aquí solo –si Claudie, si Steve no están en

Harvard– me es insoportable. Por eso, vuestro plan mexicano es maravilloso: ¡qué felicidad increíble verme en México con vosotros, con esos niños! A todo esto, sigo bregando entre inacabables preparativos. Esta tarde iré a Boston: *exit permit* (¡*income tax*, 151 dólares!), y agencia para enviar el baúl, que ya debiera haber salido… Más compras, etc., etc. Pero, en realidad, casi todo está hecho. ¡Me ha ayudado tanto Claudie! Una vez más diré: ¡Qué hijos tengo! No los hay mejores. El niño –como decimos Antó y yo– habrá dormido anoche en casa de Eugenio Florit. Y hoy se embarca, y allí, en el barco, se reunirá con Blecua. Llegarán el 12 a Le Havre. El mismo día aterrizaré yo en México. Mi dirección, por ahora: «El Colegio de México, Nápoles 5 - México D. F.» Aquí está María (de Oñate). Encantadora, cariñosísima. (¡Qué ganas de Marbella!). Escribidme. ¿Qué es de Antó?

Besos para él y la imperiosa Isabelita. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 6 de septiembre de 1950

Queridos hijos:

Hace un rato he leído la carta del J. En primer lugar, rectificaré la dirección mexicana que te di ayer. Hasta que vosotros lleguéis, si no me disgusta, me alojaré (recomendación de Raimundo Lida) en

Pensión Holler
Calle de Florencia, 70
México D. F.

(Es una pensión austriaca. ¡Lo mejor será, de seguro, comer a la francesa!).

Las noticias que me das acerca de la familia me consternan. Me parece muy bien que tú, con la sensatez y el tacto de tu madre, mantengas el más

estricto silencio. Sería, si no, demasiada novela…

Siento infinito que la dolencia estomacal moleste de nuevo a Steve. Claro que esos diagnósticos son absurdos. ¡Dios mío, Dios mío!...

Y esos niños, los más preciosos del mundo. Claudie debió de embarcarse ayer. La carta de Grand'Maman –díselo– llegó ayer, demasiado tarde para los encargos.

La casa, muy sola. Todavía sigo atareado. Ya salió el baúl para México. ¡Cuánto me acuerdo de vosotros!

Abrazos, besos de vuestro

JORGE

¡México D. F.!, 12 de septiembre de 1950

Queridos hijos:

Acabo de enviar un telegrama dirigido a Gilman, es decir, a los Gilman, los Guillén, los Cahen y Lajeunesse. Para todos los «abrazos». Para los Gilman: «os espero». ¡Con qué ilusión! Todo se ha hecho *in schedule*. Salí el domingo por la mañana. Me acompañó hasta el tren John Peters, buen chico en definitiva. Me recibió en Grand Central Eugenio Florit, buenísimo, amabilísimo. Me despidieron anoche, a las diez, él y Ángel del Río. (Por la tarde visitamos el Museo de Arte Moderno). El viaje en avión no pudo ser más «correcto». ¡Prodigioso! En Dallas nos detuvimos para los pasaportes y me acordé más de vosotros. ¡Qué amanecer! Yo, especialista en ese tema, la gocé mucho. El desayuno fue sobre las nubes. ¡Cuánto me hubiera divertido desayunar allí, entonces, con Antó! En el aeropuerto, 8. A.M. de México, me esperaban Raimundo Lida, dos discípulos suyos –muy buenos *scholars*– y Julián Calvo. Lida, finísimo, me ha acompañado toda la mañana y he comido con él, y me ha dejado, por fin, tras varias visitas a otras casas, en el

Hotel Montejo
Paseo de la Reforma

México D. F.

¡Escribidme a esta dirección!

Vi a Alfonso Reyes: enérgico, activísimo, amargo (insatisfecho de su situación en México), –y muy amable–. […] He entrevisto el centro de la ciudad. ¡Gran ciudad, y qué españolas estas calles! El Zócalo, ¡qué gran Plaza Mayor! Me encanta esta hispanidad difusa y constante, aunque ellos, los mexicanos, la contraríen.

Resulta que me tenían preparada una excursión de varios días a Oaxaca. Lida y compañía. Intenté resistirme. No he podido. Saldré mañana de nuevo. ¡Cuánto me acuerdo de vosotros –y de mamá, que se pierde todo esto–!

Recuerdos, abrazos. ¿Y Claudie? Espero a Julián Calvo. Adiós. ¡Escribid! Vuestro,

JORGE

30 de septiembre de 1950

Queridos hijos:

Iba a escribiros –contestando a la carta del *Queen Mary*, carta muy corta en barco muy grande y tiempo muy ancho– cuando llamó un poeta, que me obligó a recibirle. No es que esto se repita cada hora. Pero así van pasando los días: charlando, cansándome y descansando. Alfonso Reyes, Cosío Villegas, Moreno Villa, Agustín Millares, los Mantecón, los Canedo, los Palencia, Francisco Giner (¡Junior!), etc., etc. Anoche, concierto dirigido por Pittaluga: amigos con él y por el teatro, como si nos encontrásemos en Madrid. –¡Adiós, Salazar! –¿Cómo está usted, Halffter? (Rodolfo). Y presentaciones: –«Este es Jorge Guillén»… Un *vernissage* de un pintor centroeuropeo, Goeritz, amigo de Ricardo Gullón. Hoy sale la foto en los periódicos: yo, al lado del pintor. No os cuento estas pequeñeces más que

para resumir brevemente con algún rasgo significativo mi vida de estas semanas.

Me encuentro bien, contento –sintiendo continuamente la falta de mi mitad– y esperándoos con mucha ilusión. Han comenzado los dos cursos: en el Colegio de México, los estudiantes son buenos o muy buenos, en México City C[ollege]…

(El mismo poeta, amabilísimo, vuelve a llamarme, para darme una nueva dirección: «Lerma, 26». A todo el mundo le hablo de mi *asunto*: vuestro piso. He visto ya bastantes casas: esta mañana encontré por primera vez algo conveniente; me dejan rendido estas exploraciones. Pero siento que *ça brûle*, y que voy a encontrar lo que necesitamos).

Sigo. En México City College, de nivel mediocre, me parece –con muchos «veteranos»–, además de las clases, ya hemos tenido un *meeting*. ¡Y yo, que voy huyendo de esos *meetings* de *college*! Tiempo soberbio. Las comidas me cuestan algo, no mucho; pero hasta ahora no he tenido la *tourist disease*. Algunos ratos de soledad compensan el ajetreo. La gente me encuentra «lo mismo», «igual», «joven». ¡Sí, sí! Pero la procesión va por dentro. ¡Si no fuera por vosotros! ¡Qué ganas de veros, de pasear con Antó –todos me dicen que está hecho un hombre, y que es muy bueno– de extasiarme ante Isabelita! Ayer me llegó una carta de Claudie, estupenda la carta y estupendo el niño. También me ha escrito Grand'Maman, cariñosísima. (De España, nada o casi nada).

…Y pasa el tiempo, y aún no he reanudado mis *trabajos* –aparte los de mis cursos–. Mientras no terminen estos preliminares, no podré volver a lo mío. Lida me ha pedido que dé una lectura comentada de mis poemas. Escribiré, con este pretexto, por primera vez una breve «explicación» de *Cántico* desde dentro… *Dadme las señas de Dallas*. Va a llegar Julián Calvo (amigo perfecto).

Adiós. Abrazos y besos. Preparadme a Isabel para que sepa que la aguarda su abuelo. Vuestro, ya impaciente, pero cumplid vuestro programa.

JORGE

México D. F., sábado 7 de octubre de 1950

Queridos hijos:

Hoy, por la mañana, vino a buscarme un alumno para ir a desayunar a un famoso restorán –americano– Sanborns: es el rito de los sábados. ¡Tertulia, pues, hasta matutina! (Pintores, literatos, estudiantes…). Al regresar, pasé por el Colegio a ver si había carta tuya. ¡Te vendes tan cara! (Sí, ya sé que no tienes tiempo. Sin embargo…). Y encontré tu carta de Columbus. Os siento ya muy cerca, y me dan como ataques de alegría pensando, imaginándome esa felicidad increíble de teneros aquí. –¡Hola, Isabel! ¡Antó, Antó! De suerte que llegaréis hacia el 15, tal vez después. Si fuese el mismo 15, domingo, me convendría a mí también; el lunes, –y el miércoles y el viernes– tengo clase a las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde. Llegad cuando queráis; pero sería preferible que no fuese uno de esos tres días de clase. ¿Cómo vendréis? ¿En avión? ¿Para llegar a las ocho de la mañana de aquí? Eso nos exigiría a vosotros y a mí un madrugón. Haz el favor, Teresa, de avisarme con alguna anticipación, el día, la hora y el vuelo de vuestra llegada. Ya están esperándoos vuestras habitaciones. He visto bastantes casas, y por fin me decidí –*provisionalmente*, por supuesto, vosotros podréis elegir otra casa– por la combinación que no habíamos previsto: la pensión completa. Es esquina a Lerma y Guadiana, a dos pasos del Paseo de la Reforma –y del Colegio de México, y del Fondo de Cultura–; casa a la española, de un piso, clara, limpia, donde nosotros estaremos casi solos. (Hay otra habitación para un matrimonio inglés). Ocuparemos tres habitaciones: dos grandes, y una pequeña. Gran cuarto de baño. Comida excelente, la señora –viuda, mexicana oriunda del Líbano– tiene costumbre de servir a clientes norteamericanos; cocina, pues, sin folklore. Precio diario: 75 pesos. Francamente barato. Si esto marchase bien, nos ahorraríamos trabajo, criados, etc. Yo pago ahora 20 pesos diarios. (Antes, en el Hotel, 24, solo por el cuarto). Me encuentro bien, pero acabo de pesarme, resulta que he perdido tres kilos: peso 78. Las clases van bien, veo gente, sí, coincido con mi nombre. ¡Y qué ganas de veros!

Besos, abrazos. ¡Escribe, Teresa o Antó! Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 18 de octubre de 1950

Queridos hijos:

Ayer fue 17. Hace treinta y tres años que me casé. El 23, otro aniversario. ¡Melancólicos recuerdos! El tiempo va pasando, ¡y yo todavía en Wellesley! Pues bien, ha llegado el momento de poner el punto final a esta etapa. Voy a jubilarme. Me habría gustado hablar con vosotros y con Claudie de este asunto antes de tomar una resolución. Pero sé que estáis de acuerdo conmigo. «La cosa fue…» Hace meses que vengo acariciando esta idea, desde que Françoise Livingston me explicó su jubilación. Aquí surgió ahora el problema de mi *sabbatical*, que legalmente me corresponde el año próximo. Y el departamento se opone –y en parte tiene razón–. Sobre todo, moralmente no se puede pedir ahora una *leave* después de mis recientes ausencias. Pero todo esto es lo de menos. Lo de más es que he visto claro mi verdadera situación. Necesito tiempo, mucho más tiempo, para *Clamor*. Tengo que aprovechar la salud de que disfruto por ahora, durante estos años anteriores a la verdadera vejez. Dispongo de muy poco dinero; pero creo que podré arreglarme. Primera consecuencia: de la angustia del tiempo pasaré a la angustia económica. Para no perder mi «pensión» de retiro tendré que pagar la doble contribución mensual del seguro: la mía y la del Colegio. (Ya me lo han explicado en la oficina correspondiente). O sea: 41 + 41: 82 dólares mensuales, durante cuatro años. Plan: vivir con vosotros (¡pagando mi cuarto, por supuesto!) y con Claudie, si tuviese casa; y servirme de mi dinero en España. Se me ha ocurrido una solución casuística: pasar temporadas en Mallorca –sin apenas poner los pies en la Península, de veras *aparte*–. (Por cierto, José me ha contado que los sobrinos de J. G. se han convertido en sociedad anónima, y que poseo tantas acciones. Etc., etc.; el cuento es largo). Lo que me importa no es el lado

negativo: no enseñar, y sobre todo, no *vivir en este* departamento. Me importan los dos aspectos positivos: mi tiempo libre para trabajar en lo mío, y también, la situación económica, que será difícil. Dificultad que no me causa la menor angustia; pero requerirá a su vez cierto esfuerzo. (Habrá el recurso de los cursos de verano, de otras cosillas que se presentarán). Y tanto ha avanzado en mí este proyecto, desenlace nada repentino de una larga preparación –«¡el amargo proceso de mis años!»–, que siento asimismo el aspecto sentimental de dejar Wellesley, donde he escrito la mitad de *Cántico*, de dejar esta casa, la última que tuvimos mamá y yo. Pero tiene que concluir la tan larga estancia en Wellesley.

De modo que tendré que ahorrar. Me parece que debiera cambiar el plan de mi veraneo –que no será ya de «vacaciones»–. Tengo ya opción a una plaza en *cabin class* del *Constitution*. Ahora debiera tomar *tourist*. ¿Y si no fuera a Italia, y fuese más razonable explorar enseguida Mallorca? Pero esto os privaría de vuestro viaje a Italia. O podríais acompañarme alguna semana en Mallorca, y me ayudaríais a buscar acomodo en esa isla. (Así empezarían a contarse los dos años de residencia para descongelar mi dinero). Voy a tratar de encontrar sitio en un barco francés o no francés a Francia. ¿Qué os parece? ¿Qué os gustaría que yo hiciese en armonía con vuestro plan? Tengo muchas más cosas que contaros; pero esta carta es ya demasiado extensa.

Abrazos a todos. ¡Escribe, Teresa! Vuestro,

JORGE

[Berkeley,] 8 de febrero de 1951. Jueves tarde

Queridos hijos, queridos nietos:

Volé de nuevo ayer. Viaje corto y sencillo. Me esperaban en el aeródromo Torres Rioseco y Malkiel. En el coche del profesor Malkiel, bastante joven, muy amable y *melifluo*, vinimos a Berkeley, conducidos por este «*driver* bisoño» como lo calificó su esposa esta mañana por teléfono.

Viaje larguísimo hasta la «cueva de Montesinos» (frase de Yakob). La casa –pequeña, modernísima, pulcra, muy bien cuidada–, está bastante lejos de la universidad, en un barrio residencial; a los pies Berkeley y la Bahía. Hoy me ha traído a la universidad, al *Faculty Club*, Torres Rioseco, *good fellow*, muy servicial. Estoy en plena preparación de mis cursos. María Rosa (L.d.M) me ha telefoneado ya dos veces. Tiempo espléndido. Todo va marchando bien. Preveo bastante soledad en mi Cueva. No me despertarán mis nietos, no me conducirá en su coche el gran *driver*, no me inspirará mi hija mis mejores decisiones.

Se os quiere. Abrazos, besos.

JORGE

Berkeley, 10 de febrero de 1951. Sábado por la tarde

Queridos hijos:

Heme, en fin solo en esta casa ajena –que es ahora la mía–. Con vosotros en México, con Claudie en Wellesley no había soledad; y aquí, amablemente rodeado de amigos, la siento. Estoy en lo alto de una colina y como el día es gris –llueve y la niebla no se disipa– apenas veo el paisaje. Todo queda lejos, así ocurre siempre en estas ciudades de California, tan desparramadas y hechas para el automóvil. Me han traído y llevado en sus coches Torres Rioseco, mi principal guía, Malkiel, Olschki. Voy a cenar en casa, ¡y cuánto echo de menos a Claudie! Soledad, silencio; solo unos ruidos de vez en cuando, que producen no sé qué máquinas, quizá la de la calefacción (de gas). Aquí sí que tendré ocasión de trabajar, a través de lo que llamaba Valéry *«un temps trop pur»* refiriéndose al de Rilke en su soledad de Suiza. En fin, todo va organizándose. Debo de ser ya muy viejo porque todo el mundo me trata con gran consideración. Mañana comeré en casa de Joaquín Nin. Anoche los Olschki me llevaron a Mills College para ver a Darius Milhaud, que deseaba conocerme. Y, en efecto, estuvieron muy amables él y su mujer. Pero ¿cómo y por dónde habrán tenido noticia de

mí? Yo, claro, ¡qué bien me encuentro así entre estos franceses! A mamá sí le habría interesado esta visita. (Por cierto, Milhaud ha puesto música a seis de los sonetos de Jean Cassou. ¡Curioso!). Olschki advirtió, cuando vino a buscarme a un restorán que estaba solo, y recordó a tu madre. Esa es la situación…

¡Ah! Conocí a María Rosa. ¡Simpática! Muy parecida en figura, voz, acento a su hermano. Mientras estaba ausente el marido me preguntó por Amado (odiado, me dicen por Malkiel). Insiste en asistir a alguna de mis clases. ¡Qué engorro! En fin, viejo, considerado, ayudado. Estoy bien y sintiendo vuestra ausencia. Voy a escribir a Claudie y a los demás. ¿Me olvida Isabel? ¿Recibió mi carta Antó? Contadme de vuestra vida en Tepoztlán. Intenté enviaros un telegrama, y no pude porque ese pueblo no tiene telégrafo.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Berkeley, 15 de febrero de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

Comienza mi segunda semana en Berkeley, y la nostalgia de esas criaturas –¡grandes y chicas!– principia a trabajarme. Estáis contentos en una casa preciosa. Mi felicidad sería… Lo sé exactamente: acompañaros en esta casa. Vengamos a la de aquí. Es una dulce complicación que Colgate Avenue se encuentre colgada sobre la bahía, tan lejos del restorán y el mercado. En realidad, son quince o veinte minutos de autobús. Eso sí: no tendré visitas. Hoy voy a volver *a las andadas* en verso. Empieza a despejarse el horizonte. Di ayer mis primeras clases –después de la presentación del lunes–. Tengo una docena de alumnos en dos cursos; en el seminario –de poesía lírica ¡siglos XVI y XVII!– hay menos, pero bastantes oyentes. Llegué ayer al cuarto de la biblioteca donde se celebra el seminario y no vi a María Rosa. ¡Respiré! Pero se presentó Malkiel en su nombre –M.R. estaba acatarrada– para tomar notas «hasta de los chistes y las sonrisas». Bueno ¡qué vamos a hacer! No tengo más que un vecino conocido: Mr. Page, profesor en el departamento, muy «liberal». Cené en su casa, hubo la correspondiente *party* en mi honor. Mañana cenaré con Ramsey, que conocí en Yale, ahora profesor de francés aquí. Y el domingo será la gran cena en casa de los Malkiel. El domingo pasado cené con Joaquín Nin y su madre –tan campante–; estuvieron amabilísimos. J.N. es *chairman* del Departamento de Música desde este curso. Ya somos viejos amigos –con una profundidad de once años– tan profundos ya. No recibo apenas correo y esto me deprime. (Ninguna carta reexpedida de México). Claudie no escribe… *Vous me manquez*. Espero carta de Antó. De Isabelita me repito las frases –¡todas luminosas!– que ella me decía. ¡Abué, abué!

Os abraza

JORGE

Acabo de recibir carta de Pradal; me envía una ampliación de la foto en las que estamos Antó y yo. Adornará la repisa de la chimenea. ¡Antó, escríbeme!

Berkeley, viernes *23* de febrero de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

Otro día 23. ¡Tantos y tantos! Aquí, en esta obligada soledad de Colgate Avenue, tengo más tiempo para recordar. Sí, para recordar aún más. Y para pensar en Claudie y en vosotros. *Je suis un peu malheureux!* No me interesa vivir sin mis hijos… Y luego, el actual sistema es para mí complicado. Me siento flojo; se me va de nuevo la cabeza. Necesito, pues, las inyecciones; y hoy, después de clase, una Miss Peterson –a quien todavía no conozco– comenzará a dármelas. Peso 178 libras. Voy a reforzar la alimentación En fin… *Qu'est-ce que tu vas faire, mon pauvre amour?*, me decía mamá. Pues esto: vivir como pueda medianamente.

Comí con los Olschki en casa de los Malkiel. María Rosa habló de Steve con superlativo elogio. ¡Es un muchacho, un americano excepcional! En este momento me ha llamado Olschki para invitarme a cenar esta noche; luego iremos a Mills College a ver a los Milhaud y al español de allí, Luis Monguió. Lo conocí el lunes, muy simpático, inteligente, agudo. ¡Buen español! (Todavía colea ese pueblo). Lo que tengo que cambiar es mi horario. La tercera hora me cansa mucho. ¡Tres horas seguidas son demasiadas para este venerable bardo! ¡Ah! Los dos Malkiel asistieron a mi clase –Garcilaso– el miércoles. ¡Qué de zalemas! María Rosa es, en definitiva –por ahora– muy simpática. Acaba de escribir ochenta páginas sobre el gran libro de Curtius. El libro no le parece bueno. ¡Bueno está el patio! Adjunto la carta de Claudie: me alegra que vaya decidiéndose a regresar a América. *Pauvre petit!*

Besos a Antó –ya le escribiré muy pronto– y a Isabel. Me acuerdo de ellos con arrebato. Un abrazo respetuoso al Admirado –también por M.R.L.d.M.–. Y para mi hija, el alma y la vida y la nostalgia. Vuestro,

JORGE

Berkeley, martes 6 de marzo de 1951

Queridos hijos:

Regresé ayer tarde a casa, y como el tiempo sigue siendo «excepcional en California» –eso dicen–, frío, húmedo, con niebla y con lluvia continua, no iré a cenar a la ciudad, y aquí seguiré, solito y ocupado: poemillas –ayer, dos décimas–, coplas, facturas y cheques, carta a Montesinos y trabajos en la cocina. (Anoche me puse a ordenar las cartas de Hall: tengo noventa. Y todo ello me dio la inevitable nostalgia de aquellos años). También me acompañan los discos y la radio. Hoy han llegado veintitantos *Cánticos* de Buenos Aires. Y, en cuanto al correo, hubo pieza mayor: carta de Teresa. ¡Ay, qué alegría tener estos hijos! Sin vosotros, sin Claudie, el mundo me sería absolutamente impensable.

Lamento que Puche no haya acertado con Steve. (Yo, con las inyecciones me siento mejor). Espero con impaciencia mi ejemplar del *Cervantes y Avellaneda*: lo leeré palabra por palabra con toda devoción. Agradezco a Steve su carta, y espero que, de vez en cuando, me honrará con su escritura. Steve me hablaba de los progresos en coquetería de Isabel. ¡Lo que estoy perdiéndome! «El abué… tiene caramelos», sí, y unas ganas inmensas de estar con esas criaturas. Lo que sí os agradecería infinito es que me enviaseis alguna foto reciente –o futura– de Antó, de Isabel, del grupo Gilman. ¡Ah! Devuélveme, Teresa, las cartas de Claudie, las guardaré como lo que son para mí: como un tesoro. Yo me alegraría mucho de que volviera Claudie con su tesis a Harvard este año. Vamos a ver lo que hace Levin. (¿No hay nada para Claudie en The Ohio State University? ¡Si nos reuniéramos todos allí!). Me conmueve que Claudie –tan hijo mío, es

verdad– esté explicando esas poesías españolas que nosotros hemos *vivido* juntos –desde «Abenámar» hasta «Palacio, buen amigo…»–. Mis clases, aquí, van marchando. Ahora, el seminario de poesía lo tendré los miércoles: de cuatro a seis. El trabajo no me pesa. ¡Y qué compensación económica! Ya sabéis que yo presumo de despreciar el dinero, etc., etc. Pues el día en que me perdí por esas colinas en una mañana lluviosa –¡absurda!– fui al banco, y aquel primer contacto –dos cheques de enero y febrero– fue un maravilloso bálsamo. Abrí mi cuenta corriente con 1148 dólares. ¡Y casi, casi el cansancio se me pasó! Las gentes, amabilísimas. El domingo hubo ración doble: fui con Morley a San Anselmo y comimos en casa de Moya del Pino, pintor que yo veía –no trataba– en la tertulia de Valle Inclán (¡Café de Levante, años 12, 13, 15!). Pintor académico y persona simpatiquísima; me contó mil recuerdos divertidos del 98, de amigos comunes. Lo pasé muy bien. Por la noche, cena en casa de los Olschki, con polacos. (Los Olschki se irán a Europa en abril y lo sentiré). No puedo quejarme, y no me quejo. Está llegando a su fin vuestra temporada de México. ¡Qué lástima! Lo del robo en el coche –¡imprudentes!– fue de consecuencias que de algún modo habría que reparar –al menos en parte–. La casa en Tepozlán. Y *par-dessus le marché*, ¡el abrigo! Algún regalito –ahora o cuando sea– se impone. ¡Ah! otra distracción anterior: me he encontrado en tu cartera –en la bolsa del fondo– 200 pesos mexicanos. Se los enviaré a Julián.

¡Con qué gusto seguiría hablando con vosotros! Voy a llevar mi correo a una *mailbox* cercana, a pesar de la lluvia…

Adiós. Besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Berkeley, 12 de marzo de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

Pero ¿es posible, Teresa, que haya estado tanto tiempo –dos semanas– sin escribiros? No, no es posible. Debe de haberse perdido alguna carta. ¡Pienso tanto en vosotros! Ayer pasé solo todo el domingo; no se arregló la visita a Mills College. ¡Qué larga soledad en esta casita –agradable– pero sin los míos! Esta mañana despaché las clases, acudió a mi *office* Mrs. Peterson a darme la inyección –siguiendo las nuevas instrucciones de Puche–, comí en el hotel Shattuck, fui al correo y a un Safeway para hacer provisiones –¡ya me frío chuletas!– y al llegar a casa me encontré un correo considerable –con muchas impresiones, entre ellos *Situation de l'Art Moderne* de Jean Cassou–. ¡Alegría del correo! (¡No está registrado en *Cántico,* pero ¡qué grande es!). Y sobre todo el correo, la carta de Teresa. ¡Os escribiré con más frecuencia! De modo que alimentas también la imaginación de Isabel, en quien pienso con una especie de arrebato –¡arrebato bis!– y conviertes en legendario a este pobre abuelo, cuya sola heroicidad consiste en ser una fuente de caramelos… Por Dios, ¡una fotografía, dos, tres fotografías! Y a todo esto, pasan los días sin hablar con Antó. «¡Vamos a hablar! ¿De qué hablamos?». Me dices que vais a regresar. Pero lo dejas pendiente de una condición: vuestra residencia en Indianola. *Escríbeme enseguida* para que sepa a dónde dirigir mi próxima carta. ¡Qué bien lo hemos pasado en México! Aquí son demasiadas las dificultades; me siento mejor, gracias a las inyecciones y con el tiempo mejor. Hoy es el primer día –caluroso– de primavera. Precisamente cuando me encuentro bien es cuando más me desespera mi situación, cuando más me falta Mrs. Guillén. Yo no sé más que convivir, y *vivir* solamente es de una insuficiencia que me duele *cada día*. Hace una tarde espléndida; hay rosas en este pequeño jardín; la luz del sol no me deja ver bien la bahía, admirable. Y me acuerdo de otras tardes y de nuestra vida pasada. ¿Para qué la armonía de esta hora sino para sentirla desganadamente incompleta? En fin, voy a ponerme a escribir poemas de más aliento, un largo poema (narración y diálogos). Pero yo no quiero que la poesía sea un *pis-aller,* o una evasión. ¡Todo lo contrario! Expresión como culminación de la vida más profunda: eso es lo que yo he buscado siempre. Estar y ser –en parte– culminación de mis recuerdos… Quien no me escribe desde hace varias

semanas es Claudie. ¿Estará en París o ya en España? Me duele no saber dónde colocarle. Claudie, cruel Claudie, Claudie *ailé*! –diríamos remedando el verso famoso (¡Zénon, cruel Zénon, Zénon d'Élée!). Esa pobre Grand'Maman tiene una vejez que no se merece. (Ahora voy a escribirle). De Valladolid no sé nada. Nadie me escribe. Mañana, 13 de mayo, escribiré yo. Pienso, claro, en este primer «cumpleaños» de mi padre, en que no los cumplirá… ¡Qué desolación!, esta ausencia de los que nos fueron –y nos son– tan esenciales! En estos días últimos he enviado a varios amigos los 23 ejemplares de *Cántico* que me regala la Editorial Sudamericana. ¡Ah! Avisad al encuadernador, a Valencia, que vuestra marcha es inminente; procurad llevaros vuestro ejemplar. ¡Y las *Variaciones* de Cassou acaban de terminarse! Pedro –contento porque *La fuente del Arcángel* tuvo éxito en Nueva York– me habla con elogio del libro de Steve: «me parece excelente en su género y enfoque. Sin duda nada más preciso y exacto se ha dicho sobre Avellaneda. Aunque discípulo de Américo –antes de la *vividura*– Steve ve y piensa por su cuenta y sabe hacerlo. Creo que el libro le afirmará en su terreno, mucho». Adjunto la carta de Pedro a Steve (reexpedida de Villalongín). También me dice Pedro: «Calvo me ha mandado un dibujo de Gaya muy bien editado. Finísimo y atinado; ha cogido una expresión muy tuya, muy verdadera, y la ha captado con delicadeza y sobriedad de líneas exquisitas». Leed el párrafo transcrito a Julián –ese Julián «que tiene madre»– y unas amigas que cada día le quieren más.

(Me cuesta dar por perdida la carta que Pedro me escribió acusándome recibo de las coplillas de *Cántico*. Teresa: haz un supremo esfuerzo y busca esa carta, que debe de estar arrinconada en Villalongín. Si me la encontraras me darías *una alegría*).

Anochece. Ahora puedo ver mejor la bahía. Voy a llevar esta carta –antes de las siete– al buzón cercano. Besos a esos nietos, ¡tantas ganas tengo de verlos y hablarles! Un abrazo a Steve; lamento que no haya tenido más fortuna con el Dr. Puche; la tendrá pronto con algún compatriota, respirando el aire de la patria. Hija: escríbeme. ¡Cuánto os necesito, cómo me acuerdo de vosotros!

Vuestro,

JORGE

Berkeley, 24 de marzo de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

¡Sábado de Gloria! Ha resucitado, está resucitando el servicio doméstico. En este instante oigo el ruido que en la cocina hace una *lady* que pasará aquí tres horas: cuatro dólares. La casa se encuentra en orden –en un orden relativo–. ¡Pero necesito la ayuda profesional! Claro que he vuelto a enseñar –a esta *lady* y a una de las secretarias del departamento que la ha traído– la foto de Isabel en Cuernavaca enviada por Julián. ¡Preciosa foto y preciosa, preciosa, PRECIOSA la niña! No tengo ninguna foto reciente de Antó, ni de mi hija –y añadiré, para ser completo–, ¡ni de Steve! Ya os siento, a estas horas –casi las nueve–, más cerca. Debéis de estar llegando a Columbus. ¡Cuánto me alegro de que Tepoztlán haya cerrado tan perfectamente *vuestra* temporada mexicana! Sí, escribiré a los señores del Castillo, quiero decir a Mr. and Mrs. Altolaguirre. Y a Emilio. Hija: ya sabes que yo hago mucho, muchísimo caso de tus indicaciones o *suggestions*. ¿Y si fuese a pasar tres semanas en Roma, en octubre, con los Olschki? Tú tendrás la culpa –mejor dicho, el mérito– de esa hazaña. Julián ha debido de quedarse muy solo y triste. Su ascenso me alegra infinito. ¿J. D. C. en la Unesco? ¡Armonía reestablecida! Pienso en París; recibí carta de Renée. No me escribía porque Grand'Maman le lee las cartas y *ça la décourage*, etc., etc. ¡Lo de siempre! Claudie apenas se manifiesta en estos últimos tiempos. No sé por dónde andará. Yo me encuentro mucho mejor. ¿Y para qué Dios mío? «No, no hay menos primavera / Frente a ese hombre que a solas / No espera y desespera». ¡Así vivimos! Cené en casa de los Milhaud, muy atentos. Veo a los Olschki, a los Malkiel. Hago poemillas. Recibo libros. Tengo ya el libro de Steve. ¡Precioso ejemplar! Me llegó al corazón su breve dedicatoria. Estoy leyendo la obra con extrema atención.

Ved en *Cuadernos Hispanoamericanos* el artículo de Eugenio Frutos, está muy bien. «El existencialismo jubiloso de J. G.». ¡Sí, sí! Lo fue. Os quiero también en foto, *please.* ¡Imágenes!

Vuestro,

JORGE

Berkeley, domingo 1 de abril de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

He estado repitiéndome estos últimos días: ¡No me escribe Claudie, no me escribe Teresa, no me escribe Steve, no me escribe Antó! Por fin, ya llegó una carta de Teresa, ya llegada de Columbus. ¡Qué alegría! Sin vosotros, sin vuestras noticias me siento perdido –y con la vida perdida–. (De Claudie sigo sin saber nada. Esa criatura encantadora, y tan buena, ¡qué cruel es a veces y cómo lo fue con su madre!). Ante todo, las noticias sobre la «carrera» de Steve me producen profunda satisfacción. Claro, es lo que debe ocurrir. Y ocurre. En cuanto a la carta de Amado, el amado Maestro… ¿no sería mejor reírse? ¡Alguien debe de reprochar a María Rosa que es demasiado discípula de Amado! Por cierto: los Malkiel se portan admirablemente conmigo. Todos los domingos voy a cenar a su casa; todos los miércoles asiste María Rosa, a veces acompañada de su marido, a mi seminario de poesía. María Rosa habría tenido que ser, ¡oh, tan sabia!, una mujer insoportable. Pero no señor: es encantadora, con una vitalidad y una alegría que no posee su hermano. En definitiva, los dos Lida son gente de primer orden y muy personas. Hoy salen para Europa los Olschki, que me han atendido mucho y hasta con afecto. En suma, me siento rodeado de «consideración» –y ¡ay, Dios mío!– de «admiración». Sin embargo… ¡Cómo os necesito! Lo que me cuentas de Isabel –sus frases en que entra el recuerdo de *su abué* me causan una especie de arrebato–. ¿Y Antó? Debe de tener ya muchas cosas que contarme, ¡siempre tan viajero! Yo he dado comienzo ya a la serie de poemas largos. No os diré el título ni el tema del

poema –dialogado, dramático, con fábula antigua– que estoy bosquejando. Vamos a ver si sale. (Parece que va saliendo). Pedro me escribe que Margarita tuvo dos ataques de tos convulsiva, muy aparatosos. Pero ya está bien. Escribí a Grand'Maman felicitándola en su cumpleaños.

El tiempo, hermoso. Cada día me gusta más esta bahía de San Francisco. Lamento el incidente del coche. ¡Cuidado, Teresa! Y lo que dices sobre el *American way of life* me consterna, precisamente porque tiene fundamento ¡ay! muy real esa reacción.

Besos, abrazos. Para Isabel y Antó, infinitos besos. ¡Antó, escríbeme! Vuestro,

JORGE

Berkeley, 10 de abril de 1951

Queridos hijos:

Tengo que contestar a vuestras dos cartas. ¡Qué alegría leeros! En cambio, me duele y me molesta ya el silencio Claudie. Voy a mandar un cable a Valladolid pidiendo noticias suyas. Quien me ha escrito muy tiernamente de él es don Américo, a punto de trasladarse a la dulce Francia. Otra novedad del correo de ayer: un número de la revista santanderina *Proel*. Se me cita bastantes veces en varios artículos, y en más de una ocasión atacándonos o atacándome. Todo eso es legítimo. Pero lo intolerable es la última canallada de Juan Ramón, en una nota –me la están copiando, ya os la mandaré– sobre «El sexo en la poesía». ¡Miserable! Y *memo.* ¡Qué mala bilis y qué ininteligencia! También se mete con Pedro. Declaro que esta vez me he indignado más que de costumbre.

Aquí, va marchando bien la temporada. Mis seminarios están concurridos y se me escucha con interés y simpatía. El jueves me llevó Morley –muy *sweet*– a Stanford; hermoso colegio y hermoso campus. Y reapareció Alonso Quijano. El domingo un alumno-profesor me paseó hasta Carmel. Al pasar por Salinas le escribí a Pedro. «El desalinador que me

desaline buen desalinador será». Y poco después dirigí una postal a Antó. ¡Qué envidia –buena– me da lo que me contáis de Isabel, que me figuro irresistible y casi, casi súper-Teresa! Pero no. *Mi hija ha sido la niña más rica del mundo*. ¡Qué horror, lo del niño de Fifí! Dad mis recuerdos afectuosos a los Halty. ¡Ah! Julián Marías me consulta con gran urgencia si debe aceptar el puesto que le ofrecen en Wellesley. ¡Buen candidato! Pero que deje yo a Wellesley definitivamente es prematuro todavía. Le agradezco mucho a Steve sus palabras sobre lo de Herrera. Estoy trabajando en un poema largo, dialogado y dramático. Ya os contaré. Besos a los dos Prodigios y a sus autores prodigiosos. ¡Y si me mandases enseguida el libro de J. Barea! Estoy ahora con *La vida es sueño*.

Vuestro,

JORGE

Berkeley, sábado 21 de abril de 1951

Queridos hijos, queridos nietos:

¡Cuánto siento no felicitar a Antó en el día de su cumpleaños, y decirle o cantarle *Happy Birthday to you…!* Ayer recibí su carta, posterior a la que yo le escribí esta semana. Me habla de golpes en el ojo... ¡Por Dios, Antó-David! Ya le contaré la historia de Saúl y David (y Goliat), que estoy leyendo –o releyendo, no sé– en la Biblia por indicación de María Rosa. (Le había preguntado por un tipo de envidioso que no fuera Caín. Sigo con el propósito de intentar algunos poemas narrativos. Después de «Huerto de Melibea» voy a comenzar esta semana próxima –aquí de vacaciones primaverales– «La hermosa y los excéntricos», acción situada en Sodoma. Parece un número de circo o un ballet, ¿verdad? Por eso me gusta ese título). El caso es que me remuerde la conciencia porque no escribo nada sobre Isabel. (¡Y he dedicado ya tantos versos a Antó!). Lo que me contáis de esa niña me enternece aún más que me enloquece. Esa niña que piensa en su abuelo todos los días, su abué, héroe de sus «narraciones». ¡Ay Dios,

qué descendencia la mía! Por cierto, José contestó a mi telegrama diciéndome que Claudie, en perfecta salud, había pasado con un grupo de alemanes y que andaba por aquellas provincias. Me duele que Claudie, tan bueno, tan maravilloso, me tenga así: en el vacío. Pero, Señor, ¡si yo sin mis hijos pierdo pie, si os necesito mucho más que vosotros a mí! Voy a escribir a Grand'Maman; me desespera lo de la caída (Renée y Grand'Maman me deben carta). Voy a escribir también a Julián; estaba sin noticias vuestras y le dolía vuestro silencio. ¡Bien por Truman! McCarthy va pareciéndose a Pétain. Lamentable y «desairada» historia. Adiós. Voy a San Francisco a festejar el aniversario de la República española. ¡Y pronto pasaré por el Consulado a renovar mi pasaporte!

Besos a Isabel, a Antó, a mi hija. Un gran abrazo al joven maestro. Vuestro,

JORGE

Berkeley, 25 de abril de 1951, dos de la tarde

Queridos todos:

Dentro de media hora va a llegar una estudianta –¡una futura *scholar*!– que me va a llevar en su coche a San Francisco. Quisiera ver el *Acuarium* y el *Zoo* para contárselo todo a mis nietos. Seré, pues, muy breve.

Ahí tienes la carta de Renée. Pero ¡qué suerte pésima la de Grand'Maman, y cuánto tiene que afanar y luchar esa pobre Renée!

(Del Niño, nada. Sin comentarios). Una pregunta, urgentísima: ¿cuáles son en definitiva, y del modo ahora más exacto posible, vuestros proyectos para estas vacaciones veraniegas? *Yo iré a donde os encontréis*. Por una parte, veré a Pedro en Los Ángeles; llegará el 17 de junio. Por otra parte, *mi Queen Mary* parte de Nueva York el 28 de julio. *¿Iría yo a México?* El viaje me encantaría, pero no tengo la menor idea de la relación que habría –que habrá– entre mis gastos de viaje –viaje enorme, digno de Antó– y mis ingresos. *Teresa: escríbeme enseguida*. (¿Recibisteis lo de J.R.J.?). Ayer fue

el cumpleaños de Antó. ¡Cómo me acuerdo de él! Y de esa niña preciosa. Y de sus autores.

Besos y abrazos de

JORGE

Berkeley, 6 de mayo de 1951

Queridos hijos, queridos nietos maravillosos:

Sí, maravillosos. Y pienso en la carta que Antó me ha escrito, y en las que me escribirá Isabel. Ahí tenéis dos fotos, las peores que me ha hecho Morley. Como no estaba satisfecho, volvió a casa y me hizo otras, buenas; la mejor se la envié al *Wellesley Magazine* –donde quieren hacer un artículo sobre este profesor –artículo que van a pedir– por iniciativa no mía, pero sí aprobada fervorosamente– a Solita. (No, claro, no lo escribirá).

Hace bueno; la primavera va haciéndose efectiva. Terminé «La hermosa y los excéntricos» –aún muy caótico– y se me echan encima ahora las clases, cartas, una conferencia más. Se me olvidó contaros que di mi lectura-conferencia «Presentación de *Cántico*» y, según parece, *gustó*. El martes daré en francés una *causerie* ante un club de damas –en la elegante casa de una de ellas– sobre «*De quelques poètes français. Souvenirs personnels»*. Todo esto –ser sultán momentáneo de esta especie de harén… correctísimo– me divierte. Ayer cené con los Malkiel; esta noche cenaré en otra casa –gentes de la *Faculty*–, mañana, en casa de Carmody, profesor de francés; el viernes, en casa de una señora que está escribiendo un libro sobre Las Casas… ¡Grata California! Spitzer me envía, entre otras separatas –acusándome recibo de *Cántico*– un violento artículo –en alemán– contra Malkiel. Este lo ha leído. Resulta que Spitzer es el enemigo número uno de nuestro don Yakob. Y esto me lleva a pensar en la nota de J. R. J. –que ha inspirado a Pedro y a Julián dos reacciones muy semejantes, resumidas en la misma palabra: «nauseabundo»–. Pedro me aconseja que publique

aquella famosa carta mía de antaño. No, no la publicaré. Mejor: ¡ninguna respuesta!

Por fin, tuve carta de Claudie. Y claro, me conmovió; y me hizo llorar. Pero ¿qué voy a hacer, si no hay criatura más exquisita? Teresa, no protestes. En cuanto a «calidad de persona» no conozco a nadie superior a mis hijos. Y esto sí que me consuela profundamente, en medio de mi *pauvre sort* –como tú dices–. Claudie me dice: «Estoy dedicado a ser tu hijo, a hablar de ti con tus amigos, etc.». Supongo que estará llegando a Colonia –y que de allí vendrán pronto epístolas fundamentales–. ¡Ay, qué hijos! Y, *par-dessus le marché*, estos nietos. Voy a escribir a Isabel porque es injusto que no me comunique con quien se acuerda tanto de mí. Por cierto, ¿cómo fue aquello que tu madre contaba tan bien –en un teatro de París– viendo *Bodas de sangre* (*Noces de sang*)? ¿Cuál fue la frase de Claudie sobre Valéry? Contéstame, Teresa, aunque la contestación llegue después de la conferencia en la que hablaré principalmente sobre Valéry.

Ayer me dieron el nuevo pasaporte. Mañana iré a San Francisco para poner en movimiento mi *re-entry permit* y, si Dios quiere, pasaré unas semanas con vosotros en México. ¡Maravillosos!

Adiós. (¿Cómo quedaron, por fin, arreglados mis cursos en esa universidad? Pregunta a Steve). Besos y abrazos de vuestro

JORGE

Berkeley, 16 de mayo de 1951

Queridos hijos, queridos nietos maravillosos:

Os escribo en el *Faculty Club*, entre las clases de la mañana y las de la tarde, porque *la saison bat son plein* y las *parties* se acumulan. De hoy al domingo, estoy invitado todas las noches; he tenido que rechazar otras invitaciones, y en este momento Mr. Chen, profesor chino, me cita para el viernes por la tarde. Claro: cuando esto me ocurre –¡mi retina!– empiezo a no encontrarme. Y vuelvo *por necesidad* a mis coplas. He mandado una

foto –la mejor– a Isabel, y otras tres, a Antó. También os he reexpedido dos cartas de Claudie –con una condición: *que me las devolváis enseguida–*. Quiero conservar todas las cartas de ese niño. ¡Qué criatura, exquisita, ¿verdad?! El párrafo sobre Valladolid es estupendo. Aquel desfile de «solemnes granujas»… ¡No se puede decir mejor! Y «la instantánea» sobre Sinforiano es, ay, perfecta. ¿Y por qué juzgar así –desde fuera y desde arriba–? ¿No fueron sus autores quienes le pusieron en ese camino? Lo digo pensando en que Claudie me reprochó un día que no le había educado políticamente: ¡Sí, sí!

Rica: lo que me dices de tu madre me llega al alma. ¡Mamá se pierde tantas cosas! Pero sobre todo a Isabel. ¡Más fotos, *please*! Ya he pedido el *border crossing card* para ir a México. *¿Dónde pensáis vivir allá?* ¿En la capital? ¿En Cuernavaca? Acabo de recibir carta de Cassou, muy cariñosa, pero muy parca en su respuesta a mis *Variaciones*. Yo creo que no le ha gustado este estilo de *variaciones*. Me dice de los españoles: «La raza más genial y divertida del mundo». No es verdad, claro. Pero me recuerda cuánto le gustaba a mamá aquel Madrid de nuestros amigos, tan inteligentes, vivaces, divertidos, libres… Se me acaban tiempo y papel.

Steve: escríbeme. *Necesito* oír tu voz.

Adiós. Besos a esas maravillas. Abrazos a todos. (Permitid la redundancia). Vuestro,

JORGE

Berkeley, 24 de mayo de 1951

Queridos todos:

Quería haber escrito hoy despacio. Pero se acumulan los pequeños quehaceres, y las llamadas del teléfono, y ya no me queda tiempo más que para enviar dos líneas a Claudie, copiar –dos veces– la carta de Curtius y añadir estos renglones.

Sí, quiero que leáis esta carta que me ha causado –francamente– una gran satisfacción. Es el mayor –o el mejor– éxito de mi vida literaria en el «extranjero». Rica: cuando la hayas leído, ¿estarás contenta? Así me consolaré de que tu madre no pueda estarlo con ese motivo.

Hoy recibí la carta –reexpedida– de Claudie. ¡Estupenda! Admirablemente pensada, sentida y escrita. Pero, Señor, ¡si tengo más razón que un santo, si mis hijos son maravillosos! (Y no digamos mis nietos. Pensar que Isabel es una ultra-Teresa es algo que me enloquece).

Hasta muy pronto. Abrazos a los cuatro de vuestro

JORGE

Berkeley, sábado 26 de mayo de 1951

Queridos hijos, preciosos nietos:

Sí, estas semanas finales de curso se van pasando deprisa, entre pequeños quehaceres y comidas e invitaciones varias. Ya empiezo a sentir la hora de la despedida. Las gentes me agasajan, y mi «papel» de… poeta –¡sí, señor, ¿por qué no decirlo?!– de poeta bien madurito se me impone en todas partes –como ocurría en México–.

El curso de Lírica ha salido bien. Ya terminé. Hasta el último día han asistido los Malkiel: mi mayor éxito de profesor. ¿Por qué María Rosa, tan crítica, suspende su severidad conmigo? La hipótesis más modesta es… que debo de serle simpático personalmente. ¡Qué elogios me arrojó la otra noche por teléfono! Como estas pruebas de simpatía coinciden con las cartas que voy escribiendo sobre *Cántico* y no oigo más que *paroles flatteuses*, ¿correré el peligro de ponerme tonto? Y me digo: ¡cuidado! Pero ya vendrá algún Tío Paco con la rebaja… El primer artículo ha sido el de Melchor, siempre tan activamente amigo mío. ¿Cómo no voy a entenderme mejor con él que, por ejemplo, con Dámaso? A Dámaso le he enviado todas las últimas publicaciones, hasta los versos mexicanos de *Novedades*, y le he escrito. Mañana –me dice hoy Pedro– se embarcará, feliz con sus dólares –y

sin haberme dirigido ni dos palabras–. Ya sé la excusa: que estaba preparando su libro sobre la novela y leyendo en Yale los libros que no encuentra en España. ¡Sí, sí! De Pedro, en cambio –naturalmente–, tengo noticias con frecuencia. Pedro está enfermo, con reuma; no puede apenas andar. Ha renunciado a su viaje a Cuba –donde van a representar *Judit y el tirano*– y no sabe si podrá venir a Los Ángeles. En ese caso, yo iría directamente a México. Por todo lo cual os pregunto: ¿qué proyectos tenéis? Quisiera saber: fecha aproximada de llegada a México; ciudad o pueblo en que viviréis; alojamiento previsto. Yo no sé qué hacer en cuanto a medio de locomoción. Tengo que intentar un esbozo de presupuesto; voy a moverme mucho entre mis últimos dólares de Berkeley y mis primeras pesetas de Valladolid. ¡Cuánto siento no contar aquí con la ayuda de Teresa, para poner en orden mis cosas y equipaje! Pero hablemos de otros temas pendientes. Ante todo, la carta de Renée. ¡Qué desastre, Dios mío! Yo espero que Grand'Maman resistirá aún muchos meses, y sin duda, años. ¡Qué final tan triste y doloroso, y qué injusto! Por cierto, la historia del *secreto* de Monique me parece totalmente estúpida, y muy significativa. Se trata, para Renée, de sustituir a la madre, de ser siempre la primera: antes que el marido, en mi caso; ahora, antes que la madre de Monique, etc. Decididamente, no puedo entenderme con Renée –por otra parte, tan desgraciada, tan abnegada– y tan cariñosa. Ya les he mandado los 520 dólares que restaban en la cuenta de Wellesley. Grand'Maman creyó que no había más que 512, y se limitó a no pedir más que 500 –dejándote a ti el piquillo–. Pero no: había 520 dólares y algunos centavos. ¿No te parece, rica, que, en vista de esa situación tan apurada, era preferible enviar la cantidad redonda de dólares? Pienso en cómo todas estas cosas habrían atormentado a mamá. Comentemos las otras cartas. Las de Claudie son estupendas. Sí, es curioso: cada día se siente más español, y menos francés. Lo primero tiene, por fuerza, que encantarme; pero no necesito que me sacrifique a Francia. (Yo, por mi parte, no siento disminuir en nada mis aficiones francesas). Ahora Claudie me habla de su reclusión en su casa para comenzar a componer la tesis. ¡Por fin! Y claro, no vendrá a Harvard, y seguirá un año más en Colonia. Bueno; el plan no es disparatado.

Además, el niño ya es mayor y realiza su propia voluntad. ¡Perfectamente! (En sus últimas cartas me dice Pedro que, en estos momentos de dificultades materiales, Jaime los ayuda muy poco. Esa cuestión no se arregla, por lo visto).

La carta de Curtius me ha «impresionado» no solo por la importancia del opinante y el *emballement* en la opinión, sino porque anuncia un artículo. También Bowra, otro crítico –*scholar,* de autoridad europea– afirma lo que no se podrá decir en España, porque el extranjero simplifica ya, como si fuese en juicio póstumo. Blecua y Gullón preparan sendos artículos; otro, Guillermo de Torre; otro habrá en *Sur*. En fin, ¡soy un venerable vate! A este propósito, una historieta. María Rosa me pone en relación epistolar con sus amigas. Una de ellas me escribió colocándome al lado de… Sófocles. Etc., etc. Total: que le dirigí este poemilla:

Ana María

Ya que usted, ay, me lee, remota Ana María,
Como si fuese un vate muy barbudo
Que nunca abrazaría,
Mi antigüedad eludo
Para dar fin a fábula demasiado gloriosa.
Y levantando, no se asuste, mi propia losa,
Me atreveré a pedir la imagen más concreta
De una Amarilis que es de verdad Ana María,
Porque precisamente es el poeta
Quien tanto ha menester de su fotografía.

Los amigos hicieron creer a esta muchacha que los versos eran una mistificación de María Rosa. Por fin, resplandeció la verdad; y me envió un retrato –bonito, como el original– con esta dedicatoria: «Para Jorge Guillén, ahora mi buen amigo y siempre mi poeta». ¡Cómo todas estas cosillas harían sonreír a mamá! Os lo cuento porque completa el cuadro de esta primavera… con *Cántico* sobre mis espaldas. Y a todo esto, no he escrito nada sobre mi preciosísima nieta Isabel. ¡Me remuerde la conciencia! De

modo que Antó va a volar solito como un hombre… Querido Antó: ¡me asombras!

Adiós. Abrazos a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Steve: me escribe Santayana preguntándome si recibiste su artículo. Yo creo que está esperando unas líneas tuyas de agradecimiento. (¡Escríbeme a mí también!).

Berkeley, 10 de junio de 1951. Domingo tarde

Queridos hijos, queridos nietos –sí, maravillosos:

(¡Cuántas veces me he repetido –más de treinta, por lo menos– y he dicho a los demás: –«Dile que soy su maravillosa nieta». ¡Preciosa criatura!).

Acaba la semana de los exámenes. Estaba tan cansado –con un cansancio que se me localiza en el «cerebro», en mi pobre *sesera*– que he dormido, esta noche pasada, unas ocho horas. Y ya podría marcharme. Aquí seguiré, despidiéndome de las amistades, correspondiendo a ciertas invitaciones, escribiendo cartas y más cartas (dicho con el tono de Antó bebé), haciendo mi equipaje. Nunca he estado más solo, más desprovisto de ayuda. (¿Qué hago, Teresa? ¿Me voy a Europa sin el baúl? Desde luego, no tengo que enviarle a México. Pero antes habrá que repararle; ¡qué complicación en este desparramado Berkeley!).

Suena la radio. He fregado los platos. Me he vestido, y espero a un joven compañero –mi *assistant* en mis clases– que va a llevarme a su casa: una de las últimas *parties*. Me paseo por el pequeño jardín con rosas amarillas, rojas, rosas. Y tengo tiempo de sentirme –en cuanto me quedo solo– un poco perdido, con esa vaga ansiedad sin solución que me acomete desde octubre del 47. Y, de pronto, siento –asimismo– que entro en la zona del viaje, y que voy a reunirme dentro de unos pocos días con mis cuatro

Gilman: bloque –por supuesto– indivisible para mi afecto. ¡Qué alegría, qué inmensa alegría, Dios mío! Teresa, Steve, Antó, Isabel: qué alegría extraordinaria. No faltará más que Claudie. (¡Qué ganas de verle, y de hablar con él!). No iré a Los Ángeles. Pedro, con sus dolores –¿de reuma?; ¡qué fastidio!– no viene a Los Ángeles. Me marcharé de aquí hacia el 21. Os escribiré enseguida.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Berkeley, martes 12 de junio de 1951

Queridos hijos y nietos, ¡maravillosos!:

¿Os alcanzarán en Columbus estas líneas? Así lo espero. Os escribiré deprisa –a ver si esta carta alcanza el correo de las siete (p. m.)–. Estoy en los apuros y casi-angustias –¡casi!– de las vísperas del viaje: el viaje que habré preparado en una casi absoluta soledad.

Yo quisiera salir el 21 –o el 22– y en avión –por supuesto–. Avisaré a Julián por telegrama. Pero todavía no puedo fijar la fecha de la partida, porque, si tengo ya el *border crossing card* –¡no soy americano!– me falta el visado de México. Alfonso Reyes y Santullano me escriben que ya están tramitando ese permiso. Además, no he recibido aún el *re-entry permit*, que no necesitaré hasta mi salida de Nueva York; pero tengo que esperar aquí a que me lo entreguen en San Francisco. (Podría arreglarme quizá sobre este punto con algún amigo de aquí). Lo indispensable es el visado del Cónsul de México. En fin, espero llegar poco más o menos al mismo tiempo que vosotros a la gran Capital.

Tengo que despedirme de las personas que me han invitado: cosa larguísima, a causa de estas distancias, que solo se dominan con el coche –propio o de los amigos–. Quisiera escribir cartas –¡muchas, muchas!– lo que es imposible. Tengo que enviar cajas de libros a Columbus. ¿Y el baúl?

No lo llevaré a Europa. Estoy tentado de dejarlo aquí, en casa de Montesinos.

Veo gentes, y sobre todo, recibo cartas interesantes acusándome recibo de *Cántico*. De todo ello os *hablaré*. ¡Qué gusto: la comunicación, directa, oral –y casi ininterrumpida–! Me alegra infinito la perspectiva inmediata: veros, estar con vosotros, esos hijos, esas criaturas. ¿Y el viaje del joven viajero Antó, él solito? Decidle a él, decid a Isabelita que el abué está dispuesto a darles todo lo que ellos le pidan. ¡Ah! Nuestro viaje ha sido ya anunciado por *Novedades*; Santullano me ha enviado el recorte. «Gilman prepara actualmente un libro erudito sobre *La Celestina*, es discípulo de Américo Castro y se ha enamorado de nuestro país… Guillén también regresará para estar entre sus amigos mexicanos en julio…». Unas líneas más arriba leo que Juan Soriano ha hecho «un nuevo y sorprendente retrato de Pita Amor, como el de Diego Rivera, sin ropas…». ¡Delicioso México!

Adiós. ¡Buen viaje! Con ganas infinitas de veros os abraza vuestro

JORGE

Berkeley, lunes 18 de junio de 1951

Queridos hijos, queridos… «maravillosos»:

Todavía no ha llegado de México la autorización para concederme el visado. (¡He escrito cartas, he telegrafiado!). ¿Saldré el sábado? No sé.

Pedro, en una clínica. ¡Gran perturbación! Me había pedido hace algunos días –pero se me olvidó transmitiros el recado– que Steve le enviase el manuscrito de *La cabeza de Medusa*; no tiene copia, y necesita ese texto. Por segunda vez, desde el hospital, y en carta dictada a Margarita, pide *La cabeza* dicha. ¿Dónde la tienes, Steve? ¿Sería imposible que alguien la buscase y la encontrase? ¿La tendrá el *uncle* Harry? Haced un milagro.

De modo que ¡propietarios! Eso significa arraigo en Columbus, y no sé cuántas cosas más. ¡Disfrutaremos de esa nueva mansión!

Besos a mis nietos. Os imagino por esas carreteras. Yo, atareadillo. Tres noches de *party* –en perspectiva–. Etc., etc. ¡Qué ganas de estar con vosotros!

Abrazos a los cuatro. Besos a los tres. Vuestro,

JORGE

Berkeley, ¡lunes! 25 de junio de 1951

Queridos hijos:

La broma está poniéndose francamente pesada. No llega la autorización de la Secretaría de Gobernación a San Francisco. Escribí a Alfonso Reyes, se encargó del asunto el Licenciado Calvillo, secretario del Colegio de México, escribí y telegrafié a Calvillo y a Santullano. Todo hasta ahora ha sido ineficaz. ¿Quieres tú, Teresa, intervenir con tu natural energía, a ver si por fin…? Ponte al habla con Julián y los del Colegio: *coordinad* vuestras gestiones. ¡Ay, Dios mío, qué México, qué Hispania, qué siglo XX! De modo que… Sí, aztecas, zapotecas, toltecas, etc., etc., y Cortés y los Virreyes, y el grito de Hidalgo, y don Porfirio, y la Revolución, Madero, etc., etc. Total: ¡el aparato no funciona! Teresa: ¡haz algo!

Tengo unas ganas locas de salir, de veros.

Mientras tanto, voy despidiéndome –¡más despacio!– de más gentes. Ayer tarde, en casa de los Milhaud –un encanto, los dos–, vi a De Messières, a quien oiré mañana una conferencia sobre Diderot. En estas últimas horas he escrito treinta cartas. Voy a aprovecharme del retraso para tratar de poner casi al día mi correspondencia. De Claudie tampoco sé nada; otra vez el silencio oprobioso. Salieron seis cajas de libros para Columbus; me he comprado una maleta. (Dejaré aquí el baúl). En fin, se va despejando el horizonte; corro menos, me encuentro menos cansado. Pero ¡el visado, el dichoso visado!

Además, sin noticias vuestras, de vuestro viaje. ¿Dónde estáis? ¿Y esas criaturas?

Hablé por teléfono con Margarita el sábado por la noche. Me costó trabajo entenderla, porque habla con una voz muy ronca. Dice que lo de Pedro va para largo, que sufre más que antes, que no hay todavía diagnóstico. (Pedro, deprimido, en el hospital). ¡Qué gran fastidio! Claro que pasaré por Baltimore, camino de Nueva York. De París tampoco me escriben. (Está aquí Miss Starkie, encantadora, afectuosa).

Adiós, abrazos y besos. Pienso en los cuatro. Isabel: eres mi maravillosa nieta. Antó: eres, además de un gran nieto, un maravilloso viajero. Vuestro,

JORGE

Middlebury, miércoles 1º de agosto de 1951

Mis queridos todos –hijos, nietos–:

El viaje en avión fue felicísimo. A las diez de mi reloj estábamos ya en Nueva York. Lunes. Por la mañana, Consulado de Francia; ninguna dificultad para tener el visado –de menos de tres meses–. Por la tarde, *Immigration.* ¡Catástrofe! No había recibido de San Francisco mi *re-entry permit*. Pasé la noche en el tren; llegué a este insigne pueblo a las seis de la mañana. Llegada melancólica. Hace doce años descubría Middlebury con tu madre. ¡Cuántas memorias! Un taxi me trajo a Hepburn, y esperé. Todos amabilísimos. Me alojo en el cuarto 211 –que comparto con un coronel– muy amable. Entré –hacia las nueve y media, en casa de Pedro– sin avisar. La puerta abierta me puso delante de Pedro, en la cama. Pedro se emocionó, lloró. (Recordé mi facilidad para las lágrimas después de mi operación). Se levantó poco después. Anda a pasitos lentos, con un bastón, y enseguida se sienta. Delgado, sin afeitar. ¡Qué pena, Dios mío, qué desolación! Volvió a llorar cuando le hablé de las cartas que había recibido de Claudie «con juicios tan acertados, tan justos» sobre Europa, sobre las gentes. (¡Se acordaba de Jaime! Jaime vive en casa aparte, desde hace algunos meses). Y Solita es quien debe sostener sobre sus hombros delicados esta situación. Ella me contó la verdad: entre otras cosas, un agujero en la espina dorsal.

(¡Reserva absoluta, por Dios!). Un médico da como plazo cinco años; otro, nada más tres. Y Pedro, tan lúcido e ingenioso como siempre. «Huelga de mis músculos caídos –dice–. Aquí estoy, al margen de los clásicos», de los clásicos que se explican en la escuela. Margarita se halla con voz muy ronca. Los niños, preciosos, muy amigos de «Jorge». Con Juan redacté el telegrama que envié a San Francisco. Él me ha redactado la carta que saldrá hoy para el mismo Servicio de Inmigración. Confío en que tendré mi *re-entry permit* a tiempo. A todo esto, un gran cansancio.

Cené en casa de los García Lorca. Montesinos no se había marchado para hablar conmigo. Y hablamos. Él está dispuesto a «cambiar» conmigo. Por otra parte, desea ser el candidato a la sucesión de Bernie en Harvard. Es posible que Amado venga a pasar el fin de semana con nosotros. ¡Y qué bien he descansado! (Consecuencia del gran cansancio). Hoy, a las siete –¡placer de la austeridad!– en el comedor. He charlado un poco: Ángel del Río, González López, García Blanco, Casalduero, don Tomás Navarro, etc., etc. Escribiré aún dos o tres cartas, antes de ir a casa de Pedro. He enseñado varias veces las últimas fotografías. Todos dicen que mis nietos son preciosos. Todo el mundo me pregunta por mis hijos. Yo me acuerdo de ellos y de Grand'Maman Germaine.

Os quiere vuestro

JORGE

Middlebury, domingo 5 de agosto de 1951

Queridos todos:

Debiera ya estar camino de Nueva York, pero aquí sigo aún, cediendo a mi gusto y al de Pedro, que no me deja marchar. Pedro continúa mejorando –en aspecto, en animación, en sus esfuerzos diarios por andar– es decir, por dar algunos pasos cada mañana y cada tarde por la habitación y por el jardín. Impaciente, molesto, pero optimista, habla de su lenta mejoría esperando su curación. ¡Qué pena, Dios mío! La casa, bulliciosa, con los

nietos –revoltosos–, con los amigos –numerosos–, rodea al enfermo de una vida normal, como si no pasara casi nada. Es lo que me dijo Micaela Prados, de alegre salud inconsciente: todos estamos iguales. Sí, los que estamos… Todos están –menos tu madre, menos Juanito–. Los Prados han pasado aquí el fin de semana. Dicen que vinieron a verme. Han estado conmigo muy cariñosos. He charlado mucho con Miguel, y este me decía que las noticias mías sobre Emilio –Emilio fue nuestro principal tema de conversación– le han tranquilizado mucho. El viernes se representó *El santo de la Isidra*, estupendo sainete de Arniches. Los actores y actrices, muy buenos, me divirtieron mucho.

Veo a Catherine y a su preciosa niña, hablo con unos y con otros, descanso. Y hasta como –cosa rara en estas escuelas–. Enseño a todo el mundo las tres últimas fotografías. Y así, todo el mundo sabe que mis nietos son unas criaturas preciosas. Se os recuerda en todas partes. Muy buena, la carta de Claudie. El más interesado por Claudie, Pedro. (¡Qué contraste!). Y Solita, admirable, otra casi-hija excepcional.

Adiós. Os escribiré muy pronto desde Nueva York. Abrazos a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Middlebury, domingo 5 de agosto de 1951

Teresa, hija:

Se me ha olvidado añadir estos billetitos mexicanos –87 pesos nada más– a la carta que os escribo. Ahí lo tienes para ti: humilde regalito…

Besos a los hijos. Abrazos al marido. ¿Me quieres? Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Nueva York, viernes 10 de agosto de 1951

Queridos todos:

Heme aquí todavía porque mi *re-entry permit* no aparece. Ha debido de ser enviado ya de San Francisco a la oficina de Nueva York, pero aquí no lo encuentran. Total, que pierdo mi barco. ¡Catástrofe! Pero la reduciremos al mínimo posible. La Cunard Line me dará pasaje en uno de sus barcos, lo antes posible, en cuanto tenga mi dichoso *re-entry permit.* Aquí me tenéis pues: Capitol Hall Hotel, 166 West 87th Street, New York 24, N. Y. Yo creo que podríais escribirme a esta dirección; *me duele* estar sin noticias vuestras tanto tiempo.

¡Tanto viajar, Señor, tantas vueltas y revueltas! No podéis imaginar cuánto me contraría este retraso. Debí salir de California con todos mis documentos. Pero la «diversión» mexicana valía la pena. Recibí la carta de mi hija. ¡Mi hija, la mejor del mundo! ¿Y esos niños, se acuerdan del abué?

Dejé a Pedro en mucho mejor estado que el de mi primera visita. Anda más, y con pasos más normales. Por otra parte, menos lloroso. Sin embargo, se emocionó al verme marchar. Única persona que vino a la estación: la menos amiga, el mexicano Ermilo Abreu, amigo de María Asúnsolo (a la cual dedica todas sus obras).

Os quiere mucho, mucho, mucho vuestro

JORGE

Nueva York, 16 de agosto de 1951

Queridos hijos, queridos nietos, ¡preciosos todos!:

Estoy como nunca he estado. Sin correspondencia, sin amigos –todos, o casi todos, ausentes– y sin plan inmediato. Esta tarde me llega la carta vuestra –la tuya, Teresa–. Y me dices que dentro de una semana os largaréis de México. Me apresuro, pues, a escribirte asustado ante la posibilidad de seguir en incomunicación total, como ciertos presos, hasta que me

encuentre en París. Bueno, pues el *re-entry permit* está a punto de llegar; y de todos modos, me temo que tenga que salir en el mismo *Queen Elizabeth*, el 29, miércoles. Es verdad: ¡qué de tiempo perdido! Yo mantendré, a pesar de todo, mi plan: pasar un mes en París. Me parece imposible no haber advertido el aplazamiento de mi embarque a Grand'Maman. Ha debido de perderse alguna carta mía. ¡Cuánto deploro la equivocación y la espera inútil! A todo esto, se me están evaporando mis pobres dólares. Estoy en un hotel baratito. Pero ¡cuánto ha subido el coste de la vida! ¿Qué hago? Procuro no cansarme demasiado, evitar el calor (propósito no conseguido), pasar bastantes horas en mi cuarto, ora trabajando en uno de mis poemas largos, el de Sodoma, ora escribiendo cartas. He estado dos veces en el Metropolitan Museum. Y voy al cine con bastante frecuencia. ¿Qué hacer, si no? He descubierto un cine, el Thalia, en la 95 y Broadway, donde dan programas escogidos de películas extranjeras (hoy de Chaplin). Pequeño, barato, fino… Me puse muy contento. Al cabo caí en la cuenta: ¡como en Europa, como en París! El cultivo de la calidad, la santa minoría… ¡Estupendo! Vi *Le diable au corps*. ¿No vimos esa película con mamá, aquel verano del 47? ¿En julio, o en septiembre? Precísamelo, Teresa. Recorro también las librerías –aunque soy y seré muy parco en el comprar–. He visto el artículo de Gullón, excelente. Me alegra mucho que a Antó le alegre verse citado –«el travieso diablillo», etc.– cuando se habla del «abué». ¡Cómo me acuerdo de vosotros, qué bien lo pasé durante aquellas semanas, ay, tan breves! Y mi preciosa nieta, la preciosa del abué, va a cumplir tres años. ¡Qué joven, y ya qué personita! Felicidades, Isabel. Te escribiré desde el barco.

Pasemos a noticias sobre adultos. Amado –me parece, por lo que me dice hoy Pedro– ha debido de ser operado: una piedra en la vesícula. ¡Qué mala suerte! Pero no era lo otro. ¡Suerte pues, *buena,* esta vez! (Así es la vida cruel). Pedro, mejor: él mismo, por primera vez, me ha escrito a máquina. Por cierto, Pedro, me estuvo frenando –¿os lo dije?–, recomendándome no alejarme de Wellesley. Creo que tiene razón. Iré, pues, a mis lares –¡en Wellesley!– en septiembre del 52. ¡Escribidme! Contadme

cosas. *¡Y las señas de Dallas!* No me gusta sentirme incomunicado. (Voy a reclamar una carta de Claudie, reexpedida al *Queen Elizabeth*).

Muchos besos, muchos abrazos. Os quiere a los cuatro, te quiere a ti, hija, hija, hija, vuestro

JORGE

Nueva York, 17 de agosto de 1951

Mis queridos todos:

¡Hoy me ha llegado el *re-entry permit*! He tenido tiempo de ir esta misma tarde a la Cunard Line. No he conseguido más que una cabina en el *Queen Elizabeth* –era la transferencia más fácil– que saldrá el 29 de agosto. ¡Y la vida, tan breve, Dios mío! Todavía no tengo el número de la cabina, pero una me está *guaranteed*. Seguiré poniendo mi correspondencia al día –¡escribí a Rockwood!– y trabajando un poco en mi «Hermosa y los excéntricos» –¡aún les falta mucho!– y haciendo turismo: museos (exposiciones no hay ahora) y cines. Y paseos por la Quinta Avenida, Madison, Park Avenue, Calle 57… ¡Qué tiendas, cuánta mujer elegante! Ayer fui a ver a Castroviejo ¡que estuvo amable! Como dicen en francés: *Je prétends que*… su grosería es, en gran parte, con afectación. Me encontró perfectamente. Claro que empleó esta frase: –Vamos a ver si hay desprendimiento… En vez de: –Vamos a comprobar que no hay desprendimiento… Esta noche, películas francesas –de Pagnol– en mi cine, el Thalia. ¡Francia! Le escribí a Rockwood, anunciándole mi viaje: «*L'espoir d'être à Paris réjouit toujours toute âme bien née*». Lo que me hace falta es el *sailing permit*, con el pago de los impuestos en cantidad superior a la que me corresponderá. ¡Mis pobres dolaritos! Escribidme. *Fechas y señas de Dallas.*

¿Y mi preciosa nieta? ¿Y mi nieto, feliz, ya tan sensato y tan lector? Escribiré muy pronto a Julián. ¡Cuidadme mis papeles! ¿Ha habido muchos impresos para mí?

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Nueva York, 25 de agosto de 1951

Queridos hijos:

A cada uno, algunas palabras. Ya tengo el *sailing permit* sin pagar nada, ya está todo preparado. El martes, 28, hacia las ocho de la noche procuraré estar en el barco. Y el barco saldrá a las 0.00 del miércoles 29. ¡En París el 3! ¡En la estación, Claudie! Y luego –y esta es la gran pena– la pobre Grand'Maman en su actual estado…

He escrito muchas cartas. ¡Cerca de cien, me parece! He visto a Clariana, que me llevó al estudio del pintor Julio de Diego, interesante.

El lunes comeré con los De Messières. Paseos, alguna lectura, alguna película, etc., etc. Para el viaje me llevo, además de Milton, el tomo de Dámaso, que he comprado en Feger. (¡Qué bochorno!). Yo había perdido peso –¿a consecuencia de Middlebury?– pero he cuidado la alimentación, y he vuelto a ganar peso… Nueva York cansa, de todos modos.

Me encuentro, sin embargo, bien. Y cuando voy por una de estas hermosas calles centrales, solo, ligero, bastante contento, me asalta con más fuerza que nunca el recuerdo de tu madre, y siento una vez más esta desesperación de que ella, solo ella, falte a la cita… No hay consuelo posible. Y me la imagino por estas calles, tan elegante, tan rica…

Buen viaje, escribidme a París.

Besos, abrazos.

JORGE

París, miércoles 5 de septiembre de 1951

Queridos hijos:

No pude echar al correo la carta escrita en el barco. No conocía vuestras aventuras frente a la inundación. Os advierto que dirigí una carta a Dallas (a Miss Isabel Gilman). Continúa, pues, el relato de mi viaje y mis primeras horas en París.

En la estación –a las ocho y media de la noche del lunes– me esperaban Claudie *–l'Astre,* verdaderamente– y Nicole (Dreyfus), con su coche. (Nicole, reprobada por la familia, es muy buena con Grand'Maman. ¡Hay que perdonárselo todo!). En el camino me prepararon: en estas tres últimas semanas Grand'Maman había cambiado mucho. Todos me han dicho que no vivía más que con la esperanza de verme. Reparada con drogas, y sostenida por su extraordinaria voluntad, Grand'Maman me recibió. No, nada deforme ni feo en su rostro. Pero ¡tan consumida, con las mejillas chupadas! Horrible, tristísimo. Admirable de inteligencia. Ninguna degradación de espíritu. ¡Y qué dignidad! Ni lloró. Yo saqué vuestras fotografías y hablé animadamente. Son, claro, los últimos tiempos de la pobre Grand'Maman. Mis visitas la han animado mucho, le han sentado bien. Claudie, magnífico, un poco pálido, se ocupa de su abuela de siete a diez de la mañana, cuando Renée *–admirable–* duerme… (Maurice, muy gentil, aparece alguna vez. François, vio a la enferma ayer un minuto. Luego se fue a comprarse un coche nuevo).

Vi a Margot muy cariñosa, trabaja con éxito. He hablado mucho con Claudie. ¡Qué alegría estar con él! ¿Cuándo os tendré a todos reunidos? Ayer me sentí un poco febril (¡Llegada a Europa!). Me acosté temprano y corté –cuidado por Renée– la posible gripe. Hoy he recibido tu carta del 29. ¡Cuánto hablo de vosotros cuatro! Hermosa la vista desde estos balcones sobre el Jardin des Plantes. ¡Qué bien en París! ¡Cómo se anima el recuerdo de mamá! Os escribiré muy pronto.

Adiós. Abrazos y besos de vuestro

JORGE

París, lunes 10 de septiembre de 1951
once y cuarto de la mañana

Teresa, hija, queridos todos:

Pienso en tu madre y en ti constantemente. No quisieron que pasara la noche en casa; al llegar, un poco antes de las nueve, Grand'Maman estaba respirando. Se encontraban ante ella Renée, Marie-Thérèse (la sirvienta), la enfermera y Claudie. Y, luego, yo. Nueve menos cinco, dulcemente. Pero ¡qué serenidad en el rostro, de anciana, por fin vencida después de una lucha tremenda! Anteayer aún hablé con Grand'Maman: quería presenciar mis impresiones primeras ante Dominique, niña hermosa. Ayer, domingo, se precipitó el curso fatal. ¡Hace ocho días que llegué! Es verdad: mi llegada, el deseo de volverme a ver –y en mí, lo más cercano a su hija– ha sido la última *meta* en la vida de Grand'Maman, su última alegría profunda. Hasta concibió la esperanza de volver a veros a vosotros. Ayer, la inconsciencia delirante se mezclaba con momentos de lucidez; se dio así cuenta, por iluminaciones rápidas, de su estado. Ahora, envuelta la cabeza –a medias velada– por un velo, ya de cera inmóvil, descansa. En tu madre, joven aún, hubo unas horas de serenidad, hermosa, majestuosa. Esta vez, en el rostro anciano el reposo es ya más cruelmente definitivo. En fin, ¡qué pena! Claudie se ha portado muy bien. ¡Tan sensible, tan bueno! Y con mucho tacto. El entierro será el miércoles, a las nueve de la mañana. La noticia de la muerte y el entierro se dará después. Ayer vi a Olga Levaillant y me habló con gran admiración de Grand'Maman. En efecto, yo no he conocido un alma más pura, sin un mal pensamiento, sin una mala pasión, tan dulce y tan fuerte. ¡Qué voluntad, qué carácter de gran señora! Te escribo llorando. Pero yo sé que nadie llorará más la desaparición de Grand'Maman que tú.

Pasaré ahora a mis planes de viaje. La estancia en París se me acorta –naturalmente–. Pensé primero marcharme dentro de quince días –sobre todo para estar con Claudie–. Pero Claudie me dice que quiere continuar conmigo más tiempo, y que mejor sería que nos fuésemos los dos a Valladolid. Económicamente nos conviene más esto –aun contando con el

viaje de Claudie– que seguir en París, tan caro. Nos iremos, pues –supongo– hacia el 20 o 21.

Una pregunta: ¿para quién son la camisa y las medias? Perdona, rica, no recuerdo bien tu encargo. *Dímelo enseguida*. ¿Hasta cuándo habrá que escribiros a Gull Lake? Escribid lo antes posible.

Otra noticia triste. El sábado ha fallecido el tío Enrique. Telegrafié y escribí ayer a Valladolid –y con verdadera pena–. Otra figura de mi infancia y mi adolescencia –de toda mi vida– que desaparece. Le debo al tío Enrique mil momentos alegres, tiernos, felices. ¡Que en paz descanse!

Muchos besos a Isabel y Antó. (Todos me dicen que en las fotos que enseño a mucha gente, Isabel se parece a su abuela. ¿Verdad que sí? Isabel está exactamente en la línea de la pobre Grand'Maman). Un abrazo a Steve. Muchos besos a ti, hija.

JORGE

París, 12 de septiembre de 1951

Queridos hijos:

Acabamos de enterrar a Grand'Maman. Ceremonia íntima y grave. Muchas flores. (Nuestras también, claro). Entre los no parientes, Molly y su marido, Carmen y Philippe –tan fieles a mamá–. Y a Grand'Maman. Todo el tiempo me he acordado de ti, y de tu madre. *Messieurs, les premiers*… –dijo el maestro de ceremonias–. Yo, pues, iniciaba el cortejo; luego, Maurice, luego Claudie… Todo entre las nueve y las nueve y media. Se acabó el sufrimiento de Grand'Maman –y de los otros–. Para todos, la paz. R. I. P.

La ceremonia ha estado, pues, a tono con la situación. Pero estos dos días, en que el cadáver estaba todavía en casa –allá, olvidado, casi olvidado– en la última habitación del pasillo… Sería penoso insistir en esto. En fin, tus lágrimas, Teresa, habrán sido casi las únicas. Vuestro telegrama,

delicadísimo. De eso se trata: «*Thinking of her with love»*. ¡Eso, así! Una vez más, estoy contento y orgulloso de mis hijos.

(Un pormenor, sin importancia, pero desagradable: yo, todavía, con los botones de fiebre aún no secados. ¡Qué fastidio!).

Claudie y yo saldremos el viernes 21 por la mañana. (Día primero del otoño). Llegaremos, pues, a Valladolid en la madrugada del sábado. Me molesta ya la discrepancia de opiniones, y me atemoriza la cocina de Valladolid. ¡Qué bien nos entendemos Claudie y yo! No es él quien piensa como yo. Soy yo quien está de acuerdo con él *en todo*.

Besos a Isabel –donde algo de Grand'Maman vivirá aún– y a Antó. ¡Escribid! Vuestro, con besos y abrazos,

JORGE

París, jueves 22 de septiembre de 1951

Queridos hijos:

Saldremos para Irún mañana por la mañana. A Valladolid llegaremos muy temprano al día siguiente. Se acaba la estancia en París. ¡Hace ya veinte días que murió Madame Cahen! Los extraños a la casa recuerdan el duelo. Entre los de la familia reina una paz maravillosa. Sobre este aspecto sería imposible –e improcedente– hacer la menor indicación a nadie. Ni siquiera a Margot, de acuerdo –en este punto– con los Lajeunesse. Verdad es que la conducta de Renée ha sido ejemplar, admirable hasta el heroísmo. Así, ha cumplido Renée con ella misma, con su conciencia y con el mundo. ¿Qué más podría haber hecho? Pero nosotros, Claudie y yo, sentimos la deficiencia del sentimiento, la frialdad interna, la reanudación de una vida, por fin liberada, sin el estorbo de la enferma, de la anciana, de la madre. Ayer me quedé solo con Renée. Yo le hablé de lo que me une a ella: de su hermana. Ella me habló también de lo que me separa de los Lajeunesse: de Grand'Maman. Y se puso a hablarme mal de ella, del estorbo, de la pobre Madame Cahen –muerta hace ya veinte días justos–.

Renée, muy afectuosa y muy desgraciada, me inspira afecto y piedad. Pero me duele –y aquí, solo entre nosotros lo digo– toda la procesión que va por dentro de esa familia. Imposible para mí, ante ella, decir algo amable sobre Grand'Maman, porque es evidente que no ofrece ninguna disposición favorable. ¡Qué pena! Claro: imposible referirse a nada de esto hablando o escribiendo a ninguna persona. (La más clarividente, en cuanto a lo económico, es Madeleine Berl). Ayer estuve con Rosenstock –visita secreta–. ¿Para qué insistir? ¡Es todo ello tan penoso! Teresa: no se te ocurra insinuar la menor alusión sobre estas cosas en carta a Renée. Seríamos nosotros los monstruos de injusticia. Hoy daré los regalos a Renée. Ayer vi a Matilde. Anoche recibí ya la traducción del artículo de Curtius, hecha aquí por la señora de Alatorre.

Besos a las criaturas inocentes. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Valladolid, General Mola 8, 27 de septiembre de 1951

Queridos hijos y nietos:

Ayer recibí carta de Teresa. Supongo que en Columbus habréis encontrado las dos cartas que allí os dirigí. Salimos de París el viernes. En la frontera, todo fue fácil. ¿Por qué? Porque me seguía ayudando –como siempre– mi señor padre. Entramos con buen pie en la Patria, contentos. Ahora vivimos en la Finca, es decir, ¡luchando con las moscas! Todos están bien y parecen felices. Hubo una reunión en casa del notario. ¡La vida es inagotable! Nunca había participado en una de estas escenas a lo Balzac. Después, en el almacén, Jesús nos hizo una exposición magistral de la marcha de la testamentaría. ¡Qué gran profesor o abogado se ha perdido el mundo! Todo se deslizó en una atmósfera de absoluta confianza, debida a una absoluta honradez. ¡Familia admirable! (Veremos qué ocurre, pienso por no sé qué asociación, en la casa de Maubeuge). –¿Qué más? Voy haciendo las obligadas visitas: a Tía Ninis, muy firme, a Trini –condenada

(*ella no lo sabe*) por un cáncer de estómago que no se pudo operar, aunque se intentó la operación–, a los hijos de tío Enrique, a José y María, cariñosos, retirados y con aire de entenderse bien. En casa de un sastre –Berzal, el que hizo dos trajes a Claudie– me encargué ayer un traje ¡por 1.700 pesetas! aquí muy caro.

He paseado con Sinforiano, grave en su soledad. Reacción rara: me dijo –y trató de explicarme con muchas palabras– «que se habla demasiado de mí». Y pienso tristemente que el artículo de Curtius –ya traducido al español por la señora de Alatorre– molestará a algunos. Anoche *cenamos* en casa de José Antonio Rubio. ¡De diez a dos! Encantadores él y su mujer. He visto a amigos de la infancia (Rut, Taladriz), me he paseado por el Valladolid viejo, el de mi «prehistoria». Me sorprende encontrarme con aquel fantasma de niño, tan diferente del que yo soy: *el de* Germaine, Teresa, Claudie, *Cántico*. Y a propósito, lo mejor de todo, en este Continente: Claudie. Me entiendo con él totalmente. Visto y probado: con nadie me entiendo mejor que con mis hijos ¡Qué criatura adorable, y cómo va madurando! (Una nota grotesca: aquí, en esta familia, pasa por un Don Juan peligroso. ¡Absurdo!). Claudie me ha pedido que vayamos a Madrid el martes. ¡De acuerdo! Ya tenemos los billetes de autobús para el martes 2. Volveremos a Valladolid para asistir a las bodas de plata de Leónides y María, que se celebrarán el 15 de octubre.

A todo el mundo enseño las fotos de mis nietos, y todos los encuentran preciosos. Pienso en vuestra instalación de casa. ¡Pobre hija! Lejos ya París. Cerca, Grand'Maman. Y el recuerdo de tu madre me asalta aquí por todos lados.

¡Escribid! Besos para Antó e Isabel. ¡Qué ganas de vivir con ellos! Y con sus autores. Abrazos de

JORGE

Madrid, sábado 6 de octubre de 1951

Queridos hijos:

Estamos en la Corte desde el martes pasado. ¡Cómo me acordaba de Pedro al llegar, y cuánto recuerdo a vuestra madre, tan feliz siempre en este ambiente y entre estos amigos! Amigos no faltan hoy tampoco. Ayer, a la una, en el Café Gijón, fueron apareciendo jóvenes –más o menos jóvenes– poetas y literatos, porque Melchor –tan afectuoso, tan fiel– había hecho saber que yo acudiría a su tertulia. Todos, amabilísimos; y yo, creyendo por fin, como Don Quijote en el Palacio de los Duques que yo… soy yo. Los primeros a quienes vimos fueron Emilio y Carmen, perfectos. Emilio, abogado en el Banco Urquijo, me llevó al Instituto de Moneda Extranjera, y allá se resolvió lo que yo he pedido y pediré para «descongelar» una parte de la «hijuela» que me ha correspondido en la testamentaría. ¡Emilio, mi amigo y mi banquero! Hemos comido con Melchor, con los Orbaneja, con los Pizarro, he visitado a Juan Guerrero, a Canito, a Luis Sánchez Cuesta. Con él conocí a Antonia, la hermana de Margarita. Todos estamos desolados, porque las noticias son malas: Pedro, otra vez con dolores, en el hospital. ¡Qué desesperación! En cuanto a Madrid, a este centro de la ciudad donde ahora circulamos… mi impresión es excelente. Más lujoso, más moderno, bien cuidado. A mí no me parece triste, como me habían dicho en América. ¡Hay cafés todavía! Además, a Madrid, el de antes, lo tengo en los tuétanos. El resultado es que siento un abismo entre Valladolid –sobre todo el de los Lozano– y este Madrid, que no ha perdido su encanto, aunque ya no sea el de Galdós. Saldremos el miércoles para Salamanca. El 13 o 14 regresaremos a Valladolid. Ya dedicaré otra carta a los asuntos familiares. Lo único que añadiré es que no os podéis imaginar lo bien que nos entendemos Claudie y yo. Me expreso mal: lo podéis imaginar. Me entiendo con él como con vosotros. ¡Qué criatura exquisita! Melchor lo decía: «Me conmueve tu compenetración con tu padre». Es verdad. Por cierto, los Lozanos no lo entienden: lo consideran un sujeto peligroso. –¡Tontos! Claudie trabaja en la Biblioteca Nacional, a cuyo director le presenté, mañana, tarde y, algún día, noche.

A todo el mundo le enseño las fotos de mis nietos. ¿Cómo va esa instalación?

¡Ah! Iré, por fin, al Perú, vía Río de Janeiro. Estoy preparando el viaje a Roma.

Os recuerda, os quiere, abraza, vuestro

JORGE

Madrid, 23 de octubre de 1951

Queridos hijos:

Las comidas y las visitas se me van acumulando de tal modo que ni tengo tiempo para escribir ni para descansar. Desde don Ramón, de una increíble «juventud», hasta el joven poeta que se sabe *Cántico* de memoria. Todo el mundo está amabilísimo; esta segunda semana de Madrid no ha podido ser más agradable. Antes, en Valladolid, asistimos a las bodas de plata de María y Leónides, que resultaron muy cordiales. Lo mejor de todo, ¿sabéis qué es, qué ha sido? Pues… Claudie. ¡Qué criatura exquisita! Nos entendemos a la perfección… Y ya se fue. Os prometo carta larga desde Roma; saldré mañana en avión. ¡Dos horas de vuelo! Señas: «c/o Signora Bergamini - Torquato Taramelli 5, Apt. 7, Roma». Pienso estar de vuelta dentro de unos quince días. Os escribo hoy, recordando, con vosotros también, lo más importante: el cuarto aniversario. ¡Qué buenos ratos nuestros se pierde mamá, qué injusto el destino!

Os quiere, deprisa, pero de veras a los cuatro,

JORGE

Roma
Torquato Taramelli 5, Apt. 7
c/o Mrs Bergamini
Domingo, 28 de octubre de 1951

Queridos hijos:

Escribo en el Café Aragno –contradicción, del *Risorgimento*–, y no sé si podré acabar la carta. Tengo muy poca tinta. Llegué el jueves. Me esperaba Valverde –muy buen muchacho– influido –naturalmente– por la España de hoy. La casa de Antonio, el hermano de Emilio, es agradable. Apenas he visto a Antonio, que vive su vida. Esta mañana me encontré a Hernández Campos. Los Olschki me agasajan: acabo de comer con ellos. Y Valverde me guía. ¡Estupenda Ciudad! He visto plazas –con sus fuentes–. ¡Qué fuentes! Este Bernini lo llena todo. Ayer, el Foro, el Palacio de Tiberio, el Coliseo. Hoy…

Martes, 9.45 mañana

¡No pude seguir escribiendo! Y ayer fue un día de tal intensidad turística que he dormido esta noche siete horas de un tirón. ¡Como en la juventud! San Pedro, por la mañana. Luego, en la FAO, con Antonio, Diego de Mesa, Hernández Campos. Después, solo, en el Aventino. Al anochecer, en una iglesia, contemplé largamente el Moisés –extraordinario– de Miguel Ángel. Y tras una pausa –el «sueñecillo del crepúsculo», sentado en una silla, cumpliéndose el verso del poeta: «…Tan dichoso fui ya que me dormí»– continué la contemplación del Moisés.

Cené con Antonio, y dimos una vuelta en su coche por la ciudad. ¡Roma, nocturna!; San Pedro, bellísimo… aún más. *Os prometo carta larga*.

Esta noche cenaré, invitado por Olschki, con Mario Praz, Monteverdi y algún otro profesor. Mi turismo es siempre humano, de gentes. –¿Qué es de vosotros?

Regresaré probablemente el 10 de noviembre, término de mi billete de ida y vuelta. (En lugar de pagar –en dos veces– 144 dólares, he pagado solo 99. Y me ahorro, además, el hotel). Podríais tal vez escribirme aún a esta dirección, o si no, a Valladolid. –¿Qué es de vosotros? ¿Y esos niños? No me escribe Antó. ¿Y los trabajos de Steve? ¿Y la instalación de esa Arcadia?

Hasta muy pronto. Besos. Abrazos.

JORGE

Roma, 9 de noviembre de 1951

Queridos hijos, preciosos nietos:

Mañana, sábado 10, tomaré el avión para Roma, y el lunes saldré para Sevilla, donde alcanzaré, por fin, a Margot. (De ahí, precipitación de este segundo viaje). Me dices, Teresa, en tu carta recibida ayer, que has sentido «envidia». Piensa que yo he venido a Roma cerca, muy cerca de mis sesenta años, y que tú –sin tu madre, pero con tus hijos y su coautor– has visto ya mucho mundo. ¡Tendremos que reunirnos algún día en Italia! Ese sería mi plan: volver a este país de vez en cuando –¡ay, sin tu madre!–. Esta mañana hubo una recepción en mi honor –con vino y pastas– en la Facultad de Letras, Instituto de Filología Románica. Anoche, entre los españoles oficialmente del Régimen, me encontré con jóvenes apasionados de *Cántico*. En la comida de la FAO, Antonio y compañía, hubo también jóvenes admiradores. Yo, por supuesto, voy aceptando este papel con la debida modestia. Pero por la tarde fui yo el visitante admirador. Estuve hora y media con… ¡Santayana! No se encuentra tan «acabado» como él me anunció en una carta. Y habló Santayana sin parar –dulcemente, con dulzura de viejo– en español con toda naturalidad: «Soy un español que ha vivido en el extranjero». Otra sorpresa: su simpatía. Sonríe siempre, se ríe a menudo. Me dijo –para explicarme que no valía la pena que yo tradujese alguna poesía suya– que él habría debido escribir la prosa en inglés, los versos en español, y así habrían sido mejores. Fue, en suma, una charla muy

interesante. ¡Qué españoles hay por el mundo, y este, qué singularísimo solitario, esperando la muerte, solo, entre unas monjas!

De Claudie no sé nada desde que le dejé en Valladolid. Recibiréis unos libritos: cuatro, uno para cada uno, sobre Roma y pintura italiana. Bien por la carta de Antó. ¡Qué rica Isabel!: «Estoy triste, ¡vámonos a México!». Escribid a Valladolid.

Abrazos y besos del abué.

JORGE

Sevilla, 14 de noviembre de 1951

Muy contentos de estar juntos y en Sevilla. Sevilla, más hermosa que nunca. Vimos el Alcázar bajo la varita mágica de J. R. M. [Joaquín Romero Murube]

Os recordamos intensamente.

JORGE

Sevilla, 18 de noviembre de 1951

Queridos hijos y nietos:

No me dejan respirar un momento –un momento libre– los amigos, muchos, fieles, cariñosos, generosos de esta Sevilla que tanto queremos. Llegué el lunes. Con Margot, *charmante*, pasé día y medio. Mañana saldré para Granada, camino de Murcia. (Y la invitación, es decir, el billete Madrid-Lima del Perú no llega… no llega… *Je commence à m'énerver!*).

¡Cuántos recuerdos por todas partes, y cómo se aviva aquí nuestro recuerdo, el de los niños que fuisteis y el de vuestra madre, a quien me encuentro en todos sitios! Sevilla, preciosa, íntima, delicada, pequeñita –al lado del magnífico énfasis de Roma–. Acabo de ir yo solo a *nuestra casa* del Nervión. He contemplado –sin atreverme a entrar, los dueños no están

allí– la casa, la terraza, los balcones, los limoneros que están al pie, la tierra labrada de enfrente, el panorama que fue nuestro. ¡Ay, rica, qué felices fuimos allí, ¿verdad?, los cuatro! Aquí están los mejores años de mi vida, sin duda alguna… En cuanto a los amigos, Joaquín Romero encantador, más Rey Moro que nunca; Carande, muy afectuoso (¡con un hijo poeta!); Peña, los Castros, las hijas de don José de Castro, Carriazo etc., etc., todos, amabilísimos. El *ABC* local dio la noticia –en gacetilla aparte– de «J. G. en Sevilla». Y salen jóvenes lectores de *Cántico* y alguno me lo comenta y me lo explica. En fin, ¡qué pena –por tantas cosas–! Pero hay estos consuelos de amistad. De Claudie tuve carta. Se empeña en que viaje a Colonia. ¡Pero si no tengo tiempo!

¿Y mis nietos preciosísimos, cuyo retrato enseño a todo el mundo? Escribidme a Valladolid. ¡Ah! Se trasladarán los muebles (a Valladolid).

Adiós. Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Todo el mundo me habla del *España en su historia* con gran admiración. (Nota para Steve).

Madrid, 8 de diciembre de 1951

Queridos hijos y nietos:

Sí, es verdad, no os escribo con la debida frecuencia. Tengo, sin embargo, una excusa: nunca he vivido tan atropelladamente. ¡Viajes, citas, comidas, amigos incesantes, y poco, muy poco descanso y no bastante sueño! Estoy encantado y fatigado. Los amigos no pueden portarse mejor conmigo en todas partes. Ya os lo contaré todo, todo, conversando en Arcadia. ¡Arcadia! No quiero seguir adelante sin hablar del acontecimiento capitalísimo. Lo de Pedro ha sido atroz. ¡Qué rapidez: ocho meses apenas! Imaginaos mi estado de espíritu. Se me va el primer amigo de toda mi vida, el compañero más próximo a mis trabajos, aquel hombre maravilloso. (Por

cierto, una de las tres comedias enviadas a Canito está dedicada a «doña Teresa Guillén de Gilman»). ¡Qué desolación! Aquí todo el mundo lo ha sentido mucho. Ha habido excelentes artículos en la prensa. En suma: para mí se va reforzando, aumentando la soledad. Y habrá un *Clamor*, si llega a existir, sin tu madre, sin Pedro….

Fracasó lo del Perú, por ahora. Por ti, he sabido, Teresa, lo del aplazamiento hasta el verano. Esa espera del billete a Lima ha perturbado todos mis planes de diciembre. Helos aquí, dispuestos atropelladamente. Saldré el miércoles para París y Colonia. Daré una conferencia –la de Alonso Quijano– en francés el viernes 14. Estaré con Claudie hasta el 20. Tomaré el *Queen Elizabeth* el 21 en Cherbourg para llegar a Nueva York el 25. Pasaré dos o tres días con los Salinas en Cambridge y llegaré ¡por fin! a Columbus el 28 o 29. *Stop*. Trataré de llevaros alfombra y heredades.

¡Adiós! Perdonad estas prisas. Abrazos y besos. Os quiere, os recuerda constantemente

JORGE

Colonia, 16 de diciembre de 1951

Queridos hijos y nietos:

Como no fui al Perú –¡aún espero contestación a mis últimas cartas y a mi cable!– he venido a Colonia encantado, porque Claudie era y es la persona que más me interesa en Europa. ¡Qué criatura tan exquisita! Con nadie me entiendo mejor aquí, en este Continente, como en el otro, en el Nuevo, con nadie me entiendo mejor que con mi hija, es decir, con el bloque Gilman, ¿verdad?

Os dejé en España, viviendo vertiginosamente, porque había muchos más amigos que horas. Mi visita a la Patria ha resultado redonda. Todos los amigos han estado muy afectuosos y agradables. (Todos menos uno: Dámaso… Ya os contaré). Rica, ¡cómo me quieren los amigos! Y eso, lo afectivo, es lo que de veras me importa en esta vida. Carmen, adorable (me

refiero a la mujer de Emilio, maravilloso) me dijo en un arranque un momento antes de partir el tren: –Pero ¿cómo vamos a poder vivir sin ti? Lamento que donde menos a gusto me haya encontrado haya sido en Valladolid, en la casa de los Lozanos. Y si nos separase, entre otras muchas cosas, Franco, por ejemplo, eso no tendría gran importancia. Ahora nos separa… ¡Claudie! Claudie, a quien juzgan un Don Juan, es decir un joven depravado, un libertino ateo. Por este motivo tuve unas palabras violentas con María, a última hora. Y lo sentí. Tomé, pues, el Talgo el miércoles 12, estuve con Margot y Renée, muy cariñosas; también con Maurice, muy amable (todos afligidos por el grave estado que ya iba venciendo Dominique), y el viernes, a las tres de la mañana abracé a Claudie en la estación de Colonia.

Lunes 17

La conferencia en francés sobre Alonso Quijano salió bien. Hasta el punto de que Schalk me ha pedido el original para su revista *Romanische Forschungen*. Pero ¡qué pronto me fatigo! ¡No te enfades, rica! Los españoles no me han dejado dormir y me siento cansadísimo. Aquí ya ha comenzado –hasta cierto punto– el reposo. El domingo comimos en casa de Curtius, que me recibió con todos los honores. Me dio a leer una carta de un editor que, a consecuencia del artículo de Curtius sobre *Cántico*, ya publicado con tres traducciones, le propone imprimir un tomito de más traducciones. Curtius hará unas cuantas más. Pero, ¡qué suerte tiene este señor de Valladolid! La suerte es, claro está, ya sabida: tener este hijo maravilloso –¡qué bien lo paso con él!– y ese grupo de Columbus –¡qué bien lo vamos a pasar!– (Por cierto, entre paréntesis: Santa Claus tiene que traer a Antó e Isabel juguetes de parte del abué. *Teresa: intervén e interpreta generosamente mi obligación de abuelo*).

Acabo de leer –doce de la mañana– la conferencia-lectura sobre *Cántico*. Nunca he leído mejor. Claudie ha quedado contento (los demás también, me dice ahora). Pero… me he retirado a descansar antes de ir a cenar a casa de Schalk. (Todo el mundo me encuentra muy joven. ¡Sí, sí!).

El jueves regresaré a París y el viernes me embarcaré en Cherbourg. La historia del Perú me ha perjudicado, porque a última hora he tenido que tomar en el *Queen Elizabeth* un camarote de *cabin class* –251 dólares–. Tal vez comience ya a escribir sobre Pedro en el barco. (Todo el mundo lo ha sentido mucho en España). ¡Qué desolación, volver a América y no encontrar a Pedro! Tu carta, hija, como la de Claudie sobre él están muy bien. Espero llegar a Cambridge el mismo día de mi desembarco, el 25. Y en Columbus estaré, si no el 28, el 29 a lo más tarde. A todo el mundo le enseño las fotos de mis nietos y a todos los cultos les hablo de Cervantes y Avellaneda. ¡Buena Navidad!

Os abraza

JORGE

Queen Mary, 26 de diciembre de 1951

Teresa, hija:

¿Llegarán estas líneas antes o después que yo? De todos modos, ahí van para felicitarte en ese día 28 –«¡tu cumpleaños, Teresa…!»–, que no podré pasar contigo, con vosotros. Salimos con retraso de Cherbourg, a causa de la niebla. No entramos en el barco hasta las cinco y pico de la madrugada del sábado 22. La navegación empezó mal, para mí. Dos días de pre-mareo; estado ya delicioso… Pero ayer y hoy han sido días buenos. Total: que desembarcamos mañana jueves 27 por la mañana. Voy a tratar de enviar directamente mis tres maletas grandes. En Cambridge –¡horrible, tristísimo regreso!– estaré con Margarita –acaso Andrea– y los hijos y nietos, hasta el sábado por lo menos. Pero quisiera estar en Columbus el domingo. Ya avisaré de la hora de mi llegada. Todo me lo ensombrece la ausencia de Pedro. ¡Y yo que venía a contárselo todo! Habrá que vivir –y escribir *Clamor*– sin tu madre, sin Pedro… Por otra parte –así es la vida– siento una impaciencia enorme, por *llegar*, es decir, por estar en esa Arcadia, por veros –a ti, a Steve, a Antó, a Isabel–. ¡Qué alegría teneros ahí, al alcance de lo

que va a ser mi vida cotidiana! Vosotros y Claudie, en abril, dice él… ¡Felicidades! «En su mariposa ilesa».

Besos de tu padre.

JORGE

Adjunto los talones de mis *tres* maletas facturadas por el Railway Express. Llegarán el sábado me han dicho. A las doce salgo para Boston. Besos. Gracias.

J.

Wellesley, 6 de enero de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

Aquí nieva y hace sol. (¡Qué magnífico invierno hasta ahora!). Y allí, ¿qué hacen esos nietos bajo el sol de Acapulco? ¿Qué les han traído los Reyes Magos –hoy es 6– o Santa Claus? Para acompañarme mientras os escribo están sonando las *Noches* de Falla, vuestro regalo. (¡Gracias!). El sábado pasado, invitado por Godoy, asistí al Concierto de la Symphony Orchestra, de Boston. Ninguna invitación más oportuna. Porque Darius Milhaud dirigía tres obras suyas, entre otras, su *Primera Sinfonía*. (Con mamá y Claudie le vi la *Segunda*, hace unos diez años. ¡Diez años ya!). Por la tarde pasé cerca de dos horas con los Milhaud, que estuvieron amabilísimos, sobre todo, ella, *un amour*, con encanto de francesa –mi permanente debilidad–. Me dijo al verme: «*Vous avez rajeuni! Vous êtes mieux qu'à Berkeley!*». Eso me dice todo el mundo; pero esta vez lo creí. Hablamos de muchas cosas. (Había un pianista de nombre polaco, una consulesa de Grecia…). Pero dominó –casi– un tema, y lo hice observar: ¡la cocina! *La France éternelle!* De suerte que, así, entre gentes que «me quieren», ¡escribiré *Clamor*! (Hay que pensar en otros, los otros…).

Esta noche cenaré con Claudie en Dunster House. El niño trabaja de veras. ¡Y muy bien! Mi impresión, que no puedo expresar a nadie: Claudie

es escritor. No solo crítico. ¡Es-cri-tor! *Y nada mejor en este planeta*. ¿Escritor español, en español? Eso es lo que él desea. Decididamente: todo lo *esencial* en mi pobre vida de señor de Valladolid, me sale bien. Por ejemplo: esos nietos. Madame Salem, con quien cenaré el domingo –aún no la he visto, y está a punto de regresar a París– me ha pedido que la lleve fotografías de mis nietos. ¡Ya lo creo! Supongo que habrá muchas fotos de Acapulco. ¡Enviádmelas!

Abrazos a Julián. Abrazos a los cuatro. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes, seis de la tarde, 24 de marzo de 1952

Queridos hijos:

Juan me ha contado lo que ya os ha escrito. Sería estupendo que esa posibilidad –tan inminente, tan lógica y justa– se realizase: ¡Steve en Harvard! Pero son tan mediocres y están tan despistadas estas gentes… De todos modos, ya es un éxito la actual situación. Yo, sin embargo, no tengo mucha esperanza. ¡Creo en el Vulgo todopoderoso!

Claudie *pasará* por el examen último este jueves. Iré esta tarde a Cambridge. Eso habríamos hecho con mamá. (Don Raimundo, silencioso. ¡Ah, la Virtud!).

He trabajado mañana y tarde en mis coplas. Estoy contento, llueve. ¿A dónde ir? Habría sido tan a propósito ahora estar con esos niños, ir a Schrafft's, comprar los *party-shoes*… Me contentaré con ver esta noche la función francesa –Labiche– representada por los del Departamento de Francés.

Como *nos estamos viendo*, no nos escribimos. ¿Y mi hija? La Voz de Mi Hija: esa es la que yo quisiera oír.

Abrazos. Besos a esos preciosos nietos. ¿Recibe Antó sus sellos? Tengo más, que iré mandándole. Vuestro,

JORGE

Columbus, lunes 9 de junio de 1952

Queridos hijos y nietos:

No os sorprenderá que, ante todo y sobre todo, me acuerde de vosotros, pequeños y grandes. (Entre los grandes está Isabel, «aunque tan chiquitina»…). Os contaré mi argumento. He escrito tres poemillas en aleluyas; estoy con otro, cortito. Opero diariamente en la cocina con toda corrección –si no con habilidad–. He cenado en casa de los Halty, de los Pradal y de los Calderón. Esta mañana almorcé con Lida, que se va mañana. (Lida me contó su visita a don Américo, ¡ah, cuánto quiere a Steve! «Después de Ticknor y de Longfellow… surgió Gilman, que nos compensa de los centenares de papanatas que hay por ahí…»). Mañana cenaré con Adolfo Primero; le llevaré una copia de «El encanto de las sirenas». Correo no ha faltado. Telegrama de Miss Melcher pidiéndome mi opinión sobre Pierre Schneider. «Levin *not enthusiastic*». Yo le he recomendado ya *very strongly*. Me han llegado revistas y libros de Estonia –publicados fuera de Estonia– con traducciones del señor abué, y un artículo sobre la poesía española y J. G. El traductor, que cita a Curtius –¡bella cadena!– me dice que «*your poems have been my most intense experience in modern European poetry (with Valéry, Pasternak, Perse)*». Pero ¡qué bien marcha el negocio! Gillet me pide un artículo sobre Pedro para la *Hispanic Review*. ¡Demasiado tarde! Ha llegado para Steve la edición que ha hecho Blecua del *Libro infinido* de don Juan Manuel. ¿Qué más? Guardo todos los números del periódico con los *twins*. Gabriel Pradal me hizo ayer unas treinta fotos. Esta tarde las he llevado a revelar. (Los Pradal se van mañana). ¿Quién ha dicho que los hombres son malos? Todos los amigos me tratan como si fuera un objeto con la etiqueta: «frágil». Buenísimos, amabilísimos. Las rosas pequeñas, encarnadas se han multiplicado. Las ardillas y los pájaros juegan en el jardín. Los amigos de Antó preguntan por él. Y yo… En este momento me llama Mrs. Anibal para invitarme a cenar con ellos y con Lida en el *Faculty Club*; estarán aquí dentro de veinte minutos. ¿Lo veis? El hombre nace bueno, y América lo hace mejor.

Good bye! Abrazos. Besos para Antó, Isabel, Teresa y… Mr. Gilman Junior. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 28 de septiembre de 1952

Queridos hijos y nietos:

Sin saber de vosotros con precisión, me encuentro un poco perdido. Ahora, en París. ¿Y luego? Ahora con Claudie… Es mi obsesión actual: la situación que él padece, y –con él– vosotros. ¿Qué dice Steve de todo ello?

Terminada, la temporada en la Versilia. Teresa me habla de «embriaguez». Por lo tanto, sería injusto –por eso y por todo– que ella cargue con el pesado nombre de *Clamor*. Su impresión total de Italia se resume con la otra palabra: *Cántico*. ¡Cuánto lamento no haber visto con vosotros San Giminiano y Volterra! Me encantó la carta de Antó, carta que merece contestación singular. (Otro día, pronto). ¿Qué es de Isabel? Confieso que estoy esperando su cartita.

Yo me encuentro bien. Llegué muy contento. Me abatió lo de Claudie. He hallado un correo formidable, el mayor de mi vida. (¡Llama la atención en el colegio!). Las clases han comenzado ayer. Tuvimos recepción el domingo en casa de la presidenta. Yo llegué… –¡el primero!– con Miss Whiting. Y solito, más valiente que el Cid, hice una visita no corta a la presidenta. Muy amables Ben Helman y Edith. Amables, todos. Y yo, de nuevo, voy recorriendo el *American way of life* –que es bastante proletario–. Hace un tiempo magnífico. Wellesley está precioso. (Muchos árboles, arrancados por el huracán). ¡Escribidme! Que yo sepa por dónde andáis.

Besos, besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, miércoles 1º de octubre de 1952

Teresa, hija:

Está sonando la radio –en esta casa que tú me has inventado y donde vuestro recuerdo tiene más vigor que nunca–. Verdad es que nunca me ha removido más que esta vez el dejaros. No exagero: sin vosotros, sin Claudie, no sabría cómo *encajar* en la vida. Con vosotros puedo soportar unos años inconcebibles, es decir, sin tu madre.

(Son las seis –lo sé por la radio–). Anoche cené con los Lapesa y con Claudie, quien da una *party* esta tarde y no vendrá hasta el viernes. Di mis clases –tarea grata en definitiva–; comí en Steven's, compré dos «bibliotecas» en Elliot House, llamé a Lucinda –amabilísima en todo momento– y con ella he transportado las estanterías al «porche», esperando la ayuda de Claudie para subirlas a casa. Y he terminado de leer el libro de Emmanuel Berl: está muy bien. ¡Qué extraño personaje, tan deshecho y perdido –así se pinta él mismo– y a veces con momentos de gran lucidez y profundidad! Estoy tentado de escribirle; quizá, no sé… ¡Qué silencio por estas habitaciones –desde el domingo–! He ordenado –¡en parte!– los papeles, la casa está limpia; esta noche, después de cenar, volveré a las coplas. (Voy a recopiar el *Huerto* aquel). ¡Ah! He tenido carta de… «Gustavo». Era Pittaluga, ahora en Lima. Amabilísimo, encantado de la idea: tendré, me dice, «*Jeune fille*», y «En Capri». Está muy cansado –pero contento– de su *tournée* de conciertos por toda la América del Sur. El encantado –como un niño– soy yo.

Y a propósito: ¡cómo me acuerdo de Isabel y de Antó! ¿Van ya todas las mañanas a sus escuelas? ¿Y el joven profesor? Para él, para ti, rica, ¡gracias, gracias, gracias! Permíteme, y no protestes, ese modesto chequecito. *Es para ti.*

Abrazos a los cuatro. Os quiere mucho, mucho, mucho, vuestro

JORGE

Todos los días llegan cartas con sellos para Antó. ¡Que me escriban mis nietos!

Wellesley, lunes 6 de octubre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

¡Cuánto me ha agradado la carta de Isabel! Muy pronto le escribiré a ella –y a Antó–. Acaba de telefonearme el niño. Él me ha leído algunos «trozos escogidos» de su tesis. ¡Prosa de escritor! Yo creo que va bien la cosa. (De acuerdo Poggioli en cuanto al plan actual de su trabajo). Y yo leí al niño *Huerto de Melibea* –que acabé de recopiar–. El auditorio aplaudió. (Él os contará… algún día). Tuve nueva carta de la Casa Aguilar. En extremo contentos; me lo dicen de la manera más satisfactoria. (Que yo señale precio: que me darán el 10%; que escriba lo que quiera… pero pronto). Voy a ponerme, pues, a pergeñar ese prólogo mañana mismo. Julián me escribió una carta muy larga y muy interesante. Una alumna (Miss… Strogoff!) me ha copiado la parte que más os interesa. Julián escribe muy bien, y su actitud me parece muy humana. Don Américo me dice, en postal reciente, que *Studium* no cuenta hasta ahora más que con él y conmigo (!). Comimos el martes con los Lapesa; tan buenos, tan cabales. ¡Ah! No ha vuelto –hoy tampoco– Mrs. Forte. Llegó la alfombra; *parece* más *modesta* que la gris. Compré otras dos estanterías. Ahora voy a ir al Railway Express con el paquete para Steve: paquete que me hizo Manolo. El niño, encantador –¡y qué buen cocinero!–. ¡Claro, que os echo de menos! No tengo nada que perdonarte, Teresa. Mi hija es la criatura más rica del mundo –y esto es una verdad como un templo–. No, no repetiré la palabra comprometedora sobre ningún amigo (como si estuviéramos en España). Y gracias por el consejo, ¡oh sesudos jóvenes!

A los jóvenes y a los más jóvenes aún, abrazos, besos. ¡Hasta muy pronto! Vuestro,

JORGE

Wellesley, miércoles, nueve y cuarto de la noche,
15 de octubre de 1952

Queridos hijos:

Os escribo escuchando el disco de Casals, que debo tanto a Isabel Pope como a Steve. (¡Gracias, gracias!). El niño regresó esta mañana a Cambridge. Anoche vino con Juan Marichal y cenamos en Steven's: ¡todos hijos! Tuve carta de Margarita desde la clínica de Alicante. Ahora se encuentra mucho mejor y ya debe de estar en Madrid. Y Solita, ¡que también me ha escrito –una postal–!, volará el 22 próximo. Todo esto ocurre, por supuesto, con la mayor naturalidad. Y por cierto contraste, a pesar de todo, pienso en la carta tuya, Teresa, que me encontré al volver de cenar con los Lapesas el domingo. ¡Qué carta tan rica! Sí, claro, iré a Columbus en el verano, antes de… Carmen Ortiz de Zevallos acaba de escribirme, y vuelve a agitar la misma bandera: acaso vaya en agosto. (De Julián Marías, que ha tenido en Lima mucho éxito, me habla con gran simpatía y admiración). Aquí pasan el fin de semana los Heinz, gente muy fina y muy inteligente. Hubo noche de lectura, desde el «Huerto» a Capri. Parece que les gustó mucho esta «Melibea». Y, a propósito: Julián recibió los dibujos de Adolfo Halty, y espero esas noticias acerca del asunto. Tema Uruguay: carta de la poetisa Clara Silva, que me escribe, pero no en contestación a carta mía. (Ahora, la *Fantasía cromática*. ¡Estupendo el violoncello de Casals! Parece violín). Es increíble lo que uno tiene que leer –en la correspondencia de estos meses–. «Su poesía vive en mí, en mi sangre». Ha visto mi retrato en el libro de Dámaso: «Me he quedado prendada de su figura, de su rostro. ¡Qué nobleza, qué señorío hay en usted! Su frente alta como una torre, sus manos que las siento poderosas y sensitivas». ¡Absurdo! Por eso lo cuento. También me ha escrito el señor alemán, Lind –que ha conseguido su doctorado con su tesis sobre *Cántico*–: a Claudie, ese joven le parece detestable, resentido: ¡sobre cuánta bajeza debe, pues, de elevarse el «Muy venerado maestro» que me dedica! Pero la mejor carta es la de la Casa Aguilar. Me ofrecen el oro y el moro, el 10%, y la cantidad que yo fije además por el «Prólogo» –¿os hablé de ello?– a las

Obras completas de Federico. Pues ya llevo escritas 70 cuartillas. No tengo ahora otra ocupación literaria. Creo que podré enviar el Prólogo en diciembre. Lo malo es que me quita tiempo para el *speech* sobre la poesía de Pedro. Lo de Federico lo hago con todo fervor, es decir, muy sinceramente. Veremos lo que hará la Censura. También enviaré las cartas de Federico para esa edición. (Las *Obras completas* de Pedro también las publicará Aguilar). ¡Ay, tantos recuerdos, y tan buenos! Saldrán muchos nombres –en menciones rápidas, claro– de aquella época. (Hay una frase de esta *Fantasía cromática* que yo no he visto interpretar a nadie como a tu madre. Sonaba muy Bach, pero más dramática).

Y al revolver las cartas últimas –voy a contestar a algunas– han salido los retratos de Carlos. (¡Le escribiré!). Y me he topado con la imagen de esa Isabel, ¡qué criatura, qué esplendor, y qué suerte la vuestra, la nuestra! Mañana, sin falla, remitiré los sellos de Mackey a Antó. Miss Coe me pregunta que si también colecciona los sellos de los Estados Unidos, y cuáles. Los Lapesa, muy cariñosos. Y Joan, a quien vi en su casa, afectuosísima. (Ramón, su hijo, simpático, listo). Releo las frases de tu carta y vuelven a removerme.

Abrazos a los cuatro. A esas preciosidades de nietos, mil besitos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 22 de octubre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

Me encantó recibir carta de Antó. ¿Antó no escribirá a Mackey? Este gran coleccionista acaba de enviarme un anuncio relacionado con la afición a los sellos –de que me serviré yo–.

¡Qué rica es siempre, siempre mi hija! Pues sí, hemos oído –Claudie y yo– a Stevenson, quien cada día se crece –a medida que el general palidece–. Pero ¿saldrá nombrado el más fino? *That's the question.*

Saludos a Gabriel y Georgette Pradal. Dile a él que le agradezco que mencionara mi nombre por radio. Alejandro Timor era «un niño en Sevilla», el niño modesto y trabajador del Cuento Rosa. ¡Excelente persona! Le escribiré.

Lo que no consigo es todo el tiempo necesario para ir escribiendo el «Prólogo» sobre Federico. ¡Tantas ocupaciones o distracciones impertinentes! (Ya llevo mediada la labor, sin embargo).

Claudie te enviará las señas de los Heinz. (Pobre Renée, con tantas dificultades económicas. Pero ¿y los cuatro millones heredados?). Noticias: Solita aterrizará mañana en Boston. Juan, en el hospital, con una crisis muy fuerte de asma. Lo sé por los Lapesa, en cuya casa cenamos anoche. Esta noche, concierto –gratuito– de Barnett en Boston. Y ahora reunión con los *Seniors*… ¡Qué pérdida de tiempo! Otra cosa: me canso mucho –y esto empieza a preocuparme–. Voy a tener que renunciar a lo del Perú.

Recuerdos a Isabel y a Antó. Gracias a Steve por su carta. D. Américo me escribe hoy. Piensa en un volumen posible: A. C. [Américo Castro]-J. G. [Jorge Guillén] y… X. Zubiri ¡Veremos! Vuestro,

JORGE

Wellesley, 28 de octubre de 1952

Queridos hijos:

Ahora llega Claudie. –¿Qué has comprado? –me pregunta. (Es el cocinero). Me encuentra contento, porque hace cinco minutos estaba evocando la lectura del *Llanto* en el alcázar. (Se lo he leído). Y sobre todo, porque he visto esta tarde al Dr. Peabody, aquí, a dos pasos de casa. Me ha hecho un examen minucioso. (¡Y tan minucioso! Increíble lo que un doctor puede hacer por tres dólares. ¡Por ese precio yo no lo haría!). Total: que no tengo nada, ni siquiera la anemia que yo me temía, como cuando me vio Puche en México. Entonces, ¿por qué me fatigo tanto? (Hasta después de la *primera hora* de clase. Y son tres horas, esas mañanas). Pues,

sencillamente, porque tengo… *almost sixty*. Me ha recetado un jarabe, y me ha dicho que no necesito vitaminas ni inyecciones. Todo lo cual me deja, sí, contento –pero, un poco perplejo–. Lo que me hace falta es que no se produzca esta fatiga. ¡Veremos!

Comí con doña Gloria, Laura y Paco. Muy cariñosos. Hablamos del «Prólogo». Parecen muy contentos.

Van a dar las siete. Voy –casi corriendo– a echar esta carta a «Antonio *Street*». ¡Ah! Que los dos paquetes para los niños –díselo– formen parte de los regalos de Navidad. Es Santa Claus. (Como estaréis en México, tengo que adelantarme).

¡Muchos besos! Vuestro,

JORGE

Wellesley, 6 de noviembre de 1952

Queridos hijos y nietos:

Recibí tu carta –¡otra, ayer!–, y ya he escrito a don Américo. Tenías razón. Ayer le escribió Claudie. Claudie *tiene ya los diamantes*, y está pensando en la manera de hacer el envío, de disponer el paquete. Creo que va a pasar el fin de semana a Nueva York. (Vendrá a cenar esta noche).

Sois, en efecto, de una seriedad admirable. Hemos pensado en vosotros mientras veíamos la televisión y oíamos la radio. Yo le decía a Claudie: 1º es seguro que ganará Eisenhower; 2º no es seguro que gane McCarthy. Y lo decía, porque me parecía una *ofensa* «dar por seguro» el triunfo de ese sujeto. Y, sin embargo, ahí está de nuevo, en disposición de hacer daño. Yo me consuelo pensando que las cosas no podrán cambiar demasiado. Pensad en los Rogers, en tantas familias respetables –la mayoría verdadera del país– que apoyan al general, y quieren un Cambio. –¿Diremos como en España: no pasará nada? Veremos…– Pero ¡qué gran figura se ha revelado! Stevenson será el próximo presidente.

Me encantaron las cartas de mis nietos. Siempre hay ocasión para ser «abué». Me siento menos cansado –trabajo bastante–. (Por eso, me canso menos). Anoche terminé la primera redacción del «Prólogo». Creo que lo enviaré en diciembre. A Solita la he visto la otra noche; cenamos en casa de Isabel Pope. Leí el «Huerto»; gustó. ¿El departamento? Como siempre. Voy a seguir con el «Prólogo».

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado, tres de la tarde,
15 de noviembre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

¿Qué es de vosotros? Os dejé con la pena de haber perdido las elecciones. ¿Y después? En cuanto a mí… ¿Cuántas cosas voy perdiendo –que no volverán, ni con las aves–? Si os hubiese escrito hace cuatro o seis días, os habría comunicado mis desazones. Y, sin embargo, ¡qué leves son, si las comparo con los términos de comparación que tan cerca se me han ofrecido! *Cántico* marcha viento en popa y ya solo. En una carta de esta semana: «Mágico amigo». ¡Ya es demasiado! ¿Y qué os diré de esta otra obra, de Claudie? Me atiende muchísimo: me señala la página en *Time*, la película que debo ver –*Milagro en Milán*, muy divertida– me brinda *quotations* para mi trabajo –trabajo diario–, me prepara comidas, me comunica las ideas que va poniendo en su tesis… Y a vosotros, os siento muy cerca. (Entregué a Mr. Mackey la carta y los sellos de Antó). ¡Cómo me acuerdo de esas criaturas! Sí, claro, pasaré con vosotros una gran parte del verano. Porque no me encuentro en disposición de ir al Perú, si es que ese viaje se me arreglara. Quisiera pasar las vacaciones de *Thanksgiving* en Nueva York –para leer a Paco García Lorca mi semblanza de Federico, supongo que ya la tendré puesta en limpio entonces–. Y tendré que ver a los amigos con cuentagotas, ¡y volveré cansado! ¿Cómo podría pasar un mes

dando conferencias? Y me siento menos fatigado ahora. (El peor momento es después del *lunch*). Pues bien, anoche comenzó Manolo a ponerme las inyecciones de Puche. (Manolo, amabilísimo). Amable, todo el mundo, hasta Miss Coe. ¡Qué a disgusto me encontraba y me encuentro en el departamento! (Os evito los detalles). Total: que me fui al *hall* y por las buenas hablé con Miss Coe. Resultado: que me dio pena y lástima. La pobre, afligida, tiene buena voluntad; ya me ha hecho concesiones. ¡Qué vamos a hacer! Hay que resignarse. Goethe, en Weimar. Y yo, que no he escrito el *Fausto* precisamente, entre las mujeres de este rincón.

Voy a Cambridge a cenar con los Marichal y ver a Poggioli: don Américo propondrá a Claudie como *assistant professor*.

Escribidme. Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 25 de noviembre de 1952

Queridos hijos:

Esta mañana he terminado de poner en limpio la actual versión del «Prólogo». Y verdaderamente no he levantado cabeza durante estos últimos días. Son 250 cuartillas –de las mías, pequeñas–. Mañana iré a Nueva York para consultar con Paco G. L. Trataré de ver a algunos amigos, pocos, y regresaré el domingo.

Me ha interrumpido Claudie. ¡Feliz interrupción! Salió el domingo y volvió anoche: visita a Princeton. Don Américo, paternal, muy cariñoso, presentando a su candidato –y *tal vez* para ser *assistant professor*–. Verdadero examen: ha visto a bastantes profesores que le han hecho mil preguntas. Sobre todo Wade le examinó –insiste Claudie–. Él está contento. Acabo de escribir a don Américo la carta del padre agradecido.

Otro examen: el de Clavería. Dio conferencia –excelente– sobre Galdós. Comida en casa de los Lapesa con Dieckmann y Singleton. Asistí. Muy suelto, Clavería. Uno de los candidatos a la cátedra de Amado. Dicen que

quieren un español. Pero Dieckmann y Singleton me preguntaron por Steve –edad, trabajos, etc.–. Le invitarán a dar una conferencia, candidato americano nº 1. (Montesinos, demasiado viejo). Dieckmann, muy «distinguido», muy «alemán afrancesado». (Tenemos amigos franceses comunes: Du Bos, los Baruzi, etc.). Yo, viejo bardo. Se me *admira.* (*Quelle bonne farce!*).

Pues bien, el viejo bardo sigue tomando las inyecciones debidas. Ahora voy a Boston, East Boston, al Hospital de Manolo Conde. Cenaré en casa de los Marichal, y volveré con Claudie. Me siento mejor. Nueva preocupación: qué enfado. ¡La tripita! ¿Qué hacer?

He recibido una carta simpática, enternecedora, de Rafael. Os la enviaré.

De Julián Calvo, nada. No se ocupa en el asunto. Interrogadle sobre la Sirena. De modo que os vais a México, que os alejáis –geográficamente–. Pasaré los días sin veros, y esta carencia la noto y me duele cada día más. ¡Esos niños! Iba a escribirles. No tengo tiempo. ¿Se acuerdan del Abué? ¡Qué lejos están ya aquellos meses de «El verduguito apetó»!

Las cuatro y veinte. Salgo corriendo.

La carta de Teresa no podía ser mejor ni más rica. Sí; ¡ahora empiezo a escribir! ¿Y la conferencia sobre Victor Hugo? Celebro –¡enhorabuena!– que Steve haya terminado su *Celestina.*

Abrazos, abrazos. Besos –¡a los cuatro!–. Vuestro,

JORGE

No os he llamado por teléfono porque no me acuerdo del número.

Nueva York, viernes 28 de noviembre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

¿Os alcanzará esta carta en Columbus? Creo que saldréis el lunes 1º de diciembre. ¿Adónde voy a escribiros? No me dejéis sin vuestra dirección,

sin vuestras noticias mucho tiempo. (La próxima carta irá al Tigris de Julián).

Bueno, ayer pasé el día en Riverside Drive. Cariñosísimos, todos. Doña Gloria me tiene lástima porque vivo en Wellesley y en tales condiciones. Laura va a hablar a las señoras de la escuela. A Laura y a Paco les leí mi «Federico en persona» –y todo el manuscrito–. Les gustó mucho, se emocionaron. Parecían sinceramente muy contentos. Ahora, la familia se ocupará en arreglar con el editor la cifra de mi remuneración. (Porque las 5.000 pesetas ofrecidas son, desde luego, insuficientes). Tengo aún que repasar el texto, atender a alguna pequeña observación de Paco, y darlo todo a copiar. Para enseguida ponerme a mi *speech* en la M.L.A. (27 de diciembre) sobre «Poesía de Pedro Salinas». Me he paseado por Nueva York. Public Library, Brentano's, Librería Francesa, *restaurant* francés (Champlain, en la 49)… Soy el de siempre, es decir, el padre de Teresa, y del otro Niño, el abuelo de esos niños, preciosos (vine con sus fotografías), el amigo de sus viejos amigos. Voy a llamar a Onís. Y a Casalduero. Procuro no cansarme. Paseo, veo a poca gente.

Abrazos, buen viaje. Antó: habla español por favor. Muchos besitos para ti y para mi nieta Isabel. La proposición de Onís me sorprende. ¡Quién sabe todavía! ¿Y la conferencia sobre Victor Hugo?

Vuestro,

JORGE

¡Qué familia, qué colmena! Steve, con su *Celestina*, Teresa, con V. H. [Victor Hugo], Claudie, terminando su tesis. Hasta yo escribo también…! ¡Admirable! Escribidme sobre el estado de ánimo de Julián en relación con la Sirena.

Wellesley, 1º de diciembre de 1952

Queridos hijos:

Yo no sé por qué me había figurado que os pondríais en camino el lunes 1º de diciembre. Y después de haberos escrito una carta en Nueva York –dirigida a Columbus–, rompí el sobre y os la envié a México, vía Julián. Allí os hablaba, entre otras cosas, de la lectura de mi semblanza, y de lo conmovidos que estaban Paco y Laurita. Vi también a Casalduero y a Ángel del Río. Y, atendiendo –¡como siempre!– una indicación de Teresa, vi a Onís. Cené, pues, con él y Harriet el sábado por la noche. Amabilísimos, los dos. Y el profesor me dijo: que propondría a Steve –antes del 8 de diciembre–; que vacilaba (¿o era una manera de excusarse?) entre proponer a Steve como *associate professor* –con 8.500– o como *full professor* con 9.000. –¿Qué hacer? –Pues lo que tenga más probabilidades de éxito –le decía yo. (Creo que la proposición más económica).

Más. Florit se encargará de la Revista y del Instituto Hispánico. Steve no tendrá más que estudiantes graduados. Y: que Onís no ve más candidato posible que Gilman. –No hay otro, es decir, de su valor. Me fue muy simpático. (Harriet asentía).

Total: que estoy contentísimo. El sueño de Teresa –N.Y.– se realizará –es casi seguro–. Y yo os tendré muy cerca. ¡Estupendo! Imaginaos si *me expresé* intensamente. Onís se jubilará en enero del 54. Entonces, él se irá a Puerto Rico por algún tiempo, y Steve ocuparía entonces el puesto –permanente–. ¡Estupendo!

Contentísimo, os abraza, vuestro

JORGE

Besos, besos a los niños. Futuro mejor. ¿Qué más? Claudie trabajando. No estoy demasiado cansado. Voy a terminar lo de Federico para pasar a lo de Pedro.

Wellesley, viernes 5 de diciembre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

No sé cuándo os vais de Columbus, y por si acaso, ahí van estas líneas –apresuradas– por *Special Delivery*. Están de nuevo en casa los Heinz pasando el *weekend*. Anoche estuvimos juntos en un concierto en Pine Manor. Sigo «terminando» –¡genio y figura…!– todavía lo de Federico. El lunes empezarán a copiarlo. Y enseguida me pondré a lo de Pedro. (Ayer, el primer aniversario. Telefoneé a Solita. Renovación de la pena. ¡Cuántos aniversarios se nos anudan!). Por lo tanto, este apremio me hace descuidar, entre otras cosas, la correspondencia. Escribiré a Pauline (preciosas las fotos de mi nieta preciosísima).

De salud, mejor. Me sientan bien las inyecciones. Pero Solita me dice que si no, me recomendarán esas hormonas. Voy a escribir al Dr. Puche. Lo peor es que engordo 181 libras. ¿Cómo dirigir eficazmente la alimentación en este sentido? No lo sé bien.

Vengamos a lo de Harvard. Están pidiendo mucha información, poniéndose en relación directa con varias gentes; de ahí las conferencias. Steve va siendo –cada día más– el inevitable candidato americano. ¡Quién sabe! Pero, según Juan, buscan por de pronto, a un español –o a un hispanoamericano–. Dieckmann quiere consultarme a mí también. Lo hará después de Navidades. (A Ángel del Río le ha preguntado por carta su opinión sobre Juan Marichal. ¡Qué estupidez!). En suma. En la lista de Harvard está incluido Steve. ¡Vaya usted a saber a quién le tocará el premio de esa lotería!

Cuéntame, Teresa, lo de tu conferencia, que estaría muy bien. ¡Lo contrario no es posible en esta fa-mi-lia! Claudie, muy ocupado, y esta vez sí termina pronto la tesis. ¡Cómo os envidio! ¿Y esas criaturas? ¡Qué ganas de veros!

Adiós. Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 7 de diciembre de 1952

Queridos hijos, queridos nietos:

Me encantó oír la voz de la señora y la señorita de Arcadia. ¡Llamadme otra vez! (*Collected,* por supuesto). El jueves, desde las siete y media en adelante. (¿Entre las siete y media y las ocho?). O el sábado por la mañana. Y claro, con Antó. Estaba pensando vagamente enviaros algunos regalitos de Navidad, y no sabía cómo. Pero una frase de esta mañana –«no tenemos un céntimo», frase que me has oído tantas veces, ¡pobre mamá!– me ha sugerido la idea del cheque –adjunto–. Para los cuatro Gilman –naturalmente–. Quisiera ayudar así al Santa Claus mexicano.

¡Qué *party,* la de ayer en Dunster House! Me parecía ver jugar a Antó con sus sellos o a Isabel con Pami o el abué. ¡Y qué cariñoso y paternal don Américo! Ahora son los alemanes quienes piden cartas hablando de Claudie y de su tesis. El puesto –«Bi-Centennial etc.»– es deseado por muchos.

Esta noche leeré aquí a Claudie y a los Heinz «Federico en persona». No estoy descontento –porque he dicho exactamente lo que tenía que decir. O sea: que me he volcado–. Y es verdad que me queda poco tiempo para lo de Pedro. (Y quisiera ir a Nueva York, no sé si antes o después de Navidad). ¡Ah! Sacudid a Julián. Nada me ha escrito sobre lo de la Sirena. Ahora recuerdo otra cosa: mis papeles. Los que dejé ahí. Temo que lleguen cuando esté ausente en Nueva York, si me los mandas ahora. *Sobre todo me importa que no se pierdan*. Este beato sillón, el grande, sigue teniendo dos horribles manchas de tinta. ¿Qué hago, Teresa? ¡Ah! Hablé a Laurita de la escuela para Antó. Se ocupará en ello.

¡Qué ganas de veros! Abrazos a los cuatro. Besos a los tres. Besitos a los dos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 30 de diciembre de 1952

Teresa, hija:

Estoy queriendo escribirte todos los días, pero desde el sábado –regresé de Nueva York el viernes– ha sido la *cohue*. Ante todo, reiteraré las «Felicidades» de mi telegrama. Si hace treinta años, tu maravillosa aparición me hizo llorar, ahora no ha dejado de sacarme alguna lágrima. ¡Estoy tan orgulloso de mis hijos! Y de sus consecuencias.

En Nueva York vi a varios amigos: de don Tomás Navarro y Casalduero a Gaos y Clariana. Pasé la Nochebuena en casa de doña Gloria. Aquel día envié el «Prólogo» a Isabelita, prólogo que me ha tenido prisionero más de dos meses. Esta noche lo leeré en Dunster House ante los amigos, porque Juan está enfermo desde anoche (gripe, probablemente).

Y aquí, en estas reuniones universitarias… Debiera ser Claudie el cronista. Se lo he dicho varias veces: ¡Cuéntaselo a Teresa! Tengo yo, pues, que decir que… Me parece francamente excesivo: yo creo que estas lecturas, especialmente la primera –«Poesía de Pedro Salinas»– han sido el mayor éxito de mi vida universitaria. La sala, llena, durante mi lectura. Aplaudieron antes de empezar a leer. Y, al final, ¡qué ovación, y qué elogios! La gente, emocionada. Resulta que soy un autor que hace llorar. Pero mi *paper* es nada más que un esbozo. En fin, siento que no hayáis asistido tú y Steve. He sido, pues, la *vedette* de los grupos españoles. Tengo que contarte muchas más cosas, pero voy a tomar el tren… Me ha interrumpido Steiner. La *cohue* –esta vez la *intra-cohue*– continuará. ¡Esos niños! Para ellos, para Steve, para ti un «Feliz Año Nuevo» –nada convencional–.

Celebro que gocéis del sol. Un abrazo para Julián. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 31 de diciembre de 1952, tres menos diez

Queridos hijos, queridos nietos:

Están sonando las *Noches* de Falla –magnífico regalo, ¡gracias!– y os quiero enviar estas líneas antes de tomar el autobús. A las cinco veré a Steiner, luego a Claudie. Cenaré con los Lapesa y pasaré luego por casa de Solita. La enfermedad del pobre Juan ha desbaratado nuestros planes. Dormiré en Dunster House, y mañana comeré con los Marichal y María de Oñate. Anoche fue la lectura de la semblanza de Federico en Dunster. Claudie y Jaime prepararon un ponche servido en el intermedio –porque resulta una conferencia-Parsifal–. ¿Y qué deciros? Había unas veintitantas personas; algunas apenas conocidas mías, y los amigos de siempre. ¡Qué fieles estos ya viejos amigos! El final –un «Lamento»– fue seguido de un silencio de verdadero duelo, como si se nos volviese a reunir Federico. Y así era. Claudie os lo contará todo –me ha dicho esta mañana por teléfono–. ¡Ese niño! –Ya sabes que yo soy el primer admirador tuyo–. ¡Qué cosas tiene que oír este pobre Monsieur Guillén, viejo bardo!

Y ahora me pondré a revisar mi ensayo sobre Herrera para el Homenaje a Amado. Me resigno a publicar esas cosas –ya antiguas en mi trabajo–, y quizá las reúna en volumen, ¿una antología de prosa? ¡Van pasando los años, y tengo tantos proyectos y deseos de poemas! En fin, todo el mundo está muy cariñoso conmigo. Pero me faltáis vosotros. Y mamá. Me preguntan por mis nietos, y enseño sus retratos: ¡Abué, sí, entusiasta!

Un abrazo a Julián. Abrazos a todos. Esta es la última carta del año. Y ahora, 1953 ¡Y adelante!

¡Cuánto os recuerdo! ¡Cuántas ganas de veros! Vuestro,

JORGE

¿No os he dicho que acaban de decir a Juan que no seguirá en Harvard? Estamos todos indignados, ¡qué estúpida injusticia! Juan, deprimido.

Wellesley, jueves 8 de enero de 1953

Queridos hijos:

Dices, Teresa, que te escribo poquito. Es verdad. ¡Pero con frecuencia, *con cierta frecuencia*!

Recibí tu carta esta tarde; y ya está escrita la carta a Concha de Albornoz. (Con ella y Clara Janés cené en Nueva York). Le hablé de tu indignación a Juan –por teléfono– y me dijo que le interesa Mount Holyoke. ¡A falta de otra cosa mejor! Solita tiene una infección de garganta. Pero parece animosa. Él, deprimido. (Muy animosa, Joan. Trabaja: da clases de Español en una escuela, es secretaria de Dieckmann. Dieckmann –¡el *chairman*!– me ha anunciado repetidas veces que vendrá a visitarme a Wellesley. –¡Déjale venir! –dice Claudie. Joan, siempre cariñosa. Cuando nos vemos, nos besamos. ¡Ya es un rito!).

Estos días estoy revisando los poemas cortos de Columbus, entre ellos, los poemas en prosa. ¿Poesía? Eso quisiera. Y mañana reanudaré las clases. ¡Bah! Sin el menor cansancio –aparte del físico–. (¡Tres horas!). Rubén Darío, *El Quijote*, Peribáñez… ¿Os hablé de un proyecto de libro de crítica? Me detuve a tiempo al borde de ese abismo. Es decir, lo he aplazado –para más tarde, sabe Dios–.

Acabo de escribir a la Casa Aguilar. La historia sería prolija; os la contaré de viva voz. Total: que me ofrecen por mi «Prólogo» –50 hojas a máquina– 150 dólares. Yo les pido *300*. Me los darán. (O retiraré el «Prólogo»). No me importaría publicarlo por nada en otra parte. Pero se trata de un litigio entre el capital y el trabajo: ¡nada más! Lo que me dices de los niños –que quieren vivir con el abué, que un príncipe se parecía al abué– me encanta. ¡Nietos preciosísimos!

¿Y qué me dices de «Julián y la sirena»? ¿Qué hay de ese proyecto? Escribe. (Juan recibió la carta de Steve).

Abrazos y besos. Se os quiere. ¡Mucho, mucho! Encantado de la carta de Antó. ¿*No dicta* la dictadora Isabel? Buenas noches. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 22 de enero de 1953

Queridos hijos:

Recibí vuestras *sendas* felicitaciones y ¿qué queréis que os diga? No solo «muchas gracias» sino: ¡venid, venid! Se os espera impacientemente.

Escribí –¡ya era hora!– a Jimmy Doolittle. Apenas le vi en Boston. No pude escuchar su *speech* sobre Racine y Diderot. Pero sabía –por Claudie– que deseaba saber si en Wellesley había un puesto para él. Hablé con Miss Melcher y me dijo: no. Además, me contó –y alguien más me lo ha confirmado– que Jimmy quedó mal, porque Dieckmann –el «especialista» en Diderot– deshizo por completo el *paper* de Jimmy. En suma: que este pobre amigo no tiene mucha fortuna.

Lo de Claudie, ya lo sabéis, marcha muy bien. ¿Y cómo no? La tesis está *ya* –¡ya!– concluida. Más de 400 páginas. ¡Qué bien se ha portado don Américo! Ya le he expresado mi agradecimiento. Las cartas de Harvard –Finley, Poggioli, etc.– han debido de ser muy favorables. (La otra noche cené –¡gran cena a la europea: vinos, licor, cigarro puro!– con los *Junior Fellows*. Poggioli, muy amable). Quien está muy deprimido es Juan Marichal. Estamos tratando entre todos de que le nombren en Mount Holyoke o en Smith. Fuimos todos –ellos, Ginoux, Claudie, yo– anteanoche a oír a Duke Ellington en un *nightclub* de Boston. (¡Lo goza tanto Claudie!). Y el único «apagado», el pobre Juan.

No os hablo de las últimas *menciones* de *Cántico* por esas revistas. Frecuentes, afirmativas… Eso, *por ahora,* marcha ya solo. Pero no me toca a mí insistir –no vaya a creer mi hija que me pongo tonto…–. ¡Y no me pongo tonto!

Abrazos a Julián, y a los niños, mis maravillosos nietos. Y ahora, *academic council meeting*. Os quiere y abraza vuestro

JORGE

Wellesley, domingo 1º de febrero de 1953

Queridos hijos y nietos:

¡Bienvenidos todos! Mi plan es el siguiente: salir con Claudie el viernes próximo, por la tarde, creo que a las dos, y presentarnos en vuestra casa entre seis y media y siete.

(El martes, exámenes. El miércoles, entregaré las notas. Pero el jueves, conferencia de Ángel del Río en Harvard: candidato también. Me quedaré a oírle. Es el viernes cuando está libre Claudie. Saldré, pues, con él).

Hasta el viernes, si se cumple este plan. Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, viernes 6 de febrero de 1953

Queridos hijos y nietos:

Ya tengo preparadito –un «índice», los textos ordenados– la conferencia del próximo lunes en este colegio («Un epistolario de Federico García Lorca»). Ya he conseguido –conversaciones un poquito violentas, llamadas al teléfono– que en el próximo viernes no haya *department meeting*. ¡Todo es difícil y desagradable en este ambiente mezquino! Suenan las noticias en la radio. ¡Stalin, Malenkov! Acontecimientos importantes, sin duda, y frente a ellos una ola de tonterías en el Occidente…

Dejo para final de esta carta lo más importante en este mundillo personal ¡Magnífica la conferencia de Steve! Gustó mucho; la mejor conferencia según algunos de estos oyentes tan sofisticados. El profesor de italiano se expresó en términos de gran elogio. ¡Y qué bien dicha, y movida y accionada estuvo la conferencia! De gran altura. ¿Son mejores que Steve los mejores profesores de Harvard? Me acordé de ti, rica, mucho. Y de mamá. Y de esos niños tan preciosos.

(Hoy ha llegado una carta para Mrs. Gilman. La envía el notario, con el oportuno documento presentado a la firma. Otro igual llegó para Claudie.

Se lo entregaré a Steve).

Mañana leeré «Federico en persona» a la «comisión» de *Presidence* y a los Marichal. (Fichter, L. Morillas, etc.).

El tiempo pasa… Y lo mejor de todo, vosotros. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 19 de febrero de 1953

Queridos hijos y nietos:

Me parece haber soñado, por lo menos, una parte de mi viaje a Nueva York. Sí, vi a varios amigos muy gratos, muy interesantes. Vi a mis hijos: y nada más *natural*. Pero ¿esos nietos? ¿He soñado la acogida que me dispensaron a mi llegada? ¿Fueron verdad aquellos *ice-creams* estupendos?

Volveré a Nueva York –volveré a soñar con mis nietos– el viernes 27. Es posible que venga Joan Alonso, más exactamente, que me lleve ella en coche. Tal vez ese medio de locomoción permitiría el viaje de Claudie.

Han comenzado las clases. Pequeñas dificultades, ambiente poco «risueño». (Mañana, *department meeting*...). Vi en Cambridge a los de siempre. Muy interesados por vuestra suerte los Marichal. Hoy vuelvo a Cambridge a ver a Claudie.

Me acuerdo de vosotros, de los trabajos de mi hija, de las ocupaciones y preocupaciones de Steve. Recibo cartas, aparto sellos para Antó. Enseño las fotos de mis nietos para que me digan que son maravillosos. ¡No me conformo con menos!

Besitos a Isabel y Antó. Abrazos para todos. Vuestro,

JORGE

¿Recibió Steve lo de Herrera?

Wellesley, domingo 22 de febrero de 1953

Queridos hijos y nietos:

El jueves llegó la carta de Wade, carta amabilísima, enteramente satisfactoria para el joven *assistant professor* y para todos los suyos. ¡Qué bien lo dices tú en tu carta, Teresa! Sí, la ausencia de mamá nos duele más aún en estos momentos. (De mamá y de Grand'Maman). De suerte que tendrá ese puesto durante tres años; 4.500 dólares. (No es el *bicentennial*. Eso era demasiado en relación con la situación actual de Claudie). Wade dice que todo ello supone la aprobación próxima de la tesis. Tesis ya en mano de los jueces. El de Literatura Inglesa ha corrido a manifestar: «*I admire you*». Don Raimundo no ha dicho absolutamente nada –fuera de la lista minuciosa de erratas y errores que va escribiendo–. En fin, Claudie no puede empezar mejor. Se lo contaré a José, mi hermano, para que se lo cuente a los demás…

Quedamos, en que iré el viernes próximo a Nueva York, tal vez, probablemente con Joan, acaso con Lucinda, Ruth, Manola… Convendría, me parece, que fuésemos a ver *Peter Pan* en la mañana del sábado. ¡Estos fines de semana son tan cortos!

Sobre todo, como este último, con *department meeting* el viernes por la tarde. Hablé con la *chairman* de buena voluntad. *Rien à faire!* Me aduce razones que se refieren al conjunto del departamento. O si no, yo sería un egoísta que sacrificaría a los demás profesores, etc., etc. En fin, es la (todavía suave) adversidad. Peor sería la guerra… ¡Peor serían otras tantas cosas!

Esta tarde voy a Waltham a ver a Claude Vigée, siempre amabilísimo amigo.

Hace un día estupendo.

¡Cómo me acuerdo de esas criaturas! Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 2 de marzo de 1953

Teresa, hija:

El viaje de regreso fue muy grato. Cenamos en el camino, llegamos a las nueve. Esperé hasta las once la prometida llamada de Claudie. No llamó. Le veré probablemente mañana. El curso próximo –soledad en la casa– se me va a hacer más cuesta arriba…

Por la mañana, clases y «conferencias» con alumnos. (¡En inglés!). He preparado el seminario de esta noche oyendo buena música. He recibido, como regalo, un disco de Orlandus Lassus, Des Prés: hermosa música vocal francesa). Y ahora voy a cenar.

Ahí tienes la carta de Mrs. Ripley dirigida al colegio. ¡Qué testarudez en vivir –y con qué inteligencia–! Me conmueve pensar en esa admirable anciana –que te guarda tanto cariño–. ¿Y qué tendrá esta vida tan pasajera, tan frágil, que uno retiene con tanta seducción, a pesar de todo?

A pesar de todo… Me apena verte fatigada y con menos «ilusión», según tú explicas. Lo de los ojos no será gran cosa. Pero pienso en mi *petite fille*, según diría tu madre, y verla así me apena. ¡Todos te queremos mucho, mucho, mucho!

¡Qué hijos tienes! El jueves veré a Steve en Cambridge. Me dijo Joan que no cree que le invite a cenar el *chairman.* ¡Mejor! Cenaremos juntos en ese caso. ¿Y tal vez regresará Steve a Nueva York con Claudie por la tarde? Rica: dime lo que te diga el oculista.

Abrazos a todos. Para ti muchos besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 28 de marzo de 1953

Queridos hijos y nietos:

El mismo Claudie os lo ha contado ya. ¡Don Claudio Guillén es Ph. D. de Harvard! Todo marchó honesta y suavemente. Él, contento; yo,

contentísimo en mi nombre y en el de todos los ausentes. ¡Y no estaba mamá el otro día en Cambridge! (Y pienso en Grand' Maman, en mi padre…). Claro: nada más *natural* que Claudie sea doctor de Harvard. Eso no es más que el humilde trámite *previo.* Y ahora… A vivir, nada más. O sea: «¡Publicar o perecer!».

Nuestras últimas cartas se cruzaron. ¡Cuántos amigos y cuántas agitaciones en estos últimos días! Nosotros –Claudie y yo– asistiremos al concierto de Marian Anderson el miércoles y el jueves, 2 de abril –¡Jueves Santo… en Sevilla!–, tomaremos el tren de las 10 en Boston, que nos dejará a las 2.05 en Nueva York, estación de la calle 125. Allí tomaremos un taxi, a no ser que Steve tuviera la no recomendable humorada de esperarnos en la estación. Llevaremos maletas, complicadas, por las engorrosas sábanas requeridas. Y todavía podremos aprovechar aquella tarde. ¡Esos niños! Recibí el dibujo y la carta de Antó. ¡Isabel no me escribe! Tengo muchas ganas de verlos a ellos, a sus autores. *I am looking forward*, etc., etc.

Besos y abrazos de vuestro

J. G., padre del doctor CLAUDIO GUILLÉN

Wellesley, Mass., jueves 7 de abril de 1953

Queridos hijos y nietos:

La carta de Teresa me ha completado las noticias telefónicas de la otra noche. ¡Ay, si fuera verdad eso de que me invitaran a enseñar en Hopkins! Pero ya es demasiado tarde; me refiero al presente curso, que está acabándose. Porque decididamente aquí me encuentro cada día peor. Voy a hablar de nuevo con la *chairman*: el plan de mi trabajo para el año próximo me disgusta cada día más, va agravándose. O se modifica un *poco* o me voy. ¡Y Dios dirá!

…Y dirá que yo siga aquí, en estas mediocridades. En fin hacia el 26 –o mejor, el 26– vendréis. Ayer vi a Farre y ya tienes el *appointment* para la

tarde del 27 *o* del 28. ¿Qué quieres que le diga? Veré a Farre el jueves próximo.

Ayer me llegaron varios libros: la antología de Moreno Báez, el libro de Clavería, sobre Unamuno, otras cosas. Y la antología italiana de nuestra poesía española. Libro importante, serio y, como toda antología, discutible. A mí me trata bien, pero me deja en el año 32 –fecha de la *Antología* de Gerardo–. ¡Qué difícil la crítica! Mucho más que escribir las obras criticadas.

Como vais a venir pronto, como los viajes a Nueva York me cansan, pensaba no ir la semana próxima. Siento no ver a Dámaso. ¡Otro lustro nos reunirá! Y como tendréis a Claudie el 15 y el 16, ¿por qué no invitáis entonces a los del Río?

¿Y esos nietos? Ellos sí que son amigos míos. Besos y abrazos para ellos y para sus papás. (Por cierto, ¿qué podría regalar a Erik Clavería? ¿Algún libro? ¿Tienes alguna idea, Teresa?). Claudie trabajando y cariñoso. Me ha copiado «Huerto de Melibea». Lida vendrá probablemente a Wellesley el sábado. Me gusta mucho su artículo sobre Quevedo.

Adiós. Vuestro,

JORGE

Wellesley, miércoles 15 de abril de 1953

Queridos hijos y nietos:

Por fin me siento mejor. (Sin embargo, las nueve «–las nueve son ahora y… tosiendo–», habría dicho un sereno). Claudie me ha cuidado muy bien. Y hemos hablado de muchas cosas, de muchísimos temas. Marchó esta mañana. (Vendrá mañana para almorzar). Y se me presentó de improviso un alma cristiana –en forma de Anita, que me hizo un gran favor: ella fue al *market* y me evitó el salir–. Y me regaló un *ice-cream*. Por la tarde ha vuelto –con Lucinda–. ¡No estoy solo! He trabajado dulcemente, y al anochecer oí música. Porque me ha confortado mucho el silencio. (Estas

beaterías negativas irán conviniendo a mi edad). En la nevera hay cosas, entre ellas, unos regalitos de Gladys. Cajitas de turroncitos… ¡Qué ricos todos! (Todos nosotros). Advierto que regresar de una pequeña enfermedad a la salud es como volver a *Cántico*.

¿Y vosotros? Aunque me encuentro más fuerte, me siento muy sentimental, muy saudoso de vosotros. ¡Me gusta tanto vivir entre vosotros! Pero antes de volver, tengo que descansar, trabajando. ¡El ocio puro es fatigosísimo!

Adiós. Os recuerda mucho vuestro Jorge (un poco de Pedro).

J.

Wellesley, 22 de abril de 1953

Queridos todos:

Me encuentro mucho mejor, aunque todavía arrastro una tos carrasposa. Pero ¡qué cansancio todavía! *En este sentido* –en el de mi cansancio– no tengo ganas de moverme. Preferiría quedarme en este sillón, y descansar dormitando, leyendo, escribiendo. Pero…

Me resulta intolerable la idea de no estar con Antó en su cumpleaños. Le había prometido, además, que iría a N.Y. ese día. La carta de su mamá, que ha llegado esta tarde, me deja libre. Claro, podría acogerme a esta situación de la fatiga. Pero me sabría mal. Cuento, pues, que esta vez iré por Antó y para estar con Antó. No quisiera agitarme durante este fin de semana, vosotros nada más. (Pienso también en la niña y en sus papás. ¡La niña Isabel y un *poco* de Marta!).

Teresa: compra lo que quieras para Antó. Tope: ¡qué sé yo! Pongamos 10 dólares. O 12. O los que el regalo necesite.

Y gracias por lo de los Marichal. ¡Qué favor me haces! No he tenido ocasión de ir a ninguna parte, con motivo de mi «dolencia»…

Ayer leí lo de Federico en Harvard. Sala llena. Presentación muy amable de Dieckmann. (Y cheque). Cené con los Marichal. ¡Cómo me ha

cuidado Claudie!

Hasta el viernes. Saldré de Boston a las tres de la tarde. Un poco precipitado pero no podría llegar, si no, para cenar con los niños. En N.Y. estaré a las siete y veinte. Podríamos cenar, si Dios quiere a las ocho. Y felicidades ya a Antó. Y muchos besos también a Isabel.

Besos, abrazos a la redonda.

JORGE

Wellesley, lunes 27 de abril de 1953

Queridos todos:

Perdí mi tren bueno, que había salido según el horario nuevo. Llegué, pues, cerca de las doce. Me desperté a las ocho. En suma: jornada con sueño atrasado. Pero hoy es día de clases, de seminario esta noche… ¡adelante!

A Claudie no lo he visto aún. Comió con los Deguise; anduvo con Marina R., que andaba por aquí.

Ahora llega una carta de Dámaso. Dice que está tristísimo; no vendrá a Boston; saldrá de Nueva York para España. ¡No nos veremos!

Os escribo sobre un discurso del Collège de France que me ha enviado Bataillon. Y esto me hace recordar que no os dije –y este olvido me remuerde– que hace un mes murió en París el pobre Jean Baruzi. Lo que me ha causado mucha pena. (¡No ha podido sobrevivir apenas a su hermano!).

Os quiere, os recuerda, os agradece muchas cosas este «pobre abué». Vuestro,

JORGE

Al llegar encontré una carta cariñosísima de Poggioli. «Emocionado» con la «experiencia» de mi lectura sobre Federico. Y me envía el sumario impreso del próximo *Inventario* encabezado ¡Dios mío! con lo de Alonso Quijano. Todo ello me reanimó los espíritus...

Wellesley, 29 de abril de 1953

Queridos hijos:

Anoche me dijo Juan por teléfono que ayer el Departamento de *Romance Languages* de Harvard había «propuesto» a ¡dos profesores! Número 1: Clavería. Número 2: Lida. Nada más. A la propuesta de Clavería se llegó pronto. La de Lida fue más laboriosa, porque Rogers –¡mal abogado!– pidió que se nombrara a Steve. Y Steve –¡envidiable objeción!– fue considerado muy bueno, *pero* demasiado joven. ¿Qué voy a deciros? Me alegró mucho que se haya propuesto a estos dos tan próximos amigos. Me dejó desilusionado y melancólico que se aleje –sabe Dios hasta cuándo– la posibilidad de teneros tan cerca, y nada menos que en Harvard. Nosotros –Pedro, yo– habríamos sido demasiado viejos. Steve, que pertenece a la generación de mis hijos –¡suerte que él tiene!–, demasiado joven…

Hasta ahora solo se trata de *la propuesta*. Tiene que resolver definitivamente el comité *ad hoc* del que forman parte profesores ajenos a Harvard (Spitzer, O. Green, etc.). Este comité *tumbó* el año pasado a un candidato propuesto por Levin.

Otro dato: Singleton propuso a Ángel del Río, entre otras razones porque podría ser *chairman.* Y nada más.

(Veré a Farre la semana próxima. Estará aquí hasta mediados de julio).

Acabo de recibir el *acaso* último libro de Alfonso Reyes, el expatrón de Lida: *Árbol de pólvora*.

Besos a esos niños. Y recuerdos a Onís… Vuestro,

JORGE

Anoche leí en la tertulia poesías del profesor Guillén. ¡Qué joven todavía para llegar a ser nombrado *old Castillian poet*!

Wellesley, miércoles 13 de mayo de 1953

Queridos hijos:

Basta lo que me habéis contado de la conducta del cacique para que los improperios se hayan multiplicado en mis soliloquios. ¡Increíble! No me lo figuré tan canalla. Pero ¿eso no indica que aún no está resuelta esa situación? Nunca –o a duras penas– se pierde la esperanza.

No te apures tanto, hija. No, no llegará la sangre al río. Se aceptará –¿y cómo no?– la transacción que yo propuse: que esa clase –la que origina el conflicto– se reúna como seminario, es decir, una vez a la semana y por la noche. Y la vida sigue, y el buen tiempo nos ayuda a todos a *templar* los trabajos cotidianos. No estoy triste –¡por Dios!–. Si mi «fe» no me lo permite. Y además voy a veros muy pronto.

¡Cuánto sentiré no dar la vuelta a la isla con Antó e Isabel! Pero no podré ir este *weekend*. ¡La suerte está echada! Tenemos pasado mañana reunión en el departamento –puesto que yo pensaba pasar aquí la tarde del viernes–. Y el sábado estoy invitado por los Barnet –Departamento de Música–. Hoy he recibido una carta –muy amable– de Dámaso diciéndome que os verá el sábado. ¡Siento de veras no dar un abrazo al gran Dámaso!

Muchos besos a esas criaturas. Vuestro, con abrazos para todos,

JORGE

Wellesley, martes 19 de mayo de 1953

Queridos hijos y nietos:

Acabo de recibir vuestra postal de «la noche del sábado» a la luz del *whisky*, me parece. Imaginaos si habré yo sentido no participar de esa alegría. (¡No me refiero al *whisky*!). Todavía no ha llamado Claudie. ¿De modo que no visteis a Dámaso? ¿Qué pasó?

(¿Qué hay respecto a Columbia? Contadme). *Pero vais a venir*… ¿El martes? Precisemos. ¿Hacia qué hora llegaréis? ¿Qué debo haber comprado

en el *market*?

Ahí tenéis la carta de Renée. Yo creo *que ya ha llegado la hora de firmar ese documento*. Hoy –¡qué vergüenza para mí!– he recibido carta de Trinita, a quien hice enviar un *Cántico*. Esta misma tarde le escribiré. Ayer me llegó carta de Florencia: ¡Mrs. Arnold! Amabilísima, Madame de Sévigné. Lamento que Joaquín, el Sultán del Alcázar, no tuviera tiempo de recibir a Mrs. Arnold. Era Semana Santa y el Generalísimo se alojaba en los regios Alcázares.

Ya he enviado a «Melibea», camino de *Inventario*, a Poggioli. (¡Y a María Rosa!). Tengo ante mí la carta de Poggioli: «*Che dono raro, prezioso, bellisimo!... Il finale soprattutto col lamento dell'eroina e le parole di chiusa della notte, mi pare, se non poesia pura, pura poesia. Grazie, ancora una volta, di tanta grazia!*». (¡Divino italiano! ¿Habéis leído *Orígenes, Insula*?). Ya estoy impaciente por ver a esos niños. Y a sus autores.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 10 de junio de 1953

Queridos todos:

Os imaginamos ya instaladitos y contentos en vuestra casa veraniega, después de vuestro paso por el Canadá. Me acordé más todavía de vosotros cuando nos llegaron noticias de los huracanes de Michigan y Ohio. Aquí, en Worcester –¡tan cerca!– el tornado ha sido espantoso. ¡Qué desamparo a merced de la naturaleza madrastra! (Y mis pobres manuscritos sin nadie que me los copie).

Pues bien, aquí terminamos por ahora con el odioso departamento y llegamos al glorioso *commencement* de Harvard. No logré –esta mañana fue– ver al Marshal nuestro. Pero ahí estuve, pensando en nuestros ausentes. Hubo varias referencias al *academic freedom*. Comí –por fin– este

mediodía con Haraszti y ahora espero –otra deuda– al simpático René Galand –con quien cenaré en Seilers–.

Ayer, la noticia fue la nueva «nota» de Juan Ramón –en *Índice* de Madrid– sobre nosotros, los «poetas voluntarios y docentes». Una tristísima estupidez –con las mismas palabras de siempre–. Única variación: me señala a mí como el «más completo valor», «para mí, sin duda alguna», entre estos poetas profesores.

Claudie lee, veranea y se prepara para comenzar su artículo sobre el Lazarillo. Espero que llegue a empezar algún día de este mes. Nos acordamos mucho de vosotros, gracias, una vez más, *for coming.*

Besos y abrazos.

JORGE

Wellesley, martes 16 de junio de 1953

Queridos hijos y nietos:

De suerte que os encontráis a la orilla de un hermoso lago y en el centro de las felices vacaciones… Que me escriban los niños; ya tendrán algo que contarme.

El *commencement* se celebró ayer. ¡Terminó el curso! Esta mañana, Farre me ha estropeado mis planes. Porque me está cuidando con tal amor la muela que me había sacado el Dr. Power, que no podré salir hasta después de la semana del 29. O sea: que daré mi conferencia el lunes 5 de julio en Middlebury –si ello es posible– y que dos o tres días después gozaré de la Arcadia más intensa que jamás ha existido.

Mañana salgo para Nueva York. Allí voy a recitar poemas míos durante *dos horas* para la Shakespeare Tape Library, según estoy tratando con el Sr. de Mandach, un suizo que quiere inmortalizar nuestras voces. Y ya en Nueva York me alargaré a Filadelfia para ver a los Clavería. Claudie también va a hacer una excursioncita. Mañana por la noche hablará en el Hotel Sheraton Plaza, Pittsfield, ante 150 personas que ofrecerán un

banquete de despedida a un señor que va a España perteneciente al *Experiment of International Living*. ¿Por qué? Joven de cartel, Harvard… ¡mucho, mucho!

¿Cómo están Steve y Antó? ¿Cómo están Isabel y su mamá? Pienso en todos vosotros –*los cinco*– y me siento feliz.

Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, martes *23* de junio de 1953

Queridos nietos, Teresa, hija:

He pasado tres días en Nueva York para «recitar» algunos poemas, de acuerdo con Mr. De Mandach, de la Shakespeare Tape Library. Pero este señor –dulce y laborioso profesor suizo– no apareció. Ahora, hace un momento, me ha telefoneado excusándose; y hemos quedado en que aquí, en esta casa, durante varias sesiones, del viernes al domingo, haremos la recitación. (Una, mía, de los versos de este abué. Otra, sobre don Pedro Salinas, como acompañamiento de algunos poemas de Pedro, recitados por él en la Hispanic Foundation, de Washington). Todo ello me parece interesante –y divertido–.

He cambiado de plan. No iré a Middlebury. Iré, sí, al jardín de esa Arcadia –para mí verdadera Arcadia– si no hay estorbos prácticos, el 1º de julio, miércoles. Mejor dicho, ese día quisiera tomar el tren. Ya os telegrafiaré la hora de mi llegada.

De Nueva York me trasladé a Filadelfia. Pasé el fin de semana con los Clavería, encantadores, amabilísimos. Hablamos de lo de Harvard: tema inagotable de conversación… A todo esto, sigo en manos del dentista. ¡Farre suavísimo! Y el lunes, probablemente, iré a Salem, a ver a mis amigas Lucinda y Ruth. Aquí ha estado y está Jaime, simpático.

Recibí, Teresa, tu carta, con las noticias del lago… ¡Qué ganas tengo de ver a esos dos nietos, a esa niña y a ese niño como no los hay en el mundo!

¿Steve, ya en Columbus?

Para todos, abrazos de este abué.

JORGE

Wellesley, sábado 27 de junio de 1953

Queridos hijos y nietos:

Ayer y hoy los he pasado leyendo para el *tape recording* del Sr. De Mandach. 1º, presentación de *Cántico*. 2º, «Huerto de Melibea». 3º, Poemas míos en la Antología de Miss Turnbull. 4º, P. S. y Jorge Guillén. O sea: parte de la semblanza de Pedro y el ensayito sobre su poesía que acabo de enviar al homenaje de *Buenos Aires Literaria*. Tengo aún que ordenar papeles, escribir carta, preparar el viaje.

¡El viaje! Saldré, si Dios quiere, el próximo miércoles 1º de julio a las 4.30 de Boston. Cambiaré en Cleveland y llegaré a Columbus a las *10.20 de la mañana del jueves.*

¡Qué ganas tengo de veros, de llegar a esa casa, a ese jardín y de *instalarme* para el verano!

Claudie, en Middlebury. También recibiréis carta de él. ¡Bien por el documento sobre tema contemporáneo!

Esos niños ¿me recuerdan? Yo sí los recuerdo admirablemente.

Abrazos, besos a los cuatro, a los tres. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 28 de junio de 1953

Queridos hijos y nietos:

Estaba yo contento y tranquilo, haciendo «de mi capa un sayo» –como decía mi madre– cuando anoche me llamaron de Middlebury don Américo y Ángel del Río. Llamada muy amable: me pedían que fuese a dar la

conferencia. ¿Qué hacer? Se pasa uno la vida templando gaitas –yo también soy amable– o, en esta ocasión, albogues moriscos. ¡Maldita la gana que tengo de ir a Middlebury! Pero iré, o sea, retrasaré mi llegada –¡qué «atrocidad»!– a Columbus hasta el miércoles de la otra semana. La conferencia será el lunes 6, tomaré el tren el 7 y llegaré el 8. Ya os avisaré la hora. Yo saldré de aquí el jueves 2, para llegar el viernes por la tarde a la Escuela Española. Evitaré así el amontonamiento del fin de semana, y veré a los amigos antes de la conferencia. ¡Qué fastidio!

Sí, todo muy amable, lo reconozco complacido y hasta *flatté*. Pero… ¡Esos niños, ese jardín, esas conversaciones y lecturas con Antó, esos viajes con Isabel!

Sigo escribiendo cartas y ordenando papeles. (Una revista de Puerto Rico, lectura de ayer: nuevos arañazos del Sr. Jiménez. Y para depreciarme me relaciona con el Duque de Rivas. ¡Absurdo! Y puerco).

Os quiere, os necesita, os abraza el Abué –o sea, el *papy* de la *mamy*, –o sea, el «Poeta Cerrado» (!),

JORGE

Wellesley, sábado 19 de septiembre de 1953

Queridos hijos y nietos:

El viaje se me hizo largo. Llegamos con *dos* horas de retraso a Buffalo, y perdí el tren de Boston, y tuve que volver al primer tren, que me llevó hasta Albany. Total: que llegué a casa cerca de las cuatro y media de la tarde. Muchas cartas me esperaban, entre ellas las de Guggenheim. Ayer fui a Cambridge. En casa de Edith –casa muy agradable– había una *party* hispánica. Y cené en Arlington con Joan, y Ana María Barrenechea, encantadora, muy fina, de más edad –creo– que María Rosa. Y Joan, con Ana María me trajeron a Wellesley, mientras me preguntaban por vosotros. ¿Y Antó?

Hoy me he consagrado a redactar mi texto para la Guggenheim. ¿Es demasiado largo? Lo siento sobre todo por Steve, a quien agradeceré infinito que me lo ponga en ese hermoso inglés. Hay que hacer varias copias. Y convendría –dice la Fundación– no solo el mínimo de siete copias –para las siete «referencias»– sino algunas más: *doce*. Yo siento muchísimo molestaros. Pero ¿no sería más *discreto* que esas copias se hiciesen ahí, en esa universidad? (¿mimeografiadas?). Fecha final de admisión: 10 de octubre. Otra cosa: ¿crees, Steve, que debería añadir bibliografía –sobre *Cántico*–? ¡Muchísimas gracias!

Me acuerdo sin cesar de vosotros, de esos dos niños; y hasta del *petit minet*. ¡Recuerdos al *minet*! Lo he pasado maravillosamente en Arcadia.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 20 de septiembre de 1953

Queridos hijos:

Se me olvidó deciros en mi carta de ayer que el tamaño de los documentos debe ajustarse a las indicaciones de la G. F. tal como se explican en la hoja que os envío. (Haced el favor de devolvérmela).

Ahora, después de mi hermosa explicación, enlazando *Cántico* y *Clamor*, me atrevo –¡insensato!– a concebir ciertas esperanzas. ¡Quién sabe! Pero ya el juego me divierte… Pero no a ti, pobre Steve, que tienes esa labor francamente excesiva, encima de tus clases y de tus jardinerías, y de tus escrituras. ¡Perdóname!

Se os quiere. ¿Y esos niños? Su imagen siempre, cada vez, me da alegría y exaltación.

Abrazos.

JORGE

Wellesley, domingo 27 de septiembre de 1953

Queridos hijos y nietos:

Estoy aún en el periodo de las cartas. Voy contestando a las más urgentes. Vosotros sois los que me urgís ahora. Tiempo espléndido, campus precioso, Boston amable. Pero ¿por qué me sentiré tan a gusto, casi casi eufórico? Primer *department meeting*, primera ceremonia en la capilla. (Y esta tarde, ¡la visita a la presidenta!). A pesar de todo, o con todo eso, ¡quién sabe! me encuentro bien. Me punza solo la molestia de que me saliera tan mal anoche la cena con Arnavon. Arnavon, *muy simpático*, amabilísimo. Muy agradecido a vosotros. Cenamos en el Sheraton Plaza, y muy mal y muy poco y muy caro. Y al darme la vuelta del dinero me robaron dos dólares. (Creí primero que habían sido cinco. No. He calculado. Unos dos dólares. Total: 17).

Poco antes, en el mismo hotel, vi a un personaje para mí singularísimo. Amigo de Amado, residente en Buenos Aires, ahora en casa de Joan. ¡Pepe Vago, el Dr. Vago! Charlamos sobre nuestros comunes recuerdos: la cárcel de Pamplona. Yo no le había visto más que allí. Simpatiquísimo, gran tipo de vasco. Estuvo condenado a muerte, y fue al final canjeado. A la conversación asistía Manolo, amigo suyo de Buenos Aires.

He recibido, vía Manolo, *mis* nueve cartas a Federico. ¡Qué efusión, Dios mío, qué ímpetu, y todo tan verdadero! Hablo varias veces de «Teresina». Otro día te copiaré algún párrafo. Sí, eras riquísima. Como ahora. Muy pronto escribiré a Isabel. Me encantó su carta. ¿Y lo de la Guggenheim? Perdonadme.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

(Claudie, en Princeton, *luchando* ya).

Wellesley, 29 de septiembre de 1953

Queridos hijos:

Siento infinito que Steve haya tenido que soportar de nuevo esa molestia de *cerviz*. (¡Digamos «cerviz» noblemente!). Querido Steve: ¿te ha entretenido traducir –libremente, por supuesto– esas paginitas de «postulante»? Me temo que tanto trabajo haya constituido una perturbación en tu lecho doliente. (Lo digo así porque me parecía más áspero «cama de hospital»). Seguiré tu consejo y me pondré a *confeccionar* una bibliografía y un currículum adecuado a los señores mecenas.

Visité a la presidenta; he visto a los Deguise. Han comenzado las clases. Hoy tengo seminario a las siete y media. El horario, en definitiva, queda bien. No sé explicarme por qué me siento casi eufórico. Es –me dice Justina– porque va a venir Teresa. *–Maybe.* En efecto, eso es siempre una gran felicidad. De Claudie, nada nuevo. Os escribiré pronto. Recuerdos a Carlos Blanco. *¿Conocía el libro de D. Alberto Monteverde sobre la Poesía Pura?*

Abrazos y ganas de veros. Vuestro,

JORGE

Wellesley, jueves 1º de octubre de 1953

Queridos hijos:

Ayer escribí a Steve acerca de mi «pleito». Hoy recibo diez copias del texto en inglés. Refundición –más que traducción– y *acertadísima*. Infinitas gracias, querido Steve. (¡Qué lástima que tu *Celestina* no aparezca en sus propias palabras originales!).

Una observación. Sé que habéis hecho más copias. Procurad –o mejor, para no *pesar* tanto sobre el traductor– procura, Teresa, que las restantes copias vengan entre dos cartones –o por lo menos, con uno– porque el sobre

de hoy ha llegado muy arrugado; y las copias, también. ¡Hay que cuidar de todo! Y gracias, gracias, gracias…

Tiempo admirable. Una luz maravillosa. Ahora voy al colegio: *¡Academic council!* Hoy habrán salido unos libritos de cuentos para Isabel.

Se os quiere a todos. Abrazos.

JORGE

Wellesley, martes 13 de octubre de 1953

Queridos hijos y nietos:

¡Os voy a ver muy pronto! Avisadme por telegrama el día y la hora. Si estuvieseis aquí este *weekend* vendría Claudie. Mejor sería que se lo telegrafiaras, Teresa, en caso de que estéis aquí ya el viernes. (Si no, vendrá el *weekend* siguiente). Otra cosa *importante*: yo naturalmente pagaré el viaje. Vosotros ponéis el esfuerzo, el alma, la cara; a mí me toca poner, además, el gasto.

Estuve en Princeton. Allí comí también con Lucinda y Ruth. (¡La dichosa bibliografía, que está llevándome tanto tiempo! Tiempo «grato» de todos modos. Tengo más de 150 fichas sobre… servidor. ¡Vanidad de vanidades!). Pues bien, Claudie está bien y contento. Su conferencia –en inglés– sobre Ortega, gustó mucho. Leí unas líneas entusiastas de Wade sobre la conferencia. Las habitaciones, modestas, de estudiante. En fin, Claudie, como siempre, muy «astral» –para emplear la palabra de la hermana–.

Ayer, en la biblioteca, vi el libro nuevo de la semana: *The Poet's Testament* de Santayana. Y allí figuran dos poetas españoles modernos. Conocéis a los dos. ¡Gabriel Pradal y el abué! Decídselo a don Gabriel. Un nuevo lazo nos une: el testamento de Santayana.

Tengo muchas cosas que contaros. ¡Las hablaremos! Recibí vuestras cartas con el dibujo de Isabel. ¿No han llegado los números –diez– del *N. Geographic Magazine*? A cada uno lo suyo.

¿Se me nota que estoy muy contento, con una especie de vibración, un poquito apresurado? Es que vais a venir. Y *cada vez* que empleo este plural, recuerdo y me duele la exclusión de Steve. ¿Tren, avión? ¿Cuándo?

Abrazos y besos. ¡Ah! *¡Mi reloj!*

JORGE

Ahora recibo carta de José con un recorte de *ABC*: mi homenaje a Azorín encabeza el número del 1 de octubre. ¡Hombre, no! Yo no quería eso. Sin dudar, Azorín lo ha enviado a *ABC*, aunque le dije que se publicaría en *Ínsula*. ¡Qué le vamos a hacer! –digamos con resignación azorinesca.

Wellesley, miércoles 22 de octubre de 1953

Queridos hijos:

Mañana será ya –¡ya!– el sexto aniversario. ¡23 de octubre! ¿Qué habría dicho mamá de mis actuales planes? No los habría acometido. Estas son aventurillas de solitario…

Pues bien, ¡hay novedades! Hablé a Justina. Justina habló a Miss Whiting. Miss W. habló a la presidenta. Total: el viernes próximo a las 10.40 tenemos cita con la presidenta, Justina y yo. (¡Y todo, qué vergüenza, sin Miss Coe!). Miss Clapp ha dicho que tiene para mí *brilliant ideas*. Podríamos llegar a una transacción; yo tengo que considerar, por supuesto, estas atenciones. Miss Whiting sugirió que podría tener el sabático en dos semestres, a caballo de dos cursos; así tendrían clase conmigo más sucesivas alumnas. O sea, estaría libre todo el 1955 –que yo no pasaría en Europa sino en Princeton y Columbus, porque vivir un año sin ver a mis hijos y a mis nietos es imposible–. Es decir, que en este caso iríamos a Italia. En fin, os escribiré enseguida. ¡Vamos a ver esas *brilliant ideas*!

Claudie me ha enviado su artículo sobre los jóvenes poetas españoles, y con cierta emoción. Voy a comenzar a leerlo, y con mi emoción correspondiente.

Ya tengo a máquina la bibliografía: ¡once páginas! Supongo, Teresa, que ya estarás restablecida. ¿Qué es lo que has tenido? *Tienes que combatir esa anemia*. Ya escribí a Mrs. Nabokov recomendando a Gabriel Pradal *con energía*. ¿Y esos niños? ¡Ah! dime ya exactamente la hora y el día de vuestra llegada.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, viernes 23 de octubre de 1953

Queridos hijos:

He recibido vuestro telegrama, que sugiere lo que pensamos y sentimos juntos. Estoy leyendo el artículo de Claudie sobre los poetas jóvenes de España; y me duele –sí, me duele de veras– que mamá no puede gozar de esa lectura. Ya no es posible satisfacción completa. ¡Seis años! El tiempo va deprisa, pero a mí me parece que ha transcurrido mucho más tiempo. ¡Qué vacío, qué enormidad de vacío!

Vimos a la presidenta Justina y yo esta mañana. Miss Clapp estuvo encantadora. Total: mi año sabático se me concederá de febrero del 54 a enero del 55. Y ella misma –la presidenta– se encargará de hablar a la *chairman*. Tus observaciones desde el punto de vista económico eran, son, justas. Iremos, pues, a Italia. ¡Dejaremos Mallorca para más tarde!

Anoche leí en Tufts College versos –en español– y prosa –la introducción– en inglés. Había mucha gente, y parece que la lectura gustó. Miss Whittredge contentísima.

Me han hecho *member* de la Hispanic Society. Os mandaré el recorte del periódico del *college*. Aquí dan importancia a esas cosas.

Una pregunta precisa: ¿a qué hora y qué día llegaréis? No olvides traerme el reloj. Ya os dije que recomendé a G. Pradal. Os habría llamado por teléfono esta noche. Pero no tengo vuestro número de teléfono. ¿Cuál es?

Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, jueves, casi las diez de la noche,
3 de noviembre de 1953

Queridos todos:

Está terminando un concierto –que estoy oyendo por radio– en Jordan Hall, Boston. Isabel Pope ha hablado y muy gentilmente sobre el músico mallorquín, padre Juan María Thomàs –contemporáneo– que yo también ignoraba. Canciones muy bonitas. Una de ellas sobre la letra de Lope: «Esta novia se lleva la flor…». Voy a escribir a Isabel: «Esta amiga se lleva la flor…». «Esta amiga es Isabel Pope y lo digo yo…» ¡Gran Lope, hermosa lengua castellana!

Anoche cené con los Sert. Muy simpáticos, y muy artistas («de vanguardia»). Allí vi a Mr. Sweeney, muy fino. Con él almorzaré la semana próxima. La otra tarde estuve en casa de Edith con varios amigos. Por la noche cené con Lapesa y otros invitados. En fin, no todo es Puebla: Puebla de las Mujeres. (¡Y pensar que hasta ahora no se me había ocurrido reinventar este nombre!).

En cuanto a *l'affaire* Pradal… Yo me imagino que él sabrá lo que se hace. De todos modos ha habido ganancia para él. ¡Enhorabuena a don Gabrielito!

Hoy he recibido –ya– carta del director de *Índice*. Temí que no me contestara o que lo hiciera en términos oficiales, grises o más bien hostiles. Pues bien, el señor director se me tira al vuelo, hace protestas de amistad. Va a publicarse una «Defensa de Jorge Guillén» por Eugenio Frutos –me dice–; y se publicará lo mío. Está visto que habrá que hacer algo, un «acto de presencia». (¡Qué gentecilla!).

A esos niños acatarrados muchos besos. Contadme lo de don Américo y señora.

¡Buenas noches! Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 17 de noviembre de 1953

Queridos hijos y nietos:

La casa está de nuevo silenciosa, terriblemente silenciosa, es decir, vacía, de veras vacía. ¡Qué hueco dejáis! Nunca podré deciros bastante cuánto, cuánto os he agradecido a todos –a Isabel, a Antó, a su mamá y al *papy* (¿con «y»?, no sé, así me parece más padre)– esta maravillosa visita.

Salió el tren; «y la isla se quedó sola». Erré un poco, leí, comí, descansé, me fatigué de nuevo y me volví a Wellesley sin haber ido al cine. Y ahora estoy escribiendo cartas. No iré a Nueva York para *Thanksgiving*, y no porque hasta Justina me lo aconseje («¡Una cana al aire!» *Pauvre* Mr. Guillén). Simplemente, porque prefiero quedarme en casa para trabajar un poco.

¿Qué pasa en Columbus? Dad muchos y muy afectuosos recuerdos a don Américo y a Carmen. Saludad de mi parte a Carlos Blanco y a los Pradal. Y al *uncle* Harry. A todos los amigos. Y al supremo Mr. Rockwood.

Anoche oí a Truman. No he salido aún de casa, ignoro la impresión de los demás. A mí me ha parecido un discurso «muy bien puesto». Me gustó el tono, me gustó el alcance general que dio al suceso; y me divirtió el ataque a ese Brownell –que a mí se me confundía con Juan Ramón–. La política de ahora me repugna. «Este mundo del hombre está mal hecho…».

Adiós. Besos. Abrazos. ¡Gracias, gracias!

JORGE

Wellesley, viernes 27 de noviembre de 1953
(Pedro habría cumplido hoy sesenta y dos años)

Queridos hijos y nietos:

Pasó *Thanksgiving* agradablemente. Comimos Lapesa, la sobrina suya de Smith, y yo en Horton, invitados por los señores de Conde. La conversación, tras el intermedio de la siesta, duró toda la tarde. Escribí a

Laurita agradeciéndole su invitación. Claudie me habrá representado anoche en aquella casa. (Claudie me dice que está exhausto de tantas y tan varias ocupaciones).

De modo que cuando llegue esta carta a Columbus, estaréis gozando de la compañía de don Américo y su esposa. Saludadlos de mi parte. Acabo de recibir carta –muy interesante– de don Américo; y le contestaré dentro de unos días, cuando se encuentre él en Princeton. Contadme todo –quiero decir, cuéntame, Teresa–.

Me alegro infinito de que Gabriel Pradal cuente con tan gallardo ofrecimiento de Cornell. Decidme en qué para ese asunto. Y mientras tanto, enhorabuena a don Gabriel.

Esta tarde veré a Lida en casa de Edith. Estuve en Boston con un joven poeta que se llama Cid –pero no de Vivar sino de Boston–. Cid Corman, amigo de Claudie; en su revista *Origin* quiere publicar algunas traducciones de *Cántico*. Por cierto, la revista se imprime en Palma de Mallorca; la impresión allí es mucho más barata que en Londres (donde se imprimía antes *Origin*), ahí más barata que en los Estados Unidos. ¡Palma, Palma!

Ay, qué agradable se pone la vida pública en esta época Eisenhower. Tono muy bajo, mccarthysmo creciente, entontecimiento creciente. Todo ello me aflige y me da miedo. ¿Quedará todo nivelado por una bomba de hidrógeno mccarthysta?

Supongo que Isabel se encuentra ya bien. Me acuerdo mucho de esos dos niños. (Voy a escribir a Jacotte. He sentido lo de Marie-Thérèse).

Adiós. Abrazos.

JORGE

Wellesley, viernes noche, 11 de diciembre de 1953

Queridos todos:

Hace un tiempo maravilloso, no me encuentro mal, y me siento –sabe Dios por qué reunión de pequeñas causas– «contentísimo». (Empleo el

superlativo con moderación y reservas…).

Pronto iré a veros: primera causa. Cada día me acuerdo más de esos niños. ¿Se acuerdan ellos de este señor de Wellesley, con lentes, un poquito calvo y –otro detalle– que les quiere mucho, mucho, mucho? Otra causa –y nada pequeña– de satisfacción es la carta que he recibido hoy de don Américo. Me escribió de México, y le respondí en catorce páginas –¡así como suena!– muy cariñosas, muy admirativas, pero sin dejarme en el tintero ciertas reflexiones. No sabía cómo tomaría mi contestación. Pues bien, don Américo me escribe muy cariñosamente, y de acuerdo con mi «admirable carta», «solo escribible por usted» (por mí). Se me ha quitado un peso de encima, y me he puesto contentísimo. ¡Gran don Américo!

Correo agradable, ayer: una revista inglesa, *Atlante*, con un artículo de Madariaga «Virgil in Spain», que termina inopinadamente llamándome –¡qué exageración!– «*the greatest living poet in Castilian language*», lo cual no es verdad –el primero es don Juan Ramón Jiménez–, pero me ha sido grato. ¡Gran Madariaga!

Plan de viaje. Tengo, por fin, que pasar algún día en Nueva York. Me detendré también en Bryn Mawr. (Ya he escrito a Solita y Juan). Total: que quisiera salir el martes 22 para llegar a Columbus en ese tren que me indicaba Teresa, por la mañana, hacia las ocho.

Claudie debía venir ahora. Pero irá a Nueva York. (Esta vez se llama Evelyn…). Mañana almorzaré en casa de Isabel Pope. Celebro que la estancia de los Castros –según me cuenta Teresa– haya sido un éxito. Tengo ganas de veros.

¡Ah! Importantísimo: (Solo para la Mami: compra varios regalos sustanciales para esas criaturas. Procura arruinarme aunque no definitivamente…).

Besos, abrazos.

JORGE

Wellesley, lunes 14 de diciembre de 1953

Queridos todos:

Acabo de recibir –con gran sorpresa mía– una carta de *aunt* Betty. ¡La cosa no es para menos! Claro, tendré que cambiar mis planes. No lo siento –por otra parte– por New York sino por Bryn Mawr, donde no vería a María de Oñate. Porque ya no habrá tiempo más que para llegar a Columbus el sábado por la mañana. Tomaré el tren el viernes a las siete de la noche en Nueva York, si mi horario no me engaña, y llegaré a Columbus a las 10.20 del día siguiente. ¿Tan tarde? Comprobaré estos datos. ¡Menuda fiesta se prepara! ¿Y cómo podría yo no estar con vosotros, y, sobre todo, con mi maravillosa nieta, en acto tan solemne?

No sé si coincidiré en el tren con Claudie. Voy a escribirle.

Llueve, llueve mucho. ¡A Ohio por todo! Vi a Raimundo en casa de Isabel Pope. Me habló una vez más de sus gestiones en favor de Steve. Nadie puede más sincera y tenazmente mostrar mayor interés. Pero… ¡ese Dieckmann!

Saldré de aquí el jueves; no puedo antes. Quedan por ultimar una porción de pequeñas cosas.

(¡Ah! Teresa: compra en mi nombre –con criterio de abuelo– todo lo que se antoje –que será lo que se me antojó– para *mis* nietos).

Saludos a Antó, a Isabel y a sus autores. Os quiere

JORGE

Entre Filadelfia y Nueva York,
lunes 4 de enero de 1954

Queridos hijos y nietos:

Os escribo en el tren; un poco dormido, yo, y cansado. La jornada de ayer fue brillante: hablé casi todo el día, después de una noche fatigosa. Estaba también Jaime, de regreso de Puerto Rico (viaje de placer). Todos

muy cariñosos (Juan me ha repetido que se ocupará enseguida del «Homenaje»). Vi al joven francés Girard por la mañana. Visité antes de cenar a Mr. y Mrs. Marshall –en cuya casa me he alojado–. Por la tarde hubo una concentración española: los Angulo, los Asensio, el joven doctor García Madrid, que ha sido el médico de Juan Ramón durante más de dos años (¿J.R.? «Como un roble»; no tiene nada). Vi a Maurin, también, traductor de *Cántico*. Reunión animada; todos, cariñosos. Esta mañana desayuné con Mrs. Marshall. ¡Espectáculo grandioso! No he visto el Niágara, pero he visto esto: ¡una *Dean* cuidando a su niña de siete meses, dándole el biberón, casi el pecho! Luego mi «ideal», no es una quimera. Me dijo que la presidenta ha dicho que Juan es «la nueva joya de Bryn Mawr» etc., etc. ¡Perfecto!

En fin, todo ha salido muy bien; amaros los unos a los otros, no hay otro programa. Procuraré no cansarme en N.Y. (¡Cuántas exposiciones en este momento!). Y no os he dicho aún: ¡gracias, gracias, gracias a los cuatro Gilman un poco Guillén! ¡Qué feliz soy con vosotros! Que me escriban esos niños.

Adiós. Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 10 de enero de 1954

Queridos hijos y nietos:

Pero ¿es ya domingo? Y tanto que tendría que contaros si hubiese tiempo… Ante todo, se me olvidó en mi brevísima crónica de Bryn Mawr citar el nombre –el más ilustre allí– de nuestro filósofo: Ferrater Mora. Dialogamos, nos elevamos… Si hubiera estado Claudie habríamos llegado al Séptimo Cielo.

En Nueva York cené con los Lorca. Las primeras palabras fueron para Yaya en nombre de Isabel. Laura, muy cariñosa; me dijo que hasta el año pasado no te había realmente conocido, Teresa. Con Casalduero pasé una

tarde. De pronto se presentó Sacha, ya repuesta de su grave enfermedad gracias a la penicilina. En la conversación, don Joaquín empleó más de una vez la palabra «Steve», prueba de un gran –como diríamos– «reconocimiento».

(¡Ah!, los Lorca me hablaron extensamente y *en serio* de Miss Evelyn Lang. Única objeción: es «perfecta»). Y *están por* Claudie, ella y su señora abuela. Pero ¡ese inconveniente!: (El de ser tan rica …).

A mi regreso encontré un gran correo. ¡También tengo –con su «afecto»– las décimas de Rita Thurn! He leído –pero no recibido– el último número –diciembre– de *Les Cahiers du Sud,* con un artículo de Jean Cassou sobre «Le lyrisme ontologique de J. G.». En conjunto, magnífico, pero excesivo. Lo podréis leer en la biblioteca de la universidad. Decídselo a Gabriel. (Interpretación orientada en el sentido del propio Gabriel Pradal). Ha nevado. He trabajado en mis papeles y de tal modo que he dormido muy bien. La nieve me recluye en casa: Me hago algunas comidas. ¿Y vosotros? ¿Y esos niños?

Gracias, Teresa, por tu copia. Además, clases, Justina, etc. Y música por radio como ahora.

Os quiere, os echa de menos vuestro antepasado

JORGE

Wellesley, 17 de enero de 1954

Queridos hijos y nietos:

Seguimos entre las nieves, pero las ilumina un sol muy claro y la temperatura es bastante suave. ¡Ese Columbus de invierno, sin ni siquiera nieve para divertir a esos niños! Anoche, en Boston, vi *Little Fugitive*, y me acordé de mis nietos. A Boston fui –primera visita del año– para oír una conferencia de Lapesa sobre las serranillas del Marqués de Santillana. Luego charlamos largamente Lapesa y yo (Lapesa prepara un libro sobre don Íñigo. Excelente conferencia. Magnífica persona). Esta tarde la pasaré

con los Vigée. Él me llevará y me traerá en su coche. Y esto es todo. No veo a casi nadie. Por teléfono charlo y la radio me procura buenos conciertos. Cuando he trabajado mañana y tarde –como en estos últimos días– por la noche apenas puedo leer de cansado que estoy y me limito a oír música; y me acuesto temprano, así voy llegando a mis sesenta y uno: ¡mañana! Me gustaría terminar *Clamor* antes de los setenta. (Y *Homenaje*, antes de los ochenta). Y asistir a la boda de Isabel. Y a la de Antonio. En fin, por de pronto sesenta y uno. ¡Adelante!

Me cuentan que Dieckmann piensa que se nombrará solo a un *associate professor* y que este lo será Wardropper, de Hopkins. Dieckmann dice que le gustó el *paper* de Steve en Chicago, pero teme que le haría daño nombrarle tan joven profesor de Harvard; por otra parte, le parece que se inclina demasiado a la interpretación simbólica. Eso me han contado… Decididamente Harvard se aleja por ahora.

¿Claudie? Voy a escribirle, vendrá la última semana de enero. He sabido que el galán ha invitado a Miss Lang a pasar el *weekend* en Princeton. Ella dijo que iría con su abuela. (¡La abuela no la deja un minuto sola!). Y don Claudio dijo que no, que fuera solita… (No acabo de entender el juego del niño, a no ser que sea tan simple que me resulte oscuro). Julián me escribe, encantado de la carta de Teresa –a quien llama «maravillosa» (mi hija)–. ¡De acuerdo! Me han escrito Fifí y Adolfo. Adolfo es tan sumamente divertidísimo. ¡Las pulgas en una pensión de París!

Adiós, os quiere vuestro,

JORGE

(Los Sert están en el Brasil. Van a volver pronto. Pienso en lo de Italia. Recibiréis un ejemplar de la *Antología* de Pedro).

Wellesley, Mass., 21 de enero de 1954

Queridos hijos y nietos:

Pasó agradablemente el no tan melancólico aniversario. Claudie me telegrafió: «Sí, tu poesía ya fábula de fuentes». ¡Lástima que no pudiesen telefonearme Antó e Isabel! No me atreví a rechazar la invitación de Justina.

Anoche di en Le Centre Français –la habitación de Miss Denis– mi charla «*De quelques poètes français. Souvenirs personnels*». Me parece que agradó y me dieron como regalo la *Historia de la pintura española* –que acaba de publicarse–. Precioso volumen. En fin, como siempre, del lado de mamá –que resulta mi lado propio también–.

Dices bien, Teresa. El pequeño estudio mío sobre la poesía de Pedro es insuficiente. Pero ya sabes –¿no me lo copiaste tú?– que lo considero como un punto de partida para ulteriores desarrollos. El homenaje queda bien y, sobre todo, fervoroso.

Me dicen que está bien la película sobre Lutero. Voy a cenar deprisa para tomar el autobús de Wellesley Hills a las siete. Salgo corriendo –como casi siempre–. ¡Hábito viejo!

A esos niños muchos besos. Abrazos para todos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 30 de enero de 1954

Queridos hijos:

Llegó tu carta, Teresa, pero Claudie no ha llegado todavía. Le esperé una semana; no vino. Le esperé el sábado siguiente. Lo pospuso para el lunes. Y el lunes me telefoneó anunciándome que vendría este sábado. Me hago la ilusión de que vendrá, por fin…

¿De modo que te atormenta un poquito el próximo «examen»? Estoy seguro de que lo despacharás perfectamente. Y de paso aprenderás cosas sobre la verde Erín. Y a propósito del otro país católico: ¿qué os parecen esas historias gibraltareñas de Madrid? Estúpida comedia. El gobierno es quien pone en danza a los estudiantes y a la policía. Pero los unos y los

otros se les han extralimitado, por lo visto, y la danza no ha sido bien danzada. ¡Qué «nacionalismo» hueco!

Cené en casa de Edith. Despedida de Lapesa. (Se ha embarcado hoy). Lida con su esposa. ¡Milagro! Lida, muy cariñoso, el primer adicto al profesor Gilman, me dijo que el asunto marcha ahora mejor que nunca. Ha vuelto a hablar con Dieckmann; y Dieckmann le hace caso, tiene mucho en cuenta su opinión. ¡Veremos!

Sigue nevando. Yo he trabajado todos estos días en mis textos. Algunos se los leí a Lapesa, que vino a cenar conmigo. (Llega el momento de volver a la correspondencia).

Me acuerdo mucho de esos niños. Adiós. Voy a cenar a casa de Justina. Anoche cena con la presidenta, en casa de Miss Roehm. En honor de Anita. He descubierto la existencia de «Los Adultos Inocentes» y tienen su encanto. «¡Virgen del mundo, América inocente!», como dijo Quintana.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 7 de febrero de 1954, domingo-tarde

Queridos hijos y nietos:

El fin de semana con Claudie, tan «rico» –antigua costumbre– me supo a poco. Principios de febrero. ¿Vendréis en marzo? Hace ya un siglo que no nos vemos… Ayer fui al consulado. Ya tengo el pasaporte. Voy a pedir ya el *re-entry permit*. Y escribir a los amigos de Italia.

Ayer estuve con Dámaso. Cariñoso, «viejo amigo»: lo que es en realidad. Le pregunté por Panero. Yo no sabía que Panero había estado tan a la izquierda. (Sería indiscreto ahora precisarlo…). A él no le gusta mucho el *Canto personal*. Me habló de su estudio –ya en pruebas para la *Revista de Filología*– sobre la primitiva épica francesa, con datos y teoría en contra de la tesis de Bédier. Me contó cómo con telegramas y cartas está tratando Juan Ramón de que escriba un libro sobre él. Eulalia ha tenido un premio en

un concurso de guiones cinematográficos. En suma, un buen Dámaso… (Don Américo le ha escrito cartas más suaves para compensar las otras más ásperas).

Voy a casa de Mademoiselle Bruel ahora. Tal vez venga Jasinski, el recientemente nombrado profesor en Harvard. Estos días libres –hasta el 15– pensé pasarlos en Nueva York. Pero tengo tantas ganas de escribir cosas y tanta obligación de contestar a muchas cartas… Me quedaré en casita. Me acuerdo de esos niños mucho. ¿Por qué? Porque los quiero. Y a sus autores también.

Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, jueves 11 de febrero de 1954

Queridos hijos:

Justina ha escrito a Teresa. Está la pobre preocupada, muy preocupada con la suerte que ha podido correr «la plata» que yo le confié en septiembre del 50. A mi regreso, en septiembre del 52, la reclamé a Manolo, quien no sabía nada del asunto. Entonces ya había desaparecido aquella caja. ¿Cómo? Por robo, no me cabe la menor duda. Ha habido después innumerables conversaciones y cabildeos, nuevos registros; «que si ya la habíamos llevado a casa…». Quedaba una última salida: lo que tú, Teresa, pudieras esclarecer. Mientras tanto, supongo, Justina ha debido de hacer responsable de lo ocurrido a Manolo; ahora es él quien se apura y habla de devolverme en dinero el valor de aquella plata. No. Ellos, o él, han sido las víctimas de un robo. ¡Qué le vamos a hacer! Anoche vino Justina a casa, y examinó con lupa los cubiertos que están en el comedor. Si son de plata, si acaso estos son aquellos… Yo, la verdad, no recuerdo los componentes del «tesoro» que tú trajiste de Sevilla. Me parece que tu informe puede versar no sobre el paradero de la plata, sino sobre cuáles eran aquellas cosas de

mamá. Confié mis papeles a Lucinda. Y me los devolvió. ¡Lástima de no haberle dejado también lo otro!

Esta tarde han traído a esta cocina un nuevo horno. El colegio se porta bien. Mañana lo cobrarán los *plumbers*.

¿Qué más? Conocí a Jasinski, simpático. Hubo cena en casa de Justina con doctos amigos de Manolo. Terminó el semestre; trabajo mañana y tarde y me fatigo un poco. «El poema nuestro de cada día dánosle hoy». El romance de ayer está inspirado por las manifestaciones de estudiantes en Madrid. Me escribe Adolfo H. que vieron a Jean Cassou, quien les hizo unos elogios disparatados de mí. Ayer escribí a los Halty y a Cassou. ¿Lo mejor de todo en estos días? El retrato de Isabel, preciosísimo. Ya lo he enseñado varias veces. Quisiera otro de Antó. ¡No tengo otro nieto varón!

Os quiere. Os abraza vuestro

JORGE

Wellesley, Jueves Santo, 15 de abril de 1954

Queridos todos:

No dormí mal en el tren, pero llegué cansado. Descansé leyendo un considerable correo. Cartas de Aleixandre, de Bousoño. Adhesiones, condenación del otro, etc., etc. Nuevos datos sobre Guiomar. Ya le he enviado una primera carta. (*¡Entre nous!* ¡Seamos discretos!).

Hoy he repasado los poemillas sobre Isabel. Iba a mandarlos copiar aquí. Pero pensé que la mamá de esa niña tendría gusto en copiar dichos textos. (Y como son breves no presentan conflicto con los afanes del viaje). Teresa: te agradeceré que hagas dos «ejemplares»: uno para Isabel, otro para *Orígenes*. Envíamelo en un sobre largo para que no haya que hacer más que tres dobleces en el papel.

De Claudie no he vuelto a saber nada. Sé que pasó por aquí: puerta abierta, *whisky* y jerez acabados…

¡Qué bien resultó la despedida en la estación! Esos niños se hacen querer y *también* sus autores.

Evidente que *enjoyé* mucho mi estancia en Columbus. ¡Gracias, gracias!

Avisad si hay algún cambio en vuestros planes. Si no, yo os esperaré en la estación: ¡Ojo!: *Pensilvania Station a las 7.20: The Patriot*. ¡Qué bien se vive con vosotros cuatro!

Abrazos, besos de vuestro

JORGE

Wellesley, jueves 29 de abril de 1954

Queridos viajeros:

«Y tú ya con el viento», le decía a Claudie. ¡Y vosotros ya por el mar! Aquí el tiempo ha sido mediano; pero supongo que el Atlántico se habrá portado bien con esos niños y con su mamá.

Rápida y agradablemente pasaron las horas en Nueva York. Vino Juan (M.) y nos dio una conferencia muy buena sobre la literatura de Unamuno como «confesión». No solo fino, este Juan, sino más riguroso. Y luego… Estaba doliéndome de la creciente soledad que siento en Wellesley. Y acaba de invitarme a cenar Mr. Procter. Sin embargo… (Lo de Procter es todavía un resto de la vida de Mrs. Guillén). Otra cosa. He pagado ayer los 420 dólares de mi viaje (ida y vuelta). (Las «arras» fueron 200). He comprobado, para empezar la jornada, cuál es mi situación en el banco ¡Voy ahora mismo a llevar el cheque de Steve! (Mañana es 30). Todo esto me retrotrae a los fines de mes de la pobre Mrs. Guillén.

Me pediste la dirección de los Halty. 32 rue de Boulainvilliers, 16º.

Las pequeñeces se acumulan. No tengo tiempo para casi nada –de lo mío–. De Steve no he recibido noticias. No sé *où nous en sommes*. Transición en francés que me lleva a recordarte que me recuerdes a Renée y a sus hijos, a Margot, a los Halty. ¿Son buenos esos niños? ¿Les gusta París? Cuéntame.

Besos.

JORGE

Wellesley, lunes 3 de mayo de 1954

Hija, Teresa:

Recibí ayer tu telegrama y me encantó –y me entristeció– la imagen de Provins y saberos allí: en la Villa St. Thibault. Todo aquello, tan grato, le renueva a uno las penas pasadas y las presentes. Hace siete años ¿te acuerdas? Fue la última operación. ¡Y qué contenta estuvo mamá ahí aquel verano!

Dime –¡no escribas demasiado poco!– cómo se encuentran Renée y sus descendientes, y Margot, y los demás amigos. ¿Verás a los Halty?

Aquí, «sin novedad». Steve no me ha escrito. Nada me ha dicho nadie de Cambridge. Así que no sé cuál es vuestra actual situación, ni, por lo tanto, la mía –que depende de vosotros–. Hoy publica la prensa los nombres de la lista Guggenheim.

Siguen acumulándose los pequeños trabajos, y las pequeñas distracciones. Y tengo apenas tiempo para trabajar en lo mío. Me ha telefoneado Joan proponiéndome ir a Long Island este *weekend*, invitados por los Sert. Es probable que vayamos. ¡Qué pronto, qué deprisa van a pasar los dos meses que nos separan!

Dime cómo reaccionan esos niños ante todas esas cosas nuevas que van viendo. ¡Qué forzosamente «cosmopolitas» tendrán que ser! ¿Son buenos? ¿O pierden el tiempo molestándose?

He recibido hoy un nuevo librito de Jean Cassou: *Trois poètes: Rilke, Milosz, Machado*. ¿No te darás una vuelta por el Musée de l'Art Moderne?

Muchas gracias por tu telegrama. Escribe. Besos a los tres. Recuerdos a Renée y Margot.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, 18 de mayo de 1954

Teresa, hija:

Esta es la segunda carta que te escribo, llamándote en el sobre «Señora doña Teresa Guillén de…». Cuando estás ahí, ¡me aprovecho! Desde que os encontráis en Europa, pienso en ti y en esos niños más que nunca. Cuéntamelo todo, quiero conocer vuestras reacciones y saber de esas gentes que nunca escriben. ¡Escríbeme, por favor!

¿Aquí? Tu esposo escribió a Claudie y me escribió a mí sin decirnos nada de Harvard. ¡Soberana distracción! He visto a Lida; hablé un momento con Dieckmann. (Con este trabaja ahora como secretaria… Madame Deguise). Todavía no se ha hecho público el nombramiento. *Associate*, 9.000, y *Ford fellowship*. *Quel veinard!* (Disgusto, claro, de Rockwood).

Tu hermanito vendrá el viernes próximo, ya terminadas las clases. Ha dado una conferencia sobre Tolstoi, de la que está satisfecho. ¡Y qué satisfecho estoy yo de él! Ha trabajado mucho; está absorbiendo una cantidad asombrosa de obras maestras. *Il est gentil!*

Italia. Recibí carta de la señora de la casa, Signora Ada Giovanelli. Y ayer le contesté en italiano, con ayuda de la instructora de italiano en Wellesley. Me preguntaba cuántas personas iríamos a su casa. Incluyendo a Esperanza –¡y me alegro mucho, muchísimo de que venga mi encantadora sobrina!– he contado cinco adultos y dos niños. Siguiendo la costumbre de los alquileres en Italia, me pedía que lleváramos nosotros la ropa de cama, los cubiertos y la plancha. Hemos contestado: *«In quanto alla biancheria, le posate da tavola e il ferro da stiro, Lei capirà che è impossibile che li portiamo dall'America».* Y le ruego que nos lo alquile ella o alguna otra persona.

Muchos recuerdos a *todos*. ¡Cuéntame! Yo ocupadillo en las mil cosillas de fin de curso.

(Acabo de contar las páginas con versos que ya tiene *Clamor*: *214*). Comienza aquí el llamado *spring*. ¡Cuánto me acuerdo de esos niños! Y de su mamá. Y de esa tribu.

Abrazos, Besos.

¡Escribe! (¿Dónde está Julio? No entendí la palabra).

JORGE

Wellesley, 26 de mayo de 1954

Teresa, hija, queridos nietos:

Me acuerdo de vosotros más que nunca. ¡Escribidme! Necesito escucharos. ¿Qué hacéis por esas Castillas? Aquí la primavera está *todavía* llegando. Hoy hace bueno. Pero ¿mañana? Termina el curso. Claudie no ha venido aún. Escribo cartas, escribo coplas, hago proyectos. Hago ya los preparativos del viaje. (Espero la contestación de la señora Giovanelli). No sé aún el número de habitaciones con que contamos. Pero, no hay duda alguna, cabremos todos; y Esperanza, aunque ya no sea Pachina, tendrá todo el sitio que le corresponde. ¡Cuánto me alegra pensar que vendrá a Italia!

Me gustaría saber cómo piensan ahí sobre lo de Washington. El inquisidor va perdiendo mucho ante la opinión general, incluso ante los tontos que le aplaudían. Su vulgaridad es evidente, resplandeciente, deprimente. Están reuniéndose ahora –lo leía ayer en el periódico– los Adventistas del Séptimo Día y anuncian el fin del mundo y, por lo tanto, la vuelta de Cristo. En el Parlamento inglés se ha dicho que seis bombas de hidrógeno bastarían para destruir a Inglaterra. ¡Seis bombas nada más! Son los terrores del año 1000. ¡No, no! Vosotros entraréis con pie firme en el siglo XXI. *¡Sursum!*

Los árboles en torno a esta casa están ya llenos de hojas; el viento los mueve. Me acuerdo de otros meses de mayo, y de Grand'Maman Germaine. Abrazos a todos los Lozanos y Guillenes. Recuerdos a todos los amigos. De Steve no sé nada. Le supongo ya desgraciadísimo en su soledad. ¡Escribidme! Avisad con tiempo vuestro traslado a París.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, 3 de junio de 1954

Teresa, hija:

Me encantan las noticias que me das de vuestra estancia en «esa», pero quisiera tener más noticias. ¿Que os he llevado muy lejos de todo eso? Es verdad: culpa mía sí fue. Y la conciencia no me remuerde lo más mínimo. Ahí estás tú. ¡Tú! Y aquí está –estuvo– Claudie, la semana pasada. ¡Qué encanto de criatura! *À en pleurer* –casi–. ¡Y tu madre se pierde todo esto!

Noticias. Cena en casa de Joan. Cena –esta noche– en casa de los Deguise. Han llegado anteayer 50 *Sirenas*. Después de casi dos años de preparación no ha sido el parto de los montes. Preciosa *plaquette*. Me gusta mucho. Estoy muy satisfecho. Así se lo he dicho a Julián. (Me dicen que después de su accidente habla más despacio). Y él me escribe melancólico, deprimido. ¡Hay que animarle! He enviado cuatro *Sirenas* a Columbus: Rockwood, Harry, Gabriel y C. Blanco.

Sigo carteándome con la Signora Giovanelli: nos alquilarán ropa, cubiertos, plancha por 50.000 liras. Y las pide para que ella pueda pagar. Le he escrito a Macrì que le adelante cierta cantidad (Macrì tiene dinero nuestro). También me preguntaba la señora Giovanelli por la *donna di servizio*. Claudie y yo hemos respondido que sí, que nos la busque.

Paco García Lorca ha intervenido para que la revista *New World Writing* me pida la traducción del «Prólogo». (Que saldrá en Madrid este verano). Y Harriet de Onís me ha escrito, porque ella es la traductora. ¡Grata sorpresa! Como se refería a Steve en su carta, le he dado las tres noticias: Harvard, Ford, Wisconsin. ¡Qué suerte –merecidísima– tiene Mr. Gilman! Pero la mayor la tuvo ya: la de transformar Guillén en Gilman. Escribiré yo también a esos niños que sí son los premios gordos, gorditos, de la gran lotería. Recuerdos a todos. ¡Escribe! Ya sabes que me embarco el 23. Cuéntame de Sinforiano y de J. A. Rubio.

Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 8 de junio de 1954

Hija, Teresa:

No te puedes imaginar hasta qué punto estoy ya cogido entre las mallas de los preparativos. ¡Cartas, cartas y más cartas! Y mil pormenores de toda clase. Hoy excursión del departamento a Rockport. Terminaré estas líneas a la vuelta.

Me encantó la cartita de Antó. Le contestaré enseguida. Celebro que converses con Sinforiano, de los mejores entre mis amigos. Escribí a María. Ahora, fuera de la patria, cuéntame con más libertad tus impresiones.

Julián quiere saber a dónde debe enviar las *Sirena*s. Busca a los Halty, habla con ellos de este asunto. La edición, repito, ha quedado muy bien.

Seis de la tarde. Vuelvo de Rockport. Día gris, por fin ha reaparecido el sol. ¡Último homenaje a Anita!

Ayer tuve carta de Steve. ¡Cómo os echa de menos el pobrecito desamparado! Es natural –e inevitable–.

He recibido carta de Matilde. Cariñosa, vieja amiga. Prepara una antología de la poesía española –traducida por ella–. A Pedro *también* le concede doce poemas, aunque en estricta justicia no debiera tener más que seis. ¡Otro caso de injusticia! *Totalmente* de acuerdo con lo que dices: Federico y Pedro son las «personalidades». Pero ¡qué hijos míos son mis hijos! Tu sentimiento es exactamente el mío. En la *Antología* –imponente, dos tomazos– de Ángel del Río (acaba de salir), don Pedro Salinas ocupa mucho sitio con verso y *con prosa.*

Claudie me anunció su llegada a principios de esta semana. Todavía no ha aparecido. Recuerdos a Renée, a Margot, a Jean Cassou, a los Halty, a ¿Matilde?

Besos a esas criaturas a quien voy a escribir muy pronto.

Abrazos. Besos.

JORGE

El jesuita chino me ha encontrado *Azorín* en chino. Hoy he tenido carta de «Guiomar» (¡la 2ª!) Cuando algo me interesa…

Nueva York, martes 22 de junio de 1954

Queridos todos:

Te las has arreglado, Teresa, para que yo no reciba carta tuya después de tu salida de Valladolid. En fin, nos veremos, charlaremos, conviviremos. ¡Génova 1º de julio!

He visto a varios amigos: Berrien, Concha Albornoz, Clarita Janés, Clariana, Vicente Gaos, Steiner. He visto alguna película, algún museo. He callejeado, me he cansado. He escrito alguna coplita. Me he ocupado de mi billete hasta ayer. He comprado liras. Nada más. Hace calor. Guatemala está ya entre las manos de sus «salvadores». ¡Qué asquito de época!

Me acuerdo de esas criaturas y ya me oprime la impaciencia de veros a todos.

Besos. Abrazos. Recuerdos. En español, en francés, hasta en inglés. Y ya en italiano. *Arrivederci.*

Vuestro,

JORGE

Génova, lunes 13 [de septiembre] de 1954,
nueve y cuarto de la mañana

Queridos todos:

Logré sentarme junto a la portezuela del vagón y el viaje no fue del todo desagradable. Encontré un hotel a dos pasos del muelle en que voy a embarcarme. Hotel bastante bueno: ¡con agua fría y caliente! Paseé, me cansé, descansé en el *Duomo*, cené en un restorán «acreditado», con camareros viejos y atentos, busqué un cine, no encontré más que películas

americanas conocidas y, por fin, entré a ver un film francés de asunto penoso (*Les enfants de l'amour*). Volví –¡sin perderme!– al hotel. Génova próspera, muy siglo XIX rico; muchos palacios, calles en desnivel, escalinatas, farolillos, callejones… ¡Italia inagotable! Me dormí enseguida y bien –estaba rendido– hasta las cinco y minutos. He desayunado, he buscado una peluquería; están todas cerradas: ¡es lunes! El mozo del hotel ha ido a buscarme la maleta a la «consigna» de la estación: con él iré al barco. ¡Es demasiado pronto! (No son las diez). Cada vez me parezco más, en este punto, a Grand'Maman Jeanne. Día gris: viajeros. Tengo la impresión de que todo el mundo se embarca en el *Constitution*.

Bueno. ¡Me voy! ¡Y qué pena alejarme –sobre todo– de vosotros, lo mejor de Europa –y de la tierra– para mí! Lo hemos pasado muy bien, ¿verdad? ¡Y qué felicidad turística, ese coche! Gracias, gracias, gracias a todos y a cada uno: a Steve, a Antó, a Isabel y a mi Hija.

Os escribiré en el barco. ¿Qué será de Claudie?

(Y mamá, que no supo de esto directamente…).

Besos, besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

(Adjunto un sello sin goma).

Constitution, lunes 20 de septiembre de 1954

Queridos todos:

La travesía ha sido agradable, pero se me ha hecho larga. ¡Ocho días y pico! Tres italianos en mi camarote, uno de ellos anciano asmático. En mi mesa, un ítalo-americano, simpático, rico, generoso, con su reciente segunda mujer: su secretaria. Hubo amenazas de mal tiempo, pero todo se arregló bien. La sorpresa ha sido que Clavería se embarcó en Gibraltar. Hemos hablado por los codos: nos entendemos perfectamente, pero ¡qué desolación de alma! Insisto en ello: el hombre más anti-*Cántico* que he

conocido. Va sin ganas a Filadelfia, dispuesto a dejarlo definitivamente. Hará nuevas «oposiciones» en España.

¿Y vosotros? ¿Y esos niños viajeros? ¿Cómo se encuentra Steve? ¿Y mi Hija? Claudie –que me envió un telegrama al barco, telegrama firmado también por Renée y François– debe de haber aterrizado ya. Le veré en Princeton el segundo *weekend* de octubre. ¿Recibisteis mi carta de Génova?

…Y otra vez América –ya entre otras cosas–, la tierra de mis hijos y de mis nietos. He venido leyendo el libro de Olschki sobre Italia, muy bueno. ¡Italia, Italia! Y he hecho –lo terminé ayer– un poema relativamente largo: «Tren con sol naciente». Estoy hambriento de noticias vuestras. ¡Escribid!

Besos a mis criaturas. Abrazos a don Esteban.

Vuestro,

JORGE

Columbus & Wellesley, jueves 8 de octubre de 1954

Queridos hijos y nietos:

¿De modo que va a ser verdad que voy a veros muy pronto, quizá la semana próxima? Avisad, avisadme ya. ¿Qué día, a qué hora? Solo sentiré la ausencia del *papy*.

Esta mañana salió ya la carta para Mr. Moe. (Llegó el segundo sobre con la traducción de Steve, llegó el otro sobre. ¡Gracias, gracias, gracias!). Pero falta aún la bibliografía. Ya he advertido que la enviaré muy pronto. No me es fácil encontrar aquí los oportunos colaboradores. ¡Y cuánto he trabajado en esta lista bibliográfica!

Ahora ya estoy preparando el viaje a Princeton. Quería, debía ir a ver a Claudie antes de que llegaseis vosotros. ¡Y vosotros estáis a punto de aparecer aquí, en esta vuestra casa! Trataré de ver también a Lucinda en este fin de semana. (¡Bibliografía aún!). Y allí veré a Ruth Whittredge, que acaba de escribirme –la leí comiendo en Steven's– una carta cariñosísima,

de una «adhesión» conmovedora. Con ella me ha quitado la desgana que tenía de ir a Tufts a leer versos míos.

Otra carta. (El correo, estos días, ha sido abundante). Encontré a Madame Nabokov en Cambridge, y me escribe ahora repitiéndome que Morris Bishop, el *chairman* del Dept. de R. L. en Cornell, tiene a Steve el primero en su lista de candidatos a una próxima vacante. Pero que, si ese puesto fuera insuficiente para él, podría ofrecerse a Claudie. Decididamente, ¡cómo prospera esta familia!

¿Recibieron los niños sus sendos juguetes? ¡Qué ganas de verlos! Todo el mundo me pregunta por Antó. A Isabel no la conocen. ¡Ya la conocerán!

Te adjunto una carta que abrí por inadvertencia. ¡Responde, por Dios, enseguida a tu notario!

Yo me siento bien. Comienza el frío. Pero ¡vais a venir!

Besos a casi todos. Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, lunes 11 de octubre de 1954

Queridos hijos y nietos:

Escribí no bien recibí el telegrama, a «Bad Godesberg» ese era el lugar *de donde* venía el telegrama. No puse Bonn en el sobre. ¿Recibisteis la carta?

Hoy me llega otra de Teresa. Acabo de leer una *Special Delivery* de Llorens. Me aconseja que vaya a Princeton. Y como tengo tres días sin clases (una *conference* en Wellesley), tomaré el tren mañana por la mañana. Veré a los amigos. No sé si veré al *Dean*. Dice Llorens del *Dean*: «lo poco que ha dejado traslucir indica que aún no quiere intervenir directamente o que está dando largas al asunto». ¡Ay, Dios mío! El «asunto» me oprime el pecho, me causa malestar. Haré, claro, *my best*, todo lo que pueda para conseguir ese visado.

Aquí, trabajandillo. Y lo demás, nada, casi nada.

Esta tarde voy a Cambridge. Cenaré con los Helman. Leerán la «carta» –muy buena– de Claudie. Carta –según Llorens– «que tan favorable impresión causó».

Celebro que esos niños, mis preciosos nietos, estén contentos en y de su escuelita. Os escribiré muy pronto.

Besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, viernes 15 de octubre de 1954

Queridos hijos y nietos:

Me llegan ahora vuestras cartas del 12: la de Isabel, preciosa, la de Teresa, la de Steve. He pasado dos días en Princeton: entre las clases y el *department meeting* –dentro de media hora– no me queda tiempo para escribiros. ¡Pero os escribo! Para anunciar mi carta, muy próxima, y adelantaros que *la situación* en Princeton ha mejorado mucho. Estoy muy contento. Todos se portan muy bien (sobre todo *Crocco*). Había que vencer la resistencia o apatía del *Dean* Brown. Y ya están venciéndola entre todos. El asunto, largo –hasta enero, probablemente– y difícil, *se arreglará*.

Esta es la *tercera* carta que os escribo a Alemania. ¿No habéis recibido la que dirigí a Bad Godesberg? Me alegra que todo lo vuestro marche muy bien. ¡Recuerdos a Curtius!

Besos. Abrazos.

JORGE

Wellesley, martes 19 de octubre de 1954

Queridos hijos:

Os resumiré mi viaje a Princeton. Me aconsejó Llorens que fuera por allí. La situación, cuando yo llegué, había mejorado mucho. El *Dean*

Brown, en efecto –Steve tenía razón– se mostraba «apático». (Le había producido disgusto que le presentaran una factura de Claudie y faltasen siete dólares en la cuenta del banco para pagarla). Desde el primer momento, Willis y Wade habían estado pendientes del teléfono, y Wade hasta había ido a Filadelfia y a Washington con ese motivo. Pero quien más eficazmente ha actuado es el señor Crocco. Él, su señora y Llorens ¡cómo quieren y estiman a Claudie! En este punto, he quedado muy satisfecho.

A la universidad le interesa conservar a Claudie; y los amigos le adoran. Crocco habló al *Dean* de la Graduate School, Taylor, católico. (¡Y le dijo que Claudie era católico para animarle!). Y Taylor sacudió a Brown. En suma, todos están seguros de que el niño conseguirá su visado, y esperan que regresará en enero. («Y, en el peor de los casos, en septiembre» –añadió Wade). Pero no. Ahí está, infatigable, obsesionado, Gino Crocco. ¿Qué camino se seguirá? Willis me habló de que podría apelarse al State Department, o al Attorney General, o al senador de New Jersey, Mr. Smith, graduado de Princeton. Se escogerá el camino que parezca más conveniente, claro, y me figuro que será el del Senado. Habrá que «aprobar» esa ley, esa excepción individual al McCarran Act; como sabéis, eso forma parte de una *routine*: cada mes se presentan en el Senado esos casos, que no son discutidos ni votados, sino «aprobados» por todos los senadores. Y las elecciones obligarán a esperar a enero para que la ley aprobada permita el retorno de Claudio Guillén. ¡Cuántas molestias, cuántos esfuerzos está causando y causará la persecución de este resultado!

Otro aspecto. Willis me habló de otras dos facturas no pagadas; me llevó al *office* de Brown para recoger una carta del sastre de Claudie, y en el banco juzgó pertinente que yo añadiera 50 dólares a la cuenta de 48. Estuve en Harris Road. Pagué al Sr. Tomasi las pequeñas cosas no abonadas (teléfono, etc.): 35 dólares. Y me pareció que sería preferible que se reservase el cuarto a Claudie. (Si ahora lo alquilaran, lo perdería. Y en esa casa se encuentra muy a gusto). Yo pagaré los tres meses restantes –hasta febrero–. Recogí en Harris Road varias facturas. Tengo la nota exacta: son ocho (!), y suman 105,77. Claudie ya ha pagado alguna; yo abonaré las demás. Había en el cuarto una buena estantería nueva. He preguntado a

Claudie por su constructor. También eso correrá de mi cuenta. Porque no quiero que estos «colgajos» estropeen la situación de Claudie, que es muy buena. Esos detalles económicos tienen importancia en Princeton. (Brown –me decía Llorens– es presbiteriano, y dijo: «Ese muchacho, que tiene deudas…»). Yo no soy presbiteriano, pero tanta convergencia de facturas (¡y la del dentista!) me parece desairada. La prueba es que no he hablado a nadie de estas cosillas. Os refiero todo esto para contestar a la proposición de Teresa: yo, por de pronto, pagaré todo lo que haya por aquí, ahora y hasta febrero. Sin perjuicio de enviar a Claudie todo el dinero que él necesite y yo pueda proporcionarle. Mucho más me dio mi señor padre. Ahora me toca a mí.

Todo se arreglará: esa es la convicción de todos. Mientras tanto, he repetido a Claudie que era excelente vuestro consejo: que trabaje en su artículo sobre Scarron, que lo *remate.*

Estuve con Edmund King. Muy cariñoso. ¡Cuántas cosas ha averiguado sobre Miró! Nadie sabe tanto como él ahora sobre nuestro gran amigo. Madariaga me invitó a comer. Estupendo. Gran estilo español: natural, cordial, sencillo. No se me ocurrió pedirle que hablase al presidente Dodds; pero he consultado a Llorens sobre este punto; y si es necesario, se lo pediré.

Yo trabajo todos los días, o casi todos, en mis papeles. Ahora habrá un turno –breve– dedicado a la correspondencia. Escribiré a Antó, a Isabel, –¡cómo me acuerdo de ellos!– y a otros importantes contemporáneos.

¡Escribid! Un gran abrazo. Vuestro,

JORGE

Wellesley, domingo 31 de octubre de 1954

Queridos hijos y nietos:

De modo que mañana estaréis ya en casa del gran Curtius. ¡No salgo de mi asombro! Sí, me asombra que un domicilio sea la consecuencia de un

libro. *Pas possible*. Y, claro, tiemblo –tiemblo… teóricamente– pensando en esos objetos y, sobre todo, en esa biblioteca, a la que todos rendiréis un verdadero culto. ¡Esos libros, por Dios!

Y los niños, ya instalados también en su escuelita. ¿No tenéis alguna foto? Me gustaría imaginarme con más precisión la vida de Antó y de Isabel. ¿Se acuerdan de mí, de este pobre señor Guillén *perdido* en Wellesley? Y si no perdido, bastante solo. Estos días, sin embargo, ha habido algunas *parties*. He ido dos sábados a casa de Procter. He asistido a un concierto dado aquí por Casadesus. Cené, invitado, con Joan y los Lidas. María Rosa, muy amable, «gran éxito en Harvard», según su hermano. Hermano más contento que de costumbre. (Ya sin la mujer; pero sin los hijos). Y el cónsul –la consulesa– a quien conocí con los Milhaud, me invitó a una *party* en honor de Sarrailh, viejo amigo. Saludé a los Salem, a Dieckmann, a quien había escrito dándole vuestra dirección. (Hablamos de Seznec, casado este verano con Mrs. Lee –la señora con quien cené en casa de Madame Fourel, la primavera pasada–). Después de la *party,* llevé al *restaurant* y al cine a Mademoiselle Bruel. ¡Qué más! Mi trabajo diario –que marcha bien–. Ahora voy a dedicar algún día a la correspondencia. Acabo de contestar a don Américo. (Dice: «Lo razonable es siempre ser o hacerse ciudadano del país adonde el destino le lleva a uno». ¡Siempre la leccioncita!).

Pasemos al «*affaire* C. G.» Me ha escrito Poggioli «finalmente». Él y Levin, «preocupados» por Claudie: ¿qué podrán hacer? En el *Princetonian*, ha habido retrato y gacetilla: otra gacetilla como consecuencia de la conferencia en el *Crimson* de Harvard. Escribí a Madariaga pidiéndole que hable a Dodds. Ben Helman me ha hecho consideraciones generales. Pero, por ahora, Princeton es quien tiene la palabra. Esperemos.

Abrazos. Sí, echo mucho de menos a Claudie y a todos vosotros. ¡Escribidme!

Vuestro,

JORGE

No me perdáis el recorte del *Princetonian*.

Wellesley, viernes 5 de noviembre de 1954

Queridos hijos y nietos:

No sé adónde dirigiros esta carta. (¿Recibió la mía Curtius?) A la nueva mansión irán, casi intimidadas, estas líneas. Hablemos de Claudie. Contestaré a Teresa, a su carta llegada hoy.

1º. El asunto de Claudie no puede marchar tan deprisa como nosotros desearíamos. Eso es lo que me dice, calmando mi impaciencia, Ben Helman. Si, como parece lo más probable –no lo sé de cierto– hay que acudir al Senado y al Congreso, habrá que esperar hasta enero.

2º. Princeton no se porta mal. Hay varias personas activas que están haciendo todo lo que pueden por Claudie. a) «Me dicen –me cuenta Llorens, 24 de octubre– que Brown está ya haciendo algo; no sabemos qué, pero lo importante es que ha tomado el asunto en sus manos». b) Han aparecido sendas gacetillas en el *Princetonian* y en el *Crimson*: *«public opinion»*. c) Escribí a Madariaga, siguiendo la indicación de Steve. Me contesta Madariaga –2 de noviembre–: «No tengo mucha fe en mi intervención cerca de Dodds. Pero he escrito hoy mismo una carta muy *pressante* a Allen Dulles en un memorándum que ha redactado Wade. Con que ya veremos». d) Luego ha habido ese memorándum de Wade.

Todo esto va despacio, pero marcha.

J.

Sábado 6, nueve de la mañana

Cosa rarísima: sonó el timbre. Era Claude Vigée, que llegaba de improviso. Y quedó interrumpida la carta.

Vigée muy bien. Va a publicar un libro de versos. (¡Ya le he dado mi dólar y medio!). Me contó Vigée que Gabriel Pradal se encuentra mucho

mejor; ha ganado diez libras, tiene buena cara, está contento. (¡Milagros del medicamento radioactivo que toma!). Por la noche me llamó Procter, muy cariñoso conmigo. (¡Y Madame Alexandre!). Día, pues, excepcional. Hoy espero a las dos a Mademoiselle Bruel, que me llevará a Boston para asistir a una conferencia de Peyre. Y mañana iré a casa de Vigée. Todo esto me suena a «vida extraordinaria». ¡Pobrecito señor Guillén!

Reanudemos el hilo de lo que íbamos diciendo. En suma, hay que esperar a ver lo que hace Princeton. Esa es mi opinión. Si esa actuación fallase, entonces –es decir, pronto, muy pronto– acudiríamos nosotros a otras gentes. Respecto al sueldo de Claudie, Willis me dijo que le parecía más prudente «no meneallo», no suscitar el problema ante el *Dean* Brown. ¡Esperemos, esperemos!

(A propósito de sueldo. Me han ascendido a… 8.000. En mi año sabático –me escribe la presidenta– cobraré, pues, 4.000. ¿Sabéis en lo que estoy pensando? En tener un poquito de dinero para hacer algún viajecito con Antó).

Y a propósito de mis nietos. Me he encontrado en el bolsillo de mi abrigo de invierno (¡no tengo otro!), la piedra que me regaló Isabel en Ronchi. Allí la he dejado: cada vez que me pongo el abrigo, me acuerdo de mi nieta. Y de mi nieto.

En *Poesía Española*, revista de Madrid, se ha publicado un artículo de Fernandito Allué sobre los «Tréboles» o coplas que le envié para una revista. Artículo muy cariñoso –recuerda a mamá– que me ha gustado. Esta semana –aparte nuevas coplas, ¡las últimas!– se me ha ido en correspondencia. Voy a escribir a Claudie. ¡Escribidme!

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, martes 9 de noviembre de 1954

Queridos hijos y nietos:

Acabo de recibir carta de Llorens. Me cuenta que «ha surgido una gran duda de la que quizá dependa el resultado final. La renuncia que firmó Claudio en el 43 ¿la hizo como francés o como español? En el primer caso –ciudadano de nación aliada– todo se allanaría con relativa facilidad: no así en el segundo. Ya han escrito pidiendo datos». ¡Qué fastidio! Entonces, me parece, Claudie debió de hacer constar que él era español. (En el 43 yo no habría tenido tiempo de naturalizarme americano).

De Claudie hace tiempo que nada sé. A Llorens le ha escrito una larga carta contándole mil cosas. ¡Quién fuera amigo de Claudio Guillén o Señorita Casi Desconocida! No es una razón para no escribirme que yo lleve el mismo apellido que él.

Estoy redactando una larga carta –saldrá esta tarde– a José María Valverde, *bravo ragazzo*, que me ha escrito en forma violenta porque, en el prólogo de Federico he citado la frase de Antonio Machado: «Hay que combatir el catolicismo». Estoy contestándole en un tono a la vez sereno y paternal.

Estuve con Vigée –y un músico egipcio–, escuché a Peyre, cordial como siempre. Hace un tiempo magnífico. Trabajo, leo, escribo, duermo, hasta doy clases. Y me acuerdo cada día más de mis nietos. ¡Qué ganas tengo de ver a esos niños! Para «consolarme» un poquito podrían escribirme. ¿Y el gran Curtius?

Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, lunes 15 de noviembre de 1954

Queridos hijos y nietos:

La carta de Teresa recibida hoy me indica que os encontráis contentos –y emocionados en ese templo del saber–. ¡Por Dios, esos libros, ese tesoro del gran Atesorador! Celebro que hayan complacido mis «Isabeles», ahora como antes, los muchos versos dedicados a Antó. Recibí carta de Curtius,

muy breve y muy expresiva: *«Madame Gilman m'a raconté des choses sur* Clamor *tout à fait captivantes».* Pero ¡qué rica es mi hija! ¿Qué le contaste al hombre ilustre? Y a propósito de versos: prometí a José escribir al *Norte* unos romances (dos romances «castellanos» y otro de Año Nuevo). Me contesta: «me tienes en ascuas de cobalto hasta que recibamos tus letras». Y Altés, el gerente, me escribe también: «Me apresuro a darle en nombre del consejo las más expresivas gracias». ¡Qué emoción la suya y la mía!

Más literatura. (¡Esta familia!). Se celebró aquí una *conference* sobre el Renacimiento. El sábado leyó María Rosa un *paper* sobre *«The earliest trace of Euripides in Spanish Literature»* –o sea, la influencia del *Hipólito* en *La Celestina*– en un pasaje del acto IV J… *I quote*: «*…when Professor Claudio Guillén first called my attention to the use of the name in both the Greek and the Spanish play…».* ¡Grata sorpresa! María Rosa me dio su copia del *paper*. (Vinieron los dos Lidas. Comimos juntos con Justina en Horton House. El sábado comí en Cambridge con los Hubert, ella, poetisa francesa, buena, él, profesor de francés excelente). Y esta semana va a ser excepcional: martes, conferencia en Boston; miércoles, cena en Horton con Thomson, ilustre crítico de música; jueves, *cocktail* con los franceses en el colegio; cena en Pine Manor con otro conferenciante; viernes, cena en Cambridge con los Merrill, otra pareja de jóvenes de Harvard; sábado, concierto en lo «de» Procter. ¿Y mi soledad?

Más literatura. Recibí –por avión– el último número de *Critique* –con una reseña, tres páginas– del libro de Sarrailh firmada por Claudio Guillén. Me puse muy contento. Más: felicísimo. Me gusta mucho más ver la firma de Claudie que la mía. La mía arrastra responsabilidad, esfuerzo. La de C. G. me sume en una euforia beatífica. ¡Menos mal! –me digo, por otra parte. Yo no sé lo que hace el joven sin visado. No me escribe. No sé por qué séptimo cielo andará disertando…

Las fotos, muy bonitas. Antó es, será un artista de la cámara. ¡De casta le viene al galgo!

Sigo trabajando. Y leyendo. Los límites de mis trabajos y lecturas son los que me aconseja mi edad. Porque las ganas me sobran. Ya estoy adaptado otra vez a mi situación de Wellesley: la vida en mi casa –a donde

no viene casi nadie–. El viernes vino L. Nelson y cenamos juntos; yo le había escrito. Pero, en fin, algunas *salidas al exterior* se presentan; no rechazo ninguna.

Dentro de tres meses, Dios mediante, estaré ya camino de Europa. ¡Voy a ocuparme pronto del *re-entry permit*! ¿Las elecciones? Alrededor mío no he oído ningún comentario. Me alegré mucho del triunfo de los demócratas. McCarthy lleva las de perder.

El tiempo es fresco pero hermoso. ¡Que haya salud! Salud para toda la tribu. Y que esos niños me escriban. ¿No tenéis alguna foto mía de este verano? Escribe, Teresa.

Besos, besos y abrazos de vuestro

JORGE

Wellesley, domingo, tres de la tarde,
21 de noviembre de 1954

Queridos hijos y nietos:

Me han devuelto la carta que os había dirigido a Godesberg. Ahí la tenéis. Como os anuncié, la semana –la mía– ha sido movidita. Vi a Poggioli, deseoso de ayudar a Claudie. Pero ¿cómo? Sería improcedente apelar a un abogado cuando el asunto está en marcha y respaldado por Princeton. Teresa se impacienta. Lo comprendo. La impaciencia se acrece a través de nuestro desamor a Princeton. (Me di cuenta, por cierto, de que allí no perdonan a Steve que abandonara aquella universidad). (En estos días he pagado varias facturas de Claudie: 60 dólares por la estantería, 10,70 a Tomasi, 3.000 francos al librero de París, 18 dólares de *Comparative Literature*…). De las clases que Claudie está dando ahora no habla, por supuesto. El pobre está trabajando mucho. *Bravo ragazzo.*

¿Y esos niños? Ellos no se imaginan cuántas veces me acuerdo de ellos. Me gustaría saber lo que hacen, cuáles son sus pequeñas aventuras. Yo pienso en futuros viajes y en cómo serán dentro de cinco, de diez años…

¡Se acerca la Navidad! Tendrán los regalos del abué. Y a propósito de posible regalo. No se os ocurra comprarme a mí un *100 hundred dollars hat*, que he visto anunciado en el *New Yorker.* (Me lo enseñó anoche Th. Procter –siempre tan cariñoso conmigo–). ¡Sombrero de Apocalipsis!

Estos días he frecuentado el lado francés. Una *party* aquí; una conferencia de Georges May en Boston, viajes a Boston con Mlle. Bruel… Todo ello es muy de vida, claro; pero además lo hago pensando en mamá.

He recibido el libro de Llorens: *Liberales y románticos*, muy interesante. («Un monumento», lo llama Raimundo Lida). Y ahora las vacaciones de *Thanksgiving*, del miércoles al domingo. Comeré el pavo en casa de Justina. A Nueva York iré en Navidades. ¡Que Antó me escriba en la nueva máquina! ¡Cuánto pienso en vosotros!

Os quiere. *I miss you.* Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 4 de diciembre de 1954

Queridos hijos:

4 de diciembre. O sea, tercer aniversario de la muerte de Pedro. Escribí anteayer a Solita y a Juan, y les dije cuánto me habían emocionado *Los santos* (*Cuadernos americanos*), la obra maestra de Pedro en el teatro –como *La voz a ti debida* y el *Jorge Manrique* en los otros géneros–. Voy a decirle a Juan –suavísimo conmigo– que os mande *Los santos*.

Ayer recibí carta de Claudie, escrita después de la excursión a Bonn. Parece muy inquieto, desasosegado, vacilante. Llegó a comunicarme su malestar. Pero yo no puedo permitirme el lujo de creer que podría él no regresar a este país. No, ese disparate no se consumará. Voy a escribir de nuevo a Llorens. Ayer fui a un *cocktail* «en lo de» Poggioli –archiamable con nosotros, hijo y padre. (Ya, ya veréis)–. Levin habló de Claudie, *very brilliant*, como representante de la Escuela de Harvard frente a la Escuela de París en Crítica y Literatura Comparada. Poggioli, aparte, me dio una

carta de MacLeish, a quien tuvo que hablar del asunto –a causa de la «historia» del padre–. MacLeish: «*Dear Renato: This is a sad and shocking story. That a young man should be refused a visa because, being of French nationality, he served in the French Army rather than in our own, undergoing basic training in this country, is simply incomprehensible to me. It may involve a literal application of the law but I can't believe that even this law requires a bureaucratic literalness of the kind here involved. I think I understood you say that the matter has been brought to the attention of Senator Smith of New Jersey. That's certainly to go at things. If further appeals to Senators or Congressmen are thought desirable, I should [be] very glad to write. Faithfully yours, MacLeish*». (Poggioli entendió como en vías de hecho lo que es una mera posibilidad: el llamamiento al senador).

Y ahora… ¡agarraos! Ahora viene lo del padre: ¡servidor! Envié a Poggioli una separata de *The Hudson Review* y me pidió cuatro más, y otra dedicada a MacLeish. No quiso decirme para qué. Ayer me lo explicó. El Comité de las *Norton Lectures* de Harvard ha escogido tres nombres como candidatos para las *seis* conferencias del curso próximo. (Ya sabéis: Eliot, Bowra, Cummings, Wilder, etc.). El primero –no sé quién– y el segundo –Wallace Stevens– no han aceptado. Queda el tercer candidato a quien van a dirigirse: ¡yo! Proyecto, por desgracia, absurdo, disparate sin posible realización digna. Hay que dar esas conferencias –seis– en inglés, y publicarlas en libro. Honorarios: una atrocidad. No sé, 17.000 dólares… Todo ello no encaja, sobre todo ahora, en 1955-1956, en mis circunstancias. Pero ¿cómo es posible que se les haya ocurrido que yo pudiera ser la *vedette* requerida en esas solemnísimas ocasiones? Más: MacLeish quiere que se me conceda el Premio… –no recuerdo el nombre: el que fue concedido a St. John Perse–. Eso sí, ¡ahí no veo inconveniente! Entre las personas a quienes hablé en el *cocktail* estaba un profesor Miller que me saludó amabilísimo. ¡Está en ese comité! (Todo obra, creo, de Poggioli). ¡Dios mío, qué aventuras! Claro: *secreto absoluto*. Esperemos ¿Qué os parece? (Cené en casa de Ginoux. ¡Qué cena! Y comensales –judíos– divertidos). El jueves iré a New Haven a almorzar con Peyre.

Recibí las cartas adorables de los nietos. Les contestaré pronto. En este momento llega la carta de Teresa: volveré a escribiros muy pronto. Ahora voy a seguir con Claudie.

Vuestro,

JORGE

Wellesley, 16 de diciembre de 1954

Queridos hijos:

Os he enviado –¿los habéis recibido ya?– 70 dólares, que serán distribuidos entre los cuatro Gilman del modo que Mr. and Mrs. Gilman juzguen oportuno. (Me imagino que el regalo o los regalos de cada nieto costará o costarán de 10 a 12 dólares por lo menos).

Tengo muchas cosas de que hablaros. Estos días han venido tan llenos que hasta hoy no he encontrado el momento de contaros el fin de mi aventura. Estuve el jueves en New Haven; Peyre, tan verdaderamente bueno y generoso, me animó a no renunciar a ese premio gordo de la Lotería Universitaria. El viernes vi a la presidenta, Miss Clapp. Muy fina, me escuchó y me entendió muy bien. El efecto de la carta de… Pero se me ha olvidado empezar por el principio. El miércoles anterior recibí la invitación del Comité. ¡Carta épica! Escrita por MacLeish en los términos más afirmativos y elogiosos. El Comité de las *Norton Lectures* me proponía unánime y entusiastamente. Seis conferencias. 17.000 dólares. La obligación de publicar el libro. La posibilidad de dar un curso o un seminario en Harvard: Wilder lo dio, Stravinsky no lo dio. Hindemith lo dio… El efecto de la carta fue extraordinario. Miss Coe me escribió: *«I am proud to know you».* (¡Gracias a MacLeish!). Sigo adelante. Tras la visita de la presidenta, fui a ver a MacLeish el sábado. Muy *sweet*, muy caballero –y a la vez, político–. Me pidió *Cántico*. Me regaló *Songs for Eve*, su último libro con una dedicatoria: *«… with profound respect and admiration…»*. Pues bien, mi razonamiento se resumió así. Me cuesta mucho trabajo

renunciar a esta única *opportunity*, y no solo para mí, sino para la poesía española, para España. Pero esta invitación no me conviene en mis actuales circunstancias. Habría dado las conferencias en inglés –traducidas por mi yerno y mi hijo de mi texto español–. Pero lo importante no es el acto de la conferencia sino el libro. Libro que me habría exigido dar *my best* no solo por la solemnidad de la ocasión sino porque nada hay para mí más grave que escribir un libro. Este me habría interesado mucho. Y me habría pedido dos o tres años, por lo menos, de trabajo, antes y después de las conferencias. Yo no sé hacer las cosas a medias. Habría tenido, pues, que interrumpir más o menos completamente el otro libro, *Clamor*, el que está ahora en plena marcha. Dato importante: voy a tener sesenta y dos años. Como dijo la presidenta: «*For my soul»* es más esencial mi libro de poesía. Pero… ¿podría volver a ser invitado otra vez? No quisiera renunciar definitivamente…». Y MacLeish me dijo –él es presidente del comité– que sí había esta posibilidad, sin que ello implicase materialmente promesa. Yo expuse mi criterio con el temor de que pareciera ridículo. El efecto fue contrario. MacLeish me repitió: *«Wonderful! Wonderful!».* Y también: *«We are proud of you»* o cosa así. Final de la entrevista: MacLeish es presidente de la American Academy. Cada cinco años se concede un premio a un poeta extranjero. El premio anterior fue para St. John Perse. El próximo –en el próximo mayo– me será otorgado a mí. 1.000 dólares. MacLeish añadió riendo –y por excepción, en francés–: *C'est déjà quelque chose!* Por supuesto, es *un secreto*, estilo americano. Yo no se lo he comunicado –secretamente– más que a la presidenta. Y ahora a vosotros. Porque volví a ver a Miss Clapp ayer. Le dije: ¡Soy… como Wilkie, candidato a la presidencia! La carta ya ha producido sus consecuencias morales… Y nada más. Os lo aseguro: si hubiera tenido que dar las conferencias en español, habría tomado la misma decisión. No, no puedo dar todo mi esfuerzo a otro libro. Teresa me dice en su carta: «Tú escribes unas conferencias maravillosas…». ¡Qué rica! Eso demuestra la confianza que en mí tienen mis hijos. Sí, pero yo sé lo que me habrían exigido unas conferencias, si no maravillosas, dignas. Por otra parte, no he vacilado un solo instante, y lo he pensado largamente. Así de acuerdo conmigo mismo, estoy seguro de que

tu madre, Teresa, habría aprobado mi conducta. Y ¡quién sabe! Espero que esta invitación me vuelva, tras la primera edición de *Clamor*. *Clamor*, que ya cuenta con más de cinco mil versos. La primera edición contendrá dos tercios de la obra. Este año que ahora termina es, me parece, el año que más he escrito. Contaré los versos, deben de ser más de dos mil. Hay que aprovechar esta buena racha…

Os escribiré muy pronto. Y a los niños. Claudie. Me parece buena idea que viniese él. Se lo he consultado a Llorens. ¿Y por qué no a Princeton? No os digo: M… Ch… [Merry Christmas] todavía, os escribiré muy pronto.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, 23 de diciembre de 1954

Teresa, hija:

¡Felicidades! Felicidades a mí también, que tengo la suerte de ser tu autor, tu medio-autor. No te escribo con la calma que debiera escribirte. Mañana salgo para Nueva York. Ya escribí –ayer– mi diminuto *paper* sobre Miguel Hernández. Pero estoy redactando deprisa no sé cuántas cartas más o menos urgentes. (Contestaré también a Mrs. Ripley, que me ha enviado un *Christmas card*, la pobre. ¡La rica! –mejor dicho–). Hoy he recibido carta de Willis, y la copia de la carta que ha escrito a don Américo. Para mí es indudable que él, que ellos se portan bien, muy bien, digan lo que quieran los ex-Princeton *men.* (¿Cómo escribió don Américo a Willis?). Bueno, no hay que perder la esperanza, pero qué deprimente es todo eso. De Claudie sigo sin recibir noticias. Ya no sabré de él hasta el año que viene. (No me reexpedirán el correo). Todavía tendrá tiempo de escribirme antes de mi regreso a… ¿Adónde? Verdadero regreso no lo hay, no lo habrá. Di a todos que me acuerdo de ellos, que los quiero, y que me da pena no estar ahí, con vosotros, con esos nietos míos, que son los niños más preciosos del mundo. ¡Y esto es una verdad como un templo! He revisado el poema que escribí en

Ronchi sobre la fotografía de Somo. Te lo copiaré. Hoy no tengo tiempo. Me acuerdo tiernísimamente de mi hija y de su madre; felicidades.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Afectos y abrazos a Margot.

Wellesley, 6 de enero de 1955. Los Reyes

Teresa, hija:

Llegó, por fin, una carta tuya, corta carta después de tan largo silencio. Sí, ya lo sé… ¡La vida es cortísima! No sé siquiera si habéis recibido los marcos equivalentes a los 70 dólares que os envié a Bonn. Ni si te llegaron los francos a París hacia el 28 de diciembre. Ni si habéis recibido y leído y recordado el poema aquel. ¡Cuéntame!

Esta mañana me telefoneó Mrs. Merrill y me dijo que os había visto contentos y prósperos. *À la bonne heure!* De modo que François se casa. Consulta: ¿qué regalo podría yo hacerle? Dame alguna idea. No tardes en contestarme. Otra pregunta. Ya tengo inquilino en esta casa para el próximo semestre: Mrs. James, profesora de Historia, que habrá dado a luz en estas vacaciones. Tengo necesidad de otro inquilino para el semestre 55-56. Pero antes quisiera saber: ¿os convendría este piso mientras buscáis una casa en Cambridge? Otra cosa –y va de consultas–: ¿qué espera Renée que yo haga en París? ¿Que me aloje y coma en su casa? ¿A ti qué te parece? ¿En qué habitación? ¿Habría ventaja económica? Yo no me inclino a esta solución, pero en fin…

Recibí un disco de Albéniz, *Iberia*. ¿Sois vosotros los donantes? Me lo imaginaba. Ya ha sonado varias veces. ¡Precioso! Os lo agradezco infinito.

Affaire Claudie. Me indicó Willis la conveniencia de que apeláramos al lado francés. Presentado por Peyre fui –dos veces– a ver a Mr. Dujelot [?], el *attaché culturel* de Francia. Me prometió muy amablemente que

escribiría a Washington y a París. He vuelto a escribir esta tarde a Willis y a Llorens. Llegó tu telegrama, que me gustó recibir, aunque fuese más bien superfluo. ¿Cómo pueden estar dolidos los de Princeton? Debe de haber confusión. Llorens, en Nueva York, me encargó con gran insistencia que rogase a Claudie que escribiera a los Crocco, dolidos con él, después de lo que están haciendo por él. Es un nervio. Divino, sí, pero ¡qué criatura! ¿Quién te fue con el cuento equivocado? Lo pregunto por mera curiosidad de «erudito». (¡No de poeta!).

¿Y don Américo? Mrs. Merrill –muy simpática– me dijo que está enfermo. ¿Cómo se encuentra?

Vi la película japonesa. ¡Estupenda! Pero dejo para otra carta el relato de mi visita a Nueva York y a Bryn Mawr. Quiero que salga esta carta esta noche.

Voy a cenar en casa –por excepción–. Ha helado; está resbaladizo el suelo. He trabajado por la mañana, he escrito cartas por la tarde. Esta noche leeré –para las clases que se reanudan mañana–. Ya me parece que me falta tiempo para preparar mi viaje y mi ausencia de un año.

¡Si escribieras! Para los cuatro, abrazos.

JORGE

Wellesley, 14 de enero de 1955

Queridos hijos:

Voy primero a contestar a vuestras cartas. Ayer llegó una de Claudie. Hoy, otra, de Teresa. Ante todo, una aclaración. (Y lamento esta insistencia en lo que pudo ocurrir ligeramente, sin insistencia). Además del envío a Bonn, hice otro de cincuenta dólares –el 21 de diciembre, aquí tengo el *receipt*– a París para Teresa, como saludo en su cumpleaños. ¿No lo habéis recibido? Porque en ese caso haría una reclamación aquí y otra en París. Respecto al poema: la copia iba dirigida a todos, precisamente porque

estabais todos reunidos, y eso es lo que yo buscaba: vuestra reunión. Teresa me pide otra copia: la tendrá, y, claro, autógrafa… ¡!

Affaire de Claudie. ¿Habrá leído bien don Américo? Willis no puede estar quejoso conmigo. Bien es verdad que no le he tratado –por carta y oralmente más que en prosa–. ¿Habría sido mejor remontarse al verso? Lo del *attaché culturel* lo he hecho sin la menor fe, pero solo para complacer a Willis. Con él estuve dos veces en Nueva York. Le he escrito la semana pasada. Anoche, a los Crocco, y casi en verso o por lo menos, en *Cántico*. Teresa me indica a MacLeish como posible influencia. Le escribiré mañana. Esta tarde me ocuparé de la prolongación de mi *re-entry permit*. Ayer pagué mi viaje en el *Queen Mary*. Anteayer envié mi *income tax return* ayudado por la experta del colegio. Estoy ya en nueva correspondencia con la Guggenheim Foundation en relación con mi *estimated tax* que estamos preparando. ¡He ahí las consecuencias de la desconfianza que me inspira el señor Guillén, don Jorge! Por cierto, he escrito una décima dirigida a Valverde, diciéndole que no me llame «Guillén», «querido Guillén». Me ha contestado en un cuarteto de la cuaderna vía. ¡Juguemos, juguemos! Para cuatro días...

Recibido el cheque. Perfecto: tendréis los tres billetes reclamados.

Actividad literaria de don Claudio. De acuerdo, Claudie. Ahora no es tiempo de libro. No me dices nada del artículo sobre Petriconi. ¿Por qué no me lo envías? Los maestros lo son siempre demasiado. ¡Ay, si los discípulos se pusieran a corregir lo que ellos escriben! Visitas a la Biblioteca Nacional ¿Scarron? Cuéntame. ¿Y Steve? ¿Qué madura en silencio?

Celebro que de la operación don Américo haya salido bien. No me decís la dirección a que yo pudiera dirigirle un saludo. ¡Enviádmela enseguida!

(¡Ah! Para consolarte con la verdad, querido hijo trilingüe: tus cartas en español están muy bien. Claro que yo no soy más que poeta de Valladolid. ¡No soy filólogo!).

Me hablabais del posible premio anunciado por MacLeish. ¡Estoy llegando a *Le Temps retrouvé*! Peyre quiere que se me conceda la Legión de Honor! ¡Bueno! Y Paco G. L. había querido hacerme doctor *honoris causa*

en Middlebury este verano; se dejará para el verano del 56. Todo eso es… vejez. ¡Sesenta y dos años!

Me complace mucho lo que Claudie me copia de la Escuela de Auteuil. Testimonio concreto y bien claro. ¡Muy bien!

Escribiré a Renée siguiendo el consejo de Teresa, que me parece sensato. Y *¿qué podría yo regalar a François?* Teresa: ¡inspírame! Otra pregunta: *¿qué llevo a Renée y Margot?* No tengo imaginación de regalos, pero sí el deseo de hacerlo, pasándome siempre un poco.

En cuanto esta casa de Norfolk Terrace, seguiremos buscando un segundo inquilino. ¿Te parece Teresa que haga un inventario de la plata? Contéstame a vuelta de correo. ¡Cuánto te echo de menos en esos trajines de la casa! Tengo que dejarla preparada para que la habiten otros durante un año. Sí, soledad, en efecto…

Visita a Darmangeat. ¿Sigue su curso sobre *Cántico*? Yo me llevaré en mis copias todo *Clamor.* El único poema que no he revisado es el de «Luzbel»; no he tenido tiempo. Son ya más de cinco mil versos, es decir, la mitad del libro. Ivar Ivask me ha mandado una revista con dos poemas míos traducidos al estonio; y unas palabras muy discretas sobre la relación *Cántico-Clamor.*

Bryn Mawr. Muy *sweet* todos. Juan leyó un *paper* sobre Cadalso, presidía en Nueva York, por supuesto, Edith Helman. No fue tan feliz él como otras veces. Pero ella, influida por varias personas a quienes no gustó el *paper*, le censuró su «retórica tropical». Término tropicalmente inexacto e injusto. Lida (R.) me citó en burla una de las palabras de Juan: «cosmovisión». Me enfadé con R. L. un poquito. Me enfadé mucho más en otra ocasión: Peyre dio una conferencia –en inglés– muy atropellada, es verdad; María Rosa abandonó el gran salón en medio de la conferencia –arrastrando a Denah Levy, que la acompañaba–. Al día siguiente se lo reproché duramente a D. L. (Por la tarde la busqué: la llevé al cine y a cenar…). ¡La soberbia de esa *scholar* M. R.! Falso «acto superior» esa protesta airada: lo superior es la humildad y la cortesía, no la soberbia y la grosería. El pecado del Yo es el único que no tolero o que tolero con menos indulgencia. Pero se acaba el tiempo. Me espera Justina para llevarme a

Boston. Os escribiré pronto y largamente aunque no tengo tiempo más que para… preparar el viaje. ¡El viaje! ¡Qué alegría! ¿Y esos niños?

Adiós. Abrazos.

JORGE

Wellesley, 20 de enero de 1955

Queridos todos:

Claudie debe de estar ya en París, ¿no? Hoy le habrá cablegrafiado sus instrucciones Wade. Anoche me llamó Llorens, no bien recibió mi *special delivery*. Estaba muy contento. Lo estamos todos. ¡Por fin! Ha bastado que Mr. Smith, el senador de New Jersey escriba al servicio de Filadelfia. Claudie –me lo repitió Llorens con gran insistencia– debe llevar a cabo no sé qué trámites previos en el Consulado de París. (Si no, tendría que hacerlos aquí, a su llegada, en una cómoda cárcel de Nueva York. Ya no es en Ellis Island: ¡un progreso!). Y en Princeton le esperarán, aunque llegue tarde algunos días. Ahora me preocupa un nuevo problema: yo tengo mi camarote en el *Queen Mary* del 11 de febrero. Supongo que Claudie llegará antes.

Acabo de escribir a Claudie a casa de Renée. Y le pregunto cómo puedo ayudarle a pagar el viajecito de retorno.

Por cierto, ya ha llegado a mi banco de Wellesley el importe de mi Guggenheim. Estoy en plenos preparativos. Hasta he llamado ya a… la *Salvation Army* para que recojan cuatro trajes viejos y otras cosas. Voy a meter en cajas libros, papeles, varios «efectos» de casa. ¡Qué fastidio, no poder cerrar este *apartment*! No me gusta esta vida de solterón…

Solterón no siempre solitario. Mi *birthday* fue celebrado cariñosamente. Comí el domingo en casa de los Deguise; hubo regalo de libro y un *cake* con una vela. El lunes cené con Miss Coe en Severance… Y el martes la cena fue, invitado por Edith en el Sheraton Place con Edith Helman, Isabel Pope y María del Carmen Gómez Moreno. En fin, sesenta y dos años…

¡Qué le vamos a hacer! Tuve un buen correo: carta de María, mi hermana, de José, etc. Sobre todo, vuestras cartas, las de mis nietos me encantaron. ¿Recibisteis mi telegrama? Claro que en mamá pienso en esta fecha y en todas las demás. (Esta tarde, *Academic Council*). ¡Ah! Blecua angustiado por la soledad de su hotel de Columbus. Marta M. le atiende. *Le veinard.*

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, sábado 22 de enero de 1955

Queridos hijos, queridos nietos:

Hoy me ha despertado –casi– el teléfono. Era un telegrama de Claudie: «*Llegando* miércoles, S.S. United States». ¡Claudie llega el miércoles!, ¡Claudie llega el miércoles! –digo y repito con la alegría de Isabel y Antó, una mañana en Columbus.

Las clases terminan en Wellesley el 27, miércoles, (¡y hay un *Department meeting*!). Saldré el jueves por la mañana para Princeton. (Sacrificaré el almuerzo en Boston y la cena en Cambridge *chez* Ginoux con los Sert). El fin de semana se complica con otra porción de cosas… Y luego, los preparativos del viaje. Ahora estoy esperando a Sidney –«Muchacha en Capri»– y su marido. Esta noche Godoy y la Sinfónica en Boston. ¡Cuántas cositas!

Pero lo esencial es que llega el niño. ¡Y me lo han tenido parado *abroad* como un facineroso! Ya le he dicho que sea prudente en la expresión de sus sentimientos «patrióticos». (Y que deje en paz… a la madre de McCarran…).

Adiós. ¡Estoy contento! ¡Imaginaos lo contento que estaré cuando me reúna con vosotros y pueda irme por ahí con mis nietos!

Abrazos. Besos.

JORGE

Wellesley, 24 de enero de 1955

Teresa, hija:

Me llegan a una las cartas y las fotos. Y no te exagero si digo que ya he mirado –y son las cinco– muchas veces las fotos. Y es que no me canso nunca de saber y comprobar que mis nietos son *preciosos.* ¡Qué ganas de reunirme con vosotros! Gracias por tus indicaciones. Haré cuanto me «sugieres:» ¡tú mandas!

Sí, ya lo tengo todo arreglado para salir pasado mañana miércoles y estar el jueves en el muelle de Nueva York a la llegada del niño. Seguís siendo injustos con Princeton; el senador Mr. Smith, con quien ya estaban al habla, indicó a nuestros colegas que tenía primero que agotar todos los demás *channels.* Y los senadores estaban esperando, antes de hacer algo, cuál sería el resultado del asunto McCarthy. Y son ellos, los de Princeton, los que han puesto en movimiento al Sr. Smith. ¡Seamos justos!

Hoy he recibido el *passage ticket* del *Queen Mary*. Saldré, si Dios quiere, el 11 de febrero. Tenedlo presente para dirigirme la correspondencia a París en el momento debido.

Lamento lo del envío monetario a París. Voy a escribir ahora mismo a Renée. El *money-order* estaba dirigido a tu nombre. Y aquí reclamaré mañana –después de los 36 días de rigor–. (En el recibo consta la fecha 21 de diciembre).

Y, claro, compra –por 15 o 20 dólares, es igual, más bien 20– el regalo para François. Muchos recuerdos al profesor Gilman. Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Wellesley, Mass., 30 de enero de 1955

Hija, Teresa:

Llegó Claudie, con buena cara, contento, dispuesto a hacerse americano enseguida. ¡Qué criatura! Yo, feliz entre las prisas y las ocupaciones importunas. El barco, a consecuencia del mal tiempo, no llegó hasta el viernes, 21, por la mañana. Iba yo a salir el miércoles, y retrasé mi viaje hasta el jueves a la vista de tres telegramas: uno de Claudie y dos de Willis. (Llorens me llamó por teléfono. Insistió: *«Willis se ha portado muy bien»*). Pero todo ello se complicó con el deber inútil de tener que ver a una señorita Martin, candidata al departamento, que debía pasar aquí el sábado. Pero antes acudiría a un *meeting* de profesores de Arte en Nueva York. Intenté verla el jueves y el viernes. No la encontré a pesar de mis reiterados esfuerzos. No pude, pues, acompañar a Claudie (se hospeda en casa de Edmund King), a quien esperaban los amigos para cenar en casa de Llorens. (Cena preparada por la señora Crocco). Y furioso me volví a Wellesley la noche del viernes. (La señorita, simpática y flojita, quedó eliminada después de nuestras conversaciones y comidas del sábado). Te cuento todas estas cosas para que entiendas por qué no fui con Claudie a Princeton –como era mi deseo–. Anoche fui a Arlington, ¡qué viajecito! Y hoy he seguido metiendo libros en cajas. Ayer escribí muchas cartas; y como dejé lo más importante (para mí) hasta el final, no tuve tiempo –porque comí de improviso con Manola–; y por eso te escribo hoy lunes. Espero que Claudie venga esta semana a Wellesley. ¡Qué poco tiempo le voy a ver este año! Y esto me desgarra ya el alma. (No pudo, por cierto, cobrar el papel que traía. Había que ir muy lejos. Yo le di el dinero que necesitaba).

Me ha hablado de vosotros; pero me ha sabido a muy poco lo que me cuenta. ¡Qué ganas de veros! Claudie me ha explicado tu plan de veraneo –que yo ignoraba–. Así me he enterado de cuál será mi plan: el vuestro. ¡Provins! Perfectamente.

Yo he hecho la reclamación en el *post-office.* ¿No habrá habido *malentendu* con la *concierge* en casa de Renée? –De acuerdo: iré por de pronto a un hotel –el que me ha indicado Claudie (H. Cayre Boulevard Raspail)–. ¡Tengo tantas cosas –pequeñas, es decir, mías, de mi modesta vida– que contarte! Pero ya me parece que estoy llegando. Aunque mediará

todavía todo un mes antes de veros. ¿Y esos niños? Me acuerdo cada día más de los dos.

Mr. Procter me dijo por teléfono: «Que pida (Claudie) el lunes sus *first papers*». Y los demás piensan y sienten lo mismo. ¿No hay *presión*? Hay cierta «presión». Yo ya he cumplido: doy a este país mis hijos y mis nietos. En cuanto a mí… Como Santayana. Como Madariaga. (Ayer cené en Arlington con los Lida y me despedí de María Rosa. ¿Enfadados? No, por Dios). Voy a cenar a Steven's.

Besos.

JORGE

Wellesley, domingo 6 de febrero de 1955.
5.15 de la tarde

Teresa, hija:

Claudie llegó el jueves por la noche y se ha marchado este mediodía. Está muy contento; se siente *at home.* Muy ocupado ya: MacAllister (no sé cómo se escribe este nombre) le pidió que diese una conferencia el viernes próximo sobre «La Florencia de Boccaccio». (Fue este colega quien dio el golpe último en «el asunto» porque conocía a la secretaria del senador). Es decir, que ha estudiado y leído mucho aquí. Yo estaba también muy ocupado. Y tantas cosas he hecho, sobre todo anteayer, que ayer me encontré cansadísimo. El día terminó en casa de unos señores amigos de Procter, que organizaron una *Spanish dinner*. Y no mala, por cierto. El *sailing permit* me obligó a hacer dos viajes a Boston. (Total, 73 dólares). Invité a comer en el restorán de Ginoux a Joan y María del Carmen Gómez Moreno; fui a decir adiós a Edith. ¡Qué sé yo! He hecho y cerrado unas treinta cajas de libros y papeles. Dicen que hasta soy *efficient* –lo que ya es el colmo–. Y Claudie se ríe, porque «dejaré la casa mejor que la habría dejado mamá». ¡Me toman el pelo! Pero, Señor, estoy solo y todo me lo tengo que hacer yo…

Ya tengo los cuatro rollos de fotos; recibí carta de François pidiéndome discos. Claudie, encantador, hablando con tanta inteligencia y tanta sensibilidad de tantas cosas. (¡Así hablarán de Antó cuando sea mayorcito!). Ya voy dominando la «situación»; ya están hechas muchas cosas. Y el jueves saldré a la una; Claudie me esperará a las cinco en Grand Central; y cenaremos en casa de doña Gloria. Procuraré descansar en el barco. ¡Y el 27 juntos en París! Estupendo. Podríamos salir a primeros de marzo para España. Recuerdos.

Besos, abrazos para todos. Vuestro,

JORGE

Vinieron a comer conmigo dos portorriqueñas, una muy amiga de Pedro. ¡Gran conversación! Mañana vendrá de Nueva York Pat, mi antigua alumna. Y el martes Claude Vigée. ¡Cuántos amigos!

Wellesley, martes 8 de febrero de 1955

Queridos todos:

Empecé la jornada a las seis. Son las once y no he parado. Ya está casi todo hecho en la casa. Pero no se concluye nunca. Invité a cenar a Vigée y Galand. Ahora vuelvo de la larga conversación. Me han pedido en el colegio que escriba esta noche una carta de recomendación: ya está escrita. ¡He leído *final papers*! Y ahora, antes de acostarme, quiero deciros buenas noches. Estoy cansado –y muy contento–. Vigée me decía que yo soy, como autor de *Cántico*, «*un drôle de pistolet*». (Porque no me entrego a la «agonía», a la angustia etc., etc.). Es posible. Pero ¿cómo, a pesar de todo, no voy a sentirme contentísimo si voy a veros a vosotros dentro de pocos días? En Europa hay muchas cosas admirables, sí; para mí, la más interesante es… la familia Gilman. ¡*Cántico* de nuevo!

El jueves veré a Claudie. Cenaremos juntos en casa de doña Gloria. Pero eso ya me duele; se me va a hacer muy largo un añito sin ver a esa

criatura.

Recibí la carta de Steve. Me supo a mieles. Celebro que haya dado esa conferencia. ¡El 26, todos en París! *Hurrah!* (No he encontrado aquí los discos que me proponía François. Teresa: *cómprale tú algo*). Y ahora… (Ya tengo la dramamina). ¡Al mar! Mar de febrero, no sé, no sé. ¡Buenas noches! Hasta París.

Os abraza, os quiere vuestro

JORGE

Wellesley, jueves 10 de febrero de 1955

Queridos hijos, queridos nietos:

Estoy cansado ya y con sueño, pero antes de salir, a las once y media, para Nueva York os diré que ayer mismo recibí carta de MacLeish en que me dice que The American Academy of Arts and Letters, me concede el «*Award of Merit Medal, together with a cash award of $1000 for distinguished Achievement in the Arts of Poetry*». (Los anteriores poetas premiados fueron Auden y St. John Perse). ¡Perfectamente! Y yo concluyo: ¡qué generosos son los americanos! (Este año me dan la Guggenheim y este premio académico).

Y me digo, por otra parte: el mejor premio será, va a ser… reunirme con mis hijos y mis nietos. Lo mejor de todo en esta galaxia, querido Antó, para mí son… mis hijos y mis nietos (¿Y si hiciésemos un viajecito por Francia este verano tú y yo?). Esta tarde a las cinco me esperará Claudie.

¡Hasta pronto! Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Martes 15 de febrero de 1955

Queridos todos:

Cené con Claudie en casa de doña Gloria (que había organizado una *party*), y salí el viernes con mis tres maletitas. El mar, como de febrero. El barco, magnífico, cruje, vibra; y me habría mareado sin la dramamina. Tres píldoras han bastado: ¡estupendas! El camarote, amplio, para mí solo. ¡El mejor de mi completa biografía! Solo en una mesita del comedor. En *tourist* –muy inferior a esta *cabin class*– está Fichter; desea conocer a Steve. Él, Fichter, ha sido mi compañero de viaje. He trabajado en la ordenación de las últimas coplas. (No falta más que una para las trescientas definitivas. ¡Las trescientas!). Ya empiezo a sentir la emoción de la llegada. ¡Qué alegría! Europa, Francia, París… y los Gilman. ¡Isabel, Antó, Steve y mi hija!

Abrazos, abrazos, abrazos.

JORGE

París, sábado 19 de febrero de 1955

Queridos hijos y nietos:

Todavía no he llegado a París. ¡Estoy prisionero! («Suspense»). El primer contacto con Europa fue desagradable. Llegué el primero al tren, en Cherburgo, muy «malín», cogí el asiento *côté fenêtre*. Y por no sé qué rendijas se colaban no sé qué aires pérfidos que, a pesar de mis defensas y precauciones, me dieron un catarro monumental. ¡Un cochino catarro «europeo»! Me esperaban en la estación Renée y François. Cariñosísima, Renée. Y aquí estoy, en su casa, contra mi programa, prisionero de mi catarro. Por otra parte, va a costarme un verdadero esfuerzo instalarme en un hotel. Pero ya no sé si vale la pena. Me encuentro muy a gusto en este ambiente *normal*, entre estas personas. Han comido aquí Margot y Jacotte, los sobrinos y sus mujeres –silenciosas–. Y los recuerdos me invaden, y me pongo sentimental, y lloriqueo. Porque todo me recuerda a tu mamá, Teresa. Por eso te ruego, por Dios, que dulcifiques en lo posible los antagonismos.

Te comprendo perfectamente. Pero Renée es un encanto. Me ayuda, me cuida, me escucha. ¡Es la hermana de tu mamá! Claro que… ¡De acuerdo!

En la casa hace frío. Te escribo al lado del hornillo de gas. Pero ¡qué frío en el cuarto de baño! ¡Ay de mi América! He salido un poco, he callejeado. Ha telefoneado Jaime. Ha venido a verme M. Combes, discípulo de Darmangeat –¡otro Pradal!–, autor de una tesis sobre *Cántico*. Me ha traído sus notas de clase; me dice que vaya al curso de Darmangeat. ¡Imposible! Ha nevado. He trabajado. Y quedo… *esperándoos.* ¡Qué impaciencia por veros! Tengo ganas de pasearme con mis nietos, por ahí, por el mundo, y darles, si puedo, todo lo que me pidan.

¡Cuánto te agradezco, Teresa, que llamaras! (Llegué hacia las ocho a Saint-Lazare). Vamos a cenar Renée y yo.

Abrazos. Os quiere y espera vuestro

JORGE

París, viernes 20 de mayo de 1955

Queridos hijos, queridos nietos:

No sé nada de vosotros, y como vuestra dirección –durante estas últimas semanas– me era desconocida, no he podido comunicarme con esa tribu errante de los Gilman. Supongo que esta carta no llegará antes que vosotros a Zurich.

¿Y ese viaje? Italia, Venecia… Contadme. ¿Qué dicen esos niños? Que me digan algo a mí también. En cuanto a mí… Hace ¡todavía! un frío increíble en este París siempre tan próximo a nuestro corazón. Me he instalado en un hotelito muy modesto, Place du Louvre. Desde mi ventana veo, a la izquierda, la Colonnade du Louvre, y frente a mí, separado por una calle estrecha, los tejados y las gárgolas de Saint-Germain-l'Auxerrois. Visito a Renée, siempre tan conciliadora y tan rica, con frecuencia. Llegué a tiempo de asistir al entierro de la pobre Valentine Dreyfus, que estuvo siempre muy amable con nosotros. He comenzado a realizar mi plan; muy

sencillo: trabajo diario –si es posible, un poco por la mañana y un poco por la tarde–, y por la noche, alguna distracción algún *rendez-vous* con amigo o amigos. Margot, Bergamín, Matilde hasta ahora. (Esta noche, Tito Zubiría). Como veis quiero desenvolver las citas sucesivamente, sin acumulaciones fatigosas. Estoy ya con los poemas largos que me proponía escribir. Correo he recibido muy poco. Una carta de Curtius me ha complacido tanto –*«le couronnement de ma carrière!*»– que voy a copiárosla. Es extraordinario que un «viejo», ya en etapa muy postrada, sea capaz de entusiasmarse por un librito nuevo. Os he enviado *Cuadernos* con un poema «americano». ¿Qué valor tiene ese poema? Por lo menos, 20.000 francos…

Hoy por una carta de Málaga –que acabo de recibir– me entero de que ha fallecido… ¿quién podría imaginárselo? nuestro querido Moreno Villa. Lo he sentido mucho. ¡Tan *casi* joven! Voy a escribir a Julián. Pienso, por doble asociación, en Juan Guerrero. En cuanto llegué a París y encontré hotel, escribí una breve elegía y –cosa que jamás había hecho– se la envié a Canito aquel mismo día para el homenaje de *Ínsula* a Juan Guerrero. ¡En qué antiguo vate voy convirtiéndome!

MacLeish me ha escrito. Muy amable. Me dice que Claudie me representará en la sesión de la Academia el 25 –de este mes– leyendo mi *statement*, en español y en inglés. Nada podía causarme mayor satisfacción. Eso será para mí lo mejor de esa historia. De Claudie tampoco tengo noticias. La gente no me escribe porque no sabe dónde estoy.

Acordaos de este pobre señor Guillén. Besos a mis encantadores nietos. Y un gran abrazo para todos. Vuestro,

JORGE

París, viernes 27 de mayo de 1955

Queridos hijos, queridos nietos:

Me alegro infinito de que vuestra excursión por Italia haya sido tan agradable. Repetiré yo, por mi cuenta, ese itinerario. Sobre todo, retengo los

nombres de esas pequeñas ciudades –Brescia, Bérgamo, Vicenza…– que visitaré gracias a vosotros.

¿Yo? Estuve un poco indispuesto. He renunciado –una vez más– al vino. Trabajo todos o casi todos los días. He concluido la primera versión de «Tiranía»; me jugaré con ese poema la circulación de *Clamor* en España. Quisiera escribir aquí las primeras versiones de otros dos o tres poemas largos –los últimos de *Maremágnum*–. A los amigos voy viéndolos, pues, poco a poco. Renée. (Me dice que tal vez tenga yo que firmar algo en lo de Maubeuge). Margot. (Una *party*, en su casa, anoche, deliciosa). Pierre Darmangeat; finísimo, delicadísimo; muy aficionado a música y *gourmet*, magnífica preparación doble para la crítica poética. Los Cassou, como siempre. (Muy antirrusos). Gracias a él, Seghers publicará tal vez, por fin, la traducción de poemas míos. Por cierto, ya me ha llegado la *Antología* italiana. El libro queda bastante bien. (Vosotros lo recibiréis). Esta mañana, en la Gare St. Lazare, he despedido a Tito Zubiría y su señora que se embarcan en el *Île de France*, camino de Baltimore y Bogotá. Con ellos cené en casa de don Eduardo Santos, el expresidente de Colombia. (Avenue du Bois). Gran demócrata americano, persona finísima. Y muy amable conmigo. Voy a cenar esta noche con Matilde, mañana con los Arnavon. (Me escribía él: *«Monsieur»*, *¡Monsieur!*). Varias gentes me preguntan por Claudie y me gusta mucho interesar como padre de Claudio, «a quien me parezco un poco…». Espero carta suya, en la que me cuente lo de anteayer en la *American Academy.* Ahora que me acuerdo: en el tren esta mañana, me encontré con Singleton, que me preguntó por Steve. (El encuentro fue cordial. En fin ¡soy desde hace tantos años residente de Massachusetts!).

El tiempo es mediano; no acaba de llegar la primavera. (¡Cómo estará ya en Torremolinos!). Sin embargo, «a media mañana», andando por las calles de París, me sentía contento. (¡Pobre señor Guillén! La conversación en inglés con Singleton me animó). Y, como siempre, esos momentos de libertad y salud, de paz y equilibrio –que son los que yo siento como mi núcleo– me recrudecen el recuerdo de tu madre, Teresa. ¡Si nos hubiésemos paseado por aquí este año! No hay consuelo.

Acabo de recibir carta de Julián. Está en Chile. Os dedica líneas muy tiernas. Escribidle: «CEPAL, Avenida Providencia 871, Santiago. Chile». Mi dirección: «Hôtel de la Place du Louvre, 21 rue des Prêtres Saint-Germain-l'Auxerrois. Paris, 1er».

Me han *encantado* las dos cartas de Antó. Le contestaré enseguida. ¡Cuánto me gustaría recibir una cartita de Isabel!

Adiós, abrazos. Vuestro,

JORGE

París, miércoles 6 de julio de 1955

Teresa, hija:

A pesar de mi retiro matutino me siento bastante cansado. Ya principio a preparar el viaje. Pasaré por Auch (Gers), para visitar al pobre Ramitos, tan solo, y todavía en el hospital. Iré a Vallauris y Antibes. ¿Luego? No sé. Recibí carta de Andrea. Dice que por Alicante no hay nada libre. Veremos lo que escribe Ruiz-Funes. Si fuésemos al Norte, yo preferiría Galicia, que desconozco por completo. Ponte al habla con Emilio. ¿No irán ellos a la Isla cerca de Ribadesella? Pero en aquel rincón no debe de haber hoteles.

(Esta noche cenaré en el Quai d'Anjou. ¡No se me olvida! Mañana me prosternaré ¡por fin! ante la divina Carmen. En efecto: me habló como si se ahogara, subiera a la superficie y volviera a hundirse…).

Me acuerdo muchas veces, muchas, muchas veces de esos niños. El viernes iremos a ver las iluminaciones de Versalles Renée, Maurice y yo. (*Yo invito*). ¿Qué voy yo a hacer por Italia sin Antó? No conozco mejor compañero de viaje…

Te agradezco infinito lo que estás haciendo para la mudanza. ¿Los cuadros de mamá? Están bien donde se encuentran. Pero si ahora va de veras y la mudanza se realiza en grande, ¿por qué no añadir esos cuadros, si no presentan dificultades especiales, a las demás cosas?

Voy a ordenar y copiar –¡trabajo considerable!– los «apuntes» que hicimos sobre el contenido de aquellas cajas. Pero mucho más trabajas tú…

No sé si saldré de aquí hacia el 18. ¡Qué ganas tengo de descansar en el campo, en una playa!

Tuve carta de Claudie. Ya está en Middlebury. Pasó unos días en Wellesley.

Adiós. Recuerdos a todos. Y a esos niños, besos, abrazos. Y también a su mamá.

JORGE

¿Qué fue de unos ficheros y papeles míos que se llevaron del almacén a casa? Que me los guarden bien en casa, por ahora.

Brescia, martes 23 de agosto de 1955
En la Piazza Vittoria, Café Impero, las siete menos cuarto

Queridos hijos, queridos nietos:

Me raptó, pues, doña Juana y por una carretera de muchas curvas –las curvas ya cerca del Lago Maggiore– llegamos a mediodía del domingo, a Maccagno. Abajo, la familia: arriba, en lo alto de un montecillo, la torre. Torre medieval, almenada, pequeñita, construida antes del año 1000 por Otón I: *vista bellísima*, casa de tono discretamente antiguo en sordina. Ella, con mucha animación, y animadora. El hijo, simpático «democrático», fuerte. La novia, bonita, delicada, novia en secreto; la mamá, la terrible madre de doña Juana, también aristócrata, ignora esas cordiales relaciones. Todo marchaba a las mil maravillas; pero en la noche del domingo se inició una vomitona *spettacolosa* que no terminó hasta el mediodía. ¿A consecuencia de qué? Lo ignoro. ¿Un poco de vino, algún alimento, el poquito de papel que me comí con la torta de Barcelona? (Poquito: enseguida me di cuenta). Pasé una noche toledana. Por la tarde convalecí serenamente. Charlamos mucho. Me acosté a las once. Y, gracias al silencio

perfecto, a la perfecta oscuridad del cuarto y una ayuda del cansancio dormí… hasta las once de la mañana. Regresé con la novia y el novio, le invité a comer al joven heredero, atentísimo. Me llevó a su casa, a varias partes en su coche. Y me dejó en el autobús de Brescia a las cuatro y media.

Acabo de llegar. Estoy en un modesto *albergo centrale,* con una casi magnífica habitación. Y ante todo me he puesto a escribir tratando de deciros adiós en París.

Isabel: ¡felicidades! Me acuerdo mucho de ti. Me acordaré más el día 29, en que cumplirás esos siete años. ¡Ojalá pueda escribirte, por lo menos, cuando cumplas diecisiete y quién sabe si desde una ciudad de Italia! Felicidades y muchos besitos.

Después del largo sueño, me desperté como nuevo. Ahora lo siento más que nunca: todo lo que he escrito no es más que la proyección de *la salud* humana.

¡Buen viaje! Me acuerdo mucho de vosotros, de Claudie, de Renée, de Esperanza. Mañana saldré para Venecia.

Abrazos. Besos.

JORGE

Rimini, viernes 4 de noviembre de 1955

Queridos todos:

Salí de Florencia ayer. Los amigos –algunos muy recientes, y ya viejos– no han podido tratarme con más consideración y simpatía. En casa del poeta y crítico Bigongiari cené con Ungaretti y De Robertis, etc. Anteayer conocí a un fraile poeta, famoso, Turoldo. ¡Ya os contaré! Y por consejo de los amigos he venido a Rimini, de paso para Urbino. Aquí me esperaba un profesor de Urbino. Él me guía y me atiende. Con él voy a ir ahora –nueve y veinte de la mañana– a Urbino.

¿Cómo se hizo la pesada mudanza? ¿Estáis ya todos instalados en Norfolk Terrace, vuestra casa? ¿Cómo están los niños? ¿Y Wellesley?

Va a llegar el amigo. Adiós. Abrazos.

JORGE

Murcia, 15 de diciembre de 1955

Queridos todos:

Los amigos no me han dejado tiempo libre para escribiros en estos últimos días. No, no puedo quejarme. Los amigos de antes y los nuevos –poetas, poetisas, etc.– me agasajan: firmo *Cántico* y otros *Huertos*, me consideran *vieux maître*… En Sevilla leí *Lugar de Lázaro* a los amigos reunidos por Joaquín Romero en su Casa del Moro; repetí la lectura a los muchachos de *Caracola* en Málaga. Carande, Pedro Casto, Lafita, Montoto, Miguel Romero Martínez, los de antes… Y en el hotel de la playa de San Fernando me llaman. Bajo: «Somos los poetas jóvenes de Sevilla…». Os cuento esto, que es una mínima parte, para daros idea del ambiente… del *entourage*… Para venir a Murcia tuve que pernoctar en Granada. Y me paseé por el Generalife con la deliciosa Elena Martín Vivaldi. (No vi a nadie más). (Mis jardines: ¡el Generalife y la Villa d'Este de Tivoli!). Y aquí, en Murcia, ¡cuántos recuerdos también de los años felices! Oigo decir: «Germaine…». Y a eso vengo: a recordar. Cambio de programa, no me detendré sino una noche en Madrid, y no veré más que a Jesús. Y el domingo estaré en Valladolid.

Recibo hoy carta de Poggioli, amabilísimo: «No he visto a Teresa»… *Ved a los* Poggioli. Me escribe también Mrs. Virginia Huntington, intensamente *adicta* a *Cántico*. Teresa: es la que te telefoneó; vete a verla, 15 Denton Road, a cuatro minutos de casa, junto a la iglesia de San Andrés, en Washington Road, o invítala a tomar el té… Antes del 30 se va a México… Os escribiré muy pronto. Sigo sin noticias de Claudie. *¡!* Para los cuatro o los cinco, si está ahí Claudie, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Valladolid, 20 de diciembre de 1955
(Dentro de un mes nos embarcaremos…)

Queridos todos:

Y ahora sí que estáis juntos en esa casa todos. Todos los que en América subsisten… Llegué anoche. Muy cansado, sobre todo a consecuencia del incidente gástrico de Murcia. En Madrid no vi más que al misterioso Jesús. Al llegar a Valladolid me dieron una noticia sorprendente, aquí considerada «sensacional». Ayer he sido nombrado consejero de la Electra. Ha sido idea de Ricardo Rubio. También han mostrado interés César y Jaime Alba. A pesar de mi incompetencia y de mi ausencia –hay precedentes invocados por Rubio– han pensado en mí. (Primero lo deseó Leónides. Pero enseguida se retiró…). Solo a título de don Julio Guillén y para mantener el apellido de aquella empresa puedo aceptar tal regalo. (Aún sin dietas, no sé con cuántos miles de pesetillas). Así acabo de manifestárselo a Ricardo Rubio y a César y Jaime Alba. Decididamente la comedia humana es divertida; a mí me divierte cada día más.

Todos reunidos… Me acuerdo, me acordaré mucho de todos reunidos en Norfolk Terrace. Recibí tu carta, Teresa. (Y un gran correo a mi llegada. *Siento* no haber visto, entre tantas cartas, una de Claudie). ¿No os gusta la casa? Arregladla y vividla, acabará por gustaros. *Me encanta* que a Antó le guste la música. Las fotos de Isabel, maravillosas. ¡Enviadme algunas más! La mía muy *estival*. (Me ha llamado Sinforiano. Voy a verle, a llevar al correo las cartas). Todos, en casa, muy cariñosos. Hablaremos de la mudanza.

Adiós. Acordaos de este ausente. Y ¡feliz Navidad!

Abrazos.

JORGE

Wellesley, 11 de agosto de 1956

Queridos hijos:

Recibí ayer tu carta, Mrs. Gilman, que se cruzó con otra carta del que abajo suscribe. (Vivimos ahora entre el sainete de Arniches y el esperpento de Valle Inclán).

Transcurren los días en una paz perfecta, en mi Wellesley más intensamente Wellesley. Apenas veo a los vecinos. Y trabajo. Estoy en la parte central de *Clamor,* o sea, en la dedicada a mamá. Van dos sonetos –«Rosa estrellada» y «Entonces»– y un poema de cuatro páginas: «Una iluminación». Por las noches leo las cartas de aquellos años, para evocar *nuestro* ambiente.

Curiosa coincidencia, puedo hacer mía la frase de Lenin. –No hago más que leer, escribir y esperar… Esperar vuestro regreso.

Para los dos, para los cuatro, abrazos, besos convenientemente repartidos.

JORGE

Claudie, trabajando sobre su artículo de A.M. Me lo traerá a Wellesley.

Wellesley, martes 17 de agosto de 1956

Queridos hijos, queridos nietos:

Los días de Middlebury siguieron siendo muy agradables. Nos divirtió mucho a todos la representación de la obra, que resultó muy bien (Claudie apareció entre los abuelitos, en el foro popular). Hubo cena en casa de Guarnaccia, se prolongó –me contó Espe– hasta las cuatro de la madrugada, y el más desatado y divertido de todos fue… don Juan Marichal. Yo di una segunda lectura (de *Cántico*). Y me alegré. (Recibí un digno cheque…). Regresamos el domingo con Joan. Y Claudie continuó hasta Princeton. (Claudie, por cierto, muy seriote y preocupado. ¡Difícil juventud! Todas son

rosas cuando se llega a la vejez). Miguel Prados, amabilísimo, me encontró con muy buen aspecto. Y me dijo para explicarlo: ¡La vejez! Y ya he reanudado la dulce vida de costumbre. He comenzado a trabajar hoy. (Y también, en el libro de Pizarro. Me encargaron que escriba un breve prólogo. Y he de cotejar copias y manuscritos). Hoy he visitado a mis vecinas Justina, Sofía, Manola. Anoche vi a los Hudon. De Buenos Aires, nada… Voy a echar esta carta en el buzón. Y me iré a Steven's… Os supongo felices. Escribidme. Pienso en vosotros cuatro, uno a uno.

Os abraza

JORGE

Bryn Mawr, domingo 30 de diciembre de 1956

Queridos hijos, queridos nietos:

Os escribo en el College Inn. (En casa de Juan no hay sitio. Está Marina Bourgeal). Descanso ahora y descanso con cierta intensidad después del barullo de Washington. Me alegro mucho de haber asistido a esa *convention.* Porque vi la actuación de Claudie, y no necesito que me lo cuenten. Estuvo muy bien; dijo su discurso con gran *aisance*, en la mejor tradición… Realmente, esa elegante naturalidad se la debe al continuo ejercicio de las clases. Hubo una *question*. Y contestó en inglés. Después, al final de la sesión, habló Otis Green y Claudie le hizo una «pregunta» –que fue contestada con cierta extensión y amablemente–. Creo que gustó mucho.

Aparte la aprobación de muchos –el coro general– me fue particularmente grato lo que me dijo Casalduero con mucho *fervor*. (Hubo también los previstos silencios). El segundo motivo de satisfacción en Washington fue mi conversación con Poulet. Yo tenía deseos de conocerle. Pero fue él quien se me acercó en los términos más deferentes. Quiere hacer un libro monumental sobre el símbolo *del círculo* –desde Empédocles… a Guillén– me dijo lo menos cinco veces. Hablamos anteanoche, y fue una de

las conversaciones más interesantes de toda mi vida. Nos entendimos muy bien. Otros momentos agradables: la visita a los Rockwood, muy cariñosos y simpáticos. Allí estuvo también Keniston, muy *gentilhomme*, como siempre. A Margot la vi un momento antes de dejar la capital. Visitamos juntos uno de los museos. También estuvimos en la National Gallery. Los dos museos estupendos. El discurso de Juan, muy fino y feliz. También vi a Peyre, siempre tan «universitario excepcional».

Ha llegado Juan. Última carta de este año.

Adiós. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Alumnae House. Poughkeepsie. New York
San Jorge, 23 de abril de 1957

Teresa, hija:

Me levanto de la siesta –que bien la necesitaba– y empiezo por escribirte. (No lo hice antes por falta de tinta).

En Nueva York vi el sábado la exposición de San Paolo, *estupenda*. En Princeton me agasajaron todos. Comí con Llorens y Claudie. Mrs. Llorens sigue en el coma, estacionaria. Vi a Ferrater, a Granell y luego cenamos con don Américo, magnífico, y con Edmund. (Obsesionado don A. con lo de don Ramón). Carmen, la madre, está mucho mejor. (No la vi). Claudie, atareado; pero parece contento. Dormí en su casa, allí celebré una entrevista con el muchacho que escribe una pequeña tesis sobre *Cántico*.

(No hubo tiempo de que Claudie viese la conferencia mía y su traducción. Se quedó con los dos textos).

Anoche cené en casa de Ángel del Río. Asistió Gabriel Franco, muy simpático. El público de mi lectura, íntimo, pequeño. Me escucharon con gran atención y seriedad. Aplaudieron «La Venus de Itálica». Resultó un acto muy… formal. La presentación que leyó Paco fue primorosa, cuidada, solemne. Después nos retiramos a casa a las once. Pero yo –¡como en

Madrid antaño!– seguí charlando con Ángel del Río, de pie, a la puerta de su casa, hasta las doce y pico. Pilar y una cubana con auto me han recibido aquí. Hace calor. Esto es precioso. La habitación, «nupcial»; pero no sé si hay novia… Hablo mucho de ti y de Anne –o Anna– [Anita]. Pienso mucho en vosotros, en vosotras.

Abrazos, beso. Vuestro,

JORGE

Princeton, jueves 6 de junio de 1957

Queridos hijos, queridos nietos:

Estoy aquí desde ayer por la mañana. En Nueva York acompañé a Emilio y Carmen en La Potinière –restorán francés, en el barrio chino, restorán chino– y por último, al aeropuerto. Hubo densas reuniones españolas: con los Lorca, los Delgado de Torres, los Calvo Sotelo, los Diego Catalán, las hermanas de Castroviejo. Emilio se hace querer siempre. El momento magnífico fue la compra de una estola de visón, a pesar de la resistencia de Carmen. Me divertí mucho.

Claudie está perfectamente. Su artículo gusta mucho –menos a don Américo–. (Gran carta de Wellek. Buena carta de Poggioli). Estuve con don Américo de cinco a diez y media. Nos acompañaron Santiago, Sánchez Albornoz y otros comparsas. A Claudie le dirigió un largo discurso, vago y suave. ¡El joven discípulo no es bastante ortodoxo!

Hoy hemos comido con los Marichal y Llorens. He dormido la siesta. Espero que me llamen; me dejo guiar por mi *manager* don Claudio. Mañana habrá una gran *party* en esta casa. El sábado por la noche veremos a los Crocco. Regresaré, pues, el domingo.

Os recordamos. Os queremos. Os abrazamos.

JORGE

Middlebury, domingo tarde, 4 de agosto de 1957

Queridos todos:

Es realmente muy agradable pasar unos días en este territorio internacional de Middlebury. Y yo había pensado regresar mañana. Pero me entero ahora de que Montesinos llega esta tarde. Como tengo interés en verle –y como estaría mal no quedarme a verle– regresaremos Isabel y yo el martes. Tomaremos el autobús –pesadísimo– a las 12.45 y llegaremos a Boston, Dios mediante, a las ocho. Pero nosotros podríamos apearnos en Arlington; digamos, en la esquina de Massachusetts Avenue y Everett. (El autobús no va por la parte de Massachusetts Avenue, que cae cerca de casa). Allí os esperaremos con dos maletas. (Se me olvidó la cifra del «sésamo». Y no abrí mi maleta hasta la mañana siguiente, gracias a Isabel, que me dijo por teléfono con voz segura y grave: 613).

Claudie parece bogar por la buena vía. Miss Doris es encantadora. *Todos* estamos de acuerdo en dos puntos: 1º, en que el asunto marcha bien; 2º, en que no conviene decir nada a Claudie para que el asunto marche bien.

Comí ayer con los Crocco –encantadores–. Cené con Catherine Centeno. He comido en casa de los Lorca y voy a cenar con los Marichal. He conocido a Richard, el joven y notable crítico francés. No hago más que hablar y callarme –para seguir hablando–. La niña, de una *corrección* unánimemente elogiada. Esta tarde representó el papel de francesa en una «función» hecha por las niñas en casa de doña Gloria.

Se os quiere, se os recuerda. Se os abraza.

JORGE

Wellesley, domingo 22 de noviembre de 1957

Queridos hijos:

Ahí tenéis la carta y las fotos que Renée me ha enviado. Voy a escribirle enseguida.

Por aquí, nada nuevo. De España, nada nuevo.

¿Quieres hacer el favor, Teresa, de ver si entre mis libros hay algún número de *Índice*? (*Índice de Artes y Letras*). En el de julio, me parece, está lo último de J.R.J. Si lo encuentras, mándamelo.

Besos a esos niños. Saludos a los que pregunten por mí, si los hay.

Os abraza

JORGE

[Nueva York, 11 de junio de 1958] Viernes, 10.35

Teresa, hija:

Descansé en el tren, pero la llegada a Nueva York fue pesadísima. No había apenas *red caps*, esperamos mucho tiempo. Esperé al taxi mucho tiempo también… «Poeta en Nueva York». El poema de hoy –que no escribiré– habría sido «La ciudad más lenta del mundo».

Jaime Alba me escribió. También Steiner. Solo, pues, con Claudie, desde las siete y media a las diez y media. (Le espera ahora no sé qué artista a la salida del espectáculo). Sí: «áureo». Frase que aplico naturalmente a mis dos hijos, a toda mi descendencia. Pero ¿es que Anita no es Áurea? Cenamos en el Champlin. Charlamos bien (y comimos bien). Mañana nos veremos a las ocho y media.

Cansadísimo. Voy a acostarme. (Mañana pondré las etiquetas…).

«Hemos escrito» a Mr. Wilson. Claudie es el secretario ideal.

¡Cuánto me acuerdo de ti, rica, de vosotros, como si hiciese ya un siglo que nos separamos! Escribiré a Renée en el barco! Buen viaje.

Abrazos. Besos a la Bosom. ¡Adiós, *bye*! Vuestro,

JORGE

Independence, viernes 20 de junio de 1958

Queridos todos:

Vamos a desembarcar los de Algeciras esta tarde hacia las cinco. Ha llegado el momento de la carta. Hasta ahora no he escrito ninguna. He revisado textos de *Clamor* y he escrito un poema –el que me faltaba para la segunda parte– inspirado por Gabriel Pradal.

Y he charlado mucho con los Poggioli, en plena naturalidad de vacaciones y ya más cercanos a su Italia natural. La niña silenciosa. La Poggioleva, bilingüe. Il Poggiol, florentino –harvardiano– viejo amigo. Tuvimos que visitar a Mr. y Mrs. Hillis; ella, muy rica, él, más sencillo, profesor de Yale. Amigos de Peyre, quien les dijo tales cosas de este profesor jubilado que quisieron conocerle. ¿Y cómo representar el papel de «gran poeta», precedido por el clarín de Peyre? Hemos tenido un *lunch* con ellos en *first class*, luego unos *drinks*, aquí. Dentro de un rato, a las doce, tendremos *drinks* en *first class*. A mi lado, en este momento, está el Sr. Rodríguez Castellano, profesor de Duke University, simpático.

Ahora, la Sra. de Castellano. Otro interlocutor; un portorriqueño, del barco. Y así, continuamente. No hay *writing-room* en este palacio, es mi única objeción.

Travesía suave, excepto ayer y anteayer. No he necesitado, sin embargo, la dramamina. En el camarote, un contemporáneo (sensible al movimiento) y dos estudiantes, para quienes debo de ser una especie de patriarca Abraham. Ayer tuvimos *party* en nuestro camarote –para celebrar los veinte años del anfitrión–. Muchachos elegantes, chicos. Abraham: ¡no hay medio de evitar las *parties*!

Ya os contaría Claudie mis horas de Nueva York. Vino Pat al barco. Claudie… Poggioli me ha hablado bien de él –y de su *charme*–. ¡Lo tiene! Como su hermana. Como la tribu Gilman. Anoche hubo la cena de gala y me tocó un juguetito que hubiera convenido a la Bosom (¡14 meses ayer!). ¡Cómo me acuerdo de ella, de Isabel, de mi compañero de viaje –y de sus celebrados autores–!

Tomaré el tren que espera junto al barco. Y el domingo iré a Valladolid –para volver el lunes a Madrid–.

Madrid 21, tarde

Quedó interrumpida la carta. La termino en casa de Jesús. El paso de la frontera fue largo y suavísimo. En Algeciras tomé el tren especial. (Naturales excesos de propinas). No he dormido del todo mal. Una señorita (universitaria de Barcelona) me semirreconoció y al ver mi nombre prorrumpió en un ¡ay! de sorpresa y veneración. A las once llegamos a Madrid. (En el barco recibí un telegrama de Emilio; con Carmen salió el 19 para el Brasil. Veré a las hijas. ¡Lástima de ausencia!). En su casa Jesús, luego Mais. Luego Rafael. Casa muy bonita, *cossue*. He charlado mucho con Jesús, he comido con él, muy tarde, y… ya son las cinco y media. Y no he hecho más que ordenar un poco mis cosas y charlar. Van a llegar María (de Málaga) y Leónides (de Valladolid). Mañana probablemente iré con Leónides en su coche a Valladolid. ¡Ah! La casa de Torremolinos se encuentra «en obra». No iréis allá esta vez. Antó dormirá en mi cuarto de dos camas. Todo agradable; todos cariñosos. Os recordamos. Os queremos. Os quiero yo sobre todo.

Vuestro,

JORGE

Madrid, 21 de junio de 1958, 8.20 de la tarde

Hija, queridos todos:

Después de echada la carta de hoy al correo han llegado María y Leónides. ¡Con qué *ansiedad* os esperan! ¡Teresa!, repite María. Debo rectificar mi afirmación de la otra carta. Me informó mal Jesús. El estado real de la «cuestión» es el siguiente:

1º. Podréis venir a Valladolid cuando os plazca. Ellos estarán allá desde el 1º de julio.

2º. En Torremolinos podréis alojaros desde el 15 de julio –en adelante indefinidamente–.

Es decir, me dicen Leónides y María: ¿por qué van a ir a Ibiza? ¿Por qué se va a cansar Teresa en ese viaje superfluo? La casa está a medio kilómetro del mar. Hay sitio para todos, para mí también, en aquella casa, con terraza frente al mar, con *finca* propia alrededor: higueras, cultivo de la caña dulce, con buena sombra de árboles. (Y digo yo, la estancia en Torremolinos costaría menos dinero que el hotel de Ibiza). No habrá perjuicio en anunciar ahora que no podemos ir al hotel de San Antonio Abad. (Yo escribiría la carta). Cerca de Marbella, de Málaga… ¿Para qué cambiar de playa, de terraza, si todo está a la orilla del mismo Mediterráneo?

Yo, por mi parte, he quedado convencido. Claro que haré lo que vosotros decidáis. Pensadlo. Avisadme, decidme lo que pensáis y decidís. Tal vez Antó pueda traernos la respuesta. Iremos en el coche de Leónides a esperar a Antó. Todos cariñosísimos. (Voy a cenar con Melchor).

Besos. Abrazos. Para Renée también.

JORGE

Madrid, miércoles 25 de junio de 1958

Queridos hijos y nietas:

Fuimos Jesús y yo a esperar a Antó (Barajas). Llegó a la hora anunciada, 4.40; y como no dejaban entrar en la sala de la Aduana, le vimos operar, muy tranquilo. Ya estamos en casa, Jesús se ha llevado a Antó al cine. Yo voy a casa de Muñoz Rojas, que me llevará en su coche a casa de Dámaso, donde hay gran *party* de poetas. Hoy comí con Blecua. Escribirá a Steve una carta a Valladolid con dos presentaciones para dos caballeros de San Sebastián; caballeros *hacia* Lersundi.

¿Ibiza? Bueno. Yo creí que tú serías la cocinera en Torremolinos. Esa es la razón que me convence: lo de la cocina. (En efecto, horrenda).

Escribid al American Express.

Adiós. Tengo que telefonear a Lapesa, a Melchor y estar a las ocho en Velázquez donde vive Muñoz Rojas. Celebro que lo paséis bien. Antó, muy bien –como siempre–.

Besos, abrazos.

JORGE

Madrid, viernes 27 de junio de 1958

Queridos todos:

Antó sigue contento. Ya estoy en posesión hasta del visado para Grecia. (Detalle que no pensé; surgió hablando con Antó…).

He encontrado por casualidad en la calle –la de Alcalá– a Sycrof (¿Se escribe así?). Me apresuré a preguntarle por su dirección. Está deseando ver a Steve. No. Se escribe: Albert A. Sicroff. Pensión Mirentxu - Zorrilla 7. Madrid.

Lo mejor será que Steve le escriba. Va el joven erudito a Guadalajara todos los días. Allí ha descubierto un importante texto latino.

He seguido viendo gente. Anoche cené en casa de los Lapesa. La reunión con los poetas (buenos) de Madrid en casa de Dámaso fue simpática, divertida, «informal». Otro lugar interesante: la tertulia de Moñino. Café Lyon (o León, el grande), calle de Alcalá frente a Correos. De tres y media en adelante. Allí se ve sobre todo a los hispanistas que pasan por Madrid. Steve no tiene más que presentarse a Moñino y decir su nombre, el de Steve.

Mañana volaremos. Voy a hacer la maleta. Pienso mucho en todo ese interesante grupo.

Abrazos,

JORGE

Atenas, lunes 5 de julio de 1958

Teresa, hija:

Supongo a Steve ausente de Valladolid. ¿Vio a Sicroff? ¿Recibió las cartas prometidas por Blecua? También le hablé del asunto a Dámaso. Él le podrá ayudar.

Seguimos contentos –y muy «turistas»–. Antó te ha contado ya nuestras andanzas. La excursión a la isla de Egina –un templo y una costa deliciosa– resultó agradable, porque estos *tours* están bien organizados. Ayer fue la jornada de Corinto, Micenas, Epidauro –con la preciosa representación de *Medea*–. Sería mucho más difícil y cansado hacer esas excursiones individualmente.

Dentro de una hora comenzará un *tour* de cinco días: Creta, Rodas, Kos, Patmos, Delos… El barco *Semíramis* nos transportará. Antó es un turista maravilloso. Todo le interesa y como guía mucho más *práctico* que yo. Nos acordamos de vosotros. –¡La mami!, ¡qué buena es!–. Y casi llora el niño, que tiene a veces diecisiete años, a veces veintisiete y en alguna ocasión siete… La familia Villalba, admirable y amabilísima.

Ya tenemos plazas reservadas en el avión del 23. No habrá tiempo de ir a Istanbul. El calor, atroz. Recibimos una carta tuya y otra de Steve. De José, o retransmitido por él, nada. ¿Y esa niña preciosa? ¿Y *la otra*, tan preciosa siempre?

Recuerdos a Espe, a María, a todos.

¡Escribe! Besos, abrazos.

JORGE

A bordo del *Aegens*, entre Kos y Patmos, 10 de julio de 1958

Teresa, hija:

Antó sigue siendo para mí lo más interesante de Grecia. Es un turista admirable, porque todo le interesa verdaderamente, y no hay la menor

convención para él en todas esas excursiones arqueológicas. Porque muchas veces, no vemos más que piedras, los cimientos infames de edificios desaparecidos –a veces con algunas columnas que resaltan maravillosamente en las cimas, entre la tierra, el mar y el cielo–. Salimos en el *Aegens*, no en el *Semiramis*, el lunes por la tarde. El martes estuvimos en Creta, en el formidable palacio de Knossos. Después de ver el palacio y el museo bajo un calor tórrido, continuamos el viaje nosotros con otros cinco viajeros hasta Festos, otro palacio apenas visible. Yo estaba muerto de fatiga; era un suplemento «voluntario»; pero la noche anterior habíamos comprado los billetes para el suplemento porque Antó estaba empeñado –*gentiment*– en ver Festos. «Me interesa mucho», decía. Entonces, entre Candía y Festos se me ocurrió la frase: «Turista, mártir de la cultura». Todo marcha bien, y lo cuento solo para mostraros que Antó es un niño extraordinario, y cuando lo veo adoptado y protegido por los viajeros del grupo que admiran su ansiedad y sus preguntas al guía, yo procuro disimular la baba que se me cae. Ayer fue el día de Rodas; buena temperatura, ningún martirio. Esta mañana Kos, Escolapio, Hipócrates. Esta tarde Patmos: Apocalipsis.

Llegaremos a Barcelona el 29 o el 30 ¿Y vosotros? A Jesús le dejé mi otra maleta. ¿Podréis cargar con ella vosotros?

Nos acordamos mucho de Isabel, de la Bosum, de sus autores, de todos. (Los chistes de Antó son exactamente iguales a los de su padre).

Besos, abrazos. ¿Os alcanzarán esas líneas en Torremolinos?

¡Hasta pronto!

JORGE

Roma, viernes 25 de julio ¡Santiago! de 1958

Queridos todos:

La estancia en Atenas quedó cerrada «con broche de oro». Los Villalba nos llevaron a una *taverna* junto al mar, especie de *night club,* y nos

divertimos con detalles que Antó os contará. Los Villalbas nos condujeron al aeropuerto, y volamos durante dos horas y cuarto, en la tarde del miércoles 23. Nos instalamos en esta excelente Pensione Villa Borghese, y como la comida es buena, Antó está encantado. Antó mira, entiende y come. Ayer estuvimos en San Pedro. Decía el joven: «Vámonos. Me siento aquí demasiado protestante. Yo quiero ser ecuánime, liberal...». Hoy por la mañana hemos visitado el Vaticano. Salimos fatigadísimos. Después de comer vendrá a buscarnos en su *macchina* Ángela Bianchini, a quien todavía no hemos visto. Yo me siento –como siempre– muy a gusto en Italia. La vida es grata aquí, o como diría Antó «deliciosa». ¡Volveré!

Ayer recibimos la carta del 19. Lamentamos varias veces en voz alta el estado de la niña. ¡Estaba tan perfectamente en América! Tenemos muchas, muchas, muchísimas ganas de veros. Repetiré nuestro plan: volaremos el 29, estaremos en el Hotel Gales en la Avenida del General Mitre, Barcelona, hasta el 1º. Y volaremos aquella tarde a Ibiza. Pagamos los billetes e hicimos las «reservas» en Atenas misma. Nos faltan kilos con nuestro equipaje para llegar a los 40 del límite. Así que no implicará exceso el traslado del barquito. Lo primero que hicimos ayer, después de pasar por el American Express, fue comprar el barco. Bien informados, fuimos y vencimos. El *battello* costó 80 dólares y pagué en dólares; 40 de los aportados por Antó y 40 en *traveller cheques.*

¿Mi equipaje? Facturad –como indiqué a Jesús– mi segunda maleta. No, naturalmente la otra, la antigua y pesada, con papeles y ropa. Pero sí te encargo, Teresa, si tuvieses tiempo, que me trajeses mi libreta de uno de los bancos de ahorro, el de Cambridge o el de Newton Savings Bank. Está en un sobre con otros documentos que ahora no necesito; el *re-entry permit,* etc. No me acuerdo si entregué este sobre a Jesús o lo dejé en la «maleta pesada». Tendré que sacar algún dinero de una de esas cuentas para ayudar a Claudie en lo del dentista. ¡Ya le he mandado 250! Le mandaré los otros 250.

Iremos a esperaros al aeropuerto. Ayer os enviamos un telegrama a Churriana, Málaga. ¿Lo recibisteis?

Adiós. Besos, abrazos. Pensamos en todos y cada uno. ¡Isabel!

Vuestro,

JORGE

Venecia, *22 de septiembre de 1958*
(Tu madre habría cumplido sesenta y uno…)

Teresa, hija:

A la hora de comer llegó tu carta. Te contesto después de la siesta. Día nublado por primera vez. ¿Será el comienzo del otoño? En ese caso –al sauce le agita mucho el viento– tal vez me fuese antes a Florencia. Ya me han buscado (Elisa Aragone) una pensión: Pensione Crocini, Corso, Italia 28. Allí pienso trasladarme el viernes 3 de octubre, y así habré pasado aquí las tres semanas proyectadas.

Anoche fui a ver a los Gurvich; se ha celebrado en la isla San Giorgio un congreso de Filosofía. Los encontré por casualidad. Él goza de una Fulbright (no sé cómo se escribe ese nombre). Muy simpáticos. Pasé una hora y cuarto con Eugenio Montale, como es su costumbre, en el Danieli. (Sale el sol y llueve. El sauce se reposa). Estuvo –él, tan adusto en general– amabilísimo. Muy dentro de sí, poco propenso a la comunicación. Pero quiere hasta recomendarme para un premio. ¡Chitón! Por otra parte, nada, ganas de hablar.

He visitado a la viuda de Fortuny hijo; un palacio, con pintura mala y telas interesantes. (Señora francesa de ochenta años. Llena de vida). La madre de la señora Mariutti –viuda, la hija, de Sánchez Rivero– tiene noventa y cuatro años. Pequeñita, pizpireta. Dio a luz a 12 hijos. ¿Qué más? Escuché el concierto dirigido por Stravinsky, pequeño, muy cargado de espaldas, muy calvo. ¡Hermoso concierto! He estado solo *dos veces* en el cine: películas sin importancia. Me paseo por Venecia. ¡No me pierdo! *Díselo a Antó*. ¿Qué más? Trabajo todos los días. Me encanta que me cuentes cosas precisas. «Al baile», dice Ana. ¡Cuéntamelo todo! ¿Y Bénichou? De Claudie no sé nada. No me reexpidas los impresos. José me

ha reexpedido aquí bastantes. Pienso en vosotros. ¡Os quiero! Di a Anita que la *voglio bene.*

Besos. Abrazos.

JORGE

Venecia, 24 de septiembre de 1958

Teresa, hija:

Gozamos nuevamente de un tiempo setembrino. Seguiré aquí hasta el 3 de octubre. En ese viernes, toma nota, me trasladaré a

Pensione Crocini

Corso Italia 28 - Firenze.

He conocido a nuevos –mejor dicho, nuevas– hispanistas. Esta tarde iré a la *Biennale* –aunque no me atraigan las grandes exposiciones confusas–.

En el correo de hoy me ha llegado una carta de Tito Zubiría. ¡Se cumple todo lo previsto! Me invita a ir a Colombia cuando regrese a América. Voy a intentar organizar ese viaje de retorno ¿por Venezuela también? Veremos.

También he recibido hoy la carta que te adjunto. (Con estas menudencias se mantiene *casi* la ilusión de la común vida cotidiana). Yo no entiendo exactamente lo que debo contestar a mi *Teacher Insurance… Association*. Te agradeceré que tú –a Claudie no me dirijo porque vaya usted a saber en qué astro de la galaxia se encuentra– te dirijas a esos señores preguntándoles en nombre mío –y con mis excusas– de qué se trata en ese *completed investment statement*. Y muchísimas gracias.

(Hoy envío un cheque –creo que el último– al *District Director of Internal Revenue*, de Boston). No dejes de remitirme todos esos papelitos oficiales o económicos que lleguen para mí. Al segundo concierto de Stravinsky no asistí porque el único *posto* costaba 10.000 liras.

Abrazos a la redonda, besos a las niñas. Y a ti.

JORGE

Venecia, 29 de septiembre de 1958

Queridos todos:

Recibí anteayer carta de mi hija y carta de Antó. ¡Gran fiesta! Y las fotos me encantaron. Ya lo sabéis: soy insaciable de fotos ¡Más, más! (De Claudie, ninguna noticia. ¡Contadme lo de Chapel Hill!).

Me iré a Florencia el sábado 4, no el 3, porque se me acumulan varias cosas. Vi a Diego Valeri en su casa, envejecido y muy simpático; asistí a una parte de la sesión –en su casa– de un jurado para adjudicar un premio de poesía. El jueves me llevará Valeri a Padua, porque la señora Oreffice quiere verme. El *avvocato*, señor Oreffice, nos conducirá en su coche a su finca cerca de Padua. Mañana voy, con otros amigos, a Asolo. Acaba de telefonearme Miss Guggenheim invitándome a cenar esta noche. Pero no estaba libre. Anoche se me presentó –por teléfono– Leone Traverso, el amigo de Florencia, y cenaré con él. Luego veré a Franca Trentin. El miércoles vendrá Franca a hacerme los paquetes de libros. (Tengo muchos, retransmitidos por José o regalados). El miércoles por la noche iré con Bruna Cinti a comprar unos collares para una señorita de Arlington (¡no la conocéis!). Esta mañana vi una exposición de pinturas italianas. Y en la Piazza San Marco me encontré con Ramón Gaya, a quien logré reconocer, a pesar de unas barbas imponentes en un rostro varonil. Tomamos café en el Café Florián. Estuvo cordial, simpático. Es un enamorado de Venecia. Aquí pasa los inviernos. Me dio buenas noticias de Trinita. ¿No os dije que Julián Calvo es padre feliz de un niño? La Sudamericana, en carta recibida hoy, me dice que no quedaban allí, el 30 de junio, más que 46 *Cánticos*. Después de comer, en este *palazzo*, me han presentado a una señora de Verona, que deseaba conocerme, «porque sabía quién era yo». No os puedo contar más cosas en estas dos páginas.

¡Hasta pronto! Abrazos.

JORGE

En otra carta os hablaré de las visitas a la *Biennale.*

Venecia, 2 de octubre de 1958

Querida Teresa, querido Steve:

He pasado el día en Padua, mejor dicho, en la finca que tienen los Oreffice en el campo. Día delicioso, amigos encantadores (ellos, Valeri, otros), y comedia increíble.

No saldré para Florencia hasta pasado mañana sábado. Al regresar me he encontrado la carta de Teresa. *Ya* he escrito a Nilita, pidiéndole –y poniendo mucho *ahínco* en mi ruego– que me escriba. (La dirección: Nilita Vientós Gastón. Apartado 1142, San Juan. P.R.). Si tardase ella en contestar –¡es hispana!– escríbele tú, Teresa.

¿Qué deciros del *affaire* Marichal? ¡Una verdadera sorpresa! Esa conducta –que ni es noble ni, sobre todo, es inteligente; ¡qué eclipse, Dios mío!– no me causa ni indignación, pero sí mucha pena. Toda discusión sería absurda. Es una pena verlos en ese plano, tan inferior a su propio nivel. Pero se remontarán algún día al nivel que es el suyo propio. Hay que esperar que haga crisis esa tensión tan violenta. Y mientras tanto, sed pacientes, bien educados, y de verdad amigos. Que no haya la menor reciprocidad por vuestra parte. Son ellos los que se equivocan. Y nada más. Dentro de algún tiempo, se les caerá la cara de vergüenza. Y si no… ¡Cuánto lo sentirían Pedro y Margarita! Yo también.

(Acabo de enviar a Juan por este mismo correo, el recorte de un artículo sobre Pedro en *La Fiera Letteraria*).

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, lunes 6 de octubre de 1958

Queridos todos:

Os he seguido con el pensamiento durante el fin de semana en que habéis gozado de la compañía de Claudie. ¡Faltaba yo! Me emociona

cuanto me cuentas de esa niña, que recuerda a su abuelo; algo increíble. ¡Le enviaré *Viviendo*! (Esta mañana leí en el número de septiembre de *Cuadernos Hispanoamericanos,* de Madrid, una reseña de ese libro. Reseña amable). He vuelto –muchas veces– a pensar en ese *lamentable incidente*. ¡Absurdo! Enviadme su crónica. Y he recibido esta mañana la carta de Teresa con noticias de Guillermo de Torre. (En carta que acabo de recibir, Ricardo Gullón me dice que vaya pensando en ir a la Universidad de Puerto Rico. ¡Empresa considerable!).

Me trasladé a Florencia el sábado. La pensión es excelente, mejor que la de Venecia. Tengo una habitación que da a unos jardines interiores. Silencio perfecto. Solo ahora, en este casi anochecer, arrecia un coro de pájaros en torno a –o dentro de– grandes árboles que ya principian a amarillar. La comida es excelente. Con un autobús llego rápidamente al centro. Asisto a la famosa tertulia y realmente, estos amigos –o conocidos– italianos no pueden *festejarme* más. Amabilísimos, todos. Macrì, con su cochecito me trae a casa. (Leone Traverso, Mario Luzi, etc.). Hoy he visto a Elisa Aragone. Os escribo un poco deprisa porque me ha telefoneado una poetisa, que va a llegar. Trabajo, y trabajaré aquí mejor que en Venecia y en Roma. He visto una película franco-española buena *La sfida*. (De Nápoles). He saludado a la *Pietà* de Miguel Angel. Versifico, leo, me paseo. Y pienso mucho en todos vosotros.

Besos. Abrazos.

JORGE

Firenze, 12 de octubre de 1958

Queridos todos:

Florencia es una apacible capital de provincia, y se vive aquí –o se puede vivir– tranquila y laboriosamente. Voy al café, trabajo en mi habitación; he estado en el cine. *Maigret*, el personaje de Simenon con Jean Gabin, y un buen «suspense»; estuve en los Uffizi. Esta tarde Macrì me

lleva en su máquina por los alrededores: preciosas colinas. Hubo una *party* en una casa elegante con elementos germánicos consecuencia de la tertulia. *(Vie mondaine…).* Pasó por Florencia Scheiwiller, el editor, solo para verme; me invitó a comer y me dio un cheque por los derechos como autor de *Luzbel* (24.000 liras). Macrì me dio también 10.000 por una antigua colaboración en una revista. Y hoy me ha llegado un cheque de 50.000 liras para asistir al congreso de Nápoles; y solo me exigen la sola y gentil presencia. Total 84.000 por arte de birlibirloque –es decir, a consecuencia de los versitos–. Tengo ya reservada –gratis– una habitación en el *Hotel Vesubio*, a donde me trasladaré el 17. Creo que pasaré una semana en Nápoles, y al regresar visitaré Orvieto, quizá Viterbo y Ferrara. Escribidme a Florencia. *Y la próxima vez –solo una carta– al Hotel Vesubio.* (Sigo contento en la pensión, donde se come bien). Regresaré aquí; quiero trabajar sin tener que improvisar enseguida otra instalación.

Dime, Teresa, cómo siguen los señores de Marichal; no quiero forjarme falsas novelas en mis soledades. Me interesó mucho, claro, lo que me escribiste sobre las preocupaciones de Claudie. No sé nada por él. «*L'affaire* Lolita…». Lo celebro. ¡Qué asquito, que un escritor de talento tenga que acudir a este tipo de narración para llegar al *best-seller*! Vi en *Europe*, el número sobre la *«Littérature de l'Espagne»*. Los Wurmser han traducido, entre otros poemas, el de Anita. Anita se merece mucho más. ¿Cómo sigue Nancy Palmer?, ¿La operaron? ¿Volvió a Wellesley? He corregido las primeras pruebas del libro de Pizarro. ¡Por fin! Falleció Su Santidad. ¡Descanse en paz silenciosa!

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, jueves 16 de octubre de 1958
(Escribí primero «1923». Pensaba en el 17 de octubre,
aniversario de la muerte de mi madre)

Queridos hijos:

Tu asiduidad epistolar me encanta, Teresa, y así tengo una compensación al silencio de Claudie, adolescente cruel. Es mi único motivo de melancolía, aparte de otras causas vagas. Claudie –se lo he dicho– me escribirá menos cada año. Más tarde dejará de escribirme y se entretendrá con sus manuscritos… Y ahora, esa su nueva vida le alejará más. Tengo bastantes amigos, pero eso no forma sino el cero, el amable alrededor. ¡Compañía! Tú –y la que tú te has inventado–.

¡Cuánta gente voy a ver en Nápoles! Battaglia –pienso en Steve– ha contestado a mi reciente carta en términos de *esultanza.* ¡Ya os contaré! Esta noche voy a cenar en casa de la señora Levi D'Ancona. La encontré ayer en la calle; envejecida, amabilísima. Me preguntó por todos vosotros. Conozco a universitarios y escritores en el café. ¡Macrì es el contemporáneo a quien más veo en Europa! Con él y su mujer he visto *Mon oncle*, la película premiada de Tati; la mejor –para mí– de las aparecidas en estos últimos meses: con su propio ritmo, su atmósfera absurda, su irrealidad. Otra relación: la poetisa Margherita Guidacci que quiere traducir –y tiene editor ya– *Federico en persona,* ¡todavía inédito! Leone Traverso, hombre encantador, quiere traducir los poemas anteriores y futuros sobre Italia. (Scheiwiller prefiere como título: *Suite italienne*). *Insomma*, estos italianos están amabilísimos con este *vecchio* poeta. Recibo fotos de las últimas semanas. Os enviaré algunas de vez en cuando para que las vea sobre todo Anita. Esa extensión del vocabulario me conmueve: es el acaecimiento, la formación de su personita. (¿«Buno», «Lalo»? No entiendo). Recuerdos *a los* Seznec. Cuéntame cosas de ese curso tan original. Lo de las Series de López resulta, por lo visto, una vulgarísima historia de ingratitud y de «muflerie». Sigo escribiendo epigramas. ¿Y el conferenciante Charles Eliot Norton de este año? Tengo muchas ganas –ya–

de estar con vosotros. Tengo muchas ganas –aún– de no estar en Cambridge. Sigue escribiéndome Teresa; *acompáñame*.

Abrazos. Besos.

JORGE

Nápoles, domingo 19 de octubre de 1958

Dirijo esta carta, que apenas tengo tiempo de escribir en un brevísimo paréntesis –entre el almuerzo en el Hotel Royal y una visita inminente–, a la *signorina* Ana –¡A-NA!– porque esa preciosidad de criatura cumple hoy año y medio. ¡Año y medio lleva ya el mundo con la mayor hermosura! Tengo muchas cosas que contaros, pero Anita es lo más importante de todo…

Vine el viernes. En la estación de Roma me esperaban Scheiwiller y una bella librera –empeñada en organizar una lectura mía en una librería (exquisita) de Roma–. En Nápoles me instalé aquí: Hotel Vesubio, el mejor de los dos mejores hoteles de la ciudad. Inauguración solemne el sábado. Luego, almuerzo en el Palacio Real, sala de Hércules. ¡Todo magnífico! Por la tarde, discursos, uno con gran éxito del otro español, Muñoz Alonso, caso increíble. Habló con tono agresivo, liberal y orteguiano. Gustó. Y es profesor de Filosofía –y el director de Prensa en Madrid. ¡Nuestro español!–. Seguí charlando hasta no poder más a medianoche. Hoy más discursos, gentes varias, mayoría de italianos, bellas italianas. Comida en el Hotel Royal. Me divierto, aprendo cosas, aprendo italiano. Ayer, día brumoso. Hoy espléndido. ¡Espléndida bahía!

Abrazos, besos. Me acuerdo de todos vosotros. (Esta tarde voy a ver a Battaglia…).

JORGE

Florencia, lunes 27 de octubre de 1958

Teresa, hija:

Salí de Nápoles el viernes encantado, porque la acogida fue generosa y grata. Estos italianos me tratan del modo más amable. Me detuve en Roma unas horas: A. Bianchini, Scheiwiller y la bella librera. (En diciembre habrá lectura mía en español con *serata* con Ungaretti y compañía. Será en la librería más *snob* de Roma). El viernes dormí en Viterbo, pequeña ciudad en gran parte medieval, preciosa. Y el sábado me trasladé a Orvieto, con un *duomo* de gran calidad y una capilla pintada por Fra Angelico y sobre todo por Signorelli, estupenda. Pedro me dijo que fuese a Orvieto. Ayer tarde regresé a esta *pensione* ¡como si fuese ya mi casa! Y encontré carta tuya y carta, por fin, de mi señor hijo.

Quiero aclarar mis palabras. «Melancolía», en este caso, significaba –no solo un sentimiento vago de vejez y de soledades– sino la pena que me causa *no oír la voz* de Claudie. Lo sé. Es así. Y así lo acepto. Y así es, una criatura admirable, menos en ese punto. Llueve sobre mojado. ¿Para qué insistir? Por otra parte, me resigno; a eso y a todo lo demás que traigan la vida, la vejez y la muerte. Pero de ningún modo pienso en mí cuando pienso en el matrimonio de Claudie; y no trato de desanimarle lo más mínimo. Yo no he desanimado deliberadamente a nadie, jamás. Tengo yo también la corazonada de que no se equivoca él; y por otra parte, no puedo permitirme el lujo de poner en entredicho esa decisión. Me alegro mucho de que, al fin, dé ese paso importantísimo. Se trata de él, y mis melancolías nada importan. Voy ahora a escribir a Claudie. Me dice que no habrá apenas boda y que no tengo necesidad de asistir. Bien. Y me digo: en cuanto a regalos y ayuda, ¿qué debo hacer? *Aconséjame*; no soy bastante imaginativo en esta ocasión. ¿Qué haría mamá? Dime cifras. Sabes que no me gusta quedarme corto. Prefiero pasarme. ¡Once años ya! ¿Y cómo no quieres que no me sienta melancólico?

Adiós. Mañana escribiré a Antó. Besos.

JORGE

Florencia, 30 de octubre de 1958

Teresa, hija:

Me disponía –son las ocho y media– a comenzar la revisión de mi «capítulo» sobre san Juan de la Cruz –envuelto (yo) en una manta ¡como el tío Paco! porque empieza a hacer frío y todavía no hay *riscaldamento*– cuando me di cuenta de mi situación. No tengo mi texto anterior sobre san Juan, el leído en Columbia University y publicado en Colombia, Bogotá y luego por Steiner en *Mesa* y, traducido por Poggioli en *Inventario*. ¿Me lo dejé en Madrid, en Arlington? Te escribo, pues, inmediatamente para pedirte un favor. En mi cuarto, a la izquierda de mi mesa, en el último o penúltimo de los estantes, es decir, en uno de los más bajos, están mis libros sobre san Juan de la Cruz. Busca la *Revista de las Indias* (o *de Indias*), Bogotá. Debe de ser un número de 1943. No hay otro. Allí tiene que haber quedado. Está estropeadillo. Haz el favor de enviármelo enseguida por avión, como «impreso», claro; y procura poner esta revista entre cartones, porque, de otro modo, llegaría aún en peor estado. Y yo pagaré los gastos de correo. Me fastidia mucho este retraso, que me obliga a cambiar de plan; y a mí me gusta seguir mi caminito, el que yo me he trazado. Y gracias, gracias, gracias. (*Mesa* sería más difícil de encontrar…). Y a propósito, ¿se encuentra Steiner en Cambridge? Porque también él se ha jubilado.

Ayer me llamó Cope por teléfono, en ausencia mía. Luego lo llamé yo. Hemos quedado en que iré mañana viernes por la tarde a Fiesole. Es gente muy simpática. Me gustará verlos.

Por cierto, Claudie, en su última carta, nos dirigía a ti y a mí los mismos reproches: «Cuando Teresa me dice ¿pero estás seguro de que Elfie puede tener hijos? o cosas por el estilo (que me dijo pero ya no dice), no solo demuestra poca confianza en mí, sino una actitud que en el futuro podría causarle mucha amargura a la pobre Elfie». En fin, que estamos todos muy juntitos.

Besos. ¡Gracias!

JORGE

Florencia, 3 de noviembre de 1958

Queridos todos:

Acaba de llegar una carta tuya, Teresa: y antes de salir –banco, Paszkowski, correo– voy a escribiros. Mi última carta, hace tres minutos, es para Claudie. Le envío un recorte de un periódico alemán –que me dieron en Nápoles– donde se hace una reseña del Congreso de Chapel Hill. Y se habla de Claudie con elogio –y de su manera «persuasiva»– y se añade *«der Sohn des südamerikanisch-spanischen Dichters».* ¡Ja, ja, ja! Me confunden con el excelente Nicolás cubano…

Estos días son para mí «de vacaciones». No puedo trabajar en lo de san Juan de la Cruz, y he dedicado la semana a cartas y museos. (Museos, además, gratuitos esta última semana). He estado en la Galería Pitti –¡qué desorden, Dios mío!, lo contrario del museo de Capodimonte en Nápoles, admirablemente organizado–, en el Palazzo Mediceo, en l'Opera del Duomo, en San Marco, en el Museo dell'Accademia… Yo tiendo a vivir «cotidianamente» –escrituras, lecturas, conversaciones, películas…– y a disminuir mi aire de turista. Pero un *capolavoro* de vez en cuando no viene mal.

Por un compromiso y un *malentendu* con Francesca Trentin, la amiga de Venecia, iré mañana a ver a su amigo Luigi Russo, conocido profesor y crítico, a Marina di Pietrasanta. Para acabar de justificarme la excursión, me daré una vuelta por Lucca. (Dos días, pues, de ausencia).

De Colombia nada sé. Pero me parece que va a ser mejor que lo deje para el curso próximo. Porque colea aún el librito de las conferencias. Y Zubiría me hablaba de una temporada a partir de setiembre. ¿Cuándo volveré a casa? No lo sé. ¡Dependerá de tantas cosas! Me urge veros a vosotros y nada más. Lo de Pasternak es «demasiado obvio». Se justifica la campaña anticomunista. Decidme cómo ha reaccionado Anita ante mis fotos últimas. Me escribió Nilita, prometiendo escribiros. Voy a volver a la carga. (*Inter nos*, *entre nous*, *fra noi*, ¿podría leer algunos de los poemitas otoñales de Isabel?). Pienso en vosotros constantemente.

Besos. Abrazos.

JORGE

Florencia, 6 de noviembre de 1958

Queridos todos:

Hoy me ha llegado la carta del 3. Gracias por lo de san Juan de la Cruz. ¡Claudie! Le escribiré de nuevo tratando de calmarle. Padece una nerviosidad «de transición» –me figuro–. Solita –distante– y dulcísimo Juan. Ya me imaginaba yo que Solita era la irascible. ¡Cómo envejece el quedarse retrasado en la puntiaguda adolescencia! Me dices, Teresa, que Steve está empeñado en volver a Europa el verano próximo. ¡Maravilloso empeño! El plan hasta cierto punto me convendría. ¡Y yo seré vuestro banquero! (Lo que no dejaría de ser un colmo para este pobre *professore ritirato.* En ninguna parte como en Italia le llaman a uno –y con qué reverente dulzura– *Professore*…).

Paso a la narración –brevísima– de los últimos sucesos. Ante todo: pérdida del pasaporte. Era el lunes. En el momento de ir a salir a la calle, busco el pasaporte y no lo encuentro. En el café, Macrì, inmediatamente, se pone a ayudarme como un poseso. Telegrama al hotel de Orvieto. (Allí recordaba la última aparición del pasaporte). Visita al cónsul de España, a las oficinas de la estación. Enorme contrariedad. No, que no rían de mí esos profesionales de la distracción, Steve, Antó… Aquella noche misma, telegrama de Orvieto. Allí, en el hotel, estaba el pasaporte en posesión del propietario, que no me lo había devuelto. Anoche, llegó a mis manos. ¡Qué suerte la mía! Y toco madera, pensando en la circulación por esas calles de perpetuo peligro.

Pero, si fui a Pietrasanta, no hice noche en Lucca por falta de pasaporte. Era el martes. En autobús tres horas, pasé por los lugares que nos son conocidos. Prato, Viareggio, Forte dei Marmi, Ronchi. Antes de Ronchi, en Fiumetto, vive el profesor Luigi Russo. Iba sin mucha convicción. Y me

alegré de haberle conocido. Uno de los grandes capitostes de la universidad italiana, discípulo amadísimo «del Croce», luego, a última hora, alejado del maestro, pero siempre con él. ¡Cuánto me habló de Croce! Me le figuré a Russo agrio y bilioso. ¡No! Gordo, campechano, excelente polemista, amigo de mucha gente, de algunos españoles –nuestros amigos–. Mandamos una postal a don Américo. (Por cierto, Teresa: no se te olvide decirme, si lo sabes: ¿recibió mi última carta dirigida a Granada don Américo? *No quiero estar en falta*).

Russo es profesor en Pisa, pero vive a orillas del mar, rodeado de hijos y nietos, la mujer inteligente. «¡Y decía el Croce que no me la merecía!». Volví a Florencia en «la máquina» de la hija cuarta –con el yerno y los hijos–. Como veis: vivo en Italia –con italianos y ¡hasta en italiano!–. Esta noche voy a un concierto elegantísimo; me ha dado su abono una señora –encantadora– de la pensión que está enferma. Oiremos *L'estro armonico* de Vivaldi. El sábado, segunda parte de esa *suite*, iré al concierto con los Aragone y después cenaremos –comida solemne– en su casa con los Macrì y otras gentes. Estoy bien, y solo me faltáis vosotros. ¡Y esa niña pequeña, que debe de ser más arrebatadora que nunca! Escribidme.

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, sábado tarde, 8 de noviembre de 1958

Teresa, hija:

Te escribo sentado a mi mesa, por primera vez florida. Son cuatro dalias que me han llegado este mediodía, regalo de Mrs. Cope *«to enlighten your room for the weekend*». *Comme c'est gentil!* Es verdaderamente una notable pareja, y muy simpática.

Te escribo antes de arreglarme para ir al concierto (2º) de Vivaldi, a las cinco, en el *palco* de los señores de Aragone. *Comme c'est gentil!* Y luego, la cena, la conversación, etc. Ayer tarde, la visita fue al editor del Centro

Internazionale del Libro, acompañado por la señora Margherita Guidacci, excelente poetisa, agraciada poéticamente… (En poesía). Quiere traducir *Federico en persona*. (¿Te dije que me ha escrito el Sr. Frías, de Emecé, anunciándome la inminente edición de esa obrita?). El editor italiano –que ha publicado ya 60 libros de lujo de animales de Walt Disney– desearía hacer una edición con reproducciones de dibujos, escrituras, fotos. ¡Problema! Habría que traer a Florencia los originales de las cartas de Federico, y si es posible, la copia mecanográfica de todo *Federico en persona.* (Este título gusta al editor). Te agradecería mucho, pues, Teresa, que, si ello fuese posible –es decir, si el desorden (relativo) de mis papeles te lo permitiese– me enviases:

1º. La correspondencia de Federico. O, más bien… No. El editor me ha prometido una copia facsímil de todas las cartas. Busca esa correspondencia, *pero tú* misma (solo *de tu atención* me fío) en el baúl –*sancta sanctorum*–. Baúl que ha debido trasladar Steve a Harvard. Y a propósito: ¿dónde se encuentran ese baúl y algunas de las cajas de papeles míos? En vez de un banco se escogió para este año un lugar seguro y gratuito en la universidad.

2º. La copia mecanográfica (o el original manuscrito) de *Federico en persona*; semblanza, cartas de F. G. L. y cartas J. G. Esto es más difícil de situar. Hay una caja en la que se hallan todos, o casi todos, los papeles referentes a Federico –tal vez con otros–. Allí, en el clóset de *mi cuarto* –si no es en la universidad– deben de encontrarse esas hojas.

3º. Habría que enviar los originales –certificados– por avión. El editor aconseja un papel alquitranado –para evitar la influencia marina–.

4º. Me temo que costase muy caro el envío de la copia mecanográfica por vía aérea. Además, urge menos. Bastaría expedirlo, certificado, por correo ordinario a la dirección de la traductora:

Signora Margherita Guidacci

Via Matonaia 43 - Firenze.

(Llegaría ese sobre cuando yo me encontrase en Roma).

Ahora, de lo que se trata es de encontrar esos textos y de remitirlos con extremas precauciones de seguridad. Y apunta los gastos de correos, a mi

cuenta.

¡Gracias, gracias!

Ayer me llegó lo de san Juan de la Cruz. Anoche mismo me puse a trabajar en ello. Otra cosa. Dime la dirección actual de los Gusils. Tengo para ellos una tarjeta de Miguel Ángel. Hace un hermoso día de otoño. En la casa gozamos de calefacción. Pero… ¿Taormina? Quién sabe…

Besos,

JORGE

Ayer volví a escribir a Nilita Vientós Gastón.

Firenze, domingo 16 de noviembre de 1958

Teresa, hija:

No bien recibí tu carta, y estando de acuerdo con tu indicación, escribí a «Elfie y Claudie,» enviándoles un cheque de 500. Un primer cheque. Procuraré ayudarles un poco más. Algunos de esos muebles «que fueron tuyos» –dice Claudie– les podrán servir ahora. Por cierto, estuve en casa de Natoli, el profesor de francés que había estado en Chapel Hill. Y aquella noche me invitó a cenar con los Natoli, otro profesor –Berquet– del Instituto Francés. Anoche cené con los Macrì. Por la tarde me invitaron a su palco de La Pérgola los Aragone. Y esta tarde, la Signora Crisafulli me invita al concierto en el Palazzo Vecchio. Como ves, me tratan bien estos amigos. Leone Traverso, el más fino y el más divertido de la tertulia, está traduciendo ya los poemas –mejor dicho– los poemillas –o epigramas– que voy escribiendo sobre este país y que Vanni Scheiwiller publicará enseguida con el título de *Suite italienne*. Ayer recibí las pruebas de otro folletito –que será primoroso– de Scheiwiller: las traducciones que Montale hizo y publicó de seis poemas del primer *Cántico*. Acaba de salir una antología de poesía europea del editor Garzanti: tengo el honor de figurar en ella. Podría añadir otras noticias literarias. Bastan las dichas…

Recibí carta cariñosa de don Américo. De modo que los únicos que me han escrito sobre *Maremágnum* son don Américo y Montesinos (¡!). ¿Quieres preguntar a Edith, si además de *Maremágnum*, recibió *Viviendo*? *No lo olvides*. Ten cuidado con las cartas de carácter económico; no he recibido mis últimos *statements* de *Harvard Trust Company*. ¿Los tienes ahí? Contadme más de esa preciosidad de criatura. ¡No te canses demasiado!

Abrazos, besos a todos los Gilman.

Vuestro,

JORGE

Florencia, martes 18 de noviembre de 1958

Teresa, hija:

Acabo de recibir tu carta del 14. Gracias por lo de Federico. ¡Cuánto trabajo engorroso te doy yo también! Me consterna que te canses tanto. ¡Si no hay ídolo más fútil que *la vie mondaine*! Adjunto un cheque de 117 dólares: reembolso por lo de la *Blue Cross*, y regalo de Navidades para todos vosotros, desde Steve hasta la caprichosa Anita.

(En mi carta precedente me refería ya a esas «cartas» de carácter económico. Quiero ver los últimos *statements* de mi banco).

En cuanto a lo que me cuentas del señor López y de la señora de López, ¿qué voy a decirte? Mis sorpresas van tiñéndose de cierta irritación a la que no me entrego. ¡Arribistas! (Preveo epigrama). Es lo último que me faltaba por ver.

Mañana cenaré con los Cope. Trabajo en lo de san Juan de la Cruz. Y versifico solo de noche, al margen, epigramáticamente. Sigo atado a las conferencias de Harvard por mi propia voluntad. ¡Soy mucho más libre que Pasternak!

Contestaré a Antó. Sus notas son excelentes y me encanta que le guste el latín.

Besos.

JORGE

Florencia, lunes 24 de noviembre de 1958

Queridos todos:

Me pregunta Teresa en la carta recibida hoy por mi regreso. Mi programa se me va retrasando. Tengo pereza de marcharme de aquí, donde me encuentro bien y trabajo a gusto. Vi a Contini –al formidable Contini– y de nuestra conversación salió, a petición suya, que el 10 de diciembre daré una conferencia en la universidad. (Leeré en español la de Berceo). El 8 de diciembre se repetirá o rehará la ceremonia en la que se me concede la Medalla de Oro: Discursos de Macrì y del profesor Levasti –a quien he conocido hoy– lectura de poesías mías por un ciego y por mí, etc.

Total: que pasaré en Roma la segunda mitad de diciembre. Aquí voy conociendo a más gente. Me llamó una señora, amiga de Elena, Alda Croce, y me invitó a un concierto en la Pérgola. Palco, una condesa, la señora Scaramelli, viuda de un suicida –que es quien me invitó–, etc. Llegó la correspondencia de Federico. Acompañado de la poetisa Margherita Guidacci, traductora del librito, le llevé los preciosos papeles al editor, que hará fotocopias de todo. Quiere hacer un libro de lujo. Scheiwiller está imprimiendo los poemas de *Cántico* –seis– traducidos por Montale. ¡Ah! En la Biblioteca Americana leí las reseñas de Claudie de la *Comparative Literature*. La de J. Marichal está muy bien; «se ha volcado». Me indignó que el reseñado no haya respondido al crítico más que con dos líneas. ¡Él suave, *yo* liberal! ¡Cómo te cansas, Teresa! ¿Por qué no aminoras un poco ese vértigo? Saludos a Monique. Escribiré las cartas que me indicas anunciando la boda. ¡La boda! Me duele no asistir al acontecimiento.

Besos, abrazos a todos –y, claro, también para la niña caprichosa–.

Vuestro,

JORGE

Firenze, 29 de noviembre de 1958

Teresa, hija:

Voy a contestar a tu carta del 22, recibida ayer. (Ha habido huelga de Correos).

Lamento, claro, lo de la pobre Mrs. Gilman *senior*, con esa particular emoción que nos causa a nosotros, que me causa a mí la noticia de tal enfermedad.

Me hablas de mis fotos. Ayer recibí otras. Adjunto una –para el *Amour*– ese *Amour* malicioso.

¿Planes? Fluidos. Yo soy yo, y ahora, sobre todo, mi circunstancia. Sigo pensando, naturalmente, en regresar a casa en la primavera. No siento prisa por trasladarme a España. Y esto no implica ninguna actitud trascendente –¡no seamos pedantes, por Dios!– respecto a la España eterna o la España actual. Me gusta andar por este país: nada más. De todos modos, llegaré a España en enero.

Hay otro aspecto de la cuestión: el económico. Acabo de escribir a José, pidiéndole que él se dirija a Emilio, puesto que Emilio tampoco ha contestado a mi carta sobre el modo de trasladar unas pesetillas –muy pocas– a Italia. Tendré que pedir dinero a mi banco. Vayamos por partes:

1º. Pregunta en Cambridge si me han enviado los últimos *statements* (el último recibido es el relativo a agosto). No creo que los tenga José. (Que los envíen a Arlington). Dineral no puede haber por lo de Claudie. Sin embargo…

2º. He borrado las líneas anteriores. Voy yo a escribir al banco.

He escrito a José Luis Cano y a José sobre la prohibición de *Maremágnum* en España. La censura lo había aprobado; yo vi el documento en Barcelona. Pero podría haber cambiado la actitud.

Abrazos a todos. Besos.

JORGE

Firenze, 1 de diciembre de 1958

Queridos todos:

En el correo hoy recibido se me habla por tres veces de la prohibición de *Maremágnum*. Y Juan (M.) me felicita –muy justificadamente–. ¡Yo no aspiraba a tal honor! *Además*, el libro se venderá más rápidamente. Pero, ¿qué debo hacer? También León Sánchez Cuesta me dice que no debo ir por allá, que Emilio está preocupado por ese asunto. Tenía que ser José Gabriel, un Gabriel quien me escribiera de Valladolid. Es la voz liberal de la familia. Claro que me dolería no ir a España durante mi actual estancia en Europa –aunque estos días me siento a gusto aquí, sin ganas de moverme–. Por de pronto, seguiré en Italia, y nada más agradable. Supongo que José Luis Cano no se atreverá a hacer su artículo en *Ínsula* sobre *Maremágnum*. Y a la Censura, esta vez no le falta razón, es decir, su sinrazón esencial.

Juan Marichal me habla, en carta recibida hoy, carta muy cariñosa, del artículo de Mildred Adams, que me envía, con las líneas que él ha dirigido al *New York Times*. Yo no me figuraba que esa pobre señora se hallaba tan mal informada, acudía a tan malos informadores en Madrid. Juan, caballeresco, se ha portado bien –y con palabras muy pertinentes–.

Me asustan, me asombran, me consternan las noticias que de esa Criatura me da su madre. Pero ¿es posible que tal preciosidad de niña sea ya tan mala? Se le pasará pronto, irá pareciéndose a su hermana… ¡Y a su hermano!

Ayer me llevó Macrì –en su coche– al Colle di Bellosguardo, donde Foscolo escribió *Le grazie*. La vista de Florencia y de sus colinas es desde allí preciosa. He oído varios cuartetos de Beethoven en varias tardes y noches. ¡Voy de palco en palco! Y me acuerdo de todos vosotros, de esa reunión de *Thanksgiving*, de ese Claudie que se me ha vuelto a perder.

Besos, abrazos.

JORGE

Firenze, 8 de diciembre de 1958

Queridos todos:

De modo que os disponéis a asistir a la ceremonia –y a tomar el avión–. ¡¿Cuántas veces has volado en 1958, Antó? ¡Os envidio! ¡Cuánto siento no asistir al magno acontecimiento! Pero estarás allí tú, Teresa, y como tú pensarás en tu madre y tu padre allí, así estaremos nosotros –y más que «representados», presentes–.

Ahora, unas indicaciones de carácter práctico. (Os escribo deprisa. Tengo que estar en el Palazzo Vecchio a las cinco y media. Formo parte del Jurado del Premio Città di Firenze). Indica a quien sea que no me reexpidan los paquetes de libros. Dime, Teresa, lo verás en la guía de teléfono, la dirección en Wellesley de Mrs. Virginia Huntington ¡No se te olvide! Dadme vuestra dirección en Puerto Rico. Saludad a Nilita, a Elsa Fano, y a Ricardo Gullón (gran «guillenista»).

Yo me iré a Roma la semana próxima. Hasta nuevo aviso, escribidme a casa de Macrì «presso il Prof. Oreste Macrì - via J. Nardi 67 Firenze». Luego volveré a Florencia, pero necesito otro alojamiento. Me ha escrito Margot. Llegará el 10 a Milán con los Tamayo. Los veré en Roma.

¡Buen viaje! Escríbeme, Teresa, en cuanto llegues a Puerto Rico.

¡Cómo me acuerdo de todos vosotros, de Claudie, de mamá!

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 17 de diciembre de 1958

Queridos todos:

¡Cuánto os envidio! Habéis asistido a la boda de Claudie y Elfie, habéis volado, estáis en el Paraíso… (¡Ojo! Ya sabéis que ahí se contagia el «complejo hedónico»). ¿Cómo se ha portado Anita en todos esos trances y aventuras? Por otra parte, lamento la situación del padre de Steve, y todas las aflicciones que la acompañan. Pero el viaje a Puerto Rico me hace pensar que la situación no se ha agravado.

Estaba esperando conocer mi dirección en Roma para escribiros. (Te debo varias cartas, Teresa). Pasado mañana me trasladaré a la Ciudad Eterna donde no sé si veré –como me desea Nines– al Santo Padre. Sí a no sé cuántos amigos «que me esperan» –me escribe Angela Bianchini–. Escribidme, mejor dicho, escribe, Teresa, hasta el 31 de diciembre a Pensione Rubens, via Borgognona 46, Roma. Yo volveré a esta ciudad hacia el 5 de enero y me instalaré en la Pensione Ragnini, via Montebello 40, Firenze.

Razón del cambio de alojamiento: el conflicto entre las horas de comer en Corso Italia 28 y la reunión con los amigos del Paszkowski. Amigos afectuosos –que reclaman este cambio de horario–.

Temo repetirme. No sé si os he contado ya o solo a Claudie, mis últimas jornadas. La conferencia –sobre Berceo– agradó al auditorio, especialmente a Contini y a Macrì. Me dieron, tras los aplausos, una medalla de Oro –a título de homenaje–. Y la señora Longhi me pidió textos para su revista *Paragone*. La señora Longhi de gran estatura, como una corpulenta abstracción estatuaria, La Justicia, La Libertad, es la novelista –excelente– Anna Banti. Su marido, el profesor Roberto Longhi, es uno de los mejores historiadores del arte italiano, rival de Berenson. Ayer comí, acompañado por Contini y Macrì, en la suntuosa villa de los Longhi. Y todo, en italiano, y todo como si yo fuese… un poeta europeo. ¡No estaré soñando! Yo creo que no. Y la prueba… Pero es todavía demasiado pronto. Ayer se publicó en

el periódico de Florencia, *La Nazione,* un artículo sobre ese poeta, acompañado de fotografía y de algunos errores biográficos. Os lo enviaré. Y alguna fotografía también.

Respecto a *Maremágnum*, las noticias son contradictorias. En Barcelona, en Madrid, no se ha prohibido. A Valladolid enviaron unos policías, que retiraron ejemplares que por casualidad tenía algún librero. La familia ha debido asustarse. También León Sánchez Cuesta, que me escribió. También Emilio, preocupado. Total: esperemos. Esperemos en Italia. No hay mal que por bien no venga.

Saludadme a los amigos de esa isla: a Nilita, a Ricardo Gullón, a los Onís, al amigo lector… Teresa: me conmueve que en cada carta te refieras cariñosamente a mi retorno. Si Claudie va a tener hijos, que el primero sea hija. Una hija es lo más *sweet* que existe en este mundo. Abrazos y besos a todos los Gilman.

Vuestro,

JORGE

Roma, Pensione Rubens, via Borgognona 47,
25 de diciembre de 1958

Queridos todos:

Por fin –¡«finalmente»!– llegaron noticias vuestras, en dos cartas de Puerto Rico, recibidas ayer. Lamento el incidente del coche y sus consecuencias, el día de la boda. Otro menudo incidente ocurrió: que no llegó el telegrama que envié a «Elfie Jaeger, Madison Hotel 15 East 58 St.», según me comunican hoy por telegrama de Florencia. ¡Lo lamento! La descripción de Elfie, Teresa, está muy bien «desarrollada» y es muy satisfactoria. La de Margot, a quien he visto ayer –según voy a contaros– es menos entusiasta. «Guapa. Grande». Y luego: «En la próxima generación se casarán con chinas». Retengo el retrato de N.: «feíta, chiquita, tropicalita». Y la frase del bebé: «Adiós, mar». ¡Adorable! Contadme cosas de esa niña.

En fin, me alegra saberos en esa isla feliz, gozando del calor en Navidad. ¿Antó se queja del calor? ¡Si supiese cómo llueve aquí! Lluvias torrenciales hemos tenido estos últimos días. Hoy, Navidad, hace bueno.

Me encuentro en Roma desde el 19. Me trasladaré a Florencia el 5 de enero. (Repito la dirección: «Pensione Pagnini, via Montebello 40, *Firenze*»). La pensión Borgognona se halla en el centro. El ruido no es aquí el mayor de Roma. He cenado en casa de Angela Bianchini. Hoy se va con Mario, su hijo, al Valle de Aosta. Mario quiere esquiar.

He conocido a la signorina Vittoria Guerrini, intelectual, poetisa, muy interesante persona. Y a otra poetisa, Biagia Marniti. Frecuento la librería Al ferro di cavallo, la más chic, la más *snob* de Roma. Comí en casa de la librera, bellísima. Ella y todo el mundo me hablan de algo que viene preparándose desde hace meses. Yo quería daros una sorpresa. Pero el asunto se prolonga, no se resuelve en estos días, como de costumbre. ¡Os lo contaré! Parece ser que me concederán el Premio Taormina de un millón de liras. En Italia es algo. ¡Qué lástima! El premio ha sido *rimandato*, aplazado hasta febrero o abril. De todos modos, todos me lo aseguran, se me concederá. (El año pasado el poeta extranjero premiado fue Supervielle).

Se ha publicado un folleto «Jorge Guillén tradotto da Eugenio Montale». Scheiwiller, el editor, dice: «*Il mio* Guillén».

En suma: *¡Buon Natale!* En próxima carta os contaré más cosas. Margot ha llegado con los Tamayo mexicanos. Muy cariñosa. ¡Cuánto y cómo hablamos de mis hijos!

Vuestro,

JORGE

Dirección en Florencia: Pensione Pagnini - via Montebello 40
Roma, 29 de diciembre de 1958

Teresa, hija:

Intenté anteayer enviarte un telegrama de felicitación. ¡Cómo se me iba a olvidar que el 28 era el cumpleaños de mi hija! ¡De mi hija! Buscaron en la Oficina de Telégrafos «Santurce»; solo figuraba en el libro un Santurce de la Argentina. «Condado»: en Cuba. Total que no pude darme el gusto de decirte: ¡Felicidades! Y felicidades a mí, que tengo la suerte de ser el padre de esa hija.

Envié a Elfie, el 10 de este mes, a la dirección de Nueva York, «Madison Hotel 15 East 58», un telegrama que no ha llegado: «*Non si trova in questo albergo*». ¡Tres mil liras tiradas al río Tevere!

Te dije que se encontraba aquí Margot. La he visto varios días. Hemos comido dos veces juntos; otra vez, con los Tamayo. Esta tarde hemos visitado la «Exposición de arte japonés», estupenda. Margot, estupenda también, está como siempre, ágil, curiosa, informada, con gran entusiasmo por Italia. Ayer una señora elegante, amiga suya, nos llevó en su coche a Palestrina, cerca de Roma, donde hay un palacio Barberini interesantísimo. Mañana se irá Margot con los Tamayo a Nápoles y Sicilia.

He visto bastante al editor Vanni Scheiwiller; él publicará por fin *Federico en persona*. Esta noche ceno con María Zambrano y otros amigos suyos.

Veo a gentes, tomo autobuses, me paseo por la ciudad –maravillosa–. Y me canso. Anoche dormí ocho horas: lo que supone un gran cansancio. ¿Y vosotros? ¡Feliz Año Nuevo!

Besos, abrazos a todos. Escribidme a Florencia. Vuestro

JORGE

Roma, 3 de enero de 1959

Teresa, hija:

Tus dos cartas –del 18 y del 27– llegadas hace media hora, me han alegrado y desolado. Ante todo, os encontráis bien; y además, me dices cosas tan *sweet* que me conmueven –*come di solito* (solito: costumbre)–.

Pero ¿es posible que no pudieras dormir a causa de ese retraso del correo? Porque yo te he escrito *as usual*, y ha tenido que haber algunas cartas perdidas –si no están esperándote en Arlington–. ¡Es tal el jaleo de estas semanas –con esa inmensa bobada en el vacío de las felicitaciones de Navidad–! Y luego, vuestro viaje, el cambio de dirección… Siento infinito que hayáis tenido esa impresión de silencio.

No, no *me pasa* nada –que no sea agradable–; y toquemos madera. No os podéis figurar con qué reverencias y consideraciones me tratan estos amigos italianos. ¿La visita de ayer? Fui a ver al profesor –gran profesor– Schiaffini –por encargo de Montale–. ¿«Objeto de la visita»? Es más prudente no hablar del asunto: otro premio (muy importante). ¡Los amigos italianos se empeñan en *premiarme*! Comí con María Zambrano –mucho más interesante hablando que escribiendo– y algunos literatos de Roma. He conocido a no sé cuántas gentes más. Y todos me hablan del Premio Taormina –hasta un extremo que ya empieza a serme desagradable–. Porque me obligan a salir de mi sendero habitual, a ver, por ejemplo, esta tarde al profesor Debenedetti, del jurado, a telefonear a Bellonci, del jurado, etc. etc. *Et tout ça m'embête*! Yo no pido ni he pedido jamás nada. ¿Los honores? Llovidos del cielo –como un bombón en la boca–. Volveré a Roma en febrero –que es cuando se habrá decidido lo del premio–. Hay mucho *gossip* en torno a este asunto. Ya os lo contaré más tarde. Hoy voy a comer con Ramón Gaya, en su *trattoria,* y veré sus cuadros; honor concedido a muy pocos. Le encuentro más formal, más varonil, simpático.

Seguiré aquí hasta el jueves 8, en que volveré a Florencia –donde quiero terminar lo de san Juan de la Cruz–.

Se me olvidan detalles. Comí en casa de la novelista (siciliana) Livia de Stefani, bellísima señora. Angela Bianchini da una *party* en su casa el domingo: reunión con profesores *to meet* Prof. Guillén, entre ellos estará Samonà, el de *La Celestina*. ¡Hablaremos de Steve! ¿En qué trabaja Steve ahora? ¿Sigue con lo de Rojas? (No se te olvide contestar a estas preguntas).

La foto de la niña es preciosa. Tengo ganas locas de verla, de veros, sobre todo a mi hija, que es lo más *sweet* de este mundo para su padre. En el

correo han llegado también unas palabras ardientes –de Simone Crocco. *Carina!*–. Y anoche unas líneas de Claudie, felicísimo al parecer. ¡Así sea! Escribe a la *Pensione Pagnini* de Florencia *via Montebello 40*.

¡Feliz Año Nuevo!

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Dadme noticias de Gullón y de sus ediciones juanramonianas.

Roma, 8 de enero de 1959

Queridos todos:

Escribí –después del 1º de enero– una larga carta a Puerto Rico. Y tengo la duda de si el franqueo fue o no fue suficiente. Dime, Teresa, si te ha llegado esa carta. Vais a volar el 11. Yo tomaré el tren dentro de dos horas para Florencia. Me encuentro feliz, cansado y acatarrado. Me acatarré ayer, en este cuarto mal caldeado ¡Ay, América! He visto a bastante gente. Entre los últimos conocidos, Moravia y su mujer, Elsa Morante. Moravia, en general –me dicen– áspero, estuvo conmigo muy amable. La historia del Premio Taormina se va complicando: las intrigas de siempre. Han hablado de dividir el premio. Han surgido otros candidatos hispánicos. ¡Es hora de que me marche! Hubo *party* en casa de Angela Bianchini. Allí conocí al profesor Levi della Vida, gran arabista. (Me habló de don Américo). Y conocí también a Samonà, más joven que Claudie, muy simpático. Me dijo: «la reseña de S. Gilman me fue muy útil; sus reservas me ayudaron a comprender mejor ciertas cuestiones; lo mejor sobre *La Celestina* es el libro de Gilman». En suma: ¡me fue muy simpático! Volveré a Roma hacia el 9 de febrero. El día 11 habrá una *serata* en mi honor, en la librería Al ferro di cavallo con Ungaretti, etc. El 12 diré la conferencia de Berceo en la universidad. Tendré que conferenciar también en Urbino, en Milán, en Turín. De España hace tiempo que no recibo noticias. Claudie, a través de

lo poco que me escribe, parece felicísimo. ¡Naturalmente! Es el destino de mi tribu en esa dirección esencial. ¿Cómo están los niños de esa casa? A Mario (B.) le regalé un barco –juguete americano– como los que tiene Antó: y le gustó mucho. He vuelto a ver a Gaya, mucho más maduro, y a María Zambrano, muy fina. He paseado bastante por la Roma eterna. ¡Escribe, Teresa!

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 10 de enero de 1959

Queridos hijos:

La carta de Claudie, recibida hoy, no respira más que felicidad. La carta de Teresa me ha consternado, me ha desolado profundamente. ¡Ese clima espantoso de New England! Me imagino el desastre material, cuántas cosas valiosas y queridas que se han perdido, y el desastre económico, sin duda mayor que lo que al principio se calcula. ¿Cómo se produjo la inundación en Windermere Park? Contadme. Yo, claro, temblé pensando en mis papeles, no en mis libros. Lo que de veras me importa es el papel manuscrito, no el impreso. Decidme en qué estado se encuentran mis sobres en prosa o poesía. Supongo que el agua no habrá llegado a esos textos. De todos modos, decidme exactamente la verdad. Pero lo terrible es lo que vais a gastar ahora. Por de pronto, yo sacaré de uno de los bancos de ahorro 1.000 dólares para ayudar a las reparaciones. Y luego, cuando vayáis sabiendo las cifras de esos gastos, os proporcionaré mi oportuna contribución. ¿Para qué quiero yo esos dólares, muertos de risa en un banco? Los niños –sobre todo Isabel– deben de haber perdido alguno de sus tesoros. ¿Y los muebles y libros del *living room*? ¿Y mis libros del *basement*? Menos mal que os encontrabais en Puerto Rico durante las horas aciagas. Acabo de leer las noticias sobre la catástrofe en la provincia de Zamora. También allí se ha desmandado el agua y terriblemente…

Empiezo a organizarme en esta nueva pensión. Emilio me ha anunciado su visita por telegrama, en el que me preguntaba si a su regreso de Frankfurt debía volver por París o por Italia para verme. *C'est gentil!*

Besos, abrazos a todos, a esos niños, a la niña pequeña.

Vuestro,

JORGE

Firenze, 21 de enero de 1959

Queridos todos:

Llegó Emilio el sábado 17, por la mañana. Venía de Frankfurt. Y dos horas después, procedente de Madrid-Roma, llegó Carmen. Lo hemos pasado muy bien, a pesar del frío de los museos. El Bargello, l'Opera del Duomo, los Uffizi, la Galería Pitti, l'Accademia, San Marco, etc., etc. Vinieron a la reunión en casa de los Aragone, y tuvieron el éxito previsto, sobre todo Carmen, por lo guapa. Cariñosísimos. Emilio es el único *europeo* que podía venir a verme a Florencia. Coincidió su estancia con mi cumpleaños. ¡Sesenta y seis, hijos míos, sesenta y seis! Horrible. «Peor sería no verlo».

Vino Carlo Bo a dar una conferencia. Quedó ya fijado mi programa en Urbino: iré el 25 de febrero para repetir la conferencia de Berceo. –La diré antes, el 12, en Roma–. Y el 13, será, por fin, la *serata* en la librería. (Por cierto, Ungaretti me escribió amabilísimo. Y Montale, también).

Emilio me explicó que: 1º, lo más probable es que no pasaría nada con motivo de *Maremágnum*. 2º, que de todos modos, si algo ocurriese, podría haber un proceso militar por ofensas al Jefe del Estado, al Ejército y al Clero. Conclusión: Emilio cree que no debo ir a España, donde, en todo caso, yo estaría inquieto. Por otra parte, León (Sánchez Cuesta) me escribe que la Censura aprueba *Maremágnum*; y el libro se encuentra en el escaparate de la librería. Todo ello, confuso, confusísimo –como, por ejemplo, Muñoz Cortés, que pasó por aquí, y me dijo que piensan crear,

cerca de Murcia, una… «Fuente de Jorge Guillén»–. ¡Qué póstumo todo eso!

Espero noticias de Arlington. Todavía no sé de vuestras impresiones directas ante la catástrofe. Adiós.

Besos y abrazos a toda la casa. Vuestro,

JORGE

Firenze, 24 de enero de 1959

Teresa, hija:

Todos los días espero carta tuya, la carta de tu llegada a Arlington. Y *principia* a inquietarme no recibir noticias vuestras. Será probablemente que estás abrumada de trabajo, con la casa por rehacer bajo tu labor incesante. Me apena imaginarme lo mucho que tendrás que hacer, y cómo debe acongojarte esa tristísima situación. ¡Dame noticias, os lo ruego!

Yo sigo, como de costumbre, viviendo estas jornadas tranquilas de Florencia –con mis lecturas y escrituras, mis paseos, mis reuniones con amigos–. Voy poco al cine, y muchos sábados –hoy, por ejemplo– asisto al concierto de La Pérgola en el palco de los Aragone. He oído a un estupendo violinista soviético, Kogan, joven *producto* de aquella sociedad. Ayer vi la película *Les tricheurs* de Marcel Carné; excelente, sobre la juventud estudiantil francesa, «hijos de familia» irresponsables.

Hoy he recibido carta de Mr. Moe, en que me acusa recibo de mi solicitud de beca –y de libros míos. (Me los pidió él)–. Es el *new type fellowship* de que me habló Peyre; y consulté el caso con Mr. Moe, y me contestó aprobando la idea. Esto sí que sería estupendo y mucho más importante que cualquier Premio Taormina.

¡Cómo vivís ahora en esa casa? ¿Y los niños? Contadme cómo os organizáis actualmente. ¿Y mis papeles? ¿Sigue estando en Harvard mi maleta? Hasta pronto. ¡Escribidme! De Antó hace mucho tiempo que no sé nada directamente.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 3 de febrero de 1959

Queridos todos:

Me da pena cuánto el desastre de la casa os ha hecho sufrir y trabajar, sobre todo al pobre Steve –¡*chairman*, además!– y a Teresa, pintora doméstica. Pero las *parties* pululan y os divierten. (Por cierto, esa situación –no van los Marichal si van los Gusils– termina por ser absolutamente estúpida). Gozo pensando en la *party* en honor de los nuevos esposos. (Eso de «Mrs. Guillén» no deja de impresionarme). Claudie, felicísimo. Cuando pienso en ello, estoy casi siempre al borde de la lágrima. Felicísimo yo, también. Ya quiero a Elfie.

La otra noche nos reunimos los amigos del Paszkowski y sus mujeres en una cena para festejar los sesenta años –¡dichoso él!– de Betocchi, poeta florentino, muy simpático. Éramos treinta. Al único que pidieron que hablase, y con aplausos, fue a mí, que pronuncié muy pocas palabras para concluir: «*evviva la poesia non-ermetica*!». Los únicos que no pagaron fueron Betocchi y yo. Os lo digo para que veáis con qué consideración me tratan estos amigos de Florencia. (Al ir a acostarme, cansado, vinieron a buscarme cuatro de aquellos amigos para ir a un café, epílogo de la cena. Volví cansadísimo. Dormí bien). Anoche hubo una cena en la hermosa casa de los Bigongiari. Había como forasteros Angioletti, Cecchi y su señora, y Ungaretti. (Además, los Macrì). Detalle: yo, extranjero, estuve sentado a la derecha de la señora Bigongiari, *molto carina*; y Ungaretti, viejo amigo, a la izquierda. En suma, me tratan bien y soy sensible a estas atenciones.

Mientras tanto trabajo en el *dichoso libro* que debe de preocupar a los señores de Harvard… Terminaré por dar en el verano el libro tal como se encuentre –no el que yo hubiese querido dar–. En definitiva, ¿qué me importa a mí un libro sin las únicas palabras en que yo me reconozco, que

son mis palabras españolas? A esta pregunta respondería falsamente en un momento de irritación: no me importa nada. Y no es verdad, me importa… un poquito. Yo solo vivo –literariamente– viviré y sobreviviré *en* mis palabras españolas. Que esté tranquilo Levin, de quien no seguí el consejo. (¡Ay, qué gusto me da no meterme en las vidas ajenas!). Tendrán el librito este verano, dispuesto a recibir toda la hiel de las revistas eruditas y los caros colegas.

¿Mi plan? Cumpliré poco más o menos el que había pensado desde un principio. Voy a ir a la Agencia Cook, Piazza Santa Trinità, para hablar del barco que un día de la dulce primavera me devolverá a vosotros. Porque regreso solo por vosotros. No tengo ninguna gana de volver a Massachusetts ahora, si lo concibo sin vosotros, mis hijos y mis nietos. Lo cual no implica absolutamente ningún juicio de valor sobre aquellas tierras. No tengo ganas –nada más–, sin trascendencia *objetiva*.

En cuanto a lo de la Guggenheim, confieso que no se me había pasado por la cabeza que hubiese conflicto entre una beca ordinaria –la que fatalmente conseguirá Claudie– y una beca especial «*new type fellowship*» como la que, tal vez, podrían concederme. Pertenecen a planes muy diferentes, a edades muy diferentes, a muy diferentes momentos de la vida. Sería un absurdo criterio de estilo evitar esa repetición de un nombre propio. Seguiré comentando la última carta de Teresa muy pronto; tiene más cosas interesantes. Voy a comer con Ungaretti y compañía a un restorán.

Lo único importante es que tengo muchísimas ganas de veros.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 7 de febrero de 1959

Teresa, hija:

Recibo ahora tu última carta del 2. ¡Qué gusto leerte, hija! Eres mi único *corresponsal* seguro. Me doy cuenta de cuánto trabajo de obrero estás

derrochando esta temporada. ¡Es el nuevo estilo, el del mundo nuevo! Tienes mis libretas. Me alegro infinito de saber dónde están. Lo más sencillo es que con la libreta del Banco de Harvard Square en mano preguntes lo que yo debo hacer para que tú saques una cantidad. Si hay que redactar una carta, escríbela tú (o Steve) y mándamela para que yo la firme. Por de pronto, hay que sacar 1.000 dólares para ti, para vosotros. (Regalo y con mil amores, no préstamo). Tal vez fuese oportuno sacar otros quinientos dólares, que tú pondrías luego en mi cuenta de Harvard Trust Company. (Pienso en los gastos de París y en los del viaje de regreso, que se acerca). (Otro día –próximo– te pediré que aclares lo de mi cuenta en este banco. Tengo que examinar los últimos *statements*).

Y ya que hablamos de moneda, añadiré que el 14 de febrero se dará el Premio Taormina. Serán un millón de liras. Podría ocurrir que se dividiese el premio. En ese caso, yo renunciaría a él. Y en favor del otro partícipe, más joven: lo que podría ser acaso, aunque no lo haría por eso, una carambola estupenda.

Estuve en una comida muy elegante del Instituto Francés en honor de Dédéyan. Al día siguiente, Dédéyan (el comparatista de la Sorbona) dio una conferencia (sobre el existencialismo) y principió mencionándome con oratoria fluida; logró ponerme colorado. Por cierto, me escribe Darius Milhaud que ha puesto en música ocho poemas míos, tomados de la *Antología* de Matilde Pomès; poemas ya cantados en la radio de Berlín (diciembre). ¡Dios mío! Tengo la impresión de que *la marea sube*.

Se ha publicado en una revista semanal –con fotografías de actrices, etc.– (*Settimo Giorno*) un artículo: «Guillén tradotto da Montale».

Mañana pasará por aquí Scheiwiller, el editor más joven de Italia, encantador, muy activo y muy severo en sus gustos. (Él es quien ha inventado lo de Taormina). Le invitaré a comer a él y a Margherita Guidacci, traductora de *Federico en persona*; y entregaré a Scheiwiller algunas hojas de la correspondencia de Federico para que las reproduzca en la edición de esa obrita. Obrita que saldrá al mismo tiempo –o tal vez antes– que el texto español, aunque la Editorial Emecé (de Buenos Aires) me escribió este invierno anunciándome la próxima aparición del libro.

El martes me iré a Roma. Daré de nuevo (el 12) la conferencia de Berceo, porque me la han pedido; ha gustado mucho aquí. Y las otras ya son demasiado largas para ser dichas en una hora.

¿De modo que Haraszti te ha preguntado por mi vida «sentimental»…? ¡Fantasías de sexagenario! No veo apenas a las amigas de antes. Conozco a nuevas gentes, alguna señorita, algunas damas. Y yo soy… un galante «joven clásico» *–hélas!–*.

También habrá la lectura en la librería, por fin, el 15. Y el 16 o 17 o 18 regresaré a Florencia. Os escribiré desde Roma.

¡Cuánto siento perderme todos estos meses de Anita; y cuánto envidio a Joaquín! Antó me contará –por escrito o de viva voz– su participación en el debate de su escuela. ¿Y la *principessa* Isabel? Salúdame a Bénichou. Voy a escribir al fidelísimo Raimundo Lida, el único de Harvard que me ha escrito.

Adiós. Besos y abrazos a todos, mis respetos al señor *chairman.*

JORGE

Roma, jueves 12 de febrero de 1959

Teresa, hija:

Vine a Roma el martes y esta mañana repetí la conferencia de Berceo en la *Facoltà di Lettere* ante un auditorio de estudiantes, profesores y amigos. (Se me presentó, por un hijo de Eugenio d'Ors, un Silió, de Valladolid, que ha jugado con vosotros etc., etc.). El *preside* Monteverdi me invitó a comer con otras cuatro personas en un restorán muy bueno de la Piazza Navona, Tre Scalini. Lo pasamos muy bien. El día era espléndido: «anteprimavera» como decía Juan Ramón (y por añadidura, 40.000 liras, suma pequeña, pero *gentile*).

Y al volver a la pensión –en la pequeña Piazza Sant'Ignazio, que me ha descubierto Gaya–, he encontrado la carta tuya del 6.

No tengo aquí mi carné de cheques; no lo traje porque no lo necesitaba en Roma. Para sacar dinero de mi cuenta corriente en Harvard Trust Company, lo más rápido sería que me enviases un cheque (¡en blanco!) enseguida, a vuelta de correo, (tal vez el lunes 16), y yo lo recibiría aquí, porque la *serata* en la librería será, por fin, el lunes 16, por entonces se verá lo del Premio Taormina, y yo no volveré a Florencia antes del sábado 21. De este modo, podría enviaros 800 dólares, y si tú vieses mi *statement* de este mes –acaso lo tenga en casa– podría enviaros los 1.000 dólares. Luego habrá que reponerlos con dinero del otro banco de ahorros. Ocúpate, por lo tanto, de cómo se saca dinero de este banco segundo.

Vengamos a otro asunto, que me importa muchísimo. De él depende que tome o no tome el billete de vuelta. (Ya estoy al habla con la Agencia Cook de Florencia). *Me causaría una alegría inmensa* que vinieseis este verano; si regresara esta primavera a Massachusetts sería solo por vosotros, hijos y nietos. (Claudie es ahora tan feliz que puede esperar un poco más tiempo mi visita a Princeton…). Han sido muchos años los pasados en América –y pasados muy bien desde algunos puntos de vista importantes–; pero, en fin, prolongar mi estancia en Europa me encantaría extraordinariamente. ¿Cuándo podréis decirme si venís o no venís a Europa? ¿Cuándo sabrá Steve si le dan o no le dan la beca? Pero se la darán. Steve es un «realizador» estupendo. (En mi moral la «realización» es la virtud suprema).

De todos modos, seguiré *in touch* con Cook; pero sin tomar el billete hasta conocer vuestra decisión. Comprendo, además, que a Steve le apasione seguir sus investigaciones en los archivos españoles sobre Rojas. (A la comida en Tre Scalini asistió una joven profesora, Terracini, que me preguntó por los trabajos de Steve; recordaba hasta su artículo sobre el tiempo en el *Poema del Cid*).

Sería maravilloso ver a esos niños por estas tierras y aguas europeas, ¡Ana, Isabel, Antó!

Mi dirección: Pensione Monini, Piazza Sant'Ignazio 170 Roma. Teresa: envíame el cheque inmediatamente. (O mejor, dos o tres cheques).

Besos, abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

13 de febrero de 1959

Concedido Premio Taormina Comunícalo Claudie Viva Italia

JORGE

Roma, sábado 14 de febrero de 1959

Queridos todos:

Ayer se me concedió el Premio Taormina. Os lo comuniqué enseguida con el natural júbilo. No pensaba trasladarme con tanta precipitación a Catania, porque la *fiesta* del Premio se celebrará mañana domingo. Pero he recibido un telegrama tan amistosamente *violento* que me veo obligado a salir –no sé aún cómo, supongo que en avión–, inmediatamente para Sicilia. (Un millón de liras son pocos dólares. Pero aquí es algo…).

Y pienso en el cheque que debes enviarme para que te lo devuelva firmado. Envíame, Teresa, otro cheque a la Pensione Pagnini. Porque no me quedaré mucho tiempo en esa generosa isla.

Repito: ¡Viva Italia! Las cosas van saliendo bien. (Toquemos madera).

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Catania, lunes 16 de febrero de 1959

Queridos todos:

Por fin he venido a Catania, en avión –dos horas– ayer domingo. A mi lado, el asiento estaba vacío. Y pensaba ¡el asiento de Antó! Fui al Etna en excursión, ayer mañana, hablé con unos y con otros, y por la noche, en el Hotel Excelsior –donde nos hospedamos– se celebró la fiesta del Premio. Aplausos, fotos, dedicatorias… Hablé en italiano (texto que preparé con un *colega*) y en español. Se leyeron tres de los poemas traducidos por Montale. (Por la tarde hice, «representé», una entrevista para la televisión: ejercicio largo y minucioso –que luego se condensa en «un minuto y medio»–). Y recibí el sobre con «Vale por un millón». Esta mañana he hecho que se modifique el cheque para que lo pueda cobrar en Florencia. Aquí, en el hotel, termina todo (es decir, la estancia pagada), ahora, al mediodía. Hay tantas cosas que ver en Sicilia que no se pueden precipitar las excursiones en pocas jornadas. Además, tengo que volver a Roma, para celebrar la otra fiesta en la librería; lo de Catania solo había obligado a aplazarlo. Me voy, pues, a Taormina, que visitaré y de allí a Roma.

Todo el mundo está amabilísimo. El director del Banco del Lavoro, a donde fui con mi cheque, me llevó al café, me hizo probar las dulces especialidades del país, me regaló un paquete de esos dulces…

Y todo eso, por los versitos…

Abrazos, besos.

JORGE

Florencia, 24 de febrero de 1959

Teresa, hija:

Me llegó ayer, a mi vuelta de Pisa –donde estuve con un profesor de español, Mario Pinna– tu carta en respuesta a mi telegrama por lo de Taormina. Tengo muchas cosas que contaros. Hoy me limito –con promesa de escribiros enseguida– a enviarte el cheque, acompañado de estos renglones. Pregunta por mi último *statement*; el último recibido por mí –es

decir, retransmitido por ti– no llegaba a los 1.000 dólares. Por eso pongo en el cheque: 800. Claro que el mes próximo tendrás los otros 200.

Estoy –naturalmente– contento, entre los agasajos y felicitaciones de los unos y los otros. Ya tengo en el banco el millón –el modesto millón…–. El 12 de marzo –me han telefoneado esta mañana– habrá en Roma un banquete de mucha gente –300 o 400 personas– en honor de los poetas premiados. Os enviaré periódicos, fotografías –para que se enteren los mayores– y para que no me olvide del todo el Bebé.

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 25 de febrero de 1959

Queridos todos:

Me pide Teresa que os envíe fotografías. Adjunto una con Diego Valeri, persona muy simpática, caballero veneciano, *ya* viejo amigo. Os mandaré un recorte de *La Nazione* de Florencia, con los chismes más importantes sobre la adjudicación del Premio Taormina –que pudo dividirse, y no se dividió, y pudo conferirse a Borges, que lo merecía por completo–. Estas liras literarias tengo que gastármelas dentro del país: razón de más para prolongar mi estancia, si tenéis, por fin, la decisión de venir a Europa este verano. (Pienso en la pobre Mrs. Gilman Senior, y deploro su estado y sus posibles consecuencias…). Respecto a España, nada sé de nuevo. Acabo de recibir el número de *Caracola* (Málaga) correspondiente a este mes, y lo encabeza el poema «Muerte y juventud» sobre el pobre Gabriel Pradal. Vicente Gaos, que trabaja en la Editorial Guadarrama, me escribe pidiéndome un libro de ensayos.

León (Sánchez Cuesta) me comunicaba hace unos días que había vuelto a reaparecer *Maremágnum* en las librerías. Pero todo ello es confuso, porque quien se ha opuesto al libro no es la Censura, sino el Ministerio de Información. Entre tanto, copiaré lo que dice en *Il Popolo* de Roma 18 de

febrero Leone Piccione: «*La sua inconfondibile figura, alto, magro, asciutto, con un sorriso insieme infantile e bonario, ma ironico e acutissimo, è a Firenze popolare e nota, è divenuta insomma, una dimensione casalinga*». *¡Casalinga!* ¡Como cierta cocina!

Hasta muy pronto. Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Firenze, 4 de marzo de 1959

Teresa, hija:

Habrás recibido un sobre con fotografías. Tengo más: te las mandaré –sobre todo para Anita–. ¿Anita –o ya Anna? Tengo su retrato de Orleans, 26 de noviembre –junto al de Somo en la cómoda–. (Me preguntabas por esta pensión Pagnini. Excelente. Muy apreciable el buen *riscaldamento* o calefacción. Y las horas de comer son más flexibles que en la Pensión Crocini. Muy cerca del Arno, de la Piazza Ognissanti).

Ayer estuve en S. Gimignano con la madre y la hija Aragone. Preciosa ciudad medieval, intacta. Ya la conocéis. El domingo cené en la villa de los Longhi. (Él, el gran profesor y crítico de arte. Ella, la novelista Anna Banti). Había unas veinte personas. Se brindó por el… «*poeta laureato*». En estas ocasiones, un premio literario «*fa benissimo*». Me decía Bigongiari: «*Lei è amato*». Pues sí… Al poeta no le han leído. Pero el hombre les cae simpático: «popular» en el sentido inglés. ¡Dios lo quiera!

Bruscamente –y no queriendo dormirme en *los laureles*– paso a otro asunto, el más enojoso. Marzo ¡el *income tax*! ¿Cómo preparar el mío? En primer lugar, ¿no me han enviado el *income tax return*? Hay que tener en cuenta que yo he pagado ya una «*estimated tax*» –o sea, por adelantado– el año 1958. ¿No sería mejor, Teresa, que telefoneases a Mrs. Potenza de la *Administration* de Wellesley College, preguntándole lo que debo hacer este año? Porque ella sabe mucho mejor que yo lo que hicimos. Voy a ver los

documentos que aquí tengo. Los demás estarán en una caja –¿en cuál? Tal vez, en una titulada «Economía»–. ¡Ah! Y también habrá que hacer el *income tax return* de Massachusetts. Todo esto, que cada vez resurge como una montaña sobre mi pecho, me pesa más ahora, a tanta distancia de Arlington.

(Ayer te mandé –con un recorte sobre lo del Premio Taormina– un cheque de 200 dólares, complemento del otro).

Tengo ante mí tus últimas cartas. Voy a releerlas; no quiero que me queden cabos sin contestar.

Regalo a los dos Lozanos: Rafael y Julio. ¿Cuánto te parece que les podría dar? Calcula generosamente. No se te olvide contestarme, por favor.

De Claudie no tengo carta hace tiempo –aunque no he dejado de escribirle–. Ya lo sabemos. ¡Es así! Hay que aceptarnos como somos. Parece felicísimo. En definitiva, en eso es como yo. Tiene –como yo– capacidad de gran armonía con la mujer amada. ¡Ojalá!

Martel. ¿Os lo bebisteis? Dame la dirección de las Fano.

Por fin, no fui a Urbino. Se puso malo Macrì, que debía presentarme. Con Macrì estoy ahora realizando un trabajo considerable. Ya van tres sesiones nocturnas; tiene un estupendo magnetófono –que registra nuestras conversaciones– o mejor dicho, mis casi monólogos sobre… la historia de mi vida. Quiere con esos materiales escribir la biografía de este servidor. Me divierto mucho. Nunca me había oído mi conversación. Macrì está contentísimo; no puedo hacerle mejor regalo. «¡Un tesoro!», dice. Verdad es que le cuento muchas cosas.

(Pagué a la *Blue Cross* –con retraso–. ¡Envié el cheque en febrero!).

¿Sigues trabajando en la decoración de la casa? ¿Todo está ya *remis à neuf*? Pobrecita, qué dura es la vida *moderna*… ¿Y Steve? ¿Cómo le va en funciones de *chairman*? A lo mejor le gusta. *Tous les goûts sont dans la nature!* (Y a propósito. En una tarjeta del 16 de febrero me escribe Juan Marichal: «Steve sigue siendo un hombre generoso con este servidor. ¿Cómo corresponderle?». ¡Vaya una pregunta! Se me ocurren varias contestaciones. Alguna se la comunicaré).

Muchos y afectuosos saludos a Arnavon. No dejes de dárselos.

Periódicos italianos. Ha habido bastantes gacetillas, informaciones sobre lo del premio. Artículos interesantes, apenas. Lo más gracioso ha sido la televisión. Todo el mundo me ha visto –y dos veces–. Saludos al jurado, etc., y entrevista, con el Etna –blanco de nieve– a la espalda, y yo, con mi boina y el abrigo, en oscuro. Pero la gente se excusa. –¿Usted ve la televisión? –¿Yo?, nunca. Pero le vi a usted. Todos, hasta los más exquisitos, me han visto… por casualidad.

¿Avión, el 15 de junio Harvard-Londres? Estupendo. Espero con toda mi ilusión de «joven profesor retirado» que lo toméis.

No acaba la revisión de tus cartas. Se continuará.

Besos, abrazos. Me acuerdo mucho, mucho de vosotros.

JORGE

Florencia, 6 de marzo de 1959

Teresa, hija:

Me ha llegado hoy tu carta del 3. ¡Cuánto me has escrito en estos meses! Tengo reunidas y ordenadas tus cartas; pero no he encontrado las líneas en las que me hablabas de la operación en el Cambridge Savings Bank. Te incluyo la hoja de ese banco que me enviaste. Falta la firma del testigo: supongo que eso hay que hacerlo ahí, en Cambridge. De esta manera podremos reponer esa cantidad en mi cuenta del Harvard Trust Company. Y gracias por todo. (No se te olvide lo de mi *income tax*. Ya sabes que, en ese sector, todo se me convierte en una montaña).

Celebro que os hayan divertido las fotografías. Os enviaré más. ¡Ese bebé! Siento infinito perderme todos estos meses, los de Anita: y como me hablas mucho de ella, me la represento muy bien, parlanchina y muy inteligente, conforme a la tradición de esa casa. Cuéntame, cuéntame cosas de esa niña.

Imagínate cuánto me alegrará saber que ya has reservado plazas en el avión Harvard-Londres. Yo, claro, iría a esperaros –no a Londres, a París–.

Pasaríamos allí algunos días, y nos iríamos a España, si entonces fuese para mí posible el viaje. Pasar un mes en Provins con vosotros me encantaría. Claro que me duele retrasar nuestro encuentro; pero yo sé que tú te haces cargo de la situación. (Y me duele sobre todo por ti).

Voy a escribir a Renée y a Margot. Hasta muy pronto –por carta–.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

(Incluyo fotos)

Roma, 13 de marzo de 1959
Mi padre habría cumplido noventa y dos años

Queridos todos:

He venido a Roma, para asistir a la cena –organizada por algunos escritores (Flora Volpini, Repaci)– «*Incontro con l'autore*» en honor de los premiados en Taormina: Cardarelli, Valeri, servidor. Hotel Excelsior; cuatrocientas personas; nada provinciano; elegante; muchas damas con vestidos de noche, pero los caballeros solo de oscuro; una gran mesa, a la derecha de un gran salón y ocho mesas perpendiculares a la mesa presidencial. Entre los concurrentes, Arciniegas y su señora, acabados de llegar a Roma como embajadores de Colombia. Intelectuales, y *gens du monde*. Yo estaba al lado de Gassman, el famoso actor, sencillo, –no deformado por la profesión, muy persona–. Cuando se servía un plato o el postre, los camareros –tal vez una veintena– desfilaban uno tras otro, cada uno con su gran bandeja, y parecía una película de René Clair. El postre era un helado en forma de libro grande (!), una imitación de la cubierta de los libros premiados. Yo tuve que empezar a destruir el *libro* que me correspondía. Hubo discursos, todos breves. Yo leí unas palabras, escritas por mí ¡en italiano! –y corregidas por un amigo de Florencia–. Gassman leyó poesías *nuestras*: tres mías, en la traducción de Montale:

«Advenimiento», «Presagio», y «El cisne». Después de la comida, firmé no sé cuántos ejemplares de *Luzbel* y de *Jorge Guillén tradotto da Eugenio Montale*. En suma, todo ello divertido, confuso, brillante, y sin importancia. (Cada comensal tenía, con el precio del cubierto, un *Luzbel* y el *Guillén-Montale*. Los otros libros, por razones económicas, no se ofrecieron). Y volví a casa, hacia las doce, en el coche de un general (retirado), héroe de la aviación, Ferrarin.

Procuro, Teresa, contar *con detalles*. Seguiré contándoos cosas de mi estancia en esta ciudad.

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 17 de marzo de 1959

Queridos todos:

Tengo ante mí la última carta de Teresa (de este último 9). Fotografías. ¿Queréis más? Aunque no sea más que para entretener a Anita. De ella y de todos vosotros me habla Arnavon en carta –muy deferente y muy cordial– que acabo de recibir. ¡Londres! Este nombre me alegra porque significa *viaje nuestro*. Pero ir a Londres implicaría mucho gasto; y debo *administrarme*. En París sí os esperaré. ¿España? Ayer recibí, enviadas por Pepe Gabriel, unas hojas, *Rincón de Poesía*, con poesías mías comentadas; y un soneto –amoroso– interpretado en sentido político. Son hojas de una revista de propaganda de productos farmacéuticos, enviada a todos los médicos españoles (número de febrero). ¡Dios mío, será eso la *celebridad*! También me han enviado una caricatura. (Publicada en *El Norte* con motivo del Premio). ¡Caricatura! No creí nunca que llegaría a tanto. En suma, lo de España es siempre confuso. La censura –me dicen Barral y José Luis Cano– se ha hecho mucho más severa desde la retirada de *Maremágnum*. Censura irritada –además– por los homenajes a Machado, don Antonio, en Segovia, Universidad Central y Soria. Envié unas líneas al homenaje de la Sorbona a

Antonio Machado que no fueron leídas («sí recordadas de memoria», porque se marchó con ellas de París el joven Goytisolo, a quien se las entregó Bataillon).

Edith Helman me acaba de escribir, en respuesta a cartas mías con motivo de algunas becas. Lo de Solita Marichal me consterna. Esa conducta no habría podido ser jamás la vuestra. Celebro que me haya tocado en suerte que mi hija sea precisamente Teresa. ¡De acuerdo con mi destino!

Me pregunta Teresa por «la morenita guapa, a mi derecha en una comilona». Es, si no recuerdo mal, la novia del poeta Pignotti, premiado con el premio Città di Firenze al lado de ella. Yo frecuento más bien señoras que señoritas. Y esto forma parte ya de mi «leyenda». Ayer, a la salida de una conferencia, dijo Anna Banti (la novelista), viéndome con la mujer de Bigongiari: «*gli piacciono le belle signore*». En efecto. Las señoras Crisafulli, Natali, Santoli, Bigongiari, Innamorati, etc. Teresa se ha fijado en mi jersey roto. Voy a comprarme uno nuevo porque ya me lo han recomendado aquí. Me he comprado un par de zapatos, una camisa, calcetines… Tuve la veleidad de buscar otra pensión; pero desisto. Son mucho más caras, sobre todo desde ahora, comienzo en Firenze de «*la bella stagione*». Y aquí, en la Pagnini, me encuentro bien. Sobre todo, el cuarto es grande, claro (con ducha), luminoso. Y trabajo en él a gusto. Voy a ver si termino de repasar mis conferencias para «dar por terminado» el libro, es decir, el texto inglés. Por cierto, ayer volvieron a hablarme de unas conferencias en Cagliari (Cállari) (Cerdeña). Y muy probablemente aceptaré. Sería en mayo. También iría a Turín y Milán. Y desde luego, a Urbino. Varias gentes me piden permiso para publicar antologías en italiano. Pero, aparte de un volumen traducido por Leone Traverso para Scheiwiller (poesías de tema italiano), tengo que reservar la posible antología a Macrì, ya molesto porque confié a Margherita Guidacci la traducción de *Federico en persona*. No os dije que en Roma comí en casa de Elena Croce, de un extraordinario parecido a su padre, simpática, *femme du monde*; prepara una antología. Se me acaba el papel. Recibí la carta de Steve, me llegó al alma. Le escribiré.

Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Firenze, Jueves Santo, 26 de marzo de 1959

Teresa, hija:

Ayer fui objeto de una *visita* que me pareció elegante. Bruna Cinti, y el lector en español de Venecia, Rodrigo Artime –a quien no conocía– vinieron a verme. Llegaron a las dos de la tarde y regresaron a Venecia en el tren de las siete. Están traduciendo poemas míos para un pequeño editor de Citadella, empeñado en publicar un tomito. (Pero ¿y Macrì, ya *lacerado* porque otro ha traducido el *Federico en Persona*?).

Esta mañana, a las doce, vino a buscarme en su coche Elisa y fuimos a un restorán, ya fuera de Florencia, en compañía del Profesor Santoli («Sántoli») y su señora, que eran quienes invitaban. Restorán Valentino, emplazado admirablemente para ver todo el valle teniendo a la izquierda Fiesole; precioso con las casas y los cipreses por aquellas colinas. Santoli, severo germanista; pero les he caído en gracia a esta pareja –*también*–.

Siento cada vez más que me envuelve el aura de una leyenda: «*Lei* –me decía la señora, hermosa alemana– *così ammirato, così amato*…». Y luego: «¿Ha visto en Sicilia *belle siciliane*?». ¡Pero si yo no soy más que un pobre profesor retirado! Claro que esa leyenda me halaga –y *casi* la cultivo…

Lo que más me importa es ser *popular*… con mis nietos. Celebro infinito que Antó sea ya un lector entusiasta de poesía inglesa. (Algún día lo será de poesía española). ¡Y esa Isabel, tan maternal! Y todo lo que me cuentas de Ana recrudece mi nostalgia de verla a ella y de estar con vosotros todos. En junio, y enseguida llegaremos a junio, Ana estará aún más arrebatadora. –Remontémonos a la Causa Primera–. Voy a escribir a Steve para agradecerle como es debido, el inmenso favor –inmenso, prolijo y penoso que me ha hecho– resolviéndome los dos *income tax returns*. Y a propósito: haz el favor de enviarme: a) algunas hojas de un carnet de

cheques de Harvard Trust Company –para enviarte enseguida esos 209 dólares–; b) envíame el carnet (sin esas hojas) por correo ordinario. (Se me ha acabado el carnet mío).

¿De cuántas conferencias y *parties* me hablas? (¿Quién es ese hijo, Michael, de Thomas Mann?). No he entendido el nombre en la frase: «Ayer gran *party* en casa de Jean y ? (en francés) todo el departamento». ¿Cómo están los Lidas? Voy a escribir a Raimundo.

El domingo pasado me invitó de nuevo Gabriel Berquet, profesor del Instituto Francés, persona finísima, con los Natoli. (Él conoce a Claudie). Otra pareja simpática con la que simpatizo.

Y a todo esto, ha llegado la primavera, que se inicia con lluvia y cielo gris, después de un febrero espléndido. Comienzan a llegar turistas. Y yo, –¡pobre de mí!– tengo la impresión de que son hordas de intrusos, opuestos a la gracia habitual de Florencia. He comenzado ya a repasar los poemillas escritos en estos últimos meses: son bastantes, de origen nocturno, compuestos durante los insomnios. Ahora he formado una «suite de 71 poesías». Todo ello cae en *Homenaje*. (Epigramas de viajes y circunstancias al margen de la vida personal). ¡Y pensar que mi nieta ya habla como *Cántico*! («Mucha noche»…).

Besos y abrazos para todos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 3 de abril de 1959

Queridos todos:

Anoche me llamó por teléfono Eva Llorens, de paso entre Roma y Venecia. Esta mañana dimos unas vueltas por los Uffizi, llenos de turistas. (Ya son legión, legiones –de americanos principalmente–). Voy a verla esta tarde a las seis y media. (Y tendré que salir esta noche, iré con Leone Traverso a casa de unos señores Livi que no conozco…). Si Eva Llorens

acepta mi petición de favor, le daré unos collares que compré en Venecia para Isabel y su mamá. (Y una cosita para Ana).

Queridos Steve y Teresa:

Otra nota americana o casi americana. Voy a enviar a Nabokov un artículo sobre *Lolita* publicado en un periódico florentino. El articulista cuenta la repercusión y los escándalos suscitados por ese librito en Inglaterra, en América. ¡Lamentable! Una novela que no supera la *polissonnerie*, la picardía, sin verdadera sensualidad… Se lo diré gentilmente a Nabokov; celebro, claro, su éxito económico. ¡Qué difícil *es irse al bulto* –en eso como en todo– y no andarse por las ramas –en este caso de la superficial *polissonnerie*–!

La primavera está ya a la vista. Visité ayer tarde Santa Croce –donde no había estado *en este curso*–. Otro gran museo. (Y con muchos visitantes…). Seguiré, pues, aquí, en esta insigne ciudad hasta junio. Explicadme con tiempo vuestro plan. ¿Dónde os alojaréis en París? ¿En casa de Renée? ¿Cuánto tiempo pasaréis allá antes del viaje a España? Ayer tuve la carta de Teresa en la que me habla de los Heintz, próximos de los Marichal, lejanos (¡increíble!), de don Américo. «Reseña agresiva de Claudie». ¿Contra quién? ¿Contra Sánchez Albornoz? –Y esos detalles encantadores de la vida de Ana–. Ana, no Anita, ¿verdad?

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 8 de abril de 1959

Teresa, hija:

A Eva Llorens –de quien he hablado a Isabel– le he dado unas cositas venecianas. Ella me trajo noticias madrileñas, españolas. Según esa voz –¡de la juventud de España!– el régimen de Franco está llegando a su término. Algún día ocurrirá ese cambio. Pero ¡está uno ya tan acostumbrado

a que no se cumpla tal profecía! Me contó Eva que se habla mucho, todos los días, de *Maremágnum* en las tertulias literarias. Consuelo Berges reunió en su casa a un grupo de amigas –¡poetisas sáficas!– para dar lectura de «Potencia de Pérez» y algunos otros poemas. También he recibido cartas de *sus* editores. (Barcelona, Buenos Aires).

Parece ser que alguien llevó *Maremágnum* al propio Pérez, y que Pérez montó en cólera, telefoneó a no sé qué ministerio, y ordenó la prohibición del libro –aprobado por la Censura–. Al distribuidor de Barcelona –la E.D.H.A.S.A.– se le sometió a varios interrogatorios para sonsacarle que dijera qué empleado de la Censura había sido sobornado. (¡Esas son las costumbres!). Y desde entonces, desde el incidente de «Pérez» y Pérez, se ha hecho más severa la censura de libros. Todo ello coincide con un momento de crisis y ese texto, tardío, ha llegado a su hora justa –me dicen–.

Vengamos a nuestro dulce Massachusetts. Incluyo un cheque de 209 dólares. ¡Cuánto agradezco a Steve y cuánto te agradezco a ti vuestra ayuda! No dejes de enviarme un carnet. Y a propósito. He conseguido –por fin, había dificultades porque no soy «residente»– abrir una cuenta corriente en el Banco di Napoli. Voy gastando con parsimonia (no excesiva) mis modestos dineritos italianos. (Por una colaboración en una revista de Florencia he cobrado 39.000 liras). De Claudie, ninguna noticia. Pienso mucho, mucho en vosotros. Escribiré muy pronto a Antó. (¡Cuántos Van Gogh!).

Besos. Abrazos,

JORGE

Firenze, 17 de abril de 1959

Teresa, hija:

Yo añadiré a tus «vivas» de la última carta ¡Vivan los Gilman! (o como diría un arcaizante académico: «los Gilmanes»). Me persigue, sí, la buena suerte. Pero mi suerte esencial –como le escribía a Claudie el silencioso– es

y ha sido… tu madre, ha sido y es Teresa y Claudie (que no separo de sus cónyuges), ha sido y es Antó, Isabel, Ana… ¿Ana o Anna? Ella dice también Anna ¿verdad? Tengo unas ganas inmensas de que me haga perder el tiempo a mí: sería la mejor manera de ganarlo.

Pues sí, estoy contento con lo de la Guggenheim, y más contento porque Claudie ha conseguido la suya. Vuestro temor no tenía fundamento. ¿Qué tenían que ver mi beca y mis circunstancias con las circunstancias y la beca de Claudie? Además en casa, en la mía, no ha habido jamás complejo de Edipo… ¿Qué harán Claudie y su distinguida esposa? ¿Los veremos por estas Europas del Sur?

Supongo que ya habrán llegado la carta a Isabel –de la que no me dices nada (me refiero a la carta)– y la carta con el cheque de 209 dólares. Si se hubiese perdido –lo que no creo– dímelo por telegrama. También he escrito a Steve.

Planes. Esperemos las definitivas decisiones. De todos modos, *¿cuánto tiempo pensáis pasar en Londres y en París antes del viaje a España? ¿Cuánto tiempo durará la temporada española?* A este propósito te diré que la Censura no ha permitido que *Ínsula* dé la noticia del Premio Taormina. En cambio, *El Norte* de Valladolid ha publicado noticias, artículo, foto y caricatura con motivo de ese premio. Ayer recibí carta de María Alfaro; ella me dice que puedo ir a España sin miedo alguno. ¿Qué hacer?

Trabajos. He escrito a Ruth Whittredge. Me ha contestado ya –cosa notable–. Lleva atrasadillo el trabajo ya encargado. Pero me promete activar esas traducciones. Voy a mandarle el «Berceo» y el «San Juan de la Cruz». (Ya tiene el «Bécquer», el «Miró» y la conferencia final). Por mi parte, estoy ultimando las notas de todos estos textos y terminando las últimas adiciones al san Juan de la Cruz. Quisiera tenerlo todo acabado esta primavera; necesitaré para ello concentrarme estas próximas semanas. Por eso aplazo *sine die* –hasta días más propicios– las visitas a Cerdeña y al Norte de Italia. Me habrían llevado mucho tiempo; porque tendría que haber leído alguna de esas conferencias en italiano. No; quiero terminar ese dichoso librito en su versión de Harvard. Más tarde volveré sobre esas

páginas cuando se publiquen en español. (Y ya me las piden en España varios editores).

Otra cosa. Adjunto unas fotos que hizo Elisa Aragone en Volterra. Acaba de dármelas. Reconoceréis a Macrì y su mujer; la señorita es Elisa. Sigo yendo al palco de los Aragone los sábados por la tarde en la Pérgola (es una sociedad de conciertos –excelentes–).

Cené la otra noche en casa de los Bigongiari. (No es la primera vez). Casa muy bonita, cena elegante. Yo, como siempre, a la derecha de la señora Bigongiari. ¡El más viejo, el menos desconocido! Aquella noche conocía ya a todo el mundo: varias señoras y caballeros encontrados en diversas casas. Los Papi, la señora Livi, los Gentile (hijo del filósofo), los Tazzi (del Instituto Francés)… Se me acaba el papel.

Besos, abrazos y besitos a Anna.

Vuestro,

JORGE

No dejes de enviarme enseguida la dirección de Doris Cross. –Mi próxima carta será para Antó–. ¡Pienso en el 25 de abril!

Firenze, 24 de abril
(según el calendario italiano San Giorgio;
según el nuestro, San Jorge es el día 23) de 1959

Teresa, hija:

Acabo de escribir una carta a nuestra doña Ana (me gusta y me divierte más Anna), que no enviaré hasta que recoja las fotografías que me ha hecho un fotógrafo en la calle. Hoy ha llegado tu carta del 20. Me apresuro a contestarte por una razón. Me hablas de vuestras dificultades de dinero –en relación con el *income tax* y la beca–. Pues bien, nada más sencillo, nada más fácil sería que yo os adelantase la cantidad que necesitaseis para venir a Europa. Así como «el cheque de la inundación» –digámoslo en esa forma–

no es préstamo sino regalo –definitivamente, y esto no tiene vuelta de hoja–, este avance sería eso: un adelanto, (procedente de *una de* mis (!) *saving accounts*), que me reembolsaríais cuando el tiempo –el buen tiempo– lo permitiese.

Una aclaración. No entiendo bien –gramaticalmente– esta frase: «pensamos estar unos dos días en Londres –hasta el 23– hasta el 30 en París». Haz el favor de precisarme; ¿qué día llegaréis a Londres? ¿El 23 se refiere a Londres o a París? No olvides de precisarme estos puntos –para que yo haga con tiempo mis planes–. (¿Cuál es la dirección de Doris Cross?). Te escribiré muy pronto. Me ha encantado lo que me cuentas de Ana: ¡con los ojos bajos en su fiesta! Celebro que hayáis visto de cerca al hispanista ruso.

Hasta pronto. Besos, abrazos.

JORGE

Florencia, 4 de mayo de 1959

Teresa, hija, queridos todos:

Tu carta –la última del 27 de abril– me procura las precisiones deseadas. Por lo tanto, yo me trasladaré a París a mediados de junio, y allí os esperaré. No, no iré a España. No sería *prudente*. Bastaría que no me concediesen el visado de salida. Y lo siento. Me duele esta ausencia. (No me disgusta el motivo). ¿Y en julio? Como tantos amigos de aquí y de ahora estarán en la costa de la Versilia, yo pasaré julio por ahí, en Forte dei Marmi, o Lido di Camaiore, o Viareggio. A vuestro regreso a Francia, estaré ya en París aguardándoos. Y con vosotros estaré hasta el momento en que el avión os lleve. Entonces –¿*cuándo*?– volveré a Italia, para pasar algunas semanillas por aquí y por estas Europas. Hablando contigo, Teresa, fijaré la fecha del retorno a vuestros *lares*. En otra carta te hablaré de mi plan económico. (Insisto en que el préstamo estival sería la cosa más fácil, y más justificada –sin daño para nadie, y beneficio para todos–). Lo que más siento, cuando

me imagino estos próximos meses, es no ver a Claudie, es decir, a Claudie y Elfie. ¡Puedes imaginarte cuánto me alegran las noticias que me das sobre Elfie y la muy buena impresión que os causa. ¡En este caso mi satisfacción me llega hasta los tuétanos! ¿Por qué no vienen Elfie y Claudie a disfrutar la beca a Europa? (Claudie no me escribe desde una fecha anterior al Premio Taormina. Lo deploro, naturalmente. Pero no me enfado. Ni siquiera me enfado. No le ofrezco pared a que arrojar la pelota de sus justificaciones. Tampoco uso de «magnanimidad» que le abrume. Claudie es así. Un hijo estupendo –que escribe poco–. ¡Lo siento! Y nada más. ¡Y siempre tan amigos!).

Estos últimos días han sido para mí moviditos. Hubo reuniones en el Instituto Francés con ocasión de su cincuentenario. Comí con Sarrailh y su señora invitados por Berquet, del Instituto. Sarrailh, viejo amigo; a la señora –(¡la última vez que nos vimos fue en Santander!)– le parezco «joven» (¡cincuenta y cinco años!). Todo el mundo me encuentra «muy joven». Pero como mis insomnios se prolongaban demasiado, fui a ver a un médico, Dr. Danti; me examinó y el resultado fue excelente –«aunque tiene usted tanta juventud de espíritu que el cuerpo no puede seguirle»–. Hubo un banquete del *Approdo Letterario*, grupo de la Rai o Radio Italiana, en San Casciano, restorán nuevo en un magnífico palacio antiguo. Selección: Ungaretti (que me besa cuando me ve), Cecchi, Longhi, Valeri etc. Y estos amigos cuentan ya siempre conmigo. Todo lo cual implica un éxito modesto: el de la simpatía. En suma: vosotros diríais «popular». El domingo me invitó a comer, fuera de Florencia, una señora, Vanda Scaravelli. Comida en el jardín, frente a las colinas –preciosas– detrás de Fiesole. Allí conocí a un señor *degli* Alberti, conde degli Alberti –católico liberal antifascista, muy culto; hemos simpatizado–. Él, muy amigo de Berenson, me llevó a la villa de Berenson; maravillosa. Y no solo por la colección de pintura italiana. La casa es magnífica; el jardín, sobre una ladera, a la italiana, precioso. Tomamos el té con la secretaria, y otras personas. Berenson ya no recibe; muy enfermo: noventa y cuatro años. Creo que es el intelectual de este siglo con mayor éxito económico. Se ha construido una casa y una vida como un príncipe del Renacimiento. Hoy

como en casa de degli Alberti y ceno en casa de los Papi. Ella, hija de Contini, que formó la mejor galería privada de pintura que hay en Italia, quizá en Europa. La visitaré pronto. Mañana por la noche cenaré, invitado por Berquet con los Tozzi, los directores del Instituto Francés, y Jean Camp, el hispanista francés, viejo amigo. Mientras tanto, he intensificado las horas de labor. Quiero terminar lo de Harvard. ¡Cómo me acuerdo de vosotros! Y de esa niña pequeña.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Acabo de recibir carta de Carlo Bo. Iré a Urbino el 13. Leeré la conferencia de Miró.

Florencia, 12 de mayo de 1959

Teresa, hija, queridos todos:

Recibí las pruebas del *Federico en persona*. ¡Por fin! Y su lectura ha vuelto a sumergirme en aquel pasado. Es pasmoso que tú ya tuvieses tanta existencia propia, tan pequeñina aún y ya tan Teresa. Me dices que te resulta larga la separación. Y a mí, mucho también. ¡Qué ganas de verte, de veros, de poner en orden y al día contigo, con vosotros, tantas cosas! La vida, aquí, se me vuelve más social, cada semana, y hasta se ha formado la leyenda de que todo el mundo me invita, de que conozco a la sociedad «distinguida», ¡tan cerrada! de Florencia. Conozco a algunas gentes en una ciudad de provincia. Eso es todo. Con los Papi –riquísimos, él, intelectual muy agudo– he simpatizado; con Alberti, también. Él me llevará en su coche a Urbino el jueves –por fin será el jueves la conferencia–. Os contaré mi último domingo: a la una vino a buscarme la señora Scaravelli para llevarme a su villa detrás de Fiesole. Allí había para la comida bastante gente. En estas reuniones distinguidas, siempre internacionales, todo el mundo habla francés e inglés. A las cuatro fui a casa del padre –difunto– de

Anna Banti. Primero se envía un telegrama; luego se sube a la casa, después se va a una iglesia. Allí, tras el funeral, se despide el duelo. A las cinco se repitió la escena. Mario Luzi había perdido a su madre. En la esquela de la madre de Luzi, publicada en *La Nazione* por los amigos, figuraba mi nombre. (Yo formo parte –me dijo Macrì– de la familia florentina). Después, fui a casa de los Aragone: llegué con retraso al té. ¡Otras gentes! En suma; la tarde fue franco-anglo-hispano-italiana. (En el italiano voy soltándome). Estuve también, la semana pasada, en casa de la viuda (franco-italiana) del pintor Vagnetti. Visité también a la Marquesa Trigona [?], a cuya casa me condujo la señora Crisafulli, una de mis mejores amigas en esta insigne ciudad. Ayer me llevó Papi a Fiesole, a casa del cónsul francés. (Antigua villa de Lorenzo el Magnífico). Vista maravillosa, más bonita la de Fiesole aún que la de Florencia. Nos dieron un *champagne* estupendo (la consulesa, divertida). Esta mañana me llamó la señora de Gentile, hijo del filósofo, editor (Sansoni). El domingo había reunión en su casa *to meet* Guido Piovene. Etc., etc. Anoche asistí con Irene Crisafulli al concierto del Palazzo Vecchio, gracias a las entradas que me regaló la señora Papi. Gloria Davy, la cantante negra, que no me gustó demasiado. Todos estos detalles tendrían que ser explicados para que ofreciesen algún interés. A pesar de todo, trabajo, ahora en las pruebas y en la conferencia de Urbino –sobre Miró–. Mientras tanto, hay que pensar en la ida a París.

Me dices, Teresa, que no saque dinero de mis *savings accounts*. Yo estoy viviendo del Premio Taormina. No quisiera cambiar liras en francos. Me quedan aún 100 dólares (de mis *traveler's checks*). Necesito dólares en Francia para el verano. ¿Qué te parece que haga para transportar esos dólares? ¿Pedir al *Harvard Trust Company* –por carta– un envío a Florencia, y otro a París de algún dinero? ¿O quizá también enviarte un cheque a ti para que tú me traigas algunos billetes? Ante todo, ¡remíteme algunos cheques (en blanco) porque no tengo carnet! *¡Enseguida, por favor!* (Envié lo del *Blue Cross*). ¿Y tú crees que no necesitaré remover mis ahorros? Necesito, hija, que me asesores –¡como siempre!–.

Conté a los amigos el último *mot* de Ana; gustó mucho (¡Gato *cat*!). De mis hijos y de mis nietos hablo constantemente a todo el mundo. La gente

me pregunta: ¿Quién es usted, a dónde va usted? Yo me defino y me sitúo respecto a vosotros, mi descendencia de la que estoy tan *proud*, tan orgulloso, ¡sí señor!

Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Florencia, 16 de mayo de 1959

Queridos todos:

El viaje a Urbino resultó perfecto. Me llevó en su *máquina* Alberti, en un día espléndido –el jueves pasado– por una campiña deliciosa, en el momento más exquisito de la primavera. Carlo Bo, «rector magnífico», es mucho más persona de lo que a primera vista parece. Ha renovado por completo el viejo edificio de la universidad; todo el mundo lo quiere y lo respeta. En las paredes de las calles, grandes anuncios invitaban a la *cittadinanza* a asistir a la conferencia (sobre Gabriel Miró). *Il rettore* Carlo –descendiente del Duca Federico de Montefeltro– hizo una presentación conmovedora, tomándome a mí como representante «de la gran poesía española de este siglo»; poesía, que, en efecto, va ganando prestigio en el mundo. El aula magna estaba llena de público –que tuvo la ilusión de entender una lengua desconocida– hasta tal punto recité y modulé claramente mi texto escrito. Hubo luego una cena. Al día siguiente visitamos el Palazzo Ducale, maravilloso, exquisito hasta en el último pormenor de una puerta, de una chimenea. (¡Y son 280 chimeneas en 280 habitaciones!). ¡Gran duque aquel Federico! Esa coincidencia entre el Poder y el Gusto, tan extraordinaria en las pequeñas cortes italianas, desapareció pronto. Otro pormenor: Carlo Bo tradujo su admiración en un cheque de 50.000 liras; mi estancia en Urbino también fue pagada por la universidad. El viaje de vuelta, en el coche de Alberti, fue menos feliz; hubo dos paradas con reparaciones y anoche llegamos a Florencia a las diez.

Otro episodio de vida universitaria. Pensaba escribir a Peyre, a quien debemos en realidad Claudie y yo nuestras becas. Pero Peyre se me ha adelantado; y en su carta me dice: *«au nom de M.L.A.: J'y préside un nouveau comité chargé de choisir très grands hommes de lettres du monde entier pour leur décerner le titre, nouvellement créé, de Membre honoraire. Vous êtes l'un de ces huit élus (avec Faulkner, T.S. Eliot, H. Hesse, E.M. Foster, Sartre, Camus, St. J. Perse)»*. Y me pide que acepte. Voy a escribirle, honradísimo y ruborizado; ¿estaré en el sueño de Segismundo? Una cosa me gusta: a mis hijos les causará placer, y Ana no tendrá que avergonzarse de su ascendencia.

Esta tarde oiré una conferencia –al alimón– de Piovene y Natoli sobre Montaigne. Esta noche asistiré en la *Pérgola* a la representación de *Dido y Eneas*, de Purcell –que ya había visto y oído en Cambridge–. El lunes estoy invitado al *lunch* en casa de los Papi; asistirán al *pranzo* Montale y Piovene. Y me dice en su carta Papi: «*Lei non può mancare: sarei troppo solo a rappresentare Firenze*».

Y a propósito de amistades: he simpatizado mucho en estos últimos tiempos con este Roberto Papi, intelectual multimillonario, y con Alberti, intelectual aristócrata. Y con varias amigas, entre las cuales no figura «*une petite amie*» como dice Teresa. En todo caso, sería más bien *grande amie*, o más sencillamente, buena amiga, Irene Crisafulli, señora muy inteligente, muy fina, muy culta –y muy señora–. ¡Italia, Italia! Sí, y los amigos italianos. Volvamos a nuestros proyectos estivales. Teresa, Steve: ¿por qué no habríais de aceptar ese adelanto de un dinero que se muere de risa en una caja de ahorros? Para mí, prácticamente, dicho préstamo no significa nada, no trae ninguna consecuencia. Y el *research work* de Steve no sufriría retraso, yo os vería en Francia y podría prolongar un poco mi estancia en Europa. *Os suplico* que aceptéis esa «operación» modestísima. Por otra parte, yo a México no iré. Lo que me has contado, Teresa, de Claudie y Elfie, me alegra hasta los tuétanos. ¡Claudie me ha escrito! Abrazos.

Besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 22 de mayo de 1959

Queridos todos:

La confirmación definitiva de vuestro viaje trasatlántico me ha causado y me causa una profunda satisfacción. Sois de veras intrépidos. ¡Vivan los Gilman! Quiero decir, todos los así llamados, y sobre todo, los Gilman-Guillén. Os esperaré en París. He escrito a Renée en esta semana dos veces. Yo podría alojarme donde se alojen Steve y Antó. Porque lo mejor y más sencillo sería estar juntos. (Y si fuera posible, en casa de Renée. ¿Por qué no?).

Respecto al dinero, haré lo que Teresa me sugiere. Me entenderé con el pariente –¿cuñado?– de *tante* Louise. ¿Y vosotros? Insisto en que la idea del adelanto –en la medida que vosotros consideréis necesaria– me parece muy factible, sin perjuicio para nadie, y para vosotros útil, cómoda, práctica. *Dímelo, Teresa, enseguida*. Siento infinito que los Claudie no vengan a Europa. Quisiera también yo respirar esa atmósfera de felicidad en que viven. Me conmueve pensar en esta nueva etapa de Claudie. Como a él le he dicho: «Todas las rosas son la rosa», la rosa única que lo es todo. «Pobre Abué, está lejos». ¡Pero no lo estará! Va a ser sensacional presenciar de un golpe el desarrollo de esa niña, que debe de ser irresistible. (¿Qué es de Antó, de Isabel? Hace tiempo que no me escriben).

Sí, en efecto –y respondo a Teresa–, esta Florencia se está volviendo para mí de una «*mondanité*» que no me deja trabajar. A ello contribuyen la estación, esta primavera intermitente pero con reuniones y festejos, el «Maggio musicale», etc. (He visto *Dido y Eneas*, de Purcell, precioso). Y luego se me acumulan los adioses a las gentes que me han invitado, el envío de flores, las últimas visitas… Esta tarde, a las cinco –son ya más de las tres y media–, tomaré el té con la señora Levi d'Ancona –que me presentará al profesor Devoto, pez gordo de esta universidad–. (Contini, muy amable, pero invisible: trabaja siempre). El lunes comí en casa de los Papi con Montale y Piovene. Por la tarde, fui al Palazzo Rucellai, una de las grandes familias de aquí. No sospechéis en mí el mínimo snobismo. Son encuentros accidentales que va tejiendo esta comedia humana de Florencia. Allí conocí

a una señora inglesa, Trefusis, propietaria de una célebre Villa dell'Ombrellino, en el Colle del Bellosguardo. Y allí estuve el martes. Jardín precioso, palacio magnífico, donde vivieron Galileo, Fóscolo. Amiga –desde hace muchos años– de un exministro inglés, que allí estaba. Conjunción Inglaterra-Firenze, muy típicamente florentina. ¿Os dije que estuve en casa de Gentile? Posee la biblioteca que Stendhal tenía en Civitavecchia. Casa magnífica también. ¡Esta suntuosidad italiana! He visto más gentes, pero os ahorro la enumeración. Total, que me marcharé el 1º de junio, porque me será tan difícil marcharme ese día o el 15; siempre habrá que cortar por lo sano. Irene Crisafulli estará entonces en Lido di Camaiore. Allí podré trabajar mejor que aquí. (Me queda aún por revisar la conferencia de Góngora). Acompañaré, pues, a la señora Crisafulli durante algunos días y en París caeré hacia el 15. Dirección, desde el 1º de junio: Pensione dei Tigli, via Roma 222, Lido di Camaiore (Viareggio).

Besos y abrazos a las tres Gilman, abrazos a los varones. Vuestro,

JORGE

Florencia, 1º de junio de 1959

Teresa, hija:

Ya empiezo a sentirme en viaje, en el viaje que nos reunirá *¡finalmente!* Tengo infinitas ganas de veros. Mañana salgo para Lido di Camaiore (Pensione dei Tigli, via Roma 222, Lido di Camaiore - Viareggio). El 21 os esperaré en el aeropuerto –y ya ¡qué impaciencia me sobresalta un poquito!–.

Pues bien, María, mi hermana, me ha escrito una carta. Lo mejor es que tú la leas con Steve, y vosotros decidiréis. Haz el favor de contestar a María. (Estación de San Julián, Churriana, Málaga). Me encantaría ver a los Lozanos en un pueblecito de la frontera. Pero ¿os convendrán las fechas sugeridas? Vosotros decidiréis.

Desde Lido di Camaiore os escribiré en cuanto llegue y me instale. Aquí ya no puedo hacer más que decir adiós a los gentiles amigos de esta temporada en Florencia –que ha durado ocho meses, muy gratos–.

¡Ah! ¿Has visto a Eva Llorens? Debe de haber regresado ya a Boston. Ella os entregará los collares de Venecia. Abrazos y besos a toda la casa. ¡¡El 2!!

Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore (Viareggio),
Pensione dei Tigli - Via Roma 222
3 de junio de 1959

Queridos todos:

Me parece que esta carta será la última que os escribiré durante esta separación, –¡tan larga!– desde el último setiembre. Porque el 9 os pondréis en marcha hacia Gull Lake. Si volvieseis a Arlington, avisadme para que os pueda aún escribir a casa –antes del vuelo–. Os siento venir, pienso aún más que de costumbre en vosotros –y eso que hablo de mi tribu constantemente a todo el mundo– desde Steve hasta Ana… ¡Qué ganas de veros!

Pues bien, salí ayer de Florencia –poniendo fin a los innumerables adioses–. Fui a comer, invitado por Contini, a Le Cave de Maiano, y luego a su casa. De allí me trasladé a Fiesole, donde estuve con los Cope un largo rato. Simpatiquísimos, cordiales. Parecen muy felices. Cené en casa de los Aragone. Bigongiari me hizo –en colaboración con su mujer– varias fotografías –que me darán en julio–. Terminé –¡por ahora!– de hablar ante el magnetófono de Macrì, que quiere hacer un libro con esas «confesiones» orales. ¿Y qué va a ser del Paszkowski sin don Jorge? –se lamentaba Traverso–.

Tomé, en fin, el autobús ayer por la mañana –y heme instalado en una pensión más cara y mejor que la última de Florencia–. Quiero trabajar;

estoy repasando los poemillas de estos meses europeos. (¡He suprimido ya unos cincuenta!). Estoy recorriendo los dos tomazos de Vilanova sobre el Polifemo. Veo y veré con frecuencia a Irene Crisafulli, casi la única persona que por aquí conozco. (En Viareggio vive el hispanista Pinna, en Pietrasanta, Russo…). ¡Buen viaje! Escribidme. (¡Antó no me ha escrito!). ¡Hasta muy pronto!

Abrazos, besos.

JORGE

Lido di Camaiore, 10 de junio de 1959

Queridos todos:

Siguiendo la «sugestión» de Teresa, os escribo esta postúltima carta de la serie 58-59. Y me causa una inmensa alegría pensar que, tras estas breves palabras, vendrán las orales y directas, en el aeropuerto de… Orly, supongo. ¡Y de París! ¡Y de Provins! He escrito a María, mi hermana, diciéndole que estamos dispuestos a verlos –a los Lozanos– hacia el 28 o 29 o 30 en Hendaya o San Juan de Luz. Ella, María, nos responderá a París.

Ya estáis a estas horas por esas carreteras de Dios. ¿Qué clase de viajera será la niña? Ahora la niña es Ana –o Anna–. Isabel ya es… Miss Gilman. Y a propósito: recibí la carta de Antó. ¡Enhorabuena! Veo, compruebo que ha trabajado bien y con gusto. Saludadme a los parientes que yo conozca. Mis respetos a Mr. and Mrs. Stephen Gilman Senior. Lamento, claro, la situación de la pobre señora. (¡Y ahora, también, Ninis! Y eso que era una torre de gran salud).

Yo voy por las mañanas a la playa, con gente, sí, pero como «antes de levantar el telón». (En julio estas playas estarán llenas). Esta tarde voy a Viareggio. Visitaré a una señora que allí conozco –otra Anna–, pasaré por una librería, compraré el billete para París; porque tomaré en Viareggio mismo el tren directo para París –el 15 o el 16–. (Veré cuál es la combinación que me proponen). ¡Buen viaje, buenos viajes! Sobre todo en

avión. Teresa: tráeme un carnet de cheques (si tienes tiempo) y mis últimas cartas.

Besos, abrazos. *Arrivederci!*

JORGE

Lido di Camaiore, 11 de junio de 1959

Teresa, hija:

No te he hecho un encargo de suma importancia. Escríbeme a París precisándome la hora de vuestra llegada, el aeropuerto y el número de vuelo. Porque no quisiera perderme el gran espectáculo: veros bajar, salir del avión y abrazaros a todos, abrazar a esos nietos, observar (con admiración) a la viajera Anna.

Ayer me llegó una carta de Claudie. «¡Finalmente!».

Y en la carta –como siempre cariñosa, interesante, sabrosa– venían dos fotografías. ¡Elfie! Hermosa, magnífica, seria. Creo a pie juntillas en la felicidad de los nuevos esposos. Esa «capacidad de armonía» la llevan en la sangre mis hijos. Capacidad que necesita la justa colaboración del Otro, por supuesto.

¡Cuánto me has escrito en estos meses! He reunido tus cartas. ¡Muchas! Te lo agradezco infinito.

Tengo unas ganas inmensas de abrazaros, de convivir con todos los Gilman (de ese grupo).

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore (Viareggio),
Pensione dei Tigli, via Roma 222, jueves 2 julio de 1959

Queridos todos:

Resultó muy cordial la «conferencia» de Hendaya. No hubo el menor tropiezo en la conversación. Y a las cuatro y media de la tarde emprendí el viaje, tal vez más fatigoso que el anterior, y en la estación de Montecarlo –martes por la mañana– estaban esperándome los Deguise. Muy «viejos amigos» afectuosos. Su balcón, que da al Mediterráneo y al Principado, es, en efecto, soberbio. Las dos comidas fueron deliciosas. Están contentos de su año en New London. Y descansé perfectamente en el hotel –que ellos, los Deguise habían ya pagado–. Me repuso el buen sueño. Jamás *se cantará* bastante al maravilloso Sueño. Y a las diez y media del miércoles, día ya de verdadero verano, me puse en camino de Viareggio adonde llegué a las seis. Me esperaba Irene. Voy de amigo en amigo… Hay ya mucha gente en la pensión, en la playa. ¡Hace calor! Y tengo ahora que enviar un poema a Couffon, el señor de la *interview*. *–Aviso: Eva Llorens os dará los collares en Madrid - Presidente Carmona 9–*. Os imagino ahora por esas carreteras de Dios. Besos a las Gilman, a esa preciosidad de Ana, Anita, *Amour*…

Abrazos a los varones. ¡Buenos viajes! Escribid. Vuestro

JORGE

Lido di Camaiore (Viareggio),
Pensione dei Tigli, via Roma 222, 3 de julio de 1959

Queridos todos:

Ayer os dirigí unas líneas a Valladolid. Temiendo que esas líneas lleguen demasiado tarde, os repito que en Madrid podéis, debéis recoger aquellos collares que entregué a Eva Llorens, Presidente Carmona 9.

Os escribí también desde Hendaya una carta «*expresso*». En ella me refería a la conversación con Leónides acerca de mi posible ayuda material. Decidme si habéis recibido esa carta.

Estoy comenzando a volver a mis papeles. No hace demasiado calor. Más tarde haré las visitas por estos pueblecillos, desde Viareggio hasta Ronchi.

Me supo a poco, a poquísimo el encuentro en París. Hasta… ¿hasta cuándo? ¿Cuándo debo decir en esta pensión que dejaré mi cuarto?

Besos, abrazos. ¡Escribid!

JORGE

Lido di Camaiore, sábado 11 de julio de 1959

Teresa, hija:

Respondiendo a tu carta, recibida ayer, comenzaré lamentando la situación familiar de Mrs. Gilman Senior. ¡Pobre señora! Y pobre Steve… Y tú sola, conduciendo tu pequeña tribu… Ante todo, permíteme que yo reponga lo que el azar –¡por mediación tal vez de Anita!– os ha escamoteado. Leónides me dijo que ahora yo podía disponer de 50.000 pesetas. Cantidad abstracta, que a casi nada me sirve ni me servirá durante mucho tiempo. Por lo tanto, te suplico que aceptes, que aceptéis esas 5.000 pesetas, conversión minúscula en realidad de esas cifras abstractas, irreales, inútiles. Y pide por mediación de Leónides (que tiene ya dos cheques en blanco) el dinero que necesitéis, préstamo (si preferís) después de los 5.000 iniciales.

Te refieres también a la boda de María G. O. (Entre paréntesis reservados: a mí no me dice nada asistir a una boda). Añadiré: 1º para asistir a la reunión de Pau tendría que estar personalmente invitado. En ese caso, ¿te parece posible que yo no asistiese? Ya sabes que mi tendencia me conduce a la amabilidad. (La amabilidad es mi abismo). Pero que Emilio se tome el trabajo preliminar de invitarme personalmente. En suma, haré lo que convenga más a la comunidad Gilman.

De Claudie nada sé. ¿Adónde podría escribirle en México? Otra pregunta: ¿Hacia qué fecha crees tú que os encontraréis en Provins? Lo pregunto pensando en esta pensión. Todavía no he visto a los de Forte dei Marmi, que irán llegando en estos días. Todas las mañanas voy a la playa, a *l'ombrellone* de Irene, que lo tiene alquilado. Hoy me quedé trabajando en

el jardín de casa. (Todavía san Juan de la Cruz…). Irene se fue a Forte dei Marmi a ver a una amiga, una Giolitti, nieta del famoso político. Me acuerdo mucho de todos; de los mayores y de Antó que es mayor; y de Isabel, y de Ana.

Besos de vuestro

JORGE

Lido di Camaiore, 14 de julio de 1959

Teresa, hija:

14 de julio. ¡Cuántas veces lo hemos pasado en Francia! ¡Cuánta vida allí y cuántos recuerdos de allí! Este 14 de julio es bien sencillo este año. Anoche cené en casa de Mario Pinna, con su mujer y sus hijos. Pinna, excelente, modesto, ha escrito un largo ensayo –que estoy leyendo– sobre J. G. para *Belfagor*, la revista de Russo. Me acaba de llegar un artículo precioso –sobre mis décimas– de Raimundo Lida. De Raimundo Lida he recibido hoy sus *Letras hispánicas*. Admirable prosa y admirable espíritu. He trabajado –¡aún!– sobre lo de san Juan de la Cruz. Me he paseado solo por la playa. (Irene está en Roma). Acabo de levantarme de una breve siesta. Y nada más. Me acuerdo de vosotros, de Isabel, de Antó, ¡de la niña ahora «insoportable»[!], de mi hija, de Steve. Esta mañana –con una carta de N. di Giovanni, que sigue en Boston preparando un volumen de traducciones *Praise of Life*– me llegó tu carta de Madrid. De modo que ocurrió el final previsto… Un favor –a vuelta de correo–. Quisiera enviar un telegrama a Mr. Gilman Senior. *Envíame el texto de un posible telegrama*. ¡Por favor! Y las señas. ¿Qué hace Steve estos días? Otra cosa. José te ha entregado ya 6.000 pesetas ¡Perfectamente! ¡Extiende mi pequeño obsequio a esas 6.000! ¡Sé buena y acéptalo! Es tu obligación de hija. (Por cierto, firmé un cheque de 6.000 pesetas: 3.000 para Rafael y 3.000 para Julio. Me figuro que solo podré saber por ti –discretamente averígualo– si han recibido esas cantidades). Hasta pronto. ¡Escribe!

Besos, abrazos.

JORGE

Lido di Camaiore, 15 de julio de 1959

Teresa, hija:

Te escribí ayer pidiéndote un texto de telegrama. No. Lo más sencillo es que envíe –lo haré antes de ir a la playa– un telegrama a Steve que valga también para su padre. También escribiré una carta a Steve –a quien me imagino todavía en Gull Lake–.

Me decías en tu carta que habías visto a los Lorca. Haz el favor de decirme:

a) si recibieron la carta de pésame que les dirigí antes de su visita a Italia.

b) si me buscaron Concha e Isabel a su paso por Florencia. (Yo estaba ya en Lido di Camaiore).

Otra cosa. ¿Qué te han dicho de *Maremágnum*? (Por ejemplo, en casa de Lapesa).

¿Dónde está don Américo? ¿Conoces su dirección?

Otra cosa. En Málaga –Villa Angelita, Campos Elíseos– tienes al director de *Caracola*, Bernabé Fernández Canivell, con quien estoy siempre en relación *por culpa* del libro de Pizarro, cuyas primeras pruebas todavía no he visto. Te lo advierto por si necesitaras de alguien en Málaga.

¿Cómo has encontrado a Ninis? Voy a escribirle.

Besos a esas criaturas, a quienes supongo muy felices. ¿Por dónde anda Steve? Besos, abrazos.

JORGE

Lido di Camaiore, 24 de julio de 1959

Teresa, hija:

Tus cartas me alegran y me consternan. Todo lo espiritual marcha muy bien. Pero es increíble que (cuidado, no leas estas líneas en alta voz) la comida pueda alcanzar tal grado de infamia. Y me siento como un alma «del 98» y descorazonado de que lo más elemental sea lo más difícil…

¿Por qué no aceptáis ese minúsculo obsequio? Si esas cifras son para mí ilusorias y no me sirven para nada… Steve debe de estar ya con vosotros. ¿Vuestros planes? Dime lo antes posible la fecha de Provins –aproximadamente al menos–. Una pregunta –que no tendrá nunca contestación–: ¿Recibió Steve mi telegrama y mi carta en Gull Lake? Dime también que los niños se encuentran ya bien.

Para servirme de esas cifras se *me* ha ocurrido que habría sido conveniente comprarme un abrigo en Valladolid o Madrid. Abrigo de invierno. El mío –tú me lo recordaste en París– es ya un veterano de mucha historia. Te adjunto un dibujillo con las medidas tomadas sobre este abrigo viejo. En cuanto a «gusto», yo tengo tu gusto, y ya conoces el mío. Te propongo esto si fuese posible dentro de vuestro plan de viaje.

Ayer estuve en Forte dei Marmi en la tertulia aquella del Café de Roma. Vino a buscarme en su coche Macrì, empeñado en hacer un libro con mis declaraciones ante su cinta magnetofónica. Vino a verme Vanni Scheiwiller, el joven editor, con un periodista y su señora. Los invité a almorzar. Para mí siempre es una sorpresa: ¡admiradores de mi poesía! Pero ¿será verdad que los tengo en Italia? La señora me pidió que le copiase «Oh luna, cuánto abril» y se lo copié «¡¡para ponerlo en un marco!!». Trabajo en lo de Góngora.

Besos, abrazos.

JORGE

Lido di Camaiore, 2 de agosto de 1959

Teresa, hija, queridos todos:

Recibí carta y telegrama. La carta me trajo la noticia horrible de la muerte de Manolito y su mujer, lo he sentido mucho, muchísimo. Daré el pésame a Emilio Prados. El telegrama tenía una palabra mal transmitida que me hizo vacilar. En realidad, tú querías decir que llegaréis a Provins el *jueves* por la noche. Este jueves. Yo pensaba salir de aquí el lunes 9. Saldré el viernes 6, para llegar a Provins el sábado no sé a qué hora. Os dejo el viernes para la instalación en casa de Renée. Os telegrafiaré hora y modo de llegada (tren o autobús) –para que tal vez podáis venirme a buscar con el coche–. (Yo no llevaré más que una maleta). Hasta aquí, la parte práctica. Lo demás es… la impaciencia por veros, a los mayores, a los niños. Vamos a pasarlo muy bien en Provins. ¡Y tantos recuerdos, desde tu infancia, Teresa!

Mi vida, en Lido di Camaiore, se desarrolla tranquilamente. Los Macrì ya están en Forte di Marmi. Y Macrì ha venido más de una vez a buscarme en su coche. Asisto a la misma tertulia de siempre. Un día charlé con Ungaretti. Otro día, con Montale. Mientras tanto he completado mi texto de Góngora, que voy a copiar en Provins para enviárselo a Ruth Whittredge, de quien he tenido carta. A Viareggio voy con Irene algunas veces. Me encuentro bien –solo con algún que otro pequeño problema de digestión–. Supongo que Steve tendrá ya todos los microfilms deseados. ¿Y esos niños? Tengo muchas, muchas ganas de veros y me acuerdo y hablo de vosotros continuamente. De Claudie no sé nada. Escribiré al Colegio de México. Nada sé de las cosas por que te preguntaba en mis últimas cartas. ¡Todo se hablará! Hasta el sábado.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore (Viareggio), Pensione dei Tigli,
via Roma 222, sábado 12 de septiembre de 1959

Queridos todos:

Hoy, sábado, estaréis ya instalados en vuestra casa –con todas las comodidades que la casa propia implica–. Que Antó no deje de contarme su llegada a la escuela. Contadme de Isabel, de Anita. ¡Cómo me acuerdo de todos!

Contaré mi odisea –sin aventuras–. François estuvo amabilísimo, me acompañó a la estación, al vagón. Renée me regaló *Aimez-vous Brahms?* Respondí: «*Non. J'aime Renée, j'aime beaucoup Renée*». Y es verdad. El viaje a Bayona se deslizó bien, mejor que el de Bayona a Viareggio, con más gente. Busqué hotel; no había opción; elegí el mejor –que era de segunda categoría–. Pero los Orbaneja –leí mal su carta– no «pernoctaron» en Bayona. Vinieron en su coche, regresaron a Fuenterrabía, y al día siguiente volvieron. Charlamos mucho, pero hubo siesta. Los acompañó, el primer día, la cuarta hija, Josefina, sutil hasta callándose, aficionada a la literatura. En Biarritz encontramos a Justino Azcárate y a su señora, empeñados en que yo visite Venezuela. Visitamos a Amós Salvador, tan gran persona como siempre: tiene ochenta años y está estupendo, como estaba en Nueva York. El viaje hasta Viareggio resultó pesado: hubo retraso; 25 horas en el mismo vagón. Me esperaba en la estación Irene. El tiempo, soberbio. La playa, animada con moderación. La luz de septiembre –preciosa–. He dormido. Descanso. Lo primero que hago es escribir esta carta. Luego comenzaré a trabajar, a revisar la segunda parte de *Clamor*. Abrazos. Besos. En la nariz a Anita.

Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore, 16 de septiembre de 1959

Teresa, hija:

Llegó tu carta con las buenas noticias esperadas. Anita tiene razón: ¡Pobre Abué! –aunque, por otra parte, no sea un abué del todo pobre y se halle contento–.

Pequeños encargos. (De todos modos, fastidiosillos. ¡Gracias!). 1. Dime cuál es el número de mi cuenta en el Cambridge Savings Bank. 2. Di en el Harvard Trust Company que me envíen mi *statement* del 1º de octubre (o 30 de septiembre) a la dirección de Roma.

Pensione Monini (MONINI)
Piazza St. Ignazio 170
Roma

3. Pasemos a la literatura. Te agradeceré que hagas la tentativa, pero no más de una media hora, de buscar y encontrar, en algunas de esas cajas con sobres de *Clamor*, las copias a máquina de «Lugar de Lázaro» y «Huerto de Melibea». Aquí tengo todo el segundo *Clamor*, que estoy ahora repasando. Desearía enviar desde Italia a Buenos Aires la copia completa de… *Que van a dar en la mar*; la Sudamericana me ha prometido publicar ese tomo el año próximo.

Si no encontrases fácilmente esos textos –«Lázaro» y «Melibea»– me los copiaría Irene.

Irene no sabe español, pero lo haría con fervoroso cuidado. Hace todavía buen tiempo; las mañanas, en la playa, con poca gente; las tardes, espléndidas. Esta tarde iremos a Viareggio para comprar papel y pedir información en una agencia de viajes. Mañana comeré yo en Ronchi con los Longhi (el gran crítico de arte y la novelista Anna Banti). Me acompañará Angela Bianchini; todavía en Forte dei Marmi, y que esta vez ha servido de intermediaria entre los Longhi y yo. (Él, Longhi, vendrá mañana a buscarme en su coche). Macrì está en Madrid. Otros amigos se han marchado ya o van a regresar a sus cuarteles de invierno. En este Lido, si el tiempo no cambia, se estará aún bien hasta octubre.

¿Irene? Conmovida hasta las *lágrimas* por tu actitud, por tu comprensión, por… El *etcétera* es infinito. En carta a Claudie he aludido a esta «*cara amica*». Y me ha contestado ya, y acorde al estilo de mis hijos, que son estupendos.

De Valladolid, malas noticias: Ninis está acabándose. José me ha escrito a este propósito unas líneas muy sentidas.

Que Antó me cuente su llegada a la escuela.

Besos a todas las Gilman. Abrazos a los varones. Vuestro,

JORGE

Federico en persona ha aparecido –por fin– en Buenos Aires. Yo no he visto aún ni un ejemplar.

Lido di Camaiore, 23 de septiembre de 1959

Teresa, hija:

Ya tengo reservada una plaza en el *Constitution*, *cabin class* –de dos pasajeros– (302 dólares pagados en cheque a la Harvard Trust Company) para el *6 de diciembre*, Génova. Llegaré, Dios mediante, el 16 a Nueva York. ¡La suerte está echada! Y ya empiezo a enviar papeles y libros a Arlington. Dentro de unos minutos iremos Irene y yo a Viareggio para enviar dos paquetes –cartas, manuscritos, libros– a casa y para comprar una maleta, que no sé si servirá para el viaje o para dejar más libros y otras cosas en Florencia. Es ya demasiado equipaje para un hombre errabundo como yo.

Curtis Cate me ha enviado unas fotos preciosas –sobre todo la de Isabel en Vaux-le-Vicomte–. Pero no tengo –de esa serie– ninguna con todos vosotros. A Irene le gustaría veros en una de esas imágenes. Por cierto, Steve está muy bien junto a la amiga rusa; y a Irene le gustó mucho ese retrato de Steve. Fue como un *coup de foudre* de simpatía. ¡Cuánto place a las damas ese joven profesor!

González Muela me ha enviado su libro *La realidad y Jorge Guillén*. Interesante, con más talento crítico que literario. Hace todavía bueno, pero ya comienza la etapa de las lluvias. Hasta el 30 seguiremos aquí. ¿Qué me dices de la visita del Premier soviético? ¿Conocéis a personas con el *brassard* de luto? Adiós. Espero carta tuya todos los días. ¿Qué es de Claudie?

Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Firenze, 2 de octubre de 1959

Queridos todos:

Estoy en Florencia desde ayer, 1º de octubre. El viaje en autobús fue precioso. Había una luz maravillosa en las colinas de Toscana siempre «naturales» y siempre «compuestas» con casas, cipreses, boscajes, en relación de arquitectura. Aquí he estado *trabajando* con el material de una maleta –la más pesada– llena de libros y papeles. Teresa: he enviado –dirigidos a mí– desde el Lido di Camaiore cinco paquetes –por vía ordinaria–; y esta tarde, otro más. Contienen papeles manuscritos: textos literarios y cartas. *Dime si llegan* –cuando lleguen–. Dejaré en Florencia esta maleta –y otra, la comprada en Viareggio– llena de libros y algunos papeles.

Esta mañana me he comprado un buen gabán de lana –gris– como el que tenía. 47.000 liras gracias a la intervención de Irene, que siempre consigue rebaja. Me he paseado por el Lungarno –precioso– con las colinas del fondo muy luminosas en amarillo bien temperado. No he visto a los amigos, en gran parte ausentes. Voy a ver esta tarde una película de Simenon –Jean Gabin–. (Irene está en su pensión atareada con sus maletas y su ropa de invierno). Es agradable que Florencia me resulte –a mí, lejano Íbero– ciudad familiar. El lunes será el traslado a Roma.

Dejo para el final la mala noticia. El día 17 murió Ninis. Lo he sentido mucho. He recordado mi infancia sobre todo. José me ha escrito con pena: era el sobrino preferido. Ha debido de celebrarse ya la reunión de los sobrinos para leer el testamento. ¡Vida burguesa! ¿Y esos niños? ¿Y Anita? La recuerdo mucho.

Besos, abrazos.

JORGE

Roma, viernes 9 de octubre de 1959

Queridos todos:

Me encuentro en Roma desde el lunes pasado, y con la alegría de vivir en Ciudad tan Eterna. La pensión es excelente –y muy barata: dos mil liras diarias–. El sitio es precioso. Esta plaza de San Ignacio –*settecentesca*– parece una decoración de teatro. Lástima que durante el día esté llena de coches. Además, estamos en el centro, a dos pasos del Panteón, cerca de la Fontana di Trevi, muy cerca de la Galería Colonna. El tiempo es todavía hermoso, y los paseos por Roma constituyen una obligación. Tengo un guía de primer orden: Irene. Irene, romana, se sabe de memoria la ciudad: tiendas, restoranes, calles, monumentos. Todavía no he visto a los amigos, en parte ausentes. Comenzaré la semana próxima por Angela Bianchini. He visto una película que me ha conmovido profundamente: *El diario de Ana Frank*. Y no solo por el tema, desgarrador. La realización cinematográfica es muy buena. Se ha muerto Berenson: la prensa le dedica gran espacio. ¿Qué hará Harvard, qué hará Sert con la magnífica mansión I Tatti?

Harvard, Arlington… ¡Cuánto siento el percance de Antó! Menos mal que tiene la suerte de que le consuele cantando Anita. Anita, a quien recuerdo muchísimo. Os recuerdo constantemente a todos, hasta a ese personaje mudo de Princeton, que lleva el mismo apellido que el abajo firmante. Celebro que Steve trabaje a gusto suyo en Galdós, en Rojas. Claro que Isabel sigue siendo «*une petite fille modèle*». ¡Y qué buena fue en

aquella jornada de Bruselas! (Dicho así parece que me refiero a la antigua Flandes). Ahora mismo voy a mandar el cheque para la *Blue Cross*. Dime, Teresa, el número de mi cuenta en el *Cambridge Savings Bank*. (*Quiero escribir a Moe*). ¿*Doris Cross se halla en Cambridge*? No consigo que me responda. Trabajo, paseo, me siento bien.

Os recuerdo. Os quiero. Os abrazo,

JORGE

Gracias, Teresa, por los favores bancarios.

Roma, lunes 19 de octubre de 1959

Queridos todos:

Sí, estoy contento de estar en Roma y en las actuales condiciones –a la vez que empezando ya a volver…–. Irene y yo estuvimos en la Villa d'Este –con todos los juegos de agua en plena acción–. De aquella tarde queda recuerdo en una foto que os enviaré cuando la hayan reproducido. Visitas a iglesias –muchas, y enormes– son frecuentes. He visto la película nueva de Rossellini, *Il Generale della Rovere*, que está muy bien. Pero nada me ha parecido superior al *Diario de Ana Frank –Diario* que estoy leyendo–. Otra lectura: La del «*paper*» sobre *Cántico* que muy amablemente me envió Steve. «*Paper*» considerable cuyo contenido ganará mucho cuando se desarrolle y se precise en un estudio más extenso. ¿*Cómo se llama la autora*? Se le olvidó este detalle a Steve. (Por cierto, he escrito a Mr. Moe, pidiéndole que ponga mi *grant* del primer año ($3.600) en el Cambridge Savings Bank). Y ya estamos en casa. Siento infinito el accidente del pobre Antó, accidente que debe de ocurrir con frecuencia a los muchachos de su edad. ¡Antó! *Muchacho*. Es la palabra que me ha venido naturalmente, ya no *niño*. En cambio, Isabel, la niña Isabel, que ha leído, traducido y recitado esa poesía –«Manera actual de ser niño»–, me conmueve casi hasta las lágrimas. ¿Cómo se le ocurrió semejante idea? Idea que me va al alma y me

remueve. ¡Lo que me perderé de Anita en estos días! Leeremos, leeremos juntos, me lo prometo. Otra cosa. Os he remitido un ejemplar de *Federico en persona*, publicado por fin, en agosto, por Emecé, Buenos Aires. Me acaba de llegar. Es la edición más vulgar que se ha hecho de un texto del que subscribe. Pero me temía que estuviese peor: vulgaridad no ofensiva. ¡Cuánta vida social lleváis! ¿Cómo está Mr. Gilman?

Besos, abrazos a todos. ¡Escribid!

JORGE

Roma, 20 de octubre de 1959

Queridos todos:

Supongo que esta carta llegará a vuestras manos el 23. 23 de octubre. ¡Doce años ya! Acabo de escribir a Claudie y escribo estas líneas para pensar con vosotros en la ausente –materialmente ausente–.

Esto de la salud es una lotería. Me encuentro bien –toquemos madera–. Pero con la presión demasiado baja. He estado a ver a un médico, recomendado por una señora Giolitti, de la familia del famoso político. Me ha hecho un examen general, y me ha dicho: Puede usted vivir cien años… Y me ha recetado unas inyecciones para remontarme la presión.

Vengamos a la presión… literaria. Todavía no he contestado a Octavio Paz, que me escribió una carta, excepcional en sí misma, pero más aún relacionada con su difícil persona. «Después, sin duda por la necesidad que tenemos de recobrar nuestro idioma cuando vivimos en un país extranjero, en algunas antologías volví a leer poemas suyos. El redescubrimiento fue maravilloso y el re-conocimiento de un gran poeta fue fulgurante evidencia. Querido amigo: usted ha escrito algunos de los poemas más hermosos de nuestra lengua en este siglo, y todos los que escribimos le debemos mucho». Esta «aventura de lector» es lo que más puede complacer a un hombre de mi edad.

¿Cómo se encuentra Antó? ¿Y esas preciosas niñas? A todos os abraza vuestro

JORGE

Roma, sábado tarde, 24 de octubre de 1959

Teresa, hija:

Me dices –19 de este 10– que os tengo abandonados. He escrito todas las semanas; ¿se habrá perdido alguna misiva? Ha llegado ahí un paquete; bien, pero he mandado cinco paquetes –aparte del último, *Federico en persona*–. Lamento que Mr. Gilman Senior se halle en condiciones tan lastimosas. ¡Cuánto trabajarás, pobrecica! Pero habéis tenido «días maravillosos». Aquí lo son también: otoño muy templado. El sol de la tarde da en estos balcones de la pensión. MacLeish. Dame su dirección actual. Dale –cuando le saludes– recuerdos míos. ¡Qué gentilmente se portó conmigo en aquellas memorables ocasiones! (Memorables para mí). Y Anita, dices «pronuncia como el Cid». No sé quién es más Anita, si la niña o su madre. No se puede hablar mejor a un castellano de Valladolid.

¿Mi vida en Roma? *Du côté* de Mr. Guillén, vimos a Angela Bianchini en la casa de té de la Piazza Spagna. Angela e Irene simpatizaron. Cenaremos en casa de Angela el lunes próximo. Las otras tres visitas pertenecen al otro *côté*. Vimos en su casa –a la hora del té– a la Signorina Mimi Lippi, secretaria de un Príncipe Rufo –este es della Scaletta–: distinguida solterona. Cenamos en casa del profesor (de Derecho Administrativo) Giannini, gran abogado, socialista –con una casa llena de cuadros abstractos–. La señora es muy amiga de Irene. Tomamos el té con el poeta Edoardo Cacciatore y su señora, conservadores de la casa de Keats en Piazza di Spagna; él poseía un tercer *Cántico* y sabe versos míos de memoria. ¡Qué antiguo soy, Dios mío! He visto a mi joven amigo Vanni Scheiwiller. Le veré mañana en casa del pintor Franchina, casado con la hija de Severini, nieta de Paul Fort. ¡Te lo cuento todo!

Abrazos, besos. Besos a Anita. Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado tarde, 31 de octubre de 1959

Teresa, hija:

Sí, tarde de sábado lluvioso, otoño invernal. Presiento ya la nieve de Arlington. Tengo ante mí tu carta de Nueva York ¡Pobre Mr. Gilman, y qué triste es envejecer! Te agradezco tus notas sobre las conferencias de «Archie». Dame su dirección. ¡Esos niños! Los veo, los oigo. Recuérdame a Anita, infanta de Velázquez.

Me dices que no te contaba cosas. Es que, en realidad, en esta semana sobre todo he empezado a ver gentes. Cenamos en casa de Angela Bianchini. Angela e Irene han simpatizado mucho. Estuve en casa de Franchina, escultor, marido de Gina Severini. Allí vi a Ungaretti, amabilísimo conmigo. Me llevó él a casa del consejero cultural de la Embajada americana, Mr. John Brown, poeta, católico, muy danzante y *extrovertido*. Luego –era el miércoles– Ungaretti me llevó a cenar cerca de esta casa, Il Buco. Imagínate cómo habla de Quasimodo y el Premio Nobel. ¡Furioso! Quasimodo, amigo del secretario de la Academia sueca, poeta «*engagé*», visitante de Estocolmo como «amigo de la paz». Ayer estuve en casa de Murilo Mendes, poeta brasileño –tipo diplomático, muy serio; entusiasta de España y de *Cántico*–. También vi a Dario Puccini, hispanista. Algún periódico ha citado mi nombre, entre los posibles candidatos al Premio Nobel. ¡Absurdo! Carlo Bo me ha escrito: «¿Cuándo va a Estocolmo?». Ayer he mandado a Buenos Aires *Que van a dar en la mar*. Irene terminó de copiar la obra. Adiós. Voy a salir para llevar esta carta al Correo Central.

Abrazos. Besos a todos. Vuestro,

JORGE

Roma, 6 de noviembre de 1959

Queridos todos:

Dentro de un mes, el 6 de diciembre, me embarcaré con rumbo hacia allá… Ya empiezo a sentir la sensación de *estar en viaje*. ¡Cuántas cosas nuevas habrá aprendido Anita! Y también, naturalmente, sus hermanos. ¡Y sus padres!

Estuve anteayer en San Pietro: misa muy solemne para celebrar el primer aniversario de la coronación de este papa. Me condujo a la basílica un joven suizo, amigo de Eleanor Zimmerman. Mediante la oportuna invitación, presenciamos el grandioso espectáculo, y muy bien, desde una tribuna, junto a la del Cuerpo Diplomático. ¡Estupenda ceremonia! Claro que, ya fuera, le dije a mi compañero (protestante): ¡Viva Lutero! El domingo visité –con Irene– la Galería Corsini y el palacio de la Farnesina. Con Angela Bianchini fui a casa del escritor Angioletti, presidente de esta «Unión de Escritores Europeos», que salió de aquel congreso de Nápoles, hace un año. Por cierto, habrá una reunión del Comitato, y me invitaron –a mí, único representante de España– a un magnífico hotel. Claro que no acepté ese regalo de la estancia pagada durante varios días –porque ya estoy en Roma– modestamente, como corresponde a un profesor *in pensione* y a un poeta no malo. Cenamos el miércoles en casa de los Cacciatore, o sea en la casa de Keats, Piazza di Spagna. Y esta tarde nos van a hacer fotografías –y las hacen muy bien–. Anoche, ¡qué sorpresa!, la radio consagró veinte minutos –una enormidad de tiempo– a este servidor. Una voz femenina leyó el texto de Francesco Tentori, muy elogioso y creyente de la Poesía Más Pura; dos voces masculinas leyeron varios poemas. Anoche mismo se me ocurrió telefonear a Tentori, a quien todavía no había visto, y me anunció la lectura. Hace algunas semanas, en otro grupo de radio, hubo también otra sesión análoga, con texto de Macrì. ¡Qué bien me tratan estos italianos! (Teresa: pide el *statement* del banco; dime la cifra, no me mandes el papel).

Abrazos, besos a todos. Vuestro,

JORGE

Roma, viernes 13 de noviembre de 1959

Teresa, hija:

Estos últimos días han sido los más ocupados de estos últimos meses. Enumeraré los elementos. 1. El domingo llegaron Carmen y Emilio, en una comisión ítalo-española. Comí con ellos, les conté cosas, los vi en su hotel, elegantísimo, pero ni ayer ni anteayer hubo cita. Ellos y yo estábamos *presos*. 2. La reunión de la *Comunità Europea degli Scrittori*, de cuyo *comitato* formo parte. Reuniones en torno a una mesa larga, como en las conferencias políticas durante dos días y medio. Televisión: *he salido*, a petición de las autoridades, con ellos, y me han visto los de la Pensione Monini, con el consiguiente aumento de «consideración». Almuerzo, ayer, y después, en Cinecittà, *la anteprima mondiale*, ante los del Congreso, de la nueva película de Fellini, *La dolce vita*. Saludé a Fellini, serio; escucha lo que se le dice. Tres horas y media en su versión íntegra, antes de la *composición* definitiva y de las supresiones de la Censura. Película importante, crítica de los excesos y podredumbres de Roma, pero no clara en su desarrollo, en episodios cuya coherencia no he percibido bien. 3. Confluencia del Congreso y de Irene; *party* en casa de Irma Cardona, buena amiga de Irene. Me divirtió mucho la *soirée*: aristócratas, ricos, intelectuales y comunistas. El dueño de la casa, Cardona, barón y del Partido. El conde X. profesor, muy simpático y comunista (*Il conte rosso*). Lelio Basso, uno de los jefes socialistas, el más comunizante. A todos los citados y a otros, los conocía Irene. El espectáculo me pareció puramente italiano; solo aquí se da esa mezcla de distinción y dinero con esa política. La comisión rusa de la *Comunità* estaba allí. Todo esto te lo digo *a ti*, si no en secreto, con la discreción que exige la posible, la probable, la cada vez más probable relación de Irene con América. 4. Han llegado por fin las pruebas de *Federico en persona*: la semblanza, solo en italiano, las cartas en texto italiano y español. Por cierto, he recibido 52.000 liras, que he cobrado esta mañana, un envío de la Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Yo no había solicitado nada. Nada se me ha explicado todavía. Aún se me quedan otras cosas en el tintero, pequeñas, cotidianas.

Dejo para el final lo más importante: tu carta. Os felicito, me felicito, *nos* felicitamos por ese regalo de Mrs. Gilman; regalo ya convertido en casa. ¡Estupendo! Me sorprende la otra parte de esa historia. *No comments*! Y tú, rica, terminaste tu narración con una frase que me conmovió; y conmovió profundamente a Irene: «… casa nuestra, tuya, de Irene y de Claudie». Eres extraordinaria. De nada estoy más orgulloso que de mis hijos (aunque ese Claudie no me escriba…). ¡Y tu emoción en la conferencia de MacLeish! Las fotos maravillosas: para mí valen más que toda Roma.

Adiós, besos a todos. Vuestro,

JORGE

Roma, 19 de noviembre de 1959

Queridos todos:

No quiero retrasar esta carta que es, sobre todo, un *cambio de dirección*. Escribid a «Pensione Pagnini, via Montebello 40, Firenze». El traslado se realizará el lunes próximo 23, si es que logro ver –o no ver– a las personas que debiera saludar en estos últimos días de Roma, llenísimos. Esta mañana ha sonado el teléfono varias veces. A las doce veré a Nieves de Madariaga, a la una y cuarto comida en casa de los Cacciatore –o sea, en casa de Keats–. Etc., etc. Sin embargo, he escrito algunas cosas. (La escritura surge a veces en días de muchas ocupaciones).

Anteanoche estuve en la *party* de los Giolitti, nieto de Giolitti, cuya mujer es muy amiga de Irene. Hablé con bastante gente; el crítico Paolo Milano, muy inteligente y brillante, judío perfecto, me recitó versos de Antonio Machado; considera que él y Yeats son los mejores poetas de este siglo.

Me he enterado de que hace tres o cuatro noches se leyeron por radio mis cartas de Federico, y nadie me lo advirtió, lo que me parece poco atento.

He corregido ya las primeras pruebas de la edición italiana. Casi he ultimado esa breve antología *Historia Natural*, que voy a enviar a Cela. Es posible que las Ediciones Guadarrama reediten *Cántico*. (Mediador, Vicente Gaos).

Fue muy grato ver a Carmen y Emilio. Comimos en la FAO con Antonio, el hermano. Pasé un momento agradable con una Wellesley *girl*, poetisa que me telefoneó. Y ayer me reuní en un bar con dos jesuitas, que me trajo Martín Descalzo, el sacerdote de Valladolid. La vida, por fortuna, es variada…

El tiempo va deslizándose hacia el día 6, domingo, de diciembre. ¡Dentro de un mes, con vosotros! ¿Cómo se encuentra el padre de Steve…? Y, por fin, los collares. «¡Finalmente!».

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, sábado 28 de noviembre de 1959

Queridos todos:

Mañana en ocho –domingo 6– estaré embarcándome. Ya no estoy aquí, ya me voy acercando. ¡Todo os lo contaré de viva voz! En Florencia llueve, hace más frío que en Roma. Voy todos los días a la tertulia. No veo a demasiada gente porque estoy ocupado: ciertas cartas por escribir, algunos poemas por terminar, ordenación de papeles y libros. En Roma he dejado una maleta; aquí dejaré dos. (He comprado dos maletas recientemente). He visto a un oculista, el Dr. Danti, a quien había consultado este último invierno, me ha encontrado muy bien. ¡Toquemos madera! He redondeado la breve antología *Historia Natural* –que voy a enviar a Cela–. (Me faltaba un poema sobre los gatos de Roma. Ayer lo he terminado). Todo se resuelve en preparativos del viaje.

Hija: siento infinito el incidente dentario. Pero eso se arreglará muy bien. ¡Paso a otra hoja! No me hables de vejez. ¡Te llevo treinta años! Os he

seguido el jueves de *Thanksgiving* en vuestra reunión de tribu: ¡solo faltaba yo! Entiendo, por lo que me dices, Teresa, que «los Claudie» me recogerán en sus amorosos brazos –brazos sin mano epistolar– y me llevarán a Princeton. ¡Perfectamente! Nos pondremos de acuerdo por teléfono sobre mi llegada a Boston. «El abué Guillén». Tengo unas extraordinarias ganas de veros a todos. ¡Pero a esa Anita! Las últimas fotos son preciosas. Yo os llevaré algunas romanas –con Irene, con amigos–. Lamento, claro, que se prolongue y no se despeje esa triste situación del otro abuelo. Me parece natural, Teresa, que hayas hablado con los Lida, siempre tan afectuosos. La historia va desenvolviéndose, como debes de suponerte, con naturalidad inequívoca. ¡Adelante!

Besos, abrazos a todos. ¡Hasta muy pronto, *a presto*!

JORGE

Génova, domingo, casi las cinco de la tarde
–¡otras «cinco de la tarde»!
6 de diciembre de 1959

Teresa, hija:

Hace un día espléndido, con gran sorpresa para quienes llegamos el viernes con un tiempo malísimo. (¡La dramamina!). Todo está preparado. Irene cierra las dos maletas con que regreso. (¡Dejo tres llenas de libros y algunos papeles!). Visité ayer a Miss Bosano en un piso precioso; ella, contenta. Tengo un camarote de dos; el otro subirá en Algeciras. ¿Será español? Roma 179 D. ¡Diez días de viaje, larguísimo! Descansaré, trabajaré, escribiré cartas. Espero tener la alegría de ver a Claudie y a Elfie en Nueva York. Llegaré lo antes posible a Arlington. ¡Qué ganas inmensas de veros! El Abué Guillén va a llegar –díselo a Anita–.

Irene, eficacísima y *addolorata*. (Los amigos de Florencia, cariñosos). La estancia en Italia ha sido estupenda. Pero ya es hora de volver a América –*es decir*, a mis hijos y mis nietos–.

Terminaré estas líneas a bordo, si a Irene le permiten entrar. Ya lo sabéis: *Constitution* 16 –diciembre– Nueva York.

A bordo, nueve de la noche. Hemos cenado. Hemos visto un poco de un wéstern. Irene se divierte mucho con este juguete-barco. El camarote, bien colocado, cerca del salón, con una portilla al mar (la sirena). Estamos ya en tierra americana. Ya empiezo a llegar. Hasta el 16 o el 17.

Abrazos, besos, ganas de conversación, de convivencia. Vuestro,

JORGE

A bordo del *Constitution*, martes por la tarde,
casi de noche, 8 de diciembre, Día de la Purísima,
(cumpleaños de mi madre) de 1959

Queridos todos:

Es un juego agradable enviar una carta desde un barco –y sin tocar tierra–. En Cannes subieron a bordo empleados de la *Poste* francesa. Espero que mañana por la mañana pueda poner esta carta en manos de un compatriota, durante la parada en Algeciras.

¿Cómo estáis? Yo bien, contento –y con unas ganas locas de llegar *a casa*–. Ahora viajo como un rey. Estoy solo. El *roommate* se incorporará a este camarote 179 en Algeciras. Y gozar de la soledad en un camarote es algo divino, aún más que regio. Aquí trabajo, aquí leo, aquí dormito y duermo. Repaso poemas, los pongo en limpio. Hablo con una muchacha española de la FAO, observo a la gente –bastante modesta– que viaja en esta *cabin class*. La comida me gusta menos que otras veces en estos barcos de la American Export Line. El café –dicho sea sin pedantería de italianizante–, peor de lo que recordaba. Procuraré volver a Italia en un *Cristoforo Colombo*.

Pero ahora se trata de retornar a los en cierto modo *lares*. ¿Dónde están mis lares? Esta palabra, si no es retórica, solo quiere decir, en mi caso actual, *descendencia* no *ascendencia*. Mis lares, mi casa, mis hijos –y los

hijos de mis hijos–, quiero decir, de mi hija. He escrito ya a Claudie. Voy a escribir a Irene. ¡Hasta prontísimo!

Besos, abrazos de Jorge,

«El Abué Guillén»

JORGE

Y pienso con pena en Grandpa.

Princeton, New Jersey
64 College Road
miércoles 16 de marzo de 1960

Queridos todos:

Os escribo en el silencio y la soledad de esta casa, después de la siesta. (Soledad que casi me remuerde. Hasta tal punto *creo* en la compañía). Don Vicenzo es un amigo muy agradable. Le veo poco, está muy ocupado. Desayunamos juntos.

Elfie, tan afectuosa, tan alegre, tan atenta. A Claudie le encuentro muy bien. ¡Qué de temas, qué de libros, –y qué altura de conversación–! Solemos comer en un restorán: el Annex –discreta catacumba–. Allí nos encontramos hoy a don Américo, Carmen y Edmund King. Don Américo cenó con nosotros anoche en casa de Claudie. El lunes visité en su casa a don Américo, de una increíble vitalidad. En la cuarta hora de la *party* –anoche– yo estaba cansado. Él seguía perorando como si tal cosa. Magnífico, jugosísimo. Pero, más que nunca, pedagogo –y en su máxima forma: profeta–. Muy cariñoso con Steve, con nosotros.

Yo trabajo en mis papeles. Y descanso un poco –entre los papeles y las conversaciones–. Claudie y Elfie creían que yo venía a pasar un mes en Princeton. Lo que haría si tuviese tiempo. Acaso vuelva aquí otra semana. En Boston tengo que arreglar mi *income tax return*, mi pasaporte, mi *re-entry permit*. En Cambridge algo habrá que hacer con Mr. Wilson. ¿No han

telefoneado de la Harvard University Press? (Me figuro que esta pregunta es un poquito ingenua. ¡Soy un joven escritor!).

Me acuerdo mucho de esa casa y de todos sus habitantes. ¿Y Anita? ¡*Cuánto* deja de acompañarme!

Para todos, abrazos.

JORGE («¡LA FIRMA!»)

Princeton, sábado 26 de marzo de 1960

Teresa, hija:

Ayer estuvimos en Nueva York. Visité a los Casalduero y cené en casa de los Lorca. Estábamos allí ellos, sin doña Gloria, con gripe, Ángel del Río, Elfie, Claudie, Llorens y yo. Viejos amigos, buenos amigos, buenas conversaciones… Todo el mundo me preguntó… Y a todos conté mi historia.

No resignándome a los diez días de camarote cuatripartido, fuimos a la American Export Lines, donde nada se podía rectificar –y a la French Line–. Total: me embarcaré el 11 de mayo en el *Liberté*, camarote de tres. Pasaré una noche en París –¿en casa de Margot?–, y el 19 llegaré por tren a Roma.

Será, parece ser, fácil que me devuelvan los 50 dólares de la otra compañía. El miércoles telefonearé a Miss Moe Kee.

Porque persisto en la idea de regresar el martes. Procuraré llegar a Boston a media tarde. Ya os avisaré.

Parties? Ha habido alguna. Una en honor de Germaine Brée, a quien oímos una conferencia sobre «*Le nouveau roman*». Hoy invité a almorzar a don Américo y a Claudie. El rato fue agradable.

Salió bien el seminario, respondí a las preguntas –preparadas– de los estudiantes. He visto a Edmund King y a Willis.

Elfie es un encanto: alegre, sencilla, natural, dándose cuenta de todo inteligentemente, despachándose en inglés a las mil maravillas. Y muy

afectuosa. Claudie… –¡qué hijos tengo!–. Don Vicente, magnífico. Los Crocco, *gentilissimi*. Visité a los Maritain, envejecidos, muy atentos. *No te olvido*.

¡Protesto! Me acuerdo de todos, hablo de todos vosotros. ¡Cuánto me ha gustado oír la voz de Anita!

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Princeton, sábado 16 de abril de 1960

Teresa, hija:

La comunicación telefónica tiende a anular la comunicación epistolar. ¿Te lo contaré todo en Puerto Rico?

Por las mañanas no salgo. *Parties* ha habido: una en casa de Coindreau después de la conferencia de Butor. Con Butor hablé bastante; muy simpático y muy deferente conmigo. Más que Italo Calvino, a quien vi con Peyre, tan movido y tan amable como siempre. Anoche vinieron los King a casa. Apenas he visto a los Crocco, sumidos en la Semana Santa.

Recibí los billetes de los viajes por avión. Escribí a Margot Arce. Hoy he contestado a Miss Moe Kee, enviándole el cheque del *Liberté*, pero advirtiéndole que en la nota o factura del Newton Travel Service que ella me manda hay un error, que supongo será error de copia: dice «*sailing May 2*» en lugar de *May 11* –once–. Es necesario aclarar ese *detalle*. Por eso sería mejor, me parece, que telefonearas a la Agencia de Newton, y pidieras la indispensable aclaración. ¡Muchas gracias!

Tengo que ver a Kahler; mañana cenaremos en casa de los Hogg.

¡Ah! Recibí de Mr. Wilson contrato y *report* –creo que de Poggioli–. Todo ello *muy razonable*. Se trata de la rectificación de alguna palabra. Estoy contento.

¿Y esa niña pequeña?

Besos a las tres mujeres. Abrazos a los hombres (Elfie y Claudie, *deux* «*amours*»). Vuestro,

JORGE

A bordo del *Liberté*, lunes, doce de la mañana,
16 de mayo de 1960

Queridos todos:

Sentí mucho no oír la voz de los ausentes –en el momento de nuestra comunicación telefónica–. ¡Y pensar que podía telefonearos desde este barco! El radiograma es también un acto mágico. Recibí un radiograma de Miss Zimmermann. ¡Cuánta amabilidad en este planeta atómico!

El viaje está siendo muy agradable. El mar, tranquilo; el cielo, nubarroso. He tomado el aire y un poquito de sol sobre cubierta. He podido descansar; ¡tengo para mí solo un camarote! Suerte única en una vida. (Y esta travesía es para mí la travesía 14). El barco no está completo: es todavía el anteveraneo. He gozado mucho de este privilegio del camarote sin promiscuidad. La cocina, excelente. Como con tres señoras francesas –*petites bourgeoises*–, más bien divertidas. Anoche tuvimos el formidable *dîner de gala*: ¡Lástima que Antó no me acompañase! (No he visto aquí jugar al ajedrez: ¡población inferior!).

Pensé escribir cartas. ¡Hoy he comenzado! He corregido poemas (de *Homenaje*), y he leído algo de *The Poem Itself* y del *Eugenio Onegin* –que me había enviado Irene–.

Y ya estamos llegando –casi: mañana por la tarde en Le Havre–. ¡Cuánto charlaré con Renée!

Me acuerdo mucho de todos; no os ocultaré que Miss Anita Gilman es la señorita de mis pensamientos. ¡Ya nadie me pone el azúcar en mis bebidas! Os escribiré enseguida –desde el continente–.

Besos, abrazos a todos; a los varones, y a las tres… Anitas. (Véanse las fotos).

Vuestro,

JORGE

París, 18 de mayo de 1960

Teresa, hija:

Terminó el viaje por mar felizmente y en la estación me esperaba Renée. En casa ya estaba Margot. Charlamos mucho. De Anita, ante todo. Y de vosotros. Me decían: «Como Teresa no hay otra. Yo no he conocido a nadie como ella». ¡Exactamente! Mis hijos son maravillosos: y esto es una verdad objetiva.

Y hablamos de Irene, tan cariñosas las dos, tan comprensivas. Las fotos tuvieron un gran éxito. Y la última foto de Anita, también. Eso es lo que deseo: fotos incesantes de esa preciosa, preciosísima criatura.

Renée ya me tenía tomado el billete. Saldré esta noche a las ocho. Llegaré a Roma a las 18.34. Esta tarde iré a la Librairie Espagnole de la rue de Seine.

Dormí poco. Después de todo, me removió la conversación con Renée (y Margot). Quiero dejar sitio a la pluma de Renée.

Abrazos a todos. Besos a las Anitas.

JORGE

Piazza S. Ignazio 170
Pensione Monini, domingo 22 de mayo de 1960

Queridos todos:

Mal informado por Renée, envié un telegrama a Irene, y en su consecuencia, no la encontré en la estación. ¡Roma! Suena la campana de la Iglesia de San Ignacio en este momento. La plaza es preciosa, y más una

tarde –muy soleada, y silenciosa– de domingo, con poca gente y pocos automóviles.

Esta mañana visitamos el interesantísimo Museo Etrusco. Procuraré ejercer con frecuencia mi deber de turista. Pero ya la vida ha vuelto a ser cotidiana. Y estoy repasando poemas –antes de seguir adelante con más *Clamor*–. (Por cierto, en la librería española de la rue de Seine se han vendido 2.000 ejemplares de *Maremágnum*. ¡Estupendo!).

Otro dato literario. Ayer oímos por radio la lectura de tres poesías de *Cántico*, traducidas por Bigongiari. ¡No puedo quejarme de estos amigos italianos!

Irene me encarga que en su nombre os salude. Ha recibido tu carta, Teresa, y está conmovida, *commossa*. Y yo también. ¡Estos hijos! Irene me dice que de nadie le he hablado tanto, durante estos últimos meses, como de Anita, a quien se figura conocer. ¡Cuánto hablo de esa criatura! ¿Recibió mi cable? A todos os recuerdo constantemente.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado 28 de mayo de 1960

Queridos todos:

Os supongo muy contentos ahí, en ese hermoso jardín ya primaveral y teniendo a Renée nada menos. Realmente el «elenco» femenino en esa casa es de primer orden: Renée, Teresa, Isabel, Anita…

De Anita –lo declaro humildemente– es de quien más hablo en mis conversaciones con Irene. Todos estáis presentes. Pero Anita, gran personalidad de la futura América, si los tontos permiten que haya una América en el futuro, se impone ya de un modo irresistible. Gracias por esas fotos. Antó e Isabel están muy bien en una de ellas. Recibí tu carta, Teresa, y las cartas retransmitidas. De los Claudie nada he sabido.

Vi a Staub –Anita le conoce– el joven amigo suizo. Está muy bien este muchacho. Si pienso en nuestra diferencia de edad, me emociono. Tiene veintinueve años. Casi el mismo abismo de tiempo que me separaba a mí de… Palacio Valdés. «¡Ay, qué antiguo soy, Dios mío!». Staub está en amores con una joven arqueóloga sueca. Hablamos pues, de nuestros proyectos matrimoniales. (Nos entendemos perfectamente). Y esto sí me ha consolado. ¡Estos son otros tiempos!

Por las mañanas y después de la siesta suelo trabajar. Por las tardes damos paseos por Roma. El otro día, por la via Monserrato, la via dei Banchi Vecchi, curioseamos palacios del XVI. Hemos visto alguna película. Hace un tiempo de primavera.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado 4 de junio de 1960

Queridos todos:

Os echo mucho de menos, y no tengo noticias de ese continente. ¿Qué hacéis? ¿Y Renée? ¿Y los exámenes de los niños? ¿Y Anita –sin exámenes, y ya tan sabidora–?

Voy viendo amigos poco a poco. Ayer comenzó un *convegno* o congreso, «La cultura en la sociedad italiana», organizado por algunas revistas literarias de izquierdas. Irene conoce y me presenta a mucha gente en el Teatro Valle –donde se celebra el congreso–. Ungaretti me besó –como de costumbre…–. Habló –bien– Piovene. También el joven y escéptico Zolla. ¡Qué elegantes y distinguidos son los socialistas y comunistas italianos! (Habló Bandinelli, «el conde rojo»…). Esta tarde perorará Longhi, el gran profesor de Arte de Florencia.

A Florencia iré a pasar dos o tres días. Los amigos de allá me reclaman. Tengo que tratar con Macrì de la traducción de *Lenguaje y poesía*. Libro que en España tropezaría –estoy seguro– con la Censura. Y a propósito:

Jaime Gil de Biedma me ha escrito una carta –cariñosa– explicándome por qué no ha salido todavía su libro –ya anunciado por *Ínsula* y los *Papeles* de Cela–. El comentario de *Cara a cara* no ha sido aprobado por el censor; y el dicho Jaime ha vuelto a redactar esas páginas, lo que le ha obligado a presentar de nuevo el libro a la Censura. Se hila delgado, pues, en lo que a este servidor se refiere.

La otra noche, después de cenar, fuimos a casa del profesor Micheli, y allí saludamos a otros tres matrimonios. Todos eran juristas –¡juristas!– amigos de Irene. Hemos visto *El acorazado Potemkin* y alguna otra película. He visto a Biagia Marniti, he recibido carta de Cacciatore. Solo Anita conoce a estos amigos…

Besos a las damas, abrazos a los varones.

JORGE

Roma, jueves 8 de junio de 1960

Queridos todos:

Los días van pasando dulcemente. Estuvimos –invitados– en el pequeño teatro La Cometa, y vimos el *Orfeo* de Monteverdi: el espectáculo más hermoso de que he gozado en estos últimos tiempos. La música, exquisita, –con apenas orquestación– y la escena siempre como cuadro o ballet. ¡Y Eurídice, muerta, en pie como una estatua, y luego, como una sombra! Roma tiene su lado de provincia –no este espectáculo, de primer orden–: encontramos a conocidos. Vigorelli, Spagnoletti, *connaissance* de Irene, etc.

Ayer fuimos al *cocktail da* Elena Croce. Irene, preocupada, por su habitual timidez. Trataba antes a Elena cuando era Crisafulli. Y observó que ahora, en su forma actual, la Croce estuvo mucho más amable con ella. (!) Saludé a Alda, tan desoladamente *fachosità*. Y María Zambrano –a quien había visto en el Canova hace unos días– me pareció sincera cuando me repitió que le gustaba mucho Irene: sí, muy bien… Es la primera persona

española amiga mía que hemos encontrado. Esta tarde vamos a casa de Irma Cardona («la baronesa comunista»).

Otras cosas –literarias–. Ayer me llegó *Historia Natural*. Pulcra edición: ¡ni una sola errata! Han enviado un paquete de cinco ejemplares a Arlington. Abre el paquete, Teresa, y coge un ejemplar para vosotros, y otro para Claudie. (Y guarda los demás). Me ha escrito Urgoiti: dice que una obra como *Cántico* no debe estar «agotada», y que reimprimirán el libro. ¡Buena noticia! Ya están componiendo el segundo *Clamor*. ¿Se sabe algo de la Harvard Press? –Me escribió Nancy Palmer: ¡más vale así! Lo celebro–. Las fotos de Anita –de quien hablo constantemente–, nos *encantan*. Veo por tu carta, Teresa, que lo estás pasando muy bien con Renée, naturalmente. ¿Luisa, curada? Me alegro mucho. ¡Escribid!

Abrazos, besos.

Vuestro,

JORGE

Roma, 16 de junio de 1960

Querido Steve, queridos todos:

Envié, Steve, tu carta a José María de Cossío, lo que me obligó a dirigirle una carta de pésame (por la muerte de una hermana y un hermano). Le he escrito a la Academia Española. No conocía otra dirección.

Noticias literarias. Hablé con el editor Lerici; escribí a Macrì, quien no aceptó mi primera idea. Resultado: Lerici publicará *Lenguaje y poesía* y una antología (copiosa), y Macrì será el presentador y traductor. No ha habido otra solución posible. Pronto firmaré los dos contratos. (¿Se sabe algo de la Harvard Press?).

Debe de haber llegado a casa un paquete con cinco ejemplares de la llamada *Historia Natural*. ¿Os hablé ya de ello? Abrid el paquete: dad un ejemplar a Claudie, guardad otro para vosotros. Más: la Editorial

Sudamericana reimprimirá *Cántico*. Me lo anuncia Urgoiti –que me enviará pronto las pruebas del segundo *Clamor*–.

En los periódicos italianos he sido mencionado –en estos días– dos veces. En la radio se han leído los seis poemas traducidos por Montale. *Evviva l'Italia!*

Asistí el otro día a un *cocktail* en casa de los MacMillan. Casa moderna, magnífica. Cariñosos los dos. Conocí a una señora –italiana, judía– exalumna de Radcliff (¿se escribe así?), que me dio una invitación a un «acto» del Partido Radical. Hablaron dos buenos oradores sobre y contra la Iglesia (católica). Temen que el nombramiento de Kennedy tuviese muy mala influencia *también* en la política italiana. «Lo peor sería el tercer o cuarto futuro presidente católico». Por cierto, es intolerable lo del Japón. ¡Ya es demasiado! Mañana escribiré a Anita enviándole las fotos que nos hemos hecho esta mañana en el Pincio.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado 25 de junio de 1960
(Reexpedida el 8 de agosto de 1962)

Queridos todos:

Están ya preparadas las maletas –cuatro–, y ahora, sin prisa, puedo dedicaros la última hora. En estos días hemos visto a mucha gente. Las reuniones de la Comunità Europea degli Scrittori se han celebrado durante tres días. Se me trata siempre en esa Comunità con gran consideración. Como sabéis, yo no hablo nunca «parlamentariamente». Pero, en la última sesión, me obligaron a hablar; lo hice brevemente en francés. Hubo también un banquete a Vigorelli, editor de *L'Europa Letteraria,* y secretario de la Comunità. Yo estuve sentado al lado de Vigorelli, e Irene, enfrente de él. Ya nuestra situación es totalmente oficial, y a todas partes vamos juntos. Todos quieren a la «*Signora*»; y Madame Noulet me dijo más de una vez: «*Elle est*

très bien!». Vimos a amigos de Florencia, que me reclaman cariñosamente. Hubo un *cocktail* ofrecido por la casa Olivetti, Piazza di Spagna, y otro ofrecido por la casa de cine De Laurentiis. A todo esto se presentó aquí Curtis Cate, a quien presenté a una monísima exalumna de Wellesley. Vimos en «*anteprima universale*» el nuevo film de Rossellini *Era notte a Roma*, con buenas cosas pero, en conjunto, inferior a otras películas suyas. El cuento detallado de estas jornadas sería muy largo.

Noticias literarias. Di Giovanni ha encontrado editor para su antología. (De Boston, en relación con *The Atlantic Monthly*). He firmado una especie de «precontrato»; me enviarán 100 dólares –para empezar– ahora; haré que te los dirijan a ti, Teresa, y así no te deberé más que 56 dólares. Scheiwiller quiere también publicarme versos; recibimos ayer *Federico in persona*, «todavía en rama». Precioso. Todavía no he devuelto, firmados, los dos contratos con Lerici. ¿Y vosotros, ya sin Renée, en el Cape? Dirigí a Anita (Arlington) *dos cartas con fotos*. Nos acordamos mucho de todos vosotros, y no solo de Anita, que es sin duda uno de los personajes más importantes de América.

Oí una conferencia a un colombiano; saludé a Arciniegas, embajador, y al vicerrector de la Universidad de los Andes. Iremos a Bogotá en agosto de 1961, si Dios quiere. Adiós. Dentro de dos horas y media salimos para Recanati.

Besos. Abrazos,

JORGE

Recanati (Macerata)
Hotel La Ginestra, 28 de junio de 1960

Queridos todos:

Estamos aquí desde el sábado, y hoy es martes. Tierra sagrada: no creo que se sienta más que en Recanati el culto al Poeta Ilustre. Su sombra, sus

recuerdos, sus palabras están en todas partes –hasta un extremo conmovedor–.

La temperatura, hasta ahora, es más bien otoñal. El mar está muy cerca. Recanati se halla en una colina. Desde la ventana vemos el paisaje que Leopardi evoca en *L'infinito*. Irene me ayuda mucho en la lectura y relectura del poeta.

Somos los únicos forasteros en este pueblecito; y en el hotel, suficientemente confortable, la habitación es grata, silenciosa –situación dificilísima de conseguir hasta en este *borgo selvaggio*–, y ya transformada por Irene, que sabe pedir al hotel lo que había empezado por no ofrecer.

Sigo en relación con Macrì respecto a la traducción de los dos libros. ¿Habéis visto *Historia Natural*?

De Claudie no sé nada –desde Princeton–. Me lo imagino ya con Elfie a punto de salir para Europa. ¿Cuándo estarán en París?

¿Y vosotros? Escribid. ¡Y fotos, fotos, fotos!

Abrazos. Besos.

JORGE

Recanati, 30 de junio de 1960

Teresa, hija:

Hoy me llega tu carta con la de Anita. ¡Anita emocionada por mis renglones y fotos! Soy yo el emocionado. Tú te refieres a *una* carta mía. Dirigidas a Anita hubo dos: la primera, certificada, con dos fotos; la segunda, con la foto en la que figuraba Staub. («¿Dónde está Biagia?» Sí, porque Anita y yo hemos visto varias veces unas hermosas fotos de Staub con Biagia Marniti).

Después, os he mandado dos cartas; una el sábado 25, de Roma, unas horas antes de nuestra salida para Recanati, y otra, el martes 28. Las dos cartas no llevaban más dirección que «Orleans-Mass». Tengo el temor de que se pierdan –lo que me fastidiaría mucho–. Os contaba nuestras últimas

jornadas: Congreso de Escritores, conversaciones con amigos, proyectos editoriales –y nuestra instalación en Recanati–.

Ayer 29, se conmemoró con inusitada solemnidad, como si se tratase del santo del pueblo –¡san Giacomo Leopardi!– el 162º aniversario del nacimiento del Poeta. ¡Increíble! Toda la pequeña ciudad, engalanada; conferencia excelente –por un profesor de Florencia– con asistencia de autoridades y de la familia Leopardi; música de una banda; gran retrato del Poeta en la plaza, donde ya figura su estatua melancólica; lectura por la noche ante el pueblo… Y hacía frío.

¡Qué rica, esa criatura! Os recordamos mucho a todos. Y tú, cansada, claro… Irene me dice que te diga *que te ayudará*… Escribiré a Renée a París. *Enviadme lo de «Archie»*. Vi –como te conté– a Curtis Cate, muy simpático.

Besos, abrazos.

JORGE

Recanati, 6 de julio de 1960
(Hôtel La Ginestra –con G de Guillén)

Queridos todos:

Os seguimos con la imaginación a lo largo de vuestras rutas, por ese oeste familiar. ¡Y Anita, cantando canciones francesas! Y los mayores, ordenando, recogiendo…

Me figuro que mis dos cartas a Orleans no os han llegado –todavía–. ¿Se perderán? Os hablé ya de Recanati; y para que lo veáis mejor, Irene envió ayer a la niña –a la más Anita de las tres Anitas– una serie desplegable de fotos de aquí; todo relacionado con Leopardi. El poeta es aquí lo que la Virgen es en Loreto, donde estuvimos ayer. Está muy cerca la basílica, estupenda. ¡Qué impresión tan penosa! Llegaban enfermos como en Lourdes. Los enfermos atraviesan la habitación, o mejor dicho, la casa donde a la Virgen se le apareció el Ángel. Casa hoy en medio de la iglesia

¡Increíble! Algo hay verdadero: las dolorosas miserias del hombre. Es una extraordinaria combinación de sufrimiento, esperanza –y superchería–…

Trabajo un poco por la mañana y por la tarde. Salimos de paseo antes de comer y de cenar. El cuarto es agradable. La ventana, maravillosa. Todo el paisaje amplio, hasta el mar –que ahora se ve indistinto en la niebla– es una serie de colinas y ondulaciones, muy verdes, muy cultivadas. El tiempo no llega a ser *trop pur*. Van cayendo poemitas… Por cierto, tengo ofrecimientos para publicar antologías –en italiano– de varios editores: Lerici, Scheiwiller, Rebellato, Sciascia… Es decir, que la traducción de Macrì no será la única. Eso estoy procurando.

Menotti me ha invitado a ver *Yerma* en Spoleto. Iremos el domingo 10. Veremos a Concha (García Lorca) y a Florit. Os lo contaré todo. Tengo una *Historia Natural* de lujo, con vuestros nombres impresos para vosotros.

Me llegan libros. Hay mucho que leer. Apenas hay cine. Os recordamos, os queremos.

JORGE

Recanati, 20 de julio de 1960

Queridos todos:

No sabiendo adónde escribiros, he dejado pasar unos días, los suficientes para imaginaros de nuevo en casa. No sé si estaréis ya en Orleans. De todos modos, ahí van estas líneas para *reprise* de contacto.

La vida en Recanati no puede ser más sosegada. Trabajo diariamente –o casi– y tengo ya en poema lo que me contasteis sobre Anita: «La niña y la muerte». Ayer me llegaron las pruebas del segundo *Clamor*. Me llegan sin cesar libros. La escritura y la lectura alternan, pues, mañana, tarde y noche con los paseos por Recanati. La vista de estos montes, en panorama hasta el mar, es preciosa. El tiempo nunca es *trop pur*. Irene se encuentra aquí muy a gusto. Yo, también. Y conste que os echo mucho, muchísimo de menos.

Estuvimos en Spoleto el 10, domingo. Comimos con Concha García Lorca, Florit, Alfonso de Sayons –aquel muchacho argentino– y otros españoles. Hermosa, la representación de *Yerma*. Me emocionó, claro.

Cuando esté seguro de vuestra dirección, os contaré más cosas –sobre todo literarias–. (No participo en ningún *suceso*). Teresa hace tiempo que no me escribe. De los Claudie nada sé.

Abrazos, besos, ganas de charlar… Vuestro,

JORGE

Recanati, día de Santiago, 25 de julio de 1960

Queridos todos:

Cada mañana, cada tarde espero carta de mi hija. ¡Y tampoco me escribe! Os escribí a Arlington. Steve me ha reexpedido una carta desde Orleans. ¿No estamos jugando al ratón y al gato?

Me llegaron, por fin, las pruebas del segundo *Clamor*. He pasado la semana corrigiendo las erratas y corrigiendo –un poquito– el texto. Con Lerici y Macrì sigo en lentos *pourparlers*. No sé si llegaremos a entendernos. Mientras tanto, Scheiwiller quiere publicar el *Cántico* de 1928, traducido por varios poetas eminentes. El proyecto me gusta. Yo sigo trabajando, trabajandillo. En el poemilla de esta mañana figura como cita preliminar una frase: «Un poco horrible –A.G. [Anita Gilman]».

Don Américo me escribió desde Circeo. ¿Dónde se encuentra ahora? Mandadme, *por favor*, su dirección actual. Quiero, debo, ansío escribir a nuestro gran don Américo –quien, en su carta me decía: «…Pero los amigos que he visto en casa de Elena Croce (María Zambrano y otros) me han hablado con gran afecto de su merecida felicidad»–. O sea: que le han hablado bien –naturalmente– de Irene. Lo que me causa la natural satisfacción. Os copio esa frase a título de testimonio *objetivo*.

¿Qué hacéis? Os escribiré muy pronto.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Recanati, 27 de julio de 1960

Queridos todos:

Sigue sin llegar la ansiada carta de Teresa. Y me pregunto si se habrá perdido. Hoy os envío el ejemplar de lujo –con vuestro nombre impreso, Teresa y Steve– de *Historia Natural*. He corregido las erratas, he añadido alguna variante; y al final os he copiado un poemilla escrito en Arlington. El libro irá a Arlington: el correo ordinario exige cerca de un mes.

Ayer estuvimos en Fano, cerca de aquí; a orillas del Adriático. Comimos con Leone Traverso y otros amigos de la Universidad de Urbino. Pequeña ciudad –mucho más importante que Recanati–. Visitamos iglesias. Comimos junto al mar. Fuimos y regresamos en autobús. ¡Ay, vuestro coche! ¡Qué maravilla sería por estas carreteras!

Teresa me preguntaba por la marcha del *annullamento*. Todo se desenvuelve según la regla y la costumbre. No se puede predecir todavía cuándo se llegará a la conclusión. Irene calcula –sin demasiada precisión– que se encontrará libre al comienzo de la primavera.

Nos han invitado ayer a ver en Urbino el 6 de agosto una representación –en italiano– de… *Don Gil de las calzas verdes*. Iremos, claro. ¿Y esos niños? *¿Respondió José María de Cossío a Steve?*

Besos. Abrazos.

Vuestro,

JORGE

Espe me ha anunciado que pasará en Italia los primeros quince días de agosto. Haremos lo posible por encontrarnos.

Urbino, domingo 7 de agosto de 1960

Teresa, hija:

Por fin llegó una carta tuya, y respiré a gusto. Hasta creí que se había perdido una carta. Sí, os devolveré –Dios sabe cuándo– las cartas reexpedidas de Orleans. Quien sigue sin dar la menor señal de vida es don Claudio Guillén, que ha conseguido la incomunicación total; yo no puedo tampoco escribirle. (Como después de mi fallecimiento…). Claudie es un encanto, pero me pregunto –apenado– cuáles son los complejos de infancia que le quedan en el subconsciente. (He estado leyendo esta semana un libro de psicoanálisis). En fin, adelante y… viva España.

Recibimos una invitación en la Universidad de Urbino para asistir a la representación en prosa italiana de *Don Gil de las calzas verdes*. (Recuerdo que yo leí esta comedia y otras obras de Tirso en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid. Era yo estudiante del instituto. Por cierto, el nombre de Valladolid sale a relucir varias veces en la comedia y los actores lo pronunciaron correctamente. «Valladolid *è la mia culla*» –mi cuna–… Divertido para este servidor). Somos pues, los *ospiti* desde ayer sábado de la universidad. Todo pagado, menos los viajes: Recanati-Pésaro, Pésaro-Recanati. En Pésaro nos esperaba el coche de un profesor, Paioni, con el *driver* de Carlo Bo. Carlo Bo, ausente, descansando antes de regresar a Urbino para un curso de verano.

En cuanto salgo de mi rincón, hija mía, qué le vamos a hacer, tengo que representar mi papel –agradable– de poeta. ¡De Viejo Poeta! Hemos estado atendidos sin cesar por bastantes personas. A las seis fuimos a una galería de arte, nada provinciana. (Todo, por influencia de Carlo Bo, que es –como dice Irene– el Menotti de Urbino). Y sucedió… pues que había un público, un pequeño público, ya preparado, que esperaba que yo hablara de Tirso y el teatro español. El director, joven poeta, me dijo señalando un hermoso grabado: y esto será para usted… Total: que hablé –¡en italiano!– y contesté a preguntas durante una media hora… Todo se hacía con tal reverencia y tales consideraciones que no tuve más remedio que afrontar la situación. Por la noche, en el gran patio del palacio –palacio estupendo,

exquisitísimo– se dio la obra de Tirso –empalidecida– en la prosa italiana –pero con la vivacidad y la agilidad del texto español–. En un entreacto visitamos el palacio. ¡Qué Piero de la Francesca, –el de la flagelación de Cristo–! Lo vimos muchas veces Anita y yo en el libro *The Stones of Florence*. Vamos a buscar la postal de ese cuadro –para enviársela a Anita–.

¡Cuánto me acuerdo de esa criatura –de quien hace tanto tiempo no sé nada nuevo– y de todos esos Gilman! Lo que me cuentas de Luisa (Osorio) es lamentable. ¡Dura, esa vida universitaria! Me ha escrito de nuevo Georgette Pradal, encantada de Renée, y con tal actividad tratando de colocar su libro de poesía que logrará su propósito. (Vigée no ha querido verla: le habló solo por teléfono: *Villain!*).

Todo el mundo ha estado atentísimo con Irene, de tan evidente e irrefutable conyugalidad. (José me escribió aprobando este proyecto de matrimonio. ¡Amable! Pero yo no le pedí su opinión).

De Espe no he vuelto a saber nada. Debe de andar por Roma, quizá ya por Florencia. En Recanati nos quedan solo dos semanas. El 22 nos trasladaremos al Lido di Camaiore. ¿Nos honrarán con su visita allí Elfie y Claudie?

Escribe, Teresa, por Dios; necesito saber de vosotros: son cerca de las diez; a las diez nos llevarán en coche a Pésaro. Cenaremos en Recanati.

Besos, abrazos a la redonda. Vuestro,

JORGE

Recanati, 13 de agosto de 1960

Queridos todos:

Se echa encima el llamado *Ferragosto*. ¡Tres días de fiesta! Recanati se nos acaba. El jueves próximo *actuaré* en esta localidad. ¡Aparecerán los anuncios de la conferencia y la lectura por estos nobles muros! Se han empeñado –amablemente–: leeré algunas páginas del *Federico en persona* –

ya impreso, no publicado– y los poemas (en español) que ha traducido Montale.

Quedamos, pues, en que nos trasladaremos el 22 de este mes a –repito–:

Pensione dei Tigli

Vía Roma 222

Lido di Camaiore (Lucca)

¿Se presentarán allí Claudie y Elfie?

No me has dicho, Teresa, si has recibido el cheque –importe de mi deuda–. Dímelo –para mi tranquilidad–.

¿No hacéis fotos en esos días marinos de Orleans? Nos encantaría veros en recientes imágenes. ¿Y Anita? Me la imagino hablando inglés y ya me derrito. –¡Ah! No me habéis enviado el prólogo de MacLeish. (Y si es posible, dadme su dirección).

Clamor avanza. Aquí, como había esperado, he podido trabajar con el deseable sosiego. *Et pas de temps trop pur!* (La gran prueba conyugal).

¿Volvió Antó de su viaje? Me gustaría saber algo de él: de Antó, marino. De Espe, ninguna noticia. Acabo de escribir a María y Leónides, siempre mudos.

Os abraza vuestro

JORGE

Recanati, sábado 20 de agosto de 1960

Queridos todos:

La foto en color –os lo aseguro– ha tenido un éxito sin precedentes. No nos cansamos de mirar y admirar a las criaturas allí representadas. Irene ha puesto la foto en un marco que se yergue ahora sobre una mesita. ¡Qué preciosa descendencia me ha dado el Creador!

Debí *actuar* el jueves pasado. En la Biblioteca del *Comune* (del Ayuntamiento) se había reunido numeroso y distinguido público. Los periódicos de esta región habían anunciado la lectura. Y el tema –«Federico

García Lorca»– atrae mucho. Pero se me plantó «en la boca del estómago» la comida, y pasé varias horas como una «máquina de rechazar» (según dice el correspondiente epigrama). Total, que se suspendió la conferencia; y hoy, dentro de dos horas, a las seis y media, leeré algunas páginas del *Federico en persona* y los poemas –en español traducidos por Montale– que leerá el profesor Cinti, de Bolonia, admirador fervoroso que me *ha salido* en esta parte del mundo. ¡Y decir que me intimida mucho menos leer en italiano que en inglés!

Me ha escrito Renée, contentísima y adorable. Los Claudie estuvieron en Provins del 25 de julio al 2 de agosto. Curtis Cate ha escrito a Renée, y yo también he recibido carta suya. Le busca, le pide un artículo. Supongo que llegarán al Lido di Camaiore a mediados de setiembre.

Incluyo el artículo de la señora Silvi. ¿*Cuál es su dirección, cuál es su nombre de casada*? Artículo brillante. Me pregunto por qué habrá omitido, al referirse a los amigos de Italia, la debida alusión –solo «alusión»– a Irene. Me acuerdo infinito de vosotros.

¡Esos nietos, preciosos nietos! Recibí la carta de Steve –que le agradezco mucho–. Le contestaré pronto.

Os abraza

JORGE

Lido di Camaiore, jueves 25 de agosto de 1960

Queridos todos:

La estancia en Recanati no pudo terminar mejor. El último día llegó LA CARTA de Claudie. ¡Estupenda! Larga, alta, afectuosa, grandiosa… Es verdad: se hace perdonar en cuanto abre el pico… Claro: lloré de gusto, de alegría. Contentísimos de Inglaterra, de Bélgica; muy felices con los Lajeunesse… Entendiéndose muy bien Claudie con la hermana de Elfie, mal con el resto de la familia. Llegarán –de Colonia-Munich-Viena– el próximo domingo 28. Irene se emociona, se apura… Con los míos no hay

problema. Pasaremos unos días felicísimos. ¡Qué hijos, Dios mío, qué hijos!

Recanati nos dijo adiós cariñosamente. Íbamos todos los días a un bar a tomar café. El último día nos dijo la señora: Hoy invito yo. ¡Como en España! Habrá que volver a Recanati…

Y tras un viaje de una larga mañana –en primera como si fuese tercera, Ancona-Pisa– llegamos ayer tarde a este Lido –donde nos esperaban vuestras cartas–. No podía haber mejor inauguración de la temporada. Preciosa, la carta de Antó. Me hace feliz que haya sido un navegante tan feliz. Le veo estudiando las *jugadas* de los grandes maestros del ajedrez. ¿Llegó mi carta a Isabel? No, no he escrito nada sobre aquel perro negro. He citado, sí, lo de «un poco horrible». (¿No os llegó mi carta de Urbino?). Voy ahora mismo a escribir a don Américo. *¿En qué quedó lo de Rojas*? (Ese antipático de Russell…). Y mañana, viernes, la gran mudanza… ¡Qué respiro después! ¿No llegó *Historia Natural*? A las cinco vendrá a verme el editor Lerici, muy *zorro* –¡el primero!– y me llevará a Forte dei Marmi para ver a Macrì. ¿No es lamentable signo de la época que hasta se conciba como negocio la traducción de un poeta extranjero?

Abrazos a todos. Hasta prontísimo. Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore, lunes 29 de agosto de 1960

Queridos todos:

Me pasé esperándoles el día de ayer –hasta que llegó hacia las siete un telegrama de Viena: «*Arriveremo mercoledì pomeriggio – Elfie Claudio*»–. La gran expectación continúa. ¡Llegarán, llegarán –en italiano– el miércoles!

La carta con fotos constituye una fiesta. En la última carta venían dos «Anitas». Preciosa, y protesto del «casi preciosa» de su madre. Ya estaréis a estas horas más o menos instalados en la gran casa. ¡Cuánto os habréis

cansado! Y también por culpa de mis libros y papeles. ¡Gracias, gracias a todos! Sí, recuerdo lo de la «Pensión Guillén». ¡Menuda pensión, la Gilman *House*! Por cierto, escribí a Raimundo Lida, vía Moñino; este le remitió mi carta a Santander. Nada he sabido yo directamente. ¿Sabéis algo de los Lidas?

El sábado se celebró la fiesta del Premio Viareggio. Pedí invitaciones al presidente, Repaci: quien me contestó por telegrama. Fuimos con los Macrì; a quienes había visto la víspera en Forte dei Marmi. Lo pasamos muy bien –y esta vez, también con Ungaretti– como en el 54. El premiado, Angioletti, hombre admirable, presidente de nuestra Comunità Europea degli Scrittori. Le saludamos. Los Macrì, como todo el mundo, muy cariñosos con Irene. Hace bueno, sin excesivo calor. Trabajo en la playa y en el jardín de casa.

Recuerdos, abrazos a todos. ¡Cuánto me gustaría, ya lo creo, consolar a mi nieta! Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore, 31 de agosto de 1960

Queridos todos:

Estaba escribiendo una carta –¡a Macrì!– en mi cuarto, ayer, hacia las cinco de la tarde cuando llamaron a la puerta. ¡Claudie! Claudie y Elfie –que, habiendo calculado mal, llegaban un día antes–. Irene había ido a Viareggio, a la peluquería, preparándose para la llegada. Los felices esposos se encuentran muy bien. Y Claudie no para de contar sus andanzas por Europa. Salieron el domingo de Viena; se detuvieron en Vicenza, Verona y Mantua, que visitaron porque los dos viajeros son turistas insaciables. Durmieron anteanoche en La Spezia… y… *les voilà!* Fuimos al *solito* (lo contrario de «insólito») Bar Cristallo. Cerca de las ocho llegó Irene… Y todo ocurrió del modo más natural. ¡Con mis hijos no hay problema! No *son* problema sino solución… El Peugeot de Claudie tal vez pareciese pequeño en América. Al lado de los cochecitos italianos, resulta hermoso e

importante. Volvimos al Bar Cristallo por la noche. Imposible: música, ruido por todas partes. «El mundo me encarcela en ruido», ha dicho el poeta –el otro día–. Irene, la pobrecica, ha podido apenas dormir: tan «excitada» estaba por la llegada de los Guillén Junior.

Recibí ayer carta de Raimundo Lida –a estas horas quizá ya de regreso en Cambridge–. Exquisita carta. Llena de amor, y de admiración por Francia, Italia, España. «¡Y qué mundo –nada turístico, para nosotros– nos ha sido España!». «Varios meses en Madrid, como en nuestra Casa». Cuando se tiene la lengua española en la sangre como Raimundo, y se es un hombre bien nacido, se reacciona así.

Nos acordamos de vosotros, hablamos de vosotros.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Lido di Camaiore, 9 de setiembre de 1960

Queridos todos:

Contestaré, Teresa, a las preguntas de tu última carta. «¿Y qué le ha parecido Claudie a Irene?». Pues... ¿qué iba a parecerle? Estupendo. Han simpatizado mucho. –Claudie, Irene y Elfie–. Me dice Irene tantas cosas sobre tu hermanito… La pobre estaba apuradísima. Pero ¡estos hijos míos! Todo ha sido enseguida, natural, sencillo, afectuoso, alegre –y sobre la base de un acuerdo en las cosas esenciales–. Fuimos a Lucca juntos. (El coche de Claudie –el Peugeot– está muy bien). Vino también Hildegarde, ahora en Viareggio. Alta, magnífica –seria–, una Elfie mayor. Muy digna señora, muy hermoso ejemplar teutónico. ¿Y por qué soltera –aún–? (Cuarenta y tres años). El tema de la conversación –sobre todo de Claudie– es: «Hay que casar a Hildegarde». (Irá a América).

Elfie, alegrísima. Claudie... Pero ¿qué voy a decirte? Hablamos mucho; le he leído poemas. Se concentrará en su *Mateo Alemán*. Tiene muchos proyectos de libros. Celebramos sus treinta y seis años. Y a propósito. No

quiero dejar de felicitar –aunque sea tarde– a Steve, en su cumpleaños. ¡Cuánto envidio a estos jóvenes profesores!

Vimos a los Poggioli en Forte dei Marmi. Él, sobre todo, muy amable. Angela Bianchini ha venido. (Ha vuelto a Forte dei Marmi Spitzer, y ella, fiel discípula, le atiende). A las seis la esperamos esta tarde. ¡No veremos a Spitzer! Hablamos mucho de vosotros. (Elfie habla inglés con Irene, que le contesta en francés). Recibí la carta de Isabel, que me llegó al corazón. «¿Hasta prontísimo?». Epistolarmente. ¡Cuánta gente veis! Claro que soy *también* poeta de circunstancias. Acabo de corregir las segundas pruebas del *Clamor* segundo. Queda bien. *¿Os llegó la* Historia Natural? ¡Escribid!

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

¿Os llegó la Historia Natural*?*

Lido di Camaiore, miércoles 14 de setiembre de 1960,
diez y cuarto de la mañana

Queridos todos:

Acaban de marcharse Elfie y Claudie. ¡Qué solos se quedan... los que se quedan! La visita –de dos semanas– no ha podido ser más *successful*. Claudie y Elfie *ya quieren* a Irene, que –verdaderamente– se hace querer. Elfie, tan alegre, tan afectuosa y dichosísima. Y Claudie... en muy buena forma, más Claudie que nunca –a mí me parece cada día más español–. Creo que esta vez ya está lanzado a escribir su *Mateo Alemán*. Irene estaba emocionada cuando se despidió de la feliz pareja. Con Elfie, a pesar de las dificultades lingüísticas, se entiende muy bien. Claudie la deslumbra (a Irene). Ayer fuimos a Pietrasanta; volvimos a ver su preciosa iglesia y su preciosa plaza. Os recordamos y os enviamos una postal. Pero el acontecimiento de ayer fue la comida con los Longhi. (Ella, Anna Banti, la novelista; él, el gran historiador del arte italiano). No quiso venir Elfie; los

Longhi no hablan inglés. Comimos *all'aperto* en la Pérgola –a dos pasos de la casa de los Giovanelli (¡año 54!)–. Claudie intenta publicar en *Paragone*, la revista de Longhi, el artículo sobre Poggioli. La dificultad está... en Poggioli, persona poco grata y apenas conocida por aquí. De ahí, el interés *nuestro* en que se traduzca ese artículo –que Claudie va a corregir– para adaptarlo a Italia.

Nos hicimos, por fin, varias fotografías. Voy a mandárselas a Anita; pero debe guardarlas la mami. Me he ocupado del asunto económico. Ya he devuelto firmados varios cheques, enviados por José. Sería –para mí también– estupendo que la combinación funcionase.

Hemos pasado unos días gratísimos. ¡Y tan cortos! Me gusta mucho, mucho vivir con mis hijos, y me duele la separación. Os echo de menos cada día más. –Irene está copiando el capítulo de san Juan de la Cruz–. Para publicar el texto español es necesario primero que haga una copia a máquina. ¿Cuál es la dirección de la señora Dinali? ¿Recibisteis el artículo «*J. G. al cafè*»?

Besos, abrazos, nostalgias... Vuestro,

JORGE

Incluyo otra carta reexpedida

Lido di Camaiore, 24 de setiembre de 1960

Queridos todos:

Me decías, Teresa, que tantos ajetreos te han infligido un lumbago. Yo también lo padezco todavía. El equinoccio, en Italia, ha sido terrible. Ha habido innumerables desgracias. A mí, el frío –en este cambio de estación– me afectó en esa forma aguda durante dos días. Pero las inyecciones –mil liras cada inyección– y la reclusión en el cuarto, entre los infinitos cuidados de Irene, han vencido el lumbago. Esta mañana salí a tomar el sol –porque los días son de nuevo magníficos, de un setiembre ya dorado–. Aquí, sin

embargo, no podemos continuar. La pensión –excelente– se cierra. Escribidme, pues, de nuevo, a «Pensione Monini, Piazza S. Ignazio 170, Roma». Allí estaremos en la primera semana de octubre. Estuvimos pensando pasar algunas semanas en Lucca. Pero el arreglo no era fácil. (El problema de la calefacción, etc.). Total, que volveremos a Roma, aunque a Irene no le gusta nada vivir en una ciudad por ella tan vivida.

Ya lo sabréis. Murió de repente Spitzer –en condiciones lamentables que sería triste explicar–. Me impresionó esa muerte, tan imprevista y repentina. Era, por otra parte, una gran figura. (No ha habido entierro. Angela Bianchini nos contó que Spitzer quería ser cremado).

Hemos recibido ayer –¡agarraos!– una larga carta de Claudie, recién llegado a Madrid. Muy cariñoso: «*Chers, papa et Irene*». En francés. Elfie, muy contenta en Madrid. La pensión, excelente, muy céntrica, con un gran cuarto; y pagan por la pensión completa *de los dos* 256 pesetas. ¡Increíble! Tanto Elfie como Claudie no pueden estar más cariñosos con Irene –lo que me causa gran satisfacción–. José me ha escrito: la combinación deseada funcionará. Me ha sido grato el cuadro de vosotros con el gran Roy Pearce, leyendo un poema de servidor. Di Giovanni sueña, me enternece. Le he escrito. ¡Gracias, Steve! Gracias también por lo del banco. Perdonad las molestias que os causan esos dichosos libros. Las frases de Anita me conmueven y se me clavan en la memoria. Anteayer, Teresa, 22 de setiembre: cumpleaños de tu madre. ¡Escribidme! Adjunto tres fotos.

Abrazos.

JORGE

Lido di Camaiore, lunes 26 de setiembre de 1960,
cerca de las cuatro

Teresa, hija:

¡Gran carta, hoy! Estupendo plan, sí, osado, maravilloso. ¡Pues claro! Estamos libres, no tenemos otra cosa que hacer que esperarte. ¡Lástima que

no fuese un vuelo con todos los Gilman!

Mi lumbago, casi concluido. Han vuelto los días claros y dorados. Saldremos, por fin, de aquí el próximo lunes 3. Y nos pondremos a esperarte en Roma. Irene, con gran «confianza» en todo lo esencial, en vosotros, pero apuradísima. Pensando que la pensión Monini te parecerá demasiado modesta. Verdad que es, por ejemplo, bastante más modesta que esta Pensione dei Tigli –donde los Claudie se encontraron perfectamente–.

A Claudie voy a escribirle ahora mismo, anunciándole la gran noticia.

Te divertirá el viaje. Descansarás. ¡Qué lujo, por otra parte! Tú realizas, tú cristalizas en este viaje como la imagen de lo que se llama una «familia unida». ¡Unida por los aviones!

Sigo de media hora en media hora a Anita en este primer día de escuela. ¡Cuéntanoslo todo! Y estoy yo también *very proud* de que Isabel sea presidenta de su clase. Y saludo con la debida reverencia al señor don Antonio. ¿Steve vuelve a sus clases? «Ya el tiempo nos convida a los estudios nobles...». ¡Oh fray Luis!

Saludos a los señores de Márquez. Envíame su dirección. Mira si, entre los paquetes llegados después de mi última salida, hay uno de los *Papeles de Son Armadans*. Debe de estar ahí con cinco *Historias Naturales* –cuya distribución te encargaría–. Enviaré lo de la *Blue Cross*. ¡Gracias!

Besos. Abrazos.

JORGE

Lido di Camaiore, domingo 2 de octubre de 1960

Queridos todos:

Esta será la última carta de la serie estival. Principia el curso. Y me doy cuenta muy conscientemente de este «no principio» de las clases. Acabo de decir adiós al mar en una playa casi desierta. ¡Liquidación! (Irene ha ido a Viareggio a comprar los billetes y otras cosas).

El lumbago se dominó. He pasado estos últimos días escribiendo cartas. Ayer escribí, después de dos años de silencio, a Max Aub. Un momento después, con el correo de la tarde hubo ¡carta de Max Aub! –cariñoso con todos los Guillenes y Gilman–. Ayer fuimos, por fin, a visitar al profesor Russo. Muy interesado por Irene, cuyos antecedentes familiares conocía bien. Divertido, maldiciente, vigoroso, meridional, brillante, simpático.

Mañana por la tarde estaremos en Roma. Tengo que ponerme enseguida a escribir el prólogo para la antología de Di Giovanni –quien me ha escrito desde Puerto Rico–, entusiasta, delirante –y exigente–. Quiero tener terminado ese prólogo antes del 23 de octubre, fecha importantísima: ¡llegada de Mrs. Gilman! (Por cierto, no me habéis mandado el prólogo de MacLeish. Deseo leer esa página y escribir a su autor). Y a propósito. No sé nada de la Harvard Press. Podrías, Teresa, telefonear a Miss Louise Ann Coffin, UN8-7600 -ext. 2612, preguntándole de mi parte «qué se le ofrece»; a lo mejor podrías traerme pruebas del libro. (¿*Dónde está don Américo*?). Le escribí. No he tenido respuesta.

Pienso en esos nietos, laboriosos, cada uno en su colmena. ¿Cómo le va a Anita en su gran aventura? Teresa: si tienes tiempo, abre los sobres y paquetes de libros. Dime si hay algo interesante. ¡Qué ganas de veros!

Abrazos.

JORGE

¿*Cuál es la dirección de don Juan Augusto Marichal*? No se os olvide contestar a esta pregunta.

Roma, viernes 7 de octubre de 1960

Queridos todos:

Te esperamos, Teresa, y los varios asuntillos del día necesitarán la conversación *a voce*. Tenemos un segundo cuarto en esta pensión. En él escribo; aquí trabajaré. He corregido las pruebas de una próxima

colaboración mía a *Paragone*, la revista de Longhi. Macrì ha traducido el «San Juan de la Cruz» y dice –a Claudie, por ejemplo– que le gusta mucho mi crítica. ¡A mí me gusta mucho la crítica de mi yerno y de mi hijo! Hoy he recibido un artículo de Claudie sobre la *Antología* de Castellet. Escrito con gran altura, con gran respeto, en actitud de sincero diálogo –y de un modo negativo–. No es seguro que *Ínsula* admita ese artículo. Sería gracioso que al padre le prohíban el «Pérez» y al hijo el «Castellet», porque este es *tabú* como Franco. Castellet es el portavoz del grupito de Barcelona. (Crítica más o menos marxista: «realismo histórico» o «socialista»).

Más literatura. El 26, miércoles, será la *serata* en la librería para lanzar el *Federico en persona*. Han escogido ese día para que puedas tú asistir, Teresa. En *L'Europa Letteraria* de este mes saldrá un fragmento del libro de Jaime Gil de Biedma sobre *Cántico*. ¡Los italianos me tratan bien!

Os gustaron las fotos. ¡Habrá más! Claudie y Elfie están gruesos, pero ¡no «asquerosos»! ¡Por Dios! Cada día me gusta más Elfie: buenísima, alegre, con muy buena voluntad para todo, siguiendo inteligentemente a Claudie en sus vuelos por los espacios. Los dos parecen y son violentamente felicísimos. Nada mejor podría desearse.

¿Cómo le va en la escuela a Anita? ¿Cómo le va a Steve en su escuela? Steve ha debido ya de ver un artículo sobre *La Celestina* en la *Revue de Littérature Comparée*, *Avril-Juin*. En la *Revue de Paris* de este octubre saldrá el artículo de Cassou sobre *Maremágnum*.

Abrazos. Besos. Adiós, hasta muy pronto.

JORGE

Roma, 15 de octubre (Santa Teresa) de 1960

Teresa, hija:

¡Te esperamos! Te esperamos con impaciente ilusión. (Y por la escalera de la pensión, ahora «en obra» y sucia, Irene «*se faisait de la bile*»: «Pienso en Teresa…»). Aquí descansarás, y harás –por supuesto– lo que te plazca.

Fina es «la base» o «la condición previa» de este viaje. Salúdala en mi nombre.

Me decías que Espe... Tu hermanito me escribe sin cesar. ¡Estupendo! Ha estado con Ortega, hijo, que publicará –si Mr. Wilson lo consiente– *Lenguaje y poesía*. Claudie está cariñosamente empeñado en que ese libro se publique en España. Con el permiso de la Censura. ¡Veremos! Te dije que Claudie –ya ha comido con Jesús que «se volcó» con él, con ellos– ha escrito el artículo –excelente, a mi parecer– sobre la *Antología* de Castellet. Se publicará en *Ínsula*, y provocará discusiones. Hay un pequeño grupo «marxista», muy agresivo. Y dice Claudie: «Estoy intimidado». En la carta de hoy: «Estoy inquieto».

Cenamos en familia con Angela Bianchini. Ahora iremos, –hora de los *drinks*– a casa de una exalumna de Wellesley. Por otra parte, trabajo en el prólogo de la *Antología*, mañana y tarde. Lo hago con interés, con empeño: ¡*explicar Cántico*, menuda tarea! –Recibí carta de la amabilísima Miss Coffin. Se prepara la *serata* en la Librería. Hemos descubierto un cine estupendo, el Rialto: como de *vanguardia*. Se dan buenas películas no nuevas, y cuesta 150 liras. ¡Increíble! Celebro que Anita se sienta a gusto en la escuela. ¡Qué tiburoncito! Tráete fotos. ¿Acaso algunas cartas, algún libro? Pienso en Steve, en Antó, en Isabel, en Anita –que no vendrán–. Les quiero. Hasta prontísimo.

Besos. Abrazos.

JORGE

Roma, lunes *17 de octubre* de 1960
(aniversario de mi boda)

Teresa, hija:

Te esperamos, pues, en el aeropuerto, en Ciampino, a las diez de la noche del domingo 23. No repites esta fecha en tu carta, recibida hace dos horas. Supongo que será el anunciado día 23.

Después de lo ocurrido con Claudie y Elfie, Irene está un poquito –solo un poquito–más tranquila ante el magno acontecimiento: tu llegada. Si la calefacción en esta casa fuese insuficiente respecto al frío que hará entonces, te buscaríamos alojamiento en un hotel muy cercano, plaza del Panteón.

Yo salí del lumbago. Pero estoy en pleno catarro –muy fuerte–. *Procuraremos* estar libres de achaques la semana próxima.

Irene, dice, claro que Claudie exagera. (Es decir, *esagera*). Resumo todas esas ponderaciones en una sola: Irene es buenísima. Y todo lo demás, por añadidura.

Me he perdido esa función de circo con Anita. Será inteligentísima, por supuesto. Pero a quien se tiene que parecer es a su madre y a su abuela –no a la sabihonda erudita–. ¡Dios mío! Me identifico tanto con Steve que yo también tiemblo, pensando en el tomo imponente que *nos* amenaza.

Hasta la fecha, Claudie no ha hecho nada, que yo sepa, respecto a la combinación económica. ¡Sacúdele! –Hija. Buen viaje. ¡Cuánto, cuánto te agradezco, te agradecemos a ti –a Steve– ese viaje! *Se te corresponde*.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado 5 de noviembre de 1960, 3.35 tarde

Teresa, hija:

Te has ido, y la Isla, y Roma, se han quedado solas. Antes de reanudar el trabajo –ahora, este prólogo de la *Antología*– quiero escribirte enseguida estos renglones para no decirte nada nuevo. Pero *necesito* repetirte *di nuovo*: gracias. De todo corazón, con toda el alma, casi con lágrimas en los ojos. ¡Gracias! Tu visita me ha colmado de felicidad, nos has colmado de lo mejor que puede esperarse en esta vida. Me causa una inmensa, profundísima satisfacción que tú y Claudie os entendáis tan maravillosamente con Irene. ¿Qué más podría desearse? Yo no puedo desear más. ¡Qué días estupendos hemos pasado! ¡Cómo vamos a echarte de menos!

Y ahora, esa casa habrá renacido.

A todos besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma, martes 15 de noviembre de 1960

Queridos todos:

Saboreamos la carta, Teresa, en que nos contabas tu viaje y la reinstalación en Cambridge. «¡Te he esperado mucho tiempo!», decía Anita. «¡Cuánto tiempo vamos a esperaros!», digo a mi vez.

(Escribí a Levin).

Acabo de devolver a Lerici –«¡finalmente!»– nuestro contrato firmado. Satisfactorio. Aprobado por Macrì. Según el contrato, la *Antología* aparecerá en 1961. Estoy contento.

Me escriben de Alemania –tú me reexpediste la carta de la traductora– proponiéndome una edición de antología en alemán. También me ha escrito desde Suiza otro discípulo de Friedrich. He acabado el prólogo para la *Antología* en inglés. Se lo enviaré a Di Giovanni en cuanto lo haya copiado

Irene. A Turín iré a dar dos conferencias en enero. Quizá vaya entonces también a Milán. A «la rutina de los versitos» –nunca interrumpida del todo– no he vuelto aún. (Me refiero a los poemas –no nocturnos– de *Clamor*).

Vamos a hacer una visita a la madre de Vera Cacciatore. (Señora rusa, escritora, muy inteligente).

Abrazos, besos. A Antó le escribiré aparte. ¡Viva Kennedy! *A presto*.

JORGE

Roma, 17 de noviembre de 1960

Teresa, hija:

Hoy ha salido en *L'Espresso* el artículo –adjunto– de Paolo Milano. Está muy bien. Lo ha escrito con «sensibilidad psicológica» y en tono muy amistoso. (En la última parte del artículo se cita una frase tuya. Y «*lorcheggia*» (derivado de «Lorca») me suena a «gorjea» («*gorgheggia*»).

Esta mañana hemos recogido –magnífico regalo– unas fotografías bastante buenas. Os enviaremos algunas.

Hoy me han telefoneado de la Universidad de Milán. Allí se celebrará el lunes, 28 de noviembre, un *incontro* –organizado– a la sombra de la universidad –por Scheiwiller–. Me presentará Carlo Bo –y yo responderé a las preguntas en italiano o en francés (o en español)–. A la vuelta nos quedaremos unos pocos días en Florencia. Te enviaré a tiempo la dirección florentina.

Como ves, los «negocios» (!) marchan prósperamente. ¡Vanidad de vanidades!

¿Qué es de esos Gilman? Escribid.

Para todos abrazos de vuestro

JORGE

(Claudie, silencioso. ¡Nueva etapa!)

Roma, 24 de noviembre de 1960

Queridos todos:

Os enviamos ayer unas fotografías bastante buenas. ¡Necesitamos las últimas de esa casa y familia! Recibí la separata de Steve –y su carta–. Leeré ese estudio *fervorosamente*. He contestado a Mr. Wilson. Se trata ya de la publicación en Madrid por la *Revista de Occidente* de *Lenguaje y poesía*. Por cierto, he firmado el nuevo contrato con Lerici. Ahora también Mondadori quiere publicar algo de este servidor. *Federico in persona* parece que va vendiéndose bien. ¿Os dije que publicará la traducción alemana de ese librito Limes Verlag de Wiesbaden?

Hemos visto una obra francesa –*Jean de la Lune*– de Achard –representada por el Vieux Colombier–. Hemos ido al cine. Vimos a Elena Croce en casa de Elena Giolitti. Volveremos a casa de los Cacciatore mañana viernes con Nieves de Madariaga. Ahora, dentro de un rato, veré en el Canova al poeta francés André Frénaud, poeta interesante, hombre encantador.

A Milán nos trasladaremos el martes 29. El 1º de diciembre estaremos ya en Firenze: *Pensione Chiari, via Calzaioli 3, Firenze*. Regresaremos a Roma probablemente el lunes 5. Tal vez podrías, Teresa, escribir una vez a esa dirección. Llegó –¡«finalmente»!– carta de Claudie. Han estado en Santander. Trabaja mucho en Mateo Alemán. Ha encontrado cosas nuevas para su biografía.

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Florencia, jueves 1º de diciembre de 1960

Queridos todos:

Salimos el lunes por la mañana de Roma, y a las cinco, en Milán, nos esperaban Vanni y el joven Danovi, presidente del *Centro letterario*

universitario –quien nos instaló en el Hotel Continental, de primera clase–. Poco después llegó Carlo Bo, de Urbino, donde había entregado la víspera un premio de dos millones de liras a Ungaretti. Estuvimos en casa de Bo, llena de libros. Conocí a su mujer, todavía guapa. El *acto* se celebró en un aula grande –con bastante público, sobre todo de estudiantes–. Asistió el rector. Carlo Bo habló de un modo amable, simpático y lánguido. El joven Danovi declamó bien las poesías traducidas por Montale. Y yo respondí en italiano –alguna vez en español– a las preguntas de los estudiantes. Preguntas que yo no oía; pero me las repetía Carlo Bo. Es curioso: a esta juventud no le interesa la literatura. Todas las preguntas se refirieron a los «problemas» del escritor *engagé*. No interesa más que lo social. ¡Así es Nuestro Tiempo! Al final leí dos poesías, señaladas por Carlo Bo: dos «gatos», que dedicó a Irene. Después, en un gran restorán, fue la comida. Yo, a la cabecera, entre Bo y Montale. Se charló agradablemente. Ayer, comenzó el día con una *interview*; forcé como pude al periodista, y le llevé al terreno literario. Visitamos, acompañados por Danovi, la Mostra dell'Antiquariato, preciosa; comimos en casa de Scheiwiller padre; viejecito, entusiasta de España. Allí vi a Lerici… Pero esta historia sería demasiado larga y pequeña. Vimos una galería de pintura. ¡He firmado no sé cuántos libritos! ¡Ah! Los estudiantes aplaudieron mucho. A Florencia llegamos a medianoche. Pensamos regresar el lunes próximo. Tenemos que ver a mucha gente. Irene piensa en Ronchi. Hasta muy pronto, por correo.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Roma, 8 de diciembre de 1960

Queridos todos:

Escribí desde Florencia, no recuerdo cuándo. Hemos pasado, en suma, una semana intensa, que se parece mucho a nuestro *emploi du temps* más ordinario. Cenamos en casa de los Bigongiari –con algunos de los amigos

escritores–. Fuimos a I Tatti, y allí almorzamos con Nicky Mariano (la Admirable) y su hermana, y Clotilde Marghieri, que era el lazo de unión. Todavía sigue el «ceremonial» instituido por Berenson en aquella maravillosa morada principesca. Papi nos hizo el gran honor –secreto– de enseñarnos su maravillosa galería, es decir, la del suegro Contini. Riquísima, una enorme fortuna: ¡*qué españoles*! Velázquez, sobre todo –y Zurbarán–. Hay una naturaleza muerta de Zurbarán, que pasma. Acaso el mejor «bodegón» del mundo. Después de la visita, comimos con los Papi, muy cariñosos –como todo el mundo– con Irene. Y para coronar los festejos florentinos, tuvimos el atrevimiento de invitar a los Longhi da Piero. Él y ella, Anna Banti, parecieron complacidos. A todo esto, más y más Pazskowski. Y con Elisa estuvimos en su palco de La Pergola. Y visité al doctor Danti, que me encontró muy bien (toquemos madera). El martes regresamos y oímos la conferencia, Jemolo-Bo. El miércoles, ayer, comimos en casa de los Carandini, muy ricos, muy liberales (de izquierda); ella, la condesa, gran señora –intelectual– política; él –parecido a Gary Cooper– uno de los jefes del partido radical. Asistían los conferenciantes, Jemolo y Carlo Bo –quien no abrió la boca–. Silone, el director de *Il Mondo*, etc. Ahora ¡descansamos! Y he vuelto a mis papeles: ordenación de fin de año. Tu última carta, Teresa, nos dice algo de esa extraordinariamente dinámica película que vives. Lo mejor de todo: Anita y Velázquez. ¡Me la comería! Carta de Claudie; no me habla más que de Mateo Alemán. La Navidad se acerca, aquí también. No hace frío en la pensión.

Abrazos, besos a todos.

JORGE

Roma, 12 de diciembre de 1960

Queridos todos:

No os escribí a la segunda isla Bahama porque no estaba seguro de que allí os alcanzase mi carta. En suma, ha sido un buen descanso en ese crudo

invierno de nieve. Aquí sigue lloviendo, pero no hace frío. Os escribiré desde Turín el lunes o martes. Allí leeré la conferencia de Bécquer y daré una lectura de poesías mías. Repetiré el «Bécquer» en Milán, y en Pavía leeré en italiano, traducción publicada por *Inventario*, aquella «Vida y muerte de Alonso Quijano». Estos días he preparado esas «actuaciones» y he puesto casi –¡eterno casi!– al día mi correspondencia, muy atrasada. Recibo «acuses de recibo» muy lacónicos de las personas a quienes han llegado –enviados desde Buenos Aires– ejemplares de *Que van a dar en la mar*. Por fin me escribió don Américo, silencioso tras varias cartas mías, que tal vez no le llegaron. Claudie me dice que el libro le ha gustado mucho. Eso es lo que me importa. Ahora estoy en relación con dos casas germánicas, que quieren traducir poemas y *Federico en persona*. No sé aún lo que decidiré; pido consejo. Me enviaron la cubierta de *Language and Poetry*. No está mal. ¿El libro no ha salido todavía? Hemos ido al cine, hemos visto a Edoardo de Filippo, en una comedia suya. Es, en efecto, un gran actor. Hemos oído alguna música. Hemos cenado con Sciascia y Biagia Marniti (que conoce a Anita). Vamos a cenar esta noche con Frénaud y Clotilde Marghieri. Estuvimos en la Embajada del Brasil.

Entre las cartas, han sobresalido para mí dos: una, de Antó, que se cruzó con otra mía. ¿La recibió? Y las líneas de Casalduero: «¡Qué maravillosa es Teresa! No hay palabras: enérgica, bondadosa, amable, buena, y todo como si fuera natural ser así. Para mí fue un gran consuelo, y sobre todo para Sacha. Ella, Steve, Antó, Isabel la animaron de una manera extraordinaria. Y claro, Anita». Esto me ha *conmovido* de veras. ¡Qué orgulloso estoy de vosotros! Irene ha agradecido mucho el beso de Anita. (Irene irá a Florencia). Volveremos el otro sábado.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Salimos el domingo. Teresa: ¿Recibiste la *Christmas card* de la cuñada de Irene? Está esperando tu contestación.

Roma, 16 de diciembre de 1960

Queridos todos:

Pienso en vosotros, en el árbol de Navidad, en los regalos de Santa Claus, en el viaje a Nassau... (Adjunto un modesto cheque. Repartidlo como gustéis. Por ejemplo: Anita, 10$. Isabel, 20. Antó, 20. El resto, para los mayores). ¡Felices Navidades, Feliz Año Nuevo, y que pronto llegue el verano! Felicidades, Teresa, el 28 de este mes. Nosotros, oficialmente, nos ausentaremos durante algunos días. En realidad, aquí nos quedaremos. Irene se aplicará a la copia de *Lenguaje y poesía*. Yo seguiré con mis coplas. Ya se han entendido Wilson (Harvard Press) y Ortega Spottorno (*Revista de Occidente*). Y no esperan, para comenzar a imprimir el libro, más que el envío de las dos copias. (Imprenta y Censura). ¿Veréis el libro en la edición de Harvard antes de volar? Por cierto, envié el prólogo de la *Antología* a Di Giovanni. No le ha parecido adecuado. Y me ha pedido un nuevo prólogo –con indicaciones sobre extensión, tema, desarrollo–. ¡Estos chicos! Yo no tengo tiempo para hacer todo eso y no sé escribir al dictado. Le he propuesto que pida el prólogo –allí mismo, en Puerto Rico– a Ricardo Gullón, que tiene no sé cuántas cosas escritas sobre *Cántico*. Recibí y leí el libro de Gil de Biedma. Estudio notable. Muy afirmativo hasta el tercer *Cántico*. Después bastante negativo. Dice el autor: «historia de mis lecturas de *Cántico*». O sea: memorias de la juventud y crítica. En suma, el libro se lee muy bien. Ameno, irónico, penetrante, impertinente. *Cántico* muy vivo. A Claudie le ha gustado. Claudie, que se molesta, porque le recuerdo nuestra aún incumplida combinación económica. ¡Al niño no se le puede decir nada! Ahora está en archivos y bibliotecas, estudiando la escritura procesal para conseguir algunos datos nuevos de la vida de Mateo Alemán. ¡Allá él! Así no sé cuándo acabará su libro. (A Emilio no le ha visto todavía...). Nosotros hemos visto a gentes: cena en casa de la madre de Vera Cacciatore, té con los Cecchi (el crítico). El martes próximo invitamos a cenar en la pizzería de esta plaza a Clotilde Marghieri, Angela Bianchini, Paolo Milano y Frénaud. Envío a Anita *por correo ordinario* un sobre con fotos grandes. *Happy Christmas*.

Vuestro,

JORGE

Mañana asistiremos al *cocktail* dado por los Carandini a Ehrenburg.

Roma, miércoles 21 de diciembre de 1960

Queridos todos:

Escribo con el temor de que esta carta no llegue a tiempo. ¿Llegará el sábado? ¿Cuándo voláis vosotros? Teresa parece quejarse de tanto movimiento... ¿No es el que vosotros os inventáis? Aquí resulta estupendo decir: «Mi hija se va con todos los suyos a pasar estas vacaciones a las Bahamas...». ¡Felices vosotros! Y nosotros. Y ellos, los de Madrid.

Novedad: la *Antologia* de Elena Croce. *Poeti del Novecento*. Salió exactamente ayer. Para presentar el libro reunió la autora en su casa a mucha gente. Yo leí en español algo mío, de Pedro y de Federico. Después leyó en inglés un profesor de Smith College. Después yo pedí –por encargo secreto de Elena Croce, que me dio el recado por medio de Elena Giolitti, que telefoneó a Irene... (¡qué comedia!)–, yo pedí a Ungaretti que leyese él. En efecto, leyó (casi en voz baja) a Saba, Cardarelli y Montale. Entonces Poggioli leyó textos de Ungaretti. (Con este cenaré el viernes próximo). La *Antologia* es de una arbitrariedad crociana. Omisiones injustas, proporciones desproporcionadas. Todos los poetas italianos ocupan tres páginas más que Alberti (Rafael). Los franceses ocupan menos sitio que Antonio Machado. Yo me referí, antes de leer, a «questa antologia» como a una «sublime lotería».

Ayer mismo, invitamos a cenar, en esta Pizzería de San Ignazio, a Clotilde Marghieri, Ángela Bianchini, Frénaud y Paolo Milano –divertidísimo–. La *soirée* resultó agradable. Ahora vamos a una reunión de la Comunità Europea. (El pobre Angioletti está muriéndose).

Pienso en vosotros, mayores y pequeños, no tan pequeños. Os envié un *Federico in persona*. En la dedicatoria escribí «yerno» en vez de «suegro». Perdonad la errata. *Happy Christmas*.

Irene os abraza. Yo os saludo, beso, abrazo a todos.

JORGE

¿No os llegó la carta de Irene?

Milano, 19 de enero de 1961

Queridos todos:

Desde que caí en manos de mis «directores» no tengo un momento libre. Tuve algunos momentos, sin embargo, para pensar que ayer cumplí sesenta y ocho. Fecha gustosa y melancólica… ¡Tengo que ver casadas a mis niet*a*s! Y quién sabe, quién sabe… Pero vengamos a estos días, muy llenos. A Turín llegué el domingo. Bertini es un cura castizo y eficaz. Visité la ciudad –barroca y *ottocentesca*–, el Palazzo Madama, interesante; estupendo, el Museo Egipcio. Comimos en el Cambio, el restorán de Cavour y aún con aquella atmósfera. Di lectura de versos –*explicados* ligeramente–. Mucha gente, y cordial. En un aula de la universidad encontré el horizonte principalmente femenino, como en Wellesley. Hubo comidas, un té, etc. Y una curiosa visita a un pintor. ¡Increíble Bertini! Llegué a Milán el martes por la noche. La excelente señora Granados me ha agasajado, comidas con estudian*tas*, turismo acompañado por un estudiante con automóvil. Vanni Scheiwiller. Amigos suyos. Una señora alemana, representante de la importante casa Piper Verlag de Munich, que me persigue –para conseguir los derechos de traducción del *Federico en persona* y de una antología de poemas–. Se lo concederé: probablemente. Comida en casa de Vanni. La conferencia en la Universidad Bocconi fue dicha en un ambiente *solemne* y cordial. La sala llena de bote en bote. Una estudiante, que me pedía una firma en un libro, me dijo: «Esta poesía me

gusta mucho, pero usted me gusta más». ¡Un piropo a mis sesenta y ocho años! Menos mal, *meno male*… Y ahora, a las cinco y cuarto, vendrá el estudiante para llevarme a casa de la señora Granados, a quien saludaré con tres rosas (1.800 liras). (He cobrado discretos cheques). Mañana, Pavía. Irene, en Florencia. Hoy había estado en Viareggio y mañana irá a Ronchi.

Adiós. Besos a esas niñas. Abrazos a los mayores (incluyo a Antó, entre ellos). Vuestro,

JORGE

Roma, 26 de enero de 1961

Queridos todos:

Os escribí desde Milán. Estuve después en Pavía. Ciudad preciosa. Y la Cartuja, una maravilla. Me alojé en el Colegio Borromeo, tal vez el colegio más bonito que yo conozco. Allí leí en italiano mi conferencia. El rector, un sacerdote, muy fino, don Angelini, los profesores, todos, muy amables. En Florencia me reuní con Irene. Y aquí estamos –con nuestros dulces hábitos–. He escrito un segundo prólogo para Di Giovanni (con un «Esquema biográfico» y una «Bibliografía»). No puedo hacer más. Recibí *Language and Poetry*. Queda bien, bastante bien. Enviadme los recortes, si pudiera haberlos. Leí el estudio de Steve sobre Jorge Manrique. ¡Estupendo! De veras me ha gustado mucho. Me ha renovado el tema –y del modo más convincente–.

Ahora voy a ver a un señor alemán –a quien no conozco– en Allemagna. Irene está viendo *Arialda*, una obra de teatro. ¿Y esos niños? ¿Y las fotos prometidas? ¿Y Anita? Hasta muy pronto. Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma, 2 de febrero de 1961

Queridos todos:

Sí, iremos a Colombia, «si Dios quiere», y no iremos a América antes de agosto. Contesto, pues, así a la pregunta de Teresa. Lo del vicariato marcha bien, pero no es posible que el asunto acabe antes de junio. Os esperaremos en Ronchi, o en algún punto de aquella costa. ¡Y con qué ganas! Las ultimas fotos me causaron gran alegría y gran nostalgia. La foto de Anita en brazos de Teresa es conmovedora. «Vivir es gracia concreta», ha dicho un coplero. ¡Imágenes, imágenes! Isabel está preciosa, elegantísima en su *tenue* de playa. ¿Y Antó? Me dicen que está muy alto. Me derrito de gusto leyendo sus artículos. Conste que me interesan verdaderamente; que no deje de enviármelos. A juzgar por esos artículos, se le vería más bien encaminado a estudiar *Political Science*, «Sciences Po», o Periodismo. Él me dice que tal vez elija Griego y Latín. ¡Estupendo! Para que luego digan de América… De modo que somos cuatro los que escribimos en nuestra tribu. Cuatro por ahora… Claudie y Elfie han debido ya de salir de Madrid. Claudie me escribe, cariñoso; insiste patéticamente en que trabaja mucho: razón para no ver a casi nadie. He recibido varias quejas. Porque todavía no ha visitado, ni siquiera saludado, a personas que estaban deseando verle. Por ejemplo, Dámaso, Aleixandre. ¿Será posible que se marche de España sin hablar con esos amigos, amigos suyos? El trabajo que le costará y el tiempo que perderá en engañarse a sí mismo justificando esa tontería. Claudie es una criatura estupenda, pero algo en él *no funciona* bien. Y yo –literalmente– no lo entiendo. Escríbele, Teresa. Mis palabras ¿serían contraproducentes?

Mañana viernes salimos para Crotone, al sur, en Calabria. Allí se adjudicará un premio literario. Nosotros figuramos entre los invitados. (Gastos de viaje y de hotel, pagados). Volveremos el lunes. Los italianos me tratan bien.

Besos, abrazos. ¡Más fotos!

JORGE

Roma, 7 de febrero de 1961

Queridos todos:

La excursión a Crotone fue interesante y fatigosa. (Para volver a Roma tuvimos que tomar tres trenes). Es la región más pobre de este país: la Calabria. Crotone, la ciudad de Pitágoras, es hoy un municipio comunista. Los mecenas fueron en esta ocasión los obreros, reunidos en el teatro donde se adjudica un premio literario anual. Premio de un millón de liras; pero se gastan probablemente varios millones en invitar a muchos periodistas y escritores –éramos tal vez unas cien personas– y en tratarlos a cuerpo de rey. (Hubo un banquete monstruo de siete platos). Vimos en Capocolonna el único resto de aquella Magna Grecia: una columna solitaria frente al mar. ¡Mar Jónico! (Uno más en la colección. Con su poemita, naturalmente). En realidad, ¡qué despilfarro! (Se premió un libro de crítica sobre Pavese). Salimos el viernes; regresamos el domingo: un *fin de semana*. Nos invitó el presidente, Debenedetti, amabilísimo. Me hizo sentar, a su lado, en el estrado, durante la ceremonia del premio. Hubo fotografías. Espero que habrá alguna para Anita y sus parientes.

Es indudable que en Italia me guardan una *consideración* –que sin cesar aumenta–. En la revista *L'Espresso mese* aparece este mes una gacetilla donde se dice que Jorge Guillén es una de las personas «*più ambite e più ricercate di Roma*» –«más deseadas y solicitadas»–. Por cierto, me ha llegado *The Atlantic*: amable y flojo el artículo de «Archi». (Curtis Cate me ha enviado un cheque de 75 dólares). A este propósito, añadiré que mañana cobraré 100.000 liras de Lerici como adelanto por la *Antología*. (25.000 me ha entregado Vanni por *La fuente*, que sale ahora). Os contaré muchas más cosas.

Ruego a Steve que tenga la inmensa bondad de traducirme los textos adjuntos para la Guggenheim. ¡Gracias, infinitas gracias! Adjunto también un párrafo de Claudie.

Abrazos. Besos.

JORGE

¿Dónde está ahora MacLeish? ¿En Antigua? Teresa: no se te olvide contestar a esta pregunta. Irene ha escrito ya a varias pensiones de Ronchi. Esperamos la respuesta.

Roma, 14 de febrero de 1961

Queridos todos:

Dices, Teresa, que escribo menos –menos cartas–. No estos últimos días. Procuraré escribir dos veces por semana. ¡Tengo tantas cosas –menudas– que contaros! Pasáis un invierno horrible. Aquí, tras semanas de lluvia casi continua, está haciendo un tiempo –como decía Juan Ramón– de «anteprimavera». «Ya se alargan las tardes», como dijo un bardo en *Western Road*...

¿Trabajos? Estoy –estamos– a vueltas con el texto español de *Lenguaje y poesía*. Debo enviar dos copias a la *Revista de Occidente*, y estas copias me llevan mucho más tiempo del previsto por mi plan. ¡Tantos *cabos sueltos*! ¡Las horas que he dedicado a las conferencias de Harvard! Respecto al prólogo –segunda versión– de la *Antología* en inglés, me escribe Di Giovanni que ha quedado muy contento. Por fin será Limes Verlag de Wiesbaden quien publicará una *Antología* y *Federico en persona*. Pero Piper y su representante en Milán han seguido escribiéndome y telefoneándome como si fuese interesante editar a un poeta extranjero... ¿? Ayer, vi al joven Goytisolo. En nombre de Gallimard, en cuya casa trabaja, continuó oralmente las gestiones comenzadas por carta. Quieren iniciar una colección bilingüe con Dylan Thomas, la Ajmátova y un servidor. Hay más noticias literarias. Las dejaré para otro día. Si no, parecería vanidad...

¿«*Vie mondaine*»? El viernes se nos juntaron cuatro invitaciones. Sacrificamos una: la de la Communitá Europea. Fuimos a casa de Clotilde Marghieri, a la exposición de un pintor venezolano y a casa de Angela Bianchini. En la exposición encontramos a Arciniegas, *amabilísimo*. Preludios del viaje a Bogotá. Que no deje Steve de contestarme a mi

consulta sobre el sueldo, y de enviarme las traducciones. ¡Mil gracias, un millón de gracias!

Claudie ha estado en Valladolid. Cariñoso. Su carta me parece tan interesante que os la envío con este ruego a Teresa: *que me la mande con su próxima carta*. Gusta mucho, parece ser, *Que van a dar en la mar*. ¡Más vale así! Será lo mejor de *Clamor*, me lo temo. María, mi hermana, me ha escrito una carta dictada a Claudie. Cariñosa. ¡Ese tratamiento! Qué triste historia... Adjunto la lista correspondiente a los diez ejemplares de *Language and Poetry* –y dos tarjetas; una para Peyre y otra para don Américo–. Teresa: te agradeceré infinito que hagas esos paquetes e incluyas las dos tarjetas en sus sendos ejemplares.

Language and Poetry

1. Gilman
2. Claudie
3. Don Américo
4. Henri Peyre

Yale University

315 William L. Harkness Hall.

New Haven, Conn.

5. Juan Marichal y Señora
6., 7. (Sin destinatario todavía)
8., 9., 10.: Piazza San Ignazio, 170 Roma.

Hemos ya escogido las fotos de Crotone. Se las enviaré a Anita. ¡Hasta prontísimo! Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma, 17 de febrero de 1961

Queridos:

Me angustia hoy particularmente la falta de tiempo. No puedo escribiros la carta gustosa que me habría complacido redactar ahora. Las cartas, la

gente, estos trabajos secundarios de corrección y copias... Esta mañana me han telefoneado de Milán. Mondadori deseaba *Lenguaje y poesía*. ¡Demasiado tarde! Lo tiene ya Lerici. Pero Mondadori publicará en una preciosa colección la «Le Silerchie» –un tomito con dos ensayos: Alonso Quijano... y «Ticknor»–. Es una amabilidad de Debenedetti. Le escribí una carta agradeciéndole la invitación a Crotone. Anteayer me pidió permiso para publicar en *Paese Sera* esa carta, modestísima, pero la mejor que se ha escrito sobre el Premio Crotone. *Non esageriamo!* He firmado el contrato con Limes, esta mañana también –para *Federico en persona*–. ¡Esta comedia literaria! Me divierte, me sonrío, me anima.

Estos días han sido de intensa *mondanité* ¡como si estuviéramos en Cambridge! Anoche, cena fría –a la americana– en casa de una pintora. Hablamos con Moravia, Elsa Morante, Guttuso, etc., etc. Guttuso, buen pintor, comunista, siciliano, discutió violentamente con la Morante (la mujer de Moravia) llamando a la U.N. y a los Estados Unidos «asesinos», por lo de Lumumba. ¡Sin explicación excesiva! Claro que lo del Congo es algo muy feo. Goytisolo se ha movido mucho estos días en Roma. ¡Somos amigos! No vi a Castellet, también por aquí. En otra casa estuvimos con Chiarimonte, con Garosci –liberales y antifranquistas–. Vino a visitarme la otra noche mi amigo jesuita, el padre Alonso Schökel. Y mientras tanto, Irene copia y yo corrijo. Y escribo cartas, cartas. ¡Siempre atrasado! Sin tiempo, sin tiempo suficiente. ¿Qué hacer? Irene ha recibido una carta de Ronchi. Dificultad: el cuarto para una persona, «Antó»: ya os escribirá. Y está aquí Ivar Ivask. Encantador. Y... vegetariano. En casa de Arciniegas cenamos el jueves. Qué ganas de veros a vosotros.

Besos y abrazos.

JORGE

Roma, domingo 26 de febrero 1961

Queridos todos:

En este momento, las seis de la tarde, todavía con luz de sol, está preciosa esta Plaza de San Ignazio. No hay apenas coches ni gente. Y se cree uno casi en el XIX y el XVIII... Acabo de releer en alta voz para que Irene me corrija la pronunciación mi conferencia de Alonso Quijano. Porque el «plan oratorio» ha cambiado de repente. Me telefonearon ayer de Turín pidiéndome que reemplazase al conferenciante –Guttuso– enfermo, y diese –sobre cualquier tema– la conferencia anunciada para el martes 28. Así, han aceptado este asunto cervantino, en vez del primordial «García Lorca», no preparado aún para la conferencia que debería haber dado en abril. Hoy me han pedido que vaya a Nápoles, para «actuar» el jueves 2 de marzo. ¡Perfectamente! Con la condición de no tener que hablar más en ese abril (Turín y Milán). Podré así volver a mis tranquilos trabajos sin más interrupciones.

No os he dicho que en estos últimos días he visto varias veces a mi amigo estonio Ivar Ivask, ahora –con un sabático– en Viena. Hombre encantador, mucho más alegre de lo que yo imaginaba, muy bueno, muy culto, un poco ingenuo, idealista hasta el punto de ser... vegetariano. Y muy adicto a la poesía del abajo firmante. También hemos estado con Pilar López, que ha tenido gran éxito con su ballet español –nos dio invitaciones–; y ha sido ella quien antes de marcharse de Roma me ha llamado. Muy cariñosa, sencilla «mujer honrada». Quería que recordásemos el pasado. La vi en Canova con su marido: fue una conversación de fondo sentimental. Esta noche voy un rato al Canova para ver a Vanni, que se queda en Roma para oírme el «Alonso Quijano» que me oyó en Pavía. ¡Qué amigos! Irene os sonríe, os saluda. Besos, abrazos. (Os escribiré el miércoles).

Vuestro,

JORGE

Roma, 1 de marzo de 1961

Queridos todos:

Me resultó ayer más fácil «actuar» en el Teatro Eliseo, ante un público que me conocía poco, y en italiano, que leer mi conferencia en Harvard. Había mucha gente. Algunos iban a escuchar a Levi y Guttuso; al principio parece ser, descontentos, se amansaron, presos en el discurso. Españoles había pocos, a causa de la confusión en el anuncio de la conferencia. Leí y –parece ser– no se perdió «una palabra» –ha dicho la cuñada–. Yo tuve la satisfacción de quitarme ese peso de encima; y así evité el hablar de Federico, es decir, de reelaborar algunas de las páginas ya publicadas. Mañana por la mañana iré a Nápoles: dos horas de viaje. Regresaré el viernes por la mañana. Porque, a las seis de la tarde hay una *conferenza-stampa* en la librería Einaudi: a favor de los presos políticos españoles. Reunión que... presido. Y esto es otra historia larga y curiosa; ya os la contaré. Ahora, a las seis, vamos a casa de Elena Croce. Prefiero verla después del artículo de Sciascia. ¡Con qué gusto volveremos a Florencia! Allí me encuentro mucho más tranquilo.

Me encantan las noticias que me das, Teresa, de esas criaturas. «La J. de mi Abué». Esa niña es extraordinaria. Cómo me gustaría oír su inglés. El primer baile de Antó, el deporte de Isabel… Fotos, fotos, por Dios. De Claudie no sé nada. No te dije que le enviaras el libro porque no sé cuál es su dirección estable ahora, ni si es estable su dirección. Muy bien que hayas regalado «de mi parte» –díselo– otro ejemplar a Raimundo. Sí, me alegro de haber escrito ese libro. Respecto a lo de Ronchi, Irene te escribirá. Os escribiré el sábado.

Besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma, sábado 4 de marzo de 1961

Queridos todos:

La excursión a Nápoles se deslizó como una seda. Me alojé en el Hotel Royal, frente al Castel dell'Ovo. Con un balcón que da a la radiante bahía. La conferencia se celebró en el Teatro di Corte. Nunca había «hablado» ni volveré a hablar en un Palacio Real, el de los Borbones napolitanos. Surgió el profesor Toffanin –nombre que dirá algo a Steve–. Gorjeé mi texto, aplaudió la gente y los señores encargados de la cena, el profesor de Medicina Magrassi y su señora, me llevaron a su casa –elegante–. Descansé un rato y se reanudó la charla –en italiano todo–. Surgió un sacerdote del Opus; me dijo sonriendo que yo «era muy conocido en Italia». ¡Puede ser! *Non esageriamo*. No completaré la lista de las gentes que allí se reunieron. Ese día, jueves, y el siguiente, vi sobre todo a Murga y Di Pinto. Los dos jóvenes universitarios. A la una y media del viernes me recogió Irene en la Stazione Termini. A las seis estábamos en la Librería Einaudi. (Salón en el sótano). Reunión relacionada con el congreso que se celebrará en París a fines de este mes para solicitar de Franco la amnistía de los presos y de los desterrados políticos. Supe que era «presidente» por la invitación. Cardona no me lo había dicho. He protestado por el procedimiento, muy característico… Yo dije apenas dos palabras: hablaron Vigorelli y Garosci. Vimos a bastante gente. Ahora tenemos conferencia en la Librería Modernísima –gente de derecha– (para alternar, dice Irene). Y cenaremos en casa de los Giannini adonde veremos a M. P. [Mario Praz] –cuyo nombre no se pronuncia en Roma–. Tu carta, Teresa, de esta mañana fue leída en alta voz y releída en silencio. La carta «solo con cielo». ¡Sí, qué criatura! He escrito a Ruth. Veremos cómo respira. Envié el último libro. Ya tengo aquí *Cuadernos*. Aparte de «intrauterino» ¿qué otras palabras te chocan si yo soy correcto y casi purista? Adjunto dos fotos de Ivar Ivask.

JORGE

Roma, jueves 9 de marzo de 1961

Queridos todos:

¡Cuántas cosas buenas traía tu carta, Teresa, la carta recibida hoy! Ante todo, las notas de Antó. Me han causado un placer profundísimo al borde de las lágrimas. Qué alegría me regalan esas criaturas. Notas estupendas. El hijo de los Carandini –con quienes cenamos anoche– se dedica a las lenguas clásicas para ser arqueólogo. Y esta mañana un estudiante español me explica que quiere hacer eso, pasar de la Filología a la Arqueología. ¿Qué hará Antó, por fin? Cenamos en casa de los Carandini, con Carlo Levi, Gutusso, Cagli, hermano de Serena, etc., etc. Yo, el más viejo. Y ¡ay de mí! el extranjero a la derecha de la Señora. Invitamos a da Necci al amigo francés de Florencia, Berquet. Invitaremos la semana próxima a Nieves (de M.). Lo digo porque no ahorro demasiado. (Hoy me han llegado las 50.000 liras de las dos últimas conferencias). Otra carta de esta mañana: Margot Arce, aunque independentista, muy antiamericana, que me pedía que a vuelta de correo le dé lo de los títulos de mis cursos (enero-mayo de 1962). Los temas, los textos y los libros reservados. Sentí una punzada en el estómago: mis años de Wellesley, aquellas autoridades femeninas. Me dieron ganas de no ir a Puerto Rico. Pero no, ya he contestado. (¡Aguanté tantos años a las de Wellesley!). He respondido a Zubiría. Creo que el curso –o mejor– el semestre se desarrolla de agosto a diciembre. No tengo más precisiones.

(Adjunto firmada la tarjeta, gracias). Iremos a Nápoles en los primeros días de abril: no nos deja otra salida Clotilde Marghieri, cariñosísima. Y el 10 de abril estaremos en Florencia. Se me estaba olvidando la mezquindad de la vida universitaria. Y de Wellesley paso a Harvard –con las dificultades de Steve y el colega–. ¡Los colegas! Más vida *mondaine*: cena en casa de los De Giannini, *soirée* en casa de Elene Clementelli. Hace un tiempo maravilloso, qué ganas de veros. Os abraza

JORGE

¡Exquisito Roy Pierce! Dadle recuerdos míos.

Roma, viernes 17 de marzo de 1961

Querida Teresa, hija:

Irene te ha escrito ya contándote su excursión a Ronchi. ¡Ronchi! Me alegra esa palabra. El tiempo. Aquí ya de primavera –nos acerca al tiempo que nos reunirá–. Precisa de luz, ahora, la Piazza San Ignazio.

¿Qué ha habido en estos días? Estoy en la racha epistolar. Escribo cartas atrasadísimas. (A MacLeish, esta mañana). También a Jean Cassou: por fin salió su artículo, tan amistoso, en la *Revue de Paris*, este mes. (Haré que os la envíen). Ha llegado, por cierto, un hermoso libro de traducciones al alemán, publicado en Lucerna. (Aleixandre, Alberti, Dámaso y yo). Dámaso, por cierto, está a punto de llegar. Se le hará *doctor honoris causa*, hablará de Góngora (también viene Díaz Plaja, a quien todavía no conozco). Vi a Kesten, a unos muchachos argentinos, me paseé ayer con tres sacerdotes literatos: uno, mexicano, y dos españoles, uno de ellos jesuita. Se habló mal del Opus. Esta mañana hablé con un periodista de *El Nacional de Caracas.* ¡La fatal *interview*! No agoto el capítulo literario: con frecuencia ocurre alguna cosa de ese carácter.

¡Ah!, los Cacciatore –Eduardo y Vera– van a pasar un mes en los Estados Unidos. Invitados, estarán en Cambridge (Palmer House). Del 5 al 11 –me parece– de abril. Son buenos amigos nuestros. Podríais invitarles a casa. Tú verás –con tu continuo acierto– lo que conviene hacer como agasajo. Otra cosa: es ya la hora de mi *income tax return*. No se os olvide. Y a propósito. Lo mejor de estos días ha sido la carta de Steve llegada ayer. Me ha hecho de veras feliz; me dio una profundísima alegría. Lo mejor que he tenido sobre *Que van a dar en la mar* –con lo de Claudio–. De los Claudies no sé nada. ¡Qué hermoso pelo el de Anita! Escribidme.

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Roma, miércoles 22 de marzo de 1961

Queridos todos:

La primavera llegó. Y con ella, Dámaso y Eulalia. Esta mañana, a las once, en la Facultad de Letras, ante un público de estudiantes, Dámaso leyó –en un italiano magnífico, según Irene– su conferencia sobre Góngora e Italia. Ovación y vuelta al ruedo. ¡Me alegra mucho la compañía de estos viejos amigos! Los he encontrado un poco envejecidos, pero llenos de vitalidad. Lo primero que me dijo Dámaso fue «estoy furioso con tu hijo» –y yo también–. Claudie no ha visto ni a Dámaso, ni a Lapesa, ni a Aleixandre. A Rubio le dijo en Valladolid, según contó Rubio a Dámaso, que estaba triste porque los españoles le dejaban solo. Toda esta *faccenda* como se dice en italiano, es estúpida. Teresa me pregunta por la dirección del niño. No la conozco. Desde hace más de un mes no sé por dónde anda. Supongo que debe de estar en Andalucía. ¡Qué criatura! Otra cosa: esta tarde será mi tercera sesión con el dentista. Se me cayó ¡un puente! Ayer, da Cacciatore, charlé con Richard Ellmann, autor de un libro sobre Joyce y de otro sobre Keats, y un profesor Abrams de Cornell. El domingo estuvimos en casa de Clemens, mejor dicho, de su amiga, una joven americana, poetisa y rica. (Clemens, ahora en New York University). Y el lunes le oímos una conferencia sobre Miguel Ángel en el teatro de la Embajada Americana. Ahora iremos a casa de Mario Praz –toquemos hierro y madera–. En París va a celebrarse un congreso a favor de la amnistía de los presos políticos españoles. Me han invitado a ir a París –pagándome el viaje y estancia–. No he aceptado. Por razones evidentes. Sí, en efecto, circulamos, pero ¿más que vosotros? Esta mañana, tu carta, Teresa. Me conmueve imaginarme mis fotos en el cuarto de Anita. ¡Qué honor! Me encanta que os guste el último libro. ¿Padecéis aún el frío invernal? Aquí se siente la primavera. Clara pero no calurosa.

Besos a esos niños resfriados. Vuestro,

JORGE.

Los Cacciatore tendrán libre la *sera* del 7 y tal vez del 8 de abril. Estarán en Cambridge hasta el 11. Son amigos de Murdock. Vivirán en Dona Palmer House o cosa así.

Roma, domingo por la tarde, 26 de marzo de 1961

Queridos todos:

Se diría que estamos en Cambridge. Esta semana ha sido la más *mondaine* de este curso. El jueves cenamos con los Dámaso en casa de Murilo Mendes, el profesor brasileño. El viernes cenamos en casa de Angela Bianchini, con el director de la Academia Americana de Roma. Anoche la cena fue de nuevo con Dámaso y Eulalia –en casa de Alonso Gamo, diplomático español–. Vi también al poeta americano Mark Strand, traductor para Di Giovanni. (Le volveré a ver en Florencia). Acaba de llamar por teléfono Max Aub, con su mujer en Roma, adonde habían llegado dos horas antes. A las seis vamos –invitados, ejem, ejem– a la recepción en el Quirinal. Se celebra la unidad de Italia. Una ocasión para visitar ese palacio. A todo esto, la reunión en París del congreso español de la amnistía. Envío un telegrama de adhesión.

Dámaso, cariñoso. Me ha hablado muy bien de Irene –me dijo Eulalia–. ¡Perfecto! Pero no conseguimos que nos reserve una de sus comidas. Están siempre oficialmente ocupados. Tal vez el miércoles... ¡Veremos!

Margot Arce me contestó. Daré dos cursos: Cervantes (menos el *Quijote*, reservado a Onís) y la Lírica del Siglo de Oro (de Herrera a Quevedo). Saldo (del semestre): 6.200 dólares. Esta semana trabajaré en la Facultad de Letras para mandar la ya «urgente bibliografía».

¿Dónde está ahora don Américo? No te olvides de decírmelo, Teresa. Eulalia se hace lenguas hablando de Solita. Dice que no los habéis visitado en Madrid.

Hace el tiempo propio de un Domingo de Ramos. Nos quedan dos semanas en Roma. ¡Y tantos quehaceres pequeños! Pensamos en vosotros.

Os esperamos. Abrazos, besos.

JORGE

Roma, Viernes Santo, 31 de marzo de 1961

Queridos todos:

Esta Semana Santa está resultando la semana más llena de estos últimos meses. Asistimos al acto universitario en que se hizo doctor *honoris causa* a ocho personajes, entre ellos a Montale y a Wellek, a quien saludé –me habló de mis hijos–, y a Dámaso. Acto solemne, con latines, abrazos, discursos, togas, birretes. Solo faltaban el incienso, el hisopo, la bendición. ¡La Iglesia gana siempre! Comimos con Dámaso y Eulalia en casa del profesor Macchia, antiguo amigo de Irene; allí conocimos a Marcel Raymond. El suizo, también laureado. Por fin, el jueves pudimos invitar a los Dámaso; hablamos mucho de la vida pasada. Cariñosos los dos. Toqué más de una vez el tema «publicación» del libro de Steve y me dijo que se lo recuerde por medio de una tarjeta a Madrid. Así lo haré. ¿Os dije que habían llegado Max Aub y su mujer? Los invitamos a comer un día, nos invitaron al día siguiente. Pero Max padece del corazón, ha sufrido de nuevo, está en su cuarto, y allí seguirá durante unos días –sin querer dar importancia a su enfermedad, grave–. Me encanta ver a los viejos amigos: me ponen locuaz y alegre. En la habitación de Max encontré esta mañana a Jorge Hernández Campos, muy fino. (Le telefonearé, por fin). Y en el Corso –¡como en Cambridge!– nos encontramos hoy a… los Weintraub (¿se escribe así?), simpatiquísimos. Nos veremos.

Te refieres, Teresa, en tu carta, a lo de Bogotá. Ante todo, iremos –pase lo que pase–. Voy ahora a escribir de nuevo a Zubiría. Además, lo de Irene marcha muy bien, llega a su fin y lo probable –«¡toquemos madera!», dice Irene– es que todo se haya arreglado antes de agosto. Estamos pendientes de un acto del proceso. ¡Todo se andará!

Señas de Claudie. No me ha escrito; sé que su dirección es Federico Sánchez Bedoya, 29, Sevilla. Tengo más cosas que contaros. Lo dejo para otro día, muy próximo.

Besos a esas niñas. Abrazos a los varones. ¿Y dónde pongo a Teresa? Con sus hijas. Besos.

JORGE

Roma, 6 de abril de 1961

Queridos todos:

Acompañan a estas líneas dos fotos recientes (tal vez demasiado pequeñas para las paredes del cuarto de Anita), una carta de Claudie y dos recortes de *ABC*. Haced el favor de devolverme carta y recortes. Claudie, bien intencionado, no ha estado feliz esta vez. (Modero adrede mi lenguaje). Es un caso más de «carta no esperada por el destinatario». La reunión en la librería Einaudi no era «filocomunista». Pero ya sabemos que el único juego de ese Régimen –el único, no tiene otro– consiste en la identificación de «antifranquista» y «comunista». El incidente, por otra parte, no tiene importancia. Una tontería –nada más–.

(Estuve en el Consulado a renovar mi pasaporte. El cónsul, claro, amabilísimo. Renové esta mañana mi *permesso di soggiorno*. Haré lo mismo con mi *re-entry permit*. ¡Ah! Ruego a Steve encarecidamente que tenga la gran amabilidad de hacer mi *income tax return*). A propósito –de Steve, no de los impuestos–: ayer he visto un libro (en una librería), cuya portada dice: «A. D. Deyermond, *The Petrarchan Sources of La Celestina*, Oxford at the Clarendon Press». ¿Salió el monumento de María Rosa?

Seguimos viendo gentes, no sé si es la acumulación de nuestros últimos días en Roma. El 16 de abril nos trasladaremos a Pensione Chiari - Via Calzaioli 3 - Firenze. Me sigue cuidando el dentista. Oímos ayer un concierto; Max Aub, mejorado, marchó con su mujer a Grecia. Estuve en la universidad viendo libros para preparar mis cursos de Puerto Rico. ¡Qué

ganas de veros! Devuelvo las notas de Isabel, buenas notas, exquisita Isabel.

Para todos, besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Dirección de Claudie: Federico Sánchez Bedoya, 29 -Sevilla. Y muchas *gracias* por lo de los Cacciatore.

Roma, 11 de abril de 1961

Queridos todos:

Me pregunta Teresa por la dirección florentina. La repetiré:

Pensione Chiari

Via Calzaioli 3 - Firenze

Allí estaremos, Dios mediante, el domingo próximo. (Hasta fines de junio cuando nos traslademos a Ronchi). La pensión es buena, céntrica, a dos pasos de la Piazza della Signoria y de la Piazza della Repubblica, es decir, de mi Café. Estamos ya preparando las maletas –con los dichosos libros–. (Ahora me llega alguno todos los días...). Lo que no impide que esta mañana hayamos visitado la Basílica neopitagórica de la Porta Maggiore, y la Scala Santa y San Giovanni.

Esta mañana tuve carta de Tito Zubiría. El curso comenzará el 8 de agosto. Terminará (el semestre) el 25 de noviembre. Tendré seis horas de clase: unas, sobre mi generación, otras sobre la lírica del Siglo de Oro. Sueldo y viaje: 4.000 dólares. Tito dice que la Universidad de los Andes «es sumamente pobre». Lo bueno es que vamos precisando nuestros planes. Iremos a París –¡desde Ronchi!– hacia el 30 de julio. Quisiéramos llegar a Bogotá el 5 de agosto. Y entre el 25 de noviembre y el 16 de enero, quedará Cambridge.

Voy a escribir ahora a Claudie.

Lamento que esa preciosidad de niña siga estando mala y sea un poco mala. Anita tiene que ser por fuerza un encanto, ¿no es verdad, Anita?

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, martes 18 de abril de 1961

Queridos todos:

Después de escrita mi última carta llegó la buena nueva. Su Santidad acaba de conceder a Irene la «dispensa». ¡Por fin! Irene, la pobre, estuvo nerviosísima telefoneando a unos y a otros... Ahora tiene que pasar el asunto a la magistratura del Estado. Total: que el «fausto acontecimiento» podrá celebrarse antes de julio –probablemente– «en la más rigurosa intimidad». Escribí a Renée enseguida pidiéndole que pida los documentos para mí necesarios: casi todos tienen que proceder de París.

A todo esto, terminamos de encajonar libros y papeles. Ocho cajas (de cartón) y una maleta dejamos en casa de una amiga; ocho maletas nos trajimos a Firenze. Pero antes del viaje –el domingo– estuvimos en casa de Semprún y allí conmemoramos, con otros españoles, el 14 de abril. ¡Triste fecha! Semprún pertenece al Gobierno fantasma de la República. Oímos de pie el Himno de Riego. Escuchamos la voz de Martínez Barrio, actual «Presidente de la República». Era la primera vez que me hallaba entre desterrados en función de desterrados, y esperando el retorno. ¡Sí, sí! Por cierto, me llamó Roces, profesor comunista, ahora en México; apenas me conocía; estuvo cariñosísimo. ¡Cómo cambian los tiempos! Invitamos a comer a Nieves de Madariaga, tan buena, tan dulce. (Nos dijo un gran secreto: que se casará con un señor colombiano que vimos hace meses en su casa, Antonio García).

Y llegamos a Florencia en la tarde del domingo. La pensión Chiari es mejor, de mejor calidad en todo, que la pensión Monini. Enseguida comenzaron las llamadas telefónicas. Ayer comimos con el gran Poulet y su

señora. Poulet admira *Cántico* de un modo… anonadador. Es un hombre de primer orden. Fui al Paszkowski; todos cariñosísimos. Hoy comemos con Poulet y otros profesores franceses. He comenzado ya a trabajar. Encontramos la carta de Teresa a nuestra llegada. ¡Bien por la cena en honor de los Cacciatore!

Gracias por lo del *income tax*. ¡Cuánto siento no tener una S en mi nombre, Anita!

Besos, abrazos.

JORGE

Firenze, 24 de abril de 1961

Queridos todos:

Florencia no puede estar más tranquila. El mundo se pone muy incómodo. ¡Lo de Cuba! Y ahora, el «pronunciamiento» de Argel. Esta mañana recibí los documentos que me envía Renée –quien ha estado, como siempre, perfecta–. ¡Y París amenazado por esa canalla!

Volvamos a nuestra pequeña vida. Preciosas las fotos de Anita, que podrían ser las de Isabel, o las de su madre. ¡Qué asombrosa repetición! Mañana, 25, es el cumpleaños de Antó. Ya le habrá llegado mi carta. Me da vergüenza añadir que no recuerdo exactamente la fecha del nacimiento de Anita. (Preocupada, la pobre, por esa relación –tan agudamente sentida– entre los hijos mayores y los padres desaparecidos. ¡Qué inteligencia, la de esa niña!). Otra cosa. Muchas gracias por lo del *income tax*. Y a propósito. Creí que mi *re-entry permit* terminaba en abril. (Me embarqué el 19 de mayo). Y fui a pedir la «extensión» unos quince días después del *deadline*. Escribí al Cónsul General de Génova. Nada; imposible. Perdido, el *re-entry permit*. Tendré que pedir –en Colombia– un visado nuevo, y entonces trataremos de volver a la situación anterior. ¡Moralidad literal! Que, lógicamente, suprime la inteligencia.

¿Qué más? Comimos en el Institut Français; gran comida en honor de Poulet. A los Poulet los invitamos nosotros también. Encantador, inteligentísimo Poulet. Hoy está en Florencia Hans Staub; le llevé al *Cavallino*. Hace mal tiempo. Trabajo. Terminé –*de nuevo*– un poema sobre la guerra civil: «La sangre al río». Irene ha recibido hoy carta de Claudie. Estamos contentos en la pensión. Desde esta ventana, si me asomo, veo el *campanile* y el *cupolone* del Duomo, y la torre del Palazzo Vecchio.

Besos, abrazos. Os recordamos mucho.

JORGE

Firenze, domingo 30 de abril de 1961

Queridos todos:

No sé cuándo saldrá esta carta, porque hoy es domingo y mañana, 1º de mayo, el paro es casi absoluto. Domingo lluvioso; hace frío. Por la mañana –costumbre dominical– estuvimos en una exposición de flores, en los Uffizi, y en otra de perros y gatos pintados. Hemos conocido al poeta francés Francis Ponge («Ponge» es «Ponce», nos dijo él: Paco Ponce...). Conferencia, cena *da* Giovannino, invitados por Berquet y anoche, elegante, cena en casa de los Bigongiari, con diplomáticos franceses, los Longhi, etc. Ponge, sencillo, natural, con inteligencia precisa. «De Gaulle –nos dijo– *a du génie*». A propósito: François Lajeunesse fue a Argelia cuando ocurrió el pronunciamiento. Renée me escribió dándome sus señas, y pensando que yo pudiera ser intermediario postal. Todo se arregló –con una misteriosa rapidez–. Lo de Cuba colea todavía... Esperamos que se cumplirá nuestro programa y que iremos a Colombia en agosto.

Recibimos cartas transmitidas y fotos de esa niña para quien «el circo es horrible». Y debe de tener razón. ¡Más, más fotos! Soy insaciable. –Sí, recibí el «Emilio Prados» de Carlos Blanco–. Les escribiré a los dos. ¡Ah! Si hubiese artículo sobre *Language and Poetry*, enviádmelo o advertídmelo. Sobre *Que van a dar en la mar* no se ha publicado nada en España. Ni en la

Argentina, que yo sepa. La vida intelectual hispánica no puede ser más torpe.

Sigo versificando. El jueves iré a Venecia. Conferenciaré el viernes y el sábado, regresaré el domingo. ¿Y los nietos? ¿Y su padre?

Para ellos y para la mami, besos, abrazos de Irene y míos.

JORGE

Venecia, domingo 7 de mayo de 1961

Queridos todos:

Vine a Venecia el jueves pasado. Me alojo en la Pensión Seguso –donde estuve el año 55–. Cada vez que se vuelve a esta ciudad, Venecia vuelve a ser extraordinaria. Di una conferencia –«Bécquer»– en español ante un público de estudiantes y algunas personas más: Diego Valeri, Campagnolo, etc. Meregalli –correcto y tal vez tímido– me presentó como «buena persona». ¡Bueno! Comí en casa de Meregalli con el grupo español. Hablé mucho, me cansé, dormí, tomé mi «capuchino» y continuó la sesión con Campagnolo –el de la Société Européenne de Culture–; cenamos en la Trattoria Madonna, invitados por Meregalli, unos cuantos profesores, entre ellos Valeri –con Nini Oreffice –que vino de Padua para verme. Sábado: presencié la llegada de la reina de Inglaterra, y de su esposo desde los balcones de la Biblioteca Marciana (estupenda biblioteca), *piazzetta* San Marco. Guapa y elegante, la reina. A todo esto, me acompaña y me guía por este laberinto la fidelísima Bruna. Comí con Aldo Camerino y su mujer. Es el crítico del *Gazzettino* de Venecia. A las seis leí la conferencia –la de Alonso Quijano– en la preciosa Fondazione Cini, de San Giorgio. Gente distinguida; elogiaron mi «italiano», pobre de mí... El conde Cini, gran señor, riquísimo, gran hombre de negocios, me ha invitado a comer hoy. Después, invitados por el profesor Branca –de la Fondazione Cini–, cenamos en La Columba: luego regresamos a San Giorgio, y presenciamos una estupenda sesión de fuegos artificiales en honor de la reina. Mañana y

noche –reina y fuegos– sentí no tener conmigo a mis nietas. Me trajeron a la Pensión –¡y no en taxi!–, dormí, hice un poemita sobre los fuegos, he desayunado, voy a escribir a Claudie; vendrá Bruna, iremos a la Academia. Luego, Cini; el tren, a las cinco. Os lo he contado todo.

Besos, abrazos.

JORGE

Firenze, 8 de mayo de 1961

Queridos todos:

Os escribo con cierta emoción, porque esta carta es –si no me equivoco– la última de las dirigidas a Cambridge. Sí, sí, venga esa «*avalanche*» a que se refiere Teresa en su última carta. *¡Tengo hambre de Gilman!* Antropofagia, si queréis, del afecto. Dirección: *La Casa Bianca –Ronchi (Massa Carrara)*. Nosotros saldremos, si Dios quiere, el viernes 23. ¿Vosotros llegaréis el 26? Os escribiré a casa de Renée. (Por cierto, Soriano, el librero de París, tiene unos francos míos disponibles –enviados por *Cuadernos*–. Allí, 72 rue de Seine, podéis adquirir algún libro español –o francés– para vosotros o para mí). Los Claudie deben de abandonar Sevilla ahora –no en julio–. Irán –o están yendo– a Lisboa, donde verán a Trinita. Claudie me ha escrito –*nos* ha escrito– una carta muy larga y muy buena; la leeremos juntos en Ronchi.

¿Encargos? Gracias, Teresa, por las excavaciones realizadas. No sé dónde estarán los papeles sobre fray Luis. Tráeme los dos o tres –no sé ya– ejemplares disponibles que haya en casa de *Language and Poetry*. Noticias nuestras. Irene, cuyo pie va mejorando, padece una colitis –que ha coincidido con días de frío, lluvia, tormenta–. Ayer fue la inauguración de una galería de arte –con cuadros de Cagli, el hermano de Serena–. Asistieron Cagli, no su hermana, en Roma, y Mirko; muy amables. M. me habló de vosotros. No pudo asistir al *cocktail* Irene. ¡Qué ganas inmensas de veros! No voy a reconocer a Isabel, tan señorita, a Antó, tan crecido.

¿Anita no ha cambiado? Tiene razón: Irene es la mami del Abué, como la mami lo es del papi. «Mamá» = «esposa». ¡Buen viaje! Escribe, Teresa, desde París.

¡Adiós, adiós! Vuestro,

JORGE

Firenze, 20 de mayo de 1961

Queridos todos:

Hace un año, el 19 de mayo, llegué a Italia. ¡Un año sin ver a mis Gilman! Año larguísimo. Hace frío todavía en Florencia, pero el verano llegará muy pronto. Pienso ya en preparativos de viaje.

Pero os contaré la película de la semana. *Maggio musicale*. Estuvimos en el Comunale, rehecho del todo, y vimos *Arabella*, de Strauss, interesante. Xavier Bueno pintor español-florentino, ha comenzado un segundo retrato de este servidor. Resulta que el traductor –exclusivo– de Federico García Lorca en alemán, un sujeto Beck, se opone a la publicación de *Federico en persona* –a pesar de la carta terminante de Paco–. Ese Beck es el tipo perfecto del *bandido legal*. («Pocos son los bandidos que la ley no proteja»). Por otra parte, os mandé ayer el artículo de Camerino, el Paolo Milano de Venecia. Divertido, inteligente, chismoso. (Carlo Bo, Ungaretti, Elena Croce). *Trabajo* con Mark Strand, uno de los traductores para Di Giovanni. Revisamos las traducciones, y con resultados positivos. He saludado a Allen Tate, simpático, y a su mujer, que están pasando unas semanas en Florencia. Florencia, que parece una ciudad en domingo de Feria. Mucha gente por todas partes... Sin embargo, cada día trae su afán, su poquito de versificación.

Muy bien, el documento de Harvard, muy sensato. Pero ¿Miss Anita Gilman sale ya «en los papeles»? En el fondo, no me extraña. Enhorabuena a Steve por su elevación a la Academia de Nueva York. No fue Irene a Venecia porque se encontraba un poco agripada, y a causa del mal tiempo.

(De Roma, nada...). A don Américo le escribí alrededor de su cumpleaños. Lo de Casalduero me aflige de veras. Escribiré muy pronto haciendo encargos a Teresa.

Besos, abrazos. (¿Y Antó?) Vuestro,

JORGE

Firenze, sábado 24 de mayo de 1961

Queridos todos:

Hace bueno, por fin. Y la primavera quiere decir ya verano. Es decir, Ronchi, y mis nietos, y sus padres. Claudie –acabo de contestar a su carta– seguirá en Sevilla hasta el 9 de julio; y luego la feliz pareja irá a Portugal. ¡Cuánto siento que no nos reunamos todos en Italia! En fin, allá ellos...

Me imagino que la casa del Cape debe estar ya preciosa. ¿De modo que Isabel tiene máquina y hace fotos? Las espero. ¡Soy insaciable! Os enviaré las que me hicieron en la calle el otro día. ¡La calle! Florencia está animadísima. Ayer, tropecé –casi– con Singleton, a quien se adjudicará mañana, en el Palazzo Vecchio, la medalla de oro. Asistiré a la ceremonia. Acabo –hace diez minutos– de recibir un cheque (20.000 liras) por unas poesías en *Tiempo Presente*. Poesías traducidas por Tentori. Para cobrar 30 dólares por un poema en *The Texas Quarterly* necesito «*notarized*» el recibo. Y lo del notario, aquí, es una complicación. ¡Qué desconfianza en Texas, ya como si fuese hispánica y católica! En Valladolid se ha publicado *Flores*, hermoso libro de «xilografías» hechas por Sabadell, el hijo de Guillermina –con dos poemas de este vallisoletano–. Hermosa obra; haré que os envíen un ejemplar. A propósito de Valladolid. Me disgustaron las informaciones de *El Norte* sobre Eichmann, cobardes, reticentes. Escribí a José diciéndole que suspendieran el envío del periódico; me escribió Miguel Delibes; le contesté; seguiré leyendo *El Norte*. Ya ha publicado una encuesta a tres personalidades locales condenando el racismo, el antisemitismo, etc., etc. ¡Efectos de mi protesta!

Más cosas. Adjunto cheque para Denah, destinado a la pobre Esther Sylva. ¿Apareció de pronto Steiner? Me había escrito recientemente de Alemania. *¿Cuál es su dirección*? Ejemplares de *Language and Poetry*: uno, para Steiner, explicándole que yo se lo envío. ¿Cuántos ejemplares hay disponibles? Yo necesito uno aquí para regalo. Mandádmelo. Hoy ha llegado carta de Tito Zubiría. Me pagan a mí solo el viaje, en *jet*. Hay que empezar a preparar el vuelo a Colombia. Encargos a Teresa. Para los cursos de Bogotá necesito mis notas sobre Garcilaso, fray Luis, Herrera, Quevedo. Prescindo de los demás autores y del resto de las notas. ¿Te será posible, Teresa, encontrar en alguna caja esos papeles? ¿No ocuparán demasiado sitio en vuestro equipaje? Sé que tienes muchas cosas que hacer. Dime cómo la cosa se presenta.

Besos, abrazos. Y gracias. ¡Dentro de un mes juntos!

JORGE

Florencia, lunes 5 de junio de 1961

Queridos todos:

Os siento ya cercanos, y la proximidad de vuestra llegada me produce un creciente *excitement*. Noticias... Pero muchas más cosas os contaré de viva voz. Irene se encuentra afligida por un molesto contratiempo: padece una infección *aguda* en el dedo gordo del pie derecho. Sin importancia. Pero tardará en curarse. Es el típico accidente absurdo: la visita de un virus.

Sin embargo, no hemos dejado de circular. ¿Os conté lo de Singleton? Hemos visto y oído *Lohengrin* –en alemán–. Hermoso espectáculo, a pesar de todo. Ayer, también en el Comunale, concierto de un gran pianista: Benedetti Michelangeli. El mejor pianista italiano. Esto me recuerda que fuimos a Fiesole a casa del maestro Vittorio Gui, famoso director de orquesta. Nos invitó a comer Berquet. Estuvimos en el *cocktail* de los Noferi, en una casa espléndida. Está aquí, de paso, Clotilde Marghieri. Comeremos hoy en casa de la condesa *So and So*, que la hospeda. Veo a

Allen Tate. Trabajo –ya lo creo, trabajo– con Mark Strand. Voy al Pazskowski.

Y además, he empezado otro poema de cierta extensión: «Dimisión de Sancho». Poema que deseaba escribir desde hace varios años. ¡Ah! No se publicará en alemán *Federico en persona*. Lo impide el traductor Beck, mal traductor y gran canalla. Os contaré este *western*. Recibí las liquidaciones de la Sudamericana. Esto es lo único que no me sale bien: la venta de los libros. Lo cual me deprimió un poco, el día en que me llegó la carta de Buenos Aires. *Que van a dar en la mar* –me dice Claudie– se vende en *Ínsula* de tapadillo. ¿Por qué? Os envié fotos. ¿Has encontrado, Teresa, aquellos papeles? No te preocupes si no los encuentras: no emplees demasiado tiempo en esa excavación. ¡Qué ganas inmensas de veros! Lástima que no se reúnan con nosotros Elfie y Claudie. Irán a Portugal y Holanda. ¡Misterios del corazón!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Firenze, martes 13 de junio de 1961

Queridos todos:

¡Bienvenidos!

Mañana tomaréis el avión, y el miércoles, ya en casa de Renée, encontraréis este saludo de Irene y del Abué –que os sienten ya muy cerca, impacientísimos por ver y abrazar–:

al profesor Gilman,
a Mrs. Gilman,
y a sus tres vástagos:
don Antonio,
doña Isabel,
y doña Anita.

Besos, abrazos, palmadas en la espalda… *Auguri*, *auguri!* ¡Bienvenidos!

JORGE

A Renée, *des choses tendres*. *Je lui écrirai bientôt*.

Firenze, lunes 19 de junio de 1961

Teresa, hija:

Os siento ya muy cerca, *inminentes*, y por eso monologo (en diálogo) con vosotros. ¡Esa pobre criatura con los labios blancos! Y los varones, navegando... Enhorabuena a Antó por su *magna cum laude*. Saludos a la gentilísima bailarina Isabel –que nosotros también aplaudimos–.

¡Hace calor! El verano ha venido de sopetón. No hacemos más que preparativos de viaje. Maletas, maletas de libros. Un baúl enviado a Bogotá… ¡Pronto, juntos!

En cuanto al «fausto acontecimiento»... Los papeles han llegado a la *Corte d'Appello* de Roma: tribunal civil. Y el procedimiento jurídico es siempre de una lentitud desesperante.

Los Claudie deben de andar por Lisboa. Ninguna noticia después de una carta de Sevilla.

Nuestros recuerdos a Renée, a Margot, a los dos Lajeunesse. Besos, abrazos a los tres Gilman (Guillén)...

JORGE

Aquí estaremos hasta el lunes por la mañana. Llegaremos a Ronchi ese lunes –dentro de ocho días– *por la tarde*.

París, 2 de agosto de 1961

Queridos todos, es decir, los tres Gilman de Cerdeña:

Ya es hora de ponerse a contar lo que va sucediendo. Nos esperaba Renée –ya lo sabéis por Isabel–. Renée, que ya ha seducido a Irene. Renée, la solución de todo, encantadora. La tarde del lunes paseamos: enseñé a Isabel el jardín del Palais Royal en que mi madre empujaba un cochecito con Teresa dentro; Margot vino a cenar a casa. Y Maurice nos llevó en su coche a ver monumentos iluminados –como se hace ahora en todas partes–. Paseo precioso: por el Marais, con viejos hoteles, el de Sens, el de Sully –exquisito–, la Iglesia de San Gervais, etc. Martes: visita al embajador de Colombia. Amabilísimo. (Información: 8 pesos colombianos valen un dólar; hay seis horas de diferencia respecto a París...). Y almuerzo con los Claudie. Claudie, un poquito más grueso. Me ha contado muchas, muchas cosas. Ha visto mucho mundo y ha trabajado muy bien. Sabe cosas nuevas muy interesantes sobre Mateo Alemán y el siglo XVI español. Tiene que leer un *paper* –«Hacia una definición de la picaresca»– en una de las sesiones plenarias del congreso de Utrecht. (*Paper* que todavía no ha escrito). Mi impresión es que ha aprovechado estupendamente su año en Europa. Elfie ya habla español. La tarde (del martes) fuimos a Provins. Maurice nos dio una vuelta en coche por la ciudad. Irene, a todo esto, encantada, con Provins y con todo. (Renée –que posee un *don* especial– se la ha metido en el bolsillo –digo yo exagerando un poquito e imitando el *estilo español* de Claudie–). La fecundidad Lajeunesse es brillantísima. Pascale es un encanto; le di varios «besitos» de parte de Anita. (Anita, a quien recordamos constantemente). La cena fue espléndida, hasta con *champagne* –entre toda aquella *marmaille*–. Volvimos en el coche de Claudie. (El problema del sueño, planteado en casa, va resolviéndose bastante bien). Hoy, miércoles, fuimos por la mañana Irene, Isabel y yo al Louvre. Vimos la Venus de Milo, la Victoria de Samotracia, y la pintura –de calidad en cantidad inmensa– hasta el siglo XIX excluido. Estábamos citados en el café de La Régence –que ya conocíamos– con Renée y los Claudie, y comimos –bien– en una cervecería, rue de la Bastille, muy *ottocentesca*. Invité yo,

naturalmente. A las seis y media ha llegado... Molly, de paso –un solo día– por París. Grata conversación. Recuerdos y recuerdos... Ahora vamos a cenar y luego iremos a casa de Margot, tan *carina* como siempre. Mañana, a la una y media, saldremos en el avión. Os recordamos, hablamos de vosotros. (La carta de Antó a Claudie, estupenda y graciosísima). Gracias por tantas cosas. Isabel está muy bien y contenta.

Irene os abraza. Yo os quiero.

JORGE

Bogotá DE Colombia
Residencia Veracruz - Calle 16 # 4 - 66
Domingo 6 de agosto de 1961

Queridos tres Gilman sardos:

Claudie, Isabel y Elfie nos condujeron a Orly. Salimos a la una y media del jueves. Llegamos a Bogotá a las doce de la noche, hora francesa, del viernes: ¡día y medio! El viaje, tranquilo y extraordinario, emocionó a Irene. Tuvimos que aterrizar en Boston, a causa del mal tiempo en Nueva York. En Nueva York hubo dificultades burocráticas. Tuve que sacar de una maleta el *re-entry permit* implicado por mi pasaporte extendido en Boston. (¡Qué falta de imaginación la mía!). Todo se arregló –hasta el punto de que ya tengo solucionado el regreso a Estados Unidos–. Pagamos una atrocidad por el exceso de 10 kilos: 46 dólares de París a Nueva York. Tratamos de corregir ese exceso en Nueva York: no lo logramos: 24 dólares –hasta Bogotá–. Por la mañana del viernes, en el aeropuerto, gracias a un retraso de tres horas en la salida, tuve la gran alegría de ver a los Casaldueros, que habían venido en nuestra busca unos minutos antes de tomar el segundo avión. El vuelo fue magnífico; en Bogotá nos esperaban una docena de personas. Tito Zubiría es un *manager* admirable. Nos dejaron en un hotel. Estábamos cansadísimos. Tito nos proporcionó enseguida la mejor solución al problema más urgente. Estamos ya instalados en un pequeño

apartamento (dos habitaciones, cocina, cuarto de baño). Casa muy moderna, ascensor, vista soberbia de los «cerros». Tito nos ha proporcionado diversos *enseres*; hemos comprado otros. Desayunaremos en casa; comeremos en restorán. Hoy, domingo, a las once, dentro de una hora, vendrán a buscarnos para llevarnos al campo. Nos rodean por todas partes personas amabilísimas.

¿Y vosotros? Anita: te recordamos mucho. Abrazos al papi, besos a la mami –y a ti, Anita–.

Os queremos.

JORGE

Bogotá, jueves 10 de agosto de 1961

Queridos todos:

Os escribí el domingo, pero la carta no salió hasta el martes, porque hubo dos días de fiesta interpuestos, sin ninguna posibilidad de envío. Estamos bien y contentos. Yo hasta me divierto, aunque el plan es, por ahora, insensato. Porque yo venía a dar dos cursos –de «lecciones»–. Pero son, en realidad, «conferencias», ante un público numeroso, compuesto sobre todo de oyentes, de gentes distinguidas de la ciudad. Consecuencia: que he dado cuatro conferencias en dos días seguidos. Todos me tranquilizan: esto ocurre siempre al principio. Luego, el público se reduce y las lecciones se desenvuelven de un modo normal. Horario: lunes, martes y miércoles. A las doce, en la Universidad de los Andes, *conferencio* en un *auditorium* rotundo –como un «hangar»– lo dicen ellos mismos. (La generación de los años veinte. Empecé por donde terminé en Harvard. Ayer hice un retrato y una biografía de Pedro). A las seis y media, en un salón –noble, de tronos de cuero–, de la Biblioteca Nacional, hablo de «La poesía lírica del Siglo de Oro». Me han servido las notas que tenía ya. (Garcilaso). Todo marcha, parece ser, muy bien. Ya ha habido dos planas enteras en los dos periódicos más importantes sobre el poeta Jorge Guillén. La gente nos

lleva y nos trae en *carro*. Vamos organizando nuestra vida. El pan es muy bueno. Hay una cafetería con muy buen café expreso. Hay otras muchas cosas... «que sería prolijo enumerar». Y todo el mundo se deshace en amabilidades y servicios.

A Irene le robaron un bolso –con dinero (poco) y papeles personales–. (¡Bolso dentro de un bolsero grande cerrado!). Fue un *choc*. Y un aviso. ¡Se siente tal miseria en torno! Todavía no hemos recibido nada de Cerdeña. ¡Escribid!

Abrazos. Besos, muchos, para Anita. Vuestro,

JORGE

Bogotá-Colombia
Calle 16, nº 4-66
Residencia Veracruz
21 de agosto de 1961

Teresa, hija:

¿Qué os pasa? ¿Qué es de esas Gilman? Yo no sé si se habrá perdido alguna carta vuestra. No tenemos la menor noticia de Europa, de nuestra Europa familiar. Y me *oprime* –aunque sea paradoja– esta *ausencia* de noticias, esta falta de comunicación.

Me imagino que estaréis ya en Francia, quizá en Trégastel. ¿Qué es de Antó? ¿Y la preciosa Isabel? ¿Qué dice Anita? Aquí he conocido ya al discípulo de Steve, Nicolás del Castillo.

Todo sigue *según el plan previsto*. No tengo tiempo libre. Las tareas universitarias y la vida social nos absorben. Os lo contaremos en detalle –cuando sepamos adónde escribiros–. Irene te escribió ya, Teresa, largamente.

Me causa ansiedad este largo silencio. ¡Escribid! Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

¿Y Claudie y Elfie? Después de cerrar el sobre recibimos tu carta del 14. ¡Por fin! ¡Bendito sea Dios!

Bogotá, 31 de agosto de 1961

Teresa, hija:

Esta mañana, en el momento del desayuno, nos subieron tu carta. ¡Gran principio del día! Hemos pensado en esos niños –Isabel con su francés, Anita y sus recuerdos– y en ese pobre Steve, víctima de la Buena Cocina, la gran Enemiga.

Irene no está del todo bien; nada importante. (La presión, la digestión...). Yo he recobrado, en cuanto a presión, mis 130 habituales. Las conferencias marchan muy bien. La lección sobre la *Oda a Salinas* fue particularmente *successful*. El sábado pasado di una conferencia –la de Bécquer– en Yerbabuena, una casa preciosa, donde han organizado con mucho gusto un Museo Romántico.

Hoy andamos –casi– de cabeza. Debemos salir mañana en avión para Cúcuta. Pero hay huelga de la Avianca. Renunciamos al viaje. El secretario de Educación, organizador del festejo –¡tres ciudades, tres conferencias!– ha insistido. Ha habido no sé cuántas llamadas telefónicas. Total: que nos levantaremos hacia las cuatro de la mañana; vendrán a buscarnos a las cinco y volaremos a las seis: ¡horrible madrugón! (Pedro no se habría levantado a esas horas...). ¡Buen viaje!

Saludos a Nicole, a François, al nuevo niño –¡qué aventura!– a Renée, a todos… Y a don Claudio. Besos, abrazos.

JORGE

Han venido ahora con los billetes. Rectifico: volaremos a las 6.40. El taxi vendrá a las cinco y media…

Bogotá, martes 5 de setiembre de 1961

Queridos todos:

Os imagino a estas horas –diez de la mañana aquí– por el aire, rumbo a la Casa Propia, felices. Nuestro viaje aéreo a Cúcuta no duró más que una hora cincuenta minutos. Pero ¡qué tensión –«o llegar o morir»– para Irene, lo mismo a la ida que a la vuelta! Estuvimos en Cúcuta (sin interés, con un magnífico hotel). Y en Pamplona; y el viaje en coche a Pamplona por el fondo de unos valles fue precioso; y llegamos a Venezuela: dos pueblos fronterizos. Desde allí, desde otro hotel de película en tecnicolor, enviamos una postal a Antó. Teresa: mándame las dos otras cartas que Antó os ha escrito desde España. *Me interesan*. Os las devolveré. Lo mejor del viaje nuestro fue el trato con Eduardo Cote, excelente poeta, y su mujer, hija de diplomático español. Se portaron muy bien con nosotros. ¡Cuánta admiración (verdadera), Dios mío, por estas latitudes! Lo de menos fue la conferencia –con poca gente–. (Había llovido mucho). Adjunto dos fotografías del periódico.

Todo es relativo. He cogido gusto a estas conferencias-lecciones de Bogotá. Las escucha un público de veras atento. Me parece imposible que el milagro siga produciéndose durante todo el curso. Hoy empiezo con Federico. Habrá un recrudecimiento del interés. Por la tarde toca san Juan de la Cruz. Irene, a todo esto, trabaja en las humildes faenas domésticas, estudia español, y *soporta* –¡con qué esfuerzo nervioso!– estos viajes en avión. ¿Y vosotros? Me figuro que estaréis cansados de tanto ajetreo y deseosos de casa propia. De quien no tengo la menor noticia es de Claudie. Adiós. Os siento, más cerca ahora: ¡somos –casi– vecinos!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Bogotá! (así: *Bogotá!*), 14 de setiembre de 1961

Queridos todos:

Me gusta imaginaros ya en vuestra casa, en vuestras casas, abandonados al placer de la propia intimidad estable. (Una estabilidad de que yo nunca gozaré). Me alegro –con alegría que es orgullo también– de que Antó entre en Harvard con tan buen pie. Buen pie no faltará a Anita en su escuela; muy pronto se familiarizará con el inglés. Y no hablemos de los pies –bailarines– de Isabel Gilman... Esto marcha bien, pero no sin alguna fatiga para la pobre Irene –con sus trabajos domésticos– y para mí. No trabajo demasiado; de todos modos, la ambigüedad de estas lecciones-conferencias me obliga a preparar las clases; seis en tres días. Me encuentro mejor por la noche que por la mañana, a las doce, hora de la clase en el hangar de la Universidad de los Andes. Un primo de Tito Zubiría, doctor atentísimo, nos visita con frecuencia, nos receta medicamentos, vigila nuestra presión. Por lo demás, vamos, venimos –siempre en *carro*–… Comí en la Institución Caro y Cuervo, admirablemente instalada. Allí coincidí con Harri Meier, el romanista de Bonn, antiguo conocido de Murcia. Aquí está ahora Meregalli, el profesor de Venecia. ¿Os dije que recibí un telegrama del Ministro de Educación del Ecuador? Espero la invitación por carta. Meregalli me ha traído el mensaje de Lima. Iremos, pues, al Ecuador, al Perú. Pero llegaremos lo antes posible a Cambridge. Os envié dos publicaciones de Bogotá.

Abrazos. Besos.

JORGE

Bogotá, viernes 15 de setiembre de 1961

Queridos todos:

Vuelvo a escribiros hoy, después de mi carta de ayer, por la «noticia del día». De *este día* –para mí, para nosotros–. Me sacó de la cama el teléfono.

Un señor turco, profesor en Barranquilla, me comunicó que había leído en un periódico de Medellín que… *Pas possible!* Nos quedamos encantados y perplejos. –Escribiré a Renée –se me ocurrió. (Aquí estamos muy aislados de Europa). Y esta mañana llegaron una carta de Renée y otra de Margot. La noticia está, pues, confirmada. Ya el lunes, la radio de París dijo que se me había otorgado el premio internacional de poesía en Bélgica: 100.000 francos belgas. ¡Estupendo! Sin comerlo ni beberlo, ignorando en absoluto la preparación de ese premio.

Antecedentes. De su concesión a Ungaretti me habló en Nápoles –hace tres años– Madame Noulet. Luego supimos que se lo habían dado a Saint-John Perse. Premio relacionado, me parece, con *Le Journal des Poètes*, y unas reuniones de poetas en una playa belga (Knokke-le-Zoute). Todo ello en conexión con Jean Cassou. No sé más. Pasé por una casa de cambio. Franco belga: a 4,90 respecto al dólar. ¿Serían unos 20.000 dólares? ¡¡No!! Que lo calcule exactamente Antó. ¿Y dónde colocar ese dinero? En Italia no tengo más que una cuenta corriente «al portador». En Estados Unidos, esa suma ¿sería *taxable*? Aconsejadme. Estamos contentos, sobre todo, si lo están mis hijos y mis nietos.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Bogotá, 23 de setiembre de 1961

Teresa, hija:

Te veo, según tu carta, atareada –como siempre– y feliz en ese rincón del Cape. Saluda de nuestra parte a todos los Rogers. Un gran abrazo al *uncle* Harry.

Nosotros seguimos contentos y ocupados. (Los varios medicamentos nos mantienen en excelente estado). Ayer di una lectura –comentada– de versos míos en el Banco de la República, o sea, en la biblioteca mejor de esta ciudad. Y un momento antes de comenzar la lectura me llegaron dos

comunicaciones respecto al Premio de Bélgica: un telegrama, retransmitido por la Casa Bianca, y una carta de Madame Noulet: «*Grand Prix International Poésie 5ème Biennale Knokke vous a été attribué à l'unanimité –félicitations– lettre suit. Haulot Beltourisme*». Madame Noulet me dice: «¡100.000 francos belgas!» Es decir, unos veinte mil dólares. Habrá que ir a Bruselas a recibir el premio, y Madame Carner-Noulet quiere que nos alojemos en su casa. ¿Cuándo? No antes de mayo, naturalmente. (La conferencia en Cúcuta, 1.000 pesos. La de ayer, otros 1.000 pesos. «Los pobres muertos», poema reciente, publicado en *La Nación* de Buenos Aires –27 de agosto–: 40 dólares). Estoy corrigiendo las pruebas de *Lenguaje y poesía* para la *Revista de Occidente*.

Estamos contentos. Lo único que me estropea esta satisfacción es el silencio de Claudie (desde el 3 de agosto). Silencio que de veras me duele.

Os he enviado un «Velázquez» confiado a Anita; os lo entregará el estudiante colombiano Mogollón. Envío *un cheque* a la *Blue Cross*. Telefonea, *please*. *Certificate* nº 452042.

Besos.

JORGE

Bogotá, 27 de setiembre de 1961

Teresa, hija:

Ayer recibimos tu carta de Alghero –7 de agosto– y hoy llega tu carta del 23. Te cansas demasiado, hija; ese continuo ir y venir de la tierra al mar, del mar a la tierra... Pero las noticias son buenas. Antó, instalado, las niñas en sus escuelas. ¿Y Steve? ¿En qué trabaja? ¿Tal vez en lo de la *Chartreuse*?

Nosotros seguimos bien, o más exactamente, mejor. Los medicamentos están causando la debida mejoría. Irene dice que para ella es un «*point d'honneur*» continuar con sus trabajos domésticos. Lo importante es que Irene ha recibido ya sus papeles de Roma. (El profesor Crisafulli ya se ha

casado). Inmediatamente nos hemos dirigido a Tito Zubiría, mi hombre de confianza. Él es el encargado de encauzar el delicado asunto. «Delicado» porque Colombia se encuentra, en punto a matrimonios, como España. Creo que todo quedará resuelto y cumplido en octubre –en la primera mitad de octubre–.

Volvamos a lo del Premio de Bélgica. Las únicas personas a quienes ha «impresionado» ese *galardón* han sido Renée, Margot y Jeanne Le Breton. Vosotros, en cambio, no habéis dado importancia ni a Sevilla ni al Guadalquivir, ni al honor ni al dinero. En cuanto al dinero, Antó se ha equivocado, esta vez, por fortuna. No se trata de 10.000 francos belgas, sino de 100.000. Hemos vuelto a preguntar en una casa de cambio: son 20.000 dólares aproximadamente. (El dólar vale 4,90 francos belgas). Y no sé dónde ni cómo colocar ese dinero.

De Claudie no he recibido carta. Ese alejamiento –geográfico y epistolar– me duele y me disgusta mucho.

Abrazos. Besos. (Irene te escribirá muy pronto). Vuestro,

JORGE

Bogotá, martes 3 de octubre de 1961

Teresa, hija:

La carta tuya llegada hoy fue razón de una visita, una hora después, a la Embajada de Bélgica. En efecto, teníais razón: son 2.000 dólares. Pero conste que la equivocación no fue nuestra. Dos veces –una yo, otra Irene– fueron consultados dos bancos. En los dos se nos respondió: 20.000, creyendo –por lo visto– que el cambio estaba a 4,90 francos belgas el dólar, y no a *49,50*. ¡Nuestro gozo en un pozo! Inmediatamente salimos del pozo. «*Je me rabats sur l'honneur!*», dije al secretario belga, quien me repitió que 100.000 francos para los escritores belgas constituyen un gran premio.

¿Qué más? Irene y yo hicimos parte de una película, que fue dada por la televisión el sábado pasado, *Historia de Cántico*, dirigida y hablada por

Jorge Gaitán Durán, «el amigo de Octavio Paz». Salió bien la «Historia». Con Irene trayéndome una taza de café, etc., etc. Nos divertimos. Me darán una copia del *film*.

Ayer vimos *La discreta enamorada* de Lope, muy bien montada y representada por un grupo teatral de Cali.

En cuanto a mi «cansancio» he de aclarar: 1º, que no trabajo tanto como te decía Irene; 2º, que los medicamentos han surtido su efecto, y nos encontramos mucho mejor; 3º, que, en todo caso, el cansancio proviene, si lo hay, de la labor ordinaria, pero no de los viajes o excursiones. El público sigue acudiendo a las clases. (Ahora, Aleixandre, por la mañana; Góngora, por la tarde. Y apenas preparo *ahora* estas clases). También estoy corrigiendo las pruebas del libro para Madrid.

Respecto a lo esencial, seguimos esperando... la información. ¡La lentitud de estas gentes!

La foto, preciosa. «Abué, bobo»: no me gusta. ¡Ambiguo! Antó, en Harvard. ¡Le estoy viendo! Compra a Isabel la máquina fotográfica con esos 13 dólares y los dólares más que hagan falta, por mi cuenta. Te envío la nota de José sobre Antó.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

¿Qué es de Claudie?

Bogotá, 11 de octubre de 1961

Queridos todos:

Pues señor... Ya lo sabéis por el telegrama que, a estas horas –tres de la tarde– habréis ya recibido. En cuanto recibimos los papeles de Irene, nos pusimos en movimiento para llegar a la ansiada solución: el casamiento civil. Pero esa solución se presentó tan difícil aquí, en esta sub-España, que no hubo más remedio que aceptar la forma hispano-colombiana. ¡Tiranía de

la Iglesia! Ha sido un sacrificio. Por fortuna, caímos en buenas manos. Y la ceremonia ha sido mínima. Todo, claro, en el mayor secreto –para no escandalizar a estas gentes–.

Iglesia: Nuestra Señora de las Aguas. Una iglesita del XVII, preciosa. Testigos: el matrimonio Zubiría y el matrimonio Piñeros Corpas. (Este señor, antiguo diplomático, de la universidad, muy católico). El más simpático y el más cristiano en esta ocasión: el párroco: muy sencillo, muy comprensivo, *intelectual*. Ni siquiera misa. Solo unos pocos minutos, ante el sacerdote; ni siquiera arrodillados. Lo mínimo. ¡Y ya está! Los anillos, la bendición, unas palabras según el rito toledano... Después del acto (hacia las ocho y media), fuimos a la casa muy elegante de la señora Piñeros Corpas con el sacerdote. Y desayunamos. Y luego fuimos a enviaros a vosotros y a Claudie sendos telegramas.

Sí, «muy contentos». Muy bien, el señor cura. Pero... *Ils m'ont eu!* Más anticlerical que nunca. Era la única solución posible. Voy a escribir a Claudie, a mis hermanos, a los de París… Lo importante es que estamos casados *–y con todas las de la ley–*. (Una historia *inter nos*).

Os abrazamos. Vuestro,

JORGE

Bogotá, 17 de octubre de 1961

Teresa, hija:

Me parece que a ti y a Claudie os dirigí, el mismo día 11, sendas cartas en sendos sobres con sellos *nacionales*, no con los correspondientes al correo aéreo monopolizado por la Avianca. Y me temo que esas cartas se pierdan. ¿Absurdo, verdad? Todo es posible en estas regiones del Globo…

Dime si recibiste o no recibiste esa carta en la que te contaba nuestra boda.

Hoy 17 de octubre: 40 aniversario de la boda en París.

El 23 hará catorce años… Me acuerdo de todo.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Bogotá, domingo 22 de octubre de 1961

Teresa, hija:

Veo por tu carta que recibiste la mía del 11. Continuemos, pues, el relato de nuestra pequeña historia. Tras el matrimonio religioso, vino el civil. Y su primera consecuencia fue el cambio de nacionalidad de Irene. Ya tiene, por lo tanto, su pasaporte español. Todo se hizo muy fácilmente. Mañana comenzaremos a tratar de su visado –del de Irene– para los Estados Unidos. Y es que ya nos sentimos –¡otra vez!– en vísperas de viaje. El curso terminará para mí exactamente dentro de un mes: el 22 de noviembre, miércoles. Todavía no se ha concretado nada de nuestras visitas al Ecuador y al Perú. De todos modos, iremos a esos países, pero en viaje rapidísimo, porque estamos ya impacientes por llegar *a casa*, a 15 Gray Gardens West.

¿Qué más cosas ha habido en estos últimos días? Una visita a un instituto de oculistas, magnífico, muy moderno; mi ojo operado se encuentra muy bien; me rectifican las gafas.

Ayer di una especie de charla en el Ateneo Español, o sea, de los refugiados. Centro modesto, simpático, me alegró presentarme allí después de los últimos *contactos* de estos días. Acabamos de volver del Country Club, donde hemos invitado a comer a los Zubiría. Lugar espléndido como club y como campo. Un gran lujo entre tantas miserias. (Deploro lo de Meregalli. Le escribiré).

Solo falta un mes de clase. En este mes hay mucho que hacer y empaquetar. Pensamos en vosotros. Recibí –vía Zulueta– las pinturas de Anita. ¡Preciosas! Una está sobre la pared que tengo enfrente.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Bogotá, viernes 27 de octubre de 1961

Teresa, hija:

Soy «mal narrador» –en esa apreciación coincides con Gil de Biedma– pero te contaré cosas. Ayer di una conferencia –la de Alonso Quijano– en el Instituto Colombo Alemán. He recibido –por avión– un ejemplar (precioso) de *El argumento de la obra*, publicado por Vanni Scheiwiller. (Es el prólogo rechazado por Di Giovanni). Llegan las primeras cartas con motivo del casamiento. De España, los primeros en responder han sido Jesús y Melchor. (De Emilio, nada. ¡Indecente!). Y vengamos a lo más importante. Tras el casamiento vino el pasaporte español de Irene –sin perder un día–. Inmediatamente hemos solicitado el visado de Irene para los Estados Unidos. Como soy residente, ella tiene que tener –es el único posible– un visado de residencia. De acuerdo con la ley, en la solicitud Irene ha señalado todos los países en que ha vivido desde los dieciséis años. Consecuencia: se necesitan sendos certificados penales de Italia y... de Grecia. (Irene residió en la Isla de Cos el año 1932, entonces colonia italiana, donde el padre era *Reggente di Governo*). Esto lo hemos averiguado esta mañana. Ya estamos en movimiento. Irene ha escrito a Roma; mañana veremos al cónsul de Grecia en Bogotá. ¿Cuánto tiempo llevarán todas estas diligencias? Irene se apura. Yo me ocupo. En cuanto a la Teología Burocrática Norteamericana... Steve y Antó, sin duda, la comprenden. Yo no entiendo de teologías.

Me escribiste el 23 de octubre. He *vivido* mucho este aniversario –más que nunca–.

Recuerdos al esposo. Saludos al señorito de la casa. Besos a esas preciosas nietas y a su mamá.

JORGE

Bogotá, martes 31 de octubre de 1961

Teresa, hija, querido Steve:

La carta de Steve nos ha encantado *tanto más cuanto que…* Steve escribe en raras ocasiones. Celebro que Elfie hable español. Irene lee mucho en la lengua de este país, y se encuentra obsesionada por la cuestión lingüística. Lo que me dices del joven Antó me preocupa a mí también un poco. Pero no demasiado. *C'est l'âge ingrat*. Y se le pasará…

Una aclaración. He sostenido correspondencia con la señora del Poetic Center, y quedó muy claro que yo no podía estar en Nueva York el 3 de diciembre, único día libre hasta mayo. De modo que la información del señor B... era equivocada.

Y a propósito del 3 de diciembre, precisaré nuestro plan. Aún no se ha llegado a nada concreto con el Ecuador. La *informalidad* de estos países hispanos es desesperante. En cambio, estamos ya en relación con Lima y la Universidad de San Marcos. De suerte que desearíamos: salir de Bogotá el jueves 23 de noviembre, porque mis clases terminarán el 22; pasar en Cali –ciudad colombiana– del 23 al sábado 25 o domingo 26; dedicar la semana siguiente al Ecuador, y la otra semana, del 3 al 9 de diciembre, al Perú. Quisiéramos estar, a lo más tarde, el 10 en territorio norteamericano. Ya me sabe a poco nuestra estancia en Cambridge. Pero ¿cómo llegar antes del 10?

Mañana salimos para Cartagena, lo más interesante de Colombia. (Todos lo proclaman). El sábado nos trasladaremos a Barranquilla. Daré dos conferencias. Regresaremos el domingo.

Seguimos contentos –aunque ¡son tantas las clases!–. Os recordamos sin cesar.

Abrazos y besos, debidamente repartidos. (¿Recibió Anita unas fotos?). Vuestro,

JORGE

Domingo, 5 de noviembre de 1961

Queridos todos:

Tomamos el avión el miércoles por la tarde, y en Cartagena nos esperaban, entre otras personas, Nicolás del Castillo y su mujer. Amabilísimos. Ellos han sido nuestros guías y anfitriones en Cartagena, ciudad que goza de gran fama merecida. Una fortaleza imponente. Un castillo por donde imaginamos las escapadas de Isabel a lo largo de aquellas galerías de guerra. Unas calles con palacios, caserones, rejas y ventanas –a la andaluza, pero en madera– con un color y una población de color –que crea un ambiente distinto del andaluz–. Conferencia en la Universidad del Atlántico; mejor dicho, leí y comenté versos míos. Pero salió mucho mejor la conferencia dada ayer tarde aquí, en la Universidad del Atlántico, organizada muy bien por un profesor Assa, turco. Vivimos como en los sueños de Segismundo o del pordiosero árabe; nos despertamos en magníficos hoteles. Aquí está Miss Universo para dar animación al hotel... No podéis imaginaros cómo se divierte y qué feliz se encuentra en este mundo, para ella exótico, Irene. Esta tarde tomaremos el avión para Bogotá: nueva etapa de sufrimiento para Irene. Ya nos faltan pocos días para dejar Colombia. Tengo unas ganas violentas de veros, de charlar con todos y cada uno de esa tribu. Supongo que Anita no se olvida del Abué...

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Bogotá, jueves 16 de noviembre de 1961

Teresa, hija:

No quería escribirte sin tener resuelta o aclarada la cuestión del visado de Irene. ¡Ya está! Irene te ha enviado ya el telegrama que esperabas. Lo difícil y muy largo habría sido obtener el visado de «residencia»: única solución que existía para el vicecónsul americano. Intervino Tito; el mismo

funcionario ha encontrado ayer la posibilidad *legal* de conceder a Irene –por ahora– un visado de turista. Y esta mañana ocurrió el *suceso*. Irene estaba preocupadísima, sobre todo pensando en ti. Se veía sola aquí esperando el visado; o nos imaginaba en Florencia o con vosotros en Mallorca este invierno. En fin, no hay tragedia burocrática. Solo hay... molestias.

Plan: hoy mismo definitivamente, –¿definitivamente?– decidido. Última clase: el miércoles 22. Domingo 26: viaje –en avión– a Cali. Conferencias en Cali: 27 y 28. Luego, Quito. Luego, el 3 de diciembre, en Lima. Y el 10: ¡los Estados Unidos! Vamos a tomar unos billetes *combinados* –con descuento–: Bogotá - Cali - Quito - Lima - Bogotá (aeropuerto) - Nueva York - Boston.

Estamos cansaditos –Irene, muy sacudida en los nervios– y atareados. Paquetes de libros, cartas, visitas, despedidas... Este fin de semana comeremos invitados dos veces cada día. Lo que perturba un poco a Irene.

En fin, la temporada bogotana se termina con toda felicidad. El *público* ha quedado complacido. Muy pronto os lo contaré todo, todo, de viva voz. ¡Y pensar que tienes la casa del Cape «abierta», con calefacción a causa de nosotros! Tengo infinitas ganas de veros, de charlar con todos, con ese Antó de Harvard, con esas niñas. (Me encantó la carta de Isabel). Voy a seguir telefoneando.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Las fotos preciosísimas. ¡Gracias! ¡Qué preciosas nietas!

Bogotá, sábado 25 de noviembre de 1961

Queridos todos:

Bogotá se nos acaba, pronto nos veremos. ¡Y qué ganas de llegar! El círculo universitario, las clases, los amigos, han sido muy gratos. Ahora estamos en contacto con la burocracia: y la burocracia me exaspera.

Terminaron las clases el miércoles 22; y había bastante gente. ¡Éxito! Irene os lo contará. He leído poemas por radio; he aparecido –otra vez– en la televisión, al lado de una encantadora *speaker*; he hablado un cuarto de hora –en otra ocasión– de mi poesía… En fin, todo ha marchado muy bien. Y las despedidas y las comidas se han acumulado peligrosamente. (Los arquitectos españoles Rodríguez Ordaz, amigo de Federico, y Esteban de la Mora, vallisoletano, etc., etc.). En cuanto al viaje, la suerte está echada. Ya tenemos los billetes de la Pan American: Bogotá, Cali - ¿Quito? - Lima - Nueva York - Boston. Salida: el miércoles 29. Dos conferencias en Cali. El viernes 1º de diciembre desearíamos salir para Quito. Pero no tenemos el visado; hasta tal punto era complicada y estúpida la presentación de los documentos requeridos. Veremos si en Cali conseguimos –con las recomendaciones locales– ese dichoso visado. El domingo 3 deberíamos llegar a Lima. Ahí, en la Universidad de San Marcos, daré alguna conferencia. (No en el Ecuador). Y luego, ¡con qué gusto tomaremos el avión para Nueva York! Os avisaremos la hora de llegada –en el último avión, por fin– a Boston. Y temo que la hora sea mala, demasiado tardía.

De la última carta de Teresa recojo con la debida lamentación lo de los exámenes de Antó. Espero que se tratará de una crisis pasajera. Os devuelvo las notas de Isabel, magníficas. ¡Cómo nos acordamos de esas criaturas! ¡No dejaré de mencionar a Anita!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Dirección en Lima: c/o Carmen Ortiz de Zevallos, Parque Mariscal Cáceres 30, Lima-Perú.

Bogotá, martes 28 de noviembre de 1961

Queridos todos:

Os escribo con la prisa de las últimas horas en esta insigne ciudad. Estamos cansados de tantas invitaciones y comidas, y de los preparativos burocráticos. Tenemos, por fin, un «visado de cortesía» para el Ecuador. ¡Uf!

Saldremos mañana a las 9.40 de la mañana. Y mucha gente –costumbre española– vendrá a despedirnos al aeropuerto. (¡Como en Sevilla!). En Quito (Hotel Majestic) estaremos dos días. Volaremos a Lima el domingo 3 de diciembre. *Hotel Alcázar*.

Ha salido bien nuestra estancia en Bogotá, en Colombia.

Abrazos y besos a todos –convenientemente distribuidos–. Ahora vamos a alejarnos. Pronto, muy pronto, nos reuniremos. ¡Adiós!

JORGE

Cali, jueves 30 de noviembre de 1961, diez de la noche

Teresa, hija:

Todo ha marchado bien en estas dos jornadas de Cali. (Salvo la indigestión que traje de Bogotá y que me amargó las horas de viaje y de llegada en el avión). Pero ¡qué cansaditos estamos –agradablemente–!

Lo importante es que aquí, en la Panagra de Cali, hemos modificado el horario del viaje de regreso. Y solo pensando en una cosa: que la hora de llegada a Boston fuese *posible* para vosotros. Porque supongo que vendréis al aeropuerto de Boston. Yendo por Nueva York, según nuestro plan anterior, habríamos llegado a Boston en medio de la noche. Ahora, según el plan definitivo, ya hechas las *reservations*, apunta estos datos:

Salida de Lima. El domingo 10, a la una y diez de la noche. (Es decir, en la noche del sábado; pero será ya domingo 10, a la una de la mañana). Miami, 7.25. Aunque tuviésemos retraso, habría tiempo de tomar otro *jet* de Eastern Airlines, vuelo 628, en Miami a las 12.45. Llegada a Boston: DOMINGO, *15.25 de la tarde*.

¡Qué ganas de veros!

Abrazos, besos. Y de Irene y míos.
Vuestro,

JORGE

Quito, sábado noche, 2 de diciembre de 1961

Queridos todos:

Este es nuestro segundo día ecuatoriano. El viaje fue excelente. Hemos visitado estas célebres iglesias, resplandecientes de oro, barrocas, muy barroquitas. Interesantes. Pero no me calientan. La ciudad, con muchos indios, siempre tema de curiosidad y observación, tiene carácter.

Hemos almorzado hoy en la casa –magnífica– de Gonzalo Zaldumbide, escritor y diplomático ecuatoriano, que yo conocí en 1918; era uno de los sudamericanos que rodeaban en París a Martinenche. Claro, nos hemos encontrado... irreconocibles. Y luego dirá Irene que es tímida. Ha estado como el pez en el agua con aquellos ecuatorianos, señores y señoras tan distinguidos (y tan *snobs*) que hablaban francés entre ellos. «¡Y, qué viejo soy, Dios mío, –ay– qué viejo soy!».

Estamos en un buen hotel *ottocentesco*, como una fonda de Valladolid. A Irene le encanta este aire *vieillot*. Mañana saldremos hacia las dos, y a las seis y pico de la tarde estaremos en Lima.

Repito lo que os dije en mi carta anterior. *Llegaremos a Boston el domingo 10, a las tres y veinticinco de la tarde (Eastern Airlines)*.

Mi estribillo no cambia: ¡Qué ganas de veros!

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Lima, martes 5 de diciembre de 1961

Queridos todos:

Lima es una gran ciudad y nos encontramos aquí, desde el domingo, muy bien. Gran recibimiento: todo, fácil. Vivimos en *La dolce vita*: periodistas a la llegada, fotografías, firma de libros, antologías, firmas en un papel cualquiera. La conferencia anoche, en San Marcos, solemnísima. El claustro de profesores. La sala –antigua, muy bonita– atestada, con gente en los pasillos. «*Le sommet de ma vie!*», le digo a Irene sonriendo. Informaciones en los periódicos, etc., etc. Aquí están Corpus Barga, viejo amigo de París, Montiel, alumno mío de Murcia. Etc. Etc. Hemos visitado esta mañana el estupendo Museo de Antropología –con arqueología precolombina y preincaica–. Dejo aparte a Carmen Ortiz de Zevallos, amiga de otros tiempos: encantadora. Estamos contentos y cansados. Mañana será la 2ª conferencia, el jueves la 3ª, el sábado por la mañana, la 4ª, todo muy bien organizado por el decano de Letras, Puccinelli, muy serio. Y el sábado por la noche, volaremos.

Repito el plan del regreso. El domingo, por la mañana, llegaremos a Miami. Tomaremos un avión (Eastern Airlines) a las doce, *para llegar a Boston, el domingo, a las tres y veinticinco de la tarde (vuelo en jet nº 628)*.

(Un amigo de México, Sologuren, peruano, publica unos libritos de colores, muy pequeños. Voy a copiar las poesías inspiradas por Anita para hacer un librito: *Anita*, regalo de Navidad).

¡Qué ganas violentas de veros!

Abrazos.

JORGE

Río Piedras, domingo 14 de enero de 1962

Teresa, hija, querido Steve, queridos nietos:

Resumiré nuestra semana. El frío de Nueva York, intenso, agravó el arrastre catarral de Irene. Visitamos, a pesar de todo, el museo Guggenheim –feliz idea–, el de Arte Moderno y la Frick Collection. Almorzamos con los Zulueta. (Carmen te encuentra muy española). Cenamos en casa de los

Lorca. (Ya sabéis que Steve nos invitó a cenar con don Américo). Los Claudie nos pasearon por la ciudad, que gustó mucho a Irene. El miércoles, solos, salimos de Nueva York y el viaje fue perfecto. Elsa Fano había tenido un pequeño accidente de automóvil aquel mismo día, y no vino a esperarnos. Todavía no la hemos visto; está ocupada, parece ser, con su abogado. Nos condujo del aeropuerto a la Casa de Huéspedes un joven profesor del departamento. Esta Casa es nueva: un gran hotel, muy moderno. Muchos empleados y criados, pero sin servicio *individual*. El jueves era fiesta aquí, ¡nada funcionaba! *Vacuum!* Irene, con fiebre –hasta 39,4– pasó en la cama jueves y viernes, impaciente por verlo todo y por organizar nuestro alojamiento. Vi a Margot Arce el viernes; y al decano de Humanidades. Aquí se aloja, en esta misma galería, Gaos, el filósofo, muy amable. Vi por fin ayer, sábado, a Benítez: visita relámpago (un poco teatral), escena de cine. Me dijo que debíamos seguir en la Casa de Huéspedes por ahora. Vamos viendo y nos van diciendo que nos convendría seguir aquí. Ya os explicaremos nuestra organización. Vinieron a vernos los Onís. Esta noche iremos a casa de Enjuto. Por otra parte, en estas horas –libres, *temps assez pur*– he corregido las pruebas de *Lenguaje y poesía*. Tendré tres días de clase, lunes, miércoles y viernes, de cuatro a seis (dos cursos). Irene está encantada. Hace buen tiempo. Comemos a la americana. Ya estoy con mis papeles literarios.

¿Cómo os va en esos Madriles? Nos acordamos en alta voz muchas veces de todos vosotros. Escribí a Carriazo y a Antó.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Dirección: Centro Universitario.
Universidad de Puerto Rico - Río Piedras. Puerto Rico
Río Piedras, 25 de enero de 1962

Queridos todos:

Respondo inmediatamente a la carta de Teresa. Me dio vergüenza que *Estudio* se pareciese demasiado a la España castiza de Larra. Celebro que mis nietas se encuentren ya más a gusto entre sus compañeros. ¿Emilio? Sí, claro. Nada hay que discutir. Me escribió María, mi hermana, tan contenta de haberos visto. ¡Yo lo estaría!

Estamos bien. La gripe que llegó a los cuarenta grados de fiebre, no se curó con el sol –visible a intervalos no frecuentes, porque diluvia a menudo– sino con unas píldoras que le dio el doctor de este *centro*. Centro que no se parece nada a la antigua Casa de Huéspedes. Sería costoso y pesado vivir en un *apartamento*; la comida, a la americana, es suficiente; nuestra habitación, buena; el conjunto, elegante y moderno. Coincidimos muchas veces en nuestras comidas con Gaos, cordial, simpático. Vive al lado nuestro Max Henríquez Ureña. El campus es hermoso; y las clases se dan en un edificio muy cercano.

Clases de veintitantos alumnos. Asisten las dos Fanos, algún curioso. Me lleva algún tiempo la preparación, pero no demasiado. Ahora no *me siento* libre porque tengo –una vez más– que corregir las pruebas del libro para la *Revista de Occidente*, y durante dos tardes por semana trabajo con Di Giovanni en la revisión de las versiones poéticas. No hemos visto todavía a gentes que nos esperan.

¡Ah! Saldremos, *si Dios quiere*, en el barco *Antilles*, francés, el 11 de mayo; llegaremos a Le Havre el 19. Es un barco de turismo (800 dólares que, parece ser, pagará la universidad). Vamos a ocuparnos del visado de Irene, ardua empresa. Quien nos ayuda en todas estas cosas es Jorge Enjuto, muy próximo al rector. (Vimos a los Onís). Pensamos en vosotros, en esas criaturas, ¿Qué dice Anita de ese mundillo? De Antó no sé nada.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 13 de febrero de 1962

Teresa, hija:

Tu carta de hoy –aquí– ha debido de preceder a la recepción de la última mía en que te hablaba del verano en Mallorca. Aquí ha estado, durante la semana Toynbee, Tierno Galván. Según él, no hay peligro alguno para mí. En suma, no salgo de cierta perplejidad. Yo me inclino a creer que ese viaje es posible; mejor sería no hablar demasiado de él. Haced lo que juzguéis oportuno.

Celebro de veras –con alegría– que Steve trabaje en su nuevo libro. Todo lo que Steve escribe es de gran calidad. Pero la otra noticia –la del desasosiego de Anita– me consterna. ¡Es tan sensible, tan inteligente! Habla con los profesores o profesoras de *Estudio*; explícales el caso. Escribiré a Anita; he recibido unos cuantos ejemplares del librito *Anita*; empiezo a distribuirlos. A propósito, Enjuto me ha sacado una parte del futuro *Homenaje* para la editorial universitaria. *Según las horas*, 80 poesías breves. Acaba de fallecer en Suiza Werner Bock, traductor de algunos poemas de *Que van a dar en la mar*; quería publicar una edición de lujo de una selección de ese libro. El proyecto, me imagino, no se llevará a cabo.

Hemos visto a los Onís, a los Delano, americanos de la televisión –amigos de los Di Giovanni–; a otros profesores… Todavía no hemos visitado la Fortaleza. Acudimos a la consulta de Rodríguez Olleros, español refugiado, muy amigo de los Salinas. Nos encontró muy bien –incluso de presión–. ¡Que sea por algunos años!

Las clases se desarrollan tranquilamente: veintitantas personas en cada una. Elsa Fano asiste siempre; Ester, con gran frecuencia. He vuelto a mis papeles personales. Hay que aprovechar el tiempo. Los días, los meses pasan…

Os veo con esos amigos ¿Cuáles son las direcciones de Claudio de la Torre, Bergamín y Arturo Soria? ¿No vais por *Ínsula*? ¿Y León Sánchez Cuesta? ¿Y Melchor?

Para Margot, abrazos. Besos a esa Isabel que sabe adaptarse. ¡Y esa Anita, esa pobre Anita! Para todos, abrazos.

JORGE

Río Piedras, sábado 17 de febrero de 1962

Queridos Steve y Teresa:

Acabo de escribir a Antó. Acto muy simple que me ha enternecido. En realidad, a quien tengo más dentro –de esa generación– es a esa criatura. Por cierto, Carriazo no ha respondido a mi carta. Le escribiré de nuevo. Sigue pareciéndome muy afortunado aquel proyecto de las excavaciones arqueológicas.

Debéis de haber recibido una copia de la carta que Mr. Thomas Wilson me dirigió, en respuesta a una que le escribió, bajo mi inspiración, Di Giovanni, amable secretario. Carta muy cortés, por supuesto. No se te ocurra pensar, Teresa, que me «juanramonizo». A la carta, de tono un tantico irritado, de Mr. Wilson, he respondido enseguida de mi puño y letra, diciendo en suma: «*You are right*». Y pagaré la factura de 289,36 dólares, que es lo que me cuesta a mí la edición de *Language and Poetry*. (Lo pagaré poco a poco).

Y ya que hablamos de economía… Enjuto es un hombre valiosísimo. Por una parte, muy buen amigo nuestro. Por otra, *executive* del rector. Enlace, pues, entre la amistad y el poder. (Me refiero a Jorge Enjuto, marido de Aurora de Albornoz). Gracias a él, mi sueldo será el máximo en esta universidad. 6.000 y no 4.000 y pico. Y se me pagarán los viajes de ida y vuelta: (Bogotá - Río Piedras, Río Piedras - Le Havre). Ya os dije que tomaremos el barco *Antilles* el 11 de mayo. Si vuelvo a los Estados Unidos antes de un año, a partir de la fecha de salida, no necesitaré *re-entry permit*. (*Basta la identification card*). *Regresaremos, pues, antes del 11 de mayo del 63*.

Tengo más cosas que contaros. Para otra carta. Voy a escribir a Anita. Otro día escribiré a Isabel.

Vuestro,

JORGE

Río Piedras, miércoles 21 de febrero de 1962

Queridos todos:

Hace apenas una hora me ha llegado la carta de Carriazo que os adjunto. Sería muy bueno que el proyecto de las excavaciones se realizase en esa forma. Yo creo que lo más eficaz, lo más rápido, sería que fueseis a ese museo para hablar con ese señor o *esos señores*. Y si hubiese necesidad de presentación o fuese conveniente, acudid a un amigo, a Lapesa, por ejemplo. De todos modos, voy a escribir a don Martín Almagro Basch. En realidad, esa carta de nuestro buen amigo Carriazo sería ya suficiente presentación. Me encantaría que Antó –yo también le quiero– anduviese por esos vericuetos de arqueólogo. Lo deseo intensamente.

También ha llegado por el mismo correo una carta de Haraszti, ahora en el hotel Miramar de Málaga, y contentísimo.

(Una indicación literaria. En el número de enero de *Poetry*, hay una nota bien compuesta y muy amistosa de Wallace Fowlie sobre lo de Bélgica. –¿Y Dámaso?–).

Nos acordamos mucho de esas niñas y de sus autores.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Este Martín Almagro ¿será pariente de Melchor? Me lo pregunto.

Irene ha salido. Por eso no firma.

Río Piedras, domingo 4 de marzo de 1962

Queridos todos:

¡Marzo ya! Empiezo a sentir que se acerca el retorno. A estas horas ya habrá vuelto Teresa de Mallorca y conoceremos nuestra residencia veraniega. Ya tenemos nuestro camarote reservado en el *Antilles*: 11 de mayo. De Bruselas me han escrito preguntando por mi regreso. Supongo que será lo primero: la visita a Bélgica y luego a Holanda, sería lo más natural –para recibir el Premio de Knokke-le-Zoute–.

Las clases marchan dulcemente. Trabajo en lo mío también; ordeno y corrijo papeles de *Homenaje*. De este libro he sacado una sección –*Según las horas*– para que lo publique la editorial de esta universidad. Me lo pidió Enjuto varias veces. (Son 80 poesías cortas). Ahora reparto *Anita*. Y suelo poner como dedicatoria en la portada interior: «*Jorge Guillén* presenta su nieta *Anita* a don Fulano de Tal…». ¿Y esa Anita de carne y hueso, cómo se encuentra? Los Di Giovanni se marchan ya a su pueblecito: Cidra. Buena gente. El entusiasta editor espera que la *Antología* se publique antes de *Christmas* y para *Christmas.*

Hemos visitado a Nilita. En la cama. Con el corazón delicado. Muy simpática. Hablamos de ti, Teresa. He visitado a don Tomás Blanco, exquisito escritor, gran amigo de Pedro. (Jaime me ha enviado cinco libritos de su colección de poesía y *La responsabilidad del escritor*. Este envío me ha sido grato. Ya le contesté). Los Onís están muy amables con nosotros. La otra tarde, al salir de casa de Nilita, nos invitaron a cenar (La cueva del Chicken Inn). Los sábados hay una tertulia de españoles en The Swiss Chalet. Refugiados universitarios en su mayor parte. Asisto a esta reunión de vez en cuando. Las Fano no pierden una clase. Ester nos llevó a cenar a un restorán americano muy caro: The Top of the First. (Es encima del First Federal Bank). Hay a veces cine en el campus. En fin, vida variada y apacible. ¿Os he dicho que Irene lee mucho en español (*La Regenta*, *Misericordia*, *Tormento*, etc. etc.) y que de veras está empezando a hablar castellano? Domingo hermoso; nos acordamos de todos vosotros constantemente.

Abrazos. Besos.

JORGE

Río Piedras, 21 de marzo (declaración oficial
de la primavera, aquí ya verano) de 1962

Queridos todos:

He releído por segunda vez en alta voz tu carta, Teresa, con tan gratas noticias, salvo la espantosa de Ángel del Río, que me aflige de veras. Me imaginé que veríais a José María de Cossío. Debe de haberos buscado ya Melchor. ¿Y Dámaso? ¿Por qué no veis a Vicente Aleixandre? Lo de Portugal nos encanta. Y a propósito. Van precisándose las fechas. La ceremonia –solemne, con discursito, que me preocupa un poco– en Bélgica, será el 2 de junio. Antes, puesto que llegaremos al Havre el 19, daremos una vuelta por Holanda. De modo que podríamos llegar a Portugal en fecha temprana de junio. ¿*Cuándo* pensáis instalaros en *Albufeira*? Lástima que los Claudie no nos acompañen.

Los Claudie llegarán este próximo sábado a las doce y media. Iremos a esperarles con Ester o con Elsa. Se alojarán aquí, en este Centro Universitario. Las conferencias –250 dólares– serán dos: «La Literatura Comparada» y «Hacia una definición de la picaresca». Imaginaos si esa visita nos alegra.

Más «vida literaria». Ayer recibí por avión un ejemplar de *Lenguaje y poesía*. Ha quedado bastante bien: un noble libro más de la *Revista de Occidente*. Ortega hijo me escribe que «está orgulloso de publicar este libro». Frase muy de agradecer por venir de esa tan difícil familia. Recibiréis un ejemplar allí, en Madrid.

El sábado hicimos –¡por fin!– una excursión por la Isla, gracias a la gentileza de un alumno. Estuvimos en Luquillo y Fajardo; comimos en las Croabas, preciosa bahía; ascendimos al Yunque. De todo ello hablaré a Isabel en próxima carta. También escribiré a Anita, a quien enviaré fotos

grandes y buenas que nos han hecho aquí. (No hemos visto a Marichal ni apenas a Tió).

Besos, abrazos.

JORGE

Río Piedras, martes 27 de marzo de 1962

Teresa, hija:

Llegaron el sábado, a las doce y media, Elfie y Claudie. Los esperamos con Ester y Elsa. Y Ester nos invitó a todos a comer en Cecilia's. La pareja, boyante, muy contenta de encontrarse aquí. El domingo nos llevó Ester al campo y al mar. Estuvimos en Coral Beach Hotel, donde está ahora Justina, recién llegada. Por la noche comimos todos en casa de las Fanos –verdaderamente amabilísimas–.

A Claudie le gusta mucho Puerto Rico. Venía un poco preocupado por las conferencias. Conferencias mal colocadas por razones circunstanciales –ayer, lunes, y mañana, miércoles–. Tuve un altercado telefónico con la decana de Estudios Generales. A pesar de todo, hubo bastante gente en esta primera conferencia, a las cuatro (y Gaos conferenciaba a las cinco). Tema: «La Literatura Comparada». Creo, sin pasión, que ha gustado. La conferencia –aquí, *inter nos*– fue admirable, magistral. El profesor Claudio Guillén habla como un joven maestro, con precisión, con claridad, con una animación natural y convincente. El castellano, perfecto. Añade la buena presencia, la sencillez. Única objeción posible: demasiadas citas en lenguas extranjeras. Pero ya lo sabéis; es el estilo de los comparatistas; así hablaba Spitzer. Eso sí, un despliegue imponente de cultura –cada cosa en su sitio– y con una pronunciación correctísima en francés, inglés, alemán, hasta italiano. Total: una brillantez… judía. Una demostración de poder, o una *identification card*. Un ejercicio de oposición a cátedras. ¡Estupendo! Os tuve todo el tiempo presentes a tu madre y a ti. Recordaba aquellas conferencias que Claudie nos daba en Sevilla con el vaso de agua en la

mesa y una varita en la mano… Hoy se han ido todos a la playa de Luquillo. Regresarán a las cinco. Yo escribo cartas. Celebro que viváis intensamente en Madrid. Es vuestro estilo.

A todos los Gilman, abrazos. Escribiré a los Lorca y a Bergamín.

Vuestro,

JORGE, o sea «GUILLÉN, PADRE»

Río Piedras, 3 de abril de 1962

Teresa, hija:

Se marcharon ayer los Claudie. Y la Isla se quedó sola. Ha sido un éxito completo. Han gustado las conferencias y él *ha conquistado* a varias personas. (Elfie también es muy grata a todos). Especialmente, los Ferdinandy han simpatizado violentamente con Claudie, especializado en húngaros. Las dos Fanos han estado amabilísimas. Ester, la *juerguista* de la casa, nos invitó a todos –y a nosotros por segunda vez– a The Top of the First, restorán muy bueno y muy caro. Elsa y los Ferdinandy nos condujeron al aeropuerto. Allí vimos a Carmen de Zulueta y los suyos, que regresaban también a Nueva York. Una noche nos invitaron a Justina y a nosotros a cenar. Justina pasó por aquí como un relámpago: por *culpa mía* conoció a las Fano, y Ester quedó prendada. De tanto comer y beber Justina se puso enferma; Ester se la llevó a casa. A Claudie le ha gustado mucho Puerto Rico; quisiera volver –y ser invitado el semestre en que yo enseñe aquí–.

Pues yo, el padre de la criatura, he quedado verdaderamente contento. Ha madurado mucho como profesor; las conferencias, de gran calidad. ¡Y qué culturita! Muy *à son aise* con todo el mundo. ¿Y por qué esas «espantás» que le dan algunas veces? ¡Escribirá sus libros! Puedo morirme tranquilo. Me enterneció verle marchar y ausentarse para mí todo un año. Claudie se fue encantado de su estancia. «Semana intensísima –decía–. Como si fuese Teresa». Te recordamos, riquina, os recordamos a todos.

Carmen de Zulueta dice que Isabel le recuerda mucho a tu madre. Y eso me gustó mucho.

Abrazos a todos.

Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 10 de abril de 1962

Queridos todos:

Llegó ayer la carta de Teresa –con buenas y malas noticias–. Voy a escribir a María, mi hermana; eso del codo es desolador. ¡Qué mala suerte la de esa criatura! A Amelia del Río le escribí en cuanto leí la noticia en *El Mundo* de aquí; la muerte de Ángel del Río me ha consternado de veras. ¿Se te pasó el lumbago? Percance sin categoría, pero fastidiosísimo, lo conozco.

Vivís intensamente –en Madrid también–. Es vuestra costumbre, admirable. Espectáculos, conferencias, tertulias, restorans… ¡Y ese Doncel de Sigüenza! Nosotros, ya con el agua al cuello de la salida –dentro de un mes– vamos a hacer algunas excursiones por la Isla. Esta tarde terminaré la primera versión de mi discursito en Bélgica, unos veinte o veinticinco minutos a lo más. Pasado mañana diré en el Ateneo la última conferencia de Harvard. Comimos en casa de los Onís: *party* agradable. ¡Ah! Estoy a la busca de… No de mi tiempo perdido sino del reloj que dejé olvidado ayer sobre la mesa de clase. Hasta ahora no ha aparecido. (Irene está hablándome del precio de los relojes en Río Piedras…)

Pasaron Mirko y Serena por Puerto Rico; comimos con ellos en casa de Olleros. (Muy recomendados por los Marichal). Los acompañamos una tarde por San Juan. Sert se presentó ayer de improviso en nuestro cuarto, acompañado del rector. (Al rector apenas le hemos visto). Me acuerdo ahora de lo que me contó Claudie: que López Marichal ha pedido a Llorens que escriba el prólogo a la segunda edición de las *Poesías Completas* de Pedro

Salinas de Marichal. ¡! Me ha escrito María de Oñate: muy *sweet*. Me habla de Anita. Tengo unas ganas violentas de veros a todos. (Y de conocer esas nuevas páginas de Steve). Teresa: no se te olvide decirme lo antes posible cuál será nuestra dirección en Albufeira.

Irene os abraza. Yo os abrazo.

Vuestro,

JORGE

Río Piedras, Lunes de Pascua, 23 de abril de 1962

Queridos todos:

¿Cómo salió ese viaje de Semana Santa? ¿Os acompañaron las niñas? Contadme. Escribí ayer a Antó: felicitación, cheque. (Por cierto, Anita debe contar con su chequecito. Cinco años, cinco dólares). Me escribió Georgette: «*Quel enfant sensible et intelligent! Il travaille très bien, je le trouve très sérieux. Il repense le monde pour son compte... Il m'a laissé une impression de pureté et de courage. Il n'avait pas un sou, car l'argent que Thérèse lui envoie ... n'était pas arrivé; mais je n'ai pas pu lui faire accepter un centime. Un étrange mélange de fierté espagnole et d'ascétisme puritain. C'est beau*». *J'en bois du lait!* Y Claudie: «Un espléndido Antó, que me ha dado una gran alegría. Yo intenté proporcionarle ocasiones de entretenimiento, pero cada vez mi sobrino las rehusaba para poder dedicarse a la lectura de alguna obra fundamental. Mi impresión es que está trabajando mucho y bien. Es lo que yo sospechaba: era conveniente la ausencia de los padres para que Antó se hiciese de veras responsable de sus estudios y de su vida. Está, pues, bien encaminado. Sus demás virtudes ya las conocéis: su cultura, su capacidad de "elevar la conversación", su humor, etc. Solo le veo con tendencia a criticarlo todo, mediante esa como ausencia, del todo inconsciente, de humildad intelectual que caracteriza al joven estudiante. Más vale eso que la falta de personalidad. Mientras tanto, él cuenta con Ampurias para el verano que viene». ¡Estupendo! (O mejor:

estupendos, el niño y el otro Niño). Y a propósito: ¿se ha arreglado el asunto de las excavaciones?

Celebro que simpatices, Teresa, con Soledad Ortega. ¿Recibisteis *Lenguaje y poesía*? Acabé el discursito para Bélgica: 18 o 20 minutos. (Creo que asistirá al Acto Jean Cassou). Nuestra salida de Puerto Rico se acerca. ¡Precisemos! ¿Cuándo llegaréis a París? Otra pregunta: ¿Cuál es vuestro plan en relación con la boda de Llorens? Teresa: Haz el favor de contestar a mis interrogaciones. ¿Cuándo llegaremos a Albufeira? (Pienso en nuestro correo). Estamos enviando paquetes de libros a la casa de Cambridge. (¡Qué amables los señores polacos!). *Anita*: el otro ejemplar podría ser, por ejemplo, para María de Oñate.

Gozamos de silencio y soledad en este gran edificio durante la Semana Santa. El jueves nos llevó Elsa a la casa de campo de Graciela Torres, alumna de Wellesley, mujer del arpista Zabaleta. Conocimos, pues, algo del interior de la Isla, tan variada de paisajes. Volvimos el viernes por la tarde: Elsa y Ester, amabilísimas. Ayer, domingo, pasamos varias horas en la casa que en Aguasbuenas tiene Esther Bouret –quien ahora asiste a mis clases–. (Las Fano no pierden una). También me honra con su presencia la señora de Ferdinandy; ella y él, húngaros, simpatiquísimos. Tiene razón Claudie, entusiasta especializado en húngaros. Comimos también con los Onís. A todo esto, no hace demasiado calor. Hemos tenido suerte. Sí, volveremos a Puerto Rico, pero no a este Centro Universitario, y cuando tenga más adelantada mi labor personal. (Calculo que me falta por escribir la cuarta parte de *Homenaje* y *Clamor* está casi terminado). ¡Acabar, acabar! He perdido casi todo el poco pelo que me quedaba. Pero esta es otra historia, y prolija. Estoy viendo a un especialista de la piel. Irene os contará. Irene, muy bien: «intoxicada de español». Le ha gustado mucho *La Regenta*. Le entusiasma *Fortunata y Jacinta*, que está leyendo.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, martes 1º de mayo de 1962

Queridos todos:

Imaginaos si nos habrá conmovido el accidente mortal de la pobre Concha. He escrito a Isabel, a Paco y a Montesinos. Otra noticia tristísima: la muerte de Emilio Prados. He escrito a su hermano Miguel (a sus antiguas señas).

Vengamos a los supervivientes. Deploro lo de Steve. Es joven y fuerte; vencerá a la dolencia. Lo mío se refiere exclusivamente a la caída (rápida por razones hormonales, parece ser) del pelo. Lo estoy recuperando en parte: el caído ahora por esa causa.

Estuvimos –¿os lo dije?– en la finca de Ester Bouret. Fuimos a ver a los Di Giovanni, que viven en Cidra, en una altura preciosa. Muy buenas personas. Hoy invitamos nosotros a los Onís –con los Huéscar–. Intervine en la Fiesta de la Lengua; ya os contaré…

Pero lo que absorbe nuestra preocupación es el viaje. Nosotros pasaremos en París un par de días: 19 y 20, tal vez 21. Iremos enseguida a Holanda. Luego, en Bélgica, hasta la ceremonia y tal vez algún día más. Celebro infinito que Antó llegue a París el 7. Me ha escrito una carta, muy buena y muy divertida. ¿Y si nosotros fuésemos a la boda –estamos invitados– y os acompañásemos en el viaje a Portugal? ¡Cuánto vamos a danzar –nosotros– durante casi cuatro meses, hasta llegar a Florencia! Me acuerdo mucho de esas niñas. ¡Las adoro!

Os queremos.

JORGE

Río Piedras, jueves 10 de mayo de 1962

Teresa, hija:

Saldremos mañana por la mañana. Y en el momento oportuno. Ahora empieza de verdad el calor. Estamos sumidos hasta el cuello en la «vida

práctica». ¡Y qué ganas de veros! Anita, nerviosa… Pues claro. ¡Pobres criaturas, demasiado felices, demasiado afortunadas!

Todos los últimos pormenores de nuestra vida en Puerto Rico os los contaremos de viva voz.

Ya sabéis el plan: llegaremos en el *Antilles* al Havre el sábado 19. Iremos a París, a casa de Renée. Enseguida, dos o tres días después, nos trasladaremos a Bélgica y enseguida a Holanda. Volveremos a Bélgica: Acto solemnísimo. (Con cinco discursos, el primero de Jean Cassou y el último, el mío). Eso será el 2 de junio, sábado. A París llegaremos quizás el 5 o el 6 o el 7. Y el alojarnos en la casa de Arnavon nos parece de perlas. Vosotros llegaréis los primeros, ¿verdad?

Ha salido bien la temporada de Puerto Rico. Irene está contenta. Y yo, también –sobre todo de Irene–. «*En or*» decías. Exacto. Es demasiado en la vida de un hombre que le suceda dos veces la grande y perfecta aventura –que no es la aventura–. Y, claro, me contrista mi edad. Pero no puedo quejarme. Todo lo contrario. Tu madre, mis hijos –y sus alrededores y consecuencias–. Y ahora, Irene… ¡Increíble! No me lo merezco.

Voy a escribir a Claudie (Elfie está mejor).

Abrazos a todos. Besos a esas preciosísimas y queridísimas nietas. Vuestro,

JORGE

Middenmeer, viernes 25 de mayo de 1962. Doce y media

Teresa, hija:

Te escribo en un alto de una excursión. Os dejé al principio de nuestra estancia en París. Renée, adorable. Margot, en cuya casa almorzamos, muy cariñosa. Me hizo un elogio extraordinario de ti. Y yo dije a todo que sí: ¡de acuerdo! Vimos la última película de De Sica, agradable, pero no gran cosa, y *Viridiana*, de Buñuel; como película interesante, como concepción, de una brutalidad y una bajeza celtibéricas. *¡El cavernícola –blasfemo–!* Etc., etc.

Cenamos con los Cassou, muy afectuosos. Y el miércoles tomamos el tren que nos condujo directamente en seis horas y media a La Haya.

Nos alojamos en casa de una señora anciana, muy amiga de la madre de Irene. (Madre que pasó en este país nueve años). A pesar de su *grand âge*, es activa y amabilísima (hasta habla español). Ayer visitamos el museo Mauritshuis, bueno. Por la tarde fuimos a Delft y Rotterdam. Acabo de enviar una postal a Anita sobre nuestro momento en esa ciudad. Holanda es un país estupendo. ¡Me gusta Europa! Me gusta vivir en Europa –lo que no quita el enlace con América–. Siento aquí una especie de patriotismo europeo. Ahora atravesamos una región que era mar y ha sido *de nuevo* convertida en una provincia holandesa. Triunfo de la tierra humanizada sobre el mar elemental.

¿Cómo está Steve? No te ocultamos nuestra preocupación. Tengo unas ganas inmensas de convivir con vosotros. Espero con ansiedad tus cartas.

Besos. Abrazos.

JORGE

La Haya, lunes 28 de mayo de 1962

Queridos todos:

Tenemos muchas cosas que contaros, pero lo más importante ha sido hasta hoy la llegada de tu carta, Teresa, retransmitida por Renée. Lo de Steve sigue aún no diagnosticado, y los planes nuestros y vuestros continúan siendo vagos y problemáticos. Ante todo, y de nuevo: nosotros iremos adonde os encontréis. Steve piensa en el regreso a casa, y nada más natural. (¡Cuánto lo sentiríamos: que se nos acortasen nuestros días comunes europeos!). La estancia en Portugal me parece cada día más improbable. Renée propone… lo de siempre: Provins. ¿Y si, después de todo, fuese una buena idea? Ya sé que tenéis pocas ganas de demoraros en Francia, en París. (Como yo, y más aún en las presentes circunstancias políticas, maldita la gana que tengo de caer por Madrid). Pero, si es preciso

–y, por supuesto, sin el menor *heroísmo*– allí nos plantaríamos, si así vienen las cosas. Total: vosotros diréis. ¿Nuestra dirección? Se me ocurre esta: C/o. Monsieur Paul Février, 330 Avenue des Sept Bonniers, Bruxelles 19, Bélgica. (Es el secretario de las *Biennales de Poésie*).

Nos hemos movido bastante. Visitamos el Gran Dique –obra grandiosa–. Fuimos a un museo precioso en un bosque, y vimos una gran cantidad de Van Gogh. (*Fan joj*. ¡Dos jotas!). Hemos estado hoy en Haarlem (Frans Hals). Estuvimos en Ámsterdam: visitamos a la tía (muy rica) de Madame Deguise. ¡Muy simpática! Mañana nos trasladaremos a su casa –preciosa– y allí, nos alojaremos hasta el jueves. Nada sé de la radio belga. ¡Qué impaciencia por veros! A mí también me gusta mucho oiros por teléfono.

Besos, abrazos,

JORGE

Bruselas, 3 de junio de 1962

Queridos todos:

Llegamos el jueves a Bruselas. Vimos al poeta Vandercammen, comimos con él al día siguiente, visitamos –con el conservador– el museo, conocimos a la señora Dehennin, hispanista, etc., etc. Y ayer fue el gran día. Visitamos el castillo –espléndido– de Roeulx, donde todavía viven los príncipes de Croy; allí hubo una comida de gran calidad –con discursos antes del helado y del café–. Improvisé –también yo– mi respuesta, abrumado, porque todo se hacía muy cordialmente, con sencillez –sin embargo– un poco oficial, ¡pero en mi honor! Y luego nos trasladamos a Mons, y allí fue el Acto. Nuevos discursos, y entre ellos, el de Jean Cassou, muy afectuoso, muy simpático. (Está muy bien su último libro: *Dernières pensées d'un amoureux*). Y leí mi texto, que gustó al respetable público, por cierto, muy escogido. ¡«*Le jour de gloire …*»! Hoy vamos a comer en casa de Madame Noulet, es decir, Madame Carner. Conocí ayer al Poeta. (El

gran Poeta catalán. Piden el Premio Nobel para él). Y luego, los Galle (o sea, Elsa Dehennin y su marido) nos llevarán a Gante. Y nosotros terminaremos la jornada en Brujas, donde estaremos hasta el martes por la mañana. En la tarde, (después de un rato de televisión en Bruselas), regresaremos a París.

Me llegó aquí tu carta (la penúltima, supongo). Irene se inclina a renunciar a su viajecito a Florencia. Y nos iremos lo más pronto posible a Madrid. ¡Cuánto mejor habría sido vernos en París! Qué le vamos a hacer… Lo único importante es la salud de Steve y que se reponga pronto.

Abrazos, besos a la redonda. ¡Hasta prontísimo!

JORGE

París, miércoles 6 de junio de 1962

Teresa hija, querido Steve:

Me alegró mucho la comunicación oral de anoche. Habíamos llegado a las siete de la tarde. No perdimos tiempo. Porque nuestra única meta sois vosotros, y el camino suscita problemas.

1º Las circunstancias generales. Vistas desde fuera, no aconsejan: Madrid. Varias personas coinciden en esa apreciación. La periferia sería mucho más pertinente que el centro.

2º Circunstancias personales. Conocidas ya, añádanse los últimos pormenores. En la reciente fiesta, y sobre todo, en las noticias de la fiesta dadas por los periódicos, no se ha puesto solo de relieve el carácter literario de la persona. Inoportunamente, digamos hasta pesadamente, se ha insistido en la oposición, en el alejamiento. Todo ello no conduce a la casa de Anita.

3º Gandía. Allí, desde luego. ¡Si pudiera ser un poco antes! Pero Steve, claro, tendrá que continuar sometido al tratamiento.

4º La boda. Es problema ulterior. Ya veremos. De todos modos, no hay por qué dar publicidad a lo que no es sino vida de familia. Ni aquí, ni allí.

5º Estamos a 6. En realidad, se trata de muy pocos días en estos cálculos. Del 6 al 20. Pero no os podéis imaginar cómo todo esto me contraría, me duele, y se me redobla la impaciencia.

6º Emilio. Iba a deciros: consultad con Emilio. Pero debe de estar aquí. ¡Muy bien! ¿Qué pensáis vosotros?

Hemos estado en Gante y en Brujas. Gante, mucho más hermoso de lo que imaginábamos. Brujas, preciosa ciudad. Todo va saliendo bien.

A Isabel y a Anita, muchos besos. Os abraza vuestro

JORGE

París, jueves, 11 de la mañana, 7 de junio de 1962

Querido Steve, Teresa, hija:

Acabo de romper la carta que os había escrito esta misma mañana. Porque después ha llegado tu carta de ayer, Teresa, y todos los planes establecidos anoche, de acuerdo con Emilio, deben ser radicalmente cambiados.

La visita de Emilio –cenamos aquí, en casa de Renée y luego vino Luigi, el hermano de Irene– me dio de veras alegría. La conclusión fue: Gandía, Jalance, Albufeira. Pero no es esta, lo vemos ahora, la solución razonable.

Sí, sería preferible no ir a España ahora. De acuerdo, aunque lo sienta mucho. Y conste que me duele muchísimo retrasar nuestro encuentro. Yo también, como Anita, cuento los minutos.

Pero no se trata de mí, de nosotros. Lo único importante es la salud de Steve. Y en las actuales circunstancias sería absurdo obligarle a sufrir los excesivos cansancios que habrían de causarle Gandía, Jalance, etc., etc., hasta Portugal, y allá, hasta el último rincón de la Península. Albufeira, mucho más lejana que Meco, me parece una meta disparatada. Mucho más razonable sería que continuéis en Madrid hasta el momento en que el estado de Steve le permita a él y os permita a vosotros poneros en movimiento, y

ya en el camino del retorno. Lo más indicado sería Francia. ¿Por qué va a ser demasiado tarde? Para encontrar una casa, una «villa» –dice Renée– sí. Pero no para retener habitaciones en un hotel. Yo, de acuerdo con Renée, creo que sería mejor del lado vasco. Una playa, y no lejos de una ciudad, como Bayona, o de una de esas playas donde hay buenos médicos. ¡*Una playa francesa* una vez más! (¡El año 28 estuvimos en Capbreton!). Y en ese caso, Irene no iría ahora a Italia. Y estaríamos con vosotros hasta dejaros en el avión (o en el barco). ¿Qué os parece? ¿Gandía, Jalance, Albufeira? Absurdo. Vosotros diréis.

Besos a esas nietas. Abrazos.

JORGE

París, 14 de junio de 1962

Queridos todos:

No solo el verso puede ser oscuro o equívoco. Tu última carta, Teresa –mejor dicho, la penúltima–, me pareció clarísima. Y la interpreté mal. Bueno, como queráis. Nos alegra mucho, mucho que Steve se encuentre mejor, que teclee en su máquina nuevas páginas de su libro. Por lo tanto, ¡a Albufeira!

Irene saldrá mañana, por lo tanto, como habíamos pensado en un principio, para Florencia –y allí permanecerá cuatro o cinco días–. Y hacia el 29 o el 30 tomaremos el tren –de lujo– París-Lisboa, que es tren –y no avión– y que cuesta la mitad del precio del avión; en lugar de 80.000 francos, solo 40.000. Dime, pues, Teresa, exactamente cuáles son vuestros planes de *llegada a Portugal*.

Pasamos los tres días del *weekend* de Pentecostés en Provins, Provins, que también gusta muchísimo a Irene, tanto como a Steve. Vimos a los Le Breton. Anoche cenó aquí Margot. Tuvimos la sorpresa de ver a Carande –don Ramón Carande– invitado también a almorzar por Bataillon. Bataillon,

magnífica persona: ¡qué serenidad, qué natural magnanimidad! Vi también a José Luis Cano.

Y nada más. Vamos a almorzar hoy en La Coupole con Jorge Gaitán Durán, amigo colombiano, y antes, a tomar los billetes París-Florencia. Nos pasamos los días en periodo *constituyente*. Nunca ha estado mi vida más en el aire.

Acabo de escribir una carta a la Academia de Suecia pidiendo el Premio Nobel para Carner, el poeta catalán. ¡Qué ganas de veros!

Besos, abrazos.

JORGE

París, jueves 21 de junio de 1962

Queridos todos:

La suerte está echada. He tomado esta mañana dos billetes París-Lisboa, para el tren del viernes 29; llegaremos el sábado a las tres y pico de la tarde. Primero, *Pullman* hasta Irún, y desde Irún coche-cama. Pernoctaremos en Lisboa, probablemente en el Hotel Lis, y al día siguiente, 1º de julio, tomaremos el tren para Albufeira a las 7.40 de la mañana, y llegaremos –¡cuántas hipótesis!– a las 13.06. Entonces, *hurrah, hurrah!* hacia la una de ese domingo, 1º de julio, si Dios quiere, –¿y por qué no habría de querer?– encontraremos a la mami, al papi, a Antó, a Isabel y a Anita en la estación. ¡Alegría inmensa!

Irene está en Florencia. Volverá probablemente mañana. Anoche cenamos Renée y yo con Carmen y Emilio. Muy cariñosos. Me da verdadera alegría ver a Emilio. Esta tarde veré con Margot una exposición Corot; luego tomaremos el té, se nos unirá Renée, iremos al cine y cenaremos en casa de Margot. Mientras escribo, estoy sintiendo un placer extraordinario, porque *realizo* la situación, ahondo este sentimiento, esta imagen, esta esperanza: ¡veros! ¡Dentro de muy pocos días!

Ayer escribí a Llorens. Vosotros nos representaréis en la boda. Que Steve se cuide. ¡Mimadle!

Besos, abrazos impacientes. Vuestro,

JORGE

Lisboa, 13 de agosto de 1962

Queridos ausentes:

Os dejé –aquella partida a la americana– triste y lloroso. Aquellas semanas, felicísimas, nos supieron a miel, a muy poca miel. La señora de la casa, tras un mensaje –no atendido– sobre las cosas rotas, se portó amablemente. Nos instalamos el viernes en el Hotel Miraparque. Esta mañana nos hemos trasladado a este Hotel Lis, del mismo dueño, y análogo o igual en casi todo al Miraparque. Aquí tenemos cuarto con baño, y es muy apreciable que el hotel sea tan céntrico.

Lisboa nos gusta mucho, y ya hemos visto bastante. Encontré en la Librería Alemana a Eugenio Asensio, profesor en este Instituto Español, gran erudito y gran bibliófilo. Nos llevó a su casa: una biblioteca. Le firmé todos sus *Cánticos*. El domingo nos hizo dar un gran paseo: Catedral, Santa Lucía, Castillo de San Jorge, Los Jerónimos, la Torre de Belén, el Stadium. (Y me regaló libros). Con los Murilo Mendes cenamos anoche. Muy gentiles. Conocimos con ellos al poeta Lacerda, del que me había hablado Yves Bonnefoy. He comenzado a trabajar. Hemos callejeado…

Por aquí callejearemos con Antó. Voy a escribirle. ¡Difícil adolescencia! Os recordamos continuamente. Irene envió unas fotos a Isabel. (¡Muchos besos!). Y esa Miss Anita Gilman Guillén, ¿cómo se encuentra? Si el momento es oportuno, la sonreiremos con sonrisa de burro, la besaremos y la abrazaremos.

Ya estaréis camino de Provins… Recuerdos a Renée y a todos los Lajeunesse. ¡Escribid!

Os echamos de menos,

JORGE

Lisboa, sábado 18 de agosto de 1962

Queridos todos:

Tu carta, Teresa, la de Provins, llegada hoy, nos ha permitido seguiros por vuestras largas rutas. La historia de «Anita y la *Tourelle*» es *impayable*. ¡Esas profundas fobias de los niños! Celebro la armonía con Sinforiano. Y esta carta ¿será ya la última que os dirigiré antes de vuestro regreso? Mañana escribiré a Isabel y a Anita, cuya postal llena de cruces me ha encantado.

Lisboa. La vamos conociendo y manejando. Almorcé con Pedro Sainz, muy cordial, mucho menos conspirador que Tierno; él espera que la monarquía venga sola, como desenlace fatal, cuando el régimen llegue a su término. Conocimos a un joven poeta, Alberto de Lacerda, amigo de Yves Bonnefoy y de Murilo Mendes, que está pilotándonos por la Lisboa material y literaria. Con él recorrimos la Alfama, o sea, la morería de Lisboa, barrio viejo –bastante viejo– y con preciosos rincones. Damos paseos en tranvía y autobuses. Hemos visitado el Museo de Coches, único, estupendo, con carrozas fantásticas –a fuerza de ser históricas–. Estamos rodeados de cines. En ellos descansamos. Leo *Os Maias* de Eça de Queiroz, que me gusta mucho: una evocación de la Lisboa del XIX. La temperatura sigue siendo agradable. En este hotel se come bien, se está bien. Pero ¡qué lejos de vosotros! Os vais a alejar más aún. ¡Buen viaje! ¡Y cómo os envidio esa travesía en un barco tan formidable! Ahora va a venir el joven Lacerda.

Besos, abrazos a todos. (Escribí a Antó). Vuestro,

JORGE

Sábado 25 de agosto de 1962

Queridos todos:

Ya estáis navegando. Ya estáis gozando de ese resumen exquisito de Francia que debe ser el *France*.

Y nosotros, en tierra firme, con Antó. Antó llegó el jueves por el *Lusitania Express*. Contento, tranquilo, afectuoso, y con ganas de dormir. Aquella tarde del jueves, durmió de dos a ocho. Está alojado en este mismo segundo piso, el nuestro. Come despacio y con un apetito formidable. Su trabajo en las excavaciones le ha interesado. Yo estaba seguro de ello. Pero, ¿qué es lo que no podría interesar a Antó? Ahora vacila entre la arqueología… y la filosofía. Ha aprendido muchas cosas del pasado, y ha gozado del presente.

Aquella noche del jueves le llevamos a ver *Citizen Kane*, la gran película de Orson Welles. Estuvimos ayer, visitando con nuestro joven Lacerda, las ruinas de la iglesia de Carmo; anoche volvimos al cine. Por otra parte, Antó ya ha arreglado su viaje de regreso en Cook. Saldrá de Lisboa el 2 de septiembre. A París llegará el 6. Todo, preciso, según un horario de *Prime Minister*. Hemos hablado de la «cuestión palpitante»: las cartas… Leímos tu carta de París, Teresa. Anita *chez Miró*… ¡Qué criatura! Adjunto dos fotos. Irene sigue haciendo sus obras maestras. Estas líneas os darán la bienvenida a vuestra llegada.

Besos, abrazos. Que me cuente Anita sus impresiones de viaje. Vuestro,

JORGE

Lisboa, lunes 3 de setiembre de 1962
(Treinta y ocho años, Prof. Claudio Guillén)

Queridos todos:

Anoche tomó el *Lusitania Expreso* Antó. A estas horas, son la diez y media, ya habrá llegado a Madrid. ¡Cuánto le agradezco a Antó esta visita!

Es una criatura que me enternece siempre. Tan afectuoso, tan *elevado* en la conversación, tan preocupado por sus estudios, leyendo sin cesar. (*Les mains sales* de Sartre, *Almas muertas*, *Zaratustra*), tan curioso de todo… Eso sí, con su prejuicio contra Portugal. ¡Qué castizo español! Fuimos a Coimbra, y celebramos varias cosas interesantes, sobre todo la biblioteca de la universidad, la más bonita que yo he visto. Y me gustó más porque Pedro me había hablado de ella.

Hemos visto con Antó bastantes cosas en esta hermosa ciudad, más hermosa que Madrid, me parece. Pero a Antó le gusta mucho más Madrid. A Antó le duele que no tengáis confianza en él. Dice: «¡yo no soy un *chômeur*!». ¡Por supuesto! Llegó cansado de Ampurias. Ha dormido y comido en abundancia. Se ha marchado con buena cara. ¡Y qué pena me dio verle marchar! Con Irene habla por los codos, le cuenta cosas. ¡Se fue! 3 de septiembre. Cumpleaños de Claudie. ¿No os visteis en Nueva York? Mañana entrará Anita en su escuela. Contadme. (Mañana es el día en que nos pondremos en contacto con Trinita). Escribid. Aquí, ya lo sabéis, estaremos hasta el 14.

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Lisboa, lunes 10 de setiembre de 1962

Queridos todos:

Hace un mes llegamos a Lisboa. ¡Hace un mes que os marchasteis! Ahí tenéis dos fotos. Son para Antó. De Antó hemos recibido hoy una postal (*Retrato de Mallarmé* por Manet). ¡Ahora, muy pronto, estará volando! Y Europa se nos queda sola… Contadme: ¿y Anita en la escuela? Dadnos noticias de Steve en su nueva etapa médica. (Horrible, lo de María Rosa. ¡Noticias!).

Hemos estado en Alcobaça, en Batalha –soberbios monumentos–, en Óbidos, en Nazaré. Fue una excursión con Lacerda y un amigo suyo, en el

coche de este. Y dicen que Portugal no rima con *sentido monumental*. ¡Falso! Con Pedro Sainz hicimos otra excursión a Sesimbra, Arrábida y una Quinta das Torres, precioso hotel –casa de campo, posible residencia para una posible visita futura a este país–. He visto a más gente intelectual; he celebrado dos *entrevistas*; leo portugués, me regalan libros. Capítulo aparte ha sido Trinita. Cenamos en su casa. Ayer cenaron ella y una prima de Cristóbal en nuestro hotel. Está como siempre: enérgica, simpática, muy digna… Cenaremos en su casa de Caxias la víspera de nuestra marcha, que será el próximo viernes 14. *Saturnia*, como sabéis. Y nos detendremos en Nápoles, a pesar de todo. La visita a Clotilde Marghieri es inevitable. Del 18 al 23 estaremos en «*presso* Signora Marghieri, Villa La Quiete, *Santa Maria la Bruna* (Napoli)». El lunes 24 llegaremos, por fin, a via Maggio 7 Firenze. ¡Escribid! –digo a esas plumas femeninas: Anita, Isabel, Teresa…–.

Os abraza a todos vuestro

JORGE

Lisboa, 13 de setiembre de 1962

Queridos todos:

Nos alegraron las buenas noticias de tu carta, Teresa, –salud de Steve, escuela de Anita, vuelta del Hijo Pródigo– y los dibujos de Anita. Si Antó, claro, es una criatura… riquísima.

Todo está preparado para salir mañana por la mañana. Esta noche cenaremos en Caxias con Trinita, unos parientes suyos y la viuda de Roy Campbell –¡la *party* inevitable!–.

Adjunto una *entrevista* aparecida ayer.

Contentos, no cansados, –pero con ganas de llegar a Florencia–. Repito la dirección.

Via Maggio 7 - Firenze.

El 18, Nápoles –tres escalas en Gibraltar, Mallorca, Palermo–. El 24, lunes, si se cumple nuestro programa, en Firenze.

¡Abrazos, besos!

JORGE

Santa María la Bruna (Nápoles),
miércoles 19 de setiembre de 1962

Queridos todos:

Va cumpliéndose el programa. Nos embarcamos en la gran nave *Saturnia* el viernes 14, confiados en su grandeza. Me imagino que la *tourist class* en el *France* es excelente. En un barco italiano, o por lo menos, en este, no es ni el vagón de 3ª de Daumier, sino la 5ª o 6ª clase, y no solo por este pobre pueblo de la Italia meridional, mísera plebe, sino por la compañía *Italia*: hemos comido mal, contra toda la constante tradición de este país. Por lo demás, la travesía fue muy buena. Participamos en el *tour* de Palma organizado por el *Saturnia*. Aquel paseo de tres horas me puso melancólico. Recordaba a tu madre, Teresa, nuestra visita –¡en 1921!– al Castillo de Bellver acompañados por don Juan Alcover y Gabriel Alomar, los ilustres mallorquines de aquel momento. Y llegamos ayer. Cambio total. Esta villa es muy grata, sencilla con distinción. Nuestra habitación es preciosa; desde el balcón, espacioso, contemplamos cerca, a nuestra izquierda, el Vesubio, enfrente Castellammare y Sorrento. Clotilde Marghieri es un encanto. Enseguida, a favor de este ambiente, he vuelto a trabajar. Pensamos en vosotros mucho.

Besos y abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 25 de setiembre de 1962

Queridos todos:

Ya no estáis todos reunidos, porque Antó ya campa por sus respetos en su habitación *personal* de Eliot House (¡Eliot House! ¡Increíble aventura!). Decid a Antó que nos escriba: nos encantaría oír su voz. Y, por supuesto, la voz de esas niñas.

(Lo que me dices de María Rosa Lida me consterna profundamente. Aquí me ha llegado su último librito. Escribiré también a Raimundo).

Lo pasamos muy bien en Santa María la Bruna, sin poner los pies en Nápoles, entregados a lo que Clotilde Marghieri llama –es el título de su libro– *Vita in villa*. Gozamos de aquella luz y de aquella calma. El domingo vinimos a Florencia. Me ha gustado francamente la casa, en la vieja ciudad, muy próxima al centro. La habitación es amplia, con el techo alto; en ella se nos sirven las comidas, excelentes. Las dos grandes ventanas dan al patio en silencio. Todo hermoso, pero no lujoso; más bien una antigua sobriedad severa de palacio. Los amigos me han recibido con afectuosa alegría (Macrì, Traverso, Luzi…). He comenzado enseguida a trabajar. Estoy terminando *Clamor*. ¡Ahora va de veras! Esta noche, en Santa Croce, escucharemos *El Pesebre*, obra de Casals –como sabéis– y dirigida por él. Me ha llegado un ejemplar del nuevo *Cántico*, reproducción del anterior, casi igual, un papel y tipografía de calidad un poco rebajada.

Escribiré pronto.

Abrazos, besos,

JORGE

Zuluetas, Haltys, Esperanza, ¡cuántas novedades! ¿Cuál es la dirección de los Halty?

Florencia, 4 de octubre de 1962

Queridos todos:

Tu carta de ayer, recibida ayer, Teresa, me impresionó mucho. Estaba escribiendo un poemilla en el que venía repitiéndose: «Y se interpuso…». En efecto, se interpusieron las noticias de esas dos muertes. Nada sabía de Clariana. ¿Qué le ocurrió? Mandadme algún recorte. ¡Pobre Clariana! Lo he sentido de veras. En cuanto a María Rosa… ¡Qué horror! Ha debido de ser una muerte horrible. Acabo de escribir a Raimundo y a Malkiel. Además, la muerte prematura es aún más siniestra. María Rosa no verá impreso su gran libro. Todo ello, por otra parte, a un hombre de mis años le impresiona particularmente.

Lamento lo de Emilio. Por cierto, me escribió a propósito del asunto del banco. (Quien no ha respondido a mis dos cartas de Portugal es Jesús). ¿Habéis visto a los Villalba? ¿Quién es –perdonad mi ignorancia– la maravillosa Nina Holton? Pienso en esas criaturas, en la llorosa Isabel –¿y por qué, si tiene la suerte de ser una persona tan exquisita?– en Anita –soñadora…–. Antonio nos ha escrito una carta, como todas las suyas, muy buena.

Irene salió ayer para asistir, en un pueblecito cerca de Ferrara, a la boda de una *protegida* suya. Y esta tarde, nos encontraremos en esa ciudad, desconocida para nosotros. Regresaremos mañana por la noche.

Para todos, abrazos. Para vosotras, besos. Gracias por las fotografías, preciosas.

JORGE

Florencia, 9 de octubre de 1962

Queridos todos:

Sí, gozaremos de la Caída el año que viene con vosotros. Aquí el otoño está siendo casi estival. Todavía se pueden visitar los museos. (Hemos

visitado dos veces el desordenado Palazzo Pitti). La gran excursión fue a Ferrara. ¡Preciosa ciudad! Con palacios numerosos y muy elegantes y sobrios. Nos guio una amiga –hispanista– de Traverso –quien fue también a Ferrara–. Comimos con aquella familia –Scabbia– en un noble caserón. Así es muy grato el turismo.

Pero lo cortés no quita lo valiente. Ayer terminé el último poema de *Clamor*. (Serán, pues, 260 poesías, 300 tréboles). Tengo que revisar el conjunto y trabajar los poemas recientes. Voy a proponer enseguida a la Sudamericana la publicación de este nuevo y último volumen de *Clamor*. Me gustaría que apareciese el año próximo. (Por cierto, en el último libro de Claude Vigée –*Révolte et louanges*, José Corti, Paris, 1962– figura el largo ensayo sobre *Cántico*; me conviene mucho).

De modo que Anita baila. ¡Qué ganas tengo de verla bailar! Saludos a los mayores, Antó, Isabel. Decidme la dirección de los Villalba. Dadme noticias de Max Aub y de su exposición. Hoy ha llegado nueva carta de Claudie. Cuando escribe con relativa frecuencia, navego en felicidad.

Para todos, abrazos; para algunas, besos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 31 de octubre de 1962

Queridos todos:

También nosotros atravesamos la crisis ruso-americana con angustia y otras emociones. (Irritación por la mala fe soviética, indignación previa ante el posible ataque a Cuba). Cuba, reducida ya sin pena ni gloria a sus correctas proporciones de estado comunista soviético: otra Polonia, otra Albania. En fin, respiramos…

Esta mañana visité al cónsul americano de Florencia. Encantador, *charming*. Me habían presentado una carta y una conversación de Miss Cobb, amiga de Irene. Pasado mañana comenzaremos la *operación visado permanente*. Y si no estuviese concluida la operación en abril, Irene se

serviría de su visado de turista. A mí me dará un *statement*, sobre la fecha de mi salida de Puerto Rico, clara según los documentos presentados, pero que no consta en el pasaporte. ¿Quién dirá los encantos de la administración americana?

Una mala noticia: murió Vittorina Papi. Lo hemos sentido mucho –de veras–. A Roberto Papi –via Curtatone 2 Firenze– le sería grato recibir dos líneas –dos líneas nada más– tuyas, Teresa. Él nos preguntó por ti. Muy cariñoso con nosotros.

Me alegra saber que habéis alojado en esa casa a los Max Aub. ¡Contadme! Ya agradezco a Ned, el señor arquitecto, su preciosa colaboración. Vamos ya a ocuparnos del barco de regreso. Irene –vimos al médico– tiene una presión demasiado alta: 170, máxima, 110, mínima. Y se preocupa. ¡Todo se arreglará!

La visita al cónsul me ha dado una euforia optimista. ¿Recibisteis nuestras postales de Viareggio y de Lucca?

Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Afectuoso saludo nuestro a Espe.

Roma, viernes 16 de noviembre de 1962

Queridos todos:

Anoche vinimos a Roma. ¡Otra vez en la modesta Pensione Monini! Pero nos han recibido con cordial alegría, y me esperaba mucho correo atrasado. Así he podido –hace un momento– adherirme al homenaje a Rafael Alberti, con motivo –el mes próximo– de sus sesenta años.

Esta mañana, nuestra primera visita fue al consulado de los Estados Unidos. Empezamos, pues, de nuevo a solicitar el *permanent visa* para Irene. (En abril se servirá, por supuesto, del otro visado de turista). También

hemos pedido más información sobre barcos a Nueva York. Nos convendrá, creo, decidirnos por el *Independence*, que saldrá –de Livorno– el 15. ¡Nos acercamos!

De suerte que estuvisteis todos reunidos. ¡Todos mis descendientes! ¡Ay, cuánto me habría gustado estar allí ese *weekend* –y otros muchos días–! Me imagino triste a Isabel y llorosa a Anita –¡por lo de la vajilla de vuestra casa!–.

Es preciosa esta plaza S. Ignazio. Ya han empezado las *telefonate* de Irene. Esta tarde veremos a la cuñada. Nos esperan maletas, papeles. Estos días de Roma serán un descanso para mí, porque durante estas últimas semanas he trabajado bastante y hay que dejar dormir un poco los últimos textos. Tienes aún tiempo, Teresa, para escribirnos a Roma. ¿Cómo sigue Steve? ¿Qué urde ahora? Contadme más cosas de Max Aub y Campalans. Abrazos. Besos.

JORGE

Roma, 22 de noviembre de 1962
(*Thanksgiving!*)

Queridos todos:

Comeréis pavo con el *Uncle* Harry y los suyos en este día, mientras nosotros continuaremos con los diarios *spaghetti*. Hace frío *o* llueve bastante en Roma, y esto se ha unido a un doble catarro –de Irene y de servidor– para disminuir un poco la frecuencia de nuestras visitas. Vimos a Angela Bianchini, modestamente muy contenta con el éxito –franco– de su libro. Hoy cenamos con Clotilde Marghieri; ayer comimos con Elena Croce, vivacísima, muy amable con nosotros. (Acababa de regalarle *Lenguaje y poesía*, y de escribirle una carta sobre sus *Ricordi familiari*, librito en que traza muy bien el retrato de su padre). Dos hijos se le casan ahora a Elena. (*Il nonno*, repetía la muchacha, encantadora). Pues al *nonno* se le festeja ahora, décimo aniversario de su muerte. El domingo por la mañana

asistiremos al teatro Eliseo, donde se pronunciarán discursos en honor de Croce –entre ellos, uno de Montale–. Ayer visité a Mozza –*conte* Umberto Mozza– también gran *liberale di sinistra*, a quien llevé un libro del amigo portugués Lacerda. Hemos visto también a la familia, Ottavia, Giancarlo, a otras personas, los Cacciatore, Biagio Marniti. De espectáculos, solo una magnífica exposición mexicana. Cordiales recuerdos a Alastair Reed. Por cierto, no sé nada de Di Giovanni, ni de la *Antología*, que debía aparecer ahora. Aunque me fue muy difícil leer la carta de Anita, la comprendí toda. Pienso en Isabel y en Antó, «que son muy ricos», claro. Steve: mañana veré a Samoná. Hablaremos de ti.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Seguiremos en Roma hasta el 29 o 30.

Florencia, domingo 9 de diciembre de 1962

Queridos todos:

Hemos hecho una excursión a Artimino –hoy al mediodía– con los Betocchi, invitados por ellos. A 24 kilómetros de aquí; Villa Medicea, colina, restorán excelente. Betocchi es una de las mejores personas que se encuentran por esas latitudes, además de un excelente poeta. Anoche tuvimos cena con motivo del Premio Città di Firenze, y me tocó estar sentado entre las dos poetisas premiadas. Para seguir con la literatura añadiré que el jueves voy a Roma para volver al día siguiente. Asistiré a la *presentación* del *Machado* de Macrì, segunda edición aumentada, tomo imponente; y lo embarazoso es que hablaré en italiano. Por cierto, me *he soltado* de pronto en italiano con una desenvoltura que a mí mismo me sorprende. Y no tuve más remedio que aceptar la invitación de Nini Oreffice para hablar en Padova el 19 de este mes sobre Valéry al alimón, con Diego Valeri. Pero no todo es literatura. Me hicieron, Teresa, el análisis de sangre,

con resultado satisfactorio. ¡Nada! Sigo con vitaminas y fricciones, bajo el cuidado atentísimo de Irene, y me encuentro mucho mejor –hasta el punto de que Macrì y los amigos del café creían que me teñía el pelo…–. Pasó por aquí Scheiwiller, y me ha pedido que reúna, para *festejar* mis setenta años la *Suite italienne* que deseaba hace tiempo. Ya la he formado: 24 poesías. ¡Ah! Y acabo de recibir *Las tentaciones de Antonio*, en bonita edición hecha en Santander. (Es una colección de libritos de Navidad). Una pregunta: ¿llegó a casa para mí el segundo volumen del *Homenaje a Dámaso Alonso*? Lo reclamé. Me contestan que me lo mandaron. Aclárame este punto. Recibí carta de Steve, lo que me encantó. Me acaban de llegar las separatas. Le escribiré. Y en cuanto a la carta de Anita: un delirio de felicidad. Leónides no me ha escrito. (¡Qué tontería!).

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, viernes 14 de diciembre de 1962

Queridos todos:

Acabo de regresar de Roma adonde fui ayer para *presentar* –costumbre italiana– en la librería Einaudi los libros de Antonio Machado y de Cernuda con el justo elogio de los poetas y sus intérpretes: Macrì y Cernuda. Hablé –por primera vez– en italiano. ¡Qué aventuras a mi edad! Y salió bastante bien la cosa.

Bueno, ahí tenéis ese cheque para la familia. Teresa se encargará de repartirlo en la forma que ella juzgue mejor entre ella, Steve, Antó, Isabel y Espe. ¡Felices Navidades! Y feliz viaje a Puerto Rico.

Un encargo. Allí, en Cidra (*Box* 62) están los Norman Di Giovanni: la excursión sería preciosa. No sé nada de él –supongo que por el retraso en la aparición de la antología–. *Según las horas* hasta ahora ha sido mal distribuido o no distribuido. ¡Esas Antillas! Pregunta, Teresa, a los amigos, por ese librito. Sigo dudando de que mis encargos se hayan cumplido.

Que lo paséis bien en esa otra Perla y abrazos, abrazos, besos, besos y *auguri, auguri.*

JORGE

Florencia, martes 18 de diciembre de 1962

Queridos todos –todos los Gilman que se encuentren en esa isla–:

Respondo a tu última carta –del 11–, Teresa. Yo jamás estoy sin escribiros tanto tiempo. Se ha perdido, pues, una carta mía –tal vez la carta en que te hablaba de mi salud–. Los análisis han sido satisfactorios, repito. Añadiré: solo hay un pequeño exceso de colesterol. (Irene precisa: el exceso de colesterol es normal a mi edad; hay una cierta insuficiencia del hígado). Tomo no sé cuántas medicinas; Irene me da –para curar la piel–, no sé cuántas fricciones... Y el prurito va desapareciendo. ¡Y qué hermosa cabellera!

Hablemos de la estancia en Orleans. A nosotros nos encantaría pasar allí –sin interrupción– las semanas del verano. Pero no podríamos pasar el mes de julio en el Cape si no estuviesen allí Claudie y Elfie, porque no tenemos coche. Si a ellos no les fuese bien el mes de julio en Orleans, nosotros nos retiraríamos a vuestros cuarteles de Gray Gardens. Sobre esta cuestión escribo a Claudie –en el supuesto de que los Claudie se encuentren en Puerto Rico, y alojados en casa de Ferdinandy–.

¿Recibisteis mi carta certificada? La certifiqué pensando en la inseguridad del correo durante estas fiestas y orgías del *Christmas card*.

Mañana vamos a Padua. Os lo contaré todo. Salió ya el poema «Las tentaciones de Antonio». Se os mandará en enero. Escribí a Elsa Fano y a Norman Di Giovanni y a Enjuto. ¡Cuánto me gustaría estar con vosotros ahí! Me acuerdo muchísimo de vosotros.

Abrazos y besos –de Irene– y míos.

JORGE

Florencia, 24 de diciembre de 1962

Teresa, hija:

Esta noche es Nochebuena… y el 28 será tu cumpleaños. ¡Felicidades! *Me duele* no estar ahí, con vosotros, con toda mi descendencia, en esa isla que lo sería de la felicidad –y no por sus hermosuras tan visibles y abundantes– sino por esa magna reunión desde el abué hasta Anita. Quizá *te afecte* un poco el cambio de decena. ¡Nada! Es un cambio insignificante. El significante será el mío, el próximo enero…

Nos encontramos bien –y un poco solitos–. Irene telefonea *auguri*, envía regalitos, escribe tarjetas de Navidad y Año Nuevo. Yo termino *Clamor*. Y esta nueva versión concluirá hoy mismo.

Saludos a la redonda. (Las Fano, los Enjuto, etc. ¿Conocéis a los Abellán?). Irene ya te ha escrito. ¡Felicidades! Verdaderamente me encanta que mis hijos lo sean, Teresa y Claudie. ¡Qué suerte la mía!

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 8 de enero de 1963

Queridos todos:

La incertidumbre sobre vuestro paradero ha mantenido mi pluma en espera de vuestro retorno a Cambridge. Me imagino que la estancia en Puerto Rico fue gratísima. Contadme más cosas. ¿Los Abellán? ¿Onís? ¿Di Giovanni? Hubo conversación sobre mi posible regreso a esa universidad. ¿Benítez, Enjuto? Quiero saber más cosas. Y Anita, felicísima. Y ella y sus autores, tan viajeros... De los Claudie hace tiempo que no sé nada.

Nos separan solo menos de cuatro meses. (Os lo dije: *Cristoforo Colombo*, Génova, 16 de abril. En Nueva York, el 25). Irene ya está preocupada con el traslado de libros y objetos domésticos. Tratamos de poner en marcha la solicitud del visado permanente. Aún estamos en los

lentos y prolijos preliminares. Se habla de formalismo en el arte. No hay mayor formalismo en el mundo que el de la burocracia. En cuanto a la salud, Irene se siente cansada pero animosa. Yo he tomado no sé cuántas medicinas contra la persistencia del prurito, vago y disperso. Ahora estoy a régimen culinario, muy severo, y está sentándome muy bien. (Me dan cada día una inyección antialérgica). El prurito ha desaparecido casi por completo. O sea: llego a mis setenta en bastante buen estado. (Toquemos madera, hierro…). Por otra parte, *Clamor* está acabado y casi copiado. En esta semana saldrá para Buenos Aires *A la altura de las circunstancias*. No sé si conseguiré realizar mi deseo: que se publique en este año. (Como autor en lengua española y en el destierro, me siento pequeñísimo). Las fechas de *Clamor* serían, pues: 1949-1963. Es decir, quince años. (*Cántico* fueron treinta). Y ya estoy de nuevo con *Homenaje*.

Cuatro de la tarde

Interrumpí la carta porque llegaron con el correo carta de Teresa y carta de Antó. ¡Cuánto me ha alegrado oír la voz de mi nieto! Le escribiré pronto. Teresa me responde ya a algunas de mis anteriores preguntas. Veo que no os ha interesado mi encargo de hablar con Di Giovanni; sigo sin saber nada sobre la publicación de la *Antología*. El cuadro de Onís con Anita me ha divertido mucho. Sí, llegó el telegrama de Año Nuevo; nos dio una alegría. Nosotros bebimos una copa de *champagne* con los señores de la casa –la familia Feri–, invitados por ellos. Y nada más. Cenamos en casa de los Bigongiari. Voy al café solo a las doce y cuarto generalmente. Vemos a los amigos poco a poco. Trabajo bastante. Recibo libros constantemente. He leído estos días a dos de mis autores favoritos: Stephen Gilman y Claudio Guillén. La acumulación de los varios elementos –datos cronológicos y relaciones entre los dos textos– parece probar que, en efecto, Rodrigo de Reinosa es fuente y no consecuencia. El estudio está llevado con una cautela y un tino magistrales. (Teresa: debo estar en deuda con la *Blue Cross*. No he pagado en diciembre porque no he recibido el acostumbrado

papel… ¡Si preguntaras en la *Blue Cross*!). (133 Federal Street. B. Tel Hubbard. 2-5100 – Certificate number: 452042).

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Florencia, *18 de enero* de 1963

Queridos todos:

Pues señor… El lunes pasado fuimos al Palazzo Strozzi, y allí debí de coger frío. Se preparaba aquí, entre tanto, la pequeña fiesta –un *cocktail*– con que en la casa del editor Vallecchi se festejarían mis setenta años. (Adjunto una invitación). Pero ya en el miércoles, noche –o madrugada– tuve una fiebre muy fuerte –sería de 40 grados–, con temblores y escalofríos. Irene se asustó bastante. ¡Cómo me ha cuidado! He tomado no sé cuántos antibióticos, que bajaron la fiebre por la mañana; por la noche vuelve a subir. *Influenza* en forma de *bronquitis local*. El médico ha venido a casa no sé cuántas veces. (¡Un lujo europeo!). Hoy tenía 37 por la mañana. El día empezó bien. Primero, el artículo de Macrì en *La Nazione*. Artículo muy feliz, escrito con un fervor sincerísimo. (Registra los dos lutos: el de Grand-Maman Germaine y el de Pedro; registra cariñosamente los nombres de mis hijos). Y también un artículo de Paoli, el que fue *novio* de Mais. Excelente. Elisa me ha regalado un *coupe-papier* muy bonito. Han llegado flores, bombones, varios telegramas. (Menos mal: uno de Claudie y de Elfie. Se me quitó un peso de encima. Hace mucho tiempo que no me escriben. Telegrama ¡en inglés! de Plaza: *most charming all Gilmans...* ¡Esa es mi opinión!). Anoche telefonearon –por excepción rarísima– Contini, Anna Banti. Aquí, todo el mundo lee *La Nazione*. Y el artículo de Macrì ha impresionado mucho a los de casa.

Más me ha impresionado a mí vuestra carta, quiero decir, la de Teresa. Tiernísima, generosísima. Vuestra *idea de libro* me conmueve, me llega al corazón, me hace llorar. –¡No llores! –me ha dicho Irene hace un momento.

Tiene razón. No lloraré. Pero... «No me podrán quitar mi conmovido sentir...». Acepto, gustosísimo, vuestro ofrecimiento. Vayamos por partes. 1º No me ata ningún *copyright.* Estoy libre legalmente. 2º Por ahora no sería justo publicar un *Clamor* reunido a *Cántico*, mientras queden todavía tantos ejemplares de *Maremágnum*, *Que van a dar en la mar*; y *A la altura de las circunstancias* estará llegando ahora, manuscrito, a Buenos Aires. 3º Sobre todo, queda la tercera hoja del trébol: *Homenaje*. Lo tengo bastante adelantado. En él trabajo ahora, incluso ayer y hoy. 4º Con lo que yo sueño es con la publicación conjunta de *Cántico*, *Clamor* y *Homenaje*. (Podría hasta no publicarse *Homenaje* en volumen separado). Entonces, dentro de dos o tres años, vendría como de perlas vuestra ayuda. Que hayáis pensado en ello me conmueve de veras.

¿Vanni? Vino de Milán a celebrar el *magno acontecimiento*. (Ahora mismísimo: un telegrama –agarraos– de *Ezra Pound*. –Dice Irene: ¡Parece que nos hemos casado hoy!–). Estuvo Vanni en casa esta mañana, y me trajo en pruebas el librito que él me ofrece para regalar a los amigos: *Suite italienne*. (Reduje a 24 las poesías sobre Italia).

Y lo mejor de todo: he oído vuestras voces, vuestros timbres de voz. ¡Qué alegría! Yo os diré lo que me dijo Anita: «Os quiero demasiado». ¡Ah, las fotos de las niñas, preciosas! Ya adornan una pared.

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, lunes 21 de enero de 1963

Queridos todos:

Quiero deciros que mi *influenza*-bronquitis está ya vencida. Ya no tengo fiebre; toso aún. Sigo todavía –naturalmente– en la cama –en esta cama que es mi prisión– donde os escribo. No sabría deciros cuántos y cuáles antibióticos he tomado. También me han dado inyecciones. El médico viene todos los días. Y la enfermera –Irene– es una enfermera ideal. ¡Cómo me

cuida, cómo se afana en torno a mí! Me alimento ya más y con más apetito. Sigo trabajando –sin exceso–. Fuera, en la ciudad, hace un frío intensísimo –como en toda Europa–. Lo que para nosotros es «la nieve nuestra de cada día», aquí es un fenómeno extraordinario. Lo curioso es que esta temperatura –excepcional– y esta bronquitis –que puede sobrevenir en cualquier parte– están trabajando en favor de mi próximo retorno a Puerto Rico más que los argumentos habituales. ¡Volver a Florencia en invierno para encontrar la nieve de Cambridge! Hay que modificar nuestros planes.

El artículo de Macrì ha sido muy leído y ha gustado mucho. En *La Nazione* están todavía las cartas que me han dirigido a mí, como consecuencia del artículo. Adjunto una foto en que acompaño a los Betocchi, y otra, en la que estoy solo, para que no diga Anita que no le envío fotos. Enfrente, en el patio, luce un sol muy claro de tarde. (Son las cuatro).

¡Qué ganas violentas de veros –y de vivir con vosotros–!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, domingo tarde, 27 de enero de 1963

Queridos todos:

Os escribo sentado a la mesa, no en la cama. Acabamos de tomar el té. Ha habido una luz preciosa, intensa en esta habitación, porque el palacio, a pesar de las apariencias, no es nada sombrío. Este es el cuarto día en que me levanto. Trabajo, escribo cartas, leo, y con frecuencia tengo ganas de dormir. Es la convalecencia, que durará, por lo menos, una semana más. Irene es tan concienzuda, aspira siempre a tal seguridad, que no sé cuándo respiraré el aire libre. Recibo alguna visita; ayer, una periodista de Buenos Aires; otro día, Macrì; otro, un matemático español de Caracas, Palacio. Ayer recibí carta de Poggioli, nostálgico de pronto, casi a la manera proustiana, porque supo por Claudie, que vivíamos en via Maggio, su

antiguo barrio. ¡Quién estuviese en ese *Center for Advanced Study*, Stanford, California! Ha vuelto a escribirme Mais; quisiera que se llegase a la anulación del matrimonio de su señor novio. De quien no sé nada hace mucho tiempo –salvo dos palabras telegráficas– es del misterioso Claudie, que me preocupa siempre.

No, no me sorprendió vuestra llamada telefónica. La esperábamos a las dos de la tarde –aquí–. Pero estaba tan contento que parecí sorprendido. Me encantó oír vuestras voces. Agradezco a Antó que se haya trasladado con tanta anticipación cerca del teléfono. Por cierto, no he dicho aún a Steve, que su *rebirth* de *La Celestina* –¡espera!– me pareció la presentación de una obra nueva, renovada desde dentro, por una visión en profundidad. Y todo, visión y documentos, resulta muy coherente.

Muchas sonrisas, abrazos, besos, ¡gracias, gracias! Desde Anita a la mami, a todos. Vuestro,

JORGE

Florencia, miércoles 30 de enero de 1963

Teresa, hija:

Anoche, a una hora insólita, llegó tu *expreso*. Sí, Irene te dará el número del teléfono. Pero ese proyecto, tan generoso, no puede convertirse en *costumbre*. ¡Costumbre de millonarios de leyenda, de Hollywood! A mí me enternece que hayas pensado en ello porque demuestra tu inquietud. Pues bien, me encuentro perfectamente. En cierto sentido, mejor que hace quince días. (Empezó la fiebre el miércoles 15). Se han regularizado mis digestiones; me ha desaparecido el prurito; duermo mejor. Y si continúo en plan de convaleciente, es por el frío –intenso– que hace. Hay que ser prudente para evitar, dado este tiempecito, una recaída. Por otra parte, trabajo, leo, escribo cartas, ya no me siento cansado. Por supuesto, me resulta un poquito larga esta prisión –en un solo cuarto–. ¡Si tuviese una

casa! Este es el resultado justo de mis labores universitarias y literarias, y así vivo a gusto. Con ganas de volver. Y *volver* significa *volver a vosotros*.

Me escribió Claudie. ¡Por fin! Se ve entre la espada y la pared: la espada del honor: ser *chairman*; y la pared del trabajo propio. Allá él. Sentiría mucho que le hiciesen *chairman*, es decir, que le hiciesen polvo.

¡Cuánto siento lo de Mrs. Rochmond! Por ella y por ti, por vosotros.

Adjunto una carta de Gredos. Agradeceré a Steve que compruebe si, en efecto, llegó a Harvard el segundo tomo del *Homenaje* a Dámaso.

Las fotos de Anita, preciosísimas. Adoro a esa niña. ¿Por qué será? Así, sencillamente, la adoro.

Os quiero. Abrazos,

JORGE

Florencia, lunes 4 de febrero de 1963

Queridos todos:

Estoy contento porque esta mañana he salido a la calle por primera vez después de una encerrona de casi tres semanas. Ayer estuvo nevando como en Massachusetts, con una abundancia y una persistencia increíbles aquí. Pero hoy cambió la temperatura, y hacia las doce salimos Irene y yo por el Lungarno al sol, tomé café en un bar –que es mi costumbre de sano– y regresamos a casa para comer. En realidad, me siento mejor que antes de este «*febbrone*», como dice Irene. Digiero mejor, tengo apetito, duermo bien. Mientras tanto, he revisado y ordenado mis papeles de *Homenaje*, que eran numerosos, y ya lo tengo todo al día.

Sería una *locura* que nos llamaseis por teléfono, sobre todo en relación con mi estado de salud, que –toquemos madera– es excelente. (Ha cambiado el número del teléfono en esta casa: 28.17.86).

¡Qué ganas de salir de este invierno y de agregarme a vuestra primavera!

Besos, abrazos,

JORGE

Florencia, lunes 11 de febrero de 1963

Queridos todos:

Ayer tarde estuvimos en la *party* de los Aragone. Y al volver a casa, nos dijeron que habían llamado de América. ¡Qué disgusto! Corregido por la segunda llamada. Al principio, nada se oye; luego se logra el contacto. Cierto que oír, reconocer las diferentes voces, es decir, las personas mismas es un placer conmovedor. Hija: me enternece que realicéis esa locurita. De ese modo ya sabéis que me encuentro bien, aunque todavía salgo a la calle con cierta parsimonia. (Anoche, después de hablar con vosotros, llamé a Macrì; acababa de saber que era su cumpleaños. ¡Cincuenta nada más!). De suerte que hoy estarán trabajando en casa. ¡Es demasiado! Declaro que nos instalaremos con gran ilusión en esa casa. Faltan solo dos meses o poco más. Siento ya que el tiempo apremia aquí.

Hoy saldrá, por correo ordinario, un gran sobre en que están escritas con grandes letras: Anita Gilman. Anita: verás una foto de una pintura italiana en que hay un ángel que se parece mucho a ti. Nos lo regaló Elisa. Es idea suya. También hay una foto del banquete del premio literario Città di Firenze. Vuestras fotos últimas en color son maravillosas. ¡Esos tres nietos en Jalance y en Puerto Rico! ¡Estoy orgullosísimo de mis tres nietos!

(Ayer conocí... a una hija de un rey. ¡Historia secreta! Aquí no se la contaré a nadie. Es una hija (secreta) de Alfonso XIII. Conocí a su madre, bellísima. Ya os lo contaré…). ¡Gracias!

Besos, abrazos,

JORGE

Florencia, sábado 16 de febrero de 1963

Queridos todos:

Dentro de dos meses, si se cumple nuestro programa, estaremos entrando en el *Cristoforo Colombo*. 16 de febrero ya...

El lunes se irá a Roma Irene para arreglar allí una parte de nuestro equipaje: varias cajas de libros y otras cosas, sobre todo de libros. (Por cierto, la petición de su visado permanente ya está en marcha, por fin. ¡Será cosa de años!). Y yo me quedo aquí porque no tengo nada que hacer en Roma. Sigo con mis papeles, ahora aumentándolos. Estoy haciendo algunas traducciones. (Para *Homenaje*). He revisado textos de Supervielle, he traducido dos *Iluminaciones* de Rimbaud («*Aube*», «*Royauté*»). Esta vez el horario me permite trabajar diariamente. Entre los amigos –Roberto Papi nos atiende mucho– figura, a la hora del café, un español refugiado, profesor de Matemáticas en Caracas, con el que me entiendo muy bien: ¡hablar la misma lengua –y de la *misma* patria–! (don Ángel *Palacio* Gros). Teresa, ¿responderás a la tarjeta que habrás recibido de Papi?

De modo que Anita lloró después de nuestra conversación telefónica... ¡Cómo tengo que querer a esos nietos! Me preguntas por las fotos en color: ya te dije que nos parecieron preciosas. ¡Y que estoy orgullosísimo de mis tres nietos!

Sí, recibí el poemita de Pedro, y respondí al «Prof. and Mrs. Juan Marichal» diciéndoles, en respuesta a su pregunta, que ese texto me parecería muy digno de figurar en las *Poesías Completas* y que la dedicatoria final de *Clamor* es: «A Pedro Salinas en su gloria».

Saludos a Bénichou. Escribiré a Raimundo Lida. Saludad a los Villalba. Me escribió Poggioli desde California, en un arranque de nostalgia. (Via Maggio fue su barrio y su calle).

Abrazos, besos. Y *gracias*. (Las obras).

JORGE

Florencia, sábado 23 de febrero de 1963

Queridos todos:

Pues señor, Irene se encuentra en Roma desde el lunes, y hoy debería haber regresado. Pero también ella ha caído en esa trampa de la *influenza* o gripe que hay por todas partes. Está pues en la cama –en casa de Ottavia, su cuñada–, con fiebre y retrasando la vuelta, naturalmente. Irene no quiere que yo vaya a Roma, pensando en el contagio y en mi posible recaída. Todo esto me causa la prevista contrariedad. Y diré como Anita: ¡Qué fastidio! Me imagino que Irene ha debido cansarse mucho. Todo lo hace con tan buena voluntad y es tan sensible a la menor perturbación que todo repercute en su organismo.

Yo, mientras, aquí sigo aprovechando estas horas de soledad. Estoy traduciendo –para llenar uno de los huecos de *Homenaje* (Leopardi, Antero de Quental, poesía gallego-portuguesa…)–. Ayer pasé la tarde hablando en casa para Radio Monte Ceneri, de Lugano; una radio suiza. Es decir, preparamos la emisión. Es una de las obligaciones de nuestro tiempo. ¡NUESTRO TIEMPO! El jueves 7 de marzo se celebrará –han insistido los amigos– el –digamos– homenaje en la Casa Vallecchi. Y los días pasan y ya me siento en la corriente del anteviaje que me llevará hacia vosotros, hasta vosotros a fines de abril. Los días se alargan, el tiempo ya anuncia la anteprimavera. ¿Y las *obras* en el último piso? Acabo de hablar con Irene (servicio rápido). Os saluda.

Besos, abrazos,

JORGE

Florencia, sábado, once de la mañana

Teresa, hija:

En este momento llega tu carta. (Se la envío a Irene).

¡Cuánto me duele todo ello! No diré que me preocupo, aunque no deja de haber la inevitable inquietud. Porque Steve está en muy buenas manos, y en el mejor lugar del mundo para ser atendido por la mejor medicina. Pero me imagino vuestros afanes y tareas. ¡Cuánto debes de cansarte tú! Espero que Steve se dejará cuidar, que aprenderá a cuidarse, a salvar su salud. Teresa, escribe.

Besos.

JORGE

Florencia, lunes 25 de febrero de 1963

Teresa, hija:

Sigo –naturalmente– pensando en Steve, en vosotros, y preocupado, te lo confieso, no con la situación actual del enfermo sino con la vida futura del sano. Sois tan vitales, tan dinámicos, tan generosos vosotros mismos y de vuestro tiempo que os va a costar un largo sacrificio constante someteros a otro ritmo de vida, al único que conviene a Steve. Claro, las tentaciones son innumerables, la disciplina es fastidiosa, el ahorro de energía llega a ser aburridísimo. Pero ¿qué hacer si han de evitarse esos incidentes y contratiempos? Tienes que convencer a Steve, que se impone un *cambio radical* de vida cotidiana, con menos trabajos y menos *parties* y menos excursiones... Y todo *por su bien*, por el tuyo, por el nuestro.

Irene ya no tiene fiebre, se siente mejor, aunque todavía muy cansada, y regresará probablemente el miércoles.

(He hecho esta tarde una traducción libre (una *imitación*) de... Hölderlin. Pasaré a Angelus Silesius y al Tasso. ¡Qué ensalada, ¿verdad?! La de la Historia).

Voy al Palazzo Strozzi a oír una conferencia a Guglielmo Alberti. ¡Cuánto pienso en vosotros!

Abrazos, besos,

JORGE

Florencia, domingo 17 de marzo de 1963

Queridos todos:

El viaje, nuestro viaje... Es nuestra continua preocupación. Y también ocupación. Escribí a Claudie. Veremos si les conviene el plan propuesto: el paso –preliminar– por Princeton. Lo que no impediría volver a pasar alguna semana con ellos antes de reunirnos todos en Orleans.

De modo que para *descansar* se os ocurre ir a una Isla Virgen... Pero, ¡ese traslado, ¿no implica muchos ejercicios?! Tendréis que filtrar las visitas con extremo rigor. Esa disciplina, ¿no se impone con necesidad verdaderamente vital? Los consejos –ya lo sé– sobran. La virtud es pesada. ¿Cuál otra solución?

Ayer comimos en casa de los Longhi. A pesar de nuestros temores, el *acontecimiento* resultó agradable. Hoy, por primera vez, iremos a casa de Macrì, instalado (en Florencia) a los pies de Fiesole. Todos los amigos conocen la nueva casa. Pero a mí me *venera* tanto...

En *Ínsula* –febrero– se habla de mis «setenta años». En el mismo número se anuncia el libro de González Muela: *La realidad y Jorge Guillén*. A propósito de vida literaria: nuestro querido Peyre vive verdaderamente deprisa. ¡Si yo acabo de escribir la carta de pésame!

Me imagino que el piso reformado estará ya precioso y cómodo. El agradecimiento, esta vez, es como el amor en san Juan de la Cruz: inefable.

¿Y Anita va a volar de nuevo? Las dos nietas en la foto forman un cuadro preciosísimo. Y Anita parece mayor.

Para todos, besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 22 de marzo de 1963

Teresa, hija:

Han llegado los *cuadros* de Anita, que me han causado gran alegría. Le escribiré a ella. Y tu carta, en cambio, no me ha quitado la constante preocupación. Esa resistencia de Steve a cuidarse, a cambiar de ritmo es muy grave. «*On ne badine pas avec l'amour*», decía el otro. En realidad, *on ne badine pas avec rien du tout*. Y aquí solo se trata de las fatales consecuencias. Lo natural es que Steve asista a mi entierro y no al revés. (¡Qué lenguaje tan *español*!).

Ahora, esta tarde, me han traído unas invitaciones al segundo «homenaje». Será, creo, más íntimo que el otro. Hablará Macrì. Leeré poesía yo… Y nada más natural que tener setenta años.

Estos días estoy en una de esas rachas en que despacho la correspondencia de semanas, de meses.

¡Cuánto lamento que *la obra* del último piso esté poniéndose tan pesada! Es una incomodidad excesiva. ¡Qué ganas de estar bien instalados! Irene trata de arreglar los problemas de aduanas, transportes, etc. Felicísima la idea de haber alquilado la casa para los Claudie. Acabo de escribirles. Y a Renée. (Defiende de las visitas a Steve. ¡Que se cuide Steve!).

Besos. Vuestro,

JORGE

El editor de *Antonio* es don Pablo Beltrán de Heredia, editor de Santander.

Incluyo una separata de *Ínsula*. Tras el artículo sobre M.R.L. [María Rosa Lida], hay una nota de José Luis Cano.

[Postal] Florencia, 29 de marzo de 1963

Mr and Mrs Stephen Gilman
St. Croix by the Sea Hotel
St Croix
Virgin Island
U.S.A.

Reunidos, os abrazamos.

JORGE

Florencia, sábado 30 de marzo de 1963

Querido Steve, Teresa, hija; Anita:

Anteayer llegaron los Lapesa. Ayer mañana los llevé a San Marcos; vimos despacio dos pinturas del Angélico, las celdas, y en la celda de Savonarola no les hizo gracia la frase de Montaigne que les cité: «*C'est mettre ses conjectures à bien haut prix que d'en faire cuire un homme tout vif*». Luego comimos los cuatro aquí cerca, *da Camillo*. Tenían mucha curiosidad por conocer a Irene. Todo marchó bien. Por la tarde fue la conferencia en la universidad.

Hoy almorzamos fuera, invitados por los Santoli. A las seis, en una casa de té, se celebrará el segundo «homenaje». Mañana iremos a la casa de Papi, cerca de Pistoia. (He escrito un prologuito para la colección de poesías –finas– de Vittorini, que se publicará en «edición no venal»). Y a todo esto, Irene se desvive, duerme mal ocupándose y preocupándose de los preparativos del viaje... Los Lapesa, muy simpáticos, como siempre. Se irán el martes.

¿Y vosotros, en esa Isla Virgen? Me ha llegado la obra –imponente– de María Rosa. Ya he escrito a Malkiel. Escribiré a Raimundo. Recibir ahora ese libro es de veras conmovedor. Está citado Claudie. Son muchas las

referencias a Steve. Yo he empezado a leer el libro así: las páginas que conciernen a mi yerno. A veces María Rosa disiente: «diálogo puro», «caracteres». Otras veces, aprueba y asimila: tiempo y espacio de *La Celestina*. ¿Qué fue de mi *income tax return*? Ya pagamos los billetes. ¡A Cambridge! Descansad.

Abrazos,

JORGE

¿Llegó mi carta para Anita?

Florencia, domingo 7 de abril de 1963

Queridos todos:

Este encabezamiento es ahora adecuado porque ya estaréis todos reunidos cuando llegue esta carta. ¡Faltamos nosotros! Ya salieron para Génova dos baúles, cuatro cajas de libros y seis alfombras. Esta habitación ha ganado en decencia... Hoy, 7, los viajeros estarán volando. Hoy hemos comido con Armand Hoog, invitados por él. Encantador, amabilísimo. Hablamos de América, de vosotros, de Claudie. Esta noche iremos a una *party* en casa de la señora Martinelli, hermana de Moravia. Toda la semana ha sido fecunda en invitaciones –lo que cansa a Irene–. Yo escribo cartas, acabo o semiacabo de leer libros.

¡A Cambridge! Pero antes a Princeton. Por fin escribió una carta –larga– mi señor hijo. Vendrán a Nueva York el 25. Os llamaremos por teléfono en cuanto lleguemos a Princeton. ¡Qué ganas de reinstalarnos *de nuevo*! Escribe don Claudio refiriéndose a Steve: «Espléndido lo que viene escribiendo. Me entusiasma todo lo que hace. ¡Qué cuñado tengo! Soy su mayor admirador». Yo, por mi parte, reclamo un puesto a su lado. Admiro sus obras propias, y las otras de la colaboración con mi señora hija. Ardo en deseos de ver bailar el *twist* a Anita. De modo que esa Isla Virgen os decepcionó un poquito. Mi ideal es... Massachusetts –con vosotros–.

Hasta muy pronto. Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

¿Qué fue de mi *income tax return*?

Génova, lunes tarde, 15 de abril de 1963

Queridos todos:

Esperaba una última carta de Teresa. ¿Se habrá perdido? Aquí estamos desde ayer a las tres y media. Hoy, Lunes de Pascua, está todo cerrado. Mañana, a las nueve, estaremos en el puerto, y allí se desenvolverá la gran Escena de la Aduana. Nos hemos paseado por esta hermosa ciudad, con tanto palacio antiguo y tantas casas nuevas, con desniveles y cuestas, porque Génova va de la orilla del mar a lo alto de unos montes. Ayer estuvimos en el cine. Hoy, dentro de un rato, veremos *Agostino* de Moravia.

Y esto me recuerda nuestra intervención como actores, según vimos en la televisión el sábado por la noche. La preparación nos pareció deficiente. Pero hicieron supresiones y compusieron una «entrevista» que resultó bien. Vimos la película, no muy corta, en casa. Y los señores de la casa nos ofrecieron, como despedida, una copa de *champagne*. Cerramos, pues, la temporada de Florencia con «broche de oro».

Hace, por fin, un tiempo primaveral. Esperamos que sea excelente la travesía. Irene, cansada aún, descansará en el barco. ¡Jueves, por la mañana, 25! Os llamaremos por teléfono a la hora de cenar aquel día. Y si Claudie no dispone otra cosa –quiero que todo se haga a gusto de ellos– tomaremos el tren en Trenton el domingo 28. Porque así toda la familia estará libre de obligaciones, y los niños, aquella tarde, no tendrán colegio. Las ganas de verlos son infinitas. (No habréis olvidado lo de mi *income tax*, supongo).

Besos, abrazos. ¡Adiós, adiós!

JORGE

Princeton, sábado 25 de mayo de 1963

Queridos todos los de esa casa:

En efecto, la comunicación telefónica –es decir, oral– suprime la situación de ausencia. En cualquier momento podríamos hablar... Los días han pasado felicísimos y sin fatiga. Charlamos frecuentemente, paseamos (a Irene le gusta mucho Princeton, lo que tiene de parque residencial), vamos al cine, leemos... Con ayuda de Claudie saco libros de la biblioteca. (¡Bendito sea Colón!). Hemos visto a varias gentes: una cena en casa de Llorens, una *party* en casa de Hans Staub, una cena en casa de un matrimonio colombiano, Otálora. (Él, geólogo, geólogo de la luna…). Vinieron a vernos Marina Romero e Ildefonso Manuel Gil, de Zaragoza, que enseñan en Rutgers. Visitamos, por fin, a los Crocco, exquisitos. Ella, lánguida..., él, encantador, los dos amabilísimos con Irene. Comemos a veces en algún restorán (anoche, en un chino cerca de Trenton, donde vimos *Antígona* película, dicha en griego). Pero se come mejor aquí, en casa. Claudie está muy ocupado con exámenes, tesis de doctorado, reuniones, etc., etc. ¡Qué bien hablamos! Elfie, alegre, y en un español excelente. Hasta Irene habla español. ¡Armonía perfecta!

Creí que recibiría aquí las pruebas del libro. No me las enviéis. Pensamos en vosotros y hablamos de vosotros continuamente.

Adiós. Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

17 de noviembre de 1963

¡Felicidades!
Para Teresa y Steve

Princeton, domingo 17 de noviembre de 1963, once menos cuarto, antes de salir para Nueva York, donde comeremos con Clarita Ponce de León (entre los invitados, don Luis de Zulueta)

Queridos todos:

Hemos intentado ayer varias veces hablar con vosotros, entre otras razones, para saber cómo seguía Anita. Pero nadie respondía. ¿Habéis ido al Cape?

Teresa: recibí tu carta. También nosotros hemos recibido sendas cartas de François con preciosas fotografías. Ya le he contestado. ¡Acudiremos este verano! Habla con Chini.

Vengamos a Princeton. El principal «objetivo» se cumple perfectamente. Hablamos mucho con Claudie, con Elfie. He visto a los jóvenes profesores –¡todos en el Annex!– a don Vicente y señora –dos veces– a Edmund King y señora. En una *party* elegante, en casa de Merkow [?], charlamos con Casadesus, simpático, campechano. Mañana le oiremos en un concierto. Ayer, en casa, la conversación –casi de tres horas– con Tolnay –estupendo– y su mujer –¡de Pescia!– fue muy grata. Firmamos una postal para Longhi. Han «menudeado» las visitas a la biblioteca. Persigo con un profesor –Bates– la frase de Montaigne.

¿Qué más? La conferencia de Roy Pierce. Adorable, el hombre. Difícil, la conferencia. Visitamos a don Américo y Carmen. Don Américo se va como si diera un portazo. Disgustadísimo con Princeton; se va, «porque en Princeton no puede hablar con nadie». Hace sufrir a todos. Conmigo, adorable.

¿Y esos nietos? ¿Cómo sigue Anita? ¿Y Miss Isabel Gilman como artista? Irene, contenta. (Se ha comprado un abrigo muy bonito).

Abrazos. Abrazos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 18 de enero de 1964
(P.O. Box 22.391 - University Station Río Piedras,
Puerto Rico)

Queridos todos, todos los de San Martín:

Me desperté hoy temprano, como se acostumbra en esta Isla, y ni me acordé de que esta jornada soleada era la de mi septuagésimo primo cumpleaños. La vida sigue, por fortuna. Hice mi poemilla –lo apunté– y heme aquí después de la lectura del breve correo. Breve pero sustancioso. Postal de los Dinale; carta de Isabel –que nos hace sentir el terrible silencio que *reina* ahora en aquella casa–; y sabrosa carta de Claudie. El estudiante de Eliot House, Stephen Dell le ha escrito: «*Something intrigues me, Sir, and I was wondering if you might explain. I am doing my Honors Thesis on Santayana, and in the course of research I spent a wonderful afternoon with Jorge Guillén, the poet. And I know Tonio Gilman well, from the house... Would you happen to be related to these Gilman Guillén's?*». Y comenta Claudie: «El tono de Eliot House es estupendo y ese Tonio Gilman, exótico y superferolítico, es digno de un cuento del *premier* Thomas Mann. Ya lo creo que pertenezco a esa tribu, como que soy uno de sus sacerdotes (en hebreo *cohen*). Y Elfie y yo hemos vuelto de Cambridge tan compenetrados con la tribu, y tan influidos y tonificados por vosotros, y además tan agradecidísimos y colmados de vuestras liberalidades, que no hay palabras para dar las debidas gracias». *Est-il gentil!*

Ha comenzado el curso. Tres horas a la semana, tres días, a las diez. Conflicto –porque resulta lo que yo no sabía: se esperaba que yo también diese un curso para el «Programa de Estudios de Honor»–. No lo daré, claro. Pero habrá que trabajar algo más con esos estudiantes. Hay más alumnos de los que se esperaban: veintitantos. Todo irá arreglándose...

Esta tarde iremos a casa de los Onís. Además nos los encontramos a la hora de comer en el Centro de la Facultad y hemos comido juntos.

Tenemos tiempo para todo: lectura, escritura, sueño. El tiempo sería demasiado «puro» si nos descuidásemos. Pero no nos descuidamos. La

temperatura, agradable. Pero Irene ya tiene nostalgia de Cambridge, de Gray Gardens West, de sus habitantes. ¡Yo, también!

Me imagino que estáis de veras descansando. ¿Y Anita? ¿Conoce a niñas, a niños con quienes jugar?

Contadnos cosas. Se os recuerda constantemente.

Abrazos. Besos.

JORGE

Río Piedras, martes 21 de enero de 1964

Queridos martinenses:

Recibí vuestro telegrama el lunes, y la carta de Teresa la mañana de este martes. También, además de Isabel, me ha escrito Antó. Soy, pues, un abuelo satisfechísimo. ¡Gracias!

Y menos mal que nos veremos muy pronto: el sábado, a la cena, en el aeropuerto.

Sigo organizando clases y trabajo. Continúa el tiempo de un discreto mes de julio –en este momento con la música inoportuna de una banda militar–. ¡Ejército de ocupación!

Besos a la niña y a su mami. Abrazos al profesor.

Irene os recuerda constantemente.

Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 27 de enero de 1964
(P.O. Box 22.391 - University Station.
Río Piedras - Puerto Rico)

Queridos todos:

«Y La Isla se quedó sola», esta vez más que nunca. Nos supo a muy poco aquel paso tan breve por el aeropuerto. ¡Esa niña!

Y sigue nuestro ordinario *emploi du temps*. Cine, la clase... Vimos a Violeta en su casa, entre los pinos y junto al mar, muy cerca de la casa de don Pablo. A Nilita, muy ocupada, la veremos más tarde.

No hemos recibido nada de Cambridge. ¿Qué pasó en Cambridge? Apuntad la nueva dirección. ¡Estamos sin correo!

Teresa: voy a pedirte un favor. ¡Un favor más –en un océano de favores–! No encuentro el papel de que me sirvo habitualmente para mis copias literarias. Es este –este en que ahora escribo– el modelo aproximado. En la *COOP* de Harvard Square lo hay siempre. Tipo *heavy*. (Berkshire, o algo así, o tipos análogos). La calidad del papel es uno de los grandes refinamientos de la civilización. (Los chinos, los japoneses…). ¿Quieres mandarme dos de esas series, dos «cartones»? Me dice ahora Irene: que hagas *una cuenta* con todos esos gastos de correo, etc.

¡Gracias!

Abrazos a todos. Besos a las nietas. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 2 de febrero de 1964
(«Una mañana, en domingo...» ¿De qué romance?)

Queridos todos:

Recibimos *correo* –gracias, Espe, gracias, Teresa– y recibimos carta. ¿De modo que os reuniréis en Nueva York? *Veinards!* ¿Adelphi College? Y a propósito, pasaron por aquí los Greenebaum; Carmen asistió a una clase mía y cenamos con ellos en el Sheraton, buen restorán, piso 22 –con una maravillosa vista de las luces y la noche de Puerto Rico–. Me figuro que a Carmen, tan cariñosa y tan «hispanista», le agradaría asistir a la conferencia de Steve; voy a avisarlos.

El restorán La Alhambra está lleno todos los días. ¡Cuántos ricos norteamericanos visitan este Estado Libre Asociado! Ayer estuvimos en casa de los señores Schum, y allí hablé con una ardiente y veterana antifranquista, Freda Kirchwey, «exeditora de *The Nation*». Por la tarde me reuní con los compatriotas «refugiados» –bien refugiados– en el Chalet Suisse. Me agrada la tertulia a la española decididamente. Faltan los Enjuto, Huéscar, pero hay otros nuevos españoles, de edad media, agudos y contentos de respirar fuera de España. Vimos, por cierto, una obra de Alfonso Sastre, *El cuervo*, que nos interesó. Me alegré. «¡España, más España!».

Y recibí copia del texto enviado a Lawrence por Borges. No salgo de mi asombro. Exquisito, muy encomiástico. (Esto fue idea de Claudie). Si Lawrence no os ha mandado copia de ese texto, os la mandaré yo.

Mi próxima carta será para Antó. Recuerdos, besos a mis nietos. En una pared de esta habitación luce el ángel pintado por Anita.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 11 de febrero de 1964

Queridos todos:

Muy rápidamente ha pasado ya el primer mes de nuestra estancia en Puerto Rico. (Una cuarta parte). Las clases, algún amigo, las lecturas, las escrituras... No he escrito esta carta antes para dejar a Irene que os lo contara todo. Añadiré que de la visita a Casals, muy agradable, ha surgido un encargo. Barletta, el músico argentino, me ha pedido que escriba algo sobre aquella visita: texto que acompañará a unas fotografías de la visita a don Pablo, el Supremo. (¡Dulce atraso!). Y todo para la propaganda…

Está de paso una argentina, amiga también de María Rosa, etc. Veremos el jueves a una chilena, amiga de Carmen Figueroa, la señora del profesor Echavarría. Hoy se presentó Ferdinandy, camino de Costa Rica. Comimos

en casa de Graciela Torres de Zabaleta. Elsa Fano asiste a todas mis clases. El domingo daré una lectura de versos a un grupo de profesores. Esos son, entre otros, los últimos o los próximos hechos de estas jornadas.

Y el domingo pasado fue el cumpleaños de Irene. Irene está contenta, animosa, prestando gustosa atención a los pequeños incidentes de nuestra vida cotidiana, hablando español cada vez con más soltura; y el español ya llega a nuestras conversaciones. Y yo, felicísimo.

Para todos, para los mayores y para la niña y la ya exniña, abrazos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Gracias, Teresa, por el papel.

Envíame solo de los impresos llegados, los de Darmangeat y Guereña.

Mándanos la cuenta de los gastos de correo.

Río Piedras, 18 de febrero de 1964

Queridos todos:

Se me olvidó contaros –imperdonable olvido– que ya hace unos días se presentó de pronto ante la puerta de nuestra habitación Elisabeth, *nuestra* prima, con su marido. Marido, por cierto, simpático. (Antes, Rogers; ahora no sé cómo se llama Mrs…). Estaban dando un *paseo* por las islas del Caribe. Elisabeth tenía mucha curiosidad por conocer a Irene. Hay sin duda un «lado Rogers» *–du côté de chez...–* particularmente intenso, como el *uncle* Harry, como Steve sobre todo...

La vida continúa con agradable rapidez. El domingo pasado se celebró un «acto de homenaje»; el *cocktail*, después de una lectura mía (análoga a la de Harvard). Había bastante gente de la universidad y amigos españoles. El «acto» resultó agradable. Vemos películas aquí, en el campus, las únicas interesantes. (Anoche, *Iván el Terrible*, 2ª parte. Estupenda). Después

fuimos a un concierto del conservatorio, institución dirigida por Castro, el argentino, a quien empezamos a tratar. Hemos vuelto a casa de los Onís –donde volvimos a encontrar a los Echavarría, chilenos–. Etc., etc. En este momento suena una intolerable banda de música, militar, que hace sus ejercicios diarios aquí, a dos pasos, a esta hora, las cuatro y media. Es la época del ruido inútil.

Teresa: Rica Brown me ha enviado su libro sobre Bécquer. (Llegará de Barcelona). Reexpídemelo. ¿Y esa Casa? Estoy esperando unas fotos para escribir a Anita. Para Anita, Isabel, Antó, Espe, Fina –y los señores Gilman–, abrazos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Irene, ausente en este momento. Atareadilla. Y contenta. Recibí carta, muy cariñosa, de don Américo, en respuesta a una mía. Adjunto una hoja impresa.

Río Piedras, 2 de marzo de 1964

Queridos todos:

Acabo de leer una carta de Renée. Me habla sobre todo de enfermedades, y también de Mais, que trabaja bien y con éxito. Espero carta de Claudie en respuesta a la mía sobre su viaje o no viaje a Puerto Rico. ¿No irá a Europa, enseñará en Hopkins? Él sabrá –acaso– lo que hace y no hace. ¡Qué trabajo le cuesta no escribir un libro! Lo que sí nos alegraron mucho fueron las breves pero muy expresivas cartas de Anita. ¡Qué ganas de veros! Contamos los días –hasta el 27–. ¡En este mismo mes de marzo!

Hace calor –pero soportable–. Veo a españoles; asistí a la cena del último jueves en San Juan, la que preside Onís, afectuoso. ¡Amémonos los unos a los otros! Pasamos la noche del sábado en casa de Nilita, muy simpática. Allí saludé a don Juan Bosch, quien me explicó la situación

actual de Santo Domingo diciendo: «Es como un resumen de España». Aquí tenemos –en la prensa– campaña diaria contra Benítez. Supongo –y deseo– que resistirá en su puesto de rector.

Las clases marchan bien, con *papers* frecuentes; parecen interesar también a oyentes, a jóvenes poetas. Vicente Gaos publicará su próximo libro de versos, gracias a una gestión mía, en esta Editorial Universitaria. Nuestra vida, como veis, se desarrolla apaciblemente. (Única inquietud: la no-carta de Claudie…).

Besos, abrazos a la redonda. Vuestro,

JORGE

Irene está absorta escribiendo una carta.

Río Piedras, domingo 8 de marzo de 1964

Queridos todos:

El correo de ayer fue muy bueno. Hubo carta de Teresa y carta –breve– de Claudie, anuncio de otra próxima. De suerte que los Guillén Junior llegarán el 25. Y nosotros, el 27. Y los últimos, el 28. ¡Magna reunión!

Sí, Nueva York es panorámicamente preciosa. (Presento reciente poemita). Teresa me habla de películas. En punto a cine estamos aquí bien servidos. Aquí: recinto universitario. (Fuera del campus, el cine no tiene interés). Hemos visto una película para mi gusto muy buena, muy original, del gran hindú Ray. La orquesta de Caracas nos ha dado –nos ha regalado– tres conciertos. Excelente orquesta, muy superior a lo que se esperaba, con excelentes directores –¡y demasiada música venezolana!–.

Sí, sabía por el tío que el sobrino Joaquín Gimeno se casa. ¡Bien! Isabel debía actuar. ¿Bailando? Contadme.

Ayer almorzó con nosotros Ester. Nunca vemos juntas a las dos hermanas; tienen que turnarse para acompañar a la hermana viuda de Caparra.

Llueve. Hace fresco. Cuando vosotros estéis aquí, hará magnífico. ¡Hará… Gilman! Adjunto recorte. El 17 daré una conferencia sobre «La personalidad de Pedro Salinas». (Antiguas notas).

Para todos, abrazos. Para las Gilman, besos.

Vuestro,

JORGE

Río Piedras, domingo 15 de marzo de 1964

Teresa, hija:

Ahí van tres de las fotos que ha hecho en esta habitación y sus alrededores Irene. Anita verá que su dibujo está adornando la pared, así alegre.

La otra noche, en un acto oficial, saludé, saludamos al señor rector. Amabilísimo. *Et pour cause!* Estamos en la cúspide de la tensión universitaria, que parece ser –estas son las últimas impresiones que he recogido– pone en peligro al actual ministerio. La oposición a Benítez es muy fuerte. Si yo votase, votaría en su favor. Pero los independentistas van ganando terreno. (Por cierto, visitamos en su casa al poeta Matos Paoli, que es poeta de verdad y un santo varón. Estuvo en la cárcel, allí perdió el juicio. Hoy gracias a Benítez, Matos Paoli, fiero independentista, es poeta residente: situación ideal).

Esta noche cenaremos con Ortega (Luis), el médico y su mujer en casa de las Fano –versión Ester–. (Elsa, en la parra). Anoche, la reunión fue con españoles en casa de los García Herrera, pareja española. «¡Creo en la *Revista de Occidente*!», dice García Herrera.

Nosotros seguimos bien. Visitamos a Olleros: nos encontró perfectamente –salvo que Irene padece agudamente de prurito–. Esta vez es Irene.

(¿Llegó un libro de Montesinos? Tráemelo).

(¿Y los *statements* del banco? Quisiera verlos).

Se os quiere mucho. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, lunes (santo) 23 de marzo de 1964

Queridos todos:

El miércoles llegarán Elfie y Claudie. Vosotros descenderéis de los cielos el viernes y el sábado. ¡Gloria a Dios en las alturas! Estamos ya impacientes, «víspera del gozo» –como dijo el poeta–.

Saludos cordialísimos a Xavier Rubert. (Le escribí a Cincinnati). ¿Le convendría Wellesley? Hay allí un puesto vacante. Me escribió sobre ello Justina, que llega hoy. Le hablaré de ese asunto.

Indignante, lamentabilísimo lo de la Editorial Sudamericana y sus distribuidores. Escribiré a López Llausás, me quejaré también al editor y al representante norteamericano.

Teresa: tráeme ese libro *Los autores del programa* y los que te he ido indicando otras veces. (No: la *Poética de Brentano*). Gracias por lo de la *Blue Cross*. ¡Bien –modestamente– por el *Mercure de France*!

De Rita Dinale hubo hoy carta. Hablaremos de su «caso» y de otros mil casos más. ¡Hablaremos! Teresa: no traigas esas camisas –me dice Irene–.

Di la conferencia sobre «La personalidad de Pedro Salinas». Gustó, emocionó. ¿A cuatro gatos? No. A cuarenta y pico. *Reina* un silencio maravilloso. ¡Vacaciones! Hasta el viernes. ¿A qué hora?

Besos a Anita, Isabel y a su mami. Abrazos a Steve y Antó. Abrazos a Espe y Fina.

Vuestro,

JORGE

Traedme la dirección y el nombre del amigo de H. Staub.

Río Piedras, Martes Santo, 24 de marzo de 1964

Teresa, hija:

Se me olvidó decirte que me trajeses los *statements* del Banco de Harvard. (Quiero ver si, en efecto, enviaron al banco el cheque de Bruselas).

Ha llegado Justina. Vino esta mañana con Elsa.

Hace viento, el día está gris; Irene se preocupa –como si ella fuera la responsable de la isla– porque desea para vosotros lo mejor de lo mejor.

Esperamos a Claudie y Elfie. ¡Mañana! No sabemos aún a qué hora llegarán.

¡Hasta el viernes!

Saludos a Xavier Rubert.

Muchas gracias ya a Espe por la atención a nuestra correspondencia. Anita: ¡acuérdate de Irene! Ya verás...

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, lunes 13 de abril de 1964

Queridos todos:

No sabemos nada de vuestra vida. Os suponemos felices. Lo mismo nos ocurre a nosotros: contentos –con ganas de convivencia– en París, en Santander...

Os hubiera gustado la excursión a Humacao. En la finca de un alumno, Antonio Roig, nos reunimos gentes de Humacao y de Río Piedras. Resulta que la familia Roig –¡catalana tenía que ser!– es multimillonaria. El señor Roig «patrocina» –esa fue la palabra empleada– un monasterio-escuela; edificios situados en las cercanías del feudo. Monasterio de benedictinos –de Minnesota– con una gran piscina en la que se bañan. ¡Qué lejos Silos!

Saludamos a Juan de Onís, de paso para Río de Janeiro. Conforme con el golpe militar. (Los golpes tremendos vendrán después –fatalmente–). Mañana es el aniversario triste: 14 de abril. Lo celebraremos. (Cena presidida por Onís, Federico, el amigo de Anita).

Yo ya estoy atareado con los preparativos del viaje. (De modo que la dirección en San Vicente –*confírmamelo*, Teresa– es Restaurant Miramar. ¿O Restorán?).

Pensamos asiduamente en todos vosotros, uno por uno: labor gratísima.

Besos, abrazos,

JORGE

Río Piedras, martes 21 de abril de 1964

Queridos todos:

El domingo hicimos una excursión preciosa. Nos condujo en su coche Echavarría, quien viene con frecuencia a mi clase, y me parece un muchacho muy bueno, con inteligencia, curiosidad y cultura. Fuimos hasta el extremo oeste de la isla, hasta Aguadilla, donde nacieron y residen las gentes de su tribu. El hotel Montemar es muy grato y goza de una vista espléndida. Debéis visitar Aguadilla –donde desembarcó, por cierto, Colón– en vuestra próxima visita a este Paraíso.

Y resultó bien la excursión de ayer noche. Fuimos a Humacao. Llovía –como en este momento– con repentina furia tropical. Leí y comenté versos de servidor. Pero fue una lectura diferente de las lecturas de estos últimos meses. Me presentó Díaz Plaja. La acogida –de profesores y alumnos– fue cordial. A medianoche llegábamos a casa.

Y ahora estamos en plena semana de fiestas –es decir, ¡de conferencias!–. Está aquí Francisco Ayala. Habló y hablará sobre la situación española. Se celebra *profusamente* la Fiesta de la Lengua: actos *independentistas*. Hoy tenemos ¡dos conferencias! Asistiremos a ellas ¡qué remedio! Y yo leeré –esta vez solo de *Homenaje*– algunas poesías el jueves próximo. Otra reunión tuvimos el 14 de abril, presidida por Onís –que, en su discurso, me llamó «gran poeta» a gritos– casi a gritos… ¡Amaos los unos a los otros!

¿Cómo se desarrolló el cumpleaños de Anita? Ayer escribí a Antó.

Hasta muy pronto. Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, martes 28 de abril de 1964

Queridos todos:

Recibí tu carta, Teresa, con las noticias del fatigoso viaje a Michigan. ¡Lamentable cansancio! Nosotros, por nuestra parte, hemos llegado aquí a la máxima agitación relativa. Os hablé ya de la Fiesta o las Fiestas y regocijos de la Lengua. Os conté nuestra visita a Humacao. Luego, el mismísimo 23 de abril, di aquí una lectura explicada de *Homenaje*; me presentó Álvarez Morales, muy cariñoso, pero de extraña prosa. Creo que interesó la lectura. Y anoche actué en la Fiesta de la Lengua, debate o *panel* ante la televisión. Presidió Nilita, o más bien Trilita, porque es de una vivacidad y una intensidad únicas en este trópico. Hablamos –no discutimos– Margot Arce, Manrique Cabrera y un lingüista peruano, Alberto Escobar, y servidor. Único espectador en la sala: Irene. Fue, claro, un acto «independentista». Yo me mantuve majestuosamente en las alturas de lo hispánico en general. Han sido, pues, ocho las lecturas de este curso –más una conferencia y esta intervención de pantalla–. ¡Se acabó! –por ahora–.

Fuimos una noche con Echavarría –muy buen muchacho verdaderamente– a casa de la señorita Guerra Mondragón, alumna de Steve, de quien habló con gran elogio. Como la señora de Benítez se refirió en términos de gran elogio a mi señora hija, yo repetí: ¡De acuerdo en todo! Nos posee ya la fiebre de los preparativos. Recibimos hoy un telegrama de Plaza: nos esperará en La Guaira, iremos a Caracas. Teresa: envía el libro sobre Bécquer por correo ordinario al hotel de París. Hace calor.

Os queremos.

¡Hasta pronto!

Vuestro,

JORGE

Adjunto un recorte para Antó. Adjunto cheque

Río Piedras, 5 de mayo de 1964

Teresa, hija:

Mañana nos embarcamos. El 23 estaremos en París y el 9 de junio, con vosotros. ¡Cuento los días!

Ha salido bien nuestra estancia en Puerto Rico. Los alumnos me han hecho regalos; los amigos nos dedicaron un agasajo el domingo por la tarde en el Centro de la Facultad. Varias invitaciones se han acumulado en estos últimos días, como ocurre siempre. Hace, por fin, bastante calor. ¡Es hora de irse! Pero con cierta pena; nos va ganando Puerto Rico. El tiempo se ha deslizado a una velocidad increíble. ¡Si llegamos ayer! Ahora la perspectiva de París me seduce, nos encanta. ¡París –con todos los Gilman– menos Antó!

Tu última carta no podía ser más justa ni más expresiva de vuestro estado, de vuestro ritmo. Se sentía una especie de trepidación, o de temblor en la mano mientras escribías. Sería imposible –e indeseable– parar el movimiento. Pero disminuir ese movimiento sí es absolutamente necesario. Tú misma sientes el exceso, algo sobrecargado que te cansa, te pesa, te estorba... No se trata solo de Steve. También tú tienes que pasar de ese ritmo sincopado a un clave bien templado, al firme y alegre Bach. Bach es la Sabiduría. (¡Don Pablo Casals!).

Adiós. Nuestras próximas cartas saldrán de San Juan el 15. (De los Claudie, ninguna noticia después del telegrama de llegada). Se os quiere.

Besos. Vuestro,

JORGE

Escribe aquí para el 15. Don Ángel Palacio y José Luis Plaza están ya «elaborando» el programa de nuestra excursión a Caracas.

Bridgetown (Barbados), British Empire,
sábado 9 de mayo de 1964

Queridos todos:

Este barco *Flandre* es magnífico. ¡Si no fuese por el aire acondicionado! Ninguna vibración. El mar, perfecto. Hicimos escala en la Guadalupe: la isla más tropical y más siglo XIX que hemos visto en estas latitudes. Calor, vegetación más exclusivamente tropical que en la Martinica; la visitamos ayer. Y negros, negros como en las estampas románticas. La Guadalupe, bastante pobre. *Gendarmerie nationale!* De un lado, gendarmes y burócratas; del otro lado, pueblo negro. ¿Ha existido, existe una burguesía intermedia que pueda producir el intelectual, la conciencia de la situación? La Martinica, espléndida como paisaje, un paisaje de montaña menos «característico»; pero país más civilizado. Hoy es la escala en Barbados. Irene, curiosa, apasionada por todo, está haciendo la excursión. Esta tarde visitaremos, fuera del grupo turístico, Bridgetown. ¡Cómo se siente en estas islas, lugares de explotación y apenas de convivencia, lo que es la colonización! En estas islas ya no hay indios. Las ocuparon representantes de dos continentes, dos razas, dos clases: Europa y África, blancos, negros, señores, esclavos. Demasiado obvio, ¿verdad? Aquí, en estas islas, todavía más. En la Guadalupe re-cordamos a Saint-John Perse, que allí nació. En la Martinica, a Joséphine, la emperatriz. Pensamos en vosotros.

Os queremos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

[Postal] Caracas, 11 de mayo de 1964

Mr. and Mrs. Stephen Gilman
15, Gray Gardens West
Cambridge 38,
Massachusetts
U.S.A.

Felicísimos, os abrazamos,

JORGE

De la Guadalupe a Santo Domingo,
Flandre, miércoles 13 de mayo de 1964

Queridos todos:

Visitamos también Trinidad, isla correctamente británica, de hermosos paisajes. Pero lo mejor ha sido la excursión a Caracas. A las ocho y tres cuartos del lunes 11 nos reunimos con don Ángel Palacio, José Luis Plaza y su señora. Visitamos Caracas, moderna, pequeña New York, por decirlo así. Pero lo más interesante es la villa toscana que se ha inventado Plaza, más italianizante que yo. Fue el regalo del suegro a los Plaza en su boda. (Casa ya de tipo italiano). Ahora es un *palazzo* –de un gusto irreprochable–: cipreses, ninfeo, colección de buenos cuadros modernos, casi todos italianos; 28 son de Morandi, el gran pintor de Bolonia. Todo, exquisito y coherente. Y toda la numerosa *guilleniana* –preciosamente encuadernada ¡en Milán!–. Me conmovió esta fidelidad en la relación amistosa durante tantos años. Total: aquel amigo de Murcia, de Oxford, de Madrid es hoy una especie... de Berenson menor en Caracas. (Nos regaló el diario de Berenson). La mujer, simpática, viva, inteligente, culta, afín a su marido. Parecen felices. La hija, Fuensanta, se educa en el Liceo italiano de Venezuela. ¿Qué más se puede pedir?

Hubo una comida en el Country Club. 14 personas. Pedro Grases, Justino Azcárate, García Bacca, García Pelayo, Moles, y sus respectivas señoras. ¡Estupenda jornada!

Abrazos. (Irene, felicísima). Vuestro,

JORGE

Entre Santo Domingo y Puerto Rico,
Flandre, 14 de mayo de 1964, noche

Queridos todos:

Añado unas líneas a la carta anterior para *registrar* que pasamos hora y media en Santo Domingo. Vimos la catedral, el Alcázar... ¡Qué magníficas palabrotas, de uso innecesario en estas islas francesas y británicas!

Don Max Henríquez Ureña estuvo amabilísimo. Hasta el punto de que me recibió teniendo en la mano el número de hoy del periódico de Santo Domingo. En él hay un «Saludo a Jorge Guillén», escrito por don Max, y un «Homenaje a Jorge Guillén», nota y breve antología. ¿Qué más se puede pedir? En realidad, yo no pedía nada... escrito.

Irene se divierte mucho en este viaje. La comida es excelente. ¡Lástima que no nos acompañe el *gourmet* Antó! Tampoco lo pasarían mal mis preciosas nietas. ¿Cómo se encuentra la encantadora e irascible Isabel? ¿Está contenta la... irresistible Anita? Esta vez me siento profundamente abuelo.

Abrazos a las dos generaciones. Vuestro,

JORGE

Flandre, 21 de mayo de 1964

Queridos todos:

Dentro de dos horas llegaremos a Vigo. Desde allí saldrá esta carta para deciros que el viaje está resultando muy agradable. Esto es una verdadera *villeggiatura*. Comida excelente, tiempo sin cesar ocupado, temperatura ahora ya un poco más fresca. (¡Puerto Rico!).

Irene está contentísima y con nostalgia de aquella isla. Yo siento nostalgia de mis hijos (ninguna noticia de Claudie) y de mis nietos. De Antó, de Isabel, de Anita. Recibimos la carta de Antó. ¿Cuándo y dónde quiere que le envíe noticias para su árbol genealógico? Anita no me ha contestado a mi carta. ¿Qué hizo con aquel pequeño cheque? Isabel, supongo, estará terminando el curso con muy buenas notas. Yo he escrito, según mi vieja costumbre. (Entre esos poemas, uno –primera versión– titulado «Pedro Salinas»). La última carta de Teresa estaba llena de noticias interesantes. ¿Qué pasó con Rubert? Ayer vimos *The Vip*. Y yo descubrí por mi cuenta que Burton es un gran actor. En cuanto lleguemos a París, nos ocuparemos de vuestros cuartos. ¡París! Escribid. Se os quiere.

Besos, abrazos. ¿Hasta pronto?

JORGE

(Trae el *Bécquer*, *s'il te plaît*)

París, martes 27 de mayo de 1964

Queridos todos:

Llegamos, pues, a París, según el plan previsto y de la manera más fácil, el sábado por la noche. Nos esperaban en la estación Reneé, Mais y Berto. Berto, muy simpático y muy *toscano*. Nos instalamos en este hotel que, en efecto, es el más barato –y muy limpio– entre los de su clase de este 6º *arrondissement*. A vosotros no os conviene de ningún modo; no hay cuarto con baño y sería en un cuarto piso sin ascensor. Además, la *patronne* es una fiera: *Hôtel des Grossièretés Unies*. De suerte que desde el domingo hemos pasado varias horas *à la recherche de l'hôtel possible*. Habremos visto unos

quince hoteles. Seleccionamos dos o tres. Por fin, nos hemos decidido por el *Hôtel Helvetia*, rue de Tournon. Razones: 1º, situación: muy cerca de nosotros, en la calle que da al Sénat (más abajo continúa como rue de Seine). 2º, segundo piso, interior, es decir, silencioso. 3º, habitación con cuarto de baño (*le cabinet* muy cerca); y suficientemente espaciosa; otro cuarto, a la calle, con dos camas, para las niñas; 4º, el precio, 25 francos la habitación con baño, y 22 francos, la otra. Desayuno comprendido. El hotel, claro, es modesto, a lo siglo XIX. Pero no hemos encontrado otro que reuniera las condiciones requeridas; y lo más difícil de encontrar es el silencio. Ya hemos dado como arras 25 francos. Ahora me toca hablar con la fiera, la *Patronne* de aquí. Hemos estado ayer en casa de Jacotte, que se va hoy a Budapest. Margot, Renée, cariñosísimas. Esta tarde veremos a los Mochi-Sismondi. A Irene le gusta *muchísimo* París. Este barrio le encanta. Estamos en un mundo –este barrio– de librerías, algo extraordinario. Comemos en los restoranes del barrio. Solo faltáis vosotros. ¡Os esperamos!

Esta mañana estuve con Manuel Arce, el poeta-novelista-editor de Santander. Me ha traído ejemplares de *Tréboles*; la edición ha salido muy bonita. Me ha contado cosas increíbles. En esta edición la Censura ha suprimido dos tréboles. El proceso de publicación fue largo. Pero en dos ejemplares, uno de Arce y otro mío, están completos los *Tréboles*.

Entre las cartas que encontramos había una de Teresa. ¡Qué agradable encontrar esa carta! De Claudie no hay noticias.

Estamos bien y contentos. Dice Irene que París tiene *un fascino speciale*. En efecto, lo tiene. Me gustó ayer sumergirme en el ambiente Cahen, en la casa de Jacotte. Jacotte, simpática, divertida, pero reservada en lo de Goulart. ¡Su marido sigue en el puesto de Budapest!

Adiós. ¡Hasta pronto! Os abraza

JORGE

París, martes 2 de junio de 1964

Queridos todos:

Dentro de ocho días, *¡el martes próximo!* estaremos con Mais y Berto –amabilísimos– en Le Bourget, a las once de la mañana. Esta es la última carta de esta serie. Seguimos bien, contentos, activos y un poco fatigados. Hemos visto películas. Berto y Mais nos llevaron a Fontainebleau. Esta tarde en casa de Eléonore Zimmermann, veremos a Yves Bonnefoy. He charlado con profesores de español, Lafaye, Urrutia. Hemos *deambulado* por las calles de París. Cenamos en casa de Luigi. Ayer, por casualidad, en la rue Servandoni, encontré a Madame Crocco, que viene a consultas médicas de París, porque las de Roma «*ne valent rien*». ¿Qué más? Os esperamos. Pensamos en todos vosotros juntos y en cada uno de vosotros. En una nieta. Y en otra nieta. ¡Y no vendrá Antó! Que me escriba Antó desde México, decídselo.

Irene, encantada de París. Yo, también. (En cuanto a Claudie... Todavía no ha concluido la semana de la crueldad).

No os canséis... demasiado. Hasta el martes. (Os escribo en casa de Renée. Hubo *party* en casa de Margot).

Abrazos. Besos. Besos a mis nietas.

JORGE

Santiago, 5 de agosto de 1964

Queridos todos:

Os dejamos a *todos* en aquella carretera y tras muchos días de ajetreo y calor, henos por fin con la dirección que buscábamos:

Hotel Compostela

Santiago de Compostela

En Madrid estuvieron amabilísimos con nosotros Carmen y Emilio. Comimos dos veces con ellos y nos acompañaron a la estación. Vi a

Ricardo Gullón, encontrado por casualidad en la Gran Vía, y a Sergio Vilar, joven escritor simpático. (Ya os ha hablado Steve de Dámaso y Eulalia. Encontré también a Moñino). El retraso de un día más en Madrid fue utilísimo. La casa Bacoma de Madrid se encargará del transporte de mis libros. Hoy he comunicado a José las prolijas y precisas instrucciones con la mayor claridad. Las cajas van dirigidas al profesor Stephen Gilman, por consejo de la casa.

Ayer mañana llegamos a Santiago, ciudad verdaderamente extraordinaria, con un conjunto monumental superior al de cualquiera otra ciudad española. En cuanto al hotel, no ha sido posible encontrar alojamiento en el Hotel España. La única solución cómoda –y accesible– es el Hotel Compostela, adonde nos trasladaremos el sábado próximo. Irene está encantada. Todo le gusta en Santiago. Yo llegué cansadísimo. Ya me encuentro mucho mejor. Por cierto, una triste noticia. Leemos hoy en el periódico que ha fallecido en Nueva York don Luis de Zulueta. Escribiremos enseguida a Carmen.

¡Cómo nos acordamos de todos vosotros!

Besos, abrazos,

JORGE

Hotel Compostela, Santiago de Compostela,
14 de agosto de 1964

Teresa, hija, queridos todos:

Nosotros nos encontramos aquí perfectamente. ¿Y vosotros? Demasiado calor, demasiada gente, demasiados mosquitos, nos decíais. Todo irá entrando en caja... ¿Qué noticias hay de Antó? Saludad a Xavier Rubert y a los habitantes de Cambridge que ahí se encuentran.

Nuestra vida no puede ser más simple. El hotel es confortable; comemos bien. (Habitación excelente con cuarto de baño). Pagamos aquí poco más o menos como en via Maggio y estamos mucho mejor. Yo trabajo

como de costumbre: diariamente. Paseamos, vamos al cine. El *turismo* es también ocupación diaria. Hemos recorrido ya Santiago en todas direcciones; vamos conociéndolo bien. La ciudad, riquísima en perspectivas, rincones, iglesias y más iglesias. Es un conjunto imponente. Y si en Recanati, mucho más pequeño, pasamos dos meses entretenidos, aquí *–si el tiempo no lo impide–* podremos seguir varias semanas.

Gente no hemos visto aún. Esta tarde empezaremos a salir del incógnito. A las siete iremos a «merendar» a casa de Moreno Báez, el profesor de Literatura Española de esta universidad. Mi encuentro con su hija en la biblioteca universitaria fue divertido; el cuento habría gustado a Anita. A todo esto, tengo animada correspondencia con José. (El envío de los libros, la venta de unos valores…). A Isabel, cuyo cumpleaños es inminente, le escribiré aparte. ¡Escribid! Nos acordamos sin cesar de vosotros.

Besos, abrazos,

JORGE

Santiago, 20 de agosto de 1964

Queridos todos:

Ayer os contó Irene cómo vamos viviendo en paz y en gracia de Dios. Veo a Moreno Báez; me presta libros. Democristiano. Me cuenta cosas. Profesor. Hablamos de Letras. Ayer vinieron a almorzar con nosotros los Brown. Muy cariñosos. Nos llevaron en su coche a Betanzos, donde vimos dos interesantísimas iglesias románicas. La tarde era espléndida. Los paisajes, preciosos. Por otra parte, vamos a conocer al Dr. García-Sabell, el amigo de don Américo. (Doctor ahora ausente). Estoy leyendo o releyendo lo escrito por don Américo sobre Santiago. ¿Vendrá en estos días a esta ciudad? (El maestro, no el apóstol). No dejamos de escudriñar esta maravillosa Compostela.

(A todo esto, los asuntos de Valladolid marchan despacio).

Adjunto la entrevista, publicada ayer y hoy, con fotos *espectaculares*. Todo ello resulta animado y divertido. ¡Cómo se van a reír mis nietas de mis gestos! Pero ¿es posible que yo gesticule tanto? Es casi para mí un descubrimiento psicoanalítico.

Espero, Teresa, que esta carta te alcance en Ampurias, antes de salir para París. Por Dios, no te canses demasiado. Os echamos muchísimo de menos. Sin hijos, sin nietos, Santiago es una ciudad muy incompleta.

¡Buen viaje, hija! Adiós.

Besos, abrazos,

JORGE

Domingo, 23 de agosto de 1964

Teresa, hija:

Mañana saldrás en dirección a París, a tu casa de París. Estas líneas quieren esperarte a tu llegada, Quai Saint-Michel.

¡No te canses! ¡No te canses demasiado! Acabo de escribir a don Américo. Ayer conocimos, por fin –estaba ausente y vino, solo a conocerme, de La Coruña– al doctor García-Sabell, a su señora y a su hija. Nos reunimos en casa de Moreno Báez. Volverán en setiembre, y entonces nos llevarán a ver los tesoros escondidos. Gente muy fina –y muy aficionada a coleccionar: autógrafos, recuerdos, fotografías–. En el momento oportuno se presentó un fotógrafo.

¿Te alcanzó en Ampurias mi sobre con la entrevista? ¿Y Antó? ¿Y los de Ampurias? Un ruego. Pasa por el Hôtel des Principautés Unies, rue Servandoni. (Sería más seguro *pasar* que telefonear). Y haz el favor de recoger nuestro correo. Es imposible que no haya algo para nosotros. No nos han reexpedido nada. Recuerdos a Margot y a Renée, etc.

Besos, abrazos,

JORGE

Santiago, *2 de setiembre* de 1964

Queridos todos:

Hoy es el cumpleaños de Claudie. Ayer habrá recibido un poema «El cuento de nunca acabar» –casi un *testamento*– que le dedico a él. (¿Se marchará Elfie ahora a Alemania?). Y vosotros ¿qué día volaréis hacia América? ¿El día 9? De modo que ya estáis reunidos *en casa*. (Por cierto, número 13 –como 13 era el de la casa de la rue d'Alexandrie–). ¿Es posible, Teresa, triunfante de todos los 13, que hayas inventado ya el *home* del Quai Saint-Michel?

Me llegó tu carta de París, Teresa ¿A quiénes visteis, a quiénes no visteis en Ampurias? La frase «cerca de los Maragall» es estupenda. Anita no me escribe hace mucho tiempo. Ni tampoco Isabel, la *very distinguished* Miss Gilman. ¡Cuánto me alegraría saber de Antó! Le escribiré a Cambridge.

Vengamos a Santiago. Ahí tenéis algunas fotos. «Hoy me he visto, me he visto y no me gusto», diríamos a lo Bécquer. Estoy demasiado grueso. Voy a tratar de adelgazar. Claro que en Florencia no podrán seguir las abundancias de Santiago. Ya sabéis cómo vivimos. En efecto, Irene os explica mucho mejor que yo nuestro *train de vie* en sus cartas, muy superiores a las mías. (¿Y qué será su diario, ese *chef-d'œuvre secret*?).

Vendimos, por fin, unas *acciones* mías. Nos ha llegado algún dinero –mi señor padre continúa ayudándome– y vamos a realizar algunos gastos prácticos. En la mejor sastrería de Santiago están haciéndome un traje y un gabán. Habrá otros gastos suntuarios. Hemos pedido ya nuestros «billetes combinados» Santiago - Valladolid - Florencia - Roma. Yo me sentía un poco fatigado y con ganas de estabilidad: una estabilidad que se cuenta por semanas. Nos encontramos aquí muy bien. No iremos a Portugal. Por otra parte, era imposible no detenerse en Valladolid. A José, diligente, cariñoso, le estoy infligiendo mil molestias y trabajos con motivo del transporte de las 28 cajas y de las operaciones «financieras». Nuestra correspondencia es ahora frecuente. Saldremos, pues, de aquí el 24 ¡de septiembre! En

Valladolid tomaremos de nuevo el tren, vía Hendaya, a Florencia –dos o tres días– y Roma –mes de octubre–. Ese es nuestro plan.

¿Qué más? *Homenaje* no deja de avanzar. He escrito la primera versión de la elegía –por fin– sobre Federico. Envié poemas a la *Revista de Occidente*. Hoy firmaré el contrato con Gredos para darles una *Antología*. Me lo pidió Dámaso –por segunda vez– en casa de Emilio.

Ayer vinieron a vernos los parientes de La Coruña. Distinguidos, acomodados, simpáticos. Ella, Justa, es guapetona, a lo Elfie. Somos nietos de dos hermanos: Laureano y Carmen Álvarez. He tenido carta de don Américo, interesante, cariñoso. Se me acaba el papel. ¡Buen viaje! ¡Que me escriban m*is* niet*as*!

Abrazos, besos.

JORGE

¿Y el correo de la rue Servandoni?

Santiago, 21 de setiembre de 1964

Queridos todos:

Os hemos acompañado durante este fin de semana en el Cape. Porque supongo que allí estabais todos reunidos, Cambridge y Princeton. Me *faltáis* mucho. Dice Irene: «*il conforto della nostra casa!*». Piso intacto –al que irán llegando libros y libros–. Todavía no han salido los de Valladolid. Veremos si, por fin, se decide a dar el «certificado» José Antonio Rubio. Para Valladolid saldremos este jueves 24. Allí estarán todavía, contra lo anunciado, Leónides y María. María ha sufrido recientemente «una intensa crisis». Leónides sigue bregando en lo del almacén.

Ya tenemos el billete hasta Roma. En Florencia estaremos tres días: *via Maggio 7*. Y ya conocéis la dirección romana –durante octubre–: *170 Piazza S. Ignazio*. Lo que ya está planeado con toda precisión es la lectura en el Guggenheim Museum, Fifth Avenue, 89th Street, New York. Estoy en

correspondencia con Mrs. Elizabeth Kray. Presidirá y me presentará Paco García Lorca –lo que me encanta–. Intervendrán Di Giovanni, probablemente Ben Belitt, quizá Wilbur, etc. Ya lo sabéis: *Thursday evening 6 May 1965 at 8.30 o'clock!* ¡Qué previsión a distancia! Por cierto, Di Giovanni se queja de que piensan poner como precio –excesivo– de la *Antología* «*6,50 for the hard cover*» y «*3,95 for the paper*». ¡Ellos sabrán!

Estos últimos días de Santiago están resultando –contra la costumbre– espléndidos. Días de sol, casi de calor. Los García-Sabell nos cuidan, nos pasean. Fuimos a cenar a un restorán, Castaño, más allá de Padrón. Esta tarde nos llevarán a otro pueblo. Los Moreno Báez siguen invitándonos a meriendas opíparas. Ya al borde del adiós, volvemos a la catedral, lo escrutamos todo. Los amigos vendrán a la estación –como en Sevilla–. ¿Te acuerdas, Teresa? En fin, la temporada gallega ha salido muy bien. (Me he hecho un abrigo y un traje. Nos hemos comprado otras cosas. Hubo visita a un oculista). Y ahora, es decir, el jueves, hacia el Sur –con la nostalgia del Norte–. Y no precisamente de «las nieblas hiperbóreas» sino del Norte que sois vosotros. ¿Y Antó? En el último retrato está muy bien. Me encanta que Anita esté contenta en su casa, su escuela, bien encajada en su vida. Que me escriba Isabel. Os enviamos fotos hechas por Irene y un artículo de La Coruña. Hubo otro en Lugo. Aquella entrevista acaso aparezca en *Ínsula*. Nos acordamos mucho, muchísimo de todos y cada uno de vosotros.

Besos, abrazos.

JORGE

Hendaya, miércoles 30 de setiembre de 1964

Queridos todos:

En Valladolid prolongamos nuestra estancia. Yo también tenía que descubrir Valladolid, en algunas partes muy cambiado. ¡Algunos trozos del Paseo de Zorrilla parecen Broadway!

Todos estuvieron a cual más cariñosos. María, «Mi Vidita», ha sufrido la mayor crisis en la historia de su enfermedad. Leónides –¡un santo!– parecía preocupado. (Fueron «tres días de convulsiones»). Vimos a Espe, que ya está en Madrid, a Julio, Ingrid; Miguel, su hijo, es un niño estilo Anita. ¿Y qué más podría yo decir? Lo del almacén se hará, luchando contra una *inercia* increíble. José Antonio Rubio hizo la «declaración» acerca de los libros. José no tiene ya más que enviar las 24 cajas: ¡por fin 24!

Comimos en Suazo con Carmen y Emilio. Todos nos reunimos en Castillejo, la finca –preciosa– de José Antonio Rubio, más goethiano que nunca. Le encontré muy bien. Visité a don Narciso, con la cabeza clara, buena memoria y cuerpecito lento de anciano. (Va a cumplir los noventa).

Sinforiano me habló con admiración de Isabel. El tono, al hablar de Anita, era... de pasión. *I agree!* Os enviaré, cuando se publique, la entrevista que me hicieron en *El Norte*. Nos invitó a comer Fernando Altés con los José. Etc., etc. Salimos ayer. La llegada a Hendaya, sobre todo para Irene, fue catastrófica. Catástrofe menor. No había *porteurs*. Había un río de emigrantes, río diario de españoles que salen a trabajar al extranjero. *L'envers du tableau!* (El cuadro de la prosperidad de Valladolid). Hemos hablado de *todos* vosotros, a todo el mundo, sin cesar. Es mi tema predilecto…

Os queremos, os abrazamos. (Salimos esta tarde).

JORGE

Roma, 170 Piazza S. Ignazio,
martes 6 de octubre de 1964

Queridos todos:

Estamos aquí desde el domingo por la noche –y anoche llegó tu carta, oh Teresa, consolador vocativo–.

Te contará muchas cosas en otra carta Irene. No hicimos más que atravesar Florencia. Vi al discípulo de Contini, que está a punto de publicar

una edición del *Juan Ruiz*, y que ha publicado y te ha mandado, Steve, un artículo sobre *La Celestina* de Bataillon, artículo en que te defiende. Me preguntó Luigi Chiarini si lo habías recibido.

Roma. Todavía hace calor. Empiezan las *telefonate*. Esta tarde iremos –con Bodini, otro amigo hispanista– a casa de Alberti. «Alberti, que habla mucho de usted», me dicen. ¡Soy aquí el único superviviente de *aquello*!

Anoche vimos la película de Pasolini *El Evangelio según san Mateo*. Estupenda. Nos ha gustado mucho. De gran calidad. A mí me ha conmovido profundamente. (No me queda más que eso: el Evangelio y Cristo). Premiada por una Sociedad de Cine Católico. Muy sobria; allí no suenan más que las palabras textuales. Cristo aparece solo, violento, claro, severo, rápido; no sonríe más que una vez, a los niños. Lo representa un estudiante español. Ninguna solemnidad; apenas dulzura. Todo, austero y cristiano. En España, naturalmente, no verán esta película; Pasolini es marxista. Continuaré muy pronto.

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

A la carta-libro de Anita le contestaré aparte.

Roma, 17 de octubre de 1964
(43º aniversario)

Queridos todos:

Hace tres horas llegó la carta de Teresa. Buenas noticias, en suma, de vosotros y de los Claudie; incluso tu cansancio –físico y moral– me parece saludable «encaminado al bien». Me gusta mucho que asistas devotamente a las clases cervantinas y que vayas leyendo esos textos más o menos sagrados. ¿Tomas notas? Saluda a don Raimundo de mi parte.

¿Roma? Por la mañana trabajo. (Reviso poemas. Tengo, más o menos concluso, el poema sobre Federico). Doy una vuelta por el *barrio* antes de

cenar. (Esta mañana tuve una hora de conversación interesantísima con el poeta Alfonso Gatto). Tras la comida y la siesta, escribo algunas cartas. Luego es la visita o la cita con alguien. Apenas hay tiempo para ir al cine. Y de «turismo», nada. Irene ve a sus amistades, entre numerosos golpes de teléfono. Yo todavía no me he cansado.

¿Gentes? Españoles. Semprún, padre, como siempre enfermo y cariñoso. Los Alberti, casa abierta, gran cordialidad; muy *atentos* conmigo. Ayer comimos con Antonio Gómez Orbaneja, muy *Orbaneja*, o sea, de calidad. (La mujer, en Frascati). El martes iremos a casa de Nieves de Madariaga –donde veremos a Luis de Zulueta–. (Anoche hablamos por teléfono). El embajador de El Salvador. Mañana, Lauro Escorel de Morais, el brasileño amigo de Claudie. Los hispanistas: Badini, Tentori, Samonà, que me preguntó por Steve y Claudie; un pobre profesor del Liceo; Dario Puccini. Martín Descalzo, que me trajo el aura del Concilio. Margherita Guidaci, Biagia Marniti, poetisas amigas. Clotilde Marghieri. De Angela Bianchini no hemos tenido más que ráfagas telefónicas; siempre apresuradísima. Esta tarde, recepción *to meet Mr. and Mrs. Guillén* en casa de los Cardona. Iremos con los Alberti, que serán la novedad de la *soirée*. Total: he visto a poca gente... Iré la semana próxima a Milán, para una entrevista en la televisión; gastos pagados, propaganda de Vanni Scheiwiller. Etcétera, etcétera.

Os recuerdo muchísimo. Abrazos.

JORGE

Roma, 21 de octubre de 1964

Queridos todos:

Esta mañana estuvimos en Piazza S. Pietro, desierta. A las doce y media comenzaron a salir obispos, rojos, cardenales, clérigos de varios colores. Fueron ocupando coches, y los más, autobuses llenos de obispos como colegiales. ¡Divertido! ¡Lástima que no estuviese con su máquina Steve!

Esta tarde vamos a ver, acompañados por Vanni Scheiwiller, a Pizzuto, el último grito de la literatura italiana, sobre quien Contini ha escrito un gran elogio. A propósito de Vanni. Es él –¡por fin!– quien editará, Dios mediante, mis poesías completas, *Aire nuestro*, con ayuda de algún colaborador financiero; y es una *cuestión de principio* que vuestra generosa contribución sea solo, si acaso, un complemento. Impresor: la Stamperia Valdonega (Valdónega) de Verona, la mejor imprenta de Italia según Vanni. ¡Estupendo!

Mañana saldré para Milán. Os lo contaré todo, la entrevista en la televisión y el resto.

En cuanto a lo de Kruschev... Lamentable. ¡Qué pena! Yo lamento que a nosotros, hostiles al anticomunismo obtuso, nos alejen esas maniobras de un gran movimiento que estaba normalizándose y humanizándose. Alberti me dijo, consternado: «Lo siento mucho. Ha sido brutal». Cardona, en cuya casa nos reunimos, estaba ya encantado con la nueva consigna. Me sorprende cada vez esa absoluta ortodoxia sin crítica. ¡Hay más espíritu crítico en el Concilio!

Samonà me preguntó por Steve y Claudie. Vimos anoche a Nieves de Madariaga y a Luis de Zulueta. Anteanoche vimos por fin a Angela Bianchini.

¿Qué es de mis nietos? Era precioso el librito que nos envió Anita. Adiós.

Abrazos. Besos.

JORGE

Roma, martes 27 de octubre de 1964

Queridos todos:

Llegó ayer tu carta, Teresa, y dedujo Irene que tú no habías recibido la carta larga, minuciosa, con fotos que te envió hace ya más de quince días. ¡Está *desolada*! (Se pasó un día escribiendo esa carta. ¿Estará perdida?).

De modo, Anita, que has dicho, pensando en nosotros, «¡cuánto tiempo falta!». Sí, es verdad, faltan ¡cinco meses! Y también para mí es un tiempo larguísimo. Pero... Pasará muy deprisa. ¡Cuánto nos gustó a Irene y a mí el librito pequeñito que nos mandaste! Tan pequeño es que es difícil de guardar. Pero ¡no se me pierde!

Dime, Teresa, cuándo regresa Poulet a su casa de Zurich. Quiero escribirle. Me gustó *mucho* su librito sobre *L'Espace proustien*.

¿Qué te contó Poulet, querido Steve? Suerte la tuya: mano a mano con ese hombre. Por Cambridge no dejan de pasar cerebros privilegiados. Unas preguntas y que me responda Teresa: ¿cómo se encuentra Steiner? ¿Le has visto? ¿Cuál es su actual dirección?

¿De modo que tú, queridísima Isabel, quieres ya entrar en Radcliffe? Explícamelo. Te siento crecer, crecer a una velocidad vertiginosa. Y de Wellesley, ¿qué?

No puedes figurarte, querido Antó, cuánto siento no saber el argumento completo de tus últimas películas, quiero decir, de tus andanzas y aventuras.

Y no os he contado nada de mi viaje a Milán. Ayer dieron mis siete minutos de intervención. Hoy hemos comido con Ricardo Gullón. Etc., etc.

Besos, abrazos,

JORGE

Florencia, 7 de noviembre de 1964
(*Via Maggio 7, Firenze. Tel. 281786*).

Queridos todos:

Estos días hemos sido afortunados. ¡Hubo cartas de Teresa y de Steve! Escribiré a Steiner. (Claro que no «pasaré» por Lausanne…). A propósito de Poulet. ¿Sabéis si regresará pronto a Suiza? ¿Cuál es, si no, su dirección americana? Otro punto universitario. Escribiré a Miss Bloch. Perdón por no haberlo hecho ya. Eso del manuscrito de la catedral de Toledo me impresiona. ¿De qué manuscrito se trata? *Please*, no olvidéis la pregunta.

Me interesan las noticias de Cambridge. No sólo de *El Norte* vive el hombre... Lo de Cecil Day-Lewis me parece más *napolitano –Festa della Canzone–* que harvardiano. ¡Cuánto me gustaría saber más cosas de Antó! Pero no sabré mucho más sino oralmente. ¿Lo de Sartre? Toda la gente fina, de izquierda, dice lo mismo: «es una actitud coherente». Y es verdad. La verdad externa. (Como el estado de salud de K.). Pero en cuanto a los motivos íntimos... Basta leer *Les mots*. ¡Qué precoz endiosamiento! «*C'est ça, je serai immortel!*».

Más noticias públicas. Las elecciones. Por excepción vimos y escuchamos la televisión. El resultado, previsto, ha sido por completo satisfactorio. Basta con la vergüenza de que Goldwater –¿agua de oro o de...?– haya sido candidato. ¿Y qué decía Anita de Goldwater?

Os escribiré *prontísimo*. Se me acaba el papel. Teresa, Irene está desolada de no saber nada de su carta. No has dicho ni siquiera que no la has recibido, si es que no la has recibido.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 10 de noviembre de 1964

Queridos todos:

Os escribo en esta habitación donde pasamos y pasaremos tantas horas –hasta el 23 de marzo o el 1º de abril–. Probablemente elegiremos el barco del 23. ¡Tenemos que estar en Cambridge el 19 de abril para asistir a la Fiesta de ese Día! La habitación es grande y confortable. Se abre a una terraza, nuestra, oculta a los demás por plantas y flores. El cuarto de baño, nuestro, es hermoso. La calefacción, casi excesiva. El silencio, absoluto. Por la mañana, cuando desayunamos, el sol ilumina nuestra mesa. En suma, estamos aquí a gusto –pero, ¡con qué nostalgia de la casa de Cambridge!–.

Teníamos varias maletas en casa de Paolina, una prima muy rica de Irene. Y las maletas se hallan en un estado deplorable, abandonadas durante

varios meses en un sótano inmundo, húmedo. ¡Un desastre! Desastre no total. Deploro que se me obligue a recurrir a toda la capacidad de desprecio que puede sentir a veces un español. Irene está atareadísima.

No sé si os conté que la última visita en Roma fue a los Alberti. Fuimos con Alfonso Gatto, el poeta, y el P. Alonso Schöekel, jesuita de talento y muy simpático. Los Alberti estuvieron encantadores. Alberti es verdaderamente simpático y muy cordial. Toda la visita fue un resultado de aquella maravillosa época del Papa Giovanni y Kruschev.

Esta tarde veremos a Roberto Papi. Empieza a hacer frío. Se os quiere. ¡Necesito *ver* las últimas caras de mis nietos! ¡Alguna nueva foto, por favor!

Abrazos. Besos.

JORGE

Firenze, 10 de noviembre de 1964

Queridos Steve y Teresa:

Y ahora, *inter nos*, reservadamente, hablemos de dinero, como se suele hacer en ese país. Hoy recibimos carta de Leónides. ¡Por fin! Se lo debemos a él, a su tenacidad, a su paciencia, a su inteligencia. Nos dice: «Lo del almacén terminó felizmente el jueves 5 a las once de la noche; fue laboriosísimo hasta el último momento... Al fin hemos vencido», etc., etc. Y además: «creo que podrás contar con muy aproximado el millón y medio de pesetas». ¡Bien, bien! Mi señor padre sigue ayudándome.

Ayer y hoy he corregido las pruebas de los poemas que, traducidos por Bélamich y en texto bilingüe, serán publicados por el *Mercure de France* (gracias a Yves Bonnefoy) en el próximo número de febrero. Os dije ya que la *Antología* de Boston no saldrá hasta la primavera. Me parece que quieren que coincida esa publicación con la lectura en el Guggenheim Museum, lectura ya anunciada para el 6 de mayo.

He terminado ayer la preparación de la *Antología* de Gredos. Es decir, he escrito el prólogo –apenas inédito– y he hecho la selección: 150 poesías de *Cántico* y *Clamor*. Lo demás es trabajo de Irene. (Destrozaremos un ejemplar de cada uno de los cuatro libros).

Salió una entrevista en *El Norte*. La recibiréis. Me hicieron otra en Roma. Sigo terminando *Homenaje*. Estas son las últimas noticias literarias.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, domingo 30 de noviembre de 1964

Queridos todos:

Continúa con su forma apacible nuestra vida en esta ilustre ciudad. Hemos tenido un «simposio» de Literatura Americana. Conferencia de M. P. [Mario Pinna] –¡toquemos hierro!–, recepción en Palazzo Vecchio, saludo a La Pira, encuentro con Murdock. Muy amable; nos invitaron a comer en I Tatti. Anoche cenamos en casa de un abogado –cuya señora es amiga de Irene y de Anna, la amiga de Viareggio– y allí conocimos a un historiador del arte, alemán, David. Interesante.

(En este momento llega una invitación para ir a Taormina en diciembre. Reunión de la Comunità Europea... ¡Muchas gracias! No iré. No me sería grata la compañía, una parte de la compañía).

Vino ayer –de Milán– Vanni Scheiwiller con otro milanés, Danovi, para grabar la lectura de algunos poemas, destinados a un disco, de esos colectivos. Todas estas comedias le van siendo familiares a uno. No se pueden eludir. Es la fatalidad de la época.

¡Ah! Se me olvidó deciros que hace unos días pasaron por esta casa, en visita relámpago, Bob McMillan y su mujer, muy simpáticos, y la hija de los Hall. Llamaremos a esta muchacha.

Hemos empezado a enviar paquetes de libros a casa. Hay mucho *material*. Irene sigue haciendo paquetes; pero los remitiremos de enero en

adelante para evitar la confusión postal de diciembre.

Hoy vamos a Pisa. Comeremos allí con los Martinengo, el joven profesor de Español, Vanni y Francesco Orlando, joven profesor de francés que ha escrito un admirable *Ricordo di Lampedusa*. (Trató al autor del *Gattopardo* íntimamente durante los últimos años de la vida del Príncipe).

¿Qué más? Lecturas, escrituras, películas, café, un poco de turismo. Correo: cartas que se escriben, que se reciben, cartas que no se reciben...

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, 9 de diciembre de 1964

Teresa, hija:

Hay que seguir la tradición del secreto en los regocijos americanos. Ahí va un cheque a tu nombre. Es el regalito de *Christmas*. Podría repartirse de esta manera: 100 dólares indistintos para los padres y los hijos (o sea, los hijos –míos– y mis nietos). Tú *comprarás* lo que quieras con esos dolarillos. *Además*: en sus respectivos sobres, 20 dólares para Antó, 20 para Isabel y 10 para Anita.

Esta mañana llamó Murdock (no conozco el *spelling*). Iremos a cenar a I Tatti el sábado próximo. Anoche en la cena del *Città di Firenze*, yo era el más viejo: ¡en la presidencia!

Ha llegado la *Revista de Occidente*. Encabeza el número «El cuento de nunca acabar», poema dedicado «A mi hijo». En *Homenaje*, ese poema, al final del libro, estará entre «Veinte Años» (a Steve y Teresa) y «Las gaviotas» (Antó, Isabel y Anita). En mi próxima carta te hablaré de Claudie.

Besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 9 de diciembre de 1964

Queridos todos:

Llegaron las últimas cartas de Teresa y Anita. Otro día contestaré a Anita. Hoy quiero referirme a un encargo de Irene. Irene piensa que la colocación de nuestras cajas de libros y papeles en el tercer piso estropearía el suelo del piso, ¿no es verdad? Sería tal vez preferible, si tú –Teresa– lo juzgas así, que se dejasen las dichosas cajas en el *basement*. Allí se abrirían y se iría viendo lo que habría que hacer con aquellos *materiales*. Esto no es más que una *sugestion*. *Que tout soit pour le mieux!*

Gozo imaginando cuánto se divirtieron esas nietas con el Ballet de Leningrado. Gozo, imaginando en otro sector mucho más íntimo, cuánto gozaréis con la compañía de Margot.

Estos días están siendo un poco más moviditos para nosotros, Ayer, cena con motivo del Premio literario Città di Firenze. Hoy almuerzo con Carlo Bo. Iré a Urbino en marzo.

Besos, abrazos.

JORGE

Florencia, lunes 14 de diciembre de 1964

Queridos todos:

Respondo, Teresa, a tu carta, la recibida hoy. ¡Disiento! No te he escrito poco. En estas últimas semanas he dirigido cartas a *todos* –y en particular, sendas cartas a Steve, a Antó, Isabel y Anita–. También os ha escrito Irene. Nada esencial habéis dejado de saber. Lo que ocurre es que nuestra vida en Florencia es muy apacible, con pocas novedades «sociales». Yo dedico bastante tiempo a mis papeles. Corrijo lo hecho y añado nuevos poemas y poemillas a *Homenaje*. Respecto a la tertulia y los amigos del café, nada nuevo tengo que contar de esta vida verdaderamente cotidiana. Veo sobre todo a Macrì, a Luzi, a Bigongiari. Cenamos la otra noche en casa del

profesor Santoli, el germanista. La cena más vistosa fue la del sábado en I Tatti. Muy simpático y muy cordial, Murdock. También amable Mrs. Murdock. Los dos me preguntaron por vosotros. Los veréis en Cambridge estas próximas vacaciones. Los demás invitados eran –como dice Irene– parejas tan distinguidas como misteriosas. Ninguno sabía nada de los demás. (Un señor Graetz, «el Onassis de Israel», que ha publicado un libro sobre Van Gogh, etc., etc.). Yo hablé como pude las lenguas que sé mejor o peor, salvo la castellana. Otro día veremos a la admirable Nicky Mariano, que no asistió a la cena.

Se me acaba el papel. Te escribiré, Teresa, muy pronto sobre «*l'affaire Claudie»*.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 15 de diciembre de 1964

Teresa, hija:

Me es penoso escribirte «la carta sobre Claudie», naturalmente. Por eso he ido retrasándola, o la escribiré a medias. No es que me sienta *enfadado*. Enfadado, no, en absoluto. Pero sí preocupado, inquieto, triste. Lo de menos es que no me escriba... desde hace más de *tres* meses. Verdad es que el silencio ha llegado a ser –en esta ocasión– un poco excesivo. Pero necesita ese silencio sabe Dios por cuántos motivos –por no decir «complejos», la palabra de moda todavía–. Necesita sobre todo sentirse libre, y más ahora que debe tomar una decisión. La tomará después de hablar con mucha gente, con muchos consejeros, en suma, «con todo Cristo», como se dice vulgarmente, menos con su padre. Y esta excepción me honra. Yo soy la autoridad, el personaje que encarna la Conciencia, su conciencia, y yo le coartaría. (Yo, por cierto, el padre menos autoritario que he conocido). Pero no importa. Quiere obrar como si tuviese cuarenta años, y no como un adolescente; no se atreve a «escribir a casa». Todo eso lo comprendo muy

bien, y lo único que deseo es que se trace él su camino y que acierte. Lo deseo con toda el alma, y en el fondo con inquietud. Probablemente le vendría bien «huir» de Princeton, abandonar sus compromisos anteriores, comenzar otras tareas, otras posibles obras. Me es doloroso pensar: ¡cuánto trabajo cuesta no escribir un libro! Su silencio actual, su «fuga» a California no me preocupan. Lo que me preocupa es: ¿qué hará, qué no hará? Y no conozco a nadie más dotado ni más preparado que don Claudio Guillén. Por nada del mundo enseñes esta carta a Claudie. *Solo* a Steve. ¿Qué pensaría tu madre, qué le habría dicho?

Besos, abrazos.

JORGE

Firenze, via Maggio 7, 23 de diciembre de 1964

Queridos todos:

Os veo, os oigo, os sigo... Resultado: ¡qué deslumbrante árbol de Navidad en aquel campamento de regalos y juguetes! Irene –para que sintáis el contraste– estaba un poco melancólica, porque los varios parientes suyos de Florencia, de Pescia, no nos invitaban a la comida de *Natale*. También hay la familia literaria –los Bigongiari nos han invitado–. (Es la casa más elegante que frecuentamos). Y no habrá sensación de extranjería...

A propósito de parientes. Hemos comido en casa de la prima Paolina. Hemos tomado el té con *lo zio* Piero *e la zia* Margherita. Hemos visitado al *zio* Gino y a su mujer y cuñada griegas. Hemos cenado en casa del hijo de Margherita. Otra recepción está anunciada: el domingo próximo acudiremos –¡«venid y vamos todos»!– a casa de los señores de Aragone para conocer a Clemente. Clemente y Elisa nos han agradecido el regalito que les hemos hecho.

¿Qué más? Alguna película: una, maravillosa, sobre la vida submarina. ¡Otro mundo, y fantástico! He descubierto –¡por fin!– el Seminario de Español y la Facoltà di Magistero. Y allí leo, resuelvo, y me prestan libros.

(Estoy dando vueltas –erudición recreativa– al hijo natural de Cervantes en Nápoles. Busco datos, escribo cartas: ¡juego de aficionado!).

(Todos los días llega con monótona pesadez la no-carta de Claudie. ¡Qué niño!).

Que seáis muy felices.

Abrazos y besos. Abrazos a los unos –Steve, Antó–, besos a las otras –Teresa, Isabel, Anita–. Abrazos a Margot y a Fina.

Nos acordamos mucho de todos y de cada uno.

JORGE

Florencia, 1º de enero de 1965

Queridos todos:

Esta es, naturalmente, mi primera carta del año nuevo. *Auguri!* Os seguimos con el pensamiento, calculando siempre la diferencia de seis horas.

He aquí la pequeña crónica de estas Navidades. En casa de los Santoli saludamos a los recién casados señores de Terni. Él, Clemente, un poquito lánguido. Ella, Elisa, encantadora; se ve que es ella quien dirige aquella barca. La comida de Navidad se nos ofreció en casa de los Bigongiari, amabilísimos con nosotros. Estaban la familia, los padres, los Macrì y nosotros. (Elena, la de Bigongiari, quiere festejar –ha dicho a Irene– mi cumpleaños. ¡Setenta y dos!). El día 28 festejamos *in mente* a mi señora hija. (¿Llegó a tiempo el telegrama?). Anoche, recibimos al Año Nuevo, copa en mano, con Roberto Papi, sus hijas, los jóvenes amigos de las hijas, algunas otras personas y Montale. El *buffet*, soberbio; la alegría moderada. (Contraste: por la tarde habíamos visitado a la señora Natoli. Su marido, el profesor de Francés, simpatiquísimo –lo conocía Claudie– ha muerto hace unas semanas, tras una horrible enfermedad de cuatro años).

Hemos escrito bastantes –no muchas– *Christmas cards*. Recibimos un telegrama de Claudie y Elfie el 25. Ayer llegó una postal de Ivar Ivask y

Claudie, escrita en un bar de Nueva York. Por supuesto, de Ivar Ivask ya había recibido, como todos los años, el regalo de Navidad: esta vez, un libro sobre Berthe Morisot. Terminé el año viejo y comencé el nuevo corrigiendo las pruebas de la *Antología* de Gredos. Saldrá antes que la de Boston. Esta tarde vamos a casa *–in campagna–* de un señor alemán, David, profesor de Historia del Arte, personalidad modesta. (Escribí a Steiner). (De Emilio no logro respuesta. ¡Sigo, pues, sin heredar! Todo es aún hipótesis. Será Emilio quien dé realidad al asunto). Nos sorprendió un telegrama de Nápoles, firmado: Plaza. Están los tres Plazas de Venezuela en este país; nos visitarán pronto. Macrì sigue traduciendo *Cántico*. Esta historia sería larga y dramática. Todo su trabajo marcha bien y lentamente. Se me olvidó deciros que vuestra amiga belga Elsa Dehennin-Galle está dando un curso en la Universidad de Bruselas sobre *Cántico*. Se me acaba el papel. ¿Cómo sigue la señora Weintraub?

Abrazos y *auguri* especialísimos a Margot.

Se os quiere,

JORGE

Florencia, sábado 9 de enero de 1965

Queridos todos:

La mayor novedad de estos últimos días ha sido –es– la presencia de los tres Plazas: José Luis, señora e hija. Vienen a pasar meses a Florencia porque Fuensanta, la hija, estudiará aquí la *terza media*, anterior al Liceo, con profesores particulares además. Ayer comimos *da* Doney. Se alojan en el Grand Hotel, esperando alquilar una *villa* en los alrededores. Muy amables, gentilísimos, finísimos. ¡Italofilia absoluta!

Estuvimos en casa de Elisa. *La solita gente*. Parecen felices los recién casados. En una de las fotos adjuntas veréis a Elisa.

Por otra parte, he corregido las pruebas de la *Antología* de Gredos. Aún no he terminado. Macrì sigue con su *Antología* adelante. Va para largo, me

parece.

Gracias, Teresa, por la retransmisión de cartas y papeles. Por cierto, me han devuelto la carta que escribí a Steiner, a la dirección que me dio Steve. ¿Dónde se encuentra ahora Steiner? ¿Quizá no ha salido aún de Cambridge? *No se os olvide responderme a esta pregunta*.

Celebro que la pintura del joven Villalba resulte interesante. ¿Siguen los padres en la misma dirección? Me figuro que sí. ¿Hasta cuándo? *Respondedme*. ¿Cómo sigue Mrs. Weintraub?

Teresa: el regalo de *Lautrec by Lautrec* es algo fabuloso. (He hojeado ese libro en una librería). ¡Demasiado! Gracias, gracias. Tuvimos carta de Isabel. Me ha encantado que Ginou diga de Anita que es una «*petite fille très sage*». Lo que significa que ya es *mayor*... Celebro que se repitan las *soirées* con los Marichal. Saludos y abrazos a Margot. ¿Cuándo volveréis a San Juan? (De Claudie, nada. Son ya cuatro meses de silencio. Silencio llevado ya a una situación... tonta).

¡Abrazos, besos! Vuestro,

JORGE

En otra carta os hablaré del cambio de Presidente. ¡Todos estamos contentos!

Florencia, 19 de enero de 1965

Queridos todos:

El aviso cablegráfico nos puso en estado de gozosa alarma, de espera impaciente. Avisamos que se nos pusiera en comunicación con la casa de los Bigongiari. Allí fuimos con los Plaza para presentarles a los Bigongiari. Había además dos profesores de Historia del Arte. Cena excelente, casa elegante, pinturas buenas y modernas. Plaza es cultísimo en su papel de coleccionista. Llegaron después de la cena los Macrì, Luzi, Bilenchi, una pareja americana: ¡un Cabot de Boston! Escritor. ¡Y todos bebimos el

champagne del cumpleaños! Y a las once en punto, sonó el teléfono. Oímos muy bien. ¡Qué alegría, qué placer, qué felicidad oír vuestras voces! Voces que el instrumento intermediario no deforma, voces inmediatas a través de tanto espacio. La vida cotidiana es hoy, a veces, fabulosa. Lo que me apenó fue no oír a Isabel. Yo no sé si ella habló con Irene. Yo, no. ¡La esperaba! Ya sabía que Antó no se encontraba allí. También lo sentí mucho. Desde hace mucho tiempo no oigo la voz ni veo la escritura de Antó. Lástima que la intervención de Steve fuera tan breve. Pero el *milagro* fue suficiente. Me preguntaste, Teresa, por la fecha de nuestra partida. Tomaremos el *Atlantic* el 1º de abril en Génova (American Export Lines). El barco es más pequeño que los otros de la misma compañía, pero más moderno. De clase única. Ya hemos pagado «las arras». ¡Dentro de tres meses, exactamente, será el cumpleaños de Anita y allí estaremos! («Si Dios quiere». «Si el tiempo no lo impide»).

En fin, toda la *soirée* se desarrolló afectuosamente. Los Plaza me hicieron un regalo soberbio; un gran volumen de Morandi, con magníficas reproducciones. Macrì me trajo su traducción de *Anillo*. Excelente. (La acabo de leer). Acabo de recibir una carta de Jean Cassou. Cariñosísimo. Me ha hecho llorar. (Ya os lo explicaré otro día). (Le han nombrado académico de la Academia Belga). Tu carta, hoy, Teresa, nos ha traído la luz de Puerto Rico. ¡Cuánto siento lo de la casa Fano!

Abrazos, besos, se os quiere mucho. Gracias.

Vuestro,

JORGE

El médico vino a casa para ver a Irene. Padece molestias de hígado y estómago. A mí, por añadidura, me examinó también. Me encontró en excelente estado. ¡Y más joven que hace dos años! Toquemos madera.

Florencia, 28 de enero de 1965

Teresa, hija:

Llegó ayer tu carta del 22 de este enero. En ella me confirmas lo que me anunció Llorens en su carta del 18. Hoy, con más calma, quiero explicarte mi intervención escrita, tan breve y lateral.

Después de cuatro meses de silencio, Claudie me dirigió, con fecha 14 de enero, una larga carta. Del modo más sereno y definitivo, razonable y razonador, me daba cuenta de su decisión: permanecer en Princeton. La universidad había accedido a todas sus exigencias. «¿Qué más se puede pedir?». En fin, «Espero, papá, que apruebes mi decisión...».

En efecto. Yo no deseaba más que sostener a Claudie en su decisión, una u otra, ayudarle a organizar su propia coherencia, quitarle dudas, perplejidades, contradicciones, darle confianza en sí mismo –que es lo que sobre todo necesita–. Y le escribí el día 20 una carta expresándole esta actitud afirmativa.

Y, de pronto, se produjo el cambio. La carta de Claudie era del 14. La de don Vicente, del 18. ¿Qué había ocurrido? Tú me decías con fecha 19: «Con Claudie hemos tenido dos largas conversaciones telefónicas en que seguramente le deprimimos». O sea: Claudie, muy débil, no había podido sobreponerse a vuestra oposición. Vuestra autoridad, descargada con tanta fuerza sobre él, ya decidido, arrastró la conclusión decisiva. Nada más.

A todo esto, Claudie me ha mantenido rigurosamente, cruelmente excluso, durante estos últimos meses, de toda la tramitación. Soy padre jubilado. Más aún: enterrado vivo. De ahí que yo no haya aconsejado ni aconseje.

¿Y ahora? Por mi parte, ninguna crítica, ninguna discusión. No puedo permitirme ese lujo. Yo deseo solo que vosotros y Claudie tengáis razón. Deseo con toda mi alma que La Jolla responda a vuestras esperanzas, que ya comparto.

Descansad en esa isla. Sed felices.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 30 de enero de 1965

Querido Steve, querida Teresa:

Llegó tu carta del 26 cuando iba a empezar el entierro –grandioso– de Churchill. Después de las dos horas y media de televisión, y de la comida y la siesta, heme aquí para contestarte, aunque te haya escrito anteayer –al Grand Cayman– sobre el mismo penoso incidente.

En suma, todo ello le deja a uno triste. Yo casi te «grité» –como tú dices– aquella carta. Si no os hubiese escrito en aquel momento a ti, a Claudie y a Llorens, no sé cómo habría podido respirar. Y todo porque, tras un silencio tan largo, Claudie me dirigió, por fin, una carta que parecía concluyente. Y yo no deseaba más que «respetar», precisamente «respetar» su decisión y adherirme a ella para infundirle confianza. Y luego, tu carta: la de las «dos conversaciones telefónicas» deprimentes. Estoy poco enterado, me dices. En efecto, muy poco enterado. Pero ¿por qué me escribió Claudie para anunciarme solemnemente su decisión definitiva? Comprended mi sorpresa y mi disgusto, tan próximos a las explicaciones de esa criatura. ¿«Insultos»? No es esa la palabra adecuada. Crítica vehemente, y tras una larguísima paciencia.

Todo ello pasó. Me es doloroso haber causado pena. Me es más doloroso pensar en la situación íntima de Claudie, que tanto me preocupa.

Hasta pronto. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Firenze, jueves 4 de febrero de 1965

Queridos todos:

Llegó esta mañana la carta de Teresa. A vuelta de correo –por gusto, no por necesidad– le respondo antes de ir a casa del oculista. ¡Achaques!

De suerte que Anita *estaba* en la cama. Supongo que ya se encontrará bien. Isabel en Nueva York, los Lorca... Voy a ocuparme yo también de la lectura en mayo. Northampton. ¿No visteis a Katherine Whitmore? El poema «El cuento de nunca acabar» –publicado en la *Revista de Occidente*– ha dado ocasión a una carta; la muy cariñosa, reciente, de Carmen de Zulueta Greenebaum.

Transición. Me ha escrito, por fin, Wilson, el del otro Cambridge. Me dice que había hablado ya con el *senior tutor* de St. John's College. «Todavía no había recibido la solicitud de su nieto, pero me agradeció las noticias y creo que podrán admitirle, aunque naturalmente la decisión no depende exclusivamente de él. De todos modos creo que merece [sic] cierto grado de optimismo el asunto». Dad estas noticias a Antó.

Me dices, Teresa, que podríamos pasar «lo peor del invierno» en La Jolla, puesto que no iremos a Puerto Rico. Sí, sería agradable. Pero mi plan es quedarme en Cambridge para trabajar en casa de modo continuo –ya en el libro próximo, ya en la ordenación de nuestros papeles, manuscritos o impresos–. No quisiera, pues, que constituyese una preocupación más ir o no ir a La Jolla el próximo invierno.

Irene ha pasado dos días en Roma. Comí en casa de los Plaza. Encantadores. Pero nos amenazan con regalarnos un cuadro de Morandi. ¡Sería demasiado! ¡Qué poco tiempo de ausencia nos separa!

Besos, abrazos,

JORGE

Florencia, 9 de febrero de 1965

Queridos todos:

Hoy, cumpleaños de Irene, han llegado de entre los Caimanes las cartas de la madre y de la hija pequeña. ¡Qué brisa de sol, calma y reposo nos ha

creado! Irene está como siempre: bien, hacendosa por la mañana, contenta con sus cincuenta y cinco años. A mí me *consuelan* los amigos diciéndome que me encuentran en buen estado. ¡Sí, sí! Que dure, que dure así... ¡no pido más!

A Cayman Islands os dirigí dos cartas. Volví en las dos sobre «*l'affaire* Claudie», y en el segundo sobre había también una hoja para Anita. Quien nos ha encantado con sus últimas pinturas. A Irene le han gustado mucho esos gatos.

Bueno, ¿qué nos ha ocurrido en estos últimos días? Ocurren... los Plaza. Nos vemos una vez por semana. Hemos comido juntos da Omero, da Sabatini. También invito yo, claro. No han encontrado *villa*; y ya están instalados en un piso de via Solferino. Es una pareja muy unida y armónica. ¿Os dije que habíamos comido, mejor cenado, en casa de los Bigongiari con los Plaza? El domingo pasado fuimos a Pistoia con los amigos Betocchi, Luzi, Baldi, Lisi, Bigongiari, etc. Asistimos a la ceremonia para adjudicar un premio literario, y cenamos en banquete lento y mediocre. (Son infinitos los premios literarios en Italia). Entreví un instante al editor Losada. Hemos tenido muy grave al *zio* Piero (Mochi), ochentón. Pero ya está «salvado». ¿Qué más? Oímos una conferencia de Contini, sobre Dante –es el centenario este año– y otra conferencia del francés Barthes, crítico estructuralista.

Y a propósito de Dante. ¡Dámaso me ha escrito! Vendrán él y Eulalia a principios de abril. Viene a estudiar a Dante, porque considera un deber hablar sobre Dante en este centenario. Y nos pide informes sobre alojamiento. ¡Ya es tarde! Le contestará Irene. Le propondrá hoteles. También en abril vendrán los Poulet. ¡Nadie viene a Florencia en invierno!

Dos preguntas prácticas, Teresa: ¿y mi *Blue Cross*? No he recibido el papelito. *Pregunta si estoy en falta*. Envíame el último *statement* mío de Harvard Trust Company. ¿*Qué es de Steiner*? ¡Ah! Aún no he devuelto los dos *papers* sobre *Cántico*. ¿Cuál es la dirección actual de los dos autores? Perdón, Steve.

Os abraza, os recuerda, os quiere, vuestro

JORGE

Florencia, martes 16 de febrero de 1965

Queridos todos:

El sol da sobre este papel como si fuese primavera. Pero hace mucho frío –relativamente–. ¡Cómo se alargan ya las tardes! La luz nos empuja hacia Cambridge.

Cambridge. Donde Antó ha sufrido toda una señora operación. Pero ¡qué cosas pasan en América! Cuatro muelas extraídas, y en una sesión, y con anestesia total. Querido Antó: pensamos en ti, te acompañamos. Que los griegos te hagan olvidar esas molestias molares...

(Lo de Dieckmann... ¡Increíble! Marx, sí, pero sobre todo Freud. ¡Freud, Freud!).

Saludos afectuosos a Bénichou. Decidme cómo se ha resuelto lo del equipaje.

Cambridge. ¡Y qué pena no haber visto a Isabel en *L'Avare*! ¿No hay ninguna foto? Me imagino que habrá estado preciosa, preciosísima.

Anita. «De color melocotón». ¡Así sea! (Ya le escribí a la isla del Caimán).

Dejemos lo de Claudie. Hubo los inevitables *malentendidos*, hijos sobre todo de la escasez de información y de diálogo. Ya pasó aquello. Bien está La Jolla. ¡De la hoya –de Princeton– a la Jolla! ¡De la Jolla a la Joya!

El domingo estuvimos con los Plazas en Certaldo, la patria de Boccaccio. Cenamos la otra noche en casa de unos parientes. Invitamos a los Santoli. Anteanoche estuve con Ungaretti en casa de los Bigongiari. Escribo cartas, ordeno papeles. Son ya preparativos de viaje. Incluyo el *statement*, que será necesario *para el income tax*. *¡Guárdalo, Teresa! El estudiante Dell, compañero de Antó, ¿sigue en Eliot House?*

Abrazos. Besos.

JORGE

Florencia, 24 de febrero de 1965

Queridos todos:

Respondo a la carta recibida ayer. Pero ¿las muelas del juicio pueden llegar a ser cuatro en una sola dentadura? Abrazos al juiciosísimo Antó. Felicito a Isabel la Impaciente por sus magníficas notas. ¡Impaciente por ser más vieja! ¡Qué equivocación! Anita: ¡habla español, *please*!

Gracias por lo de la *Blue Cross*. Habrá quedado muy bien esa habitación. Por supuesto, las estanterías corren de mi cuenta. Seguimos enviando a Cambridge paquetes de libros. Pero hay todavía tantos libros aquí que vamos a dejar en esta casa dos maletas-bibliotecas. He pagado –por mediación de José– el envío de las veintitantas cajas. (Total: 15.426 pesetas). Y a propósito de cifras. Sigo al habla con José; y requiriendo la ayuda de Emilio, quien no responde a mis cartas. Pero ha visto a José en Valladolid. Y vendrá a Florencia, parece ser. (Visita, espero, *fructuosa*).

Ya lo sabéis. *The Atlantic*, 1º de abril, Génova - 12 de abril, Nueva York. ¡Largo viaje! Pasaremos, pues, el mes de julio en el Cape con don Claudio y su esposa. Y nosotros, ya lo sabéis, *no* iremos en enero a Puerto Rico. Quiero terminar *Homenaje* y organizar el volumen final. Y es mejor que no se me interpongan otras labores. De suerte que pasaremos todo un año –todo el curso– en casa, y muy gustosamente. Dejaremos Florencia en el mejor momento. Llegarán amigos. Poulet, Staub, Dámaso y Eulalia. Dámaso pasará quince días estudiando a Dante, preparando una conferencia. Me escribió; le contestó Irene con la información más completa y precisa. Respondió a Irene eligiendo hospedarse en esta habitación donde os escribo.

Los Plaza siguen como siempre, amabilísimos y espléndidos. Cenamos en su nuevo piso –lleno de flores–. (Recientísima adquisición: un pequeño

Morandi –por cinco millones–). Ayer oímos una conferencia de Gaëtan Picon, alojado en casa de los Bigongiari, a quienes vemos mucho este año. Con Picon, atentísimo con servidor, hablamos también en casa de la señora Martinelli, la hermana de Moravia.

Vida doméstica. Irene ha estado en la cama con *influenza* y molestias abdominales y renales. Ya está bien, y *ya* preocupada por el viaje. Yo sigo aún con mi diaria labor matutina, que nunca pasa de hora y media ¡Ojalá pueda continuar trabajando así unos cuantos años! Pensamos *sin cesar* –así, literalmente– en vosotros y en los señores de Princeton.

Besos. Abrazos.

JORGE

Florencia, 27 de febrero de 1965

Queridos todos:

Ayer mañana, al ir a desayunar, el periódico me dio una sorpresa. Yo buscaba las noticias de un proceso ruidoso. Y me encontré con ese Premio San Luca. Se trata, por lo visto, de una especie de academia compuesta de los Doce Apóstoles. Cada apóstol representa una actividad en las Letras o en las Ciencias. ¡Nada más el honor! Es, pues, algo cariñoso y modesto. Estos italianos me tratan muy bien.

Anoche oímos –en casa de Cassadó (ausente, no su señora, japonesa)– un concierto de música antigua. Cuarteto vocal dirigido por el señor *Terni*, que es decididamente un buen músico. El *Laudario di Cortona* –siglo XIII– es precioso.

Se nos echa encima el mes de marzo. Los «preparativos del viaje» van haciéndose más urgentes. ¡Hasta pronto!

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 15 de marzo de 1965

Queridos todos:

¡15 de marzo! Dentro de un mes estaremos con vosotros. Y esto nos comunica ya una tensión de alegre y excitada actividad. Irene no para de hacer cosas. ¡Yo no cejo! Cartas, libros, papeles, visitas... Me preguntabas, Teresa, en la carta de hoy –hoy aquí– por nuestro plan. Pues muy sencillo: llegaremos, si el plan se cumple, el 12 a Nueva York. ¿A qué hora? No lo sabemos. Supongo que a mediodía ya estaremos en tierra. Y del puerto nos dirigiremos a la estación a tomar el primer tren, cuya hora de llegada podríamos avisaros por telegrama. Ahora bien: ¿en cuál de las dos estaciones de Boston os conviene que bajemos? Porque sería una gran alegría –no una necesidad– que os encontrásemos en Boston. No se te olvide, Teresa, de aclarar este punto. Como la Fiesta –la Fiesta a la que nos dirigimos– será el 19 de abril, no nos parece que entonces, a nuestra llegada, sea el momento de pasar por Princeton. Y luego, los equipajes... Este es nuestro plan.

De modo que el profesor Gilman fue atendido en North Carolina como él se merece... ¡Magnífico! Aquí se prepara la celebración del centenario de Dante. ¡Y nosotros nos vamos! El 25 será la ceremonia y la cena de los Doce Apóstoles. Apóstoles *de bonne compagnie*, que solo se reúnen en torno a una mesa para comer y beber. Ayer estuvimos en Pescia. Comilona con los primos de Irene. Anteayer, otra comida familiar en casa del *zio* Piero. Dentro de un rato, a las cinco, nos encontraremos da Doney con los Plaza. Irene acaba de hacer el gran baúl –que debe salir con gran anticipación–.

Se os quiere, se os recuerda intensamente.

Abrazos,

JORGE

Florencia, 19 de marzo de 1965

Queridos todos:

Hoy es San José, fiesta aquí –como en España– y no ha habido correo. Esperamos carta de Teresa en que nos hable de la visita al silencioso Princeton. Volvamos al futuro, al día de nuestra llegada. Que será el 12, a las *siete*. El plan no puede estar peor pensado. Llegar hacia las siete de la tarde significa tener que pasar la noche en Nueva York. La pasaremos, pues, probablemente en el modesto Times Square Hotel. Y al día siguiente, 13, martes (¡qué combinación!, pero es la llegada, ¡no importa!), por la mañana, hacia las once, tomaremos el tren para llegar a Boston hacia las tres y media o las cuatro. Teresa: haz el favor de ver en el oportuno *time-table*, a qué hora exactamente sale el tren de Nueva York-Boston, en torno a las once. *Y dímelo enseguida*. ¡Gracias!

Los Plaza se encontraban tan contentos. Había en perspectiva varios regocijos comunes. Pero la madre de Beatriz se ha puesto enferma con bastante gravedad, y se van esta noche a Zurich, y de allí, en unas pocas horas, a Caracas. Esta mañana nos hemos despedido de ellos. Han estado amabilísimos, muy cariñosos. ¡Qué bien conocen –y con cuánto amor– Italia!

En estos días se van acumulando las invitaciones de última hora –como ocurre todos los años–. No faltan cosas que hacer. ¡Y cómo van aumentando las ganas impacientes de veros!

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 25 de marzo de 1965

Teresa, hija:

Respondo a vuelta de correo a tu carta. Con ella también llegó una carta –¡la carta!– de Claudie. ¡Qué alivio! Me hizo llorar. ¡Cómo me ha pesado

ese silencio –o casi silencio–!

Quedamos, pues, en que iremos de Nueva York a Princeton el lunes 12. Y el jueves o viernes o sábado iremos de Trenton a Boston. El día lo decidiremos con vosotros.

Me preguntas cómo estoy con Contini. Pues en los mejores términos. Le hemos visto más de una vez –en conferencias–. Le oímos una suya sobre Dante. Es, quizás, el primer filólogo italiano, ya en una altura olímpica. (Su mujer es alemana. Supongo que no le acompañará).

Ahí tienes el artículo de esta mañana en *La Nazione*. El autor es un muchacho inteligente. Pero a mí no me conoce. Hablamos hora y media. (Apenas me habrá leído).

Esta noche será la cena del Premio. Yo pronunciaré unas palabras –de agradecimiento– en italiano. ¡Qué le vamos hacer! Los anteriores premiados son ilustres: Mitropoulos, Jean-Louis Barrault, De Sica, etc.

Tenemos ya muy avanzados los preparativos del viaje. Anoche cenamos en casa del joven editor Mucchi. Mañana vendrán de Roma María Teresa León, la mujer de Alberti, y sabe Dios cuántas gentes más, para filmar unos minutos conmigo en un «cortometraje» sobre Federico. Esta mañana grabé un minuto para la radio. Etc., etc. *Vanity Fair!* Para mí el verdadero premio ha sido la carta de Claudie. ¡Por fin! ¡Qué gusto!

Y el 19 –*Happy birthday to you!*

A todos, abrazos. A mis nietas, besos.

JORGE

Florencia, 29 de marzo de 1965

Queridos todos:

Os escribo pensando con alegría que nuestra próxima comunicación será oral. Me siento impaciente por ver a Antó, a Isabel, a la niña de casi ocho años, al papi, a la mami... Y a Elfie y a Claudie. Me siento impaciente por llegar a casa: ¡15 Gray Gardens West!

La *serata* del Premio tuvo una brillantez y una suntuosidad que no esperaba. Ha sido, este San Luca, el premio más *distinguido* entre los que me han tocado en suerte. Llevamos a casa la estatuita de San Luca que me regalaron. Las enhorabuenas por el premio, combinadas con los dulces adioses, han venido a componer un cuadro conmovedor. Lo mejor de la fiesta fue la carta *–preciosa–* que Contini me envió –a punto ya de salir para América–. Te lo digo, Teresa, pensando en la comida del 3 de abril. Y por eso os escribo hoy.

Llego –¡por ahora!– a las últimas cartas, las últimas ordenaciones, las últimas visitas. Esta tarde iremos a casa de Roberto Papi, iré al Paszkowski. Ayer estuvimos en casa de Elisa.

Quedamos, pues, en que de Nueva York nos iremos a Princeton, y desde allí os telefonearemos. ¡Nos hablaremos de viva voz! ¡Adiós, hasta muy pronto, Anita, Isabel, Antó, Steve, Teresa, adiós, adiós –con pañuelo–! (Para Anita).

Abrazos. Besos,

JORGE

Cambridge, 30 de junio de 1965

Teresa, hija, queridas nietas:

Llegó tu carta, oh Teresa, para la Familia Guillén que –en efecto– estaba toda aquí, desde ayer. Ayer tarde llegaron, felices y prósperos, Claudie y Elfie. Claudie un poco menos *esbelto* ya que en Nueva York. ¡Cuánto charlamos!

Hoy ha almorzado en casa –arriba– Concha Zardoya. Mañana volará a París. Os buscará. (Ella se alojará en la rue Madame, Regent's Hotel). La *encuesta* ha durado bastantes horas. También quiere interrogarte a ti, Teresa. No pudimos abrir la botella de vino que trajo Concha, porque no pudimos hallar el descorchador, manejado ayer por Mr. Gilman. Por cierto, ¡qué

bueno, qué tierno y qué servicial es Antó! Charlamos mucho –¡como siempre!–.

Ayer fue la visita al doctor del oído. (Irene irá otro día. ¡No se la esperaba!). Dictaminó –o diagnosticó– el doctor que el abajo firmante es sordo, sobre todo del oído derecho, y que necesita un aparato. Lo buscaremos. ¡Qué se va a hacer!

Hizo mucho calor. Ahora llueve; el día está gris y de agradable temperatura. ¿Y vosotros, en ese París, con ese balcón ante *le parvis* de Notre Dame? Recibimos y celebramos la postal de Anita. ¡Ha cumplido su promesa, y pronto! Irene trabaja, se afana, no duerme bien… por sus preocupaciones de cocina.

Besos a Isabel, a Anita y a su mami.

Vuestro,

JORGE

Que Steve nos cuente sus aventuras toledanas.

Cambridge, 2 de julio de 1965

Teresa, hija:

Te escribo –después de mi reciente carta– porque Irene desearía que, si tienes tiempo, hicieses el gran favor de comprar –a costa mía– el siguiente libro: Heimito von *Doderer*, *Les Démons*, *traduction de*..., Gallimard, 50 francos.

Es el novelista austriaco de quien es entusiasta y estudioso Ivar Ivask. Irene ha leído el folletín –muy elogioso– que le dedica *Le Figaro Littéraire* del 24 al 30 de junio. ¡Gracias!

Las dos últimas jornadas fueron muy cansadas para mí –por la continua conversación, y no solo con Concha Zardoya–. (Concha ya debe de haber llegado ahí). Total: que por la noche –y hasta la hora de comer hoy–, me sentí especialmente cansado. He dormido, he reposado; no podía hacer

nada. *Tengo que administrarme*. Cuántas veces dije a tu madre: ¡La amabilidad será mi ruina! Y siempre me he detenido en ese borde peligroso.

Pensamos mucho en vosotros. Leo «La edición en marcha» de Claudie. Me gusta mucho leer –como diría Anita– a *los autores de mi familia*.

Besos a las dos preciosas nietas.

Besos, abrazos, recuerdos. Vuestro,

JORGE

Acabo de hablar por teléfono con Luisa y Carlos Clavería, camino de Middlebury. Muy cariñosos.

Cambridge, 6 de julio de 1965

Queridos todos:

Nos llega hoy la carta dirigida a Antó. Yo te he escrito dos veces al Quai Saint-Michel 13. *Mi fa tenerezza* imaginaros a las tres Gilman –y bajo el *Gilman* un silencioso *Guillén*– en un *bistrot* de París, solitas y felices. Los cinco de esta casa os echamos de menos. Elfie está ronca de catarro gripal. Claudie envía hoy el texto del *Lazarillo* y el *Abencerraje* a don Vicente. Yo sigo acreciendo *Homenaje*.

Ayer estuvimos por la tarde en casa de los Marichal; allí vimos a Ayala, muy amable. Me telefonearon –como os dije– los Claverías. Irene trabaja. ¿Qué más? Se discute a Bundy, tan amigo de los Marichal. No hace calor. Esta placita de Gray Gardens está preciosa. Nos gusta mucho –a todos– esta casa.

…Y a todo esto, ¿qué es de Steve? Supongo que habrá trabajado con fruto en el Archivo de Toledo. Dejo espacio disponible a los demás.

Besos a las niñas y a su madre. Un abrazo al padre,

JORGE

Esta mañana volvió a llamar Edith. Acaba de llamar Isabel Pope Conant. Amabilísimas todas. El jueves que viene, pasado mañana, iremos a Rockport con o sin Elfie.

Se os quiere más y más y más. Anita: tus muñecas siguen durmiendo. No se las oye. Isabel, eres un ENCANTO.

J.

Cambridge, 14 de julio de 1965

Queridos todos:

Hoy hace mucho calor, quizá el calor más intenso de la temporada. Y he venido –¡por primera vez! no tengas miedo, Isabel– al cuarto de Isabel –perfectamente fresco y aireado–. Esta mañana llegó la primera carta de Ragusa. Pero, ¿es posible que no hayáis recibido nuestras cartas? (La brisa me arroja los visillos sobre la mesa. ¡Qué gusto!). De suerte que el ruido y el cansancio os persiguen, te persiguen, Teresa. ¿Dónde, cuándo descansarás?

Nuestra vida no puede ser más apacible. Claudie trabaja en el sótano: está escribiendo la introducción a sus dos novelas. La parejita se ha ido hoy al mar. Antó estudia *de veras* alemán en casa y en las clases. Irene es laboriosa: cada día transforma el desorden de la casa en orden. Yo... ¡Yo sigo terminando *Homenaje*!

Estuvimos la otra noche en casa de los Marichal. Vino Ayala a tomar un *drink* en casa. Pasó por aquí María de Oñate en dirección a Middlebury. Dejo un espacio para Antó. ¡Recuerdos a Arthur Miller!

Os abraza

JORGE

Cambridge, lunes 19 de julio de 1965

Queridos todos los del Quai Saint-Michel:

En este momento –dos y media– se van Elfie e Irene a encargar las librerías. Los libros van subiendo al sótano [sic] y a este piso gracias al servicial Antó. Salen cosas curiosas –para mí–. Pero todavía están por abrir más de la mitad de las cajas. ¿Qué haremos, Dios mío?

Entre tanto, se come, se bebe, se charla. Las discusiones –o más bien «debates»– se mantienen y renuevan sin cesar entre Claudie y Antó. Tal vez sea Antó el más *latino* de todos. Antó trabaja con empeño su alemán. ¡Y cómo come! Come al estilo de un héroe homérico. ¡Dichosa juventud!

Las salidas a las distracciones no son frecuentes. Ayer cenaron los Claudie con los Gusils. Apenas vamos al cine. Escasean las películas interesantes. La introducción a las dos novelas está terminándose. Yo estoy leyendo a Goethe y el sótano es el estudio de Fausto. ¡Fausto Guillén! (Guillén Junior).

Y a todo esto, ¿no habéis recibido nuestras cartas? Antó os ha escrito a la vez que yo. A Yugoslavia dirigimos dos cartas. Hoy llegó la carta para Antó –lo que satisfizo mucho al joven graduado de Harvard–. Os esperamos, os espero con verdadera ansiedad. ¿Cuándo llegaréis?

Abrazos para todos. Os queremos.

JORGE

Cambridge, 20 de julio de 1965

Esta carta es la postdata de la carta de ayer. Te ruego, Teresa, que –si tienes una media hora libre– tengas la gran amabilidad de pasar por el Hôtel des Principautés Unies, rue Servandoni, y allí, en el obligado *corps-à-corps* con las fieras de aquella casa, consigas aclarar si algo hay para mí. Allí podrían estar el paquete o los paquetes enviados por el editor londinense de

la *Antología*, André Deutsch. (¡Allí estarían desde febrero!). También le hablé de este asuntillo a Renée. ¡Gracias, gracias mil, gracias infinitas!

Ha llegado el correo. ¡No hay nada vuestro! Hasta el martes.

Abrazos. Besos.

JORGE

Cambridge, 27 de diciembre de 1965

Teresa, hija:

Tal día como mañana, para felicidad nuestra –¿y tuya? lo espero– naciste. ¡Felicidades!

El día de Navidad lo pasamos bien, alegre y cordialmente, en casa de Solita, Juan y Jaime, muy simpático. (Este os espera). Ayer comimos con los Anderson: ¡un banquete! Hoy vienen los Wolf. Mañana vendrán los Márquez. Etc., etc. Y nosotros nos iremos –quizás el 30, quizás el 1º–.

Lo de Irene, ella te lo ha explicado. «El Estado –es pesado–». ¡Qué rima fácil y tonta!

(Irene no está. Come con Serena y la señora Rossi).

Por cierto, la puerta de casa (la puerta principal) *quedará abierta*. (No funciona bien la cerradura desde fuera).

¡Cómo os envidiamos! Pensamos mucho en todos y cada uno de vosotros.

Abrazos a la redonda. ¡Felicidades!

Vuestro,

JORGE

Pittsburgh - Pa.
Ruskin Apartments (521)
120 Ruskin Avenue
Lunes 3 de enero de 1966, diez de la mañana

Queridos todos:

Dos palabras a modo de *coup de téléphone*. Intentamos ayer tarde, por tres veces, llamaros –de tres a cinco–. El teléfono debía de estar bloqueado por una larga conversación amistosa. Por otra parte, no hay teléfono en nuestro *apartment*. Nos lo pondrán inmediatamente.

Trabajamos tanto en casa que no concluimos hasta el primero de enero. Viaje cómodo: el tren de Nueva York a Pittsburgh es el mejor que he visto en este país. En la estación nos esperaba Cardona, amabilísimo. The Ruskin es una especie de gran hotel. Tiene restorán. En él comimos ayer. Otras comidas las hemos hecho en el muy próximo Hotel Western. El «apartamento» es muy espacioso: cocina, salón, dos cuartos de baño, un cuartito de paso, un dormitorio. Estamos en un barrio residencial; hay edificios «Mellon»; la universidad está cerca. Irene os explicará cómo todo esto funciona. Cardona nos paseó ayer tarde por la ciudad. Llovía. Hoy hace más frío. Todo, en nuestro barrio, es rico. Huele a dólar.

Iré con Cardona a la universidad dentro de un rato. Mañana comenzará mi «actuación». Ahora procuro descansar.

Nos llegó, Teresa, tu carta del 26. ¿Recibiste la nuestra en Ensenada Baja –y nuestro telegrama–? Pensamos en vosotros sin cesar –y en voz alta–. Os telefonearemos en cuanto podamos.

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Pittsburgh, 13 de enero de 1966

Queridos todos:

Me repetiré. Estamos contentos. El «conjunto Mellon» es agradable. Pero todo marcha bien gracias a Cardona, que es un hombre muy bueno y muy fino. Natural, serio, tranquilo, con sordina: hijo de inglesa. A Claudie le parece que tengo demasiado trabajo. ¡Disiento! Son cuatro horas por semana; son 14 semanas. O sea: 56 horas. O sea: 11.580 dólares. Y les escribo a don Claudio y señora: «Si vosotros conocéis una institución en que, proporcionalmente al trabajo, se pague mejor, decídmelo».

Ayer asistieron a mi clase (Garcilaso) los Szulman. Ya habían estado en nuestro Ruskin. El sábado cenaremos en su casa.

Pasó Avalle-Arce. Interesante la conferencia. Prepara –me dijo– una obra en tres tomos: *La conciencia histórica de la España imperial*. «¡Arrea!», habría dicho Alfonso XIII.

Le hablé a Cardona de la conferencia de Steve. Ya le habrá escrito. Propone como fecha uno de los primeros días de febrero, hacia el 5 o 7. ¡Os esperamos! Pasaréis aquí el *weekend*. Y ya sabe Anita que dormirá en nuestro *living-room*. Irene está ahora con la joven señora francesa amiga de Renée. Se os quiere.

Abrazos. (¿Qué es de Antó?). Vuestro,

JORGE

¿Todavía no se ha resuelto lo de Isabel?

Escribí a Elizabeth y a Catherine Centeno. Me ha impresionado mucho esa muerte –¡tan silenciosa!– del pobre Augusto.

Pittsburgh, sábado 15 de enero de 1966

Queridos todos:

Acabamos de recibir y leer la carta de Teresa. Hoy habréis recibido mi carta reciente. Pues bien, hay que *repensar* las fechas de nuestro viaje. El «28 de abril» sigue en el aire. Vernos tan pocos días entonces es imposible. (¡De acuerdo con Anita! La acompañaría en sus lágrimas). Lo mejor sería,

desde luego, renunciar al barco del 28 de abril –pase lo que pase– y solicitar de la agencia que nos reserve dos *cabin classes* en un barco a *Francia* o a *Italia* que saliese hacia mediados de mayo.

Por lo tanto, te ruego, Teresa, que intervengas telefónicamente y digas a Mrs. Young:

1º Que renunciamos al *France* del 28 de abril. (Supongo que las arras dadas se podrán rescatar para aplicarlas a otro barco).

2º Que Mrs. Young nos busque un barco New York-*Francia* o *Italia* –o un *Cristoforo Colombo*–, Boston-Génova, con salida a mediados de mayo.

3º Que no nos convienen ni el *Constitution* ni el *Michelangelo* –que podríamos haber tomado en Génova–. Yo escribiré a Mrs. Young uno de estos días.

Aquí no hace mucho frío. ¡Fin de semana! *Nos estamos viendo*. ¡Gracias!

Os abrazamos.

JORGE

¡Qué estupendo Antó a fuerza de ser cariñoso! Estuvo en Valladolid, también, ¿verdad?

Pittsburgh, domingo 23 de enero de 1966

Queridos todos:

Ayer cayó aquí la primera gran nevada del año. Hoy está todo despoblado y silencioso en esta pausa del domingo.

Llegó tu carta, Teresa. Hablemos de vuestro viaje a Europa. La situación ha cambiado un poco. Plaza, nuestro gran embajador José Luis Plaza, me escribió desde Londres anunciándome que durante el mes de marzo andaría por Milán, por Italia. Y me decía: «¿Qué puedo hacer por Ud.?». Podría –como le he dicho ya en mi respuesta– ser mi «enviado extraordinario y ministro plenipotenciario» en Milán y Verona. Creo, creemos, que esa labor

preparatoria de *Homenaje* y lo demás la desempeñaría muy bien y con gran gusto. En ese *supuesto*, nosotros *no* iríamos a Italia hasta el otoño. Por lo tanto, nuestro viaje de regreso sería a España, más concretamente: de Nueva York a Algeciras. Y lo *ideal* sería el *Cristoforo Colombo*: de Boston a Málaga. ¿En qué fecha? El caso es encontrar la «nave» oportuna en *mayo*, un poco antes o un poco después. Como estaríamos, si todo este plan se cumple de acuerdo con las circunstancias reales, en Nerja antes de junio, no habría tanta premura en salir de Cambridge. Haz, pues, el favor, Teresa, de telefonear a la agencia de Newton y de comunicarnos el resultado de esa exploración.

A todo esto, yo voy corrigiendo la copia de *Homenaje* e Irene sigue copiando las partes finales. Hubo una *party* brillante en casa de Nora (Nora Schen), rusa (blanca), profesora de ruso, amiga de Claudie. Simpatizamos con una pareja inglesa: el profesor Woodward y su señora. Seguimos viendo a los Schulman. Horrible lo que cuentas de Mrs. Weintraub. Voy a escribir a Antó. Pensamos mucho en *todos* vosotros y en vuestra visita.

Abrazos,

JORGE

¡Sigue nevando!

Pittsburgh, 28 de enero de 1966

Teresa, hija:

Ayer fue una buena jornada. Nos llamaste tú, hablaste con Claudie y Elfie, los llamamos nosotros una hora más tarde. Me gustan estas coincidencias. ¡Buena tribu!

Quedamos, pues, en que nos embarcamos en el *Cristoforo Colombo* del 26 de mayo –si la autoridad lo permite–. ¡Y tendremos tiempo de respirar en Cambridge! Está acabando aquí el primer mes, casi la tercera parte de la estancia en Pittsburgh. Hace mucho frío, por fin, pero probablemente no

más que en Gray Gardens. Estoy terminado la conferencia sobre «Retrato de Pedro Salinas» (18 de febrero). El 10 de marzo daré una lectura en Penn State. Y antes será la «Mellon Lecture». Corrijo la copia de *Homenaje*. Por la noche –durante el insomnio– siempre caen algunas coplas. Vamos tirando...

Te agradeceré que atiendas las siguientes indicaciones. Haz el favor de abrir los paquetes de libros si han llegado para mí: serán, en todo caso, muy pocos; hazme la lista. ¿Llegó el *Proust* de Painter, enviado por *The Atlantic Monthly*? Fíjate en el precio. (Tengo que pagarlo). Tráeme los nuevos números de los *Papeles de Son Armadans*, o sea, a partir de diciembre. Podrías dejar los libros y revistas recién recibidos encima de los ficheros de metal. ¡Nada más!

¡Os esperamos! Con gran ilusión. (Esta tarde estuvo en esta habitación Julio Matas, el cubano. Piensa veros).

Abrazos y besos a la redonda. (Trae –no lo olvides– las cartas de Antó el Danés).

Vuestro,

JORGE

Pittsburgh, 25 de febrero de 1966, 16.00 p.m.

Queridos todos:

Estoy en mi oficina esperando al cliente. (Son mis *office hours*). Y el cliente no aparece. En este momento acabo de leer la carta de Martha Morello Frosch. Simpática, graciosa. (Dice: «El Frosch lo pesqué hace siete años cuando me casé con un bombón vienés»). No, no iré a Columbus. El 14 de marzo será la conferencia-lectura en Pittsburgh. El 1º de abril, otra lectura diferente en Duquesne University, Pittsburg (Católica). El 7, en Bloomington. El 14, en Filadelfia, el 26, en Baltimore. Y no sé cuándo, en Penn State. ¡Basta!

Ya os conté de nuestras cenas elegantes. Anoche cené en casa de una oyente, Mrs. Wild. No fue Irene. (Sigue muy cansada y con fiebre de vez en cuando). Cuatro horas de *party* –sobre todo en español– me dejan rendido con mis pobres sesos en papilla. Tendré que tomar la decisión heroica de no aceptar sino a condición de... El tiempo, las semanas pasan velozmente. Versifico por la noche. Corrijo *Homenaje*. Leo, duermo. (Ahora corrijo y completo la conferencia sobre Pedro Salinas).

Dejo para el final el tristísimo e inesperado suceso. ¡Consecuencias de una caída! Y ¿quién será el albacea literario de Melchor? Allí, en Madrid, está ahora Guillermo de Torre, que era muy amigo suyo. Ayer escribí a Emilio, a Lapesa y a Guillermo. Adiós.

Se os recuerda y se convive con vosotros constantemente. El lunes llamaremos para preguntar por Elfie.

Abrazos. Besos.

JORGE

Pittsburgh, 12 de marzo de 1966

Queridos todos:

Empezamos a sentir la primavera. Y primavera *asonante* para vosotros con Grecia. *Les veinards!* Pero conste que la estancia en Cambridge es siempre gratísima. Celebramos con toda el alma que Elfie se halle en tan buen estado. Como le decía hace un momento a Claudie: «¡Vida con Esperanza!».

Primero, lo de Melchor, después lo de los Dinale. ¡Terrible! Irene va a escribir a Rita. Sobre el fallecimiento de Melchor me ha escrito una carta admirable –con gran precisión– Lapesa, único amigo que me ha respondido extensamente. De Emilio, nada.

Rivers y el editor del Johns Hopkins me han pedido la conferencia sobre Pedro para que sea prólogo de una reedición –próxima– de *Reality and the*

Poet... Contesté negativamente. Pero han insistido tanto que ya les he enviado el texto para que Rivers lo traduzca.

Viene a dar aquí una conferencia el profesor Riley. Steve: ¿qué te parece su libro sobre Cervantes?

Pasó Arciniegas por aquí. Asistí a la cena en su honor. Estuvo amabilísimo. Octavio Paz está en Ítaca. Me dice que ha publicado en los *Papeles* de Cela «páginas» sobre este servidor. ¡¡No!! Teresa: mira, escruta esos *Papeles*. (Debe de ser en el número de febrero).

(Escribiré a Clavería…).

El jueves estuvimos con los Asenjo. Esta tarde estaremos con Mrs. Wild, «oyente». Me acuerdo intensamente de mis nietas. ¿Qué es de Antó?

Abrazos.

JORGE

Pittsburgh, miércoles 30 de marzo de 1966

Queridos todos:

Estáis a punto de volar. Y es –para nosotros– como al borde de un largo silencio. ¡Cuántos días sin saber de vosotros, sin oír vuestras voces! Pienso en mis nietas: en Isabel con una especie de *suspense* –¿a qué colegio irá?– en Anita, que silenciosamente se acerca a su cumpleaños. Ahí tienes, Anita, ese retrato que me ha hecho Irene. Hizo otro análogo para el periódico de Duquesne University; allí, en esa universidad, el 1º de abril, repetiré –más o menos– la lectura de Brandeis. ¿Os dije que en un periódico de Pittsburgh apareció una entrevista con foto? Artículo de una vulgaridad solo comparable a su estupidez. Me he jurado no *conceder* más entrevistas, género insoportable. (Ya he rechazado dos propuestas).

La carta de Teresa nos pone delante vuestra vida intensísima. ¿Hispanic Society? Luego, ¿más Rojas? Nosotros estamos ya con la actividad creciente de un final de curso. Estoy muy atareado. Traducciones de Macrì; carta de Vanni, primeras «muestras» del posible *Homenaje*. Son ya los

primeros frutos de la embajada de mi Embajador. Vanni me pide –por fin– el manuscrito. Hemos participado en varias *parties*. Invitamos el domingo a comer a los Schulman y a Nora. Estoy desde ayer a caza de Segovia, cuya visita me anunció Claudie. (Esta noche es el concierto). Cardona, como siempre, admirable, adorable. Oímos una conferencia de Riley, interesante; prepara un «Cervantes». Os llamaremos esta noche. Muchas cosas a Elfie. Espero la conferencia de Claudie. Adiós. ¡Qué ganas de veros y oíros!

Abrazos y besos.

JORGE

Cristoforo Colombo, miércoles 1º de junio de 1966

Queridos todos:

La travesía va desenvolviéndose con buen tiempo, buen mar y buen equilibrio del barco, es decir, agradablemente. Después de ordenado el camarote, resultó menos pequeño. La comida es buena; la mejor calidad es la de las tartas y pasteles. El joven Catalano es quien más engulle, con un entusiasmo que se acerca al de Antó. Ni qué decir tiene que la conversación con los compañeros de mesa –únicamente los Catalano– es muy grata. Irene y la señora de Catalano toman el sol. Asistimos al cine, solo de películas americanas: objeción que podría hacerse en un barco italiano. Las *soirées* son movidas; concurso de sombreros, juegos, bailes, canciones de Anita Sol (prefiero la Gilman) y bailarines suecos. Yo tengo tiempo para leer, y también para revisar mis papeles versificados. Recibimos un radiograma de los Deguise; hoy les he respondido. Esta carta y alguna otra saldrán mañana, vía Lisboa. En Lisboa pasaremos unas horas: trataremos de ponernos en comunicación con Trinita. No nos uniremos a los grupos de excursión en autobuses. Iremos al centro de la ciudad, gozaremos de ese ambiente que llegará a gustarle a Antó antes del año 2000, ya maduro y famoso historiador. Y el viernes 3, será el encuentro deseado. Me ilusiona mucho esta perspectiva de largas conversaciones con los californianos. El

mismo viernes o el sábado os escribiré de nuevo para contaros nuestra llegada a la felicidad de Nerja. Os echaremos de menos, uno a uno, a esas preciosas Gilman y a sus interesantísimos autores.

Hasta pronto. Abrazos y besos.

Vuestro feliz navegante

JORGE

Nerja, 3 de junio de 1966, cinco de la tarde

Queridos todos:

Empieza ahora *l'après-sieste*... Dos palabras para deciros que estamos encantados, que nos gusta mucho Nerja y nuestra habitación del hotel. A mí todo esto me hace feliz. A Irene, felicísima.

Nos hicieron levantar a las seis de la mañana; a las nueve llegamos, pusimos el pie en Málaga. ¡Esto es sobre todo llegar a Claudie! Elfie, en Alemania. Él os lo ha contado ya. También, en el muelle, Bernabé F. Canivell y Alfonso Canales. Vinimos a Nerja charlando. No dejamos de charlar. El cuarto es muy satisfactorio. La situación, maravillosa. ¡Qué balcón, qué vista! ¡Viva el Al-Andalus! Y ya se siente, por fin, el calor que hace –nada excesivo– sin máquinas interpuestas. Hemos comido los tres en el hotel. Excelente comida. Siesta. Sueño. Y ahora, lo primero, esta carta. Pero ya Irene lo ha ordenado todo. José y Emilio ya me han situado dinero en Málaga. Para ser del todo felices no nos falta más que vuestra compañía.

(La visita a Lisboa fue muy agradable. ¡Preciosa ciudad! Telefoneé a Trinita. Me respondió Alicia. Trinita se encontraba en el Instituto Británico).

Entre las cartas y los *Nortes* encuentro unas líneas –cariñosas– de Macrì. Me dijo que necesitaba la copia que me envió de sus traducciones. ¡Ahora me dice que la necesita! La dejé en un gran sobre, tamaño máximo de sobre en uno de los ficheros de mi «despacho»: en el segundo o tercero de la primera fila –empezando a contar desde la derecha–. O en otro

fichero, bastante a la vista. Si lo encuentras, Teresa, ¿quieres hacer el favor de enviarlo certificado *–air mail–* a *Oreste Macrì, via Francesco Nullo 4, Firenze*? Otro encarguito, y perdona. Se me olvidó el cordón de mi maquinilla de afeitar. Quedó colgado del enchufe. ¿Quieres hacer un paquetito y enviarlo aquí? *Gracias*. Claudie, contento, activo. ¡Mis hijos me gustan, me gustan mucho!

A mis hijos y sus consecuencias. Adiós.

Abrazos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Nerja, sábado 11 de junio de 1966

Queridos todos:

A estas horas estaréis ya en París, en vuestro maravilloso pisito. Nosotros, los Guillenes de aquí, seguimos bien y muy contentos. Yo tuve una fuerte indigestión. (Vino el médico. –Aficionado, por cierto, a la Prehistoria–). Fue culpa mía. ¡La llegada a España!

La noticia de ayer: falleció el padre de Elfie. El martes será el entierro. Claudie, *lonely*. Trabaja en su *Perspectiva*, se mueve en relación con su futura casa. (Preciosa, la situación del terreno). Fue a los toros anteayer, a Málaga –con unos ingleses– para ver torear a Ordóñez, que estuvo sublime.

Hemos ya reservado el cuarto para Margot –del 3 al 13 de agosto– en este hotel. «Luego se encontrará algo» –nos han dicho– (en el hotel).

Ayer hubo carta de Scheiwiller. Ya está el manuscrito en Verona. Estoy contento.

La temperatura, suave. Aún no hemos tenido calor. Todo bien. ¡Os esperamos!

Abrazo, besos. (Escribí a Antó).

Vuestro,

JORGE

Nerja, martes 21 de junio –verano– de 1966

Queridos todos:

Leímos con avidez vuestras noticias. Llegó la carta del 16 en París; después, la carta de Cambridge. (También llegó el cordoncito). ¡Gracias! *Graduation* de Isabel, reuniones, adioses, besos... ¿Y no es extraordinario que hayan ofrecido ya un puesto a nuestro Antó en Inglaterra? Eso se lo ha ganado él solito. ¡Bien, bien!

Volvió Elfie. Claudie trabaja diariamente en su gran ensayo sobre la perspectiva; y a la vez tiene que bregar diariamente en pro de su futura casa. Se enredan las dificultades, y él va desenredando el embrollo con paciente energía. Por otra parte, Claudie conoce a todo el mundo, desde El Perdigón hasta los señores Hilton. En ese aspecto, mi señor hijo es quien más se parece a mi señor padre. Ha visto torear –con Elfie una vez, con los Hilton las dos veces– a Ordóñez, en Málaga y Ronda: vida castiza –y «perspectivismo» italiano...–.

Irene toma baños de sol cada mañana, en esta playita que tenemos a nuestros pies, ante nuestro balcón. Hemos estado una vez en Málaga. Tenemos que volver para ver a los amigos literatos –que vinieron a verme a Nerja– y para tratar de pisos. Nuestro proyecto, nos dicen, es realizable.

La temperatura es muy grata. Ni frío ni calor. A nosotros el hotel nos gusta. La comida es suficiente y sana. Cenan con nosotros Elfie y Claudie –por ahora...–. Estamos bien. Hay siempre un hueco: vuestra ausencia. ¿Qué es de mis preciosas nietas? Hace mucho tiempo que no sabemos nada de Anita. Voy ahora a escribir a Isabel.

Para sus autores, para todos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Nerja, 1º de julio de 1966

Teresa, hija, querido Steve:

Estamos ansiosos de vuestras noticias. Sabemos poco de esos nietos. ¿Qué es de Anita? Aquí, va todo marchando bien. Ayer quedó «cerrado el trato» del piso. Irene había visitado antes varias casas, sola o acompañada por alguno de nuestros amigos literatos. La visita decisiva fue la de ayer. Elfie y Claudie, Irene y yo coincidimos sin la menor duda en que el piso deseable era aquel de la «tercera planta» –así dicen en Málaga– de un inmueble nuevo, novísimo, perteneciente a un señor belga de Bruselas. La situación es para nosotros la mejor posible. Paseo Marítimo: esa lengua de tierra entre el mar y el puerto, barrio nuevo y agradable. Había otro piso más pequeño y más barato en el piso 12 del mismo «bloque». No hubo vacilación. Escogimos el piso del 3º. Pequeño, luminoso, limpio. ¡Allí cabrán algunos de los libros que ya no caben en Gray Gardens! Precio: 575.000 pesetas. Adelanté 20.000 de arras. ¡Quedan algunas pesetas más en Valladolid! –según me confirmó José recientemente–. Toda la operación será llevada por «mi abogado» Alfonso Canales, excelente amigo poeta. (Acaba de publicarle un libro de poesía la *Revista de Occidente*). Da la casualidad que también Canales es el abogado del señor belga. Y más tarde aquí haré –¡Dios mío!– el oportuno testamento, asesorado por el abogado amigo. Todos nos decíamos: «¿Qué habría dicho Teresa?». «A Teresa le parecerá bien». ¡Os echamos de menos!

Tuvimos en Málaga una comida-comilona con los amigos literatos. Claudie trabaja. Hoy ha ido a Málaga a consecuencia de otro telegrama de Roy. Tiene que enviar esto o lo otro o lo de más allá antes del 5 de julio. Ayer pasó por aquí Ángel Guillén. Hoy o mañana llegan los Lorca.

Abrazos. Besos a las preciosas nietas. ¿Y Antó?

Vuestro,

JORGE

Nerja, 11 de julio de 1966

Queridos todos:

Llegó tu carta, Teresa, con las primeras –y excelentes– noticias de Ampurias. *Enfin seuls!* Aquí van llegando los amigos. Ya están los Lorca y los De los Ríos en su preciosa casa –desde Pepe Giner y doña Gloria, hasta una nieta de Amelia del Río, Amelia, que ha pasado aquí unos días; hoy se ha marchado–. En el parador se alojan los Gusils, muy ocupados por el niño, que ha estado enfermo. Anoche cenaron ellos y los Claudie en Portofino. La cena se deslizó con alegría. Miguel juega a comprarse una casa aquí. Se irán el jueves. Nosotros, ahora solemos cenar fuera, con los Claudie, porque a Elfie no le gusta este hotel. Yo no sé cómo el joven profesor de La Jolla consigue trabajar más o menos diariamente en su gran ensayo sobre la perspectiva, en medio de este gran jaleo de Nerja: españoles, ingleses, el arquitecto, el maestro de obras, etc., etc. Todo flota en esta salsa de indolencia que todo lo reblandece. Al desorden general, se añade el individual. ¡Adelante!

Dices, Teresa, que nuestro piso «parece grandioso»; el término no puede ser más inadecuado. ¿Grandioso? Yo soy el más pobre de la familia, y el pisito es muy modesto, en el único barrio accesible, donde se encuentra el piso de María de Oñate. La *visión* de la tarjeta postal ofrece un paisaje precioso, nada más. José ya ha transferido la suma solicitada a este Banco de Málaga, donde tengo cuenta corriente; la suma está a punto de llegar.

Pensamos en vosotros constantemente. He mandado a Steve un recorte del *ABC*.

Para todos, abrazos. Para vosotras, besos.

JORGE

Nerja, 19 (digamos 19) de julio de 1966

Queridos todos:

El viernes pasado firmé el contrato en la notaría de Málaga y entregué los oportunos cheques. Todo ello bajo la *supervisión* de Alfonso Canales, que es un excelente abogado, muy preciso y puntual –como si no fuera andaluz– y a la vez un buen poeta andaluz. Después comimos en La Alegría, invitados por Manuel Alvar, director del Curso para extranjeros. Muy simpático, interesante. Me encargó que te dijese, Steve, que está dispuesto a acompañarte en una visita a Granada. Él conoce a los archiveros, etc., etc. Hoy, han debido de llegar a Málaga Eulalia y Dámaso. Les telefonearé. Iremos a oírle una conferencia en ese Curso de extranjeros.

Vamos con frecuencia a casa de los Lorca. Casa abierta, visita muy flexible. Muy cariñosos. Paseamos. Claudie sigue adelante con su *Perspectiva*, ensayo que crece en extensión y profundidad; pero ya se acerca el fin. Yo trabajo como de costumbre. Voy a escribir ahora una semblanza de mi amigo Blas Ramos.

Nos preocupa el alojamiento de Margot. Hoy hemos recibido carta suya. Probablemente llegará *el 4* de agosto. En el parador no había habitación libre en agosto. La reservada en este Balcón de Europa –nos dicen– padecerá de mucho ruido durante ese mes. Hemos visto, en una casa del pueblo, un pequeño «apartamento» que estaría bien; costaría 200 pesetas menos que en el hotel. Pero todavía no es seguro que esas habitaciones queden libres. Volveremos a la carga. *¿Cómo se llama el hotel actual de don Américo?*

Abrazos para todos. *¡Os esperamos!* Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 29 de agosto de 1966
Paseo Marítimo 29 A

Queridos todos –todos los del Quai *Saint-Michel*–:

Un taxi nos trajo esta mañana de Nerja a este Paseo Marítimo. Se marchó Claudie, se marchó Margot, continuaron las reuniones en casa de

los Lorca, tan cariñosos; y a todo esto Irene siguió *trabajando*. ¡Y cómo! El resultado –para mí– es enteramente satisfactorio. Os confieso que estoy de veras conmovido. ¡Qué sorpresa! Esta casita, minúscula, está ya completa o casi. Sencilla, sobria, cómoda. Y ya reunidos y dispuestos los innumerables detalles de que se compone una casa. Estoy encantado. Irene estaba preocupada –un poco– no sabiendo si esto me iba a gustar. Y ya lo creo que me gusta. Está realizado lo que nos propusimos. Y todo se ha hecho sin apelar al dólar.

De suerte que este pisito es todo él un último regalo de mi señor padre. ¡Cuánto siento que no lo hayáis visto! Vendrán los Lorca a vernos antes de emprender la marcha. Vendrán los amigos –sucesivamente– porque no hay sitio para muchos. Esta noche iré con Bernabé a casa de Alfonso Canales. (Irene está cansadísima). Además, hemos tenido y padecido los tres días y tres noches de feria en el Balcón de Europa. Elfie vendrá por tres días –a Málaga–; la traerá el miércoles en su coche Mrs. Hilton. ¡Ah! El jueves tuvimos a Segovia y a su nueva mujer (!) y suegra (!!) en casa de Laurita. ¿Y vosotros? Ayer, en San Vicente de la Barquera. ¿Y Antó? ¿Y esas preciosas nietas? ¿Y sus padres? No os canséis demasiado. Hasta prontísimo. En suma: ya sabéis dónde tenéis una casa más vuestra.

Os quiere

JORGE

Málaga, viernes 2 de setiembre de 1966

Queridos todos:

«Doliente estaba, doliente...». Así empieza un romance viejo. Yo lo estoy muy poco, aunque esta mañana el dentista me ha extraído dos muelas –o más exactamente una muela y un raigón de otra–. Las dos, infectadas. Era, pues, inaplazable la pequeña operación. Este dentista, doctor Guerrero Abellán, ha trabajado bien; yo no he sentido dolor. Ahora hay que esperar que se cicatricen las heridas, antes de poner las dos muelas de teatro. Lo

que tal vez pudiera retrasar –me ha dicho el dentista– un poco la partida de Málaga. Mi impresión es buena; me encuentro bien. Esperemos que todo marche satisfactoriamente.

Aguardamos a Elfie en casa el miércoles. No vino. Esta mañana Irene la vio en su hotel. Elfie vendrá esta noche. Se marchará mañana.

Nos visitarán también Alfonso Canales y su mujer. El tiempo es excelente; ha hecho bastante calor.

Nos llegó la carta de Santander. Me alegro mucho de que mis hermanos os hayan tratado como vosotros merecéis. ¡Anita en el Museo del Prado! Isabel habrá visto pintura, supongo. La cita con Antó en París se realizará.

La casita va completándose. Irene, claro, está cansada. Teresa: cuéntanos cosas de París.

Os abraza vuestro

JORGE

Málaga, lunes 5 de setiembre de 1966

Queridos todos:

Espero que estas líneas os alcanzarán en el Quai Saint-Michel. ¡Vais a volar! Siento no poder agitar el pañuelo, los brazos para deciros adiós. ¡Adiós, adiós!

Hemos recibido dos cartas –muy buenas– de Claudie. Sobre él me escribió Cintio Vitier en la carta que, con fecha 17 de agosto, me dirigió desde La Habana. (Es la tercera vez que vuelve a su Cuba). Me es grato copiar sus palabras: «Y muy emocionante, sin saber por qué, fue para nosotros conocer a su hijo Claudio. De inmediato –puedo decírselo con entera simplicidad– nos llegó al corazón. Pocas veces ve uno a persona tan desarmada, tan llena y transparente, que hace tan grata la tarea casi siempre terrible de ser hombre. Ojalá quiera ser nuestro amigo como nosotros ya lo somos de él». Y termina la carta: «Los abrazan a los cuatro y a usted, padre y poeta de tan pleno hijo, en el centro de la luz, sus devotos Cintio y Fina».

¡Lástima que no hayan conocido a los Gilman! Estos dos cubanos son verdaderamente personas de gran calidad.

El dentista me extrajo –¿os lo dije ya?– dos muelas. La cosa marcha bien. El miércoles comenzará a construir. Yo creo que si hubiese retraso, sería mínimo. Nos encontramos bien en esta casa. ¡Buen viaje! Escribid.

Abrazos.

JORGE

Acaba de llegar carta de Verona. ¡Por fin! Todo está ya en movimiento.

Anita: te escribiré a Cambridge.

¡Besos!

JORGE

Málaga, 14 de setiembre de 1966

Queridos todos:

Hoy es el día de vuestro vuelo al Nuevo Mundo. Ya nos contaréis vuestras impresiones de Holanda. Yo no quería escribiros hasta saber lo que me diría el dentista hoy. Y esta mañana me ha dicho que debo retrasar la salida de Málaga. De las dos heridas causadas por las dos extracciones, una ha cicatrizado, pero no la otra. Y no se puede construir sino sobre una base ya cicatrizada. Lo que nos obligará a quedarnos aquí hasta muy cerca de octubre. Siento, sentimos mucho no ver a Claudie ni a Antó. Se nos acorta la temporada de París; desperdiciamos los preciosos días del alojamiento en el Quai Saint-Michel. ¡Qué vamos a hacer! Por otra parte, acabo de ver a un médico –por segunda vez–. (Es el médico de los Bernabé). Me han hecho un análisis, y no precisamente de mis poemas. Resultado: me ha señalado un régimen y varias medicinas para combatir unos pobrecitos parásitos –no graves– que padezco. ¿Cuál sería su origen? El contacto directo o indirecto con algún perro. Irene piensa que podría ser el perro de la casa Feri, en

Florencia. Porque esos parásitos no son nada recientes. ¡Cómo me cuida la señora de Guillén!

Pasemos a otro registro. Hemos «almorzado» *–de dos a seis–* en el Parador del Golf, con varios amigos, entre ellos Edgar Neville, interesante personaje. Se está imprimiendo lo de Blas Ramos. Por excepción, ha habido hoy una gran tormenta, ¡y ha llovido! Atmósfera rarísima, que resultaba aquí preciosa, elegante.

Adiós. Escríbeme, Teresa. Os queremos. Abrazos y ósculos. (¡Anita no conocerá esa palabra!).

Vuestro,

JORGE

Málaga, jueves 29 de setiembre de 1966

Queridos todos:

Estaba hambriento de vuestras noticias. Hoy ha llegado la carta de Teresa. ¡Qué alegría! Esa casa, en efecto, más tranquila y silenciosa... ¡Con qué gusto volveremos a ella! Lo *vemos* todo: el Cape, Radcliffe, el cuarto de Anita, los tímidos (!) Levin. ¡Y la pobre Mrs. Weintraub! ¡Horrible! *Dame, Teresa, la dirección exacta, de los Lida*. Irene toma buena nota de tus indicaciones.

Pues bien, saldremos el domingo próximo, 2 de octubre: pasaremos la noche en casa de Jesús, y al día siguiente, por la tarde, estaremos en Valladolid. ¡Qué pena que se nos hayan acortado los días de estancia en el Quai Saint-Michel! Y no veremos a Antó. (Le escribí. No sé nada de él). Todo ha sido consecuencia de las dos extracciones. Una de las heridas cicatrizó bien y pronto. La otra herida no ha cicatrizado aún, a pesar de la visita diaria al dentista –excelente–. De modo que hemos resuelto no esperar más, y dejar la instalación de las nuevas muelas para el mes de abril. Mientras tanto, me ha cuidado otro médico, el de Bernabé, mis desarreglos gástricos. Todo marcha mejor.

Está ya en pruebas lo de Blas Ramos. He dejado a Caffarena unas poesías –cinco– para una de sus colecciones. Y dentro de pocos días tendré en París *todas* las pruebas de *Homenaje*. Me alegra mucho la esperanza de que no tardará en ser publicado ese libro. Por cierto, acaba de fallecer mi amigo Miguel Valdivieso, mi tan adicto lector de *Cántico*, y tan excelente poeta. Yo haré el prólogo de la obra –póstuma– que estaba ya preparándose.

Hemos visto a los amigos de siempre, sobre todo a Bernabé, atentísimo, finísimo. Voy alguna vez a la tertulia del primo de Picasso –se parece a él– en su tienda de antigüedades. Irene se siente fatigada. ¿Y cómo no? Es un alivio dejar aquí una parte del equipaje. La casa resulta cómoda, agradable. Ayer vino a almorzar con nosotros desde Marbella, María de Oñate, muy bien «entonada» como siempre. ¡Ah! Y de vez en cuando me sorprende mi nombre en el *ABC*…

Nos acordamos mucho de vosotros.

Abrazos,

JORGE

Valladolid, jueves 6 de octubre de 1966

Queridos todos:

Anoche nos telefonearon Carmen y Emilio. Emilio dijo que no tenías noticias mías. Ahora ya habrás recibido mi última carta de Málaga. Pasamos una noche en Madrid, casa de Jesús. Aquí no dejo de ver gentes. No hemos encontrado plazas en el Talgo hasta el sábado. ¡Qué lamentable retraso –respecto a nuestro primitivo plan–! Todos, muy cariñosos. Ahora vamos a la finca de los Rubio a comer. Adjunto recorte. Valladolid me tiene asombrado. Está creciendo de un modo increíble. Y sin embargo... El Régimen me irrita cada día más. ¡Y a cuánta gente encuentro políticamente amordazada! Ignacio Prat se ha vuelto loco. Sinforiano se ha vuelto cuerdo. Pero los Gabriel... Y alguno más.

Abrazos. Besos. Escribiremos enseguida desde el Quai Saint-Michel.

JORGE

París, lunes 10 de octubre de 1966

Queridos todos:

¡Qué preciosa casa! Estamos encantados. De un gusto exquisito, mueble a mueble y en armonía total. Teresa: *je suis fier de toi!* –¡desde los días de la rue d'Alexandrie!–. Sentimos de verdad, y con qué pena, tener que marcharnos el sábado próximo. (Ayer telefoneó la inminente inquilina). Culpa mía ha sido –o más exactamente de las circunstancias malagueñas–. ¡Preciosa casa! Eléonore Zimmermann dice en carta, llegada hoy: *«…ce magnifique appartement que j'ai été très heureuse de pouvoir admirer...»*. A propósito: ¿dónde dejaste el libro que trajo Mademoiselle Zimmermann? No lo encuentro.

Un poquito de crónica. Vi bastante gente en Valladolid; me cansé bastante. Los del *Norte* –más Rubio– me invitaron a comer en un restorán muy bueno: Club 400 –¡en la calle del Perú! Vi a toda la familia, a varios amigos, incluso a don Narciso.

El 15 de este mes será el 40º aniversario de la boda de María y Leónides. Se reunirá toda la familia. Enviaremos un telegrama. (Y después será la operación de Leónides –próstata–, lo que le inquieta).

El viaje fue excelente en el Talgo. Llegamos ayer domingo, hacia las ocho de la mañana. Tras el incidente con el chófer –¡previsto!– la entrada en esta mansión fue agradabilísima: con calefacción, alimentos, etc. Renée había adelantado dinero a la portera. Los porteros –¡de Pamplona!– muy amables. Comimos en casa de Renée. Se presentó aquí –por la tarde– Pepe Giner, muy afectuoso. Esta tarde tomamos el té en casa de Darmangeat. Mucho correo. ¡Las pruebas! Estoy corrigiéndolas. (Pocas erratas). Me siento felicísimo en vuestra casa corrigiendo estas pruebas.

Os abraza

JORGE

París, domingo *23 de octubre* de 1966

Queridos todos:

Son ya diecinueve años... Ayer estuvimos en el cementerio Montparnasse con Renée. Fuimos ayer porque esperamos hoy a Elsa Dehennin, que viene de Bruselas a vernos y me enseñará una parte de su estudio de *Cántico*.

El tiempo se me va viendo a amigos. Hemos visto dos películas, sin embargo, y el Ballet Moiseyev. Menos mal que, como descanso, tengo la corrección de pruebas. Ya he revisado la primera mitad. Ayer llegó la segunda. Ahora estoy contento en este asunto de la publicación. (Cuando digo que el «volumen» tendrá seiscientas páginas –o un poco más– el interlocutor se estremece, y yo lo noto…).

Hemos estado con Bataillon –amabilísimo–, con Bélamich, Claude Esteban, los Pillement, una sobrina de Blecua, Renato, en casa de Margot, Darmangeat, Soriano en su librería, Marrast –en otra librería–... Ya tenemos cita con los Wurmser, los Cassou, los Bénichou, los Meyer, los Bore, los Cerf, de nuevo con Darmangeat... Fuimos al Château de Grosbois con Luigi y Ottavia. Algo se me olvida... (¡La exposición Vermeer!).

Ya sabrás, Teresa, por Renée, que la electricidad no funciona desde hace unos días en el piso del Quai Saint-Michel. Han intervenido Renée, Maurice, el arquitecto de la casa, y dentro de unos días todo quedará arreglado –hasta el hueco de la ventana–.

Lunes 24, nueve y cuarto

Llegó Madame Galle. Cuatro horas de conversación con el poeta me dejaron rendido. Prepara un estudio –«estilístico»– interesante de *Cántico*.

Por la noche, con los Wurmser, muy cariñosos y divertidos. (Hoy almorzaremos con Aubrun). Lo mejor del día fue la carta de Teresa. Hemos comentado varias veces la nueva situación: Anita con... Castañita. Deseamos una foto del perrillo. ¡Qué rica esa niña con su hermana! Ha sido muy buena idea comprar el perrito, repite Irene, *qui s'y connaît*. ¡Y qué suerte la del brillante Kaiser! Lo celebro. ¿Julia [?] iría a Florencia? Sería demasiado.

El niño de la señora Soba, la portera, dio a Irene para Anita un paquete de pastillas de Pamplona. Creía que íbamos a regresar a Cambridge. Le dijo Irene que enviaríamos por un amigo el paquete a Anita –quien tendrá que acusar recibo–. En realidad, se lo dimos a Madame Galle, *para sus niños*. Adjunto la etiqueta que estaba pegada al paquete.

Adjunto asimismo las fotos que ha hecho Irene, especializada en los *interiores* como un pintor holandés.

Teresa, escúchame, te pido un favor. Escribí desde Málaga a Harvard Trust Company pidiendo dinero y enviando en la carta dos cheques para depositarlos en mi cuenta. No he tenido contestación. Lo que me importa es que no se pierdan esos (modestos) cheques. Tal vez haya llegado ya el *statement* de este mes. Allí podrías ver si están o no están incluidas las cantidades de los cheques: 4,54 (de Little Brown) y 63,86 (de Harvard University Press: 8-IX-66). Si no están, es que se han perdido. En ese caso, yo escribiría a Davison; y agradecería a Steve que telefoneara a Wilson explicándole el caso –carta perdida– y rogándole que directamente enviara ese dinero *63,86* al banco. (Última liquidación de *Language and Poetry* –hasta el 30 de junio–). ¡Gracias! Adiós.

Besos, abrazos.

JORGE

El homenaje a Darmangeat se celebrará el sábado. *Y el domingo –30 de octubre–* saldremos para Florencia a las ocho de la mañana. Pasaremos todo el día en el tren.

París, 31 de octubre de 1966

Queridos todos:

Pues señor... el sábado se celebró el *acto* en homenaje a Darmangeat. Hablaron brevemente Bataillon, Lafaye, Urrutia; yo, al final, di casi una conferencia –de media hora– sobre la obra del homenajeado. Asistieron Renée y Margot. Allí estaba Max Aub, camino de Jerusalén. El *acto* resultó agradable, me parece.

Hicimos los últimos adioses, quedaron preparadas las maletas, y a las cinco de la mañana de ayer, domingo, decidimos... quedarnos aquí dos días más. Porque mi catarro se agravaba, y podría empeorar con el viaje: hacía, hace frío, bastante frío. Medida razonable: hoy me encuentro mucho mejor. No he salido del cuarto. Irene ha encontrado nuevas plazas reservadas en el tren de mañana que sale a las 8.10. Y para no complicar la situación, estamos aquí *clandestinamente*, sin haber dicho nada a nadie.

Otra cosa. Dices –en carta a Renée– que estás sin noticias mías. Aparte la última carta, certificada, te he escrito varias veces desde Valladolid y París. Han debido de perderse esas cartas, y también las que te han escrito Margot –con preguntas que no has contestado– y Renée. Como se ha perdido mi carta al Harvard Trust Company. ¿Qué ocurre en el correo, con los correos? Os escribiré muy pronto desde Florencia, donde estaremos mañana, a medianoche. Irene va, viene, lo hace todo, lo resuelve todo. Y yo, mientras, aquí encerrado, corrijo pruebas. (Anteayer comimos con los Plaza. El jueves invité yo a Bataillon. El jueves *chez les* Cerf. Antes, con los Cassou). Ahora vamos a salir para almorzar.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Firenze, 2 de noviembre de 1966

Hija, Teresa:

Llegamos anoche. Viaje tranquilo y largo. «Todo está igual...». Mucho correo. Respondo brevemente a tu carta. Repito lo que te dije en mi carta última de París: te he escrito no sé cuántas veces durante estas últimas semanas. Lo hago *porque necesito escribirte...* ¿No se perdió mi carta al Harvard Trust Company? Lo celebro. Pero si llegaron los cheques, llegó mi carta pidiendo que me enviaran *quinientos dólares al Quai Saint-Michel*. Y la respuesta yo no la he recibido. Supongo, pues, que ese posible cheque, el dirigido a mí, se ha perdido. ¿Pudiera cobrarlo otra persona? Por eso escribo estas líneas urgentes. Haz el favor de preguntar en nuestro banco si me han enviado ese cheque de 500 dólares. Y de advertir que yo no lo he recibido. Te escribiré muy pronto. Y también Irene. (Mi catarro, en vías de arreglo). ¡¡Gracias!!

Abrazos a todos. Besos.

Vuestro,

JORGE

Florencia, lunes 7 de noviembre de 1966,
dos de la tarde

Queridos todos:

Estamos bien. Os lo diremos también por telegrama. El desastre ha sido enorme. El Arno se ha volcado sobre la ciudad, lo que no ha ocurrido nunca. Nuestra casa está cerquita del río. No nos ha pasado nada a nosotros, pero sí a muchos comerciantes y gentes de los alrededores. Nos faltan en esta casa (como en casi toda la ciudad), la luz eléctrica –solo velas– el calor (solo una bombona de gas), y *sobre todo, el agua* –no la que se bebe– sino la del cuarto de baño. La familia Feri se desvive por servirnos. Yo no he salido de casa. Todavía es difícil andar por las calles. Pero Irene, *bravissima*, ha salido ya, ha traído alimentos, y llevará esta carta a una Oficina de Correos. Yo, mientras dura la luz del sol, corrijo las pruebas. El desastre de la ciudad es enorme.

Besos, abrazos. Escribid. (Hay ya correo).
Vuestro,

JORGE

Florencia, miércoles 16 de noviembre de 1966

Queridos todos:

Con tu última carta, Teresa, llegó también otra de Elfie, que nos sorprendió y alegró. Ya habrá salido Elfie para La Jolla cuando leas estas líneas. También tuvimos carta –magnífica– de Claudie. (La anterior estaba fechada en Valladolid). ¡Seis comités! Para ese viaje no necesitábamos las alforjas de Roy Pierce... *Ad maiorem Universitatis gloriam!* El *holocausto for the University's sake*. Estoy por supuesto, indignado. Y esa pobre criatura, deprimida, siempre con obstáculos para llegar al libro.

Ya me figuraba que Isabel, estudiante siempre tan seria, estaría trabajando mucho. En cuanto a Anita... Anita-Castañita. ¡Mandadnos fotos! ¿Qué es de Antó? Yo no sé si realmente le sería agradable venir a Florencia dentro de mes y medio. En esta casa no hay sitio libre. Muchos hoteles y pensiones están aún desbaratados. No hay apenas cines, ni hay conciertos. Los cafés, sin calefacción. Etcétera, etcétera. (¿No sería más grato para Antó reunirse con nosotros en Málaga durante las Pascuas?). Nosotros, por de pronto, salimos mañana para Verona. Todas las pruebas del libro están corregidas. Voy a ponerme en contacto con el gran Mardersteig, el primer artista tipógrafo de Italia. Supongo que pasaremos quizás una semana en Verona. Luego volveremos aquí y nos trasladaremos a Viareggio, y allí nos alojaremos en un pisito que nos prestan los generosos parientes de Pescia. Y allí esperaremos que vuelva el agua –que es lo que falta aún–. Quizá dure todo un mes esta espera. Por otra parte, en Florencia no hemos visto a casi nadie. (Un momento a Macrì y a Bigongiari). Los teléfonos no funcionan. Volveremos a Florencia para ver a los amigos, cerca de Verona, y ya preparando el retorno a Málaga.

Os escribiremos desde Verona muy pronto. Para todos, abrazos. Un beso para Roy Pierce...

Vuestro,

JORGE

¿Antó no ha cambiado de dirección?

Verona, Albergo Verona,
lunes 21 de noviembre de 1966

Queridos todos:

En Verona estamos desde el jueves. El viernes fui a la Stamperia Valdonega (o sea «Stampería Valdónega»), la primera imprenta –quizá– de Italia. Su jefe, el doctor Mardersteig, alemán desde hace cuarenta años en Verona, es un hombre encantador, muy atento. Examinamos las pruebas de *Homenaje*, en presencia del hijo y de la segunda autoridad, alemán también, Leonard. Se trataba de cómo *componer* la página y de decidir el formato. Todo marchó armoniosamente. Quedamos en que se tirarían unas segundas pruebas de las primeras cien páginas –que habríamos examinado hoy lunes, si no se hubiese interpuesto una pequeña indisposición mía. (Me explicaré)–. Vino el sábado Vanni Scheiwiller. Tras el largo silencio de los últimos meses estuvo amabilísimo. Nos entendimos en todo. Comimos juntos; pero yo apenas comí porque me sobrevino una fiebre, que parecía gripal. Me metí en la cama; vino el médico anteayer y ayer. Se me ha pasado la fiebre, tal vez porque la cortamos a tiempo. No así la de Irene, que la arrastra desde antes de llegar a Verona; pero no se cuida, para cuidarme a mí. Hoy está bastante mejor. Esperamos a Bruna Cinti, la amiga de Venecia, que vendrá a las tres; luego nos honrará con su visita Mardersteig, gran personaje, quizás el Bodoni de este siglo... Yo, al borde de realizar el sueño de toda mi vida –toda mi poesía en un volumen– me siento feliz, eufórico, de veras conmovido. ¡Hay tantas más cosas de que

hablar! Nos acordamos mucho de todos, uno por uno, y de la casa. Y *casi* recordamos a Castañita.

Besos, abrazos.

JORGE

Escribid a via Maggio. Nos trasladaremos muy pronto a Viareggio.

Viareggio, domingo 27 de noviembre de 1966

Queridos todos:

Pasamos por Florencia, todavía incómoda y ayer vinimos –en el coche de los primos Chiostri, de Pescia– a su casa de Viareggio, en el interior de la ciudad. Casa que completamos con la de Anna, la encantadora amiga de Irene. En su casa, frente al mar y al crepúsculo –magnífico hace un rato– os escribo. ¡Qué bien se está aquí! Todo limpio, en orden, con bastante gente por esta especie de «Paseo Marítimo», mucho más largo y rico que el de Málaga. (Es elegante, además, invernar en Viareggio). «...Y se respira mejor» –como dice el poeta de Valladolid, el otro–. Para mí, esta ciudad –pequeña, pero con vida propia durante todo el año– es un retiro ideal para trabajar descansando. Espero aquí las segundas pruebas; repaso los versos de estos últimos meses (*Otros poemas*); revisaré –con moderada escrupulosidad– la puntuación de *Cántico*; tengo que escribir muchas cartas... La temperatura, deliciosa. Ya se siente uno a medio camino de Málaga. ¡Bendito Mediterráneo!

(Teresa, mándame los *statements* del banco. Si llegaron los cheques ¿cómo no llegó aquella carta adjunta? ¿Recibió Steve los dos volúmenes de Málaga?). ¡Cuánto me acuerdo de vosotros frente a este mar!

Besos, abrazos.

JORGE

Esperamos a Antó el 22 de diciembre. Respondí a su carta.

Viareggio, 8 de diciembre de 1966
(Hoy habría cumplido mi madre noventa y siete años)

Queridos todos:

Estos días de Viareggio se han deslizado agradablemente. Hemos llevado una «doble vida». Disponemos de dos casas: la de los primos Chiostri (de Pescia) y la de Anna, donde en realidad vivimos. Ayer vinieron a comer con nosotros Della Terza, su mujer y el niño. Como siempre, muy *sweet*, y muy gratos. Yo estoy ya corrigiendo las segundas pruebas de *Homenaje*. Mi –humildísimo– criterio tipográfico no es el del gran Mardersteig. Pero hemos llegado a un acuerdo. El libro saldrá en la primavera.

Sí, lamento el excesivo trabajo universitario de Claudie. Pero, claro, el bueno de Roy no tiene la culpa. Respecto al documento notarial, he de añadir que, aun con la mediación de Canales, lo del entierro civil se puso tan espinoso que hube de excluirlo. Por eso añadí la cláusula manuscrita complementaria. La situación de España, pese a la tan cacareada prosperidad, es intolerable. Dentro de ocho días se representará la estúpida comedia del *referéndum*. Entre mis amigos, ¿quién votará en contra? ¿Sólo Bernabé? Me lo temo.

El sábado regresaremos a Florencia. Allí esperaremos –el 22– con gran alegría a Antó.

Un gran abrazo anchísimo de

JORGE

Florencia, 17 de diciembre de 1966

Queridos todos:

La carta recibida hoy nos cuenta el gran movimiento de Gray Gardens ¡Esa cocina-salón! ¡Esas comidas de nietos ilustres también! Y la boda multimillonaria… Me alegro mucho por Kaiser. Cada día será más

simpático. Nuestra vida, en esta provinciana Florencia, será más animada a partir del jueves 22. ¡Llegará el ilustre nieto, ilustre *in his own right*! Regresamos a Florencia el sábado. Ya había vuelto el agua a via Maggio. Todo, pues, se normaliza –aunque seguimos bebiendo agua mineral–. He visto sobre todo a los Bigongiari y a Macrì. Macrì acaba de comenzar un curso sobre la poesía del abajo firmante; curso que durará todo el año ante muchos estudiantes. ¡Me van a odiar! Me parece francamente una exageración. Yo, por otra parte, no dejo de corregir pruebas. Ya me han enviado de Verona todas las segundas pruebas. Habrá libro, creo, para la primavera. A esto se junta el trabajo –el verdadero trabajo– epistolar de Navidades y Año Nuevo. ¿Llegaremos todos a escribir tantas cartas como Voltaire? Casi.

Vengamos –y ahora me dirijo solo a mi señora hija– a puntos concretos y prácticos.

a) *Te envié desde París una cuenta* que nos dio la portera y que yo pagué. Eran –recuerda vagamente Irene– unos 145 francos. Esta cantidad no debe de ser exacta –dice Irene–. ¿No recibisteis esa factura?

b) Nosotros no hemos pagado más que esa mencionada cuenta. Tampoco nos dieron otras facturas. Únicamente

c) esta que adjunto del teléfono. (La tenía en un sobre para enviártela. Perdona el retraso).

d) La calefacción se estropeó el día mismo en que dejamos la casa. Y no sabemos nada de lo que pasó después. Irene volvió a preguntar a la portera si necesitaban algo; eran ellos quienes se ocupaban del asunto.

En suma, no sabemos más.

Ahora paso a un detalle que me concierne: no he recibido aquí la «fórmula» de la *Blue Cross*. Debe de estar ahí en casa. Te agradecería que la pagases, y me dijeses el importe. ¡Felices Navidades! Adjunto el correspondiente cheque.

Besos, abrazos.

JORGE

Florencia, viernes 23 de diciembre de 1966

Teresa, hija:

¡Felicidades! Espero que esta exclamación llegue a tus oídos el 28, o quizás antes. Felicidades para ti y, por lo tanto, para nosotros. Y gracias. Gracias por este gran regalo de Navidad que responde al nombre de Antó. Llegó ayer mañana, se instaló en su gran habitación, tomó un baño y comenzó nuestra apacible vida común. Todos mis nietos me hacen felicísimo. ¡Con Antó hablo siempre tan a gusto! Está bien, y con ritmo de sosiego, sin premuras de turista porque –dice él– viene sobre todo a estar conmigo, con nosotros. Fuimos al cine por la tarde. (*Alfie*, película inglesa); leímos por la noche. (Él, siempre a gran altura, está leyendo *La guerra y la paz*). Tenemos ya planeados los días próximos. Esta tarde vamos a ver a Primo Conti, pintor conocido que vive en una hermosa *villa* más allá de Fiesole. Mañana, los Papi. El domingo, comida de Navidad en casa de los Bigongiari. El lunes, con los Santoli. El martes, en casa de Elisa. El miércoles, con el escritor uruguayo Xavier Abril. El jueves vendrá conmigo a Lucca, donde yo debo *presentar* (!) en la casa de un anticuario un libro sobre la pintura peruana. (Exposición, banquete, noche –pagada– en hotel de Lucca…). Etc., etc. Yo, de un modo o de otro, me siento feliz con Antó. ¡Gracias!

Antó dice que el 29 os vais a Yucatán. ¡Buen viaje! Si tuvieses tiempo, haz el favor de enviarme las últimas cuentas de Harvard Trust Company. No veo claro lo de aquellos dos cheques. Recibí las separatas de Steve. ¡Gracias! Voy a sumergirme en su lectura o relectura. Macrì procurará encontrar lo del Barroco. ¡Ah! Me llegó el librito de Claudie. Precioso el libro, y *miserable* la presentación, inconcebible en la América de Johnson. Claro, la llegada del libro me conmovió. Pensé en tu madre, en ti.

Para Steve, para Isabel y Anita, besos, abrazos y un *Happy new year*, al pie del avión.

JORGE

(Adjunto documento)

Florencia, 6 de enero –o sea «La Befana»,
o «Los Reyes»– de *1967*

Queridos todos:

Ayer por la tarde, a las seis, Antó subió al vagón que le dejará hoy en Copenhague a las ocho y media de la noche. Su estancia no ha podido ser más agradable, más apacible. Vino con el propósito de charlar sobre todo y con pocas ganas de turismo. Visitamos algunas iglesias y museos; paseamos; la comida de Navidad –«opípara»– fue en casa de los Bigongiari; estuvimos en casa de Papi, en la nueva casa de Elisa; almorzamos con los Santoli y unos americanos; asistimos a la tertulia del Paszkowski; vimos algunas películas; nos detuvimos en librerías. Y charlamos, charlamos... La principal actividad de Antó, actividad absorbente, fue... la correspondencia con Benedicte. Escribió largas cartas, –lo que Irene llama «un *lenzuolo*», una sábana–; telegrafió, habló por teléfono. Hubo un *incidente*, que en definitiva fue feliz; Benedicte le escribió que no fuese ahora a verla porque estaba ocupada con *papers*, etc. Cuando Antó recibió aquella carta, palideció. Pero luego, todo se arregló, a todos se nos quitó un peso de encima, y volvió la tranquilidad –más fervorosa–. ¡Qué enamorado está Antó! Y esto a mí también, que le contemplé en una cuna (véanse ocho páginas de *Cántico*), me enternece y me encanta. En suma, yo veo a mi primer nieto ya encarrilado. Primero: el amor, etc., etc. Segundo, su carrera: la Prehistoria, que le interesa verdaderamente. Creo que esa disciplina le conviene por su carácter científico. La mente racionalista de Antó no se adapta a las Letras –donde no habría ido más allá del llamado «positivismo»–. La Prehistoria, sin textos literarios, con restos materiales de civilización, armoniza con el rigor objetivo que Antó prefiere. Bueno, lo hemos pasado muy bien con esa criatura, que tal vez –¡quién sabe!– me hará bisabuelo...

¿Y vosotros? Habréis gozado de ese antiquísimo Yucatán, y habréis realizado unas verdaderas vacaciones. ¡Feliz año nuevo! Nos llegaron las cartas del 28 –de Teresa y Anita–. ¿Recibisteis también mi carta destinada a ese cumpleaños? Os queremos.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 17 de enero de 1967

Queridos todos:

Recibimos la carta de Yucatán-Miami. Y tu descripción, Teresa, me ha dado verdaderas ganas de andar algún día por allí. (Por allí andaba Moravia también; lo sabemos por sus artículos del *Corriere*).

Y yo, mientras tanto, no hago más que corregir pruebas. (Me ayuda Irene). La *Stamperia* de Verona no se puede portar mejor. Hoy saldrán corregidas las terceras pruebas, primera mitad del libro. También las recibirá Claudie para revisar las palabras extranjeras. Julián Calvo, que ha estado en Murcia, contento, ahora en París, vendrá pronto a Florencia. Él verá las cuartas pruebas. Por cierto, Carlos Blanco va a pasar aquí unos días con motivo de no sé qué congreso.

Ayer fue la comida del *Approdo* (revista de la Radio Italiana) con Ungaretti, Gatto, Valeri, Longhi, etc. Ungaretti es, decididamente, el mejor actor cómico de Italia, ¡super-Sordi! Simpático.

Mañana cenaremos en casa de los Bigongiari para celebrar, si eso es celebrable, mi cumpleaños. ¡Qué cumpleañitos! Setenta y cuatro eneros ya. No me aflige el presente. Me aflige el porvenir, que se acorta, se acorta... (Los Bigongiari, cariñosísimos con nosotros).

Macrì voló a Nicaragua, donde tal vez encuentre a Raimundo Lida y a Anderson. Y a propósito de vida literaria. Ahora me dirijo a Teresa. Debí recordarte en octubre mi deseo –para complacer al profesor inglés que estudia *Perfil del aire*–. Haz el favor de ver si las fotocopias de aquellos

papeles relativos a Cernuda se encuentran: a) o en uno de los ficheros que están en mi «despacho», en la parte superior de los ficheros, sobre todo los altos; b) o entre los sobres que se encuentran en el armario, junto a la cocina, tal vez ahora en la cocina actual. No revuelvas demasiado; mira un poquito, y dime si das con ese sobre de Cernuda. ¡Gracias!

Por cierto, he escrito un articulito para el *Homenaje* a André Breton, número de abril de *La Nouvelle Revue Française*. Me lo pidieron por mediación de Claude Esteban, que traducirá ese texto.

El tiempo es fresco pero con sol. Primavera soleada. Otro hecho que debe ser registrado: tenemos ganas de volver a Cambridge. Teresa: haz también el favor de llevar las dos adjuntas fórmulas al *Post Office* de Cambridge. El plazo oficial termina el 31 de enero.

Abrazos, besos de vuestro *Anciano*

JORGE

Florencia, 20 de enero de 1967

Queridos todos:

Se cumplieron, pues, los años correspondientes el 18 de este mes, día de la Cátedra de San Pedro. Llegó tu carta, Teresa, exactamente aquella mañana. Pero la felicitación vino ayer. ¡Gracias a los cuatro firmantes! En casa de los Bigongiari hubo una brillante cena, muy *mondaine*... «Y eso fue todo».

Ya te dije cuál era nuestro plan. Paso a explicarlo. Creímos que vosotros os quedabais en América el próximo verano. Entonces, por ese motivo, pensamos adelantar nuestro regreso. Ya hemos reservado nuestro camarote en el barco –el *Andrea C*.– que nos llevará de Génova a Málaga: 27 de marzo. Y el 27 de mayo, tomaremos el *Leonardo da Vinci*, en Gibraltar, que nos dejará en *Boston* el 3 de junio. Irene y yo compartimos las ganas de volver a Cambridge, y de acompañaros en el Cape.

Pero... podríamos aún perfectamente modificar este plan, y retrasar el segundo viaje si vosotros tuvieseis decidido venir a Europa. Antó nos dijo lo que nosotros ignorábamos: que pensabais ir a Escandinavia. ¡Muy bien! En este caso, Teresa, haz el favor de comunicarnos enseguida el plan definitivo, para proceder en consecuencia respecto a la reserva ya iniciada –y modificable– en el *Leonardo da Vinci*. Por otra parte, si no hubiese coincidencia durante alguna semana, nosotros os esperaríamos, con mucho gusto, en Cambridge. Esperamos, pues, tu carta, Teresa.

Antó nos escribe que ha estado muy contento en Copenhague y que la familia de Benedicte es muy «acogedora». Benedicte ya está en Cambridge –hasta fin de mes–. ¡Estupendo!

Yo sigo corrigiendo pruebas de *Homenaje*. Irene pasará la semana próxima en Roma. Tengo muchas cartas que escribir. ¿Qué hubo con lo de Cernuda?

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

(¡No escribí a Yucatán!).

Florencia, 31 de enero de 1967

Queridos todos:

Respondo a tu carta, Teresa. Ya he escrito a Godoy. ¡Lamentable situación! ¿La señora Rosenberg? En efecto, «monumental». Macrì ha simpatizado mucho con Anderson. Escribiré a Walter Kaiser. ¡Ese *exceso* de vida social! Todo converge en esa dirección. Aquí también tenemos un invierno muy suave. Hoy ha sido un día de sol.

Una vez más, de acuerdo en lo que se refiere a nuestros planes. Queriendo pasar el verano –el verano también– con vosotros, por gusto, y por estar con vosotros, había que adelantar la salida de Florencia, para

detenernos en Málaga. Aquel pisito es, en nuestra intención, sobre todo un *pied-à-terre* nuestro, no un piso para alquilar. Claro que lo alquilaremos.

Lo de Antó marcha muy bien. Toda esa historia me enternece. ¡«El Infante»! –en la cuna–. Y ahora, con el alma en Copenhague. La predicción de Anita nos la hemos repetido muchas veces con *fruición*. ¡Qué criatura!

El domingo regresó Irene de Roma, donde ha visto a sus amigas, alojada en casa de Mimi Lippi. Y casi a la misma hora, llegaron Julián Calvo, su señora y una sobrina. Anoche los invitamos a cenar *da Beppino*. Todo muy bien. Veremos cómo se concilia la estancia de Julián con la corrección de las pruebas. Os contaré este capítulo en la próxima carta.

Abrazos, besos.

JORGE

Florencia, 9 de febrero de 1967

Queridos todos:

Hoy es el cumpleaños de Irene. ¡Cincuenta y siete! Y, dicho sea en honor de la verdad, increíblemente joven. El tiempo cambia. Hace bueno. No nos queda más que mes y medio en esta casa. ¿Se encontrará *Homenaje* ya impreso a fines de marzo? Hoy han salido las terceras pruebas, las últimas que a mí me conciernen. A mis correcciones se han añadido las de Julián Calvo y las de Claudie. Los dos han leído la obra con extrema atención. Y no solo han corregido las erratas. También me han ayudado a corregir algunos errores, a mejorar la puntuación, a dar mayor precisión a ciertas frases. La visita de Julián ha sido, pues, muy útil.

Eliana, su mujer, seria, culta (profesora de Inglés), muy tranquila, habla en voz muy baja. Es ella quien lo decide todo. Parece una pareja muy feliz. Claro que hablamos mucho de vosotros. «Teresa es estupenda», decía Julián. «De acuerdo», contestaba yo. Y no nos olvidábamos de los otros Gilman. Yo me acuerdo mucho de mis nietas. Debo carta a las dos. Os adjunto una foto hecha por Irene cuando Julián y yo trabajábamos.

(Por cierto, he escrito un breve prólogo para el Catálogo de la próxima exposición de José Guerrero. ¡Qué difícil es decir «no»!).

Ayer comenzó a hacerme un retrato Adriana Martinelli, viuda reciente –su marido, también pintor, hombre delicioso– y hermana de Moravia. Trabaja rápidamente. Problema: ¿con gafas o sin gafas? Creo que me hará dos retratos: con y sin gafas.

Y a todo esto, los chinos, furiosamente tontos; los españoles, soñolientos en la paz de Franconia.

Teresa: ¿encontraste lo de Cernuda?

Tengo ya la impresión de que nos falta muy poco tiempo para salir con rumbo hacia allá: Cambridge, Gray Gardens, vosotros. Me alegro infinito de que Claudie y Elfie pasen algunas semanas del verano con nosotros.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, domingo 19 de febrero de 1967

Queridos todos:

Tu última carta, Teresa, es del 6. ¡Cuánto trabajas por el prójimo, cuánta caridad! En ese punto más vale el exceso que la escasez. Los Doolittle, los Bénichou... (Estos nos invitaron a cenar en París. ¡Saludos!). Una pregunta práctica: ¿y la *Blue Cross*? *¿No hay por ahí algo que pagar?*

Te dije que mandé las últimas pruebas a Mardersteig. Con él y con Scheiwiller tengo cita el martes en Verona, para donde saldré mañana. Vamos a ver si se concreta asimismo la edición grande, la que yo llamo «Aire nuestro». Supongo que tendré que volver a Verona.

Claudie me confirma que pasarán ellos todo el verano en Cambridge, lo que me alegra muchísimo. (¡Un curso de verano!). A propósito. Me escribe Bernabé: «La que no hay forma que pase el proyecto por el Colegio de Arquitectos es la arquitecta, indolente y... despistada. Y lo malo es que el

día menos pensado van a parar la obra...». ¡Lamentable! (Ya se lo he comunicado a Claudie).

Empiezo a sentir que llegamos al fin de la temporada florentina. Devolvemos invitaciones, llamamos a otros amigos... Pasaremos en Roma los primeros días de marzo. (Coincidiremos con Max Aub, que vendrá de Jerusalén).

Besos a mis preciosas nietas. Irene acaba de escribir a Steve y de hacer un paquete (sobre las hortensias).

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, miércoles 22 de febrero de 1967

Queridos Steve y Teresa:

El viaje a Verona no ha podido ser más feliz. Pasé la mañana y la tarde de ayer con Mardersteig y Scheiwiller –y algunos de los colaboradores de Mardersteig–. Muy amables, muy serios, muy activos. Total: se decidieron cuáles serían, por fin, el formato, el papel y la cubierta de *Homenaje* y de *Aire nuestro*. Se hicieron los presupuestos de los libros. *Homenaje* empezará a imprimirse ahora. Podré llevarme un ejemplar el 27 de marzo al dejar Italia. El libro se publicará en mayo. Enseguida empezará a componerse el libro grande. Yo les hablé del propósito –ya lo conocía Vanni– de mis hijos: que para festejar mis setenta y cinco años querían participar en los gastos de estas ediciones. Y yo, escritor profesional, lo admití así, como regalo, en esta magna ocasión. En enero de 1968 tendremos nosotros *Aire nuestro*. Pero verá la luz más tarde, en la primavera o en el otoño de ese año. Y esto, por motivos editoriales, para dar tiempo a que se venda *Homenaje*. De *Homenaje* se tirarán 500 ejemplares. De *Aire nuestro*, 2.000.

La dificultad, el gran problema es cómo hacer un tomo, y no de gran formato, que contenga 1.700 páginas y resulte elegante. Los impresores

insistieron una vez más que sería preferible distribuir la obra en tres volúmenes. ¡Imposible! Y por varios motivos, no solo por mi gusto. Vanni me sostuvo y me apoyó. ¡Piensen lo que sería tener todas las poesías de don Jorge en un solo libro! En la imprenta seguirán estudiando, perfeccionando la realización de *Aire nuestro*. Tengo aquí *il preventivo*, o sea, el presupuesto de las dos obras: la pequeña –¡de 600 páginas!– y la grande, ¡de 1.700 y pico páginas! Os enviaré una fotocopia de estos *preventivi*. El primer libro costará unos 3.000 dólares, el segundo cerca de 13.000. Fui yo quien propuso que tal vez ahora podría venir una primera contribución. Vanni aceptó, porque este año es difícil para él: ha perdido muchas de sus publicaciones en las librerías de Florencia. En suma: podríais enviar un cheque a Mardersteig directamente, por valor de 1.000.000 de liras más o menos. O sea: 1.603 dólares. «Stamperia Valdonega»: a ella podría ir dirigido el cheque. (Via Marsala 71, Verona). ¡Cuánto os lo agradecería yo también! Todo esto me emociona, me hace feliz. ¡Mis setenta y cinco años! ¡Mis poesías completas! Y claro que todo ello es también melancólico.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 27 de febrero de 1967

Queridos todos:

Como resultado de estos esfuerzos y estas «emociones» –en relación con *Homenaje*– me ha bajado la presión bastante: 90. Total: me ha visto el médico, me someto a inyecciones, tomo medicamentos, en suma, me cuido. (Mejor dicho: me cuida Irene). Será, pues, mejor que renuncie al proyecto de ir a Roma en estos días. Luego... Dentro de un mes, el 27 de marzo nos embarcaremos. ¡Otra vez en vísperas de viaje!

Ya están aquí los Plazas. Van a trasladarse a una villa. Se empeña Plaza en hacer a sus expensas una segunda edición –aumentada, en realidad, doblada– de la *Suite italienne*, a cargo de un editor y una pintora franceses

que hacen ediciones de lujo en París. ¡Quiere que vengan a conocerme! (Todo, pagado). Yo le he preparado ya el proyecto y los materiales del libro.

Pasó Vanni por aquí. Amabilísimo. Adjunto las fotocopias de los dos presupuestos. Hace un tiempo primaveral. Esta noche cenaremos en casa de Luzi. ¡Cuánto te cansas, Teresa! ¡Qué generosa siempre! Ayer vimos a Contini. Recibí *Lazarillo* de Steve. Felicito a Isabel por sus notas. Besos a mis preciosas nietas.

Abrazos a todos,

JORGE

Florencia, 9 de marzo de 1967

Queridos todos:

De modo que mandaste al Aire 9.000 invitaciones. Y sentiste –hablo con Teresa– una sensación de vacío. ¡Impresión justísima, experimento de laboratorio!

Me dice Mardersteig, en carta llegada esta tarde, que ya está impreso *Homenaje*. Falta coserlo y encuadernarlo. Por cierto, el colofón llevará como fecha final el «13 de marzo de 1967»: mi padre habría cumplido ese día cien años. (Un último homenaje implícito).

Hemos almorzado hoy en casa de un exdiplomático italiano. Buena comida, ambiente elegante y muy *snob*. Ayer me invitó a comer Tolnay, el historiador del arte italiano, amigo de Claudie. Y me dijo (hablamos por teléfono): *–Vous êtes le poète, le père? –Oui, le père de Claudio Guillén*. Me gustó mucho esta presentación.

Te dije ya que renuncié al viaje a Roma. La cura intensiva –inyecciones, medicamentos– me ha remontado la presión. Faltan ya pocos días para dejar Florencia. Tenemos que ver a los amigos de aquí.

Hemos oído un concierto de piano al pianista español (bilbaíno) Joaquín Achúcarro. Pianista de gran estatura. Y me acordé de Anita; me encanta que

se aficione al piano. En cuanto a Isabel, siempre con muy buenas notas. Es fatalmente muy buena estudiante.

Abrazos. Besos,

JORGE

Florencia, Sábado Santo (antes «de Gloria»),
25 de marzo de 1967

Queridos todos:

Os imaginábamos en Puerto Rico, a juzgar por lo que nos escribía recientemente Elsa Fano. Tal vez habéis cambiado de plan, a causa de la desgraciadísima Mrs. Weintraub. ¡Horrible desenlace! Pensaba escribir esta misma noche a su marido. Pero todo está guardado en las maletas, y hasta Málaga no reaparecerá tu carta, Teresa, con la dirección de Weintraub. ¡Qué buena eres, rica, y qué bien te has portado con la enferma!

Todo está ya dispuesto para el viaje: mañana saldremos a las once para Génova. Y al día siguiente, nos embarcaremos en el *Anna C*. El miércoles nos detendremos unas horas en Palma y veremos a Cela. El jueves, hacia la una de la tarde, desembarcaremos a dos pasos de nuestro Paseo Marítimo 29 A. Nos esperarán Bernabé, quizá algún otro amigo y quizá María y Leónides, que están ahora en Torremolinos.

Ayer comimos con los Plaza en la estupenda villa que han alquilado entre Florencia y Fiesole. Estaban también los Bigongiari y los Macrì. Cenamos con los Santoli. Tomamos el café con Tolnay. Fuimos a Pescia a despedirnos de los primos Chiostri. Etc., etc. Otras despedidas… Todos, *molto gentili*. No comprenden por qué dejamos Florencia por Málaga. Pues para gozar un poquito de la reciente casa propia. Y por economía. Estos casi dos meses malagueños serán menos caros que dos meses de Florencia, carísima.

Nos ha escrito Isabel una carta preciosa: apasionada, expresivísima, con elocuente castellano. Hoy le contestaré. ¿Os dije que Plaza quiere regalarme

también –tras los ejemplares de lujo de *Homenaje*– una segunda edición de *Suite italienne* a todo lujo? Generoso, generoso mecenas. Ya está impreso el escrito de Blas Ramos, con mi prólogo, después de siete meses de preparación en Málaga. ¡Hasta muy pronto! Mañana comenzará el viaje hacia... Gray Gardens.

Abrazos. Besos,

JORGE

Málaga, 31 de marzo de 1967

Queridos todos:

El viaje se ha desarrollado felizmente. Barco –el *Anna C*.– no grande; el camarote, muy bueno; la comida, corriente; el servicio, simpático. Llegamos ayer a la una. Nos esperaban María y Leónides (mañana volverán para comer con nosotros) –y, por otra parte, sin conocerlos, Bernabé–. El pisito, cuidado por la señora de Bernabé, estaba en buen estado. Pequeño, cómodo, modesto y con una luz maravillosa por la mañana. Ya está todo en su sitio. Llegamos con diez bultos. Ya no quedan libros en Italia. Todo lo ha preparado y resuelto Irene. No me deja hacer nada. Esta mañana vi a Alfonso Canales. Me ha hablado del asunto de Frigiliana. «Una de las dos escrituras –me dice– ya está inscrita en el Registro de la Propiedad». Espera que pronto se inscribirá la «otra escritura». Claudie no ha escrito a Canales.

Hace fresco, sobre todo aquí, junto al mar. (Pero en la Semana Santa hizo calor). Dámaso y Eulalia acababan de regresar a Madrid cuando nosotros llegamos. ¡Ah! El barco se detuvo unas horas en Palma –anteayer–. Y fuimos a casa de Cela. Casa magnífica, en lo alto de un monte. No es la que vimos Teresa y yo el año... 58. Cela *se portó bien*, estuvo muy *sage*. ¡Qué «respeto» inspiro –o inspiramos–!

Ahora tendré yo que ordenar los libros. (En el correo nos esperan ya una veintena de paquetes). El lunes comenzaré de nuevo a visitar al dentista. Me ocuparé también de ordenar lo que llamo *Otros poemas*. Y de hacer las

listas de envío de *Homenaje* –y del folleto de Blas Ramos–. ¡Qué ganas de veros!

Para todos, abrazos,

JORGE

Málaga, 7 de abril de 1967

Queridos Steve y Teresa:

El *notición* que nos comunica la carta llegada esta tarde no nos sorprende. A mí me conmueve, y me interesa y hace feliz, como a Anita. ¡Le vimos en Florencia tan enamoradito! Tenía razón Anita: ¡es profeta!

¿Será posible que el 68 sea el de mis setenta y cinco años, el de mis *Poesías completas*, y el de mi «bisabuelazgo»? No lo quiero pensar. Me derrito de gusto.

Nos alegramos mucho. ¡Creo en Benedikte! Y en Antó, por supuesto.

Hoy hemos estado en Frigiliana con María y Leónides. A la vuelta comimos en Portofino. Estaba aquello precioso. La casa de Claudie está ya bastante adelantada. Irene ha hecho muchas fotografías. Pronto quedará terminada la construcción. Y la casa –vivida– quedará muy bien.

Os pido un favor, un urgentísimo favor. He pensado en lo de mis impuestos no sé cuántas veces. Debí recordaros antes de hoy que quizá nuestro habitual abogado podría ocuparse de mi *income tax return*. El año pasado di el curso en Pittsburgh. Y allí, en casa, en mi despacho probablemente, deben estar mis papeles de Pittsburgh. En fin, por mi culpa, por mi negligencia, me atormenta ahora todo ello. Steve: te agradeceré infinito que eches una mano. ¡Gracias! Que lo paséis muy bien en Puerto Rico.

Abrazos de

JORGE

Málaga, 18 de abril de 1967

Queridos todos:

Como no sabía cuándo regresaríais de Puerto Rico he demorado la respuesta a vuestras últimas cartas. Ante todo, ¡Antó se casa! Muy sensacional, y también para mí. Nos ha encantado que las noticias del acontecimiento («*engagement ring*», etc.) nos las haya dado Anita desde un avión. (¡Anita es profeta!). ¿De qué depende la vacilación en la fecha: septiembre o enero? ¿Pasarán el curso en Cambridge Antó y Benedikte? Dadnos, dadnos noticias... Por otra parte, os imagino en la Isla Feliz. Me escribió Aurora de Albornoz. Le enviaré poemas para la nueva revista *Puerto*. (Asociación de ideas: Cardona me escribe que Parker, el hispanista inglés, ocupará de un modo *permanente* la cátedra Mellon de Pittsburgh. ¡! ¿Nuestro gozo en un pozo?). La vida es variada. Lo de Mrs. Weintraub no lo olvido. ¿Qué será del pobre viudo? Esperamos a Nilita.

Málaga. Vida apacible y con un tiempo que no era el prometido. Ha hecho frío o fresco. Comemos en Torremolinos muy a menudo. (María, dice Leónides, «perdiendo facultades»). Vimos con ellos la casa de Frigiliana, bastante avanzada. Pero ya os hemos hablado de aquella visita. Irene ha enviado a Claudie y Elfie una magnífica y numerosa colección de fotografías de la casa. Aquello es precioso. Vinieron a vernos Marcelle Auclair (que prepara un libro sobre Federico) y Pepe Caballero, el pintor amigo de Federico. Simpáticos. (Escribí a María de Oñate). A quien veo con más frecuencia es a Bernabé, encantador. Desde su oficina están enviando los ejemplares del librito de Blas Ramos. A Dámaso le ha gustado mucho. Yo estoy haciendo las listas de *Homenaje*. Plaza lo ha leído, el primero en Italia, porque está en trato con Mardersteig, exigiendo que sea mejor la edición de lujo y preparando una grandiosa reedición –aumentada– de la *Suite italienne*. ¡Se me acaba el papel! Pero no las ganas de hablar con vosotros, con Steve, con Isabel, con Anita, con mi hija.

Se os quiere.

Abrazos,

JORGE

Málaga, 29 de abril de 1967

Queridos todos:

Tengo que hablaros de varias cosas. Pero sobre todas domina la principal: ¡la boda de Antó! Yo empiezo ya a emocionarme, y estoy desconsolado ante esta perspectiva: no asistir a la boda en Copenhague. A mis casi setenta y cinco años, ¿hay algo que pueda a estas alturas interesarme más? Estamos verdaderamente perplejos: perderse este «fausto acontecimiento» sería horrible. ¿Qué hacer? Trasladarse al lugar del suceso, ida y vuelta, sería caro. Y yo soy quien debe pagarme ese viaje. Podríamos quedarnos en Málaga hasta septiembre. Pero no pasar el verano con vosotros sería tristísimo. En fin, veremos. Hoy hemos recibido carta de Antó. Gran ceremonia, catedral, etc. Yo disfruto casi tanto como Anita. (¡Los dos extremos!). Dice Antó, y muy bien: «Qué curioso que parezca tan lógico casarse». ¡Eso mismo! (Por cierto, Antó y Benedikte podrían ocupar esta casa cuando les conviniera. Por ahora no alquilamos el piso). Escribe Antó: «¡Qué bien se está en Gray Gardens West!». Eso decimos nosotros exactamente. ¡Nos queremos!

Y ahora me muerde en el corazón –quizá en el corazón– una alarma. ¿Y mi *income tax return*? Debí recordároslo yo más veces y con más anticipación. ¿No lo podría arreglar el abogado? Teresa: un cable, echa una mano también a eso.

Me escribió Weintraub. Se deshace en manifestaciones de gratitud. Como nos escribía Isabel: «¡Qué buena es la mami!». ¡Ah! Que yo pueda ser *bisabué* el año próximo me da vértigos.

Aquí hemos tenido hasta ahora mal tiempo. Mañana nos vamos a Sevilla en tren. Volveremos por Córdoba el sábado 6. Celebraremos el 4 los ochenta años de Carande. Tengo cosas que contaros. Otro día.

Abrazos, besos,

JORGE

Estuvo en casa Yevtushenko en persona. ¡Os lo contaré!

Málaga, 9 de mayo de 1967

Queridos todos:

Está lloviendo. ¡Málaga nos traiciona! ¡Gozaremos de la primavera en Cambridge! La excursión a Sevilla y Córdoba, de domingo a domingo, resultó gratísima. Pero a mí me cansó muchísimo. Y no solo andar y ver, sino hablar. A Irene Sevilla le ha gustado muchísimo ¡A mí también! Comimos en el Archivo de Indias con los Peña –y Bataillon–. Celebramos con familia y amigos los ochenta años de Carande. Joaquín Romero nos hizo dar la vuelta al Alcázar con su habitual maestría. Visitamos a la Venus de Itálica. Vi a Laffon y a Juan Sierra, los poetas de «mi tiempo». Etc., etc. Lo mejor de todo fue la visita a Villa Guadalupe. Estábamos ante ella y salió Manolito, ahora profesor adjunto en la Facultad de Derecho, inteligente y muy amable como toda su familia. Estuvieron muy cariñosos. Recordaron el piano en que tocaba doña Germaine. Yo venía diciéndome desde que puse el pie en Sevilla: «mis niños, su mamá...». Pues la madre de Manolo me dijo –fue su primera frase– con encantadora naturalidad: «¿Y los niños?». –Pues... muy mayores. Tomamos café en el piso de abajo. Visitamos *nuestro* piso. La calle está igual. Pero los alrededores han cambiado mucho: con grandes inmuebles. Irene ha estado en aquella casa tres veces y ha hecho muchas fotos. En Córdoba estuvimos entre dos *hijas*: la de Bernabé y la de Candil, el profesor de Murcia y Sevilla, ya muerto. Nos enseñaron maravillosamente Córdoba, pero a mí me rindieron. ¡Los años! Una visita excepcional, que casi nadie realiza, fue al estupendo palacio de la Marquesa de Viana. 14 patios, salones con muebles preciosos. ¡A la altura de Italia! (Pero no en las pinturas).

Regresamos el domingo, y lo mejor del numeroso correo, fue tu carta, Teresa. (De Claudie no tenemos noticias desde su eficaz intervención en *Homenaje*. Irene les envió dos rollos de fotografías de la casa. Conchita Montesinos ya presentó el proyecto en el Colegio de Arquitectos). De suerte que la boda de Antó será el 30 de agosto. He reflexionado sobre la situación. Me parece que no sería justo sacrificar junio, julio y agosto –que pasaríamos, con vosotros, Claudie y Elfie–. Si fuese a Copenhague, no habría hablado con Claudie en 1967. Y nuestra comunicación es sobre todo oral. Por otra parte, veremos muy pronto en Cambridge a Benedikte y Antó. En suma, saldremos el 29 de mayo con rumbo a Gray Gardens West, en el *Leonardo da Vinci*. ¡Gibraltar-Boston! –directamente–. Claro que me duele, que nos duele, no asistir al magno acontecimiento...

Homenaje, impreso, va a ver la luz muy pronto. Yo estoy atareado ya con los trabajos de esta *serie* europea –todavía no con los preparativos de viaje–.

Abrazos, besos a la redonda. Vuestro,

JORGE

No recuerdo exactamente ahora la fecha de nuestra llegada. A Isabel Conant dile que llegaremos demasiado tarde para aceptar su invitación.

Málaga, sábado 27 de mayo de 1967

Queridos todos:

Nos embarcaremos, pues, en Gibraltar pasado mañana, tras las angustias durante las reiteradas investigaciones para saber si Gibraltar era puerto accesible. Saldremos por la mañana en taxi hasta Algeciras. Por la tarde, el transbordador nos llevará a la Roca. (¡Estúpida comedia, esta de la reconquista de la «colonia»! Los gibraltareños no quieren). *El 7 de junio llegará el* Leonardo Da Vinci *a Boston, a las ocho de la mañana.* Yo creo que antes de las nueve –quizá las diez– no estaremos dispuestos a

encontraros (Società di Navigazione Italia - Oficina en Boston). Llevamos muchas maletas, pero ningún baúl. ¡Qué ganas de veros, de llegar a casa! Esta casita de aquí –sobre todo ahora, por la mañana– resulta agradable. Ahora está llegando la primavera a Málaga. ¡Y nos vamos! Con muchas ganas de Gray Gardens que son preciosos.

Están aquí Dámaso y Eulalia. Cariñosos, por supuesto, pero muy poco *vecinos*. Apenas los vemos. Para devolver la visita al Card. Herrera, jesuita historiador de la cárcel de Sevilla, y persona cabal (antifranquista, claro), fui al Colegio de El Palo, y me recibieron con toda reverencia. Los amigos de aquí, pocos y gratos. Bernabé nos provee de flores. Se presenta por la mañana con tres rosas, con un lirio.

Se publicó lo de Blas Ramos: *Necrología del Canseco*. Está gustando mucho. Se le dedican recensiones. En la misma imprenta está imprimiéndose –por encargo de Marichal– la conferencia de Anderson. De lo que no sé nada es de *Homenaje*. Scheiwiller no escribe –a la española–. Mardersteig no responde a mis cartas ni a mis listas de envíos, lo que me extraña mucho, porque es un hombre muy correcto. Plaza escribe, pero no se ocupa más que de los ejemplares de lujo. ¡Están fabricando ahora en Inglaterra la piel para la encuadernación!

Pasó Emilio el *weekend* pasado con nosotros. Igual a sí mismo, con la misma independencia de crítica. Parece que irán a Copenhague.

Hemos recibido, por fin, sendas cartas de Claudie y Elfie. Claudie habla de la hora de la desilusión en La Jolla; desánimo, agobio. Se queja de Roy Pierce. Solo encuentra alivio en Casalduero... Hablé con el aparejador y con Alfonso Canales. ¡El arquitecto no funciona!

¿Y nuestro Antó? Hablamos mucho de la joven pareja. ¡Ah! Ayer se nos presentó Pepita con unas flores. Están construyéndose una casa por esta zona. Se continuará oralmente, ¡qué gusto! ¿Qué sorpresa me prepara Anita? Para ella e Isabel y sus autores, abrazos, besos. *¡Hasta el 7!*

Vuestro,

JORGE

Cambridge, sábado 26 de agosto de 1967

Dear Miss Gilman,
Dear Professor Gilman:

¡Felicidades! Todas las fiestas nuestras se juntan ahora en esa gran ciudad, a la sombra de Benedicte y de Antó. Pensamos en vosotros, os seguimos con el pensamiento y el deseo, sentimos *de veras* no acompañaros a vosotros y a los Gilman y Fløystrup de Copenhague. ¡Enhorabuena!

A ti, en primer lugar, oh Steve, que tienes la dicha de cumplir cincuenta años, cumbre del hombre, meseta de la madurez, el mejor miradero de la vida. ¡Te envidio! Te envidio desde esta ladera del septuagenario.

Enhorabuena a ti, Isabel, que tienes la suerte de ser Isabel, Isabel Gilman (con un Guillén escondido). Pero no te envidio tu edad. La juventud ahora tiene muy estrechas obligaciones...

Para Teresa y Anita, muchos besos –y muchas ganas de verlas–. (Para Benedicte y Antó, el muy próximo telegrama). Claudie volará mañana; el lunes volará Elfie. Nosotros, Irene y yo, nos quedamos con la admirable Castañita, Criatura de Amor.

¡Felicidades! ¡Abrazos!

Vuestro,

JORGE

Cambridge, 1º de setiembre de 1967

Queridos todos:

Esta mañana han llegado las cartas de Teresa y Renée. Nos han encantado. Nuestras impresiones no pueden ser mejores. ¡Qué pena no haberos acompañado! Habrá que darse una vuelta algún día por Dinamarca y conocer a *nuestra* familia de Copenhague. Pienso en los novios, en sus padres, en la familia de Benedicte. Me imagino a mis preciosas nietas. ¡Las a-do-ro! Os seguimos continuamente con el pensamiento. Ya estaréis

camino de París. Os envío todo el correo que me parece digno de ser enviado. ¡Escribid, escribid!

Voló Claudie. Se marchó Elfie. Llegó una carta de Conchita Montesinos. Telegrafiamos a Elfie (c/o Sullivan, Princeton) preguntando por la dirección de Claudie. Elfie no ha respondido... La casa nunca ha estado más silenciosa. Castañita no puede ser más cariñosa ni mejor educada. Hasta me hace fiestas a mí, expresión de su soledad. Estuvimos con Isabel Conant en Rockport; jornada agradable. Hoy nos visitó Joy Mejía; la amiga de El Salvador; acaba de marcharse. Yo estoy escribiendo mi pequeña conferencia sobre Antonio Machado para Providence. Esta noche vamos al cine. El lunes vendrán a casa los Lida. El domingo vamos a casa de los Anderson. Y esto es todo. Lo demás es lo mejor. ¡Antó casado! Y en la lejana Copenhague. Ayer en la casa de los Marichal. Encantados con Claudie, *admirándolo*. ¡Naturalmente!

Besos y abrazos a todos. Escribiré a Renée. Abrazos a Copenhague y París.

Vuestro,

JORGE

Cambridge, sábado 9 de setiembre de 1967

Teresa, hija:

Tu carta, breve pero esencial, de Copenhague nos hizo felices. Familia, casa, ambiente, todo muy bien. Y ellos, muy enamorados. Esto último nos lo dijo Miguel Gusils, que tuvo la gran atención de venir a vernos y contarnos sus impresiones del Acontecimiento tres horas después de haber aterrizado en Boston. ¡Qué pena –de verdad– no haber asistido! La visita a Copenhague será fatal también para estos ausentes de Cambridge.

Estamos bien; no ocurre nada. Parece el parte de la felicidad. Mañana vamos a comer a casa de Joan. Esta noche vamos al cine. Anoche llamó desde La Jolla Elfie, respondiendo a un telegrama que le enviamos el 30 de

agosto. Yo terminé el trabajillo sobre Antonio Machado. Ahora voy a escribir una página para los *Poemas de Castilla* con que me obsequiará Julián Calvo. Irene está sin cesar ocupada. Castañita es «un amor». ¡Hasta me quiere a mí, la última palabra del Credo, de su Credo!

Si tuvieras tiempo, te agradecería que averiguaras, por visita o por teléfono, lo siguiente. Les Éditions Rieder –RIEDER–, 7 Place St. Sulpice, eran –¿son?– los editores de alguna obra de Joseph Turmel –TURMEL–, gran hereje interesantísimo. (Ya te contaré). Quisiera saber si en ese caso, si aún existe, están a la venta algunas obras de Turmel. Nada más.

Irene (que está en la peluquería) te pregunta: ¿a qué hora llegaréis? ¿Qué comida habrá que preparar? Llamó Steve desde Nueva York. Le esperamos mañana. A los tres Gilman, nuestro amor.

Os abraza vuestro

JORGE

Escribo a Reneé.

Cambridge, lunes 11 de setiembre de 1967

Teresa, hija:

Esta mañana me encontré a Levin. Y lo que me ha dicho me ha hecho tan feliz que tengo necesidad de comunicártelo. Me dijo Harry que Claudie había sido el «héroe» en Belgrado, que sus intervenciones contra la crítica marxista habían sido muy brillantes, que su *paper* fue –o es– muy bueno. ¡Claro, claro! No nos sorprende nada. Pero a mí me ha puesto eufórico, como en mis *tiempos* mejores. *Il est en or!* Exacto. Tu madre lo sabía. Y nosotros, también.

Por añadidura, mi felicidad ha llegado a su colmo cuando he leído la noticia sobre el referéndum de Gibraltar, con la abrumadora derrota de la política de Franco. ¡Estupendo!

Irene todavía no ha llegado. Debe de estar viniendo.

¡Abrazos! Besos a esas preciosísimas nietas. ¡Qué nietos, qué hijos tengo!

JORGE

La Jolla, lunes 8 de enero de 1968

Teresa, hija:

Os estamos siguiendo camino de Francia. Mañana llegaréis. ¿Cómo resultó el viaje? ¿Y Anita? Cuéntame.

Estamos aquí muy contentos. La casa es preciosa y nos gusta mucho. En este silencio, completo, trabajo bien. La temperatura no es todavía de primavera, como en Puerto Rico ahora. Pero, ¡qué contraste con la nieve de Cambridge! Mi señor hijo no puede ser más cariñoso. Elfie está animadísima. Claudie, magnífico de madurez intelectual, no deja de estar ocupado, de trabajar. La primera semana se ha deslizado con una confortable tranquilidad. Vimos a los Casalduero en su casa. (Acaba él de anunciarme por teléfono, que vendrá –el viernes, a las tres– a mi primera clase. ¡Pero hombre!). Vino al día siguiente de nuestra llegada don Américo. Hoy nos ha llevado a comer al restorán Islandia. Comimos bien en un sitio agradable. Don Américo se queja; pero le encuentro *apacible*. Ayer fuimos a casa de *Marcuse*; me recordó que tú y yo le habíamos visto en casa de Claude Vigée, y te recordaban muy bien. ¡Mi hija es inolvidable!

Hoy me ha llegado, por fin, carta de José. Le van a operar ahora; tiene un tumor en la próstata. Esta deplorable situación *me aflige*. ¿Irás a Valladolid? Tú me dirás lo que vayas sabiendo. Para Anita, cuyo retrato contemplo en mi mesa, esta mesa, muchos besos.

Besos y abrazos de tu viejísimo autor,

JORGE

La Jolla, 18 de enero de 1968

Queridos todos, es decir, Anita, su papi y su mami:

¡Gracias! Llegó ayer vuestro telegrama. Aquí me tenéis doblando este cabo de los setenta y cinco. Elfie me ha regalado un perfume; Claudie, un libro de Ponge. Ha llegado el *Homenaje* de Plaza, precioso –y la *Suite italienne*, edición magnífica, y *Poemas de Castilla*, el regalo de Julián Calvo, librito de elegante sobriedad–. Llegó *Books Abroad* con el Homenaje esperado y queda bien. Y una muestra de la antología de Oklahoma, muy cuidada por Ivar Ivask. En fin, nos encontramos todos bien y contentos. Ahora, después de comer, nos van a llevar, Claudie y Elfie, a la Misión de San Diego.

Mañana daré mi segunda clase. Una veintena –entre alumnos y oyentes–. Gente muy buena. Comimos con los Casalduero. Anoche estuvimos en casa de los Elliott. Esto es precioso. Hace buen tiempo.

Me encanta pensar que Anita ha dominado la nueva situación, que le gusta *Estudio*. Celebro que ese piso sea tan bonito. *¡Escribid!*

Para los tres, abrazos. Vuestro,

JORGE

La Jolla, jueves 25 de enero de 1968

Queridos todos:

Sabemos ya por la primera carta de Madrid que estáis bien instalados y contentos. Y que *Estudio* es magnífico, y que no hay una niña como mi nieta. (Contestaré muy pronto a su carta de felicitación). Os escribí dos cartas al cuidado de Rafael, Cea Bermúdez 27. ¿Las habéis recibido? Por fortuna, la operación de José ha sido leve y satisfactoria. Hoy ha llegado carta de Nerja. Te escribirá, Teresa, a ese propósito, el de Frigiliana –Claudie–. (Por cierto, ya tenemos reservada habitación, la de la otra vez, en

el Balcón de Europa). ¿Habéis visto a los Lapesa? Me sorprende que no me haya acusado recibo de *Homenaje*. Preguntadles si lo recibieron.

Vengamos a La Jolla. Estos últimos días han sido verdaderamente primaverales. Y pensamos en el frío y en la nieve de Cambridge. El día 18 me llamaron los nietos. (Benedicte ya me había escrito). E Isabel me dijo –con una voz preciosa, por cierto– que como hacía tanto frío allí, pensaba que yo no estaba padeciéndolo «con alegría». ¡Y con qué intensidad sonó esa «alegría»! Nuestro vivir cotidiano es muy tranquilo. Yo terminé el prólogo al libro de la señora de Zubizarreta. (15 páginas a máquina. ¡La universidad lo hace todo!) Preparo cuidadosamente la clase semanal porque hay alumnos muy buenos y adultos ilustres. (Casalduero, entre otros). Llegaron, os lo dije, el librito de Julián y la preciosa *Suite italienne*. ¡Pero no ha llegado, aún, *Aire nuestro*! Entre los regalos del día fasto, recibí vino –de los Elliott– y pan del profesor Wright, fabricado por él, el colmo de la *sofistication*. (¡Muy anglófilo!). Estamos contentos. Os recordamos siempre.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Irene está en la peluquería, ¡la dichosa peluquería! Ya estamos preparando el viaje a Oklahoma.

La Jolla, 1º de febrero de 1968

Queridos todos, o sea, queridos tres:

Escribo sin esperar que llegue la esperada carta de Teresa. Las señoras andan de compras por la ciudad. Claudie prepara su conferencia sobre el Barroco en Cleveland y sus conferencias en Columbus; saldrá mañana. Yo he acabado mi conferencia-lectura para Norman, Oklahoma, y es comodísimo que una secretaria del departamento me lo copie todo. Las clases siguen con alumnos y adultos. (Terminé con Antonio Machado.

Mañana pasaré a Juan Ramón). ¿Os dije que vino de Berkeley a pasar unas horas con nosotros Joaquín Nin? Muy cariñoso. El tiempo ha dado marcha atrás. Son «los días de Santa Ana», parece ser. Pero, en fin, qué diferencia respecto a Cambridge. Y a propósito de Cambridge. Juan Marichal nos comunicó la mala noticia sobre Ben Helman. Telegrafiamos, escribí ya. *Lo he sentido.* Acabábamos de ir a Wellesley, en su coche... Los amigos de América son ya viejos amigos.

Aquí se frecuenta la televisión. (En La Jolla impera apaciblemente la *vita in campagna*). ¡Esas noticias del Vietnam! El presidente se ha referido ya a los gastos de dólares en el extranjero. Voy a escribir a Emilio a este propósito. (Dentro de unos quince días le llegará su *Homenaje*. ¡Ridículo parto de los montes!).

Claudie ha escrito y repartido un largo proyecto sobre los estudios de Literatura Comparada, que ha gustado mucho, por ejemplo a Levin.

¿Qué es de vuestra vida madrileña? ¿Y Anita? ¿Qué hace Steve?

Se os quiere y se os abraza. Vuestro,

JORGE

La Jolla, martes 5 de febrero de 1968

Queridos todos:

Esta tarde hemos regresado, Irene y yo, de una breve excursión universitaria. Ayer tarde nos llevaron a Riverside. Allí di una conferencia-lectura sobre *Aire nuestro*, que no fue la de Norman, ni la de aquí, en La Jolla, el día 27. Esta mañana, el acto fue en Pomona College; no repetí exactamente lo de la noche anterior. ¡Cuántos hispanistas hay por el mundo, cuántos estudiantes de Español! Todo se deslizó suavísimamente. Con tantas admirables instituciones de cultura como hay en este país, ¿cómo son tan rudos los de Washington?

El domingo visitamos a los Blume en su casa, magnífica, con piscina, etc. (Él está delicado). Y a todo esto, el viernes próximo será mi última

clase. (¡Nunca he ganado tanto dinero con tan poco esfuerzo!). El tiempo ya es primaveral. Durante la vuelta de Pomona, esta tarde, tuvimos calor. (¡Y en Cambridge con nieve!)

Tus cartas, Teresa, son leídas con avidez. ¡Ese horario español! Claro, no es posible seguir así. *¡No es posible!* José María (de Cossío) os convidó a comer, rasgo muy generoso; pero no me ha acusado recibo de *Homenaje*. Delibes, idem, idem. Etc., etc. José me escribió que había estado contentísimo de veros. Escribí a Isabel. ¡Qué rica, echa de menos nuestras cartas! Escribiré a Benedicte y Antó. Y también a Anita. Claudie sigue muy preocupado por la situación actual de Roy Pierce. Ha recibido ya la oferta –magnífica– de Buffalo y está esperando la de esta universidad. *American way of life.* Nada más natural. Pensamos mucho en vosotros.

Os queremos. Abrazos,

JORGE

La Jolla, 7 de febrero de 1968

Queridos todos:

Deduzco de tu última carta, Teresa, que debéis estar en Nerja a estas horas. En esta casa se esperan con gran interés noticias de ese «viaje de inspección». Claudie ha perorado varias veces durante este fin de semana: Delaware (Harter) y Columbus (no Cleveland). Volvió ayer contento. Ayer recibió carta muy elogiosa de Peyre; ha circulado por las universidades su proyecto de estudios de Literatura Comparada. El proyecto ha gustado mucho. Claudie, en efecto, tiene notable capacidad administrativa y organizadora. En suma, trabaja mucho y muy bien.

Nuestra vida sigue aquí su tranquilo curso atareado. Escribí la conferencia-lectura que leeré este sábado, en Norman, Oklahoma, y después, aquí, en La Jolla y en otras universidades de este estado. (He recibido ya varias invitaciones). Un acontecimiento: visita a los Pierce en su casa. Estaban Monroe, el arabista, y su mujer, alumna en mi clase. Los

Casalduero, muy cariñosos. Mañana saldrá él para Norman. Nosotros tomaremos el avión el viernes para Oklahoma City. Allí dormiremos; a la mañana siguiente vendrán a buscarnos. Habrá *lunch* en casa de Ivar Ivask, banquete a las seis, mi conferencia a las ocho, recepción *following* la conferencia. Regresaremos el lunes.

Yo veo a don Américo una vez a la semana. Quejoso, sobre todo de la vida en su casa (!), amable y *dolce* conmigo. Le hablé de vuestra cena en casa de los Zubiri. Ya lo sabía por una carta de Steve. Me habló también del artículo de Carlos Blanco (¿dónde se publicó?) y de la réplica que está escribiendo Steve. Yo también escribí a Carlos Blanco con algunas observaciones sobre su antología de mi poesía. Yo esperaba que me contestase para enviaros a la vez mi carta y su respuesta. Pero esta respuesta aún no ha llegado. ¡Cuánto nos ha divertido la reacción de Anita ante la profesora de Música!

Hasta pronto. Abrazos múltiples,

JORGE

La Jolla, 16 de febrero de 1968

Queridos:

Hoy vamos a almorzar –dentro de dos horas– con don Américo y Carmen. Invito yo. El artículo de Steve lo tiene ya Roy. Claudie está recibiendo cartas de gran elogio por su proyecto de Literatura Comparada, de gran altura, y que le pone una vez más en relación con sus colegas. Eso lo hace con toda su alma. Forma parte esencial de su vida. Yo le admiro de veras. Acaba también de escribir una carta –que es un monumento– sobre el problema negro a un negro amigo. Admirable de conciencia, de responsabilidad, de cultura.

En Norman me contó Manolo Durán que los planes del editor «Prentice Hall» habían cambiado y que muchos de los libros en preparación no se publicarían, entre ellos, la antología de Carlos Blanco.

Ayer, en Tijuana. ¡Qué cambio!
Os abraza.

JORGE

La Jolla, domingo 25 de febrero de 1968

Queridos todos:

Leemos tus cartas, Teresa, con gran interés. Como no te refieres a la salud de Steve, suponemos que se encuentra bien, y que trabaja ya en lo moderno, ya en lo antiguo. Saluda de mi parte a Gustavo Pittaluga. Los Emilio-Rubio son muy cariñosos. Pero no me escriben; no me han acusado recibo de *Homenaje*. La conducta de Rafael es admirable; no sabe guardar la ropa en la orilla –como otros varones de la oposición–.

Pasemos a La Jolla. Roy Pierce ha estado en Buffalo y allí le tientan para que deje La Jolla. Y esta posibilidad preocupa y atormenta mucho a Claudie, que ya está moviendo la universidad para impedir «esa traición». Claudie, noblemente, toma a pecho su participación –junto a Roy– en la empresa de *crear* esta Universidad de San Diego. En casa de Roy habrá la recepción que seguirá a mi lectura-conferencia sobre *Aire nuestro* el martes próximo.

Pasemos a *Aire nuestro*. ¡Llegó ayer! Precioso. Todas nuestras fatigas están recompensadas. El volumen *no* es un ladrillo. Un poquito mayor que *Homenaje*; pero ligero, muy bien proporcionado; el papel fino y firme. La encuadernación está bien. Mardersteig parece muy contento del libro. Temía que saliese pesado. Y ha resultado hermoso. A causa de la finura del papel, el *corte* superior de las hojas ha necesitado un *taglio dorato* de oro. Cada uno cuesta 180 liras (2.000 ejemplares). Me suplicó Mardersteig que así se hiciese. Acabo de responderle que sí por supuesto. Yo le adelantaré los dólares correspondientes. Scheiwiller, pasivo. Ni escribe. ¡Intolerable! Parece español. Recibiréis vuestro ejemplar muy pronto. Y cómo agradecemos vuestra ayuda. Sin ella, este libro no se habría hecho. Yo,

claro, contentísimo. *He realizado el sueño de mi vida*. ¡Gracias! (Almorzaremos hoy con los Casalduero. Invitamos nosotros).

Abrazos. Besos,

JORGE

La Jolla, sábado 16 de marzo de 1968

Teresa, hija:

Termina la semana sin que haya habido carta de Madrid. No me gusta vivir sin noticias tuyas, vuestras. Las nuestras son excelentes y muy apacibles. Irene salió el domingo pasado y volverá el próximo. Es una excursión –bien organizada, un *tour*– a México. Está muy contenta. Hoy se halla en la capital. En la Jolla se ha celebrado una *party* en honor de Roy Pierce en casa de los Elliott ofrecida por los Wright, con motivo de... ¡Vaya usted a saber! Ahora deja de ser *chairman*. ¿Se irá a Buffalo, no se irá? Gran expectación. Ayer comimos Claudie y yo con don Américo. Siempre quejoso –sobre todo ahora– de judíos, católicos y comunistas conjurados contra él. ¡Penosa obsesión! Nos tradujo durante el almuerzo la última carta de Steve, último representante de lo sacro en esta galaxia. ¡Me parece muy bien!

¡Ah! Ayer recibí carta de Carlos Blanco. Me envía también la carta que me escribió cuando recibió la mía. ¿Por qué no me la mandó entonces? Está muy bien. Enteramente satisfactoria. Le responderé dentro de pocos días.

Suponemos que tú, Teresa, has debido ya darte una vuelta por Málaga. ¡Noticias, noticias!

El curso –tan breve– ha terminado ya. Entregué las notas ayer. Todo se ha deslizado agradablemente. Penosas las noticias del Vietnam. Las especulaciones se centran hoy en el oro. ¡Dependemos del oro! La primavera tarda en llegar. Hemos tenido bastantes días grises. Nos acordamos mucho de esos Gilman y de los otros.

Besos, abrazos,

JORGE

La Jolla, 28 de marzo de 1968

Queridos todos:

Esto se acaba, se va acabando... Mientras Irene estaba en México –de donde ha regresado felicísima, muy interesada por el país– hicimos una excursión al desierto los de esta casa, los Casalduero y los Elliott, jefes de la aventura.

En este momento Claudie trae el correo; y ha leído tu carta, Teresa, en alta voz. ¡Ávila, Gredos, Málaga! Y Carande, y Emilio y Compañía... Nos encantó recibir carta de Steve. (No hubo molestia cuando en el restorán don Américo nos tradujo su carta. *Nada más amable*). Y ha llegado también carta de Isabel. Muy cariñosa. ¡Adoro a mis nietas! Y esa Anita... ¿Cómo le va en la escuela?

Continúo. Borrego Springs. Interesante el desierto, Casalduero alegre, Bob Elliott encantador. Irene os hablará de su viaje. *Tour* bien organizado. Vio a Max Aub, mejor de salud.

Y ahora, vamos a comer pronto y los Claudie nos llevarán a Irvine (Julian Palley) donde repetiré (con variaciones) la lectura de la Jolla –a las cuatro de la tarde–. Ellos, Claudie y Elfie seguirán luego a Los Ángeles, donde les encontraremos mañana. (Nos llevará Palley).

He escrito un prólogo –¡otro!– para el libro de Miguel Valdivieso. Y una nota para el libro de Gil Albert que publica ahora la *Revista de Occidente*. Me quedo «libre» por ahora. ¿Qué compromisos me traerá el correo?

Plan. Saldremos en el tren el 10 de abril. Nos detendremos en Chicago. El domingo 14 llegaremos a casa. ¡Qué ganas de ver a los nietos! Os recordamos *mucho*. ¡Qué ganas de veros!

Os abraza vuestro

JORGE

La Jolla, (Viernes Santo), 12 de abril de 1968

Queridos:

Supongo que estaréis, más o menos en el camino de vuelta a casa, a la de Madrid. No hemos recibido noticias de Túnez. Os llevarán noticias nuestras, y muy recientes, Carmen y Emilio. Llegaron el lunes, se marcharon anteayer miércoles. ¡Encantadores! Emilio, más Emilio que nunca. Fueron a ver a don Américo. Le encantaron. Con don Américo hemos almorzado hoy. Acabamos de despedirnos. (Ya son las cuatro). Hoy ha estado el maestro un poco más tranquilo. Pero sigue la agonía diaria: la entrega de sus libros a la universidad.

Como Emilio no nos había anunciado con anticipación su llegada, tuvimos que modificar nuestro plan de viaje; y en vez de salir el 10 saldremos el lunes próximo, 15. Viaje de lujo, ya os lo contaremos. Nos detendremos en Chicago; ya está por allá restablecido «el orden». Lo de los negros es atroz. Por cierto, vimos fusilar a un prisionero vietnamita por soldados vietnamitas en la televisión. Inmediatamente siguió un anuncio con música alegre. Todo *trivializado* –como diría Tierno.

Sigamos con planes de viaje. Nos embarcaremos en el *France* el 21 de mayo. E Irene pregunta: ¿cuándo pensáis llegar a París? *Necesitamos conocer esa fecha para reservar nuestra habitación en el hotel*.

Nos llamó por teléfono Antó. Mis nietos son muy *cariñosos*, lo cual me gusta muchísimo. Tenemos ganas de volver a Gray Gardens –el 19–, aunque nos dé pena dejar esta hermosa casa y esta hermosa Joya.

Os queremos. ¡Contadnos cosas!

Abrazos, besos,

JORGE

Cambridge, viernes *19 de abril* de 1968
(*Happy birthday*, *Anita!*)

Queridos:

Llegamos a la una de este mediodía –con retraso–. (Antó volvió a la estación –pero después de nuestra salida–). En casa estaba Isabel. ¡Cuánto me gusta que mis nietos sean tan cariñosos! Quiero que estas líneas salgan antes de las cinco. Para tranquilizaros: el viaje ha sido estupendo. Sobre todo de Los Ángeles a Chicago. Tren como un barco: además de nuestro compartimento –independiente– un gran salón, otro como bar, el *dining car*, y un gran *belvedere* bajo cristales –en alto– para contemplar el paisaje. La comida, muy buena. Silencio, tranquilidad. Yo he escrito, leído, dormido perfectamente. Vino muy bien la estancia de veinticuatro horas en Chicago, frío, ventoso. (Vimos una película muy divertida de Peter Sellers, *The Party*. El Museo, admirable, riquísimo. Esa visita –de hora y media– sí me cansó). Total: todo se deslizó como estaba previsto.

Dejamos con pena La Jolla. ¡Pareja feliz! No dejan de gorjear y de quererse todo el día. Y aquí, en Cambridge, grata emoción de retorno, de hogar. Los nietos nos ayudaron. Mañana almorzaremos en casa de Antó. Ya hablamos con Benedicte. Del correo, considerable, aún no leído, he apartado tu carta de Túnez, Teresa. Me dan ganas de ir a ese misterioso continente. Oigo que Irene vuelve de la compra. El miércoles, daré una lectura en Yale. El jueves veremos a los Deguise. Hace bueno. Gray Gardens, precioso.

¡Os queremos! Vuestro,

JORGE

Cambridge, 25 de abril de 1968

Queridos:

Anteayer fuimos a New Haven. Nos alojamos en uno de los colegios más modernos. Fue agradable leer poemas a un auditorio en gran parte amigo. Por cierto, Peyre (delgado, pálido) y Brombert alabaron mucho el estudio de Steve sobre *La Chartreuse*. Hubo una *party*, simpática, en casa de Manolo Durán. Al día siguiente, camino de casa, nos paramos en New London; almorzamos con los Deguise, ya viejos amigos. Por la noche, telefoneamos a Antó el *Happy Birthday to you*. Celebraremos el vigesimocuarto aniversario del mozo el domingo. Comimos en su casa el domingo pasado. Todo admirablemente organizado por Benedicte, que es una alhaja. También comieron (el sábado) allá los Lida y los Bénichou. (¡Cómo os imitan! ¡Qué buenos hijos son!). Y los Bénichou, nuestros muy gratos vecinos, salieron encantados de Benedicte. En cuanto a Isabel… me preguntas, Teresa, por su cara. ¡Preciosa! Está muy bien. La vemos mucho. Esta mañana Joan me decía por teléfono que comieron con ella Isabel y Alan… Y que le produjeron los dos muy buena impresión. Con nosotros no pueden ser más cariñosos mis nietos, lo que me hace felicísimo.

Vuestras noticias de África y Madrid –excepto las de Miguel Prados, ¡cuánto lo siento!– son buenas. Esa Margot es de veras extraordinaria. Una pregunta: *¿en qué fecha llegaréis a París?* Tenemos que saberlo para retener nuestra habitación en el Hotel d'Albe. Pensamos además ir a La Haya, invitados por el señor embajador de Colombia, Tito Zubiría. Hasta pronto –vía epistolar–.

Abrazos y besos. Besos para esa Anita de once años. Vuestro viejísimo,

JORGE

Irene ha salido. ¡Muy atareada!

Cambridge, viernes 3 de mayo de 1968

Queridos:

Sin esperar más la carta de Teresa, os haré la crónica –breve– de nuestros últimos días. Celebramos –¿os lo dije ya?– el cumpleaños de Antó en su casa. Benedicte nos hizo una comida muy buena, muy refinada. Alan, muy grato a todos. (Más elegante, pelo más corto). El lunes hubo una cena en casa de los señores Bénichou. Cena en honor del profesor (de Basilea) Pichois, *baudelairien* distinguido. Asistieron los Martin. Nosotros nos retiramos a las once. Ellos continuaron hasta las dos –como en Madrid…–. El martes, cenamos en el Faculty Club. Juan (M.) lo organizó todo muy bien. Hasta la comida fue excelente. Pichois dio después una conferencia sobre *L'Espoir* de Malraux, muy terminada, muy bien movida. (Guerra civil española, etc., etc. ¡Qué vivo está aún todo aquello, es decir, todo esto!). Vino a casa Joan. Vinieron, tan cordiales, los Della Terza. Vinieron todos sucesivamente. Isabel –¡ya hizo su *paper* sobre Cézanne!– y Antó, que venía de votar a McCarthy. (Todo Cambridge está en su favor). Estuvimos en casa de Edith. Desolada –y lo confiesa– en su actual situación. (No es «americana media»). Desolada –seré *muy sobrio* en estas frases– por el abandono en que, desde la muerte de Ben, la ha dejado Solita. (Interesada, dice ella, Edith, por el nuevo *chairman* inminente, un profesor de Francés). Todos los amigos –añadió Edith– me atienden, me acompañan, menos Solita. «Y ya me lo decía Ben: No te fíes…».

Me encontré ayer en Boylston a Anderson. Muy simpático, don Enrique. –¿Y Borges? –No le echamos de menos. –¿Y las conferencias? –Solo he oído las dos primeras. Yo le conté lo que me contaron en Yale. (Información directa procedente de la *source*). Los Borges fueron a Wesleyan University. Un momento antes de comenzar la conferencia, Weber (el que fue alumno de Princeton) entregó el cheque ($250) a la señora. Entonces, ella, pronunció estas palabras: «No. El precio ha subido». El desconcierto de Weber fue tal que no acertó a presentar al conferenciante. La señora Astete de Borges añadió: «Son quinientos dólares». Anderson me contó entonces, tras haber escuchado esta anécdota, otra, divertida. Pero esta carta se alargaría demasiado...

Volvamos a los nietos, siembre tan cariñosos. Isabel se refirió, dolida, a la carta que le había escrito Anita cuando ella, Isabel, pensó no ir a Europa.

«Me hizo llorar una hora». Etc., etc. Escribiré yo, respondiendo a su última carta, a mi nieta de Madrid.

(Por cierto, me entero ahora de que murió Jesús Gabriel. Lo siento de veras. Uno de los pocos lectores –entre los parientes de Valladolid– de mi poesía).

En *Ínsula* de febrero –la leí ayer en Boston– había alguna nota sobre este servidor. Y si en *Ínsula* de marzo o abril saliera algo sobre *Homenaje*, enviádmelo aquí o guardádmelo para París.

¿Tenéis todavía el *informe* de Claudie sobre Literatura Comparada? Si lo tenéis, *¿queréis hacer el favor de enviármelo por vía aérea? Gracias, gracias.*

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Cambridge, 6 de mayo de 1968

Queridos:

Respondo a la carta de Teresa, que llegó hace casi tres horas, después de comer. ¡Con cuánta avidez te leemos!

Nos pides una respuesta inmediata. ¡Hela aquí! Llegaremos a París el 27. Por lo tanto, si tú no nos avisas en contra, en el Quai Saint-Michel 13 estaremos aquella noche de lunes 27. (Saldremos el 29 para La Haya. Regresaremos a París el 1º o el 2 de junio; quizá nos detengamos en Bruselas). Y en la casa del Quai Saint-Michel nos alojaremos hasta la víspera de vuestra llegada. Por lo tanto, hacednos saber lo antes posible esa fecha –para reservar habitación en el *Hotel d'Albe*–.

Ayer comimos en casa de los Gusils. Estaban Antó, Benedicte, Isabel, Joan y Catalano. Todo fue tan sabroso como la paella. Y Miguel, realmente, simpatiquísimo, y muy divertido.

Vimos *Bonnie & Clyde*, interesante película. (Corregí mi equivocación). ¡Ah! Quisiera enviar con tu permiso, Steve, *The Tower as Emblem* a los

Deguise. ¿Queda en casa algún ejemplar?

Esta noche, telefonearemos a los Claudie. Les leeré el párrafo de la carta sobre Nerja.

Se os quiere. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Cambridge, domingo 12 de mayo de 1968

Queridos:

Respondo a tu carta, aquí, de ayer, Teresa. Nosotros no sabíamos que continuarían hasta el último momento los inquilinos. Bueno, he aquí nuestro plan. Iremos a La Haya el 29, saldríamos de La Haya el 1º de junio, nos detendríamos en Bruselas y regresaríamos el 2. (O a lo más tarde el 3). Pero todo esto es hipotético porque Tito Zubiría no nos ha contestado aún. (Es lamentable ese rasgo de la vida hispánica; que hasta en las personas más cultas quedan zonas subdesarrolladas). Si no se cumpliese el plan de los Países Bajos, iríamos a casa de Renée. Y entraríamos el 2 de junio en el Hotel d'Albe. Ahora mismo voy a escribir anunciándole nuestra llegada el 29.

En cuanto a Cambridge... Vino a cenar Edith Helman. Conocimos en casa de los Marichal al interesante hindú-catalán Raimundo Panikkar, sacerdote católico, profesor en la Divinity School de Harvard. Estuvimos en casa de los Lida. Vino a casa Ana María Barrenechea. Ayer fuimos a Wellesley para asistir al té en honor de Concha Bretón. (Nos llevaron Raquelita y su novio). Hoy vienen a comer Benedicte y Antó. Isabel, a «tomar café». ¡No hay sitio para los cinco! La casa sigue en régimen de silencio, orden y puertas cerradas. Yo escribo cartas y más cartas y preparo también yo el viaje. (Voy a ir a ver a Homans, *¡mi abogado!*) Llueve. Día oscuro. ¡Qué ganas de veros!

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Cambridge, 20 de mayo de 1968

Queridos:

Habíamos persistido, *malgré tout,* en nuestra decisión de embarcarnos mañana 21. Pero el desarrollo de la huelga en Francia nos hizo pensar ayer que debíamos retrasar nuestro viaje. En ello estábamos –después de la lectura del *New York Times*– cuando llamaron Claudie y Elfie aconsejándonos que no saliésemos ahora. Esta conclusión me tranquilizó. Todos estamos hoy de acuerdo. Porque ayer no han circulado los trenes en Francia. Claudie nos decía que nos fuésemos directamente a Málaga. No. Esta mañana ha sido muy fácil el cambio de fecha. Muchos viajeros han debido hacer lo mismo. Saldremos, pues, el 6 de junio (próximo viaje del *France* de New York a Le Havre). Y llegaremos a Le Havre –¡y también a París!– *el 11*. Iremos, pues, directamente al Hotel d'Albe. Os telegrafiamos esta mañana. Para *décommander*, las «citas» en Nueva York, París, Bruselas y La Haya, he escrito ya nueve cartas –así como suena–. ¿Qué haréis vosotros? ¡Escribe, Teresa! Esperamos tu carta con más ansiedad que nunca.

Anoche hubo otra gran cena abajo: Los Bénichou, Weintraub, los Della Terza, mis tres nietos y nosotros. Acabo de leer el último ensayo de Claudie: elaboración del texto que leyó en Indiana: «On the Object of Literary Change». (Quisiera publicarlo traducido en italiano). Estupendo. Grandioso. De un rigor y una altura admirables. Me ha conmovido. (Se lo dije ayer por teléfono).

Los nietos, magníficos. En casa de Antó y Benedicte –y con Isabel– comimos el sábado. Comida buenísima. Y siempre tan cariñosos. Besos a Anita.

Abrazos a los tres. Vuestro,

JORGE

Cambridge, martes 28 de mayo de 1968

Queridos:

Esperábamos vuestra carta con ansiedad. Llegó esta mañana. En principio, estamos, pues, de acuerdo. ¿Qué vamos nosotros a hacer? Seamos precisos. Ante todo tenemos muchas ganas de veros.

1. La situación en Francia sigue siendo confusa. Ni aviones ni trenes circulan todavía. El discurso de De Gaulle no ha causado naturalmente ningún efecto positivo. El anunciado *referéndum*, si llega a celebrarse con un resultado o con otro, no será un suceso apacible. Todo lo cual no implica *peligros*, pero sí molestias e *incomodidades* prácticas. Por lo tanto, *no* saldremos de Nueva York el 6 de junio.

2. Queda un detalle pendiente: nuestro billetito. Es el aspecto marxista –quiero decir, económico– de la cuestión. Mis modestos ingresos no me aconsejan tirar por la ventana seiscientos dólares. Podría ocurrir:

a) que no navegara el *France*, unido a las huelgas. En ese caso nos devolverían el importe del billete;

b) que, de todos modos, consiguiéramos la devolución de ese importe. Improbabilísimo. Descartamos esta hipótesis.

c) Entonces, trasladaríamos la fecha del billete no devuelta al *France* que saldría de Nueva York en octubre o quizá el 29 de septiembre (Boston). Lo que nos permitiría estar juntos aquí, en Cambridge, en Cape Cod, tanto tiempo o más que en España.

3. Si rescatáramos el precio del *France* ahora podríamos embarcarnos en el *Cristoforo Colombo* que saldría de Boston el 9 de junio. Ya tenemos reservado el camarote. Y dentro de muy pocos días estaríamos reunidos en Málaga, en Nerja.

Hay, pues, que esperar un poco para tomar una decisión. Que dependerá del *France*, no de Francia, donde la situación no invita al viaje. (Hoy por hoy lo prohíbe). Os enviaremos muy pronto un telegrama –quizá mañana mismo, en cuanto sepamos a qué atenernos–.

Los nietos, muy bien. Isabel, trabajando mucho. Hoy acaban sus exámenes. Esta noche cenará en casa. Pensamos mucho en vosotros. Os

queremos.

Besos a las Gilman. Un abrazo a Steve,

JORGE

Cambridge, 29 de mayo de 1968

Queridos:

Os anuncié ayer que tal vez hoy os telegrafiaría. El telegrama saldrá esta tarde anunciándoos que llegaremos a Málaga el 16 de junio. Eso nos parecía la solución ideal. Resulta ahora –esta mañana– que es la única solución real.

El *France*, ya en Le Havre, no hará probablemente el próximo viaje. La *French Line* nos devuelve el billete –*con tal de* que lo traslademos a otra compañía cualquiera–. Nos embarcaremos, pues –según se ha estipulado esta mañana– en el *Cristoforo Colombo*: Boston, domingo, por la tarde, 9 de junio. Llegaremos, si se cumple el programa, a Málaga, a las ocho de la mañana del día 16. ¿Vosotros entonces ya estaréis por allá? El 17 celebraremos –en Nerja o en Málaga– las bodas de plata. (En el hotel Balcón de Europa tenemos reservada habitación desde el 1º de julio. Trataremos de acomodarnos en Nerja desde el 17 o 18 de junio). Isabel desearía volar a Madrid, no detenerse en Londres, reunirse con vosotros. ¡Qué rica es esa criatura!

La situación francesa es cada vez más *histórica*. ¡Veremos! De Gaulle, probablemente, no resistirá esta acometida.

Hoy ha almorzado Antó con nosotros –después de su examen de Fisiología–.

Para los tres abrazos. ¡Qué ganas de veros!

Vuestro,

JORGE

Cambridge, martes 4 de junio de 1968

Queridos:

Quedamos, pues, en que saldremos este domingo próximo, 9, de Boston. Solo había disponible en *cabin class* un camarote malo, «sin servicios». Pasaremos esta vez a primera clase. Tenemos ya el billete de vuelta en el *Cristoforo Colombo, cabin class*. Así no se pierde el dinero ya entregado al *France*. (*France* que aún no funciona). Me alegro de que Anita pueda terminar el curso. («Así –dice Isabel– podrá ser la primera de la clase». ¿Es verdad?). Irene tendrá tiempo en dos días de arreglar nuestro piso. Y el 18 probablemente nos instalaremos en el Hotel Balcón de Europa. Y allí os esperaremos. Isabel ya estará entonces con vosotros. (La vemos con frecuencia. Va trayendo las cosas del colegio poco a poco a su cuarto). Antó irá a excavar a Irlanda. Benedicte estudiará en Boston University. Todo se va arreglando bien.

¡Difícil arreglo tiene el mundo! La situación en Francia va encauzándose. En realidad, De Gaulle va perdiendo, los obreros van ganando. Pero la revolución... ¡Oh, trotskismo perenne! Bien, sigamos adelante. Hay gente apocalíptica por aburrimiento. (Aburrimiento: fenómeno burgués). Bien, sigamos adelante. Anoche hubo –después de cenar– una gran *party chez les Bénichou*. Hablé con los Levin. Hoy comemos, invitados, con Edith e Isabel Conant. Los Bénichou volarán a París –o adonde puedan– el 7, viernes. (¡Ninguna máquina funciona! Ni la televisión. No pudimos ver ni oír el diálogo Kennedy-McCarthy). Estamos «excitadísimos» pensando en nuestra reunión de Nerja. No sé si os escribiré otro día antes del domingo. De modo que... ¡Hasta Nerja! (Ya sabéis, en Málaga, Paseo Marítimo 29 A).

Abrazos, abrazos,

JORGE

Viernes tarde, 14 de junio de 1968

Queridos todos:

Henos al fin de nuestro viaje. Mañana nos daremos un paseíto por Lisboa y el domingo llegaremos a Málaga. ¡Si os pudiésemos telefonear! (No conocemos vuestro número).

Salimos, por fin, de Nueva York. El domingo 9 no se trabajaba: luto por el pobre Bob Kennedy. Un autobús de la compañía italiana nos condujo el sábado de Boston al barco. Nuestro camarote es estupendo: ¡el mejor de mi vida! ¡Por una vez! La comida, excelente. El tiempo, gris varios días. El barco, tranquilo. Todas las tardes hemos visto películas de Hollywood, todas de una repugnante violencia. Hemos encontrado aquí a los McAndrew, muy amables, a Blanche De Puy, con una amiga, a un señor venezolano que me conocía *by name*. En suma, travesía excelente. A estas horas ya estará con vosotros Isabel; Antó debe estar volando ahora. Hay aquí una niña preciosa que nos recuerda constantemente a Anita. (Se llama Cici, o sea Chichi).

¿Qué deciros de los últimos acontecimientos? El asesinato de Bob Kennedy se ha atenido a los tres mitos de hoy: violencia, rebelión y juventud. El asesino es un joven rebelde violento. Claro, un joven imbécil. (¿Y no os suenan estas palabras juntas a *profanación*? En cambio, «viejo imbécil» es una redundancia). Voy leyendo estos días a Marcuse. De veras muy interesante. Lo que está ocurriendo en Francia está previsto en *One-Dimensional Man*: los partidos comunistas (el francés, el italiano) no quieren el poder. En fin, charlaremos. Tenemos infinitas ganas de veros. Os esperaremos en Nerja.

Abrazos, besos,

JORGE

Málaga, martes noche, 18 de junio de 1968

Queridos cuatro:

Llegamos felizmente a la hora prevista, el domingo. Y allí en el muelle estaban Bernabé y su señora, y Alfonso Canales. Todo fue lento y facilísimo. La casa estaba limpia, en buen estado. Esto nos gusta mucho. En vista de tu carta, Teresa, decidimos por fin, ir el fin de semana a Nerja, puesto que vosotros no llegaréis hasta el domingo.

Esto intentamos deciros por teléfono. Pero la comunicación fue muy deficiente. No se oía nada o casi nada. Llamamos no sé cuántas veces antes, pero en balde. Venid, venid pronto ¡Solo así nos oiremos! Y pensábamos en esa perfección del *long distance* americano. Si todos los *servicios* de este planeta funcionasen así, viviríamos en el mejor astro de la galaxia. En fin, Málaga es una ciudad de gran simpatía. Y en este minúsculo piso tan modesto, se encuentra uno bien. Voy a escribir en este momento al Balcón de Europa tratando de reservar una habitación para vuestros chilenos. ¡Bienvenida, Isabel! Anita, en el colegio. ¡Qué buenas notas va a tener! Sentimos no oír tampoco la voz de Steve; no sé nada de él hace tiempo. ¡Qué sensacional habría sido, Teresa, verte en el muelle «una mañana en domingo», como en el romance!

Abrazos. Besos. ¡Os esperamos!

JORGE

Nerja, 31 de julio de 1968

Queridos cuatro:

Os imagino todavía rodando hacia París. ¡Os echamos de menos! Plus de Frigiliana... Seguimos yendo a casa de los Lorca. Hoy estuvo en Málaga Irene con Isabel. Los Mandel se van. Todos los días almorzamos con los Brown, muy viejos amigos; él, más joven, más alegre. Y viviendo la vida española hasta las dos de la mañana... El tiempo, no demasiado caluroso.

Llegan periódicos y cartas. Hoy he recibido bastantes de Cambridge, retransmitidas en un sobre por Benedicte. (Adhesión a un homenaje a Otis Green. Petición de artículo en homenaje a Zubiri. Nueva invitación a Puerto Rico, Mayagüez. Y –¡ay!– la señora Venturi que me pide el prólogo para su libro de versos ¡Qué compromiso! Y no es posible siempre imitar a la mujer honrada y decir que no...).

Aquí seguiremos, si se cumple nuestro plan, hasta el 12; y en ese día nos trasladaremos a Málaga. Nos anuncian su visita para el 13 la *zia* Margherita y *lo zio* Piero. Los Casalduero están cerca; pero no vendrán. Voy a escribir a don Joaquín a «Gobierno Militar, Granada». Por lo visto, a su hermano lo han trasladado de Burgos a la ciudad de F.G.L. [Federico García Lorca]

Esperamos carta de mi señor hijo. Queremos saber de vosotros.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Nerja, 4 de agosto de 1968

Queridos cuatro:

Recibimos vuestra postal. Vuestra emoción en Moissac es contagiosa. No quisiera morirme sin haber visto ese claustro. (¡Qué gran guía Pepe Giner!).

Pero hoy no estamos para bromas. El suceso terrible de Bélgica nos obsesiona. Me lo comunicó José por teléfono. Conducía ella, Ana. Llovía torrencialmente. El coche iba a gran velocidad. (Aquí Manolo dice que los dos, marido y mujer, conducían como locos). Y estaba atravesado en la carretera un gran camión. Víctor Pradera murió en el acto, Ana, poco después en el hospital. No sufrieron nada los acompañantes: Ferrater Mora y su mujer. (En las noticias de los periódicos no se dice más que «un norteamericano»). Atroz, espantoso. Telegrafié; escribí; hablé por teléfono con Emilio. Dice que fueron a Bélgica y que eso «le había consolado algo».

Yo le pregunté si estarían en Madrid estos días. Se irán el miércoles o el jueves a Ginebra. Yo encargué a Bernabé que me tomara billete de ida y vuelta en el avión. Saldré mañana lunes por la tarde. Volveré el martes por la noche. Paco se animó a ir a Madrid; veremos si Bernabé le encuentra billete. Nosotros tenemos muy vivo el recuerdo de Filadelfia, donde los Pradera se portaron muy bien con nosotros.

Seguimos pensando irnos a Málaga el lunes 12. Contadnos cosas de París.

Para todas las Gilman, besos. Para Steve, un abrazo,

JORGE

Málaga, lunes tarde, 12 de agosto de 1968

Queridos:

Henos, pues, en *nuestro* Paseo Marítimo 29 A. Nos despidieron, frente al hotel, don Pepe y don Paco. La pobre –y finísima– Laura está enferma: sufre ataques dolorosos de vesícula biliar. Pero hagamos nuestra pequeña crónica en orden. Fuimos Paco y yo a Madrid el lunes, hace ocho días, volvimos el martes. Mi visita fue larga e intensa; no salí de casa de Emilio –donde me alojaba– más que para ver a los Prados, que hoy llegarán a Nerja. Emilio y Carmen estaban deshechos de verdad. Me agradecieron mucho mi presencia. Leí vuestro telegrama. (¡Espantoso!). Hablé con varios amigos. Los Orbanejas han estado muy rodeados por sus amistades, que son numerosas. (Ahora estarán en Ginebra, con la otra melliza). Al día siguiente, el miércoles, me sentí cansadísimo –más que nunca en mi vida–. Todo aquello me había removido intensamente. Me «restablecí» poco a poco. Llamamos al médico; nada... Me recetó Geriplex –las Santas Vitaminas–. Y cuando estaba más cansado se presentó un muchacho inglés, de Cardiff, con su tesis (en preparación) sobre *Cántico*. Tesis que, en conjunto, está muy bien. Robert G. Havard, futuro hispanista. Muy joven, muy inteligente; sueña con enseñar en los Estados Unidos.

Mañana pasarán el día en Málaga los tíos de Irene y sus hijos. Nosotros llegamos a las doce aquí; la casa está perfectamente funcionando; Irene cansada. Nos gustan este piso y esta ciudad. (Llaman a la puerta. El alcalde envía unas flores a Irene. ¡Por Dios!).

Abrazos y besos. Recuerdos a Yaya. Sí, Luigi y Ottavia están en París.

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 19 de agosto de 1968

Queridos cuatro:

Espero que estas líneas os alcanzarán en París antes de emprender el gran viaje. Llegaron tus cartas, Teresa. ¡Qué contraste el de ese tiempo de París con el de esta costa! Hace calor, pero no demasiado –en general–. ¿Qué nos ha ocurrido bajo este sol que ningún día deja de ser espléndido? Vinieron los tíos de Irene –y los hijos de *zia* Margherita–. Los invitamos nosotros. Cenamos en su barco *Roma*. Quien hizo todo el gasto de conversación fue Irene. ¿Tímida? Sí, sí... Vino a casa Ernesto Mejía Sánchez, profesor en el curso de Filología de Alvar. Ahora aguardo a una alumna de ese curso, rumana, que ha hecho o está haciendo algo sobre la poesía de este servidor. Vinieron los Crocco. Encantadores; delirantes de entusiasmo por Málaga; solo dolidos porque Claudie no les contesta. Los amigos de aquí –Bernabé, Canales– nos han hecho un regalo magnífico: gracias a ellos somos socios honorarios de un Club Mediterráneo que está aquí, a dos pasos, precioso, lujoso. Conocimos a un pintor cubano, Orlando. El jueves iremos a Nerja a ver a los Prados y a los Lorcas. Vino Gallego Morell a invitarme a una conferencia. Me *prepararé* la visita de unos jóvenes poetas malagueños. Leemos, paseamos. Irene trabaja en la casa. Yo, también...

Ahí están unas cuantas fotos de Frigiliana. Otras ya las hemos enviado a La Jolla. Los Claudie quizá estén ya camino de México City. Allí los verá Steve. Y dejo para el fin lo más importante: cantemos el *Happy Birthday to you* «muy cariñosamente». ¡Felicidades, Steve! Buen viaje a todos. Os queremos. A Isabel le escribiré a Cambridge.

Os abraza vuestro

JORGE

Málaga, 6 de setiembre de 1968

Teresa, hija:

Tuvimos carta de Claudie, trozo no inferior a una charla por teléfono. Habrá, parece ser, libro. Los ensayos van encauzándose en ese sentido, lo

que me alegra mucho. Y puesto que no nos veremos en Frigiliana, cuánto celebraría que coincidiésemos en Cambridge, cuando ellos emprendan el camino de Europa.

Estamos ocupaditos. Dentista. Sastre. (Dos trajes están haciéndome). Visitas no faltan. El tiempo es delicioso.

Hoy me ha dado Macrì la noticia tristísima de la muerte de Leone Traverso, uno de mis mejores amigos italianos. Lo siento muchísimo. ¿Visteis una reseña de mi *Antología* de Oklahoma en el *New York Times*? Un artículo bobo. (*One Spaniard!*).

Para todos, recuerdos, abrazos, hasta besos... Vuestro,

JORGE

Málaga, 13 de setiembre de 1968

Respondo, Teresa, a tu carta recibida hoy. ¿17 días sin carta? Es un cálculo inexacto. Escribí a Isabel –es decir, a casa–. Te escribí a ti –y en otra hoja a Steve, esperando que Steve se digne escribirme a mí también alguna vez–. Os he contado nuestra apacible vida en Málaga, sin *temps trop pure*, desde luego. Los Spiteri, muy simpáticos, nos llevaron a comer a Gibralfaro. Seguimos viendo a nuestros vecinos, los Crocco. Irene frecuenta el precioso Club Mediterráneo. Como no hay teléfono en este piso –dificilísimo de conseguir– las visitas –no infrecuentes– se presentan sin previo aviso. Yo trabajo –en verso y en prosa– todos los días. Solo nos descompone, en esta vida tranquila, el ruido. Tenemos dos *night-clubs* y un bar en este inmueble. Y los trasnochadores –no «báquicos», sino mecánicos–, con estridencias de claxon y motores hasta las cinco de la mañana, no dejan dormir a Irene. (Yo soy suficientemente sordo para no oír nada). «El trepidante imbécil en su motocicleta...». Así podría empezar una sátira. ¿Qué hacer? La cosa no tiene remedio.

Sigamos hablando del desorden. Yo dejé encima de la mesa, en el despacho de Steve, *Homenaje* y *Suite italienne* tiernamente dedicados. Si

allí no estaban, solo puede haber dos motivos: el robo o el desorden. Un robo de bibliófilo no me parece probable. No hay en Cambridge lectores de mi poesía, que yo sepa. ¿El desorden? Pregunta a los habitantes de la casa: a Antó, que allí estuvo. Ya es un colmo que mi ejemplar de *Homenaje* se haya perdido en casa de don Claudio Guillén. ¿Se va a repetir, agravada, la historia en Gray Gardens? *Aire nuestro* no lo ha mandado a nadie Scheiwiller, que se porta muy mal. Pero todo irá arreglándose. Nos vamos el 18, miércoles. ¡Escribiremos!

Besos, abrazos,

JORGE

Málaga, martes *17 de setiembre* de 1968
(45º aniversario de la muerte de mi madre)

Teresa, hija:

Anoche llegó tu telegrama. Me enternece sentir –además de saber– que te acuerdas tanto de mí, de nosotros. Te he escrito todas las semanas. Siempre os he tenido al corriente de nuestra vida y su tranquilo movimiento. No te dije –en mi más reciente carta– cuál sería nuestra dirección en Sicilia porque no la conocemos. No ha habido modo de encontrar información en las agencias de viaje de Málaga. El 20 llegaremos, «si Dios quiere», a Palermo, y enseguida desde allí te comunicaré el nombre del hotel. (En Palermo, conocemos a un profesor, «romanista», amigo del joven Francesco Orlando, profesor en Pisa, uno de los últimos amigos de Lampedusa). Pensamos, por de pronto, visitar Girgenti, Segesta, Erice y Taormina –con Mazzaro–. Probablemente el 2 o el 3 de octubre llegaremos a Florencia. Ya te escribí nuestra dirección: «Pensione Chiari, Piazzetta Adimari 2, via Calzaioli, Firenze». Nos acordamos mucho de Gray Gardens, y de sus habitantes. ¿Pasó el examen Anita? ¿Encontraste *Homenaje* y *Suite italienne*? ¿Cómo están mis nietos? ¿Qué pasó en México D. F.? Ese telegrama me conmueve, más aún: *sono commosso*.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Palermo, sábado, 21 de setiembre de 1968

Queridos:

¡Ya estamos en Palermo! Llegamos anoche, a eso de las nueve, tras un paseíto que nos dimos en Nápoles por la mañana. Viaje excelente, si no fuera que... ¡Mala suerte! He estado muy bien todo el año... hasta el momento de la salida de Málaga. Allí, en la Estación Marítima –adonde acudieron a despedirnos María, Leónides y Bernabé– sentí de repente un violento desarreglo intestinal. ¡Me asistió Leónides! Había tomado un *brioche* en el desayuno; y eso, –según Leónides– debió de ser lo que me hizo daño. Tras muchas horas de dieta, volví a cenar a estricto régimen. Y ayer, de nuevo, volvió la crisis. Se trata, sin duda, de una pequeña infección. Me vio el médico del barco. Aquí buscaremos a otro. La cosa en sí misma no es grave, sino socialmente, porque por ahora me prohíbe el turismo. Estoy en el cuarto del hotel la mayor parte del tiempo; di una vuelta por la mañana; daré otra por la tarde. Pero el «turismo» exige más fuerzas y más libertad de movimientos. Veremos mañana. Esto prolongaría nuestra estancia en esta antiquísima Sicilia. ¡Y pensar que he estado perfectamente durante tantos meses, y ahora me aflige esta desairada coincidencia con un viaje! Irene, mientras tanto, me lo resuelve todo. Estamos en el «Albergo Centrale, Corso Vittorio Emanuele». Nos rodean palacios barrocos de la época española. El tiempo es delicioso. Yo descanso, leo a Marcuse, a Croce... Esta noche veremos a un profesor de Letras, también tal vez a unos primos (barones) de Crocco. ¡Paciencia! Espero que esta situación embarazosa terminará pronto.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Palermo, martes 24 de setiembre de 1968

Queridos:

Empezaré hablando de mi salud. De su «incertidumbre» he sido prisionero. Ya voy liberándome. Ayer vino un médico, excelente; me recetó lo que yo necesitaba. Mi «vida interior» se normaliza. Sin embargo, la prudencia nos ha aconsejado seguir en Palermo hasta el viernes. Entonces, emprenderemos un tour de tres días, en un *pullman* o autobús llamado *The golden ribbon*, alrededor de la isla: Segesta, Selinunte, Agrigento, Piazza Armerina (famosa por los famosos mosaicos), Siracusa, Catania, Taormina. Allí, a Taormina, llegaremos, «si el plan se cumple», el domingo 29. Y el lunes 30 por la tarde, tomaremos el tren –coche cama– directo hasta Florencia, donde estaremos en la mañana del 1º de octubre.

Mientras tanto hemos paseado por estas calles próximas –en el barrio antiguo– llenas de iglesias y palacios interesantísimos. Los hay en ruinas por los bombardeos aliados de la última guerra. Mucho barroco español. Y qué gran patio a la italiana, con tres galerías sobre tres arcos que lo cruzan de un lado a otro («Principe Cattolica»). Vinimos el domingo a Monreale. Catedral estupenda, con mosaicos bizantinos, con un gran claustro. Nos condujo a Monreale el profesor Varvaro (o sea Bárbaro), el joven filólogo *molto in gamba* de la Universidad de Nápoles, amabilísimo. Leo, hemos comenzado a ver películas. (En Málaga, casi en ayunas). Os recordamos mucho a propósito de esto o de aquello. Os lo contaré todo.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Me dice Varvaro que hay un artículo de Schalk sobre *Homenaje* en el último número de *Romanische Forschungen*. ¡Gran sorpresa!

Palermo, 26 de setiembre de 1968

Queridos:

Llegamos a Palermo el viernes pasado. Nos iremos de aquí mañana viernes a las ocho de la mañana. Me encuentro bien, ¡libre! –pero vigilante–. En un breve *tour* «panorámico», subimos al santuario de Santa Rosalía, llegamos hasta Mondello, la plaza de Palermo. Visitamos más iglesias. ¡Normandas, árabes! Y góticas, barrocas, rococós. Muy rica ciudad. La hemos paseado mucho. Quería ver al escritor Leonardo Sciascia, y por fin lo vimos esta noche antes de cenar. Persona muy buena, y excelente escritor. A todo esto, quien no ha parado un momento es Irene, organizadora activísima con infatigable curiosidad. El tiempo ha sido y es excelente. Este hotel, agradable... Hemos ido al cine. Ha caído algún poemilla. ¿Qué más? Adiós a Palermo. Nuestro *tour* siciliano no será de tres sino de cuatro días. Llegaremos a Taormina el lunes 30. Tomaremos el tren al día siguiente. El día 2, por la mañana, estaremos en Florencia, en esa Pensione Chiari donde ya estuvimos, muy cercana al Duomo, y a la tertulia, *pensione* ¿quizá ruidosa? Pero, ¿dónde no deja de oírse un ruido insoportable? Os supongo –al profesor y los escolares– ya encarrilados en vuestras labores. A Antó le escribiré antes de dejar Sicilia. ¿Cómo olvidar a mi antiguo compañero de viaje? Ni a sus autores, ni a las señora y señoritas Gilman.

¡Hasta pronto! Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Florencia, sábado 5 de octubre de 1968

Queridos todos:

Supongo que tú, Teresa, ya habrás regresado de La Jolla, cuando esta carta llegue a Gray Gardens. Hemos pensado mucho en vuestra reunión de Bellevue Avenue. Ya nos contarás. Recibí tu carta, Teresa, y la de Steve, que

le agradezco mucho. Os contaré nuestra aventura –sin aventuras– de Sicilia. El *tour* muy bien organizado, salió perfecto, sin fatiga, con suficientes pausas de libertad. Y el viaje en tren (coche cama) pasó en un soplo. Estupendas las ruinas; nos gustó mucho sobre todo –y en esto coincidimos con los Plaza, a quien vimos ayer, acabados de llegar en su «Castellina»– Segesta, con un templo griego, que, aparte el Parthenon, es quizás superior a los templos de Grecia. Y Selinunte. Y el teatro de Siracusa... Y varias ruinas en Agrigento, de esa Grecia siempre rota ante nuestros ojos de turistas ¿Qué ruinas quedarán de la violenta civilización que vivimos? Hubo, también, como conté a Anita, la excursión al Etna infernal. Y como apunté a Isabel, pasamos por la villa romana de Piazza Armerina, con estupendos mosaicos. Y aquí estamos, devorando Duomo, *campanile*, *cupolone* a todas horas, como en este momento desde esta ventana, a dos pasos de todo, por ejemplo, del cine, de donde vengo. (*La ragazza con la pistola*, película irónica y humorística italiana, con Monica Vitti). Irene ha seguido hasta el Ponte Vecchio. Estamos bien, pero muy atentos a lo que ingerimos. Apenas hemos visto gente. Murió León Felipe. Y José Luis Cano me pidió colaboración para el homenaje de *Ínsula*. Esta mañana escribí un poema. Fui a la universidad. Vi la revista de Schalk. ¡Increíble! El *leading article*, de 12 páginas, está dedicado a *Homenaje*. Y allí nuestro nombre; Schalk copia aquel poemilla «Veinte años».

Los Plaza nos dijeron que Laura y Paco se fueron al Brasil para asistir al descubrimiento de una estatua de Federico. Las noticias de México son graves. ¡Qué añito 68!

Abrazos, besos,

JORGE

Florencia, 15 de octubre de 1968

Queridos:

Desde Viareggio escribí a Antó. ¿Os enseñó la carta? Fue grata la visita a un Viareggio otoñal. Pasado mañana se irá Irene a París. Se alojará, creo, en casa de su hermano. Va a pasar este próximo fin de semana en familia. (Verá a Renée, si es preciso, en Versalles).

¿Qué pasa en Florencia? Pasa Vanni Scheiwiller. Arrepentido de su «letargo», fuera ya –me parece– de su crisis. Es una especie de resurrección. Atentísimo. (*Et pour cause!*). Quiere –me repetía– haceros un regalo «fuerte». Empezará, pues, a distribuirse *Aire nuestro*. Y ha escrito a Aguilar, el de Madrid, muy bien dispuesto a encargarse –caso excepcional– de distribuir un libro no impreso por esa casa. Os enviará –otra excepción– un *Aire nuestro* por vía aérea. (Como es muy caro, los otros ejemplares –pocos– irán poco a poco).

Hemos visto en su Castellina –la villa entre Florencia y Fiesole– a los Plaza. Magníficos, generosos. He firmado esta mañana cuatro libros con sendas dedicatorias para ellos: *Homenaje, Aire nuestro, Suite italienne, Poemas de Castilla*. Se lo merecen todo. Plaza espera que en este otoño, venga Paco (García Lorca) con un manuscrito acabado para que lo impriman en Verona. ¡Veremos! Supongo que nosotros ya no estaremos aquí. Porque dejaremos Florencia hacia el 15 de diciembre, pasaremos unos días en Roma, el 27 nos embarcaremos en Génova y el 29 nos dejará el *Raffaello* en Málaga, a dos pasos de nuestro Paseo Marítimo.

Suelo ir a la tertulia a las siete y media. A las ocho y cuarto hay que estar ya en la pensión –donde, por cierto, comemos bien–. Yo me someto al régimen que me ha señalado nuestro médico. Régimen transitorio hasta que se normalice mi vida interior. Me encuentro, por otra parte, perfectamente, sin ninguna gana de perecer en una conflagración universal, por algún motivo –que, desde luego, rechazo–.

(¡Qué vergüenza que haya un candidato Wallace! ¡Esa California!). En Madrid han suprimido la revista *Cuadernos para el Diálogo* y han condenado a la cárcel al autor de un artículo. ¡Qué triste farsa! Incluyo dos fotografías. Teresa, en el sobre que me enviaste, llegó este papel adjunto pero sin el cheque (del Atlantic) que le corresponde. ¿Cómo es eso? Irene está con Paulina, su prima.

¡Adiós! Hasta prontísimo. Os abraza vuestro

JORGE

Firenze, 31 de octubre de 1968

Queridos:

Estas líneas os llegarán en las vísperas de las elecciones. ¿Quién no sigue –en el mundo entero– con gran interés esa marcha de los mediocres al Poder mayor del mundo? Almorzamos ayer en casa de los Santoli. Amabílisimos. Muy civilizados. ¡Votarían por Nixon!

(En este momento llama Beatriz. Encantadores, los Plaza. Ellos nos invitaron a los Bigongiari y a nosotros a comer *da* Doney. Otra invitación, el sábado).

No descuidamos, por otra parte, a la familia. Irene estuvo en Pescia, donde abundan los primos, *i cugini*. (De Claudie no sé nada desde el mes de setiembre, creo. Escribirá después de las elecciones).

No me acuerdo de si os hablé de mis coloquios con Macrì, que me hace preguntas sobre *Cántico*, poema a poema, con una pasión y un conocimiento conmovedores. (He recibido, por cierto, una muy gruesa tesis de Bari. Un discípulo de Bodini, muy inteligente, comunista, ha escrito *Ricerche sull'organismo poetico de Cántico* di J. Guillén. En todo el tomazo no aparece la palabra Jorge. ¡Yo no me llamo don Jota!).

Recibisteis *Aire nuestro.* ¡Ya era hora! Vanni ha principiado a distribuir el libro. (10.000 liras en Italia. En el extranjero 18 dólares *post free*). Vuestro ejemplar es el único expedido por vía aérea. ¿No has encontrado aún, Teresa, la *Suite italienne*? Cometí la imprudencia de dejar aquellos ejemplares encima de la mesa en el despacho de Steve. Debí dejarlos dentro del cajón, menos expuestos así al extravío o al robo. Mira en nuestro dormitorio, tercer piso, y a la derecha, en el fondo, están los libros de J. G. o relacionados con J. G. Allí debe haber alguna *Suite*. (Los ejemplares vuestros estaban dedicados).

El tiempo es delicioso. Yo he normalizado mi vida interior. Es muy animada la vista de Florencia que contemplo desde la mesa en que escribo.

¡Cuánto siento lo de Ginoux! Nuestros cordialísimos recuerdos. Celebro infinito que Steve termine su *Rojas*. Será un gran libro. Ya ha escrito Irene a Rita Dinale. Aquí el otoño no es tan bonito como ahí.

Se os recuerda mucho. Abrazos. Besos,

JORGE

¡Cuánto me gustaría oír a Anita recitar aquellas *Gaviotas*!

Florencia, martes 12 de noviembre de 1968

Queridos todos:

Ayer escribí a Steve y a Claudie. Hoy vuelvo a Cambridge antes de salir mañana para Roma donde estaremos unos ocho días.

Esta mañana fuimos con Rita Dinale en su coche a la Cartuja de Florencia, cercana a la ciudad. Vimos unos frescos del Pontormo, pintor en el que yo me he fijado recientemente, y que es muy bueno. Y visitamos lo que podríamos llamar talleres, laboratorios, en los que se restauran los libros estropeados por la inundación de hace dos años, pertenecientes a la Biblioteca del Vieusseux. Labor ímproba, *extraordinaria*, en la que jóvenes pacientes y expertos transforman libros –negros de «nafta»– en obras relativamente nuevas. El trabajo análogo en toda Florencia ha sido admirable. El Borgo S. Jacopo, por ejemplo, junto a via Maggio, ha sido rehecho de un modo que equivale a una resurrección. ¡Gran ciudad –todavía–!

Ayer estuvimos en casa de los Bigongiari. Anteayer, en casa de Elisa. Tiempo todavía templado. Veremos en Roma. (Estaremos en el albergo Santa Chiara –adonde van «prelados, profesores y Sartre»–).

¡Qué bien ha debido quedar esa casa de Gray Gardens! La casa que más me gusta –entre las que frecuento–.

Hasta pronto. A mayores y nietos (que van siendo mayores). Abrazos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Roma (Albergo Santa Chiara),
miércoles 20 de noviembre de 1968

Queridos:

Mañana volveremos a Florencia. Os contaré ahora nuestros días romanos. Ante todo, hemos visto a las antiguas amistades. Los Cardona y, con ellos, entre otros, a Paolo Milano. Por cierto, estos amigos de Irene, los Cardona y también Milano, son entusiastas de los Holton. Se entienden muy bien con ellos. Los Cacciatore, etc., etc., los Murilo Mendes. Angela Bianchini, a quien volveré a ver esta noche, quiere escribir un *Retrato* de este servidor. Mención especial merecen María Teresa y Rafael. Poseen en el Trastevere un piso precioso, con tres habitaciones muy amplias. (Piso muy caro, nos cuentan los amigos: 30 millones de liras. ¿Premio Lenin?). Almorzamos con ellos ayer. El sábado nos ofrecieron una *party* en nuestro «honor». Hubo mucha gente, sobre todo joven, sobre todo femenina, sobre todo vimos a muchachas guapas. Los Alberti se han organizado muy bien su vida y su casa y reciben *con gran cordialidad*. Rafael ha escrito un librito que me dio ayer: *Roma, peligro para caminantes*. En efecto, por las calles, aquí, se transita de milagro. Esta mañana le he enviado un poema sobre el mismo asunto: el poemilla de hoy.

Estuvimos en un concierto de un nuevo, para nosotros, director de orquesta francés: Prêtre. Hemos visto alguna película. Hemos callejeado. Roma está atestada de gente y sobre todo de automóviles. El tráfico se opone al avance. Es lo único que defiende al transeúnte. Cuando llegamos la temperatura era aún suave. Ya ha empezado un frío casi de invierno. Ha llovido. Pero este hotel Santa Chiara, muy conocido en Roma, de tipo medio muy honorable, tiene buena calefacción. ¡Veremos en Florencia!

Todo esto y otras cosas –no enumero a todos los amigos vistos– se ha desarrollado con toda felicidad. Único incidente: en el coche de Giancarlo, el hermano de Irene. Fuimos el domingo a su casa. Al volver, hacia el mediodía, un coche se nos echó encima. Giancarlo tuvo que frenar, y de tal modo, que Irene junto a su hermano se dio en la frente un gran golpe, no en el cristal, sino en el borde de la visera contra la luz. La frente empezó a sangrar, fuimos al Policlínico, le dieron tres puntos. Irene, muy serena. Los Mochi somos así –decía Giancarlo, desesperado. El incidente pudo ser mucho más grave. La vida, decididamente, es frágil.

Un nombre más: Sylvia Poggioli. La encontramos por casualidad en la calle. Acaba de pasar casi una hora con nosotros en el hotel. Está *molto in gamba*. Ha votado por Cleaver. (¿Se escribe así?). Irene la presentará a Inma Cardona. Necesita conocer a gente.

¡Adiós! Irene no está. Espero a Angela Bianchini. Mañana encontraré carta tuya, Teresa.

Abrazos,

JORGE

Florencia, 3 de diciembre de 1968

Queridos:

Responderé a vuestras últimas cartas. Pero antes quisiera referirme a mi estado de salud. El frío me afecta enseguida. Hace un tiempo delicioso para un diciembre. Sin embargo, tuve un principio de faringitis. El médico me aconsejó que no saliese de la habitación durante tres días y que renunciase al proyectado e inminente viaje a Lugano –Suiza– donde Scheiwiller tiene amigos en la televisión. Ya estoy bien. Sigamos.

Ya he contestado a la carta –encantadora– de Isabel. (Muy pronto responderé a la carta –encantadora– de Anita). Sí, es preferible que aplace su visita a Florencia, porque las iglesias y los museos –de temperaturas polares– no son gratos en estos meses. Nos encantaría coincidir aquí con

Isabel, como coincidimos con Antó. (Escribí a Benedicte y *evoqué* ese increíble *bœuf bourguignon*...). En cuanto al viaje de Claudie a Sevilla, él me aclarará sus planes. Nosotros pensamos dar una vuelta por Sevilla en febrero o marzo. Dices, Teresa, que Claudie se quejó por teléfono. Es su estilo. Ya entonces le había contestado a sus preguntas. Todavía no me ha llegado su *Perspectiva*, que ardo en deseos de leer y releer.

Ya dije a Benedicte que nos alegró mucho la buena noticia sobre Alan y su liberación de la guerra del Vietnam. ¿Qué deciros de la *res pública*? Todo indica que es periodo de gestación, difícil; pero ¿cómo no renunciar a la esperanza, aunque no se crea en el mito del Progreso fatal y seguro?

¿Hablasteis con Seferis? ¿Volvió Borges a los Estados Unidos? Yo he estado preparando ya mi antología para la Alianza Editorial –que terminaré en Cambridge–. Claude Esteban, el amigo de París, vendrá a pasar las vacaciones de Navidad a Florencia; quiere hacer su libro (su tesis) sobre JG.

Hasta prontísimo. Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, 15 de diciembre de 1968.
Diez y media de la mañana

Queridos:

Os escribo en la cama. Tengo un catarro *spettacoloso*. Verdad es que hace bastante frío. ¡No volveremos a Florencia en invierno! La otra noche, el viernes, hubo gran cena en La Castellina (cumpleaños de Beatriz), y por excepción *salí de noche*. ¡Se me agravó el catarro! Vosotros os vais al Caribe. ¡Estupendo! Nosotros, por fin, saldremos *el 6 de enero* para embarcarnos en Génova el 8. Pasaremos el día de Navidad en Pescia, con los primos Chiostri. Adjunto cheque navideño –de poca entidad–. (A Benedicte y Antó –¡otra casa!– les enviaré otro documento bancario). El mejor regalo de estas Fiestas es ya –sin duda– el de Claudie: llegaron los dos textos. ¡Grandiosos! No sé cómo poner aquí en movimiento la

traducción al italiano de esa estupenda *Perspectiva*. A propósito de «cultura». Por aquí pasó Sarolli. Dio dos conferencias. Asistimos. También estuvimos con Rita Dinale, almorzando en casa de los Bigongiari. (Por cierto, los amigos italianos de Rita no la han presentado a nadie). ¿Encontrasteis la *Suite italienne*? ¿Y *Aire nuestro* con mi dedicatoria? Pasaré este fin de año escribiendo cartas; me han llegado no sé cuántos libros que debo agradecer ¡Qué Santa Claus os espera!

Para todos, abrazos. Aumentan las ganas de veros.

JORGE

Génova, miércoles 8 de enero de 1969

Queridos:

Hoy todavía estaréis en Antigua, McLeish Island. ¿Cómo es Antigua? ¿Podría ser un refugio de invierno? Nosotros estamos ya camino del sol. Llegamos a Génova anteayer. Ayer vino Vanni Scheiwiller. Amable, muy amable (*et pour cause!*) y activo como antes. Está ya, –¡por fin!–, comenzando a trabajar *Aire nuestro*. Le enseñaré el ensayo sobre la *Perspectiva*. Él está dispuesto, si Claudie aprobase la idea, a ocuparse de la publicación en Italia –y en italiano–. Acabo de escribir a Claudie. Se hará lo que él juzgue oportuno.

Ahora es Irene quien está muy acatarrada. Yo estoy tomando los reconstituyentes, que me ha señalado nuestro médico de Florencia. (Se trataba solo de fatiga). Hace mal tiempo. Nos embarcaremos en el *Anna C.* esta noche a las nueve. El sábado, por la mañanita, en casa. Comienza el regreso. ¡Hasta pronto! (Saldremos de Málaga el 24 de abril).

Abrazos, besos. ¡Adiós!

JORGE

Málaga, lunes 13 de enero de 1969

Queridos:

Al llegar a Málaga –el sábado, anteayer– encontramos la carta de la Guadalupe, y hoy nos han llegado las cartas de Antigua. En suma, viaje felicísimo. La carta de Anita merece especial contestación. (Reservado: tanto me gustó ese texto que me emocioné). En cuanto a nosotros... El viaje no ha podido ser más tranquilo. Dejamos el invierno en Génova y encontramos en Málaga un día clarísimo de casi primavera. Y este balcón, y esta vista del mar con esa luz... ¡Admirable! En cambio, ayer llovió, suceso excepcional, y hoy el día es gris pero muy templado. Irene ya ha comenzado a «trabajar». Esto de los viajes *lo borda*. Vino a esperarnos Bernabé. Ayer fuimos por la tarde a su casa y nos quedamos a cenar. Desde su teléfono hablamos con Vicente Aleixandre. Ya tenemos a Dámaso como director de la Academia; me dicen que en verano irá a los Estados Unidos. Se ha muerto Eusebio Oliver, nuestro médico; escribiré a la viuda, Carmela. Lo he sentido mucho. Vino ayer María de Oñate, joven, para su edad. Muy cariñosa. Esta tarde volverá. (Mañana regresa a Madrid). Seguiremos charlando otro día muy pronto. ¿Qué es de mi querido Antó? ¡Cuánto le agradecería una carta!

Besos, abrazos, a Isabel, a todos. Os quiere

JORGE

Málaga, 20 de enero de 1969
¡Inauguración de la temporada!

Queridos:

Llegó vuestro telegrama, que agradezco –abrazando– a cada uno de los firmantes. Llegó un gran telegrama de Antó, que le habrá arruinado, y por eso mismo, aún más conmovedor. De los Guillenes, sacó el pecho afuera José en un telegrama muy expresivamente cariñoso. (¡Mi hermano me

mima!). Y el telegrama de los Plaza me abrumó, afectuoso y admirativamente monumental. ¡Gracias! En suma se-ten-ta y seis años. La salud es buena. Trabajo todos los días. Tengo ganas de seguir y no me canso más que físicamente. (Eso sí, un poquito más...). En suma, soy abuelo –o si preferís, abué–. Y a mí me encanta ser padre de mis hijos y de esos nietos que de veras me hacen feliz.

Está en Málaga Julio Lozano. (Trabaja, provisionalmente –como representante de la Seat– o sea, de la Fiat. ¿Habéis visto *Time*? Grandioso ese Agnelli). Ayer almorzamos en el restaurante más próximo, el de Antonio Martín. Y nos acompañó Julio, muy simpático e inteligente. En esta semana, llegarán María y Leónides.

Sigo con la familia –casi–. Acabo de escribir a Jaime Salinas, aceptando su idea –que me es muy grata– de reeditar como libro de bolsillo *Lenguaje y poesía*. También en Barcelona, se reeditará *El argumento de la obra* –con otros dos ensayos–. Y Blecua prepara ya la edición *crítica* del segundo *Cántico*.

A todo esto hace un tiempo deliciosísimo. Vinimos a Málaga para ver si funciona como ciudad de invierno. Y funciona, ya lo creo, muy bien. ¡Qué luz en este cuarto ahora! Tus noticias, Teresa, del Caribe, no podían ser mejores. Mis próximas cartas serán respuestas a las de Isabel y Anita.

Para todos –incluidos también a Antó y Benedicte–, abrazos de vuestro muy viejo antepasado, feliz cuando piensa en vosotros.

JORGE

Málaga, domingo noche, 26 de enero de 1969

Queridos:

Esta tarde se descolgaron en casa los amigos que esperábamos uno de estos días. Vinieron Laura, Paco, Pepe Giner, Francisco Giner y su mujer. Muy cordiales todos. Dentro de una semana ya estarán Laura y Paco en Nueva York. Hablamos naturalmente, de la tristísima noticia. Miguel Prados

falleció durante el sueño en Montreal. Debió de ser hacia el 18 o 19. El 21 regresó Micaela a Madrid. El 22 se enterró a Miguel en el Panteón que la familia de Micaela tiene en Navalcarnero. Micaela seguirá aquí. Aquí está María Rosario. La pobre María Isabel sigue en Montreal. He sentido mucho, mucho, la muerte de Miguel. Lástima que no haya llegado a ver la edición de la obra de Emilio, que debe estar imprimiéndose en México.

Hoy almorzamos –¡para que descanse la cocinera!– en el restorán más vecino, el de Antonio Martín. Allí vino a buscarnos Bernabé para darnos una «noticia importante»: que van a ponernos el teléfono. Yo hablé del asunto con Alfonso Canales –hombre verdaderamente eficaz–. Él redactó una carta que Rafael León puso a la firma del alcalde, quien así solicitaba el teléfono para este vecino de Málaga. ¡Y ya está! Estupendo.

La otra noche vinieron los Canales y los León a casa. Ayer vimos a los Miles. Algún *joven* viene a visitarme. Por lo demás, la vida continua tan apacible como siempre. De St. Andrews, en Escocia, me escriben –quisieran concederme un *degree* a fines de junio–. Declinaré muy amablemente la invitación.

Pero lo más importante es el tiempo –¡no el histórico!– sí el meteorológico. La temperatura es deliciosa; los días son claros; es casi primavera. Irene está encantada. Verdad es que no hemos gozado de mejor invierno. (Puerto Rico es otra cosa).

Escribiré mañana o pasado a Steve, tema universitario. Y a las nietas.

Os queremos. Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 4 de febrero de 1969

Queridos:

De tu última carta, Teresa, retengo con pena –y con horror, lo declaro–, lo que nos contaste del pobre Hatzfeld. ¡Los tormentos del «yo»! Espero que la invasora gripe no os haya molestado. Nuestra vida sigue su curso

normal. Ya os hablé del fallecimiento de Miguel Prados. Y la tan enferma María Isabel en Montreal...

Vinieron, por fin, María y Leónides; María, igual. Leónides, mejor. Llegarán pronto Berto y Mais, que piensan instalar una farmacia por aquí. También dejará su negocio –que no es negocio– Espe. Julio busca un puesto estable. La vida, en efecto, es más bien difícil; menos difícil para los setentones. Hemos conseguido una victoria. Ya estuve en la Telefónica. Nos instalaron el teléfono; acontecimiento de proporciones nacionales –que no cuesta más que tres mil pesetas–. «Que no vaya a repetirse lo que pasó en Málaga con Rubén Darío», decía la carta del Alcalde –es decir, de nuestro amigo abogado–. Hay que apelar a estos recursos para conseguir un teléfono.

Hoy estuve en la Casa de la Cultura. Conocí a Pita, profesor.

En este instante me traen una carta. ¡De Dámaso! Esto sí que es un gran acontecimiento. Carta muy cariñosa. «Estoy ahogado en montones de papel». Ha recibido *Aire nuestro*, «estupendo por dentro y por fuera». En marzo se van a los Estados Unidos por dos meses. Los veréis, supongo.

Pita, profesor de Arte en la Universidad de Granada, gallego, muy anticonformista político, muy simpático. Este curso para extranjeros me permitirá conocer a otros profesores de interés.

En cuanto a la situación... Todo es uno y lo mismo. De Aguilar me comunican que se prohíbe aquí la distribución de *Aire nuestro*. A los de Aguilar les sorprende. A mí, no. Pero esta prohibición no impedirá la distribución en América –y esto es lo más importante–.

(Teresa: envíame también, cuando llegue, el *statement* del banco).

Hasta pronto. Para todos abrazos. Para algunos –o sea, algunas– besos. ¿Y Antó? ¿Y sus exámenes? Vuestro,

JORGE

Málaga, miércoles 12 de febrero de 1969

Queridos:

Te referías, Teresa, en tu última carta –aún no ha llegado otra esta semana– a una gran caída que sufriste, consecuencia del mal tiempo, supongo, de los malos suelos, helados. Aquí hemos tenido una borrasca –con poco frío y con mucho viento durante dos días–. Será el peor momento del invierno. Pero ya el sol lo ha cambiado todo desde esta mañana. El sol, poder supremo aquí, superior al político, que es considerable. De suerte, que nuestra vida –o mejor dicho– mi vida llega al borde mismo del *temps pur* no demasiado *puro*. Este régimen, absolutamente voluntario, me permite escribir o volver sobre lo escrito por la mañana, hacer a mediodía una visita al centro de la ciudad, escribir cartas por la tarde, y después de un paseíto y de la merienda, leer hasta la hora de irse a la cama –en oposición constante, por lo tanto, a todo posible «vacío»–. Esta tarde esperamos a Leónides y María. Leónides nos sirve hasta de médico. Irene no deja de estar ocupada en la casa y la cocina; aunque sean tan pequeñas una y otra, llevan tiempo. Acaba de llegar el libro de Solita. He comenzado por *Sobre los ángeles.* Está muy bien. Le escribiré pronto. ¿Hizo Steve «aquello»? (Se trataba de una carta a favor de Claude Esteban). ¿Y *la música* de Anita? Decid a Walter Kaiser que no leeré su *Seferis* hasta mayo.

Para todos abrazos. Para todas besos,

JORGE

Málaga, 26 de febrero de 1969

Queridos:

Respondo a tu carta, Teresa; nos llegó al mediodía. Lleváis una vida muy *interesante*, llena de amistades y de espectáculos. Sí, digno de verse el hindú español Panikkar. Saludad a don Vicente Llorens; me alegra mucho saber que coincidiremos en Cambridge. De Claudie no sabéis nada.

Nosotros hemos tenido la profunda alegría –sí, *alegría*– de recibir carta suya. Responde a la mía de Génova. Quizá se haya perdido alguna suya. La carta anterior era del 28 de octubre. Está lleno de quehaceres y escrituras. ¡Habrá libro! Todo ello me alegra *profundamente*.

Aquí ha habido unas *Jornadas de Valladolid*. Vinieron siete pintores jóvenes; están aquí en exposición sus cuadros. Y con ellos estaba Francisco Pino. Vinieron en comisión a visitarme. Soy ya el venerado Diplodocus de «Valladolid la rica», como dijo el romance. Discretos en pintura; extremistas en ideales políticos. No faltó el barbudo. Simpáticos, prometedores. ¡Valladolid cambia!

Ayer escribí una recomendación solicitada por amigos españoles de Austin, Texas; quieren llevar a Cardona como *chairman*. ¡Extraña historia! Tiempo desapacible, lluvioso, pero apenas frío; los peores días del año. Hemos tenido obreros en casa; nos han puesto un toldo en el balcón; han arreglado unas grietas en una pared.

Yo trabajo como de costumbre. Irene también. Adjunto una fotografía. *¿Y la recomendación de Claude Esteban?*

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 4 de marzo de 1969
Teléfono: 21 84 23

Queridos:

Carta de Gray Gardens –pseudónimo de Teresa Gilman– esta mañana. ¡Respondo inmediatamente! Esos fríos y esas nieves os están atormentando excepcionalmente. Para nosotros la excepción es histórica y nos afecta poquísimo. (El seísmo fue una broma). Va el tiempo mejorando; ya luce el sol. ¡Qué color el del mar esta tarde! (Mejor dicho, ¡qué colores!). Estamos bien. Preparamos dos viajes –que serán, claro, dos amenazas gastronómicas–: uno, a Granada. (Insistieron mucho los amigos). Otro, a

Sevilla. El primero, antes de Semana Santa. El segundo, después. Todo esto acorta el tiempo que nos separa de vosotros.

Voy a escoger algunos poemas –¡inéditos!– para que los imprima en Valladolid Francisco Pino. Parece ser que el grupo vallisoletano de los pintores quedó muy desilusionado de la acogida fría de Málaga. (El único acogedor y cordial –dicen– fui yo). ¿Os dije que en Barcelona se hará una segunda edición de *El argumento de la obra* con algún otro ensayo de crítica? Ivar Ivask prepara los textos de Oklahoma –*Luminous Reality*– para esta primavera. Ya me contaréis del paso de Valverde por Cambridge. (¡Ah! Me ha invitado Silverman a ir a Santa Cruz con la aprobación de Claudie. Si él estuviese en La Jolla, aceptaría). Por cierto, los Ivask ocuparán este piso en junio y quizá parte de julio. Y luego, quizá, el huésped será una amiga inglesa de Irene.

Abrazos a todos. Pienso en las nietas, en Isabel, en la esquiadora Anita. Abrazos, besos,

JORGE

Málaga, miércoles 11 de marzo de 1969

Queridos:

A la carta de ayer respondo, en primer lugar: Hotel Balcón de Europa. Habría sido largo telefonear a Nerja. Escribí esta mañana con todas las debidas precisiones. Espero que los Brooks encontrarán el deseado alojamiento. (El *Cristoforo Colombo* llega a Málaga el 17 de agosto: una precisión más).

Ayer también –gran día– hubo carta de Claudie. El plan Santa Cruz «le parece genial». Yo hacía depender mi aceptación del acuerdo con Claudie. Me explica: tras los tres meses y pico en Santa Cruz, pasaríamos unas semanas con ellos en La Jolla. (Ellos regresarán a fines de marzo). ¡Muy bien! Acabo de escribir a Silverman. La aceptación definitiva vendrá, claro,

cuando conozca las condiciones de remuneración y de trabajo. Yo desearía que se repitiese el plan de La Jolla.

Las lluvias han cesado por ahora. En cuanto vuelve el sol, Málaga es una delicia. Ya se siente la primavera. Hoy, a las seis, voy a grabar la lectura de tres poemas para un disco editado por Aguilar. ¡Tres minutos! (Son varias las voces). Y me lo tengo yo que organizar. Lo hago para mantener buenas relaciones con ese editor a ver si, por fin, se encarga de la distribución de *Aire nuestro* en América.

Celebro que Valverde os causara buena impresión. Más vida literaria: he enviado hoy a Moñino mi contribución –que deseaba versificada– al Homenaje a Bataillon. Es una serie titulada *Res Poetica*. (Claudie ha concluido *Poetics as System*. ¡Formidable!). También he enviado 15 poemas a Francisco Pino de Valladolid que publicará en edición de lujo, no venal.

El 23 nos iremos a Sevilla. Dejamos Granada para abril. –A Leónides y María no los hemos visto estos últimos días porque estaban reparando su automóvil. Recibí lo de Claude Esteban. ¡Gracias! Recibí carta de Anita. Le escribiré pronto. ¡Esos nietos!

Abrazos a todos. ¿E Isabel? Vuestro,

JORGE

No sé si os dije que Benedicte y Antó nos han escrito sendas cartas muy cariñosas.

Málaga, 20 de marzo de 1969

Queridos:

Ayer escribí a Anita. Hoy llega, Teresa, tu carta. Me preguntas por Emilio. Le escribí desde Florencia. Volví a escribirle al llegar a Málaga. Le he enviado *Aire nuestro*. No ha contestado. ¡Silencio! Que deploro.

Don Vicente Llorens me ha respondido. Me pregunta por Dámaso. Acaba de publicar en Gredos una antología de sus poemas. Le escribí. Me respondió por teléfono. Acaban de salir él y Eulalia para Puerto Rico. Abril y mayo lo pasarán en la Universidad de Massachusetts. El 30 de mayo le darán el doctorado *honoris causa*. Pero desde el 15 no tendrá clases. Cariñoso. Nos veremos allí. ¿No le ha invitado Juan Marichal? (Escribí a Solita).

Me complace ese viaje del tío y del sobrino –tan *castizos*– a New Orleans. ¡Y esa Anita esquiadora! *¿Qué es de Isabel?* Aquí tenemos nuevamente el sol. Hoy hemos terminado de pagar el billete de vuelta en el *Cristoforo Colombo*. Te lo dije: llegaremos el 4 de mayo. El domingo salimos para Sevilla en un tren bueno: el Taf. Carande está contentísimo con el poemita que le he dedicado, inspirado por su obra sobre Carlos V. Esta tarde voy a ver al callista. Mañana al oculista, para rectificar las gafas. ¡Preparativos de viaje!

Os queremos. Vuestro,

JORGE

Málaga, sábado 12 de abril de 1969

Queridos:

Se cumplió nuestro plan y pasamos unas 48 horas en Granada –del miércoles al viernes–. Todavía hacía fresco. Nos acompañaron sobre todo dos profesores: Antonio Gallego Morell, que ya conocía, y el nuevo amigo –con creciente amistad– Emilio Orozco. Los dos, amabilísimos. Nos alojamos en un palacio de la Fundación Rodríguez-Acosta. Mármoles, muchos libros preciosamente encuadernados, obras de arte –y todo en silencio–. (Palacio casi siempre deshabitado). Hicimos las obligadas visitas: catedral, Capilla Real, Alhambra, Generalife... Y aquí estamos, ya preparándonos poco a poco a emprender el viaje de regreso. Y ahora,

precisamente comienza de verdad a sentirse la estación esperada: la primaveral...

Leemos en los periódicos noticias sobre disturbios estudiantiles en Harvard. Y como los estudiantes se imitan mucho unos a otros, y a veces destrozan objetos, muebles etc., etc., me pregunto si sería prudente trasladar mi baulito con mis más preciosos papeles a Gray Gardens. Desde aquí no se sabe lo que ha ocurrido o podría ocurrir. Haced lo que os parezca más oportuno. Pero la cuestión se plantea en términos (diríamos) internacionales.

Para todos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, martes noche, 22 de abril de 1969

Queridos:

Ante todo voy a contaros lo que más nos importa. Esta tarde –en los mismos términos se lo diré a Claudie– fuimos a ver al doctor Bosch, eminente oculista, especialista en las cataratas. No lo vimos antes porque estaba enfermo. Por eso visitamos a un joven doctor discípulo suyo. Pues bien, Bosch nos ha tranquilizado por completo. Se trata de un comienzo de cataratas. «Tiene usted para años y quizá no tenga que operarse». Es una catarata por miopía, lo que ocurre muy frecuentemente –desde los sesenta y tantos años–. Y concluyó: «¡Muy bien, muy bien!». Tengo que ponerme –lo hará Irene– unas gotas todos los días «para disminuir o detener la opacidad del cristalino». Y nada más. Irene, que suele ser pesimista, salió eufórica de la consulta. Y también Bernabé, que nos acompañaba. No tendré, pues, que consultar a otro oculista. En suma, estamos contentos.

Pasado mañana nos embarcaremos. Esta será la última carta de esta serie malagueña. Las noticias que nos das de Harvard, Teresa, nos han apenado y disgustado. ¡Paciencia! Hasta el muelle de Boston, el 4 de mayo, domingo. De ocho a doce de la mañana. Preguntad a qué hora conviene

acudir. *Llevamos muchas maletas*. ¡Si vinieseis con los dos coches! Tenemos muchas ganas de veros. Hoy también he escrito a Antó y a Anita. En Lisboa veremos al padre de Trinita.

Besos, abrazos,

JORGE

Cambridge, viernes 5 de setiembre de 1969

Queridos Steve y Teresa:

¿Os llegará esta carta? Intentemos la comunicación. Para deciros que esta casa goza de una perfecta –y hasta ahora– continua tranquilidad. Isabel y Anita son dos criaturas admirables. Isabel, materna con Anita. Anita, preocupada por sus clases, pero con una disciplina de persona mayor. Irene sufre a causa de un accidente de... nevera. (Ya lo contará ella misma). Yo me encuentro bien. Y pensamos en vosotros.

Ayer estuvimos en casa de Della Terza. Pretexto: el paso de un amigo de Roma, Dario Puccini, hispanista joven. Buena conversación, también con Juan Marichal, lleno de noticias. Esta tarde vendrán a casa Solita y Juan, y quizás Carlos.

Como veis, al estilo de los pueblos felices –¿dónde?– no tenemos historia, ni apenas crónica. ¡No somos historiables!

Imagino muy intensa vuestra vida diaria. Aquí... amaneció como una mañana de noviembre, con niebla. Ahora sale el sol.

¡Adelante! Os queremos. Vuestro,

JORGE

Cambridge, miércoles [14 de] setiembre de 1969

Queridos Steve y Teresa:

Dos palabras para deciros brevemente que... no tenemos historia ni historias. Las dos nietas se portan como si estuviesen bailando un ballet. Isabel se ocupa mucho de Anita. Cada tarde Anita nos cuenta con gran animación la vida de su escuela. ¿Qué más? Ayer vinieron los Gusils a casa; el niño, andaluzado, con sombrero ancho y guitarra. Hubo carta de Claudie, en relación con su *Perspectiva* en italiano. Por mi parte, terminé por ahora lo de Miró. Mañana saldrá la *Antología* para Alianza Editorial. (Falta el prologuito). Me encontré esta tarde en Brattle Street con los Ruiz Salvador. Acabo de telefonear a don Juan Marichal. ¡Lo mismo que si estuviéramos en Nerja! Comimos en casa de Benedicte y Antó. Exquisito almuerzo. Todo, un minué. ¡Da gusto! Pensamos mucho en vosotros. Esperamos a Steve el viernes.

Abrazos. Irene, muy activa, contenta.

JORGE

Río Piedras, martes 13 de enero de 1970

Queridos todos:

El viaje fue tranquilo, salvo algunos minutos con traqueteo. Nos esperaban Elsa y Ester. Ester nos convidó a comer. Nos llevaron a casa. La habitación, un poquito deteriorada por los años. Pero Irene ha reclamado y todo se ha arreglado ya *relativamente*. No encontramos más que gentes muy amables, que son las de siempre. En el personal docente y el administrativo, ¡qué continuidad sin crisis! Por otra parte, el calor *intenso* y en contraste extraordinario con el paisaje de Boston y Cambridge. ¡Cómo calienta el sol a las diez de la mañana! Me atiende mucho un joven profesor, Arcadio (Díaz Quiñones). He visto a Enjuto, a los profesores del Departamento Hispánico, que tenían reunión. (Hay muchos). La cafetería funciona. ¡Irene me lo resuelve todo! Tengo ya *box*. La exacta dirección es esta:

Box 21794

University Station

San Juan, Puerto Rico 00931
(Así. No Río Piedras. Esa es la realidad *postal*).
Estamos bien y contentos y con mucho calor de *verano*.
Besos. Abrazos.

JORGE

Río Piedras, 21 de enero de 1970

Teresa, hija:

Irene te lo ha contado todo. Algo añado yo en la carta a Steve. Deploro que el papelito con el nombre de la persona que interesa en lo de Boquerón se me haya extraviado.

Todo se va organizando en nuestra pequeña vida. La clase se presenta simpática. Escribiré a Edith. (Yo no la encontré bien, efectivamente, en aquella cena organizada en nuestro honor). Espero tus noticias. Abrazos,

JORGE

Río Piedras, lunes 26 de enero de 1970

Queridos Gray Gardens:

Llegó tu carta, Teresa, esta mañana, fui a ver a Enjuto y él –por medio de su eficaz y bella secretaria– lo arregló todo de esta manera:

Tendréis una cabaña en Boquerón –una cabaña completa, así se alquilan– desde el lunes 16 de febrero hasta el sábado 21. Era la única posibilidad. (Las habitaciones se solicitan con 60 días de anticipación). Se necesitaban los datos habituales: nombres, domicilio, etc. Yo los di. La secretaria escribirá hoy a Boquerón.

Yo supongo que, una vez en el campo de operaciones, allí conseguiréis ulteriores desarrollos.

Estábamos preocupados con este asunto. Ya está –así– resuelto. Escribiré a Anita muy pronto. Voy a telegrafiaros.

Besos. Abrazos.

JORGE

Río Piedras, viernes 30 de enero de 1970

Queridos:

Pasé esta mañana a ver a Enjuto, y su secretaria me dijo que habían respondido de Boquerón que, en efecto, la reserva de una cabaña comenzaría el lunes 16 de febrero, pero terminaría el viernes, no el sábado. ¡Cuántas dificultades!

Ayer recibí, reexpedido de Cambridge, un sobre con separatas de Rivers (¡y de Georgina!). Me fue grato leer en la reseña «*Wardropper and American Hispanism*»: «*with Stephen Gilman, he is (Wardropper), I think, one might say, the founder of an American 'new Hispanism'*».

Las clases marchan bien. Voy viendo gentes. Esta noche vamos a casa de Schajowicz.

¡Hasta pronto! Abrazos. Besos.

JORGE

Río Piedras, miércoles 4 de febrero de 1970

Teresa, hija:

Respondo a tu última carta. Me sorprendió el encabezamiento –«Querido papaín»– porque Irene te había escrito una carta no breve, que ya habrás recibido. Irene se ha marchado al Condado para acompañar a Carmen, que tomará el avión a las dos de la tarde en dirección de Londres. Anoche regresó Emilio a Madrid. Llegaron el domingo. Nos vimos el lunes. Y la casualidad hizo que, cuando no se encontraba un taxi por ninguna parte

en Río Piedras, apareció Benítez, salió de su coche, me abrazó efusivamente: y se llevó a la pareja a su hotel. Ayer, conduciendo Emilio en un mal coche, que nos causó varias inquietudes, estuvimos en Luquillo, en Fajardo y en el estupendo Hotel El Conquistador, magnífico y precioso. Emilio parecía cansado. Carmen se entiende muy bien con Irene. Los dos, muy cariñosos. Nos dijeron que Claudie no fue a verlos. (Tampoco a los Lorca). Dolidos.

El domingo comimos en casa de Agrait, gran amigo de Pedro, hoy director bibliotecario de la universidad, persona encantadora. Anoche, concierto. Hoy, película de Pasolini. Y las clases marchan con gran animación. (Anoche encontramos a los Ferdinandy; él, recién llegado).

De modo que llegaréis el *12*. *¿A qué hora?* Podrían ir a esperaros las Fano. Voy a permitirme pedirte dos favores, además del favor continuo que es tu existencia: que tú seas tú.

1º Quizá habrá llegado o llegará un paquete de Barcelona, enviado por Blecua (*No es* el de «Llibres de Sinera», con *El argumento de la obra*). ¿Podrías traérmelo?

2º. En la mesa de mi despachito, cajón de la izquierda; y dentro del cajón a la derecha, hay varios sobres. El de *encima, Economía* ¿podrías traérmelo? Si no hubiese sitio para esos bultos, los dejas.

Con muchas ganas de veros, abrazos para todos. (Acaba de llegar una carta muy cariñosa de Isabel). Abrazos, besos. Adjunto carta reservada.

JORGE

Río Piedras, sábado 7 de febrero de 1970

Queridos:

Dos palabras para ti, mi señora doña Teresa –en clase Mademoiselle Teresita, etc.– rogándote que no me traigas el sobre a que me referí: («Economía»). (Mi pequeño problema ya ha sido resuelto).

Recibimos tu carta del 3. ¡Vida intensa! Aquí descansaréis. Nos dicen que en Mayagüez, a media hora de Boquerón, hay un Mayagüez Hilton donde, en todo caso, podríais alojaros al final de vuestra estancia en el Sur de esta isla. Nos gustaría saber a qué hora llegaréis. Quizá las Fano os irían a buscar.

¡Cuánto sentimos lo de doña Gloria! (Por cierto, a Natalia Cossío se le ocurrió, hace poco, enterrar de nuevo a su marido, Alberto Jiménez, en la tumba de don Francisco Giner y sin pedir permiso a nadie. Lo que ha molestado mucho a doña Gloria y demás Giner). A Ginoux no la hemos visto. No tenemos su dirección.

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Río Piedras, 28 de febrero de 1970 (postal)
Mr. and Mrs. Stephen Gilman
15 Gray Gardens West
Cambridge, Massachusetts
02138

Julián ha tenido la gran atención de pasar por aquí. (Regresa a Chile).

Os hemos *evocado* intensamente.

Abrazos

JORGE

La Jolla, lunes 20 de abril de 1970

Queridos:

El jardín está en este momento –luz de las tres y media– precioso. Resaltan sobre todo las rosas amarillas. Y... estoy escribiendo tranquilo –entre mis tareas de antes y después–. Soy un alumno aplicado. La terapista

vino esta mañana. Se flexibiliza mi mano con progreso evidente; pero apenas tengo fuerza a causa del pulso –de la muñeca–, el punto más sensible. El análisis de orina dio un resultado satisfactorio. Aún no sabemos lo que dice el Dr. Kimball. Lo sabremos cuando le telefonee Claudie. Por la mañana trabajo un poco. Por la tarde escribo algunas cartas. Los ejercicios después de la parafina los repetimos –antes tres, ahora dos veces al día–. Visitas hay casi todas las tardes. (Ayer estuvieron –domingo– los Céspedes y los Casalduero).

Claudie trabaja como nadie por la universidad. Ha celebrado entrevistas con cada uno de sus estudiantes. Reunió en casa a los jóvenes profesores de su Departamento de Literatura Comparada y les presentó un cuestionario *admirable* sobre los problemas planteados por las antologías. El proyecto es que cada colaborador escribirá un estudio y se firmarán y publicarán así dos volúmenes. Por otra parte, Claudie es el que reconcilia a los adversarios, el que pone paz. (Me lo decía Bob Elliott). ¡Quijotesco! Y práctico. En suma, ¡estupenda persona!

He recibido –reexpedido por vosotros– un increíble libro de la Houghton Library: el catálogo de los «manuscritos depositados por J. G.». Bibliografía –con pocas erratas– poema a poema, incluidas fechas y lugares de composición. ¿Cuánto dinero me habría costado ese catálogo si Miss o Mrs. Susanne Howard hubiese venido a Gray Gardens a trabajar? A todos nos ha gustado mucho esa increíble labor.

Escribiré a Antó: ¡Es escandaloso que la manifestación en pro de la paz haya costado ahí 200 heridos!

Os recordamos muchísimo. Os queremos.

JORGE

La Jolla, miércoles 29 de abril de 1970

Queridos:

Debo carta a todos vosotros. Steve me refirió los sucesos de Harvard Square. El Orden: ¡200 heridos! La Revolución: ¡cristales rotos! Lamentabilísimo. Horrenda, la destrucción por un rayo de aquella casa del Cape. Escribiré a Isabel y Anita.

Me dicen que vendrá Isabel a vernos. A mí me hará felicísimo. (¡No lloraré!). No tengo palabras para agradecer ese viaje.

Vengamos a La Jolla. Irene trabaja animosamente en compañía de este aplicado alumno de la fisioterapia. Ella y Claudie son mis Cirineos. Por ejemplo, ayer, en mi traslado de casa al coche –cuando salimos a ver al doctor Kimball, etc., etc.–. (Nos ayudó Bob Elliott. Razonando prudentemente retrasó bastantes minutos la operación).

Ya sabéis cuál fue el resultado de aquella visita al doctor. Decidió que comenzaría yo a usar de una muleta –muleta tradicional– apoyando *levemente* el pie izquierdo. Ahora, a las tres de la tarde, vendrá la señora Bárbara, y comenzaremos los nuevos ejercicios –sin abandonar los de la mano, ya mucho más flexible–. (Aún no me permiten que me apoye en ella).

Las cuatro. Se ha ido la fisioterapia. Lo dicho anteriormente no sale. No usaremos muletas sino una «andadora» o *walker* como recomendaban los doctores Saldaña y Romero. No sabría describirlo. Pero tú lo conoces, Teresa. Hemos dado los primeros pasos. No me atrevía a pisar con el pie izquierdo. ¡Voy atreviéndome! Vamos a comprar ese aparato. (¡Se lo dejaremos más tarde a Ivar Ivask!). Pero solo practicaré dos veces al día. Es decir: todo, gradual.

¿Y tu gripe, Teresa? (Por fin, no vendrá Sobejano a esta universidad).

Abrazos, besos en cariñosa cantidad. Vuestro,

JORGE

La Jolla, 8 de mayo de 1970

Queridos:

Todos lamentamos esa especie de gripe que te tiene abatida, Teresa. Esperamos que la animada vida de Cambridge te reponga en pie. No, no ha llamado Plaza. Le escribiré a Venezuela. Escribiré a «la bella chilena»; has hecho bien en recordármelo.

Ya va tomando forma el «fausto acontecimiento», la boda de Isabel. Yo había pensado desde hacía mucho tiempo en esa posible fecha. «¿Llegaré?», me preguntaba –sin más problema que el de la edad– en general. Quién me iba a decir a mí que «el problema» se me plantearía en otros términos... 14 de junio. No, decididamente no me será posible asistir a vuestra reunión. El viaje sería para mí demasiado difícil. Aquí hemos organizado ya mi laboriosa recuperación. Ya sabéis que mis progresos son diarios. Esta mañana fui con la señora terapista posando mis dos pies y moviendo el *walker* mejor que en los días anteriores. Sería una complicación comenzar de nuevo en Cambridge y reorganizar mi trabajo dentro de poco más de un mes. Es preferible –y en este punto estamos aquí todos de acuerdo– seguir en La Jolla durante el verano. Y mientras, vosotros podréis moveros con libertad; venir tal vez aquí durante la ausencia de Claudie y Elfie en Berkeley, ir después a España con Anita. Luego, a principios de setiembre, y habiendo ya avanzado por el camino de mi convalecencia, nos trasladaríamos a Gray Gardens, donde hemos pasado y pasaremos mucho más tiempo que en La Jolla. Y este es un aspecto muy presente para Claudie. Por otra parte, se va organizando bien nuestra vida doméstica en esta casa, con satisfacción para todos. María, la muchacha, es una perla; trabaja mucho y es discreta. Elfie e Irene están ahora tomando el sol en el patio. A Claudie le preocupa la situación revuelta de la universidad. A todos nos indigna lo de Camboya...

Para todos, abrazos de vuestro

JORGE

La Jolla, martes 19 de mayo de 1970

Queridos –de esa casa–:

Se nos irá el jueves nuestra Isabel. ¡Cuánto me consuela haberla tenido aquí! Hoy es ella quien ha ayudado a Irene a comprarse una bicicleta. Así tendrá más libertad de movimiento. Irene, cuya actividad no cesa: enfermera constante, ayuda insustituible. Con Irene doy cada día mis paseíllos, poniendo mis dos manos en el *walker*.

Claudie trabaja siempre *en pro* de la universidad –rodeado de confusión por todas partes–. También él está luchando con las observaciones –numerosas– que le hace la señora de la Princeton Press. A propósito de libros. Debe de haber llegado a casa un paquete de Gredos, enviado el 15 de abril. Es un ejemplar de la segunda edición de mi *Selección de poemas*. Este libro sí me gustaría recibirlo aquí –no por *air mail*–. Otro paquete de Gredos será un libro de Gullón –que leeré en Cambridge–. ¿Llegó mi carta para Anita?

Os abraza vuestro

JORGE

La Jolla, 27 de mayo de 1970

Queridos:

Ahí tenéis unas fotos de actualidad. Ahora ando mejor que en esos momentos reproducidos por la imagen. Voy adquiriendo más naturalidad –relativa–. Sigo «aplicándome».

La vida continúa con ese carácter apacible que toma todo en esta Arcadia –menos en la universidad–. Lo peor es la «agitación mental» en algunos profesores que yo conozco, a través de los relatos de Claudie. Jamás he oído tantos *disparates* como en estas semanas de California.

De Jesús no tenemos nuevas noticias. La situación no habrá empeorado. Hoy he tenido carta de Margot, muy cariñosa. No irá a Cambridge.

(¡Tampoco nosotros!). Pero irá a Nerja. ¿Qué más? Hoy ha empezado Elfie a jugar al *golf*. (Los libros italianos vinieron aquí, vía Puerto Rico).

Abrazos, besos. Y ganas de veros a todos.

JORGE

La Jolla, California, 14 de junio de 1970

Queridos todos:

Todos los Gilman –y Richards– que estáis ahora reunidos en los Jardines Grises del Oeste. (Son aquí las dos y media). Vuestra llamada telefónica no ha podido ser más oportuna. Así hemos tenido la sensación de aquel ambiente, de vuestras voces, de la tienda en el jardín, de la intensidad vital que trae toda fiesta. ¡La boda tiene mucho sentido! Más que nunca hemos deplorado no estar allí con vosotros, con esa pareja que tan conscientemente y en la plenitud de su «libre albedrío» dice: ¡sí! Estamos solos. (Elfie y Claudie, en la montaña). Y todo nuestro pensamiento se concentra en esa reunión. Para Isabel y Alan, para todos, nuestros numerosos y entusiastas abrazos.

JORGE

La Jolla, 16 de junio de 1970

Queridos:

Acabo de recibir, firmada por «Denah» una carta que yo creí de Raimundo, a juzgar por la letra. Sea como fuere, la carta me ha llegado al alma. Por eso os la copio.

Abrazos

JORGE

Domingo 14 de junio de 1970

Queridos Irene y don Jorge:

¡Todo perfecto! Pero faltaban ustedes. Por eso les escribo para unirlos al recuerdo de este día.

El tiempo, espléndido –de esos días que solo se dan dos o tres veces en un año–. La fiesta preciosa con un equilibrio perfecto entre la naturalidad de todos los días y un momento festivo. Isabel y Alan, como siempre: cariñosos, simpáticos. Y toda la familia y los amigos *at their best*: alegres, contentos. Una fiesta que se da tan poco que me asusta trasmitir el bienestar que radiaba.

Los padres y el hermano de Alan, muy simpáticos. Conversé largo con ellos.

A Benedicte y Antó los encuentro especialmente bien. Me alivió mucho verlos después de lo pasado.

Y Anita, preciosa.

En otra carta, hablaré de otras cosas. Saludos a Claudio y a Elfie de los dos. Recuerdos de Raimundo.

Un abrazo,

DENAH

La Jolla, *23 de junio* de 1970

Queridos todos –o sea, ¡queridos tres!–:

Esta mañana estuvimos en el *office* del Dr. Kimball. Y como todo marchó bien, vamos a telefonearos al final de la tarde. Yo quiero, de todos modos, dejar constancia escrita de estas... menudencias.

El doctor Kimball encontró «fuerte» la pierna izquierda. Se hicieron tres radiografías. La fractura se halla en buen estado: «se calcifica» bien. (Creo que se dice así). Consecuencias: que puedo andar apoyándome en los dos pies –sin que el andar pueda perjudicar a la pierna ni al fémur–. Recomendó, pues que empezase a caminar con bastón. Y allí, en la oficina –al lado– de la fisioterapia, di los primeros pasos –torpes– con un bastón. A la salida nos compramos uno, que ahora alternará con el *walker*; un segundo *walker* para bajar y subir escaleras. En efecto, salí de casa bajando con este

walker –vigilado o ayudado por dos personas–: Irene y Claudie. Y a la vuelta, subí del mismo modo las escaleras de la entrada.

Estamos, pues, muy contentos. No esperábamos que llegase tan pronto la etapa de los dos pies con todo mi peso. Voy a escribir ahora al doctor Saldaña. Es, ante todo, un éxito suyo. Por otra parte, todo continuará desarrollándose gradualmente. Así la recuperación va saliendo bien. Y luego, esta salud que me regalaron en Valladolid...

Vuestras dos cartas sobre la boda, estupendas, me conmovieron. Cuatro mujeres nos escribieron también ese día 14: Denah, Isabel, Edith Helman, Georgette Pradal. Eso se llama «imaginación del prójimo». Todas dicen que aquella boda resultó un acto precioso. Y a todo esto: ¿cuándo me escribe Anita? (En voz baja: ¡la adoro!) Os queremos, os esperamos.

JORGE

Trae, Teresa, dice Irene, una maleta medio vacía. Tenemos que darte muchas cosas.

La Jolla, 7 de agosto de 1970

Queridos:

Llegó por fin tu carta, Teresa, con tantas noticias. Y con más noticias aún, la carta de Anita. Has sido muy buena con Jesús. No nos gusta esa situación de clínica, ese estado enfermizo que no acaba.

Hemos comentado más de una vez lo que nos cuentas de don Américo, ya en la última etapa de su tan laboriosa existencia. Lo de Jaime Alba me ha sorprendido. (Me había ya enterado –un poco– por el mismo *Norte*). Te gusta Nerja. ¡Ya lo creo! Siento no acompañaros. Pero en fin, *le tout Nerja* se trasladará a Cambridge.

Dices, Teresa, que, por ejemplo, *chez* Lorca te preguntan por mí. Supongo que también te preguntarán por Irene. En La Jolla, todo sigue

igual. Ya hemos devuelto el *walker*. Ando con bastón cada vez más. Todos os recordamos continuamente. Y de *Guirnalda civil*, ¿qué?

Abrazos, besos.

JORGE

La Jolla, 15 de agosto de 1970

Queridos:

Estamos ya en Ferragosto, en la cumbre del verano. Dentro de un mes conviviremos todos en Cambridge. Isabel nos ha escrito dos cartas muy cariñosas. Hace muy bien en aceptar ese puesto en un Centro de Arte el 1º de setiembre –lo que excluye nuestro encuentro en Gray Gardens–. Quizá podamos vernos el sábado 12 de setiembre en el aeropuerto de Chicago. Porque nuestra intención sería volar de aquí a Boston ese sábado, día siguiente a nuestra llegada.

Aquí todo sigue igual. Por fin se deja sentir –suavemente– el verano. Yo ando bastante con mi bastón. Me encuentro bien. He vuelto al texto sobre Valéry. Hay algunas visitas, ya más escasas en esta época del año. La *Antología* de la Alianza Editorial se ha retrasado; la censura tropezó en un párrafo de Casalduero; están rehaciendo esa hoja, una a una en los *1.500* ejemplares. Claudie trabaja mucho. Irene –que no cesa– desearía esa Eparema. Voy a escribir a Anita. Ayer, todos en Torremolinos. Les escribí.

Abrazos, Besos.

JORGE

La Jolla, 31 de agosto de 1970

Queridos:

Estaréis a estas horas cerca de París. Allí va esta carta, que os dirá *Welcome* –como toda esa ciudad–. Llegó tu carta con muchas noticias,

Teresa. ¿Le llegó mi carta a Anita? Nosotros, Irene y yo, empezamos a sentirnos ya en vísperas de viaje. El viaje será, por fin, el lunes 14. Ya os comunicaremos el número del vuelo y la hora de llegada. Aquí todo sigue su ritmo agradable, sí, muy grato. Es definitivamente muy bueno este clima. Claudie no deja de trabajar –sin descuidar el ocio–. Ayer fueron a los toros en Tijuana; anteayer a las carreras de caballos en San Diego. Ha escrito Casalduero, que nos anuncia su nueva casa, encontrada enseguida: 400 E. 52nd Street. De la *Antología* de Alianza no sabemos más que lo ya sabido: el tropezón con la censura. Aún no la he visto. Parece que ya la han visto en París.

Hoy, esta mañana, fuimos a ver a mi simpática terapista. ¡La última vez! Me ha encontrado bien; dice que he progresado mucho; mi paso es correcto. Pero me ha indicado nuevos ejercicios –que deberé llevar a cabo con la ayuda de Irene– para fortalecer la pierna izquierda.

A Borges le han dado el Premio de Poesía en la Bienal del Brasil: «250.000 dólares». ¡No puede ser! Me alegraría mucho. Debe de haber error en esa cifra.

(Me ha escrito Juan Marichal, ya en Cambridge. En violentas relaciones Jaime con él y Solita. ¡Lo deploro de veras!).

¡Cuántas gentes conocidas en Nerja! A muchas las veremos en Cambridge. *Deseamos saber* cosas de vuestro fatigoso viaje.

Abrazos. Besos.

JORGE

La Jolla, 3 de setiembre de 1970

Teresa, hija:

Voy a darte un encargo. ¡Permítemelo! Gracias, muchísimas gracias.

Desearía saber cuál es la dirección actual de Madame Olga Levaillant –si todavía, como supongo– vive. Hay tres posibilidades:

1ª. ¿Veréis a los Wurmser? En ese caso, hazles esa pregunta.

2ª. ¿Los habéis visto? Haz esa pregunta por teléfono.

3ª. Si no veis a los Wurmser, consulta la guía de teléfonos.

Antes vivía en *27, Quai d'Anjou. Paris IX*. Supongo que, en el mejor de los casos, allí seguirá viviendo. En el peor, habría que buscar la dirección del hijo, ingeniero –me parece– como su padre.

¡Gracias!

Ya tengo casi concluido *Valéry en el recuerdo*. Me falta completar las notas (con papeles en mis ficheros de Cambridge). Por cierto, debe de ser Gallimard quien publicó un libro sobre Valéry de una ítalo-francesa *Paola Mascagni*. ¡Si lo encontrases! Pero en este punto *no insisto*.

Ayer celebramos el cuadragésimo sexto cumpleaños de mi señor hijo, contento con algún regalo y las tres velas de la tarta.

Ya tenemos los billetes del avión: 14, lunes. Pero aún no conocemos los números correspondientes.

¡Qué ganas de saber de vuestro viaje! Tal vez llegue tu carta hoy.

Para vosotros tres; y etc., etc., abrazos, besos –bien distribuidos–. Vuestro,

JORGE

La Jolla, martes 8 de setiembre de 1970

Queridos:

Llegó, por fin, este mediodía la carta de Teresa con la narración de vuestros últimos viajes. Noticias insatisfactorias sobre Antó y Benedicte. (¡Que coman!). Noticias deslumbrantes de Ginoux. Noticias sobre Jesús; no acaba de salir de ese atolladero... Del incidente de mi antología en Madrid, no decís nada.

Nosotros seguimos bien –con la pena de dejar La Jolla, con la alegría de volver a Cambridge–.

Vengamos a nuestro viajecito. Fecha: *Sept. 14. Airline: American Flight 242. Airport: San Diego. Time 10.15 A.M. Meal: Lunch and Dinner.*

Airport: Boston. Time: 7.28 P.M.

Tenemos infinitas ganas de veros. ¡Hasta Cambridge! (¡Y la pobre Casti, como castigada!).

Para los tres, *love*, abrazos.

JORGE

Málaga, lunes 14 de noviembre de 1970

Queridos:

Llegó tu carta, Teresa, cuando estaban en casa, hacia el mediodía, Claudie y Elfie. Leí el texto en alta voz. *Va a ser estupendo que estéis aquí vosotros, los de Cambridge*. Lo pienso –y me emociono–.

Alan en Egipto. ¡Esta familia! Antó, casa nueva y preocupación universitaria. Isabel, trabajando. Anita... ¡Qué ganas de charlar con esa alumna de Harvard! Le agradecimos mucho a Steve que nos mandara aquel paquete de documentos epistolares.

Claudie está contento de sus clases en la universidad. Los alumnos parecen muy interesados. Salió en la televisión leyendo mi breve *paper* en el Homenaje a Picasso de los poetas. (Ya os conté que vino Alberti a vernos. Como siempre, atento, cariñoso, magnífico de cana cabellera).

De México no he tenido nuevas noticias. Parece ser que dos enviados mexicanos vendrán hasta Málaga, hasta esta casa.

Bueno, ¡basta, basta! La insistencia sería peligrosa...

Irene se siente muy cansada; tuvo presión más alta; pero vamos ya a una mayor serenidad. ¡Ha trabajado tanto todo este año! Necesita más ayuda en casa, y la tendrá.

Yo estoy atareadillo –como si preparase unas oposiciones...–. Estoy repasando el manuscrito de *Homenaje* –antigua copia– que Barral reclama para publicar el tercer volumen de esa serie *Aire nuestro*. He escrito un poema –no breve– sobre Vicente Aleixandre para el inminente homenaje de *Ínsula*. Ya están copiando el discursito de Roma, que leerá Claudie. (Saldrá

el 7 de diciembre. Regresará el 11). Todos estos trabajos *nos* demuestran que estoy mejor.

Salgo ahora cada día: un paseíllo corto con Irene. Me siento más ágil. Hay visitantes por la tarde. Hay correo. Lo que más me importa: ¡Que estén aquí los míos!

(¡Cuánto nos habría divertido ver a Anita en la obra de Shaw!).

(Escribe a Claudie a esta misma dirección nuestra).

Peso 66: ¡peso estable! Eso es lo que hace falta: la estabilidad.

Abrazos para los tres de vuestro

JORGE

Cambridge, miércoles 31 de marzo de 1971

Querido Steve, querida Teresa:

Ayer se reunió el comité de Harvard. Por la noche nos telefoneó Della Terza. Todos los de Romance Languages elogiaron mucho a Claudie, sobre todo Juan, que se volcó. Y votaron por él. Pero triunfó la mayoría inglesa, y se eligió al candidato inglés. Walter Kaiser también habló con entusiasmo de Claudie: la primera cátedra debería ser para él. Todo ello me ha satisfecho mucho, en cuanto a la admiración que mi señor hijo inspira. De Claudie recibimos anteayer una carta en que explica las razones que tiene para no querer venir ahora a Harvard. Le telefoneamos este mediodía. Quedó muy contento con esta solución. (¡Qué lástima!). «Habría sido tremendo –palabras literales– tener que decir *no* a Levin».

La casa sigue tranquila. Antó, activísimo. Anita, un encanto. Llamó Isabel preguntando por nuestro viaje. Os imaginamos con gran «excitación» viajera. ¡Y qué rodeo por Madrid! Recuerdos a Rafael y todos los Lozanos. ¡Buen viaje!

Abrazos de vuestro

JORGE y de IRENE

(Corremos a casa de Sandi).

París, ¡París!, martes 22 de junio de 1971

Queridos todos:

Me parece que ya está acabando el postviaje, porque ayer fue día de somnolencia y cansancio. El viaje fue estupendo, suavísimo; y pasó deprisa. Cena francamente buena. (*Coq-au-vin*, fresas, ensalada)... Película en color. Noche, muy corta. En Orly, todo marchó fácilmente. Amable, el taxista. Y la casa... ¡Qué bien se está aquí, en estas hermosas habitaciones, de techo tan alto! Hacía fresco. Hoy también. Me dormí en un sillón, mientras Irene, infatigable, no dejaba de «trabajar». Y me desperté... delante de Renée, que ya estaba, como siempre, cariñosa, solícita, con muchos proyectos... Fuimos a almorzar al restorán italiano tan próximo, *chez* Gianfranco. (Bueno sobre todo el café). Hubo diálogos telefónicos. Hoy, por la tarde, vendrá Claude Esteban. Carande se proponía venir. (Acaba de llegar una carta para él). Pero en otra suya me dice que renuncia a pasar por París: su agencia le comunicó que no había una sola habitación libre en esta Ciudad de la Luz. El tráfico, por de pronto, es enorme. El desfile de coches ante nuestros balcones es incesante y numerosísimo. Nos acordamos mucho de todos. Permitid que considere a Nils como centro de «todos» y todo. ¡Gracias! (Soy de los Guillenes que dicen *gracias*).

Abrazos.

JORGE

París, 2 de julio de 1971

Queridos todos:

Saludo a las tres generaciones. ¡Qué bien se vive en esta casa! (Al menos con mis oídos). Fuimos el domingo a Notre-Dame. (Nada hay

superior a las catedrales francesas). Amigos que nos han honrado con su visita: Bataillon, que me habló muy bien del libro de Claudie; Darmangeat y su señora, tan entusiastas de los países nórdicos; Claude Esteban, en la cumbre de nuestra armonía; los señores Mintz; Berto, Mais y Patricia, una Patricia listísima. Esta tarde vendrá Matilde Pomés (la visitamos el viernes precedente). Muy envejecida. ¡Ah! Jean Cassou e Ida, muy amistosos. (Los años se sienten). Renée ha venido a casa dos veces. Ayer almorzamos en su casa con los Bore; encanto de las viejas amistades. Esta mañana visité en su librería de la rue de Seine, a Soriano, ahora un poco *hippy*. Lo más importante: la visita a Gallimard con Claude Esteban. Preciosas secretarias. Conversación, –¡de dos horas y media!– con Grosjean, director de la *Nouvelle Revue Française*. Cobré en moneda *ipso facto*. (También Claude Esteban). Madame von Bülow, *hélas*, ausente. Vimos ayer *La mort à Venise* –precioso, «decadente»–; también interesante, *Sacco y Vanzetti*.

¡Qué ganas de veros! Mañana almorzaremos con Concha Zardoya, invitados por ella. Vendrán por la tarde Claude Esteban y su mujer. Nos telefoneó Devoto.

(Teresa: me gustaría tener la dirección de Panikkar en Cambridge, y si es posible, en la India. Te agradecería que me orientases).

Nos acordamos de todos los Gilman: sigue siendo protagonista Nils.

He cometido la injusticia –que reparo ahora– de no haber mencionado a Margot. Almorzamos muy bien en su precioso piso.

(El domingo vendrán los Wurmser).

Gracias por todo. Y por la reexpedición de cartas.

¡Anita!… –¡Abué!

Os abraza vuestro viejísimo

JORGE

Ahora voy a escribir a Isabel y Alan.

Vino a vernos la divina Carmen.

(¡Qué horror de flaca memoria!).

París, sábado 10 de julio de 1971

Queridos todos:

Todos los Gilman de Cambridge: ¿Os llegará esta carta antes de que salga el avión de Teresa y Anita? Vamos a ver.

Llegó la carta de Teresa hace un rato. Aquí viene muy pronto el correo. ¡Gran placer! Pasaron ayer dos horas con nosotros los dos Chillida. Vienen de Düsseldorf. Van a San Sebastián. Desgraciadamente estaba ausente Claude Esteban, ahora en Bretaña con su mujer. ¡Se hará el libro! Lo harán ellos. Y yo, encantado.

Estuvieron aquí los Wurmser, tan cariñosos –y tan *clericales* a su manera–. *Le parti, le parti, mon parti, ti, ti, ti!* Muy cariñosos. Estaba con ellos Madame Levaillant. –Vimos a los Cerf con Renée.

Vimos *La muerte en Venecia* y *Le Messager.* Películas muy buenas. Visitamos la Exposición Proust. Preciosa. Proust es el mayor éxito literario de este siglo.

A las tres de la tarde saldremos con los Barsanti en su coche, camino de Provins. Nosotros nos quedaremos allí hasta el lunes 19.

Os esperamos con ansiedad. Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Irene, atareadísima con la casa para que resplandezca a vuestros ojos.

París, viernes 23 de julio de 1971

Queridos todos, es decir, queridos TRES:

Os hemos «acompañado», durante la semana, en vuestras peregrinaciones. Ya nos contarás, Teresa, cómo están esos Guillenes, esos amigos, ese país. El periódico de esta mañana, por cierto, habla de 250 casos de cólera, «circunscritos a la provincia de Zaragoza». ¡Ojo! Pero

«Europa no es Asia», añade *Le Figaro*. También hemos leído que el Gobierno norteamericano quisiera acelerar la entronización del príncipe.

Vengamos a nuestra modesta vida privada. Han venido Ignacio Prat y su mujer. Es el que se acaba de doctorar con una tesis sobre *Aire nuestro* en Barcelona. Prat parece y es muy serio, muy fino y muy enterado. Hoy almorzarán en casa –con Claude Esteban, que estuvo ayer tarde aquí, también con Renée–. Renée vendrá esta tarde con François. A veces, la vida es atrozmente imprevisible. A veces, no...

Ayer visitamos a todo un señor oculista, recomendado por Darmangeat. Dice que mis lagrimales «*sont éversés vers le dehors*», cuando lo normal es lo contrario. Me ha recetado unas gotas y una crema. Quedamos contentos de la visita.

Vimos anteayer la película de los insectos, hecha en California. Muy interesante. Esperamos en estos días visitas de amigos: los Ivar Ivask, los Tito Zubiría, más tarde, algún estudioso hispanista, los Galle de Bruselas.

Los sobrinos de Irene se marcharán de Málaga este domingo próximo. Parecen encantados, a juzgar por sus postales.

Y yo pienso en Anita, en los daneses de Cambridge. Recibimos carta de Isabel. ¡Qué buena, qué tierna, qué seria! Lo mismo digo de todos mis nietos. De mi señor don Claudio, ninguna noticia. ¡Qué previsto silencio! Irene prepara la comida. Recuerdos a los Lorca, a Pepe Giner.

Os abraza

JORGE

París, lunes 26 de julio de 1971

Queridos:

Supongo que habréis encontrado ya una carta mía en el Correo de Nerja. Hoy os escribo porque ha llegado una postal de Elfie –y una pequeña fotografía–. Parece como si, una vez terminadas las conferencias de Claudie, se hubiese agotado el interés por Formosa. Y nos dan las señas

inminentes en Kioto. Porque se van, se habrán ido en barco al Japón. Elfie habla de pueblos muy pobres, en contraste con los preciosos pueblos blancos de Italia, de España. ¿Una ligera decepción?

Vimos varias veces a Ignacio Prat, gran muchacho, fino, serio –pelo largo– y a su mujer. Comieron en casa con Claude Esteban. Irene hace maravillas culinarias. Comieron el sábado en casa Tito y Carmen Zubiría. Cordialísimos. Con toda sencillez. Sin la vanidad del cargo. (Es la prueba del fuego). No iremos a Holanda. Les gustó mucho el piso. Esperamos a los Ivar Ivask. Llegarán mañana.

Vendrán pronto de Bruselas a vernos Elsa Dehennin Galle y el señor Galle.

Es una delicia vivir «a la sombra» –casi– de Notre Dame, rodeados de *hippies* por todas partes. *Hippies* exactamente iguales a los de Harvard Square. (Nos escribió desde Italia Graubard –con Clotilde Marghieri–).

Mis «lagrimales» lloran menos. Tratamiento acertado. Tarde clara. Esperamos a Isabel Cassou. Decidme si Pepe Giner se encuentra ahí. ¿Y Anita? No recibo cartas de Casti.

Besos. Abrazos.

JORGE

Dirección de Claudie y Elfie:
C/o Prof. Yen Yuan-Shu (Este profesor transmitirá las cartas al Japón).
Tamkang College of Arts and Sciences R.O.C.
Taipei, Taiwan

París, 29 de julio de 1971

Queridos:

Os mando la carta de Claudie. Haced el favor de devolvérmela. Ya estarán camino del Japón. ¡Más Literatura Comparada!

El lunes llegará Anita. Irá directamente del aeropuerto a Provins. ¡Trataremos de ver a esa preciosa niña!

Ayer comieron en casa los Ivask. ¡Almuerzo vegetariano! Ellos, muy cordiales, con mucha vida. Estarán ya en Londres, camino de su rincón americano.

Esta tarde iremos a ver la película *Traffic* –de Tati–. El tiempo es espléndido. ¿Qué pasa en Nerja?

Abrazos, besos convenientemente repartidos, ¡no al modo de Ungaretti!

JORGE

París, 4 de agosto de 1971

Queridos:

El «encuentro» más importante de estos últimos días ocurrió de improviso a la puerta de casa. Salimos. Y apareció Anita. ¡Anita! Guapa, cariñosa, con el recuerdo preciso de lo que tenía que decir –y en un español muy suelto–. Allí estaban todos –o casi todos– los François. No los esperábamos. La descendencia de François le resultará pequeñita a nuestra nieta. ¡Qué preciosidad de niña!

Ayer estuvimos en casa de los Cassou. Vino a vernos antes –otro día– Isabelle, que está muy bien y muy simpática. Volvieron a casa los Wurmser, y el hijo –recién casado– con su mujer. André, de una vivacidad extraordinaria. Esta tarde vendrán los Pillement. ¡Los viejos amigos! La semana próxima –quizás el martes– vendrán a vernos –viaje de ida y vuelta– Elsa Dehennin Galle –la hispanista de Bruselas– y su marido. ¡Sociedad, sociedad!

Teresa: pregunta a Pepe Giner lo siguiente: *¿Don Juan Valera enseñó o dio conferencias en la Institución?* Un saludo cordialísimo. A él y a todo el bando granadino-malagueño. ¡Esos olores! Claro. Es el olor de la España franquista, quiero decir, víctima del régimen. ¿No veréis a los Bernabé?

Por cierto, lo de la luna está resultando extraordinario. Esta casa –en la Tierra– me gusta mucho.

Abrazos. ¡Esa niña!

JORGE

Dirección de Claude Esteban: Lacoste (Vaucluse)

París, lunes 6 de setiembre de 1971

Queridos:

La noticia del robo nos ha impresionado, naturalmente, aunque no tenga «importancia histórica». ¡Aquel Massachusetts puritano! Esos ladrones son quizá muy cultos, y alguno podría ser nombrado profesor de *cacología* (¡de Caco!) en Harvard. En fin, lamentable.

Esto se termina –para nosotros–. Mañana almorzaremos en casa de Margot con ella y Lucie. Irene hace paquetes de libros. Yo escribo cartas. París está delicioso. Y nos vamos... ¡«Arios errantes»! (¿Arios?, se preguntaría don Américo). Reexpido a Steve una carta de don Américo, llegada hace un rato.

Leí el libro de Gibson sobre Granada y Federico. Muy documentado. Está muy bien. Nos llamó y vino a casa Marcelle Auclair. ¡El tiempo es implacable! Estuvo cariñosa.

Hasta muy pronto. Para todos, empezando por Nils, abrazos. Vuestro,

JORGE

París, lunes 13 de setiembre de 1971
Dernière heure

Queridos:

Os escribiré las pocas líneas que exige la *dernière heure*. Renée ha venido ya. Irene ha podido salir mientras Renée espera al «*plombier*» que no acaba de presentarse desde hace varios días. –Se han terminado las despedidas: la última, Margot, esta mañana. –Escribí las dos cartas a Alfonso Canales. –Vino a vernos el profesor Asselineau, el especialista en Whitman. –Hablé por teléfono con Bataillon, que acaba de regresar de Salamanca. En aquel congreso se hizo una especie de homenaje a don Américo, quien –por otra parte– padece ahora una flebitis en el brazo izquierdo, mala cosa. Hoy reexpido a Steve una carta de don Américo. –Vino a verme José Miguel Ullán, colaborador de *Libre*. Trabaja en la Radio Francesa, sección hispánica. Quieren hacer una serie de emisiones y discos. Los primeros, todavía en elaboración, de Neruda y Borges. El tercero sería yo. Acepté. Ullán irá a Florencia a fines de este mes. Media hora: entrevista y lectura de poemas. –Otra vez, y siempre, ¡*gracias*! Esta casa es preciosa. Salimos a las seis y veinte, esta tarde.

¡Abrazos!

JORGE

Florencia, martes 28 de setiembre de 1971

Queridos todos:

Los días se van deslizando apaciblemente pero sin disminuir su velocidad hacia el 14, día en que nos iremos a Roma, y hacia el 23, ¡Roma-Boston-Gray Gardens! Vimos a los Plaza. (María Fuensanta pasará meses en Basilea). Vimos a los Aragone; oímos un concierto de Clemente y compañeros; música del XIV al XVII. Vimos a la familia de Irene; mejor por el momento, Luigi. Ya están en París. Intentamos realizar la «operación Sansoni». Operación laboriosa. (Y nada más 300.000 liras). Todavía no las he cobrado. Vino el muchacho español Ullán (salmantino), que trabaja para la *Radio Diffusion Française*. Ayer, en los estudios de la Radio Italiana –sede magnífica, funcionamiento accidentado– respondí a las preguntas de la

entrevista y leí poemas. Habrá emisiones por radio y un disco. Todo ello me divirtió. (Claro que lo preparé con mi habitual cuidado).

Llegó carta de Jaime. Resultado: iremos con él, de Boston a San Juan, Puerto Rico, a fines de noviembre. Se celebrará un acto en honor de don Pedro Salinas, que está organizando Nilita. Lo presidiré yo, por voluntad de Jaime. Es *él* quien quiere que figure al lado de su padre, como ocurría durante nuestra larga convivencia.

Hasta pronto. Abrazos.

JORGE

Florencia, miércoles 13 de octubre de 1971

Queridos todos:

Mañana tomaremos el tren que nos dejará en Roma. Estos días de Florencia han sido excelentes. Comimos de nuevo en La Castellina, con los Plaza, los Bigongiari y un poeta francés, Lecuire, muy singular. Llegó Macrì, cariñoso. Gracias a él, concluyó –por fin– «la operación Sansoni». (Cobré las 300.000 liras). Vi ayer la exposición de Manzoni, interesante, pero no tanto como esperaba. Volvimos a ver a Contini, que me pidió la dirección de Claudie. Contini trabaja, pero se le nota más débil después de aquel ataque. El poeta del día hoy es Luzi, Mario Luzi. Le he visto varias veces. Florencia está animadísima. Si una catástrofe yace, larvada, bajo tanto movimiento, hoy por hoy no se la sospecha.

Recibí varias cartas de Puerto Rico. Iremos con Jaime a participar en el homenaje. Ahora debe de estar en la feria de Frankfurt.

Chillida, gran *realizador*, fue a ver a Claude Esteban a su casa del Mediodía. Han decidido –y con mi aprobación– que el texto traducido e ilustrado será solo *Más allá.* Magnífica idea. Ullán me escribió que a los señores de la radio francesa les había gustado mucho mi actuación ante el magnetófono: «que serviría de modelo». *Non esageriamo!*

Después de las comunicaciones asiáticas de Claudie, no he vuelto a saber nada de esa pareja.

Recibimos cartas de Isabel y Anita. Nos encantaron. Ya no tendréis apenas tiempo de escribirnos a Roma. ¡Ah! Me he comprado un abrigo muy majo. Abrigo de entretiempo. Como veis, la vida cotidiana es menuda. Se me olvidaba: comimos con el profesor amigo de Carande, Melis. Formidable *gourmet*. ¡Una orgía, tres (no, cuatro) vinos! Nos acordamos de Antó.

Abrazos a la redonda,

JORGE

Sin carta de mi hija. La esperamos en Roma.

Río Piedras, miércoles 1º de diciembre de 1971

Queridos:

El viaje, feliz, terminó en un aeropuerto con varios amigos: Elsa, Nilita –toda vestida de blanco, ¡no la reconocí!–, Ferdinandy, algunos profesores del departamento. Vinieron en nuestra ayuda el primer día los Ferdinandy. Anoche cenamos en la casa –tan maravillosamente situada– de los Fano –con Jaime–. Esta mañana visitamos a Jaime Benítez. Nos esperaba. En cuanto llegamos, surgieron dos fotógrafos, activísimos. Vimos a Enjuto con Charito, ya casados (en junio). Esta noche será el acto en el Ateneo. Mañana por la tarde, mi conferencia. Irene organiza nuestras conversaciones con los amigos de modo que no me cansen.

Deseábamos salir para Boston el lunes. No es posible. El primer avión *directo a Boston* con plazas *libres* saldrá el miércoles. He aquí los detalles precisos.

Miércoles, 8. Eastern Air Line.

Nº del vuelo. 944. Salida: 3. p.m.

Llegada: 5.55 p.m.

La isla sorprende siempre. ¡Qué vegetación, qué luz, qué temperatura (de verano), qué bendición! Nos acordamos de toda la tribu. Mis informes aquí van desde el libro de Claudie hasta Nils y la criatura inminente.

Para todos, abrazos. Para algunas, besos.

JORGE

Río Piedras, viernes 3 de diciembre de 1971

Queridos:

Ayer tarde di la conferencia. «Resistí» bien. Jaime, emocionado. Y otros amigos. Cenamos anoche con los Enjuto en su nueva casa. Muy cordiales. Hoy almorzaré, invitado, con los profesores del departamento. Irene comerá con Jaime en San Juan.

Capítulo médico. Sigue la infección en mi cabeza. (Aquí, el lunes, comeremos en casa de Olleros y de paso, me verá como médico). Teresa: haz el favor de pedir una cita al dermatólogo –Dr. Mata– si es posible para el jueves 9. Lo cual implica una segunda molestia: que telefonees a mi peluquero diciéndole que no venga a casa ese jueves, porque sigue la infección y no es posible cortarme el pelo. Haz, pues, el favor de buscar en nuestra pequeña guía telefónica, en la letra P. (Peluquero): Raffaello di Chiara. (Quiara). Allí está el número de su teléfono particular. (Por la noche). ¡Gracias! Seguimos viendo gente.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

La Jolla, 19 de enero de 1972

Queridos:

Cumplí, en efecto, mis setenta y nueve –con vuestros regalos: preciosa prenda de vestir, admirable serie fotográfica–. Elfie me regaló una corbata

comprada en el Japón. Llamó don Vicente, atentísimo. Llamaron Anita y Benedicte, *rasgo* que me llegó al alma. Nosotros, todos los de esta casa, enviamos «felicidades» a Solita –*special delivery*– para sacarla o intentar sacarla del círculo infernal de odios que ella se inventa. (Ya veréis *la carta de Jaime*). Pues lo agradecieron mucho, y nos llamaron anoche Solita y Juan. Vinieron don Antonio Blanco y la pareja Catalán, que está muy bien. En suma, se pasó gratamente este abrumador cumpleaños. He vuelto a mis trabajillos de las mañanas.

Elfie, más joven que nunca. En cuanto a mi señor hijo... ¿Qué os voy a decir? Trabaja cada vez más, y encima y a la vez, es «*very important person*» –como ayer, que se pasó el día en un gran comité muy grave y secreto...–. Os tenemos sin cesar presentes a los tres. Anita: ¡te a…ro!

Abrazos. Y gracias por los regalos. Vuestro,

JORGE

La Jolla, domingo 30 de enero de 1972

Queridos:

Vemos por la carta de Teresa que todo marcha bien en los Jardines Grises y que el clima tiene veleidades primaverales. Aquí, no. Este tiempo suave–pero a veces frío– se encamina ordenadamente hacia los días mejores. Claudie y Elfie se irán a Stanford el miércoles, y volverán el sábado. Esta vez no rechaza (ocuparse del) ofrecimiento y quieren los dos darse cuenta de lo que es Stanford. Ayer visitamos la nueva biblioteca, muy moderna, bonita. (Una señora mexicana la calificó de «fascista»…). Por cierto, de Jameson sale ahora un libro de la Princeton Press: *Marxism and Form*. Debe de ser bueno.

Hemos estado en la casa –original– de los Catalán. La señora, increíblemente fina y guapa después de los siete hijos. Él, barbudo *llano*. Simpáticos, los dos. Tienen una hija, Irene, aficionada a la poesía. Vino a casa Durling, que estudió en Harvard. Petrarquista. Agudo. Él quiere que

salgamos juntos de paseo. ¡Muy bien! Esta tarde marchará la familia china. Vino don Antonio Blanco. Vino de Los Ángeles McCurdy, que sigue «trabajando» sobre *Cántico*. Llamaremos a Roy.

Por las noches combinamos televisión, música y lectura. Duermo bien. Paseo por este hermoso patio y por los alrededores. Los gatos espantan, alejan a los pájaros. Apenas he visto gorrioncillos. El zumo de naranja matutino proviene de los naranjos del jardín. ¡No hay flores! Pronto las habrá.

Escribí a Panikkar a Santa Bárbara. Ayer me llamó por teléfono. (Se oyó primero la voz de la secretaria).

Otro dato: dice Claudie que Irene y yo tenemos mejor color. Es verdad.

¿Qué dice mi preciosa nieta de Cambridge? Llamamos a Isabel: el suceso puede ocurrir de un momento a otro. ¡Que ocurra!

Abrazos. Besos. Anita: ya lo sabes...

Vuestro,

JORGE

La Jolla, lunes 7 de febrero de 1972

Teresa, hija:
Querido Steve también:

Ante todo, un saludo muy respetuoso al más joven de esta tribu, a Patrick, que será siempre Patrick, y no Patricio –como mi abuelo de Montealegre–. ¿Cómo está Isabel? Tan rica, nos telefoneó una hora después del Acontecimiento. ¿Recibió Alan mi carta? (Extraordinario, que presenciase la llegada del niño). Aquí, el Suceso –con mayúscula– ha sido la visita a Stanford. La jornada del jueves 3 de febrero fue la más fatigosa de toda su vida –dice Claudie. Conversaciones con alumnos, preguntas de los profesores –en acto público– sobre el libro de Guillén Junior –problemas y problemas– conferencia sobre Garcilaso en español, cena, recepción... Y conversación con alguna autoridad. Todo, con gran

consideración, como cuando se recibe a una «persona importante». ¡Pues claro! Y la base era, es el libro que evidentemente coloca a su autor a gran altura. (¡Que se callen las larvas! Larvas en esta ocasión). Claudie estaba, está satisfecho. Dice él: «El ofrecimiento es importante. Hay que pensarlo bien». Ante todo, nada de cargos administrativos. ¡Que estudie, que trabaje, que publique! Cada tres años, uno en Europa: dos trimestres en Salamanca, el tercer trimestre en Florencia, o Viena, o Stuttgart, o Tours. (Todo pagado, incluso los viajes de los esposos). Sueldo: no está fijado. Podría ir de 25.000 a 27.000. Pero afirma mi señor hijo: «Yo no puedo hablar de dinero...». ¡! La impresión general de Elfie y de Claudie es excelente. Ahora se espera la carta –o las cartas– de Stanford, que serán presentadas a las autoridades de esta Jolla (San Diego).

Pues bien, a quien le toca opinar y resolver es a don Claudio. ¡Allá él!

Nuestra vida apacible continúa. Trabajo, lectura, visitas, etc., etc. Se nota que tomamos el sol. Irene inmóvil, yo paseando.

Haz el favor de enviar esta carta a Steve. Claudie te escribirá –supongo– cuando hayan llegado las cartas.

Abrazos a la redonda. Un beso al jovencísimo Patrick. Vuestro,

JORGE

La Jolla, lunes 14 de febrero de 1972

Teresa, hija:

«Sin novedad en el frente», en estos frentes. Claudie espera la carta o cartas de Stanford. Elfie va de la cerámica a su caballo, nuevo, más duro. Irene se muestra tan activa en los trabajos domésticos como en las lecturas. Yo, como de costumbre. Estos últimos días han sido, a ciertas horas, primaverales.

¿Y vosotros? Ahí, todo es nuevo. ¿Patrick? Esperamos fotografías. ¿Cómo se encuentran Isabel y Alan, cómo les va en su vida de padres? ¿Tenéis mucho frío?

Noticias. Me dice Bill Ferguson que Fifi se ha comprado una casa en Suiza, o más exactamente «un pequeño apartamento en Blanches (Suiza)». Y Bill califica ese acto de «inevitable».

Hoy recibo carta de Edmund King comunicándome lo que ya sabía: que ha muerto la hija de Miró, Olympia («un tumor de ovario»). Lo he sentido de veras. Murieron todos los Miró. Los nietos no se llaman así.

Ayer, domingo, fuimos los de esta casa al Museo de San Diego. Precioso museo, que ya conocíamos. Precioso el bodegón de Sánchez Cotán. Como ves, no tenemos aventuras que contarte. Fuimos Irene y yo con don Antonio Blanco a visitar a Sender, el novelista, que vive ahora en San Diego. Me requería con urgencia para que firmase como testigo en su testamento. (¡Un «honor» para los dos!). Y no me explicó nada. Envejecido, interesante, personal, Sender.

El viernes próximo habrá en casa la gran *party* de la temporada, en honor del profesor Durling, comparatista, petrarquista.

Besos a las señoras, un besito al niño, un abrazo a Alan. Vuestro,

JORGE

La Jolla, 23 de febrero de 1972

Queridos:

Esta mañana llegó una carta de Stanford. No puede quien la escribe ser más entusiasta de don Claudio Guillén. Os he copiado en hoja aparte el primer párrafo de ese texto. Después añade que el nombramiento debe seguir las regulaciones ordinarias a través de los *committees*... En suma, la visita de Claudie a Stanford el 3 de febrero fue un éxito redondo. Es natural que Bob Elliott se halle preocupado. Claudie es muy sensible a esas muestras de amistad. Pero estas cosas se resuelven siempre al modo americano: objetivamente, según los datos a la vista.

¿Cuándo saldréis para el Perú y Chile? Esto me lleva a pensar en la estancia de Anita en La Jolla. Quizá vosotros lo consideráis abstractamente.

De un modo concreto, efectivo, real, de esta casa suelen estar ausentes, mañana y tarde, Claudie y Elfie. Claudie en la universidad (o en su habitación trabajando…). Elfie: caballo y cerámica. Hasta la hora de los *drinks* no hay reunión de familia. Durante el día, yo trabajo, escribo cartas, paseo. Irene, atareadilla con las labores domésticas. Si está Anita aquí, Irene y yo nos ocuparemos de ella lo más posible. Visitas, a veces una a la semana. Esta casa se encuentra lejos del pueblo y de las niñas Catalán. Pero la distancia no importa. Lo que importa es que las Catalán pasan el día en la escuela. No hay otras niñas con quien pudiese relacionarse Anita. Es decir, de un modo concreto, y dejándose de pamplinas de *very nice*, Anita caerá en un casi vacío. En ese casi vacío nosotros flotamos a gusto. Pero ¿una niña? ¿No podría alargar su estancia en Madison y acortarla en esta Jolla silvestre?

Irene teclea ahora en la máquina de escribir. Claudie, en la universidad. Elfie, en el taller de cerámica...

Abrazos.

JORGE

De la carta del profesor Herbert Lindenberger, *chairman* del Departamento de Literatura Comparada

February 18, 1972

> ...to let you know, first, how delighted all of us were to get to know you (our students have not stopped talking about your visit!) and to mention that at its meeting a few days ago the Committee on Comparative Literature voted unanimously (and «with fervor», as they asked to have it recorded) to recommend your name to the Dean's office for a joint Comp Lit appointment. I might add that in all my academic career I have never seen such enthusiasm voiced about a prospective appointment.

La Jolla, sábado 26 de febrero de 1972

Queridos:

Os envío en esa hoja adjunta la copia de un párrafo sobre el libro de Claudie. Pertenece a una carta de Mrs. Balakian. Ya me era muy simpática esa señora. En este momento la adoro.

Ayer fue la gran *party* de casa. Hubo gente, menos de la esperada. ¡No vino Marcuse! –y sin previo aviso–. Estuvo el escritor mexicano Juan José Arreola, muy cordial. Ayer y anteayer charlé con tu discípula, Steve. Susan Kirkpatrick. Persona muy grata. Tú la enseñaste, entre otras muchas cosas, a admirar a Lope. Por cierto, hay aquí un entusiasta de Lope: el hispanista (italiano) Brancaforte.

Abrazos a los tres. Besitos a Anita. Vuestro,

JORGE

De una carta de Anna Balakian, New York University, 17 de febrero de 1972.

> I must tell you how much I am enjoying your book lately as I go to it for knowledge and inspiration while teaching... a course on Literary Theory and History. Some of the articles I had heard orally, I believe, but in written form their depth of knowledge, their conclusive authority, the painstaking documentation seems almost super human, I congratulate you for the tireless devotion with which you have met your objectives, and the discipline and the intellectual chastity you have brought to your task. You are our brightest star in Comparative Literature.

La Jolla, 1º de marzo de 1972
(Segundo aniversario de mi Caída)

Queridos:

De modo que gracias a una carta de París os enterasteis de la crisis que atraviesa la pobre María. ¡Qué tristeza, qué desolación! Ya he escrito a

Leónides y a Rafael. Y a Jesús, quizás al tanto de lo que ocurre.

Os vais a Sudamérica. ¡Buen viaje! Quiero que sepas, Teresa, –Steve no irá al Perú– la dirección de nuestra antigua amiga Carmen Ortiz de Zevallos. Su dirección es «Parque Hernán Velarde 12». Pero será mucho más fácil encontrar a Carmen en su librería Plaisir de France, situada en una de las principales plazas de Lima. Carmen conoce a Jacotte. Recuerdos a la una y a los otros.

A Julián Calvo le encargo –en carta de esta tarde– que me busque cierto libro en Santiago; si lo encontrase, tú lo podrías pagar y llevártelo a Cambridge.

¿Quién se encargará del correo en Gray Gardens en vuestra ausencia?

Celebro que marchen socialmente bien –como era de esperar– las conferencias de Octavio. ¡Cuánto siento perdérmelas!

Volvamos a La Jolla. Claudie te ha escrito. El ofrecimiento de Stanford no puede ser más tentador. Gran éxito del Guillén crítico.

Irene ha tenido carta de Benedicte. Escribiré a Antó.

¡Con qué ilusión esperamos a Anita! El consejo de Elfie y Claudie es muy razonable. Sigue la temporada de las nieblas. Llegar a primera hora de la tarde sería muy preferible.

Sigo carteándome con Jaime. Habrá este mes segunda edición de nuestra antología. (¡Vendidos 15 [sic] ejemplares! ¡Increíble!). Y también, la antología de Macrì.

Pienso en María, y en los que la rodean. ¡Qué terrible situación! Y también María se ha roto el fémur...

¡Buen viaje! Abrazos.

JORGE

La Jolla, viernes 10 de marzo de 1972
4.15 P.M.

Queridos:

Fuimos a esperar a Anita Elfie y yo. Claudie salió muy temprano esta mañana para Berkeley –San Francisco– donde se reúnen varios presidentes de comités universitarios. Volverá mañana por la tarde. Irene se encuentra «malita»: problema de intestino –con sangre–. Vio al médico, toma medicinas, está mejor: pero todavía no se conoce la causa de ese estado. No está en la cama, pero se le recomienda quietud. De modo que *on time* llegó el avión con mi preciosa nieta, serena, tranquila. Hemos charlado, nos cuenta cosas. Es una niña encantadora. Tuvimos suerte: ha hecho fresco y gris los días pasados. Hoy hace un día de sol. ¡Llegaba Anita!

Ya ha recibido Claudie las cartas esperadas. Les ha dicho que tardará un mes en contestar. Ha llegado de Madrid el filólogo. Él está muy empeñado en que Claudie siga. Va a pedir para Claudie, Carlos Blanco y el mismo Diego Catalán, un año en Madrid cada tres años. ¡No se lo concederán! La proposición de Stanford es estupenda y difícilmente superable.

El 20 de este mes dará una conferencia en San Diego el gran Borges. Alazraki ha conseguido unas pocas horas en La Jolla. Y ha circulado entre unas veinte personas esta original invitación:

Please join us for breakfast honoring Jorge Luis Borges and Jorge Guillén
Naomi and Jaime Alazraki
Monday, March 20, 9.00 AM
2037 Soledad Avenue, La Jolla

¡Atención delicada!

Siguiendo las instrucciones de tu última carta, Teresa, os envío estas líneas c/o Cepal... Muchos recuerdos a Julián y a toda la familia.

¡Pasadlo bien! Esperamos noticias.

Abrazos.

JORGE

La Jolla, 20 de marzo de 1972

Queridos Steve y Teresa:

Os morís por tener noticias de Anita. *Les voilà!* Está ocupada constantemente. Lee, escribe –cartas, el diario– cocina, aprende cerámica. Siempre seria, juiciosa, discreta, responsable. Ayer domingo, estuvo con Claudie en la playa y en el museo de San Diego. (Elfie, con el caballo). Las películas en la televisión, alguna noche, las ve con una almohada sobre el pecho, en previsión de miedo. Total: es un encanto cada vez mayor. Yo la quiero cada día más.

Claudie trabaja estos días más que nunca. Irene tuvo aquel desarreglo: hubo radiografías, dieta. El resultado, excelente. Pero Irene tiene que vigilar mucho lo que come. Elfie estuvo muy cariñosa, llevándola y trayéndola en el coche, trabajando más en la casa.

Otros pormenores os los cuenta en su carta Anita. El poemilla sobre Casti –que he escrito por ella y para ella– la hizo feliz.

Esta mañana, el Desayuno resultó muy agradable. Charlamos Borges y yo bastante: estábamos juntos a la mesa. Borges, amabilísimo conmigo. Lo llevan y lo traen como a una *vedette*. Os lo contaré todo. Saludos cordialísimos a Jacotte, al señor Embajador y a Carmen Ortiz de Zevallos. Os enviaré mañana las cartas de Rafael y Jesús. Quiero que las lea antes Claudie, ahora en la universidad.

Abrazos.

JORGE

La Jolla, martes 4 de abril de 1972

Queridos:

Llegó tu carta de Santiago, Teresa. ¿Nos escribiste desde Lima? ¿Qué pasó allí?

Te dije, te dijimos ya que Anita se portó muy bien y nos encantó a todos. Ayer hablamos con Isabel. Quedamos, de acuerdo con ellos, que el sábado 15 saldremos de San Diego por la mañana y llegaremos a Chicago hacia la una y media. En el aeropuerto estaremos juntos desde la llegada hasta la salida, a las tres y media –con tiempo suficiente *hasta cierto punto*– para admirar al niño y a sus padres. Llegaremos a Boston hacia las seis y media. Ya te diremos el número del vuelo.

¿Que si me encuentro bien? Encantado. Y también Irene, a pesar de su dolencia, casi corregida. Ahora estamos todos viviendo «*l'affaire* de Stanford». Al principio, la situación era clara e irresistible la oferta. Ahora, con la intervención de los amigos y la vaguedad –todavía– de esta «*Administration*», flotamos por entre nubes. Claudie cree que la universidad, esta, responderá en estos días, en esta semana. ¡Veremos!

Ya estamos en preparativos de viaje. Yo escribo cartas... Irene empezará a hacer paquetes de libros. Una pregunta, Teresa, y te agradeceríamos que nos *contestases pronto*. Hemos recibido el gran volumen *Chillida*, de la galería Maeght, con texto de Claude Esteban. Es libro muy grande. Si lo tuvieseis vosotros, no llevaríamos este pesado ejemplar.

Recuerdos a los Antó.

Con ganas de veros, abrazos.

JORGE

La Jolla, domingo 9 de abril de 1972

Queridos Steve y Teresa:

(Para Anita, una carta aparte). Esta noche, a vuestro regreso del Cape, os telefoneará Claudie. Él os dirá que, tras unos días de gran agitación, y de gran inquietud, ha decidido ayer quedarse en La Jolla. La decisión nos parece razonable. Procuraré evocaros con palabra oral el ambiente en que el asunto se ha desarrollado. En suma: a fines de julio estará en Madrid, y desde julio con 4.000 dólares más aquí, etc., etc.

Hablemos de nuestro inminente viaje. Saldremos de San Diego el sábado 15, a las ocho de la mañana. Llegaremos a Chicago a la una y media; a las tres y media partiremos de Chicago. ¡Habremos conocido a Patrick! *American Air Line. Vuelo 106. Llegada a Boston a las 6.26 p.m.* Llegó, por fin, a esta costa la primavera. Pasamos estos últimos días despidiéndonos, escribiendo cartas, preparando el viaje con calma. ¡Sábado, 15! *Sábado, 15*. Último plazo para el *income tax*. ¡Y me estremezco!

Querido Steve: Perdona que una vez más acuda a ti. En nuestro dormitorio de Gray Gardens, a la derecha de la cama, sobre aquella cómoda dejé un sobre grande con los papeles que nos conciernen a Irene y a mí. Adjunto documentos complementarios.

Muchísimas gracias. «¡Dios te lo pague!». Hasta el sábado.

Con ganas de veros,

JORGE

Cambridge, jueves 3 de agosto de 1972

Queridos todos:

Dos palabras para deciros que pensamos en vosotros y que estamos bien.

Los Antó, boyantes. El niño, más príncipe de Dinamarca que nunca. Ayer vinieron a casa los Lida. Cordialísima conversación. Hoy ha almorzado con nosotros –en la cocina– Alberto Lacerda, nuestro ilustre amigo lusitano.

¿*Y María*, mi hermana? ¿Y los Guillenes? ¿Y los Lozano? ¿Y Elfie y Claudie? ¿Y los Castro? Aparte: ¿Y Anita?

Ya sabéis que Casti parió ocho perritos –uno muerto–. ¡Execrable fecundidad! ¿Tendrán razón los exquisitos que consideran la Escasez como Categoría superior?

Gray Gardens, perfecto. Incluso con la sospecha (en el fondo) –de la señora Olivia–.

¡Noticias! Múltiples abrazos. Os enviaremos el correo a Nerja.

JORGE

Cambridge, 14 de agosto de 1972

Queridos:

Ya estarán llegando a su nueva residencia los Antós. Lo pasamos muy bien con ellos. Nils ha simpatizado mucho con nosotros. Aprende muchas cosas. Ya enciende y apaga él mismo las luces, lo que le divierte muchísimo. Antó es un padrazo ejemplar. Benedicte, una mujer admirable. Todo lo hace poniendo en ello el alma, la conciencia.

Ese nivel de existencia comporta una especie de poesía. Volvamos a la prosa, a la universidad. Ha sido aceptado por La Jolla el candidato propuesto por el profesor Blanco Aguinaga. Don Américo Castro había enviado a La Jolla, desde el Centro de Estudios Históricos, precisamente a un Carreira. (Hoy no habría recomendado más que a Sicroff)... Ya sé que no se puede sustituir a Claudio Guillén sin cometer sacrilegio. No se trata más que de llenar un vacío provisionalmente. Claro que Carreira interesará más a La Jolla que Meregalli a Harvard. Yo deploro que venga a este Continente ese muchacho. Correrá el peligro de disolverse gratamente entre los *drinks* y los dólares.

Macrì me ha pedido que responda a unas preguntas –con motivo de su libro–, para una revista italiana. Ahora estoy redactando esa «pieza»... de publicidad.

Dejo espacio para que Irene añada unas líneas. Vinieron los Lida a casa. Ayer vinieron los Simone.

Abrazos a todos,

JORGE

¿Hasta cuándo estaréis en Nerja?

¿Cuáles serán vuestras próximas direcciones?

¿Os llegó la carta que os dirigí a General Mola 8?

Cambridge, *24 de agosto* de 1972

Queridos todos:

Todos los habitantes de esta mansión se encuentran bien. Ya ha llegado el calor, no excesivo. Ayer tarde estuvimos Irene y yo con el encantador Fitzgerald en su casa: únicos invitados. El domingo almorzamos con los Lida en casa de Concha Zardoya. Buena comida, rato muy agradable. En la televisión «contemplamos» anoche la *convention* republicana. Una increíble comedia.

El martes vino un redactor del *Boston Globe*, R. Taylor, enviado por Juan Manuel Alonso. La entrevista se deslizó en la lengua no precisamente de Shakespeare. Nos entendimos, simpatizamos. Esta tarde vendrán Juan Manuel y su mujer.

Os dirigí una carta a General Mola 8. (Creí que estabais en Valladolid). Por lo visto, aquello funciona de modo tan rudimentario que no llega a la retransmisión de una carta. He escrito a Leónides.

La soledad de Leónides y María en Torremolinos... El mundo está mal hecho.

Para Anita, su madre y su padre, abrazos.

JORGE

Irene, muy activa.

Cambridge, 3 de setiembre de 1972

Teresa, hija:

Nos llamó Steve a su paso por Nueva York. Habló con Irene. Nos dijo que vosotras estabais ya en París. ¡Qué suerte! Todo marcha bien en la

familia de esta casa. Los perritos crecen, se animan, se individualizan saliendo de aquella primera masa amorfa y soñolienta. Beben leche con entusiasmo. Ayer estuvimos en la nueva casa de los Lida. Hoy, domingo lluvioso, casi frío, almorzaremos en casa de Joan. (Felicitamos a Steve en su cumpleaños. ¿La carta se perderá también en Nerja?).

Iréis al Cape. A Irene le gustaría mucho acompañaros. El Cape le gusta casi tanto como a Steve. Pero yo *–y esto no es retórica–* estoy acabando mi libro, que desearía enviar copiado a México antes de ir a Niza. Casi casi –si no fuera por el maldito frío– no iría a Europa hasta tenerlo todo ya en la imprenta. En fin... Ahora quisiera añadir algún nuevo texto al libro. Y en estos días aquí trabajo bien. Claro que se puede trabajar en cualquier parte, hasta en el Vietnam. Cada uno juega su juego. El mío es este. Siento mucho «sacrificar» a Irene. ¡Qué le vamos a hacer! No todo va a ser veraneo, lujo, ganas.

Para todos los Gilman Guillén, abrazos, besos,

J.

Niza, domingo 28 de enero de 1973

Queridos todos:

Se fueron los últimos. Margot, Renée, los Plaza. Henos ya en nuestro ordinario vivir. El tiempo es excelente. Hemos visitado librerías. Hemos ido al cine. Ayer vino a buscarnos Aubrun, y nos llevó a su casa. Él y su mujer estuvieron simpáticos y cordiales. Esta tarde vendrá de Villefranche Bélamich. El martes vendrá un amigo enviado por Alberti. El correo del cumpleaños todavía colea. Total: 49 telegramas. Empiezo a responder a los felicitantes. Tarea para varios días.

En el correo de anteayer me llegó carta del editor de *Al margen*, en una colección de poesía «moderna» de Madrid. Y me comunica que el libro sería secuestrado si no se suprimen cuatro poemas. ¡Que se supriman! Hay dos que son francamente hostiles. Pero otros dos –sobre Quevedo– se

prohíben porque en ellos aparecen las palabras «don Francisco». ¡Increíble! Otro, se titula: «El sucesor». ¡!

¡Qué bien resultó la fiesta! No pudo ser más cariñosa y alegre. Nos acordamos mucho de vosotros. Aquí, en esos días, pude lucir a mis hijos y a mi nieta: Os queremos.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Niza, 3 de febrero de 1973

Queridos:

Llegó la carta de Teresa con las buenas noticias sobre la casa de Nerja. El artículo de *Sur* es del joven José Infante. Por cierto, ya os había yo escrito, y también a Claudie, a vuestra dirección, *porque ignoramos la suya*.

Estuvimos con Aubrun y su mujer, amabilísimos. Mañana domingo nos llevarán a Antibes. «El teniente de alcalde», aquí es Madame Romeo, mujer del profesor de Español Romeo. Vendrán a buscarnos el miércoles. Se nos presentó un amigo de Alberti, editor argentino, Muchnick, judío muy listo y brillante. Nos invitó a comer en un buen restorán. Evocamos al *gourmet* Antó. Vimos a Bélamich que está muy bien, sensato y amabilísimo. Iremos a Mónaco a almorzar con la madre de Madame Deguise. Telefoneamos a Poulet. Él y su mujer han estado enfermos. Iremos a su casa. Escribo cartas sin parar. Me entrevistó una señorita para un semanario de Niza. ¡Me preguntó si yo escribía en español! No sabía nada.

Besos a Anita. Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Niza, 16 de febrero de 1973

Queridos todos:

¿Qué pasa en Niza? Pasó anteayer Walter Kaiser, amabilísimo, a buscarnos. Almuerzo en Mougins: el bar nos gustó mucho. Invitados: el príncipe y la princesa Poniatowski. Él, medio americano, muy sencillo. Madame Margerie, exembajadora de Francia especialista en la poesía desde Rilke en adelante. Se lanzó sobre mí, y no me soltó. ¡No quedé mal! Las horas fueron gratas y nada pesadas.

Otra *soirée*, no del todo molesta: en casa de Jacobo Muchnik. Pasó por Niza la señora (viuda) de Seix. Conocimos allí a un biólogo argentino, García Romeu, no profesor, sino investigador en la «Recherche scientifique». Hombre de calidad.

Entre los profesores de la universidad, hay una señora muy fina, Madame Couland, agraciada, profundamente adicta a... *Aire nuestro.* (Autora de un estudio de *Homenaje*). Esta tarde vuelve Bélamich. Se hace querer. Es buenísima persona. Tema central de su vida: Federico. ¡Muy bien!

Y a todo esto, he recibido una carta colectiva de Montealegre. La idea de que yo había nacido allí removió al pueblo. Enviaré una fotocopia a Anita, que piensa especializarse en ese autor. (¡La adoro! Dicho en voz baja).

Vimos el Museo Matisse. Y el Museo Picasso. Hay muchas cosas que ver en esta villa.

Abrazos. Os queremos.

JORGE

Niza, 23 de febrero de 1973

Teresa, hija:

Estos renglones, con encargo práctico, te los dirijo a ti. Me escribió de nuevo Delibes. Sé que os habéis reunido de nuevo con los Rubio. ¡Cuéntanos! Nosotros hemos salido todas estas tardes con algún amigo. Hemos estado en Cimiez, en Vence. *Le clou* ha sido la visita a Poulet y

Señora. De poca salud. Se jubila este año. Dejará «su cátedra» a Yves Bonnefoy. El tiempo es –casi todos los días– de casi primavera. Yo estoy luchando con el correo del cumpleaños. He escrito muchas cartas. ¡Quedan todavía por escribir no pocas! No tengo la dirección de algunas personas. Hazme el favor, Teresa, de buscar y comunicarme las direcciones de los Bustelo en Ginebra, y en Madrid de Ernestina de Champourcin, viuda de Domenchina, de Juan Luis Panero, de «Conchita, Tica, Antonio» (¡complétame los nombres!). ¿Están los Casalduero en Madrid? Pregunta a Clavería por la dirección y el nombre de la Academia de Bellas Artes en Múnich. (Las tengo en Cambridge). ¡Gracias, gracias!

Abrazos.

JORGE

Niza, lunes 5 de marzo de 1973

Queridos:

Irene –te lo cuento a ti, Teresa– se ha informado esta mañana sobre nuestros posibles viajes. Ningún barco italiano pasa ya por Málaga. De modo que regresaremos en avión. A Málaga iremos en avión desde Roma. Yo también iré a la Ciudad Eterna. No será, pues, necesario que fuerais a Florencia, puesto que el plan ha cambiado.

No nos habías hablado antes del homenaje a don Américo. Seguimos sabiendo muy poco. (Le escribo a Claudie). Por nuestra parte, hemos asistido a dos almuerzos. Uno, en casa de Madame de Margerie, en Cannes. Nos condujo allá un señor conde, amigo «íntimo» que fue de Proust, de una increíble juventud. Saludamos también a un crítico –conocido–, de Proust, Cattaui. Al almuerzo asistían también los Kaiser. Aubrun nos invitó con varios profesores a un restorán muy bueno. Han venido estudiantes a verme. Hoy esperamos a otros. El tiempo, excelente.

Pienso en Anita, en mis nietos y biznietos. Pensamos en vosotros. Os queremos.

JORGE

Niza, 17 de marzo de 1973

Queridos:

Escribí a Carmen. Horrible, lo del avión. Pero estos coches de Niza... ¡Qué nostalgia tengo de Steve, el mejor *chauffeur* que he conocido en mi ya larga vida! (Escribí al señor Lladó: ¡Agradable!).

A todo esto, como el editor de México no salía de su silenciosa inmovilidad, le he retirado el manuscrito. Sería prolija la historia. Me editarán *Muchnik Editores, Buenos Aires*. (El libro se imprimirá probablemente en España, en Barcelona). Muchnik padre sigue aquí; va con frecuencia a Barcelona. Es persona inteligente, cordial, activísima, muy simpática. (Judío cien por cien).

Mañana, domingo, vendrá a casa Darmangeat. El lunes veremos a Nadal, que viene de Ginebra. Claude Esteban me telefoneó de París. Buenas, excelentes noticias, de la galería Maeght. ¡Oh Galería!

Ayer y hoy se celebra el simposio en honor de Dámaso en Oklahoma. Escribí unas cuartillas: semblanza-saludo. (Lo de Frigiliana, increíble).

Estamos siempre *curiosos* de vuestras cartas y noticias.

Abrazos.

JORGE

Niza, 21 de primavera –digo, de marzo– de 1973

Queridos:

Respondo a la carta recibida ayer. Siento mucho lo de Antó. La situación se comenta a sí misma. No habrá necesidad de explicársela al

interesado. Todo eso se arreglará. Los problemas de la juventud se arreglan mejor que los de la vejez.

De modo que Claudie está o estaba en Nueva York. ¡Ah! Nunca sé nada.

No tengo aún la dirección de Manola Sánchez Escamilla ni la de María de Oñate. Te agradeceré, Teresa, el preciso informe. No quiero dejar sin contestación ningún telegrama.

En el periódico de Frankfurt se publicó –¡el 18 de enero!– un artículo. Acaba de salir en el *Corriere della Sera* un magnífico artículo de Luzi. Lo esperaba. Pero no tan bueno ni tan excesivo. Ahí tenéis esas fotocopias. Teresa: dáselas a Claudie en algún momento de reposo. Lo de Nerja marcha bien. ¡Lo admiraremos!

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Niza, 22 de marzo de 1973

Queridos:

Os envío los documentos de mi *income tax*. (La fórmula del año pasado, los dos ejemplares de este año. No me atrevo a escribir en tinta lo que puso en lápiz Steve. No quiero, si me equivocase, estropear el documento). Adjunto los «registros» de los bancos.

Teresa: haz el favor de guardar los borradores del 71 y del 72.

Steve: te agradeceré infinito que completes la operación. Ya sabes que este «grano de arena» es para mí una montaña.

¿Será necesario que se envíe el sobre adjunto certificado? Teresa: haz el favor de encargarte del envío al correo.

Nada más –¡uf!– por hoy. ¡Gracias!

Abrazos,

JORGE

Niza, 2 de abril de 1973

Teresa, hija:

Respondo inmediatamente a tu carta, que ha dado origen a una doble meditación dialogada.

Comenzaré por lo que es exclusivamente monólogo. Te envié en un sobre certificado los documentos de mi *income tax*. Nada me dices. Esa «operación» constituye para mí, pobre hombre, una *montaña*. Haz el favor de decirme si ya os habéis ocupado de ese minúsculo asuntillo. Y si no, *os suplico* que hagáis que mis papeles puedan salir a tiempo. ¡Y no se te olvide comunicarlo!

Hablemos del «vago estío». El problema está en la coincidencia con Claudie y Elfie. Lo de París nos complicaría a nosotros nuestros planes. Se trata, para mí sobre todo, de ir, por fin, a España. ¿Adónde? Adonde tenemos aquel pisito: a Málaga. Allí estaríamos junto a todos los Gilman. ¿No podrían tal vez ocupar Claudie y Elfie el piso de los Crocco, o el de Dámaso –en el mismo Paseo Marítimo–? En junio estaremos en Florencia, que podría ser otro posible lugar de reunión. Por otra parte, hay que saber cuáles son los deseos de Claudie y Elfie. Hay todavía tiempo de combinar algo agradable para todos. Claudie me escribe, muy preocupado por la situación de Antó. Le responderé enseguida. Escribiré a Blecua. ¿Quizás también a Gallego Morell, en Granada, a López Estrada, en Sevilla? Aquí hablaré con Aubrun, que parece estimar mucho a mi señor hijo.

(Leeré la nueva reseña sobre *Literature as System*).

Vinieron a casa los Poulet. Vemos a profesores de la universidad. Anteayer fuimos a almorzar con Madame de Margerie y Gautier Vignal. Comieron en casa los Aubrun.

Agradeceré mucho a Steve que eche una mano a lo de nuestro *income tax*. ¡Gracias! Tenemos más fotos de Nils y Patrick. ¡Preciosos!

Abrazos.

JORGE

Niza, 18 de abril de 1973

Queridos:

Os envidiamos. ¡África! Que nosotros deseamos frente a frente, más allá del Paseo Marítimo.

Nos escribió Claudie. Prefieren Málaga, Hotel Emperatriz. (Y luego, quince días de París para ellos solos). ¡Perfecto!

Mientras tanto se acerca el traslado a Italia. Firmé el contrato con Muchnik Editores, asociados a Seix Barral. La distribución y la publicidad corren a cargo de Seix Barral. Ya está componiéndose el libro en Barcelona, que saldrá a la luz de Buenos Aires «antes del 31 de diciembre». Don Jacobo es persona muy cordial e inteligente.

El libro de la Galería Maeght avanza. No asistimos al «*vernissage*» de Miró, por dificultades de comunicación. Vinieron a verme de la Galerie. Me enviarán pronto el contrato.

Seguimos viendo gente. Pasaron el fin de semana en Niza Luigi y Ottavia. Quizá pasen por aquí Carmen y Emilio, que nos escribieron camino de Atenas. Agradecí mucho a Steve su carta. ¡Murió Picasso! ¿Se acabó la guerra del Vietnam?

Abrazos.

JORGE

Niza, 28 de abril de 1973

Queridos:

¡Qué gran viaje habéis hecho! Lo que más os envidio es Ciudad Rodrigo. Nos trajo noticias vuestras Bélamich; dijo que «*vos enfants ont eu beaucoup d'égards avec moi*». Es muy buena persona, se los merece. Emilio me escribió, camino –en el aire– de Atenas, anunciándome que tal vez pasarían por aquí. No han podido dar esa vuelta. Ya os lo dije: Claudie y Elfie prefieren Málaga –con nosotros–. ¡De acuerdo! Me escribió

Maravall, amabilísimo. Escribí a Blecua recomendándole a Antó. Escribí a Antó –quien me contestó que tal vez consiga puesto por allá–. (Nils habla mucho y le acusa a él –¡me imagino el dedo!– de ser el responsable del accidente. ¡Qué preciosidad de niño!). Supongo que Anita habrá encontrado nuestra carta en Nerja. ¿Cómo va lo de Nerja?

Vengamos a Niza. Firmé el contrato de *Y otros poemas* con Muchnik Editores, asociados a Seix Barral. Seix Barral es quien distribuirá el libro. Libro que ya está «componiéndose» –no imprimiéndose– en Barcelona. Por otra parte, Joaquín Mortiz es una muy pequeña casa editorial, que no distribuye bien y que funciona así: sin contestar a las cartas. Era una desconsideración inadmisible.

(Por ahí anda Francisco Giner de los Ríos. Le escribiré a casa de Paco).

Aquí la temporada va terminándose como empezó: muy agradablemente. Es curioso que haya hecho peor tiempo ahora que a principios –espléndidos– de abril. Hemos visto a gente, en general universitaria. Hemos hecho excursiones. Yo he escrito más cartas que nunca: me he limitado a contestar cartas y libros. Pasó por aquí Alberti. Quiso ver a la familia de Picasso. No pudo, a pesar de ser muy amigo. Pasaron aquí un fin de semana Luigi y Ottavia. Irene está ya preparando la gran limpieza de la casa para dejar –si no contenta– no descontenta a Margot. ¡Ah! Vimos –dos veces– al filósofo amigo de Graubard. Simpático, divertido. El 6 de mayo, domingo, tomaremos el tren para Florencia. Dirección: Pensione Chiari, Piazzetta Adimari 2 (via Calzaiuoli) 50122 Firenze. ¡Escribid a esta dirección la próxima vez!

Os queremos, os abrazamos.

JORGE

Niza, 2 de mayo de 1973

Queridos:

No, rica, no os tenemos abandonados. Habéis debido ya recibir una carta mía. Acabo de explicar a Isabel y Alan nuestros planes italianos. Salida de Niza: el próximo domingo 6. (A Ventimiglia nos llevará en su coche Bélamich). Desde ese día 6 hasta el 10 de junio, en Florencia aproximadamente. Del 10 al 25, en Roma. Hacia el 25 o 26, en Málaga. *Voilà*.

Ayer hubo una gran fiesta en casa de don Jacobo Muchnik, que reunió a algunos amigos –una veintena– argentinos, algún francés, sobre todo catalanes. Estaba la señora de Seix. Estaba el gerente de Seix Barral, señor Comas. Etc., etc. Todo, muy cordial y con muy buena comida. Vimos otra vez a los Poulet. Vimos –dos veces– a los Weil, los amigos de Graubard. Muy simpáticos. No pudimos ver de nuevo a los Kaiser, en Londres.

Irene ya ha dispuesto la gran operación final: la minuciosa y grandiosa limpieza de la casa. Dormiremos el viernes y el sábado en el Hotel Marbella. La casa estará, por crisis de limpieza, inhabitable. Hemos enviado a Cambridge –poco a poco– 36 paquetes de libros. *Escribiré a Anita muy pronto*. Y a Claudie.

Os queremos sin un segundo de abandono. Abrazos. Vuestro,

J.

Pensione Chiari, Piazzetta Adimari 2 (via Calzaiuoli), 50122 Firenze.

Florencia, martes 8 de mayo de 1973, diez de la mañana

Queridos:

El viaje fue tranquilo y largo. Nos llevó Bélamich a Ventimiglia. Salió el tren a las diez y pico. Llegamos a Florencia a las seis y pico. Habría habido tiempo –decía Irene– de llegar a Chicago.

En la pensión nos tratan como viejos amigos. Todo muy limpio; se come bien. Muy céntrico. Contemplo ahora el Duomo. Vi a Macrì. Muy cariñoso. Nos dimos un paseo por la vieja Florencia, a dos pasos de casa.

Fuimos a un gran cine, a dos pasos de casa. Vimos *Malizia*, erótico menor, pero fino y sano. Justo al lado derecho del Duomo, hay ya unos veinte autobuses grandes de turistas. ¡Todos admirando la Pietà de Miguel Ángel! Nada más justo. Pero da miedo. Hay mucha gente, mucho tráfico.

Nos esperaba en la estación Francisco del Pino muy buen amigo. Esta tarde veremos a los tíos de Irene: la *zia* Margherita; *lo zio* Piero. Hace calor. Todo, muy caro. ¡Imponente la fila de autobuses esperando! Acabo de escribir a Steve a Cambridge.

Para todos recuerdos. Para mi hija y mi nieta, besos.

JORGE

(Irene, ¡en la peluquería!).

Florencia, 10 de mayo de 1973

Teresa, hija:

Te escribí anteayer. Respondo, respondemos enseguida –como si fuese un telegrama– a tu pregunta a la carta llegada ahora.

Sí, lo mejor sería esa casa en la calle Carabeo; durante esos quince días o quizá un poco más.

(Recibiste mi carta de Nerja. Supongo que Anita recibió también la carta que le escribí a Nerja. Agradecería que me lo hiciese saber).

Todo bien. Irene, un poco pachucha.

Abrazos, besos.

JORGE

Florencia, 24 de mayo de 1973

Queridos:

Vuelvo a ese plural, porque me figuro que Steve ha regresado ya a Madrid. Escribo hoy para que esta carta le llegue a mi señora hija antes de su traslado a Nerja. Esperamos a los Richards. ¡Mis dos preciosas nietas en Italia! (Recibimos la carta de Anita, tan *satisfactoria*). En cuanto a nuestros planes, helos aquí: Saldremos el vienes 15 de junio –en tren– para Génova –donde nos embarcaremos el 17 en un barco tunecino de *croisière*– que se detendrá en Palma y nos dejará en Málaga el 19 o 20. Os enviaremos las fechas y hora con precisión. Irene ha renunciado a Roma por falta de tiempo suficiente. Hablará por teléfono con varias personas, etc.

Florencia. El jueves pasado se celebró una especie de «homenaje» en la universidad, en la clase de Macrì, con asistencia de alumnos y algunos profesores. Bigongiari; Baldi; Paoli; etc., etc. Habló Macrì. Dio una breve conferencia Ramat, joven crítico de poesía italiana («para que todo no fuese sobre hispanistas»), hablé yo y sobre todo contesté con la debida vivacidad a preguntas de alumnos y alumnas. Resultó el acto «cordial, animado». «¡Qué joven, qué joven está!», decían. Sí, sí –cada día con más sueño por la noche–. Pero, en fin, aquí estamos.

Comimos en casa de los Plaza con Justino Azcárate y su mujer, personas encantadoras. ¡Aquella gran familia liberal española! Otro día comimos con el nieto de Valera, Serrat Valera, ahora en Estambul. Contini me dijo que había visto a Steve en Madrid. Asisto a la tertulia del café, donde veo sobre todo a profesores. Supongo que Steve habrá recibido la carta que le dirigí a Gray Gardens. *¿Qué pasa en Cambridge?*

Abrazos a todos. Besos a la nieta y a su madre.

JORGE

Florencia, 6 de junio de 1973

Queridos:

Ayer dirigimos a Isabel una carta y un telegrama. (Doble comunicación a causa del estado deplorable del correo en este país).

Ayer tarde tuve la cita con el oculista. Eminente profesor en la Facultad de Medicina, jefe de un «Instituto Oculístico» de esta universidad. Iba, íbamos solo a pedirle un consejo: si debía hacer ahora o más tarde la fatal operación. El Dr. Focosi me examinó detenidamente. Concluyó que, sin la menor urgencia, podría ser operado ahora, o más tarde, por ejemplo, el año próximo. Nos quedamos, pues, informados y tranquilos. ¡Veremos! El año que viene tal vez me operarían. ¿Dónde? Los Plaza me recomiendan en Lyon –donde trataron a Beatriz–.

Hoy, dentro de hora y media, nos vamos a Pisa a estar con nuestro joven amigo hispanista Martinengo. Llueve. ¡Hacía tanto calor estos días pasados! Esperaremos, pues, a los tres viajeros el 12 por la mañana en esta pensión –donde tendrán alojamiento–.

Besos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, viernes 24 de agosto de 1973

Queridos:

Pensamos en vosotros, en las navegaciones de Steve y Anita, en tu llegada a París, Teresa, en el encuentro renovado con la Ciudad –y en los parientes–.

Hace mucho calor aquí. Vimos a Bernabé, atentísimo, que se presentó con sus flores. Pasaron por aquí Luis Costa, gallego, profesor de Vassar, en viaje de bodas con una preciosa americana. (Prepara una tesis sobre *Clamor*). Telefoneó Rafael. ¿Por indicación tuya, Teresa? Dijo a Irene que dejase de tomar el medicamento que le molestaba. Como siempre, «la sensación de Málaga» desde este balcón –«Matisse constante»– me hace feliz.

Os queremos. Contestaré a Anita, a su última carta –preciosa–. Abrazos a los tres, recuerdos a Renée, Margot y Compañía.

JORGE

Málaga, martes 25 de setiembre de 1973

Queridos todos:

Nos llegaron las noticias de París y las de Cambridge. Vosotros, ya en Casa. Nosotros, con ganas de Gray Gardens, de quietud, de no-viaje.

Lo de Chile. Espantoso. A mí me afecta, además, como español. El golpe militar parece la estructura culminante de la vida hispánica. Se viene uno más pesimista respecto a España. Yo no veré aquí ningún cambio. Ahora recibimos la noticia de la muerte de Neruda. Sesenta y nueve años. ¿Qué habría hecho en ese Chile militarizado? El poeta más fecundo de lengua española en este siglo. Sus buenos poemas son muy buenos. No importa lo demás.

Ya nos sentimos en vísperas de viaje. Atareados –pero sin prisa–. El domingo nos reunimos en esta casa –sin apenas previo aviso– once personas: los Bernabé; su hija y su marido, dos amigos de Córdoba, cuatro poetas jóvenes. Casi una *party* americana. Ayer llegó don Ramón Carande. Estará aquí hasta el viernes. De una vitalidad y una vivacidad extraordinarias. Honradísimos por esta visita. Estuvimos con los Alvar, con Canales, Rafael León, etc.; los de siempre.

Hemos enviado a Gray Gardens ya no sé cuántos paquetes de libros. Saldremos el *2 de octubre*. Nos alojaremos en el Hotel Sace, el más cercano a Rafael. Leónides, en Torremolinos. Los Claudie, en Grecia. Volverán el 3 de octubre. Tenemos ya los billetes del avión del 11, Madrid-Boston. ¡Cuántas ganas de veros! Abrazos de

JORGE

Málaga, jueves 27 de setiembre de 1973

Queridos todos:

Anoche oímos la voz de Teresa. ¡Qué alegría, qué profunda alegría! Se oyó admirablemente.

Os hemos escrito recientemente dos cartas. Hoy os envío unos recortes. *Guárdamelos*, Teresa.

Ayer invitamos a Antonio Martín, a los Bernabé con Carande. Hoy volveremos con Elena Martín Vivaldi: la poetisa de Granada. Llega ahora (por la mañana) con otros poetas «peregrinos».

De París llegará Claude Esteban a Madrid para que ponga mi firma en el gran libro de Chillida.

Escribiré pronto a Anita. No vale la pena que me reexpidáis la correspondencia al Hotel Sace.

Teresa, hija: ¡cuánto me gusta oír tu voz! Irene, bien.

Os abraza

JORGE

Cambridge, 14 de agosto de 1974

Queridos todos, es decir queridos TRES:

Nos llegó la carta de Viena. Realmente ese museo es formidable. ¿Cómo no ha de fatigar? Celebro que Anita vea esa Europa.

Aquí, lugar de tres –Irene, Casti y yo– todo se desliza apaciblemente. Estuvimos en casa de los Lida. Volvimos el sábado para saludar a Silvia, la de Bénichou. Encantadora. Muy simpático, el compañero lingüista. Esta tarde vendrán a casa los Anderson. Nos encontramos con Mrs. Onesti.

Y nos encontramos –¡en imagen!– con el ya desvanecido Presidente, el Fantasma Increíble, y con el nuevo y grato Presidente. ¡Qué intensidad de Historia aquí –y en el mundo–!

Abrazos a Elfie y Claudie. (Ya os expedimos una vez cartas). Os recordamos sin cesar. Os queremos... tanto, tanto como a Patrick... (Hablamos con Isabel, con Antó).

JORGE

Cambridge, 23 de agosto de 1974

Queridos todos:

Tenemos, pues, recibidas las cartas de París –ida y vuelta– Viena y Budapest. Todo en su orden: hermosas ciudades, hermosos museos, digno cansancio. ¡Perfecto!

Ahora estamos ya esperando a Claudie y Elfie. No hemos conseguido saber la fecha de la llegada a estos Jardines del Oeste: previsto desorden. No importa. ¡Que lleguen, que lleguen!

Ayer nos llevó Silver a Rockport. Almorzamos –bien– en casa de Edith. Silver nos produjo grata impresión. Se mueve –en el mundo práctico– con eficaz tranquilidad. Nos dijo que deseaba hablar más con Steve, que sus alumnos le adoraban... ¡Muy bien!

Los Marichal se fueron a California a ver a su hijo. Volvieron los Ferguson. Muy mal, el padre. Volvió don Enrique. Tiernamente encantado con Borges. Se siente purificada la atmósfera nacional. La nación sueña calculando: ¿cuál será la fortuna de Nelson, el de Washington?

Os abraza,

JORGE

Para Anita, *my best regards...*

Cambridge, Labor Day 2 de setiembre de 1974
Cincuenta años ha, nació Claudio Guillén

Queridos tres, tres Personas distintas y un solo Amor verdadero:

Están Elfie y Claudie con nosotros desde el viernes. Claudie dominó un gran catarro. (¡Y de vez en cuando sufre de asma!). La felicidad, pues, nos inunda. Hablamos y hablamos hasta el agotamiento. Es difícil no ser excesivos en esta ocasión. Los felices esposos están muy bien. Hoy hemos festejado al nuevo cincuentón. Y tras la comida –excesiva– surgió un

ejemplar de *Más allá.* ¡Inagotable asombro! (Este ejemplar –número 16– es para Claudie). A propósito, ¿tendrás tiempo, Teresa, de telefonear a la Galería Maeght, o de llegarte al 13 rue de Teherán? Convendría que las cosas quedasen claras: que no envíen ejemplares –ni a mí ni a nadie de «los míos»–. Y que no me envíen dinero. ¡Todo en París!

Me figuro que estaréis gozando de París. Aquí hace frío. Esta tarde vendrán los Gusils. Mañana, los Lida y los Calderón, recién llegados.

Abrazos, abrazos.

JORGE

La Jolla, martes 21 de enero de 1975

Queridos todos:

Ya sabéis que nuestro viaje no pudo ser más «correcto», y que nos recibió Elfie, no Claudie –en un comité–. La casa es siempre muy agradable, y en cuanto al clima... Como dijo Steve: «California está bien hecha». Vinieron los Antó, y los niños se portaron muy bien. Nils estaba alegre y masticaba con gran convicción. Lars, el inefable... ¿Qué decir de esa preciosa y muy bien hecha criatura? El domingo vinieron los Catalán. Ella, siempre joven, y él, como siempre, cordial barbudo filólogo. También vino Céspedes, más alegre que nunca. Tana, en Sevilla. ¡Qué bien le sienta la ausencia de su mujer! Hoy vendrá don Antonio Blanco. La jornada ha comenzado con niebla. Es la tradición local. Claudie trabaja mucho. ¡Cuánto hemos charlado y qué bien! Elfie desborda de vitalidad comunicativa. (Me telefonearon el 18 Justina, Concha Zardoya y Solita, además de vosotros).

Leemos, escribimos, conversamos, nos paseamos por los alrededores, vemos la televisión en grupo… Claudie dice a la española que Roy «ha dado un bajón», le encuentra envejecido. Claudie está dando un curso sobre la crítica en la primera mitad de este siglo: Croce, Dilthey, etc... ¡Cuánto siento no ser oyente en esas clases!

Para Anita, Teresa y Steve, múltiples abrazos. (Un saludo para Casti). Vuestro,

JORGE

La Jolla, 12 de febrero de 1975

Queridos todos, es decir, queridos tres –que pronto serán dos–:

El teléfono es enemigo de la comunicación escrita, no hay duda. De todos modos... ¡hola! –en lenguaje caligrafiado–.

Irene –ahora fuera de casa– está muy afligida –de verdad– por la situación de esa pobre –pobre *ahora*– Ottavia. Su cumpleaños, el de Irene, no dio lugar a una fiesta, evitada a posta, pero hubo toda la solicitud cariñosa imaginable. Aquí sigue todo como de costumbre. Claudie trabaja mucho –en la universidad y hoy, por excepción, en casa–. Por la noche hay televisión. Yo leo, escribo, paseo, duermo –y charlo con algún visitante–. Fuimos a casa de los Jackson, vecinos, a dos pasos de casa. A Roy no le hemos visto aún porque está muy acatarrado –y, parece ser, deprimido–. Veremos a más gente –o sea, a profesores–.

(De modo que Findley aún conferencia. Yo le creía jubilado. ¡Magnífico bailarín! en el más alto sentido estético de la palabra).

(Muy interesante, el recorte sobre España).

Os queremos, os recordamos, os abrazamos.

JORGE

Muy interesante, la tesis de Ferguson.

La Jolla, 3 de marzo de 1975

Queridos:

O sea, Mr. and Mrs. Gilman, con Anita ausente y no muy lejana en ese París, al alcance de un avión. Ante todo, celebro que el gran libro de Steve sea leído, releído, comentado como él se merece. Siempre, por otra parte, es grato darse una vuelta por Princeton.

¿Qué fue de los señores Gómez Orbaneja? Bienaventurados sean –como se dijo en el Sermón de la Montaña– los que escuchan voz de banquero. ¿Dejó Emilio o envió un libro de Pérez Delgado para mí?

(Entre paréntesis: desearía saber si ha llegado un paquete de North Carolina University Press. No dejes, Teresa, de contestarme a este punto –mínimo, y por eso fácil de olvidar–). Claudie leyó un «*paper*» sobre Antonio Machado en el simposio que se reunió en Florida, Tallahassee, el jueves y viernes pasados. Dice Claudie que estuvo todo aquello bien, de buena calidad. Todos, o casi todos, amigos.

Vino de Los Ángeles a verme Rubia Barcia –con su mujer–. No los veía desde el año 51. Los encontré muy bien, muy simpáticos. Ayer, conversación con Irene, la hija mayor de los Catalán. Muy inteligente, muy fina. (Otro paréntesis: agitación porque Iris habla de divorciarse de Carlos –con disgusto de todos–). Vinieron los Pierce, los tres. Roy, magnífico: un hombre superior. (Ya sé que no descubro nada).

Y Anita, lejos... Pensamos mucho en ella. Os abrazamos.

JORGE

La Jolla, 19 de marzo de 1975

Queridos Teresa y Steve:

Estamos ya nosotros en la etapa de la Víspera. Víspera del viaje, que será –«si Dios quiere»– el domingo 6 de abril. Saldremos de esta casa el viernes con Claudie y Elfie, que nos dejarán en casa de los Antó. Allí dormiremos el viernes y el sábado. Y Antó nos llevará el domingo por la mañana a Los Ángeles.

Llegaremos, pues, a casa vacía. ¡Qué pena! Pero vosotros estaréis gozando del viaje europeo. Enviadnos alguna postal. A la vuelta nos lo contaréis todo...

Supongo, Teresa, que dejarás dispuesto dónde se guardará el correo vuestro y nuestro durante esa etapa intermedia de la casa sin nadie.

Estamos bien. El domingo pasado vinieron a casa algunos estudiantes y dos profesores. Charlamos y leí. Quedaron contentos. Seguimos con gran interés los sucesos de Portugal –y, por lo tanto, de toda aquella Península–. Voy a contestar a la preciosa carta de Anita. ¡Buen viaje!

Abrazos. Gracias por tantas cosas.

Vuestro,

JORGE

La Jolla, 21 de marzo de 1975
Primavera

Teresa, hija:

Te repetiré en pro de la claridad lo que te escribí anteayer en carta a Cambridge.

Iremos con los Claudie a casa de los cuatro Antó el jueves 4 de abril. El domingo por la mañana, 6, saldremos de Los Ángeles en el avión de Boston, y allí nos esperará Denah, amabilísima.

¡Qué suerte, pasearse por esas Italias! Para ti, Steve y la niña, y Margot, abrazos.

Vuestro,

JORGE

La Jolla, Viernes Santo 28 de marzo de 1975

Queridos:

Os suponemos en pleno goce de esa gran isla. Nosotros disfrutamos con gran satisfacción de los últimos días californianos. Claudie, aunque en vacaciones, sigue trabajando intensamente. Elfie no deja de estar atareada. El lunes y martes pasados estuvieron las señoras con los Bob Elliott en el desierto. Yo me quedé con mi señor hijo «cultivando nuestro jardín». A Irene le gustó muchísimo este desierto. Volvió feliz como en la exploración de la antigua América por algún viajero europeo.

(Lo de Iris-C.B. va mejor).

(Esta tarde esperamos al insigne peruano Graña).

A Irene le dirigió Anita una carta preciosa. A mí me conmueve esa criatura. Es admirable, y además nieta de este servidor. (Ayer nos visitó Mrs. Whitmore).

Todos os recordamos. Todos os abrazan. A mí me toca dar, como *venerable* que soy, el último abrazo. Vuestro,

JORGE

Leemos en *L'Europeo* que se ha casado Erich Segal. ¡Hombre! Magnífico.

Cambridge, lunes 9 de junio de 1975

Hija:

¿Qué voy a decirte? Steve te lo va contando todo. Se acabó ya el entierro –tras la reunión de los amigos en la casa–. Mañana, solos –o menos acompañados– los padres, comenzará para ellos lo peor. Vino Isabel. Ya se la ha llevado al aeropuerto su padre. (Y ahora son las cuatro).

Y la vida sigue. Mañana, a las cuatro y media, vendrán a casa los Anderson. Estamos ya con la sensación de las vísperas. Vísperas del lunes 16. Yo arreglo papeles, libros y redacto las últimas cartas de esta serie. Pienso que estáis juntas, la madre y la hija, y me siento feliz. Me angustiaba ya el justificado malestar de Anita.

Luigi irá a votar a Italia el 15. Nosotros tomaremos un taxi a nuestra llegada. Llegaremos a esa casa temprano. (El avión saldrá a las 7.45 de la todavía tarde). Sería preferible que tuviésemos ese día martes del todo libre, porque entre el viaje y el horario estaremos cansados, sobre todo yo.

¿Has visto ya a Claude Esteban? Podrías saludarle por teléfono y recordarle que en cuanto yo llegue iré a la Galería Maeght para ver a Jacques Dupin. (Antes telefonearé a Claude).

Muchos besitos a mi nieta. (Isabel estaba muy guapita con un vestido que tú le habías regalado «para su boda»).

Recuerdos a Margot y los Lajeunesse. Os quiere el firmante, llamado Abué, por otro nombre

JORGE GUILLÉN ÁLVAREZ

Claude y Denise Esteban,
11 rue Daguerre
Teléfono 566.99.70

París, jueves 3 de julio de 1975

Queridos:

Os supongo gozando del hermosísimo Cape. Anoche hablé con Renée y Anita. Anita vendrá hoy. Parecía contenta.

Ayer vinieron los Plaza, muy cariñosos. José Luis se conmovió ante una dedicatoria mía en un libro. Ya está realizada la operación, que concierne *solo* a Claude Esteban. Operación que necesita el ejemplar de *Más allá* que tú, Teresa, habrás de traer en tu próximo viaje. Insistió Claude en que no hubiera retraso en la entrega *–a él–* de nuestro ejemplar, a cambio del otro –que yo he firmado ayer, y ya ha sido entregado a José Luis y Beatriz–.

Ayer vinieron los Darmangeat. Soriano, el librero, me ha invitado a comer con los jóvenes hispanistas: Couffon, Marrast, Claude Esteban, en un restorán cercano a Notre-Dame.

Esta mañana hubo carta de Claudie. Dice: «Jaime, en apariencia bien; pero con gran tensión nerviosa. Lo cual pone algo feo este asunto editorial». Se refiere a la Colección Huarte.

Anoche escuchamos en la televisión el «debate» Cunhal-Soares. Cunhal, absolutista, preparando una dictadura. Soares, respetando elecciones y democracia. Habría mucho o nada que hablar. Porque la cosa está muy clara y tajante. Cunhal, el más ibero de la Península Ibérica, que ya es decir.

Con muchas ganas de veros. (¡Ah! Muy agradable la comida en casa de Margot. Vimos a Miguel Junger, tan «humanista» como siempre; tan simpático).

Abrazos. Besos a mi hija. Vuestro,

JORGE

Tristísima noticia. Murió, en Madrid, Dionisio Ridruejo. (Le falló el corazón). Lo sentimos muchísimo.

París, 19 de julio de 1975

Queridos:

Acabo de recibir, enviada por Helen Grant, *amabilísima*, la adjunta nota. Así ha respondido a mi pregunta sobre el artículo del Profesor Russell. ¡Ya hablaremos! Otro tema universitario: el artículo –largo– de Alvar sobre un soneto de *Cántico*: «Amanece, amanezco». Me lo envió, me dice ahora, cuando salimos de Cambridge. Debe de estar ahí, entre los paquetes llegados. Teresa: haz el favor de *traerme* esos «folios». Si es necesario abre el paquete o los paquetes. Alvar lo ha enviado desde Madrid. (Quizá: «Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Departamento de Filología Lingüística». Posible membrete). ¡Gracias, gracias!

Sed felices también en ese precioso Cape. Conocimos a la señora Diana Grange Fiori. Vino Sesé. Almorzamos hoy con los Barsanti. Esta noche

cenará aquí ANITA.

Abrazos. Abrazos.

JORGE

París, martes 22 de julio de 1975

Teresa, hija:

Respondo a tu carta, que acaba de llegar. Te quejas. Yo te he escrito cada semana. También te ha escrito Irene. Yo, rica, en este punto no me parezco a otros Guillenes.

Estamos bien. Vinieron el domingo los Bénichou, padres e hija. Todo marchó muy bien. El tiempo, por fin, es de verano. Cenó con nosotros Anita, contenta. Llamó María Elisa dos veces. Todo ha debido de ocurrir como se deseaba.

Las cajas. ¡Problema! Nos preocupa. Se ha considerado sesudamente la cuestión. Bueno, pues trae las dos cajas. Trae también, como te dije y rogué en mi carta anterior, el sobre o paquete de Alvar con su «*paper*» –que será un libro–. Estoy leyendo ahora su discurso –en manuscrito– de recepción en la Academia Española. Trata... –¡increíble!– del soneto «Hacia el poema», de *Cántico*. Lo leerá en noviembre. También me ha enviado el prólogo que ha compuesto para el libro de la profesora Bobes.

Te esperamos el 31. Con muchas ganas de verte. Un abrazo a Steve. Helen Grant me ha enviado la reseña de Russell y otro artículo: «Don Quixote as a funny book». Eso nada más: *funny!* Buen viaje.

Besos de tu señor autor.

JORGE

París, lunes 28 de julio de 1975

Teresa, hija:

Te dirijo estos renglones por «Express» a causa de lo siguiente. Esta mañana ha llegado –de Gredos, Madrid– el paquete de Alvar con el texto de ese libro de inminente publicación. Por lo tanto, no tienes por qué traer ese otro «ejemplar» que pesaría inútilmente en tu maleta. Y siempre, gracias, gracias.

Hemos almorzado este mediodía Irene, Anita y yo en casa de Margot. Muy buena comida. Agradable conversación, llevada sobre todo por mi nieta. *Insisto*: ¡la adoro!

Hoy, nueva carta de Juan Marichal. Me escribe con frecuencia. Leerás la carta de Claudie, que nos ha dirigido a todos. Aquello, lo de los «Clásicos» marcha mal. Él, muy disgustado. También Jaime, que ha escrito a Anita. Yo también participo del mismo disgusto.

Un abrazo a Steve. Con ganas de verte, rica. ¡Buen viaje!

Besos,

JORGE

París –cálido–, viernes 8 de agosto de 1975

Queridos:

Estos últimos días han sido animados. Llegó Claudie. Charlamos mucho y bien. Comimos en casa de Renée y con Carlos, siempre tan simpático. Ayer llevamos a Claudie a la «pizzeria» cercana. Había muchachas que le devoraban con los ojos. La noche anterior había cenado con una profesora de la Sorbonne, tan cariñosa que le trasmitió –inocentemente– su catarro. Parecía muy contento de volver a La Jolla, a Elfie. A todo esto, Irene ha estado varios días (seis), muy molesta con un lumbago –al mismo tiempo que Luigi–. ¡Armonías! Ya está mucho mejor. Claudie y Luigi se conocieron. Todo marchó bien.

Aquí tenemos a Matilde Mazzolani, tan buena amiga, benemérita turista de museo en monumento. Vino una señora inglesa que ha hecho una tesis sobre la poesía pura. Ella, guapa y joven. La tesis será buena. Conocí a

García Calvo. Le vio también Claudie. Serio pero con teatro de peluquería. ¡Una increíble coleta! Es decir, nada individual en ese punto. Solo vestido de época. Muy divertido. Pasó Nadal.

Nos ocurre que no sabemos cuál es el número de nuestra casa en la calle Carabeo. ¡Drama!

El ruido sigue. El calor aumenta. París vale muchas misas. ¡Qué bien se está en esta casa! Os imaginamos felices y sociales en Nerja.

Os abrazamos a los tres. Besos a hija y nieta.

Vuestro,

JORGE

París, 23 de agosto de 1975

Queridos, *Mes chers, Carissimi*:

Ya empezamos a sentir «las vísperas del viaje», ya nos duele dejar París, y esta casa. Estamos bien. Irene se preocupa por todo. Comió aquí Luigi. Hoy, al mediodía, vendrán a tomar el *lunch* con nosotros Luisa y André Wurmser. Mañana veremos a Darmangeat y el domingo a los Barsanti, de regreso ya de Italia. El tiempo parece invitar a un cambio. Se presenta ya el otoño. No hace calor. Yo estoy ordenando papeles y libros. Por cierto, parece que, por fin, se va a imprimir «el libro de arte» que prepara la Galería Luigi Majno. ¡Veremos! (En España –entre paréntesis, púdicamente-–me amenazan con un homenaje. ¡Lo aplazaremos!).

(Teresa: ¿hablaste con Paco sobre la posible fotocopia del poema *«Normas»*?).

Hasta prontísimo. ¡Gracias! Hay siempre razón para estar agradecido a los que nos quieren y queremos. (Lo de Portugal nos tiene en vilo. En España, el cambio es ya inminente, ¿verdad?).

Abrazos, besos –bien repartidos–. Vuestro,

JORGE

Florencia, sábado 6 de setiembre de 1975

Teresa, hija:

El viaje, ¡tan lujoso!, fue agradable. Francisco del Pino, el compatriota de Florencia, nos ayudó mucho. Esta pensión es, por una parte, un monumento a la ancianidad que habla inglés e italiano, (¡yo quizá no sea el más viejo!), y también un lugar civilizado, con silencio y una cocina muy sana y muy buena. (Demasiado abundante para mí –¡tengo que limitarme!–). Esta tarde vendrán a casa Elisa y su marido, Clemente. (Ya ha debido de llegar su libro sobre la música de Juan del Encina. Abrid el paquete. Podría interesar a Anita). Mañana iremos a Pescia. Comeremos con las primas Chiostri; estarán también Paolina y su hijo. (En español, se llamarían Margarita y Marta Claustros. ¡Claustros de castidad!). Estamos bien. ¡Cuánto me alegró verte, hija, en aquellas horas de París! La próxima vez escribiré a Anita.

Besos, abrazos.

JORGE

Roma, 20 de setiembre de 1975

Teresa, Steve, Anita:

Me imagino que estaréis gozando, gozando a la orilla solitaria del mar. Aquí, en esta parte de Roma, el tráfico y la gente son comparables a los de la Place y el Quai Saint-Michel. ¡Qué torrente de coches! Esta casa de Matilde Mazzolani es estupenda, a la antigua. Y sorprende a nuestros visitantes. Muebles viejos, muchos libros... Paso ratos leyendo. Han venido a verme Margherita Guidacci, poetisa de calidad, Biagia Marniti, también poeta, Francesco Tentori, poeta y traductor de Juan Ramón, de Cernuda. Vinieron los Severini, él, magistrado del Tribunal Supremo, lado Irene. Fuimos a casa de Clotilde Marghieri. Le conté –otra visita– a Angela Bianchini, la reciente historia de los Marichal. No sabía nada. La

impresionó mucho. Esta tarde veremos a Alessandro, el sobrino de Irene, y su mujer, inglesa y el niño. A todo esto, yo sigo apuntando cosas por la mañana –como de costumbre–. El calor, de repente, volvió a ser de verano intenso.

Todo va normalizándose. En cuanto al «orden» social... El negocio más próspero de esta sociedad (capitalista) es el secuestro, que se repite con gran frecuencia. Se secuestra a un niño pequeño para devolverle al día siguiente por un millón de liras. Etc, etc. En la Prensa se atiende no solo a Portugal sino a España. (Una aclaración: el desfile contra Chile no fue comunista sino de la llamada *Lotta continua*, más a la izquierda).

Pasado mañana lunes saldremos para Viareggio. El miércoles por la mañana nos trasladaremos a Florencia. Estamos pensando que sería mucha ausencia, demasiada, de Cambridge no volver hasta la primavera. España en este momento, no apetece. Además y sobre todo, nos ocurre como a mi nieta: que sentimos deseos de volver a casa. En suma, lo mejor será que sigamos en Florencia hasta noviembre, y entre el 10 y el 20, que volemos de Roma a Boston –pasando dos días en casa de Clotilde, que nos la ha ofrecido–. Vosotros, por supuesto, cumpliríais vuestro plan, y nosotros, tras un *Christmas* tranquilo, iríamos de Gray Gardens a casa de Antó, al principio de enero. (¡Cuánto sentimos lo de Alan!).

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Florencia, lunes 6 de octubre de 1975

Queridos:

Empezaré recordando lo que se me olvidó deciros en mi última carta. Que en Roma vimos a Rafael y María Teresa Alberti, que vinieron al noble piso de Matilde. Cariñosos. Él, muy dado a sus exposiciones de artista plástico: dibujos, ilustraciones de libros. (También vimos a los Cacciatore).

Aquí, en esta pensión, se está muy bien. Todo funciona puntualmente, sobre todo la cocina. Surgió en la pensión una señora poetisa americano-italiana, de un grupo: el de la Poesía Concreta. Ayer vino de Pisa a verme un «poeta concreto» español: José Antonio Cáceres, persona sencilla, seria, discreta. También vinieron ayer Mario Pinna, ahora en Padua, y Macrì, con un nuevo capítulo (para la traducción de su libro) sobre *Y otros poemas*. Por cierto, el 25 de este octubre se celebrará en Villalón un homenaje a J. G. Asistirán Dámaso, Lázaro Carreter, etc. ¡No iré! Les enviaré un texto –que voy a escribir–. ¡No iremos a España!

Hemos visto a más gente: los Bigongiari, la *zia* Margherita, Elisa y su marido, la señora Levi d'Ancona, etc. Vendrá de Madrid-París el miércoles una señora francesa, casada con español distinguido, que estudia las traducciones hispánicas del *Cimetière marin*.

Bueno, vamos a lo más importante. En este punto me atendré a lo que propone Irene. Sí, Teresa, toma los billetes de que nos hablas –Boston-Los Ángeles–. Nos conviene mucho, en efecto, esta combinación. Fecha del viaje de ida: en los primeros días de enero, el sábado 3, el domingo 4, *otro día* si te parece mejor. En esto insiste Irene. Y lo mismo respecto al viaje de regreso a Boston en marzo. Habría que tener en cuenta lo que convendrá más a los Antó, a vosotros. Y al volver, habría que considerar el plan de Claudie y Elfie en ese mes de marzo.

Lo más grave de todo es lo que pasa y pasará en España. La situación actual me avergüenza, me deprime, me preocupa. Se acaba el papel. ¡Cuánto nos alegramos de que Anita esté contenta! (A quien más veo es a Francisco del Pino, gran muchacho).

Os abraza a los tres,

JORGE

Florencia, lunes 13 de octubre de 1975

Queridos:

Nos llegó la carta de Teresa y las otras cartas acompañantes. Entre ellas, una carta de la hija de Corpus Barga, muy cordial. Y también, otra de la poetisa uruguaya-mexicana Ulalume González de León, de evidente mérito, hija de Sara y Roberto Ibáñez, conocida pareja uruguaya. Me dice que llamará a casa «el viernes 31 por la noche o el sábado 1º por la mañana». Irá con su marido. Le he contestado que os vea a vosotros. Si los demás no tuviesen tiempo, tú, Teresa, recíbela. Le he advertido que «Teresa es para mí una obra muy importante». ¡Naturalmente!

Aquí ha cambiado el tiempo. El otoño llega con cierto frío. Me está haciendo un buen abrigo de invierno un sastre recomendado por Elisa. Hemos visto más de una vez a Macrì, muy cariñoso. No voy al café. Viene él a esta casa. De Madrid pasando por París vino la señora Monique Allain de Alonso Castrillo. Él, rico y noble, letrado en el Consejo de Estado. Ella, guapa, culta, con vivacidad inteligente en un fondo de riqueza y distinción. Y su hija, Silvia, de diecisiete años, preciosa. Está la madre haciendo con Casalduero, que me la ha recomendado calurosamente, una tesis «para New York University» sobre las traducciones de *Le Cimetière Marin* en español. ¡Tiene ya 15 versiones! Hablamos; leí lo ya escrito, etc., etc. Se marchó ayer con su hija a París –donde tiene casa (Bois de Boulogne)–. Y allí quedará para ver lo que va ocurriendo en España. ¡Tengo mucho miedo!

Otra cosa. El 25 de octubre se celebrará un homenaje a un poeta nacido en Valladolid. Acudirán, entre otras personas, Dámaso y Lázaro Carreter al *Instituto de Bachillerato Mixto Jorge Guillén* de Villalón de Campos. Ya he enviado el debido mensaje. Teresa: ¿viste a Claudie en Nueva York? Cuéntanos algo. ¡Qué otoño en Cambridge! Juan me envió el poema de Solita, buen poema, muy dramático.

Para Steve, Anita y Teresa, abrazos.

JORGE

Florencia, 24 de octubre de 1975

Queridos:

Ayer fue el aniversario de tu madre, Teresa. Tú lo habrás recordado. ¡Veintiocho años ya! Increíble. Recibí tu carta. Recibimos la carta de Anita, preciosa, que me conmovió mucho, de veras. Le responderé muy pronto.

A todo esto, ha ocurrido el nuevo trastorno de Solita. Nos lo comunicó Juan. (Me ha escrito varias veces en estas semanas). Tristísimo. El suceso nos ensombrece y deprime. Las últimas noticias de España han debido de excitar a la pobre criatura, tan sensible. Teresa: tennos al corriente de lo que vaya pasando.

La situación está llegando a su punto archicrítico en España. Es ya cosa de días, de pocos días. Todo ello, oscuro, inseguro, ¿a quién no le preocupa?

No sé si os dije que se preparaba un homenaje en el Instituto de Villalón para el 25 de octubre. Pues bien, no se celebrará. Han pensado que sería preferible aplazar esa «fiesta». (Modestísima. Por eso es para mí, en estas circunstancias, aceptable). Mejor, mucho mejor así.

Homenaje máximo: ayer fue concedido a Montale el Premio Nobel. ¡Muy bien! Acabo de escribirle unas líneas de felicitación. No hay duda, es primer poeta de Italia.

Nuestra «suerte» –de viajeros– ya está decidida. Tomaremos el avión de la TWA en Roma el 15 de noviembre, porque es el que va directamente a Boston. Saldremos por la mañana y llegaremos... por la tarde. (Sábado).

Sí, sabía por Puccini que su señora estaba en Cambridge. Muy simpática. Hemos visto a varios amigos. Ayer, una casi *party* en casa de la hermana de Moravia. El tiempo otoñal, magnífico. Me han terminado ya un buen abrigo de invierno. ¡Hasta pronto!

Para los tres, abrazos, abrazos.

JORGE

Florencia, 31 de octubre de 1975

Queridos:

Esperaba escribiros ya en un nuevo periodo de la Historia de España. Pero la agonía se prolonga y nos angustia a todos. Continuemos nuestra modesta vida –que es también la de vosotros–. También hoy ha llegado carta de Juan. Está atentísimo. ¡Cuánto nos aflige lo de Solita! Menos mal, está ya mejor. Vosotros, en el Cape. Nosotros, entre los periódicos de aquí, llenos del momento español y viendo amigos (¡universitarios todos!) diariamente. Macrì, Francisco del Pino, Chiarini... Mañana, rimando, Contini –en casa de Elisa–. Los Pinotta, de paso, Natoli, la exseñora Santoli, etc., etc. Vino de París Luigi. Volverá enseguida. Piensa instalarse aquí, en Florencia, cuando se jubile el año próximo. La *zia* Margherita, operada, muy ancianita. Querían Scheiwiller y Claude Esteban que fuese a Milán, ida en coche, etc., etc. Esta tarde me llamó Claude Esteban. No, imposible. Me cansaría mucho. En fin, grata como siempre Florencia.

Y pensamos ya mucho en nuestro regreso. Aquí, delante, el billete me dice: Línea TWA. Vuelo, 811. Fecha, 15 de noviembre. Salida, 10.35. Llegada (directamente) a Boston, 15.15. Pero tendremos que estar en el aeropuerto dos horas antes de la salida –porque el avión viene de Israel– y saldremos del hotel a las siete y media. Total: que llegaremos muy cansados en ese día de tanta reunión y de tantos amigos –según tú nos lo cuentas, mi señora hija–. ¡Qué lástima no llegar el 14, la víspera!

Sí, voy a escribir a mi nieta. Y solo yo sé cuánto me preocupa esa carta. No porque deba ser «bonita». Me preocupa lo esencial. Escribiré esa carta muy pronto.

Irene está activísima. Hace muchas cosas. Y le he dicho: ¡Te pareces a Teresa!

Para ti, para Steve y para Anita, abrazos, afectos y las ganas de veros.

JORGE

Florencia, martes 4 de noviembre de 1975

Teresa, hija:

Respondo, respondemos inmediatamente a tu última carta. ¡De acuerdo! Digamos el *14 de enero* como día de vuelo a California. Esto es lo más importante. Irene recuerda que nuestro *frigidaire* no funcionaba. ¿No sería conveniente echarle un vistazo antes de nuestro 15 de noviembre? Lástima que se reúnan tantos elementos y actividades en esa fausta fecha. Llegaremos, naturalmente, cansados; lo estaremos más por la noche.

Otra indicación práctica. Haz el favor de pedirle una cita a nuestro inolvidable doctor Liebman. Esta vez no se trata de «visión». Mis ojos me lloran, etc. (pequeño etcétera).

Saldremos, pues, de Florencia el martes próximo, 11. (Estaremos en *l'Albergo Santa Chiara* de Roma. Pronúnciese «quiara»). Estos días ya son de preparativos y adioses. Acaban de marcharse de esta casa –hora del té– Rita Dinale, sus hijas y una alumna más. Vimos, por fin, a los Contini. Y a los amigos que más frecuentamos.

(Dos datos bibliográficos. Ha salido en España, Editorial Planeta, *Gramática de Cántico*, de la profesora Bobes. Quizá ya esté en casa. Tampoco he visto un librillo –publicado por Scheiwiller– de Annalisa Cima). Lo de Pasolini es horrendo. Cuando llegue esta carta, ya se habrá resuelto la tan larga espera española.

Abrazos a los tres. Ya tengo escrita la carta a Miss Gilman –¡La adoro!–.

Vuestro,

JORGE

Florencia, lunes 10 de noviembre de 1975

Queridos:

Estamos ya con el clásico «pie en el estribo». Esta será la última carta de esta serie. Como Irene ha sufrido estos últimos días la llamada *influenza* –ya está bien– hemos modificado un poco el plan de la salida. Viernes 14: Roma. Sábado 15: Roma-Boston. (Ya lo sabéis: TWA. Vuelo 811. Salida, 10.35. Llegada. 15.15). ¡Qué actividad desplegaremos todos en ese fausto sábado! El domingo es el día del Reposo.

Ha cambiado el tiempo aquí. Ayer me puse por primera vez mi abrigo nuevo. Y estaba «como niño con zapatos nuevos», dice la lengua española. Estamos de despedidas. Irene telefonea, hace paquetes, pone en orden las cosas. Vino a vernos Vanni Scheiwiller. Nos trajo un librito –que resulta ameno–: *Jorge Guillén: da Gilli, Firenze*. Una colección de retratos muy expresivos y variados. A todo esto, aquí no se habla más que del final –atroz, verdaderamente atroz– de Pasolini. El Pardo queda en situación secundaria. ¡Qué atroz mentira, qué superchería médica en esa prolongación agónica! Escribí a Anita. Escribí a la señora Olivia, que me envió unas fotos. Escribo a La Jolla. ¡Adiós! Con intensas ganas de estar ahí, precisamente ahí, 15 Gray Gardens West.

Abrazos, abrazos.

JORGE

La Jolla, 25 de enero de 1976

Queridos:

Henos ya instalados y muy a gusto en esta soleada costa. Claudie trabaja mucho en y para la universidad. Elfie, tan sonriente y amable como siempre. Hemos visto a los Elliott, a los Carlos Blanco. Irene, activa y

tranquila. Y yo, como de costumbre, contento y últimamente muy sorprendido.

Me llegó la siguiente carta del 16 de este enero, escrita por Mr. Frederick Morgan, de Nueva York: «*It gives me great pleasure to notify you that, in recognition of your outstanding achievement as poet, you have been selected as the winner of the 1976 Bennett Award. The Bennett Award is a new literary prize established in memory of a founding editor of* The Hudson Review... *I enclose a copy of the announcement giving information*». (Información: el premio conlleva 12.500 dólares. ¡!). «*Please notify me at your earliest possible convenience [if] you are willing to accept the award*». (Honradísimo, ya he comunicado mi aceptación). «*I also request, with the utmost urgency, that you keep the matter entirely confidential for the time being and not reveal the news* to anyone except your immediate family. *The reason is that we wish the public announcement of the award to have the maximum impact and…*» [falta la continuación].

La Jolla, 19 de febrero de 1976

Queridos:

Aquí nos tenéis gozando de este soleado sosiego. Sosiego, el mío sobre todo. Claudie trabaja mucho en y para la universidad. No es «administración»; es acción de cultura, en esta Jolla como en Madrid. Y a ella se consagra con apasionamiento. Yo estoy seguro, por mi parte, de que aquí tendremos siempre la casa del Oeste invernal.

Debemos dejar esta casa el 18 de marzo. A primeros de abril vendrá a residir en ella el profesor francés Louis Marin, eminente estructuralista. Claudie nos sugirió que podríamos alquilar un pequeño *apartment* en un motel de La Jolla. Irene ya lo ha visitado. Nuestro plan sería ocupar ese refugio de transición dos semanas por lo menos para llegar a Cambridge en los primeros días de abril, aún fríos pero no tanto como en el mes precedente. Se plantea, sin embargo, de nuevo, esta cuestión del retorno a causa de Anita. Tú nos dirás, Teresa, lo que juzgues oportuno.

Hemos visto aquí a Joaquín Nin, que vino ayer a vernos. Tan buen amigo como siempre. Quizá estrene una obra en el Liceo de Barcelona. Hoy vendrán los Jackson. Han venido el joven profesor Martínez, dantista, McCurdy, divorciado y con una cubanita, los Catalán, boyantes, los Blanco, más marxistas que Lenin, y afectuosos, por supuesto. Estuvimos dos veces en casa de los Elliott, perfecta pareja. Vino Summers, el *chairman*, sereno a pesar de su cáncer. El domingo vendrán por segunda vez los Antó con Alan. ¡Qué juntitos, qué alegres, qué cariñosos! Nos ha telefoneado Isabel, apurada la pobre. Claudie va a tratar de ayudar a Alan en Santa Cruz. Vinieron las dos parejas de Casaldueros. ¡Viejos amigos!

Por otra parte, me carteo con el señor Morgan. Habrá *cocktail* el 3 de mayo y banquete el 4. Toda otra reunión en Nueva York ha sido eliminada. Acabo de recibir carta de Julián Calvo, ya en Madrid. (*Plaza del Dr. Laguna 9, 11 C. Madrid, 9*). Con algunas dificultades, pero él parece, en conjunto, contento. Nos pide ayuda para encontrar algún «trabajo remunerado». Hoy he escrito a Jaime y a Emilio rogándoles que le «aconsejen». –¿Qué es de Anita?–.

¡Nos estamos viendo! Os queremos. Os abrazamos. Vuestro,

JORGE

La Jolla, 18 de marzo de 1976

Queridos:

Esta mañana nos hemos trasladado a este *Colonial Inn*, en el centro de La Jolla, algo así como Harvard Square. Hotelito, a pesar del nombre, muy digno, moderno y muy pulcro. Elfie y Claudie ayudan a Irene en la mudanza. Aquí seguiremos –como ya sabéis– hasta el 28. Vendrá a buscarnos Antó ese día, y el 30 nos acompañará de su casa a Los Ángeles. Hemos pasado, pues, dos meses justos en Bellevue Avenue. (Llegamos el 19, después de celebrar mi cumpleaños el 18 en Northridge).

Esta mañana llamó a Claudie –por teléfono– el presidente de la M.L.A. Él se va y le ofrecía la presidencia. A Claudie le pareció más amable no rechazar inmediatamente la oferta. Lo dirá muy pronto. Le habría complicado mucho la vida y sobre todo su tiempo. –No habría tenido sentido –decía– no aceptar Harvard y aceptar este puesto.

El sábado próximo veremos en Bellevue Avenue a un viejo amigo, que nos visitará con su sobrino por segunda vez. Le contaré esta «anécdota» de la M.L.A. para que vaya enterándose de quién es mi señor hijo. (De mi vida sabe muy poco). Crece la reputación y cada día inspira más respeto este joven comparatista.

He visto a jóvenes profesores que han tenido la gentileza de visitarnos. El último *meeting* del departamento ha sido épico. Ganó don Claudio. Llegó a casa abrumado por el triunfo. Los otros eran... los «marxistas». Es una situación tan lamentable como grotesca. Ya os contaré.

(Como veis, estamos ya metidos en el embrollo universitario hasta la coronilla).

Bueno, hace muy bueno, calor de primavera. Para llevar esta carta al correo, a dos pasos, nos daremos un paseíto por estas animadas calles. Otra comprobación: estoy convirtiéndome en un paleto (de la *provincia* de Valladolid).

También iremos a la agencia de viajes para tener la información precisa sobre nuestro vuelo.

Siento ganas intensas de ver le *côté* Gray Gardens de mi tribu. ¡No hay uno que no sea muy bueno! (¡Dicho sea *inter nos*!).

Abrazos de vuestro

JORGE

Vuelo: American Airlines
Salida de Los Ángeles: 9.40
Llegada: 5.34

Cambridge, Massachusetts, 13 de setiembre de 1976

Queridos:

Llegó tu carta, Teresa, que «absorbimos» con avidez. Lástima que el lado más flojo sea el de la arquitectura. Y lo muy bueno, esa encantadora Patricia.

Aquí, todo marcha como de costumbre. Hemos tenido gente cada día. Luisa, don Raimundo sin su mujer, muy ocupada, John, los jóvenes hispanistas habituales. Y la señora Weintraub con la viuda del poeta polaco Wittlin, señora de gran brillantez. Esta tarde vendrán los Marichal, recién venidos de Colombia.

Hubo carta de Anita, que llegará el domingo próximo. Contenta. Del Quai Saint-Michel, nada. Hubo carta muy cariñosa de Lapesa –insistiendo en la invitación–. (!) Respondí negativamente, claro, y con gran amabilidad.

El tiempo, grato. Gray Gardens, repoblado. Fuimos al cine. (Manfredi). Yo sigo ordenando mis borradores de *Y otros poemas*. Hoy, he recibido la segunda redacción –muy cambiada– del contrato que me proponen Barral Editores. Terminaremos por entendernos. Recibimos telegrama de Emilio y telegrama y carta de Muñoz Rojas. (Contentos).

¿Qué más? Pensamos en vosotros. Os queremos. Os abrazamos. Hija: aquí me tienes. Vuestro,

JORGE

Cambridge, domingo 26 de setiembre de 1976

Queridos:

Os escribí a Carabeo 46. Decididamente, el correo marcha mal en todas partes.

Llegó Anita. ¡Qué felicidad, convivir con esta criatura! Ayer nos llevó en el coche a ver la exposición Tàpies en Boston. Curioso. No me interesa.

Fenómeno capitalista, apenas artístico. ¡Y qué buen crítico de arte es! (He leído varios artículos suyos, excelentes).

La culminación de estos días ha girado en torno al joven Onesti. Ya os habrá escrito Anita. Irene estaba muy impresionada también. Y todos. Un tumor en la pituitaria, detrás de un ojo. Desenlaces posibles: salvación, ceguera, muerte. Los padres, deshechos. Se hizo la operación. ¡Cirugía de Boston! Éxito completo. Convalecencia de un mes. Yo no sé si realmente no creo en más progreso «salvador» que el de la Medicina.

Esta tarde vendrán a casa los Anderson. Telefonearon ellos. (Él estaba encerrado concluyendo una novela). Juan Marichal –también los veremos– me pidió que escribiese una carta de recomendación en favor de Alazraki. Me volqué. Y sinceramente.

¿Qué pasará con el Premio Cervantes? En *ABC* se publicó un suelto muy favorable para JG.

De Claudie y Elfie no hemos recibido noticias. Tomamos nota: Renée, 9 de octubre.

Volvió Juan Durán. Vino a casa. Es la *rentrée*. Gray Gardens, *au complet*. Nos acordamos mucho de Nerja.

Abrazos, abrazos.

JORGE

Cambridge, Massachusetts, 5 de octubre de 1976

Queridos:

No sé si mis últimas cartas a España habrán llegado a sus destinatarios. Sí me llegó, enviada desde Suiza, la carta de Emilio. Me conmovió. Era del «Joven Emilio». Mi carta le había hecho reflexionar. En suma, como siempre, tan inteligente y tan cariñoso.

Cambridge. O sea, ante todo, Anita. ¡Cuánto nos gustaría verla con más frecuencia y sin tanta prisa! Está muy atareada organizando sus cursos con

gran ambición. Y eso es difícil de realizar. Toma parte en la comedia de Wilde *The Importance of Being Earnest*. ¡Qué criatura!

Hablamos con Antó. Antó ha dado una conferencia, invitado por Joaquín Gimeno, sobre métodos para estudiar la Prehistoria de España. Parecía contento. Y yo, también.

Hablamos con Isabel. Todo va encajando en su sitio.

Vinieron los Lida. Ya están en Buenos Aires. Vinieron los Anderson. Don Enrique habló poco de la situación argentina. Silencio patriótico. Vinieron los Marichal –encantadores– con Bleiberg y su amiga. Casada, con cuatro hijos, ahora con el padre. Y todo *como si…* Como si fuera normal y correcto. Vino a almorzar Alberto de Lacerda, nuestro gran ingenio lusitano. Divertida conversación.

Lo mejor de todo –en este instante– es esta placita de Gray Gardens, con el suelo casi cubierto de hojas amarillas, bajo una luz preciosa.

Estamos bien. Irene, atareada. Se llevó vuestra televisión a su casa el Dr. Onesti para las necesidades múltiples de estos días.

Llegó Octavio –con Marie-Jo, enferma–. Fue a ver al médico –acompañada por Solita–.

Telegrafiaremos a Renée a Provins.

Abrazos a mi señor hijo, Elfie, Teresa y Steve. Vuestro,

JORGE

Málaga, sábado tarde, 8 de enero de 1977

Queridos todos:

Todo el viaje se ha desenvuelto perfectamente. Todo ha marchado bien aquí, en Málaga, ayer y hoy. Resultado: yo, muy cansado. Irene, cansadísima, porque ella ha trabajado mucho más, sobre todo en este pisito.

En Nueva York nos esperaba un joven casi paisano mío, señor Sahagún –de Sahagún, en Tierra de Campos–. Y escritor, con beca para varios años en Nueva York, aspirante a poeta. Fina y honrada persona. En el avión no

dormimos. Al llegar a Madrid, surgió un primer enviado, luego, otro, de *Informaciones*. Breve y fácil, la entrevista. Ayer mismo ha debido de publicarse. En Málaga nos esperaban Bernabé, Alfonso Canales, Rafael León y su niña, la poetisa, Eugenia. El empleado, al ver mi pasaporte, Pedro J. G. Álvarez, me preguntó si yo era hermano del poeta. Vinimos en el coche de Rafael León, guiado por él. Conversamos. De ahí ha salido el artículo –anónimo– de *Sur*, esta mañana.

La casa, limpia. Pero –dice Irene– faltan muchas cosas. Irene no ha parado un momento. El teléfono suena constantemente. Periodistas. De pronto, mi joven amigo Mario Hernández, con su novia, de Valladolid. El cambio de horario, una vez más, trastorna bastante. Mucho correo: telegramas, cartas, algún libro. Hoy, ya descansados, y sin madrugar, porque la jornada empieza tarde. Fuimos al banco. Comimos en *La Alegría*. Esta tarde vendrán un periodista, Bernabé y Quinín, y un momento, María Salvador, de paso aquí. Clima: no hace frío, un sol estupendo. ¡Cuánto me gusta estar en Málaga! Nos acordamos mucho de vosotros. Esta es la primera carta que escribo aquí.

Besos, abrazos (para Anita, también),

JORGE

Málaga, 8 de enero de 1977

Desearía, Teresa, que me trajeses *los papeles literarios míos*. No cartas mías o ajenas. Solo esos papeles-apuntes de clase, notas, páginas inéditas, borradores de poemas, algunos escritos como los del *Argumento de la obra*. Yo quisiera suprimir el fárrago inútil. Papeles hay que me convendría tenerlos aquí.

Esos papeles deben de encontrarse en las fichas del despacho, quizá sobre los ficheros también. En el sótano también hay papeles que me interesaría ver aquí. Pero no las correspondencias (de amigos) que traje de

España. Estas correspondencias y las otras pueden esperar. Nada más. ¡Gracias!

Jorge Guillén *Álvarez*

(para que no se enfade José).

A ver si encuentro –no en casa– el libro de Jean Prévost sobre Stendhal. No traer correspondencia –traer manuscritos–.

El argumento de la obra

Los Poetas Divinos (del 35)

Federico – Ramos – Salinas – Onís (semblanzas)

Sonetos del amor oscuro mandados por Bélamich si los encuentro entre los papeles de Federico

Birthday Irene *February* 9

Elfie *March* 11

Traer grabadora

Málaga, lunes 24 de enero de 1977

Teresa, hija:

Te habrá llegado ya, cuando te lleguen estos renglones, mi última carta. Hoy te escribo con un fin práctico. Muchnik Editores desean hacer una segunda edición de *Y otros poemas* –con las erratas corregidas–. Para esa corrección, yo necesito mi ejemplar ordinario, ya «desencuadernado»…

Pues bien, te agradecería que me lo enviases a esta dirección, por *air mail.* Ese ejemplar lo encontrarás siguiendo las siguientes instrucciones.

Subes por la escalerita, y ya en el pasillo, a la izquierda de la puerta del despacho, hay estanterías con libros. En el segundo estante –me parece que es el segundo empezando por abajo–, en la parte cercana a la puerta hay libros sobre J. G. Allí, al final de esa colección, debe de estar el volumen de *Y otros poemas*. Te agradeceré infinito ese favor.

Seguimos bien y cansados. El ajetreo de las entrevistas no ha concluido aún. Ya os contaré.

Para Steve, abrazos. Para Anita y para ti, besos de este pobre «premiado» y *exhibido*…

JORGE

Málaga, martes tarde, 25 de enero de 1977

Queridos:

Esta es la cuarta carta que os escribo desde el Paseo Luminoso. (¡Qué luz! No puedo afrontarla al mediodía). Irene os ha dirigido dos cartas. Y recibimos cartas reexpedidas por ti, Teresa, y nada vuestro. ¿Es que os imagináis que yo, al modo de Claudie, pueda pasar tanto tiempo sin decir «esta boca –o pluma– es mía»?

Os vais a París pronto. La próxima comunicación irá al Quai Saint-Michel. ¿Es posible que se hayan perdido las cartas anteriores?

Bueno, estamos bien pero con tarea continua: teléfonos, entrevistas, peticiones de más entrevistas, noticias periodísticas «por doquiera». Situación honrosa –e insoportable–. ¡Qué repugnante *exhibicionismo* el de esta época!

Conocimos a Pilar Palomo, la profesora. Claudie no me había dicho que era tan guapa. Los Bernabé nos «ayudan» con amabilidad constante. La entrevista con Infante saldrá en la televisión, el domingo. Etc., etc.

Teresa: un favor. ¡Un favor más! Telefonea a Claude Esteban. Pregúntale si ya se sabe cuándo Gallimard publicará el libro. Hace sol, ya lo creo. Buen viaje. ¡Hasta pronto!

Abrazos, besos –repartidos–. (Incluyo a Anita).

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 6 de febrero de 1977

Queridos:

Estuve de pronto más débil, a causa de una indigestión. Pasé dos días y medio en la cama. Me siento mejor, de nuevo con ánimos.

Nos sorprende que no hayan llegado a Gray Gardens nuestras cartas, documentos, etc., etc. ¡Qué mal funciona el correo! Supimos del accidente de Benedicte. Escribiremos.

Claudie y Elfie pasaron dos días en Granada. Se trata de la situación como profesor en Málaga. Todo es mezquino. Conseguirá algo temporalmente. Mejor así.

Sigo en situación «amenazada» de *premiado*. En la universidad de aquí –¡qué cosas!– dará hoy una conferencia sobre mi poesía Alvar. Y otra conferencia, hoy también, Tierno. ¡Tierno, Dios mío! «Amaos los unos a los otros como dijo don José». –Octavio ha escrito un ensayo precioso sobre *Más allá*…

Irene trabaja, me ayuda mucho.

Me dices, Teresa, que me traerás papeles. Muy bien. Lo esencial es que vengas. Y tú sabes que yo no puedo terminar esta frase sin lloriqueo. Soy un viejo llorón.

Para Steve, para Anita, para ti, abrazos, abrazos, abrazos.

¿Cómo sigue Miguel Gusils?

Málaga, 15 de febrero de 1977

Queridos:

Ha hecho frío. Hace un sol espléndido. Estamos bien. Yo tuve alguna perturbación digestiva. Nuestro médico –y amigo– Sánchez Guerrero nos visita frecuentemente «con entusiasmo». No deja el teléfono de sonar. Responde Irene. (Por cierto, como no hay nadie que la ayude a Irene, le da mucho trabajo este pisito). Vinieron a vernos de Barcelona, de Madrid, de

Villalón. Conmovedores, los tres amigos de Villalón y la muchacha, Teresa –«Teresa Barcelonesa»–; han hecho el viaje como lectura de *Aire nuestro*, no por el Premio Cervantes. Quieren que vaya a conferenciar o leer amigos de Zaragoza, de Salamanca, de Granada, de Soria (curso de verano), de Santander.

¡Ya veremos! La correspondencia por contestar es enorme. Escriben las personas más lejanas; no escriben los amigos más próximos o afines. No recuerdo todas las visitas. En suma, el día es movido. (Yo duermo bien, porque estoy cansado).

Recibimos un sobre de cartas que nos envía Anita. (No llega el otro sobre. ¡Qué le vamos a hacer! Teresa, ¿tú recuerdas alguno de los que escribieron?). Por cierto, Peter Davison nos anuncia que van a reeditar aquella *Antología*. Claro que si se pospone la publicación de Gallimard, nosotros volveremos de Madrid a Málaga para embarcarnos el 4 de mayo. Y en Génova nos esperarán los Plaza, ya en Florencia. Dejaríamos la visita a Valladolid y su provincia para octubre. Llegaron carta y regalo de Elfie para Irene. De Claudie, nada. Y vosotros, *veinards*, en París…

Besos. Abrazos, vuestro

JORGE

Málaga, sábado 5 de marzo de 1977

Queridos:

Hemos intentado no sé cuántas veces –desde el día de nuestro regreso– escuchar vuestras voces telefónicas. *Rien à faire!*

Bueno, hace un tiempo ya de primavera. ¡Qué luz a estas horas de la mañana! Resulta que empiezo a sentir los efectos benéficos de mi visita a la clínica Ruber-Lozano. Lo cual es causa de alegría, y no superficial. El doctor Sánchez Guerrero me atiende en completo acuerdo con Rafael. ¡Adelante!

Llegamos cansadísimos, circunstancia favorable al sueño profundo. Tengo que vigilarme –en punto a mis «orgías» de conversación–. Tengo que defenderme como Irene me defiende. (Sin embargo, anteayer hubo entrevista con dos periodistas: peruano, colombiano. El martes vendrá un periodista de Madrid…).

Encontré una carta de Claudie, de tono muy bien «templado». Está contento: se dedica a sus estudios. ¡Pues claro! He escrito a Isabel, Anita, los Claudie. Voy a escribir a Antó. Sí señor, *Abué*.

Os queremos. Abrazos,

JORGE

Málaga, 25 de marzo de 1977

Queridos:

También aquí el tiempo es ya de primavera –y no muy delgada–. Hará calor pronto. Yo corroboro por escrito lo que dije de viva voz: que me encuentro bien, perfectamente retomadas mis buenas costumbres. ¿Será necesario volver a la clínica? Espero que no.

A propósito. *Emploi du temps*. Llegaremos a Madrid el 21 para estar descansando *de incógnito* el 22. Tras el 23 –entregado al Mundo y al Demonio, no a la Carne («los tres enemigos del alma»)–, el 24, aún social. Y el 25, el problema Ruber –Ruber, o la prolongación de la estancia–. Quisiéramos embarcarnos aquí en el barco danés que nos llevará del 4 al 6 de mayo a Génova –donde nos esperarán los Plaza–. Después, a Florencia. ¿Hasta fines de junio?

El nuevo pisito –que apareció gracias a una conversación casual mía con un portero– me parece muy adecuado a nuestros gustos y necesidades. Está muy bien. A dos pasos de este piso en que estoy. No perderemos lo que tanto sentíamos dejar: esta vista, la más hermosa de Málaga. Se lo dejaremos en herencia a los nietos.

Me alegro *mucho* de que Steve esté acabando su obra. Estoy seguro de que será un gran libro. –Adjunto el recorte de Carlos Blanco: su *cambio* me produce verdadera satisfacción–. No olvidemos lo principal. Pensar en mis nietos y biznietos me hace felicísimo.

Os abraza vuestro

JORGE

Florencia, 1º de mayo de 1977

Queridos:

Entregaré estas hojitas a nuestro José Luis Plaza. El matrimonio se irá a París, y allí os encontraréis.

El jueves pasado volamos –un vuelo perfecto– de Madrid a Roma. Nos esperaban los Mochi-Sismondi en dos coches. Todo fue fácil: todos, muy amables. El viernes llegamos antes del mediodía a Florencia, donde estaba aguardándonos, en la estación, Francisco del Pino. Qué buenos amigos, también en Florencia.

Los viajeros, muy cansados, se han repuesto ya. Estamos ya instalados, y nos sentimos a gusto en esta Pensione Crocini; se mantiene muy bien la calidad de la cocina.

Ayer, sábado, comimos *da* Doney, invitados por los Plaza, con ellos y José Luis y Moncha Sert, aquí desde hace ya días. Reunión gratísima. ¿Y cómo no con amigos tan buenos? Aquí se halla Yves Bonnefoy. Le veremos muy pronto. Esta tarde vendrá a la pensión Macrì. Tiempo agradable –sin el calor que hacía en Madrid–.

Yo he vuelto a mis trabajillos. Estoy escribiendo un «texto» para el homenaje a Mathilde Pomès: «La apasionada Matilde». Esta calle, esta parte de Italia gozan de paz. ¡Que dure! Que lo paséis muy bien en Rusia. Yo pongo en ejercicio mi memoria de padre, de abuelo, de bisabuelo.

Os queremos. ¡Hasta pronto! Abrazos,

JORGE

Florencia, 6 de mayo de 1977

Queridos:

Hoy, cumpleaños de Margot. Le enviaremos el oportuno telegrama. Estamos a gusto en esta casa. ¡Hoy hace un tiempo espléndido! (Yo estoy un poquito acatarrado. Vendrá –dentro de un rato, nueve y media, el médico, amigo y vecino–). Di una carta a José Luis Plaza para vosotros. Van a pasar con la familia de Venezuela una semana en París. Comimos con ellos y con los Sert, que están muy contentos de ver y escrutar Florencia. [falta la continuación]

Firenze, 21 de mayo de 1977

Queridos:

Es hoy el primer día de calor. ¡Bienvenido sea! Esperamos a Anita con verdadera ilusión. Escribí a Antó una carta como me pidió Anita –«sana, larga, consoladora»–. De La Jolla, nada. (¡Tampoco de Alicante!).

Teresa: desearía que nos comprases –no a título de regalo– este libro: L. Gautier-Vignal. *Proust connu et inconnu*, París, Laffont, 1976 (303 páginas).

(Al autor le conocimos en Niza, vía Walter Kaiser).

Os deseo todo lo que deseáis para vosotros. ¡Qué ganas de veros! (El libro, para Málaga). Pienso en mis hijos, mis nietos y mis biznietos, y me siento feliz.

Abrazos, besos.

JORGE

Málaga, 3 de setiembre de 1977

Queridos:

Desde nuestra comunicación telefónica, Teresa, Irene y yo te hemos seguido continuamente con el pensamiento. Me alegré de que tuvieras buenas noticias de mi salud. Vino el Dr. Martínez González. Me encontró bien. Nos anunció que dentro de unos días iré al hospital para que me hagan un recorrido de conjunto. Me siento mejor. El doctor nuestro viene casi todos los días. Tal vez sean estos médicos más «estrictos» que Rafael. ¡Ninguna sal! Medicinas… Pero continúo recluido en casa –frente a esta vista de la costa malagueña, maravillosa–.

A todo esto, ayer cumplió mi señor hijo sus cincuenta y tres años. Claudie y Elfie hicieron una excursión a Granada. Ayer comieron aquí. Charlamos mucho y bien. Procuró Irene que el «ágape» complaciese a los *gourmets*, como lo son nuestros invitados.

Yo sigo trabajando –poquito a poco–. Creo que ya he dejado de ser noticia. En la sección satírica de un periódico salió una lista de los diez temas de la semana. Terminaba así:

9. Hospitalización de Jorge Guillén.

10. La barba del Rey.

(Ha tenido que afeitarse el Rey, porque la barba era una complicación respecto a los sellos y figuras públicas…).

¿Y vosotros? ¿Cómo estáis? Nos horrorizó la muerte de la hija de Roy. Yo escribí enseguida una carta a Roy. Me parece admirable su sentimiento de la amistad: que haya llamado a Steve y solicite su compañía. Nos imaginamos a Steve en La Jolla todavía. Claudie envió a Roy un telegrama.

¿Cómo se encuentra Miguel Gusils? Nuestros más afectuosos recuerdos.

¿Y nuestro don Raimundo? Decidle que pensamos en él, en ellos. Recuerdos a Joan.

Escribiré prontísimo a Anita. Nos encantó su carta, por supuesto. Celebro infinito que su estancia en Perugia se haya desenvuelto gratamente.

(Ved en el número de mayo de la *Revista de Occidente* los poemas de Claude Esteban traducidos por mí. Yo no he visto ese número).

Os queremos, os abrazamos.

JORGE

Málaga, lunes 12 de setiembre de 1977

Queridos:

Ante todo, ¿cómo está Steve? Le supongo regresado de California. ¿Y tú, rica? ¿Puedes descansar? Bien te has ganado ese reposo, no diré «ocio»… Nos escribió una carta –muy delicada– Denah. Les escribiré a los dos pronto.

Pasemos a esta casi punta de España. Claudie y Elfie pasaron un momento a la hora de comer, camino de Córdoba y Madrid. Regresarán el sábado. Me causó gran sorpresa y gran satisfacción encontrar y en un lugar preeminente de *El País* un artículo de Claudie. Él os lo habrá enviado. Muy sincero, muy acorde a la situación española. (Pasó, está aún, Teresa Centelles, la de Barcelona. Se hace querer).

Vengamos a servidor. Estos últimos días me he sentido bien, siempre muy sensible al esfuerzo, que me cansa. ¿Peso? Ahí está y sigue estando el quid. ¡70 kilos! Muy bien. Yo siempre disciplinado y sin permitirme fantasías. Y el peso ha vuelto a subir lentamente. 70, 71, 72… Esos son los límites correctos. Esta mañana 73. ¡No! Pues sí. Por lo tanto, mañana don Paco nos trasladará al hospital; y allí se me harán algunos exámenes, y sobre todo esa inyección –de albúmina– que llamamos nosotros «de goteo». Los doctores, muy atentos con este convaleciente. Convalecencia pesadita… Irene os escribirá sobre nuestra visita al hospital inmediatamente.

Hace bueno. (Grises, algunas mañanas). Me acuerdo de mis nietos y biznietos. En *Ínsula*, en el último número, dedicado a la generación del 27, muy interesante, hay una fotografía que nos hicieron –en torno a Moreno Villa, México…–. No; no es en *Ínsula*. Es en otra revista. Foto preciosa. ¿1950? Están en el centro, pequeñines, Antó e Isabel, que miran a su mamá. Sobre todo Isabel… Para enloquecer. Procuraré que me den una fotografía.

Bueno, recuerdos a los Gusils, a los Lida, a Anita.

Para los dos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 19 de setiembre de 1977

Queridos:

Regresaron de Madrid Claudie y Elfie, muy contentos de su estancia en la Corte y el trabajo –asiduo– en Alfaguara.

Vengamos a esta dichosa convalecencia. Desde el sábado viene todos los días a casa una enfermera del hospital para ponerme una inyección por goteo de albúmina, que es lo que me falta. El peso ascendió hasta 75 kilos. Y allí me mantengo desde hace tres o cuatro días. Rafael vendrá de Madrid el jueves. Nos verá a nosotros y hablará con los doctores nefrólogos, muy considerados siempre con mi eminente sobrino. Todo va deslizándose con serenidad.

Irene trabaja y se preocupa día y noche. Y la casa va mejorando: Ahora han estado poniendo un toldo en el balcón.

Yo, a pesar de todo, sigo trabajando, sobre todo por la mañana. Voy a escribir a Isabel para contestar a su reciente carta. ¡Ay, estos nietos!

Para Anita, para su papi y su mami, abrazos de este vuestro

JORGE

Málaga, 23 de setiembre de 1977
(Dentro de un mes, el 30º aniversario de tu madre)

Queridos:

Ayer vino Rafael de Madrid. Le fue a buscar al aeropuerto Claudie. Él le llevó por la tarde también. (Nosotros le pagamos el viaje en avión).

Fue en casa la reunión de Rafael, el nefrólogo Dr. Martínez González y el Dr. Sánchez Guerrero. Asistió a esta docta conversación Claudie. Todo se

desenvolvió en un ambiente de perfecto acuerdo. Y además, Rafael siempre comunica serenidad. Problema: evitar que esta nefrosis se convierta en crónica. *Se evitará*. Va a iniciarse un tratamiento de cortisona; durante cuatro semanas se mantendrá por los médicos una constante atención. Yo, por mi parte, seré el sujeto paciente y con la debida confianza. Irene va también serenándose. Se preocupa muchísimo, lo que se traduce en una continua actividad. Los Claudie utilizan ya el otro piso nuestro, y siempre están cercanos.

Para ti, para Steve, para Anita, abrazos. Os queremos.

JORGE

Málaga, 30 de setiembre de 1977

Queridos:

Los doctores dispusieron que me quedase en la cama todo el día desde anteayer para que el tratamiento fuese más riguroso. Empezó la cortisona –con dosis demasiado fuertes–. Tenía razón Rafael. Han aumentado las inyecciones de albúmina. Total: de ayer a hoy he perdido dos kilos: 73. Dormí mal. Ahora duermo bastante bien. Muy poca charla con las visitas. Sin embargo, sigo –cuando puedo– trabajando.

Por aquí andan Claudie y Elfie. Les divierte mucho dormir en el otro pisito. Ayer precisamente se habló de varias personas que quieren comprar ese apartamento. (Entonces, ellos, los Claudies, no insinuaron deseo de ser sus compradores). Después, en un momento, estuvimos conformes Irene y yo: se lo regalaremos a Claudie y Elfie. Cuando se arregle lo de Frigiliana, arreglaremos jurídicamente lo del piso con Canales. Y no se hable más del asunto.

Salió ya en París el *Cantique* de Gallimard. Recibiréis vuestro ejemplar –enviado desde París–. Ahora trato de escribir el discursito para Roma.

Los médicos me atienden mucho. Esta enfermedad se pone pesadita, engorrosa. Claro, sin dolor.

Pensamos que pronto vendréis. Esto me consuela.
Para los tres, abrazos de este respetable anciano.
Os queremos.

JORGE

Málaga, martes 4 de octubre de 1977

Queridos:

Estoy mejor, mucho mejor. Os lo cuento desde la cama, lugar al que he estado y estoy aún «condenado», para que el tratamiento sea más eficaz. Peso 69 kilos. (He perdido en estos últimos días seis kilos «que es lo que se trataba de demostrar»). Queda aún un poquito de hinchazón. Se me han dado muchas inyecciones «por goteo» de albúmina. Como con apetito. Duermo bastante bien. He seguido trabajando, aunque no todos los días. Estoy redactando mi discursito para Roma.

¡Roma! Irene, tan *dévouée* y de modo absoluto, ha vivido estos meses con tal intensidad de ocupación y preocupación que ha llegado a la «presión» más alta de su vida: 180, anoche. Tiene que serenarse. Estos meses de Premio, publicidad, enfermedad, mudanza de la casa, cheques y bancos, etc. etc.

Me alegra mucho que Claudie y Elfie estén aquí. Claudie, tomando parte, provisto de su carnet del PSOE, en reuniones del partido, ¡en representación de Frigiliana! Está contento, animado, dispuesto a hacer algo en esta universidad donde no hay nada.

A todo esto, ¿cómo está Anita? ¿Cómo va Steve con sus clases? (Teresa: haz el favor de decirme cuál es la actual dirección de Alberto de Lacerda). El único amigo a quien vemos con frecuencia es Bernabé.

¿Y tú, Teresa? ¿Te da ya demasiado trabajo esa casa?

Para los tres, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 10 de octubre de 1977

Queridos:

Me encuentro mejor. El peso ha descendido esta mañana a 67 kilos. No debería bajar más. Continúa el tratamiento de cortisona. Han terminado –por lo menos estos últimos días– las inyecciones de albúmina. Albúmina es todavía lo que sobra. El tono general, excelente. Como con apetito, aunque siempre sin sal. Duermo bastante bien. En cuanto a Irene, le ha bajado la presión. Se siente más serena.

Llegó tu carta, Teresa, esta mañana. Adjunto el correspondiente cheque.

Hace un tiempo hermoso. ¡Qué luz, Dios mío! Continúo sin salir de casa.

Mañana vendrá Claudie. Atareado con su labor editorial y su participación en algunas reuniones del PSOE. Está aquí la hermana de Elfie.

Pasemos a la vida pública. Estamos todos contentos de verdad con el Premio Nobel a Vicente Aleixandre. Acontecimiento nacional e internacional. Llamó anoche Dámaso. Muy cariñoso siempre. Los compañeros de generación, felicísimos. (Ya veréis en su día mi discurso de Roma. Estoy escribiéndolo). Voy a escribir a Antó y a Isabel. Escribí a Miguel Gusils.

Os queremos. Os abrazamos. Incluyo a mi nieta, naturalmente.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 2 de noviembre de 1977

Teresa, hija:

Aquí me tienes esperándote, esperándoos. Me siento y estoy mucho mejor. El peso continúa estable: 66. El problema es siempre la albúmina. Me sienta bien, no hay duda, la cortisona, ahora inyectada en dosis decrecientes un día sí y otro no. Trabajo más, circulo por casa. Si el día es

bueno, nos damos un paseíto de un cuarto de hora por el Paseo Marítimo. Durante estas últimas jornadas ha hecho un tiempo magnífico. ¡Qué cielo, qué mar azul y sobre todo qué luz! Duermo mejor, como con apetito. Hay que seguir atentamente la disciplina médica.

En Málaga se ha celebrado el Homenaje a Picasso, organizado por el Partido Comunista. El domingo hubo el homenaje de los poetas. Vino antes a vernos Alberti, de cabellera cana. Sereno, amable. Vino la otra mañana Gabriel Celaya con su mujer, muy vitales. El acto de los poetas resultó muy bien. Claudie leyó las cuartillas que yo escribí. Se emocionó mucho. Y me lo comunicó por carta. Él, acatarrado; Elfie, agripada, en el otro piso, que les resulta muy cómodo. (Incompatibles con la cortisona). Irene les envió por mediación del portero, ahora Palomo, un gran servicio alimenticio. Irene se ocupa y se preocupa por todo. Estoy deseando que lleguemos a una etapa de sosiego y serenidad.

Todavía no. Anoche me comunicaron desde México por teléfono que me habían concedido el Premio Alfonso Reyes. Y serán 200.000 pesos mexicanos. Como yo no puedo ir a México, ese mismo mes vendrá una persona oficial a entregarme el premio. ¡Es demasiado! Van a envidiarme estos queridos compatriotas.

Pronto escribiré a Isabel y Alan, y también a Benedicte y Antó. Dejo espacio para Irene. Pensamos en Steve y Anita. Os abraza a todos –y aparto, un momento, un gran abrazo a Patrick –y a Michael, otro.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 19 de enero de 1978

Teresa, hija, querido Steve:

Dos palabras sobre la jornada de mi cumpleaños. Todo se desarrolló muy cordialmente. Estábamos contentos de haber vuelto a casa Irene y yo. Comimos Emilio, que llegó de Madrid con esta finalidad –acompañarnos– y

Elfie, Claudie, Irene y yo. La jornada, por supuesto, resultó fatigosa para mí. Hoy, descansamos.

Claro que la «nefrosis» es crónica. Estaremos en relación constante con los médicos y enfermeras del hospital. Lo mejor de todo es que los varios análisis de sangre no revelaron nada extraño a la «nefrosis»: noticia muy buena. Ahora se trata de organizar la medicación en casa –y por otra parte, ya trataré de sacar tiempo libre diariamente para seguir trabajando en mis diversos quehaceres: los que se refieren a «la obra en marcha»–.

Hacía frío. Ahora ya menos frío. Nos gusta mucho esta casita a Irene y a mí. Ya he aceptado «la realidad tal cual»: el carácter crónico de esta enfermedad. Bueno, adelante. (Hoy llegó tu carta: lo de Miguel es espantoso. Pensamos mucho en esos nietos. Ayer llegaron las cartas de Antó, Benedicte, Anita. Les contestaré pronto).

Os quiere, os abraza

J: EL ENFERMO

Málaga, 14 de febrero de 1978

Queridos:

Os imaginamos sufriendo un frío espantoso. Aquí hace todavía fresco de invierno. Por eso no he salido a la calle. Pero me encuentro mucho mejor. Trabajo –en la preparación del manuscrito de *Y otros poemas*, 2ª edición, para Barral–. Los médicos me atienden continuamente. Los achaques de la vejez y de la enfermedad crónica estrechan, claro, los límites de mi vida cotidiana. Pero desanimado no me siento nunca. ¡Adelante! Con la ayuda continua de Irene.

A todo esto, me nombraron «académico de honor» por voto unánime de la Academia en pleno. (Un precedente: ¡el príncipe Bernardo de Holanda!). Título que me libra de toda obligación. Por cierto, entró por fin una mujer en la Academia: Carmen Conde. ¡Las vueltas que da el mundo!

Claudie, muy atareado con el PSOE. Se va a ir a Madrid por llamamiento de Alfaguara, no del partido. Tierno dio en Madrid, en la universidad, una conferencia sobre mi poesía. *Incroyable!* Y yo, encantado. (Claudie no le ve).

Hace rato llamó Renée. Siempre tan cariñosa.

Sentimos muchísimo ese final tan triste de Miguel Gusils. Pensamos muy afectuosamente en Luisa. Supimos del incidente de la mano de Benedicte. Le escribiremos.

¡Ah! Está representándose *La Celestina* con gran éxito. (Versión de Cela). Se murió nuestro amigo Edward M. Wilson. Está a punto de fallecer en Devon Bullock. El libro de Princeton parece ya aceptado en aquella editorial.

Abrazos a los tres. Vuestro *–comment dirais-je?–*

ABUÉ

Málaga, 28 de febrero de 1978
(Mañana, 1º de marzo, hará ocho años de mi caída)

Queridos todos:

Comencemos por lo inmediato: Estoy mucho mejor. Los análisis de la sangre dan un resultado excelente. El peso diario no cambia: 61 kilos. Todo funciona bien. ¿Hasta cuándo? La enfermedad, crónica. Dentro de unos días, cuando dejen de darme cortisona, ¿qué pasará? *Ahí* está el problema.

Vinieron a vernos Antonio Piedra y su señora (y el niño), del Instituto J. G. de Villalón. Aquella Tierra de Campos y Valladolid son todavía muy reaccionarios. De modo que… ¡Ni hablar! Esta Costa del Sol es «comarca» más abierta, aireada –con extranjeros y partidos políticos–.

Claudie «juega» con el PSOE con gran ilusión. El asunto, tras la sentencia del juez, está en buenas manos de su abogado. Por otra parte… Bueno, por otra parte, sus clases en la universidad. Y sigue trabajando con Jaime.

Hoy nos llegó una carta muy cariñosa de Solita. Hace unos días me escribió muy cariñosamente Jaime. Que esto ocurra –y es lo que debe ocurrir– me conmueve.

En casa se instalan nuevas librerías –dos estanterías– encargadas por Irene. Surgen informalidades de informalidad –malagueños–.

¿Y vosotros? ¿Cómo está mi nieta? Nos ha escrito Antó. Como siempre, muy afectuoso.

Habla de sus clases, de sus futuros trabajos en Almería, de Benedicte. Estupendas las fotos de los niños. ¡Qué ganas tenemos de ver a los Antó, y a los Richards! Han telefoneado más de una vez a Claudie desde La Jolla. (Lange, Mrs. Williams). Intentan retenerle allí. No, no, imposible.

El libro de Princeton se hará, por fin, en Princeton. Me alegro muchísimo. Nos visitan los Gibbons, profesor, poeta, traductor. Muy simpáticos. Volverán a Devon. Allí debe de estar muriéndose Bullock. Pensamos en Luisa. Recordamos a Miguel. ¡Gray Gardens! (¿Y Laura?).

A los tres, abrazos. A la mami y a la niña, besitos. Y aquí me tenéis: viejísimo. Bueno, adelante.

Vuestro,

JORGE

(Irene sigue quejándose de un dolor de garganta…). Como de costumbre, ¡infatigable!

Málaga, viernes 17 de marzo de 1978

Queridos:

Sigo mejorando. Me siento más ágil, trabajo, ando –apenas fuera de casa porque hace todavía fresco y viento–. ¿Llegaré a curarme? No probablemente.

Mañana viene a vernos y se alojará en casa Teresa Centelles, de Barcelona. No es seguro que pase por aquí José Luis Plaza. Lo de la

duquesa y el señor Aguirre, ya consumado. Ayer fue la boda. ¡Increíble! El secuestro de Aldo Moro –la noticia de hoy– repugnante. ¡Qué época, Dios mío!

Salió a luz *Serie castellana* (Alvar, editora Maya). Todavía no lo he visto. Pienso en los papeles que vas a traerme. Que no falten los *sobres* del *Argumento de la obra*.

Kay Sibbald sigue preparando el volumen *Escritos de los años 20*. No lo enviará por correo, sobre todo internacional. Si acaso pudiera Kay llevártelo –no sé cuándo– a Gray Gardens… El profesor García Berrio de aquí, muy sabio, estará en Montreal unos días de este mes. Él habría sido el mensajero ideal. Me temo que el manuscrito no esté concluso. (¿Y si tú telefoneases a Kay? 5856 Coolbrook Ave. Tel. 1.514.489.5671). No te puedes figurar, Teresa, con qué ansiedad te esperamos. ¡El 30! Ansiedad que se prolongará hasta la llegada de Steve y de los nietos ¿y biznietos? – Uno de estos días vendrán del Ateneo de Málaga a entregarme una Medalla de Oro. (¡Ya tengo preparado mi poemita!).

Abrazos, besos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 4 de mayo de 1978

Queridos: Teresa, Steve, Anita:

Pensamos mucho en vosotros. Claudie fue a Madrid y volvió al día siguiente, hoy. El acto en la televisión –con Sánchez Dragó y alguien más– fue interesante. Tema: ¡Alfaguara! La colección de Clásicos: –Y ahora, para terminar, háblenos de su padre. –Mi vida no sería lo que es sin la suya. (Siguió hablando). –Sánchez Dragó, frase final: Hemos terminado. Con un clásico.

La temperatura no es del todo primaveral. Salgo a pasear con Irene por el Paseo Marítimo. Me siento mucho mejor. Irene, mejor, pero cansada.

Elfie parece más contenta. Claudie da sus últimas clases en esta universidad. Yo procuro cumplir con mis numerosos y siempre modestos deberes. A pesar de todo, sigo trabajando como de costumbre por las mañanas.

Abrazos y besos repartidos correctamente.

¡Qué ganas de veros! Vuestro,

JORGE

Málaga, 17 de mayo de 1978

Queridos:

Os enviamos el artículo de Umbral dedicado a Claudie, y *–por ende–* a mí también. Gran éxito de propaganda para Alfaguara. Claudie está contento. Elfie, también.

El viernes dará una conferencia en esta universidad: «Relaciones entre Garcilaso y el poeta Wyatt, del siglo XVI inglés». Por otra parte, respecto a su *status* en esta universidad, en cuanto el asunto llegó a manos del profesor de Inglés en la Universidad de Granada, todo se resolvió de un golpe. Este profesor sabía quién era Claudio Guillén.

Otra cosa. El libro de Wellesley. Nos ha escrito Justina. Tú, Teresa, irás o habrás ido a Wellesley y a ti te entregarán un ejemplar de ese «homenaje» para mí, –es decir, *para vosotros*–. Y habrá una inscripción en el aula. Cuéntamelo todo. Aquí pululan los homenajes. Esta época se ha especializado en el homenaje y en el homicidio.

¿Mi salud? Francamente mejor. Salgo todos los días por este Paseo Marítimo. Irene, cansada. Yo, también. ¿Y mi nieta? Muchísimas gracias a Steve por su carta, muy cariñosa.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 25 de mayo de 1978

Queridos:

Para arreglar nuestros papeles en el Consulado de U.S.A. en Sevilla os enviamos el adjunto documento: tened la bondad de prestar atención a ese *affidavit of support*. ¡Increíble la Burocracia en todo el Occidente, y en todo el Este! ¡Gracias! Enviadlo a nosotros.

Me avisaron de Roma que la esperada «operación» había sido ya llevada a cabo. Y el cabo es vuestra cuenta en Harvard Trust Company (Bay Bank). Teresa: ¿quieres comprobar si todo esto es ya verdad? Y tú podrías transferirlo a la nueva cuenta. ¿O tendremos que ser nosotros? Sea como fuere, la noticia nos ha sido grata.

Quisiéramos saber exactamente cuáles serán las fechas de la estancia de Isabel en esta su casa. (Las fechas de su carta no coinciden con las fechas en la carta a Elfie). Nosotros hemos escrito de nuevo a Isabel. ¡Con cuánta ilusión la esperamos!

Ayer fui padrino en el bautizo de la niña Leire de nuestro doctor don José Luis Martínez González. Fueron casi tres horas de capilla, automóvil y «venta» con merienda-banquete. Y no me cansé demasiado. Leire se parece mucho a Gorka. Todo salió bien. ¡Felices!

Claudie y Elfie, contentos. En Madrid está Kay Sibbald. La esperamos. ¡Ah! Sería muy preferible que hicieseis lo del a*ffidavit* enseguida. En cuanto lleguen esos documentos, iremos a Sevilla, si no viene el cónsul a Málaga.

Para vosotros, abrazos, y para la mami y Anita, besos.

JORGE

Málaga, 1º de junio de 1978

Queridos:

A la carta de Teresa, recibida hoy, respondió de antemano Irene en su carta a Steve. Os habrá ya llegado. Yo, nosotros, no hemos estado sin escribir dos semanas. Cada semana hubo su correspondiente información. ¡Este correo!

En suma: yo me encuentro mejor, francamente mejor. Estamos soñando con ir a pasar casi un mes a Cambridge. ¿El 29 de setiembre? Muy bien. Esperemos que mi enfermedad se estabilice en cierto equilibrio. A mí me encantaría ir. A Irene aún más. El tiempo ha mejorado. Salimos todos los días. Trabajo, escribo cartas, veo a gente. Por supuesto, dentro de los límites no amplios de mi no-fatiga. Diré como Margot: soy «*fatigable*»…

Claudie y Elfie, en Madrid y a punto de regresar. Escribí a Mrs. Newell, a Justina, a Gostautas. Escribiré a Rudy Cardona, que me anuncia su instalación en Boston University. ¡Estupendo! Hay aquí libertad de expresión y libertad de parejitas en el Paseo Marítimo. ¡Todo es alcoba –casi–! Irene se siente cansada al levantarse. Pero animosa como siempre. Para Anita y su papi y su mami, una declaración: ¡os quiero!

JORGE

Málaga, 3 de junio de 1978

Queridos:

Debemos insistir en que, entre los documentos exigidos con interés por el cónsul de los Estados Unidos en Sevilla, figura el

Affidavit of support

(Declaración jurada de manutención).

Esos son los términos oficiales que señalan la «Solicitud de visa…». Os agradeceremos que *nos enviéis* ese *affidavit* debidamente refrendado por la autoridad. Gracias, muchas por todo, por tantas cosas.

Yo me encuentro mucho mejor relativamente. A todo esto, la novedad, dentro de nuestro «mundillo», es que Ariel, o sea, Francisco Rico, publicará los *Escritos de los años 20*. Manuscrito muy bien preparado por Kay

Sibbald. Dentro de pocos días irá Kay, ahora en Madrid, a Barcelona para entregar el manuscrito al gran humanista.

Claudie y Elfie, en Madrid hasta hoy.

Para vosotros y Anita, abrazos y besos en justa distribución.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 15 de junio de 1978

Queridos:

Llegó ayer la carta de mi señora hija. Nos alegró. Dijimos a Claudie lo de la devolución de las dos camas. Las comprará. Telefoneó don Ramón Vela a Claudie. Es la persona relacionada con el asunto de Antó. Me apena muchísimo que Antó se apesadumbre por esa «situación». Eso no puede ocurrir en esta tribu.

Yo estoy bastante mejor. Trabajo, converso, me fatigo: el inexorable límite de mi edad. Irene fue, en efecto, feliz –y yo también– en la compañía de Luigi. (Se marchó ayer en el *Dana Corona*). Pero Irene se cansó muchísimo, con un vaivén de reacciones nerviosas. Necesitamos silencio, reposo, paz.

Seguimos *soñando*. Ya llegaron los documentos para el consulado. Firmó la carta el cónsul, admirablemente escrita, «armonizada», por Claudie. Elfie, con Hildegard, en Colonia. Volverá a fines de mes. Los Wolff, buenísimos. Nos han visitado. Comerán en casa.

Las ganas de veros son inmensas: Steve, Teresa, Anita. ¡Anita! No sigo porque me emociono.

Abrazos para los tres. Recuerdos a los Lida –y a los demás–. Vuestro,

JORGE (Pedro, J, Álvarez, etc.)

Salió *Homenaje* en la edición Barral.

Málaga, martes 20 de junio de 1978

Queridos:

Os comunicaremos las «últimas noticias». El último análisis de mi sangre fue muy satisfactorio: sin albúmina. Es como si estuviese curado. Pero tengo «que seguir curándome», como dijo Sánchez Guerrero. En suma: me siento mucho mejor. Pero… ¡Mucho «ojo»!

Llamó Antó. El amigo de Claudie, Ramón Vela, relacionado con la concesión de las becas americanas, dijo que Antó no había cumplido con «el reglamento» en Washington. (No sé especificar el pormenor). Y que este año no se le puede ayudar. Lo que a mí, abué de Antó, me apena verdaderamente. Antó cenó ya con los Rafael y con Emilio, que llamó esta mañana. (Emilio, tal vez, vendrá la semana próxima).*

Ya ha llegado don Vicente Llorens con esposa y suegra. Vendrá esta tarde. Mañana comerán en esta casa. Irene hace todo lo que puede y más.

Irene, mejor, menos cansada. Sueña con esos pocos días en Cambridge, para ella vacaciones. Si mi actual equilibrio (que yo siento, por supuesto, precario) se mantuviese, saldríamos de aquí el 29 de setiembre con mi hija. Me ocurre lo siguiente: que el sentimiento de familia (ahora *démodé* para estos tontos de ahora) es cada día más fuerte.

Para los tres, Steve, Teresa, Anita, abrazos y besos bien distribuidos.

Vuestro,

JORGE

*Antó llegará a Málaga el sábado para estar dos o tres días en casa.

Málaga, 14 de julio de 1978

Queridos:

Se nos va mañana Isabel, tan rica, tan rica, que nos ha sabido a muy poco su estancia. Esta noche, tarde, llegará Anita –para el fin de semana–.

Trabaja mucho como empleada de Jaime. Por aquí están los Antó –y los padres y el hermano de Benedicte–. Preciosos, los dos biznietos. Por aquí anda ocupado –¡escribe sobre Aristóteles!– don Claudio Guillén. Yo, cada día, más agarrado a los míos: Irene, hijos, nietos, biznietos. ¡No hay comparsas!

Hace calor. Salgo de paseo por el Paseo Marítimo. Alguna vez me alargo hasta la ciudad, a una librería. Estoy mucho mejor. Pero… tengo que *seguir curándome*.

Ahora ha llegado Claudie. Se lleva a cenar a Isabel, con la cual apenas ha charlado.

Tenemos que añadir a esta carta el documento para la transferencia de A a B.

Han estado a vernos esta tarde Ada Miles, que se va a Londres, Elena Villamana, que se va a Rusia. Y nuestra Isabel se va a Cambridge, al Cape. ¡Qué buena suerte!

(Yo trabajo en lo mío. ¿En lo nuestro? Escribo cartas. Me canso…).

Irene, mejor. Pero tantas atenciones diversas y simultáneas la ocupan y preocupan. En fin… ¡Adelante!

Os queremos a los dos –que sois ya no sé cuántos–.

JORGE

Málaga, sábado 22 de julio de 1978

Queridos:

Serán estas líneas probablemente las últimas que os dirigiré antes de vuestra llegada a la Costa del Sol.

Antó almuerza hoy en casa. Ayer vino Benedicte. Aquí estuvieron Isabel y Anita. Claudie está pasando una semana en Madrid. Elfie va y viene, Frigiliana, Nerja, apenas Málaga. ¡Familia! La mía. Me la han hecho sentir hasta las lágrimas mis nietos. Estoy muy orgulloso de mis nietos. Con qué seriedad, con qué intensidad han sentido y comprendido lo que está

pasando. Nada externo, convencional, –o rígidamente puro–. Antó, durillo; Isabel, responsable; Anita… No hay palabras. Ellos, mis nietos, sin puerilidades de niños, y, por mi parte, sin chocheces de abuelos, ellos, Antó, Isabel, Anita, me han hecho sentir lo que yo más valoro con una sencilla autenticidad. Me han consolado verdaderamente.

Irene, activa, cansada, indispensable. El gran consuelo.

Para los dos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, sábado 1º de noviembre de 1978
La Toussaint

Queridos todos:

Nuestro viaje –como os ha dicho Irene– fue tranquilo, correctamente muy tranquilo. Barajas. Sección de la TWA. Un señor me dice: Los esperábamos. Una señora, joven, guapa, nos sonríe: Los esperábamos a ustedes… Luego: Quisiera que me dedicara usted uno de sus libros. –¡Encantado!–.

Ya en casa, ante todo, el correo. Mucho correo: libros, revistas, cartas. (De Carlos Barral, de Gredos. No de Ariel). Se hace sentir –como es costumbre– la diferencia de horario: *seis* horas. Dormimos, dormimos. No paseamos. Bernabé: crisantemos, *una* rosa. Hoy, Alfonso Canales. El periódico de Málaga, *Sur*, da la noticia de nuestro regreso. Temperatura: excelente. ¡Se ha aprobado la Constitución! En *El País* anteayer, hubo un atentado con carta-bomba. (Probablemente dos muertos, y un herido). ¡Los principios eternos del Movimiento! Llamó hoy por la mañana Matilde. Mucho frío en Roma. Muy acatarrada. Aplaza su visita a esta ciudad. Tengo muchas cosas que hacer. Por lo tanto, contento.

Teresa: ¡Cuánto nos ayudaste en Nueva York, en aquel inmenso aeropuerto! Gracias. Gracias por vuestra hospitalidad. Nos acordamos de todos, Gilman, Guillén.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 12 de noviembre de 1978
Domingo por la tarde

Queridos todos:

Ahí tenéis varios recortes que os darán imágenes y noticias de la ya pasada crisis. ¡Tromba de agua! Lluvia tremenda. En esta casa nada ocurrió. Nos quedamos dentro contemplando el diluvio. ¡Y nosotros, en el Arca! Pero al día siguiente se impuso y venció el sol de Málaga. Acabamos de regresar de nuestro segundo paseíto. Ahora paseamos mañana y tarde. Hasta hice la hombrada de ir a la ciudad. (Librerías). Otra mañana fuimos al hospital, conducidos por don José Luis. ¡Cuántas mujeres trabajando allí, enfermeras, secretarias guapitas! Y me hicieron la extracción de sangre. Mañana o pasado sabremos lo que importa saber.

Yo me encuentro francamente mejor. Después de una de estas caminatas –¡a pie y en coche!– noté apenas fatiga. Concluí: ¡pues debe de ser verdad que estoy mejor! Es lo que oigo en torno mío. A pesar del esfuerzo constante de Irene, se siente animosa. En realidad, el clima de Málaga tiene que ser el mejor de Europa.

Quienes están mal son los Casaldueros. Sacha ha sufrido un derrame cerebral, y apenas habla. Joaquín no marcha bien del corazón. (¡Sin embargo, va a ir a Roma a no sé qué congreso!). Yo lo siento mucho de veras. Amigos de toda la vida. Joaquín respondió a mi carta. Laura nos da noticias de ellos.

Yo sigo trabajando en lo mío, que espero será lo nuestro –con algunos lectores–. *(Final)*. Envié un saludo oral en una cinta magnetofónica a Luxemburgo. El 23 de este mes, jueves, hablará Claude Esteban allí.

No escribí antes porque hubo huelga de Correos y largo fin de semana. Mañana volará esta carta, que os dice sobre todo cuánto nos acordamos de

todos –Steve, mis hijos, mi nieta– y de los otros nietos –y biznietos–.

Abrazos, abrazos de

JORGE

Málaga, miércoles 22 de noviembre de 1978

Queridos todos:

Estaba esperando para escribir esta carta que el jefe nefrólogo, don José Luis, nos trajera el resultado del análisis de la sangre. Resultado bastante bueno. Ha disminuido la albúmina, la función renal no se hace del todo bien (un poco menos buena) y se mantiene la estabilidad. Por lo tanto, continúa la misma medicación, las mismas dosis de píldoras.

Estamos, en este sentido, contentos. Todos los días paseamos mañana y tarde. Ayer estuvimos en el centro comprando algún libro. El tiempo es excelente. Al sol hace calor. Los días son más serenos, sin rachas de ventarrones. Y pienso, Teresa, con temor justificado, en el invierno tan intenso de Cambridge. A mí, la verdad, no me gustaría permanecer en aquel clima invernal, prisionero del frío y de la nieve. En fin, ya lo pensaremos entre todos.

Aquí se prepara el referéndum de la constitución. Será el miércoles 6 de diciembre. Se dominó la crisis militar. Reducida, pero perturbadora. Hay jóvenes –pobrecitos corruptos– que quieren volver al fascismo en Italia, al nazismo en Alemania, al franquismo en España. Todo eso se frustrará. Yo sigo trabajando en mi libro. Vienen a casa las amistades de siempre. Irene, muy activa. ¿Y cómo no? Nos acordamos mucho de vosotros todos.

Para Steve, para los hijos y nietos y biznietos, profusión de abrazos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, domingo 10 de diciembre de 1978

Queridos todos:

Empecemos por el ambiente público –de gran tensión política, es decir, político-religiosa–. Se trataba, se trata, de pasar de un Poder Absoluto a una Constitución democrática. Nueve obispos recomendaron el «no». La mayoría del episcopado, tolerante, conciliadora. Se votó la inocente Constitución. Hubo más abstenciones de las previstas. No a lo largo del Mediterráneo. Más reaccionarias, ciertas provincias castellanas (Valladolid, por supuesto). Y así estamos. Casi todos los partidos, con Socialistas y Comunistas, favorables, afirmativos. ¡Adelante!

Aquí, en esta casa, estamos bastante bien. Sigo con mis píldoras. Mi estabilidad se mantiene. Irene, muy activa, preocupada. Sigo trabajando –si eso es trabajar…–. Espero la publicación del libro de Kay Sibbald en Ariel, y la segunda edición de *Y otros poemas*, en la Editorial Barral, económicamente sin Barral.

Os imaginamos –día por día– en vuestro *tour* de familia. *Aunt* Betty, los nietos, Elfie. Pensamos en Elfie. De don Claudio no sabemos nada. Anita, en Cambridge. Aquí, una temperatura de primavera, sobre todo estos últimos días. Tengo muchas ganas de ver a mis hijos, a toda la tribu.

Abrazos, abrazos, abrazos. *Happy Christmas!*

Vuestro,

JORGE

Málaga, 21 de diciembre de 1978

Queridos todos:

Felices Navidades, feliz Año Nuevo, que será Novísimo. Hace unos días telefoneó Claudie. –¿El primer Premio Cervantes? –Sí, yo soy, J. G. –¿Quién es usted? –Claudio, tu hijo.

¡Qué alegría! Vendrá el *niño* (acento andaluz) a pasar con nosotros la Nochebuena. Quien vendrá pronto es Dámaso, Premio Cervantes, a pasar una semana aquí. ¡Cuánto celebro que sea Dámaso el cervantino actual!

Irene, activísima. Yo escribo muchas cartas. Y sigo con lo mío, que será –me figuro– lo nuestro. Hace frío. Nada comparable al que vosotros aguantáis. Mi estabilidad de peso continúa, correcta.

Las semanas de referéndum y Constitución fueron de una general nerviosidad. ¡Qué trabajo les cuesta a muchos indígenas de este país –¡que es el mío!– seguir una modesta ruta racional! Umbral citó en un artículo el libro de Steve. ¡Por fin! Jaime me escribe, siempre muy cariñoso. Lo de Barral aún no se aclara. Lo deploro. ¡Paciencia!

Escribí a los nietos de California. Para Anita, y su papi y su mami, abrazos, *auguri*. ¡Te esperamos, Teresa! Felicidades en el próximo 28. El poeta dijo que lloró aquel día. «La vida más me interesa». ¡Eso mismo!

Vuestro,

JORGE

31 [de diciembre] de 1978
Por la mañana

Teresa, hija:

Te contaré nuestras últimas aventuras. El retraso en mi operación matutina, sin ninguna gravedad en mi caso (todos los médicos, acordes) se resolvió, por fin ayer, siguiendo las indicaciones que dio Rafael, «mi eminente sobrino», a Irene. ¡Por fin! Por otra parte, me dolía la espalda, fenómeno muscular. He tomado la oportuna píldora. Estoy mucho mejor.

Pero lo más elevado, en cuanto a vida aventurera, fue la visita de tu hermanito. (Ha publicado, entre paréntesis, un estudio –*estupendo*– en el *Homenaje a Caro Baroja*. Me ha gustado muchísimo). Creíamos que vendría a casa. Irene había preparado hasta la ensaimada que le complace tomar a Claudie en el desayuno. Resultó que llegó sin maleta. 24 horas

justas. Durmió en el Málaga Palacio, 3.400 pesetas. Y llegó a la hora de comer un precioso ramo de 24 rosas –con unas palabras amables de «Yelena»–. Como yo estaba aún indispuesto y expectante, no se pudo lograr el deseo: que nos hubiésemos visto cara a cara. Será fatal. Claudie, muy atento, llamó desde Madrid, anteayer y ayer. Me dijo: «Soy feliz». Claro. Lo estaba escuchando la causa de esa felicidad. Habrá que aceptar lo inevitable.

A todo esto, sigo trabajando en *Final*, y preparando el manuscrito para dejar una fotocopia aquí y llevarme lo mío a Cambridge. ¡2 de mayo! Conste que os hemos escrito todas las semanas. Y en la última carta –¡cuánto me ayuda Irene!– Irene te explicó las posibilidades de nuestro viaje. En cuanto a Anita… ¡Qué hijos tienes, qué nietos tengo!

Nos acordamos muchísimo de ti. Besos para ti y para Anita. Escribí a Amorós. Quizás tengamos beca (Fundación Juan March).

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 8 de enero de 1979

Queridos:

Llegó esta mañana, Teresa, el sobre grande con tu carta y lo demás. Respondemos inmediatamente. Irene ha telefoneado ya a Emilio repitiéndole las frases que le conciernen. Vendrá el 18 con Carmen. Lo que me alegra muchísimo. La circunstancia –el aniversario– es lo de menos. Pero cuánto ya me alegra esta reunión, rica. Sentiré que no nos acompañe Claudie.

Lo de Claudie se arreglará bien. Entre los dos abogados amigos convinieron que el inquilino-culebra escribiese una carta comprometiéndose a dejar la casa el 31 de diciembre de 1979. Y la escribió. Esto está asegurado, incluso jurídicamente. No tiene, pues, que venir Elfie. Claudie, eufórico. Vino de Madrid, regresó, cogió la gripe, volverá mañana a Madrid

para después, más tarde, ir a Lisboa y de allí a Boston. Esta noche cena en casa.

Siguen Dámaso y Eulalia aquí. Inauguraron el año comiendo con nosotros. (Ya os lo dije, me parece). Cariñosos, contentos. A mí me han hecho académico de honor de la Academia de Bellas Artes de Málaga. Todo ello, acompañado de publicidad. Nos conviene. Vaya usted a saber lo que puede ocurrir entre estos indígenas íberos. La situación sigue tensa. «No llegará la sangre al río». Lamentamos la indigestión de Anita. ¡Es siempre tan mesurada! ¡Qué estupendos nietos me ha dado Dios!

Abrazos. Besitos aparte al resto.

Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 23 de enero de 1979

Queridos –los de Cambridge–:

Irene ha intentado varias veces llamar a casa –y sin éxito–. Mañana volverá a llamaros.

Noticias: estamos bien. Yo, mucho mejor que hace un año. He tenido un comienzo de catarro –ya vencido–. Tiempo: bastante malo para ser Málaga. Calles inundadas por copiosas lluvias. Ya ha vuelto el sol. Irene organiza trabajos de obreros en casa –para que tú, Teresa, te encuentres a gusto cuando vengas–. ¡El 10 de febrero!

Tuvimos cartas de los nietos, y de estos nietos que no me han podido salir mejor. Nota común: son muy laboriosos y muy serios. Acaba de llegarnos la carta de Anita. Buena idea la de la islita en el Caribe. Claudie me telefoneó el 18, mi cumpleaños. Cumpleaños agradable, con Emilio, que es el amigo de siempre. (Me faltaron mis hijos, naturalmente).

La tensión política sigue: los terroristas vascos, la preparación de las elecciones. Valladolid, muy reaccionaria. Esta costa es más *plural*, más

abierta. Extranjeros, turismo. Yo, a pesar de todo, sigo trabajando en *Final*. Llegó carta de Elfie, animosa. ¡Qué triste situación!

¿Recibió Steve la carta con los recortes? Nos alegra mucho ese merecidísimo éxito. ¿Y Claudie? Pensamos constantemente en vosotros.

Os queremos, os abrazamos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 1 de febrero de 1979

Teresa, hija:

Un saludo antes de que emprendas el viaje hasta… el Paseo Marítimo. Estamos bien. El tiempo, aún frío, revuelto. A Irene la preocupa que puedas sentir frío en esa «habitación del huésped». Pero aquí la temperatura cambia fácilmente.

¿Y Claudie anda por ahí? Isabel, tan rica, nos envió unas fotos de los niños que me sumieron en estado de felicidad. ¡Qué estupendos me han salido los tres nietos! A Anita le escribimos ya. Pensamos en las posibles recomendaciones en favor de Antó. Carande me escribe que el libro de Steve «está muy bien, muy bien».

Los reyes asistieron al discurso de entrada en la Academia –de Carmen Conde–. Los reyes han recibido a García Márquez. Con él habló, contento, el escritor. «Habían leído mis libros». En fin, no todo es País Vasco. Rica: ¡con qué ansiedad te esperamos!

Abrazos a todos. Besitos.

JORGE

Málaga, 7 de marzo de 1979

Teresa, hija:

Llegó tu carta. Nos gustó muchísimo. Eso que dices sobre Irene me llega al alma, me conmueve. Y también, la alusión a Grand-Maman. ¡Cómo se portó también conmigo!

Tu indicación sobre el viaje Madrid-Boston, inmediatamente aceptada. Hay que evitar la pausa de Nueva York.

Aquí, si no fuese por el País Vasco, todo iría bastante bien. UCD y el PSOE. ¡Adelante! En Málaga, mayoría de los socialistas. En Valladolid, franquismo recalcitrante.

Yo sigo relativamente bien. Esta noche he dormido mucho.

¡Con qué gusto habría yo cenado con vosotros para celebrar el fin de la tesina de Anita! Diremos con la voz de Isabel: la adoramos. Sobre el libro de Steve ha salido elogiosa mención otra vez. Escribiré a Claudie muy pronto.

Diré como el otro: *Merci beaucoup d'être née!*

Besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 21 de marzo de 1979

Queridos, los de Cambridge:

Primavera, todavía no del todo digna de Málaga. Yo he tenido visitas. Vino un excelente periodista de Barcelona, Lluis Permanyer, de *La Vanguardia*. Simpatizamos mucho con él. Vino una «clase» del Instituto Ángel Ganivet de Granada. Era una especie de «auditorio», sobre todo femenino. Resultó alegre e interesante. Vino otra «clase» de un instituto de aquí. Pretende llamarse «de Emilio Prados». Querían estudiar la poesía de J. G. La profesora, salmantina, me cayó muy bien. Por cierto, en Salamanca se publicará una reedición de mi edición del *Cantar de cantares* comentado por fray Luis. Todo por gestión del amigo «adicto» –Abad Nebot–. Me gusta que sea en Salamanca. Eso me hace pensar en Barcelona. He sabido

que probablemente Seix-Barral se hará cargo de Barral Editores, lo que hace probable la no lejana publicación de *Y otros poemas*. (Ya hemos terminado de preparar el manuscrito de la 2ª edición).

Vino Leónides –de una vitalidad sorprendente–. (Pero solo, con frío, en su casa). Nos dio noticias de José. Me dieron mucha pena. Solo. No ve a nadie. El matrimonio se lleva mal. El 19, San José, hablé con mi hermano. Ay, Dios mío. Jesús y Maruja, bien.

(Y yo sigo adelante con *Final*).

Irene me ayuda más que nunca. ¡Tantas cosas que hacer en este pisito!

Tuvimos tres días en casa a Teresa Barcelonesa. ¡Cómo se hace querer esta criatura! Esta es la quinta vez que viene a vernos. Tan sencilla, natural, auténtica, seria. Profesora de Literatura Catalana y poetisa en catalán. Y muy adicta al poeta de Valladolid.

La situación general, bastante tranquila, excepto en el País Vasco. Serán muy pronto las elecciones municipales. Importantísimas. Es lo más franquista que todavía queda. Veremos.

Nos acordamos mucho de vosotros. Escribí otra vez a Pedro Sainz Rodríguez. Debería escribir a Antó. He escrito a Amorós, de la Fundación March. Vamos a ver si es posible esta otra beca. Se me acaba el papel. Esperamos a Claudie. (Él no ha escrito).

Abrazos, besos, bien distribuidos. Vuestro,

JORGE

Málaga, Miércoles Santo, [11] de abril de 1979

Queridos todos:

O sea, en Cambridge, Teresa, Claudie, Steve, Anita: Aquí me tenéis, entre píldoras y doctores –y el cuidado incesante de Irene–. Me siento mejor como enfermo «nefrítico», curado casi. No acabo de salir de mi crisis digestiva, aunque voy normalizando la situación. Don José Luis ha venido ayer y anteayer. Por fortuna, no se apela aquí a la «operación» –que indicó

Rafael «a lo lejos», sin saber de mis evoluciones progresivas–. La primavera va resultando primavera. ¡Costa del Sol! El turismo amenaza.

A todo esto, he terminado mi revisión de *Final*, en su desarrollo de ahora. Esto me importa mucho. Vamos a ver si se resuelve el problema económico de Barral Editores.

Le agradezco mucho a Steve sus clases y comentarios en torno a *Más allá*. ¿Y mi señor hijo? Le supongo en pleno trabajo fecundo. Nada mejor.

Teresa: me acuerdo, nos acordamos de ti *continuamente*. Voy a escribir unas líneas a Anita en su cumpleaños.

Abrazos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 17 de abril de 1979

Teresa, hija:

Pues señor… Mi crisis digestiva está superada. Hace ya cuatro o cinco días que he recobrado mi normalidad. El dolor de la espalda va desapareciendo. Resultado: todavía estoy muy flojo de fuerzas. Por eso se me ha ocurrido a mí, que soy el paciente, que saldremos vía Cambridge, *el martes 15 de mayo*. Y a los médicos les ha parecido bien –prudente– esta decisión.

Por otra parte, lo único urgente es… Rica, tu impaciencia, que me llega al alma. Los demás estarán contentos de vernos. Pero tú –con Claudie– estáis aparte. Hoy el tiempo es ya francamente primaveral. Esperamos un análisis de sangre, que me lo harán mañana –después de la gran juerga –insoportable– de la Semana Santa. Aquí nos tienes, resucitados.

Escribí a Antó con la correspondiente felicitación. ¡Esa Anita! Y su profesor, el papi… Recuerdos a mi señor hijo.

Besos, abrazos.

Vuestro viejísimo

JORGE

[Málaga,] miércoles 18 [de abril de 1979]

Me siento mejor –más cerca de Cambridge, de Gray Gardens, de ti, de vosotros–.

Besos, abrazos.

Vuestro

JORGE

Málaga, domingo 22 de abril de 1979

Queridos todos:

Estábamos pendientes del resultado del análisis por excelencia, el de la sangre. Los médicos están muy satisfechos. Todo, casi todo, bien. Pensó don José Luis en un principio cambiarme de régimen, hacerme tomar ciertas inyecciones –suprimiendo la cortisona–. Pero esto, en vísperas de viaje, era muy arriesgado, sin saber cuáles serían las reacciones del enfermo. Lo prudente es aplazar esa especie de «experimento», y ya se verá lo que se hace a nuestra vuelta.

De todos modos, el resultado de la crisis anterior, ahora superada (mis digestiones son excelentes), habiendo perdido tantos líquidos, el resultado es que me siento flojo. Voy mejor, pero así no podría, o no debería emprender el viaje. Fui yo quien propuso retrasar la fecha de la salida para Boston. Ya sé que tú, Teresa, sientes ganas con prisa de verme, de vernos por allá. ¡Vamos, vamos! De modo que saldremos el 16 de mayo, miércoles. Las líneas directas Madrid-Boston son los miércoles y los viernes. En estos días, que transcurrirán rápidamente, habrá tiempo para que me reponga. Todo esto ocupa y preocupa muchísimo a Irene, que piensa en ti más que yo. Estamos ya en una primavera que a ciertas horas parece verano. Ahora hace ya más fresco en casa que fuera. En suma, todo lo esencial marcha bien.

Mañana, 23 de abril, será en Alcalá la ceremonia del Premio. (¡He recibido invitaciones para una recepción en el palacio de la Zarzuela, enviada por la Casa Real! Claro, era naturalísimo). La fiesta de mañana será muy diferente de lo que fue la del 77. Mañana estaremos pendientes de la televisión. Dámaso y Eulalia, por cierto, siempre muy cariñosos con nosotros.

Hoy, en el suplemento literario de *El País*, se publican dos artículos «violentos» contra la *Historia social de la Literatura*. «Historia estalinista». Es verdad. Pero el tercer tomo me parece, por sorpresa, más matizado.

En cuanto a la situación política, va mejorando. (Han triunfado las izquierdas en las elecciones municipales). Pero qué resistencia por parte de la Reacción con mayúscula. ¡Qué pesada se pone la Historia de España!

Recuerdos a mi señor hijo. Estoy leyendo su estudio en la *Revista de Literatura Comparada* que me trajo Maya. Estupendo. Cada día más importante lo que escribe mi señor hijo.

Gracias una vez más a Steve, que ha sabido ruborizar –qué rica– a mi nieta. (Irene me dice: a mí me gusta mucho el cuarto de Isabel…).

Abrazos. Besitos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 1º de mayo de 1979

Queridos todos:

Mayo, en efecto, primaveral –pero sin los disturbios que anunciaban los… patriotas–. Yo me encuentro mejor, pero un poco flojito aún. Saldremos el 16 de mayo. Acabo de escribir a la encantadora señora que nos facilitó las operaciones en Madrid la última vez. Salida, a las nueve. A las diez, en Madrid. Salida, a las 12.05 en un avión de la TWA. Y al final, vosotros, mis hijos, Steve, Anita. Son infinitos nuestros deseos de llegar a Gray Gardens y veros y charlar.

Claudie: el 10 de mayo te veremos y escucharemos en la televisión. Eso nos lo han anunciado por teléfono.

Anita: te escribiremos. A mí también me disgusta que no te hayan dado *Magna cum laude*. Bueno, su importancia es muy relativa.

¿Te dije ya, Steve, que tu compañero de Princeton, Edmund (King) me mandó su artículo –muy severo–?

(Lo de la Fundación Universitaria para Antó está solucionado).

El domingo próximo nos llevarán a un Club elegante, Cerrado de Calderón –y me ofrecerán un homenaje como «socio de honor»–. Son cosas de Bernabé, hijo.

Irene atraviesa una etapa de constante actividad. En suma, como siempre.

(Nos escribió Elfie. ¡Nos contó maravillas de Lars! Etc., etc.).

Para mi hija, para todos, abrazos del «Poeta más viejo de España». Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 5 de junio de 1979

Queridos todos:

Estuvimos, Teresa, siguiéndote por tu itinerario. (Ya estará en el aire. Ya habrá puesto el pie en América. Ya estará en su casa…).

Mientras, yo, bastante mejor, y mucho mejor la espalda. Veremos lo que dirán los doctores cuando hayan visto el análisis –próximo– de la sangre. Problema: los pies, hinchados.

Hoy, estos días, se estará celebrando el homenaje a Federico en Fuente Vaqueros, su pueblo natal –en asistencia de Laura e Isabel–. Y hablará Manolo Montesinos.

El acontecimiento, en esta vida con tan poca «expansión» ha sido la visita de don Ramón Carande, su hijo Bernardo, su nuera Charo. Le dijimos cuánto sentías no verle. Te recuerda con cariño. Estuvieron hasta la una y

media por la mañana. Tenían que volver hoy en tren a Sevilla. Don Ramón ha cumplido noventa y dos. Por una vez no he sido yo el más viejo. En la despedida, los dos nos conmovimos. ¡A nuestra edad! Él tiene una capacidad de caminante que yo no tengo. De todos modos, Irene y yo nos dimos una vuelta, esta tarde, por estos hermosos alrededores. El tiempo cambia. Primavera-verano. Ahora estoy esperando a la enfermera (que vive en este edificio) y me pondrá una inyección.

Para todos, abrazos. Para el lado femenino, besos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 10 de junio de 1979

Teresa, hija:

Te escribo a ti porque respondo a tu carta, llegada ayer. (Sin fecha). Pero claro que esto vale para los demás de la tribu.

Pues señor… El martes vinieron de Sevilla don Ramón Carande, su hijo Bernardo con Charo, su mujer. Muy cariñosos. Don Ramón, noventa y dos años, ancianito pero con su vivacidad de siempre. Nos despedimos, y el momento –dada nuestra edad– nos conmovió a los dos.

A todo esto, yo sigo mejor. Las digestiones, reanudadas normalmente. Estoy casi curado de mi dolor de espalda. El problema ahora es el de mis pies, hinchados. Me creyeron casi no-enfermo y se suspendió la anterior medicación. Ha debido de ser una medida errónea. Me han extraído sangre; no se ha visto el análisis completo. Pero ya sabemos que no ocurre nada grave. Quien está tosiendo con frecuencia es Irene; por la noche siente fiebre. Debe de ser una especie de largo catarro. Como sigue recuperándose de tantas cosas, al mismo tiempo, me da mucha pena ver a Irene en ese estado.

El caso es que está muy cansada. Y yo también. Quisiera que me diesen algo que de modo general me fortaleciese. Don Paco nos atiende mucho.

(Terminé el prólogo para el libro de Bernard Sesé, libro de gran valor, muy documentado, y críticamente matizado). (Esta tarde leerá su discurso de ingreso en la Academia Española con treinta y nueve años de retraso Pedro Sáinz).

Vengamos a Cambridge. Tu cena, Teresa, de 23 personas nos ha dejado estupefactos. ¡Qué organización y qué generosidad!

Y Raimundo Lida, en el hospital –naturalmente–. ¡No puedes imaginarte la profunda pena que esta situación nos causa! Y pensamos en Denah.

De modo que mi Señor Hijo –prepara y ya con prisas su viaje a Rusia–. ¡Viaje estupendo! Me alegro mucho de que se le presente esa ocasión. Nos imaginamos que pronto le veremos por esta Costa.

París. Provins. ¡Con qué gusto te hubiese acompañado en ese paseo por esa ciudad –encantadora–! Nos alegrará ver en Málaga al valiente Maurice. ¡Provins! *Es nuestro Combray*. (Escribiré a Claude Esteban). Emilio te contó que Cerezales es el marido de Carmen Laforet. ¡Fantástico! Me dices que pasee. Esta mañana paseamos por el Paseo Marítimo. Hace calor. Rica: ¡cuántas ganas de veros a todos!

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Málaga, jueves 21 de junio de 1979

Teresa, hija:

La noticia del fallecimiento de Raimundo nos ha impresionado de verdad. Dijo Claudie: «Eso es injusto». Lo que me inspiró el telegrama –siete palabras– que enviamos ya.

Ante destino tan injusto compartimos profunda pena

Jorge Irene Claudio

Mañana viernes será el entierro. (El cementerio de Cambridge es un hermoso jardín). Irene llamó a Eulalia. Claudie ha quedado en dar la noticia a Carlos Blanco, que le quería muchísimo. También Claudie llamará a Lapesa. Pienso en la Argentina, en los dos discípulos predilectos –María Rosa y Raimundo– de Amado Alonso.

(Si Borges hubiera sido alumno o amigo de Amado, cuántas tonterías no habría dicho en su ancianidad…).

Esta noche se marchará Claudie. Mañana seguiré escribiendo a Cambridge.

Abrazos, besos.

JORGE

Málaga, viernes 22 de junio de 1979

Queridos:

Me refiero a los que, de esta tribu, estáis ahí. Te hemos escrito cada semana, por lo menos, Teresa. Pensamos en ti –Irene y este servidor– continuamente. No hay razón para «protestar». Teresa: estás siempre *habitando* esta casa.

¿Por dónde empezaré? Claudie ha vivido dos días en «la habitación del huésped», martes, miércoles y jueves hasta que tomó el avión. Muy cariñoso naturalmente. Trabaja mucho. Está preparando los estudios que leerá en las reuniones de este verano. Se entiende con la gente de Málaga. En relación útil con su abogado Peralta España, de acuerdo con él. Le gustaría coincidir aquí con Isabel, por de pronto. Hablamos de la señora. (¡Qué le vamos a hacer! Este verano, aquí, va a ser cosa inevitable).

En cuanto a mí… Estoy mejor, en general. Problema: los pies más o menos –*ya menos*– hinchados. De la espalda, mucho mejor. Pero… Flojo, sacando fuerzas de flaqueza. Me dan inyecciones. He perdido peso. Pero no puedo afrontar más de hora y media, un grupo de conversación. Todos los días paseamos por el Paseo Marítimo.

Irene, muy cansada también. Ha sufrido durante no sé cuántos días una especie de bronquitis –con una tos fuerte–. Está ya casi curada. Me ayuda sin cesar. Pero no porque sea mi «secretaria». ¡No es eso! «Soy tu amor mismo» (dice el poema).

Me excuso de haber registrado una cosa tan obvia. Pasemos a… más literatura. Llegó *Guillén on Guillén.* Ha quedado bien esta antología. Preciosa edición de Princeton. Los dos, Geist y Gibbons, están muy contentos. Yo, también. A Claudie le ha gustado. Espero ejemplares en tela.

Homenaje a J. G. Se inició en Vélez, 1974, y ahora se publica aquí. Se dijeron como Federico: «Así que pasen cinco años…». Estoy dando las gracias a todos los colaboradores.

Esta tarde vino Luis Costa, de Texas. Padre de una criatura. Prepara un libro sobre León Felipe. Luego volverá a su tesis sobre *Clamor*. Conduce un grupo de 29 estudiantes de su Texas. Simpático.

En la televisión saldrán, en sección especial, dos series poéticas más ilustradas profusamente. (Me han «comprado»). (30.000 pesetas.) Todo, mediante Cerezales.

Tomamos nota de las fechas que nos anuncias: Isabel, Elfie, vosotros, etc. Treinta y seis años de matrimonio el 17 de junio. ¡Enhorabuena!

Para todos, bien distribuidos, besos, abrazos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 3 de julio de 1979

Queridos todos:

Primero, muchas gracias a Steve por el envío de la fotocopia –doble fotocopia– de nuestra acta de matrimonio. Ya hemos enviado al «Servicio de Mutualismo Laboral», en Málaga, el documento.

Estos días surgió un incidente sin grave importancia, pero molesto: un flemón. Se me hinchó la cara por el lado derecho, y más aún en el cuello.

Avisamos a nuestro dentista, muy fina persona. Y vino a verme. Ahora esta hinchazón está casi por completo desaparecida. Si todo viene de la raíz de cierta muela, habrá que ver –el día– cuando toda esta alteración haya sido eliminada, si se me extrae o no dicha muela.

Tuvimos otra visita. El Banco Atlántico tiene ahora una sucursal muy próxima a esta casa. Yo debía ir a firmar, etc. al banco. Fue el director quien vino a vernos. ¡Cuánta consideración!

A todo esto, ninguna noticia oral ni escrita de Claudie, desde que se marchó. Hoy ha comunicado a un joven escritor de aquí que me está escribiendo y vendrá dentro de unos quince días.

Nos visitaron la señora Seco de Lucena (de Granada) y su marido, Mr. Gardner, que ya nos habían saludado en Cambridge. Viven en Montreal.

(Kay Sibbald está ahora en Inglaterra. Enferma, su madre).

Ha salido la tercera edición aumentada de mi *Selección de poemas* (Gredos). Todavía no nos han llegado ejemplares.

Esta mañana una entrevista para la revista andalucista *Algarabía*. «No es moro todo lo que reluce» (A.C.).

En general, me encuentro mejor. Va a llegar Francisco del Pino con los suyos. Hace ya calor. Salimos de paseo por la tarde, con menos calor y luminosidad.

Yo sigo con lo mío. Pienso en mis hijos y mis nietos. ¿¿Vendrá Isabel??

Abrazos –y besitos– sin confusión de reparto.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 13 –en realidad saldrá la carta
el 14– de julio de 1979

Queridos todos,

Teresa, hija:

Hemos tenido visitas de forasteros. Esta mañana vino Miguel Junger, muy cariñoso, embajador de la actual Mrs. Claudio G. Es muy guapa, muy finita, etc., etc. Un gran elogio. Claudie parece que no piensa en el matrimonio. Pero está enamorado. (*Claudie se marchó. No volvió a escribirnos*). Vino de Barcelona Ignacio Prat.

Estuvieron con nosotros varios días Francisco del Pino, su mujer y sus dos hijos. Acaba de hacer una edición –estupenda– de mi (!) *Cementerio marino* –consecuencia de ser íntimo discípulo del gran Contini–. Un estudio admirable. (También Claude Esteban en el *Homenaje a Bataillon* comenta sabiamente las variantes en la primera estrofa). Francisco, profesor en la Facultad de Letras de Florencia, quiere conocer a Dámaso en Madrid. A Madrid llegará esta tarde.

Por cierto, murió Blas de Otero. Yo escribí a su mujer. Ha llamado para pedir permiso de que mi carta se leyera en el Homenaje a Blas de Otero de hoy en Madrid. ¡Cuánta literatura!, ¿verdad? Vengamos al tema de la felicidad. Nos escribió Isabel, su presencia en esta casa me hará, nos hará felicísimos.

A todo esto, mi salud. El lunes próximo iremos a casa del dentista –para ver si me saca o no me saca una muela y cuándo–. La crisis digestiva, dominada. Ahora han vuelto irregularidades. Retroceso: me duele la espalda. Y esto me cansa mucho, y me limita. Esperamos esta tarde a don Paco (Sánchez Guerrero). Viene a casa con frecuencia. Vino Mrs. Newman con su biografía de don Pedro Salinas.

(Esperamos que el Banco Urquijo pueda ayudar a Carlos Barral. *Noticia muy reservada*).

Irene no para de hacer cosas, que también la cansan mucho. Mi razonamiento está claro. La mujer más buena del mundo es mi hija. Irene es tan buena como mi hija. ¡Qué suerte tengo!

¡El té! Seguiremos charlando. ¡Vendrá Isabel!

Abrazos, besitos. Los abrazos para Steve.

Vuestro,

JORGE

(Se ha hablado en la Prensa de D. Vicente Llorens. Tristísimo).

Málaga, tres y media de la tarde
–25 de julio de 1979– Santiago
(cuarto aniversario de María, mi hermana)
(Leónides, estupendo de salud)

Queridos todos,
queridos Steve y Teresa:

¿Y qué añadir, por mi parte? Que me duele la espalda –y sigo con los pies hinchados–. Esto es lo negativo. Lo positivo: que mis digestiones son excelentes. Y el análisis de mi sangre, bueno.

Otra nota: una de extrema felicidad. Que está con nosotros Isabel, más rica que nunca. ¡Y cuánto ha aprendido de muchas cosas de la vida, en sus trabajos de «abogada»! Esos «informes» son de una complejidad admirable. Y todo lo ha aclarado con gran justeza y justicia. ¡Cuánto sentimos que se vaya mañana! Es natural: le esperan sus hijos –y Cape Cod con vosotros–.

Estoy escribiendo unas páginas para el homenaje a Gabriel Miró en Alicante. Espero que la ayuda a Carlos Barral se realice. (Noticia reservada: Banco Urquijo, Emilio).

Otra vuelta a la felicidad: Antó. Entusiasta, activo, va de aquí para allá. Mañana lo tendremos aquí. ¡Qué suerte la mía! Estos nietos, precisamente estos, los míos.

Volvamos a los médicos. Vino don José Luis. Interviene como gran autoridad. Viene con frecuencia don Paco (Sánchez Guerrero). Se ha aplazado la visita al dentista. Probablemente me tendrán que sacar una muela.

A mí, lo que más me importa es este dolor de espalda –o espaldas…–.

Nuestra espera del futuro se fija en vuestra llegada a esta Costa.

En cuanto a Claudie… Activo, contento. Y ya en nuestra relación directa, con la señora. ¡Adelante!

Os quiere, os abraza a todos los del Cape, vuestro

JORGE

Por cierto, Rafael León y su mujer María Victoria han invitado a los señores de Claudio Guillén a ir a su casa esta noche. ¿Hasta qué hora?

J

Málaga, 31 de julio de 1979

Queridos todos los de ahí:

Esta mañana se marchó Antó. Intensamente activo. Ha localizado «yacimientos» en Almería. (Nos acordamos mucho de Isabel). Antó ha escrito un *paper* que le interesa mucho a Claudie –y a nosotros–. Claudie y su señora se marcharon a Madrid. Claudie prepara un estudio sobre un tema precioso: las antologías poéticas.

¿Nosotros? Me duele mucho menos la espalda. Pero nuestros médicos no encuentran remedio por ahora a mis pies hinchados… Ignoran la causa.

El caso es que me siento cansado. Yo sigo con las labores que me son propias: las poéticas. ¡Y las cartas!

Hace mucho calor –aun junto al mar–. En un balcón nuestro, ahora, 33 grados. Irene se abanica con un abanico. Y repite: ¡Cuánto le agradezco a Isabel que me lo haya regalado!

Irene está escribiendo, por su parte, la hoja complementaria. Hemos coincidido.

Bueno: os esperamos –Teresa, Steve– en agosto. Parece que se ha agotado el libro traducido. Habría que pedir una reedición.

Nos acordamos constantemente de vosotros.

Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, sábado tarde, 11 de agosto de 1979

Queridos todos los de ahí:

Nos llegó, hija, tu carta. Mi dolor de espalda ha desaparecido casi por completo. Mis digestiones, excelentes. Sigue el problema de los pies. Se verán el lunes aquí don José Luis, la autoridad preeminente, y don Paco, y se pondrán de acuerdo en lo que harán con mis pies.

A todo esto, sigo trabajando –ahora por diversas vías en torno a Gabriel Miró–. Es su centenario, y yo soy un «mironiano oficial».

Se acumulan visitas de forasteros. No sé cuántos vienen en esta primera mitad de agosto. Todo ello contribuye a mi cansancio. Me siento mejor que antes, pero cansadito. Contesté a una entrevista de Manolo Alvar, gran amigo; lo que se convirtió en una conferencia. Telefoneó Claudie, camino de Italia. Luego va a Innsbruck.

El jueves próximo llegará Elfie. Quiere veros, coincidir con vosotros.

Recibimos carta de Isabel. Preciosa carta, *letra por letra*. Insisto en que mis nietos son muy buenos –y nos hacen felices–. ¡Anita, conduciendo a Isabel al Cape! ¡Qué calor hace! Os queremos. Os esperamos poco a poco a todos.

Abrazos a Steve y Alan. Besitos al resto.

Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 9 de octubre de 1979

Queridos todos –todos los de ahí–:

¡Noticias! Pasado inmediato: la «investidura» de doctor *honoris causa*. Ya veréis alguna foto –con Emilio– jurando en latín. Todo marchó bien. Emilio dio a Leónides el anillo de oro de ese doctor, y un buen libro: *Diario Pinciano*.

(Paréntesis: larga narración de Leónides. Muy triste y lamentable situación).

Hoy. Por la mañana, me han sacado una muela, mejor dicho, un raigón. Todo muy bien ejecutado por nuestro Dr. Guerrero Abellán: gran pericia y gran cortesía. Poco a poco me irá extrayendo otros tres raigones –y una muela–. No me duele nada en la boca. He reaccionado bien.

Esta tarde: borrasca en el mar, gran lluvia. Luego, en la televisión, han dado un poema mío –con retrato– caricatura y firma.

Ha escampado.

Esta noche pasará por casa –y aquí dormirá– Antó. Viene de Alhama de Granada. Está muy animado.

Llegó. Una carne le envenenó. Gran cólico. Mañana también se quedará aquí.

Él nos ha ayudado a responder a Antonio Alatorre, que me encargó –y lo acepté–que yo escriba la «Introducción» –dos páginas– a un gran volumen sobre los *Mil años de la lengua española*, análogo a otro libro publicado en Burgos –sobre el mismo tema–. En este he colaborado en verso. Mañana y pasado mañana escribiré esa «Introducción». Me amenazan los lugares comunes… Haré lo que pueda.

También ha llamado Elena Aub, la mujer de Federico Álvarez. Vendrá la semana próxima: entrevista para una serie «Los refugiados en México» –Antó me asegura que es una señora muy guapa–.

Todos estos compromisos… ¡Qué le vamos a hacer! ¿Qué es de mi señor hijo? ¿Y Steve? ¿Y mi señora hija?

Os quiere vuestro viejísimo

JORGE

Málaga, 19 de octubre de 1979

Queridos todos:

«Servidor» es habitualmente el enfermo. Pero anteayer Irene se cayó en la calle. Consecuencia: una distorsión en el codo derecho –sin rotura– como lo mostró la radiografía que le hicieron en el Carlos Haya. Ahora no puede hacer nada con la mano derecha. (No puede escribir). Todo ello, esperamos, pasará pronto.

El tiempo cambia aquí –de cierto frío a demasiado calor–. En estos dos últimos días, ha estado aquí Elena Aub. Me ha hecho una larga entrevista –entre sesiones– para «El Archivo de la palabra» de México. Muy simpática persona. Max Aub, Elena, Federico Álvarez…

Y he escrito para un libro de México, a petición de Antonio Alatorre, un «prólogo» a ese gran volumen sobre los *Mil años de la lengua española*. (Hay más cosas que contar a este propósito. Sería prolijo relato).

También envié unas páginas que me pidieron para un homenaje a Azaña. Quieren colocarlo como prólogo. No, por Dios, Juan Marichal.

(Se ha muerto Pilar de Valderrama. Lo hemos sabido hoy. Nos carteamos recientemente. Esperaba con gran interés el libro de Bernard Sesé. Esta noticia brusca me ha emocionado).

¿Qué pasa en Cambridge? ¿Qué es de Steve, qué es de mi señor hijo? Antó pasó por aquí. Activo, entusiasta. ¿Y mi señora hija? No creáis que nos olvidamos de los nietos.

Abrazos. Besos. Vuestro,

JORGE

Pasaron por aquí Dominique y su amigo. Muy simpáticos. Ya están en Nerja.

Málaga, sábado [20 de octubre de 1979] (Santa Irene)
(«Irene, si en griego, paz»)

Postdata.

Fueron cuatro las sesiones exactamente. Elena Aub volvió a Madrid muy contenta.

Por cierto, ha fallecido *la hermana de Susana Texidor* en América.

Lástima que haga mal tiempo. Y pensamos en Dominique y su amigo.

Otra historia. Claude Couffon me ha escrito pidiéndome que acepte la presidencia de honor en el jurado franco-español de Colliure, Premio Antonio Machado. –¡Sí!

Acabamos de recibir una edición –preciosa– de algunos poemas míos traducidos al italiano, edición bilingüe de Vanni Scheiwiller. Gratísima sorpresa (tirada de cincuenta ejemplares.)

Me parece que ya os lo he contado todo. ¡Bendiciones! –como dice Ada Miles–.

Abrazos.

J.

Málaga, lunes 29 de octubre de 1979

Queridos todos:

Celebro que mi señor don Claudio esté en pleno ejercicio de su profesión. Yo, claro, muy orgulloso de que Steve y Claudie se encuentren en la cima que es Harvard.

Añadiré algunas noticias a mi reciente carta. Irene trabaja, pero sin escribir. En cuanto se distrae, le duele el codo. Por mi parte, mejor de salud. «Halagos» literarios. Se ha concedido en Burgos por segunda vez el Premio J. G. 143 candidatos –cada uno con un libro inédito–. Más de cincuenta aspirantes, argentinos. Premio: un sevillano con un libro excelente. (Lo sé por José Luis Cano, uno de los jurados). El miércoles vendrá de la Radio Nacional un señor para una entrevista. En pruebas el volumen de Kay Sibbald, Ariel. Y, supongo, la segunda edición de *Y otros poemas*, Barral. *Ça va*…

Mañana pasarán por aquí Dominique y su amigo con rumbo a París. Han tenido en Nerja mal tiempo. Hoy ya de nuevo casi verano. Supongo que Margot, vuestra huésped, os hará felices. (Un abrazo).

Lo de los Estatutos ha marchado bastante bien. Pero ¡cuánto franquista pulula aún por todas partes!

Irene te enviará, Teresa, la lista de sus encargos.

Para todos, abrazos. Para ti, y tus hijos, besitos. Antó pasó una noche por aquí. Animado, tumultuoso –y, como siempre, tan afectuoso–. ¡Qué nietos! Vuestro viejísimo

JORGE

Hoy comenzarán trabajos, de cierta importancia en el apartamento del 3er piso. Corre agua por el piso de abajo. Irene quiere que todo esté bien cuando Teresa venga.

Málaga, miércoles 7 de noviembre de 1979

Queridos:

Me duele, me hace sufrir que tarden tanto en llegar, si llegan, nuestras cartas. Escribo cada ocho días.

La «operación» de la muela marchó muy bien. Nuestro dentista es admirable por su técnica, su humanidad y su modo cortés.

Pasemos a las vanidades. El premio J. G. de Burgos, 100.000 pesetas, fue concedido por segunda vez. 143 candidatos con libros –inéditos– de poesía. 53, argentinos. Se premió a Andrés Mirón, de Sevilla. Un libro excepcional, me dijo José Luis Cano, del Jurado.

Vino de la Radio Nacional de Madrid un periodista muy amable, *rara avis*, para una entrevista. El martes próximo *otro* para otra –de la Radio Nacional de Barcelona–.

Libros *en pruebas*: *Y otros poemas*, 2ª edición, Barral. *Hacia Cántico. Escritos de los años 20*. Con Kay Sibbald. Ariel. *Historia muy natural,*

Antología. Y Munárriz. Madrid. El mismo editor publicará *Guillén on G*. sin los textos ingleses. Hay en preparación un libro de lujo, ilustrado por TÀPIES, Editor ¡en Valladolid! Para el año que viene, supongo.

Me siento mejor. Todos los días trabajo en la revisión de *Final*. Es lo que más me interesa.

Pasó por aquí, y volverá a pasar, Antó –siempre tan afectuoso–. ¡Estos nietos! Me causa una profunda satisfacción que mi señor hijo esté de veras ejerciendo su profesión en Harvard. En comunicación telefónica con Benedicte.

¡Cuánto me gustaría ir este fin de semana al Cape! Tiempo soberbio aquí. Os quiere vuestro ancianísimo

JORGE

Vino el director de *El Norte*. Contestaré a su encuesta.

Málaga, domingo 18 de noviembre de 1979

Queridos:

Por fin os llegan nuestras cartas. Ayer recibimos la carta del 11.

Tomamos nota de vuestros planes de viaje. ¡El 18 de diciembre, mediodía! Me alegro muchísimo de que Anita esté contenta en Oxford… De ella no hemos sabido nada directamente.

A Luce y Arturo (Echevarría) les he escrito yo. Volveré a hablarles. Puerto Rico. ¡Qué reuniones espléndidas! Pero, Teresa, ¿no te cansas demasiado? Voy a dirigirme a Claudie escribiéndole a su domicilio.

Yo me encuentro francamente mejor, incluso de una molestia superficial. (Nos orientó don José Luis ayer). Irene, activísima. No puede aún manejar bien uno de sus brazos. Este piso –piso de las desdichas–, no deja de plantear problemitas, motivo de ocupación y preocupación para Irene.

La situación pública, erizada de conflictos y obstáculos. Pero, en definitiva, vamos hacia delante. El retroceso ya no es posible.

Vinieron de Barcelona. Radio Nacional, a hacerme una larga entrevista. Respondí a un cuestionario-entrevista para *El Norte* de Valladolid. Todavía no se ha publicado.

He llevado casi a término la revisión de *Final*. Es lo que más me importa. Emilio –que se fue con Carmen a Londres– nos dijo por teléfono que la segunda edición de *Y otros poemas*, Barral, saldrá pronto.

Para Steve y para mi señora hija, abrazo –y besitos–. ¡Qué ganas de veros!

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 26 de noviembre de 1979

Queridos:

Os escucho después del paseo que sigue a la siesta. Por la mañana paseamos también. Tiempo templado. Noticias. En Valladolid (!) se edita un libro de lujo, *Repertorio de junio* (serie de *Homenaje*) que está ilustrando nada menos que Tàpies. Tàpies me ha escrito una carta *amabilísima*. Yo me siento «investido» como por una carta de Velázquez. (El volumen será muy caro). El director del Banco Urquijo de Barcelona –Urquijo, salvación de Barral– me invitó a asistir a la presentación de *Y otros poemas*, 2ª edición. ¡Imposible! Me representará –¡no reíros!– Emilio. En pruebas el volumen de Ariel (Kay Sibbald). Y alguna cosa hay más.

Pasó por aquí Leónides. Nos describió, desolado, la situación de Rafael, María Elisa y los hijos. Muy difícil de entender. Parece provisional. Ya os dije que pasó Antó por esta casa. Idéntico a sí mismo. ¡Tan cariñoso siempre! También Carmen (Orbaneja) me ha dicho que Anita se siente muy feliz en Oxford. Hace tiempo que no sabemos nada de ella. En cuanto a mi salud, bastante bien. Y un poco más erguido, lo que me importa mucho.

Dominique, embarazada. ¡Estupendo! Nos lo comunicó Renée. *Alors, le mariage? La question ne se pose pas!*

En cuanto a la Historia de España, pesadita. Pero el retroceso, imposible. Os queremos, pensamos en vosotros continuamente. ¡El 18 aquí! Felicísimos.

Abrazos, besitos. (Pienso en Teresa, Steve, Claudie).

Vuestro,

JORGE

Sentimos muy de veras el fallecimiento de María de Oñate. Escribí a la hermana.

Málaga, domingo 2 de diciembre de 1979

Queridos:

Nos llegó ayer tu carta del 19, Teresa. ¡Qué bien enfocas la situación actual de Elfie! No se puede expresar en términos más justos. Se lo leí a Benedicte y Antó, que han pasado aquí, en el piso 3º y en esta casa, tres días.

¡Qué preciosidad de niños! Tan bien educados. Leen con profunda atención. Muy ricos, los hijos y los padres. Antó, siempre tan afectuoso. Se fueron esta mañana a Granada para ver la Alhambra. Y esta noche llegarán a su casa de Madrid. Dicen que estarán en Málaga-Nerja el 2 de enero.

Nos causa alegría, satisfacción, que Elfie se encuentre ahora trabajando en esas condiciones «morales», de propio gusto.

Carlos Blanco. Conmigo se porta siempre muy bien. No llego a unificar la persona, incluso crítica y el sectario político.

Otra cosa de aquí. Un grupo de amigos –Bernabé, Rafael León, etc.– han solicitado del Ayuntamiento que se me conceda el honor de ser «hijo adoptivo de Málaga». ¡Encantado!

El 14 de este mes vendrán Carlos Barral, periodistas de Barcelona y Madrid, televisión, para presentar *Y otros poemas.* (En Barcelona, nada). ¡Bueno! Adelante. El tiempo, magnífico.

Os queremos, os abrazamos. ¡El 18, la felicidad!

Vuestro,

JORGE

Málaga, 10 de febrero de 1980

Queridos todos:

El cumpleaños de Irene transcurrió felizmente. Razón principal: hubo comunicaciones telefónicas de Teresa, Steve y Claudie; pasó unas horas con nosotros Antó, como siempre tan afectuoso. Llegaron telegrama de Isabel y carta de Anita. Todo lo cual me causó profunda satisfacción. (Telefoneó, por cierto, María Elisa. Etc., etc.).

Irene está molesta en un ojo. La ve un especialista. (¡El Dr. Álamos de los Ríos! Me gustaría mucho presentárselo a la señora Alma de Arboleda. ¡Cuántos paisajes!). Hoy voy a contestar a hijos y nietos.

Yo sigo bastante bien de salud hacia delante.

Mis achaques –toquemos madera– son minucias. Empiezo a sufrir de «complejo de prólogo». ¡Me piden prólogos! Me pidieron los hijos de Pilar Valderrama (Guiomar) que hiciese el prólogo del libro –próximo– con las «memorias» y bastantes cartas de Antonio Machado. ¡Gran honor! Acepté. En otros casos no debo aceptar esa *corvée*.

El tiempo, hoy, con mucho sol. Antó, muy activo. Me dijo que las excavaciones en Almería podrían realizarse dentro de tres años. ¡A los noventa míos! Bueno, a mí lo que más me importa de todo: mi mujer, mis hijos, mis nietos y sus consecuencias. Y también, excelentes amigos.

Abrazos, besos. Voy a escribir a Steve. Vuestro,

JORGE

Recuerdos a Ginoux. A Denah le he escrito de nuevo. ¡Anderson se jubila!

Málaga, 18 de febrero de 1980

Queridos todos los de Cambridge:

Nuestra vida apacible sigue su curso. (¡Curso sin «cursos»!).

Visitas. Vino de Valladolid Clotilde, la hija de nuestros antiguos porteros de Valladolid, Constitución 12 o General Mola 8. Muy simpática.

Vinieron el viernes pasado a vernos el alcalde de Málaga y el de Valladolid, los dos socialistas y amigos. Tras algún minuto con la prensa, fue media hora de conversación muy grata, muy personal, nada «oficial». Mi paisano nos trajo regalos de comer –¡el pan vallisoletano!–, un gran libro sobre Valladolid. Adjunto los recortes locales.

Vino el pintor Brinckmann, muy moderno. Hubo poema mío sobre «Los buitres», ya editado con dibujo suyo por Caffarena.

«Todo el mundo» me pide prólogos. Hoy, por teléfono, me han pedido un soneto para la Cofradía de las Siete Palabras de Valladolid. ¡Absurdo!

Irene sigue sometida a un «chequeo». Llamaremos el 14 a Lars para felicitarle en su cumpleaños. ¡Difícil conversación!

Nos acordamos mucho –continuamente– de vosotros. Abrazos.

Vuestro,

JORGE

Toñi vino con su niña –de nueve días–.

Málaga, 29 de febrero (¡bisiesto!) de 1980

Queridos todos los de Cambridge:

Estos últimos días hemos tenido visitas interesantes. Vinieron Javier Aguirre –cineasta– y su mujer, actriz. Hace cortometrajes muy sutiles en apoyo de poesías. Hará algo conmigo. (Dos días de visita). Vino la televisión de Madrid para hacerme una entrevista. Vinieron, pues, de Madrid, nueve personas. ¡Qué despilfarro, qué merienda de negros!

Vinieron dos grupos, dos días, de estudiantes. Vinieron José Ricardo Morales y su mujer. Los habréis conocido. ¡Siguen en Chile! Sensación: llegaron, por fin, dos ejemplares del libro de lujo editado en Milán por Luigi Majno. (Los dos primeros ejemplares enviados no han llegado nunca. ¡Misterioso Correos!). Libro precioso. Haremos que os envíen un ejemplar. Otro vendrá aquí para mi señor hijo. Pues se nos ocurrió regalar el primer ejemplar –dedicado a mí por el editor–. Yo se lo he dedicado a don Paco, que nos hace regalos constantemente. Quedó contento.

A todo esto, ha ido preparándose la «adopción». Hoy seré declarado en el Ayuntamiento «hijo adoptivo de Málaga». La alcaldía de Valladolid publica una declaración, adhiriéndose «con entusiasmo…» *Quelle histoire!* Manuel Alcántara hizo una nota con mucha gracia –y amistad– en *Ya*. (La adjunto).

Irene ha sido examinada en el Sanatorio Gálvez –y por otro médico–. No tiene nada grave. Estábamos muy preocupados. ¡Bien, muy bien!

Hace mal tiempo. El mar, muy movido. Mucho viento, y no mucho sol. ¡Adelante!

Muchas gracias, Teresa, por la operación bancaria, todo ello misterioso para mí, para vosotros también. Los amigos, Cano, Lacerda… Que Steve tenga 200 estudiantes me parece espléndido y aterrador.

Supongo que se le habrá pasado la gripe a Claudie. En la Fundación March ha dado conferencias Joaquín Casalduero. ¿Se ha ido ya Anderson? Dadme su nueva dirección. Los Sert. ¿La señora Pickman? ¡Ochenta y siete añitos! Pobrecita. Escribiremos enseguida a Anita. De Elfie, noticias excelentes. He hecho un índice de las poesías sobre los niños de *Aire nuestro* para una antología que prepara un amigo de aquí. ¡Cuánto he escrito sobre mis nietos! Y biznietos. ¡Me falta Michael!

Pensamos muchísimo en vosotros. Abrazos de vuestro –¡casi malagueño!–.

JORGE

Málaga, domingo 16 de marzo de 1980

Queridos:

Os hablaré de nuestras varias visitas. Comió hoy con nosotros Antó. Animoso, muy activo, y como siempre muy afectuoso. Está *madurando*, como es natural, en sus juicios y opiniones.

Pasaron por aquí los esposos Carande y los esposos Rubio, José Antonio. Carande telefoneó: «No queremos cansar a Jorge…». ¡Don Ramón va a cumplir noventa y tres años! Es de una increíble vitalidad. Y siempre tan cariñoso. José Antonio, tan floreciente como de costumbre. Pasó una excelente hispanista inglesa de la Universidad de Warwick, Elisabeth Matthews. Inteligente, distinguida. Prepara una tesis sobre… ese poeta de Valladolid.

De Valladolid, pero desde anteayer hijo adoptivo de Málaga. El proceso legal ha sido normalmente laborioso. Quien le ha dado realce y muy finamente a esta historia ha sido el alcalde –socialista– Pedro Aparicio. Convocó para anteayer una sesión plenaria del Ayuntamiento con toda solemnidad. Habló él. Citó a los amigos iniciadores. Reunió allí a los alumnos del Colegio Jorge Guillén; repitió el texto escrito por Francisco del Pino en las escuelas. (Es un resumen biográfico muy bien hecho. Os lo enviamos). El 11 de abril vendrán a esta casa con la medalla de oro unos niños con el alcalde, etc. Además, nos llamó varias veces por teléfono. Nosotros, Irene y yo, no asistimos a la sesión, por supuesto. Dieron su aprobación todos los partidos. Hubo la ovación esperada. Y yo… muy contento. Irene, feliz. Yo envié un telegrama al alcalde que se leyó. Todo ello lo encontraréis en los recortes que os enviamos. Antó me decía: como tú eres «el Hijo»… yo soy el biznieto adoptivo…

Vino ayer a casa el rector de la Universidad de Valladolid, don Alfonso Candau. Y le acompañaban varias personas de aquella Institución. Me regaló una magnífica placa de madera y plata.

Veréis la escena en una foto de *Sur*, de hoy. Todo ello, con una solemne cordialidad.

En fin, ¿qué más? (Por cierto, he seguido trabajando en *Final*).

¡Cambridge! Pues aquí hemos tenido tiempo revuelto. Claudie nos escribió una gran carta. Le veremos pronto. Y Anita, con vosotros. Responderé a su carta. Eso de las clases de 200 alumnos es impresionante. Me interesó, claro, mucho la carta de Steve. Podríamos seguir dialogando en escritura sin posible fin. Nos acordamos muchísimo de vosotros. Cuando hay algo en los periódicos, Irene dice cariñosamente: Hay que mandárselo a Teresa...

Abrazos, besitos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 10 de abril de 1980

Queridos todos:

Respondo a tu carta, Teresa, a vuelta de correo. Las noticias vuestras, excelentes. Estáis contentos, está con vosotros Anita. Pasan ilustres conferenciantes por ahí. ¿Borges también? No habrá ido a Gray Gardens, supongo.

Denah no se repone de su profunda pena. ¡Ese volumen de Quevedo, con cuánta ansiedad lo esperamos! Me interesa mucho leer la necrología de Steve.

Me sorprende que Raquel –como la Isla de San Fernando– se quede sola…

En cuanto a nosotros… Irene sigue sometida a ciertos análisis, esta mañana, por ejemplo (encefalograma). No se trata de algo grave, pero sí

complejo. Además, Irene sufre de la lentitud malagueña (tres meses en vez de tres días) de esta situación. Yo, en efecto, estoy bastante bien, pero con los añitos –ochenta y siete– encima.

El libro de *Hacia Cántico* está ya en pruebas. Se prepara *Repertorio de junio*, con ilustraciones de TÀPIES. El editor Munárriz, Hiperión, va a publicar *Historia muy natural, Antología*, y la edición española del *Guillén on Guillén.* Yo tengo ya acabado el prólogo a las *Memorias* de Pilar de Valderrama. *Final* va perfilándose para el año próximo.

En cuanto a nuestra vida provinciana, ¿qué deciros? Pasado mañana vendrá el alcalde a entregarme una medalla de oro. ¿Os habéis reído *aux larmes*? Me parecen inadecuadas, desde dentro de la tribu, no desde el hispanismo nada más.

Abrazos para todos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 22 de abril de 1980
Víspera del Premio Cervantes

Queridos de Cambridge:

Os contaré brevemente nuestras últimas «aventuras». Vino a esta casa el presidente de la Diputación, con un grupo de subalternos, para regalarnos *Ciudad del Paraíso*; una edición magnífica del precioso poema de Aleixandre sobre Málaga. El poema está comentado por Manolo Alvar, allí presente. ¡Cómo trabaja este filólogo andariego! Y me pidieron que aceptase otra edición semejante de un poema mío. Alvar propuso a Blecua, crítico. ¡Perfecto! Él elegirá y comentará el poemita.

Ayer, Caffarena –mal de salud, nos preocupa su estado– me trajo (una visita de sus «lunes») la preciosa edición de un poema muy logrado de Alfonso Canales: «Visita». Visita a este servidor. Canales allí presente, el hombre más culto de esta zona mediterránea –a propósito de Borges, nos

descubrió con entusiasmo otro narrador argentino–. ¡Era Anderson Imbert, don Enrique! Borges-Anderson. Decídselo a él, y si no está ahí, a Margot.

Mañana no asistiré, claro, a la ceremonia de Alcalá. Invitado por el ministro, se le contestó por teléfono. Hubo insistencia. Se respondió otra vez.

Quien no estará tampoco es Dámaso, que se ha ido al Perú, invitado, y sin Eulalia. (¡Dios mío, qué tentaciones, qué copitas!). Extraordinaria, la vitalidad de Dámaso. (¡Cinco años menos que yo tiene; a esta edad, la importancia de un abismo!).

A todo esto, nuestra salud… Irene sigue sometida a ciertos análisis de la medicina moderna, en el cerebro. Nada: ¡esplendor de la medicina! Porque la visión doble no es puramente un fenómeno ocular. Irene en este momento está en la peluquería. ¡Sagrado! Yo –¡el poeta más viejo de toda la historia de España!– voy marchando bastante bien. Pero me canso cada vez más. Puedo seguir versificando. Pero actos *sociales* me cansarían excesivamente.

Está a punto de pasar por aquí Antó, y por muy poco tiempo. Todo en relación con las posibles excavaciones.

La visita más «interesante» fue la de Víctor Navarro, tan fiel amigo, su mujer, su hija, su yerno. Yo no sabía aquella historia (Claudie, sí, porque había hablado con Navarro). Y pensar que pudieron fusilarnos a tu madre, Teresa, y a mí como espías… ¡Aquella guerra civil! Lo malo es que «la España eterna» sigue coleando.

Para todos, abrazos. Y para mi hija…

Vuestro,

JORGE

Málaga, domingo 15 de junio de 1980

Queridos:

Domingo, tarde preciosa de primavera tranquila. Claudie debe haber llegado a Madrid. A nuestra Anita la veremos aquí muy pronto.

Salud. Irene sigue con molestias de visión. El doctor oculista, Orellana, es –parece ser– muy bueno. Debe Mrs. Guillén limitar sus «actos» para evitar la fatiga. Yo, bastante bien. Estoy acabando de revisar –otra vez– *Final*. Salieron a la Feria del Libro de Madrid *Historia muy natural* y *Guillén frente a su obra*, Ediciones Peralta (Munárriz).

Irene me encarga que te diga, Teresa, que efectivamente daremos a Claudie 5.000 dólares. Por cierto, ahora todavía su piso –aquí– no es habitable. Han ocurrido filtraciones de agua, etc. Este edificio plantea problemas sin cesar.

En el último número de *Ínsula*, 400-401, importante, hay unas «Adiciones» al pensamiento de don Américo sobre el *Quijote*, dadas por Carmencita Castro. Como siempre, don Américo, muy sugestivo. Estas líneas se dirigen sobre todo a Steve.

Bueno, lo de siempre. ¡Qué *intensas* ganas de veros!

Abrazos y besos bien distribuidos. Vuestro,

JORGE

Málaga, domingo 22 [de junio de 1980]

Teresa:

Va a decirte por teléfono nuestra admirable amiga Alma de Arboleda lo siguiente. Pensamos reunir en un volumen mis textos de crítica literaria: artículos, conferencias. Te agradecería mucho que me trajeses alguno o algunos de esos textos, sobre todo, *Vida y muerte de Alonso Quijano*, 1953. Deben de estar «a la derecha de la puerta de mi despacho» me dice Irene. ¡Gracias, gracias! Y a la señora de Arboleda gracias, infinitas gracias.

J.

Málaga, 9 de octubre de 19[80]

Queridos todos,

Teresa, hija:

Tu carta nos ha puesto a la vista vuestras jornadas últimas. Esa comida en casa de los Sert, incluso con el alcalde de Barcelona… Y Claudie, «guapote». Como de costumbre.

Pues ayer nos honró con su visita don Francisco Giral. Le acompañaban la esposa, la hija y la nieta. Nos entendimos muy bien. Resultó, por cierto, que dice «Emilio» –¿Cómo? Emilio es mi mejor amigo. –Lo sabía. –Pues lo que usted quiera. El señor ese ministro va a pronunciar –el lunes, creo– el discurso de apertura en la Universidad de Salamanca. Me citó *Guirnalda civil,* la dedicatoria a Leopoldo Alas… Viejos amigos. Azaña: se pondrá una lápida en la casa de la calle Serrano donde vivió. A mí me han pedido que escoja una frase de Azaña –que pudiera resumirle… lapidariamente–. Colaboraré.

Anita estará ya en Oxford. ¡Cuánto la recordamos! Anita. Davis. ¡Muy bien!

Steve, «corrigiendo tesis»… ¡Pobre profesor responsable!

Hoy parece ya un poco otoñal. ¡Pero qué luz –y qué ventarrón, y todo junto–!

Ahí tenéis un recorte del periódico de hoy en Málaga. Más vale eso que lo contrario.

Pero ahí, en el fondo, todo ello lo considero excesivo. No hay que abusar de la capacidad de admiración que tiene la gente…

Dejo espacio a Irene para que se expansione.

Con abrazos, con besos…

Vuestro,

JORGE

Málaga, 22 de octubre de 1980

Queridos todos:

Acabamos de felicitar a Benedicte en su cumpleaños. ¿Qué os contaré de nuestra vida? Ha venido bastante gente a casa en estos últimos días. Vino Monsieur Darmangeat con su señora. Muy cariñosos. El anterior «frío» quedó anulado. Vino el escritor don Manuel Alcántara, malagueño de Madrid. Antonio Gómez Yebra, de acuerdo con el departamento universitario de Málaga, va a iniciar su tesis sobre *Final*, cosa que no suele ocurrir. El libro no lo veré hasta que esté terminado.

Por cierto, ha concluido casi la revisión de esa última serie de *Aire nuestro*. Eso es lo que sobre todo me importa: acabar en volumen impreso mi Obra (!), que yo llamo sinceramente mi Tentativa poética.

Vino Juvenal con el fotógrafo de una agencia internacional, que me hizo muchas fotos.

Van a poner en la casa de Madrid donde vivió Azaña una lápida. (Por allí andará Marichal). Me han pedido que yo escoja una frase de Azaña para convertirla en lapidaria. ¡He enviado tres! Qué cosas le pasan a uno, ¿verdad, Teresa? Vino ayer un músico que me dedicó una página de música.

¿Qué es de mi señor hijo? Estamos esperando carta de Anita. Hice un poemilla sobre mi cuarto bisnieto. ¡Faltaba Michael! Y otro sobre «Jorge Guillén», el nacido este año. ¿De qué habla Steve este curso?

Aquí ya tenemos un suave otoño. ¡Por fin!

Abrazos para todos. ¡Qué lejos están mis hijos! Vuestro,

JORGE

Málaga, jueves 30 de octubre de 1980

Teresa, hija:

Pensamos en Steve. Estará hoy hablando sobre Fernando de Rojas en Talavera de la Reina, donde también habló ayer Dámaso, mi amigo más

joven. Dile a Steve que nos cuente sus jornadas de Talavera.

Pensamos en Anita. Mañana la escribiré con *tous les égards possibles*. Enviaré mi poemilla prometido a Isabel. De los Antó sabemos que se encuentran muy felices en Cambridge. También voy a dirigirme –aparte– a mi señor hijo. Su gran éxito me hace llorar de alegría.

Vengamos a la vida nuestra. Me escribió Francisco del Pino una carta con mucha información sobre mis escritos en prosa. Ha trabajado mucho y muy bien. Tanto que todo aquello me emocionó.

Aquí, mi amigo, Gómez Yebra, prepara su tesis doctoral, de acuerdo con su decano, en esta universidad sobre… *Final*. Caso único en la historia universitaria. No sé si te habrá pedido papeles míos. Claro, Teresa, que mis papeles, *en todos los casos*, me los mandas a mí, nos los mandas a nosotros.

Te adjunto la entrevista de *La Calle* con una señora de Valladolid. Salvo algún que otro error, es charla auténtica. Por cierto, esta mañana me llegó la carta entusiasta de un lector desconocido, Madrid, culto, que compró *La Calle* porque vio anunciada la entrevista. «Dice usted que siempre contesta a las cartas, por eso le escribo». A mí lo que me importa no es el homenaje sino la lectura, más aún que la crítica. El verdadero lector ante todo responde al sujeto autor.

Irene te hablará de sus molestias en el oído y sus consultas con médicos. Por fin Málaga ha aceptado el tiempo otoñal. ¡Ya era hora!

¿Qué más? Que me acuerdo muchísimo de vosotros todos. ¡Qué lejos viven mis hijos! Para todos, abrazos. Rica: «nos estamos viendo».

¡Ah! Ayer vinieron dos profesores y dos estudiantes del colegio Cerrado de Calderón (elegante). Me hicieron una entrevista –película– para las clases. ¡Dios mío! Simpáticos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, martes 18 de noviembre de 1980

Queridos todos:

Estará, Teresa, tu carta a punto de llegar. Nuestras comunicaciones van a cruzarse. *Allons-y!* Me ilumina el sol ya deslumbrador –diez de la mañana– este papel. Estuve muy acatarrado. Ya estoy bien. Irene sigue con algunas molestias. Ella te las explicará.

Ha venido bastante gente a casa, también gente de paso, «turistas». Un amigo, Antonio Gómez Yebra, prepara una tesis, y a la vez una gran bibliografía sobre J. G. Y está pidiendo a todo Cristo papeles, datos. A ti también. Claro, Teresa, que no le enviarás a él *nada*. En todo caso a mí. Me escribió «Paco Rico». Su libro sobre *Nebrija frente a los bárbaros* es de una erudición abrumadora. Por cierto, ¿estuvo Steve en Talavera? Por allí pasó Dámaso.

Esperamos saber algo, por teléfono, de nuestro ilustre hispanista. Y no llegó nada. Escribí a Claudie. Supongo que le llegó mi carta. Me gustaría muchísimo leer su conferencia sobre Quevedo. Salió en *La Calle* mi artículo sobre Azaña, perteneciendo al libro de homenaje, que va a salir ahora. Como ves, nuestra vida ¡qué literaria es, Dios mío! Y pienso en Anita. ¡Esperamos su carta de Oxford! Pensamos *mucho* en todos vosotros. ¡Qué lejos viven mis hijos y los hijos de mi hija! Paciencia, con esperanza.

Abrazos a todos. Besitos a mi hija. (¡Ah! Envié a Isabel el poemita que le he dedicado a Michael).

Vuestro,

JORGE

Málaga, fin de noviembre [de 1980]
Anocheciendo

Queridos todos:

Tu carta, Teresa, nos ha instruido muy bien sobre tus viajes y tus propias impresiones. Ciudades, museos, gentes... Lamento que Célia Bertin haya sufrido todos esos trances.

Entretanto, Anita llamó, anteanoche, cuando yo estaba ya acostado. Su plan –que imagino, rica, ideado por ti– es estupendo. Me hace felicísimo que Anita llegue el 12 de enero y se quede hasta el 18, «octogésimo octavo» cumpleaños del abué.

Lo pienso, y lloro de alegría. ¡Qué suerte tengo! La compañía de mis hijos y de mis nietos es una felicidad –que me sostiene en la vida, en esta vejez que arrastro bastante bien, pero…–. ¡La cuarta edad!

Irene ha pasado días molestos con una especie de gran catarro, que no ha concluido en gripe. Yo también lo sufrí. Ella os lo explicará con precisión. El tiempo aquí es mucho más soportable que en Massachusetts. Sin embargo, ha bajado la temperatura, y esto nos complica la situación.

Pues bien, hemos tenido varias visitas últimamente. Vino a vernos nuestro Joaquín Casalduero. Se encuentra bien, a pesar de que vive solo. Da clases todavía en Madrid, trabaja. Estuvo en casa de Alfonso Canales. Su biblioteca le deslumbró. ¡Por supuesto! Vino al mismo tiempo de Murcia Dionisia García, poetisa muy estimable, casada, con cuatro hijos y un esposo bien plantado. Familia rica.

Un pequeño «acontecimiento»: un artículo en *El País* de Umbral titulado «Guillén». Muy cariñoso. Trata muy bien a mi generación: «entre el Nobel de Aleixandre y la sangre de Federico» ¡Exacto! No se puede decir mejor: «la sangre». Dámaso tuvo que dar una conferencia sobre Federico en un teatro, y concluyó: «¡Pobre Federico. Pobre Federico!». Esta simple expresión me conmueve de veras. Nuestro duelo no termina jamás.

Otra cosa. Gómez Yebra te ha escrito. A él no tienes que enviarle nada. Yo le proporciono papeles. *Ahora bien*, lo mejor será para mí que tú, mi señora hija, me traigas cuando vengas: a) papeles relacionados con *El argumento de la obra*; b) con Fernando de Herrera, el poeta sevillano. Cartas no necesito aquí. Papeles, mis manuscritos, que deben estar en el sótano… No sé.

Yo estoy terminando mi revisión de *Final*.

Lamento que Steve no se encuentre a gusto por allá. Aquí se tranquilizará. Me hace feliz saber que nos acompañarán el día de Nochebuena. ¡Claudie!

Abrazos y besos bien repartidos. Vuestro,

JORGE

Málaga, jueves 10 de diciembre de 1980

Queridos todos:

Estos días han sido muy revueltos aquí. Frío y sobre todo un ventarrón que hasta presiona la puerta de nuestro «saloncillo». El aire se filtra por las rendijas. Todo ello da ocupaciones y preocupaciones a Irene. Claro que yo no he salido a la calle. Procuramos evitar la flotante gripe.

Han venido visitas. Sentimos cerca a Claudie. Hoy dice *El País* que él pronunciará la conferencia de clausura en esa reunión o simposio de Salamanca. ¡Cómo os esperamos a vosotros –1981–! A todo esto, estoy revisando la copia a máquina, aún no completa, de *Final*. Y reviso mi texto –¿por última vez?–.

Empiezan a llegar las cartas de fin de año. Otro quehacer copioso. Nos escribió Anita. Esa criatura me hace felicísimo.

Carta de Luce y otra de Merce. Nos cuentan que Steve ha tenido un gran éxito en Puerto Rico –naturalmente–. El hispanista Christopher Maurer –que va a publicar *Federico en persona* y la correspondencia de Federico, necesita –además– un texto de Francisco de Figueroa (del XVI) que yo publiqué en la *Revista Cubana*. Claro, yo no recuerdo nada. ¡Esta memoria de anciano! Teresa: si lo encontraras –*Revista Cubana*–, dímelo. O haz una fotocopia.

Pensamos en los ausentes. Vosotros estaréis juntos, incluso Elfie. Desde este papel, besitos, abrazos de este padre y abué.

Vuestro,

JORGE

Málaga, martes (!) 13 [de enero] de 1981

Queridos todos:

Estamos muy contentos. Nos sentimos felices. ¡Llegó Anita! Sin retraso, hacia las seis de la tarde. Aquí hace frío. En Madrid ha nevado mucho. Pero… Gran compensación: ¡el sol de Málaga! Charlamos hasta la fatiga. Anita se acostó temprano. Aún duerme: las nueve y media de la mañana. ¡Frío!

Teresa: muchísimas gracias por tus espléndidos regalos. Irene te lo explicará.

Anita parece feliz. ¡Dios lo quiera!

Yo estoy revisando –¿por última vez?– *Final*.

Emilio nos ha anunciado que vendrá a vernos para «celebrar» mi cumpleaños: el domingo próximo. Con él hablaré de la publicación de *Final*.

Claudie ya estará en Cambridge. Él os contará cosas de Madrid, de Málaga, de Frigiliana. ¿Tenéis mucha nieve por allá?

Pensamos, ansiamos vuestra llegada, Steve y Teresa. Muchos recuerdos a los Antó. Escribiré a Isabel. Abrazos, besos de vuestro

JORGE

Málaga, 19 de enero de 1981

Queridos todos:

Mi cumpleaños de ayer ha sido el más concurrido: telegramas, visitas, comunicaciones telefónicas incesantes. Dice Irene: «Menos mal que Anita me ayuda mucho al teléfono». Y Emilio, con nosotros, como de la familia. Todos los «parientes» se han manifestado. Hasta Jesús y Maruja. De Valladolid, nada. Me parecía una especie de «apoteosis» –como diciendo–: «Ahora, cualquier día, puedes morirte…». Llamaste tú, Teresa; y tú, Claudie: lo más importante. Oí la voz de Steve. Anita, acompañándonos

tiernamente y con paciencia. Emilio, dispuesto a preparar la edición de *Final*. Falta muy poco para concluir la última revisión.

Claro, yo también me cansé mucho. Por eso he dormido hoy mejor.

Adjunto el cheque. Se preocupa mucho Irene porque el primer cheque «de 400 dólares» también te ha llegado, Teresa.

¡Ah! Como, por fortuna –«Fortuna», con mayúscula–, estaréis pronto aquí, te ruego, Teresa, que me traigas, si lo encuentras, el primer tomo de la *Divina comedia*, traducción de Ángel Crespo. Los otros dos tomos están aquí. ¿Y no habrá por allá más páginas –no las publicadas– de *El argumento de la obra*? ¡Qué ganas de veros! Y de hablar, hablar…

Abrazos de Monsieur

J. G.

JORGE

Málaga, 13 de marzo de 1981
(Cumpleaños de don Julio Guillén:
114 años –como Rubén Darío–).

Teresa, hija:

Anoche leí en *Le Nouvel Observateur* el anuncio del libro: *Une vie pour la liberté* de Jean Cassou, mi mejor amigo del París literario. Lo que me produjo alegría, gran satisfacción. Voy a pedirte un favor: que compres en una o en la «Librairie Espagnole» (antes en la rue Gay-Lussac) *Hacia Cántico*. Por correo tardaría un siglo en llegar. A Cassou, si tienes tiempo, podrías avisar por teléfono que vas a verle –a verlos–. Id también –de mi parte–. Y le pedirías que te firmase un ejemplar comprado de su libro. Cassou, no de muy buena salud, vive en 4 rue du Cardinal Lemoine (Paris 75005). Su teléfono Odéon 75-60.

Si *esto* pudiera realizarse, me causaría verdadera satisfacción.

Aparte de esto, muchos recuerdos a Margot y a Renée y a su descendencia.

Claudie no tardará en venir a Frigiliana.

La situación *general*, todavía inquietante, parece *mejorar*. El ejército está reaccionando a favor del rey. (¡Ah! En la página 237 de *Hacia Cántico* se habla de Cassou y Georges Pillement). El tiempo, de verano. Hace calor.

Para Steve y para ti, abrazos, gracias. ¡Os esperamos!

Vuestro,

JORGE

Málaga, 16 de mayo de 1981

Queridos todos:

Tiempo primaveral pero *–históricamente–* tiempo de zozobra. Lo del Papa es ya el colmo… Lástima que el asesino no sea claramente comunista para satisfacer a los patriotas. Ya lo predijo aquel genial precursor: *Voici le temps des assassins*. Hasta este pobre anciano, siempre campeón de la esperanza, se siente a ratos deprimido. Bueno, adelante.

Hemos tenido muchas visitas estas últimas semanas. Pasó Claudie. Ya estará en Cambridge. No le acompañó Yelena, que sigue en Madrid. Vino a verme una «comisión» de la universidad presidida por el rector. Quedó decidido que se me concederá el título de doctor *honoris causa* –en unión de los otros profesores de Ciencias, el *26 de junio*–. Ceremonia, por la mañana.

Nosotros, Irene y yo, estamos bastante bien de salud.

El libro, *Final*, está ya componiéndose en manos de Barral, Barcelona. ¿Saldrá a luz antes de la dispersión veraniega? Veremos.

En cuanto a viaje, si fuese necesario –gracias a la Divina Providencia, nos trasladaríamos a 15 Gray Gardens West– y se acabó la historia, y quizá la Historia. En fin, te ruego, Teresa, que cuando vengas me traigas la novela de Stevenson: *El caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (algo así).

Abrazos a todos incluyendo a Anita. ¡Teresa!

Vuestro,

JORGE

Málaga, 26 de julio de 1981

Queridos Steve y Teresa:

Dejo la respuesta sobre el alumno –y para él– aparte.

En tu carta, Steve, te referías a Raimundo Lida. ¿Quieres que os envíe algo sobre él? Por cierto, el libro *Prosas de Quevedo*, anunciado y enviado por Deborah, todavía no me lo ha traído el cartero. (Los paquetes tardan en llegar muchísimo). Y estuvisteis, hasta ahora, con los niños de Antó, que son preciosos. De modo, Teresa, que te irás con los Lombroso al Japón. ¡Estupendo viaje! Y darás la vuelta al mundo. Todo eso en setiembre. ¿Y aquí tendremos a Renée y los François? Confío en Paca, que es todo un personaje. *Ya* estamos esperando vuestra vuelta a esta Costa del Sol. Nos sentará muy bien vuestra compañía.

De Anita hemos oído la voz por teléfono. Su paso por Oxford ha terminado felizmente. Ella también viajará –no digo como el Príncipe Carlos, pero…–. Alude al barco, al «yate».

Habrá sido ya *partie rusa*, por decirlo así. –Me alegro de que la historia se deslice en términos de convivencia–.

Claudie me mandó un ensayo sobre Quevedo y el concepto retórico de Literatura. Muy buen estudio. Ya le escribí sobre ello. ¿Cuándo vendrá Claudie a España? Está aquí Alvar y preguntó por él. Quería encargarle algún curso más tarde. Manolo Alvar, padre, muy simpático y activo como siempre, nos visita los sábados mientras dura el curso de verano. El hijo mayor estará llegando a Madrid, para dar unas clases.

Hemos tenido visitas casi diariamente de forasteros, algunos «admiradores» –aquí una sonrisa–. Alguno hasta con su ejemplar de *Aire nuestro*. Innumerables felicitaciones por aquel doctorado. En definitiva,

resultó bien. La verdad es que ni tú, Teresa, ni Irene ni yo pensamos que aquel 26 era el de tu marcha.

A todo esto, *Final* está componiéndose en Barcelona. Se ocupa del trabajo Dánae, la hija de Carlos Barral, persona fina y discreta. Creo que saldrá en setiembre.

Irene y yo estamos bastante bien de salud. Yo me he cansado con tanto jaleo y tantas visitas. Bueno, pongo mi ilusión en ver terminado e impreso *Aire nuestro*. Eso me importa. *Y mis hijos y mis nietos*. Y, además, algunos amigos. La situación política va arreglándose hasta cierto punto. Y me repito: ¡Qué pesadita se pone la Historia de España!

Abrazos a todos. Para ti, Teresa, y para ti, Steve, abrazos, abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, último día de julio de 1981

Queridos todos los de ahí:

Empiezo la jornada escribiendo estas líneas. Respondo, Teresa, a tu carta. El viaje alrededor del mundo será de verdad, pero a mí me suena a fantástico.

De modo que esos preciosos niños, Nils, Lars, viajaron solos con Tony Geist. Telefoneamos a Anita a París, oímos su voz. Yo creo que lloré. –Eres llorón –me dice Teresa. ¿Isabel? Estará terminando su carrera de abogado. ¿Y Antó y Benedicte? De Claudie no hemos sabido nada. Le escribí sobre su estupendo estudio sobre Quevedo. ¡Estos hijos, estos nietos y biznietos –con Irene– es lo que más me importa de todo! Y después, *Aire nuestro*.

Final está componiéndose en Barcelona. Dánae, la hija de Carlos Barral, es muy discreta. Ella lo hace todo. Creo que el libro saldrá en setiembre u octubre. Emilio no sabía nada. Por cierto, Emilio quería escribirte, Teresa, y ya lo habrá hecho.

Seguiré con otras «manifestaciones». Se ha publicado –casi en silencio– *Antología del mar*, prólogo de Romero Márquez; libro para el bachillerato. Me han pedido permiso para publicar *El argumento de la obra*. (Yo no lo tengo aquí). En Barcelona, «edición crítica». ¡Veremos!

He salido en la televisión. Rosa María Mateo, guapa, vino a casa, y todo se hizo aquí. Ha gustado esta entrevista, sencilla, con risas, sonrisas, *sense of humour*. Otra película: la de Meléndez, que estuvo en Valladolid y ahora completa lo que empezó en Cerrado de Calderón. ¿Te acuerdas, Teresa? Vino a salir en la película don Paco, nuestro médico. Me hicieron otra entrevista. Os lo cuento para que veáis cuánto hemos trabajado Irene y yo.

Las visitas de estas semanas últimas han sido muchas. Cartas de gentes que no conozco. Ya sabéis aquello de: «Las mujeres no me quieren. Dígame, don Jorge, ¿qué debo hacer?». Hombre, por Dios… Me escribió Alma de Arboleda. Hoy contestaré a sus consultas. Gibbons publicará el Final de *Final*, en traducción, y texto castellano. Bonito libro. (No sé cómo se llama la editorial. No es Princeton). Alvar dirige su curso de verano. Viene los sábados. Muy cariñoso. Estuvo aquí Ricardo Gullón, tan buen amigo. Ayala ha publicado Cervantes y Quevedo, interesante. Es probable que se haga una edición –corta tirada– de *Vida y muerte de Alonso Quijano*. ¿Qué más? Esperamos a Francisco del Pino y Bernard Sesé. Yo, cansadito. Pero lo que más me cansa es la Historia de España. ¡Qué pesadita, Dios mío! Yo creo que saldremos adelante. O si no, el caos. El rey es la *contradictadura*. ¡Viva Juan Carlos! (Y qué guapita es Diana, ya princesa).

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

Málaga, agosto de 1981

Queridos todos los de ahí,

Teresa, hija:

Me dices que no has recibido *todavía* la carta, las cartas que hemos enviado fielmente. Pero conste que las hemos escrito, dando cuenta de nuestra laboriosa, tranquila y modesta vida cotidiana.

Estos días está aquí Francisco del Pino con su mujer y sus dos hijos. Ya tiene preparada una recopilación de mi prosa crítica –que publicará Dámaso, o sea, Gredos–. Yo estoy completando ahora esa labor.

Hace mucho calor.

Pensamos mucho en vosotros, en toda esta familia. Las cosas marchan un poquito mejor, y lentamente.

Estos días de veraneo vienen a vernos visitas varias: de amigos, de desconocidos, de periodistas, *hélas*.

Ya conocéis el verso: «Hijos, Teresa, Claudio me son siempre esenciales».

Y con est*a* calor, también,

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 27 de agosto de 1981

Teresa, hija:

Te dirijo estos renglones a ti, gran viajera, que vas a ensanchar tu mundo conocido y *pisado*.

Estos últimos días ha habido muchos visitantes, que lograron con la mejor intención llevarme a un gran cansancio. Ayer fue un mal día. Sueño, *mareo* intenso, vómitos, cama. Ya todo pasó, con la ayuda de don Paco e Irene.

Vino Soledad Ortega, muy enérgica y bien plantada. Vino Manolo Alvar, directo de su curso, en varias visitas. La nieta de María Isabel Prados y Mr. Chipman, muy cariñosa. Pasó Mari Carmen Iglesias, ¿te acuerdas, la enfermera? Una señora japonesa, Michiko Nonoyama, de la Universidad de Tsukuba. Ibaraki Pref. Muy occidentalizada, «libre». Vinieron Bernard Sesé

y su señora. Está aquí Yelena –con Tatiana, que la preocupa mucho–. No es fácil. (¡Cómo complica la situación!). Etc., etc. Aquí, Leónides. Estuvo Gil de Biedma. En la nueva sección «Nombres de ayer y de hoy» de la televisión me dedicaron una casi hora. Resultó bien, a base de una antigua entrevista (¡del año pasado!). Ha gustado en general.

Tu hermanito llegará esta noche, tarde. Viene, como sabes, de Yugoslavia. Así da gusto, con estas sucesivas apariciones de los hijos «que me son esenciales», como dice el poema.

A todo esto, se añade la estancia fructífera de Francisco del Pino. Gredos será el editor de las prosas críticas, dos tomos, por lo menos. Ya estará Francisco con los suyos cerca de Florencia. ¿Qué más? Se prepara en *La Pluma* un homenaje a servidor, único superviviente de la antigua revista de Azaña.

Irene, atareadísima, muy sensible a todo, muy fatigada también, pero… digamos «infatigable». Hija: mucha suerte en ese viaje y siempre, recuerdos a los Lombroso. A Steve le escribí últimamente. Haré algo sobre Raimundo Lida. Pero todavía no me ha llegado el libro *Prosas de Quevedo*. No he visto ninguna reseña. ¿No lo habrán distribuido aún? Pienso en Anita, navegante, en Isabel, acabando su carrera de abogado, en Antó, con la cara devastada y rehecha. A todos los nietos les he escrito.

Pienso constantemente en todos vosotros.

(Y *Final* saldrá –espero– en octubre).

Abrazos a Steve, besitos a Anita. Rica, ¡cuánto te recordamos!

Vuestro,

JORGE

Málaga, viernes 4 de septiembre de 1981

Querido Steve:

Teresa, hija:

¿Estarás todavía en casa?

Os escribimos hace unos días. Habréis ya recibido *El Correo de Málaga.* ¡Buen mensaje!

Steve, no he recibido aún el libro de Raimundo. Díselo a Denah. Pienso enviarte una página sobre «Raimundo Lida». La escribiré cuando haya pasado este barullo de «las vacaciones». Yo sigo esperando que *Final* salga en octubre.

Teresa: «que tu bajel no encuentre sirte» (y Rubén Darío rima la «sirte» con «decirte»). Muchos recuerdos a los Lombroso.

Sí, nos encantará ver a Isabel en octubre. De Anita, no hay más que buenas noticias. También escribí a Antó.

¡Buen viaje! Ya sabéis que pienso en vosotros *constantemente*. Abrazos a los varones. Besitos a las damas.

Vuestro,

JORGE

Málaga, 22 de septiembre de 1981

Teresa, hija:

Deseamos que esta carta llegue antes que tú a Gray Gardens. ¿Qué te voy a contar? Hubo un momento felicísimo: cuando escuchamos tu voz, y muy clara, en el Japón. ¡Estupendo!

De modo que Isabel vendrá el 29 de este mes. Y dices «trataremos de que Steve vea a su hija». ¿Dónde? Isabel nos envía preciosas fotos de sus niños. ¡Preciosos!

También François nos regaló fotos –muy bonitas– Lajeunesse. Y, a propósito, Renée, muy contenta de su estancia en esta Costa, repite: *Je reviendrai en novembre*. *¿Para qué?* Si aquí no pasará nada entonces. ¿Para «*prévaloir*», aquí, sin familia? No lo entiendo. Que aplace el viaje hasta la primavera.

Nos escribió Antó. Escribiremos a Anita, Washington; de Claudie, pocas noticias. Yelena, en Frigiliana, *survie* con su Tatiana difícil.

Y a todo esto, ¿cómo resultó la estancia en Kioto? Cuéntanos. Completaré noticias familiares. *Final* está componiéndose. Yo creo, yo espero, con *ilusión* –esta es la palabra justa– que en este otoño –ayer empezó– esté completa y publicada mi obra poética. Gredos me lo ha comunicado. Dámaso publicará dos tomos de mi prosa. Los está formando Francisco del Pino. En Miñón, editorial de Valladolid, saldrá un libro sobre mí con fotos, etc. Lo compone un periodista muy serio de Barcelona: José Guerrero Martín. La Editorial Júcar va a publicar una antología mía, con un gran prólogo. *La Pluma*, la revista que fue de Azaña, anuncia su número dedicado a este servidor. Ha salido ya *Antología del mar*.

¡Basta!

Visitas. Bastantes. Una aventura. Salimos anteayer por la mañana a dar un paseo. Se le olvidó –único caso– a Irene la llave de la puerta de casa. Hubo una verdadera conmoción. Los bomberos sacaron la cerradura. Ahora hay que poner otra y arreglar la puerta.

El calor ya ha pasado. Se empieza a sentir el otoño. Hoy el día está lluvioso –y más o menos llovizna–. Irene sale, se afana, ¡trabaja muchísimo! y se fatiga. Yo, también.

Rica: pensamos en ti constantemente, en silencio y en conversación. ¡Qué ganas de verte!

Abrazos a Steve. Besitos. ¡Esos nietos y biznietos! (¡Qué buena suerte: ya tengo familia y obra!).

Vuestro,

JORGE

Málaga, 25 de septiembre de 1981

Queridos todos los de ahí:

Llegó tu carta, Teresa, y compartimos tus sentimientos. Adoras, por ejemplo, a Anita. ¡Yo también, nosotros también!

Nuestra vida. Bastantes visitas alrededor. La profesora Yudin de Miami; los Bénichou y su hija Silvia, *charmante*. Tuvimos a Teresa Centelles, como siempre tan seria y natural. Se llevó encargos para Francisco Rico y compañía.

Ha vuelto el calor. Todavía no debe de ser el veranillo de San Martín. De hoy en adelante tendremos más calma en este pisito. Se ha transformado, siguiendo inspiraciones tuyas también, nuestra sala. Queda mejor.

Me escribió el señor que organiza una Exposición de Poetas Europeos en el Centre Pompidou. Me ha enviado el catálogo de los papeles míos sacados de la Capilla Alfonsina, México y de la Houghton Library –y de Bibliothèque Doucet–. No se trata, me parece, de fotocopias sino de los documentos mismos. Y nos preguntan cómo funciona en Harvard el proceso para sacar papeles. Claro que todo lo devolverán. De todos modos, preguntad cómo se desenvuelven esos préstamos.

Para todos, abrazos y besitos, según. A Antó le escribiré enseguida. Y a Claudie. Vuestro,

JORGE

Málaga, domingo 18 de octubre de 1981

Queridos todos:

Os contaré nuestros quehaceres de estos días. Corregí, corregimos las últimas pruebas de *Final.* Espero que el libro saldrá «este otoño».

Ahora nos invade el centenario de Picasso. El alcalde, con empeño cariñoso, me invitó a participar en la «ceremonia» del 25 de octubre. Ya está redactado mi discursito.

He firmado el contrato con Gredos; los de Gredos muy amables. El volumen se titulará: *Teoría poética y crítica literaria* en dos tomos, por ahora. Francisco del Pino es el colector y ordenador de esa obra. Estamos reuniendo las últimas prosas. Salió la *Antología del mar* por Romero

Márquez. Excelente prólogo. Libro modesto. Hay más publicaciones *en vue*.

A todo esto, muchas visitas. Suena el teléfono muchas veces. Irene no deja de hacer mil cosas. ¡Yo escribo cartas! El tiempo, aquí, variable, medio otoñal, a veces con calor. Y qué nostalgia de vosotros. Claudie, nos dice Yelena, me ha escrito. No llegó esa carta. Estamos ansiando ver aquí a Isabel. Algo sabemos de Anita y de Antó. (En el horizonte, ¡Reagan!). ¡Adiós, adiós! Es decir, hasta luego, hasta muy pronto…

Os quiere, os abraza vuestro

JORGE

Málaga, lunes 19 de octubre de 1981

Queridos todos:

Teresa, hija, respondo a tu carta, llegada con noticias estupendas. Me causa alegría que haya salido ya el *Galdós* de Steve. Quedo esperando con ansiedad esa lectura. De modo que Claudie presentó magistralmente a Tierno. ¡Muy bien! Tierno, quizá distante, es gran persona, y muy buen ensayista.

Celebro que todos esos amigos vayan «intensificando» vuestra vida. Por otra parte, Anita, enterándose de sus posibilidades en la Capital. Banquete *chez Perpiñá*. ¡Adelante! (Dejemos sin atención las envidias).

Llegarán a Málaga el 3 de noviembre. ¡Estupendo! Y aquí nos llegará Isabel el 29. Imaginaros nuestra felicidad. Nos dice Yelena que Claudie me ha escrito. No llegó esa carta, frecuente contratiempo en la *Poste* actual.

¿Nosotros? Bastante bien de salud. El otoño ya se siente aquí, muy suave. Me acuerdo de todos. Cuando pienso en mis hijos…

Abrazos, besos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 23 de noviembre de 1981

Queridos todos los de ahí:

Quiero, queremos que esta carta llegue antes de vuestra salida de Cambridge.

Estos últimos días se ha redoblado el ajetreo. Vino a verme don Domingo García-Sabell y su señora Elena. Ahora es personaje oficial: representa al Gobierno en Galicia. Amabilísimo, cariñoso. Adjunto información. Buen amigo de Claudie.

Ya os dije que *Final* está impreso. Ahora lo están encuadernando, es decir, cosiendo los pliegos. Me telefoneó Emilio, que iba a ver a su hijo en Oxford. Quedamos en que la presentación del libro –moda actual– se hará en Barcelona. Salió el Homenaje de *La Pluma*. Vino el sobrino de Azaña. Muy cortés. Quiere presentar número en Valladolid, Madrid y Málaga. ¡Qué le vamos a hacer!

Otro homenaje. (¡Vanidad, no! ¡Noticias!). En *Camp de l'Arpa*, la revista de Barcelona. El artículo de Francisco del Pino y el de José Guerrero Martín, muy buenos. Este vallisoletano, que vive en Barcelona, colaborador de *La Vanguardia*, publica en este fin de año un libro, editado por Miñón (Valladolid), el primero de una serie dedicada a escritores de Valladolid.

¿Qué más? ¡Basta! Pompas y vanidades. (Y me repito a mí la frase de siempre: Bueno. Así no podrán decir más tarde a mis hijos que su padre fue un *raté*…).

Anoche telefoneó Renée. *Vous m'avez dorlotée* etc. Supongo, Teresa, que ya habrás hecho «la advertencia» a François. (Ayer me hicieron dos entrevistas. Una, en casa. Otra, por teléfono. ¡Estoy hasta la coronilla de…!).

Tiempo excelente. La frase de Anita no tiene vuelta de hoja: «Mira, Abué, esto de vivir en Málaga es una idea genial». Y yo se la repito a los malagueños, encantados.

Mi inflamación no ha desaparecido del todo. Vino ayer a verme el gran dentista Guerrero Abellán. Y cuando haya desaparecido el flemón, se me hará la extracción de la raíz de un diente. ¡Paciencia!

Apenas hemos visto a Yelena. Está allí sola en Frigiliana y me da pena. ¡Soy *naturaliter christiano*!

Abrazos a todos. Besitos a los no masculinos.

Vuestro,

JORGE

Málaga, lunes 30 de noviembre de 1981

Queridos todos:

¿Últimas noticias? Mi operación –sacarme la raíz de una muela– se aplaza porque tiene primero que desaparecer toda inflamación. ¡Paciencia!

Pasaron los Sert y los García-Sabell. Ahora va a venir el sobrino de Azaña para presentar el último número de *La Pluma*, el viernes próximo. (¡Homenaje a J. G.!). Yo no asistiré a «la ceremonia». Interesante el último número de la revista *Camp de l'Arpa*. Otro homenaje. Está muy bien. Ya lo veréis.

Final saldrá, no ya en otoño sino en diciembre, ¿para Navidad? El caso es que, por fin, salga, salga.

Me alegra mucho saber que Margot se encuentra bastante mejor.

¿Viaje a París? Lo he pensado. Superfluo, innecesario. Son los Lajeunesse quienes vendrán a Málaga. A mí me fatigarían tanto los viajes... En todo caso, el único deseable para mí sería, –¿será? quién sabe– es a Gray Gardens West. ¡Eso sí! Escribiré muy pronto a los Antó, a Isabel y a Anita. Pienso mucho en vosotros.

Os abraza vuestro *ancêtre* –¡qué viejo soy!–.

JORGE

Málaga, 8 de diciembre de 1981

Queridos:

Están ya escritas las cartas a los nietos, los Antó, los Isabel. Anita. Y también a Elfie. Ahora voy a participar al lector de estas líneas una especie de secreto. Pepe Gabriel me lo ha contado en su proyectado desarrollo.

Pues señor… Chillida está componiendo un monumento a J. G. –¡Dios mío!– para que se erija en la Plaza de Santa Cruz, ante el palacio renacentista de Santa Cruz, hoy museo. Se publicará un libro de homenaje por los poetas de Valladolid, patrocinado por el Ayuntamiento. Y pretenden, claro, que yo asista a la fiesta –acontecimiento– esta primavera. *Imposible*. Mi cansancio podría casi, casi ser mortal. No iré.

Consecuencia: que si yo no puedo hacer el viaje a Valladolid, sería incongruente que unos pocos meses después me fuera a París.

Ir a París nada más a mí no me interesa. Son los Lajeunesse quienes me visitan en Málaga. El único viaje que de veras me importa es… Fatalmente a Gray Gardens West. ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sé. Dependería de varios factores: mi salud, la situación política de España, otras causas imprevisibles ahora.

Por otra parte, a mí me habría complacido que en esa «inauguración» primaveral me representase alguien. ¿Quién, quiénes? Lo ideal –es decir, lo técnicamente perfecto, sería que me representasen en Valladolid mis dos hijos–. O Claudie, o Teresa. Dependería de sabe Dios cuántas circunstancias favorables o no favorables.

(A mí, por supuesto, la idea de Chillida me abruma, me desarma, me anonada. ¡Es demasiado! Y no puedo utilizar el argumento que me he repetido en estos casos de premios, de homenajes: «Bueno, así no dirán más tarde a mis hijos que su padre fue un frustrado». En fin, qué vamos a hacer…).

Teresa: tengo aquí tu carta del 1º de diciembre. Miguel de Casas. Me gustaría conocerle. Conferencia de Claudie en México. Sería un éxito. Me alegra que haya conversado con Octavio Paz. A mí me ha causado gran alegría que le otorguen el Premio Cervantes, muy merecido. Tomamos nota de vuestro magnífico proyecto de viaje a California.

Final. Inminente. Lo recibiréis enseguida.

Abrazos, besitos bien repartidos. Aquí nos tenéis contentos y cansados. ¡Qué ajetreo social!

Vuestro,

JORGE

Málaga, 18 de diciembre de 1981

Queridos:

Estas líneas llegarán en casa de Patrick. Pienso en esos niños y en sus padres. Ya les hemos escrito. Ahora os enviamos algunos recortes con las últimas aventuras. El número último de *La Pluma* dio ocasión a ese «homenaje». Dámaso se volcó. (Ved el recorte de *El País* y también el de *ABC*). En Málaga hubo que asistir a la galería Manuela. Sudé la gota gorda asaeteado por los fotógrafos y periodistas. Se me entregó el busto que me ha hecho Charo Arraiza, escultora malagueña. Asistió, muy cariñoso, el alcalde, don Pedro Aparicio.

Todavía no ha salido *Final*. Creo que saldrá en este mes.

Murió Laura. Estuve llorando mucho tiempo. Murió Alicia Catalán en un choque de tráfico. Ha muerto en Valladolid Sinforiano de Toro. Y lo hemos sentido muy de veras todos los compañeros de su conversación, tan inteligente. Murió Antolín Solache, marido de mi prima Rosario.

En fin, sigamos adelante… Se incluyen en el sobre cuentas de banco. ¡Ah! Llamó Emilio. Vendrá para mi cumpleaños. Y dejo lo más importante para el fin. ¡Felicidades, Teresa! En este 28 de diciembre. Te lo digo con la debida emoción. «…*Y más vivir me interesa*». Mañana llegará Claudie. Ya os contaremos todo lo que vaya ocurriendo.

Para Steve, para Teresa, para Isabel y Alan, todo el cariño de Irene y de vuestro

JORGE

Málaga, 6 de enero de 1982
Día de Reyes

Queridos Steve y Teresa:

Os suponemos ya en La Jolla. Feliz Año Nuevo a Elfie. Feliz, relativamente. Y a ti, Teresa, felicidades una vez más en tu cumpleaños, 28 de diciembre.

Hoy, cumpleaños de Teresa.
Aquel día lloré en París
Por aquella rue Saint Denis.
Mucho más vivir me interesa.

Esos versitos están ya impresos. Y sigo afirmando ese «mucho más»…

¿Qué me han traído los Reyes? Esta mañana, a las siete y cuarto, de noche, vi, contemplé un cielo estrellado como hace mucho tiempo no lo veía. Un rato después cambió la atmósfera, y desaparecieron las estrellas.

Creo que deben de ser esos reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, los que me trajeron una carta de Anita redactada en «Nochevieja, 1981». Carta escrita a máquina, «regalo del papi y de la mami», con buen humor, felicísima. Confirmaba lo que me dijo por teléfono, con voz alegre: «Abué, voy a casarme». Lo que me causó una profunda satisfacción. Anita toma la vida en serio como –dice la lengua española– «Dios manda».

Yo no he tenido situaciones conflictivas con nadie de esta familia tan unida: ningún conflicto ni con padres, ni con hijos, ni con nietos. Para bien, Anita nos anuncia su «viaje de novios» por Italia. Y refiriéndose a nuestro soñado viaje a los Estados Unidos, añade Anita: «Pero si ese viaje os resulta demasiado cansado, tenéis garantizado el hecho de que vendremos a visitaros a Málaga este verano». ¡Todo armónico! Porque yo pensaba y sentía… Cada jornada me cansa cada vez más. El viaje a Cambridge me habría cansado muchísimo. (El cambio de mi «higiene diaria» también). Y si vienen Anita y Davis, les ofreceremos la estancia en un hotel mientras se encuentren aquí. Luego podrían viajar por Andalucía: Sevilla, Córdoba, Granada… En fin, veremos.

Claudie está en Frigiliana. Con Yelena. Muy cariñoso, dándose mucha cuenta de todo con mucho juicio. Esto no es un prejuicio testarudo sino el resultado de la observación.

Final, ya impreso (todavía no me ha llegado), será «presentado» en Barcelona el 18 de este mes. ¡Delicada atención! Aquí, conmigo, estarán Emilio y Carmen.

Hoy hace un día casi de verano. ¡Clima increíble!

Para vosotros, besitos, abrazos. Vuestro,

JORGE

(Irene va a continuar estas líneas).

En casa está ahora Teresa Centelles, siempre tan natural y seria.

Málaga, 20 de enero de 1982

Queridos Steve y Teresa:

Transcurrió mi cumpleaños con los Orbaneja y gran jaleo de teléfonos y cartas y telegramas. Oí tu voz, Teresa, y eso fue mi felicidad. Estoy leyendo el *Cervantes* de Steve, que me gusta e interesa mucho, mucho.

Pues bien, «el objeto de la presente» –como se decía en lenguaje burocrático– es esto que os voy a resumir. Hemos escrito y enviado *sendos* cheques a Antó, Isabel y Anita. Por lo visto, no han llegado cartas ni cheques. Había también uno para Elfie. Las cartas iban con *special delivery*. Quizá los destinatarios no acudieron en la ocasión oportuna a recoger aquellos sobres. Y esto nos desazona, sobre todo a Irene, que fue la encargada de despachar aquellas cartas. Vamos a ver si nos devuelven a Málaga aquellos sobres. (Todo esto no se refiere a nuestra Anita).

Hace un buen día de otoño. La luz del sol me hace daño en los ojos. Claudie debe de estar ya en Cambridge. Vemos aquí a Yelena.

Feliz año nuevo. ¡Se casa Anita! Lo que me alegra mucho. Abrazos para Steve. Besitos a Teresa. Vuestro,

JORGE

Málaga, 9 de febrero de 1982

Teresa, hija:

Hoy es el cumpleaños de Irene. Oímos tu voz y luego llegaron vuestras cartas. Que os guste *Final* a Steve y a ti me causa verdadera felicidad. En el libro hay demasiadas erratas. Se corregirán en una posible segunda edición. El libro fue «presentado» –moda actual– en Barcelona. Hablaron Barral y Mario Hernández. Mario lo hizo muy bien.

Ayer estuvo en casa Blecua, padre. Había dado una conferencia. Hoy habrá dado su conferencia Blecua, hijo. No te puedes figurar cómo me emocionó la visita. No veía yo a Blecua desde hace muchos años. Y ahora está completamente sordo. Habla muy bien, y entiende más o menos por el movimiento de los labios. A Irene le desazonó mucho esa forma tan singular y tan penosa de *casi* diálogo. Blecua es el hombre más bueno que yo he conocido en mi larga vida. Acaba de publicar el cuarto y final tomo, grande, de las obras de Quevedo.

Me preocupa mucho lo que nos dices de Isabel. Acabo de escribirle a ella, instándola cariñosamente a que modere esa furia sagrada en su profesión.

Voy a escribir también a Antó –con el oportuno cheque, de nuevo–. Y otro para Elfie. Elfie, triste, claro, nos apena.

De modo que el 27 de junio… Eso se presenta muy bien.

Aparte respondo a Steve. ¡Cuánto me emocionó tu voz, cierta voz! Me citaré una vez más: «… Mucho más vivir me interesa».

Vuestro,

JORGE

Málaga, 17 de febrero de 1982

Queridos todos los de ahí:

En efecto, el correo marcha mal, y nos desazona que no hayas recibido carta de Irene y carta mía. Hoy ha llegado la tuya del 9.

Vuestras noticias son en conjunto excelentes. Pero… El frío que debe de haber pasado Claudie… Isabel no logra la necesaria serenidad en el ejercicio de su profesión. Lo lamentamos mucho. ¿Jackson a Barcelona? Muy bien.

27 de junio. Gran fecha. Todo lo relativo a nuestra Anita me conmueve. De modo que volverás por aquí antes de lo que aguardábamos. Por cierto, en nuestra casa de Nerja, Rica Brown ha pasado frío y bastante soledad. Irene se ha ocupado mucho de mejorar su suerte. Yo también le he dedicado atención.

De modo que *Final*… Yo, encantado. Ya veremos en una segunda edición, si la hay, cómo queda el final de *Final*, es decir, de *Aire nuestro*, que es lo que importa.

Vengamos a nuestra vida, bien «modesta», por supuesto. Vino Blecua a dar una conferencia a Málaga. Su visita a esta casa me emocionó como no podéis imaginaros. Hacía mucho tiempo que no le veía. Ahora, completamente sordo, «presente pero ausente», dice él, habla muy bien. Está guapo, y se presenta muy elegante. Y la ausencia de verdadero diálogo crea una situación terrible, penosa. Y yo me conmoví de veras. Le han hecho ahora «académico de honor» de la Academia Española. Y qué gran persona siempre: sereno, alegre, sonriente. ¡Admirable!

Nos afligió mucho la muerte –¡muy prevista!– de Ignacio Prat. El duelo ha sido unánime. Los periódicos han hablado de él. Se hacía querer. Tan inteligente y sencillo, sin ninguna posturita de exhibición… Y cómo *creía* en mi obra poética…

Pasemos a Valladolid. Dios mío, lo que allí se está preparando. Monumento de Chillida. Me telefoneó, muy amable. Se refirió a ti, Teresa, hija. Será ante el Palacio de Santa Cruz. Van a crear un «espacio» junto al monumento. Sabemos por Pepe Gabriel que del 3 al 7 de noviembre se

desarrollará el homenaje. Adjunto la carta que me ha escrito Antonio Piedra. Envío otra fotocopia a Claudie. Habrá libro de lujo. Habrá centro de estudios. Hablan hasta de la presencia del rey. Ay, Dios mío, a mí todo eso me parece póstumo y excesivo; y me agobia. Claro que yo no iré. (¡Me enterrarían el domingo 9!). ¿Quién podría representarme? Mis hijos, o uno de ellos. Ya se verá en su día, según lo permitan las circunstancias. De todo este jaleo –¡tan horroroso!– yo no digo nada aquí en Málaga. (¡Me da vergüenza!). Aquí querían hacerme otro homenaje: ¡una pluma diaria! Ya he escrito que renuncio a ese honor. La capacidad de admiración es limitada, no infinita. Se nos acaba el papel.

¡Continuaremos otro día! Vuestro, con abrazos,

JORGE

Málaga, domingo 28 de febrero de 1982

Teresa, hija:

Respondo a tu carta del 19 de este aún febrero. Pues señor, he padecido gripe durante varios días con fiebre decreciente. Me cansó. Ya paró.

Adjunto algún recorte más. Hasta ahora no ha salido crítica del nuevo libro. Solo juicios privados de amigos, favorables.

Esta mañana dimos Irene y yo el habitual paseo por esta orilla. Un sol de *verano*, una luz increíble… En esta dirección Málaga no tiene precio.

Pasó varios días, y no todos gratos, Rica Brown, en tu casa de Nerja. La mala suerte quiso que sufriéramos entonces mal tiempo. Claro que Irene sobre todo atendió mucho a Rica, proporcionándole calefacción, y facilitando su visita a esta casa en taxi. Ella, Rica, trabaja sobre Christopher Hall. Dice que Trinita no se encuentra bien. (Yo no renuncio a escribir alguna página sobre este gran amigo).

Tengo que escribir –me lo han pedido– sobre Ortega. Y sobre Ignacio Prat, cuyo final repentino ha conmovido a mucha gente. La prensa le ha dedicado mucha más atención de lo que él habría podido imaginar.

Nos encantó lo que me cuentas de Patrick y Michael. Todos los biznietos, los cuatro, son preciosos. Nos dolió mucho, naturalmente, el fallecimiento de Alicia Catalán. Comprendo –otra historia– que piense vivir en Barcelona Gabriel Jackson.

Espero que Isabel vaya moderando esa tensión febril que iba poniendo en el ejercicio de su abogacía. Y la pobre Anita –todos mis nietos son encantadores– tiene que trabajar demasiado en su «empleo». Ya estamos soñando que los recientes esposos vendrán de Italia a esta Costa del Sol.

De Claudie hemos tenido noticias –por Yelena– de sus conferencias en Duke University. Creo que está concluyendo el prólogo de los estudios críticos de Paco (García Lorca). Pero yo no le digo nada, porque conozco sus reacciones instintivas.

Hemos tenido malas noticias de José, mi hermano, por María Elisa. Muy avanzada la arteriosclerosis con un tumor. José ya no recuerda ni su nombre. Esta noche llegará Leónides a Torremolinos. Él nos informará mañana sobre la situación. ¡Qué pena!

Hoy ha salido en *El País* una entrevista con Jaime Salinas, editor. Cariñoso conmigo e Irene. Adjunto el recorte. También el de Juvenal, cariñoso.

Os escribiré muy pronto con nuevas noticias.

Aparte me dirijo a Steve en otra hoja, otra carta.

Teresa, hija: ¿Cómo decir algo suficiente?...

Besitos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 16 de marzo de 1982

Queridos todos los de ahí: Casa de Alan e Isabel.

Pues señor, la *grippe* se mantuvo más o menos de fiebre, pero sin nada alarmante. La cosa es… que instalado en la medicación, abundante, en los antibióticos, he seguido con mi fiebre.

Aquí surgió, el domingo, con la ausencia de don Paco y Conchita –viaje de bodas de plata en Italia– una nueva combinación de doctores. Don Paco había llamado a don Miguel González Molina. Esto coincidió con la presencia de Rafael (Lozano), aquí su padre. Se entendieron los doctores. Don Miguel propuso una experiencia especial de la orina. Todo se llevó a cabo con la *sutileza* más feliz. Esta mañana llamó Irene a don José Luis Martínez. Era lo más correcto. Esta tarde se reunirá aquí con don Miguel (¡Carlos Haya!). Tengo varios deberes: despertarme a la una de la madrugada –en combinación con esta experiencia o la otra–. Etc., etc.

Yo me siento mejor hoy, más firme.

(¡Adónde puede llegar la vejez!).

Esperamos el desarrollo de la aventura.

He recibido un magnífico libro de México. *El templo de hoy*. Magnífico volumen de verdadero lujo: grabados, estampas, datos, bibliografía. ¿Por qué han impreso mi nombre en la portada? No lo sé.

Cinco de la tarde

Volvió por la tarde don Miguel (González Molina). Nos explicó que no aparece ningún virus en la orina. Se trata solo de las primeras vías respiratorias. No hay que trasladarse al hospital por otros dos días.

Y respiré profundo –como le piden a uno los médicos–. Mi felicidad negativa es inmensa.

Por aquí no ha vuelto aún don José Luis.

Yelena nos acompaña en estos momentos.

Hay que seguir aún con ciertos medicamentos.

La temperatura, suave. Muchos recuerdos a Isabel y los suyos. Teresa, California. Claudie, ¡China! El más internacional de todos.

Besitos. Y abrazos a Steve.

Vuestro,

JORGE

La mujer de Cassou murió.

Málaga, jueves [25] de marzo de 1982

Queridos todos:

Pues señor… Terminaron los días con fiebre persistente, con antibióticos, fatigado por tantas medicinas. Hoy he dormido profundamente. La noche ha pasado muy deprisa. Intervinieron en estas semanas, durante la ausencia de don Paco (Sánchez Guerrero), ante todo don Miguel González Molina. Y luego Rafael (Lozano), que estaba aquí con su padre. Y, por fin, don José Luis Martínez.

Ayer volvió don Paco de su viaje por Italia (veinticinco años de casado). Está maravillado por Italia. Esa es la actitud correcta.

Hoy me siento mucho mejor. Estoy terminando de leer *Aire nuestro* página por página en su orden. Ya estoy en *Final*.

Por cierto, estoy esperando más ejemplares de Barcelona. Tengo que regalar –dedicar– algunos *Finales*.

Declaro que me emociona la relectura de «Segunda carta urgente»: Hijos, Teresa, Claudie, me son siempre esenciales.

¿Y por qué me emociono? Porque es verdad y no solo verso. De Claudie tuvimos una postal desde China. (Tenemos noticias por Yelena). No le pagan a Claudie el viaje de vuelta. ¡Vaya broma!

Aquí, hace ahora tiempo de verano más que de primavera. Pensamos en las clases de Steve, en su estudio sobre Cervantes. Nos extraña mucho que Antó no haya recibido *el segundo cheque y la carta*.

Yo estoy contento. Duermo bien, acabó la fiebre, ya no hay antibióticos: voy por mi camino. Mucha suerte a todos los nietos. Escribimos a Elfie… ¡Soy charlatán! No se deja de hacer frases…

Besitos, Abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 15 de abril de 1982

Queridos:

¡Qué felicidad intensa escuchar tu voz, que nos llegaba muy clara desde tan lejos! Acabo de escribir a nuestro Antó. ¡Cumpleaños de hombre ya maduro! También nos encantó Anita, que parece muy contenta. Y yo, esperando el *Cervantes* de Steve.

Aquí, está día de mal tiempo. ¡No puedo salir fuera! Pero ya sin fiebre. Trabajo en *Final*, cuya *posible* 2ª edición ya estoy preparando. Seguimos recibiendo visitas y visitas. (Vacaciones de Semana Santa). Dejo la otra página para Irene. Pensamos sin cesar en ti, en vosotros. (Claudie me ha escrito una carta muy larga…).

Besitos. Abrazos. Vuestro…

JORGE

Málaga, domingo 25 de abril de 1982

Teresa, hija:

Claro que esta carta es para toda la tribu. Hemos llamado por teléfono, porque Irene estaba obsesionada con hablarte. No te puedes figurar cuánto se acuerda y con qué cariño de ti Irene. Es una felicidad el oír tu voz y la de Anita –por supuesto–.

Quiero añadir algunas precisiones a nuestra recientísima conversación.

1º El asunto del Premio de México es todavía «secreto». Me llamó José Luis Martínez una noche, y me telegrafió –todo esto hace muy pocos días– ayer: «Nuestro asunto debe quedar reservado». El nombre del premio –concedido a Octavio Paz el año pasado– es –me parece–: Ollin Yoliztli.

2º Me atreveré, Teresa, a pedirte que busques en casa los siguientes libros.

Pedro Salinas, *Confianza*. Libro póstumo que yo publiqué. Me parece: Aguilar, Madrid, 1955 o 1956. Me importa mucho tener ese volumen. Aquí

no se encuentra.

Un volumen (encuadernado) de F.L. Yudin, en inglés sobre *Los silencios en la poesía de Jorge Guillén*.

Ahora se trata de un manuscrito, que tradujo una alumna de Steve –él la conoce, ¿Doris Cross?–: *The Poetical Life of Herrera.* Le he escrito a la traductora. Ha perdido el original mío. (Se refiere al poeta de Sevilla Fernando de Herrera). Debe de estar mi texto entre mis papeles. ¡Cuánto me alegraría tenerlo aquí! Debe de estar *allí*, en casa.

¡Nada más! Gracias, muchísimas gracias, sea cual fuere el resultado de la investigación.

¡Con qué ansiedad os esperamos! Lástima que no venga Steve.

Besitos, Abrazos, Vuestro,

JORGE

Unas palabras más.

Otra posible «investigación».

En casa está el primer volumen de la *Divina comedia*, traducida (muy bien) por *Ángel Crespo.* Aquí tengo los otros dos tomos. Me gustaría tener la Primera Parte: «El Infierno».

En cuanto a la expresión «entre mis papeles»… Es mucha vaguedad, Teresa. ¡No insistas demasiado!

¡Ah, la falta de memoria!

¡Gracias mil! Besitos,

JORGE

Málaga, 28 de junio de 1982

Queridos todos los de ahí:

Nos llegó directamente –por teléfono– esa onda de felicidad que os ha envuelto a todos. Y en el centro, los felicísimos esposos. Anita estaba preciosa. ¡Fatalmente! Todos habéis bailado. Y yo pienso en mis cuatro

biznietos. Y me derrito de alegría. Me vuelve a la memoria el verso de Dante que está en *Aire nuestro*:

Come letizia per pupilla viva

Nosotros, Irene y yo, no dejamos de pensar en vosotros, y vuestros diferentes *instantes*. ¿Y cómo no conmoverse cuando se escuchan vuestras queridas [voces] –las más queridas– que llegan tan puras, tan claras, tan iluminadoras?

(Enviaremos un telegrama a José Luis Sert en su cumpleaños).

Pronto veremos aquí a Claudie. ¡Le esperamos! Leemos a Steve. Y nos acordamos de todos, hijos, nietos, biznietos, amigos…

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Málaga, 18 de julio de 1982

Queridos Teresa y Steve:

En este momento están almorzando con Leónides, Claudie y Yelena en el «Antonio Martín», tan cerca de casa.

Hemos tenido visitas: la de Manolo Alvar y su mujer Elena, director del Curso de Filología para Extranjeros de esta universidad. Tomó parte en él Ricardo Gullón, cuyo estado de salud nos preocupa mucho. (Tiene un tumor en el cerebro, le han operado dos veces, y rehúye la tercera operación). Vino a casa triste. Pero ayer, a fuerza de *ánimo*, se marchó con bastante animación.

Nos visitó Debicki más de una vez. Y también García Berrio, amigo de Claudie. Etcétera…

Y ahora estamos esperando a los señores Sherman. ¡Anita! Criatura que de tanto como me embelesa me conmueve. Estarán en el Hotel Maestranza, por ciertas complicaciones en el apartamento de este edificio. Yo estoy emocionado ya por esa pareja… ¡Os escribiremos!

Abrazos. Besitos –bien repartidos–.

Vuestro,

JORGE

¡Buen viaje con Emilio a Alaska!

Málaga, 18 de setiembre de 1982

Queridos todos:

Estamos bien aquí, y el calor nos hace sudar. Acto protagonista de nuestro mundillo: la muerte de Grace Kelly, princesa de Mónaco tan bien plantada todavía, pero muerta en condiciones tristísimas. Todos, conmovidos.

Visitas: Borja de Pedro, joven editor-poeta de Barcelona. Los Groppo, amigos de Verona de nuestro médico don Paco. Me regalaron una edición monumental de Montale. Esta mañana vinieron una pareja –desconocida– de Chiclana, Cádiz. Ya era la Revelación Milagrosa del Poeta. Y me ruboricé, rica, Teresa… México. Allí irá mi señor hijo en lugar de su padre, Premio Mexicano. En cuanto a la crisis económica de ese país… Pues *il faudra se rabattre sur l'honneur*. Y nada más. Sigue preparándose el jaleo de noviembre en Valladolid. Será después de las elecciones. Allí estarán mis hijos o por lo menos Teresa. Elena Santiago prepara un libro. Otro, inminente, será –de Valladolid también– de José Guerrero-Martín. Teresa: *¿y los papeles sobre Herrera el Divino?* Esperamos el *Cervantes* nuevo de Steve. Nos acordamos cons-tan-te-mente de vosotros.

Abrazos. Vuestro,

J. G.

Málaga, domingo 3 de octubre de 1982

Queridos Steve y Teresa:

Ayer fue la apertura de curso. (Antes, era el 1º de octubre).

Hemos tenido visitas. Tuvimos a Pepe Infante, con todo el aparato de la televisión. La película será proyectada en la América hispánica.

Vino, por fin, a vernos Lucie, la «grande Lucie», muy amable. Estaba en Torremolinos, ¡Malagá! [sic] La intolerancia fonética francesa es insoportable.

Vino Borja de Pedro (pintor en Barcelona). Vinieron los amigos italianos de don Paco: los Groppo, de Verona. Me regalaron un monumento: las obras de Montale.

Vino Biruté, enterada y cariñosa.

Pasó cuatro días en casa Teresa Centelles, «nuestra nieta», de Barcelona. Vino un señor de Chiclana, Cádiz. Y me miraba y me tocaba como si yo fuese la Revelación del Poeta… Ahora están en Washington Soledad Ortega y Julián Marías, concertando ya el próximo centenario, mayo del 83. Esto me ha dado y me dará trabajitos de crítica.

A todo esto, se van preparando las elecciones. Hay ya mucha propaganda electoral.

¡Ah! Vino también López Becerra, novio de Conchita, hija de la poetisa Dionisia García, de Murcia.

Las cosas van desarrollándose en paz y en gracia de Dios. La mayoría será socialista. ¡Veremos!

Y, a todo esto, Claudie, mi señor hijo, en comunicación con México, y aquel Premio Mexicano. La «reunión» será, me parece, el 5. Pero es tal la crisis económica en aquel país que… *il faudra se rabattre sur l'honneur!* Lo demás… Yo me he cansado bastante. Pero me anima Irene, que trabaja mucho. ¡Adelante! Y ante todo, mi mujer y mis hijos. Y lo demás, después.

Abrazos. Vuestro,

JORGE

Queridos todos: Ahora, aparte.

Ayer por la mañana falleció José en Valladolid. Esclerosis cerebral. No sufrió nada. Se quedó dormido. Como no se le podía enterrar la misma

jornada, se dijo que se había muerto la víspera. Se murió en el hospital. Quisieron trasladarle a su casa. *La viuda se opuso*. Leónides, desde Madrid, nos expresó su indignación. Pepe Gabriel nos lo contó… todo. Nos llamó Maruja, desde Alicante. Hoy ya habrá salido la esquela en *El Norte*; habrá alguna «noticia» breve. ¡Qué pena, Dios mío! José no sufrió ningún «gesto» mortuorio. Estoy deseando ver la «esquela de defunción». ¡Pobre José! Tuvo su humor, su ironía. Y me siento de veras afligido.

Vuestro,

JORGE

[Málaga, 4 de octubre de 1982]

Teresa, hija:

Llegó tu carta. Se cruzan los pésames y las enhorabuenas. Os lo ha contado todo Irene. Espero carta de mi señor hijo. Esperando más *Cervantes* de Steve.

Para los dos, Tere y su marido, todo el constante afecto de vuestro

JORGE

Málaga, domingo 17 de octubre de 1982

Queridos todos –los de ahí–:

¿Qué nos ha pasado en estos días? Las cartas extensas de Claudie. El acto de México se desenvolvió *muy bien.* Claudie leyó mi «discursito» completado por sus palabras. ¡Ovación! Mi señor hijo ha trabajado mucho. La semblanza de Plá, rehecha, es un estudio estupendo. ¡Madurez tranquila! Por otra parte, además de otras visitas, vino Antonio Piedra, que está poseído por una actividad inagotable preparando todo el gran jaleo de Valladolid. Irene os explicará la parte práctica. Todo está ya preparadísimo. Se trata, entre otras cosas, de crear un «Centro de Estudios Jorge Guillén»:

obra lenta –en la que yo no puedo disponer de todos mis papeles, que ante todo pertenecen a mis hijos–. Y habrá que contar con ellos, y ver lo que ellos disponen porque mis papeles y mis «derechos» serán suyos. Teresa: tú irás a Valladolid. Claudie… Con él cuentan. Pero no sé si podrá dejar sus clases de Harvard. Y luego, el 18 de enero. ¡Dios mío, cuántas pompas y vanidades!

Yo me encuentro bastante bien de salud. Pero… *Me canso muchísimo*: frecuente límite. Pienso en mis nietos y biznietos. Y yo, a rastras con mi edad.

¡Adelante! Os quiere

JORGE

Málaga, 10 de febrero de 1983

Queridos todos los de ahí:

Ayer, cumpleaños de Irene, fue un día muy feliz. La jornada comenzó con la llamada de Antó. Yo me conmoví. Antó es siempre, *siempre* muy cariñoso. (¡Aquel niño que fue!). Después vino el poemita que había compuesto el 8. «Tu cumpleaños», partiendo de otro «antiguo»: «¡Vida / Tan cotidiana! Sin disculpa».

Y llegó lo que esperábamos: la comunicación de Teresa, que nos inundó de felicidad, como de costumbre. Después, ya por la tarde, hubo otras llamadas. Por ejemplo, Elisa.

Por cierto, Leónides no se encuentra bien. Está en Madrid, y tiende a la independencia solitaria, que no le conviene.

Salieron en *El País* y en *Sur*, ahora cambiado, dirigido por Joaquín Marín, noticias sobre el curioso fenómeno de los Noventa añitos. Aún colean los homenajes. Yo, agradecidísimo. Pero… *Je n'en peux plus!*

A todo esto, Bernabé sin Quinín. Y no nos consolamos. Ayer vino a casa Bernabé padre con el hijo Bernabé. Dolientes y… ¡adelante! Gran soledad en la nueva casa, a la que empezaba a acostumbrarse Quinín.

Hoy, esta misma mañana, vendrá Fernando Texidor. Van a reunirse los pintores y escultores de Málaga en no sé qué exposición. Acaba de llamar Fernando –¡sí, a las once!–. Interpongo una espera.

Cuatro de la tarde

Se trataba de formar parte de un *núcleo*. Se armó un tinglado de tres obreros, Fernando y yo. Prolijo, divertido. Fernando dijo unas breves palabras: yo dije amemos, amen, *amémonos*, sobre los artistas en conjunto de Málaga. Nada más.

Incluyo recientes recortes. Abrazos a todos. Y algunos besitos bien distribuidos.

Pensando en vosotros siempre.

JORGE

Málaga, 18 de febrero de 1983

Teresa, hija, queridos todos:

Llegó tu carta hoy, temprano. ¿Es posible que desde octubre yo no te haya escrito? Me parece inconcebible. ¡Si pienso, si pensamos en ti constantemente!

Bueno, aquí también hace bastante frío, pero sin nieve. *El viento sopla*. Yo no salgo a la calle. Hemos tenido visitas. Gentes de por aquí. Yo sigo contestando a cartas y telegramas que me prepara Irene. Y así voy avanzando. Increíble *el número* de los telegramas.

Me escribió Alvar padre una disertación preciosa en torno a *Ariadna en Naxos*. Esta vez, todo es humanismo griego y latino. Su variedad es extraordinaria. Respondí a Ivar Ivask, a un libro de poesía en inglés, a fotos estupendas y numerosas. Vi una foto de Valladolid. Junto al alcalde, Claudio y tú. Me conmoví. Hemos recibido una carta de Anita… ¡Qué le

vamos a hacer! Yo lagrimeo. ¡Esa criatura! Como ves, te hablo de cartas. Es mi actual labor.

Bernabé ha soportado la crisis, por fin, con serenidad. Texidor anda entre los amigos. Su hijo ha compuesto un cuadro de colores. Luce en una de las paredes de esta casa, y gusta mucho.

¿José Luis Sert? Muy decaído, en Mallorca. No durará mucho tiempo: lo que a mí, a nosotros nos causa dolor sin consuelo. A todo esto, en Italia me organizan un homenaje. Lo que me lleva a pensar en el hijo de Rafael Lozano, que se encuentra en Bolonia y allí se mantiene. ¿Leónides? Estuvo mal. Cogió frío. Ya está mejor. Amenazado de soledad. Sabemos que Jacqueline, la mujer de Francisco del Pino, seguirá, con Cristóforo y Anita, en Florencia. Allí conservan muchos amigos, y habría sido una locura, abandonar Italia.

¿Y quién va a preparar la colección de mis «prosas» que publicará Gredos? Yo desearía que fuese Mario Hernández, ahora trabajando en volúmenes de Federico. Veremos. Ningún candidato mejor.

Os cuento cosas por aquí y por allá. Sería el cuento de nunca acabar. Pienso en todos vosotros. Pienso en mis hijos y nietos, y biznietos. Mi tribu de familia no me podría salir mejor. ¡Qué orgulloso, qué profundamente satisfecho estoy de *los míos*! Me gustaría seguir charlando…

Abrazos, besitos. Vuestro,

JORGE



1. Teresa Guillén con su madre, Germaine Cahen. Wellesley, ca. 1940



2. Boda de Teresa Guillén y Stephen Gilman. Wellesley, 17 de junio de 1943



3. Jorge Guillén con su nieto Antó Gilman, 1950



4. Teresa Guillén con sus hijos Antó e Isabel Gilman. México, 1950



5. Teresa Guillén en 1951



6. Jorge Guillén con Isabel Gilman. Playa de Ronchi, 1954



7. Irene Mochi-Sismondi y Jorge Guillén en 1962



8. Jorge Guillén en la tumba de Pedro Salinas. San Juan de Puerto Rico, 1962



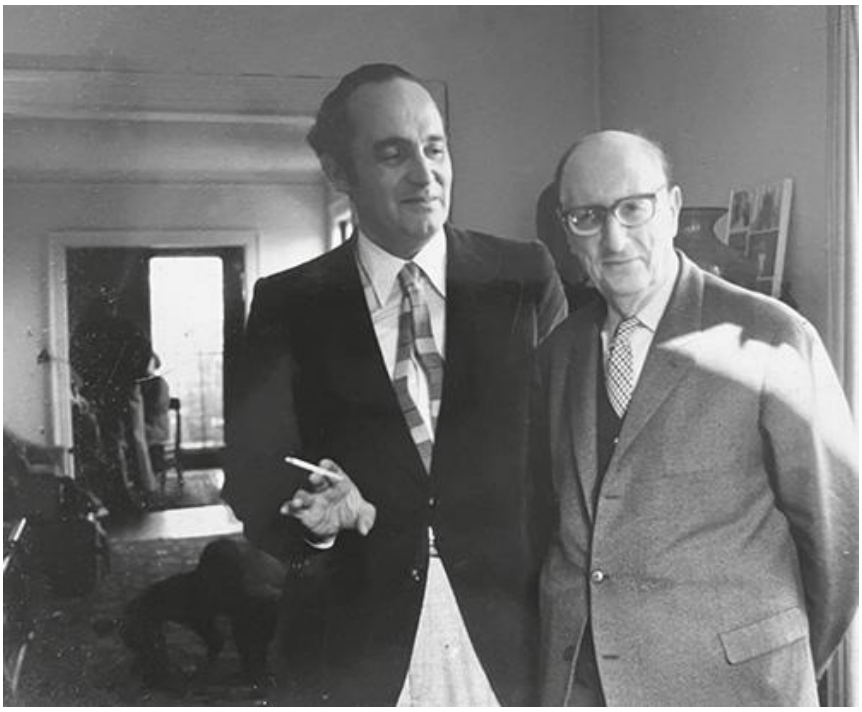
9. Jorge Guillén en 1962



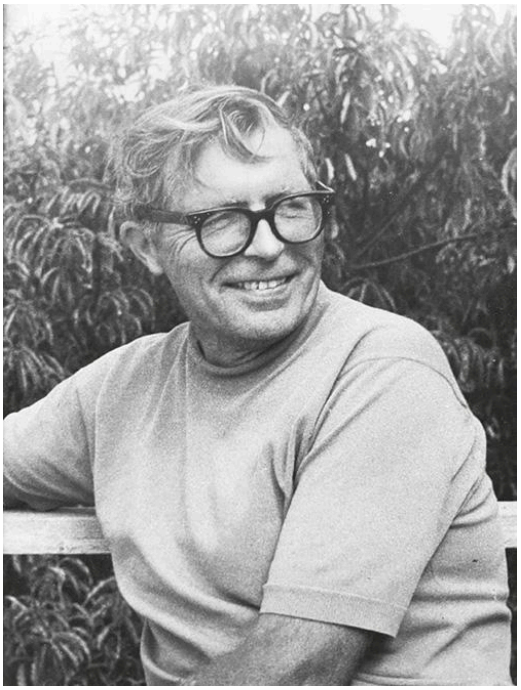
10. Jorge y Teresa Guillén. Albufeira, Portugal, verano de 1962



11. Jorge y Teresa Guillén. Cambridge, Massachussetts, ca. 1970



12. Jorge y Claudio Guillén. Cambridge, Massachussetts, ca. 1970



13. Stephen Gilman en Cape Cod, ca. 1971



14. Anita Gilman y Jorge Guillén en la boda de Luce López-Baralt y Arturo Echavarría. Cambridge, Massachussetts, 21 de mayo de 1972



15. Jorge Guillén e Irene Mochi-Sismondi con sus biznietos Patrick Richards y Nils Gilman. Cambridge, Massachussetts, 1973



16. Jorge Guillén con su biznieto Patrick Richards y Teresa Guillén. Cambridge, Massachussetts, 1973



17. Teresa Guillen, 18 de agosto de 1995



18. Teresa y Claudio Guillén en Frigiliana, ca. 2000



19. Teresa Guillén en su 95 cumpleaños con sus hijos. Baltimore, 28 de diciembre de 2017



20. Norfolk Terrace 1. Casa de Guillén en Wellesley



21. 15 Gray Gardens West. Casa de Teresa y Jorge Guillén en Cambridge, Massachussetts



22. Clapp Library. Wellesley



23. Clapp Library. Wellesley

Table of Contents

PRÓLOGO
- Cartas a Teresa: un epistolario que acorta distancias, por Guadalupe Arbona Abascal

INTRODUCCIÓN
- De padre a hija, de Jorge a Teresa, por Margarita Garbisu Buesa
- Guillén en su epistolario, por María del Pilar Saiz-Cerreda
- Las cartas de Teresa, por Rosa Fernández Urtasun
- Bibliografía citada
- Criterios de edición y base de datos

CARTAS A TERESA (1948-1984) de Jorge Guillén

Fotografías